PREGUNTAS Y RESPUESTAS

sobre la

DIVINA VOLUNTAD

A la luz de la fe y de la doctrina católicas

A partir de los escritos de Luisa Piccarreta: el *Libro de Cielo*, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* y *Las Veinticuatro Horas de la Pasión*.

†

Edición revisada — 8 de septiembre de 2026

amen-fiat.fr

Esta edición en español es una traducción, elaborada con la asistencia de la IA bajo supervisión editorial y teológica, del texto de referencia en francés de esta obra. En caso de discrepancia, prevalece el texto francés.

Dedicatoria

A Sarah, mi esposa, y a Benoît y Faustine, mis hijos, a quienes agradezco su paciencia y su indulgencia por todo el tiempo dedicado a dar a conocer y amar la Divina Voluntad.

Agradecimientos

Nuestra profunda gratitud va a los bienhechores de Amen Fiat, sin quienes este proyecto no habría podido ver la luz.

Aviso al lector

Este trabajo se lleva a cabo con el mayor cuidado, pero sigue siendo, como toda obra humana, falible y perfectible. Quien descubra en él una laguna o una incoherencia con respecto a los escritos de Luisa Piccarreta queda invitado a señalarla mediante el formulario de contacto del sitio amen-fiat.fr.

Ediciones y traducciones

La presente edición española es una traducción del texto original francés de esta obra, publicada como *Questions et réponses sur la Divine Volonté*. La obra existe también en italiano con el título *Domande e risposte sulla Divina Volontà* y en inglés con el título *Questions and Answers on the Divine Will*. Las citas de Luisa Piccarreta se reproducen y se comprueban en su texto italiano original.

Licencia

Esta obra se pone a disposición conforme a los términos de la licencia Creative Commons *Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional* (CC BY-NC-ND 4.0). Puede compartirla por cualquier medio y en cualquier formato, siempre que reconozca debidamente la autoría, no haga de ella un uso comercial y no la modifique, transforme ni adapte.

creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Advertencia

Sobre el título de la presente edición

Esta obra apareció el 15 de agosto de 2026 con el título *Catecismo Amen Fiat de la Divina Voluntad*. Se publica ahora con un título nuevo: *Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad*. Su contenido doctrinal permanece inalterado: ninguna de las doscientas catorce respuestas ha sido modificada en cuanto al fondo con ocasión de este cambio de título.

La palabra *catecismo* había sido escogida para designar la forma de la obra: una exposición ordenada en preguntas y respuestas. No pretendía conferirle ningún estatuto eclesial particular. El prólogo lo precisaba expresamente al presentar este trabajo como «fruto de una lectura, no de una autoridad».

Sin embargo, en el uso eclesial corriente la palabra *catecismo*, cuando figura en la cubierta de un libro, puede dar a entender una aprobación o una autoridad que este libro nunca ha reivindicado. Esta ambigüedad nos fue señalada y nos pareció real. Convenía, por tanto, disiparla.

El nuevo título dice más sencillamente lo que el libro quiere ser: doscientas catorce preguntas sobre la Divina Voluntad, a las que se proponen respuestas fundadas en una lectura atenta de los escritos de Luisa Piccarreta e iluminadas por la fe y la doctrina católicas.

Para descartar toda ambigüedad sobre el estatuto eclesial de este trabajo, la palabra ha sido retirada del título y de todas las formulaciones con las que la obra se designaba a sí misma. Fuera de la presente advertencia, el término solo subsiste allí donde se hace referencia al *Catecismo de la Iglesia católica*.

Los ejemplares ya difundidos con el título anterior y los publicados con el nuevo corresponden, pues, a la misma obra en cuanto a su contenido. Lo que cambia es el nombre con el que este trabajo se presenta y se designa, en aras de una mayor claridad sobre su naturaleza y su estatuto.

8 de septiembre de 2026

Nota textual y de edición

El texto italiano original sigue siendo la fuente normativa para toda cita de Luisa Piccarreta. Para la redacción española de las citas, este trabajo utiliza las siguientes ediciones electrónicas de trabajo proporcionadas para la traducción:

- **Luisa Piccarreta, *El Reino de la Divina Voluntad en medio de las criaturas: Libro de Cielo. La llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios*, vols. 1-36.** Compilación electrónica en español, traducida directamente de los manuscritos originales de Luisa Piccarreta. Su portada reproduce el *Nihil obstat* del beato Annibale Maria di Francia, de 12 de octubre de 1926; el *Imprimatur* de Mons. Giuseppe M. Leo, arzobispo de Trani-Barletta-Bisceglie, de 16 de octubre de 1926; y un «Puede imprimirse» del Arzobispado de Guadalajara, de 23 de noviembre de 2010.

- **Luisa Piccarreta, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*.** Edición electrónica española traducida directamente del manuscrito original. La nota editorial del archivo indica que incorpora también materiales de la edición ampliada publicada en 1937 bajo el cuidado del canónigo Benedetto Calvi y recuerda las ediciones de 1932, 1933 y 1937 con sus respectivas aprobaciones eclesiásticas.

- **Luisa Piccarreta, *Las Horas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*.** Edición electrónica española, traducción directa de los manuscritos realizada por el Dr. Salvador Thomassiny; decimoquinta edición, Ciudad de México, 2021, con *Imprimatur* y destinada al uso privado.

Estas referencias identifican los archivos españoles de trabajo utilizados para el control de las citas; no constituyen una edición típica o crítica oficial. Cuando el pasaje español correspondiente no pudo localizarse con suficiente fiabilidad, la cita se tradujo directamente del italiano y la decisión quedó consignada en el diario técnico. En todo caso de divergencia, prevalece el texto italiano.

Philippe Martin ha prestado un gran servicio a los fieles con esta maravillosa obra sobre la Divina Voluntad, que explica magníficamente las revelaciones de Jesús a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta. Los escritos de Luisa encierran la mística más profunda que jamás se haya encontrado en una revelación privada. Por eso, naturalmente, quienes tengan la dicha de adentrarse en ellos tendrán sin duda preguntas a lo largo de su lectura. El libro de Philippe ofrece a estas preguntas respuestas fácilmente accesibles, plenamente católicas y seguras. ¡Un recurso sumamente valioso, imprescindible para tener junto al Libro de Cielo!

Daniel O'Connor

Índice

Prefacio **1**
«*Tolle, lege*» (Toma y lee) 1

Prólogo **3**
Razón de ser 3
Cómo leer esta obra 3
El espíritu de su redacción 4
Medios y fuentes 5
El recorrido: una introducción y catorce partes 5

Los Tres Llamamientos **23**
Llamado del Rey Divino al Reino de su Voluntad 23
Llamado materno de la Reina del Cielo 24
Llamado de Luisa al Reino de la Divina Voluntad en la tierra 25

Introducción general — ¿Por qué una obra de preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad? **30**
Pregunta 1 — ¿Qué es la Divina Voluntad? 30
Pregunta 2 — ¿Qué son los tres Fiat de Dios? 31
Pregunta 3 — ¿Cómo comprender que la Divina Voluntad sea la Voluntad única de las tres Personas divinas? 33
Pregunta 4 — ¿Por qué hablar de un Reino de la Divina Voluntad? 34
Pregunta 5 — ¿Qué diferencia hay entre hacer la Voluntad de Dios y vivir en la Divina Voluntad? 34
Pregunta 6 — ¿Por qué los escritos de Luisa Piccarreta son centrales para esta obra? 35
Pregunta 7 — ¿Qué título completo da Jesús a los cuadernos de Luisa sobre la Divina Voluntad, hoy reunidos en treinta y seis volúmenes, y qué significa? 38
Pregunta 8 — ¿Cómo recibir estos escritos en la fe de la Iglesia? 40
Pregunta 9 — ¿Dispensa la Divina Voluntad de los sacramentos, de la moral, de la Cruz o de la esperanza del Cielo? 41
Pregunta 10 — ¿Qué vínculo une el Reino de la Divina Voluntad con la oración del Padrenuestro? 41
Pregunta 11 — ¿Qué actitud interior se requiere para entrar en esta luz? . . 42

Primera parte — El designio originario **44**
Pregunta 1 — ¿Por qué creó Dios al hombre? 44
Pregunta 2 — ¿Qué revela el soplo mediante el cual Dios dio la vida al hombre? 45
Pregunta 3 — ¿Cómo fue la creación del hombre, desde el origen, un intercambio de amor? 50
Pregunta 4 — ¿Qué significa haber sido creado a imagen y semejanza de Dios? 55
Pregunta 5 — ¿Qué significan los «tres soles» que Dios formó en el alma de Adán? 56
Pregunta 6 — ¿Cuál era el lugar de Adán en la Creación? 59

Pregunta 7 — ¿Qué es la gracia de «bilocación» de Adán y cómo abrazaba su alma toda la Creación? 60
Pregunta 8 — ¿Cómo era la vida de Adán antes del pecado? 61
Pregunta 9 — ¿Qué sucedió en el Cielo con los actos que Adán realizó en la Divina Voluntad antes de su caída? 62
Pregunta 10 — ¿Qué significa poseer el Reino de la Divina Voluntad? 66
Pregunta 11 — ¿Qué significa el «vacío» del alma que Adán debía llenar con sus actos? 67
Pregunta 12 — ¿Por qué permanece la Creación en el Fiat? 68
Pregunta 13 — ¿Qué relación debía tener el hombre con la Creación? 69
Pregunta 14 — ¿Qué gloria debía dar el hombre a Dios en nombre de todos? 71
Pregunta 15 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad es la finalidad primera de la Creación? 72
Pregunta 16 — ¿Por qué Dios no puso en el hombre, al crearlo, un acto determinado, sino un acto siempre creciente? 73
Pregunta 17 — ¿Creó Dios al hombre para una simple obediencia o para una vida filial en su Querer? 76

Segunda parte — La Caída **78**
Pregunta 1 — ¿Qué poseía Adán en la Divina Voluntad antes de la Caída? . 78
Pregunta 2 — ¿Cómo llegó Adán a retirarse del Fiat? 79
Pregunta 3 — ¿Por qué el pecado original es la pérdida del Reino de la Divina Voluntad? 80
Pregunta 4 — ¿Qué perdió el hombre junto con este Reino? 82
Pregunta 5 — ¿Por qué esta pérdida concierne a toda la humanidad? 83
Pregunta 6 — ¿Podía el hombre, después de la Caída, seguir viviendo en la Divina Voluntad como Adán? 84
Pregunta 7 — ¿Qué diferencia hay entre vivir de los efectos de la Divina Voluntad y poseer su unidad? 85
Pregunta 8 — ¿Cómo pudieron los justos y los santos hacer la Voluntad de Dios sin poseer el Don como Adán? 86
Pregunta 9 — ¿Por qué el hombre no podía recuperar por sí mismo el Edén perdido? 90
Pregunta 10 — ¿Cómo se inscribe la conciencia del pecado personal en esta pérdida más profunda? 91
Pregunta 11 — ¿Por qué el amor gratuito de Dios, dado sin medida, sufre por la indiferencia o el desprecio del hombre? 92

Tercera parte — La Redención **96**
Pregunta 1 — ¿Por qué el Verbo se habría hecho carne aunque el hombre no hubiera pecado? 96
Pregunta 2 — ¿Por qué sufre Jesús desde el primer instante de su Encarnación? 98
Pregunta 3 — ¿Qué nos enseñan las dos voluntades de Cristo? 100
Pregunta 4 — ¿Por qué debía Jesús poseer en sí el Reino de la Divina Voluntad? 101
Pregunta 5 — ¿Qué significa el cáliz de Getsemaní a la luz del Fiat? 102
Pregunta 6 — ¿Cómo rehízo Jesús los actos de todas las criaturas? 104
Pregunta 7 — ¿Por qué reparó Jesús los actos no realizados, mal realizados o realizados humanamente? 105
Pregunta 8 — ¿Cómo devuelve Jesús al Padre la gloria que el hombre ya no podía darle? 107
Pregunta 9 — ¿Por qué la Redención no manifiesta inmediatamente el Don de la vida en la Divina Voluntad? 108

Pregunta 10 — ¿Cómo prepara la Pasión el Reino del Fiat? 109
Pregunta 11 — ¿Cómo prosiguen la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés la obra de la Redención? 110
Pregunta 12 — ¿Por qué el retorno del Reino es la corona de la Redención? . 113
Pregunta 13 — ¿Por qué el alma debe pasar por la Humanidad de Jesús para entrar en el Reino de la Divina Voluntad? 115

Cuarta parte — María **118**
Pregunta 1 — ¿Por qué María es el modelo perfecto de la vida en la Divina Voluntad? 118
Pregunta 2 — ¿Qué vínculo existe entre la Inmaculada Concepción y el Reino del Fiat? 119
Pregunta 3 — ¿Qué significa que María nunca dio vida a su voluntad humana?121
Pregunta 4 — ¿Cuál fue la prueba de María? 123
Pregunta 5 — ¿Por qué María recibe la posesión del Reino? 125
Pregunta 6 — ¿Cómo se convierte María en la Madre del Verbo encarnado en el Reino de la Divina Voluntad? 126
Pregunta 7 — ¿Cómo se convierte María en Madre de los hijos de la Divina Voluntad? 129
Pregunta 8 — ¿Cómo forma María al alma para que deposite su voluntad? . 130
Pregunta 9 — ¿Por qué *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* es una pedagogía de entrada en el Reino? 131

Quinta parte — El tiempo del Don **133**
Pregunta 1 — ¿Por qué elige Dios un tiempo para manifestar el Don? 133
Pregunta 2 — ¿Por qué no fue manifestado el Don de la misma manera desde los primeros siglos? 134
Pregunta 3 — ¿Qué revela el ritmo de los «dos mil años» sobre el orden providencial de la historia? 136
Pregunta 4 — ¿Cuál es la misión propia de Luisa Piccarreta? 137
Pregunta 5 — ¿Por qué Luisa es llamada la pequeña hija de la Divina Voluntad?138
Pregunta 6 — ¿Qué son los «conocimientos» de la Divina Voluntad? 140
Pregunta 7 — ¿Por qué el Reino está fundado sobre las verdades reveladas y por qué espera Dios que sean conocidas? 141
Pregunta 8 — ¿Cómo reproducen los conocimientos, la gracia y las virtudes, en el alma, la obra misma de la Creación? 144
Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre la santidad de las virtudes y la santidad de la vida en la Divina Voluntad? 146
Pregunta 10 — ¿La santidad de las virtudes debe ser superada o llevada a cumplimiento? 149
Pregunta 11 — ¿Cómo recibió la Iglesia a Luisa y sus escritos? 151
Pregunta 12 — ¿Por qué el Don no es una espiritualidad privada entre otras y cómo evitar toda lectura orgullosa, sectaria o separada de la Iglesia? 153
Pregunta 13 — ¿Cómo acoger las revelaciones sobre el Don con humildad, obediencia y fidelidad católica? 155
Pregunta 14 — ¿Qué función confía el Señor a los sacerdotes en la proclamación misionera del Reino de la Divina Voluntad? 156
Pregunta 15 — ¿Está reservado el Don de la Divina Voluntad a las almas que reciben fenómenos místicos extraordinarios? 157
Pregunta 16 — ¿Cómo comprender que Jesús asocie la misión de Luisa a las de María, sin quitar nunca nada a las prerrogativas propias e incomparables de la Reina del Cielo? 158

Pregunta 17 — ¿Por qué une Jesús, en una visión, la mano de Luisa a la de María ante el Trono de la Trinidad? 162
Pregunta 18 — ¿En qué sentido Luisa, hija primogénita de la Divina Voluntad, encierra en sí los bienes de los demás hijos del Reino? 164
Pregunta 19 — ¿Cómo entró Luisa, por etapas, en la posesión de la Divina Voluntad? 168
Pregunta 20 — ¿Qué es la ciencia infusa, prometida a quien vive en la Divina Voluntad y perdida por Adán en la Caída? 170

Sexta parte — Recibir y vivir el Don de la Divina Voluntad 174
Pregunta 1 — ¿Qué es el Don de la Divina Voluntad? 174
Pregunta 2 — ¿Es el Don una gracia creada o la Vida increada de Dios? . . . 176
Pregunta 3 — ¿Cómo se recibe y se renueva el Don acto tras acto? 177
Pregunta 4 — ¿Qué disposiciones son necesarias? 179
Pregunta 5 — ¿Por qué entrar en la Divina Voluntad no requiere ni camino, ni puerta, ni llave? 181
Pregunta 6 — ¿Por qué es necesario deponer la voluntad humana, y qué significa vivir sin darle vida? 184
Pregunta 7 — ¿El Don suprime la voluntad humana? 185
Pregunta 8 — ¿Qué es el acto preveniente? ¿Qué es el acto actual? 186
Pregunta 9 — ¿Qué es la Voluntad «querida», «mandada», «obrante» y «cumplida» de Dios? 188
Pregunta 10 — ¿Cómo habita concretamente la Voluntad obrante las facultades del alma? 190
Pregunta 11 — ¿Qué sucedió con la vida obrante de la Divina Voluntad desde la Caída, y cómo es devuelta a la humanidad? 191
Pregunta 12 — ¿En qué sentido la Divina Voluntad es, incluso en el cuerpo, el latido del corazón y el aliento del alma que vive en ella? 193
Pregunta 13 — ¿Qué significa «fundirse» en la Divina Voluntad y por qué esta palabra no implica ninguna confusión de las dos voluntades? 196
Pregunta 14 — ¿Cómo dan fruto en el alma los actos de Jesús que permanecieron suspendidos en su Voluntad? 198
Pregunta 15 — ¿Qué son los bienes que la Divina Voluntad ha destinado a cada criatura en particular? 199
Pregunta 16 — ¿Por qué llama Jesús al alma a continuar, en su Voluntad, la obra de reparación ya cumplida? 201
Pregunta 17 — ¿Cómo se convierten los actos ordinarios en actos en la Divina Voluntad? 203
Pregunta 18 — ¿Cómo perseverar en esta vida? 204

Séptima parte — Propiedades, frutos y fecundidad de la vida en el Fiat 208
Pregunta 1 — ¿Existen grados en la vida de la Divina Voluntad? 208
Pregunta 2 — ¿Cómo se convierte Dios, a su vez, en el Templo del alma que vive en su Voluntad? 209
Pregunta 3 — ¿Cómo se convierte el alma que vive en la Divina Voluntad en el Cielo y el descanso de Dios? 212
Pregunta 4 — ¿Cómo se distingue vivir en la Divina Voluntad de la filiación adoptiva común a todo bautizado, sin disminuir jamás su realidad ni su dignidad? 216
Pregunta 5 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad no vuelve superfluas las virtudes, sino que las diviniza desde dentro? 218

Pregunta 6 — ¿Qué significa que el alma que vive en la Divina Voluntad se convierte en una «hostia viviente» donde se repite la «Vida real» de Jesús? 220
Pregunta 7 — ¿Cómo se hace presente el alma que vive en la Divina Voluntad en toda cosa creada y en todo tiempo? 223
Pregunta 8 — Una vez que ha entrado en la vida de la Divina Voluntad, ¿puede el alma salir de ella? 227
Pregunta 9 — ¿Cómo explicar que los milagros y la santidad de los santos encuentren su fuente en las almas que viven en la Divina Voluntad? . 231
Pregunta 10 — ¿Cómo recibe, a su vez, toda alma que vive en la Divina Voluntad una fecundidad espiritual que engendra el bien en los demás? 234

Octava parte — Los actos en la Divina Voluntad 237
Pregunta 1 — ¿Qué es un acto hecho en la Divina Voluntad? 237
Pregunta 2 — ¿Por qué los actos en la Divina Voluntad tienen un valor divino? 238
Pregunta 3 — ¿Qué diferencia hay entre un acto humano bueno y un acto en el Querer Divino? 240
Pregunta 4 — ¿En qué consiste el triple acto que Dios forma con el alma en cada acto hecho en la Divina Voluntad? 241
Pregunta 5 — ¿Cómo forman los actos hechos en la Divina Voluntad «Vidas Divinas» multiplicadas? 244
Pregunta 6 — ¿Por qué la Divina Voluntad es un acto incesante y por qué la Vida Divina que forma en el alma no cesa jamás? 248
Pregunta 7 — ¿Qué es el acto único de la Divina Voluntad y cómo escapa a la sucesión del tiempo? 251
Pregunta 8 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento, en la Divina Voluntad, en un acto unido al de Jesús? 255
Pregunta 9 — ¿Qué es orar en la Divina Voluntad y cuál es el alcance real de tal oración? 258
Pregunta 10 — ¿Qué es una ronda en la Divina Voluntad y cómo hacerla en la Creación? 260
Pregunta 11 — ¿Cómo hacer la ronda en la Redención? 273
Pregunta 12 — ¿Cómo hacer la ronda en la Santificación? 275
Pregunta 13 — ¿Qué significa que el alma pueda «dar Dios a Dios»? 277
Pregunta 14 — ¿Cómo se convierte el alma en narradora de las obras de Dios y le devuelve toda la gloria que contienen? 281
Pregunta 15 — ¿Cómo reparar por todos y ofrecer el tesoro de los actos de Jesús en beneficio de cada uno en la Divina Voluntad? 284
Pregunta 16 — ¿Cómo unen vitalmente los actos hechos en la Divina Voluntad al alma con todo el cuerpo místico de la Iglesia? 287
Pregunta 17 — ¿Cómo vivir el trabajo, la palabra, el sufrimiento, la alegría y los gestos ordinarios en el Fiat? 291

Novena parte — Los sacramentos, la Iglesia y la obediencia en la Divina Voluntad 293
Pregunta 1 — ¿Qué relación existe entre el bautismo y la Divina Voluntad? . 293
Pregunta 2 — ¿Cómo vivir la Confirmación en la Divina Voluntad y responder al don del Espíritu Santo? 295
Pregunta 3 — ¿Cómo prepara la gracia santificante el alma para el Don? . . 296
Pregunta 4 — ¿Cómo consagra y multiplica Jesús su Vida Sacramental en los actos del alma, y qué relación guarda esta multiplicación con los sacramentos? 299

Pregunta 5 — ¿Cómo se convierte el alma en una hostia viviente a imagen de la Eucaristía? . . . 301
Pregunta 6 — ¿Cómo vivir la celebración de la misa en la Divina Voluntad? . 304
Pregunta 7 — ¿Cómo vivir la confesión en esta luz? . . . 305
Pregunta 8 — ¿Cómo vivir la unción de los enfermos, el sufrimiento y el paso de la muerte en la Divina Voluntad? . . . 307
Pregunta 9 — ¿Cómo refleja el matrimonio vivido en la Divina Voluntad a la Santísima Trinidad? . . . 308
Pregunta 10 — ¿Cómo sirve el sacerdocio ministerial al Fiat Divino en la Iglesia? 310
Pregunta 11 — ¿Cómo vivir la obediencia a la Iglesia en la Divina Voluntad, siguiendo el ejemplo de Luisa? . . . 311
Pregunta 12 — ¿Cómo consagra Jesús directamente a las almas que viven en su Voluntad? . . . 312
Pregunta 13 — ¿Cómo une la vida en la Divina Voluntad la oración del alma a la liturgia y a los sacramentos de la Iglesia? . . . 315
Pregunta 14 — ¿Cómo vivir en comunión y obediencia con la jerarquía de la Iglesia? . . . 317

Décima parte — La Pasión, la reparación y las 24 Horas 319
Pregunta 1 — ¿Por qué la Pasión es central en la Divina Voluntad? . . . 319
Pregunta 2 — ¿Qué son las tres Pasiones de Jesús según el Libro de Cielo? . 320
Pregunta 3 — ¿Qué es la Pasión interior que la Divinidad hizo sufrir a la Humanidad de Jesús durante toda su vida? . . . 321
Pregunta 4 — ¿Por qué comenzó la Pasión de Jesús desde su Concepción, y no solamente en Getsemaní? . . . 324
Pregunta 5 — ¿Cómo repara Jesús por todos? . . . 326
Pregunta 6 — ¿Cómo acompaña el alma a Jesús en sus sufrimientos? . . . 327
Pregunta 7 — ¿Qué significa rehacer con Jesús los actos de reparación? . . . 329
Pregunta 8 — ¿Cómo nos introducen las 24 Horas en los actos interiores de Jesús? . . . 330
Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre recitar las *24 Horas* y hacerlas en la Voluntad de Jesús? . . . 331
Pregunta 10 — ¿Cómo hacer suyos la Sangre, las Llagas, los sufrimientos y el amor de Jesús? . . . 333
Pregunta 11 — ¿Cómo ilumina la Pasión los actos no hechos, mal hechos o hechos humanamente? . . . 335
Pregunta 12 — ¿Qué alegría y qué seguridad encuentran Jesús y el alma en la reparación compartida? . . . 337
Pregunta 13 — ¿Qué sentido dar, en la Divina Voluntad, al estado de víctima y a los sufrimientos ofrecidos por los demás? . . . 338
Pregunta 14 — ¿Por qué la Pasión prepara el triunfo del Reino? . . . 340
Pregunta 15 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento ofrecido con Jesús en ornamento y joyas para el alma? . . . 341
Pregunta 16 — ¿Por qué la Cruz es un tesoro deseable y no solamente una carga que llevar? . . . 343
Pregunta 17 — ¿En qué sentido la Cruz puede ser llamada «encarnación» y «sacramento»? . . . 346
Pregunta 18 — ¿Qué es la Cruz de la Voluntad, que Jesús da más allá de la cruz de madera? . . . 349

Undécima parte — El Reino de la Divina Voluntad 351
Pregunta 1 — ¿Cuáles son los frutos de la Divina Voluntad en el alma? . . . 351

Pregunta 2 — ¿Cómo restaura la Divina Voluntad el orden perdido por Adán? 352
Pregunta 3 — ¿Cómo alcanza su plenitud la inhabitación trinitaria en el alma que vive en la Divina Voluntad? 354
Pregunta 4 — ¿Cuál es el papel propio del Espíritu Santo en el tercer Fiat? . 355
Pregunta 5 — ¿Qué vínculo existe entre Divina Voluntad y santidad nueva? 357
Pregunta 6 — ¿Qué es el Reino en la tierra — y qué no es? 358
Pregunta 7 — ¿Cómo esperar la venida del Reino sin tratar de prever cuándo llegará? 359
Pregunta 8 — ¿Por qué no puede calcularse ninguna fecha para la venida del Reino, y qué papel desempeñan nuestros actos en ella? 362
Pregunta 9 — ¿Por qué el Libro de Cielo anuncia castigos, y cómo se articulan con la bondad de Dios? 365
Pregunta 10 — ¿Qué es la Voluntad «querida» y la Voluntad «permisiva» de Dios? 366
Pregunta 11 — ¿Cómo participa también el alma que vive en la Divina Voluntad en los actos de su justicia? 368
Pregunta 12 — ¿Qué diferencia hay entre la esperanza del Reino en la tierra y la esperanza del Cielo? 369
Pregunta 13 — ¿Cuál es la misión de los hijos de la Divina Voluntad? 371
Pregunta 14 — ¿Cómo pedir el Reino en el Padrenuestro? 372
Pregunta 15 — ¿Cómo vivir hoy en la espera activa del Fiat en la tierra como en el Cielo? 374
Pregunta 16 — ¿Hace el Reino prometido superfluos los sacramentos o los mandamientos? 376
Pregunta 17 — ¿Cómo anuncia ya el Antiguo Testamento este Reino? 380

Duodécima parte — La Divina Voluntad y la vida cristiana integral 383
Pregunta 1 — ¿De dónde proceden las tres potencias del alma, y cómo se despliegan en los tres Fiat? 383
Pregunta 2 — ¿Cómo desordenó el pecado estas tres potencias, y cómo las redimió la Pasión de Jesús? 385
Pregunta 3 — ¿Qué es el libre albedrío, y por qué Dios no lo destruye jamás? 388
Pregunta 4 — ¿Qué son los diez mandamientos, y cómo se cumplen, no por coacción sino desde dentro, en la Divina Voluntad? 389
Pregunta 5 — ¿Qué son las Bienaventuranzas, y cómo expresan la felicidad propia de la vida en el Fiat? 391
Pregunta 6 — ¿Cómo se enraízan las virtudes teologales —fe, esperanza y caridad— en las tres potencias restauradas del alma? 391
Pregunta 7 — ¿Cómo ordena y corona la Divina Voluntad todas las virtudes en el alma que se entrega a Dios? 392
Pregunta 8 — ¿Qué son los dones del Espíritu Santo, y cómo perfeccionan la vida en el Fiat? 393
Pregunta 9 — ¿Qué es la ley nueva, y en qué sentido la vida en la Divina Voluntad constituye su cumplimiento más interior? 394
Pregunta 10 — ¿Qué es la conciencia moral, y cómo se forma en la luz de la Divina Voluntad? 396
Pregunta 11 — ¿Cómo se convierten el matrimonio vivido día a día, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social en camino hacia el Fiat? 397
Pregunta 12 — ¿Cómo se articulan la virginidad y el celibato consagrados por el Reino con la vida en la Divina Voluntad? 399

Pregunta 13 — ¿Cómo perseverar en esta vida cristiana integral a pesar de la debilidad y las recaídas? 401
Pregunta 14 — ¿Qué implica la Divina Voluntad para la justicia social, el uso de los bienes y la responsabilidad hacia la Creación? 402
Pregunta 15 — ¿Existe una jerarquía en el ejercicio de la caridad? 404

Decimotercera parte — El combate espiritual en la Divina Voluntad 408
Pregunta 1 — ¿Quién es el Adversario, y por qué se opone particularmente a la manifestación del Reino de la Divina Voluntad? 408
Pregunta 2 — ¿Qué es la tentación, y cómo se vive de manera diferente para el alma que vive en el Fiat? 409
Pregunta 3 — ¿Qué es el discernimiento de los espíritus, y cuáles son sus criterios, primero los clásicos y después los propios de la vida en el Fiat?411
Pregunta 4 — ¿Cómo puede el demonio manipular la imaginación, y cómo reconocer una falsa luz? 413
Pregunta 5 — ¿Qué es el orgullo espiritual, y cómo acecha particularmente a las almas avanzadas en la vida interior? 414
Pregunta 6 — ¿Por qué la curiosidad profética es una trampa, y cómo protegerse de ella? 415
Pregunta 7 — ¿Cómo distinguir la opinión de hombres de Iglesia de la autoridad legítima de la Iglesia, y guardarse de toda desconfianza hacia ella? 416
Pregunta 8 — ¿Qué es el desaliento espiritual, por qué es tan peligroso y cómo remediarlo? 417
Pregunta 9 — ¿Por qué permite Jesús la privación sensible de su presencia, y cómo distinguirla de la aridez contraria a una vida plenamente establecida en el Fiat? 418
Pregunta 10 — ¿Cómo participa también el alma que vive en el Fiat en el combate final anunciado en la Escritura? 420
Pregunta 11 — ¿Cómo permanecer en la paz y la confianza en el corazón mismo del combate? 421

Decimocuarta parte — La Divina Voluntad y las realidades últimas 423
Pregunta 1 — ¿Qué es la muerte, y cómo se transforma para el alma que vive en la Divina Voluntad? 423
Pregunta 2 — ¿Qué es el juicio particular? 424
Pregunta 3 — ¿Qué es el purgatorio, y qué aporta a su comprensión la vida en el Fiat? 427
Pregunta 4 — ¿Qué es el infierno, y por qué su existencia no contradice la bondad de Dios? 431
Pregunta 5 — ¿Qué es el Cielo, fin último de toda esperanza cristiana? . . . 432
Pregunta 6 — ¿Qué es la resurrección de la carne? 432
Pregunta 7 — ¿Qué es el juicio final, y qué relación tiene con el Reino esperado en la tierra, ya tratado en XI? 435
Pregunta 8 — ¿Qué es la creación nueva y la visión beatífica? 436
Pregunta 9 — ¿Cómo une concretamente la comunión de los santos la tierra, el purgatorio y el Cielo? 437
Pregunta 10 — ¿Qué valor eterno tienen, ya desde aquí abajo, los actos hechos en la Divina Voluntad? 438
Pregunta 11 — ¿Cómo conducen al Cielo los actos hechos en la Divina Voluntad y abren vías de auxilio a las almas del purgatorio? 439

Pregunta 12 — ¿Existe una jerarquía entre las almas que viven en la Divina Voluntad, en el Cielo? . . . 441
Pregunta 13 — ¿Qué relación mantienen los Bienaventurados del Cielo con las almas que viven en la Divina Voluntad en la tierra? . . . 443

Vivir en la Divina Voluntad **448**
Pequeña guía práctica — prolongación de la obra . . . 448
I. Querer y dar el primer paso . . . 450
II. Entrar en Él, cada mañana . . . 451
III. Obrar con Él, durante todo el día . . . 452
IV. Devolver: reparar y ofrecer en nombre de todos . . . 453
V. Las Veinticuatro Horas de la Pasión . . . 455
VI. Permanecer en el buen camino . . . 457
VII. Los apoyos de siempre . . . 460
VIII. Una jornada con Jesús . . . 461

Anexo A — Glosario **462**

Anexo B — Claves de lectura **473**
1. Adán, María y Luisa: tres primacías que no ocupan el mismo lugar . . . 473
2. La obra de Cristo: perfecta en sí misma, por desplegarse en la historia y por ser recibida por las criaturas . . . 474
3. Entrar en el Fiat: un solo paso para entrar, una muerte a sí mismo para establecerse en él . . . 474
4. Salir del Fiat: la debilidad involuntaria, la reanudación de la voluntad propia y el pecado . . . 475
5. El valor de un acto: infinito desde su origen, todavía no formado en vida y creciente mediante el conocimiento . . . 475
6. El Reino en la tierra: una época real y duradera, no el Cielo ni un paréntesis 476

Anexo C — Índice temático **477**

Anexo D — Bibliografía y recursos **482**

Anexo E — Los pasajes más duros del Libro de Cielo **489**
I. Cómo leer los textos duros . . . 489
II. La gramática del sufrimiento y del amor esponsal . . . 491
III. La exigencia total, la obediencia y el riesgo de contrasentido . . . 495
IV. Luisa, María, Juan, los sacerdotes y los sacramentos . . . 498
V. Seis objeciones doctrinales mayores: lectura y respuesta . . . 503
VI. Conclusión: lo que una lectura católica puede afirmar y lo que no debe afirmar . . . 507

Anexo F — Las 214 preguntas y respuestas **508**
Introducción general — ¿Por qué una obra de preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad? . . . 508
Primera parte — El designio originario: el hombre creado para vivir en la Divina Voluntad . . . 510
Segunda parte — La Caída: la pérdida del Reino de la Divina Voluntad . . . 512
Tercera parte — La Redención: Jesús rehace al hombre y prepara el retorno del Reino . . . 514
Cuarta parte — María: la criatura que nunca perdió el Reino . . . 516

Quinta parte — El tiempo del Don: Luisa, los conocimientos y la manifestación del Reino 517
Sexta parte — Recibir y vivir el Don de la Divina Voluntad 521
Séptima parte — Propiedades, frutos y fecundidad de la vida en el Fiat . . . 524
Octava parte — Los actos en la Divina Voluntad: rondas, reparación y vida cotidiana 526
Novena parte — Los sacramentos, la Iglesia y la obediencia en la Divina Voluntad 529
Décima parte — La Pasión, la reparación y las 24 Horas 531
Undécima parte — El Reino de la Divina Voluntad: esperanza, frutos y cumplimiento 534
Duodécima parte — La Divina Voluntad y la vida cristiana integral 537
Decimotercera parte — El combate espiritual en la Divina Voluntad 540
Decimocuarta parte — La Divina Voluntad y las realidades últimas 542

Prefacio

«***Tolle, lege***» **(Toma y lee)**

El Don más grande de todos los tiempos está ahora disponible para toda la humanidad. Nada menos que la vida plena y entera de Dios, que quiere comunicarse a las criaturas. La noche está avanzada y el día está cerca. Las tinieblas formadas por la voluntad humana desde hace varios siglos están sufriendo los asaltos repetidos, intempestivos e ininterrumpidos de las verdades eternas. Estas verdades brotan de la Escritura y son explicitadas en el *Libro de Cielo* con una claridad nunca igualada. Desde ahora el alma puede tomar posesión de Dios, hacer del Creador su morada y obrar de manera divina. Estas verdades, que se transforman en vidas divinas, obran su transformación y la configuran con Cristo, para hacerla participar de su naturaleza divina.

Las grandes avenidas están ya abiertas, y quien quiera realizar su vocación a la santidad y entrar en el proyecto de Dios tiene ahora a su disposición estas verdades que tienen por autor a Aquel que es la Verdad. Así como la Escritura fue inspirada, Jesús dice a Luisa Piccarreta que Él es el verdadero autor del *Libro de Cielo*. El alma de Luisa forma el papel, la tinta es su amor y la pluma su voluntad.

Es, por tanto, urgente que estas verdades sean leídas y enseñadas no solo con entusiasmo y fervor, sino también con una recta comprensión de las palabras del Señor, lejos de toda aproximación o deformación. Deben ser explicitadas a la luz de la Escritura y de la doctrina de la Iglesia, tanto más cuanto que estas verdades son vidas divinas llamadas a obrar la transformación del alma para conducirla a su progresiva participación en la naturaleza divina.

Esta primera e imponente obra sobre la Divina Voluntad, que el Señor inspiró a Philippe Martin, responde a todos estos criterios y constituye sin duda un instrumento de primer orden para la comprensión del *Libro de Cielo* y del proyecto de Dios en el tercer Fiat. Este trabajo es provisional, pero las verdades que trata son eternas. En 214 preguntas se abordan todos los grandes temas del *Libro de Cielo*, desde la protología hasta la escatología, con una preocupación constante por la fidelidad absoluta a las palabras del Señor. En este sentido, el texto original italiano es siempre aducido en apoyo de las respuestas.

El lector del *Libro de Cielo*, o quien lo descubre, es conducido sin cesar a entrar en las profundidades del designio de Dios para la humanidad perdida, que se dispone a revivir las bodas con su Creador en el don de la vida en la Divina Voluntad. Philippe guía las preguntas y respuestas de manera que suscite en el alma, a medida que avanza la lectura, el ardiente deseo de entrar en comunión con la vida divina. Este deseo se inflama sin cesar al contacto con las verdades tratadas y con las enseñanzas de Nuestro Señor sobre el designio originario de Dios para el hombre, la desobediencia y la caída, la Redención realizada por el Fiat de María, la misión de Luisa, el don de la Divina Voluntad a la humanidad, la vida cotidiana en la Divina Voluntad, la oración, las reparaciones, los sacramentos, la Iglesia, el combate espiritual y las realidades últimas.

Las preguntas y respuestas de esta obra muestran claramente que la doctrina de la Divina Voluntad no está desarraigada, sino que hunde sus raíces en la Revelación pública ya cerrada y en las verdades enseñadas por la Iglesia.

Que el Señor conduzca a todo lector de este libro a beber de las fuentes vivas de la Palabra de Dios y del *Libro de Cielo*. Que, al encontrar respuestas a sus interrogantes, crezca cada vez más en el conocimiento pleno de Dios, hasta la total y perfecta transformación en Él. Que Él siga guiando e inspirando a Philippe en esta maravillosa obra que realiza para el advenimiento del Reino. Un solo consejo: «¡toma y lee!»

Venga tu Reino, Señor, y hágase tu Voluntad en la tierra como en el cielo.

Amen Fiat.

P. Gabriel Marie Tchonang
Doctor en teología
Moderador de la Association Française Luisa Piccarreta

Prólogo

Razón de ser

Esta obra existe porque se ha hecho un don a la Iglesia y al mundo, y este don pide ser conocido, amado y vivido. Luisa Piccarreta (1865-1947) recibió de Jesús, durante más de sesenta años de una vida casi enteramente escondida, una enseñanza sobre la Divina Voluntad cuya amplitud, profundidad y audacia no encuentran verdadero equivalente en toda la historia de la mística cristiana. Esta es la convicción que ha sostenido este trabajo de principio a fin. Los treinta y seis volúmenes del *Libro de Cielo*, junto con *La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad* y *Las Veinticuatro Horas de la Pasión*, contienen una novedad que ha sido objeto de un atento discernimiento eclesial. Las ambigüedades señaladas en 2019 por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe —que el Dicasterio indicaba que no eran en sí mismas errores doctrinales— fueron aclaradas con el concurso de un teólogo encargado por la Postulación, permitiendo al Dicasterio concluir en 2024 que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia». En junio de 2024 concedió su *nihil obstat* para la reanudación del itinerario canónico; esta conclusión, notificada formalmente a la Postulación el 8 de julio, se hizo pública el 10 de agosto. Al mismo tiempo, el Postulador precisó que la continuación de la causa debía ir necesariamente acompañada del establecimiento de una edición típica y crítica oficial, con una introducción y notas, que se convertirá en la edición de referencia.

Mientras espera confiadamente esta última, la presente obra no pretende ofrecer una interpretación definitiva y exhaustiva de unos escritos cuya riqueza es propia y verdaderamente divina. Doscientas catorce preguntas, por muy pacientemente verificadas que hayan sido, no pueden encerrar ni contener lo que no cesa de brotar de estas páginas, abiertas a horizontes sin fin. Tal pretensión sería, además, contraria al espíritu mismo de estos escritos. Este trabajo nació, como todo el proyecto Amen Fiat, del único deseo de dar a conocer y amar este don —y de hacerlo con la más estricta fidelidad a la fe católica, sin debilitar jamás lo que estas páginas dicen con la mayor audacia. Porque esta audacia no es un exceso que hubiera que refrenar prudentemente: es la marca de una verdad vista con tanta exactitud y recibida con tanta plenitud que no necesita, para expresarse, ninguna reserva añadida. Estos fulgores, lejos de desorientar la fe a la que sirven, la iluminan: se inscriben en lo que el propio *Catecismo de la Iglesia Católica* llama la explicitación progresiva de una Revelación pública ya culminada en Cristo, pero que «no está completamente explicitada» y cuyo contenido corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente «en el transcurso de los siglos» (CIC 66); la función propia de una revelación privada auténtica consiste en ayudar a vivir esta misma fe «más plenamente en una cierta época de la historia» (CIC 67). A esta luz ha de leerse lo que Jesús dice a Luisa cuando le explica por qué esperó tantos siglos antes de dar a conocer plenamente su Voluntad obrante en la criatura: habían llegado por fin los tiempos, dice, para esta tercera y última renovación del mundo, en la que serían manifestados los actos mismos de su Divinidad, hasta entonces tan poco conocidos por los hombres (V.3).

Cómo leer esta obra

Cada pregunta sigue, en la mayoría de los casos, el mismo recorrido: una respuesta breve, que ofrece de inmediato lo esencial; un desarrollo, que lo despliega; una o varias citas de las

fuentes primarias, presentadas en español y en su texto italiano, para que nada se pierda de lo que realmente fue dicho; una articulación católica, que sitúa esta enseñanza en la Escritura y en la doctrina recibida de la Iglesia; y una fórmula para recordar, destinada a la memoria y al corazón. Algunas preguntas, de alcance más sintético o fundadas en un razonamiento más que en un texto concreto, no contienen ninguna cita de una fuente primaria.

Este libro quisiera ser menos una respuesta cerrada que una puerta. Se dirige ante todo a lectores ya comprometidos en este camino y deseosos de profundizar su comprensión, no a principiantes a quienes primero habría que convencer desde el umbral. Sin embargo, estos últimos encontrarán en él con qué satisfacer su curiosidad, responder a sus dudas y encender su deseo de dar el paso. Cada pregunta constituye un punto de apoyo para seguir leyendo a la propia Luisa, no para dispensarse de hacerlo: las citas ofrecidas aquí nunca sustituyen al texto íntegro del *Libro de Cielo*, sino que remiten a él. El Anexo F, «Las 214 preguntas y respuestas», que retoma de forma condensada cada respuesta breve, puede servir como primera aproximación rápida o como memoria de conjunto; la guía práctica «Vivir en la Divina Voluntad», situada antes de los anexos, prolonga este recorrido doctrinal en la vida cotidiana para quien se pregunte por dónde comenzar concretamente; y el Anexo E, dedicado a los pasajes más difíciles del *Libro de Cielo*, debe consultarse cada vez que una expresión parezca chocar frontalmente con la fe común: está hecho para ayudar a comprender, no para eludir.

Una vez conocidas algunas convenciones, la lectura se hace más fluida. Las referencias entre paréntesis, como (VI.5) o (XI.6-7), designan siempre la parte mediante su cifra romana y la pregunta mediante su número: aquí, la quinta pregunta de la Sexta parte. El mismo formato vale, por tanto, para una referencia dentro de una parte o hacia otra, sin depender nunca del contexto inmediato. Cada cita de Luisa se ofrece dos veces: primero en su versión española y después, en cursiva, en el texto italiano original, para que nada de lo que realmente fue dicho se pierda detrás de la traducción y para que todo pueda verificarse. Cuando una cita está abreviada, unos puntos suspensivos entre corchetes […] señalan la supresión; nunca ocultan un pasaje que contradiga o matice lo citado.

Las siglas más frecuentes son las del *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC) y las de la recopilación Denzinger de las definiciones del Magisterio (Dz). Por último, el Glosario (Anexo A), las Claves de lectura (Anexo B) y el Índice temático (Anexo C) permiten encontrar, término por término, tensión por tensión o tema por tema, todo lo que este libro dice sobre una cuestión determinada: el primero, para comprender una palabra encontrada durante la lectura; las segundas, para situar las grandes tensiones que atraviesan la obra; y el tercero, para reunir cuanto concierne a una cuestión presente en varias partes.

El espíritu de su redacción

A lo largo de este trabajo, hemos elegido avanzar pacientemente, una pregunta tras otra, verificando cada afirmación en el texto italiano antes de escribirla y sometiéndonos de antemano a lo que la Iglesia católica diga algún día al respecto, con una autoridad que esta obra nunca podrá reivindicar para sí. La misma opción ha regido la manera de escribir: acoger con confianza y fidelidad la novedad; no censurar ni cerrar nada de antemano para forzar la materia dentro de un molde preconcebido; y ofrecer, al mismo tiempo, las salvaguardas necesarias para no abandonar la fe de la Iglesia adoptando lecturas e interpretaciones desviadas. Y hemos podido hacerlo sin dificultad, porque nada en estos escritos ha impedido jamás a este trabajo afirmar serenamente, con plena certeza, la autenticidad de lo que recibió Luisa Piccarreta y la grandeza excepcional, sin precedentes en la historia de la espiritualidad cristiana, de la revelación privada que le fue confiada.

La preocupación constante de este trabajo ha sido, por tanto, no afirmar nada que no hubiera sido verificado en el propio corpus italiano, en lugar de apoyarse en una u otra traducción o glosa secundaria, y recibir lo que el texto fuente se atreve a decir como una adecuación a su propia verdad, no como un exceso que deba corregirse. Es un trabajo de largo aliento, retomado, corregido y nuevamente ampliado, y seguirá siéndolo, porque permanece, por su propia naturaleza, en el orden de lo provisional: fruto de una lectura, no de una autoridad, llamado de antemano a ceder el paso a la edición típica que la Iglesia, si Dios quiere, propondrá algún día.

Medios y fuentes

Este trabajo se apoya ante todo en los propios escritos de Luisa Piccarreta: los treinta y seis volúmenes del *Libro de Cielo*, en su transcripción italiana, verificada volumen por volumen y fecha por fecha; *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*; y *Las Veinticuatro Horas de la Pasión*. Cada cita ha sido confrontada con el texto italiano original antes de ser retenida. Para su formulación española, se siguen literalmente las ediciones electrónicas de trabajo identificadas en la Nota textual y de edición siempre que el pasaje correspondiente pueda localizarse con suficiente fiabilidad; en caso contrario, se realiza una traducción directa del italiano y se documenta en el diario técnico. El lector encontrará, por tanto, cada vez, el texto español seguido del texto italiano, para que nada de este trabajo de verificación quede oculto.

Este trabajo no habría sido posible sin la colaboración de varios modelos de inteligencia artificial que, bajo la dirección teológica y editorial constante del autor, han permitido estructurar, sintetizar, documentar y redactar una parte importante de esta obra. Esta colaboración nunca ha dispensado de verificación alguna: cada cita, cada referencia al *Catecismo de la Iglesia Católica* o a la Escritura y cada afirmación doctrinal han sido confrontadas con las propias fuentes antes de ser retenidas.

El recorrido: una introducción y catorce partes

Este libro se compone de una Introducción general y de catorce partes, todas ellas formadas por preguntas temáticas. No yuxtaponen una multitud de puntos de vista sobre un mismo objeto: siguen el hilo de una historia única, la de un Reino dado, perdido, reconquistado y, después, prometido a un retorno que cada parte precisa un poco más.

Introducción general. La Divina Voluntad es la Voluntad misma de Dios, una y eterna, por la cual crea, redime y santifica, y el don por el cual un alma puede dejar que se convierta, aquí abajo, en el principio continuo de todos sus actos, milagro de cada instante más que acontecimiento aislado. Esta obra se despliega en tres Fiat, tres «síes» divinos: el de la Creación, pronunciado por Dios solo; el de la Redención, pronunciado con el concurso de María; y un tercero, el de la Santificación, que Dios espera todavía ver cumplido mediante el concurso libre de las almas; cada uno germina primero en una sola criatura antes de difundirse: Adán, María y, ahora, Luisa.

Hablar así de «Divina Voluntad» no introduce jamás una cuarta realidad junto al Padre, al Hijo y al Espíritu: es hablar de la Trinidad misma en la unidad de su querer, aquel mismo por el cual creó al hombre capaz de entrar en comunicación con ella. Este Reino que Dios dice querer establecer en la tierra no abole ni reemplaza el ya instaurado por Cristo en su Iglesia: designa su profundización todavía esperada. Hacer la Voluntad de Dios es obedecerla acto por acto, como está llamado a hacerlo todo cristiano; vivir en la Divina Voluntad va más lejos, dejando que esa misma Voluntad se convierta en el principio estable y continuo del que proceden todos los actos del alma: una morada, ya no solamente una

obediencia repetida.

Si los escritos de Luisa Piccarreta ocupan un lugar semejante, es porque Jesús confía en ellos una misión que Él mismo presenta como nueva, cuya novedad queda marcada por el silencio mismo de la tradición espiritual recibida; Él mismo reivindica su paternidad, estrecha esos volúmenes contra su Corazón llamándolos «una parte de Mí mismo» y muestra anticipadamente a Luisa una mesa rodeada de almas que, al acercarse a ella, salen transformadas en luz. Él mismo dicta su título —no a Luisa, sino al sacerdote encargado de la impresión— en tres partes que se cierran sobre un solo llamamiento: recordar a la criatura el orden, el puesto y el fin para los que fue creada, fuera de los cuales permanece como una intrusa errante en su propia casa. Estos escritos solo pueden recibirse tal como Luisa misma los escribió: bajo la estricta obediencia a un confesor, nunca por iniciativa propia, con la entera sumisión de su juicio al de la Iglesia.

Vivir así en la Divina Voluntad nunca dispensa de los sacramentos, no aligera en nada las exigencias de la vida moral, sino que las cumple desde dentro, nunca suprime la Cruz, sino que la transfigura sin apartarla, y nunca reemplaza la esperanza del Cielo por un reino terrestre que se bastaría a sí mismo. Por lo demás, este tercer Fiat no es sino el cumplimiento de la oración enseñada desde hace dos mil años a toda la Iglesia: «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo»; nada se pide en ella que la Iglesia entera no pida ya cada día.

Una sola actitud abre el acceso a esta luz, la misma por la que María mereció ser elegida: la pequeñez, que reconoce su propia nada ante la grandeza de Dios; porque pensar en sí misma empequeñece al alma, mientras que pensar únicamente en Él la engrandece a su medida.

Primera parte — El designio originario. Dios creó al hombre por puro amor y con un único fin: que su Voluntad viviera en él y que él viviera en ella; no como un siervo encargado de producir obras, sino como un hijo llamado a recibir la vida misma de Dios y a devolvérsela en gloria y amor. En el jardín del Edén, Dios formó su estatua y la insufló con su soplo omnipotente, dándole, juntamente con la existencia, su propia Vida, hasta hacer de él, en un sentido siempre analógico pero real, un «pequeño Dios». Este soplo no deja nunca de darse, como la respiración que se exhala y después vuelve a inspirarse; pero cuando la voluntad del hombre deja de volverse hacia Dios, este soplo ya no encuentra en ella el camino de regreso.

Crear al hombre fue para Dios un acto sin igual: un éxtasis en el que su propio amor lo arrebató a Él mismo, antes incluso de que su Fiat se pusiera a obrar. Encerró en él su Voluntad como un capital depositado, del que solo esperaba un módico interés de amor, y la primera palabra que pronunció el hombre así colmado —«te amo»— le produjo una alegría mayor que todos los bienes que acababa de darle. Esta semejanza con su imagen no se encontraba acabada desde el principio: debía formarse a medida que el hombre, como un niño que acaba pareciéndose al maestro cuyos gestos repite, obraba a la manera divina en los actos de su Querer.

Dios infundió en el alma de Adán tres «soles», formados por el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu: la inteligencia, la memoria y la voluntad, realmente distintas entre sí, pero unidas en la única vida y en la unidad de acción del alma, como las capitales de tres reinos de los que dependía todo lo demás. Adán fue creado rey de toda la Creación, conocía todos sus dominios y depositaba libremente en ellos sus actos, cada uno de los cuales era un sol; y, por la gracia de la bilocación, su alma se hacía presente en todas las cosas creadas, de modo que su voz, su amor y su adoración resonaban enteramente en ellas. Su vida antes del pecado fue una felicidad recíproca: su voluntad era la de Dios, la de Dios era la suya, y Dios mismo se alegraba al ver reproducirse en ella sus propios actos. Los actos

que realizó en esta unidad nunca fueron borrados por su caída: introducidos en el orden mismo de Dios, permanecen intangibles y le merecen en el Cielo una gloria que ningún santo, salvo únicamente María, puede igualar.

Poseer así este Reino nunca significa recibir la Voluntad de Dios como una ley exterior: significa tenerla como vida propia, como herencia, y ejercer sobre las obras de Dios un verdadero derecho de hijo. Para ello fue excavado en su alma un vacío más vasto que el propio universo visible, un vacío destinado desde el origen a convertirse en morada de Dios mismo. Si el cielo, el sol y el mar permanecen desde el origen en el orden del Fiat que los creó, es porque, a diferencia del hombre, no tienen ninguna voluntad propia que oponerle. Toda la Creación fue dada al hombre como morada y como espejo, en el que debía copiar en sí mismo el orden, la armonía, la luz y la firmeza de su Creador. También debía ser su voz: mudas por naturaleza, las criaturas esperaban de él que las hiciera hablar, adorar y amar en nombre de todas; un sacerdocio cuya raíz más antigua llevan en sí las rondas posteriores.

Este fin nunca ha variado a lo largo de la historia, en todo cuanto Dios ha hecho o hará: que la Divina Voluntad viva en el hombre, porque Dios, al crearlo, quiso ante todo a alguien con quien hablar. Sin embargo, a diferencia del resto de la Creación, Dios no puso en el hombre ningún acto determinado, sino un acto siempre creciente, sin decirle jamás «basta», hasta el punto de poner su propia Voluntad a su disposición para que pudiera sostener todo su crecimiento; don que María llevó hasta su medida más alta y que no conoce término ni en esta vida ni más allá. Porque Dios no quiso del hombre una simple obediencia: lo creó para una vida filial, en la que cada acto hecho en su Voluntad viene a completar en él su propia Vida, hasta que el Creador vuelve a encontrar en su criatura su propio sol.

Segunda parte — La Caída. Adán tenía la Voluntad de Dios como centro de su vida y de todos sus actos, y de ella recibía una fuerza, un dominio y un atractivo enteramente divinos, hasta el punto de que Dios mismo se sentía «herido de amor» por sus gestos más ordinarios. Sin embargo, no pecó primero desobedeciendo: fue el primero en olvidar que era amado, y este olvido del corazón abrió la puerta a la seducción de los sentidos y, después, a la transgresión de un mandamiento que Dios había formulado expresamente para probar su fidelidad —primero cesó el amor; el pecado vino solo después.

Desde la Caída, los mismos actos que Adán continuaba realizando, idénticos en apariencia a los de antes, quedaron vaciados por dentro, como un alimento sin condimento o un fruto sin madurez —señal de que lo que acababa de producirse no era una ofensa entre otras, sino una ruptura única y sin precedente, cuya marca llevaría desde entonces la naturaleza misma de todos los actos humanos futuros. El hombre perdió en ella su nobleza, su fuerza y su semejanza con su Creador —único, entre todas las criaturas, que perdió algo de su origen, mientras que el sol y el mar permanecen tal como fueron hechos—; la imagen de Dios, sin embargo, permaneció grabada en él, imborrable, pues solo la semejanza viva se había retirado junto con la Voluntad que constituía su principio. Esta pérdida afectó a toda la humanidad porque Adán fue creado cabeza de toda la familia humana: al sustraerse al Fiat, arrastró a su desgracia a todos los que habían de nacer de él, según la misma lógica de representación que permitirá un día a Cristo, nuevo Adán, rehacer para todos lo que uno solo había deshecho.

Después de su culpa, Adán pudo todavía llorar y hacer la Voluntad de Dios; pero nunca más pudo poseerla como antes: solo Dios, el ofendido, podía rehacer el injerto roto entre la criatura y el Creador, porque ninguna lágrima humana, por sincera que fuese, podía reparar una herida hecha a la infinitud de la Majestad divina —y hubo que esperar cuatro mil años, dice el texto, para que el Verbo Eterno se abajara Él mismo hasta el ofensor y lo rehiciera. Aquí se encuentra toda la distancia que separa recibir los efectos de la Divina Voluntad —gracias, luces, auxilios puntuales— de poseer su unidad, teniéndola a ella misma como

fuente única y permanente de todos los propios actos: así la tierra recibe los efectos del sol sin elevarse jamás hasta su esfera. Sin embargo, esta Voluntad nunca se retiró totalmente del hombre caído: a lo largo de toda la historia de la salvación, se le ofreció como remedio contra las pasiones, salud del alma y alimento para crecer en santidad, según lo que cada uno estaba dispuesto a recibir de ella —santidad real, pero siempre auxilio recibido, nunca posesión establecida.

Desde entonces, cada pecado personal repite, a su escala, aquel mismo gesto originario: un acto de la voluntad humana que se opone a la Divina o que, incluso en las obras más santas, nunca busca sino a sí misma. Esta misma caída puede leerse también como la herida de un amor libre en su principio: al haber creado libre al hombre, a diferencia del cielo y del sol que ninguna libertad pone en juego, Dios quería de él un amor verdaderamente suyo, no un homenaje necesario; pero esa misma libertad, única capaz de hacer posible tal amor, hace también posible su rechazo, su olvido o su desprecio, herida que ninguna obra privada de libertad habría podido jamás infligirle.

Tercera parte — La Redención. El Verbo se habría hecho carne aunque Adán no hubiera pecado —esta es la luz propia recibida por Luisa, en la línea de la tesis escotista de la primacía de Cristo: el pecado no hizo nacer este designio, sino que únicamente cambió su modo, pasando de la venida de un Rey glorioso escoltado por sus ángeles a la de un siervo pobre y sufriente. Desde el instante mismo de su Concepción, su Humanidad, dotada de un uso perfecto de la razón, conoció y abrazó ya todo el dolor de la condición caída que venía a asumir: la Pasión visible del Calvario no hará sino manifestar en el tiempo una Pasión interior plenamente llevada desde aquel primer instante. Verdadero Dios y verdadero hombre, posee dos voluntades realmente distintas, la humana libremente sometida a la divina sin ser jamás absorbida por ella —misterio definido contra la herejía monotelita y modelo exacto de lo que la Divina Voluntad pedirá después a cada alma.

Para poder dar el Reino perdido por Adán, Jesús tuvo primero que reconquistarlo y poseerlo Él mismo por entero, al precio de un trabajo totalmente interior, más profundo que cualquier sufrimiento visible: nadie puede devolver un bien que no posee primero en plenitud. El cáliz que pide que se aparte de Él en Getsemaní ya no era el de sus propios sufrimientos futuros, sino el de toda voluntad humana separada de Dios, encerrada en cada criatura; y su triple oración, «no mi voluntad, sino que se haga la tuya», fue el acto mismo por el que primero imploró este Reino, después lo hizo descender y, finalmente, lo estableció como dominador sobre la tierra. A lo largo de toda su vida, en su Humanidad sumergida en el Querer Eterno, adoró, agradeció, reparó, glorificó y oró por cada criatura en particular, yendo en busca de cada acto posible como un pastor va en busca de cada oveja; de este modo realizó Él mismo los actos que los hombres nunca realizaron y rehízo los que habían sido mal hechos —obra ya, en sí misma, enteramente perfecta y concluida. Y puesto que este Reino habitaba por entero en su Humanidad, cada uno de sus actos más ordinarios —un aliento, una mirada, un latido del corazón, hasta la menor gota de su sangre— llevaba ya la impronta del Fiat y devolvía así al Padre la gloria que ninguna criatura caída podía ya ofrecerle.

Una vez reconquistado este Reino, no podía darlo inmediatamente: como una madre que lleva un hijo sin poder apresurar su nacimiento, tuvo que esperar a que los bienes de la Redención, sirviendo ellos mismos de ajuar y de antídoto, hubieran dado primero su fruto, a fin de que el alma, al entrar después en este Reino más vasto, no corriera ya el riesgo de una segunda caída como la de Adán; y es esa misma Sangre, una vez sanada así el alma, la que le sirve entonces de pasaporte para franquear esta segunda puerta. Su Resurrección restituye al hombre el derecho de resucitar en su cuerpo; su Ascensión no es una partida, sino una presencia transformada —se va y permanece—; y el Espíritu dado en Pentecostés abre, en la historia de la Iglesia, el espacio donde este Reino podrá un día desplegarse,

mientras que María misma, presente en aquella hora, se niega ya a contentarse con tener a sus hijos únicamente en el Cielo: los quiere también con ella en la tierra. Pero dos Fiat entrelazados, el de la Creación y el de la Redención, no agotan todavía el designio de Dios: Él espera un tercero, que debe elevarse desde la tierra mediante un acto a la vez humano y divino, sin el cual toda la obra quedaría inconclusa.

Y solo se entra en este Reino, dice Jesús, por la puerta de su Humanidad, ese «cielo» en el que habitaba su Divinidad durante su vida terrena y en el que continúa habitando en las almas que hoy la reciben —sin que ninguna elevación mística, por alta que sea, permita llegar a ella rodeándola.

Cuarta parte — María. En toda la historia del mundo, Jesús en su Humanidad santísima y María, única criatura pura de la descendencia de Adán, son los dos únicos que vivieron de la Divina Voluntad sin dar jamás vida a una voluntad propia separada del Fiat; allí donde Adán, aun siendo inocente, solo vivió esta vida durante un tiempo —realmente, pero sin que una prueba la hubiera afianzado— antes de perderla en la Caída, solo María posee una vida y unas obras enteramente cumplidas, sin defecto, desde el primer instante de su Concepción y sin término, puesto que sigue siendo para siempre la Reina de ella. Esta Concepción inmaculada fue ella misma el prodigio por el cual el Fiat divino recorrió en María, en un solo instante, las seis etapas que toda la Creación había necesitado seis días para cumplir, de modo que tomó posesión del Reino de la Divina Voluntad desde el primer instante de su existencia. Dotada de una verdadera y libre voluntad humana, nunca la dejó actuar independientemente de Dios ni en oposición a Él, sino que la ejerció en cada instante en una adhesión perfecta a la Divina Voluntad. En este sentido dice que la ató al pie del Trono divino como ofrenda perpetua —sacrificio renovado en cada instante de su vida, al que ella misma llama «el sacrificio de los sacrificios».

Esta fidelidad fue puesta a prueba desde el principio: en el primer instante de su Concepción, en el que solo para ella coincidieron la concepción y el primer uso de razón, Dios le pidió su propia voluntad como prenda, no por un tiempo, sino para toda su vida. Por haber triunfado así plenamente en esta prueba, recibió de la Trinidad la posesión de todas las cualidades divinas en la medida en que una criatura puede recibirlas, y fue constituida Reina y Secretaria del Cielo, encargada de poner a salvo el destino del género humano. En la Anunciación, su fiat y el de Dios se fundieron en un solo acto: la Encarnación no fue, por tanto, nunca obra de Dios solo sobre una criatura pasiva, sino que dio vida, a partir de su propia humanidad ya plenamente establecida en este Reino, a la pequeña Humanidad del Verbo.

El mismo amor que la eligió para esta maternidad le confía después la misión de formar a los hijos del Reino: lejos de detenerse en Jesús, esta maternidad se extiende a toda alma que acepta dejar reinar en ella a la Divina Voluntad como reinó en María. Esta maternidad nunca permanece como una doctrina que admirar desde lejos: día tras día, enseña al alma a depositar su voluntad entre sus manos, para que ella la purifique, la embellezca y la ate a la suya, hasta que el alma pueda decir con ella: «Mi voluntad ya no tiene vida; mi vida es la Divina Voluntad». El mismo libro en el que da esta lección lleva su forma en la estructura: una escuela de treinta y un días, en la que cada lección concluye con una práctica y una oración, enseñando mediante su propio ritmo lo que afirma su contenido —que no se entra en el Reino de un salto ni por una sola iluminación, sino mediante pasos repetidos.

Quinta parte — El tiempo del Don. Jesús guarda en sí, como en una espera prolongada, todos los actos interiores que su Humanidad realizó en la Divina Voluntad durante su vida terrena: semejante a una madre que lleva en su seno a un hijo, espera, no por indiferencia sino por amor, el momento oportuno para este gran alumbramiento. Ese momento no podía llegar ya en los primeros siglos, porque la criatura debía primero conocer y hacer suyos los

actos exteriores de Jesús —su vida pública, su Pasión, todo lo que el Evangelio predica desde hace veinte siglos— antes de recibir la revelación mucho más interior de lo que su Voluntad obraba secretamente en su Humanidad, como un maestro enseña primero las letras antes de hacer escribir frases enteras. Este mismo ritmo se encuentra a escala de toda la historia, que Dios conduce mediante grandes períodos de dos mil años, cada uno sellado por una renovación del mundo —el diluvio, después la Encarnación— y en la que hoy se anuncia una tercera renovación, todavía más interior, no como una fecha que hubiera que calcular, sino como la huella de una providencia que no deja nada al azar.

A Luisa Piccarreta le corresponde la misión, inédita en la historia de la Iglesia, de vivir plenamente esta Voluntad y recibir su pleno conocimiento para abrirla después a otras almas. Para ello se necesitaba una criatura de condición humana común, marcada como todo hombre por la culpa original, no una excepción inmaculada: de otro modo, nadie habría podido creer que este Don fuera accesible a su propia condición. Restaurada por gracia en la naturaleza anterior a la Caída sin dejar de pertenecer a esta condición común, Luisa abre así el camino a quien quiera seguirla —misión que Jesús confirma mediante un argumento sobrio: si otros la hubieran vivido antes que ella, la Iglesia conservaría su huella. La llama su hija «primogénita», pero siempre también «pequeña», porque la grandeza del don solo tiene por igual la pequeñez de quien lo recibe.

Las verdades que Él le revela nunca son simples informaciones: como la luz del sol sobre una planta que se vuelve hacia ella, llevan en sí la vida misma que anuncian y transforman poco a poco a quien las recibe a imagen de su fuente; cada una ejerce en ella un oficio distinto —maestro, padre, madre—, de modo que dar el Don sin ellas equivaldría a dárselo a ciegos. Recibidas así, con la gracia y la práctica de las virtudes que las acompañan, reproducen en el alma la obra misma de la Creación: cada conocimiento despliega en ella un cielo nuevo, cada gracia un mar nuevo y, hasta en el ejercicio de las virtudes por el cuerpo, un jardín siempre nuevo. Porque la santidad de las virtudes, hecha de actos repetidos según la ocasión que se presenta, difiere profundamente de la santidad de esta vida, que obra «a la manera divina» sin conocer jamás interrupción; sin embargo, la primera nunca es rechazada por la segunda, sino concentrada y llevada a su término para servirle de peldaño, purificando la Divina Voluntad, al derribar primero la voluntad propia, aquello que la sola práctica de las virtudes, rara vez exenta de motivos mezclados, no podía purificar por sí misma.

La propia Iglesia recibió estos escritos por un camino que no fue ni un largo río tranquilo ni una condena definitiva: acogidos favorablemente durante la vida de Luisa, tres obras extraídas de ellos fueron incluidas en el Índice en 1938 y los propios cuadernos manuscritos fueron entregados a las autoridades romanas, a lo que ella respondió inmediatamente con una sumisión total y sin reservas; la causa se abrió en 1994, y el Dicasterio para la Doctrina de la Fe concluyó en 2024 que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia», antes de conceder su *nihil obstat* para la reanudación del itinerario canónico. Este Don no es en modo alguno una espiritualidad privada reservada a un círculo de iniciados: cumple el designio mismo de la Creación y la petición más central del Padrenuestro, de modo que toda lectura orgullosa, sectaria o separada de la Iglesia traicionaría, por esa sola cerrazón, el espíritu del texto que pretende seguir. Se recibe, por tanto, como toda revelación privada auténtica: con confianza, pero sin igualarla jamás a la Revelación pública ya concluida en Cristo —una ayuda para vivir más plenamente esa misma fe, nunca un complemento sin el cual la fe quedaría incompleta. Jesús llama también a los sacerdotes, en varias ocasiones, a convertirse en sus heraldos, como lo fueron los profetas para su primera venida y los Apóstoles para su Redención: al propio sacerdocio de su Iglesia confía esta misión de proclamación.

Este Don tampoco está reservado a las almas que reciben fenómenos místicos extraordinarios: el camino propio de Luisa —visiones, dictados, fenómenos corporales— pertenece únicamente a su misión, mientras que Dios busca solamente almas que quieran vivir en su Voluntad. Jesús asocia finalmente esta misión a la de María, sin quitar jamás nada a sus incomparables prerrogativas: ambas, dice, reflejan en la tierra, sin sustituirla ni igualarla, la vida misma de las tres Personas divinas —la maternidad de María, la Paternidad; la Humanidad de Jesús, el Verbo; la misión de Luisa, el Espíritu Santo que manifiesta los secretos ocultos de Dios—, misiones que, tanto una como otra, nunca se repiten. Una visión recibida algunos años más tarde dibuja su estructura: Jesús une la mano de Luisa a la de María ante el Trono de la Trinidad, como dos orígenes en la historia, uno para la Redención ya cumplida y el otro para este tercer Fiat todavía por venir.

Como primogénita de este Fiat, encierra en sí, por el mismo derecho de primogenitura que la Escritura reconoce al primogénito de una familia, los bienes que recibirá cada uno de los hijos del Reino después de ella, y se convierte en el segundo eslabón que une a la Humanidad de Cristo a todos los que vendrán, después de ella, a vivir a su vez en ella. Por lo demás, no entró en esta posesión sino a través de varias etapas reconocidas por la propia Iglesia —un matrimonio místico a los veintitrés años, renovado en el Cielo dos años más tarde ante toda la Trinidad, después un matrimonio místico de la Cruz y, por último, un intercambio de corazones mediante el cual Jesús le retiró el corazón y le dio a cambio su propio amor. Recibe así, prometida a quien vive plenamente en el Fiat, la ciencia infusa que Adán poseía antes de la Caída y perdió con ella: no un saber adquirido mediante el estudio, sino una mirada, «como un ojo divino», que conoce sin esfuerzo las verdades de Dios y hasta la virtud de la menor brizna de hierba —don tan inseparable de la Divina Voluntad como el calor lo es de la luz.

Sexta parte — Recibir y vivir el Don. El Don de la Divina Voluntad es un intercambio continuo y recíproco: en cada acto que realiza el alma, Jesús le ofrece primero el don de su propia Voluntad y espera a cambio el de la suya, en un matrimonio siempre renovado más que en un capital recibido de una vez para siempre. Sin embargo, esta Voluntad permanece increada: lo que el alma recibe de ella nunca es su esencia misma, sino una participación real y continuamente comunicada a su vida, sin que de ello se siga jamás confusión alguna entre la criatura y su Creador. Recibir este Don es, por tanto, consentir a un intercambio que nunca queda concluido de una vez para siempre: la menor ausencia de este intercambio, aunque solo sea en un acto, deja un vacío que las debilidades ordinarias vienen inmediatamente a llenar.

Dos disposiciones abren el alma a él: el verdadero reconocimiento de su propia nada, que deja al Todo llenarla sin barrera, y el deseo que la mantiene orientada hacia este bien. No se requieren camino, puerta ni llave para entrar en él, puesto que esta Voluntad corre ya por todas partes como agua bajo los pasos del alma; solo la «piedrecita» de la voluntad propia bloquea su paso, y basta retirarla para encontrarse inmediatamente toda entera en ella. En cuanto el alma se decide a este don sin retorno, Jesús la ata con «cadenas de luz» que nunca suprimen su voluntad humana, sino que le impiden actuar en primer lugar. Porque Dios nunca, en ningún caso, retira el libre albedrío que dio una vez para siempre: esta Voluntad «eclipsa» la voluntad humana como el sol del día vuelve invisibles las estrellas sin destruirlas —permanecen en su sitio y reaparecen en cuanto declina su luz.

Un acto preveniente, realizado desde la mañana, fija de antemano en esta Voluntad todos los actos del día que va a comenzar y suple ya anticipadamente los momentos en que la atención pudiera faltar por debilidad humana; un acto actual, renovado a cada instante, disipa después las sombras que la negligencia puede arrojar sobre ellos —ambos se completan sin sustituirse nunca el uno al otro. Esta Voluntad obra, además, según cuatro

grados progresivos: querida, cuando da a conocer su deseo sin forzarlo jamás; mandada, cuando añade el precepto obligatorio para todo cristiano; obrante, cuando desciende ella misma al acto del alma para obrarlo como suyo propio; cumplida, finalmente, el más santo de los actos que puede producir. Esta Voluntad obrante viene entonces a poseer distintamente cada una de las facultades del alma —la mente, la voz, las manos, los pies, el corazón— sin imponerse jamás por la fuerza, siempre llamada más que intrusa; y esta misma Voluntad que obra así en la criatura no es otra que la que obra desde toda la eternidad entre las propias Personas divinas.

Cuando Adán se retiró del Fiat, Dios no retiró su autoridad ni sus mandamientos, dejados por pura bondad al alcance de todos, sino la vida obrante misma de su Voluntad. Pues sin la Divina Voluntad, precisa Jesús, no puede haber verdadera salvación ni verdadera santidad; y es esta vida obrante la que cada verdad revelada hoy a Luisa hace volver poco a poco para reinar sobre la familia humana. Este mismo latido se encuentra hasta en el propio cuerpo: Jesús se llama «latido sin corazón» y «aliento sin cuerpo», unión tan estrecha que ninguno de los dos subsiste sin el otro —el mismo aliento que dio vida a Adán y animó sus tres potencias, perdido en la Caída no en su existencia sino en la percepción que de él se tiene, y que Dios restaura hoy soplando de nuevo, con mayor fuerza, hasta sanar lo que encuentra herido. «Fundirse» en esta Voluntad, gesto que el alma puede renovar a cada instante, nunca designa la desaparición de la voluntad humana en la Divina Voluntad como si fueran una sola y misma voluntad: es el don total, libremente renovado, mediante el cual la criatura deja de actuar primero para permitir que la Voluntad de Dios obre enteramente en ella. Todo lo que Jesús hizo, dijo, oró y sufrió durante su vida terrena permanece así, según sus propias palabras, «en suspenso» en su Voluntad, como un fruto del que las criaturas todavía no han recogido todo el fruto; el alma que vive en este Querer deja de mantener estos bienes en suspenso al entrar ella misma en cada uno de estos actos para hacerlos vivir de nuevo en sí.

Más allá de este tesoro personal, la Voluntad Suprema destinó también a cada criatura, desde el origen, sus propios actos, que quedaron igualmente en suspenso por no haber sido recibidos; esperan un alma que se ofrezca a recogerlos en nombre de todas. Nunca es, por tanto, una carencia en la obra ya perfecta de Cristo lo que llama al alma a continuar su reparación, sino un deseo de compañía: la repetición de sus actos «rompe el aislamiento» de su Voluntad y le da a alguien a quien volver a contar sus penas y sus alegrías. Como la levadura hace fermentar toda la masa sin cambiar su naturaleza aparente, esta misma Voluntad, presente como germen en un acto por lo demás completamente ordinario, arroja en él una fermentación divina que lo transforma interiormente, sin que deje exteriormente de ser lo que era. Sin embargo, un solo acto, por hermoso que sea, nunca forma por sí solo la santidad: es la continuidad de los actos la que une más a Dios con la criatura, porque el verdadero amor, dice Jesús, «nunca dice basta»; y las inevitables salidas de la voluntad propia nunca deben convertirse en motivo de escrúpulo, pues el retorno, siempre posible, es siempre acogido sin demora ni reproche.

Séptima parte — Propiedades, frutos y fecundidad de la vida en el Fiat. Jesús distingue cuatro grados en esta vida, a imagen de cuatro personas expuestas de manera diversa a la luz y al calor de un mismo sol, desde el alma que solo recibe de él un resplandor difuso hasta aquella que se encuentra totalmente consumida en él —grados que nunca miden un don restringido, sino la parte que cada uno consiente en recibir de una luz ofrecida sin limitación. El alma que se expone así plenamente a ella recibe un primer fruto inesperado: ella, que era el templo en el que Dios venía a habitar y a desplegar cada vez más los efectos de su Vida, ve a Dios convertirse, a su vez, en su propio Templo, resguardándola de un peligro al que el primero permanecía expuesto —coexistiendo ambos movimientos sin contradecirse, en un mismo círculo de inhabitación recíproca. Un segundo

fruto vuelve a representar, en un mundo herido por el pecado, aquel mismo descanso que Adán ofreció primero a Dios en el séptimo día de la Creación, antes de que la Caída se lo arrebatara inmediatamente: prestándole, a su vez, su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor, el alma se convierte en su Cielo y en su descanso.

Esta vida no añade nada a la filiación recibida en el bautismo, común a todo cristiano: es su pleno desarrollo, no un orden superior que viniera a superponerse a ella. No dispensa de ninguna virtud, de ningún mandamiento ni de ningún deber de estado: se convierte más bien en el principio interior que los corona y unifica, haciendo pasar incluso el ejercicio heroico de la virtud humana a un modo de obrar propiamente divino. El alma que la recibe se convierte, dice Jesús, en una «hostia viviente» en la que se repite su propia «Vida real» —un registro distinto de la vida mística común a los corazones que ya poseen su gracia sin estar unidos a Él en todo por sus actos.

Como Adán antes de la Caída, recibe el poder de hacerse presente en toda cosa creada, en todo tiempo y en todo lugar, alcanzando tanto a las criaturas pasadas como a las presentes y futuras. Una vez plenamente concedido este don, permanece libre, de derecho, para retirarse de él, como hizo Adán; pero tantos actos ya realizados en el Fiat la rodean entonces de vínculos tan fuertes que esa salida, sin dejar jamás de ser posible de derecho, se vuelve casi imposible de hecho.

De esa misma fuente proceden finalmente, sin división, los milagros y la santidad misma de los santos más resplandecientes, que nunca son más que sus canales. Una última fecundidad corona todas las demás: la Divina Voluntad nunca ha dejado de engendrar, como el sol engendra la luz, como la flor engendra la flor, y quien se deja dominar por ella recibe en sí esta misma virtud, capaz a su vez de engendrar en los demás el bien que posee —fecundidad de la que María sigue siendo la cumbre y el modelo sin igual.

Octava parte — Los actos en la Divina Voluntad. Un acto hecho en el Fiat nunca se distingue por su gesto exterior, que permanece perfectamente ordinario, sino por la intención que constituye su vida invisible: el alma llama en él al Querer de Dios como el cuerpo recibe su vida del alma, sin confundirse jamás con ella. Su valor, ya infinito desde el primer instante, no deja, sin embargo, de crecer a los ojos del alma que lo descubre poco a poco —como una gema cuyo precio permanece igual, pero cuya riqueza revelada aumenta con la ciencia de quien la examina. Lo que separa tal acto de un acto humano simplemente bueno, aunque sea virtuoso, consiste en un solo gesto interior: la voluntad que se vacía de sí misma para dejar todo el lugar a la acción de Dios.

Se distinguen entonces en él tres actos en uno solo: la fuerza creadora que da el primer movimiento antes incluso de que el alma actúe, el amor operante del alma que lo continúa alimentándose de esa misma fuerza, y el amor de complacencia y de reconocimiento que es el único que lo completa, devolviendo a Dios, con un amor mayor, lo que en Él había tenido su comienzo. Un segundo acto triple, distinto de este, une todavía al alma con Dios de tres maneras: concurre con Él en lo que obra en toda criatura, asiste a todo cuanto hace y recibe de ello, como depósito que le corresponde por derecho, la infinitud de sus bienes.

Realizado así, un acto no se extingue como una obra que se abandona una vez hecha: forma en el alma una Vida Divina real, no por el poder de la criatura, incapaz de multiplicar a Dios, sino porque la misma y única Voluntad que reina en Dios reina también, sin dividirse, en el alma que la acoge, a la manera de un rey que, sin perder nada de su realeza, elige habitar una pobre morada. Esta Vida hereda de su única fuente una firmeza y una continuidad incesante que no conocen reposo ni interrupción; y la propia Divina Voluntad nunca es una suma de actos yuxtapuestos en el tiempo, sino un acto único en el que se hallan fundidas, sin primero ni último, la Creación, la Redención y la Santificación todas juntas —de modo

que quien vive plenamente en ella se encuentra fundido en ese mismo acto al igual que Adán o María, sea cual sea el siglo en que venga. La luz de ese mismo Querer, que hizo de Jesús «el continuo crucificado» mucho más allá de su Pasión visible, lleva hoy esas mismas penas al corazón del alma unida a Él: no es Jesús quien la hace sufrir, sino Él quien, en ella, continúa llevando lo que llevó primero. Entrar voluntariamente, con pleno conocimiento de causa, en una Voluntad ya difundida por todas partes es igualmente el corazón de la oración así comprendida: lejos de encerrarse en el instante en que se realiza, se difunde entonces por toda la Creación y desciende hasta las almas del purgatorio.

La ronda, por su parte, es un derecho divino y el primer deber de la criatura, mediante el cual el alma, fundida en el Fiat y hablando en nombre de todos, devuelve a Dios el amor que no ha cesado de derramar sobre sus obras; tres escenarios la reciben sucesivamente: la Creación, donde el alma recorre una por una las obras de Dios para hacerse su narradora; la Redención, donde entra realmente en los misterios de la vida y de la muerte de Jesús en lugar de contemplarlos desde lejos; y, finalmente, la Santificación, donde se apropia de los dones hechos a María y del Don manifestado por Luisa. «Voluntad Divina significa: dar Dios a Dios», responde Jesús a quien le pregunta por ella: devolver a Dios su Creación intacta mediante la ronda ya es esto; pero el propio amor del alma, purificado en el Fiat, se convierte en un «parto divino» que asciende hasta Dios y se lo devuelve. Este mismo movimiento se extiende a la gloria de todos los actos creados, de los que el alma se hace portavoz ante un Creador que se complace en oírse contar su propia obra; y puede también reparar por todos, tomando del tesoro ya infinito de los actos de Jesús frutos distintos según quien los recibe —gloria accidental para el bienaventurado, alivio para el alma del purgatorio, luz y llamada para el pecador.

Vivir así en el Fiat compromete además al alma con todo el cuerpo místico de la Iglesia, donde se convierte, para Jesús, en lo que la piel es para el cuerpo: el lugar mismo por donde circula la vida que hace crecer los miembros débiles y sana los miembros heridos, en un intercambio que asciende hasta el Cielo ya glorificado. Hasta su aliento pone en movimiento las obras de Dios, todavía inmóviles en el Fiat, y llama sobre ella, y después sobre todos, la lluvia de sus bienes. Nada, finalmente, es demasiado pequeño o material para llevar la huella de este mismo Fiat: el trabajo, la palabra, el sufrimiento y la alegría más ordinarios se convierten, a su vez, en su eco fiel.

Novena parte — Los sacramentos, la Iglesia y la obediencia. El bautismo borra la culpa original y da la vida nueva de los hijos de Dios, pero deja subsistir las pasiones y las debilidades; vivir en la Divina Voluntad nunca repite este sacramento ni lo sustituye: es la plenitud hacia la que tiende la propia gracia bautismal cuando el alma le permite producir, sin resistencia, todo el fruto que ya contenía. La Confirmación, del mismo modo, hace al alma invencible ante sus enemigos y la alista en la milicia de su Creador; vivir en el Fiat nunca sustituye esta fuerza recibida de una vez para siempre, sino que consiste en corresponderle sin resistencia, devolviendo finalmente al Espíritu Santo el beso de amor que espera recibir. Porque, así como una vida necesita alimento para crecer, la vida divina que Dios forma poco a poco en el alma necesita ser alimentada continuamente por la gracia santificante, recibida y fielmente cultivada mediante los sacramentos y las virtudes, sin la cual esta vida ya depositada en germen no podría ni crecer ni dar fruto.

Los actos del alma que vive así en la Divina Voluntad multiplican y prolongan la Vida Sacramental de Jesús, como ya la multiplica cada hostia; pero solo Jesús, sumo y eterno sacerdote, consagra estos actos —nunca el alma misma, y nunca nada que sustituya la consagración que únicamente los sacerdotes legítimamente ordenados pueden conferir. Así como la hostia sacramental está formada por los accidentes del pan consagrados mediante la palabra del sacerdote, el alma puede ofrecer su cuerpo y su voluntad humana como

los accidentes de una hostia viviente, que ama en correspondencia allí donde la hostia sacramental, silenciosa en el sagrario, no puede hacerlo por naturaleza. En cada misa, Jesús renueva ante el Padre el mismo gesto de la tarde del Cenáculo, encarnándose de nuevo en cada hostia para ser la vida de cada uno; y vivir la misa en el Fiat consiste en mantener toda la propia vida en esa misma intención, hasta que toda la vida de Jesús se encuentre en ella realmente repetida.

La confesión sigue siendo el lugar donde la voluntad que ha salido del Fiat por el pecado es realmente absuelta —nunca una simple restauración del orden moral, sino la ocasión renovada de depositar de nuevo la propia voluntad, con la condición de no acudir jamás a ella por una costumbre vacía de verdadero dolor. La unción de los enfermos, «el último desahogo de nuestro amor», lleva a término sin resistencia lo que habrá preparado una vida de actos hechos en el Fiat; el matrimonio, elevado al rango de sacramento, hace visible en una familia concreta la concordia misma de la Trinidad; y el Orden, «el Sacramento que encierra todos los demás Sacramentos juntos», hace del sacerdote el custodio cuya fidelidad condiciona, en un sentido muy real, toda la vida sacramental de la Iglesia.

La obediencia a la Iglesia —para Luisa, la debida a sus confesores y al Santo Oficio, al que se sometió sin vacilar en 1938— nunca es una imposición exterior a esta vida: es el vínculo mismo por el que esta permanece fiel y segura. El sacerdote sigue siendo aquel sin quien el pan y el vino nunca se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo; Jesús se reserva solamente, para las almas que viven en su Voluntad, un privilegio de un orden enteramente distinto, que nunca compite con este poder sacerdotal ni lo vuelve superfluo. La misa, finalmente, contiene por sí sola «todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión»; unir la propia oración a la de la Iglesia nunca consiste, por tanto, en añadir una devoción paralela, sino en prestar la propia atención a lo que la Iglesia lleva ya silenciosamente en cada una de sus celebraciones; y la obediencia a los superiores legítimos de la tierra nunca es jerárquicamente inferior a la obediencia debida a Dios: son dos virtudes de obediencia de igual valor, una de las cuales nunca existe sin la otra.

Décima parte — La Pasión, la reparación y las 24 Horas. Jesús quiso sufrir en su Humanidad precisamente para «rehacer» la naturaleza humana corrompida y sin esperanza: la Pasión permanece, en esta vida, como el acto permanente por el cual esa naturaleza llegó a ser capaz de recibir un día este Reino. Encierra en realidad tres Pasiones distintas, correspondientes a los tres efectos del pecado: la del amor, para reparar la falta de amor que constituye su raíz; la del pecado, para restituir al Padre la gloria que cada culpa le sustrae; la de las manos de los judíos, para rehacer la fuerza que el hombre había perdido. Otro texto, todavía más radical, distingue dos Pasiones de naturaleza enteramente diferente según quién fue su autor: la fija, que le dieron las manos de los hombres, y la incomparablemente mayor que su propia Divinidad le hizo sufrir durante toda su vida, multiplicada con cada ofensa en lugar de contada una sola vez —hasta el punto de que la Pasión visible de sus últimos días no fue, dice Él, más que una sombra. Por lo demás, esta Pasión no comenzó ni con el arresto ni en Getsemaní, sino desde el instante de la Concepción, cuando «mi Pasión fue concebida junto Conmigo» —nueve meses de inmovilidad vividos ya, en el seno materno, como una crucifixión—, y prosiguió sin interrupción hasta su último aliento.

Jesús no repara como quien paga una deuda exterior: quiere «rehacerme en ella», en cada criatura, formando, mediante su propia Vida ofrecida como garantía, un pasaporte que da a quien se dispone a hacer su Voluntad el derecho de entrada en su Reino. Las 24 Horas de la Pasión, que Él mismo pidió a Luisa que escribiera y que san Aníbal María di Francia difundió desde 1915, hacen recorrer, hora tras hora, no solamente los acontecimientos exteriores ya conocidos por el Evangelio, sino los movimientos más íntimos de su Corazón

en cada uno de esos instantes; enseñan un movimiento en cuatro tiempos que el alma puede retomar a cualquier hora: contemplar lo que Jesús sufre, compadecerlo realmente, reparar la ofensa que lo causó y entrar en su misma intención —no cuatro ejercicios separados, sino un solo movimiento del corazón.

Porque Jesús ya lo ha reparado todo por todos en el orden divino, pero no se da por satisfecho: desea que el alma entre ella misma en su Voluntad para venir a «besar mis actos» y sustituir, en modo divino, tantos actos no realizados o realizados solamente de manera humana por los demás —no para añadir nada a una reparación ya perfecta, sino para que este oficio continúe dando fruto. Recitar estas Horas sigue siendo un ejercicio piadoso, pero exterior; hacerlas «con» la Voluntad de Jesús significa dejar que, en palabras del propio Jesús, «la criatura se esconde en mi Querer», y que este mismo Querer actúe con su propia potencia, hasta hacer suyos, hora tras hora, su Sangre, sus Llagas, sus pensamientos y sus deseos —no presentárselos desde fuera, sino retomarlos en sí, hasta el punto de que Jesús declara hacer con ella lo que ella hace y recibir de ello un verdadero alivio. En su Pasión, Jesús ve y reúne así todos los actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron; llama al alma a venir, en esa misma Voluntad en la que Él sufre, a rehacer en modo divino lo que todavía falta.

Reparar con Él no es ante todo una carga ni una simple protección: es una alegría que dice experimentar Él primero, hasta declarar: «me siento debilitado por el amor de tu alma», y quedar retenido, como encadenado, en su justicia para con las criaturas —y esta misma reparación se convierte, de manera muy concreta, en un refugio frente a la Justicia divina que el pecado del mundo llama incesantemente. El *Libro de Cielo* llama «verdaderas víctimas» no a quienes sufren por necesidad, enfermedad o accidente, sino a quienes piden libremente sufrir lo que Dios quiere y del modo como lo quiere, a imagen de una Pasión enteramente voluntaria; este estado supone siempre el consentimiento del alma y su total sumisión a la obediencia eclesial, no un fin buscado por sí mismo. Lejos de ser un punto final, la Pasión permanece así como una espera viva del propio Jesús, que llega a «contar los respiros, los latidos, los minutos» con la esperanza de ver reinar finalmente en la tierra el Reino que ese mismo pasaporte, ya firmado, prepara sin realizarlo todavía plenamente en la historia.

Al unirse a su dolor, el alma deja que Jesús haga de ella su esposa y que Él mismo la adorne con las «joyas» que hace salir del sufrimiento consentido —la Cruz, su tesoro más querido, se convierte así en la dote de cada una de sus esposas. Esta Cruz es belleza, riqueza inagotable, y es ella, más que sus obras, su predicación o sus milagros, la que reveló a Jesús como Dios, elevado sobre ella como sobre su propio trono. Jesús llega incluso a decir que, en el mismo instante en que la Divinidad se encarnó en la humanidad, «se encarnó en la cruz», y que esta, unida a Él desde su concepción, forma desde entonces otras tantas encarnaciones suyas en el seno de las almas, hasta producir una especie de encarnación: Dios en el alma y el alma en Dios; también la llama «sacramento», porque reúne ella sola todos los efectos propios de cada uno de los siete sacramentos. Más allá incluso de esta cruz de madera, común a todos los santos, Jesús ofrece finalmente al alma avanzada una Cruz de su propia Voluntad, que «no tiene altura ni anchura», sino que es interminable —no de madera, sino de luz, más abrasadora que todo fuego, en la que quiere sufrir con ella, en cada criatura, para «ser vida de todas».

Undécima parte — El Reino de la Divina Voluntad: esperanza, frutos y cumplimiento. El alma que vive en la Divina Voluntad recibe ya, desde esta vida, una corona de efectos reales y sensibles —alegría, paz, fuerza, bondad, amor, santidad, belleza—, sellados con una inmutabilidad semejante a la de los cielos y las estrellas: son las primicias efectivas, no simples promesas aplazadas, del Reino todavía esperado en su

plenitud. Allí donde el Reino de la Redención sana después de que el mal ya ha golpeado, el de la Divina Voluntad obra mediante un «milagro preservativo» continuo que lo aparta antes de que sobrevenga, restaurando así, en su principio, el mismo orden que Adán poseía antes de la Caída —una naturaleza protegida desde dentro más que sanada después, donde la muerte misma, sin perder todo poder sobre el cuerpo, deja de ser terror para convertirse en tránsito. Toda alma en estado de gracia recibe ya la inhabitación de las tres Personas divinas; cuando ya no les opone resistencia alguna, esta misma Trinidad toma, dice Jesús, «las riendas» de su inteligencia, de su corazón y de todo su ser, en un registro que Él mismo denomina «Vida real». Si la Creación se refiere al Padre y la Redención al Hijo, el *Fiat Voluntas Tua* se refiere al Espíritu Santo, Santificador, sin que las Tres Personas dejen jamás de estar unidas en la operación: vivir en esta Voluntad no introduce ninguna economía nueva después de Cristo; es el mismo Espíritu dado a toda la Iglesia quien despliega en ella su obra propia. La santidad que allí se encuentra, que el *Libro de Cielo* califica repetidamente de «nueva» —«nueva bondad, nueva santidad, nuevo amor» que renacen sin cesar en el alma—, no crea por ello ninguna élite separada del resto de los bautizados: es la llamada universal a la santidad que profesa la Iglesia, llevada a su forma más intensa y radical.

Este Reino, tal como lo espera esta obra, no es ni el retorno visible de Cristo para reinar sobre la historia antes del juicio, ni una nueva revelación pública, ni una superación de la Iglesia o de los sacramentos, ni el fin de todo sufrimiento o de toda muerte antes del ésjaton: es el triunfo intrahistórico de la gracia ya dada, la Iglesia llegada a su pleno vigor, el cumplimiento finalmente visible de la petición más central del Padrenuestro. No puede calcularse fecha alguna: Jesús asegura solamente que su palabra no pasará jamás, cualesquiera que sean los siglos que transcurran, y confía a Luisa el gran ritmo de los dos mil años como firma de su providencia, nunca como horario que hubiera que comprobar —la venida de este Reino depende, revela además, de un número de actos fijado por Dios y que las almas deben realizar libremente, convirtiéndose cada alma que llega a conocer y querer esta Voluntad en una «pequeña casa de Nazaret» mediante la cual Él crece.

Los castigos que este mismo Libro anuncia repetidamente nunca son un arrebato de ira, sino el último recurso de un amor que, al no poder vencer mediante la gracia y la dulzura, busca vencer mediante el temor saludable, siempre al servicio de una reconstrucción. Porque la Divina Voluntad obra según dos modos bien distintos: en modo querido, cuando realiza directamente sus propios designios; en modo permisivo, cuando las criaturas, mediante su libre albedrío, la obligan a dejar que sus propias elecciones produzcan sus justas consecuencias —nunca dos voluntades rivales en Dios, sino un mismo amor que respeta hasta el final la libertad que Él mismo dio. Vivir plenamente en esta Voluntad asocia incluso al alma con todos los atributos de Dios, incluida su justicia —no para juzgar o castigar por iniciativa propia, sino para comprender desde dentro que esta justicia es ella misma santidad y amor, sin la cual la perfección de Dios quedaría incompleta.

El Cielo sigue siendo, para todo cristiano, el fin último y el objeto propio de la esperanza teologal, que nada en la historia podría igualar; pero el alma que vive plenamente en el Fiat recibe ya de él un anticipo tan real que la fe y la esperanza, dice Jesús, llegan «casi a perderse» ante un amor ya poseído. Ser hija de esta Voluntad significa entonces seguir fielmente, como una hija sigue a su padre, la multiplicidad de sus actos, y dar a conocer a otros lo que uno mismo ha recibido de ella —porque pedir este Reino en el Padrenuestro, «Venga tu Reino, hágase tu Voluntad como en el Cielo así en la tierra», no constituye dos peticiones distintas, sino una sola, sobre la cual Jesús hace reposar todo el resto de esta oración. Vivir en esta espera no se resuelve en la indiferencia: significa llamarlo sin cesar, como lo hace Luisa en cada acto de su ronda —y esta llamada es ya la obra de Dios que se despliega en el alma que la forma, incluso cuando parece, a los ojos del mundo, puro silencio.

Este Reino prometido no restaura, sin embargo, un estado en el que los sacramentos dejarían de ser necesarios: la plenitud y la continuidad de comunión que Adán poseía antes de la Caída se reciben, en la economía abierta por Cristo, a través de los sacramentos que Él instituyó, nunca al margen de ellos ni antes que ellos —«bautismo continuado» y «comunión a cada instante» designan una intensidad de correspondencia, no una fuente paralela de gracia. Toda la Escritura, finalmente, convergía ya hacia este mismo designio: Jesús revela a Luisa que las mayores figuras del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que prefiguraban al Mesías venidero, simbolizaban ya a los hijos de su Reino —Adán, su verdadera imagen; Abrahán, el símbolo de sus privilegios; José, el de su dominio; Moisés, el de su poder; David, el de su reinado—, hasta que llegó María, que ya no era símbolo, sino realidad, y después la propia Vida de Jesús, en la que este Reino quedó establecido.

Duodécima parte — La Divina Voluntad y la vida cristiana integral. Dios creó al hombre con tres potencias —inteligencia, memoria y voluntad— para que conservara un vínculo de comunicación con las tres Personas de la Trinidad: en la voluntad resplandece el Padre, como primer acto; en la inteligencia, el Hijo, que le comunica su sabiduría; en la memoria, el Espíritu Santo, para que permanezca en corrientes continuas de amor. Estas mismas potencias se ordenan también hacia los tres Fiat mediante los cuales Dios obra: a la Creación corresponde la inteligencia, arrebatada por todo lo que comprende de Dios; a la Redención corresponde la memoria, cautivada por el don total del Esposo; a la Santificación corresponde la voluntad, que Dios mismo toma como apoyo de la suya. El pecado desordenó estas tres potencias, rompiendo los vínculos que debían conservar con la Trinidad; Jesús las redimió una por una mediante los tres clavos de su Cruz —inteligencia, memoria y voluntad clavadas juntas para atraer nuevamente hacia Él a las almas que desean amarlo. Habría podido, para ahorrar al hombre todo este mal, destruir su libre albedrío; jamás lo hizo, porque sin él el hombre no habría tenido mérito propio alguno en la realización del bien y habría permanecido como un hijo extraño en casa ajena, sin derecho ni herencia.

Los diez mandamientos siguen siendo, para toda vida cristiana, la ley que nadie puede pretender superar —Jesús mismo, aunque Autor de la ley, quiso someterse a ella en todo; vivir en la Divina Voluntad no dispensa jamás de su observancia, sino que la convierte en el lugar donde el deber deja de sentirse como una imposición para convertirse en la forma misma de la santidad. Las Bienaventuranzas, que describen esa misma felicidad paradójica prometida a los pobres, a los afligidos y a los hambrientos de justicia, no encuentran en esta vida contradicción alguna, sino su terreno más favorable. En las tres virtudes teologales —fe, esperanza y caridad— se halla, según las propias palabras de Jesús, «simbolizada» la Trinidad de las Personas divinas: la fe hace creer, la esperanza hace esperar y la caridad hace amar, y las tres están tan unidas entre sí que ninguna puede subsistir sin las otras dos; las virtudes cardinales, por su parte, se reciben a veces de una vez en lugar de adquirirse paso a paso —María cuenta que, al entregar su voluntad a Dios, «adquirí todas las virtudes en naturaleza»—, fruto inmediato de esta Voluntad que viene a reinar, conservando el esfuerzo moral todo su peso; los dones del Espíritu Santo, finalmente, encuentran allí su plena docilidad, pues el Espíritu viene, promete María, para que «consuma lo que es humano» en el alma y la confirme enteramente en el Fiat. Jesús dice haber venido a abolir algunas leyes antiguas y a cumplir otras, para fundar una ley nueva, «ley de gracia y de amor», en la que todos los sacrificios encuentran solamente en Él su único y suficiente cumplimiento; vivir en la Divina Voluntad no reproduce esa misma abolición, sino que deja que esta ley de gracia se convierta, en el alma, en una santidad vivida hasta su coronamiento más completo. Esta vida presupone y exige, en vez de reemplazarla, una conciencia recta y bien formada, atenta a cada acto que quiere unir al Fiat.

El matrimonio, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social se convierten

entonces en su camino ordinario, desde el momento en que sus gestos más humildes —fidelidad conyugal, trabajo cotidiano, sufrimiento del cuerpo que declina— dejan de realizarse para uno mismo y son ofrecidos como actos hechos en esta Voluntad en lugar de en la sola voluntad propia; la virginidad y el celibato consagrados por el Reino, que la misma María vivió con José mediante un voto mutuo, constituyen otro camino, ni menor ni superior, en el que esta misma Voluntad encuentra, dice ella, su mayor fecundidad —sin que ninguno de estos estados añada jamás una vía nueva junto a las que la Iglesia ya conoce. La esperanza reviste al alma de una fuerza casi invencible y le da la perseverancia final: perseverar nunca significa, por tanto, no volver a caer, sino no dejar jamás de levantarse y de recomenzar, acto tras acto; y el alma plenamente establecida en el Fiat entra, más allá incluso de este combate, en una comunión de bienes ya compartida con su Creador, donde el amor, la santidad y la luz llegan a ser realmente comunes entre ella y Él.

La realeza que el hombre recibió sobre la Creación nunca fue una dominación arbitraria, sino una responsabilidad recibida de Dios: el alma que vive en su Voluntad disfruta de los bienes creados por verdadero derecho, mientras que quien no vive en ella, cualesquiera que sean los bienes de los que dispone, nunca posee más que un derecho prestado, recibido a título de limosna y no de pleno derecho. La caridad, finalmente, conoce un orden real sin dejar jamás de ser universal: se dirige primero, revela Jesús, a las almas del purgatorio, las más cercanas a su corazón porque están confirmadas en su gracia sin oposición alguna de voluntad, y después a aquellas que, en esta misma tierra, viven ya cerca de su Voluntad —sin dispensar jamás, por ello, de la caridad más concreta hacia el prójimo que sufre visiblemente, único signo verdadero, dice Jesús, por el que se reconoce un amor que viene de Dios y vuelve a Él.

Decimotercera parte — El combate espiritual en la Divina Voluntad. El Adversario no es un principio del mal igual a Dios: es un ángel, pura criatura espiritual creada buena, que se hizo mala por una elección libre e irrevocable de rechazar a Dios y su Reino; teme a un alma valiente apoyada en Dios más que a cualquier otra cosa, y se opone con furia a la manifestación del Fiat porque este Reino realizaría precisamente aquello que su rebelión originaria quiso impedir: que la criatura no forme más que un solo querer con su Creador. Dios permite la tentación, no para perder al alma, sino para establecerla más sólidamente en las virtudes que cree estar a punto de perder; sin embargo, una vez que el alma está plenamente establecida en el Fiat, la tentación cambia de naturaleza: el demonio huye de ella en vez de asaltarla, al no encontrar en ella poder alguno ni siquiera deseo de entrar.

El primer acto de discernimiento consiste en pedir, como Luisa, la luz necesaria para saber si una experiencia viene de Dios; una vez establecida en el Fiat, el alma se reconoce a sí misma por dos signos que no engañan: una paz sin sombra, que nada turba ni siquiera en las contrariedades, y una constancia que nada hace variar. El demonio manipula de buen grado la imaginación, haciendo pasar unas veces por simple fantasía lo que realmente viene de Dios y poblándola otras de terrores que nada tienen de divino; el criterio no reside, por tanto, jamás en la intensidad o extrañeza de la imagen recibida, sino en su fruto prolongado: una paz que ni el sueño, ni la fantasía, ni el propio demonio pueden producir o sostener en el tiempo. Jesús dice que ni siquiera puede entrar en los corazones que «apestan de soberbia», inflados de sí mismos hasta el punto de no dejar lugar alguno donde Él pueda ponerse; el remedio que enseña inmediatamente es la pequeñez del niño envuelto en pañales, incapaz de dar un paso por sí mismo y que todo lo espera de su madre. La curiosidad profética es una trampa semejante, que desvía la atención de lo que realmente se pide —vivir, desde hoy, en el Fiat— hacia una especulación sobre el futuro que los propios demonios saben explotar para extraviar al alma.

La propia Luisa conoció, desde los comienzos de su vida mística, juicios eclesiásticos severos

y contradictorios —unos la consideraban simuladora, otros exigían que se la corrigiera por la fuerza y otros todavía la juzgaban poseída—, sin permitir jamás que esta dureza humana se convirtiera en motivo de desconfianza hacia la autoridad de la Iglesia misma: la opinión, aunque sea severa, de un hombre de Iglesia tomado individualmente nunca compromete por sí sola dicha autoridad, sobre todo cuando contradice el juicio de aquellos a quienes corresponde legítimamente juzgar. El desaliento, comparado por Jesús con un «humor infeccioso» que penetra hasta la raíz del alma, nunca se presenta como enemigo declarado, sino como un amigo que parece agonizar con ella: esta engañosa semejanza es la que hace tan difícil descubrir el mal. Es preciso, finalmente, distinguir dos realidades que el *Libro de Cielo* nunca confunde: la privación, ausencia sensible de la presencia de Jesús que Luisa vive constantemente como escuela de constancia y purificación, y la aridez propiamente dicha, que Jesús declara expresamente excluida de la vida plenamente establecida en su Voluntad, porque esta es toda luz y paz.

El mismo Adversario, constreñido por esta Voluntad, es aquel cuya derrota definitiva anuncia la Escritura: cada victoria obtenida por un alma sobre la tentación, la ilusión o el desaliento participa, por tanto, en el orden más humilde y cotidiano, de ese mismo combate ya ganado en su principio por la Cruz. «La humildad sin confianza es virtud falsa», enseña el *Libro de Cielo* desde sus primeras páginas: la paz del combatiente nunca procede de la ausencia de combate, sino de la certeza de que Aquel por quien combate ya ha vencido.

Decimocuarta parte — La Divina Voluntad y las realidades últimas. El temor extravagante a la muerte es una necedad, dice Jesús, puesto que cada alma posee ya, como pasaporte para entrar en el Cielo, los méritos de Cristo dados a todos como puro don; para el alma que vive en el Fiat, desear morir para unirse a Dios llega incluso a ser el homenaje más hermoso que puede ofrecerle. En el instante mismo de la muerte, Jesús se presenta a cada alma con extrema ternura para arrancarle, en un último impulso, un acto de dolor, de amor y de adhesión a su Voluntad —porque sin al menos uno de estos actos, dice, no se abrirían las puertas del Cielo—; esta «última sorpresa de amor» explica por qué se salvan tantas almas, y la propia María interviene en ella en virtud de su autoridad de Madre.

El purgatorio sigue siendo el estado de purificación final para las almas que mueren en gracia, pero todavía imperfectamente purificadas; sin embargo, el alma que ha vivido siempre y continuamente en el Fiat no tiene, dice Jesús, camino alguno hacia él, porque esta misma Voluntad realiza ya anticipadamente en la tierra toda la obra de purificación, y su vía es directa al Cielo. Para el alma que, sin haberle sido fiel en todo y siempre, ha reconocido y seguido en gran parte esta Voluntad, el caso es diferente: sus actos realizados en el Fiat le forman tantos «caminos» por los cuales la oración de los vivos puede apresurar —sin suprimirla— una purificación ya abreviada. El infierno nunca es un castigo añadido arbitrariamente por un Dios vindicativo: Jesús enseña que su presencia no cambia jamás, pero que en el juicio Dios manifiesta en verdad la elección de la criatura, ya hecha definitiva. El infierno es la separación definitiva de la comunión con Dios, libremente elegida por el rechazo obstinado de su amor; el estado del alma determina entonces si esa misma presencia se recibe como vida o se padece como rechazo. El alma mala, incapaz de soportar la santidad que ha rechazado, experimenta como rechazo aquello que para el alma buena constituye la fuente de toda alegría.

El Cielo, comunión perfecta y definitiva con la Santísima Trinidad, sigue siendo el fin último y absoluto hacia el cual tiende toda esperanza cristiana: ningún reinado terrestre de la Divina Voluntad, por real y deseado que sea, podría reemplazarlo ni anticiparse a él. Nuestros propios cuerpos, deshechos y reducidos a cenizas por la muerte común, resucitarán el día del juicio para una vida inmortal y gloriosa —misterio que Jesús presenta como uno de los más consoladores de toda la religión cristiana—; para el alma que haya vivido

plenamente en el Fiat, esta misma corrupción queda ya anticipadamente borrada, como mostró la Undécima parte, y cada acto hecho en el Fiat es ya, desde esta tierra, «una resurrección divina» que el alma recibe por adelantado. El juicio final se distingue del juicio particular por su alcance universal y público, y no mantiene continuidad temporal alguna con el Reino terrestre ya esperado: confundirlos significaría recaer en el error milenarista. La Humanidad de Jesús, dice Él, gozaba ya durante su vida terrena de la visión beatífica, sin perderla jamás, ni siquiera en lo más intenso de su Pasión; de la misma manera, para el alma que vive en el Fiat, cada acto hecho en esta Voluntad despliega ya aquí abajo como un «nuevo cielo» de santidad y de luz, prefiguración real de la nueva creación futura.

Las almas liberadas del purgatorio por los sufrimientos de Luisa descendían de nuevo para rodearla y agradecerle mediante sus cánticos: este intercambio concreto entre la tierra y el Cielo ilustra la comunión de los santos mejor que cualquier definición abstracta. Todo acto hecho en esta Voluntad recibe de Dios una confirmación que lo hace imperecedero y siempre nuevo; nada de cuanto haya sido vivido en el Fiat durante una vida entera se perderá, por tanto, jamás. Estos mismos actos, apenas formados, emprenden inmediatamente el vuelo hacia el Cielo por lo que Jesús llama el «camino regio», donde los bienaventurados los reciben en los puestos de primer orden alrededor del trono supremo; por el contrario, los actos solamente buenos, pero no hechos en esta Voluntad, parten por «vías tortuosas» hacia el purgatorio, antes de llegar al Cielo para ocupar «puestos secundarios».

Así como Dios tiene en el Cielo la jerarquía de los ángeles en nueve coros distintos, tendrá también la de los hijos de su Reino, diferenciados no por méritos extraños unos a otros, sino por la medida de los conocimientos de la Divina Voluntad que cada uno haya hecho suyos; y quienes los hayan recibido y vivido ya en la tierra los poseerán de una manera que aquellos que solo los reciban en el Cielo nunca podrán igualar. Los bienaventurados gozan, finalmente, en el Cielo de toda la bienaventuranza que contiene esta Voluntad, pero sus méritos están allí ya fijados: no pueden, dice Jesús, «multiplicar mi Vida, mi Querer, mis bienes», mientras que el alma que vive todavía en el Fiat sobre la tierra conserva por sí sola este poder; de modo que cada acto que realiza alcanza realmente a los propios bienaventurados, cuya alegría aumenta por este mismo bien que ya no pueden producir por sí mismos. ### Lo que este largo recorrido permite ver

Catorce partes, un solo designio: desde la Primera hasta la Decimocuarta, nada ha cambiado de objeto, sino solamente de ángulo. Dios nunca ha querido para el hombre algo distinto de lo que quiso desde el origen —una vida filial en la que su propia Voluntad se convierta en la vida de su criatura—, y todo lo que la Caída desfiguró, la Redención, María y el Don confiado a Luisa Piccarreta lo han restaurado, reconquistado y después manifestado, cada uno en su momento. Este designio no conoce arrepentimiento ni improvisación: un solo Fiat lo sostiene desde la Creación hasta la Santificación prometida, y aquello que el lector ha visto desarrollarse en catorce etapas no es, en el fondo, sino el despliegue paciente de un único querer de amor.

En el centro de este designio se encuentra Cristo, y solo Él. Nada de cuanto estas páginas anuncian puede recibirse fuera de su Humanidad santísima: en ella fue reformado primeramente el Reino perdido por Adán, en ella cada acto de las criaturas encuentra su pasaporte, y ninguna elevación, por alta que sea, dispensa de pasar por esta puerta que es Él mismo. María permanece a su lado, no como una figura secundaria añadida después, sino como la primera que vivió, sin falta y hasta el final, aquello que este Reino promete a cada alma; y de esta misma maternidad recibe aquella otra, más extensa, que ejerce hoy sobre los hijos del Reino, enseñándoles, como ella misma aprendió primero, a depositar su voluntad entre las manos de Dios.

A Luisa Piccarreta le corresponde, en este mismo designio, una misión de un orden

completamente diferente: no añadir nada a lo que Cristo y María ya han realizado plenamente, sino recibir la primera su pleno conocimiento y abrirlo a las almas de su tiempo —almas para las que sigue siendo, por un derecho de primogenitura y por la maternidad espiritual que el Evangelio reconoce a todo el que hace la Voluntad del Padre, el origen de los bienes que les llegarán. Sus escritos, que autoridades episcopales locales pudieron en otro tiempo juzgar portadores de errores, han sido desde entonces examinados por la instancia competente de la Iglesia universal: en 2024, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe concluyó que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia», y concedió su *nihil obstat* para la reanudación del itinerario canónico. Se reciben, por tanto, como se recibe toda revelación privada auténtica —llamada, según las palabras mismas del Catecismo de la Iglesia Católica, a ayudar a los fieles a vivir más plenamente, en un momento dado de la historia, la fe ya plenamente dada en Cristo.

Un mismo principio, recordado bajo formas siempre nuevas desde la Quinta parte, debe cerrar este recorrido tal como lo ha acompañado: vivir en la Divina Voluntad nunca dispensa de los mandamientos, de los sacramentos ni de la obediencia debida a la Iglesia y a sus legítimos pastores. Este Don no sustituye nada de cuanto Cristo ya instituyó; es, para quien lo recibe, su pleno cumplimiento.

Estas páginas no habrán alcanzado, por tanto, su finalidad sino cuando conduzcan, no a una doctrina mejor conocida, sino a una vida mejor entregada: en la fidelidad más filial a la Iglesia católica, bajo la mirada de María, en la escuela de Luisa y por la única puerta de Jesús. La breve guía práctica que sigue, «Vivir en la Divina Voluntad», prolonga este mismo camino en la vida cotidiana para quien quiera saber por dónde comenzar desde hoy. Y si, de todo este recorrido, el lector solo hubiera de conservar una promesa, que sea esta: nada de cuanto haya sido vivido en el Fiat, aunque sea en el más oculto de los días, se pierde jamás.

— Philippe Martin

Los Tres Llamamientos

Este texto reúne tres llamamientos: el del propio Rey Divino, el de la Reina del Cielo — extraído de La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad, *cuya primera edición apareció en 1932— y, finalmente, el de Luisa, «la pequeña hija de la Divina Voluntad», que ella misma fecha en Corato, en 1924. Publicados también como prefacio de varias ediciones de los volúmenes del* Libro de Cielo, *estos tres llamamientos han parecido merecer el mismo lugar en el umbral de este libro.*

Llamado del Rey Divino al Reino de su Voluntad

Mis muy queridos y amados hijos:

Vengo en medio de vosotros con el corazón ahogado en las llamas de mi Amor; vengo como Padre en medio de mis hijos, que tanto amo, y es tan grande mi Amor que vengo para quedarme con vosotros, para hacer vida juntos y vivir con una sola Voluntad, con un único Amor. Vengo con el cortejo de mis penas, de mi Sangre, de mis obras y de mi misma Muerte.

Mirad: cada gota de mi Sangre, cada pena, mis obras todas, mis pasos, quieren a porfía daros mi Divina Voluntad; mi Muerte incluso quiere daros el resurgir de la Vida en Ella. En mi Humanidad os he preparado todo, y os he obtenido gracias, ayudas, luz, fuerza, para recibir Don tan grande; por mi parte he hecho todo, ahora espero vuestra parte. ¿Quién será tan ingrato que no quiera recibirme, que rehúse el Don que le llevo?

Sabed que es tanto mi Amor, que no Me fijaré en vuestra vida pasada; vuestras mismas culpas y todos vuestros males los sepultaré en el océano de mi Amor, para así todo quemarlo, y empezaremos juntos la nueva Vida, toda de Voluntad mía. ¿Quién tendrá el valor de rechazarme y de echarme afuera, sin acoger mi visita, hasta este extremo paternal?

Si me aceptáis, Me quedaré con vosotros, como Padre entre mis hijos, pero debemos estar con la máxima concordia y vivir con una sola Voluntad. ¡Oh, cuánto lo suspiro, con gemidos inenarrables, y llego hasta las lágrimas porque quiero que mis hijos queridos estén juntos conmigo y vivan de mi misma Voluntad!

Son ya casi seis mil años de inacabables suspiros y de lágrimas amargas de mi Santísima Humanidad, con que reclamo y quiero a mis hijos en torno a Mí para hacerlos felices y santos; y hasta los llamo llorando… Quizá se muevan a compasión de mis lágrimas, de mi Amor, que llega hasta sofocarme y a hacerme dar en delirio, y entre sollozos y espasmos voy repitiendo: Hijos míos, hijos míos, ¿dónde estáis? ¿Por qué no venís a vuestro Padre? ¿Por qué andáis lejos de Mí, vagando pobres, llenos de todas las miserias? Vuestros males son heridas para mi Corazón; ya estoy cansado de esperaros, y ya que vosotros no venís, no pudiendo contener más el amor que me devora, vengo Yo a buscaros y os traigo el grande Don de mi Voluntad. ¡Ah, os ruego, os suplico, os conjuro a que me escuchéis, que os mováis a compasión por mis lágrimas, por mis suspiros ardientes!

Y no solo como Padre, sino que como Maestro vengo en medio de mis discípulos; pero quiero ser escuchado. Os enseñaré cosas sorprendentes, lecciones de Cielo, que os darán luz que nunca se apaga, amor que siempre arde; mis lecciones os darán fuerza divina, valor intrépido, Santidad que siempre crece; a cada paso os abrirán el camino, y serán las que os conduzcan a la Patria Celestial.

Vengo como Rey en medio de los pueblos, mas no para exigir impuestos y tributos, no, no; vengo porque quiero vuestra voluntad, vuestras miserias, vuestras debilidades, todos vuestros males. Esta es mi Soberanía, precisamente: quiero todo lo que os hace infelices, inquietos, atormentados, para esconder todo y quemarlo con mi Amor; y Rey bueno, pacífico, generoso cual soy, quiero a cambio daros mi Voluntad, con el Amor más tierno, con mis riquezas y felicidad, con la más pura paz y alegría.

Si me dais vuestra voluntad, todo estará hecho; Me haréis feliz y seréis felices. No anhelo otra cosa que mi Voluntad reine entre vosotros. El Cielo y la tierra os sonreirán; mi Madre Celestial será para con vosotros Madre y Reina; ya Ella, conociendo el gran bien que os traerá el Reino de mi Querer Supremo, para apagar mis ardientes deseos y hacer que no llore más, y amándoos como verdaderos hijos suyos, va en medio de las gentes, en las naciones, para disponerlas y preparar a los pueblos a recibir el dominio del Reino de mi Voluntad. Ella fue quien me preparó las gentes para hacerme descender del Cielo a la tierra, y a Ella le confío, a su Amor materno, que me disponga las almas y los pueblos a recibir Don tan grande.

Así pues escuchadme; y os ruego, hijos míos, que leáis con atención estas páginas que os pongo ante vosotros, y sentiréis la necesidad de vivir de mi Voluntad. Yo me pondré a vuestro lado cuando leáis; os tocaré la mente, el corazón, a fin de que comprendáis y para que os decidáis a querer el Don de mi Fiat Divino.

Llamado materno de la Reina del Cielo

Hija queridísima, siento la irresistible necesidad de descender del Cielo para hacerte mis visitas maternas; si tú me aseguras tu amor filial y tu fidelidad, Yo permaneceré siempre contigo en tu alma para hacerte de maestra, modelo, ejemplo y Madre tiernísima.

Yo vengo para invitarte a entrar en el reino de tu Mamá, en el reino de la Divina Voluntad y llamo a la puerta de tu corazón para que tú me abras. ¿Sabes? Con mis mismas manos te traigo en don este libro, te lo ofrezco con premura materna, para que tú a tu vez, leyéndolo, aprendas a vivir de Cielo y no más de tierra.

Este libro es de oro hija mía, él formará tu fortuna espiritual, tu felicidad incluso terrena. En él encontrarás la fuente de todos los bienes:

- Si eres débil, adquirirás la fuerza.
- Si eres tentada, adquirirás la victoria.
- Si has caído en la culpa, encontrarás la mano piadosa y potente que te levantará.
- Si te sientes afligida, encontrarás el consuelo.
- Si estás fría, el medio seguro para enfervorizarte.
- Si hambrienta, gustarás el alimento exquisito de la Divina Voluntad.

Con él no te faltará nada, no estarás más sola, porque tu Mamá te hará dulce compañía y con todo su cuidado materno tomará la tarea de hacerte feliz. Yo, la Emperatriz celestial, pensaré en todas tus necesidades con tal que aceptes vivir unida a Mí.

¡Si tú conocieras mis ansias, mis suspiros ardientes, e incluso las lágrimas que derramo por mis hijos! ¡Si tú supieras cómo ardo por el deseo de que tú escuches mis lecciones todas de Cielo y aprendas a vivir de Voluntad Divina!

En este libro tú verás maravillas, encontrarás una Mamá que te ama de tal manera, de sacrificar a su amado Hijo por ti, para poderte hacer vivir de la misma vida de la cual Ella vivió en la tierra.

¡Ah! No me des este dolor, no me rechaces, acepta este don de Cielo que te traigo, acoge mi

visita, mis lecciones. Debes saber que Yo recorreré todo el mundo, iré a cada individuo, en todas las familias, en las comunidades religiosas, en cada nación, junto a todos los pueblos, y si es necesario giraré por siglos enteros hasta que haya formado como Reina mi pueblo, como Madre mis hijos, los cuales conozcan y hagan reinar dondequiera la Divina Voluntad.

Aquí tienes expuesto el propósito de este libro. Aquellos que lo acojan con amor serán los primeros hijos afortunados que pertenecerán al reino del Fiat Divino, y Yo, con caracteres de oro escribiré sus nombres en mi materno corazón.

Mira hija mía, aquel mismo amor infinito de Dios que en la Redención quiso servirse de Mí para hacer descender el Verbo Eterno sobre la tierra, me llama ahora otra vez a actuar, y me confía el arduo trabajo, el sublime mandato de formar sobre la tierra a los hijos del reino de su Divina Voluntad.

Maternalmente presurosa me pongo a la obra y te preparo el camino que te deberá conducir a este feliz reino. Para tal propósito te daré sublimes y celestiales lecciones, te enseñaré nuevas y especiales oraciones mediante las cuales empeñarás al cielo, al sol, a la Creación, a mi misma vida y la de mi Hijo, a todos los actos de los santos, a fin de que a nombre tuyo, ellos pidan el reino adorable del Querer Divino. Estas plegarias son las más potentes, porque comprometen al mismo obrar divino. Por medio de ellas Dios se sentirá desarmado y vencido por la criatura; fuerte por esta ayuda, tú acelerarás la venida de su reino felicísimo y conmigo obtendrás que la Divina Voluntad se haga como en el Cielo así en la tierra, según el deseo del Maestro divino.

Ánimo hija mía, conténtame y Yo te bendeciré.

Llamado de Luisa al Reino de la Divina Voluntad en la tierra

Dulce Jesús mío, estoy aquí entre tus brazos, para pedirte ayuda. ¡Ah! Tú conoces la amargura de mi alma, cómo me está sangrando el corazón, y mi grande repugnancia de dar a conocer todo lo que tú me has dicho acerca de tu Santísima Voluntad. ¡Mas la obediencia se impone! Tú lo quieres…, y yo, aunque me hiciera pedazos, me veo obligada por una fuerza suprema a cumplir este sacrificio. Pero acuérdate, oh Jesús mío, que tú mismo me has llamado «La Pequeña Recién Nacida de tu Santísima Voluntad». Un recién nacido sabe apenas balbucir; ¿qué podré, pues, hacer yo…? Balbuciré apenas tu Querer. Tú harás todo lo demás, ¿no es cierto, Jesús mío?

Más aún, haz que yo desaparezca del todo, y que tu Querer sea el que con trazos divinos e imborrables, mojando la pluma en ese Sol Divino, escriba con letras de oro los conceptos, los efectos, el valor y la potencia de la Voluntad Suprema, y cómo el alma que vive en ella, viviendo como en su centro, se ennoblece, se diviniza, abandona sus harapos naturales, regresa a su principio y triunfando sobre todas sus miserias, adquiere nuevamente su estado original, de hermosura y pureza, enteramente en orden a su Creador, tal y como salió de sus manos creadoras.

Escribe tú en estas páginas la larga historia de tu Voluntad, y tu dolor al verte confinado por las criaturas a las regiones del Cielo. Tú, como el sol que está en lo alto, aunque eres rechazado, mandas tus rayos a todas las generaciones humanas, y quieres descender para venir a reinar en medio de ellas. Por eso envías los rayos de tus suspiros, de tus gemidos, de tus lágrimas, de tu intenso y eterno dolor al verte desterrado y al ver rota la unión de tu Voluntad con la voluntad de las criaturas humanas. Y por eso esperas que te llamen en medio de ellas, que te reciban como Rey triunfador y te hagan reinar aquí en la tierra como en el Cielo.

Desciende, oh Querer Supremo; yo soy la primera que te llamo; ¡ven a reinar en la tierra…!

Tú que creaste al hombre solo para que hiciera tu Querer, que él ingrato rompió rebelándose contra ti, ¡ven a vincular nuevamente esta voluntad humana a ti, a fin de que Cielo y tierra, y todo quede reordenado en ti!

¡Oh, cómo quisiera dar mi vida, para que tu Querer sea conocido! ¡Quisiera elevar mi vuelo en sus interminables confines, para llevarle a cada criatura su beso eterno, sus conocimientos, sus bienes y su valor, y tus gemidos inenarrables de querer venir a reinar sobre la tierra, para que conociéndote, te reciban con amor, y festejándote te hagan reinar…!

¡Oh Querer Santo, con tus rayos luminosos deja escapar las flechas de tu conocimiento; hazles conocer a todos que tú vienes a nosotros para hacernos felices, pero no con una felicidad humana, sino divina, para darnos el dominio perdido sobre nosotros mismos; y esa luz que hace conocer el verdadero bien para poseerlo y el verdadero mal para huir de él, que nos hace firmes y fuertes, pero con una fortaleza y una estabilidad divinas!

¡Establece la corriente entre la Voluntad Divina y la humana, y con el pincel de tu mano creadora pinta en nuestras almas esos rasgos divinos que perdimos separándonos de ella! Tu Querer nos pintará dándonos esa frescura que nunca envejece, esa belleza que nunca se descolora, esa luz que nunca se oscurece, esa gracia que siempre crece, ese amor que siempre arde y que nunca se apaga…

¡Oh Querer Santo, ábrete paso, ábrete camino para darte a conocer…! Manifiesta a todos quién eres tú y el bien inmenso que quieres hacer a todos; a fin de que atraídos y arrebatados por un bien tan grande, puedan todos hacerse presa de tu Voluntad; así podrás libremente reinar en la tierra como en el Cielo.

Por eso, te ruego que tú mismo escribas todos los conocimientos que me has manifestado sobre ella; y que cada palabra, cada afirmación, cada efecto y cada conocimiento de ella, sean para quien lea, dardos, flechas, saetas, que hiriéndolos, los hagan caer a tus pies y te reciban con los brazos abiertos, para que reines en sus corazones.

A tantos prodigios de tu Querer, añade también este otro: que cuando te conozcan no te dejen pasar de largo; no, sino que te abran las puertas para recibirte y hacerte reinar… Esto te lo pide «La Pequeña Recién Nacida de tu Voluntad».

Si con tanta insistencia me has pedido este sacrificio de dar a conocer los secretos que me has comunicado de tu Querer Divino, yo también quiero este otro de ti: que al ser conocido realice este prodigio: que tome su puesto de triunfo y reine en los corazones que lo conozcan. Solo te pido esto, oh Jesús mío; no te pido nada más, ni quiero ninguna otra cosa más que la correspondencia a mi sacrificio, que tu Querer sea conocido y que reine con su pleno dominio.

Tú sabes, Amor mío, qué grande ha sido mi sacrificio y mis luchas internas, hasta sentirme morir; pero por amor tuyo y para obedecer a tu representante en la tierra me he sometido a todo. Por eso, grande quiero el prodigio: que al irse conociendo las enseñanzas sobre tu Querer, las almas queden fascinadas, conquistadas, atraídas más que por un potentísimo imán; y que hagan reinar ese Fiat Divino que tú, con tanto amor, quieres que reine sobre la tierra.

Y si tú quieres, Vida mía, antes de que estos escritos salgan a la luz del día, y vayan a dar a manos de nuestros hermanos y hermanas, ¡ah!, llévate a tu Pequeña Recién Nacida de tu Voluntad a la Patria celestial. ¡Ah!, no me des este dolor, que tenga yo que ser espectadora de cómo nuestros secretos sean conocidos por las otras criaturas. Si me has dado el primer dolor, no me des el segundo, pero siempre, *non mea Voluntas sed tua Fiat* —no se haga mi voluntad sino la tuya—.

Y ahora, una palabra a todos ustedes que leerán estos escritos: les ruego, les suplico que reciban con amor lo que Jesús quiere darles, es decir, su Voluntad. Pero para darles la suya, Él quiere la de ustedes, de lo contrario la suya no podrá reinar. ¡Si supieran con cuánto amor quiere darles mi Jesús el Don más grande que existe en el Cielo y en la tierra, como es su Voluntad!

¡Oh, cuántas lágrimas amargas derrama, porque los ve que viviendo con su querer humano, se arrastran por tierra, enfermizos, reducidos a la miseria…! No son capaces siquiera de mantener un buen propósito, ¿y saben por qué? Porque su Querer Divino no reina en ustedes.

¡Oh, cómo llora Jesús y suspira por la suerte de ustedes…! Sollozando les ruega que hagan reinar su Querer en ustedes. Quiere hacerles cambiar de suerte: de enfermos quiere hacerlos sanos; de pobres, ricos; de débiles, fuertes; de volubles, inmutables; de esclavos, reyes. No son grandes penitencias lo que quiere, ni largas oraciones, ni ninguna otra cosa; todo lo que quiere es que su Querer reine en ustedes y que su voluntad humana no vuelva nunca a tener vida.

¡Sí, escúchenlo! Yo estoy dispuesta a dar la vida por cada uno de ustedes, a sufrir cualquier pena, con tal de que abran las puertas de sus almas para hacer que el Querer de mi Jesús reine y triunfe en las generaciones humanas.

Y ahora los invito a todos:

Vengan conmigo al Edén, al paraíso terrenal, en donde tuvo su principio nuestro origen; en donde el Ser Supremo creó al hombre, y que haciéndolo rey le dio un reino que pudiera dominar. Este reino era todo el universo; sin embargo, su cetro, su corona, su autoridad, procedían del fondo de su alma, en la cual residía el Fiat Divino como Rey dominante, que constituía la verdadera realeza del hombre. Sus vestiduras eran reales, resplandecientes más que el sol; sus actos eran nobles, su belleza fascinante; Dios lo amaba mucho, se recreaba con él, y lo llamaba «mi pequeño rey e hijo». Todo era felicidad, orden y armonía.

Este hombre, nuestro primer padre, se traicionó a sí mismo, traicionó su Reino y haciendo su voluntad, llenó de amargura a su Creador, quien tanto lo había exaltado y amado, y perdió su Reino, el Reino de la Divina Voluntad, en el cual todo le había sido dado. Las puertas del Reino le fueron cerradas y Dios recogió en sí el Reino que le había dado al hombre.

Ahora les debo decir un secreto:

Al recoger Dios en sí el Reino de la Divina Voluntad no dijo: «No se lo volveré a dar al hombre», sino que lo dejó reservado en espera de las generaciones futuras, para asaltarlas con gracias sorprendentes, con luz deslumbrante y eclipsar el querer humano, que nos hizo perder un Reino tan santo. Con tales atractivos de admirables y prodigiosos conocimientos sobre la Divina Voluntad, que nos hiciera sentir la necesidad y el deseo de dejar nuestro propio querer, que nos hace infelices, para lanzarnos en la Divina Voluntad, como nuestro Reino permanente.

¡Así pues, el Reino es nuestro! ¡Ánimo! El Fiat Supremo nos espera, nos llama, nos presiona a que tomemos posesión de él. ¿Quién tendrá el corazón tan duro, quién será tan pérfido que no escuche su llamada y no acepte tanta felicidad…? Solo que tenemos que dejar los miserables harapos de nuestra voluntad, las vestiduras de luto de nuestra esclavitud en la cual nos ha arrojado, para poder vestirnos de reyes y revestirnos con las insignias divinas.

Por eso hago una llamada a todos; no creo que no quieran escucharme…

¿Saben? Soy una pobre pequeñita, la más pequeña de todas las criaturas; y yo, bilocándome en el Divino Querer junto con Jesús, iré como una pequeñita a su regazo, y con gemidos y

llantos llamaré a sus corazones para pedirles, como una pequeña limosnera, sus harapos, sus vestiduras de luto, su infeliz voluntad, para dárselos a Jesús, a fin de que queme todo, y devolviéndoles su Querer les devuelva su Reino, su felicidad, el candor de sus vestiduras reales.

¡Si supieran lo que significa Voluntad de Dios…! Ella encierra Cielo y tierra; si estamos con ella todo es nuestro, todo está como pendiente de nosotros, mientras que si no estamos con ella, todo estará contra nosotros, y si alguna cosa tenemos, somos los verdaderos ladrones de nuestro Creador, que nos mantenemos a fuerza de engaño y de robo.

Por tanto, si quieren conocerla, lean estas páginas: en ellas encontrarán el bálsamo para las heridas que cruelmente nos ha hecho el querer humano; el nuevo aire todo divino, la nueva vida toda de Cielo; sentirán el Cielo en sus almas, verán nuevos horizontes, nuevos soles, y con frecuencia hallarán a Jesús con el rostro bañado de lágrimas, que quiere darles su Voluntad.

Él llora porque los quiere ver felices, y al verlos infelices solloza, suspira, ruega por la felicidad de sus hijos; y pidiéndoles su querer para despojarlos de la infelicidad, les ofrece el suyo, como prueba segura del Don de su Reino.

Por eso dirijo mi llamada a todos; y hago esta llamada junto con Jesús, con sus mismas lágrimas, con sus ardientes suspiros, con su Corazón que arde porque quiere darles su Fiat. De este Fiat hemos salido, y él nos ha dado la vida; es justo, es una obligación y un deber que regresemos a él, a nuestra querida e interminable herencia.

Y en primer lugar dirijo mi llamado al Sumo Jerarca, al Romano Pontífice, a Su Santidad, al representante de la Santa Iglesia, y por consiguiente representante del Reino de la Divina Voluntad. A sus santos pies esta pobre pequeñita deposita este Reino, a fin de que lo domine, lo dé a conocer, y con su voz paterna y llena de autoridad llame a sus hijos a que vivan en este Reino tan santo. Que el sol del Fiat Supremo lo inunde y forme el primer sol del Querer Divino en su representante en la tierra; y así formando su vida primaria en aquel que es la cabeza de todos, derramará sus rayos interminables en todo el mundo, y eclipsando a todos con su luz formará un solo rebaño y un solo pastor.

La segunda llamada la dirijo a todos los sacerdotes. Postrada a los pies de cada uno, les ruego, les imploro que se interesen en conocer la Divina Voluntad. El primer movimiento, el primer acto, tómenlo de ella; más aún, métanse dentro del Fiat, y sentirán qué dulce y preciosa es su vida. De ella harán surgir todo lo que hacen; en ustedes mismos sentirán una fuerza divina, una voz que siempre habla y que les dirá cosas maravillosas que nunca han oído, y sentirán una luz que les eclipsará todos los males, y que eclipsando a las gentes, les dará el dominio sobre ellas.

Cuántas fatigas sin fruto, porque falta la vida de la Divina Voluntad; ustedes han partido a los pueblos un pan sin la levadura del Fiat, y por eso ellos, comiéndolo, lo han encontrado duro, casi indigerible; y no sintiendo en ellos la vida, no se rinden a sus enseñanzas. Por consiguiente, ¡coman ustedes este pan del Fiat Divino! Así tendrán pan suficiente para dar de comer a las gentes. Así formarán con todos una sola vida y una sola Voluntad.

La tercera llamada la hago a todos, al mundo entero, que todos son mis hermanos y hermanas, y mis hijos. ¿Saben por qué los llamo a todos…? Porque a todos quiero darles la vida de la Divina Voluntad.

Esta es más que aire que todos podemos respirar; como sol del cual todos podemos recibir el bien de la luz, es como el palpitar del corazón que en todos quiere palpitar; yo, como una niñita, quiero, por suspiro que todos tomen la vida del Fiat… ¡Oh, si supieran cuántos bienes recibirían, darían la vida por hacerlo reinar en cada uno de ustedes…!

Esta pobre pequeñita quiere decirles otro secreto que Jesús le ha confiado, y se los digo para que me den su voluntad, y así reciban a cambio la Voluntad de Dios, que los hará felices tanto en el alma como en el cuerpo.

¿Quieren saber por qué la tierra no produce…? ¿Por qué en diversos lugares del mundo la tierra frecuentemente se abre con los terremotos, y sepulta en su seno a ciudades y a personas…? ¿Por qué el viento y el agua forman tempestades y devastan todo, y tantos otros males que todos ustedes conocen…?

Porque las cosas creadas poseen una Voluntad Divina que las domina, y por tanto son potentes e imperantes, son más nobles que nosotros; mientras que nosotros estamos dominados por una voluntad humana, degradados, y somos por eso débiles e impotentes.

Si por suerte nuestra dejamos la voluntad humana y tomamos la vida del Querer Divino, también nosotros seremos fuertes e imperantes…, seremos hermanos de todas las cosas creadas, las cuales no solo no nos molestarán ya más, sino que nos darán el dominio sobre ellas, y seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

¿No están contentos…? Así pues, dense prisa, escuchen a esta pobre pequeñita que los quiere mucho; yo no estaré contenta hasta cuando pueda decir que todos mis hermanos y hermanas son reyes y reinas, porque todos poseen la vida de la Divina Voluntad.

¡Por lo tanto, ánimo a todos, respondan a mi llamada! Y a cual más suspiro, que todos en coro respondan a mi llamada; porque no soy yo sola la que los llamo, la que les ruego, sino que junto conmigo los llama con voz tierna y conmovedora mi dulce Jesús, y muchas veces, hasta llorando, les dice: «Tomen como vida de ustedes mi Voluntad; vengan a su Reino».

Más aún, deben saber que el primero en suplicar al Padre Celestial que venga su Reino y que se haga su Voluntad así en la tierra como en el Cielo, fue Nuestro Señor en el Padre Nuestro; y transmitiéndonos su oración, llamaba a todos rogándoles que pidieran el *Fiat Voluntas Tua* —hágase tu Voluntad— así en la tierra como en el Cielo.

Cada vez que ustedes rezan el Padre Nuestro, es tanto el deseo de Jesús de querer darles su Reino, su Fiat, que corre para decir junto con ustedes: «¡Padre mío, soy yo quien te lo pide para mis hijos: date prisa!»

De manera que el primero en pedirlo es Jesús mismo, y además también ustedes lo piden en el Padre Nuestro. ¿Es que no quieren un bien tan grande?

Ahora les digo la última cosa:

Han de saber que esta niñita, viendo las ansias, los delirios y las lágrimas de Jesús porque les quiere dar su Reino, su Fiat, es porque tiene tantos deseos, suspiros y ansias de verlos a todos en el Reino de la Divina Voluntad, para verlos a todos felices y para hacer sonreír a Jesús, que si no lo logra con sus oraciones, con sus lágrimas, quiere conseguirlo con caprichos, tanto con Jesús, como con ustedes.

Por lo tanto, escuchen todos a esta pobre pequeñita…, ¡no la hagan suspirar más! Díganme, por amor de Dios: «Así sea, así sea; queremos todos el Reino de la Divina Voluntad».

Corato (Bari, Italia), año 1924
Luisa, «La Pequeña Hija de la Divina Voluntad»

Introducción general — ¿Por qué una obra de preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad?

Pregunta 1 — ¿Qué es la Divina Voluntad?

Respuesta breve. La Divina Voluntad es la Voluntad misma de Dios, una y eterna, por la cual crea, redime y santifica. Siguiendo a Luisa Piccarreta, esta obra llama así no solamente a esta Voluntad en sí misma, sino también al don por el cual un alma puede dejar que se convierta, aquí abajo, en el principio continuo de todos sus actos —un milagro de cada instante más que un acontecimiento aislado.

Desarrollo. El término no es nuevo: la Escritura y la Tradición hablan desde siempre de la Voluntad de Dios. Lo propio de esta obra consiste en contemplar en ella, a la luz de los escritos de Luisa Piccarreta, la posibilidad de un vínculo continuo —ya no solamente obedecer puntualmente unos mandamientos recibidos, sino dejar que esta misma Voluntad circule en el alma como principio permanente de sus pensamientos, de sus palabras y de sus actos. Jesús se lo dice a Luisa en términos que excluyen desde el principio toda idea de prodigio espectacular: el verdadero milagro no consiste en resucitar a un muerto, sino en mantener, de instante en instante, este vínculo vivo entre una voluntad creada y la Voluntad increada.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 13, 12 de noviembre de 1921:

> «¡Qué milagros, qué milagros! ¿No es tal vez el más grande milagro el hacer mi Voluntad? Mi Voluntad es eterna y es milagro eterno que jamás termina, es milagro de cada instante el que la voluntad humana tenga conexión continua con la Voluntad Divina. El resucitar muertos, dar vista a los ciegos y todo eso, no son cosas eternas, están sujetas a perecer, por eso se pueden llamar sombras de milagros, milagros fugaces comparados al milagro grande y permanente de vivir en mi Voluntad.»
>
> *« Che miracoli, che miracoli! Non è forse il più gran miracolo il fare la mia Volontà? La mia Volontà è eterna ed è miracolo eternale che non finisce mai, è miracolo di ogni istante che la volontà umana abbia un connesso continuo con la Volontà Divina. Il risorgere i morti, dar vista ai ciechi ed altro, non sono cose eterne, sono soggette a perire, perciò si possono chiamare ombre di miracoli, miracoli fuggitivi paragonati al miracolo grande e permanente di vivere nella mia Volontà. »*

Articulación católica. La Escritura enseña que Dios «lo hace todo según su voluntad» (Ef 1,11) y que el alimento cotidiano del propio Hijo consiste en «hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Jn 4,34) —un alimento de cada instante, no un acto aislado. El Catecismo recuerda que Dios «nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad» (CIC 1, citando Ef 1,9), como un designio benevolente que abarca toda la historia de la salvación.

Fórmula para recordar. La Divina Voluntad es el querer único y eterno de Dios; vivir en ella es dejar que este querer se convierta, instante tras instante, en el principio continuo de todos nuestros actos.

Pregunta 2 — ¿Qué son los tres Fiat de Dios?

Respuesta breve. Según las revelaciones recibidas por Luisa, la obra de Dios se despliega en tres grandes Fiat, tres «síes» divinos: el Fiat de la Creación, pronunciado por Dios solo; el Fiat de la Redención, pronunciado con el concurso de María; y un tercer Fiat, el de la Santificación, que Dios espera todavía ver plenamente cumplido en la tierra mediante el concurso libre de las almas. Estos tres Fiat forman la estructura misma de esta obra.

Desarrollo. Jesús explica a Luisa que estos tres Fiat no están yuxtapuestos por casualidad: el primero no requirió la intervención de criatura alguna; el segundo requirió la de María, elegida para ser su «cumplimiento»; el tercero, finalmente, debe elevarse desde la tierra misma mediante un acto a la vez humano y divino. La obra de Dios no estará plenamente cumplida hasta que este tercer Fiat quede también plenamente cumplido. Esta espera estructura todo el movimiento de la obra, desde la Creación (Partes I-II) hasta la Redención (Partes III-V) y la Santificación todavía en curso de cumplimiento (Partes VI y siguientes).

Ese mismo día, cuando Luisa duda de poder llevar sola una carga a la medida de la Creación y de la Redención, Jesús establece el principio que, según dice, rige todas sus obras: comienzan entre Él y una sola criatura antes de difundirse. Adán y después Eva fueron los únicos testigos del Fiat creador; tuvieron que pasar años antes de que turbas y multitudes de pueblos se convirtieran, a su vez, en sus testigos. Solo María conoció en su seno el Fiat redentor; este no se difundió sino poco a poco, dice Jesús, y seguirá difundiéndose. El tercer Fiat germinará del mismo modo únicamente en Luisa —conocido primero solo por el sacerdote que la dirige y después por unas pocas almas— antes de seguir, según las propias palabras de Jesús, el mismo camino que la Creación y la Redención. Algunas semanas más tarde, precisa lo que significa este camino: su *Fiat Voluntas Tua* encontrará su cumplimiento no solamente en Luisa, sino en las propias almas que, después de ella, entren a vivir en él.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 24 de enero de 1921:

> «Hija mía, el primer Fiat fue dicho en la Creación, sin intervención de ninguna criatura. El segundo Fiat fue dicho en la Redención y quise la intervención de la criatura, y escogí a mi Mamá como cumplimiento del segundo Fiat. Ahora, a cumplimiento quiero decir el tercer Fiat, y lo quiero decir por medio tuyo, te he escogido a ti para cumplimiento del tercer Fiat. Este tercer Fiat completará la gloria, el honor del Fiat de la Creación, y será confirmación, desarrollo de los frutos del Fiat de la Redención.»
>
> *« Figlia mia, il primo Fiat fu detto nella Creazione senza intervento di alcuna creatura. Il secondo Fiat fu detto nella Redenzione e volli l'intervento della creatura e scelsi la mia Mamma come compimento del secondo Fiat. Ora, a compimento, voglio dire il terzo Fiat e lo voglio dire per mezzo tuo, ho scelto te per compimento del terzo Fiat. Questo terzo Fiat farà completare la gloria, l'onore del Fiat della Creazione e sarà conferma, sviluppo dei frutti del Fiat della Redenzione. »*

Ese mismo día, en la continuación inmediata de este intercambio —en la misma entrada—, cuando Luisa duda de poder llevar sola una carga a la medida de la Creación y de la Redención, Jesús responde:

> «Hija mía, cálmate, Yo escojo a quien me place; has de saber que todas mis obras las inicio entre Yo y una sola criatura, después son difundidas. En efecto, ¿quién fue el primer espectador del Fiat de la Creación? Adán, y luego Eva; no fueron ciertamente una multitud de gentes, pero después de años y años han sido espectadores turbas y multitudes de pueblos. En el segundo Fiat fue espectadora solamente mi Mamá, ni siquiera San José supo algo, mi Mamá se encontraba en mayores condiciones que las

tuyas, era tanta la grandeza de la fuerza creadora de mi obra que sentía en Sí, que confundida, no sentía la fuerza de decir una sola palabra a ninguno, y si después San José lo supo, fui Yo quien se lo manifesté. Y así en su seno virginal, como semilla germinó este Fiat, se formó la espiga para multiplicarlo, y luego salí a la luz del día, ¿pero quienes fueron los espectadores? ¡Poquísimos! Y en la estancia de Nazaret los únicos espectadores eran mi amada Mamá y San José; cuando mi Humanidad creció, salí y me hice conocer, pero no a todos, luego se difundió más y se difundirá aún. Así será del tercer Fiat, germinará en ti, se formará la espiga, sólo el sacerdote tendrá conocimiento, luego pocas almas, y después se difundirá, se difundirá y hará el mismo camino que la Creación y la Redención.»

« Figlia mia, calmati, Io scelgo chi mi piace; sappi però che incomincio tutte le mie opere tra Me ed una sola creatura e poi vengono diffuse. Difatti, chi fu il primo spettatore del Fiat della mia Creazione? Adamo e poi Eva. Non fu certo una moltitudine di gente; dopo anni ed anni sono stati spettatori turbe e moltitudini di popoli. E nel secondo Fiat fu la mia Mamma la sola spettatrice; neppure San Giuseppe seppe nulla e la mia Mamma si trovava più che nelle tue condizioni, era tanta la grandezza della forza creatrice dell'opera mia che sentiva in Sé, che confusa, non sentiva la forza di farne parola a nessuno; e se poi San Giuseppe lo seppe, fui Io che lo manifestai. Onde nel suo seno verginale, come seme germogliò questo Fiat, se ne formò la spiga per moltiplicarlo e poi uscì alla luce del giorno; ma chi furono gli spettatori? Pochissimi; e nella stanza di Nazareth i soli spettatori erano la mia cara Mamma e San Giuseppe. Quando poi la mia Umanità crebbe, uscii e mi feci conoscere, ma non a tutti, poi si diffuse di più e si diffonderà ancora. Così sarà del terzo Fiat, germoglierà in te, si formerà la spiga; solo il sacerdote ne avrà conoscenza, poi poche anime e poi si diffonderà, si diffonderà e farà la stessa via della Creazione e Redenzione. »

Algunas semanas más tarde, Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 2 de marzo de 1921:

«Hija mía, el tercer Fiat, mi Fiat Voluntas Tua como en el Cielo así en la tierra, será como el arco iris que se vio en el Cielo después del diluvio, que como iris de paz aseguraba a los hombres que el diluvio había cesado. Así será del tercer Fiat, conforme se conozca y almas amantes y desinteresadas entren a hacer vida en mi Fiat, serán como arco iris de paz, pacificarán el Cielo y la tierra, y harán huir el diluvio de tantas culpas que inundan la tierra. Estos iris de paz tendrán por vida el tercer Fiat, así que mi Fiat Voluntas Tua tendrá cumplimiento en ellas; y así como el segundo Fiat me llamó a la tierra a vivir entre los hombres, así el tercer Fiat llamará a mi Voluntad en las almas, y ahí reinará como en el Cielo así en la tierra.»

« Figlia mia, il terzo Fiat, il mio Fiat Voluntas Tua come in Cielo così in terra, sarà come l'arcobaleno che si vide nel cielo dopo il diluvio, che come iride di pace assicurava agli uomini che il diluvio era cessato. Così sarà del terzo Fiat, come si conoscerà, anime amanti e disinteressate entreranno a far vita nel mio Fiat, saranno come arcobaleni, che come iridi di pace rappacificheranno il Cielo e la terra e fugheranno il diluvio di tante colpe che inondano la terra. Questi iridi di pace avranno per vita il terzo Fiat, sicché il mio Fiat Voluntas Tua avrà compimento in loro; e come il secondo Fiat mi chiamò sulla terra a vivere in mezzo agli uomini, così il terzo Fiat chiamerà la mia Volontà nelle anime e vi regnarà come in Cielo così in terra. »

Articulación católica. No es indiferente que Luisa llame «Fiat» a cada uno de estos tres momentos: la palabra remite, en el propio vocabulario de la Vulgata, a tres sugerentes ecos escriturísticos —*Fiat lux* en la Creación (Gn 1,3), *Fiat mihi secundum verbum tuum* pronunciado por María en la Anunciación (Lc 1,38), y *Fiat voluntas tua*, que el propio Jesús enseña a pedir en el Padrenuestro (Mt 6,10). El Catecismo ve en el misterio pascual la

«nueva creación» (CIC 349), llamada a alcanzar su pleno cumplimiento; este tercer Fiat no introduce una cuarta economía, sino que da nombre a la esperanza de que el Reino ya instaurado por Cristo venga todavía «como en el cielo» (CIC 2816-2821, desarrollado en la Introducción, P.10).

Fórmula para recordar. Tres Fiat, un solo designio: Dios solo pronuncia el de la Creación; María concurre al de la Redención; la multitud de las almas está llamada al de la Santificación.

Pregunta 3 — ¿Cómo comprender que la Divina Voluntad sea la Voluntad única de las tres Personas divinas?

Respuesta breve. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no tienen más que una sola y misma Voluntad, puesto que no tienen más que una sola y misma naturaleza divina. Hablar de la «Divina Voluntad» nunca introduce, por tanto, una cuarta realidad junto a la Trinidad: es hablar de la Trinidad misma en la unidad de su querer, aquel querer único por el cual creó al hombre capaz de entrar en comunicación con ella.

Desarrollo. Este punto debe establecerse desde el umbral, para prevenir toda lectura que aislara la «Divina Voluntad» como una especie de entidad distinta. La propia Luisa recibe la enseñanza contraria: las tres potencias dadas al alma humana —inteligencia, memoria y voluntad— le fueron dadas precisamente para que pudiera conservar vínculos de comunicación con las tres Personas de la Trinidad. Este texto, que será desarrollado más plenamente en XII.1 a propósito de la antropología cristiana, basta aquí para establecer el principio: la Divina Voluntad no es una potencia junto al Padre, al Hijo y al Espíritu, sino el único querer por el cual las tres Personas actúan indivisiblemente.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 12 de agosto de 1926:

> «Hija mía, el hombre fue creado por Dios con tres potencias: Memoria, inteligencia y voluntad, y esto para que pudiese tener los vínculos de comunicación con las Divinas Personas de la Trinidad Sacrosanta; éstas eran como caminos para subir a Dios, como puertas para entrar, como habitaciones para formar la continua morada, la criatura a Dios y Dios a la criatura…»
>
> *« Figlia mia, l'uomo fu creato da Dio con tre potenze: memoria, intelletto e volontà e questo perché potesse tenere i vincoli di comunicazione con le Divine Persone della Trinità Sacrosanta; queste erano come vie per salire a Dio, come porte per entrare, come stanze per formare il continuo soggiorno, la creatura a Dio, Dio alla creatura… »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que las tres Personas divinas, consustanciales, no tienen más que «una sola y misma operación» (CIC 258): lo que hace el Padre, lo hacen juntos e indivisiblemente el Hijo y el Espíritu. El propio Jesús ruega que sus discípulos sean «uno» a imagen de la unidad que lo une al Padre (Jn 17,21-22), y san Pablo recuerda que «hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor» (1 Co 12,4-5) —texto que mantiene, dentro de la diversidad de las misiones, la unidad radical del querer divino.

Fórmula para recordar. La Divina Voluntad no es una cuarta Persona junto al Padre, al Hijo y al Espíritu: es el único querer por el cual los Tres actúan indivisiblemente.

Pregunta 4 — ¿Por qué hablar de un Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Dios mismo dice querer «establecer sobre la tierra el Reino de su Divina Voluntad», para realizar plenamente el único fin para el cual creó al hombre. Este Reino no es, por tanto, una imagen entre otras: es el nombre mismo que Dios da al cumplimiento de su designio creador, tal como lo desarrollará la Primera parte.

Desarrollo. Hablar de «Reino» no es aquí una metáfora decorativa: es la palabra que el propio Jesús emplea para expresar lo que espera ver acontecer sobre la tierra, con una insistencia y un ímpetu de amor de los que Luisa se hace eco. Este Reino no abole ni reemplaza el ya instaurado por Cristo en su Iglesia: designa su profundización esperada, aquella en la que el querer de Dios circula sin obstáculo en los actos de los hombres, «como fue querido desde el primer instante de la Creación» (véase la Primera parte).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 16 de mayo de 1929:

> «Hija mía, si tú supieras qué ímpetu de amor siento porque quiero establecer el reino de mi Divina Voluntad sobre la tierra, para realizar el único fin por el cual fue creado el hombre; todo lo que ha sido hecho por las Divinas Personas, desde que fue creado el mundo y lo que haremos, nuestro principio será siempre aquél, no lo dejaremos jamás…»
>
> *« Figlia mia, se tu sapessi la foga del mio amore che sento, perché voglio stabilire il regno della mia Divina Volontà sulla terra, per realizzare l'unico scopo per il quale fu creato l'uomo. Perciò in tutto ciò che è stato fatto dalle Divine Persone, dacché fu creato il mondo e in quello che faremo, il nostro principio sarà sempre quello, né lo abbandoneremo giammai… »*

Articulación católica. Jesús enseña a pedir «venga a nosotros tu Reino» (Mt 6,10) y anuncia que este Reino, ya presente en su persona (Lc 17,21), sigue siendo también objeto de esperanza y de petición continua. El Catecismo precisa que esta petición se refiere «principalmente a la venida final del reinado de Dios» sin excluir el crecimiento del Reino en el hoy de nuestras vidas (CIC 2818) —esta segunda dimensión, nunca separada de la primera, será desarrollada plenamente por la Primera y después por la Undécima parte.

Fórmula para recordar. El Reino de la Divina Voluntad es el cumplimiento del designio creador: la Voluntad de Dios reinando en el hombre y en la tierra, en el corazón del Reino de Cristo y de su Iglesia.

Pregunta 5 — ¿Qué diferencia hay entre hacer la Voluntad de Dios y vivir en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Hacer la Voluntad de Dios es obedecerla acto por acto, como está llamado a hacerlo todo cristiano en todo tiempo. Vivir en la Divina Voluntad va más lejos: es dejar que esta Voluntad se convierta, de manera estable y continua, en el principio mismo del que proceden todos los actos del alma —ya no una obediencia repetida, sino una morada.

Desarrollo. La propia Luisa se interroga sobre esta diferencia al releer el Padrenuestro: ¿por qué enseña Jesús a pedir «hágase tu Voluntad», si después se trata de pedir mucho más, una vida en esa misma Voluntad? La respuesta de Jesús distingue cuidadosamente dos registros, sin oponer jamás el uno al otro: «hágase tu Voluntad» es la oración de todos los cristianos y de todos los tiempos —nadie puede llamarse cristiano si al menos no dispone su voluntad a hacer la de Dios. Vivir en esta Voluntad es un paso más: no puede ser exigido por derecho alguno ni impuesto como condición ordinaria de salvación —pero tampoco es una

simple opción devocional entre otras, puesto que corresponde, según lo que revela el *Libro de Cielo*, al fin mismo para el cual Dios creó al hombre. Hacia este fin tiende desde siempre esta misma oración, sin haberlo obtenido todavía plenamente.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 15 de octubre de 1926:

> «Hija mía, el "hágase tu Voluntad" que Yo enseñé a pedir en el Padre Nuestro, significaba que todos debían rogar que al menos hicieran la Voluntad de Dios, y esto es de todos los cristianos y de todos los tiempos, no se puede decir cristiano si no se dispone a hacer la Voluntad de su Padre Celestial.»
>
> *« Figlia mia, sia fatta la tua Volontà che io insegnai a pregare nel Pater Noster significa, che tutti dovevano pregare che almeno facessero la Volontà di Dio e questo è di tutti i cristiani e di tutti i tempi, né un uomo si può dire cristiano se non si dispone a fare la Volontà del suo Padre Celeste. »*

Articulación católica. El Catecismo distingue ya esta doble amplitud de la petición del Padrenuestro: llama a unir nuestra voluntad a la del Hijo para cumplir la Voluntad del Padre (CIC 2825), mientras permanece abierta a un crecimiento cada vez más perfecto. San Pablo llama a los cristianos a no amoldarse a este mundo, sino a transformarse «para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios» (Rom 12,2) —un camino de configuración progresiva cuya plenitud esperada es vivir en la Divina Voluntad, tal como lo expondrá la Sexta parte.

Fórmula para recordar. Hacer la Voluntad de Dios es una obediencia repetida; vivir en la Divina Voluntad es una morada.

Pregunta 6 — ¿Por qué los escritos de Luisa Piccarreta son centrales para esta obra?

Respuesta breve. Porque Jesús confía en ellos a Luisa una misión que Él mismo presenta como nueva: si otras almas, antes que ella, hubieran vivido ya plenamente en la Divina Voluntad, la Iglesia habría conservado sus huellas, sus normas y su enseñanza. Este silencio de la tradición espiritual recibida es el signo mismo de la novedad del don confiado a Luisa. Pero Jesús va más allá de la sola novedad de la misión: reivindica Él mismo la autoría de la escritura, bendice los volúmenes resultantes con una fórmula sin ambigüedad y muestra anticipadamente a Luisa lo que un día hará la Iglesia con ellos.

Desarrollo. Los escritos de Luisa no son una devoción privada entre otras: son el lugar donde Jesús elige dar a conocer a las almas lo que su propia Humanidad y María habían realizado ya en el silencio. La Quinta parte desarrollará plenamente esta misión, su novedad y sus límites propios; basta aquí con establecer por qué esta fuente ocupa, en la economía de este trabajo, un lugar que no ocupa ninguna otra revelación privada.

Jesús reivindica Él mismo la autoría de lo escrito. Tres años después de la cita anterior, dice a Luisa que nunca escribió nada por sí mismo en la tierra —salvo una vez, con el dedo, en el polvo (cf. Jn 8,6)—, pero que esta vez quiso escribir por medio de ella: «soy Yo el que escribo, no tú; tú no haces otra cosa que prestar atención a lo que quiero escribir». Algunos días más tarde, cuando Luisa se siente incapaz de continuar, prolonga la misma imagen hasta su consecuencia más concreta: no puede manifestar lo que quiere dar a conocer sin la materia misma que ella le presta —«El papel de tu alma, la tinta de tu amor, la pluma de tu voluntad». Nada de lo que el lector encuentre bajo la pluma de Luisa debe, por tanto,

leerse como el simple relato de un alma que habla de Dios: según las propias palabras que ella refiere, es Dios quien sostiene la pluma y ella quien presta su atención.

Esta reivindicación nunca queda en una palabra vacía. Al menos en dos ocasiones, Jesús reúne los volúmenes ya escritos, los estrecha contra su Corazón y pronuncia sobre ellos una bendición cuya fórmula no deja ninguna ambigüedad acerca de lo que quiere darles: «estos escritos son una parte de Mí mismo». Una segunda escena, dos años después, retoma el mismo gesto respecto del propio título que debía llevar la obra impresa, con la misma bendición «de corazón».

Finalmente, una visión concedida a Luisa da anticipadamente el sentido de lo que la Quinta parte (P.11) confirmará sobre la recepción de estos escritos por la Iglesia: ve, en medio de la Iglesia, una mesa sobre la que están puestos todos los escritos acerca de la Divina Voluntad, rodeada de muchas personas venerables que, al acercarse, «salían transformadas en luz y divinizadas». Jesús comenta Él mismo de antemano esta visión: estos escritos serán para su Iglesia «como un nuevo sol», de modo que, «renovándose la Iglesia, transformarán la faz de la tierra».

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 20 de febrero de 1924:

> «Hija mía, ¿por qué no quieres reconocer el don, la gracia, tu misión de haber sido llamada de un modo totalmente especial y nuevo a vivir en mi Querer? Si antes de ti hubieran existido otras almas en mi Iglesia, siendo el vivir en mi Querer la cosa más importante, la que más me interesa y tanto me importa, habría en mi Iglesia huellas, normas y enseñanzas de quienes hubieran tenido la suerte de vivir en mi Voluntad…»
>
> *« Figlia mia, perché non vuoi riconoscere il dono, la grazia, la tua missione d'essere stata chiamata in modo tutto speciale e nuovo a vivere nel mio Volere? Se altre anime ci fossero state nella mia Chiesa prima di te, essendo il vivere nel mio Volere la cosa più importante, quella che più m'interessa e che tanto mi sta a cuore, ci sarebbero state le tracce, le norme, gli insegnamenti nella mia Chiesa di chi avesse avuto la sorte di far vita nella mia Volontà… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 28 de enero de 1927:

> «Hija mía, ¿quieres saber por qué Yo no escribí? Porque debía escribir por medio tuyo, soy Yo el que animo tu inteligencia, que te pongo las palabras, que doy movimiento con mi mano a la tuya para hacerte sostener la pluma y hacerte escribir las palabras en el papel, así que soy Yo el que escribo, no tú; tú no haces otra cosa que prestar atención a lo que quiero escribir…»
>
> *« Figlia mia, vuoi sapere perché Io non scrissi? Perché dovevo scrivere per mezzo tuo, sono Io che animo la tua intelligenza, che ti imbocco le parole, che do moto con la mia mano alla tua per farti tenere la penna e farti vergare le parole sulla carta, sicché sono io che scrivo, non tu; tu non fai altro che prestare attenzione a quello che voglio scrivere… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 9 de febrero de 1927:

> «Sería como si te dijera: "Escribe sin tinta, sin pluma y sin papel: ¿no sería absurdo e irracional? Ahora bien, como mis manifestaciones deben servir a las criaturas, formadas de alma y cuerpo, también Yo necesito materia para escribir, y tú debes prestármela. Así, tú me sirves de tinta, de pluma y de papel, y con esta materia formas en ti mis caracteres […]. El papel es tu alma; la tinta, tu amor; la pluma, tu voluntad.»
>
> *« Sarebbe come se dicessi a te: "scrivi senza inchiostro, senza penna e senza carta, non*

sarebbe assurdo ed irragionevole? Onde dovendo servire le mie manifestazioni per le creature formate di anime e di corpo, anch'io ho bisogno della materia per scrivere e me la devi prestare tu. Sicché tu mi servi d'inchiostro, di penna e di carta e con questa materia formi in te i miei caratteri […]. La carta dell'anima tua, l'inchiostro del tuo amore, la penna della tua volontà. »

Luisa relata y luego Jesús bendice los escritos, *Libro de Cielo*, vol. 17, 17 de septiembre de 1924: > «… mi dulce Jesús tomó todos los libros escritos sobre su Divino Querer, los reunió, luego los estrechó contra su Corazón y, con una ternura indecible, añadió: "Bendigo de corazón estos escritos, bendigo cada palabra, bendigo los efectos y el valor que contienen; estos escritos son una parte de Mí mismo."» > > *« … il mio dolce Gesù ha preso tutti i libri scritti sul suo Divin Volere, li ha messi insieme, poi li ha stretti al cuore e con una tenerezza indicibile ha soggiunto: "Benedico di cuore questi scritti, benedico ogni parola, benedico gli effetti ed il valore che essi contengono; questi scritti sono una parte di Me stesso." »*

Luisa relata y luego Jesús bendice el título, *Libro de Cielo*, vol. 19, 29 de agosto de 1926: > «… luego estrechó el libro contra su pecho y dijo: "Bendigo el título, lo bendigo de corazón y bendigo todas las palabras que conciernen a mi Voluntad."» > > *« … poi ha stretto al suo petto il libro e ha detto: "Benedico il titolo, lo benedico di cuore e benedico tutte le parole che riguardano la mia Volontà." »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 10 de febrero de 1924:

«En cambio, en mi omnividencia veo que estos escritos serán para mi Iglesia como un nuevo sol que surgirá en medio de ella […] y, renovándose la Iglesia, se transformará la faz de la tierra. […] Ahora, mientras decía esto, me hizo ver en medio de la Iglesia una mesa sobre la cual estaban puestos todos los escritos acerca de la Divina Voluntad; muchas personas venerables rodeaban aquella mesa y salían transformadas en luz y divinizadas […]. Y Jesús añadió: "Cuando la Iglesia reciba este alimento celestial, tú verás desde el Cielo el gran bien que, fortaleciéndola, la hará resurgir en su pleno triunfo."»

« Invece, nella mia onniveggenza vedo che questi scritti saranno per la mia Chiesa come un nuovo sole che sorgerà in mezzo ad essa […], per cui rinnovandosi la Chiesa, si trasformerà la faccia della terra. […] Ora, mentre diceva ciò mi ha fatto vedere nel mezzo della Chiesa un tavolo e tutti gli scritti sulla Divina Volontà messi sopra; molte persone venerande circondavano quel tavolo e ne uscivano trasformate in luce e divinizzate […]. E Gesù soggiunse: "Quando la Chiesa riceverà questo alimento Celeste, Tu vedrai dal Cielo il gran bene, che, fortificandola, la farà risorgere nel suo pieno trionfo." »

Articulación católica. La Escritura invita a «no despreciar las profecías», sometiéndolo «todo a prueba» y quedándose «con lo bueno» (1 Tes 5,20-21): esta es exactamente la actitud que esta obra aplica a los escritos de Luisa. San Pedro recuerda que «ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia», porque la profecía no procede de una iniciativa humana, sino de hombres movidos por el Espíritu Santo (2 Pe 1,20-21); este principio vale, guardadas todas las proporciones, para discernir el origen de una gracia mística auténtica y distinguirla de la imaginación propia. San Pablo emplea una imagen cercana para describir la acción del Espíritu en el corazón de los creyentes: «sois una carta de Cristo […], escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones» (2 Co 3,3). Este versículo no se refiere, evidentemente, a los escritos de Luisa en particular; ilumina solamente, por analogía, la estructura misma de lo que ella refiere: una acción divina que se expresa auténticamente mediante una materia humana sin quedar jamás cautiva de ella.

Fórmula para recordar. El silencio de la tradición espiritual atestigua la novedad del don

confiado a Luisa; Jesús se presenta como autor de estos escritos, mientras Luisa le presta su alma, su amor y su voluntad como papel, tinta y pluma.

Pregunta 7 — ¿Qué título completo da Jesús a los cuadernos de Luisa sobre la Divina Voluntad, hoy reunidos en treinta y seis volúmenes, y qué significa?

Respuesta breve. El 27 de agosto de 1926, dos días antes de bendecir de corazón este título (Introducción, P.6), Jesús lo había dictado Él mismo —no a Luisa, sino, en una visión que le concede, al sacerdote encargado de la impresión de los escritos sobre su Voluntad—: «El Reino de mi Divina Voluntad en medio a las criaturas. Libro de Cielo. Llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios». Jesús explica Él mismo este último elemento: quiere que la criatura comprenda que el puesto que Dios le ha asignado está en su Voluntad y que, mientras no entre en ella, permanece sin puesto, sin orden y sin finalidad —una intrusa en su propia Creación.

Desarrollo. La Pregunta 6 ya ha citado la bendición que Jesús da «de corazón» a este título el 29 de agosto de 1926. Dos días antes, el 27 de agosto, lo había dictado Él mismo a quien debía imprimir los escritos —Luisa lo ve en visión, y Jesús se dirige a él, no a ella. Nada en el texto lo nombra, pero todo concuerda para identificarlo con san Aníbal María di Francia, el único sacerdote encargado entonces de la impresión de los escritos de Luisa: la escena se sitúa en el volumen 19, precisamente cuando san Aníbal, nombrado examinador eclesiástico, dirigía la revisión y la preparación editorial de los primeros volúmenes; tres meses más tarde Luisa lo nombra explícitamente como quien hace imprimir sus escritos (vol. 20, 27 de noviembre de 1926).

El título querido se despliega en tres elementos, cada uno de los cuales precisa el anterior: primero, el nombre mismo de la obra, *El Reino de mi Divina Voluntad en medio a las criaturas*; después, un segundo título más breve, *Libro de Cielo*, que dará su nombre usual al conjunto de los treinta y seis volúmenes; finalmente, un subtítulo que explicita su finalidad: *Llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios*.

Jesús comenta Él mismo este último elemento, que ofrece la clave del conjunto: el título debe corresponder a la gran obra de su Voluntad, y la criatura debe comprender que el puesto que Dios le ha asignado se encuentra en esa misma Voluntad —mientras no entre en ella, permanece sin puesto, sin orden, sin finalidad, una intrusa en su propia Creación, sin derecho de permanencia en lo que le corresponde; irá, por tanto, errante, sin paz y sin herencia. Este mismo tema del lugar propio de la criatura, que la Primera parte desarrollará a propósito de Adán (I.6), encuentra aquí su formulación más directa y general: todo el Libro no ofrece solamente una doctrina que conocer; lleva, en su propio título, la llamada a regresar al lugar para el que se fue creado.

Jesús no se detiene en esta explicación: muestra a Luisa toda la Creación permaneciendo en su puesto, dentro de un orden y de una armonía perfectos, antes de oponer a ese espectáculo el del hombre, único «deshonor» de su obra creadora. Al sustraerse de su Voluntad, dice, el hombre camina «con la cabeza abajo, en la tierra, y con los pies en el aire» —imagen de una inversión completa en la que aquel cuyo oficio era dominar queda reducido a arrastrarse. La llamada al orden que nombra el título no es, por tanto, una metáfora abstracta: es la descripción exacta de una criatura invertida, llamada a ponerse de nuevo en pie dentro de la única Voluntad capaz de sostenerla.

La visión de la mesa ya referida en la Introducción, P.6 —donde los escritos, una vez

recibidos por la Iglesia, transformaban en luz a quienes se acercaban a ellos— es la que confiere a este título todo su alcance. Un libro que llama a la criatura a su orden, a su puesto y a su finalidad nunca es un simple tratado: Jesús ve en él el instrumento mismo mediante el cual renovará a su Iglesia.

Cita de Luisa. Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 27 de agosto de 1926 — Luisa ve en visión al sacerdote encargado de la publicación de los escritos sobre la Divina Voluntad, y Jesús, poniéndose cerca de él, le dice:

> «Hijo mío, el título que darás al libro que publicarás sobre mi Voluntad será éste: "El Reino de mi Divina Voluntad en medio a las criaturas. Libro de Cielo. Llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios". Mira, también el título quiero que corresponda a la gran obra de mi Voluntad, quiero que la criatura comprenda que su puesto, asignado a ella por Dios, es en mi Voluntad, y hasta en tanto no entre en Ella estará sin puesto, sin orden, sin finalidad, será una intrusa en la Creación, sin derecho de permanencia, y por eso irá errante, sin paz, sin herencia…»

> *« Figlio mio, il titolo che darai al libro che stamperai sulla mia Volontà sarà questo: "Il Regno della mia Divina Volontà in mezzo alle creature. Libro di Cielo. Il richiamo delle creature nell'ordine, al suo posto e nello scopo per cui fu creata da Dio." Vedi, anche il titolo voglio che corrisponda alla grande opera della mia Volontà, voglio che la creatura comprenda che il posto assegnatole da Dio, è nella mia Volontà e fino a tanto che non entra in Essa sarà senza posto, senza ordine, senza scopo, sarà un'intrusa nella Creazione, senza diritto di sorte e perciò andrà raminga, senza pace, senza eredità… »*

Jesús prosigue, movido a compasión:

> «"Entra en tu puesto, ven al orden, ven a tomar tu herencia, a vivir en tu casa, ¿por qué quieres vivir en casa extraña? ¿Por qué quieres ocupar un terreno que no es tuyo? Y no siendo tuyo vives infeliz y eres el siervo y el hazmerreír de todas las cosas creadas. Todas las cosas creadas por Mí, porque permanecen en su puesto, están en el orden y en perfecta armonía con toda la plenitud de sus bienes que Dios les asignó, sólo tú quieres ser infeliz, pero infelicidad voluntaria, por eso ven a tu puesto, a él te llamo y ahí te espero." Por eso, aquél o aquélla que se prestará a hacer conocer mi Voluntad será mi portavoz, y Yo le confiaré los secretos del Reino de Ella.»

> *« "Entra nel tuo posto, vieni nell'ordine, vieni a prendere la tua eredità, a vivere in casa tua, perché vuoi vivere in casa estranea? Perché vuoi occupare un terreno che non è tuo? Siccome non è tuo vivi infelice e sei il servo e lo zimbello di tutte le cose create. Tutte le cose create da Me, siccome stanno al loro posto, stanno nell'ordine ed in perfetta armonia con tutta la pienezza dei loro beni, assegnati da Dio, tu solo vuoi essere infelice, ma infelicità volontaria, perciò vieni al posto tuo, là ti chiamo e ti aspetto." Perciò colui o colei che si presterà a far conoscere la mia Volontà sarà il mio portavoce ed Io gli affiderò i segreti del Regno di Essa. »*

Jesús le muestra después toda la Creación permaneciendo en su puesto, en un orden y una armonía perfectos, y retoma:

> «Hija mía, cómo son bellas nuestras obras, son nuestro honor y nuestra gloria perenne, todas están en su puesto y cada una de las cosas creadas cumple perfectamente su oficio, sólo el hombre es nuestro deshonor en nuestra obra creadora, porque con sustraerse de nuestra Voluntad camina con la cabeza abajo, en la tierra, y con los pies en el aire, ¡qué desorden, qué desorden! […] Así que el hacer la propia voluntad es la verdadera y perfecta ruina del hombre y el desorden de la familia humana.»

> *« Figlia mia, come sono belle le opere nostre, sono il nostro onore e la nostra gloria perenne, tutte stanno al posto loro e ciascuna cosa creata compie perfettamente il suo ufficio, solo l'uomo è il nostro disonore nella nostra opera creatrice, perché col sottrarsi alla nostra Volontà cammina con la testa giù in terra e coi piedi all'aria, che disordine! Che disordine! […] Sicché il fare la propria volontà è il vero e perfetto capitombolo dell'uomo ed il disordine dell'umana famiglia. »*

Luisa concluye: «Yo he mirado y las veía con la cabeza abajo y los pies en el aire. Jesús ha desaparecido y yo he quedado mirando este feo espectáculo de las generaciones humanas, y rogaba de corazón que su Voluntad sea conocida.»

Articulación católica. La imagen de la criatura errante «sin puesto, sin paz, sin herencia» recuerda, casi término por término, la parábola del hijo pródigo: después de disipar su herencia lejos de la casa paterna, no vuelve a encontrar la paz sino regresando junto a su padre y recuperando el lugar de hijo que había abandonado (Lc 15,11-32). El Catecismo enseña que Dios ha inscrito en el corazón del hombre un deseo de Él que ninguna criatura puede colmar (CIC 27, 30) —deseo que san Agustín resume en una fórmula célebre: «nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones*, I, 1). El título querido por Jesús para este Libro no dice, por tanto, nada extraño a la fe común: nombra, en el vocabulario propio del Fiat, su llamada más antigua.

Fórmula para recordar. El título del *Libro de Cielo* resume su misión: llamar a la criatura al orden, a su puesto y al designio de Dios; fuera de su Voluntad, vaga como intrusa en su propia casa.

Pregunta 8 — ¿Cómo recibir estos escritos en la fe de la Iglesia?

Respuesta breve. Recibiéndolos exactamente como la propia Luisa los escribió: no por iniciativa propia, sino bajo la estricta obediencia a un confesor y con la entera sumisión de su juicio al de la autoridad eclesiástica. La Quinta parte reconstruirá el expediente completo de su recepción por la Iglesia; la actitud que debemos adoptar ante ellos se regula ya por la de la propia Luisa ante su confesor.

Desarrollo. Una revelación privada, aun cuando sea auténtica, nunca pertenece al depósito de la fe: permanece sometida al juicio de la Iglesia y nunca puede imponerse por sí misma a la conciencia de los fieles. La propia Luisa ofrece el ejemplo de esta justa actitud: refiere que solo escribe las revelaciones más sorprendentes obligada por la obediencia, no por elección propia, y con el tormento de quien teme comprender mal lo que se le confía —actitud que debe seguir siendo la nuestra ante todo escrito de esta naturaleza.

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 12, 24 de enero de 1921:

> «Yo me sentía aniquilada al pensar en este bendito Fiat, pero mi amable Jesús ha querido aumentar mi confusión […] pero lo que es peor, es que me veo obligada por la obediencia a ponerlas por escrito para mi mayor tormento.»
>
> *« Io mi sentivo annientata nel pensare a questo benedetto Fiat, ma il mio amabile Gesù ha voluto aumentare la mia confusione […] e quel che è peggio, sono costretta dall'ubbidienza a scriverle per mio maggiore tormento. »*

Articulación católica. El Catecismo precisa que las revelaciones privadas «no pertenecen […] al depósito de la fe», pero pueden ayudar a vivirlo «más plenamente en una cierta época de la historia», bajo el discernimiento de la autoridad eclesial (CIC 67). San Pablo pide:

«Examinadlo todo; quedaos con lo bueno» (1 Tes 5,21) —principio que se aplica aquí sin reserva y que la Quinta parte aplicará al expediente histórico completo de la causa de Luisa.

Fórmula para recordar. Luisa nunca escribió sino bajo obediencia; nosotros solo podemos recibir lo que escribió en comunión con la Iglesia y dentro de su fe.

Pregunta 9 — ¿Dispensa la Divina Voluntad de los sacramentos, de la moral, de la Cruz o de la esperanza del Cielo?

Respuesta breve. No, nunca, en ninguno de estos cuatro puntos. Vivir en la Divina Voluntad no dispensa de los sacramentos (Parte IX), no aligera en nada las exigencias de la vida moral, sino que constituye, por el contrario, su cumplimiento más interior (Parte XII), nunca suprime la Cruz, sino que la transfigura sin apartarla (Partes III y X), y nunca reemplaza la esperanza del Cielo por un reinado terrestre que se bastaría a sí mismo (Parte XIV). Este principio de no sustitución gobierna la lectura de todo este libro.

Desarrollo. Este principio se establece antes del detalle de las partes, porque el lenguaje del *Libro de Cielo* es el de la sobreabundancia: presenta la Divina Voluntad como un don «mayor» que tal o cual sacramento o estado ya recibido. La propia Luisa describe su itinerario interior como una visita realizada, uno por uno, a cada uno de los sacramentos instituidos por Jesús —nunca como una superación de estos, sino como un descenso más profundo hasta su fondo. Este mismo principio valdrá, *mutatis mutandis*, para la moral, la Cruz y la esperanza del Cielo: la Divina Voluntad no reemplaza nada de lo que la fe católica considera ya necesario; es su esperada plenitud interior.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> «Hija mía, con tu vuelo en mi Voluntad ponte en todos los Sacramentos instituidos por Mí, desciende en el fondo de ellos para darme tu pequeña correspondencia de amor. […] Los Sacramentos fueron instituidos para continuar mi Vida sobre la tierra en medio de mis hijos…»
>
> *« Figlia mia, con il tuo volo nella mia Volontà giungi in tutti i sacramenti da Me istituiti, scendi nel fondo di essi per darmi il tuo piccolo ricambio d'amore. […] I sacramenti furono istituiti per continuare la mia Vita sulla terra in mezzo ai figli miei… »*

Articulación católica. Jesús dice que no ha venido «a abolir, sino a dar plenitud» (Mt 5,17) —palabra que resume exactamente la función de la Divina Voluntad respecto de cuanto la fe católica considera ya necesario. El Catecismo recuerda que las revelaciones privadas auténticas nunca añaden nada al depósito de la fe ni dispensan de él (CIC 67, ya citado en la Introducción, P.8): ayudan a vivirlo más plenamente, nunca a emanciparse de él.

Fórmula para recordar. Jesús no vino a abolir, sino a dar plenitud (Mt 5,17): la Divina Voluntad nunca dispensa de los sacramentos, de la moral, de la Cruz o del Cielo —es su esperada plenitud interior.

Pregunta 10 — ¿Qué vínculo une el Reino de la Divina Voluntad con la oración del Padrenuestro?

Respuesta breve. Jesús mismo dice a Luisa que el tercer Fiat que espera no es otra cosa que el cumplimiento de la oración que enseñó a toda la Iglesia desde hace siglos: «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo». Lo que la Iglesia pide así cada día desde hace dos

mil años, Jesús anuncia a Luisa que quiere concederlo: el Reino de la Divina Voluntad es el cumplimiento mismo de esa oración.

Desarrollo. Es en el contexto mismo de la revelación de los tres Fiat (Introducción, P.2) donde Jesús establece este vínculo: desea que su oración, enseñada desde hace tantos siglos y a tantas generaciones, sea escuchada y alcance su cumplimiento. Compara este tercer Fiat venidero con el arco iris que siguió al diluvio: signo de paz prometido a toda la tierra, no mensaje reservado a unos pocos. Este vínculo con el Padrenuestro sitúa exactamente lo que está en juego: nada más se espera aquí que lo que la Iglesia entera pide ya, en cada misa y en cada oración, desde siempre —pero esperado de veras, y aguardado como un cumplimiento. Jesús mismo comentará más tarde esta oración petición por petición, hasta el pan cotidiano, el perdón y la liberación del mal (XI.14); basta aquí con establecer el principio que gobierna todo ese comentario futuro.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 17 de enero de 1921:

> «Ahora quiero decirte por qué te he pedido tu Fiat, tu "sí" en mi Querer. La oración que enseñé, el "Fiat Voluntas Tua Sicut in Coelo et in Terra", esta oración de tantos siglos, de tantas generaciones, quiero que tenga su cumplimiento.»
>
> *« Ora voglio dirti perché ho chiesto il tuo Fiat, il tuo sì nel mio Volere. Voglio che la mia preghiera insegnata, il "Fiat Voluntas Tua sicut in coelo et in terra", questa preghiera di tanti secoli, di tante generazioni, abbia il suo esaudimento e compimento. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que esta petición del Padrenuestro nos da a conocer «este designio benevolente» que el Padre había establecido de antemano (CIC 2823, citando Ef 1,9-11) y nos hace pedir que unamos nuestra voluntad a la del Hijo para cumplirla, en la esperanza de que se haga en la tierra como en el Cielo (CIC 2825) —espera que la propia liturgia hace suya en cada eucaristía. La Undécima parte establecerá, y la Decimocuarta confirmará, que este cumplimiento esperado no anuncia ningún reino visible fuera de la Iglesia ni cronología profética alguna: solamente la plenitud, todavía esperada, de una oración de dos mil años.

Fórmula para recordar. El Reino de la Divina Voluntad es el cumplimiento aún esperado de la oración de Jesús: «Hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo».

Pregunta 11 — ¿Qué actitud interior se requiere para entrar en esta luz?

Respuesta breve. La pequeñez: reconocer la propia nada ante la grandeza de Dios, a imagen de María, elegida en su humildad y pequeñez, enteramente disponible a la gracia recibida. Jesús mismo dice escoger, para sus obras más grandes, a las almas más pobres y desprovistas —no para humillarlas, sino porque solo la pequeñez deja todo el lugar a su grandeza.

Desarrollo. Esta obra se dirige a almas ya comprometidas en esta espiritualidad, no a principiantes a quienes primero habría que convencer; pero la actitud requerida para entrar verdaderamente en ella sigue siendo, en toda etapa de la vida espiritual, aquella misma que Luisa tuvo que aprender cuando recibió su misión. Pensar en sí mismo, dice Jesús, empequeñece al alma y pretende casi restringir a Dios a su propia medida; dejar de pensar sino en Él, por el contrario, engrandece al alma a la medida de su inmensidad. Esta misma pequeñez permitió a Luisa, a pesar de la incapacidad que sentía, recibir cuanto le fue confiado.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 17 de agosto de 1912:

«Hija mía, el pensamiento de sí mismo empequeñece al alma, y desde su pequeñez mide mi grandeza, y casi quisiera restringirme, en cambio quien no piensa en sí mismo, pensando en Mí se engrandece en mi inmensidad y me da el honor a Mí debido.»

« Figlia mia, il pensiero di se stesso impicciolisce l'anima e dalla sua piccolezza misura la mia grandezza e quasi vorrebbe restringermi, invece chi non pensa a se stesso, pensando a Me, s'ingrandisce nella mia immensità e rende l'onore a Me dovuto. »

Articulación católica. Jesús enseña que nadie entra en el Reino de los Cielos si no se hace «como este niño» (Mt 18,3-4), y María canta en el Magníficat que Dios «ha mirado la humildad de su esclava» (Lc 1,48), precisamente para realizar en ella grandes cosas. El Catecismo recuerda que la humildad es «la base de la oración» (CIC 2559) —disposición sin la cual ningún alma puede recibir lo que este trabajo se dispone a exponer.

Fórmula para recordar. Pensar en sí mismo empequeñece al alma; pensar solo en Dios la engrandece a su medida: esta sola pequeñez deja todo el lugar a su grandeza.

Primera parte — El designio originario: el hombre creado para vivir en la Divina Voluntad

---

Pregunta 1 — ¿Por qué creó Dios al hombre?

Respuesta breve. Dios creó al hombre por puro amor y con un único fin: que su Voluntad viviera en él y que él viviera en ella. Toda la Creación tiene un solo fin —que todos cumplan el Querer divino—, y el hombre estaba llamado a ello no como un siervo encargado de producir obras, sino como un hijo destinado a recibir la vida misma de Dios y a devolvérsela en gloria y amor.

Desarrollo. Cuando se pregunta por qué creó Dios al hombre, la respuesta espontánea enumera a menudo unas tareas: dominar la tierra, hacer el bien, realizar grandes cosas. El *Libro de Cielo* desplaza la mirada. Lo que Dios busca en su criatura no son ante todo obras, por hermosas que sean: es su propia Voluntad viviendo en ella. Una obra inmensa realizada fuera del Querer divino es, a los ojos de Dios, una nada; un acto minúsculo que sea fruto de él lleva en sí la vida de Dios. El fin de la Creación no es, por tanto, una proeza del hombre, sino una comunión: Dios quería formar su Vida en el hombre, acto tras acto, mediante actos repetidos en su Voluntad (vol. 12, 3 de abril de 1920).

Por eso, todo en la Creación fue dispuesto en vista del hombre. Antes de crearlo, Dios le preparó el cielo, el sol, el mar y la tierra florida, como un padre prepara la morada del hijo al que espera (vol. 27, 20 de noviembre de 1929). El universo no es un decorado indiferente: es la casa del hijo, y en ella se espera al hijo para una vida filial —conocer el amor del que procede, corresponder libremente a él y devolver a Dios, en nombre de todas las cosas, la gloria y el amor que la Creación muda no puede expresarle.

Este designio revela el corazón de Dios. No crea por necesidad ni para enriquecerse con nuestras obras: crea para darse. La Divina Voluntad no es ante todo una orden que ejecutar, sino una Vida que recibir y compartir. Desde el origen, el hombre está hecho para vivir en esta Voluntad como en su elemento nativo —allí se encuentran su puesto, su rango y su fin, y esto es lo que las partes siguientes llamarán el Reino de la Divina Voluntad poseído por Adán.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 13, 26 de noviembre de 1921:

> «Única finalidad de la Creación fue que todos cumplieran mi Querer; no fue que el hombre hiciera cosas grandes, más bien, éstas las veo como una nada y con desprecio si no son frutos de mi Voluntad…»
>
> *« Unico scopo della Creazione fu che tutti compissero il mio Volere e non che l'uomo operasse cose grandi, anzi le guardo come un nonnulla e con disprezzo se non sono frutti della mia Volontà… »*

Articulación católica. La Escritura abre la Revelación sobre este mismo misterio: Dios crea al hombre «a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26), lo bendice y le confía la Creación (Gn 1,28-31; 2,8-15). El motivo es el amor: «Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste» (Sab 11,24); y la finalidad queda contenida en una fórmula de san Pablo: «todo fue creado por él y para él» (Col 1,16). El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña,

a su vez: «El mundo ha sido creado para la gloria de Dios» (CIC 293, citando el Concilio Vaticano I) —gloria que no constituye un enriquecimiento de Dios, sino la manifestación y la comunicación de su bondad (CIC 293); y el hombre fue creado para conocer, amar y servir a Dios y alcanzar así la bienaventuranza, participación en la propia vida divina (CIC 1721-1722). La luz dada a Luisa no contradice nada de esto: descubre su profundidad. Si la gloria de Dios es el fin de la Creación, y si esta gloria consiste en comunicar su vida, entonces el fin de la Creación se cumple precisamente allí donde la Voluntad de Dios se convierte en la vida del hombre. «Que todos cumplan mi Querer» no añade un fin extraño al designio revelado: es su nombre más interior.

Fórmula para recordar. Dios no creó al hombre ante todo para que hiciera grandes cosas, sino para que su Voluntad fuera la vida del hombre y el hombre, la gloria de su Voluntad.

Pregunta 2 — ¿Qué revela el soplo mediante el cual Dios dio la vida al hombre?

Respuesta breve. En el jardín del Edén, Dios formó la bella estatua del hombre y le dio la vida infundiéndole su aliento omnipotente: un soplo que no se limitó a animarlo, sino que vertió en él sus propias cualidades divinas y su propia Vida, haciendo de él, en un sentido real pero siempre analógico, un «pequeño dios» —hasta volverlo inseparable de su Creador. Este soplo, dice Jesús a Luisa, nunca cesó: continúa dándose a cada criatura, como la respiración que se exhala y después vuelve a inspirarse. Pero cuando la voluntad del hombre ya no se vuelve hacia Dios, este soplo deja de encontrar en ella el camino de regreso.

Desarrollo. Un día, Luisa sigue el recorrido del Querer Divino hasta el Edén y se encuentra presente en el momento mismo en que la Majestad Divina, después de haber formado la bella estatua del hombre, le da la vida infundiéndole su aliento omnipotente. La escena reproduce, por su mismo movimiento, el segundo relato del Génesis —el polvo modelado y el soplo que lo hace vivir—; pero Jesús, al comentarla a Luisa, descubre su alcance interior: aquel acto fue «tan tierno, conmovedor y de alegría tan grande» que todo el Ser Divino desbordó de amor, hasta arrebatar sus propias cualidades para infundirlas en el hombre. El soplo no anima solamente un cuerpo: comunica una presencia, pone al Ser Supremo mismo «en comunicación» con su criatura, de modo que la vuelve inseparable de Él.

Un texto varios años anterior precisa, en el mismo sentido, lo que contenía exactamente este don. Jesús ya no habla solamente de un soplo, sino de una Vida: a diferencia de todo el resto de la Creación, salido de un simple Fiat, el hombre recibió, llevado Dios «por un exceso de amor», el aliento mediante el cual quiso infundirle su propia Vida. Lo que el resto del universo recibe de una palabra creadora, solo el hombre lo recibe de un soplo que lo hace participar, en un sentido real, en la Vida misma de su Creador.

Un tercer texto, recibido todavía algunas semanas antes, lleva esta intimidad hasta su expresión más audaz. Jesús califica allí la creación del hombre como «la obra maestra de la potencia creadora», en la que el Eterno derramó su amor no gota a gota, sino a olas y a ríos, poniéndose Él mismo, llevado por un exceso de amor, como centro del hombre, antes de querer para este centro una morada digna. Al crear al hombre a su imagen y semejanza, hizo salir de su amor un respiro y, mediante su aliento omnipotente, le infundió la vida, dotándolo de todas sus cualidades en la proporción que una criatura podía recibirlas —«haciéndolo un pequeño dios». El texto repite la expresión poco después, como para confirmar su alcance: si el alma humana se conociera tal como es, podría decir de sí misma: «Es un pequeño dios y un pequeño mundo que todo en sí contiene». Esta audacia de lenguaje no añade nada al don ya descrito —solamente expresa, con la libertad propia

del amor, su medida real: recibir por este soplo la Vida misma de Dios significa ser hecho, en un sentido siempre analógico pero real, semejante a Aquel que la da.

Un texto titulado «Aliento incesante de Dios» precisa todavía su modo de obrar. No se limita a dar la existencia una vez para siempre: hace crecer «**paso a paso**», según la formulación de la edición española, esta misma vida divina en el alma, como un pintor expertísimo que, mediante un pincel nunca interrumpido, forma los matices más bellos y pinta en la criatura verdaderas copias de su Ser Supremo —sin las cuales, dice Jesús, crear el sol, el cielo y todo el universo habría sido para su potencia una bella nada. Esta imagen añade a la del «pequeño dios» una dimensión que aquella aún no expresaba: ya no se trata solamente de una semejanza recibida una vez, sino de una obra continuada, en la que el soplo añade sin cesar un nuevo toque a aquello que comenzó.

Un texto posterior retoma el mismo principio en una alocución directa y personal, que revela su ternura tanto como su alcance. Habiendo seguido en espíritu el acto mismo en que Dios creó al hombre y le infundió el aliento para darle la vida, Luisa pide a Jesús que le dé también a ella aquel primer aliento divino de la Creación; Jesús le responde que este es precisamente el deseo constante del Creador: que la criatura vuelva a subir sin cesar a su seno para recibir allí «nuestro aliento continuado», la corriente misma que engendra todos los bienes, las alegrías y la felicidad. Pero este aliento solo puede ser recibido por quien vive en el Querer Divino, porque «nuestro Fiat tiene tal virtud, de volver inseparable a la criatura de Nosotros, y lo que Nosotros somos y hacemos por naturaleza, ella lo puede hacer por gracia». El motivo del soplo se une aquí, sin rodeos, a la audacia ya encontrada del «pequeño dios»; pero el texto descubre además su ternura: Dios no quiere solamente comunicar su Vida a distancia, quiere la proximidad por sí misma, porque «los juegos no se pueden hacer de lejos, sino de cerca»; y promete a quien regresa finalmente, después de tantos siglos de extravío, la misma acogida del padre de la parábola: «ven a reposarte y a gozar lo que es tuyo, porque en nuestro Querer todo te fue dado».

Este soplo, añade Jesús, nunca cesa: «este aliento no debía jamás ser interrumpido». Él mismo prolonga la imagen de la respiración para explicar lo que sucede, a pesar de ello, en la ingratitud humana: así como se emite el aliento y después se vuelve a inspirar para poder darlo de nuevo, Dios se da al hombre al exhalarlo y espera después sentir que el hombre vuelve a entrar en Él. El drama del pecado no consiste, por tanto, en que Dios retire su soplo —nunca lo retira—, sino en que la voluntad desviada del hombre ya no se deja encontrar en este movimiento de regreso. Este mismo soplo se manifestará en la vida de Adán antes de la Caída: su respiración y sus gestos más sencillos llevarán «algo de Dios», hasta herir de amor al Cielo con cada uno de sus actos más ordinarios (II.1). Otro texto, recibido algunos años después, confirma este doble movimiento bajo una forma aún más concentrada: al crear al primer hombre, dice Jesús, un primer soplo le infundió el alma, y un segundo «me infundí a Mí mismo en el fondo del hombre», para regirlo, dominarlo y custodiarlo —dotación cuyo detalle trinitario precisará más adelante XII.1, indicando qué Persona divina concurre a cada potencia del alma—, como si la unión sellada por aquel soplo no se detuviera nunca en la vida natural, sino que descendiera hasta la inhabitación de Dios mismo en lo más íntimo de la criatura.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 23 de octubre de 1927:

> «Después de esto estaba siguiendo mi giro en el Querer Divino, y poniéndome en el Edén para estar presente cuando la Majestad Divina, habiendo formado la bella estatua del hombre le estaba dando la vida infundiéndole el respiro con su aliento omnipotente […]. Hija mía, este acto de formar y de infundir la vida en el hombre con nuestro aliento omnipotente, fue tan tierno, conmovedor y de alegría tan grande para Nosotros, que todo nuestro Ser Divino desbordó fuera tanto en amor, que con fuerza

raptora raptó nuestras cualidades divinas para infundirlas en el hombre; al infundirle el respiro todo vertimos en él, y al darle nuestro aliento poníamos nuestro Ser Supremo en comunicación con él, en modo de volverlo inseparable de Nosotros. Este nuestro aliento no cesó jamás […]. Y así como cuando se emite el aliento para respirar, se pone fuera y se vuelve a meter para poder nuevamente dar el aliento, en el acto de darle el aliento nos damos Nosotros a él, y al volver a meter el aliento metemos al hombre en Nosotros, y no sintiéndolo venir en Nosotros, porque su voluntad no está con Nosotros, sentimos todo el peso de la ingratitud humana.»

« Dopo di ciò, stavo seguendo il mio giro nel Voler Divino per portarmi nell'Eden ed essere presente quando la Maestà Divina, avendo formato la bella statua dell'uomo, gli stava dando la vita alitandolo col suo fiato onnipotente […]. Figlia mia, questo atto di formare e d'infondere la vita nell'uomo col nostro alito onnipotente, fu sì tenero, commovente e di gioia sì grande per noi, che tutto il nostro Essere Divino traboccò tanto in amore che, con forza rapitrice, rapì le nostre qualità divine per infonderle nell'uomo, nell'alitarlo versammo tutto in lui, e nel fiatarlo mettemmo il nostro Essere Supremo in comunicazione con lui, in modo da renderlo inseparabile da noi. Questo nostro alito non cessò mai […]. E siccome quando si respira si emette fiato e poi si inspira per poter di nuovo fiatare, nell'emettere il fiato diamo noi a lui e nel ritirare il fiato ritiriamo l'uomo in noi e non sentendolo venire in noi perché la sua volontà non è con noi, sentiamo tutto il peso dell'ingratitudine umana. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 22 de marzo de 1919:

«No fue así al crear al hombre. Es verdad que su origen es mi Fiat, pero no me bastó, sino que llevado por un exceso de amor le di el aliento queriendo infundirle mi misma Vida, lo doté de razón, lo hice libre y lo constituí rey de todo lo creado…»

« Non fu così nel creare l'uomo. E' vero che la sua origine è il mio Fiat, ma non mi bastò, preso da eccesso d'amore lo alitai, volendo infondergli la mia stessa Vita, lo dotai di ragione, lo feci libero e lo costituii re di tutto il creato… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 24 de febrero de 1919:

«Hija mía, nada has dicho de la creación del hombre, de la obra maestra de la potencia creadora, donde el Eterno, no a gotitas, sino a olas, a ríos ponía su amor, su belleza, su maestría, y llevado por el exceso de amor se ponía a Sí mismo como centro del hombre; pero Él quería al hombre como una digna habitación, ¿qué hace entonces esta Majestad increada? Crea al hombre a su imagen y semejanza, y desde el fondo de su amor hace salir un respiro, y con su aliento omnipotente le infunde la vida, dotando al hombre de todas sus cualidades, proporcionadas a criatura, haciéndolo un pequeño dios. Así que todo lo que ves en lo creado es nada en comparación a la creación del hombre […] tanto, que se puede decir: "Es un pequeño dios y un pequeño mundo que todo en sí contiene".»

« Figlia mia, niente hai detto sulla creazione dell'uomo, capolavoro della potenza creatrice, dove l'Eterno, non a spruzzi, ma a onde, a fiumi ha versato il suo amore, la sua bellezza, la sua maestria e, preso da eccesso d'amore, ha messo Se stesso come centro dell'uomo; ma Lui ne voleva una degna abitazione, che fece dunque questa Maestà increata? Creò l'uomo a sua immagine e somiglianza, dal fondo del suo amore vi trasse un respiro e, col suo alito onnipotente, vi infuse la vita, dotando l'uomo di tutte le sue qualità, proporzionate a creatura, facendolo un piccolo Dio, sicché tutto ciò che vedi nel creato era un bel nulla a confronto della creazione dell'uomo […] tanto, che si può dire: "E' un piccolo Dio ed un piccolo mondo che tutto in sé contiene." »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 12 de octubre de 1931:

«Mi buena hija, sólo mi Querer mantiene y conserva intacto, con un acto continuo, el principio de la creación de la criatura. Nuestro Ente Supremo daba el principio y animaba su vida con la potencia de nuestro aliento divino, este aliento no debía jamás ser interrumpido, mucho más que cuando Nosotros damos y hacemos un acto no lo retiramos jamás […]. Nuestro aliento, en cuanto lo damos, forma paso a paso el crecimiento de esta Vida nuestra en la criatura; nuestro aliento, en cuanto se da, así forma nuestro acto completo de santidad, de belleza, de amor, de bondad, y así de lo demás […] nuestro Querer dispone a la criatura a recibir todas las cualidades y colores divinos, y nuestro aliento jamás interrumpido, como pincel expertísimo pinta con maestría admirable e inimitable los más bellos matices y forma las copias de nuestro Ser Supremo; si no fuera por estas copias no habría sido una gran cosa la obra de la Creación, ni una gran obra de la potencia de nuestras manos creadoras; crear el sol, el cielo, las estrellas y todo el universo habría sido una bella nada para nuestra potencia.»

« Mia buona figlia, solo il mio Volere mantiene e conserva intatto, con un atto continuo, il principio della Creazione della creatura. Il nostro Ente Supremo dette il principio ed animò la sua vita con la potenza del nostro alito divino; quest'alito non doveva essere mai spezzato, molto più che quando noi diamo e facciamo un atto, non lo ritiriamo giammai […]. Come diamo il nostro alito, così esso forma a sorsi a sorsi la crescita di questa vita nostra nella creatura. Il nostro alito, come si dà, così forma il nostro atto compiuto di santità, di bellezza, d'amore, di bontà e così di seguito […] il nostro Volere dispone la creatura a ricevere tutte le qualità e colori divini ed il nostro alito mai interrotto, come pennello peritissimo, dipinge con maestria ammirabile ed inimitabile le più belle sfumature e forma i facsimili del nostro Essere Supremo; se non fosse per questi facsimili non sarebbe stata un gran che l'opera della Creazione, né grande opera della potenza delle nostre mani creatrici; creare il Sole, il Cielo, le stelle e tutto l'universo sarebbe stato un bel nulla per la nostra potenza. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 28 de abril de 1929:

«Hija mía, es nuestra Voluntad que la criatura vuelva a subir a nuestro seno, entre nuestros brazos creadores para darle nuevamente nuestro aliento continuado, y en este aliento darle la corriente que genera todos los bienes, alegrías y felicidad, pero para poder dar este aliento, el hombre debe vivir en nuestro Querer, porque sólo en Él lo puede recibir, y Nosotros darlo. Nuestro Fiat tiene tal virtud, de volver inseparable a la criatura de Nosotros, y lo que Nosotros somos y hacemos por naturaleza, ella lo puede hacer por gracia. Nosotros al crear al hombre no lo poníamos separado de Nosotros, y para tenerlo junto le dábamos nuestra misma Voluntad Divina, la cual le daría el primer acto para obrar junto con su Creador; fue esta la causa de que nuestro amor, nuestra luz, nuestras alegrías, la potencia y belleza nuestras regurgitaron todas juntas, y desbordando fuera de nuestro Ser Divino poníamos la mesa a aquél que habíamos formado con tanto amor con nuestras manos creadoras y generado con nuestro mismo aliento. Queríamos gozarnos nuestra obra, verlo feliz con nuestra misma felicidad, embellecido con nuestra belleza, rico de nuestra riqueza, mucho más que era Voluntad nuestra el estarnos junto con la criatura, obrar juntos y entretenernos junto con ella; los juegos no se pueden hacer de lejos, sino de cerca. Entonces, por necesidad de creación y para mantener integra nuestra obra y la finalidad con la cual la habíamos creado, el único medio era dotar al hombre de Voluntad Divina, la cual lo habría conservado como salió de nuestras manos creadoras, y él habría gozado todos nuestros bienes, y Nosotros debíamos gozar

porque él era feliz. Por eso no hay otros medios para hacer que el hombre regrese a su puesto de honor, y que entre de nuevo a obrar junto con su Creador, y que se entretengan mutuamente, que entrar de nuevo en nuestro Fiat, a fin de que nos lo lleve triunfante a nuestros brazos que lo están esperando para estrecharlo fuerte a nuestro seno divino, y decirle: "Finalmente, después de seis mil años has vuelto, has andado errante, has probado todos los males, porque no hay bien sin nuestro Fiat, has probado suficientemente y tocado con la mano lo que significa salir de Él, por eso no salgas más y ven a reposarte y a gozar lo que es tuyo, porque en nuestro Querer todo te fue dado". Por lo tanto hija mía, sé atenta, todo te daremos si vives siempre en nuestro Fiat, nuestro aliento tomará placer en darse siempre a ti, para darte nuestras alegrías, nuestra luz, nuestra santidad, y comunicarte la actitud de nuestras obras, a fin de que siempre podamos tener junto a la pequeña hija regenerada por nuestra Divina Voluntad.»

« Figlia mia, è nostra Volontà che la creatura risalga nel nostro seno, tra le nostre braccia creatrici perché possiamo ridarle il nostro alito continuato ed, in questo alito, la corrente che genera tutti i beni, le gioie e le felicità. Ma per poter dare questo alito l'uomo deve vivere nel nostro Volere, perché solo in Esso lo può ricevere e Noi possiamo darlo. Il nostro Fiat ha tale virtù, da rendere inseparabile la creatura da Noi e ciò che Noi siamo e facciamo per natura, lei lo può fare per grazia. Noi col creare l'uomo, non lo mettemmo a distanza da Noi e, per averlo insieme con Noi, gli demmo la nostra stessa Volontà Divina, la quale gli avrebbe dato il primo atto per operare insieme col suo Creatore. Fu questa la causa per cui il nostro amore, la nostra luce, le nostre gioie, la potenza e bellezza nostra, rigurgitarono tutte insieme e, straripando fuori del nostro Essere Divino, imbandirono la mensa a colui che avevamo con tanto amore formato con le nostre mani creatrici e generato col nostro stesso alito. Volevamo goderci l'opera nostra, vederlo felice della nostra stessa felicità, abbellito della nostra stessa bellezza, ricco della nostra ricchezza. Molto più che era Volontà nostra stare vicino alla creatura, operare insieme e trastullarci insieme con essa. I giochi non si possono fare da lontano, ma da vicino. Ecco perciò che per necessità di creazione e per mantenere integra l'opera nostra e lo scopo con cui l'avevamo creata, l'unico mezzo era dotare l'uomo di Volontà Divina, la quale lo avrebbe conservato come uscì dalle nostre mani creatrici e lui avrebbe goduto tutti i beni nostri e noi avremmo goduto perché lui era felice. Perciò per fare che l'uomo ritorni al suo posto d'onore e che rientri di nuovo ad operare insieme col suo Creatore ed a vicenda si trastullino insieme, non ci sono altri mezzi che rientrare di nuovo nel nostro Fiat, affinché ce lo porti trionfante nelle nostre braccia che lo stanno aspettando per stringerlo forte nel nostro seno Divino e dirgli: "Finalmente, dopo seimila anni sei tornato, sei andato errante, hai provato tutti i mali, perché non c'è bene senza del nostro Fiat, hai provato abbastanza e toccato con mano ciò che significa uscire da Esso, perciò non uscirne più, vieni a riposarti ed a godere ciò che è tuo, perché nel nostro Volere tutto ti fu dato". Quindi figlia mia, sii attenta, tutto ti daremo se vivi sempre nel nostro Fiat, il nostro alito prenderà piacere a "fiatarti" sempre, per strariparti le nostre gioie, la nostra luce, la nostra santità e comunicarti l'attitudine delle nostre opere, affinché sempre insieme possiamo tenere la piccola figlia rigenerata dalla nostra Divina Volontà. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 9 de septiembre de 1922:

« … hija mía, al crear al primer hombre daba el principio a la Creación del género humano, y después de que formé el cuerpo, con mi aliento omnipotente le infundí el alma, y con otro aliento mío, podría decir, me infundí a Mí mismo en el fondo del hombre para regirlo, dominarlo y custodiarlo…»

« … nel creare il primo uomo davo il principio alla Creazione del genere umano e dopo che formai il corpo, col mio alito onnipotente gli infusi l'anima e con un altro mio alito, potrei dire, infusi Me stesso nel fondo dell'uomo per reggerlo, dominarlo e custodirlo… »

Articulación católica. Podría temerse que hablar de un soplo que infunde «nuestra misma Vida», y llega incluso a hacer del hombre «un pequeño dios», borrara la distancia entre Creador y criatura, como si Dios se diera a sí mismo la naturaleza humana en vez de crearla. Sin embargo, el texto bíblico contiene desde el origen esta misma audacia: «Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo» (Gn 2,7) —un soplo que la Iglesia nunca ha reducido a una simple animación biológica, pues enseña, por el contrario, que «cada alma espiritual es directamente creada por Dios» (CIC 366). La expresión «pequeño dios» encuentra también un apoyo directo en la Escritura: «Yo declaro: Aunque seáis dioses, e hijos del Altísimo todos» (Sal 82,6), palabra que Jesús mismo invoca para defender, sin blasfemia, que se le llame Hijo de Dios: «¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: Sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede fallar la Escritura…» (Jn 10,34-35); y san Pedro enseña que los creyentes están llamados a llegar a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4). La Iglesia recoge esta tradición con una audacia comparable: «El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios», recuerda el Catecismo citando a san Atanasio (CIC 460). Lo que el *Libro de Cielo* añade a este relato —que aquel soplo comunicaba, juntamente con la existencia, el estado de santidad y de justicia originales— concuerda con lo que el Catecismo enseña acerca de nuestros primeros padres: la Revelación nos da a conocer «el estado de santidad y de justicia original del hombre y de la mujer antes del pecado» (CIC 384), estado de gracia que el pecado hará perder sin confundir nunca por ello las dos naturalezas. Recibir por este soplo la Vida misma de Dios nunca significa llegar a ser Dios por naturaleza, sino llegar a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4), fórmula que el Catecismo retoma cuando enseña que «la gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria» (CIC 1997). El soplo creador del *Libro de Cielo* no es, por tanto, sino aquello que la Escritura y el Catecismo ya nombran: un don real de la vida divina, nunca una confusión de las naturalezas.

Fórmula para recordar. El soplo que animó al hombre no fue un simple suplemento de vida: fue la Vida misma de Dios, confiada a su criatura —y nunca retirada.

Pregunta 3 — ¿Cómo fue la creación del hombre, desde el origen, un intercambio de amor?

Respuesta breve. Crear el cielo y la tierra no despertó nada nuevo en el corazón de Dios, dice Jesús a Luisa; crear al hombre, sí, porque en él se formaba una voluntad libre, capaz de devolver el amor recibido. Dios creó al hombre en un verdadero éxtasis de amor, raptado ante su propia obra hasta querer ser amado por ella a su vez; y cuando el hombre, lleno de este don, pronunció su primera palabra, «te amo», la alegría de Dios fue inmensa, como si recibiera ya el interés de todos los bienes que acababa de darle. Lo que Dios esperaba no era un tributo ni una obra, sino un amor que volviera a Él, porque un amor, dice Jesús, llama siempre a otro.

Desarrollo. Un texto vuelve extensamente sobre este momento preciso y lo distingue con claridad del resto de la obra creadora. Crear el cielo y la tierra, dice Jesús a Luisa, no despertó nada nuevo en Dios; crear al hombre fue completamente distinto, porque se estaba formando una voluntad libre. Dios encerró en ella la suya propia, depositándola como un capital en un banco, para no esperar de ella más que un modesto interés de amor, de gloria

y de adoración. Y cuando el hombre, lleno de este don, dejó brotar de su pecho su primera palabra, «te amo», la alegría de Dios no tuvo medida: fue como si recibiera ya el interés de todos los bienes que acababa de poner en él.

Esta misma imagen bancaria nombra, en negativo, el drama de la Caída: el hombre no rechazó solamente el capital divino que llevaba en sí; rechazó hasta el modesto interés que debía a su Creador, dejando vacío el banco donde Dios había depositado su propia Voluntad. Un poco más adelante, en el mismo texto, Jesús añade un rasgo que expresa toda la intimidad perdida: al principio de la creación del hombre no existía distancia alguna entre Él y su criatura, todo era familiaridad; lo amaba como a un hijo y se sentía tan atraído hacia él que no podía dejar de volver frecuentemente para estar con él.

Dos textos recibidos el mismo año nombran con mayor precisión todavía lo que sucedió en Dios en aquel instante: un éxtasis. Dios, dice Jesús, se encontró, en el acto mismo de crear al hombre, «en una especie de éxtasis profundo»: su propio amor raptó a su Ser Divino, lo arrebató a Él mismo, antes de que su Fiat se pusiera en acto de obrar; y fue en este éxtasis donde fueron puestas fuera de Él todas las gracias, todos los dones y todas las bellezas con que debían ser dotadas las criaturas. Un segundo texto retoma esta misma palabra y ofrece casi una definición de ella: Dios quedó «raptado delante de su misma obra»; la belleza con que había revestido al hombre, la santidad con que lo había llenado y cada una de las cualidades dadas se convertían a su vez en un éxtasis de amor que lo raptaba a amar a su criatura. «Éxtasis —precisa Jesús— significa volcarse totalmente sobre quien se ama»; y este derramamiento, en la creación del hombre, nunca fue unilateral: «acontece un volcarse recíproco, el uno en el otro».

Este mismo texto añade dos rasgos que prolongan, cada uno a su manera, lo que I.2 ya ha establecido acerca del aliento. En primer lugar, este derramamiento nunca separó de Dios los dones otorgados: los puso «fuera de Nosotros, sí, pero inseparables de Nosotros», para que la criatura recibiera, juntamente con cada don, el alimento continuo necesario para hacerlo vivir; es el mismo aliento nunca interrumpido ya encontrado, aplicado aquí no solamente a la vida, sino a cada gracia particular. En segundo lugar, Jesús llega a decir que este amor hace que Dios, en cierto modo, tome «la pequeñez de la criatura, que es también nuestra y que de Nosotros salió»; no, evidentemente, en el sentido propio de la Encarnación, reservada únicamente al Verbo y que será tratada en la Tercera parte, sino como medida del compromiso que Dios asume libremente con aquello que ha creado.

Otro texto retoma esta misma escena bajo una luz aún más filial: recibido como hijo y no como siervo, el hombre «actuaba como dueño» en la casa de su Padre, porque «en el verdadero amor no hay tuyo y mío, sino todo es en común». Este dominio filial, y no un poder usurpado, es lo que la Caída transformará en servidumbre.

Sin embargo, esta condición de hijo y no de siervo no es más que una consecuencia: queda por comprender por qué Dios quiso, desde el origen, un amor que volviera a Él y no un simple homenaje. Un texto posterior ofrece la razón mediante un argumento de conveniencia: amar sin poder ser amado en correspondencia no habría tenido, dice Jesús, «ninguna razón, ni divina ni humana». Puesto que Dios había amado al hombre desde toda la eternidad, antes incluso de que existiera, convenía que el hombre pudiera corresponderle; pero, sacado de la nada y no poseyendo nada por sí mismo, la Sabiduría divina debía crear en su criatura esta capacidad misma de devolver el amor recibido.

El mismo diálogo nombra con precisión lo que cada criatura recibe, desde su nacimiento, de esta capacidad querida por Dios: una simple «partecita del amor infinito», un depósito real que puede permanecer cubierto «como el fuego bajo las cenizas» si la voluntad humana no deja que vuelva a encenderse. Lo que el aliento daba como vida (I.2), este intercambio lo da

también como amor: una chispa verdadera, capaz de crecer hasta convertirse, en quien la deja obrar, en un derramamiento tan real como aquel que la encendió.

La Segunda parte mostrará cómo esta respuesta llegó un día a faltar (II.1-II.2).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 22 de abril de 1927:

> «Hija mía, para quien vive en mi Voluntad no hay acto nuestro que no pueda estar presente, ni acto nuestro que hayamos puesto fuera de Nosotros que no pueda recibir, he aquí para ti mi aliento y nuestro desahogo de amor. Cómo fue grande nuestra complacencia en este primer acto de la creación del hombre; habíamos creado cielo y tierra, pero nada de nuevo sentimos en Nosotros, pero al crear al hombre fue muy diferente, era una voluntad que era creada, y voluntad libre, y en ella encerramos la nuestra, poniéndola como en un banco para recibir los intereses de nuestro amor, de la gloria, de nuestra adoración que a Nosotros convenía. ¡Oh! cómo rebosaba en Nosotros el amor, cómo se estremecía de alegría al verterse en esta libre voluntad para oírse decir, "te amo", y cuando el hombre lleno de nuestro amor hizo salir de su pecho la primera palabra, "te amo", grandísima fue nuestra complacencia, porque fue como si nos diera los intereses de todos los bienes que habíamos puesto en él. Esta voluntad libre, creada por Nosotros, era la depositaria del capital de una Voluntad Divina, y nos contentábamos con un modesto interés, sin pretender más el capital. Por eso fue grande el dolor de la caída del hombre, porque nos rechazó el capital para no darnos el modesto interés, y su banco quedó vacío.»

> *« Figlia mia, per chi vive nella mia Volontà non c'è atto nostro che non possa essere presente, né atto nostro che abbiamo messo fuori da Noi che non possa ricevere, ecco a te il mio alito ed il nostro sbocco d'amore. Come fu grande il nostro compiacimento in questo primo atto della creazione dell'uomo. Avevamo creato cielo e terra, ma nulla di nuovo sentimmo in Noi, ma nel creare l'uomo fu ben diverso, era una volontà che veniva creata e questa volontà era libera, in essa racchiudemmo la Nostra, mettendola come al banco per riscuotere l'interesse del nostro amore, della gloria, dell'adorazione nostra che a Noi conveniva. Oh! come rigurgitava in Noi l'amore, come fremeva di gioia nello sboccare in questa libera volontà per sentirsi dire ti amo e quando l'uomo, riempito del nostro, sprigionò dal suo petto la prima parola, "ti amo", grandissimo fu il nostro compiacimento perché fu come se ci desse l'interesse di tutti i beni che avevamo messo in lui. Questa volontà libera, creata da Noi, era la depositaria del capitale d'una Volontà Divina e ci contentavamo d'un tenue interesse, senza più pretendere il capitale. Perciò fu grande il dolore per la caduta dell'uomo, perché ci respinse il capitale per non darci il tenue interesse, il suo banco restò vuoto. »*

Jesús a Luisa, en la misma fecha:

> «En el principio de la creación del hombre no había distancia entre Yo y él, todo era familiaridad, no apenas me llamaba y Yo estaba con él, lo amaba como hijo y como por hijo Yo me sentía tan atraído hacia él, que no podía hacer menos que ir a entretenerme frecuentemente con él.»

> *« Nel principio della creazione dell'uomo non c'era distanza tra Me e lui, tutto era familiarità, non appena mi chiamava Io ero da lui, lo amavo da figlio e come a figlio Io mi sentivo tanto tirato verso di lui, che non potevo fare a meno di andare a trattenermi spesso spesso con lui. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 30 de enero de 1932:

> « … la criatura no posee una gran cantidad de amor divino, apenas tiene una partecita del amor infinito cuando fue creada, y si ésta no ha sido alimentada, está como el fuego

cuando está bajo las cenizas […] mi Querer Divino continúa mandando su aliento y agrega otro amor divino, el alma se siente vaciar, calentar, prueba los refrigerios amorosos, y desde dentro de la partícula del amor infinito que posee nos ama, y nos da como suyo nuestro amor divino. […] ahora, tú debes saber que nuestro Ser Supremo se encontró en el acto de crear a la criatura en una especie de éxtasis profundo, nuestro amor raptó a nuestro Ser Divino, nuestro amor nos raptó y nuestro Fiat se puso en acto de obrar con su virtud creadora, y fue en este éxtasis amoroso que fueron puestas fuera de Nosotros todas las gracias, los dones, las virtudes, las bellezas, las santidades y así de lo demás, con los que debían ser dotadas y enriquecidas todas las criaturas. […] Pero escucha hija buena otro exceso de nuestro ardiente amor: Al poner fuera de Nosotros las dotes, las gracias, los dones, no los separamos de Nosotros; fuera de Nosotros, sí, pero inseparables de Nosotros, a fin de que la criatura tomando nuestros dones, con nuestra inseparabilidad recibiera el alimento continuo para alimentar nuestros dones, nuestra santidad, nuestra belleza, nuestras gracias. […] Por lo tanto, dar un don a la criatura sirve para empeñarnos con ella, no solo de alimentarlo, sino le damos por prenda nuestro trabajo, nuestra inseparabilidad y nuestra misma Vida, porque si queremos nuestra semejanza debemos dar nuestra Vida, para poder producir nuestra semejanza en ella, y esto lo hacemos con mucho gusto, es más, nuestro amor nos repite nuestro éxtasis y nos hace dar todo, para hacernos tomar la pequeñez de la criatura, que es también nuestra, y que de Nosotros salió.»

« … la creatura non possiede una grande quantità d'amore divino, ha appena la particella dell'amore infinito di quando fu creata e se questa non è stata alimentata, sta come il fuoco sotto la cenere […] il mio Voler Divino continua a soffiare ed aggiunge altro amore divino, l'anima si sente svuotare, riscaldare, prova i refrigeri amorosi e da dentro la particella dell'amore infinito che possiede ci ama e ci dà, come suo, il nostro amore divino. […] tu devi sapere che il nostro Essere Supremo si trovò nell'atto di creare la creatura in una specie d'estasi profonda, il nostro amore rapì il nostro Essere Divino, il nostro amore ci rapì ed il nostro Fiat si mise in atto d'operare con la sua virtù creatrice e fu in questa estasi amorosa, che furono messi fuori di Noi, tutte le grazie, i doni, le virtù, le bellezze, le santità e così di seguito, con cui dovevano essere dotate ed arricchite tutte le creature. […] Ma senti, figlia buona, un altro eccesso del nostro ardente amore: nel mettere fuori di Noi le doti, le grazie, i doni, non le distaccammo da Noi; fuori di Noi, sì, ma inseparabili da Noi, affinché la creatura, prendendo i nostri doni, con la nostra inseparabilità ricevesse l'alimento continuo per alimentare i nostri doni, la nostra santità, la nostra bellezza, le nostre grazie. […] Quindi, dare un dono alla creatura serve ad impegnarci con lei, non solo alimentando, ma dando per pegno il nostro lavoro, la inseparabilità e la nostra stessa vita, perché se vogliamo la nostra somiglianza dobbiamo dare la nostra vita, per poter produrre la somiglianza nostra in essa e questo lo facciamo volentieri, anzi il nostro amore ci ripete la nostra estasi e ci fa dar tutto, per farci prendere la piccolezza della creatura, che è pur nostra e che da Noi uscì. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 9 de octubre de 1932:

«Hija mía, qué dulce recuerdo la creación del hombre, él fue creado en un éxtasis de nuestro amor; fue tanto nuestro amor, que quedamos raptados delante a nuestra misma obra que sacábamos a la luz; nos raptaba la belleza con que lo habíamos investido, nos raptaba la santidad con que lo habíamos llenado, nos raptaba la forma, la armonía con que lo habíamos formado, sus prerrogativas, cada una de sus cualidades era un éxtasis de amor que sentíamos y que nos raptaba a amarlo. […] Éxtasis significa volcarse totalmente sobre quien se ama, y quien viene en nuestra Voluntad, tiene la fuerza de hacernos sufrir nuestro éxtasis de amor a fin de que nos

volquemos en ella, y Nosotros ponemos con nuestra potencia a la criatura en éxtasis para Nosotros, a fin de que nada le quede, y toda se vuelque en nuestro Ser Supremo. Acontece un volcarse recíproco, el uno en el otro…»

« Figlia mia, che dolce ricordo la creazione dell'uomo! Lui fu creato in una nostra estasi d'amore; fu tanto il nostro amore, che restammo rapiti innanzi alla nostra stessa opera che mettemmo alla luce; ci rapiva la beltà con cui lo avevamo investito, ci rapiva la santità con cui lo avevamo riempito, ci rapiva la forma, l'armonia con cui lo avevamo formato, le sue prerogative, ciascuna sua qualità era un'estasi d'amore che sentivamo e ci rapiva ad amarlo. […] Estasi significa riversamento totale verso chi si ama e chi viene nella nostra Volontà, ha forza di farci subire la nostra estasi d'amore affinché ci riversiamo in lei e Noi mettiamo con la nostra potenza la creatura in estasi per Noi, affinché nulla le resti e tutta si riversi nel nostro Essere Supremo. Succede un riversarsi a vicenda, l'uno nell'altro… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 28, 26 de febrero de 1930:

«Hija mía, qué dulce recuerdo es la creación del hombre. Él era feliz y Nosotros también, sentíamos el fruto de la felicidad de nuestra obra, sentíamos mucho gusto en amarlo y en ser amados. […] y como hijo lo teníamos en nuestra casa, en nuestros bienes interminables, y por consecuencia, como era hijo, actuaba como dueño. Habría sido contra la naturaleza de nuestro amor no hacer dueño a quien tanto amábamos y nos amaba; en el verdadero amor no hay tuyo y mío, sino todo es en común.»

« Figlia mia, che dolce ricordo è la creazione dell'uomo! Lui era felice e noi pure, sentivamo il frutto della felicità dell'opera nostra, sentivamo tal gusto nell'amarlo e nell'essere riamati. […] e come figlio lo tenevamo in casa nostra, nei nostri beni interminabili e per conseguenza, come figlio, faceva da padrone. Sarebbe stato contro la natura del nostro amore, non far fare da padrone a chi tanto amavamo e ci amava; nel vero amore non c'è il tuo e mio, ma tutto è in comune. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 9 de marzo de 1931:

«Hija mía, nuestro amor por la criatura fue 'ab eterno', dentro de Nosotros la amamos siempre, pero fuera de Nosotros fue externado nuestro primer amor en la Creación. […] Pero debes saber hija mía, que un amor llama al otro; habiéndose externado en la creación del universo y habiendo probado cómo es refrescante, cómo es dulce el desahogo del amor, y sólo con externarlo se desahoga, y se siente cómo es dulce amar, por eso nuestro amor habiéndose comenzado a externar no se dio más paz si no creaba a aquél, por causa del cual había dado principio a externar su amor. […] si no creábamos en él la Vida de amor para ser amados, no había ninguna razón, ni divina ni humana de externar tanto amor hacia el hombre. […] Queríamos al hombre, no siervo, sino hijo; no pobre, sino rico; no fuera de nuestros bienes, sino dentro de nuestra heredad.»

« Figlia mia, il nostro amore per la creatura fu ab aeterno dentro di noi, l'amammo sempre, ma fuori di noi il nostro primo amore fu esternato nella Creazione. […] Ma sai, figlia mia, un amore chiama l'altro; essendosi esternato nella Creazione dell'universo ed avendo provato com'è refrigerante, com'è dolce lo sfogo dell'amore e che solo coll'esternarlo ci si sfoga e si sente com'è dolce amare, il nostro amore dunque avendo incominciato ad esternarsi non si dette più pace finchè non creò colui, per causa del quale aveva dato principio ad esternare il suo amore. […] se non avessimo creato in lui la vita d'amore per essere riamati, non ci sarebbe stata nessuna ragione, né divina né umana di esternare tanto amore verso dell'uomo. […] Volevamo l'uomo non servo ma figlio, non povero ma ricco, non fuori dei nostri beni ma dentro la nostra eredità. »

Articulación católica. Podría sorprender que Dios, perfecto y sin necesidad alguna, quisiera un amor que le correspondiera, como si algo le faltase. Sin embargo, la Escritura invierte la cuestión: nunca es el hombre quien toma la iniciativa de amar. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó» (1 Jn 4,10), y «nosotros amamos porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). El Catecismo enseña en el mismo sentido que, entre todas las criaturas visibles, solo el hombre es «capaz de conocer y amar a su Creador» y que es «la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma»; «solo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado» (CIC 356). Recibir un amor que llama a una respuesta libre, y no un simple homenaje debido, constituye así, según la doctrina común de la Iglesia, la dignidad propia del hombre entre todas las criaturas: esto es lo que el *Libro de Cielo* relata, a su manera, mediante la imagen del capital y del interés, la primera palabra de Adán y este éxtasis que se atreve a atribuir al propio Dios.

Fórmula para recordar. Dios no esperaba ni tributo ni obra, sino un «te amo»; pronunciada libremente, esta primera palabra valía para Él más que todos los bienes dados.

Pregunta 4 — ¿Qué significa haber sido creado a imagen y semejanza de Dios?

Respuesta breve. El hombre es imagen de Dios porque es una persona, dotada de inteligencia, de voluntad y de amor. Pero la semejanza no es una propiedad adquirida de una vez para siempre: se realiza y se despliega en la Divina Voluntad. Haciéndola suya, la criatura llega a obrar a lo divino y, mediante la repetición de estos actos divinos, llega a convertirse en imagen perfecta de su Creador.

Desarrollo. El primer capítulo del Génesis plantea una pregunta temible: ¿cómo puede una criatura sacada de la nada, limitada y frágil, parecerse al Infinito? Ninguna cualidad creada, por elevada que sea, basta para salvar esta distancia. El *Libro de Cielo* da la respuesta de Dios mismo: no es ante todo por sus facultades como el hombre se asemeja a Dios, sino por lo que hace de ellas cuando la Divina Voluntad circula en ellas. La semejanza no es una estatua acabada: es una vida que se forma.

Jesús emplea una imagen sencilla: el niño que, repitiendo los actos que ve en su maestro, termina por parecerse al maestro (vol. 11, 24 de agosto de 1915). El hombre en la Divina Voluntad es ese niño: cada acto hecho en el Querer divino es un rasgo más que se dibuja, hasta que el retrato llega a ser fiel. Por eso Dios tiene tanto interés en que la criatura haga suya su Voluntad: no se trata de una exigencia exterior, sino de la condición misma para que la criatura cumpla «la verdadera finalidad para la cual ha sido creada».

Este punto protege de un doble malentendido. Por una parte, la imagen de Dios no queda destruida por la debilidad humana: es dada con el ser mismo de la persona. Por otra, la semejanza nunca es una conquista del hombre solo: es participación, obra de la Divina Voluntad actuando en los actos de la criatura que se deja hacer. El hombre no se convierte en Dios por naturaleza; se vuelve semejante a Dios porque Dios vive y obra en él.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 24 de agosto de 1915:

> «¿Cómo se pueden explicar aquellas palabras dichas por Mí al crear al hombre: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza?” ¿Pero cómo la criatura, tan inhábil podía asemejarme y ser mi imagen? Sólo en mi Voluntad podía llegar a esto, porque haciéndola suya viene a obrar a lo divino, y con la repetición de estos actos

divinos viene a asemejarse a Mí, a volverse mi perfecta imagen. […] Así que la única cosa que hace asemejarse a la criatura a Mí, es mi Voluntad…»

« Come si possono spiegare quelle parole dette da Me nel creare l'uomo: "Facciamo l'uomo a nostra immagine e somiglianza?" Come mai la creatura tanto inabile, poteva rassomigliarmi ed essere mia immagine? Solo nella mia Volontà poteva giungere a ciò, poiché facendola sua, viene ad operare alla divina e con la ripetizione di questi atti divini, viene ad assomigliarsi a Me, a rendersi mia perfetta immagine. […] Sicché la sola cosa che fa rassomigliare la creatura a Me, è la mia Volontà… »

Articulación católica. «Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó» (Gn 1,27). El Catecismo enseña que el hombre, único entre las criaturas visibles, es «capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente» (CIC 357), y que esta dignidad de imagen funda su vocación a participar en la vida divina (CIC 356-361). La tradición patrística distinguía ya la imagen, dada con la naturaleza, y la semejanza, llamada a crecer mediante la gracia; san Pablo describe este devenir: «nos vamos transformando en esa misma imagen, de gloria en gloria» (2 Co 3,18), y su exhortación coincide incluso con la imagen del niño empleada por Jesús: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos» (Ef 5,1). La palabra recibida por Luisa se sitúa exactamente en esta línea y la precisa: el lugar donde crece la semejanza es la Voluntad de Dios hecha propia. Y puesto que el misterio del hombre no se esclarece plenamente sino en el Verbo encarnado (CIC 359), es en Cristo —cuya voluntad humana fue perfectamente una con la Voluntad divina— donde este camino de semejanza encuentra su modelo acabado.

Fórmula para recordar. La imagen de Dios es dada con la vida; la semejanza se forma acto tras acto, en la Voluntad de Dios hecha propia.

Pregunta 5 — ¿Qué significan los «tres soles» que Dios formó en el alma de Adán?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que Dios, al crear a Adán, infundió en su alma «tres soles» formados respectivamente por la potencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo: son las tres potencias del alma —la inteligencia, la memoria y la voluntad—, realmente distintas entre sí, pero unidas en la única vida y en la unidad de acción del alma, a imagen de la misma Trinidad.

Desarrollo. I.4 ha establecido que Adán fue creado a imagen y semejanza de Dios; ahora es preciso explicar cómo se inscribió concretamente esta imagen en su alma. Jesús explica a Luisa que el soplo creador no se limitó a infundir la vida: formó en las profundidades del alma de Adán tres «soles» que permanecían en comunicación continua con las tres Personas divinas, abriendo al hombre «el camino para subir hasta Nosotros», y a Dios «el camino para descender en él».

Estos tres soles son nombrados explícitamente: la inteligencia, la memoria y la voluntad —las tres potencias clásicas del alma humana, que la teología reconoce desde san Agustín como el vestigio más íntimo de la Trinidad en el hombre. El texto insiste en su unidad dentro de la distinción: «mientras son distintas entre ellas, se dan la mano y llegan a formar una sola, símbolo de nuestra Trinidad adorable, que mientras somos distintos en las Personas formamos una sola potencia, un solo intelecto y una única Voluntad». Un segundo texto, recibido el mismo mes, añade una imagen complementaria: estas tres potencias son como las «capitales» de tres reinos en el alma, de los que todo lo demás —palabras, ojos, obras, pasos— forma las ciudades y los territorios; si la Divina Voluntad llega a reinar sobre las tres capitales, todo el reino del alma queda conquistado.

Este texto nunca dice que el alma humana sea ella misma de naturaleza trinitaria, ni que estas tres potencias constituyan una participación directa en la vida íntima de Dios: se trata de una imagen, de un «símbolo», como precisa el propio texto —la estructura ternaria del alma refleja, sin igualarla jamás, a la Trinidad que la formó.

El mismo texto no se detiene en este origen: dice también en qué se han convertido estos tres soles y qué volverán a ser. Formados para «dirigir, animar y dar vida a todos los actos humanos», permanecen hoy en el alma —nada, dice Jesús, está roto ni interrumpido entre Dios y el hombre—, pero la voluntad humana ha formado en ellos «densas nubes» que debilitan su efecto sin interrumpirlo: como una tierra privada de la plena luz del sol, el alma que no se deja dirigir por estos tres soles produce frutos insípidos, viciados y sin belleza. La promesa que cierra el texto anuncia ya cuanto la Duodécima parte desarrollará en el plano moral: cuando la Divina Voluntad venga a reinar, «la primera cosa que abatirá será el querer humano», disipando estas nubes para que el hombre se deje finalmente dirigir por los tres soles que lleva en el fondo de su alma (XII.1).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 7 de junio de 1928:

> «Hija mía, cuántos prodigios nuestros concurrieron al crear al hombre, con nuestro aliento le fue infundida el alma, en la cual nuestra Paterna Bondad le infundía tres soles con los cuales formaba en ella el perenne y brillante día, no sujeto a ninguna noche. Estos tres soles venían formados por la potencia del Padre, por la sabiduría del Hijo, por el amor del Espíritu Santo. Estos tres soles mientras venían formados en el alma, quedaban en comunicación con las Tres Divinas Personas, de modo que el hombre tenía el camino para subir hasta Nosotros, y Nosotros teníamos el camino para descender en él. Estos tres soles son las tres potencias: Inteligencia, memoria y voluntad, que mientras son distintas entre ellas, se dan la mano y llegan a formar una sola, símbolo de nuestra Trinidad adorable, que mientras somos distintos en las Personas formamos una sola potencia, un solo intelecto y una única Voluntad. […] Mira, un sol para toda la tierra, pero para el alma humana nuestro amor no estuvo contento con uno solo, y como nos encontrábamos en el arrebato de nuestro amor, de dar y de volver a dar, formamos tres soles, por los cuales debían ser dirigidos, animados y recibir la vida todos los actos humanos. ¡Qué orden, qué armonía pusimos en nuestro amado y querido hijo! Ahora hija mía, estos tres soles existen en el hombre, pero se encuentran en las mismas condiciones como cuando el sol que resplandece en el cielo se encuentra circundado por densas nubes y no puede llenar la tierra con la viveza de su luz, y si bien las comunicaciones no están ni interrumpidas ni rotas en virtud de las nubes, sin embargo los efectos la tierra los recibe con dificultad y no goza todo el bien que le podría hacer el sol, así que como no recibe toda la vida del sol, está como enferma, sus frutos son insípidos y no maduros, muchas plantas sin frutos, por lo tanto la tierra está melancólica, sin fiesta, porque las nubes han impedido que reciba toda la plenitud de la luz del sol para coronarse de gloria y de honor. Así se encuentra el hombre, todas las cosas están en su lugar, entre Nosotros y él nada se ha roto ni interrumpido, pero el querer humano ha formado densas nubes, y por eso se ve el hombre sin la gloria, el orden y la armonía de su creación, y por lo tanto sus obras están sin frutos, viciadas y sin belleza, sus pasos son vacilantes, se puede decir que es el pobre enfermo porque no se hace dirigir por los tres soles que posee en su alma. Entonces viniendo a reinar mi Voluntad, la primera cosa que abatirá será el querer humano, y soplando pondrá en fuga las nubes, y el hombre se hará dirigir por los tres soles que tiene en el fondo del alma, que poseen nuestra comunicación, y pronto subirá a nuestro origen y todo será fiesta y gloria para Nosotros y para él.»
>
> *« Figlia mia, quanti nostri prodigi concorsero nel creare l'uomo, col nostro alito gli fu*

infusa l'anima, nella quale la nostra Paterna bontà infuse tre soli e formò in essa il perenne e fulgido giorno, non soggetto ad alcuna notte. Questi tre soli furono formati dalla Potenza del Padre, dalla Sapienza del Figlio, dall'Amore dello Spirito Santo. Questi tre soli, mentre venivano formati nell'anima, restarono in comunicazione con le tre Divine persone, in modo che l'uomo aveva la via per salire a noi e noi avevamo la via per scendere in lui. Questi tre soli sono le tre potenze: intelletto, memoria e volontà, che mentre son distinte tra loro, si danno la mano e giungono a formare anche una sola. Simbolo della nostra Trinità adorabile, che mentre siamo distinte nelle persone formiamo una sola potenza, un intelletto solo ed un'unica Volontà. […] Guarda un solo Sole per tutta la terra, ma per l'anima umana il nostro amore non fu contento di uno e siccome ci trovavamo nella foga del nostro amore di dare e di ridare formammo tre Soli, dai quali dovevano essere diretti, animati e ricevere la vita tutti gli atti umani; che ordine, che armonia mettemmo nel nostro amato e caro figlio! Ora figlia mia, questi tre Soli esistono nell'uomo, ma si trovano nelle condizioni in cui si trova il Sole che splende nel Cielo, quando è circondato da dense nubi e non può riempire la terra con la vivezza della sua luce e sebbene le comunicazioni non siano né interrotte, né spezzate, in virtù delle nubi però la terra riceve gli effetti stentati e non gode tutto il bene che le potrebbe fare il Sole. Sicché siccome non riceve tutta la vita del Sole è come malata, i suoi frutti sono scipiti e non maturi, molte piante senza frutti, quindi la terra è malinconica, senza festa, perché le nubi hanno impedito che ricevesse tutta la pienezza della luce del Sole, per coronarsi di gloria e di onore. Così si trova l'uomo, tutte le cose stanno a posto, tra noi e lui niente è spezzato, né interrotto, ma l'umano volere ha formato dense nubi e perciò si vede l'uomo senza la gloria, l'ordine e l'armonia della sua Creazione e quindi le sue opere sono senza frutti, guaste e senza bellezza, i suoi passi sono vacillanti, si può dire che è il povero malato perché non si fa dirigere dai tre Soli che possiede nell'anima sua. Onde venendo a regnare la mia Volontà, la prima cosa che abbatterà sarà l'umano volere e, soffiando, metterà in fuga le nubi e l'uomo si farà dirigere dai tre Soli che ha nel fondo dell'anima che posseggono la nostra comunicazione e subito salirà alla nostra origine e tutto sarà festa e gloria per noi e per lui. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 29 de junio de 1928, sobre las tres potencias como «capitales» del alma:

«Hija mía, la criatura tiene en su alma tres reinos, que son las tres potencias, éstas se pueden llamar las capitales de estos tres reinos, todo el resto de la criatura, palabras, ojos, obras, pasos, son ciudades, pueblos, ríos, mares y territorios que forman estos reinos […]. Ahora, en una guerra, si se vence la capital, la guerra termina, porque todas las otras ciudades quedan vencidas junto con la capital; así que si mi Voluntad llega a tomar las tres capitales de estos reinos, erigiéndose su trono en ellos, todas las otras ciudades serán vencidas y dominadas por el Fiat Supremo.»

« Figlia mia, la creatura ha nell'anima sua tre regni: sono le tre potenze, che si possono chiamare le capitali di questi tre regni, tutto il resto della creatura, parole, occhi, opere, passi, sono città, villaggi, fiumi, mari e territori che formano questi regni […]. Ora in una guerra se si vince la capitale, la guerra finisce, perché tutte le altre città restano vinte insieme con la capitale. Ora se la mia Volontà giungerà a prendere le tre capitali di questi regni, erigendo il suo trono in esse, tutte le altre città saranno vinte e dominate dal Fiat Supremo. »

Articulación católica. San Agustín ve en las tres potencias del alma —memoria, inteligencia y voluntad— un vestigio de la Trinidad en el hombre (*De Trinitate*, IX-X), enseñanza que el Catecismo retoma al recordar que el hombre, creado a imagen de Dios, lleva en sí «la capacidad de conocerse, de poseerse y de darse libremente» (CIC 357). Este

vestigio sigue siendo siempre una analogía, nunca una identidad: el alma no es Dios, pero lleva su marca más íntima en su propia estructura.

Fórmula para recordar. Tres soles —inteligencia, memoria y voluntad— iluminan una sola alma: distintos y unidos, llevan en ella la huella de la Trinidad que la creó.

Pregunta 6 — ¿Cuál era el lugar de Adán en la Creación?

Respuesta breve. Adán fue creado rey de toda la Creación. Su realeza no era una dominación exterior, sino la supremacía de un hijo colocado en la cima de las obras de su Padre: conocía todos sus dominios, tenía derecho a depositar en ellos sus actos y debía formar su corona.

Desarrollo. Toda la Creación fue hecha con orden y armonía, y este orden culmina en el hombre. Adán no es un habitante entre otros: es el rey a quien todo se entrega. El *Libro de Cielo* describe esta realeza con el realismo de un derecho de propiedad filial: así como el dueño de un terreno tiene derecho a pasear por él, plantar flores y árboles y hacer cuanto quiere, así Adán, con la potencia del Fiat Divino, obraba libremente en todas las cosas creadas (vol. 23, 10 de noviembre de 1927). Cada una de sus acciones era «un sol, uno más bello que el otro»; cada cosa creada debía recibir su acción y ser investida por su luz.

Esta realeza posee una profundidad que supera al propio Adán. Jesús revela que el primer modelo de la Creación fue el Ser Supremo, sobre el cual el hombre debía modelar todos sus actos; el segundo modelo fue Adán, sobre el cual debían modelarse todos sus descendientes, herederos no solamente de su ejemplo, sino de la posesión de sus propios actos. El lugar de Adán es, por tanto, el de un padre real: lo que hace en el Fiat, lo hace para todos y lo transmite a todos. Su grandeza nunca es solitaria: es capital, en sentido propio; él es la cabeza de una familia llamada enteramente a vivir en la Divina Voluntad.

Se comprende entonces lo que Dios esperaba de esta realeza: no proezas, sino una vida real en el Fiat, llenando la Creación con sus actos como con otros tantos soles, para la alegría recíproca del Padre y del hijo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 10 de noviembre de 1927:

> « … Adán fue creado por Nosotros rey de toda la Creación, y como rey tenía la supremacía sobre todas las cosas […]. Así que él debía formar la corona a toda la Creación, no habría sido verdadero rey si no hubiese conocido todos sus dominios y no hubiese tenido el derecho de poner sus actos en todas las cosas creadas por Nosotros.»
>
> *« … Adamo fu creato da noi re di tutta la Creazione e come re, aveva la supremazia su tutte le cose […]. Lui doveva formare la corona a tutta la Creazione, non sarebbe stato vero re se non avesse conosciuto tutti i suoi domini e non avesse avuto il diritto di mettere gli atti suoi in tutte le cose da noi create. »*

Articulación católica. «Lo hiciste poco menos que un dios, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies» (Sal 8,6-7). El Génesis confía al hombre la misión de dominar la tierra: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (Gn 1,28), y de guardar el jardín (Gn 2,15); el libro de la Sabiduría ora: «Por tu sabiduría formaste al hombre para que dominara las criaturas que tú hiciste» (Sab 9,2). El Catecismo precisa que esta dominación no debía ser un poder arbitrario, sino la prolongación del señorío de Dios, ejercida en la santidad y la justicia del origen (CIC 373, 377). El *Libro de Cielo* da a esta doctrina su resorte interior: la realeza de Adán no era solamente un mandato recibido, sino el efecto directo de la Divina

Voluntad reinando en él —el hombre solo domina la Creación en la medida en que el Fiat domina en el hombre.

Fórmula para recordar. Adán fue creado rey de la Creación porque el Fiat reinaba en él: la realeza sobre las cosas nace de la realeza de Dios en el alma.

Pregunta 7 — ¿Qué es la gracia de «bilocación» de Adán y cómo abrazaba su alma toda la Creación?

Respuesta breve. El *Libro de Cielo* revela que Adán, antes del pecado, poseía una gracia de «bilocación»: mediante la potencia del Fiat Divino, su alma se hacía presente en todas las cosas creadas, de modo que cada uno de sus actos de amor, de adoración y de palabra resonaba en el universo entero, haciendo de él, en verdad y no por simple metáfora, el rey de toda la Creación.

Desarrollo. La Pregunta anterior ha mostrado que Adán fue establecido rey de todas las cosas creadas; ahora es preciso explicar cómo se ejercía concretamente esta realeza. Jesús explica a Luisa que un rey digno de ese nombre debe conocer cada uno de sus dominios y tener el derecho de depositar en ellos sus propios actos: por eso Adán, mediante la potencia del Fiat Divino, «se bilocaba en todas las cosas creadas», de modo que su voz, su amor y su adoración resonaban en toda la Creación, y la misma Divinidad sentía en ella la presencia de su primer hijo.

Esta gracia no era un privilegio aislado, sino la consecuencia directa de la unión perfecta de la voluntad de Adán con la misma Divina Voluntad: puesto que la operación eterna de Dios abraza y unifica todas las cosas creadas, el alma que vive plenamente en ella recibe, por participación, esta misma capacidad de abrazar. Por eso el pecado de Adán fue descrito por Jesús, en un texto cercano, como una verdadera «guerra» contra el Fiat eterno: al sustraerse de la Divina Voluntad, Adán perdió no solamente su propio bien, sino también la fuerza y el «ejército» —imagen que Jesús aplica a toda la Creación puesta a su servicio— que hacían efectiva su realeza.

Este mismo Fiat que bilocaba a Adán en la Creación se encuentra, bajo una forma todavía más elevada, en la Redención: Jesús revela que su propia Humanidad victoriosa vuelve a poner a disposición de quien quiera vivir en el Fiat este mismo «ejército» de toda la Creación —anunciando ya lo que la Tercera parte desarrollará plenamente sobre su obra de restauración. La propia María, como mostrará la Cuarta parte, recibió una gracia semejante de bilocación, pero todavía más intensa, que se extendió desde su Concepción al alma de todos los vivientes y se manifestó con una fuerza particular durante la Pasión de su Hijo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 10 de noviembre de 1927:

> «Hija, con qué orden y armonía fue creado el hombre. Adán fue creado por Nosotros rey de toda la Creación, y como rey tenía la supremacía sobre todas las cosas, y si no hubiese rechazado nuestro Fiat, poseyendo la unidad de Él, en toda su vida habría llenado con sus actos todas las cosas creadas; como rey y señor tenía el derecho de que cada cosa creada debía recibir su acción, debía ser investida por su luz, porque cada acción suya era un sol, uno más bello que el otro […]. Así era Adán, con la potencia de nuestro Fiat Divino hacía lo que quería, se bilocaba en todas las cosas creadas, y si hablaba, si amaba, si adoraba y obraba, su voz resonaba en toda la Creación y era investida por el amor, por la adoración y obra de él, así que la Divinidad sentía el amor, la adoración, la obra de su primer hijo en todas sus obras.»

« Figlia, con che ordine ed armonia fu creato l'uomo; Adamo fu creato da noi re di tutta la Creazione e come re, aveva la supremazia su tutte le cose e se non avesse respinto il nostro Fiat, possedendo l'unità di Esso, in tutta la sua vita avrebbe riempito degli atti suoi tutte le cose create; come re e padrone aveva il diritto che ciascuna cosa creata subisse la sua azione, fosse investita dalla sua luce, perché ogni sua azione era un sole, uno più bello dell'altro […]. Tale era Adamo, con la potenza del nostro Fiat Divino faceva ciò che voleva, si bilocava in tutte le cose create, e se parlava, se amava, se adorava ed operava, la sua voce risuonava in tutta la Creazione ed era investita dell'amore, dell'adorazione ed opera di Lui. Quindi la Divinità sentiva l'amore, l'adorazione, l'opera del suo primo figlio in tutte le opere sue. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 10 de marzo de 1927, sobre la pérdida de esta realeza como una «guerra» contra el Fiat:

« … hija mía, tú debes saber que Adán antes de pecar hacía sus actos en el Fiat Divino […]. Adán en su primera época de la Creación poseía este Reino del Fiat Supremo, y como él era la cabeza de todo la generación humana, todas las criaturas recibían el derecho de esta posesión; y si bien Adán con sustraerse de nuestra Voluntad perdió la posesión de este Reino, porque con hacer su voluntad se puso como en estado de guerra con el eterno Fiat […]…»

« … tu devi sapere che Adamo prima di peccare faceva i suoi atti nel Fiat Divino […]. Adamo nella sua prima epoca della Creazione possedeva questo regno del Fiat Supremo e siccome lui era il capo di tutta l'umana generazione, tutte le creature ricevevano il diritto di questo possesso. Adamo col sottrarsi alla nostra Volontà perdette il possesso di questo regno, perché col fare la sua si mise come in stato di guerra coll'eterno Fiat […]… »

Articulación católica. El Catecismo enseña que Dios estableció al hombre como administrador de la Creación, llamado a «someterla» y a hacerla fructificar en nombre de Dios (CIC 373, 2402; cf. Gn 1,28) —administración que, según este texto, se ejercía antes de la Caída mediante una presencia activa del alma de Adán en toda la obra creada, y no mediante una simple delegación exterior. San Pablo enseña que «la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (Rom 8,19): gemido que supone, en negativo, la realeza perdida que este texto describe en toda su amplitud.

Fórmula para recordar. Adán no gobernaba la Creación desde lejos, como un rey ausente: su alma se hacía presente en ella en cada acto de amor, y toda la Creación llevaba su eco.

Pregunta 8 — ¿Cómo era la vida de Adán antes del pecado?

Respuesta breve. La vida de Adán al comienzo fue una época de felicidad recíproca entre Dios y su criatura: su voluntad era la de Dios, y la de Dios era la suya. Dotado de todos los bienes, tomaba libremente de su Creador santidad, sabiduría, potencia y felicidad: era su prototipo, su retrato, su hijo feliz.

Desarrollo. El *Libro de Cielo* no describe el estado de Adán mediante especulaciones, sino con la sobriedad de un testimonio: «Adán, en el principio de su existencia, tuvo una época en que cumplía a maravilla la finalidad para la cual fue creado; probó qué significa vivir del Querer de su Creador» (vol. 15, 25 de abril de 1923). Tres rasgos sobresalen de este texto.

En primer lugar, la unidad de las voluntades: «su voluntad era la nuestra, y la nuestra la suya». No se trata de una obediencia aplicada, sino de una vida común: todo era armonía entre el hombre y Dios, sin distancia, sin esfuerzo y sin sospecha. Después, la liberalidad

divina: Adán «tomaba de Nosotros lo que quería». Los bienes de Dios no eran medidos ni merecidos; constituían la herencia abierta de un hijo en la casa de su Padre. Finalmente —y este es quizá el rasgo más conmovedor—, la alegría del propio Dios: «éramos felices mutuamente al ver reproducir en nuestra imagen nuestros mismos actos». La vida de Adán antes del pecado no era solamente la felicidad del hombre: era también la felicidad de Dios.

Esta época, por breve que haya sido, importa para toda la obra: demuestra que la vida en la Divina Voluntad no es una utopía ni una abstracción, sino un estado realmente vivido sobre la tierra, al comienzo, por el primer hombre. Lo que Dios dio una vez, su designio es volver a darlo —y, como mostrará la Pregunta siguiente, lo que entonces fue realizado nunca debía perderse.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 25 de abril de 1923:

> « … lo dotamos de todos los bienes y su voluntad era la nuestra, y la nuestra la suya, todo era armonía entre él y Nosotros, lo que quería tomaba de Nosotros: Santidad, sabiduría, potencia, felicidad, etc., era nuestro prototipo, nuestro retrato, nuestro hijo feliz, así que Adán en el principio de su existencia tuvo una época en que cumplía a maravilla la finalidad para la cual fue creado, probó qué significa vivir del Querer de su Creador, éramos felices mutuamente al ver reproducir en nuestra imagen nuestros mismos actos.»
>
> *« … lo dotammo di tutti i beni e la sua volontà era la nostra e la nostra era la sua, tutto era armonia tra lui e Noi, prendeva da Noi ciò che voleva: Santità, sapienza, potenza, felicità, eccetera, era il nostro prototipo, il nostro ritratto, il nostro figlio felice, sicché Adamo nel principio della sua esistenza ebbe un'epoca che compiva a meraviglia lo scopo per cui fu creato, provò che significa vivere del Volere del suo Creatore, eravamo felici a vicenda nel veder riprodurre nella nostra immagine i nostri stessi atti. »*

Articulación católica. «Dios hizo recto al hombre» (Ecl 7,29): la Escritura conserva la memoria de esta rectitud primera, y el Génesis la representa mediante la familiaridad del jardín donde Dios se acerca al hombre (Gn 2,8; 3,8). La Iglesia enseña que nuestros primeros padres fueron «constituidos en un estado de santidad y de justicia original» (CIC 375), participación en la vida divina, y que de esta gracia procedía toda la armonía del estado primero: el hombre no debía sufrir ni morir, estaba interiormente unificado y vivía en amistad con Dios (CIC 374-379). La teología clásica habla aquí de dones preternaturales. El *Libro de Cielo* no contradice esta doctrina: nombra su fuente. Lo que el Catecismo describe como los efectos de la justicia original, Jesús lo muestra brotando de una raíz única —la Divina Voluntad viviendo en Adán y haciendo de él su hijo feliz. Conviene distinguir los dos registros, el de la doctrina y el de la revelación privada, contemplando al mismo tiempo su convergencia: uno describe el estado; la otra revela su corazón.

Fórmula para recordar. Antes del pecado, la voluntad de Adán era la de Dios, y la de Dios era la suya: la felicidad del origen fue esta felicidad recíproca.

Pregunta 9 — ¿Qué sucedió en el Cielo con los actos que Adán realizó en la Divina Voluntad antes de su caída?

Respuesta breve. Nunca fueron borrados. Un acto hecho en la Divina Voluntad es, dice Jesús a Luisa, tan intangible como la Voluntad misma: ni la fragilidad de quien lo realizó, ni siquiera su caída posterior, pueden deshacerlo. Por eso Adán posee en el Cielo una gloria única entre los santos, solo inferior a la de la Virgen María —y esos mismos actos,

permanecidos intactos, pasaron como herencia a toda su descendencia, como prenda y derecho al Reino, reverso exacto de la herencia del pecado original.

Desarrollo. Esta cuestión podría sorprender: ¿cómo puede el primer pecador gozar de una gloria insuperada? El *Libro de Cielo* responde sin ambigüedad. Adán tuvo, antes de su culpa, un verdadero período de vida enteramente vivido en la unidad del Fiat (véase I.8); y ese período, precisamente porque fue vivido *en* la Divina Voluntad y no en la sola voluntad humana, escapa por completo a lo que vino después. Jesús lo dice sin rodeos: lo que se hace en la Divina Voluntad «queda intangible, ninguno lo puede tocar, porque entra en el orden Divino e infinito» —y «si bien resbaló y cayó, sus actos hechos hasta entonces quedaron íntegros y bellos, tal y como los había hecho» (vol. 24, 10 de septiembre de 1928).

Hay aquí un principio que supera el solo caso de Adán y que vale para todo el resto de la obra: un acto verdaderamente hecho en el Fiat ya no es, propiamente hablando, propiedad frágil de la criatura que lo realizó —entra en el orden mismo de Dios, «eterno e infinito», y participa desde entonces de su inalterabilidad. Ni el pecado, ni el olvido, ni siquiera la muerte pueden alcanzarlo. Por eso Jesús puede añadir que Adán goza en el Cielo de una gloria y una belleza que ningún otro santo puede igualar: se convierte como en un espejo en el que todos los bienaventurados contemplan, todavía hoy, lo que fue la creación del hombre en su primera magnificencia.

Una precisión protege esta afirmación de todo exceso, y el propio texto la establece: Adán solo tuvo *un período* de vida en el Fiat, no una vida y una obra plenamente *cumplidas* como las de la Virgen María, única en poseer «vida y obras completas» en la Divina Voluntad (materia propia de la Parte IV). La gloria de Adán sigue siendo, pues, única e inigualada entre los santos, pero segunda después de la suya. Este matiz impide convertir a Adán en un absoluto: su gloria, real e insuperada entre los hombres, permanece superada por la de la única criatura que jamás interrumpió su unión con el Fiat.

Una última precisión distingue dos registros que no deben confundirse. Lo que este texto afirma es la intangibilidad de los actos que Adán realizó efectivamente antes de su caída —esos permanecen adquiridos para siempre. Pero la misión más amplia que le había sido confiada —colmar todo el vacío de su alma con sus obras santas (cf. I.11)— quedó, en cambio, inacabada: Adán solo dio los «primeros pasos». La propia Luisa toma conciencia de ello: quiere «suplir a aquella unidad que perdió [su] padre Adán» y a los actos que «todos sus descendientes no han hecho en su unidad» —a lo cual Jesús responde que Adán fue el verdadero «desertor» del reino de su Voluntad, perdiendo por ello todos sus derechos y la posesión de sus propios bienes, pero que esta Voluntad puede volver a ser conquistada por quien, retirándose del querer humano, entra en su reino «como nuevo conquistador de la unidad del Fiat Divino».

Lo que Adán perdió así por su deserción, precisa un texto posterior (vol. 29, 30 de junio de 1931), fue su propia parte personal en ese reino —no el valor de lo que ya había hecho en el Fiat, que permanece, como acabamos de ver, intacto para siempre. Ahora bien, siendo Adán la raíz y el tronco de toda la familia humana, sus descendientes heredaron, como ramas, lo que poseía esa raíz: así como toda criatura hereda por naturaleza el germen del pecado original, así hereda también los primeros actos que él hizo en la Divina Voluntad, los cuales constituyen «el principio y el derecho del reino» ofrecido a todos —reverso exacto de la otra herencia. Este mismo texto introduce una distinción que el resto de la obra volverá a encontrar bajo otras formas, entre posesión por naturaleza y posesión por gracia: la Humanidad de María vino después de Adán «para ser la primera Heredera» de este reino y dar a sus hijos el derecho de poseerlo; la Humanidad de Jesús, finalmente, vino a sellarlo todo con el sello de sus propios actos, pues posee esta misma Divina Voluntad «por naturaleza», allí donde Adán y María solo la poseían «por gracia». Añade un último medio,

más humilde, de adquirir un derecho sobre este reino: la misma recitación del Padrenuestro, enseñado por Jesús en parte con esta intención.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 10 de septiembre de 1928:

> « … verdaderamente Adán posee en el Cielo una gloria que ningún otro, por cuan santo sea, le es dada, fuera de la Mamá Celestial, porque ningún otro posee un solo acto en la unidad de mi Voluntad Divina. […] lo que se hace en nuestra Divina Voluntad queda intangible, ninguno lo puede tocar, porque entran en el orden divino e infinito. Y si bien resbaló y cayó, pero sus actos hechos hasta entonces quedaron íntegros y bellos, tal y como los había hecho.»
>
> *« … veramente Adamo possiede nel Cielo una gloria, che a nessun altro, per quanto santo, vien data, all'infuori della Mamma Celeste, perché nessun altro possiede un atto solo nell'unità della mia Volontà Divina. […] ciò che si fa nella nostra Divina Volontà resta intangibile, nessuno lo può toccare, perché entra nell'ordine Divino ed infinito. E anche se scivolò e cadde, i suoi atti fino allora restarono integri e belli come li aveva fatti. »*

Luisa a Jesús, y después Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 2 de febrero de 1928:

> «Jesús mío, hago mía la unidad de tu Querer para suplir a aquella unidad que perdió mi padre Adán cuando se sustrajo de Él, y para suplir a todos aquellos actos que no han hecho en la unidad de Él todos sus descendientes.» […] «Hija mía, cuando Adán pecó sucedió la retirada de la unidad de mi Voluntad por ambas partes: El hombre se retiró de Ella y Ella se retiró de él, y con retirarse la mía, el hombre perdió mi unidad, todos sus méritos y los derechos que Dios le había dado al crearlo, porque él fue el verdadero desertor del reino de mi Voluntad, y el desertor pierde todos los derechos y la posesión de sus mismos bienes. Ahora, así como mi Voluntad se retiró del hombre porque fue él el que se retiró primero, así puede de nuevo darse a quien, retirándose del querer humano, entra en su reino como nuevo conquistador de la unidad de mi Fiat Divino.»
>
> *« Mio Gesù, faccio mia l'unità del tuo Volere per supplire a quell'unità che perdette il mio Padre Adamo, quando si sottrasse ad Esso e per supplire a tutti quegli atti che, tutti i suoi discendenti non hanno fatto nell'unità di Esso. […] Figlia mia, quando Adamo peccò, ci fu la ritirata dell'unità della mia Volontà da ambo le parti, l'uomo si ritirò da Essa ed Essa si ritirò da lui, e col ritirarsi la mia, l'uomo perdette la mia unità, tutti i suoi pregi ed i diritti che Dio gli aveva dato nel crearlo, perché lui fu il vero disertore dal regno della mia Volontà ed il disertore perde tutti i diritti ed il possesso dei suoi stessi beni. Ora come la mia Volontà si ritirò dall'uomo, perché fu lui a ritirarsi per primo, così può di nuovo darsi a chi, ritirandosi dall'umano volere, rientra nel suo regno come nuova conquistatrice di quell'unità del mio Fiat Divino. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 30 de junio de 1931:

> «Tú debes saber que la gracia más grande que hicimos al hombre en su creación, fue que podía entrar en nuestra Voluntad Divina para poder hacer sus actos humanos, y como el querer humano era pequeño y el Divino grande, por eso tenía virtud de absorber el pequeño en el grande, y de cambiar el humano en el Divino Querer. Por eso Adán, en el principio de su creación entró en el orden de nuestra Voluntad Divina, y en Ella hizo muchos de sus actos, y mientras con sustraerse de nuestro Querer él salió de dentro de Él, pero sus actos humanos hechos en nuestro Querer quedaron como prenda y derecho del hombre, y como principio y fundamento de un reino divino que él adquiría; en la Divina Voluntad, lo que se hace en Ella es imborrable, Dios

mismo no puede cancelar un solo acto de la criatura hecho en el Fiat Supremo. Ahora, siendo Adán el primer hombre creado, era como consecuencia, siendo él como la raíz, el tronco de todas las generaciones humanas, que ellas heredaran, casi como ramas, lo que poseyera la raíz y el tronco del árbol del hombre; y así como todas las criaturas, como por naturaleza heredaron el germen del pecado original, así heredaron los primeros actos suyos hechos en nuestro Querer, que constituyen el principio y el derecho del reino de nuestro Querer Divino para las criaturas. Para confirmar esto vino la humanidad de la Virgen Inmaculada a obrar y a seguir los actos de Adán, para cumplir por completo el reino de la Divina Voluntad, para ser la primera heredera de un reino tan santo y para dar los derechos a sus queridos hijos de poseerlo; y para completar todo esto vino mi Humanidad que poseía en naturaleza mi Divina Voluntad, lo que Adán y la Soberana Reina poseían por gracia, para confirmar con el sello de sus actos este reino de la Divina Voluntad. Así que este reino existe en realidad, porque humanidades vivientes han formado sus actos en Ella, como materiales necesarios para formar este reino, para dar el derecho a las otras humanidades de poseerlo.»

« Tu devi sapere che la grazia più grande che facemmo all'uomo nella sua Creazione, fu che poteva entrare nella nostra Volontà Divina per poter emettere i suoi atti umani e siccome l'umana volontà era piccola e la Divina grande, quindi aveva virtù di assorbire il piccolo nel grande e di cambiare l'umano nel Divin Volere. Onde Adamo nel principio della sua creazione entrò nell'ordine della nostra Volontà Divina e fece molti dei suoi atti e, se col sottrarsi al nostro Volere uscì da Esso, i suoi atti umani operati nel nostro Volere restarono come pegno e diritto dell'uomo e come principio e fondamento d'un regno divino che lui acquistava; ciò che si fa nella Divina Volontà, è incancellabile, Dio stesso non può cancellare un atto solo fatto dalla creatura nel Fiat Supremo. Ora uscendo Adamo il primo uomo creato, era conseguenza, essendo lui la radice, il tronco di tutte le umane generazioni, che esse ereditassero, quasi come rami, ciò che possedeva la radice ed il tronco dell'albero dell'uomo e come tutte le creature come in natura ereditarono il germe del peccato originale, così ereditarono i primi atti suoi fatti nel nostro Volere, che costituiscono il principio ed il diritto del regno del nostro Voler Divino per le creature. A confermare ciò venne l'umanità della Vergine Immacolata ad operare ed a seguire gli atti di Adamo, per compiere tutto intero il regno della Divina Volontà, per essere la prima Ereditiera d'un regno sì santo e per dare ai suoi cari figli i diritti di farlo possedere; ed a completare tutto ciò, venne la mia Umanità, che possedeva in natura la mia Divina Volontà, ciò che Adamo e la Sovrana Regina possedevano per grazia, per confermare, col suggello dei suoi atti, questo regno della Divina Volontà. Sicché questo regno esiste in realtà, perché Umanità viventi hanno formato i loro atti in Essa, come materiali necessari per formare questo regno, per dare il diritto alle altre umanità di possederlo. »

Articulación católica. La Escritura atestigua esta misma permanencia de lo que procede de Dios: «Sé que cuanto hace Dios es permanente: nada se le puede añadir ni quitar» (Ecl 3,14), y san Pablo asegura que Dios jamás se retracta de sus dones: «los dones y la llamada de Dios son irrevocables» (Rom 11,29). La doctrina del mérito ofrece una analogía, a condición de formularla con precisión: las obras buenas realizadas en la caridad permanecen, en cuanto al mérito, en la aceptación divina; sin embargo, un pecado mortal posterior, al privar al alma de la gracia, impide su fruto mientras la caridad no sea restaurada por la penitencia. El Catecismo recuerda que «los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina» (CIC 2009). El *Libro de Cielo* lleva esta doctrina a su límite más radical para un acto hecho en la misma Divina Voluntad: ya no solamente un mérito conservado, sino un acto propiamente intangible porque ha entrado, de algún modo, en la misma eternidad de Dios. En cuanto a la herencia transmitida por Adán a toda su descendencia, la Escritura ofrece ya

su reverso exacto a propósito de la culpa, en los mismos términos de transmisión universal: «Así pues, como por el delito de uno solo resultó la condena para todos, así también por el acto justo de uno solo resultó la justificación y la vida para todos» (Rom 5,18) —versículo que el texto del 30 de junio de 1931 viene a precisar en detalle, hasta en su mecanismo.

San Ireneo de Lyon enseña que Cristo «recapitula» en sí toda la historia humana, retomando lo que Adán había dejado inacabado (*Contra las herejías*, III, 18, 1) —la doctrina de la recapitulación encuentra aquí un eco directo: aquello que el primer Adán dejó en suspenso, un alma configurada con Cristo puede, por gracia, contribuir a cumplirlo.

Fórmula para recordar. Un acto hecho en el Fiat permanece intacto para siempre: ni la caída, ni el pecado, ni el tiempo pueden deshacer lo que ha entrado en el orden eterno de Dios.

Pregunta 10 — ¿Qué significa poseer el Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Poseer el Reino de la Divina Voluntad es tener la Voluntad de Dios no como una ley exterior, sino como la propia vida, herencia y bien: permanecer voluntariamente en el acto primero de la propia creación, encontrar en él todos los bienes y ejercer en el Fiat un verdadero derecho de hijo sobre las obras de Dios.

Desarrollo. La palabra «poseer» puede sorprender: ¿cómo podría una criatura poseer la Voluntad del Infinito? Sin embargo, el *Libro de Cielo* la emplea sin rodeos, porque describe un don real y no una imagen. Adán, rey y señor, obraba en el Fiat como en su propio bien: «con la potencia de nuestro Fiat Divino hacía lo que quería, se bilocaba en todas las cosas creadas» (vol. 23, 10 de noviembre de 1927). Poseer el Reino es esto: la Divina Voluntad puesta a disposición del hijo, y el hijo viviendo en ella como en su propia casa.

Para comprender su naturaleza, Jesús ofrece un luminoso punto de comparación: los ángeles. Si permanecieron bellos y puros, fue porque «se han mantenido siempre firmes en el acto primero en el cual fueron creados» (vol. 17, 30 de octubre de 1924). Este acto único de la Divina Voluntad «contiene en sí todos los bienes posibles e imaginables», y toda su felicidad consiste en mantenerse voluntariamente en él: «todo encuentran en el círculo de mi Querer». Poseer el Reino no es, por tanto, acumular gracias: es no salir jamás del propio principio —permanecer en el acto mediante el cual Dios nos dio el ser y encontrar en él todas las cosas.

Se distingue así la posesión de sus efectos. Recibir gracias, luces y auxilios de la Divina Voluntad es vivir de sus efectos; poseer el Reino es tener la fuente misma. Esta distinción, capital, será retomada cuando el trabajo medite la pérdida y el retorno del Reino; baste aquí contemplar el don del origen en su luz positiva: una herencia, una morada, una vida.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 30 de octubre de 1924:

> «Hija mía, ¿quieres saber por qué son ángeles, por qué se han conservado bellos y puros como salieron de mis manos? Porque han permanecido siempre en aquel acto primero en el que fueron creados; por tanto, estando en aquel acto primero de su existencia, están en aquel acto único de mi Voluntad, que, al no conocer sucesión de actos, no cambia, ni crece ni decrece, y contiene en sí todos los bienes posibles e imaginables. Y los ángeles, conservándose en aquel acto único de mi Voluntad que los dio a la luz, se mantienen inmutables, bellos y puros; nada han perdido de su existencia primera, y toda su felicidad consiste en mantenerse voluntariamente en aquel acto único de mi Voluntad; todo lo encuentran en el círculo de mi Querer…»

« Figlia mia, vuoi tu sapere perché sono angeli, perché si sono conservati belli e puri come uscirono dalle mie mani? Perché sono sempre rimasti in quell'atto primo in cui furono creati; quindi, stando in quell'atto primo della loro esistenza, stanno in quell'atto solo della mia Volontà, che non conoscendo successione di atti, non si muta, né cresce, né decresce e contiene in sé tutti i beni possibili ed immaginabili e gli angeli, conservandosi in quell'atto solo della mia Volontà, che li mise alla luce, si mantengono immutabili, belli e puri, nulla hanno perduto della loro primaria esistenza e tutta la loro felicità è il mantenersi volontariamente in quell'atto solo della mia Volontà; tutto trovano nel circuito del mio Volere… »

Articulación católica. «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino» (Lc 12,32). El Reino no es ante todo una recompensa que conquistar, sino un don y una herencia: «Heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25,34) —preparado desde la creación del mundo, es decir, inscrito en el designio mismo de la Creación. El Padrenuestro nos enseña a pedirlo como un reinado que viene (CIC 2816-2821), y san Pablo se atreve a emplear el vocabulario de la posesión filial: «todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Co 3,22-23). La doctrina de la gracia ilumina la palabra «posesión»: la gracia santificante es realmente dada al alma, la habita y la hace «partícipe de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4; CIC 1996-1999) —posesión real, nunca apropiación por naturaleza, siempre don gratuito conservado en la libertad. El *Libro de Cielo* se mueve dentro de esta misma lógica del don: el Reino se posee como una herencia recibida, se conserva como una fidelidad, se pierde si la libertad se retira de él —y por eso el secreto está en mantenerse voluntariamente en el acto primero.

Fórmula para recordar. Poseer el Reino es permanecer voluntariamente en el acto primero de la propia creación y encontrar en él todos los bienes: no gracias recibidas una a una, sino la fuente misma.

Pregunta 11 — ¿Qué significa el «vacío» del alma que Adán debía llenar con sus actos?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que, así como Dios creó un «vacío visible» —el universo— para desplegar en él sus obras, creó también en el alma humana un «vacío invisible», todavía más vasto, destinado a convertirse en morada de Dios mismo: cuanto más realiza el alma actos en la Divina Voluntad, tanto más deja que este vacío se llene de la presencia divina, la única que puede colmarlo.

Desarrollo. I.10 ha mostrado qué significa poseer el Reino de la Divina Voluntad; ahora es preciso aclarar el mecanismo íntimo de esta posesión. Jesús explica a Luisa que el vacío del alma humana supera en grandeza al vacío mismo del universo creado: el primero debía servir de morada al alma del hombre, pero el segundo —el vacío del alma— debía servir de morada a Dios mismo. Por eso, precisa Jesús, no pronunció su Fiat sobre el hombre en siete días como sobre el universo, sino durante tantos días como dura la vida de cada hombre, y durante todo el tiempo en que el alma, dejando a un lado su propia voluntad, permite a la Divina Voluntad obrar libremente en ella.

Un texto próximo precisa esta misma doctrina mediante una imagen paralela: así como Dios dio al hombre un universo visible donde desplegar sus obras, le dio también un vacío invisible, todavía más bello, donde formar sus obras santas —su sol, su cielo, sus estrellas— , haciendo eco a su Creador. Pero cuando el hombre descendió de la Divina Voluntad para vivir de la propia, perdió este eco y el modelo necesario para continuar llenando el vacío: desde entonces, solo permanecen inscritos en él los primeros pasos de Adán inocente; todo

lo demás espera ser colmado por quien, todavía hoy, elija vivir en ese mismo Fiat.

Este vacío no es, por tanto, una nada ni una ausencia que el solo esfuerzo humano deba llenar: el texto lo dice explícitamente —«¿Pero sabes tú cuál es este vacío? Nuestra Voluntad». El vacío del alma no espera ser llenado por obras humanas, por generosas que sean, sino por la Divina Voluntad misma, a la que el alma deja todo el espacio.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 25, 21 de diciembre de 1928:

> «Hija mía, al crear al hombre di un universo visible donde debía moverse, ver las obras de su Creador hechas con tanto orden y armonía, hechas por amor suyo, y en este vacío hacer también sus obras. Y así como le di un vacío visible, así le di un vacío invisible, más bello aún para su alma, donde el hombre debía formar sus obras santas, su sol, su cielo, sus estrellas, y haciendo eco a su Creador debía llenar este vacío con todas sus obras. Pero en cuanto el hombre descendió de mi Divina Voluntad para vivir en la suya, perdió el eco de su Creador, y el modelo para poder copiar nuestras obras. Así que se puede decir que no hay otra cosa en este vacío que los primeros pasos del hombre, todo el resto está vacío, no obstante debe ser llenado […]. ¿Pero sabes tú cuál es este vacío? Nuestra Voluntad.»
>
> *« Figlia mia, nel creare l'uomo diedi un universo visibile dove poter spaziare, vedere le opere del suo Creatore fatte con tanto ordine ed armonia per amor suo ed in questo vuoto fare anche le opere sue e come gli diedi un vuoto visibile, così gli diedi un vuoto invisibile, più bello ancora per l'anima sua, dove l'uomo doveva formare le sue opere sante, il suo Sole, il suo Cielo, la sue stelle e, facendo eco al suo Creatore, doveva riempire questo vuoto di tutte le opere sue. Ma siccome l'uomo scese dalla mia Divina Volontà per vivere con la sua, perdette l'eco del suo Creatore ed il modello per poter copiare le nostre opere. Quindi si può dire che non ci sono altro in questo vuoto che i primi passi dell'uomo, tutto il resto è vuoto che però dev'essere riempito […]. Ma sai tu qual è questo vuoto? La nostra Volontà. »*

Articulación católica. San Agustín confiesa que el corazón humano permanece inquieto mientras no descansa en Dios (*Confesiones*, I, 1) —intuición que este texto del *Libro de Cielo* profundiza al presentar este «descanso» no como un simple deseo, sino como un espacio positivamente creado por Dios para su propia morada. El Catecismo enseña que el deseo de Dios está «inscrito en el corazón del hombre» y que Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí (CIC 27): este vacío del alma es, en el vocabulario propio de Luisa, su expresión más literal.

Fórmula para recordar. Dios no hizo solamente un mundo para el hombre: hizo, dentro del hombre, un vacío a su propia medida —que nada, fuera de Él mismo, podrá jamás colmar.

Pregunta 12 — ¿Por qué permanece la Creación en el Fiat?

Respuesta breve. La Creación permanece en el Fiat porque el Fiat es su vida, su orden y su firmeza. Procedentes de la Voluntad de Dios, las criaturas sin inteligencia no tienen voluntad propia que oponerle: permanecen en el acto que las creó, y por eso el cielo, el sol y el mar conservan, desde el origen, su orden, su armonía y su constancia.

Desarrollo. Hay un contraste que todos pueden observar: las obras del hombre envejecen, se desordenan y se derrumban; las obras de Dios permanecen. El sol sale cada mañana con la misma fidelidad, el mar guarda sus orillas, los cielos prosiguen su curso. El *Libro de Cielo* da la razón: «Yo soy orden, y por eso todas mis obras son ordenadas» (vol. 27, 20 de noviembre de 1929). La Creación está ordenada porque nunca ha salido del Fiat que la creó. Este Fiat no es una palabra pronunciada y después retirada: es una Voluntad que continúa

sosteniendo cuanto ha hecho, y las obras de Dios «llevan la impronta del Eterno» (vol. 13, 26 de noviembre de 1921).

Este mismo texto del volumen 27 revela un detalle lleno de significado: Dios, que es orden, no creó primero al hombre. ¿Dónde lo habría puesto? ¿Sin sol que lo iluminara, sin el pabellón del cielo que le sirviera de estancia, sin plantas que lo alimentaran? El Fiat creó y ordenó todo, «y después de que formó la más bella habitación, creó al hombre». La permanencia de la Creación en el Fiat no es, por tanto, una simple mecánica: es una fidelidad al servicio de un amor. Si todo permanece, es para que permanezca la casa del hijo.

Hay aquí, para el alma, una escuela silenciosa. La Creación permanece en el Fiat sin mérito, por naturaleza; el hombre, en cambio, está llamado a permanecer en él por amor y por elección. Lo que el sol hace sin saberlo —permanecer en el acto de su Creador—, el hijo está invitado a hacerlo sabiéndolo y queriéndolo: esta es toda su dignidad y todo su posible drama.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 27, 20 de noviembre de 1929:

> «Ahora hija de mi Querer, tú debes saber que Yo soy orden, y por eso todas mis obras son ordenadas; mira cómo la Creación es ordenada: La finalidad de la Creación era el hombre, no obstante no creé al hombre primero, si lo hubiera hecho no habría sido ordenado, ¿dónde poner a este hombre? ¿Dónde apoyarlo? Sin sol que lo iluminara, sin el pabellón del cielo que le hiciera de estancia, sin plantas que lo alimentaran, todo era desorden, y mi Fiat reordenó y creó todo, y después de que formó la más bella habitación, creó al hombre.»
>
> *« Ora figlia del mio Volere, tu devi sapere che Io sono ordine e perciò tutte le opere mie sono ordinate. Guarda come la Creazione è ordinata. Lo scopo della Creazione era l'uomo, eppure non creai l'uomo prima; se l'avessi fatto non sarei stato ordinato, dove mettere quest'uomo? Dove poggiarlo? Senza Sole che lo illuminasse, senza il padiglione del Cielo che gli facesse da stanza, senza piante che lo alimentassero, tutto era disordine ed il mio Fiat riordinò e creò tutto e dopo che formò la più bella abitazione, creò l'uomo. »*

Articulación católica. «Él lo dijo, y existió; él lo mandó, y todo fue creado» (Sal 33,9); «los estableció por siempre jamás y les dio una ley que nunca pasará» (Sal 148,6). La Carta a los Hebreos contempla al Hijo que «sostiene el universo con su palabra poderosa» (Heb 1,3): la Palabra creadora no se retira de su obra. La Iglesia enseña igualmente que Dios no se limita a crear: guarda y mantiene a sus criaturas en el ser a cada instante, las sostiene en su obrar y las conduce a su término (CIC 301). Cada criatura posee su bondad propia y obedece a sus leyes, y de este orden nace la belleza del universo (CIC 339, 341). El salmista lo canta: «Tu palabra, Señor, es eterna […] todo subsiste hasta hoy por orden tuya, pues todo está a tu servicio» (cf. Sal 119,89-91). El *Libro de Cielo* da a esta doctrina de la conservación su nombre propio: el Fiat —una Palabra que no deja de crear aquello que creó.

Fórmula para recordar. La Creación permanece en el Fiat por naturaleza; el hombre está llamado a permanecer en él por amor: lo que el sol hace sin saberlo, el hijo debe hacerlo queriéndolo.

Pregunta 13 — ¿Qué relación debía tener el hombre con la Creación?

Respuesta breve. La Creación fue dada al hombre como su morada y como su espejo. Debía mirarse en ella para copiar en sí mismo el orden, la armonía, la luz y la firmeza de las obras de su Creador —y la Creación, a su vez, debía reflejarse en él, reflejándose el uno en el otro.

Desarrollo. La relación del hombre con la Creación, en el designio originario, no es ni la explotación ni una contemplación distante. Jesús la describe mediante una imagen: el espejo. Antes de crear al hombre, Dios quiso crear toda la Creación «que debía servir como espejo del hombre» (vol. 23, 22 de diciembre de 1927). Mirándose en ella, el hombre debía copiar en sí mismo las obras de su Creador; y la copia debía ser tan fiel que se habrían visto en el hombre todos los reflejos de la Creación, y en la Creación todos los reflejos del hombre.

Esta pedagogía del espejo manifiesta, ante todo, la predilección de Dios: «Dios amó más al hombre que a toda la Creación, por eso quiso formarle primero el espejo de sus obras». Todo el universo es un regalo preparatorio, una lección ofrecida antes incluso de que existiera el discípulo. Manifiesta después la vocación del hombre: aprender de la Creación lo que Dios espera de él. El orden de los astros, la armonía de las estaciones, la luz del sol, la firmeza de los cielos —otros tantos rasgos que el hombre debía transcribir en sus propias obras, para que su vida fuera tan ordenada, armoniosa, luminosa y firme como el mundo que lo rodea.

La morada y el espejo se complementan: la Creación alberga al hombre y lo instruye. Habitar el mundo como hijo significa, por tanto, dos cosas a la vez: recibir en él con gratitud todo cuanto el Padre ha preparado y mirarse cada día en él para dejarse reordenar a su imagen. La Creación no es un simple entorno: es una escuela del Fiat, «la escalera para subir en el orden de la Divina Voluntad».

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 22 de diciembre de 1927:

> «Hija mía, antes de que fuera creado el hombre quise crear primero toda la Creación, que debía servir como espejo del hombre, en la cual espejeándose, debía servirle para copiar en sí mismo las obras de su Creador; debía ser tal y tanta la copia que debía hacer en sí de toda la Creación, que se debían ver en el hombre, como en un espejo, todos los reflejos de ella y en la Creación todos los reflejos de él, así que la una debía espejearse en el otro. Dios amó más al hombre que a toda la Creación, por eso quiso formarle primero el espejo de sus obras, donde mirándose debía copiar el orden, la armonía, la luz, la firmeza de las obras de Aquél que lo había creado.»
>
> *« Figlia mia, prima che fosse creato l'uomo, volli creare prima tutta la Creazione, che doveva servire come specchio dell'uomo, specchiandosi nella quale, doveva poter come copiare in se stesso le opere del suo Creatore, doveva essere tale e tanta la copia che doveva fare in sé di tutta la Creazione, che si dovevano vedere nell'uomo, come specchio, tutti i riflessi di essa e nella Creazione tutti i riflessi di Lui, sicché l'una doveva specchiarsi nell'altro. Iddio amò l'uomo più che tutta la Creazione, perciò volle prima formargli lo specchio delle opere sue, dove rimirandosi, avrebbe copiato l'ordine, l'armonia, la luce, la fermezza delle opere di Colui che lo aveva creato. »*

Articulación católica. Dios puso al hombre en el jardín «para que lo cultivara y lo guardara» (Gn 2,15): la Creación le es confiada, no entregada sin límites. El Catecismo enseña que el universo fue creado para el hombre, pero que el propio hombre fue creado para servir y amar a Dios y ofrecerle toda la Creación (CIC 358); subraya también la belleza del universo, cuyo orden y armonía reflejan la belleza infinita del Creador y deben inspirar el respeto del hombre (CIC 341). La imagen del espejo enlaza con la tradición más antigua del mundo como primer libro: «por la grandeza y hermosura de las criaturas se descubre por analogía a su creador» (Sab 13,5), y «lo invisible de Dios […] resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras» (cf. Rom 1,20). La revelación hecha a Luisa añade la reciprocidad: el hombre no se limita a leer el libro —está llamado a convertirse en su página más bella.

Fórmula para recordar. La Creación es la morada y el espejo del hombre: debía mirarse en ella para copiar en sí el orden, la armonía, la luz y la firmeza de su Creador.

Pregunta 14 — ¿Qué gloria debía dar el hombre a Dios en nombre de todos?

Respuesta breve. El hombre debía ser la voz de la Creación. Todas las criaturas glorifican a Dios por su ser, pero son mudas; el hombre, en cambio, debía hablar, amar, adorar y obrar en nombre de todas, de modo que su voz resonara en toda la Creación y que Dios recibiera, de su primer hijo, el amor y la adoración de todas sus obras.

Desarrollo. Hay en la Creación una espera: el sol calienta, pero no dice «te amo»; el mar murmura, pero no adora; el cielo proclama la gloria de Dios, pero sin palabras (cf. Sal 19,2-4). Toda esta alabanza silenciosa buscaba una voz, y esa voz debía ser el hombre. El *Libro de Cielo* lo describe en el estado del origen: cuando Adán hablaba, amaba, adoraba y obraba, «su voz resonaba en toda la Creación», que quedaba investida de su amor y de su adoración; y así «la Divinidad sentía el amor, la adoración, la obra de su primer hijo en todas sus obras» (vol. 23, 10 de noviembre de 1927).

Este es el sentido más profundo de la realeza de Adán: un sacerdocio. El rey de la Creación es también su sacerdote —aquel que toma en sus manos la alabanza muda de las cosas y la lleva, convertida en palabra y amor, hasta el trono de Dios. Cada uno de sus actos realizados en el Fiat se difundía en todas las cosas creadas y las hacía hablar; por él, el universo entero se convertía en un cántico consciente. Y Dios, por su parte, encontraba en una sola criatura la gloria de todas: este era el intercambio establecido por el designio originario.

Esta vocación nunca ha sido revocada. Ella ilumina por qué, en la vida en la Divina Voluntad, el alma está llamada a prestar su voz al sol, al viento, al mar y al pajarillo, para decir a Dios en nombre de todos: te amo, te adoro, que venga tu Reino. Lo que la obra desarrollará más adelante bajo el nombre de rondas en la Creación tiene aquí su raíz, en la primera mañana del mundo: el hombre, voz de todas las cosas ante su Creador.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 10 de noviembre de 1927:

> « … si hablaba, si amaba, si adoraba y obraba, su voz resonaba en toda la Creación y era investida por el amor, por la adoración y obra de él, así que la Divinidad sentía el amor, la adoración, la obra de su primer hijo en todas sus obras.»
>
> *« … se parlava, se amava, se adorava ed operava, la sua voce risuonava in tutta la Creazione ed era investita dell'amore, dell'adorazione ed opera di Lui. Quindi la Divinità sentiva l'amore, l'adorazione, l'opera del suo primo figlio in tutte le opere sue. »*

Articulación católica. «Los cielos proclaman la gloria de Dios» (Sal 19,2) —pero es el hombre quien pone este relato en palabras: el cántico de los tres jóvenes convoca una a una a todas las criaturas, sol y luna, lluvias y rocíos, para hacerlas bendecir al Señor por boca del hombre: «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor» (Dn 3,57). La Carta a los Hebreos nombra esta vocación: «Ofrezcamos a Dios un sacrificio de alabanza, fruto de unos labios que profesan su nombre» (cf. Heb 13,15). El Catecismo enseña que el hombre fue creado para servir y amar a Dios y para ofrecerle toda la Creación (CIC 358), y la tradición cristiana ha contemplado con frecuencia al hombre como sacerdote de la Creación, encargado de hacer de ella una ofrenda —ofrenda que la liturgia retoma cada día cuando la Iglesia bendice a Dios por el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo de los hombres. La revelación recibida por Luisa muestra este sacerdocio en acto en Adán: no una función añadida, sino el efecto natural de una vida vivida en el Fiat, donde cada acto del hijo se convierte en la voz de todas las obras del Padre.

Fórmula para recordar. El hombre fue creado para ser la voz de la Creación: por él, la alabanza muda de las cosas debía convertirse en amor y adoración ante Dios.

Pregunta 15 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad es la finalidad primera de la Creación?

Respuesta breve. Porque Dios lo dijo y nunca se ha retractado: la única finalidad para la cual fue creado el hombre es que la Divina Voluntad viva en él y reine sobre la tierra. Todo lo que Dios ha hecho desde la creación del mundo, y todo lo que hará, conserva este principio: que el hombre vuelva a la herencia del Reino del Fiat.

Desarrollo. Podría pensarse que la vida en la Divina Voluntad es una cumbre reservada, una perfección facultativa añadida al designio de Dios. El *Libro de Cielo* afirma lo contrario: es la finalidad primera, la que precede y gobierna todo lo demás. Y esta finalidad no es una idea fría en la eternidad: Jesús habla de ella con lo que Él mismo llama el ímpetu de su amor —el ardor de un Dios que quiere establecer el Reino de su Voluntad sobre la tierra «para realizar el único fin por el cual fue creado el hombre» (vol. 26, 16 de mayo de 1929).

La misma revelación descubre la constancia de este designio: «todo lo que ha sido hecho por las Divinas Personas, desde que fue creado el mundo y lo que haremos, nuestro principio será siempre aquél, no lo dejaremos jamás». Esta es la clave de lectura de toda la historia de la salvación y la estructura de este libro: la Creación lo establece, la Redención lo rescata, la Santificación lo llevará a cumplimiento. Los tres Fiat de Dios no son tres proyectos sucesivos, sino una sola finalidad perseguida con una fidelidad invencible.

Este mismo texto lo formula así: «creé al hombre para tener con quién hablar». La finalidad primera no es, por tanto, un decreto abstracto: es un deseo de comunión. Dios quiere una criatura que pueda escucharlo y responderle —y solo la Divina Voluntad viviendo en ella la hace capaz de este diálogo. Si la vida en el Fiat es la finalidad primera de la Creación, es porque la amistad con Dios es su primer sueño.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 16 de mayo de 1929:

> «Hija mía, si tú supieras qué ímpetu de amor siento porque quiero establecer el reino de mi Divina Voluntad sobre la tierra, para realizar el único fin por el cual fue creado el hombre; todo lo que ha sido hecho por las Divinas Personas, desde que fue creado el mundo y lo que haremos, nuestro principio será siempre aquél, no lo dejaremos jamás, que el hombre regrese a su herencia del reino de nuestro Fiat que nos rechazó.»
>
> *« Figlia mia, se tu sapessi la foga del mio amore che sento, perché voglio stabilire il regno della mia Divina Volontà sulla terra, per realizzare l'unico scopo per il quale fu creato l'uomo. Perciò in tutto ciò che è stato fatto dalle Divine Persone, dacché fu creato il mondo e in quello che faremo, il nostro principio sarà sempre quello, né lo abbandoneremo giammai, che l'uomo ritorni nell'eredità che ci respinse del regno del nostro Fiat. »*

Articulación católica. San Ireneo lo expresó en una fórmula que el Catecismo retoma: «La gloria de Dios es el hombre viviente» (CIC 294). Si la finalidad de la Creación es la gloria de Dios, y si esta gloria es un hombre plenamente vivo de la vida de Dios, entonces la finalidad primera de la Creación es verdaderamente una vida —la vida divina comunicada al hombre, aquello que el *Libro de Cielo* llama vivir en la Divina Voluntad. El deseo de comunión que habita esta finalidad atraviesa toda la Escritura: la Sabiduría «encontraba sus delicias con los hijos de los hombres» (Prov 8,31), y el designio eterno consiste en «recapitular en Cristo todas las cosas» (cf. Ef 1,9-10). Esta es la finalidad que Jesús colocó en el corazón de la

oración que nos dejó: «Hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo» (Mt 6,10) —petición que llama a la vez al retorno final de Cristo y al crecimiento del Reinado en el hoy de nuestras vidas (CIC 2818, 2822-2827). Cada Padrenuestro vuelve a pedir la finalidad de la Creación.

Fórmula para recordar. La única finalidad de la Creación nunca ha cambiado y nunca será abandonada: que la Divina Voluntad viva en el hombre, y el hombre en la Divina Voluntad.

Pregunta 16 — ¿Por qué Dios no puso en el hombre, al crearlo, un acto determinado, sino un acto siempre creciente?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que Dios no trató al hombre como al resto de la Creación, dotada de un acto determinado de una vez para siempre; vinculó a su libertad un acto siempre creciente, negándose a decirle jamás «basta». Un padre digno de este nombre nunca fija un término al alimento de su hijo: eso sería el dominio de un amo, no el amor de un padre. Por eso Dios puso incluso su propia Voluntad a disposición del hombre, para que pudiera sostener, a sus propias expensas, este crecimiento sin fin.

Desarrollo. Toda la Creación, como se ha visto, permanece en el Fiat por naturaleza (I.12): el sol, las estrellas, cada cosa creada recibió de Dios, desde el origen, un acto determinado, fijado de una vez para siempre en lo que debía ser y hacer. Solo el hombre escapa de esta fijeza. Un texto del *Libro de Cielo* lo resume en una frase, casi una definición: «como la Creación tiene un acto determinado, la criatura tiene un acto creciente».

Jesús da Él mismo la razón, mediante una imagen doméstica de gran sencillez: un padre que dijera a su hijo «hasta tal día te sentarás en mi mesa, y después basta» no sería un padre amoroso, sino un amo que domina. Que el propio hijo elija poner término a cuanto recibe puede suceder —la libertad del hombre permanece entera, y Dios «ata su acto creciente a su libre voluntad» en vez de imponérselo (véase XII.3, sobre el libre albedrío)—; pero que el Padre fije Él mismo un límite al alimento que da, eso, dice Jesús, nunca lo hará. Por eso, para que este acto creciente encuentre en el hombre «todas las ayudas posibles e imaginables», Dios llegó hasta poner su propia Voluntad Divina a su disposición, a fin de que pudiera mantener, a sus propias expensas, toda la sobreabundancia de los bienes de su Creador.

Este crecimiento sin fin encuentra en María su realización más elevada. Un texto recibido el día de la Inmaculada Concepción aplica explícitamente a Ella este mismo contraste: «La creación del universo […] es mantenida por Nosotros bajo el imperio de nuestro acto creante y conservante, sin que agregáramos nada; en cambio, en esta Virgen manteníamos el acto creante, conservante y creciente». Su crecimiento continuo, en cada acto y en cada oración, nunca conoció término: «con su acto creciente no dice jamás basta a su santidad». Lo que Ella recibió así desde el primer instante de su Concepción, sin que sombra alguna interrumpiera jamás su curso, todo hombre lo recibe también, en germen, en el momento de su propia creación: el mismo don, ofrecido con la misma largueza, a quien no sale jamás de la Divina Voluntad.

Este crecimiento sin fin tampoco se detiene con la muerte. Un texto posterior revela que la Vida divina formada así en el alma no conoce, ni siquiera entonces, término alguno: «otras bellezas la investirán, no cesarán jamás […]»; «nos ama siempre con nuevo amor, que siempre crece y no se detiene jamás»; «son Vidas nuestras, hija mía, nuestra Vida no muere, es eterna con Nosotros». Lo que Dios se niega a limitar durante la vida mortal tampoco lo limita más allá de ella.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 2 de julio de 1931:

«Ahora hija mía, no fue así al crear al hombre, en él no fue puesto un acto determinado, sino un acto siempre creciente, nuestro amor no quiso decir un basta al hombre, habría sido como obstaculizar nuestro amor, detener nuestro arrebato, no, no, nuestro basta no se pronunció en la creación del hombre, no puso un límite, sino un acto siempre creciente, a fin de que nuestro desahogo de amor no tuviera un término, sino que pudiera hacer ostentación de lujo, de gracia, de santidad, de belleza, de bondad y demás, por cuanto más le agradara; atábamos nuestro acto creciente a su libre voluntad, para que no tuviera ningún obstáculo para hacer cuanta más ostentación pudiera. Y para hacer que este nuestro acto creciente tuviera en el hombre todas las ayudas posibles e imaginables, le dábamos también nuestra Voluntad Divina a su disposición, para que pudiera mantener a sus expensas todo el lujo que quisiera, y la sobreabundancia de los bienes de su Creador. Nuestro amor no quiso decir basta al hombre, decirle, hijo nuestro, hasta aquí puedes llegar; no, no, habría sido como si un padre quisiera decir a su hijo: "Hasta tal día te sentarás en mi mesa, y después basta". Esto no sería amor de paternidad sino de autoridad; que el hijo pueda poner un término de recibir los alimentos de su padre, puede darse, pero que el padre le diga que estará en ayunas, no lo hará jamás. Así es nuestra bondad, jamás diremos basta a la criatura, nuestro acto creciente le servirá de alimento continuo para crecer siempre y conservarse, y si ingrata no se servirá de nuestro acto creciente, don grande dado por su Creador, tendremos el dolor de ver a nuestro querido hijo en ayunas, pobre, y nuestro acto obstaculizado y sin vida, y cambiará nuestro arrebato de amor en arrebato de dolor. Por eso si quieres que nuestro acto creciente tenga vida en ti, no salgas jamás de nuestra Divina Voluntad, la cual será celosa de hacerte crecer siempre, siempre.»

« Ora figlia mia, non fu così nel creare l'uomo; in lui non fu messo un atto determinato, ma un atto sempre crescente, il nostro amore non volle dire un basta all'uomo, sarebbe stato come inceppare il nostro amore, arrestare la nostra foga, no, no, il nostro basta non si pronunziò nella creazione dell'uomo, non mise un termine, ma un atto sempre crescente, affinché il nostro sfoggio d'amore non avesse un termine, ma potesse far sfarzo di lusso, di grazia, di santità, di bellezza, di bontà ed altro, per quanto gli piacesse; legammo il nostro atto crescente alla sua libera volontà, affinché non avesse alcun inceppo di fare quanto più lusso potesse. E per fare che questo nostro atto crescente avesse nell'uomo tutti gli aiuti possibili ed immaginabili, demmo anche la nostra Volontà Divina a sua disposizione, affinché potesse mantenere a sue spese tutto il lusso che voleva e la sovrabbondanza dei beni del suo Creatore. Il nostro amore non si fidò di dire basta all'uomo: figlio nostro, fin qui puoi giungere; no, no, sarebbe stato come se un padre volesse dire a suo figlio fino al tale giorno siederai alla mia mensa e poi basta, questo non sarebbe amore di paternità ma di padronanza; che il figlio possa mettere un termine nel ricevere gli alimenti del padre suo, può darsi, ma che il Padre gli dica che starà digiuno, non lo farà giammai. Tale è la nostra bontà, non diremo mai basta alla creatura, il nostro atto crescente le servirà di alimento continuo per crescere sempre e conservarsi e, se ingrata, non si servirà del nostro atto crescente, dono grande dato dal suo Creatore, avremo il dolore di vedere il nostro caro figlio digiuno, povero ed il nostro atto inceppato e senza vita e scambierà la nostra foga d'amore in foga di dolore. Onde se vuoi che il nostro atto crescente abbia vita in te, non uscire mai dalla nostra Divina Volontà, la quale sarà gelosa di farti crescere sempre, sempre. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 34, 8 de diciembre de 1935, fiesta de la Inmaculada Concepción:

«Hija mía bendita, tú debes saber que no hay belleza, ni valor, ni prodigios que puedan compararse a la Inmaculada Concepción de esta celestial criatura, mi Fiat

Omnipotente hizo de Ella una nueva creación […]. La creación del universo fue hecha por Nosotros en modo admirable, y es mantenido por Nosotros bajo el imperio de nuestro acto creante y conservante, sin que agregáramos nada, en cambio en esta Virgen, manteníamos el acto creante, conservante y creciente, esto es el prodigio de los prodigios, la Vida de nuestro Querer renacida en Ella y su crecer continuo en cada acto que hacía […]. Ella con su acto creciente de nuestro Querer nos raptaba […]. Este es el gran prodigio de quien posee nuestra Voluntad como vida, sentir en sí el participar en sus mismos derechos divinos, con esto siente que su amor no termina jamás, y tiene tanto que puede amar por todos y dar amor a todos; con su acto creciente no dice jamás basta a su santidad.»

« Figlia mia benedetta, tu devi sapere che non vi è bellezza, né valore, né prodigi che possano paragonarsi all'immacolato concepimento di questa Celeste Creatura, il mio Fiat onnipotente fece di Essa una nuova Creazione […]. La Creazione dell'universo fu creata da noi in modo mirabile ed è mantenuta da noi sotto l'impero del nostro atto creante e conservante, senza che aggiungiamo altro, invece in questa Vergine manteniamo l'atto creante, conservante e crescente, questo è il prodigio dei prodigi, la vita del nostro Volere rinata in Essa, il suo crescere continuo in ogni atto che faceva […]. Essa col suo atto crescente del nostro Volere ci rapiva […]. Questo è il gran prodigio di chi possiede la nostra Volontà come vita: sentirsi in sé partecipare agli stessi diritti divini, con questo sente che il suo amore non finisce mai e ne ha tanto che può amare per tutti e dare amore a tutti, col suo atto crescente non dice mai basta alla sua santità. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 12 de marzo de 1938:

«Hija mía, la vida de quien vive en nuestra Voluntad viene formada en nuestro Ser Divino; se concibe, nace y renace continuamente; así como nuestro Ser Divino está siempre en acto de generar, así ella está siempre en acto de renacer, y conforme renace, así renace a nuevo amor, a nueva santidad, a nueva belleza, y mientras renace crece y toma siempre de Nosotros […]. ¿Pero permanecerá tal vez ahí? ¡Ah, no, otras bellezas la investirán, no cesarán jamás, pero serán tantas, que nuestra mirada quedará extasiada, sin poderla apartar de ella […] nuestro amor no se queda atrás, sino que la hace renacer a cada instante en nuestro amor que es siempre nuevo, así que nos ama siempre con nuevo amor, que siempre crece y no se detiene jamás […]. Son Vidas nuestras hija mía, nuestra Vida no muere, es eterna con Nosotros…»

« Figlia mia, la vita di chi vive nella nostra Volontà, viene formata nel nostro Essere Divino; concepisce, nasce, rinasce continuamente. Come il nostro Essere Divino sta sempre in atto di generare, così essa sta sempre in atto di rinascere e come rinasce, così rinasce a nuovo amore, a nuova santità, a nuova bellezza e, mentre rinasce, cresce e prende sempre da Noi […]. Ma rimane forse là? Ah no, altre bellezze la investiranno, non cesseranno mai, ma saranno tante, da rapire il nostro sguardo, da non poterlo spostare […] il nostro Amore non resta dietro, la fa rinascere in ogni istante nel nostro Amore che è sempre nuovo, sicché ci ama sempre di nuovo amore che sempre cresce e non si arresta mai […]. Sono Vite nostre, figlia mia, la Vita nostra non muore, è eterna con Noi… »

Articulación católica. San Pablo se niega a creerse ya llegado: «No es que ya haya conseguido el premio o que ya sea perfecto; yo lo persigo […] olvidando lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante» (Flp 3,12-13): una carrera sin una meta fijada de antemano en esta vida. Pide igualmente por los Efesios que sean «colmados hasta recibir toda la plenitud de Dios» (Ef 3,19), plenitud que, por naturaleza, no conoce medida. La tradición espiritual católica enseña del mismo modo que la caridad, mientras dura esta

vida, nunca alcanza un techo que impida su crecimiento: siempre puede crecer más, hasta el último aliento. El que está sentado en el trono proclama, en la visión de san Juan, el principio más general de esta dinámica: «Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5), una novedad que no se detiene antes de la consumación de todas las cosas. Lo que el *Libro de Cielo* llama «acto creciente» se inscribe en este mismo movimiento: el Reinado de un Dios que nunca deja de hacer nuevas todas las cosas solo podía inscribir, en el corazón del hombre creado a su imagen, este mismo impulso sin fin.

Fórmula para recordar. Dios nunca fijó un techo a cuanto quiere dar al hombre: su «basta» nunca será pronunciado; queda por saber si el hombre, por su parte, querrá pronunciarlo en su lugar.

Pregunta 17 — ¿Creó Dios al hombre para una simple obediencia o para una vida filial en su Querer?

Respuesta breve. Para una vida filial. Dios no quiso un ejecutante que cumpliera órdenes, sino un hijo en el cual formar su propia Vida. A medida que el hombre hace la Voluntad de Dios, Dios completa su Vida en él, acto tras acto, hasta que el Creador vuelve a encontrar en su criatura su propio sol y la lleva, transformada con Él, a las delicias del Cielo.

Desarrollo. La obediencia es una gran virtud y sigue siendo necesaria para toda vida cristiana. Pero si se reduce el designio de Dios a la obediencia, se lo desfigura: un amo puede contentarse con órdenes ejecutadas; un padre quiere que su hijo viva de su vida. El *Libro de Cielo* revela que «toda la Voluntad de Dios al crear al hombre fue que en todo hiciera su Voluntad», no por el placer de ser obedecido, sino «para poder desarrollar en él su Vida» (vol. 12, 3 de abril de 1920). Cada acto hecho en la Voluntad de Dios es un bocado de vida divina; los actos repetidos la alimentan y la hacen crecer, hasta que la Vida de Dios queda completa en el alma.

La imagen dada por Jesús es la de dos soles: cuando el sol de la Vida divina se ha formado en el alma, Dios viene a ella, la encuentra semejante a Él y los dos soles se transforman «como dos soles en uno». Esto es lo que la simple obediencia nunca dirá: el fin no es la conformidad exterior de los actos, sino la transformación de la criatura en imagen viva de su Creador —por gracia y por participación, nunca por naturaleza; la criatura permanece criatura y Dios permanece Dios, pero dentro de una unión tan real que Dios reconoce en ella su propia Vida.

Esta vida filial no tiene nada de pasivo. Se forma precisamente mediante actos: repetidos, libres y continuos. La Divina Voluntad no reemplaza la voluntad del hombre: la anima, y el hombre coopera con todo su querer. El hijo no es menos activo que el siervo; lo es infinitamente más, porque actúa desde el interior de la vida de su Padre. Así termina la Primera parte de esta obra donde comenzó: Dios creó al hombre para darse a él, y el don de Dios es su misma Vida, formada en un hijo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 3 de abril de 1920:

> «Hija mía, toda mi Voluntad al crear al hombre fue que en todo hiciera mi Voluntad, y conforme iba poco a poco haciendo esta mi Voluntad, así venía a completar mi Vida en él, de modo que después de repetidos actos hechos en mi Voluntad, formando mi Vida en él, Yo venía a él, y encontrándolo semejante a Mí, el sol de mi Vida, encontrando al sol de mi Vida que se había formado en el alma, lo habría absorbido en Mí, y transformándose juntos, como dos soles en uno, lo llevara a las delicias del Cielo.»

« Figlia mia, tutta la mia Volontà nel creare l'uomo, fu che in tutto facesse la mia Volontà e come andava di mano in mano facendo questa mia Volontà, così venivo a completare la Vita mia in lui, in modo che, dopo ripetuti atti fatti nella mia Volontà, formando la mia Vita in lui, Io venivo da lui e, trovandolo simile a Me, trovando il sole della mia Vita che si era formato nell'anima, il sole della mia vita lo avrebbe assorbito in Me e, trasformandosi insieme, come due soli in uno, lo avrei portato nelle delizie del Cielo. »

Articulación católica. «Ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por gracia de Dios» (cf. Gál 4,7). El propio Jesús desplazó la relación: «Ya no os llamo siervos […], a vosotros os llamo amigos» (cf. Jn 15,15), y san Pablo da su criterio: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (Rom 8,14). San Juan se maravilla: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3,1). El Catecismo abre su primer párrafo con este designio: Dios, «en un designio de pura bondad, ha creado libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida bienaventurada» (CIC 1); y enseña que estamos llamados a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4; CIC 1721), participación real que diviniza sin confundir jamás a la criatura con su Creador. La revelación hecha a Luisa muestra el mecanismo íntimo de esta adopción: la Vida de Dios formada en el alma mediante los actos hechos en su Voluntad. La obediencia queda asumida y superada: se convierte en el latido del corazón de un hijo.

Fórmula para recordar. Dios no quiso siervos que ejecutaran, sino hijos en quienes formar su Vida: cada acto hecho en su Voluntad alimenta en nosotros la misma Vida de Dios.

Segunda parte — La Caída: la pérdida del Reino de la Divina Voluntad

---

Pregunta 1 — ¿Qué poseía Adán en la Divina Voluntad antes de la Caída?

Respuesta breve. Adán tenía la Voluntad de Dios como centro de su vida y de todos sus actos. De ella recibía una fuerza, un dominio y un atractivo enteramente divinos: su mismo aliento y sus gestos más sencillos llevaban algo de Dios, hasta el punto de que el Cielo se sentía como «herido de amor» por cada uno de sus actos.

Desarrollo. La Primera parte ha contemplado a Adán como rey y como hijo feliz. Ahora es preciso determinar técnicamente qué comprendían esta realeza y esta felicidad, pues esta misma precisión permitirá medir, en la pregunta siguiente, la amplitud de lo que se perdió. El *Libro de Cielo* lo dice sin rodeos: antes de sustraerse al Fiat, Adán «contenía por centro de su vida y de todos sus actos» la Voluntad de Dios (vol. 18, 28 de enero de 1926). No era, por tanto, una gracia añadida a una vida por lo demás autónoma: era el centro organizador de todo cuanto él era y hacía.

De este centro procedía todo lo demás: una fuerza, un dominio, un atractivo «todo divino». El texto llega a decir que Dios mismo se sentía «herido de amor» por los actos más ordinarios de Adán —respirar, hablar, realizar las cosas más inocentes y naturales. Nada era, pues, profano en la vida de Adán antes de la Caída: puesto que la Divina Voluntad era su principio, cada gesto, incluso el más cotidiano, conservaba un perfume celestial y daba a Dios una alegría real.

Este texto permite nombrar con exactitud lo que estará en juego en la Caída: no es una simple pérdida de una virtud o de una gracia entre otras, sino la pérdida de este mismo centro —y, por consiguiente, de todo cuanto, dependiendo de él, constituía la nobleza y el sabor divino de la vida humana. Comprender lo que se poseía es la condición para comprender, sin minimizarlo ni exagerarlo, lo que se perdió.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 28 de enero de 1926:

> «Hija mía, antes que todo, Adán antes de que se sustrajera de mi Voluntad era mi hijo, contenía por centro de su vida y de todos sus actos a mi Voluntad, por lo tanto poseía una fuerza, un dominio, un atractivo todo divino, por eso su respiro, su latido, sus actos, daban lo divino, todo su ser emanaba un perfume celestial que a todos nos atraía hacia él, así que nos sentíamos heridos por todas partes por este hijo, si respiraba, si hablaba, si obraba las cosas más inocentes, indiferentes y naturales, eran heridas de amor para Nosotros…»

> *« Figlia mia, primo di tutto, Adamo, prima che si sottraesse alla mia Volontà, era mio figlio, conteneva per centro della sua vita e di tutti i suoi atti la mia Volontà, quindi possedeva una forza, un dominio, un'attrattiva tutta divina; onde il suo respiro, il palpito suo, i suoi atti, che ci attiravano tutti a lui davano di divino, tutto il suo essere emanava un profumo celeste. Sicché ci sentivamo feriti da tutte le parti da questo figlio, se respirava, se parlava, se operava le cose più innocenti, indifferenti e naturali, erano ferite d'amore per Noi… »*

Articulación católica. La Escritura sitúa a Adán en una intimidad sin distancia con Dios: «oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín» (Gn 3,8) —versículo que supone una familiaridad anterior, rota precisamente por la culpa que sigue. El Catecismo enseña que nuestros primeros padres fueron «constituidos en un estado de santidad y de justicia original» (CIC 375), don gratuito que no era solamente individual, sino que concernía a «toda la naturaleza humana» (CIC 404). San Pablo, en Rom 5,12-19, hace de Adán la figura y la fuente de un estado común a toda la humanidad —lo que el *Libro de Cielo* expresa diciendo que Adán tenía la Voluntad de Dios «por centro de su vida y de todos sus actos». La santidad original del Catecismo y la «Voluntad por centro» del *Libro de Cielo* no son dos doctrinas rivales: la segunda nombra la fuente vivida cuyos efectos describe la primera.

Fórmula para recordar. Adán no poseía solamente dones: la Voluntad de Dios era el centro de su vida, y de ese centro todo recibía su nobleza.

Pregunta 2 — ¿Cómo llegó Adán a retirarse del Fiat?

Respuesta breve. Antes incluso de desobedecer, Adán dejó de amar: olvidó que Dios lo amaba y olvidó amarlo en correspondencia —«este fue el primer germen de su culpa». De este olvido nació la seducción de los sentidos ante el fruto prohibido, y después el acto mismo de desobediencia a un mandato que Dios había expresado claramente para probar su fidelidad. Primero cesó el amor; después comenzó el pecado.

Desarrollo. Es necesario nombrar aquí las cosas con la precisión del propio relato, sin contentarse con una fórmula general que podría describir cualquier pecado actual. El *Libro de Cielo* no se limita a describir el acto exterior de Adán: revela su raíz más íntima en una palabra de Jesús a Luisa: «¿Quieres tú saber por qué Adán pecó? Porque olvidó que Yo lo amaba y olvidó amarme, fue este el primer germen de su culpa; si hubiese pensado que Yo lo amaba mucho y que él estaba obligado a amarme, jamás se habría decidido a desobedecerme; así que primero cesó el amor, después comenzó el pecado» (vol. 16, 6 de septiembre de 1923). Este texto desplaza la mirada: el pecado original no es ante todo una cuestión de fruto o de mandato transgredido —es, en primer lugar, un olvido del corazón, una relajación de la memoria del amor recibido, que precede y hace posible todo lo demás.

De este olvido inicial procede el mecanismo que el corpus detalla en otro lugar con precisión: «Adán, ¿por qué pecó? Porque separó su mirada del atractivo divino, y en cuanto Eva le presentó el fruto para hacerlo comer, miró el fruto y la vista sintió placer al mirarlo, el oído sintió deleite al oír las palabras de Eva […] la garganta sintió gusto al comerlo» (vol. 15, 6 de junio de 1923). Tres sentidos ceden uno tras otro antes de que la voluntad misma consienta —pero esta desviación de los sentidos solo es ya posible porque la mirada interior se había apartado primero del amor de Dios. El olvido del corazón abre la puerta que los sentidos no habrían podido franquear por sí solos.

Finalmente, el acto exterior mismo recibe toda su gravedad: lo que Dios pedía no era un precepto cualquiera, sino «una Voluntad expresa de su Creador, en la cual venía encerrada la prueba para probarlo en su fidelidad» (vol. 21, 8 de abril de 1927) —privarse de un solo fruto entre tantos otros dados generosamente, por puro amor hacia el Donante. Un pecado contra un mandato tan claramente expresado es más grave que una falta ordinaria, precisa el texto, y Adán cedió no ante una autoridad legítima, sino ante la astucia de «una vil serpiente, su capital enemigo».

Estos tres textos, leídos conjuntamente, componen la secuencia completa del pecado original: el olvido del amor como raíz, la seducción de los sentidos como mecanismo, la desobediencia a un mandato expreso como acto final y agravado. No es la descripción de

una falta cualquiera: es el relato, en el vocabulario propio del *Libro de Cielo*, de la culpa única y fundadora que toda la humanidad hereda —y que enseña, por contraste, que la perseverancia en el Fiat comienza siempre por la memoria fiel del amor recibido.

Esta pérdida no afectó solamente a la fidelidad al mandato: se llevó también, junto con el amor olvidado, la misma vida obrante de la Divina Voluntad en las facultades de Adán — pérdida cuya naturaleza exacta y cuyos caminos de restitución progresiva a la humanidad precisará la Sexta parte (VI.11).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 6 de septiembre de 1923:

> « … ¿quieres tú saber por qué Adán pecó? Porque olvidó que Yo lo amaba y olvidó amarme, fue éste el primer germen de su culpa, si hubiese pensado que Yo lo amaba mucho y que él estaba obligado a amarme, jamás se habría decidido a desobedecerme, así que primero cesó el amor, después comenzó el pecado; y en cuanto cesó de amar a su Dios, cesó el verdadero amor a sí mismo; sus miembros y sus potencias se rebelaron a él mismo; perdió el dominio, el orden y se volvió temeroso…»
>
> *« … vuoi tu sapere perché Adamo peccò? Perché dimenticò che Io lo amavo e dimenticò d'amarmi, fu questo il primo germe della sua colpa, se avesse pensato che Io lo amavo assai e che lui era obbligato ad amarmi, mai si sarebbe deciso a disubbidirmi, sicché prima cessò l'amore, poi cominciò il peccato; e come cessò d'amare il suo Dio, cessò il vero amore verso se stesso; le sue stesse membra e potenze si ribellarono a lui stesso; perdette il dominio, l'ordine e diventò pauroso… »*

Articulación católica. La Escritura sitúa también la raíz de la culpa antes del gesto: «oyeron la voz del Señor Dios […] y el hombre se escondió» (Gn 3,8) —el miedo que sigue inmediatamente al pecado, ya nombrado por el *Libro de Cielo* («se volvió temeroso»), señala la ruptura de una confianza amorosa más que una simple transgresión legal. San Juan ofrece el contramodelo exacto de este olvido: «nosotros amamos, porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19) —precisamente el movimiento de memoria amorosa cuyo olvido fue, en Adán, el primer germen de la caída. El relato bíblico nombra después el mandato transgredido (Gn 2,17) y la seducción de la serpiente, «la más astuta de todos los animales del campo» (Gn 3,1), mediante la promesa: «seréis como Dios» (Gn 3,5) —el triple movimiento de los sentidos descrito por Luisa coincide casi término por término con Gn 3,6: «bueno para comer, atrayente a los ojos y deseable para lograr inteligencia». El Catecismo enseña que Dios «creó al hombre a su imagen y lo estableció en su amistad» —amistad que la criatura espiritual «solo puede vivir […] en la libre sumisión a Dios», sumisión expresada precisamente por la prohibición de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, límite simbólico que la criatura debe libremente «reconocer y respetar con confianza» (CIC 396); y «al desobedecer a Dios, el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios» (CIC 398) —preferencia de sí que presupone ya, anteriormente, el olvido del amor con que se es amado.

Fórmula para recordar. Primero cesó el amor, después comenzó el pecado: Adán no desobedeció primero; primero olvidó que era amado.

Pregunta 3 — ¿Por qué el pecado original es la pérdida del Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Porque un acto hecho sin la plenitud de la Divina Voluntad, aun siendo idéntico en apariencia a un acto realizado antes de la Caída, queda vaciado interiormente: se vuelve como un alimento sin condimento, un fruto sin madurez, una flor sin perfume. El

pecado original no ofendió, por tanto, a Dios una sola vez: cambió, en su raíz, la naturaleza misma de todos los actos que vendrían después.

Desarrollo. La propia Luisa se asombra, en la entrada del 28 de enero de 1926, ante un misterio aparente: ¿cómo es posible que Adán, después del pecado, continuara realizando los mismos actos que antes —y que estos actos, aun siendo idénticos en apariencia, ya no tuvieran el mismo valor? La respuesta de Jesús llega al corazón de lo que significa perder un Reino, más que perder un mérito o una gracia puntual: «¿pero sabes tú qué son los actos de la criatura sin la plenitud de nuestra Voluntad? Son como aquellos alimentos sin condimento […] como aquellos frutos no maduros, que no contienen ni dulzura ni sabor; son como aquellas flores sin perfume».

Esta imagen es decisiva para todo el capítulo: muestra que la pérdida del Reino no es una pérdida exterior, como se perdería un bien poseído junto a uno mismo. Es una pérdida de sustancia en el interior mismo del acto. El gesto permanece, la mano sigue moviéndose, la palabra sigue pronunciándose —pero aquello que daba a ese gesto su sabor divino, aquello por lo cual Dios se reconocía en él y se deleitaba, ha desaparecido. «Todo esto puede servir a una estrecha necesidad del hombre […] pero no a la felicidad y a todo el bienestar de la criatura y a la plenitud de la gloria de Dios.»

Por eso esta pérdida es verdaderamente la de un «Reino» y no la de una simple falta: un reino, en efecto, no se pierde solamente en el instante en que cae —sigue faltando, día tras día, en todo aquello que debería haber sido gobernado por él. Cada acto del hombre caído, por bueno que parezca, lleva desde entonces la marca de esta ausencia.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 28 de enero de 1926:

> «Pero ¿sabes tú qué son los actos de la criatura sin la plenitud de nuestra Voluntad? Son como aquellos alimentos sin condimento y sin sustancia, que en vez de ser gustosos disgustan el paladar humano; así disgustan el paladar divino; son como aquellos frutos no maduros, que no contienen ni dulzura ni sabor; son como aquellas flores sin perfume; …»
>
> *« Ma sai tu che cosa sono gli atti della creatura senza la pienezza della nostra Volontà? Sono come quei cibi senza condimenti e senza sostanza, che invece di essere gustosi disgustano il palato umano, così disgustano il palato divino, sono come quei frutti non maturi, che non contengono né dolcezza né sapore; sono come quei fiori senza profumo; … »*

Articulación católica. El Catecismo precisa que el pecado original «es llamado “pecado” de manera análoga»: es «contraído», no cometido, «estado», no acto (CIC 404) —distinción que coincide exactamente con lo que muestra la imagen de los frutos no maduros: no está en juego solamente un acto aislado, sino un estado que afecta a todos los actos que proceden de él. San Pablo lo dice en una fórmula densa: «por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores» (Rom 5,19) —no por imitación, sino por una solidaridad de naturaleza. La tradición también ha hablado del pecado original como de una herida infligida a la naturaleza humana, no como de una simple acumulación de faltas personales (CIC 405): lo que el *Libro de Cielo* traduce, con gran fidelidad de intuición, en el registro concreto y sabroso del alimento y del fruto.

Fórmula para recordar. El pecado original no privó solamente al hombre de un bien: vació interiormente todos los actos que vendrían después, como un fruto que nunca llega a madurar.

Pregunta 4 — ¿Qué perdió el hombre junto con este Reino?

Respuesta breve. El hombre perdió su nobleza, su fuerza y su semejanza con su Creador. La imagen de Dios permanece grabada en él, imborrable; pero la semejanza viva —esa vida divina que hacía sabroso para Dios cada acto de Adán— se retiró juntamente con la Voluntad que era su principio.

Desarrollo. La misma entrada que proporcionó la imagen de los frutos sin madurez (II.3) concluye con una constatación inequívoca: de toda la Creación, solo el hombre perdió algo de su origen. «Todas las cosas creadas, tal como fueron creadas tales son, ninguna ha perdido nada de su origen, sólo el hombre perdió la vida, la base, y por esto perdió su nobleza, la fuerza, la semejanza con su Creador» (vol. 18, 28 de enero de 1926). El sol sigue brillando como el primer día, el mar conserva su movimiento —pero solo el hombre, entre todas las criaturas, lleva en sí la huella de una ruptura con su propia fuente.

Es importante distinguir cuidadosamente dos cosas que la tradición católica siempre ha procurado no confundir: la imagen de Dios, grabada en la propia naturaleza humana, no ha desaparecido —el hombre sigue siendo una persona, capaz de conocer y amar, capaz de ser llamado por Dios. Lo que se perdió es la semejanza viva: esa vida divina que, antes de la Caída, circulaba por cada uno de sus actos y los hacía bellos, sabrosos, dignos de Dios (véase ya I.4). El *Libro de Cielo* dice exactamente esto cuando nombra aquello que se retiró: «la fuerza, la semejanza con su Creador» —no el ser mismo del hombre, que sigue siendo creación de Dios y objeto de su amor, sino el resplandor divino que animaba su vida desde dentro.

Esta distinción preserva de un doble error: ni minimizar la pérdida, como si nada esencial hubiera cambiado, ni dramatizarla hasta hacer del hombre caído una criatura sin dignidad ni valor. Sigue siendo noble por naturaleza; perdió la nobleza sobreañadida que hacía de él, antes de la falta, el retrato vivo de su Creador.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 28 de enero de 1926:

> « … todas las cosas creadas, tal como fueron creadas tales son, ninguna ha perdido nada de su origen, sólo el hombre perdió la vida, la base, y por esto perdió su nobleza, la fuerza, la semejanza con su Creador.»
>
> *« … tutte le cose create, quali furono create tali sono, nessuna ha perduto nulla della loro origine, solo l'uomo perdette la vita, la base e perciò perdette la sua nobiltà, la forza, la somiglianza col suo Creatore. »*

Articulación católica. El Catecismo distingue precisamente lo que alcanzó la Caída: «el hombre no perdió su libertad fundamental […]. Experimenta en sus fuerzas naturales la ignorancia, el sufrimiento y el imperio de la muerte, y está inclinado al pecado» (CIC 405, 407); en otro lugar recuerda que la imagen de Dios permanece en el fondo de todo hombre, mientras que el pecado «desfiguró» la semejanza (CIC 705). El Génesis contiene ya en germen esta distinción: Dios sigue buscando al hombre después de la falta —«¿Dónde estás?» (Gn 3,9)—, signo de que el vínculo no está roto de manera absoluta, sino gravemente herido. San Pablo confiesa la misma experiencia interior de esta carencia: «no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero» (Rom 7,19) —eco, en la conciencia de cada hombre, de esta «base» perdida de la que habla el *Libro de Cielo*.

Fórmula para recordar. La imagen de Dios en el hombre no desapareció; lo que la Caída hizo perder fue la semejanza viva, la vida divina en los actos.

Pregunta 5 — ¿Por qué esta pérdida concierne a toda la humanidad?

Respuesta breve. Porque Adán fue creado como cabeza de toda la familia humana. Al sustraerse del Fiat, no actuó solamente para sí mismo: mediante ese mismo gesto llevó a la infelicidad a todos los que debían nacer de él, como un jefe cuya caída alcanza a todo su pueblo.

Desarrollo. El texto citado ya en I.8 (vol. 15, 25 de abril de 1923) para describir la felicidad originaria de Adán contiene, en su continuación, la clave de la presente pregunta. Jesús explica allí a Luisa por qué ella misma está llamada a «continuar de donde él dejó», y fundamenta este llamamiento en una realidad de representación: «y así como esta primera criatura habiendo sido creada por Nosotros como cabeza de toda la familia humana, con sustraerse de nuestro Querer llevó la infelicidad a todos, así tú […] te constituimos como cabeza de todos». La palabra empleada —*capo*, cabeza, jefe— es la misma que ya apareció en I.6 para expresar la realeza de Adán sobre la Creación: designa una función real de representación, no un simple rango honorífico.

Esta lógica de representación no es propia del *Libro de Cielo*: se encuentra en el corazón de toda la antropología bíblica de la salvación y actúa en los dos sentidos. Si un solo hombre, al retirarse del Fiat, pudo arrastrar fuera del Reino a todos sus descendientes, es porque no actuaba solo, sino como cabeza de una familia todavía contenida enteramente en él. Esta misma lógica, invertida, permitirá que un solo Hombre —Cristo, nuevo Adán— rehaga para todos lo que uno solo había deshecho (materia de la Parte III), y que una sola criatura —Luisa, llamada aquí «cabeza» a su vez en el orden de la manifestación del Don— reanude el camino interrumpido.

Comprender esta solidaridad evita dos contrasentidos frecuentes: no es una injusticia arbitraria de Dios hacia unos inocentes, sino la consecuencia de un vínculo real, querido por Dios mismo desde el origen, entre el primer hombre y su descendencia —vínculo que, precisamente porque actúa en la pérdida, actuará también, y con mucha mayor fuerza, en la restauración.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 25 de abril de 1923:

> « … y así como esta primera criatura habiendo sido creada por Nosotros como cabeza de toda la familia humana, con sustraerse de nuestro Querer llevó la infelicidad a todos, así tú con venir a continuar de donde él dejó, te constituimos como cabeza de todos, y por lo tanto portadora de aquella felicidad y bienes que habían sido asignados a todos si hubiesen vivido en nuestro Querer.»
>
> *« … come questa prima creatura essendo creata da Noi come capo di tutta l'umana famiglia, col sottrarsi al nostro Volere portò l'infelicità a tutti, così tu, col venire a seguire da dove lui si fermò, ti costituiamo capo di tutti, quindi portatrice di quella felicità e dei beni che erano stati assegnati a tutti se fossero vissuti nel nostro Volere. »*

Articulación católica. San Pablo expone sistemáticamente esta solidaridad: «por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron» (Rom 5,12), antes de invertir la imagen en favor de Cristo: «como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Rom 5,19). El Catecismo precisa que el pecado original se transmite «por propagación a toda la humanidad» y no por simple imitación (CIC 419), y que afecta a la humanidad «en la unidad de su naturaleza» que hace a todos los hombres solidarios (CIC 404). Lo que el *Libro de Cielo* llama «cabeza de toda la familia humana» coincide exactamente con esta doctrina —con la ventaja pedagógica de hacer visible, en el mismo movimiento, por qué la restauración

seguirá la misma lógica de representación.

Fórmula para recordar. Adán no pecó solo ni únicamente para sí mismo: creado cabeza de toda la familia humana, su caída se convirtió en la de todos sus descendientes.

Pregunta 6 — ¿Podía el hombre, después de la Caída, seguir viviendo en la Divina Voluntad como Adán?

Respuesta breve. No. Después del pecado, Adán pudo todavía llorar su culpa y *hacer* la Voluntad de Dios —pero ya nunca pudo *poseerla* como antes, porque faltaba el mismo Dios ofendido, el único capaz de rehacer el injerto roto entre la criatura y el Creador.

Desarrollo. Esta pregunta toca una de las distinciones más finas e importantes de toda la obra, y el *Libro de Cielo* la formula en una entrada donde Jesús revela a Luisa que derramó, con sus propios ojos, incluso las lágrimas que Adán no supo derramar con fruto: «Lo que no pudo recibir Adán con sus lágrimas, a pesar de que pasaron por mis ojos, lo puedes recibir tú, porque Adán antes de que pecara poseía mi Voluntad […]. Después del pecado perdió la posesión de mi Querer, y a pesar de que lloró su culpa y no pecó más, pudo hacer mi Voluntad, pero no poseerla» (vol. 18, 20 de diciembre de 1925).

Este texto responde directamente, y de manera casi clínica, a la pregunta planteada: Adán arrepentido no había regresado al estado de Adán inocente. Podía nuevamente *hacer* lo que Dios quería —es decir, realizar actos conformes al Querer Divino—, pero ya no podía *poseer* este Querer como un bien propio, como el centro vivo de todos sus actos (véase II.1). La razón se da inmediatamente: faltaba el propio Dios ofendido; es decir, la herida hecha a Dios no podía ser reparada por las lágrimas de un hombre, por sinceras que fueran —era necesario que Dios mismo viniera a rehacer el injerto.

Esta distinción ilumina de una sola vez toda la historia que va de la Caída a la Redención: cuatro mil años separan, en este texto, el pecado de Adán de la venida del Verbo, el único que pudo «formar el nuevo injerto divino entre la criatura y el Creador». Durante todo este tiempo, el hombre podía hacer el bien, obedecer, arrepentirse —pero la posesión misma permanecía fuera de su alcance, a la espera de un don que solo Dios podía rehacer.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 20 de diciembre de 1925:

> «Lo que no pudo recibir Adán con sus lágrimas, a pesar de que pasaron por mis ojos, lo puedes recibir tú, porque Adán antes de que pecara poseía mi Voluntad, y con la posesión de mi Voluntad crecía en la semejanza de su Creador […] después del pecado perdió la posesión de mi Querer, y a pesar de que lloró su culpa y no pecó más, pudo hacer mi Voluntad, pero no poseerla, porque faltaba el Divino Ofendido que debía formar el nuevo injerto divino entre la criatura y el Creador…»
>
> *« Ciò che non potette ricevere Adamo con le sue lacrime, anche se passarono dai miei occhi, lo puoi ricevere tu, perché Adamo prima che peccasse, possedeva la mia Volontà e col possesso della mia Volontà cresceva nella somiglianza del suo Creatore […] dopo il peccato perdette il possesso del mio Volere e anche se pianse la sua colpa e non peccò più, potette fare la mia Volontà, ma non possederla, perché mancava il Divino Offeso che avrebbe dovuto formare il nuovo innesto divino tra la creatura ed il Creatore… »*

Articulación católica. El Catecismo reconoce una capacidad real de obrar el bien incluso después de la culpa —la razón permanece y la voluntad no está total e intrínsecamente corrompida—, pero recuerda también que la naturaleza humana caída permanece «herida en sus propias fuerzas naturales» y «privada de la santidad y de la justicia originales» (CIC

405, 407): es decir, precisamente privada de esta *posesión* que designa el *Libro de Cielo*. La espera que atraviesa todo el Antiguo Testamento —«Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la justicia, ábrase la tierra y brote la salvación» (cf. Is 45,8)— lleva esta misma conciencia de que debía venir de lo alto un don que ninguna fidelidad humana, por grande que fuera, podía producir por sí misma.

Fórmula para recordar. Después de la Caída, el hombre pudo todavía hacer la Voluntad de Dios; ya no pudo poseerla —esta posesión esperaba al mismo Dios ofendido.

Pregunta 7 — ¿Qué diferencia hay entre vivir de los efectos de la Divina Voluntad y poseer su unidad?

Respuesta breve. Vivir de los efectos es recibir de la Voluntad de Dios gracias, luces y auxilios puntuales; poseer su unidad es tenerla a Ella misma como fuente única y permanente de todos los propios actos. La distancia entre ambas cosas, dice Jesús a Luisa, es la que separa a Adán inocente de Adán después del pecado.

Desarrollo. La pregunta anterior ha introducido la distinción entre *hacer* y *poseer* la Voluntad de Dios; la presente pregunta extrae de ella la consecuencia estructural para toda la vida espiritual después de la Caída. La misma entrada del 20 de diciembre de 1925 concluye, en las palabras de Jesús, con una medida muy concreta de esta distancia: «solo quien vive en mi Voluntad se eleva al estado de Adán inocente antes de caer en el pecado, porque hay gran distancia entre quien hace mi Voluntad y entre aquellos que la poseen; hay la distancia entre Adán inocente y Adán después del pecado».

Esta fórmula ofrece a la presente obra un criterio preciso, ya anunciado en I.10 a propósito del Reino poseído por los ángeles: *vivir de los efectos* significa recibir, por intervalos, dones particulares de la Divina Voluntad —una gracia para superar una prueba, una luz para comprender una verdad, una fuerza para cumplir un deber. Ya es mucho, y esta es la condición ordinaria de toda alma fiel. Pero *poseer la unidad* de la Divina Voluntad es otra cosa: ya no es recibir dones separados de una fuente exterior a uno mismo, sino tener esta fuente misma establecida como centro permanente de todos los propios actos —exactamente lo que Adán poseía antes de la Caída (II.1), y lo que Luisa es llamada a recobrar la primera.

Jesús ofrece para esta misma distinción una imagen de gran claridad, la del sol y la tierra: los efectos de su luz hacen germinar en la tierra las flores más bellas, sin que la tierra se eleve jamás hasta la esfera del sol, ni el sol descienda sobre la tierra —se miran de lejos, se ayudan mutuamente, pero sus dos naturalezas nunca se confunden y la vida del uno nunca se convierte en la vida de la otra. Así sucede con el alma que se beneficia de los efectos de la Divina Voluntad sin poseer su unidad: recibe frutos admirables, pero su sol permanece siempre distante.

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 2 de febrero de 1928 —sobre los efectos y la unidad de la Divina Voluntad:

> «Hija mía, todo el bien realizado hasta ahora por las criaturas ha sido realizado en virtud de los efectos de mi Divina Voluntad, porque no hay bien sin Ella; pero nadie hasta ahora ha vivido total y plenamente en su Unidad, salvo mi Mamá Reina […]. Sucede también cuando el sol, en virtud de los efectos contenidos en su luz, hace germinar las plantas y producir tanto bien a la tierra; parece que la tierra y los efectos del sol trabajan juntos […], pero la tierra no se eleva a la esfera del sol […] la tierra permanece tierra, y el sol no la transforma en sí mismo […] pero existe una gran

distancia entre la tierra y el sol: no se asemejan entre sí, ni la vida de uno se convierte en la vida de la otra…»

« Figlia mia, tutto il bene fatto finora dalle creature è stato fatto in virtù degli effetti della mia Volontà Divina, perché non c'è bene senza di Essa, ma nessuno finora è vissuto totalmente e pienamente nella sua Unità, solo la mia Mamma Regina […]. Succede ciò anche quando, il Sole, in virtù degli effetti che contiene la sua luce, fa germogliare le piante e fa produrre tanto bene alla terra, pare che la terra e gli effetti del Sole lavorino insieme […], ma la terra non si eleva nella sfera del Sole […] la terra rimane terra, ed il Sole non la trasforma in Esso […] ma passa gran distanza tra la terra ed il Sole, non si rassomigliano tra loro, né la vita dell'uno diventa vita dell'altra… »

Esta distinción protege de un contrasentido fácil: no rebaja en nada la santidad de quienes, a través de toda la historia de la salvación, vivieron santamente de los efectos de la gracia sin poseer este Don específico —la pregunta siguiente volverá sobre ello. Nombra sencillamente dos regímenes reales y diferentes de la vida con Dios, de los cuales el segundo permaneció, hasta la manifestación del Don a Luisa, fuera del alcance de la humanidad pecadora.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 20 de diciembre de 1925:

« … sólo quien vive en mi Voluntad se eleva al estado de Adán inocente antes de caer en el pecado, porque hay gran distancia entre quien hace mi Voluntad y entre aquellos que la poseen, hay la distancia entre Adán inocente y Adán después del pecado.»

« … solo chi vive nella mia Volontà si eleva allo stato di Adamo innocente, prima di cadere nel peccato, perché c'è gran distanza tra chi fa la mia Volontà e tra quelli che la posseggono, passa la distanza tra Adamo innocente e Adamo dopo il peccato. »

Articulación católica. La teología de la gracia distingue ya, en el vocabulario clásico, las gracias actuales —auxilios puntuales de Dios para un acto determinado— y la gracia santificante, que establece una morada estable de Dios en el alma (CIC 1999-2000, 2003). El *Libro de Cielo* se mueve dentro de este mismo registro, añadiendo la precisión propia de su luz: más allá incluso de la gracia santificante ordinaria, existe un modo de presencia de Dios —la Divina Voluntad poseída como fuente única de los actos— que retoma y lleva a plenitud cuanto la gracia santificante da ya en germen. San Pablo ofrece la imagen más cercana: «ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20) —ya no solamente dones recibidos desde fuera, sino una vida hecha interiormente común.

Fórmula para recordar. Recibir los efectos es recibir dones de la Voluntad de Dios; poseer su unidad es tenerla a Ella misma como vida.

Pregunta 8 — ¿Cómo pudieron los justos y los santos hacer la Voluntad de Dios sin poseer el Don como Adán?

Respuesta breve. Porque la Divina Voluntad, aun sin ser poseída como centro único de la vida, nunca se retiró totalmente del hombre después de la Caída: se le ofreció como remedio —medicina contra las pasiones, salud para el alma y alimento para crecer en santidad—, según lo que cada uno estaba dispuesto a recibir.

Desarrollo. Sería injusto y falso dar a entender que los justos y los santos anteriores a la manifestación del Don no tuvieron ninguna participación real en la Voluntad de Dios. El *Libro de Cielo* descarta por sí mismo este contrasentido en la continuación del texto ya citado para las Preguntas 3 y 4: «mi Voluntad no dejó del todo al hombre […]. Si la quiere como medicina, Ella se ofrece para quitarle la fiebre de las pasiones […]; si la quiere como

salud, Ella se ofrece para conservarla sana […]; si la quiere como alimento, Ella se da como alimento para hacerla crecer más en la santidad» (vol. 18, 28 de enero de 1926).

Este texto distingue cuidadosamente tres maneras en que la Divina Voluntad siguió actuando en la historia de la salvación, sin alcanzar todavía la plena posesión reservada a un tiempo futuro: como remedio contra el mal, como conservación en el bien ya recibido y como alimento para el crecimiento en santidad. Este es precisamente el régimen en el que vivieron, cada uno según su medida, los patriarcas, los profetas y todos los justos de la Antigua Alianza, y después los santos de la Iglesia antes de la manifestación del Don a Luisa —una santidad real, una unión verdadera y un crecimiento auténtico, pero siempre bajo la modalidad de un auxilio recibido más que de una posesión establecida.

El texto termina con una nota que debe gobernar todo el tono de esta pregunta: «si la quiere como vida y como plenitud de santidad, ¡oh! entonces mi Voluntad hace fiesta, porque ve regresar al hombre al regazo de su origen». La santidad de los justos de todos los tiempos nunca queda rebajada por esta distinción: queda, por el contrario, magnificada como preparación, querida por Dios mismo, para este regreso todavía mayor hacia el cual tiende toda la historia de la salvación.

Un texto recibido algunos años más tarde da a esta misma realidad una imagen jurídica, quizá todavía más expresiva que el registro médico: la de la «legítima», es decir, la parte de herencia reservada al hijo. El hombre, dice Jesús, fue creado para vivir familiarmente con Dios, en su casa, como un hijo con su Padre; pero, al retirarse de esta casa paterna mediante su propia voluntad, perdió la sonrisa del Padre y sus alegrías puras. Sin poder prescindir enteramente del concurso de la Divina Voluntad —primer acto de toda vida, sin el cual nada subsiste—, Dios, obrando como Padre, le concedió su legítima: ya no la vida que lo llevaba enteramente en su seno para hacerlo feliz y santo, sino un simple concurso para conservarlo vivo, reducido a las cosas de estricta necesidad, según su propia conducta. Vivir solamente de esta porción, precisa Jesús, nunca es vivir en la casa del Padre: es permanecer lejos, expuesto incluso a malgastar mediante actos indignos la poca parte recibida.

Este mismo texto explica finalmente por qué, en toda la historia espiritual, se escribió tan poco acerca de lo que la Divina Voluntad fue para Adán inocente antes de su culpa: quienes escribieron solo conocían su legítima, la única relación que esta Voluntad mantiene con una criatura que la ofende sin habitar en su casa. Nadie había vivido en este Querer como en su propia casa para conocer sus secretos —lo que solo un alma llamada a vivir en él «como hija nuestra, cercana dentro de mi Querer, no lejana» podía recibir y transmitir.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 28 de enero de 1926:

> «Pero, a pesar de esto, mi Voluntad no dejó del todo al hombre y, no pudiendo ser ya fuente de vida y base que lo sostenía, porque él mismo se había sustraído a Ella, se ofreció como medicina para que no pereciera del todo. Así que mi Voluntad es medicina, es salud, es conservación, es alimento, es vida, es plenitud de la más alta santidad. Según la quiera la criatura, Ella se ofrece: si la quiere como medicina, Ella se ofrece para quitarle la fiebre de las pasiones, las debilidades de las impaciencias, los vértigos de la soberbia […]; si la quiere como salud, Ella se ofrece para conservarla sana, para liberarla de cualquier mal espiritual; si la quiere como alimento, Ella se da como alimento para hacerle desarrollar las fuerzas y crecer más en la santidad…»
>
> *« Ma nonostante ciò la mia Volontà non lasciò del tutto l'uomo e non potendo essere più fonte di vita e base che lo sosteneva, perché lui stesso si era sottratto ad Essa, si offrì come medicina per fare che non perisse del tutto. Sicché la mia Volontà è medicina, è sanità, è conservazione, è cibo, è vita, è pienezza della più alta santità. A seconda che la creatura la voglia Essa si offre: se la vuole come medicina, Essa si offre per toglierle*

la febbre delle passioni, le debolezze delle impazienze, le vertigini della superbia […]; se la vuole come sanità, Essa si offre a conservarla sana, per liberarla da qualunque male spirituale; se la vuole come cibo, Essa si dona come cibo per farle sviluppare le forze e crescere di più nella santità… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 27, 11 de febrero de 1930:

«Mi pequeña hija de mi Querer, la criatura no puede vivir, ni el alma ni el cuerpo, sin mi Divina Voluntad, y como es su primer acto de vida, por eso se encuentra en las condiciones o de recibir su acto de vida continua de Ella, o de no poder tener existencia; y como el hombre fue creado para vivir en la opulencia de los bienes de esta Divina Voluntad, su preciada herencia, por eso él debía vivir de Nosotros y en nuestra casa, como un hijo que vive con su padre, de otra manera, ¿cómo podía ser nuestro entretenimiento, nuestra alegría y felicidad, si no debía vivir cerca, junto con Nosotros en nuestra Divina Voluntad? Un hijo lejano no puede formar la alegría de su padre, su sonrisa, su diversión, su familiar conversación; de lejos no se puede jugar juntos, ni sonreír de felicidad, es más, la sola lejanía rompe el amor y lleva la amargura de no poder gozar de aquél a quien se ama. Mira entonces, el hombre fue creado para vivir a lo familiar con Nosotros, en nuestra casa, en nuestra misma Voluntad, para asegurarnos nuestras y sus alegrías y felicidad perenne. Pero el hombre, nuestro hijo, mientras era feliz en la casa de su Padre se rebeló y salió de su casa paterna, y con hacer su voluntad perdió la sonrisa de su Padre, sus alegrías puras, y como no podía vivir sin el concurso de nuestra Divina Voluntad, la hicimos de Padre y le dimos la legitimación de nuestra Divina Voluntad, no más como vida que lo llevaba en su regazo para volverlo feliz y santo, sino como concurrente para conservarlo con vida; no para hacerlo feliz como antes, sino para darle las cosas de estrecha necesidad y según se hubiese comportado; sin mi Voluntad Divina no puede haber vida. He aquí el por qué de mi Fiat Divino se conoce tan poco, porque las criaturas sólo conocen de Ella su legitimación, y muchas veces esta legitimación ni siquiera es del todo reconocida, porque quien vive de legitimación no vive en la casa de su Padre, está lejano de Él, y muchas veces se encuentra en las condiciones de estropear con actos indignos la misma legitimación recibida. Por eso no te maravilles si poco se conoce de mi Divina Voluntad, si no se vive en Ella, si no se está en continuo contacto de recibir su Vida que hace feliz, que santifica, y que estándole cerca abre sus secretos y hace conocer quién es, qué puede darle, y cómo suspira por tener en su regazo a la criatura para formar en ella su Vida Divina. Mucho más que el hombre con hacer su voluntad se puso en condición de siervo, no de heredero, y el siervo no tiene derecho a la herencia de su amo, sino a la mísera paga para vivir con penurias la vida. Por eso hija mía, se puede decir que contigo he abierto las puertas para hacerte entrar a vivir en nuestra casa, en nuestra Divina Voluntad, y teniéndote con Nosotros te hemos manifestado tanto de nuestro Querer Divino, no como legitimada, sino como nuestra afortunada heredera. Después de esto ha agregado: Hija mía, mucho más que aquél poco que se ha escrito en toda la historia del mundo acerca de mi Divina Voluntad, habiendo conocido de Ella sólo la legitimación, han escrito de Ella lo que han conocido de mi Fiat después de la culpa, en qué relaciones está con las criaturas a pesar de que la ofenden y no viven en nuestra casa. En cambio, qué relaciones había entre mi Fiat y Adán inocente antes de pecar, nada han escrito; y, ¿cómo podían escribir si ninguno ha vivido en mi Divina Voluntad como en su casa? ¿Cómo podían conocer sus secretos y el gran prodigio que puede hacer la Vida obrante de un Querer Divino en la criatura? Por eso podían y pueden decir de mi Fiat Divino que dispone todo, que ordena, que concurre, pero decir de mi Querer Divino cómo obra en Sí mismo, en su casa, la potencia de su inmensidad que en un instante hace todo, envuelve todo, como en Sí mismo así en la criatura, esta

es ciencia que hasta ahora la criatura ignoraba; no podía ser escrita sino después de las manifestaciones de mi Fiat Divino, y a quien llamaba a vivir en nuestra casa como hija nuestra, cercana dentro de mi Querer, no lejana…»

« Mia piccola figlia del mio Volere, la creatura, sia l'anima che il corpo, non può vivere senza la mia Divina Volontà e siccome è il suo primo atto di vita, perciò si trova nelle condizioni o di ricevere il suo atto di vita continua da Essa o di non potere avere esistenza. E siccome l'uomo fu creato perché vivesse nell'opulenza dei beni di questa Divina Volontà, sua prediletta eredità, perciò lui fu creato perché vivesse di noi ed in casa nostra, come un figlio che vive con suo Padre. Altrimenti, come poteva essere il nostro trastullo, la nostra gioia e felicità, se non doveva vivere vicino, insieme nella nostra Divina Volontà? Un figlio lontano non può formare la gioia di suo padre, il suo sorriso, il suo scherzo, la sua familiare conversazione; da lontano non si può giocare insieme, né sorridere di felicità, anzi la sola lontananza spezza l'amore e porta l'amarezza di non poter godere colui che si ama. Vedi dunque l'uomo fu creato per vivere alla familiare con noi, in casa nostra, nella nostra stessa Volontà, per assicurarci le nostre e le sue gioie e felicità perenne. Ma l'uomo, il figlio nostro, mentre era felice in casa di suo Padre, si ribellò ed uscì dalla sua casa paterna e, col fare la sua volontà, perdette il sorriso di suo Padre, le sue pure gioie e siccome non poteva vivere senza il concorso della nostra Divina Volontà, agimmo da Padre e gli demmo la legittima della nostra Divina Volontà, non più come vita che lo portava nel suo grembo, per renderlo felice e santo, ma come concorrente per conservarlo in vita, non per felicitarlo come prima, ma per dargli le cose di stretta necessità ed a seconda di come si fosse comportato. Senza la mia Volontà Divina non ci può essere vita. Ecco perciò del mio Fiat Divino si conosce poco, perché le creature conoscono la sola sua legittima e molte volte questa legittima non viene neppure del tutto riconosciuta, perché chi vive di legittima non vive in casa di suo Padre, sta da Lui lontano e molte volte si trova nelle condizioni di sciupare con atti indegni la stessa legittima ricevuta. Quindi non ti meravigliare se poco si conosce della mia Divina Volontà, se non si vive in Essa, se non si sta in continuo contatto di ricevere la sua vita che felicita, che santifica e apre i suoi segreti a chi le sta vicino e si fa riconoscere, che può darle e sospira di tenere nel suo grembo la creatura, per formare in lei la sua vita Divina. Molto più che l'uomo, col fare la sua volontà, si mise in condizione di servo, non di ereditiere ed il servo non ha diritto alla eredità del suo padrone, ma alla misera mercede per vivere stentatamente la vita. Perciò figlia mia, si può dire, con te ho aperto le porte per farti entrare a vivere in casa nostra, nella nostra Divina Volontà e, tenendoti con noi, ti abbiamo tanto manifestato del nostro Voler Divino non come legittima ma come nostra fortunata ereditiera." Dopo ciò ha soggiunto: "Figlia mia, molto più che quel poco che si è scritto in tutta la storia del mondo della mia Volontà, avendo conosciuto la sola legittima, hanno scritto di Essa ciò che hanno conosciuto del mio Fiat dopo la colpa, in quali rapporti sta con le creature, anche se l'offendono e non vivono in casa nostra. Invece, nulla hanno scritto dei rapporti che passavano tra il mio Fiat e l'Adamo innocente prima di peccare, e come potevano scrivere se nessuno ha vissuto nella mia Divina Volontà come in casa sua? Come potevano conoscere i suoi segreti ed il grande prodigio che può fare la vita operante d'un Voler Divino nella creatura? Perciò potevano e possono dire del mio Fiat Divino che dispone tutto, che comanda, che concorre; ma dire del mio Voler Divino come opera in se stesso, in casa sua, la potenza della sua immensità che in un istante fa tutto, coinvolge tutto come in se stesso così nella creatura, questa è scienza che finora la creatura ha ignorato; non poteva essere scritta se non dietro manifestazione del mio Fiat Divino a colei che chiamava a vivere in casa nostra come figlia nostra, vicino, dentro il mio Volere, non lontano… »

Articulación católica. La Carta a los Hebreos celebra precisamente esta santidad anterior: «Por la fe todos estos recibieron un testimonio […] y, sin embargo, ninguno de ellos recibió lo prometido, porque Dios había previsto algo mejor a favor nuestro» (cf. Heb 11,39-40) —texto que reconoce plenamente la santidad de los justos de la Antigua Alianza, situándola al mismo tiempo dentro de una espera todavía no cumplida, exactamente como hace el *Libro de Cielo*. El Catecismo enseña, por su parte, que la gracia actúa según una pedagogía progresiva a través de la historia de la salvación, preparando desde mucho antes lo que debía cumplirse en Cristo (CIC 1965, 55-64). El vocabulario de la medicina, de la salud y del alimento enlaza, finalmente, con una larga tradición patrística que habla de Cristo como «médico» de las almas (cf. Mc 2,17); el *Libro de Cielo* lo extiende a la propia Divina Voluntad, sin sustituirla jamás por Cristo, sino mostrando cómo Él es su único canal. La imagen de la legítima recuerda también, casi palabra por palabra, la parábola del padre y sus dos hijos: el padre responde al que permaneció fiel, pero nunca pidió más que una parte restringida: «Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31) —promesa de plena comunidad de bienes que solo espera, para realizarse, la morada continua junto al Padre, y no ya la sola parte reservada a quien permanece lejos.

Fórmula para recordar. La Divina Voluntad nunca abandona al hombre caído: permanece como su remedio, su salud, su alimento y su parte de herencia, a la espera de poder volver a ser su vida en la casa del Padre.

Pregunta 9 — ¿Por qué el hombre no podía recuperar por sí mismo el Edén perdido?

Respuesta breve. Porque faltaba Dios ofendido en persona. Ninguna lágrima humana, por sincera que fuera, podía reparar una herida hecha a Dios: solo el Verbo Eterno, al descender a la tierra, pudo rehacer el injerto roto entre la criatura y el Creador —y esperó cuatro mil años para hacerlo.

Desarrollo. Esta pregunta retoma y profundiza lo que ya se entrevió en II.6: Adán pudo llorar su culpa sin poder jamás, únicamente por sus lágrimas, recuperar la posesión perdida. El texto del 20 de diciembre de 1925 da la razón precisa: «faltaba el Divino Ofendido que debía formar el nuevo injerto divino entre la criatura y el Creador […]. Este injerto fue hecho por Mí, Verbo Eterno, después de cuatro mil años, y Adán para entonces había pasado a los umbrales de la eternidad».

Esta razón merece ser meditada con atención, porque toca la lógica más profunda de toda reparación. Una ofensa se repara a la medida de aquel que ha sido herido, no a la medida de quien la ha cometido. Adán podía arrepentirse, llorar, corregirse —y el texto precisa incluso que no volvió a pecar después de su falta—, pero no podía, por su propia iniciativa de criatura, reparar una herida hecha a la infinitud de la Majestad divina. Solo el propio Ofendido, abajándose hasta el ofensor, podía rehacer el vínculo. Esto es exactamente lo que Dios, el Verbo Eterno, vino a realizar en la Encarnación, cuatro mil años, dice el texto, después de la Caída —cifra que no tiene aquí un valor cronológico exacto que discutir, sino que expresa la amplitud de la espera y la gratuidad radical del don que viene finalmente a colmarla.

Esta verdad protege de una tentación permanente de la vida espiritual: creer que un esfuerzo suficientemente intenso, una penitencia suficientemente rigurosa, podría por sí sola restaurar lo que fue perdido. El *Libro de Cielo* dice aquí, en el lenguaje mismo de la doctrina de la gracia, que nada semejante es posible: el Edén perdido no se recupera mediante la ascesis, sino que se recibe de un don que solo Dios ofendido podía ofrecer.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 20 de diciembre de 1925:

> « … faltaba el Divino Ofendido que debía formar el nuevo injerto divino entre la criatura y el Creador, para poder atravesar de nuevo los umbrales de las posesiones del Eterno Querer. Este injerto fue hecho por Mí, Verbo Eterno, después de cuatro mil años, y Adán para entonces había pasado a los umbrales de la eternidad.»
>
> *« … mancava il Divino Offeso che avrebbe dovuto formare il nuovo innesto divino tra la creatura ed il Creatore, per fare varcare di nuovo le soglie dei possedimenti dell'Eterno Volere. Questo innesto venne fatto da Me, Verbo Eterno, dopo quattro mila anni e Adamo era già passato alle soglie dell'eternità. »*

Articulación católica. Toda la doctrina del pecado original en el Catecismo descansa sobre esta misma lógica: el hombre no puede «salir por sí mismo de la esclavitud del pecado» (CIC 407, 389), y por eso «fue necesario que el Hijo de Dios asumiera la naturaleza humana» para reparar lo que el hombre no podía reparar (CIC 457-458). Rom 8,19-22 expresa esta espera a escala de toda la Creación: «la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción […]. Sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto» —gemido que atraviesa precisamente el tiempo entre la Caída y la venida del Redentor. El Catecismo habla también de la «lenta pedagogía» mediante la cual Dios preparó a la humanidad, a través de la Antigua Alianza, para recibir una salvación que no podía darse a sí misma (CIC 55-64) —pedagogía que la cifra simbólica de los «cuatro mil años» del *Libro de Cielo* viene a nombrar con su sabor propio.

Fórmula para recordar. El Edén perdido no se reconquista mediante el esfuerzo humano: solo Dios ofendido podía rehacer, por su parte, el vínculo que el hombre había roto.

Pregunta 10 — ¿Cómo se inscribe la conciencia del pecado personal en esta pérdida más profunda?

Respuesta breve. Cada pecado personal repite, a pequeña escala, el mismo gesto de Adán: un acto de la voluntad humana que se opone a la Divina, o que se busca a sí misma incluso en las obras más santas. La conciencia del pecado personal debe, por tanto, leerse a la luz de esta pérdida más amplia, sin lo cual se reduce a una cuenta de faltas aisladas.

Desarrollo. La Caída no es ante todo un tratado moral sobre el pecado personal: es el gran relato de la pérdida histórica de un Reino. Pero esto no dispensa de reconocer que cada pecado personal se inscribe en esta misma lógica, como una réplica del gesto originario —a escala reducida, sin la agravación propia del mandamiento expresamente enunciado que pesaba únicamente sobre Adán (véase II.2), pero según el mismo mecanismo de fondo. El *Libro de Cielo* da su definición más general: «¿sabes tú qué cosa forma el pecado? Un acto opuesto de la voluntad humana a la Divina» (vol. 5, 18 de octubre de 1903) —definición que vale, en su justa medida, tanto para la falta fundadora de Adán como para la menor resistencia cotidiana a la Voluntad de Dios.

Un segundo texto precisa este mecanismo en el registro más íntimo de la vida espiritual, aquel donde el pecado se hace más sutil: «¡Oh! cuántas almas falsifican la verdadera devoción y profanan las obras más santas con la propia voluntad, buscándose siempre a sí mismas» (vol. 6, 31 de julio de 1904). Este texto es precioso porque muestra que el pecado personal no se limita a las faltas evidentes: puede deslizarse incluso en la oración, el servicio y los actos de devoción aparentemente más generosos, cuando la voluntad propia —y no la Voluntad de Dios— sigue siendo su motor secreto, incluso bajo apariencia de santidad.

La conciencia del pecado personal adquiere, por tanto, a la luz de este capítulo, una profundidad nueva: no es solamente el examen de actos aislados que deben corregirse uno por uno, sino el reconocimiento de que cada resistencia a la Voluntad de Dios, incluso mínima, prolonga en mí el gesto por el cual Adán perdió el Reino —y, por consiguiente, cada acto de unión a esta misma Voluntad participa ya, aunque modestamente, en el camino inverso que toda la historia de la salvación va ahora a recorrer.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 6, 31 de julio de 1904:

> «¡Oh! cuántas almas falsifican la verdadera devoción y profanan las obras más santas con la propia voluntad, buscándose siempre a sí mismas. Y si también en las cosas santas se busca el modo y el gusto propio y la satisfacción de sí misma, se encuentra a sí misma, huye Dios, y no lo encuentra.»
>
> *« Oh! quante anime falsificano la vera devozione e profanano le opere più sante con la propria volontà, cercando sempre se stesse. E se anche nelle cose sante si cerca il modo ed il gusto proprio e la soddisfazione di se stessa, se trova se stessa, sfugge Dio e non lo trova. »*

Articulación católica. El Catecismo distingue cuidadosamente el pecado original, contraído y no cometido, del pecado personal, verdaderamente cometido por cada uno (CIC 404, 1873) —distinción que este capítulo ha mantenido de principio a fin, reservando la materia del pecado personal para esta última pregunta. Pero reconoce también su vínculo: el pecado original dejó al hombre «inclinado al pecado» (CIC 407, *fomes peccati*), de modo que cada falta personal encuentra un terreno ya preparado por esta herida común. Santiago describe precisamente este mecanismo interior: «cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que lo arrastra y lo seduce» (Sant 1,14) —eco exacto de este «buscarse a sí mismo» que denuncia el *Libro de Cielo* incluso en las obras santas. El Padrenuestro, finalmente, une las dos dimensiones en una sola oración: «perdona nuestras ofensas» mira al pecado personal, mientras que «hágase tu Voluntad» mira al Reino entero que debe ser restaurado (CIC 2838-2845, 2822) —signo de que la Iglesia misma nunca separa por completo ambas escalas.

Fórmula para recordar. Cada pecado personal repite, en pequeño, el gesto de Adán: un querer que se busca a sí mismo en lugar de entregarse.

Pregunta 11 — ¿Por qué el amor gratuito de Dios, dado sin medida, sufre por la indiferencia o el desprecio del hombre?

Respuesta breve. Porque Dios quiso, al crear al hombre, un amor de verdadera reciprocidad y no un homenaje mecánico: a diferencia del cielo, del sol y de las estrellas, a los que no dejó libertad alguna, creó al hombre libre, precisamente para que pudiera devolverle un amor verdaderamente suyo. Esta misma libertad, la única que hace posible un amor digno de este nombre, hace posible también su rechazo —y por eso la indiferencia o el desprecio del hombre pueden herir realmente a un amor que, sin ella, quedaría al abrigo de toda herida.

Desarrollo. Un texto del 6 de diciembre de 1919 da esta razón. Jesús explica allí que, al crear el cielo, las estrellas y el sol, no les dejó libertad alguna: el cielo no puede añadir ni quitar una estrella, el sol no puede perder ni añadir una gota de su luz —su perfección está fijada, incapaz tanto de faltar como de merecer. «En cambio al crear al hombre lo dejé libre»: Dios quiso que el hombre colaborara libremente en su propia belleza, que cada acto de virtud añadiera una nueva estrella a su cielo interior —«te amo tanto que no te he hecho

esclavo, sino libre». Esta libertad, expresión suprema de su amor, es también lo que hace posible su abuso.

Un segundo texto, del 4 de septiembre de 1932, explica por qué Dios espera una correspondencia y no una simple recepción pasiva. La Creación entera, dice Jesús, fue hecha «para dar amor, y para recibir la correspondencia del amor de las criaturas»; sin esta correspondencia, sus obras «no habrían sido obras comunicativas, fructíferas, alimentadoras y llenas de vida […] habrían sido como obras pintadas», que cautivan la mirada sin hacer bien a nadie. La correspondencia de amor no es, por tanto, un suplemento facultativo: es lo que distingue un don vivo de una obra simplemente producida. Al querer esta correspondencia en lugar de prescindir de ella, Dios aceptaba de antemano que pudiera faltar; y esta misma falta —no una menor perfección de la obra, sino la ausencia real de una respuesta libremente debida— es lo que el *Libro de Cielo* muestra como un sufrimiento auténtico.

El 4 de febrero de 1922, Jesús da a esta vulnerabilidad una imagen concreta: compara su acción hacia el hombre con la de un rey que, queriendo hacer feliz su reino, pone en circulación un millón para que cada uno tome su parte —pero casi nadie toma más que unos cuantos centavos. Saliendo entre su pueblo, el rey lo descubre cubierto de harapos, enfermo, hambriento, sin techo, y llora: «¡Ah!, si hubieran tomado de mi dinero no vería a ninguno que me haga deshonor cubiertos con harapos…» El don, lejos de ser retirado por la decepción, continúa circulando, a la espera de almas que acepten finalmente recibirlo.

El 29 de agosto y después el 1 de septiembre del mismo año, Jesús retoma esta misma aflicción mediante dos imágenes sucesivas. Sus obras y sus sufrimientos son como los rayos de una rueda cuyo centro sería su Humanidad; si la familia humana no se acerca para recibirlos, estos rayos «quedan suspendidos» —y «la ingratitud humana no sólo no recibe sino desprecia y pisotea». Tres días después, Luisa ve a Jesús «todo afanado y oprimido»: las llamas de su amor, rechazadas por la ingratitud humana en el momento mismo en que querían expandirse, lo sofocan. «¡Ah! las penas de mi amor superan a todas mis demás penas juntas», le dice.

Un último texto, del 20 de noviembre de 1922, nombra directamente lo que se juega en esta herida. Jesús recuerda allí que había establecido, al crear al hombre, «innumerables corrientes de amor» continuas entre Él y cada facultad de la criatura. El pecado rompió estas corrientes; la Redención las restableció; pero el hombre sigue rompiéndolas mediante su ingratitud. En esta misma corriente, dice Jesús, se encuentra ahora «el amor traicionado, el amor negado, el amor rechazado, el amor desconocido, el amor pisoteado».

Esta pregunta completa II.9, que mostraba por qué el hombre no podía reparar por sí mismo la ofensa hecha a Dios. Aquí el obstáculo ya no es de orden teológico, sino moral: el don, una vez vuelto nuevamente accesible por la Redención, no encuentra ninguna imposibilidad de naturaleza —solo la indiferencia o el desprecio de una libertad que prefiere permanecer en su miseria antes que tender la mano, esa misma libertad sin la cual su amor nunca habría podido ser verdaderamente dado.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 6 de diciembre de 1919:

> «Hija mía, amo tanto a la criatura, que al crear el cielo, las estrellas, el sol y toda la naturaleza, no les dejé ninguna libertad, así que el cielo no puede agregar una estrella más, ni quitar ninguna; ni el sol perder o agregar una gota de luz de más; en cambio, al crear al hombre lo dejé libre […] te amo tanto que no te he hecho esclavo, sino libre." Pero, ¡ay!, cuánto abuso de este poder que te he dado; tienes el atrevimiento de convertirlo en tu ruina y en ofensa a tu Creador.»

« Figlia mia, amo tanto la creatura, che nel creare il cielo, le stelle, il sole e tutta la natura, non lasciai loro alcuna libertà, sicché il cielo non può aggiungere una stella di più né una di meno, né il sole può sperdere o aggiungere una goccia di luce di più; invece, nel creare l'uomo lo lasciai libero […] ti amo tanto che non ti ho fatto schiavo, ma libero." Ma ahi! quanto abuso di questo potere che ti ho dato, hai il coraggio di convertirlo a tua rovina e ad offesa del tuo Creatore. »

El mismo Jesús, vol. 31, 4 de septiembre de 1932:

« … la Creación fue hecha por nuestro Ente Supremo para dar amor y para recibir la correspondencia del amor de las criaturas. […] de otro modo, nuestras obras no habrían sido obras comunicativas, fructíferas, alimentadoras y llenas de vida para hacer feliz al hombre; habrían sido como obras pintadas que, a lo sumo, cautivan la vista, pero no habrían hecho bien a nadie.»

« … la Creazione fu fatta dal nostro Ente Supremo per dare amore e per ricevere il ricambio dell'amore delle creature. […] altrimenti le nostre opere non sarebbero state opere comunicative, fruttifere, alimentatrici e piene di vita per felicitare l'uomo, sarebbero state come opere dipinte, che tutt'al più allettano la vista, ma non avrebbero fatto bene a nessuno. »

El mismo Jesús, vol. 14, 4 de febrero de 1922:

«Yo, al crear al hombre hice como un rey, que queriendo hacer feliz su reino toma un millón y lo pone a disposición de todos […]. ¡Ah!, si hubieran tomado de mi dinero no vería a ninguno que me haga deshonor cubiertos con harapos, sino bien vestidos; no vería enfermos sino sanos […]. Pero es tanta la bondad de este rey, que a pesar de tanta ingratitud no retira ese millón…»

« Io, nel creare l'uomo feci come un re, che volendo rendere felice il suo regno, prende un milione e lo mette in giro, affinché chi ne vuole ne prenda, ma per quanto gira, appena qualcuno prende qualche centesimo […]. Ah! se avessero preso i miei soldi non avrei visto nessuno farmi disonore, coperti di stracci, ma ben vestiti; né infermi, ma sani […]. Ma è tanta la bontà di questo re, che ad onta di tanta ingratitudine non ritira questo milione… »

El mismo Jesús, vol. 14, 29 de agosto y después 1 de septiembre de 1922:

«Imagínate una rueda, el centro de la rueda es mi Humanidad, los rayos son todo lo que hice y sufrí […]. ¡Oh! cuánto sufro al ver tantos bienes míos suspendidos, que la ingratitud humana no sólo no recibe sino desprecia y pisotea.» […] «Mis llamas me devoran […] ¡ah! las penas de mi amor superan a todas mis demás penas juntas.»

« Immaginati una ruota, il centro della ruota è la mia Umanità […]. Oh! quanto soffro nel vedere i tanti miei beni sospesi, che l'umana ingratitudine non solo non riceve, ma disprezza e calpesta. » […] « le mie fiamme mi divorano […] ahi! le pene del mio amore superano tutte le mie pene insieme. »

El mismo Jesús, vol. 14, 20 de noviembre de 1922:

« … las penas del amor son las más lacerantes. […] está el amor traicionado, el amor negado, el amor rechazado, el amor desconocido, el amor pisoteado, etc…»

« … le pene dell'amore sono le più strazianti. […] c'è l'amore tradito, l'amore negato, l'amore respinto, l'amore sconosciuto, l'amore calpestato… »

Articulación católica. Podría objetarse que un Dios que sufre, que llora, que se siente «sofocado» por un amor rechazado parece contradecir la doctrina de su impasibilidad —como

si la criatura pudiera herir realmente a su Creador. Pero el Catecismo enseña que Dios creó al hombre racional confiriéndole la dignidad de una persona «dotada de la iniciativa y del dominio de sus actos» (CIC 1730): es esta misma libertad, condición de todo amor verdadero, la que hace posible su rechazo. Las revelaciones aprobadas del Sagrado Corazón contienen una queja semejante: a pesar de todo el amor prodigado a los hombres, Jesús no recibe de la mayoría más que ingratitudes y frialdades —queja retomada desde entonces en la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón. La parábola de los invitados a las bodas ilustra el mismo contraste a escala del Reino: un banquete gratuito, preparado por un señor generoso, acogido con indiferencia por aquellos mismos que habían sido invitados en primer lugar (Mt 22,1-14; Lc 14,16-24). Este lenguaje no atribuye a Dios ninguna imperfección ni cambio real: traduce, con palabras de la experiencia humana, el precio verdadero de la libertad que Él dio.

Fórmula para recordar. Dios creó al hombre libre, no esclavo, para recibir de él un amor verdaderamente suyo —y esta misma libertad que hace posible el amor hace posible también su herida.

Tercera parte — La Redención: Jesús rehace al hombre y prepara el retorno del Reino

---

Pregunta 1 — ¿Por qué el Verbo se habría hecho carne aunque el hombre no hubiera pecado?

Respuesta breve. Según la luz propia del *Libro de Cielo*, el Verbo se habría hecho carne aunque el hombre no hubiera pecado: ya era, desde toda la eternidad, la finalidad primera de la Creación que la Divina Voluntad reinara visiblemente en una criatura coronada como cabeza de la familia humana. El pecado de Adán no hizo necesaria la Encarnación allí donde, de otro modo, no lo habría sido —solo cambió su modo: en vez de venir como rey glorioso escoltado por sus ángeles, el Verbo vino bajo las apariencias más humildes, pobre y sufriente, para sanar al hombre a quien, de otro modo, habría encontrado ya feliz y santo.

Desarrollo. Es preciso descartar aquí un contrasentido al que se expone fácilmente toda presentación rápida de la Redención: hacer del pecado la causa que *desencadena* la Encarnación, como si, sin la Caída, el Verbo nunca hubiera venido a habitar entre los hombres. El *Libro de Cielo* se opone formalmente a esta lectura y coincide, en este punto, con la tradición teológica conocida como tesis de la primacía absoluta de Cristo, defendida especialmente por el beato Juan Duns Escoto.

Jesús se lo dice a Luisa sin rodeos: si Adán no hubiese pecado, el Verbo Eterno habría venido igualmente a la tierra, glorioso, triunfante, escoltado visiblemente por su ejército angélico, coronado como rey y colocado a la cabeza de la familia humana —para que esta tuviera el insigne honor de poder decir: tenemos un rey, hombre y Dios. Más aún, precisa el texto, Jesús no habría venido «a encontrar al hombre enfermo»: sin la Caída, no habría existido enfermedad alguna, ni del alma ni del cuerpo, y habría venido a encontrar al hombre ya feliz, santo y colmado de la plenitud de los bienes recibidos en su creación.

Pero el hombre quiso hacer su propia voluntad y «cambió nuestra suerte» —no el hecho de que el Verbo debiera descender, que permanecía decretado desde toda la eternidad y que ninguna criatura podía desplazar, sino el modo y el aspecto de su venida. El Verbo descendió igualmente, bajo las apariencias más humildes, pobre, sufriente, cargado con las miserias del hombre a quien venía a sanar en vez de coronar. La Resurrección, añade el texto, constituye precisamente la confirmación diferida de aquel modo glorioso originario: la Humanidad resucitada, revestida de luz, ya no sujeta al sufrimiento ni a la muerte, muestra lo que la Encarnación habría sido desde el primer día si el pecado no hubiese cambiado su vestidura.

Esta distinción entre el *hecho* de la Encarnación, absolutamente querido e independiente del pecado, y su *modo*, condicionado por la Caída, permite mantener unidos, sin contradicción, este texto y otro segundo, complementario: una vez producida la Caída, fue necesario, *en el orden de ejecución*, sanar al hombre antes de hacer reinar en él la Divina Voluntad —pero este orden de ejecución no debe confundirse con la razón última de la venida del Verbo, que sigue siendo la misma con o sin pecado: que la Divina Voluntad reine visiblemente en una criatura, cabeza de toda la familia humana.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 25, 31 de marzo de 1929:

«Si Adán no hubiese pecado, el Verbo Eterno, que es la misma Voluntad del Padre Celestial, debía venir a la tierra glorioso, triunfante y dominador, acompañado visiblemente por su ejército angélico, que todos debían ver, y con el esplendor de su gloria debía fascinar a todos y atraer a todos a Sí con su belleza; coronado como rey y con el cetro de mando para ser rey y cabeza de la familia humana, de modo de darle el gran honor de poder decir: "Tenemos un rey hombre y Dios". Mucho más que tu Jesús no descendía del Cielo para encontrar al hombre enfermo, porque si no se hubiera sustraído de mi Voluntad Divina, no debían existir enfermedades, ni de alma ni de cuerpo, porque fue la voluntad humana la que casi ahogó de penas a la pobre criatura; el Fiat Divino era intangible de toda pena y tal debía ser el hombre. Por lo tanto Yo debía venir a encontrar al hombre feliz, santo y con la plenitud de los bienes con los cuales lo había creado. En cambio, porque quiso hacer su voluntad cambió nuestra suerte, y como estaba decretado que Yo debía descender sobre la tierra, y cuando la Divinidad decreta, no hay quien la aparte, sólo cambié modo y aspecto, así que descendí, pero bajo vestidos humildísimos, pobre, sin ningún aparato de gloria, sufriente, llorando y cargado con todas las miserias y penas del hombre.»

« Se Adamo non avesse peccato l'Eterno Verbo, per Volontà del Padre Celeste, sarebbe venuto lo stesso sulla terra glorioso, trionfante e dominatore, accompagnato visibilmente dal suo esercito Angelico che tutti avrebbero visto e, con lo splendore della sua gloria, avrebbe affascinato tutti e attirato tutti a sé con la sua bellezza, coronato da re e con lo scettro del comando, per essere re, a capo dell'umana famiglia in modo da darle il grande onore di poter dire: abbiamo un re: uomo e Dio. Molto più che il tuo Gesù non sarebbe sceso dal Cielo per trovare l'uomo malato, perché se non si fosse sottratto alla mia Volontà Divina, non sarebbero esistite malattie né di anima, né di corpo, perché fu l'umana volontà che quasi affogò con le pene la povera creatura. Il Fiat era intangibile di ogni pena e tale doveva essere l'uomo. Quindi io sarei venuto a trovare l'uomo felice, santo e con la pienezza dei beni con cui l'avevo creato. Invece siccome volle fare la sua volontà, cambiò la nostra sorte e siccome era decretato che io dovessi scendere sulla terra e quando la Divinità decreta, non c'è chi la sposti, cambiai solo modo ed aspetto, ma vi scesi, sotto spoglie umilissime, povero, senza alcun apparato di gloria, sofferente, piangente e carico di tutte le miserie e pene dell'uomo. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 28 de abril de 1923, mostrando el orden de ejecución una vez producida la Caída:

«Es verdad que vine a la tierra para redimir al hombre, pero mi finalidad principal fue que la Voluntad Divina triunfase sobre la voluntad humana poniendo de acuerdo estas dos voluntades y haciendo de ellas una sola, llevándola a aquella Voluntad de donde había salido. Ésta era la principal ofensa que mi Padre Celestial recibió del hombre, y Yo debía resarcirlo; de otro modo no le habría dado plena satisfacción. Pero para obtener la primera finalidad, debí primero poner fuera la segunda, esto es, salvarlo, darle la mano porque estaba caído, lavarlo del fango en el cual yacía; …»

« E' vero che venni sulla terra per redimere l'uomo, ma il mio scopo principale fu che la Volontà Divina trionfasse sulla volontà umana coll'accordare insieme queste due volontà e farne una sola, col portarla in quella Volontà donde era uscita, era questa la principale offesa che il mio Celeste Padre ricevette dall'uomo ed Io dovevo risarcirlo, altrimenti non gli avrei dato piena soddisfazione. Ma per ottenere il primo scopo, dovetti prima mettere fuori il secondo, cioè salvarlo, dargli la mano perché caduto, lavarlo dal fango in cui giaceva; … »

Articulación católica. La cuestión del motivo de la Encarnación —¿se habría hecho carne el Verbo si el hombre no hubiera pecado?— es una *cuestión disputada* de la teología

católica, nunca zanjada por el Magisterio en un sentido o en otro. Santo Tomás de Aquino sostiene, como opinión probable y no cierta, que la Encarnación tuvo el pecado como causa ocasional (*Suma teológica*, III, q. 1, a. 3); el beato Juan Duns Escoto defiende, por el contrario, la primacía absoluta de Cristo, predestinado en primer lugar dentro del designio divino, independientemente de la previsión del pecado. Esta segunda tesis se apoya en textos escriturísticos mayores: Cristo es llamado «primogénito de toda criatura», en quien «todo fue creado» y que «es anterior a todo» (Col 1,15-17); y Dios «nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo» (Ef 1,4) —versículos que sitúan a Cristo en el origen mismo del designio creador, no como un remedio añadido posteriormente. El *Libro de Cielo* toma aquí partido sin ambigüedad por la línea escotista, lo cual esta obra puede legítimamente referir como una luz propia de Luisa Piccarreta, sin pretender zanjar un debate que la propia Iglesia deja abierto entre los teólogos.

Fórmula para recordar. El pecado no hizo nacer el designio de la Encarnación: solo cambió su vestidura —de la púrpura real al sudario del siervo sufriente.

Pregunta 2 — ¿Por qué sufre Jesús desde el primer instante de su Encarnación?

Respuesta breve. Desde el mismo instante de su Concepción en el seno de María, la Humanidad santísima de Jesús, dotada del uso perfecto de la razón, conoció y abrazó todo el dolor de la condición caída que venía a asumir: la Pasión visible del Calvario no hace sino manifestar en el tiempo una Pasión interior ya plenamente llevada desde el primer instante de la Encarnación.

Desarrollo. Esta pregunta vuelve sobre lo establecido en III.1: el Verbo se hizo carne por amor, bajo un modo humilde y sufriente desde la Caída. Ahora es preciso señalar que esta venida no fue, desde su primerísimo instante, otra cosa que un don ya sufriente —y no solamente desde Getsemaní (véase III.5, más adelante) o desde el Calvario.

Jesús confía a Luisa, en dos textos distintos y convergentes, la primera pena de su vida terrena. El primero explica que la primera pena que sintió y que duró toda su vida fue la «pena de la muerte»: su Divinidad, plenamente feliz e inaccesible a todo sufrimiento, quedó unida a una Humanidad sujeta, por amor a las criaturas, a la muerte y a las penas —sentidas con tanta viveza que, sin el sostén de su propia Divinidad, habría muerto verdaderamente. «La Encarnación —dice— no fue otra cosa que darme en poder de la criatura.» El segundo texto, recibido la víspera de Navidad dos años después, precisa el contenido concreto de este sufrimiento: inmovilidad total en la estrechez del seno materno, oscuridad sin el más mínimo rayo de luz, imposibilidad de gemir o sollozar para aliviar su pena. Jesús vincula explícitamente este sufrimiento al intercambio ya central en esta obra (VI): su Humanidad se había comprometido a «morir» tantas veces como la criatura había hecho morir en sí la Divina Voluntad, dando vida a su propia voluntad —de modo que, desde su Concepción, ya trabajaba para extender el Reino del Fiat en su Humanidad, al precio de no dar jamás vida a su propia voluntad humana.

Un tercer testimonio, esta vez de la propia María, confirma e ilumina estos dos textos: la oscuridad del seno materno estaba formada por la voluntad humana y los pecados de los hombres; Jesús eligió esta «dulce prisión» precisamente para expulsar del hombre la oscuridad en la cual él mismo se había encerrado.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 24 de diciembre de 1924:

> «… ¿sabes tú cuál fue la primera pena que sufrí desde el primer instante de mi

Concepción y que me duró toda la vida? La pena de la muerte. Mi Divinidad descendía del Cielo plenamente feliz, intangible de cualquier pena y de cualquier muerte, y cuando vi a mi pequeña Humanidad sujeta a la muerte y a las penas por amor a las criaturas, sentí tan a lo vivo la pena de la muerte, que por pura pena habría muerto de verdad si la potencia de mi Divinidad no me hubiera sostenido con un prodigio […] así que la Encarnación no fue otra cosa que darme en poder de la criatura.»

« … sai tu quale fu la prima pena che soffrii nel primo atto del mio Concepimento e che mi durò tutta la vita? La pena della morte. La mia Divinità scendeva dal Cielo pienamente felice, intangibile da qualunque pena e da qualsiasi morte. Quando vidi la mia piccola Umanità, soggetta per amor delle creature alla morte ed alle pene, sentii così al vivo la pena della morte, che per pura pena sarei morto davvero se la potenza della mia Divinità non mi avesse sorretto con un prodigio […] sicché l'incarnazione non fu altro che un darmi in balia della creatura. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 24 de diciembre de 1926:

«Hija mía, mi estado en el seno materno fue dolorosísimo, mi pequeña Humanidad tenía el uso perfecto de razón y de sabiduría infinita, por lo tanto, desde el primer instante de mi concepción comprendía todo mi estado doloroso, la oscuridad de la cárcel materna […]. Mi pequeña Humanidad había tomado el empeño de morir tantas veces, para satisfacer a la Divina Justicia, por cuantas veces las criaturas habían hecho morir la Voluntad Divina en ellas, haciendo la gran afrenta de dar vida a la voluntad humana y haciendo morir en ellas una Voluntad Divina.»

« Figlia mia, il mio stato nel seno Materno fu dolorosissimo, la mia piccola Umanità aveva l'uso perfetto di ragione e di sapienza infinita, quindi fin dal primo istante del mio concepimento, comprendevo tutto il mio stato doloroso, l'oscurità del carcere materno […]. La mia Umanità aveva preso l'impegno di morire tante volte, per soddisfare la Divina Giustizia, per quante volte la creatura aveva fatto morire la Volontà Divina in loro, facendo il grande affronto di dar vita all'umana volontà e facendo morire in loro una Volontà Divina. »

Un cuarto texto da a esta misma Concepción una imagen de sorprendente pequeñez física, que no quita nada a su inmensidad interior: Jesús revela que su pequeñísima Humanidad, en el primer instante de su Concepción, podía compararse con el tamaño de una avellana —y que, en esta Humanidad minúscula, la inmensidad de su Voluntad contenía ya, como bajo un microscopio, a todas las almas del pasado, del presente y del futuro.

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 18 de julio de 1923:

«… no hay cosa —ni amor, ni grandeza, ni potencia— que pueda compararse con mi Concepción […]. En cuanto la potencia divina formó esta pequeñísima Humanidad, tan pequeña que podía compararse al tamaño de una avellana, pero con todos los miembros proporcionados y formados, y el Verbo quedó concebido en Ella, la inmensidad de mi Voluntad, encerrando todas las criaturas pasadas, presentes y futuras, concibió en Ella todas las vidas de las criaturas; y conforme crecía la mía, así crecían ellas en Mí, de modo que, mientras aparentemente parecía solo, visto con el microscopio de mi Voluntad, se veían concebidas todas las criaturas; …»

« … non c'è cosa, né amore, né grandezza, né potenza, che possa paragonarsi al mio concepimento […]. Non appena la potenza divina formò questa piccolissima Umanità, tanto piccola che poteva paragonarsi alla grossezza d'una nocciola, ma con le membra tutte proporzionate e formate ed il Verbo restò concepito in Essa, l'immensità della mia Volontà, racchiudendo tutte le creature passate, presenti e future, concepì in Essa tutte

le vite delle creature e come cresceva la mia, così crescevano loro in Me, sicché mentre apparentemente sembravo solo, visto col microscopio della mia Volontà si vedevano concepite tutte le creature; … »

Articulación católica. El Catecismo enseña que «toda la vida de Cristo es Misterio de Recapitulación», de modo que «todo lo que Cristo vivió» permanece accesible para que nosotros «lo vivamos en Él» (CIC 518, 521) —esta recapitulación, muestra el texto, comienza desde la Concepción, y no solamente en Getsemaní o en el Calvario. San Pablo canta ya este anonadamiento radical: Cristo, «siendo de condición divina […] se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo» (Flp 2,6-7) —kénosis que este texto del *Libro de Cielo* sitúa, con una precisión inédita, desde el primerísimo instante de la unión hipostática.

Fórmula para recordar. La Pasión de Jesús no comienza en el Huerto de los Olivos: comienza en el primer latido de su Humanidad concebida, ya enteramente entregada.

Pregunta 3 — ¿Qué nos enseñan las dos voluntades de Cristo?

Respuesta breve. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, posee una voluntad divina y una voluntad humana verdaderamente distintas —su voluntad humana no es suprimida ni absorbida por su voluntad divina, sino que le está libre y perfectamente sometida. Este misterio, definido por la Iglesia contra la herejía monotelita, es el modelo exacto e insuperable de lo que la Divina Voluntad pide a cada criatura: no el aniquilamiento de la voluntad humana, sino su unión filial con la Voluntad de Dios.

Desarrollo. Esta pregunta establece un principio doctrinal decisivo que todo el resto de la obra deberá respetar. El riesgo, en efecto, es real: al hablar sin cesar de «hacer una sola Voluntad» entre el hombre y Dios, se podría deslizar hacia la idea de que la voluntad propia de la criatura debe desaparecer, disolverse, dejar de existir como voluntad distinta. Ahora bien, esto no es precisamente lo que enseña la Iglesia acerca del propio Cristo —y es en Él, antes que en ningún otro, donde debe contemplarse este misterio.

En el siglo VII, la herejía monotelita enseñaba que Cristo no tenía más que una sola voluntad, la divina, y que su naturaleza humana quedaba como absorbida por ella. El tercer Concilio de Constantinopla (680-681) condenó este error y definió que Cristo posee dos voluntades naturales, divina y humana, que actúan cada una según lo que le es propio, sin confusión ni separación, estando la voluntad humana sometida a la voluntad divina —no por coacción, sino mediante un acuerdo libre y perfecto.

Esta definición arroja una luz decisiva sobre todo lo que el *Libro de Cielo* enseña acerca de «vivir en la Divina Voluntad». Cuando Jesús dice a Luisa, como se verá en las preguntas siguientes, que hizo «una sola cosa» de su voluntad y de la Voluntad del Padre, no describe una fusión que suprimiría su voluntad humana: describe la unión más perfecta que pueda concebirse entre dos voluntades realmente distintas, permaneciendo una plenamente ella misma al ofrecerse por entero a la otra. Este es el modelo mismo de lo que la Divina Voluntad propone a cada alma: no dejar de querer, sino querer con Dios lo que Dios quiere, sin que la voluntad propia sea aniquilada —muy al contrario, es al unirse cuando alcanza su plena nobleza, como mostró la Primera parte a propósito de Adán.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 18 de marzo de 1922:

> «Cuando la voluntad humana se une con la Voluntad Divina, las dos voluntades se abrazan y reposan juntas.»

« Quando la volontà umana si unisce alla Volontà Divina, le due volontà si abbracciano e riposano insieme. »

Articulación católica. El Catecismo resume así la doctrina emanada de Constantinopla III: la Iglesia «confesó […] que Cristo posee dos voluntades y dos operaciones naturales, divinas y humanas, no opuestas, sino cooperantes», de forma que «el Verbo hecho carne, en su obediencia al Padre, ha querido humanamente todo lo que ha decidido divinamente» (CIC 475). El Evangelio ofrece su imagen más sobrecogedora en el propio Getsemaní: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42) —una voluntad humana real, que expresa su propia repugnancia y que, sin embargo, se somete libremente. Jesús dice en otro lugar: «he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38) —versículo que supone claramente dos voluntades distintas, sin lo cual esta misma frase no tendría sentido alguno.

Fórmula para recordar. En Cristo, la unión de las voluntades no borra la voluntad humana: siendo plenamente ella misma, se entrega por entero a la Voluntad del Padre y encuentra así su perfección.

Pregunta 4 — ¿Por qué debía Jesús poseer en sí el Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús debía poseer plenamente en su Humanidad el Reino de la Divina Voluntad —es decir, vivir, en su naturaleza humana, la unión perfecta y total con la Voluntad del Padre—, pues nadie puede devolver a otro un bien que no posee él mismo en plenitud. El Reino perdido por Adán debía ser formado de nuevo, intacto, primero en la Humanidad de Cristo, antes de poder ser devuelto a la criatura.

Desarrollo. La pregunta anterior ha establecido que Jesús y el Padre no forman, en sus voluntades, más que un solo y mismo querer libremente unido. Es preciso ahora precisar dónde y cómo se realizó concretamente esta unión perfecta: no solamente en la eternidad del Verbo, sino en el tiempo mismo de la Humanidad de Jesús, como un Reino verdaderamente poseído, habitado, vivido.

El *Libro de Cielo* es aquí preciso: no se trata solamente de que Jesús «hiciera» la Voluntad del Padre mediante una serie de actos obedientes; se trata de que el Reino mismo de esta Voluntad Suprema fue *formado* dentro de su Humanidad, en el centro de su corazón. Puesto que el hombre, en la persona de Adán, había perdido este Reino sin esperanza alguna de poder readquirirlo por sus propias fuerzas, la Humanidad de Jesús tuvo que reconquistarlo mediante penas íntimas e inauditas —no por un decreto exterior, sino mediante una posesión realmente vivida, al precio de un sufrimiento del que la Pasión no será sino la manifestación extrema.

Esta precisión es decisiva para comprender toda la economía de la Redención según el *Libro de Cielo*: Cristo no trae solamente el perdón de los pecados, trae de nuevo en su misma Humanidad el Reino perdido, para poder después, desde este Reino que posee en plenitud, dárselo a la criatura. Solo se da lo que se tiene: y porque el Reino de la Divina Voluntad fue primero formado, poseído y vivido en la Humanidad de Jesús, este Reino puede desde ahora ser ofrecido a quienquiera que se una a Él.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 14 de julio de 1926:

«Hija mía, la perfecta gloria y el honor completo a mi Voluntad lo dio mi Humanidad, fue propiamente en mi interior, en el centro de este corazón, donde formé el Reino del Querer Supremo; y como el hombre lo había perdido no había esperanza de poderlo

readquirir, mi Humanidad lo readquirió con penas íntimas e inauditas, dándole todos los honores debidos y la gloria que le había sido quitada por la criatura, para darlo de nuevo a ella. Así que el Reino de mi Voluntad fue formado dentro de mi Humanidad; …»

« Figlia mia, la mia Umanità diede la perfetta gloria e l'onore completo alla mia Volontà, fu proprio nel mio interno, nel centro di questo cuore, che formai il Regno del Voler Supremo; e siccome l'uomo lo aveva perduto, né c'era speranza di poterlo acquistare, la mia Umanità lo riacquistò con pene intime ed inaudite, dandogli tutti gli onori dovuti e la gloria toltagli dalla creatura, per ridarlo di nuovo alla creatura. Sicché il Regno della mia Volontà fu formato nella mia Umanità, … »

Articulación católica. San Pablo enseña que «en él quiso Dios que residiera toda la plenitud» (Col 1,19) —una plenitud realmente poseída en la Humanidad de Cristo, no solamente dispuesta en Dios desde toda la eternidad. San Juan añade: «Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia» (Jn 1,16) —solo recibimos de una plenitud que existe verdaderamente y que podemos, por tanto, con el *Libro de Cielo*, llamar un Reino poseído antes de ser dado. El Catecismo recuerda que Cristo recapitula en sí «toda la historia de la salvación» (CIC 518): su vida entera, incluida su vida interior más oculta, pertenece a la obra redentora —lo que incluye, según el *Libro de Cielo*, esta posesión íntima y dolorosa del Reino del Fiat.

Fórmula para recordar. Jesús solo podía dar el Reino de la Divina Voluntad poseyéndolo primero Él mismo en plenitud, en el centro de su propio corazón.

Pregunta 5 — ¿Qué significa el cáliz de Getsemaní a la luz del Fiat?

Respuesta breve. El cáliz que Jesús pide al Padre que aparte en el Huerto no es ante todo el de los sufrimientos de su Pasión: es el cáliz de la voluntad humana de todas las criaturas, sin la Divina Voluntad —un cáliz de amargura y de vicio tan repugnante que la Humanidad de Jesús, unida a la Divinidad, experimentó ante él un horror y un terror extremos. Al repetir tres veces «non mea voluntas, sed Tua Fiat», Jesús obtuvo para la tierra el futuro establecimiento del Reinado del Fiat.

Desarrollo. El relato evangélico de la agonía es bien conocido; lo que aquí revela el *Libro de Cielo* precisa su sentido de manera decisiva, descartando una lectura demasiado inmediata. Podría creerse que Jesús, en Getsemaní, temía ante todo los sufrimientos físicos y la muerte que lo aguardaban. El texto dictado a Luisa afirma lo contrario con una claridad sobrecogedora: no era por el cáliz de su Pasión por lo que suplicaba al Padre.

Lo que Jesús veía y sentía en este cáliz era la voluntad humana de todas las generaciones, separada de la Divina Voluntad —esa voluntad propia, cuya Segunda parte ha mostrado que es la raíz de todo pecado (II.2, II.10)—, condensada, como encerrada en un único recipiente, con toda la amargura y toda la plenitud de vicios que ha producido a lo largo de los siglos. Ante esta masa de mal, su voluntad humana, aunque perfectamente unida a la Divina, experimentó una repulsión tan intensa que llegó, dice el texto, a sentir que iba a morir en el acto —si la propia Divinidad no lo hubiera sostenido.

Fue entonces cuando Jesús repitió tres veces: «Non mea voluntas, sed Tua Fiat». El *Libro de Cielo* da a esta triple repetición un alcance preciso, casi litúrgico: con la primera, Jesús imploraba el advenimiento del Reinado de la Divina Voluntad sobre la tierra; con la segunda, lo hacía descender; con la tercera, lo establecía reinante y dominador. No se trata, por tanto, solamente de una oración de resignación ante el sufrimiento que llega: es, en el sentido

más fuerte, el acto fundacional mediante el cual Jesús obtiene para la humanidad futura el retorno posible del *Fiat Voluntas Tua* a la tierra como en el Cielo —la petición misma que toda la obra toma como hilo conductor.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 4 de enero de 1924:

> «Hija mía, ¿crees tú que fue el cáliz de mi Pasión por el cual decía al Padre: 'Padre, si es posible pase de Mí este cáliz?' No, absolutamente no, era el cáliz de la voluntad humana que contenía tal amargura y plenitud de vicios, que mi voluntad humana unida a la Divina sintió tal repugnancia, terror y espanto, que grité: 'Padre, si es posible pase de Mí este cáliz'. Cómo es fea la voluntad humana sin la Voluntad Divina, la cual casi como dentro de un cáliz se encierra dentro de cada criatura; no hay mal en las generaciones del cual ella no sea el origen, la semilla, la fuente, y Yo, viéndome cubierto por todos estos males que ha producido la voluntad humana, frente a la santidad de la mía me sentía morir, y habría muerto de verdad si la Divinidad no me hubiera sostenido. ¿Pero sabes tú por qué agregué, y por tres veces: 'Non mea voluntas, sed Tua Fiat?' Yo sentía sobre de Mí todas las voluntades de las criaturas juntas, todos sus males, y a nombre de todas grité al Padre: 'No se haga más la voluntad humana en la tierra, sino la Divina; la voluntad humana sea desterrada y la Tuya reine'. Así que desde entonces, y lo quise hacer desde el principio de mi Pasión, porque era la cosa que más me interesaba y la más importante, la de llamar a la tierra el Fiat Voluntas Tua como en el Cielo así en la tierra. Yo era el que a nombre de todos decía: 'Non mea voluntas, sed Tua Fiat'. Desde entonces Yo constituía la época del Fiat Voluntas Tua sobre la tierra; y con decirlo por tres veces, en la primera la impetraba, en la segunda la hacía descender, en la tercera la constituía reinante y dominadora;»
>
> *« Figlia mia, credi tu che per il calice della mia Passione dicevo al Padre: "Padre, se è possibile passi da Me questo calice?" No, non affatto, era il calice della volontà umana che conteneva tale amarezza e pienezza di vizi, che la mia volontà umana, unita alla Divina, provò tale ribrezzo, terrore e spavento, che gridai: "Padre, se è possibile passi da Me questo calice." Com'è brutta la volontà umana senza la Volontà Divina, che, quasi come dentro un calice, si rinchiuse in ciascuna creatura. Non c'è male nelle generazioni, di cui essa non sia l'origine, il seme, la fonte ed Io, vedendomi coperto di tutti questi mali che ha prodotto l'umana volontà, innanzi alla santità della mia mi sentivo morire e sarei morto difatti se la Divinità non mi avesse sostenuto. Ma sai tu perché soggiunsi e per ben tre volte: "Non mea voluntas, sed Tua Fiat?" Io sentivo sopra di Me tutte le volontà delle creature unite insieme, tutti i loro mali e a nome di tutti gridai al Padre: "Non più la volontà umana sia fatta sulla terra, ma la Divina; la volontà umana sia bandita e la Tua vi regni." Sicché fin d'allora, sin dal principio della mia Passione volli chiamare sulla terra il Fiat Voluntas tua come in Cielo così in terra perché era la cosa più importante e che più m'interessava. Io perciò, a nome di tutti, dicevo: "Non mea voluntas, sed Tua Fiat." Fin d'allora Io costituivo l'epoca del Fiat Voluntas tua sulla terra; e col dirlo per ben tre volte, nella prima la impetravo, nella seconda la facevo scendere, nella terza la costituivo regnante e dominatrice. »*

Articulación católica. Los tres evangelios sinópticos refieren la oración de Getsemaní en términos muy próximos: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,39). El Catecismo ve en esta escena la cumbre de la obediencia filial de Cristo: al aceptar en su voluntad humana que se haga la voluntad del Padre, acepta su muerte como redentora (CIC 612) —un combate que triunfa sobre la tentación y que adquiere todo su relieve a la luz de lo que aquí revela el *Libro de Cielo*: no es solamente su propia prueba la que Cristo afronta, sino la de la voluntad humana de todos los hombres, condensada en Él. Santiago describe precisamente lo que contiene este cáliz:

«A cada uno lo tienta su propio deseo cuando lo arrastra y lo seduce» (Sant 1,14) —es este deseo universal, acumulado a lo largo de los siglos, el que Jesús dice haber sentido «sobre de Mí» en el Huerto.

Fórmula para recordar. El cáliz de Getsemaní contenía ante todo toda voluntad humana separada de Dios; al beberlo, Jesús obtuvo para la tierra el retorno del reinado del Fiat.

Pregunta 6 — ¿Cómo rehízo Jesús los actos de todas las criaturas?

Respuesta breve. A lo largo de toda su vida terrena, Jesús rehízo, en su Humanidad unida a la Divinidad, lo que cada criatura de todos los tiempos estaba obligada a hacer para con Dios: adoró, agradeció, reparó, glorificó y oró por cada uno en particular, yendo a buscar en el Querer Eterno cada acto posible de las criaturas para hacerlo suyo.

Desarrollo. Las preguntas precedentes han mostrado que Jesús poseía en su Humanidad el Reino de la Divina Voluntad, reconquistado al precio de penas íntimas. Ahora es preciso determinar cómo se tradujo concretamente esta posesión, acto por acto, en el desarrollo mismo de su vida —porque no se trata solamente de una verdad abstracta, sino de un hecho vivido por Jesús, minuto tras minuto.

El primer texto lo muestra con claridad: Luisa, arrebatada por un instante al interior mismo de la Humanidad de Jesús, comprende que Él, a lo largo de toda su vida, rehacía por todos en general y por cada uno en particular todo lo que cada criatura está obligada a hacer para con Dios —adorando por cada uno, agradeciendo, reparando, glorificando, alabando, sufriendo y orando por cada uno. Todo lo que cada cual debe hacer, dice el texto, ya fue hecho primero en el corazón de Jesucristo. No se trata, por tanto, de un mérito general e indistinto, como una especie de compensación global: es un acto rehecho por cada criatura distintamente, con toda la precisión del amor que conoce a cada persona por su nombre.

Un segundo texto precisa el mecanismo: Jesús pudo realizar esta obra en su Humanidad, sumergida en el Querer Eterno. Su Humanidad, fundida con su Divinidad, nadaba en ese Querer Eterno e iba encontrando todos los actos de las criaturas para hacerlos suyos, dando así al Padre, por parte de las criaturas, una gloria divina, y llevando a cada uno de sus actos el valor, el amor y el beso del Querer Eterno. Esta imagen de la búsqueda —Jesús «iba encontrando» cada acto— muestra que esta obra no tiene nada de automático ni de mecánico: es un movimiento de amor activo que va en busca, uno por uno, de los actos de cada criatura, como un pastor va en busca de cada oveja.

Cita de Luisa. Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 2 de agosto de 1902:

> «… ahora bien, puesto que en la Humanidad de Jesucristo obraba la Divinidad, comprendía con claridad que Jesús bendito, en todo el curso de la vida, rehacía por todos en general y por cada uno en particular todo lo que cada uno está obligado a hacer hacia Dios, de modo que adoraba a Dios por cada uno en particular, agradecía, reparaba, glorificaba por cada uno, alababa, sufría y rogaba por cada uno. Entonces comprendía que todo lo que cada uno debe hacer ya ha sido hecho primero en el corazón de Jesucristo.»
>
> *« … ora, poiché nell'Umanità di Gesù Cristo operava la Divinità, comprendevo con chiarezza che Gesù benedetto in tutto il corso della vita rifaceva per tutti in generale e per ciascuno distintamente tutto ciò che ognuno è obbligato a fare verso Dio, in modo che adorava Iddio per ciascuno in particolare, ringraziava, riparava, glorificava per ciascuno, lodava, soffriva, pregava per ciascuno, onde comprendevo che tutto ciò che ciascuno deve fare, è stato già fatto prima nel cuore di Gesù Cristo. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 29 de enero de 1919:

> «Ahora, el primer eslabón que conjuntó el verdadero vivir en mi Querer fue mi Humanidad, mi Humanidad fundida con mi Divinidad nadaba en el Querer Eterno e iba encontrando todos los actos de las criaturas para hacerlos suyos, y dar al Padre por parte de las criaturas una gloria divina, y dar a todos los actos de las criaturas el valor, el amor y el beso del Querer Eterno.»
>
> *« Ora, il primo anello che congiunse il vero vivere nel mio Volere fu la mia Umanità, la mia Umanità immedesimata con la mia Divinità nuotava nel Voler Eterno ed andava rintracciando tutti gli atti delle creature per farli suoi e dare al Padre da parte delle creature una gloria divina e portare a tutti gli atti delle creature il valore, l'amore, il bacio del Voler Eterno. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que «toda la vida de Cristo es Misterio de Recapitulación», de modo que «todo lo que Cristo vivió» permanece accesible para que nosotros «lo vivamos en Él» y Él lo viva en nosotros (CIC 518, 521) —lo que coincide exactamente con la afirmación del *Libro de Cielo*: los actos de cada criatura ya habían sido vividos, en cierto sentido, en el corazón de Jesús. San Pablo describe este mismo movimiento de recapitulación universal: Dios se propuso «recapitular en Cristo todas las cosas» (Ef 1,10). Cristo no es, por tanto, solamente un ejemplo exterior que imitar: es Aquel en quien cada acto humano encuentra ya, antes incluso de ser realizado, su modelo y su medida.

Fórmula para recordar. Jesús rehízo en el amor del Padre cada acto de toda criatura; actuar en el Fiat es unir nuestro acto al que Él hizo primero.

Pregunta 7 — ¿Por qué reparó Jesús los actos no realizados, mal realizados o realizados humanamente?

Respuesta breve. En el Querer Eterno en el que su Humanidad estaba sumergida, Jesús veía todos los actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron, así como las mismas buenas acciones realizadas solamente de manera humana; Él mismo realizaba los actos no realizados y rehacía los que habían sido mal realizados —obra ya, en sí misma, enteramente perfecta y concluida, a la que objetivamente nada falta.

Desarrollo. La pregunta precedente ha mostrado que Jesús rehacía, acto por acto, lo que cada criatura debía realizar. Ahora es preciso precisar una dimensión más dolorosa de esta obra: Jesús no solo anticipó los buenos actos que los hombres realizarían —colmó también, por adelantado, el vacío de todos aquellos que nunca serían realizados, y remedió la pobreza de los que, aunque realizados, permanecerían puramente humanos, sin la impronta del orden divino.

Pero ¿por qué esta reparación acto por acto, en lugar de una compensación general y suficiente de una vez para siempre? Un primer texto ofrece su raíz, desde el comienzo del ministerio interior de Luisa: Jesús quiso sufrir en su Humanidad, dice, dejando caer sus carnes a pedazos bajo los azotes, deshaciendo casi su Humanidad, para «rehacer la humanidad de las criaturas» y hacerla resurgir llena de vida, de honor y de gloria a la vida eterna (vol. 7, 13 de enero de 1907). Este primer «rehacer» es ya, en sí mismo, enteramente suficiente y concluido —nada le falta, y esta obra nunca necesita ser completada para ser perfecta. Queda por saber por qué Jesús llama, a pesar de todo, al alma a continuarla: la Sexta parte responderá a esta pregunta (VI.16).

Algunos días más tarde, en la misma línea, un texto recibido el 4 de febrero de 1919 retoma esta obra mediante una imagen doméstica. Jesús invita allí a Luisa a venir a ver «cuánto hay que sustituir a tantos actos [suyos] suspendidos aún y no sustituidos por parte de las criaturas»: su Voluntad, dice, debe estar en ella como la primera rueda de un reloj, cuyo movimiento impulsa todas las demás —así, el movimiento del alma que procede de ella viene, a su vez, a sustituir muchos actos de las criaturas y a depositarlos, en nombre de estas, ante su Trono. Este texto no desmiente en nada cuanto acaba de establecerse: la obra de Jesús permanece ya perfecta y concluida; pero se prolonga, sin necesitarlo, en el movimiento de un alma que se convierte, a su medida, en su canal viviente.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 29 de enero de 1919:

> «En este ambiente del Querer Eterno Yo veía todos los actos de las criaturas posibles de hacerse y no hechos, los mismos actos buenos malamente hechos, y Yo hacía los no hechos y rehacía los malamente hechos.»
>
> *« In questo ambiente del Voler Eterno Io vedevo tutti gli atti delle creature possibili a farsi e non fatti, gli stessi atti buoni malamente fatti ed Io facevo i non fatti e rifacevo i malamente fatti. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 4 de febrero de 1919:

> «Hija amada, parto de mi Vida, ven en mi Voluntad, ven a ver cuánto hay que sustituir a tantos actos míos suspendidos aún y no sustituidos por parte de las criaturas. Mi Voluntad debe ser en ti como la primera rueda del reloj, si ella camina todas las demás ruedas caminan, y el reloj señala las horas, los minutos, así que todo el acuerdo está en el movimiento de la primera rueda, y si la primera rueda no tiene movimiento, queda detenido. Así, la primera rueda en ti debe ser mi Voluntad, que debe dar movimiento a tus pensamientos, a tu corazón, a tus deseos, a todo, y como mi Voluntad es la rueda central de mi Ser, de la Creación, y de todo, tu movimiento saliendo de este centro vendrá a sustituir a tantos actos de las criaturas, multiplicándose en los movimientos de todos, como movimiento central, vendrá a poner a mi Trono por parte de las criaturas, los actos de ellas, sustituyéndose a todo. Por eso sé atenta, tu misión es grande, es toda divina».
>
> *« Figlia diletta, parto della mia Vita, vieni nella mia Volontà, viene a vedere quanto c'è da sostituire a tanti atti miei sospesi ancora e non sostituiti da parte delle creature. La mia Volontà dev'essere in te come la prima ruota dell'orologio, se essa cammina tutte le altre ruote camminano e l'orologio segna le ore, i minuti, sicché tutto l'accordo sta nel moto della prima ruota e se la prima ruota non ha moto, resta fermato. Così la prima ruota in te dev'essere la mia Volontà, che deve dare il moto ai tuoi pensieri, al tuo cuore, ai tuoi desideri, a tutto e siccome la mia Volontà è ruota di centro del mio Essere, della Creazione e di tutto, il tuo moto, uscendo da questo centro, verrà a sostituire tanti atti delle creature, che moltiplicandosi nei moti di tutti come moto di centro, verrà a deporre al mio Trono da parte delle creature gli atti loro, sostituendosi a tutto, perciò sii attenta, la tua missione è grande, è tutta divina. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que, por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo «la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en expiación", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará"» (CIC 615; cf. Is 53,10-12) —esta sustitución redentora cubre precisamente lo que el hombre no supo o no quiso hacer. San Pablo lo expresa como en un espejo de la desobediencia de Adán: «Así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos» (Rom 5,19). La Carta a los Hebreos, citando el Salmo 40, pone en boca de Cristo al entrar en el mundo: «Tú no quisiste

sacrificios ni ofrendas […]. Entonces yo dije: He aquí que vengo […] para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad» (Heb 10,5-7) —esta voluntad ofrecida suple cuanto los antiguos sacrificios no podían realizar. San Pablo ofrece de antemano el vocabulario mismo de lo que este texto llama actos que sustituir: los creyentes somos «creados en Cristo Jesús, para hacer las obras buenas, que de antemano dispuso Dios que practicásemos» (Ef 2,10) —obras ya preparadas, que solo esperan ser retomadas por quien se dispone a ello.

Fórmula para recordar. Lo que no hice o hice mal, Jesús ya lo rehízo en su Voluntad; hoy me llama a unirme a esta obra perfecta de la Redención.

Pregunta 8 — ¿Cómo devuelve Jesús al Padre la gloria que el hombre ya no podía darle?

Respuesta breve. Porque el Reino de la Divina Voluntad fue formado en su Humanidad, cada uno de los actos de Jesús —cada pensamiento, cada mirada, cada respiro, cada latido del corazón, cada gota de su sangre— llevó la impronta del Fiat y devolvió así al Padre una gloria perfecta, la gloria misma que la criatura, al retirarse del Fiat, había dejado de ofrecerle.

Desarrollo. III.4 ha mostrado que el Reino de la Divina Voluntad fue formado y reconquistado en la Humanidad de Jesús. Ahora es preciso determinar el efecto concreto de esta posesión: ¿qué gloria producía y de qué manera viene esta gloria a reparar lo que el hombre, desde la Caída, ya no podía devolver a Dios?

La Segunda parte ha mostrado que la pérdida del Reino por Adán no fue solamente una privación exterior: vaciaba desde dentro todos los actos humanos que seguirían, volviéndolos como frutos sin madurez (II.3). El mal correspondiente, por parte de Dios, es, por tanto, una falta de gloria real: los actos del hombre caído, aun siendo buenos, ya no pueden devolver a Dios la gloria plena y entera que un acto unido al Fiat devuelve naturalmente. Esta carencia precisa es la que la Humanidad de Jesús viene a colmar, y de manera sobreabundante.

El texto del *Libro de Cielo* insiste en la totalidad: porque el Reino de la Voluntad fue formado en su Humanidad, todo cuanto se formaba en ella y salía fuera llevaba la impronta del Fiat —cada uno de sus pensamientos, cada una de sus miradas, su respiro, su latido, cada gota de su sangre, absolutamente todo llevaba el sello del Fiat de su Reino supremo. Esto le daba, dice el texto, tanta gloria que Cielo y tierra quedaban como obscurecidos ante Él, por ser su Divina Voluntad superior a toda cosa creada. Esta gloria no es, por tanto, solamente la de las grandes acciones de la vida pública o de la Pasión: es la de cada instante más ordinario de su vida oculta, porque cada instante era vivido en el Fiat.

Así es como Jesús devuelve al Padre exactamente lo que el hombre había dejado de darle: no un suplemento exterior añadido después, sino la restitución, acto por acto, respiro por respiro, de la gloria que la unión con el Fiat produce necesariamente —la gloria misma con la que Adán, antes de la Caída, colmaba el Cielo mediante sus actos más sencillos (II.1), y que el pecado había hecho callar.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 14 de julio de 1926:

> «…por eso todo lo que era formado en mi Humanidad y salía fuera, llevaba la marca del Fiat, cada pensamiento, mirada, respiro, latido, cada gota de mi sangre, todo, todo llevaba el sello del Fiat de mi Reino supremo; esto me daba tanta gloria y me embellecía tanto, que Cielo y tierra quedaban por debajo y como obscurecidos ante Mí, porque mi Voluntad Divina es superior a todo y todo queda por debajo de Ella como su escabel.»

« …perciò tutto ciò che veniva formato in Essa e veniva fuori, portava l'impronta del Fiat, ogni mio pensiero, sguardo, respiro, palpito, ogni goccia del mio sangue, tutto, tutto portava il suggello del Fiat del mio Regno supremo, questo mi dava tanta gloria e mi abbelliva tanto, che Cielo e terra restavano al di sotto e come oscurati innanzi a Me, perché la mia Volontà Divina è superiore a tutto e mette tutto al disotto di Essa come suo sgabello. »

Articulación católica. Jesús mismo resume toda su misión en su oración sacerdotal: «Yo te he glorificado sobre la tierra, he llevado a cabo la obra que me encomendaste» (Jn 17,4) — una gloria ya dada, no solamente prometida, antes incluso de la Cruz. El Catecismo enseña que «En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas» (CIC 2824), fundando sobre este cumplimiento único toda petición cristiana del «hágase tu voluntad». San Pablo describe el término de este abajamiento glorificador: Dios lo exaltó «de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble […] para gloria de Dios Padre» (Flp 2,9-11) —la gloria devuelta al Padre por el Hijo repercute, en el designio divino, sobre toda criatura que se asocia a Él.

Fórmula para recordar. Bastó que el Fiat reinara en un corazón para que cada respiro de ese corazón se convirtiera en una gloria devuelta al Padre —y ese corazón fue el de Jesús.

Pregunta 9 — ¿Por qué la Redención no manifiesta inmediatamente el Don de la vida en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús reconquistó y formó el Reino de su Voluntad en su Humanidad ya en el tiempo de la Redención, pero no podía darlo inmediatamente a criaturas que aún no habían recibido y hecho fructificar todos los bienes de la Redención misma, destinados a servirles de preparación, de ajuar y de antídoto antes de entrar en el Reino de la Divina Voluntad: dar de entrada un bien tan grande, sin esta preparación, habría expuesto al hombre al riesgo de volver a caer, como Adán, en una segunda caída.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado que Jesús poseía ya, en su Humanidad, el Reino pleno de la Divina Voluntad. Surge entonces necesariamente una pregunta: ¿por qué este Reino, ya formado y ya ganado al precio de la Sangre, no fue manifestado y dado de inmediato a toda la humanidad redimida, en vez de esperar, como enseña la Quinta parte, la misión propia de Luisa, casi diecinueve siglos más tarde?

El *Libro de Cielo* responde mediante una imagen: Jesús se compara, a través de los siglos de espera, con una madre encinta que sufre por no poder dar a luz al hijo que lleva. «Más que madre embarazada he estado por tantos siglos, cuánto he sufrido», dice a Luisa, explicando que este sufrimiento procedía de ver en peligro los intereses de su gloria, tanto los de la Creación como los de la Redención, mientras conservaba este Reino como oculto, en secreto, en su corazón.

La razón de esta espera se da con precisión: al no ver en las criaturas las verdaderas disposiciones para recibir este parto, y puesto que todavía no habían recibido todos los bienes que contiene el Reino de la Redención, Jesús no podía arriesgarse a darles el Reino de su Voluntad, que contiene bienes aún mayores. Más aún: los bienes de la Redención servirán ellos mismos de ajuar, de antídoto, para que, al entrar en el Reino de la Divina Voluntad, las almas no puedan repetir una segunda caída, como hizo Adán. La pedagogía divina aparece aquí en toda su coherencia: un don tan grande exige un suelo preparado; y este suelo es precisamente la vida cristiana ordinaria, vivida en la gracia y en los sacramentos de la Redención, que debe primero dar sus frutos antes de que el Reino aún más vasto pueda ser revelado sin peligro.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 14 de julio de 1926:

> «Más que madre embarazada he estado por tantos siglos: cuánto he sufrido, cómo he penado al ver en peligro los intereses de mi gloria, tanto de la Creación como de la Redención; mucho más porque tenía este Reino como en secreto y escondido en mi corazón, sin tener siquiera el desahogo de manifestarlo, y esto me hacía penar aún más, porque, no viendo en las criaturas las verdaderas disposiciones para poder dar este mi parto, y no habiendo tomado ellas todos los bienes que hay en el Reino de la Redención, no podía arriesgarme a darles el Reino de mi Voluntad, que contiene bienes más grandes; mucho más porque los bienes de la Redención servirán como ajuar, como antídoto, para hacer que, entrando en el Reino de mi Voluntad, no puedan repetir una segunda caída, como hizo Adán.»
>
> *« Più che madre pregna sono stato per tanti secoli, quanto ho sofferto! Come ho spasimato nel vedere in pericolo gli interessi della mia gloria, tanto della Creazione quanto della Redenzione, molto più che tenevo questo Regno come in segreto e celato nel mio cuore, senza avere neppure lo sfogo di manifestarlo e questo mi faceva spasimare di più, perché non vedendo nelle creature le vere disposizioni per poter dare questo mio parto e non avendo loro preso tutti i beni che ci sono nel Regno della Redenzione, non potevo azzardarmi a dare loro il Regno della mia Volontà che contiene beni più grandi, molto più che i beni della Redenzione serviranno come corredo, come antidoto, per fare che entrando nel Regno della mia Volontà non potessero ripetere una seconda caduta, come fece Adamo »*

Articulación católica. Jesús mismo anuncia a sus discípulos esta misma pedagogía de la revelación progresiva: «Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora» (Jn 16,12) —palabra que autoriza, sin imponerla, la idea de profundizaciones ulteriores de la Revelación, siempre en continuidad y nunca en ruptura con lo que fue transmitido de una vez para siempre a los Apóstoles (CIC 66-67). El Catecismo enseña, por otra parte, que Dios condujo toda la historia de la salvación mediante una «pedagogía divina», revelándose por etapas y «preparando» a su pueblo para recibir en plenitud lo que quería darle (CIC 53, 122). San Pablo, igualmente, sitúa la venida del Hijo «cuando llegó la plenitud del tiempo» (Gál 4,4) —una plenitud, no un momento cualquiera: lo que el *Libro de Cielo* aplica, por analogía prudente y jamás reivindicada como dogma, al don aún más tardío de la vida en la Divina Voluntad.

Fórmula para recordar. Jesús no retrasaba su Reino por indiferencia, sino por un amor de madre que espera que el hijo que lleva encuentre un mundo dispuesto a recibirlo.

Pregunta 10 — ¿Cómo prepara la Pasión el Reino del Fiat?

Respuesta breve. El Reino de la Redención, obtenido por la Pasión y la muerte de Jesús, cura y prepara al hombre enfermo y herido por el pecado; esta misma Sangre derramada sirve después de pasaporte para entrar en el Reino más vasto de la Divina Voluntad, en el que solo entran almas ya curadas y restituidas a su plena salud espiritual.

Desarrollo. La pregunta anterior ha explicado por qué el Reino de la Divina Voluntad no podía ser dado inmediatamente: era necesario primero que los frutos de la Redención fueran recibidos y dieran fruto. Conviene ahora precisar positivamente el vínculo entre ambos Reinos, para evitar oponerlos como dos dones rivales, o hacer del segundo una superación que volviera caduco al primero.

El *Libro de Cielo* elige una imagen tomada de la experiencia común de la enfermedad y de la

curación: el Reino de la Redención es aquel donde los ciegos, los cojos y los enfermos pueden ser curados —porque en el Reino de la Divina Voluntad, precisa el texto, no entran los ciegos, sino solamente los rectos y de floreciente salud. Dicho de otro modo, la Redención no es un Reino de segundo orden, llamado a desaparecer ante el primero: es el hospital necesario, el lugar de la curación sin la cual nadie podría soportar la plena luz del Reino que viene después.

Y es este mismo misterio pascual, dice el texto, el que se convierte después en el pasaporte que permite pasar de un Reino al otro: el Reino de la Redención proporciona todos los medios necesarios para la curación, así como el mismo pasaporte de la pasión y muerte de Jesús, para entrar en el Reino de su Voluntad. La Pasión no es, pues, solamente la puerta de entrada a la vida de la gracia ordinaria: sigue siendo, para toda alma que avanza más lejos hacia la vida en el Fiat, el título mismo de su paso, el documento que ninguna etapa ulterior vuelve inútil o caduco. Este vínculo orgánico entre los dos Reinos protege de un grave error: el Don de la vida en la Divina Voluntad nunca dispensa de la Cruz, de los sacramentos o de la vida de gracia ordinaria; los presupone, los corona y los lleva a su cumplimiento, como desarrollará plenamente la Décima parte a propósito de la reparación y de las 24 Horas.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 1 de julio de 1926:

> «…después de que han conocido el Reino de la Redención donde pueden curarse los ciegos, los cojos, los enfermos, porque en el Reino de mi Voluntad no entran los ciegos, sino todos derechos y de florida salud, encontrando todos los medios posibles en el Reino de la Redención y el mismo pasaporte de mi pasión y muerte para pasar al Reino de mi Voluntad…»
>
> *« …dopo che hanno conosciuto il Regno della Redenzione, dove possono guarire i ciechi, gli zoppi, i malati, poiché nel Regno della mia Volontà non entrano i ciechi, ma tutti i dritti e di florida salute, trovando tutti i mezzi possibili nel Regno della Redenzione e lo stesso passaporto della mia passione e morte per passare nel Regno della mia Volontà… »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que por su Pasión Cristo nos «libera del pecado» y nos «mereció la justificación» (CIC 617) —siendo precisamente esta justificación el remedio, el antídoto ya anunciado en la pregunta anterior. Jesús, al morir, proclama: «Está cumplido» (Jn 19,30) —un cumplimiento de la Redención que no es todavía el cumplimiento del Reino prometido, pero que constituye su condición definitivamente adquirida. San Pablo describe este mismo movimiento de reconciliación total por la Cruz: «Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz» (Col 1,20) —una reconciliación universal que prepara, sin agotarlo todavía, el reinado pleno de la Voluntad de Dios «en la tierra como en el Cielo».

Fórmula para recordar. El Reino de la Redención cura; el Reino de la Voluntad hace reinar —y es la misma Sangre la que abre ambas puertas.

Pregunta 11 — ¿Cómo prosiguen la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés la obra de la Redención?

Respuesta breve. La Resurrección de Jesús, «primer acto» que restituye a toda criatura el derecho de resucitar en su alma y en su cuerpo, abre cuarenta días durante los cuales Él mismo enseña y confirma el futuro reinado de su Voluntad; su Ascensión, lejos de ser una simple partida, abre una presencia nueva —se va y permanece—, y Pentecostés, al

derramar sobre toda la Iglesia el mismo Espíritu, termina de abrir en la historia el espacio donde este reinado podrá un día desplegarse plenamente.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado que la Sangre derramada en la Pasión sirve de pasaporte para entrar en el Reino de la Divina Voluntad. Queda por considerar lo que el *Libro de Cielo* enseña sobre los acontecimientos que cierran el paso visible de Jesús por la tierra —su Resurrección, los cuarenta días que la siguen, su Ascensión— y sobre Pentecostés, que los prolonga, para ver cómo cada uno continúa preparando, en el tiempo, el retorno de este mismo Reino.

El *Libro de Cielo* enseña ante todo que la Resurrección de Jesús no restituye solamente la gloria a su alma: devuelve a todo el género humano un derecho que el pecado le había quitado, el de resucitar no solo en su alma, sino también en su cuerpo. Jesús explica esta restitución mediante un principio que la Octava parte desarrollará plenamente (VIII.7): el del primer acto, que encierra en germen todos los actos semejantes llamados a seguirlo —sin este primer acto, dice, ningún otro habría podido tener lugar.

Los cuarenta días que siguen no son, por tanto, un simple plazo antes de la Ascensión. Jesús enseña que retoman el mismo sentido oculto que los demás números simbólicos de su vida —los cuarenta días de Belén, los cuarenta días del desierto: quiso permanecer cuarenta días sobre la tierra después de su Resurrección, dice, «para confirmar el reino del Fiat Divino y sus cuarenta siglos de reino que debía poseer» (*Libro de Cielo*, vol. 22, 8 de septiembre de 1927)—, enlazando así, mediante un texto distinto, con la misma enseñanza sobre el ritmo de los siglos ya establecida en otra parte del corpus (XI.6).

Viene finalmente la Ascensión misma, que el *Libro de Cielo* relata en un texto detallado del 20 de mayo de 1936. Jesús explica en él que se iba y permanecía al mismo tiempo: ausente de la vista, permanecía mediante sus penas ya ofrecidas, mediante el Santísimo Sacramento que instituía para darse sin cesar y mediante el vínculo más estrecho que sentía con la familia humana, a la que dejaba de ver sin abandonarla jamás en su Corazón. Merece señalarse un último detalle de este texto: María misma, presente entre los discípulos en aquella hora, recibe de Jesús una misión que no termina con su entrada en el Cielo —no contenta con tener a sus hijos en la gloria, los quiere también sobre la tierra, en este reinado todavía por venir.

Sobre Pentecostés mismo, el corpus es más discreto; basta aquí con retener lo que profesa toda la Iglesia: aquel día fue dado, de una vez para siempre, el Espíritu por quien la espera de este reinado debía proseguirse a través de los siglos de la historia cristiana —el papel propio de este Espíritu en el tercer Fiat será precisado más adelante (XI.4).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 34, 20 de mayo de 1936:

> «Hija mía bendita, no hay suceso de mi Vida que no simbolice el reino de mi Divina Voluntad, en este día de mi Ascensión Yo me sentía victorioso y triunfante, mis penas habían terminado, más bien dejaba mis penas ya sufridas en medio a mis hijos que dejaba sobre la tierra, como ayuda, fuerza y sostén, y como refugio dónde esconderse en sus penas, para tomar de las mías el heroísmo en sus sacrificios, puedo decir que dejaba mis penas, mis ejemplos y mi misma Vida como simiente, que madurándose y creciendo debía hacer surgir el reino de mi Divina Voluntad. Así que partía y quedaba, quedaba en virtud de mis penas, quedaba en sus corazones para ser amado, después que mi Santísima Humanidad subía al Cielo sentía más estrecho el vínculo de la familia humana, por consiguiente no me habría adaptado a no recibir el amor de mis hijos y hermanos que dejaba en la tierra; quedé en el Santísimo Sacramento para darme continuamente a ellos […]. Ahora, en medio a los discípulos estaba mi Mamá que asistía a mi partida para el Cielo, este es el más bello símbolo. Por tanto, Ella es

la Reina de mi Iglesia, la asiste, la protege, la defiende […] no está contenta con tener a sus hijos en el Cielo en el reino de la Divina Voluntad, sino que los quiere también sobre la tierra, siente que la tarea dada a Ella por Dios como Madre y Reina no la ha completado, su misión no ha terminado hasta en tanto que no reine la Divina Voluntad sobre la tierra en medio a las criaturas.»

« Figlia mia benedetta, non vi è tratto della mia vita che non simboleggi il regno della mia Divina Volontà, in questo giorno della mia Ascensione Io mi sentivo vittorioso e trionfante, le mie pene erano già finite, anzi lasciavo le mie pene già sofferte, in mezzo ai miei figli che lasciavo sulla terra, per aiuto, per forza e per sostegno e come rifugio in cui potersi nascondere nelle loro pene, per attingere dalle mie l'eroismo nei loro sacrifici, posso dire che lasciavo le mie pene, i miei esempi e la mia stessa Vita, come semenza che, maturandosi e crescendo, avrebbe fatto sorgere il regno della mia Divina Volontà. Sicché partivo e restavo, restavo in virtù delle mie pene, restavo nei loro cuori per essere amato. Dopo che la mia Santissima Umanità salì al Cielo, sentii più stretto il vincolo dell'umana famiglia, quindi non mi sarei adattato a non ricevere l'amore dei miei figli e fratelli che lasciavo sulla terra, restai nel Santissimo Sacramento per darmi continuamente a loro […]. Ora in mezzo ai discepoli c'era la mia Mamma, che assisteva alla mia partita per il Cielo, questo è il più bel simbolo. Sicché Essa è la Regina della mia Chiesa, l'assiste, la protegge, la difende […] non è contenta di avere i suoi figli in Cielo nel regno della Divina Volontà, ma li vuole anche sulla terra, sente che il compito datole da Dio come Madre e Regina non l'ha compiuto, la sua missione non è finita, fino a tanto che non regna la Divina Volontà sulla terra in mezzo alle creature. »

Luisa da a esta misma hora un eco orante, en la recopilación que dedica, por otra parte, a la Vigésima cuarta hora de su *Pía peregrinación* —ya no la enseñanza de Jesús, sino la propia voz del alma que le responde (este mismo texto será citado de nuevo en VIII.11, a propósito de la ronda en la Redención):

«Mientras Tú, con tu entrada triunfante en el Paraíso, abres las puertas cerradas desde hace tantos siglos a la pobre humanidad, yo pongo mi te amo sobre aquellas puertas eternas y te ruego, por aquella misma bendición que diste a todos los discípulos que asistieron a la fiesta de tu Ascensión, que bendigas todas las voluntades humanas, para que conozcan y aprecien el don de la vida vivida en tu Querer. Por el gran amor con que nos abriste las puertas del Cielo, te ruego, oh glorioso Jesús mío, que hagas descender de aquellas mismas puertas tu Divina Voluntad, para que reine sobre la tierra como reina en el Cielo. Amor mío, ya estás sentado a la derecha del Padre: abismada en mi pobre pequeña nada, te adoro, te bendigo, te doy gracias y formo continuamente con mi te amo largas cadenas que unan la tierra al Cielo. ¡Ah!, deja siempre abiertas las puertas de la Morada Celestial, para que yo pueda venir incesantemente a tus pies, subir entre tus brazos, para repetirte sin cesar mi canto de amor: "Mándanos el Reino de tu Santo Querer y que tu Divina Voluntad se haga sobre la tierra como se cumple en el Cielo". ¡Así sea!»

« Mentre Tu, con la tua entrata trionfante in Paradiso apri i battenti chiusi da tanti secoli alla povera umanità, io metto il mio Ti amo su quelle porte eternali e Ti prego, per quella stessa benedizione che desti a tutti i discepoli che assistettero alla festa della tua Ascensione, di benedire tutte le umane volontà, affinché esse conoscano e apprezzino il dono della vita vissuta nel tuo Volere. Per il grande amore con cui ci apristi le porte del Cielo, Ti prego, o mio glorioso Gesù, di far discendere da quelle stesse porte la tua Divina Volontà affinché Essa regni sulla terra così come regna in Cielo. Amor mio, già sei assiso alla destra del Padre: inabissata nel mio povero piccolo nulla io Ti adoro, Ti benedico, Ti ringrazio e formo continuamente col mio Ti amo lunghe catene che congiungano la

terra al Cielo. Deh, lascia sempre aperte le porte della Celeste Dimora, affinché io possa incessantemente venire ai tuoi piedi, salire fra le tue braccia, per ripeterti senza posa il mio canto d'amore: "Mandaci il Regno del tuo Santo Volere e la tua Volontà Divina si faccia sulla terra così come si compie in Cielo!" Così sia! »

Cita de referencia. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 18 de abril de 1927:

«Hija mía, con el resucitar, mi Humanidad dio el derecho a todas las criaturas de hacer resucitar no sólo sus almas a la gloria y a la bienaventuranza eterna, sino también a sus cuerpos […]. Quien hace el primer acto debe tener la virtud de encerrar en sí todos los demás actos que deben hacer las otras criaturas, de modo que en virtud del primer acto, los demás puedan imitarlo y hacer el mismo acto.»

« Figlia mia, la mia Umanità col risorgere diede il diritto a tutte le creature di far risorgere non solo le loro anime alla gloria ed alla beatitudine eterna, ma anche i loro corpi […]. Chi fa il primo atto deve tenere tale virtù da racchiudere in sé tutti gli altri atti che devono fare le altre creature, in modo che in virtù del primo atto, gli altri possono imitare e fare lo stesso atto. »

Articulación católica. Podría causar extrañeza que un texto que acaba de afirmar, en III.10, que la Pasión ya ha obtenido el pasaporte y la curación parezca aquí supeditar todavía la culminación de la obra a la misión no cumplida de María y a un reinado que aún ha de venir. Sin embargo, no hay tensión alguna entre ambas cosas: lo que el *Libro de Cielo* llama inacabado nunca es la Redención misma —perfecta y suficiente, como Jesús proclama en la Cruz: «Está cumplido» (Jn 19,30, ya citado en Q10)—, sino su plena manifestación en la historia, el reinado visible de una gracia ya adquirida. El Catecismo distingue igualmente dos tiempos en la gloria de Cristo resucitado: durante los cuarenta días, su gloria permanece todavía velada «bajo los rasgos de una humanidad ordinaria», mientras continúa instruyendo a los suyos sobre el Reino (CIC 659; cf. Hch 1,3) —un Reino ya obtenido en su principio, pero todavía no plenamente desplegado, exactamente como enseña aquí el *Libro de Cielo*. San Pablo mantiene igualmente unidas estas dos verdades sin oponerlas: Cristo resucitado, «primicias de los que durmieron», es ya «principio y fuente de nuestra resurrección futura» (CIC 655; 1 Co 15,20-22) —un fundamento definitivamente puesto, cuyo fruto final sigue siendo, sin embargo, objeto de esperanza y no de posesión consumada. En cuanto a Pentecostés, no introduce aquí una cuarta economía: en él fue dado, de una vez para siempre, el Espíritu por quien esta misma espera debía proseguirse a través de la historia de la Iglesia.

Fórmula para recordar. Por su Resurrección, Jesús devuelve al hombre el derecho a revivir; por su Ascensión, abre la espera del Reino; por Pentecostés, da a la Iglesia el Espíritu que prepara su cumplimiento.

Pregunta 12 — ¿Por qué el retorno del Reino es la corona de la Redención?

Respuesta breve. El Fiat que creó el universo y el Fiat que realizó la Redención están ya entrelazados uno en otro como un solo y mismo acto divino; pero este entrelazamiento permanece inacabado mientras un tercer Fiat no venga a coronar los dos primeros, uniéndose a ellos mediante un acto humano libremente ofrecido. El retorno del Reino no añade, por tanto, nada extraño a la Creación y a la Redención: es su cumplimiento orgánico, sin el cual la obra divina permanecería incompleta, según las propias palabras de Jesús.

Desarrollo. Después de la obra de Jesús que acaba de exponerse, queda por considerar a María, y después a Luisa, por quienes esta misma economía continúa desplegándose en la

historia —como mostrarán las Partes Cuarta y Quinta. El *Libro de Cielo* ofrece aquí una visión de conjunto de gran belleza arquitectónica, que retoma y confirma el principio mismo anunciado en la introducción de esta obra: la economía de la salvación se despliega en tres Fiat.

La propia Luisa formula esta intuición en una meditación cuyos términos Jesús va a confirmar y prolongar uno por uno: el Fiat formó todo el universo, imprimiendo su marca en cada cosa creada; el Fiat formó igualmente la Redención, de modo que no hay nada que haya hecho el Verbo Eterno donde no esté este mismo Fiat, que, haciéndole corona, le da vida. El Fiat de la Creación y el Fiat de la Redención están, pues, ya entrelazados uno en otro, haciéndose eco el uno en el otro hasta formar uno solo. Pero —y aquí se encuentra la cima de toda la enseñanza recogida en esta parte— Jesús le ha dicho muchas veces que se necesita un tercer Fiat para que la obra de la Creación y la de la Redención queden verdaderamente completadas.

Jesús explica entonces por qué este tercer Fiat es necesario y no superfluo: si la Majestad Suprema derramó tanto amor en todas las cosas creadas por su Fiat omnipotente hacia el género humano, era justo que el Hijo, en este mismo Fiat, realizara otros tantos actos para corresponder a este amor, entrelazando el suyo con el del Padre —pero estos dos Fiat, dice, no quieren permanecer en dos: quieren un tercero, para estar en tres, y este tercer Fiat debe elevarse desde la tierra misma mediante un acto a la vez humano y divino. Así se cierra el círculo abierto desde la Primera parte: la Creación esperaba un rey que viviera en ella en el Fiat (I.6, I.10); la Redención rehízo a este hombre y volvió a formar en su seno el Reino perdido; pero la obra entera —Creación, Redención— permanece a la espera de un último acto, humano, libremente ofrecido desde la tierra, que venga a entrelazarse con los dos primeros para que, según la propia palabra de Jesús, ya no falte nada al cumplimiento de su designio. Este acto, y la misión que debe introducirlo en la historia, serán contemplados en las partes siguientes.

Cita de Luisa. Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 23 de enero de 1924:

> «El Fiat formó todo el universo, y en el Fiat la Divinidad hizo alarde de su amor hacia el hombre, señalándolo en cada cosa creada, de modo que en cada cosa creada se ve aquel Fiat impreso, que con tanta maestría, potencia y armonía brotó del seno Divino hacia la criatura. El Fiat formó la Redención, tanto, que en cada cosa que hizo el Verbo Eterno está el Fiat, que haciéndole corona le da vida, así que el Fiat Creante y el Fiat Redimiente están entrelazados juntos, y uno hace eco en el otro y forman uno solo; entonces no hay acto creado en el que mi dulce Jesús no haya entrelazado con su Fiat. Ahora, mi adorado Jesús me ha dicho tantas veces que se necesita el tercer Fiat para hacer que la obra de la Creación y de la Redención sean completadas, …»
>
> *« Il Fiat formò tutto l'universo e nel Fiat fece pompa la Divinità del suo amore verso l'uomo, additandolo in ogni cosa creata, in modo che in ogni cosa creata si vede impresso quel Fiat, che con tanta maestria, potenza ed armonia sprigionò dal seno divino verso la creatura. Il Fiat formò la Redenzione, tanto, che in ogni cosa che fece il Verbo Eterno c'è il Fiat, che facendole corona le dà vita. Sicché il Fiat Creante ed il Fiat Redimente sono intrecciati insieme e l'uno fa eco nell'altro e ne formano uno solo, onde non c'è atto creato che il mio dolce Gesù non intrecciò col ricambio del suo Fiat. Ora, il mio adorato Gesù mi ha detto tante volte che ci vuole il terzo Fiat per fare che l'opera della Creazione e della Redenzione siano completate, … »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 23 de enero de 1924:

> «Hija mía, si la Majestad Suprema hizo salir tanto amor en todas las cosas creadas por su Fiat Omnipotente sobre el género humano, era justo que Yo, Hijo suyo, en su mismo

> Fiat hiciera otros tantos actos para corresponderlo por su amor, entrelazando los suyos con los míos, para hacer que de la tierra se elevase otro Fiat, humano y Divino, para darse el beso, entrelazarse juntos y sustituir a la correspondencia del amor de todas las criaturas […]. Ahora, este Fiat no quiere que sean sólo dos, quiere el tercer Fiat, quiere estar en tres, y este tercer Fiat lo harás tú, …»
>
> *« Figlia mia, se la Maestà Suprema sprigionò tanto amore in tutte le cose create dal suo Fiat onnipotente verso il genere umano, era giusto che Io, Figlio suo, nel suo stesso Fiat facessi altrettanti atti per ricambiarlo del suo amore, intrecciando il suo col mio, per fare che dalla terra si elevasse un altro Fiat umano e divino che si dessero il bacio, si intrecciassero insieme e sostituissero il ricambio dell'amore di tutte le creature […]. Ora, questi Fiat non vogliono essere in due, vogliono il terzo Fiat, per essere in tre e questo terzo Fiat lo farai tu, … »*

Articulación católica. San Pablo resume en una fórmula densa todo el designio que Dios se propuso «desde toda la eternidad»: «dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1,9-10) —versículo que esta obra toma como anclaje escriturístico central y que encuentra en la imagen de los tres Fiat entrelazados una traducción sorprendente. El Catecismo enseña que Cristo es ya «Señor del cosmos y de la historia» (CIC 668), pero que la plenitud de su realeza aún no se ha manifestado sobre todas las cosas: la Escritura espera todavía el momento en que Cristo «entregue el reino a Dios Padre […] Así Dios será todo en todos» (1 Co 15,24-28). Esta espera, lejos de introducir una cronología extraña a la fe católica, se inscribe en la misma esperanza que profesa cada Padrenuestro: «venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» —esperanza cuyos justos límites precisará la Undécima parte, contra toda lectura milenarista.

Fórmula para recordar. La Creación y la Redención están ya, como dos Fiat, entrelazadas en uno solo; pero Dios espera todavía, desde la tierra, el tercer Fiat que las coronará.

Pregunta 13 — ¿Por qué el alma debe pasar por la Humanidad de Jesús para entrar en el Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Porque Jesús mismo lo enseña sin rodeos: su Humanidad fue, durante su vida terrena, el «cielo» donde habitaba su Divinidad, y permanece para siempre como la única puerta por la que el alma debe entrar para encontrar esa misma Divinidad y vivir de su Voluntad. Ninguna elevación mística, por alta que sea, permite alcanzar directamente la Divinidad eludiendo esta Humanidad que el Verbo asumió precisamente para dárnosla como camino.

Desarrollo. El *Libro de Cielo* vuelve repetidas veces sobre una imagen tan sencilla como decisiva: la Humanidad de Jesús como «cielo» —es decir, como el lugar ordenado donde su Divinidad se deja ver, se transparenta y habita. Jesús lo enseña ya en 1904: durante su vida terrena, «mi cielo fue mi Humanidad», y esta Humanidad debía traslucir al exterior el orden de la Divinidad que la habitaba interiormente. Después de la Resurrección y la Ascensión, este cielo de su Humanidad subió al Cielo empíreo —pero su «cielo sobre la tierra» debía continuar existiendo, constituido desde entonces por las almas que dan alojamiento a su Divinidad. Este texto por sí solo invierte una posible objeción: lejos de quedar superada o dejada atrás una vez alcanzada la Divinidad, la Humanidad de Jesús permanece, hasta el fin de los tiempos, como modelo y condición de toda inhabitación semejante en un alma.

Un segundo texto (1919) precisa esta doctrina mediante una imagen de constelación: los

santos de los siglos pasados, que vivieron en la resignación a la Voluntad de Dios sin poseer plenamente este Don, son como las estrellas que adornan «el cielo de [esta] Humanidad»; quienes viven en la propia Divina Voluntad simbolizan su Humanidad resucitada y gloriosa —no una Humanidad superada, sino una Humanidad llevada a su pleno cumplimiento, de la que se convierten en imágenes vivientes.

El tercer texto (1925) es el más explícito de todos y proporciona la fórmula que resume toda esta pregunta: «Mi Humanidad tenía dos voluntades, la humana y la Divina […]. Si quieres recorrer los caminos del eterno Querer, entra por la puerta de mi Humanidad, dentro encontrarás mi Divinidad». Este texto coincide exactamente con lo que III.3 ya ha establecido acerca de las dos voluntades de Cristo: nunca es una Divinidad abstracta, separada de la Humanidad concreta del Salvador, la que se invita al alma a alcanzar, sino la Divinidad tal como se da a través de esta Humanidad precisa, con su historia, sus llagas y su Resurrección. Otro texto del *Libro de Cielo* (1926) confirma esta misma necesidad mediante la imagen del árbol: para restaurar al hombre en el seno de su Voluntad, Jesús tuvo que «formar por medio de [su] Humanidad la raíz, el tronco, las ramas» de las que únicamente podía salir el fruto celestial —nadie obtiene jamás el fruto sin el árbol.

Lo que esta obra dirá más adelante acerca de los sacramentos (IX.4; XI.16) coincide, bajo una luz diferente, con lo que acaba de establecerse aquí: el Reino prometido nunca se recibe saltando por encima de la mediación de Cristo, sino siempre a través de ella, llevada a su mayor intensidad. Pasar por la Humanidad de Jesús no es, por tanto, una etapa provisional que el alma avanzada dejaría un día atrás: es la puerta que permanece abierta y por la que nunca deja de entrar más profundamente.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 8 de marzo de 1925:

> «Hija mía, ¿quieres tú recorrer todos los actos de mi Voluntad salidos de Ella para bien de todas las criaturas? Ven conmigo en mi Humanidad […] mi Humanidad tenía dos voluntades, la humana y la Divina, y todo lo que Yo hacía lo depositaba en la Divina […]. Entonces, si quieres recorrer los caminos del eterno Querer, entra por la puerta de mi Humanidad, dentro encontrarás mi Divinidad y la Divina Voluntad te hará presente, como en acto, todo lo que ha hecho, hace y hará; …»
>
> *« Figlia mia, vuoi tu percorrere tutti gli atti della mia Volontà usciti da Essa a bene di tutte le creature? Vieni con Me nella mia Umanità […] la mia Umanità aveva due volontà: l'umana e la Divina e tutto ciò che Io facevo deponevo nella Divina […]. Ora, se vuoi percorrere le vie dell'eterno Volere, entra dalla porta della mia Umanità, vi troverai la mia Divinità, e la Divina Volontà ti farà presente, come in atto, tutto ciò che ha fatto, fa e farà, … »*

Cita de referencia. Jesús a Luisa, vol. 6, 18 de noviembre de 1904:

> «Hija mía, cuando vine a la tierra, mi cielo fue mi Humanidad […]. Ahora bien, cuando el cielo de mi Humanidad, después de la Resurrección, ascendió al Cielo empíreo, mi cielo sobre la tierra debía continuar existiendo, y éste está constituido por las almas que dan habitación a mi Divinidad, …»
>
> *« Figlia mia, quando venni in terra, il mio cielo fu la mia Umanità […]. Or, quando il cielo della mia Umanità, dopo la Risurrezione, ascese al cielo empireo, il mio cielo sulla terra doveva continuare a sussistere e questo è costituito dalle anime che danno l'abitazione alla mia Divinità, … »*

Articulación católica. Jesús proclama Él mismo: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6) —palabras que corresponden término por término a la imagen de la puerta ofrecida por el *Libro de Cielo*. San Pablo enseña que «en él habita

la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2,9), y que «Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2,5): mediación que nunca constituye un intermediario provisional que haya que superar, sino la vía única y permanente establecida por Dios mismo. Lo que se despliega desde la Tercera parte son las consecuencias vividas de esta verdad ya profesada por toda la Iglesia.

Fórmula para recordar. Jamás se alcanza la Divinidad de Jesús dejando atrás su Humanidad: se entra en ella a través de esta, como por una puerta que nunca se cierra.

Cuarta parte — María: la criatura que nunca perdió el Reino

Pregunta 1 — ¿Por qué María es el modelo perfecto de la vida en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. De toda la historia del mundo, Jesús —en su Humanidad santísima, inseparablemente unida a la Persona del Verbo— y María, la única pura criatura de toda la descendencia de Adán, son los dos únicos que han vivido de la Divina Voluntad sin dar jamás vida a una voluntad propia separada del Fiat. Allí donde Adán, aun siendo inocente, sólo tuvo un período de vida en el Fiat, interrumpido por la Caída, sólo María posee una vida y unas obras enteramente cumplidas en la Divina Voluntad, sin defecto ni interrupción, desde el primer instante de su Concepción hasta su Asunción.

Desarrollo. Después de haber contemplado el designio originario (Primera parte), su pérdida (Segunda parte) y su restauración por Cristo (Tercera parte), esta obra debe presentar ahora a la criatura en quien este designio encuentra, antes incluso del cumplimiento final prometido para el fin de los tiempos, su realización más perfecta ya alcanzada: María. Es preciso establecer desde el principio, con claridad, lo que distingue radicalmente su situación de la de cualquier otro santo.

Jesús se lo dice a Luisa sin ambigüedad: de toda la historia del mundo, sólo dos sujetos han vivido de la Divina Voluntad sin hacer nacer jamás en ellos una voluntad propia separada del Fiat —la Soberana Reina, pura criatura, y Él mismo, en su Humanidad santísima, personalmente unida al Verbo eterno. No se trata, por tanto, de una cuestión de grado de santidad, como si María fuera simplemente «más santa» que los demás santos; es una diferencia de naturaleza en la relación con la propia Divina Voluntad, que la sitúa, únicamente con Cristo, fuera de la condición común de cualquier otra criatura, incluidos los santos más grandes.

Un segundo texto precisa esta singularidad por contraste con el propio Adán. Antes de su caída, Adán vivía plenamente en la unidad del Fiat, y sus actos de entonces, dice Jesús, permanecen intangibles y gloriosos por toda la eternidad (véase I.9). Pero la vida de Adán en la Divina Voluntad, precisa el texto, nunca fue «una obra cumplida», sino solamente «un período de vida» —un período bello y glorioso, pero un período, interrumpido por la culpa. Sólo María posee una vida y unas obras enteramente cumplidas en este Fiat, desde el primer instante hasta el último, sin que interrupción alguna haya roto jamás su continuidad. Esta continuidad perfecta, y no una simple intensidad superior de gracia, es la que hace de María el modelo perfecto: sólo ella muestra, realizada íntegramente en una pura criatura, la vida que toda esta obra llama a cada alma a recibir.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 25, 31 de marzo de 1929:

> «Además, para confirmarte mejor cómo la voluntad humana cambió su propia suerte y la de la Divina Voluntad con respecto a ella, debes saber que, en toda la historia del mundo, sólo dos criaturas han vivido de Voluntad Divina sin hacer jamás la suya: la Soberana Reina y Yo.»
>
> *« Oltre a ciò, per confermarti maggiormente come la volontà umana cambiò la sorte sua e quella della Divina Volontà a suo riguardo. Tu devi sapere che in tutta la storia*

del mondo solo due creature hanno vissuto di Volontà Divina senza mai fare la loro: la Sovrana Regina ed io. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 10 de septiembre de 1928:

«… porque él no fue una obra completa en mi Querer Divino, sino un período de vida. Sólo la Soberana Reina posee vida y obras completas en mi Fiat; por eso no hay quien pueda igualarla, …»

« … perché Lui non fu opera compiuta nel mio Voler Divino, ma periodo di vita. Solo la Sovrana Regina possiede vita ed opere compiute nel mio Fiat, perciò non c'è chi la possa pareggiare, … »

Articulación católica. La Iglesia profesa que María fue «llena de gracia» (Lc 1,28) desde el primer instante de su existencia —no por un privilegio añadido a una naturaleza común, sino por una plenitud que la constituye como tal. El Catecismo enseña que María ocupa un lugar único en el misterio de Cristo y de la Iglesia, «la primera y la más perfecta» de los discípulos (CIC 967); el Concilio Vaticano II la llama «tipo y modelo» (*typus*) de la propia Iglesia en la fe, la esperanza y la caridad (*Lumen Gentium* 63). Puede afirmarse, por tanto, sin restar nada al dogma católico de la santidad propia de cada santo, que la singularidad mariana revelada por el *Libro de Cielo* no es una excepción a la doctrina común de la Iglesia, sino una de sus formulaciones más luminosas: la plenitud de gracia de la que habla la Escritura se traduce, en el vocabulario del Fiat, en una vida sin interrupción en la Divina Voluntad.

Fórmula para recordar. Adán tuvo una primavera en el Fiat; sólo María tuvo toda la estación, desde el primero hasta el último día.

Pregunta 2 — ¿Qué vínculo existe entre la Inmaculada Concepción y el Reino del Fiat?

Respuesta breve. La Concepción inmaculada de María no fue solamente una preservación de la culpa original: fue, en el vocabulario propio de *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, el prodigio por el cual el Fiat divino recorrió en ella, en un solo instante, las seis etapas que la Creación entera había necesitado seis días para cumplir —de modo que María tomó posesión del Reino de la Divina Voluntad desde el primer instante de su existencia.

Desarrollo. El relato del Génesis muestra a Dios pronunciando un Fiat en cada etapa de su obra creadora, hasta su culminación en el sexto día (Gn 1). El mismo libro retoma esta arquitectura para describir lo que sucedió en María en el momento de su Concepción, revelando un vínculo orgánico —y no meramente analógico— entre el dogma de la Inmaculada Concepción y el Reino del Fiat, que constituye el objeto propio de esta obra.

María misma se lo explica a Luisa: los seis pasos realizados en ella por la Divinidad, que acaba de describir día tras día, corresponden a los seis días de la Creación, cada uno sellado por un Fiat divino. Al sexto día, Dios pronunció el último de estos Fiat al crear al hombre, su obra maestra. Ahora bien, dice María, «mi creación superó todos los prodigios de la Creación»: el Creador quiso que el Fiat pronunciado sobre ella se realizara también en seis etapas semejantes —pero cumplidas todas en un instante, el mismo de su Concepción inmaculada. En cuanto estas etapas terminaron en ella, comenzó en su alma la vida completa y sin reserva de la Divina Voluntad.

María tomó, pues, posesión del Reino desde su Concepción: la preservación de la mancha

original y la entrada inmediata en la plenitud del Fiat son, a la luz del *Libro de Cielo*, dos caras de una sola y misma realidad —el dogma de 1854 diciendo la una, Luisa recibiendo la otra. Allí donde Adán recibió el Reino al término de una Creación progresiva, María lo recibe en plenitud en el primer instante de la suya —signo de que la obra de la Redención, en ella, anticipa ya todo lo que Cristo vendrá a realizar para la humanidad entera.

Un texto del volumen 31 del *Libro de Cielo* añade a este prodigio una dimensión suplementaria, cósmica más que cronológica. Jesús revela allí que la Concepción de María fue un «acto nuevo» de la Divina Voluntad —nuevo en el modo, en el tiempo y en la gracia— en el cual «fue renovada toda la Creación». En su inmensidad, la Divina Voluntad reunió entonces todos los actos buenos de todas las criaturas, presentes, pasadas y futuras, «como si fuesen uno solo», para que esta Concepción fuese formada sobre todos y sobre todo, dando a cada uno, no con palabras sino con hechos, el derecho a participar en ella —fuera del pecado, que nunca entra en un acto divino. «Mira, tus actos también contribuyeron, pusiste tu parte, por ello con derecho eres su hija, y la Virgen Reina con derecho es tu Mamá», dice Jesús a Luisa. Este modo de obrar nunca está aislado en Dios, precisa el texto: «Nuestras obras no las hacemos jamás aisladas, sino que partimos siempre de nuestro acto único y solo, y mientras es único une todo y hace todo como si fuese uno solo» —la misma doctrina del acto único ya encontrada a propósito del propio Fiat (VIII.7), pero aplicada aquí al instante preciso de la Inmaculada Concepción, que se convierte así en el lugar donde se anuda, fuera del tiempo, el vínculo entre todo acto hecho en el Fiat, en cualquier siglo, y la Madre que hace posible este mismo Fiat para todos.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 7:

> «… tanto más cuanto que estos seis pasos simbolizaban los seis días de la Creación, durante los cuales, cada día, pronunciando un Fiat, Dios daba como un paso, pasando a crear ora una cosa y ora otra; el sexto día dio el último paso diciendo: "Fiat, hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" […]. Ahora bien, mi creación superó todos los prodigios de la Creación; por eso la Divinidad quiso dar con su Fiat seis pasos en Mí, y comenzó su Vida plena, entera y perfecta en mi alma.»
>
> *« … molto più che questi sei passi simboleggiavano i sei giorni della Creazione, nei quali, ogni giorno, pronunziando un Fiat faceva come un passo, dal passare a creare ora una cosa ed ora un'altra; il sesto giorno fece l'ultimo passo col dire: «Fiat, facciamo l'uomo a Nostra immagine e somiglianza» […]. Ora, la mia creazione superò tutti i prodigi della Creazione, e perciò la Divinità volle fare col suo Fiat sei passi in Me, ed incominciò la sua Vita piena, intera e perfetta nell'anima mia. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 9 de octubre de 1932:

> «Hija mía, la Concepción de la Virgen Inmaculada fue un acto nuevo de nuestra Voluntad, nuevo en el modo, nuevo en el tiempo, nuevo en la gracia; en Ella fue renovada toda la Creación. En nuestra omnividencia e inmensidad llamamos a todas las criaturas, a todos sus actos buenos presentes, pasados y futuros, como si fueran uno solo, a fin de que sobre todos y sobre todo fuese formada esta Concepción, para dar a todos el derecho sobre todo, no con palabras, sino con hechos. Cuando nuestra Voluntad hace un acto que debe servir al bien universal de todos, no hace a ninguno a un lado y, haciendo uso de su omnipotencia, reúne todo junto, las criaturas y sus actos, fuera del pecado, porque el mal no entra en nuestros actos, y cumple el acto que quiere hacer. Mira, también tus actos contribuyeron, pusiste tu parte; por ello, con derecho eres su hija, y la Virgen Reina con derecho es tu Mamá. ¿Pero sabes por qué tuvimos este modo de sacar a la luz a esta Santa Criatura? Para renovar toda la

Creación, para amarla con nuevo amor y para poner a salvo a todos y todo, como bajo las alas de esta Criatura y Madre Celestial. Jamás hacemos nuestras obras aisladas, sino que partimos siempre de nuestro acto único y solo; y mientras es único, une todo y hace todo como si fuese uno solo. Ésta es nuestra omnipotencia, nuestra fuerza creadora: hacer todo en un solo acto, encontrar todo y hacer bien a todos.»

« Figlia mia, il Concepimento della Vergine Immacolata fu un atto nuovo della nostra Volontà, nuovo nel modo, nuovo nel tempo, nuovo nella grazia; in Lei fu rinnovata tutta la Creazione. Nella nostra onniveggenza ed immensità, chiamammo tutte le creature, tutti i loro atti buoni presenti, passati e futuri come se fossero uno solo, affinché su tutti e su tutto fosse formato questo Concepimento, per dare il diritto a tutti e su tutto non con le parole, ma coi fatti. Quando la nostra Volontà fa un atto che deve servire al bene universale di tutti, non mette nessuno da parte e, facendo uso della sua onnipotenza, riunisce tutto insieme, le creature e i loro atti, fuori del peccato, perché il male non entra negli atti nostri e compie l'atto che vuol fare. Vedi, anche i tuoi atti contribuirono, mettesti la tua parte, perciò con diritto sei la figlia sua e la Vergine Regina con diritto è la Mamma tua. Ma sai perché avemmo questo modo nel mettere alla luce questa Santa Creatura? Per rinnovare la Creazione tutta, per amarla di nuovo amore e per mettere al sicuro tutti e tutto, come sotto le ali di questa creatura e Madre Celeste. Non facciamo mai le nostre opere isolate, ma partiamo sempre dal nostro atto unico e solo e mentre è unico unisce tutto e fa tutto come se fosse uno solo. E' questa la nostra onnipotenza, la nostra forza creatrice, fare tutto in un solo atto, trovare tutto e far bene a tutti. »

Articulación católica. El dogma de la Inmaculada Concepción enseña que María fue «preservada inmune de toda la mancha de pecado original» desde el primer instante de su concepción, «en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano» (CIC 491, *Ineffabilis Deus*, 1854). El ángel la saluda precisamente con este título que expresa su plenitud: «llena de gracia» (Lc 1,28) —una plenitud, no un simple comienzo. El Catecismo precisa que esta gracia baña toda su existencia, haciendo de ella «la Toda Santa» e «inmune de toda mancha de pecado», como «una nueva criatura» (CIC 493, *tota pulchra*). El *Libro de Cielo* no añade nada a esta doctrina: ofrece una contemplación de ella, mostrando cómo esta plenitud de gracia se tradujo, desde aquel mismo instante, en una entrada sin demora en el Reino del Fiat que el propio Génesis prepara en seis días. En cuanto a la participación de todos los actos santos, de todos los tiempos, en este único instante, enlaza con lo que el Catecismo enseña sobre la comunión de los santos como realidad que desborda el tiempo humano: los fieles de todos los siglos, unidos en Cristo, forman juntos «un solo cuerpo», cuyos bienes espirituales se ponen en común (CIC 946-948) —la Inmaculada Concepción se convierte así, según el *Libro de Cielo*, no sólo en el origen cronológico, sino en el punto donde esta comunión quedó anudada por primera vez en el tiempo.

Fórmula para recordar. Lo que requirió seis días para realizarse en toda la Creación, Dios lo hizo en un solo instante en el alma de María: su Concepción Inmaculada hizo comenzar en ella la vida plena del Fiat, renovó toda la Creación y dio a todos el derecho de tenerla por Madre.

Pregunta 3 — ¿Qué significa que María nunca dio vida a su voluntad humana?

Respuesta breve. Aunque dotada de una voluntad humana verdadera y libre, María nunca la dejó actuar independientemente de Dios ni en oposición a Él: la ejerció en cada instante en una adhesión perfecta a la Divina Voluntad. En este sentido dice que la tomó y la ató «al pie del Trono divino», en ofrenda perpetua, sin darle nunca una vida autónoma —sacrificio

continuado incluso en sus actos más virtuosos, y que ella misma llama «el sacrificio de los sacrificios».

Desarrollo. III.3 recordó que Cristo posee una voluntad humana verdadera, nunca suprimida, sino libremente sometida a la Voluntad del Padre. De María hay que decir algo comparable, pero con un matiz propio que importa no pasar por alto: su voluntad humana no fue solamente sometida a intervalos, en los grandes momentos de su vida; nunca recibió, según dice ella misma, la menor «vida» propia, ni siquiera la sombra de un acto en el que hubiera obrado para sí misma.

María explica a Luisa el temor que la habitó cuando Dios le pidió su voluntad humana como prenda: comprendió entonces todo el mal que esta voluntad puede producir en la criatura, incluso en las obras más santas del Creador, precisamente porque el propio Adán, creado inocente, había caído en innumerables males por haberla ejercido una sola vez. Este temor, unido a un amor todavía mayor por su Creador, fue lo que la llevó a jurar no hacer jamás su propia voluntad —y, para asegurarse de ello sin posibilidad alguna de faltar, a tomar esta voluntad humana y atarla, dice ella, a los pies del trono divino, como homenaje continuo de amor y de sacrificio.

María cuida de precisar que este sacrificio no fue una renuncia puntual, como se renunciaría a un placer en un día determinado: «sacrificarse en cada instante, en cada acto, en el mismo bien que se quiere hacer, por toda la vida, sin jamás dar vida a la propia voluntad, es el sacrificio de los sacrificios» —tan grande, añade, que Dios no puede pedir otro mayor a criatura alguna, ni criatura alguna puede realizar otro mayor por su Creador. Es precisamente esta radicalidad total, y no un simple predominio habitual de la virtud sobre la debilidad, lo que distingue la situación de María de la de cualquier otro santo, por heroico que fuese en la renuncia a sí mismo.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 5:

> «Ahora escúchame, hija querida: cuando el Ser Supremo me pidió mi querer humano, habiendo comprendido el grave mal que puede hacer la voluntad humana en la criatura […].
>
> Tuve tal horror y miedo de hacer mi voluntad —y justamente temía, porque también Adán fue creado por Dios inocente; sin embargo, al hacer su voluntad, ¿en cuántos males no se precipitó él y todas las generaciones?
>
> Por eso Yo, tu Mamá, presa de terror, y más aún de amor hacia mi Creador, juré no hacer jamás mi voluntad; y para estar más segura y testificar mayormente mi sacrificio a Aquél que tantos mares me había dado de gracias y privilegios, tomé esta mi voluntad humana y la até a los pies del Trono divino en homenaje continuo de amor y de sacrificio, jurando no servirme jamás, ni siquiera por un solo instante de mi vida, de mi voluntad, sino siempre de la de Dios.
>
> Hija mía, tal vez a ti no te parezca grande mi sacrificio de vivir sin mi voluntad, pero Yo te digo que no hay sacrificio semejante al mío; más bien, todos los otros sacrificios de toda la historia del mundo pueden llamarse sombras comparados con el mío.
>
> Sacrificarse un día, ahora sí y ahora no, es fácil; pero sacrificarse en cada instante, en cada acto, en el mismo bien que se quiere hacer, por toda la vida, sin jamás dar vida a la propia voluntad, es el sacrificio de los sacrificios, el testimonio más grande que puede ofrecerse y el amor más puro, cribado por la misma Voluntad Divina, que puede ofrecerse a nuestro Creador.

Es tan grande este sacrificio que Dios no puede pedir nada más de la criatura, ni ella puede encontrar cómo sacrificarse más por su Creador.»

« Ora ascoltami, figlia cara, come l'Ente Supremo mi domandò il mio volere umano, avendo compreso il male grave che può fare la volontà umana nella creatura […].

Ebbi tale orrore e paura di fare la mia volontà, e giustamente temevo, perché anche Adamo fu creato da Dio innocente, eppure col fare la sua volontà, in quanti mali non piombò lui e tutte le generazioni?

Perciò Io, la Mamma tua, presa da terrore, e più dall'amore verso il mio Creatore, giurai di non fare mai la mia volontà e, per essere più sicura ed attestare maggiormente il mio sacrificio a Colui che tanti mari mi aveva dato di grazie e privilegi, presi questa mia volontà umana e la legai ai piedi del trono divino, in omaggio continuo d'amore e di sacrificio, giurando di non servirmi mai, anche per un istante solo della mia vita, della mia volontà, ma sempre di Quella di Dio.

Figlia mia, forse a te non parrà grande il mio sacrificio di vivere senza la mia volontà, ed Io ti dico che non c'è sacrificio simile al mio, anzi si possono chiamare ombre tutti gli altri sacrifici di tutta la storia del mondo paragonati al mio.

Sacrificarsi un giorno, ora sì ed ora no, è facile, ma sacrificarsi in ogni istante, in ogni atto, nello stesso bene che si vuol fare, per tutta la vita, senza dare mai vita alla volontà propria, è il sacrificio dei sacrifici, è l'attestato più grande che può offrirsi e l'amore più puro, trafilato dalla stessa Volontà Divina, che può offrirsi al nostro Creatore.

È tanto grande questo sacrificio, che Dio non può chiedere di più dalla creatura, né essa può trovare come poter sacrificarsi di più per il suo Creatore. »

Articulación católica. La teología católica ha enseñado siempre que María poseía un libre albedrío plenamente humano —sin el cual su *fiat* en la Anunciación no habría tenido ningún valor de consentimiento libre (CIC 494; cf. san Ireneo: «por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano»). Lo que aquí revela el *Libro de Cielo* no contradice, por tanto, esta libertad, sino que precisa su uso constante: María ejerció sin cesar su libertad, pero siempre en el mismo sentido, el de una entrega total e ininterrumpida. El Evangelio lleva la huella de esta disposición radical desde la Anunciación: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38) —un único *fiat*, pero que María misma afirma no haber retractado ni suspendido jamás. San Pablo, al describir la obediencia perfecta como fundamento de la salvación, ofrece el marco teológico de este sacrificio continuado: «como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Rom 5,19) —obediencia cuya constancia perfecta comparte María, unida a Cristo, según su modo propio.

Fórmula para recordar. María no se limitó a impedir que su voluntad propia hiciera el mal: nunca le dio vida, ni siquiera en el bien, habiéndola atado desde el primer instante al pie del Trono divino como sacrificio continuo.

Pregunta 4 — ¿Cuál fue la prueba de María?

Respuesta breve. Desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, en el momento mismo en que recibió el uso de razón, María fue sometida a una prueba que Dios no pidió a ninguna otra criatura: permanecer fiel a la Divina Voluntad sin hacer jamás uso de su propia voluntad, no por un tiempo limitado, sino durante toda su vida —prueba necesaria

para que el Verbo Eterno, al descender en ella, no encontrara voluntad humana alguna que pudiera oponerse a la suya.

Desarrollo. María misma explica a Luisa que Dios le pidió una prueba que no había pedido a nadie más, y lo hizo con justicia y sabiduría: puesto que el Verbo Eterno debía descender en ella, habría sido indecoroso que encontrara en ella la mancha original; habría sido igualmente indecoroso que obrara allí una voluntad humana. Por eso Dios le pidió su propia voluntad como prenda —no por un poco de tiempo, sino para toda su vida—, a fin de que quedara asegurado, sin posibilidad de falta, el Reino de la Divina Voluntad en su alma.

El *Libro de Cielo* precisa el momento exacto de esta petición: María tuvo su primera prueba desde el primer instante de su Concepción; en cuanto tuvo su primer acto de razón, conoció, de un lado, su voluntad humana y, del otro, la Divina Voluntad, y fue dejada libre para adherirse a una de las dos —y ella, sin perder un instante, le dio la suya. En cualquier otra criatura, el uso de razón no llega sino con el desarrollo de la infancia; únicamente en María, por el privilegio mismo de su Inmaculada Concepción, este primer acto de razón coincide con el instante de su concepción. El «cuarto paso» de *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* y el «primer instante» del *Libro de Cielo* describen, por tanto, el mismo acontecimiento: sencillamente, para María, el instante de ser concebida y el instante de razonar libremente no forman más que uno.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 6:

> «Antes bien, me pidió una prueba que no ha pedido a nadie, y esto lo hizo con justicia y con suma sabiduría, porque, debiendo descender en Mí el Verbo Eterno, no sólo no era decoroso que encontrara en Mí la mancha de origen, sino que tampoco era decoroso que encontrara en Mí una voluntad humana obrante; habría sido demasiado indecoroso para Dios descender en una criatura en la que reinase la voluntad humana. Por eso quiso de Mí, como prueba y por toda la vida, mi voluntad, para asegurar en mi alma el Reino de la Divina Voluntad.»
>
> *« Anzi chiese da me una prova che non ha chiesto a nessuno, e questo lo fece con giustizia e con somma sapienza, perché dovendo scendere in me il Verbo Eterno, non solo non era decoroso che trovasse in me la macchia d'origine, ma neppure era decoroso che trovasse in me una volontà umana operante; sarebbe stato troppo disdicevole per Dio scendere in una creatura in cui regnasse l'umana volontà. Ecco perché volle da me per prova, e per tutta la vita, la mia volontà, per assicurare nell'anima mia il regno della Divina Volontà. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 8 de diciembre de 1924:

> «Mi Mamá tuvo su primera prueba desde el primer instante de su Concepción; en cuanto tuvo su primer acto de razón, conoció su voluntad humana por una parte y la Voluntad Divina por la otra, y fue dejada libre de adherirse a una de las dos voluntades; y Ella, sin perder un instante y conociendo toda la magnitud del sacrificio que hacía, nos donó su voluntad, sin querer conocerla nunca más, y Nosotros le hicimos don de la nuestra, …»
>
> *« La mia Mamma ebbe la sua prima prova fin dal primo istante del suo Concepimento; appena ebbe il suo primo atto di ragione, conobbe la sua volontà umana da una parte e la Volontà Divina dall'altra e fu lasciata libera di aderire a una delle due volontà e Lei, senza perdere un istante e conoscendo tutta l'entità del sacrificio che faceva, ci donò la sua volontà, senza volerla più conoscere e Noi le facemmo dono della nostra, … »*

Articulación católica. La Escritura sitúa a María en un enfrentamiento espiritual desde

el protoevangelio: Dios anuncia a la serpiente una enemistad entre ella y «la mujer», entre su descendencia y la de esta (Gn 3,15) —enemistad que la tradición católica siempre ha leído como incluyendo a María de manera privilegiada. El Catecismo, al evocar el combate de «la mujer» del Apocalipsis contra el dragón (CIC 411; cf. Ap 12), inscribe a María en una lucha real, no en una simple preservación pasiva. Lo que aquí revela el *Libro de Cielo* da a esta lucha un contenido preciso e interiorizado: no un combate contra una tentación exterior como la de Eva, sino una prueba de pura fidelidad, ofrecida libremente desde el primer instante en que pudo conocer y elegir.

Fórmula para recordar. La prueba de María no fue un momento de su vida: fue el primer acto de toda su vida, renovado sin cesar hasta el último día.

Pregunta 5 — ¿Por qué María recibe la posesión del Reino?

Respuesta breve. Porque triunfó plenamente de la prueba requerida, ofreciendo su voluntad humana sin reserva, María recibió de la Santísima Trinidad la posesión de todas las cualidades divinas en la medida en que una criatura puede recibirlas, y fue constituida Reina y Secretaria del Cielo, encargada de poner a salvo el destino del género humano.

Desarrollo. La Segunda parte ya estableció lo que significa, para una criatura, poseer el Reino o beneficiarse solamente de sus efectos (II.3, II.7). Ahora hay que mostrar cómo María, única entre todas las criaturas junto con su Hijo, entró en la posesión plena y entera de este Reino —no por acumulación progresiva de méritos, sino como fruto inmediato de su triunfo sobre la única prueba que le fue requerida.

María cuenta a Luisa que, después de haber superado la prueba, se sintió triunfante y sintió a Dios triunfante en su voluntad humana enteramente entregada. Fue entonces, dice, cuando la Divina Voluntad dio en ella su sexto paso, haciéndola tomar posesión de todas las cualidades divinas, en la medida en que ello era posible para una criatura: el Cielo y la tierra, y Dios mismo, cuya Voluntad poseía, le pertenecían; se sentía poseedora de la Santidad, del Amor, de la Belleza, de la Potencia, de la Sabiduría y de la Bondad de Dios, como Reina de todo, sin sentirse en modo alguno extraña en la casa de su Padre Celestial.

Esta posesión no permanece en un estado puramente interior: se traduce en una misión concreta. María recibe de la Santísima Trinidad el cetro de mando, convirtiéndose en su «Secretaria», depositaria de sus dolores y de sus decretos; recibe después el mandato de poner a salvo el destino del género humano, a la espera del descenso del Verbo Eterno, a quien sólo ella, por esta posesión del Reino, podía acoger dignamente en su seno. Esta gradación —prueba, triunfo, posesión, cetro, mandato— muestra que la Realeza de María nunca está separada de su misión para los hombres: reina para dar, no para sí misma.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 6:

> «Ahora escucha, hija mía. Después del triunfo en la prueba, el Fiat Divino dio el sexto paso en mi alma, haciéndome tomar posesión de todas las propiedades divinas, por cuanto es posible e imaginable para una criatura. Todo era mío: el Cielo y la tierra, y el mismo Dios, de quien poseía su misma Voluntad. Yo me sentía poseedora de la santidad divina, del amor, de la belleza, potencia, sabiduría y bondad divinas; me sentía Reina de todo y no me sentía extraña en la casa de mi Padre Celestial; …»
>
> *« Ora senti, figlia mia. Dopo il trionfo nella prova, il FIAT Divino fece il sesto passo nell'anima mia, col farmi prendere il possesso di tutte le proprietà divine, per quanto a creatura è possibile ed immaginabile. Tutto era mio, Cielo e terra e lo stesso Dio, di*

Cui possedevo la stessa sua Volontà. Io mi sentivo posseditrice della santità divina, dell'amore, della bellezza, potenza, sapienza e bontà divine, mi sentivo Regina di tutto, né mi sentivo estranea nella casa del mio Padre Celeste; … »

La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 7:

«Hija nuestra amada, nuestro Amor no resiste, se siente sofocado si no te confiamos nuestros secretos; por eso te elegimos como nuestra fiel Secretaria. A ti queremos confiar nuestros dolores y nuestros decretos […]. A ti, que posees nuestro Fiat, te es dado poder comprenderlo; por eso, como a nuestra Secretaria, queremos revelarte nuestros secretos y poner en tus manos el cetro de mando, a fin de que domines e imperes sobre todo, …»

« Figlia nostra diletta, il nostro amore non regge, si sente soffocato se non ti affidiamo i nostri segreti; perciò ti eleggiamo come nostra fedele Segretaria. A te vogliamo affidare i nostri dolori e i nostri decreti […]. A te, che possiedi il nostro FIAT, è dato di poterlo comprendere e perciò, come a Segretaria nostra, vogliamo svelarti i nostri segreti e mettere nelle tue mani lo scettro del comando, affinché domini ed imperi su tutto, … »

Articulación católica. La Iglesia profesa que María «fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del universo» (LG 59), no por un título honorífico exterior, sino porque fue asociada de manera única a la obra redentora de su Hijo (CIC 966, 969). El Apocalipsis ofrece la imagen más elevada de esta realeza: «una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12,1) —texto que la tradición aplica a María glorificada. El Magníficat, finalmente, anuncia ya esta elevación con las mismas palabras de María: «ha mirado la humildad de su esclava […] desde ahora me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1,48) —una realeza siempre recibida como gracia, nunca reivindicada como derecho propio.

Fórmula para recordar. Porque triunfó en la prueba entregando sin reserva su voluntad, María recibió la posesión del Reino, el cetro de Reina y el encargo de poner a salvo el destino de la humanidad.

Pregunta 6 — ¿Cómo se convierte María en la Madre del Verbo encarnado en el Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. En la Anunciación, el ángel pidió a María que pronunciara su «fiat» para que el de Dios pudiera cumplirse en ella; cuando lo pronunció, los dos fiat —el suyo y el de Dios— se fusionaron en un solo acto, dando vida, a partir de su propia humanidad, a la pequeña Humanidad del Verbo Divino. Así, el gran Prodigio de la Encarnación no fue obra de Dios solo: requirió y recibió el fiat libre de una criatura ya plenamente establecida en el Reino de su Voluntad.

Desarrollo. La Tercera parte ha mostrado que Jesús poseyó en su Humanidad el Reino de la Divina Voluntad, reconquistado al precio de penas íntimas (III.4). Ahora hay que mostrar cómo esta Humanidad misma recibió la vida, y por qué este momento de la Anunciación constituye, en *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, la unión más perfecta que pueda concebirse entre un fiat humano y el Fiat divino.

María cuenta a Luisa la escena: el ángel, enviado del Cielo, la saluda como Reina ya colmada de gracias, y le anuncia que el Verbo Divino, dispuesto a descender, desea su fiat para que se cumpla en ella el suyo. María, aunque nunca había pensado ser la elegida, vacila un instante —no por rechazo, sino por la humildad misma de quien conoce la desmesura del

don pedido. El ángel la tranquiliza: ha encontrado gracia, ha vencido a su Creador; que pronuncie su fiat para que la victoria sea completa.

El texto insiste en lo que entonces se produjo: «Yo pronuncié el Fiat, y ¡oh! maravilla, los dos Fiat se fusionaron». No se trata, por tanto, solamente de un consentimiento pasivo a una acción divina que se realizaría sin ella: Dios mismo, dice María, concedió a su fiat «el mismo valor que al Suyo», de modo que este fiat humano dio vida, a partir del germen de su humanidad, a la pequeña Humanidad del Verbo. María añade una precisión teológica: «Dios mismo no quiso hacer las cosas por Sí solo, sino que me quiso a Mí junto para formar el gran prodigio de la Encarnación». La Encarnación del Verbo en el Reino de la Divina Voluntad no es, por tanto, un acto de Dios que obra sobre una criatura puramente receptiva: es el encuentro, querido por Dios desde toda la eternidad, de dos voluntades libres unidas en un solo fiat.

Un texto dado a Luisa por el propio Jesús ilumina este mismo misterio desde el lado de la Trinidad. Distingue en él su propia concepción de la de su Madre: ella fue concebida «en el mar que salió de las Tres Divinas Personas», mientras que Él fue concebido en el mar que residía en Ellas —su misma Divinidad descendiendo al seno virginal para que allí quedara concebido. Sólo el Verbo toma en ella, dice, «la parte actuante»; el Padre y el Espíritu, inseparables de Él, tienen «la parte concurrente» —como dos reflectores que reflejan un solo y mismo sujeto. Este lenguaje enlaza con una distinción que la teología formulará más explícitamente: la obra de la Encarnación es común a las tres Personas, que actúan inseparablemente, pero sólo la Persona del Hijo asume la naturaleza humana. «Parte actuante» y «parte concurrente» expresan, en el lenguaje propio del corpus, esta diferencia sin dividir jamás la acción de la Trinidad. Esta Trinidad entera, dice finalmente Jesús, «mientras quedaba en el Cielo, quedaba concebida en el seno de esta noble Reina» —la misma Trinidad, nunca dividida, presente en plenitud a la vez en el seno de la Trinidad y en el seno de María. Este misterio enlaza, bajo una luz diferente, con lo que la Quinta parte llamará la Santísima Trinidad reflejada en la tierra por tres misiones distintas (V.16): allí, tres criaturas reflejan cada una a una Persona divina; aquí, es la Trinidad misma, unida y no dividida, la que desciende entera al seno de una sola.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 19:

> «"No temas, Reina nuestra, Tú has encontrado gracia ante Dios, Tú has vencido a tu Creador; por eso, para completar la victoria, pronuncia tu Fiat."
>
> Yo pronuncié el Fiat y, ¡oh maravilla!, los dos Fiat se fusionaron y el Verbo Divino descendió en Mí. Mi Fiat, al que se había dado el mismo valor que al Fiat Divino, formó, del germen de mi humanidad, la pequeñísima Humanidad que debía encerrar al Verbo, y fue cumplido el gran prodigio de la Encarnación […].
>
> Dios mismo no quiso obrar solo, sino que me quiso junto con Él para formar el gran prodigio de la Encarnación, …»
>
> *« «Non temere, Regina nostra, Tu hai trovato grazia presso Dio, Tu hai vinto il tuo Creatore; perciò, per compiere la vittoria, pronuncia il tuo FIAT».*
>
> *Io pronunciai il FIAT e, o meraviglia, i due FIAT si fusero ed il Verbo Divino scese in me. Il mio FIAT, che era avvalorato dallo stesso valore del FIAT Divino, dal germe della mia umanità formò la piccina, piccina umanità che doveva racchiudere il Verbo e fu compiuto il gran prodigio dell'Incarnazione […].*
>
> *Dio stesso non volle fare da solo, ma volle me insieme, per formare il gran prodigio dell'Incarnazione, … »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 18 de julio de 1923:

> «Hija querida mía, si la Concepción de mi Celestial Mamá fue prodigiosa y fue concebida en el mar que salió de las Tres Divinas Personas, mi Concepción no fue en el mar que salió de Nosotros, sino en el gran mar que residía en Nosotros; nuestra misma Divinidad descendió en el seno virginal de esta Virgen, y Yo quedé concebido. Es verdad que se dice que el Verbo quedó concebido, pero mi Padre Celestial y el Espíritu Santo eran inseparables de Mí; es verdad que Yo tuve la parte actuante, pero Ellos tuvieron la parte concurrente. Imagínate dos reflectores, uno de los cuales refleja en el otro el mismo sujeto; estos sujetos son tres: el de en medio toma la parte obrante, sufriente, suplicante; los otros dos están junto a él, concurren y son espectadores; así que podría decir que, de los dos reflectores, uno era la Trinidad Sacrosanta y el otro mi querida Mamá. […] Así, aquella misma Trinidad, mientras permanecía en el Cielo, quedó concebida en el seno de esta noble Reina.»
>
> *« Figlia diletta mia, se il concepimento della mia Celeste Mamma fu prodigioso e fu concepita nel mare che uscì dalle Tre Divine Persone, il mio concepimento non fu nel mare che uscì da Noi, ma nel gran mare che risiedeva in Noi, la nostra stessa Divinità scese nel seno verginale di questa Vergine e Io restai concepito. E' vero che si dice che il Verbo restò concepito, ma il mio Celeste Padre e lo Spirito Santo erano inseparabili da Me; è vero che Io ebbi la parte agente, ma loro ebbero la parte concorrente. Immaginati due riflettori, di cui uno riflette nell'altro lo stesso soggetto, questi soggetti sono tre, quello di mezzo prende la parte operante, sofferente, supplicante, gli altri due stanno insieme, vi concorrono e sono spettatori, sicché potrei dire che dei due riflettori, uno era la Trinità Sacrosanta, l'altro la mia cara Mamma. […] Onde quella stessa Trinità, mentre restava in Cielo, restò concepita nel seno di questa nobile Regina. »*

Articulación católica. El Evangelio de Lucas refiere esta misma escena en los mismos términos de diálogo y consentimiento: el ángel anuncia, María se interroga y después responde: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). El Catecismo subraya con fuerza que este consentimiento fue realmente necesario y libre: «Así, dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús», y la Iglesia ha visto siempre en este «sí» un consentimiento «en nombre de toda la naturaleza humana» (CIC 494; cf. santo Tomás de Aquino). No es, por tanto, solamente una imagen piadosa hablar de «fusión de los dos fiat»: es lo que la propia doctrina católica profesa cuando enseña que la Encarnación no se realizó sin la cooperación libre de una criatura. Lo que Jesús revela, por otra parte, acerca de la parte propia del Verbo y de la parte concurrente del Padre y del Espíritu enlaza finalmente con la doctrina de la apropiación trinitaria que el Catecismo profesa en otro lugar: «la Trinidad, del mismo modo que tiene una sola y misma naturaleza, así también tiene una sola y misma operación», pero «cada Persona divina realiza la obra común según su propiedad personal» (CIC 258, ya citado en la Introducción, P.3) —atribuyéndose la Encarnación al Hijo sin dividir jamás la única acción de los Tres.

Fórmula para recordar. Dios no quiso realizar solo el prodigio de la Encarnación: el fiat libre de María y el Fiat divino, distintos sin confusión, se fusionaron en un solo acto, y la humanidad de María dio vida a la pequeña Humanidad del Verbo.

Pregunta 7 — ¿Cómo se convierte María en Madre de los hijos de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. El mismo amor infinito que se sirvió de María para hacer descender al Verbo Eterno a la tierra le confía después el mandato de formar a los hijos del Reino de la Divina Voluntad: su maternidad no se detiene, por tanto, en Jesús, sino que se extiende, mediante un único movimiento de amor, a toda alma que acepta dejar reinar en ella a la Divina Voluntad como reinó en la propia María.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado cómo María se convirtió en Madre del Verbo encarnado por la fusión de su fiat con el Fiat divino. Queda por comprender por qué esta maternidad, lejos de agotarse en su único objeto histórico, se extiende necesariamente a todos los que entrarán, a su vez, en el Reino que María posee sin división alguna.

María misma establece este vínculo desde la apertura del libro que dicta a Luisa: aquel mismo Amor infinito de Dios que la eligió para hacer descender al Verbo Eterno a la tierra para la Redención le confía ahora, dice, el mandato «arduo y sublime» de formar a los hijos del Reino de la Divina Voluntad sobre la tierra. No considera, por tanto, este segundo mandato como una función secundaria añadida a su maternidad divina: es el mismo gesto materno, prolongado en el tiempo, el que se da primero al Verbo y después a todos los que, por la Divina Voluntad, se convertirán en sus hermanos.

Un texto posterior del mismo libro precisa su mecanismo interior: la Divina Voluntad, por naturaleza, posee la virtud de engendrar; engendra todos los bienes en el alma que la deja actuar sin oposición y le da así la maternidad «sobre todo y sobre todos, incluido su Creador». María enseña que esta maternidad supone siempre un amor que acepta morir para dar la vida al ser engendrado, sin lo cual permanece estéril, una simple palabra sin realidad. Es, por tanto, porque María dejó actuar en ella a la Divina Voluntad sin la menor reserva (IV.3) por lo que llegó a ser capaz de engendrar, en el orden de la gracia, una multitud de hijos según un único modelo materno: el mismo que dio nacimiento al Verbo.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, preámbulo:

> «Mira, hija mía, aquel mismo Amor infinito de Dios que, en la Redención, quiso servirse de Mí para hacer descender el Verbo Eterno sobre la tierra, me llama ahora otra vez al campo y me confía la ardua tarea, el sublime mandato de formar sobre la tierra a los hijos del Reino de su Divina Voluntad. Maternalmente presurosa, me pongo a la obra y te preparo el camino que deberá conducirte a este feliz Reino.»
>
> *« Vedi, figlia mia, quello stesso Amore infinito di Dio, che nella Redenzione volle servirsi di me per far scendere il Verbo Eterno sulla terra, mi chiama ora un'altra volta in campo e mi affida l'arduo compito, il sublime mandato di formare sulla terra i figli del regno della sua Divina Volontà. Maternamente premurosa mi metto quindi all'opera e ti preparo la via che ti dovrà condurre a questo felice regno. »*

La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 20:

> «Este Fiat, que por naturaleza posee la virtud generativa, genera todos los bienes en la criatura; la hace fecunda, dándole la maternidad sobre todos, sobre todos los bienes y sobre Aquél que la ha creado. Maternidad dice y significa verdadero amor, amor heroico, amor que se contenta con morir para dar vida a quien ha generado. Si no hay esto, la palabra maternidad es estéril, está vacía y se reduce a palabras, pero en los hechos no existe.»
>
> *« Questo FIAT, che in natura possiede la virtù generativa, genera tutti i beni nella*

creatura, la rende feconda, dandole la maternità su tutti, su tutti i beni, e su Colui che l'ha creata. Maternità dice e significa vero amore, amore eroico, amore che si contenta di morire per dar vita a chi ha generato. Se non c'è questo, la parola maternità è sterile, è vuota e si riduce a parole, ma coi fatti non esiste. »

Articulación católica. El Evangelio de Juan sitúa el origen de esta maternidad extendida al pie mismo de la Cruz: Jesús, viendo a su Madre y al discípulo al que amaba, dice a su Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», y después al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,26-27) —palabra que la Iglesia ha recibido siempre como la institución de una maternidad espiritual universal. El Catecismo enseña que la maternidad de María «en el orden de la gracia» «perdura sin cesar […] hasta la realización plena y definitiva de todos los escogidos» (CIC 968-969); el Concilio Vaticano II precisa que así llegó a ser «nuestra Madre en el orden de la gracia» (LG 61). Lo que este libro añade no es, por tanto, una maternidad nueva y distinta, sino la descripción de su mecanismo más íntimo: María engendra, en el alma que se presta a ello, la misma vida de la Divina Voluntad que ella llevó la primera en su seno.

Fórmula para recordar. María no dejó de ser madre después de dar a luz al Verbo: continúa engendrando, en cada alma que lo quiere, esta misma Vida de la Divina Voluntad —y esta misma fecundidad, recibida en plenitud por ella sola, se comunica realmente, en la medida que le es propia, a toda alma que vive a su vez en el Fiat (VII.10).

Pregunta 8 — ¿Cómo forma María al alma para que deposite su voluntad?

Respuesta breve. María no se limita a exponer una doctrina: enseña, día tras día, en la escuela de una pedagogía materna concreta, a depositar la propia voluntad en sus manos para que ella la purifique, la embellezca y la ate a la suya, a los pies del Trono divino —hasta que el alma pueda decir con ella: «Mi voluntad no tiene ya vida; mi vida es la Divina Voluntad».

Desarrollo. Las preguntas anteriores han contemplado lo que María es en sí misma: Inmaculada, nunca sierva de su propia voluntad, Reina del Reino, Madre del Verbo y de los hijos de la Divina Voluntad. Ahora es preciso mostrar cómo esta plenitud, lejos de permanecer como un privilegio incomunicable, se convierte en una enseñanza pacientemente dada a toda alma que se acerca a ella —pues el libro entero del que se toma esta materia está construido, precisamente, como una escuela.

Después de haber narrado su propio triunfo en la prueba, María no deja al alma en la sola admiración: la invita explícitamente a imitarla, con una ternura que nunca fuerza, pero que insiste con amor. «Si tú supieras cómo suspiro verte vivir sin tu voluntad», confía a Luisa, antes de añadir la condición de este deseo: «¿cómo puedes ser feliz si no te decides a vivir sin voluntad como vivió tu Mamá?» El alma responde entonces mediante un gesto concreto que el libro propone como modelo de toda oración mariana auténtica en esta espiritualidad: «Soberana triunfadora, en tus manos de Madre pongo mi voluntad, a fin de que Tú misma como Mamá me la purifiques y embellezcas, y junto con la tuya la ates a los pies del trono divino».

Esta pedagogía nunca permanece abstracta: cada lección del libro concluye con una «Florecita» y una «Jaculatoria», es decir, un gesto concreto que realizar durante el día y una breve invocación que repetir. Así, María nunca pide un acto de voluntad aislado y puntual, sino un depósito renovado, acto tras acto, hasta que el alma pueda decir finalmente, como ella: «Mi voluntad ha terminado, no tendrá más vida, sino que mi vida será la Divina Voluntad». Esta frase, puesta en boca de la propia alma en la escuela de María, resume toda la enseñanza mariana de esta obra: no admirar desde lejos la santidad de la Madre,

sino recibir de ella, paso a paso, la manera concreta de realizar uno mismo lo que ella realizó la primera.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 5:

> «Y ahora, una palabrita para ti, hija mía. ¡Si tú supieras cómo suspiro por verte vivir sin tu voluntad! Tú sabes que soy tu Madre, y la Mamá quiere ver feliz a su hija; pero ¿cómo puedes ser feliz si no te decides a vivir sin voluntad, como vivió tu Mamá?»
>
> El alma responde: «Soberana triunfadora, en tus manos de Madre pongo mi voluntad, a fin de que Tú misma, como Mamá, me la purifiques y embellezcas, y junto con la tuya la ates a los pies del Trono Divino, para que pueda vivir no con mi voluntad, sino siempre, siempre con la de Dios.»
>
> Y más adelante: «… a fin de que también yo pueda decir: "Mi voluntad ha terminado, no tendrá más vida, sino que mi vida será la Divina Voluntad."»
>
> *« Ed ora una parolina a te, figlia mia. Se tu sapessi come sospiro di vederti vivere senza la tua volontà! Tu sai che ti sono Madre, e la Mamma vuol vedere felice la figlia sua, ma come puoi essere felice se non ti decidi a vivere senza volontà, come visse la Mamma tua? »*
>
> *« Sovrana trionfatrice, nelle tue mani di Madre metto la mia volontà, affinché Tu stessa come Mamma me la purifichi ed abbellisca, ed insieme con la tua la leghi ai piedi del Trono Divino, affinché possa vivere non con la volontà mia, ma sempre, sempre, con Quella di Dio. »*
>
> *« … affinché anch'io possa dire: «La mia volontà è finita, non avrà più vita, ma la mia vita sarà la Divina Volontà». »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que la oración mariana no es un culto paralelo al tributado a Dios, sino un camino pedagógico hacia Él: al orar a María, la Iglesia «aprende a orar» en su escuela, pues «nadie mejor que su Madre puede enseñarnos cómo responder» a la Voluntad del Padre (CIC 2679, 2622). La propia María, en las bodas de Caná, indica la única regla que da siempre: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5) —palabra que resume ya toda su pedagogía, orientando sistemáticamente la atención del alma, no hacia ella misma, sino hacia la obediencia a Dios. El Concilio Vaticano II la presenta como modelo de la Iglesia precisamente en este acto constante de acogida de la Palabra (LG 64) —lo que este texto traduce en una práctica repetida, día tras día, de entrega voluntaria de la voluntad propia.

Fórmula para recordar. María no enseña una teoría sobre la renuncia a sí mismo: tiende las manos, cada día, para que depositemos en ellas nuestra voluntad.

Pregunta 9 — ¿Por qué *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* es una pedagogía de entrada en el Reino?

Respuesta breve. El libro que María dicta a Luisa no es una exposición doctrinal sobre la Divina Voluntad: es, en su misma forma, una escuela materna de treinta y un días y seis apéndices, en la que cada lección sigue el mismo movimiento —el alma se acerca, la Reina del Cielo enseña, se propone una práctica concreta, una breve oración la sella—, reproduciendo así, en el ritmo mismo de la lectura, el movimiento de acogida progresiva que María pide a quien quiera entrar en el Reino.

Desarrollo. Conviene, al término de esta Cuarta parte, detenerse un instante en la forma misma del libro que ha proporcionado lo esencial de la materia, porque esta forma no es accesoria: ella misma es una enseñanza sobre la manera de entrar en el Reino de la Divina Voluntad.

Desde la apertura del libro, María anuncia ella misma el método que seguirá con el alma: «te daré sublimes y celestiales lecciones, te enseñaré nuevas y especiales oraciones», dice, precisando que estas oraciones comprometerán al cielo, al sol, a toda la Creación, a su Hijo, a ella misma y a todos los santos a suplicar a Dios que establezca su Reino sobre la tierra. El libro se despliega entonces según un ritmo perfectamente regular, día tras día: el alma se dirige a la Virgen en un movimiento de deseo y confianza; María responde con una «lección» que desvela un aspecto nuevo de su propia vida en la Divina Voluntad; una «Florecita» traduce esta lección en un gesto concreto para la jornada; una «Jaculatoria», finalmente, la condensa en una breve invocación que repetir.

Esta estructura repetitiva no es una facilidad literaria: enseña, mediante la forma misma del libro, lo que su contenido afirma sin cesar —que no se entra en el Reino de la Divina Voluntad mediante una iluminación única e instantánea, sino por una pedagogía paciente, hecha de pequeños pasos repetidos, semejante a aquella por la cual la propia Divina Voluntad, según el relato de los seis primeros días, dio sus seis pasos en el alma de María (IV.2). El libro invita así a su lector a revivir, a su escala y a su ritmo, el camino mismo que María recorrió la primera —no para igualarla en su plenitud única, sino para recibir de ella, día tras día, lo que solo ella puede transmitir.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, preámbulo:

> «Para tal propósito te daré sublimes y celestiales lecciones y, finalmente, te enseñaré oraciones especiales y nuevas, mediante las cuales empeñarás al Cielo, al Sol, a la Creación, a mi misma Vida y la de mi Hijo, y a todos los actos de los Santos, a fin de que en nombre tuyo ellos impetren el Reino adorable del Querer Divino. Estas oraciones son las más potentes, porque comprometen el mismo obrar divino.»
>
> *« A tale scopo ti darò sublimi e celesti lezioni ed infine t'insegnerò speciali e nuove preghiere, mediante le quali impegnerai il Cielo, il Sole, la Creazione, la mia stessa Vita e quella del Figlio mio e tutti gli atti dei Santi, affinché a nome tuo essi impetrino il regno adorabile del Volere Divino. Queste preghiere sono le più potenti, perché compromettono lo stesso operato divino. »*

Articulación católica. La Iglesia misma ha enseñado siempre mediante ese mismo movimiento pedagógico hecho de etapas y repeticiones: el Catecismo recuerda que Dios condujo toda la historia de la salvación mediante una «pedagogía divina», revelándose poco a poco y preparando a su pueblo para recibir en plenitud lo que quería darle (CIC 53, ya citado en III.9) —la misma paciencia pedagógica que María aplica aquí a la escala de un alma y de treinta y un días. San Pablo emplea una imagen comparable para describir el crecimiento espiritual progresivo: «Por eso, en vez de alimento sólido, os di a beber leche, pues todavía no estabais para más» (1 Co 3,2) —principio que este libro aplica con una ternura enteramente materna, una lección cada vez, nunca más de lo que el alma puede recibir en un día.

Fórmula para recordar. *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* no enseña solamente la Divina Voluntad: su misma forma —lección, práctica, oración, repetidas día tras día— es ya una escuela de perseverancia en el Fiat.

Quinta parte — El tiempo del Don: Luisa, los conocimientos y la manifestación del Reino

---

Pregunta 1 — ¿Por qué elige Dios un tiempo para manifestar el Don?

Respuesta breve. Jesús guarda en sí, como retenidos en una espera prolongada, todos los actos interiores realizados por su Humanidad en la Divina Voluntad durante su vida terrena: quieren darse y hacerse conocer a las almas, pero Dios, como una madre que lleva a su hijo, espera el momento justo para este gran alumbramiento —un tiempo elegido no por indiferencia, sino por un amor que no quiere precipitar nada ni dejar que nada falte.

Desarrollo. La Tercera parte ha mostrado que Jesús rehízo en su Humanidad todos los actos que cada criatura debía realizar (III.6), y que estos actos permanecen, en cierto sentido, «en espera» de que un alma se una a ellos. Ahora es preciso comprender por qué esta espera se prolongó durante siglos antes de que Jesús eligiera manifestar a Luisa, en particular, el pleno conocimiento de lo que su Voluntad había realizado.

Jesús emplea aquí una imagen tierna, ya encontrada bajo una forma cercana en III.9: se compara con una madre que lleva durante largo tiempo a su hijo y que, llegado el momento del alumbramiento, ya no puede esperar sin sufrir. Sus actos interiores, dice, se sienten «como aprisionados» mientras no sean conocidos por las almas, y piden y suplican ser sacados a la luz para poder dar el bien que contienen. No es, pues, Dios quien tarda por indiferencia: es un amor contenido desde hace siglos, que espera pacientemente el momento y el alma que puedan recibir finalmente este primer parto, para que otros puedan recibirlo después a su vez.

Este texto permite establecer el principio general que gobierna toda esta parte: Dios elige un tiempo no por capricho ni por una cronología arbitraria, sino porque toda manifestación de un bien tan grande exige un alma dispuesta a recibirlo y un momento en que la humanidad, habiendo recibido y asimilado los bienes que lo preceden (véase V.2), pueda acoger sin peligro un don aún mayor. El tiempo del Don es, por tanto, un tiempo de amor paciente, nunca un tiempo de retraso ni de olvido.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 19 de octubre de 1922:

> «Mira, en mi Querer Supremo están todos mis actos internos que hizo mi Humanidad, como en expectativa para salir como mensajeros para ponerse en camino. Estos actos han sido hechos para las criaturas y quieren darse y hacerse conocer; y no dándose se sienten como aprisionados, y piden, suplican, que mi Querer los haga conocer para poder dar el bien que ellos contienen. Me encuentro en las condiciones de una pobre madre, que por largo tiempo tiene su parto en su seno, y que habiendo llegado el tiempo de hacerlo salir, si no lo hace sufre espasmos, se duele […]. Así soy Yo, más que madre por tantos siglos he contenido en Mí, más que parto, todos mis actos humanos hechos en la santidad del Querer Eterno, para darlos a la criatura. …»
>
> *« Vedi, nel mio Volere Supremo stanno tutti i miei atti interni che fece la mia Umanità, come in aspettativa per uscire come messaggeri per mettersi in via. Questi atti sono stati fatti per le creature e vogliono darsi e farsi conoscere e, non dandosi, si sentono come imprigionati e pregano, supplicano, che il mio Volere li metta a conoscenza per poter*

dare il bene che essi contengono. Mi trovo nelle condizioni d'una povera madre che per lungo tempo tiene il suo parto nel suo seno e che essendo giunto il tempo di metterlo fuori, se non lo fa spasima, s'addolora […]. Tale sono Io, più che madre per tanti secoli ho contenuto in Me, più che parto, tutti i miei atti umani fatti nella santità del Volere Eterno, per darli alla creatura … »

Articulación católica. San Pablo sitúa la venida misma de Cristo en un tiempo elegido por Dios: «cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo» (Gál 4,4) —una plenitud, no un instante cualquiera. El Catecismo enseña que Dios condujo toda la historia de la salvación mediante una «pedagogía divina», comunicándose gradualmente al hombre y preparándolo por etapas para acoger la Revelación sobrenatural que hace de sí mismo (CIC 53) —principio que gobierna tanto la venida de Cristo como, en un orden completamente distinto y subordinado, las gracias particulares que concede después a su Iglesia. El Eclesiastés lo dice con sobriedad: «Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo: tiempo de nacer» (Ecl 3,1-2) —versículo que la imagen misma empleada por Jesús a Luisa viene a ilustrar sin rebasar la sobriedad bíblica.

Fórmula para recordar. Dios nunca retrasa un don por indiferencia: espera, como una madre espera a su hijo, el momento en que el don pueda producir todo su fruto.

Pregunta 2 — ¿Por qué no fue manifestado el Don de la misma manera desde los primeros siglos?

Respuesta breve. Porque la criatura debía primero conocer y apropiarse de los actos externos de Jesús —su vida pública, su Pasión, todo lo que predica el Evangelio— antes de poder recibir la revelación, mucho más interior y mucho más exigente, de lo que su Voluntad obraba secretamente en su Humanidad. Dios procedió como un maestro que enseña primero las letras antes de hacerles escribir frases completas.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado que Dios espera el momento justo para manifestar un don. Ahora es preciso explicar por qué ese momento no llegó sino después de tantos siglos de vida cristiana, y no desde los primeros tiempos de la Iglesia.

Jesús distingue con precisión, en el mismo texto que la pregunta anterior, dos categorías de actos realizados por su Humanidad durante su vida terrena: los actos externos —su predicación, sus milagros, su Pasión, todo lo que refiere el Evangelio y que la Iglesia predica desde hace veinte siglos— y los actos internos, es decir, todo lo que obraba su Divina Voluntad unida a su voluntad humana, invisible a los ojos, pero real y operante. De los primeros, dice Jesús, «más o menos se sabe lo que Yo hice», y la criatura puede ya unirse a Él y tomar parte en ese bien conocido; de los segundos, en cambio, «poco o nada se sabe» —y sin este conocimiento, ¿cómo podría la criatura unirse a un bien que ignora totalmente?

Jesús explica entonces, mediante una imagen pedagógica de gran claridad, por qué este conocimiento más interior no podía llegar inmediatamente: era preciso preparar y disponer a las criaturas para pasar de los conocimientos menores a los mayores, «como un maestro que debía enseñar las vocales, las consonantes, después pasar a las composiciones». Hasta Luisa, dice Jesús, no se sabía de su Voluntad sino «las vocales y las consonantes» —es decir, las verdades fundamentales ya dadas por el Evangelio y vividas por los santos de todos los siglos—, y era preciso que llegara un tiempo en que se pudiera finalmente «pasar a las composiciones», es decir, a la plena comprensión de lo que esta vida en la Divina Voluntad significa y obra.

Esta imagen protege de un doble error: no hace de los siglos anteriores un tiempo de privación o de fracaso —el alfabeto es necesario y bueno en sí mismo, no un mal menor—;

pero afirma también sin rodeos que seguía siendo posible y esperada una comprensión más plena —comprensión de un depósito ya entero, no depósito ampliado (véase V.13).

Esta misma pedagogía del paso a paso, que prepara una comprensión siempre mayor sin precipitar jamás nada, gobierna también, como se verá, la restitución de la propia vida obrante, perdida por Adán y devuelta poco a poco por cada conocimiento dado a Luisa sobre la Divina Voluntad (VI.11).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 19 de octubre de 1922:

> «… de los actos externos más o menos se sabe lo que Yo hice, y la criatura, queriendo, puede unirse Conmigo y tomar parte en aquel bien que hice […]. En cambio, de los actos internos que hizo mi Humanidad en la Divina Voluntad por amor de todos, poco o nada se sabe, y la criatura, no conociendo ni la potencia de este Querer, ni cómo mi alma obraba en Él, ni lo que hice, ¿cómo podrá unirse Conmigo para tomar parte de aquel bien? El conocimiento lleva consigo el valor, los efectos, la vida de aquel bien […]. Y si he esperado tantos siglos para hacer conocer mi Querer obrante en la criatura, y el suyo obrante en el mío, casi elevándolo a mi mismo nivel, ha sido porque debía preparar y disponer a las criaturas para pasar de los conocimientos menores a los mayores; debía hacer como un maestro que debe enseñar las vocales y las consonantes para después pasar a las composiciones. Hasta ahora no se sabía otra cosa de mi Voluntad que las vocales y las consonantes; era necesario que pasara a las composiciones…»
>
> *« … degli atti esterni più o meno si sa ciò che Io feci e la creatura, volendo, si può unire insieme con Me e prendere parte a quel bene che feci […] Invece, degli atti interni che fece la mia Umanità nella Divina Volontà per amor di tutti, poco o nulla si sa e la creatura non conoscendo né la potenza di questo Volere, né come la mia anima operava in Esso, né ciò che feci, come potrà unirsi con Me per prendere parte di quel bene? La conoscenza porta con sé il valore, gli effetti, la vita di quel bene […] e se ho aspettato tanti secoli per far conoscere il mio Volere operante nella creatura ed il suo operante nel mio, quasi elevandolo al mio stesso livello, era perché dovevo preparare, disporre le creature a passare dalle conoscenze minori alle maggiori; dovevo fare come un maestro che deve insegnare le vocali, le consonanti, per poi passare ai componimenti. Finora non si sapeva altro della mia Volontà che le vocali e le consonanti, era necessario che passassi ai componimenti … »*

Articulación católica. Jesús mismo prepara a sus discípulos para profundizaciones ulteriores sin prometerles jamás una doctrina nueva: «Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora» (Jn 16,12) —palabra ya citada en III.9 a propósito de la demora de la Redención y que encuentra aquí su aplicación propia al orden de las gracias místicas. El Catecismo precisa el marco exacto de tales profundizaciones: «Aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos» (CIC 66) —fórmula que autoriza, sin imponerla como necesaria, una comprensión siempre más profunda de una misma Revelación, nunca su superación.

Fórmula para recordar. Era preciso aprender el alfabeto de la Voluntad de Dios —la vida cristiana ordinaria, vivida por veinte siglos de santos— antes de poder leer sus frases más interiores.

Pregunta 3 — ¿Qué revela el ritmo de los «dos mil años» sobre el orden providencial de la historia?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que su providencia conduce la historia por grandes períodos de dos mil años, cada uno sellado por un acto de renovación del mundo —el diluvio, después su propia venida en la carne—, y que se acerca una tercera renovación, más interior: no un nuevo Evangelio, sino la plena manifestación de lo que su Divinidad obraba ya, en secreto, en su Humanidad. Este ritmo no se da a conocer ni como un cálculo que verificar ni como una fecha que esperar, sino como la firma de un Maestro de la historia que no deja nada al azar y conduce todo hacia la plenitud de los tiempos.

Desarrollo. V.1 ha mostrado que Dios elige su tiempo por amor, como una madre espera la hora del alumbramiento. Este texto amplía ese mismo principio a la escala de la historia entera: no es solamente la misión de Luisa la que obedece a un tiempo elegido, sino el desarrollo del designio de Dios desde los orígenes.

Jesús confía allí a Luisa «el orden de su providencia»: al término de cada período de dos mil años, ha renovado el mundo. La primera vez mediante el diluvio; la segunda mediante su venida a la tierra, donde su Divinidad se dejaba entrever a través de su Humanidad «como a través de fisuras»; los santos de esos dos mil años vivieron de los frutos de esa Humanidad y gustaron, en parte, de esa Divinidad. Viene ahora una tercera renovación, dice Jesús, en la que será «aún más magnánimo» con las almas, manifestando lo que obraba su Divinidad en su Humanidad —no una doctrina nueva, sino la comprensión más interior de una misma y única Revelación—, exactamente la distinción entre profundización y novedad que ya establecía V.2 a propósito del Don mismo.

Este ritmo no es un ornamento literario: la tradición cristiana ha reconocido siempre en las grandes duraciones de la historia sagrada —los cuatro mil años que separan la Caída de la Encarnación (II.9), las edades del mundo de los Padres y de los escolásticos— una manera en que la propia Escritura invita a leer la historia, sin autorizarse jamás a calcular su término exacto. Aquí Jesús no da fecha alguna: revela un orden, una fidelidad, una providencia que actúa a grandes pasos —nunca un almanaque.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 29 de enero de 1919:

> «Hija amada mía, quiero hacerte saber el orden de mi providencia. En cada período de dos mil años he renovado al mundo, en los primeros lo renové con el diluvio; en los segundos dos mil lo renové con mi venida a la tierra, en la que manifesté mi Humanidad, de la cual como de tantas fisuras se traslucía mi Divinidad, y los buenos y los mismos santos de estos terceros dos mil años han vivido de los frutos de mi Humanidad, y como a gotas han gozado de mi Divinidad. Ahora estamos cerca del final de los terceros dos mil años y habrá una tercera renovación, […] y si en la segunda renovación manifesté lo que hacía y sufría mi Humanidad y poquísimo lo que obraba la Divinidad, ahora en esta tercera renovación, […] seré aún más magnánimo con las criaturas y llevaré a cabo la renovación con manifestar lo que hacía mi Divinidad en mi Humanidad, cómo obraba mi Querer Divino con mi querer humano, cómo todo quedaba concatenado en Mí …»
>
> *« Figlia diletta mia, voglio farti sapere l'ordine della mia provvidenza, dopo il corso di ogni duemila anni ho rinnovato il mondo, nei primi lo rinnovai col diluvio; nei secondi duemila lo rinnovai con la mia venuta sulla terra, in cui manifestai la mia Umanità, da cui, come da tante fessure, traluceva la mia Divinità ed i buoni e gli stessi santi dei secondi duemila anni son vissuti dei frutti della mia Umanità, ed in parte hanno goduto della mia Divinità. Ora siamo verso la fine del terzo periodo di duemila anni e ci sarà una terza rinnovazione […] e se nella seconda rinnovazione manifestai ciò che*

faceva e soffriva la mia Umanità e pochissimo ciò che operava la Divinità, ora in questa terza rinnovazione […] sarò ancora più largo con le creature e compirò la rinnovazione col manifestare ciò che faceva la mia Divinità nella mia Umanità, come agiva il mio Voler Divino col mio voler umano, come tutto restava concatenato in Me … »

Articulación católica. La Escritura da ella misma la clave para comprender tal ritmo sin erigirlo jamás en cálculo: «para el Señor un día es como mil años y mil años como un día» (2 Pe 3,8) —versículo que no mide nada, sino que enseña que la paciencia de Dios conduce la historia a una escala muy distinta de la de las generaciones humanas. El propio diluvio, del que este texto hace el primer hito, nunca es presentado por la Escritura como un final sin futuro: después de él, Dios cuida de todos los hombres mediante la alianza concluida con Noé, alianza que permanece vigente «tanto como dure el mundo» (CIC 71; Gn 9,9-17) —la misma fidelidad incansable que, según el *Libro de Cielo*, gobierna también el paso de la segunda a la tercera «renovación». Este ritmo providencial deberá, no obstante, recibirse dentro de los límites precisos que la Undécima parte establecerá con firmeza (XI.6-7) y que el Anexo E desarrollará plenamente (§23): la «tercera renovación» no anunciará ni un reinado visible de Cristo antes del juicio ni una nueva edad que superaría el Evangelio —promete una profundización del conocimiento de lo que Cristo ya cumplió de una vez para siempre.

Fórmula para recordar. Dios no improvisa la historia: la conduce mediante grandes pasos fieles, y el paso que se anuncia no añade nada al Evangelio —hace resplandecer toda su profundidad aún oculta.

Pregunta 4 — ¿Cuál es la misión propia de Luisa Piccarreta?

Respuesta breve. Luisa recibe la misión, inédita en la historia de la Iglesia, de vivir plenamente en la Divina Voluntad y de recibir su pleno conocimiento, a fin de abrirla después a otras almas. Jesús mismo atestigua la novedad radical de esta misión mediante un argumento sobrio: si otras almas hubieran vivido así antes que ella, la Iglesia conservaría su huella en su enseñanza —ahora bien, esta huella no existe.

Desarrollo. Las dos preguntas anteriores han establecido por qué fue necesario un tiempo y por qué ese tiempo no podía llegar antes. Ahora es preciso identificar exactamente lo que Dios confía a Luisa en este tiempo ya llegado y sobre qué fundamento puede afirmarse, sin presunción ni exageración, que su misión es realmente nueva.

La propia Luisa se pregunta, y esta entrada es decisiva: ¿sería realmente posible que ninguna alma, antes que ella, hubiera vivido en la Divina Voluntad? Jesús responde mediante un argumento de orden no místico, sino eclesial, casi jurídico por su rigor: si otras almas hubieran tenido esta suerte en la historia de la Iglesia, «ya estarían los trazos, las normas, las enseñanzas» —porque la vida en la Divina Voluntad es, dice, la cosa que más le interesa y que tanto le apremia, y «no es naturaleza del verdadero amor ocultar lo que puede hacer felices y enriquecer a los demás». Un bien tan grande, si ya hubiera sido dado, no habría podido permanecer silencioso en la memoria de la Iglesia.

Este argumento merece ser advertido tanto por su método como por su conclusión: Jesús no pide a Luisa que crea únicamente sobre la base de su propia experiencia mística, sino que la invita a comprobar la novedad de su misión mediante un criterio objetivo y verificable —la ausencia de huella en la tradición espiritual recibida. Este es el mismo método que este libro se esfuerza por aplicar en cada página: no afirmar nada que no sea verificable en los textos o fundado en la doctrina común. La misión de Luisa consiste, por tanto, precisamente en esto: ser la primera a quien se concede vivir plenamente aquello que la Creación esperaba desde el origen (I.14), y recibir, mediante una gracia de escritura prolongada durante casi

cuarenta años, el conocimiento necesario para que otros, después de ella, puedan entrar en este mismo Reino.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 20 de febrero de 1924:

> «Hija mía, ¿por qué no quieres reconocer el don, la gracia, tu misión de haber sido llamada en modo todo especial y nuevo a vivir en mi Querer? Si hubiera habido otras almas en mi Iglesia antes que tú, siendo el vivir en mi Querer la cosa más importante, la que más me interesa y que tanto me apremia, ya estarían los trazos, las normas, las enseñanzas en mi Iglesia de quien hubiera tenido la suerte de hacer vida en mi Voluntad, ya estarían los conocimientos, los alicientes, los efectos, los bienes que contiene este vivir en mi Querer. Si hubiera habido otras manifestaciones ya habría hecho Yo uso de mi potencia, haciendo traslucir fuera el modo sublime del vivir en mi Querer;»
>
> *« Figlia mia, perché non vuoi riconoscere il dono, la grazia, la tua missione d'essere stata chiamata in modo tutto speciale e nuovo a vivere nel mio Volere? Se altre anime ci fossero state nella mia Chiesa prima di te, essendo il vivere nel mio Volere la cosa più importante, quella che più m'interessa e che tanto mi sta a cuore, ci sarebbero state le tracce, le norme, gli insegnamenti nella mia Chiesa di chi avesse avuto la sorte di far vita nella mia Volontà, ci sarebbero state le conoscenze, gli allettamenti, gli effetti, i beni che contiene questo vivere nel mio Volere. Se ci fossero state tante altre manifestazioni, avrei fatto uso della mia potenza, facendo tralucere fuori il modo sublime del vivere nel mio Volere »*

Articulación católica. La Iglesia enseña que las gracias místicas particulares concedidas a ciertas almas no añaden nada al depósito de la fe, pero pueden «ayudar a vivirla más plenamente» en una época determinada, bajo el control del discernimiento eclesial (CIC 67, desarrollado plenamente en V.13). El carisma de una misión personal en la Iglesia cuenta con numerosos precedentes reconocidos: santa Catalina de Siena, santa Margarita María Alacoque y santa Faustina Kowalska recibieron cada una la misión de manifestar un aspecto particular —nunca nuevo en su sustancia, pero nuevo en su puesta de relieve— del mismo y único Evangelio. San Pablo recuerda que el Espíritu distribuye sus dones «como él quiere» y «para el bien común» (1 Co 12,7.11) —marco que permite recibir la misión de Luisa sin aislarla ni compararla término por término con la de ninguna otra alma, pues cada misión sigue siendo, según las mismas palabras de san Pablo, una gracia propia al servicio de todo el cuerpo.

Fórmula para recordar. No es Luisa quien reivindica un lugar inédito: es el silencio mismo de la tradición espiritual el que atestigua, para quien quiera comprobarlo, la novedad de lo que le fue confiado.

Pregunta 5 — ¿Por qué Luisa es llamada la pequeña hija de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús llama a Luisa su hija «primogénita» de su Voluntad —la primera en recibir esta vida en plenitud—, pero siempre «pequeña», porque la grandeza de la misión recibida solo encuentra su igual en la pequeñez de quien la recibe: precisamente en esta humildad, y no a pesar de ella, Dios elige depositar un don tan grande.

Desarrollo. El título con el que Luisa es designada más a menudo —«la pequeña hija de la Divina Voluntad»— no es una firma que ella se hubiera dado a sí misma: es un título que Jesús le da, en muchísimas ocasiones, dentro mismo del texto que Él le dicta. El

título reposa, pues, en esta insistencia de Jesús, y no en una elección editorial de Luisa —la tradición devocional y los editores de sus escritos retomaron después esta misma designación para nombrarla, precisamente porque así es como Jesús la llama en el texto.

Jesús la llama su hija «primogénita» —*primogenita*— de su Voluntad, anunciándole que le ha preparado, como un «edén divino» que sucede al edén terrestre perdido por Adán, un lugar donde el mal ya no tiene acceso y donde podrá dar sus primeros actos en modo divino, actos que, dice, «abrazan todo y a todos». Este título de «primogénita» no significa, por tanto, solamente una anterioridad cronológica: sitúa a Luisa en la posición de aquella por quien un bien nuevo entra en el mundo, como un primogénito abre un camino a quienes vendrán después.

Pero ese mismo Jesús que la llama «primogénita» y «secretaria» de su Voluntad —Él que, como hace con toda alma que se acerca a Él, no deja de llamarla «hija mía»— no deja tampoco, en las mismas páginas, de llamarla «pequeña hija», «mi pequeña recién nacida», «la más pequeña de mis criaturas». Esta insistencia no es una contradicción: enseña que la grandeza de la misión y la pequeñez de aquella a quien se confía no se oponen, sino que se corresponden necesariamente. Precisamente porque ella no reivindica nada por sí misma ni se apoya en mérito propio alguno, Dios puede depositar en ella, sin riesgo de verla apropiárselo, un don que la supera infinitamente. El título completo —«pequeña hija de la Divina Voluntad»— dice, por tanto, en pocas palabras lo que desarrolla toda esta parte: una misión inmensa confiada a una pura receptividad, sin otro mérito que el de haber aceptado permanecer pequeña ante un don tan grande.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 3 de marzo de 1919:

> «Tú eres mi hija primogénita de mi Voluntad, cómo te amo y cómo eres preciosa ante mis ojos, te tendré tan custodiada, que si al crear al hombre preparé un edén terrestre, para ti he preparado un edén divino […]. En el edén divino está cerrada la entrada al demonio, a las pasiones, a las debilidades, más bien el demonio no quiere entrar sabiendo que mi Querer lo quemaría más que el mismo fuego del infierno, y sólo al sentir su sensación huye; y darás principio a los primeros actos en modo divino, los cuales son inmensos, eternos e infinitos, que abrazan todo y a todos.»
>
> *« Tu sei la mia figlia primogenita della mia Volontà, come sei cara e preziosa agli occhi miei, ti terrò tanto custodita, che se nel creare l'uomo preparai un eden terrestre, per te ho preparato un eden divino […] nell'eden divino è chiusa l'entrata al demonio, alle passioni, alle debolezze, anzi lui non vuole entrare, sapendo che il mio Volere lo scotterebbe più dello stesso fuoco dell'inferno e fugge solo a sentirne la sensazione; e darai principio ai primi atti nel modo divino, i quali sono immensi, eterni ed infiniti, e abbracciano tutto e tutti »*

Articulación católica. La Escritura atestigua constantemente esta paradoja en la que la pequeñez es la condición, y no el obstáculo, de la elección divina: «Te doy gracias, Padre […] porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11,25). María misma canta este mismo misterio a propósito de su propia elección: «ha mirado la humildad de su esclava» (Lc 1,48) —el término griego traducido aquí por «humildad» evoca precisamente la pequeñez y la ausencia de rango. San Pablo hace de ello un principio general de la acción de Dios: «lo débil del mundo lo escogió Dios para humillar a lo poderoso» (1 Co 1,27). Este mismo principio, vivido ya por María en la Cuarta parte, estructura la misión de Luisa: la pequeñez no es lo que limita el don recibido, sino su condición de posibilidad.

Fórmula para recordar. Dios no confía un don inmenso a pesar de la pequeñez de quien lo recibe, sino a causa de ella: porque solo una mano vacía puede recibir sin apropiarse de

él.

Pregunta 6 — ¿Qué son los «conocimientos» de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Los conocimientos son las verdades que Jesús revela progresivamente sobre su Divina Voluntad; nunca son simples informaciones, sino que llevan en sí mismos la vida, el valor y los efectos del bien que dan a conocer, del mismo modo que la luz del sol, al investir a una criatura, puede literalmente transformarla en «pequeño sol» a su imagen.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado que Dios esperaba un tiempo y un alma para revelar lo que había permanecido oculto. Ahora es preciso determinar la naturaleza misma de lo que así se revela, porque la palabra «conocimiento» podría hacer pensar en una información suplementaria, exterior a quien la recibe —mientras que el *Libro de Cielo* le da un sentido completamente distinto.

Jesús lo explica mediante una imagen: si el sol, dotado de razón, viera a una planta o a un ser que quisiera convertirse a su vez en sol, aumentaría en ese ser toda su luz, su calor, todos sus efectos, hasta transformarlo verdaderamente en sol. Así sucede con el alma que vive en el Fiat divino: al recibir los conocimientos de la Divina Voluntad, no recibe solamente una doctrina que creer, sino una irradiación que la hace asemejarse progresivamente a su fuente, como un «pequeño sol» a imagen del Sol Divino. Jesús ve en ello el cumplimiento mismo del designio originario: «hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» —porque una madre, dice, no podría engendrar a un ser totalmente distinto de ella sin que esto fuera contra la naturaleza; del mismo modo, Dios no puede engendrar, por su Voluntad conocida y recibida, sino una criatura que se le asemeje cada vez más.

Un segundo texto precisa el ritmo de esta transformación, en un movimiento continuo ya anunciado por las imágenes del día: las primeras verdades conocidas forman una aurora; otras, recibidas después, forman el comienzo del día, luego el pleno día, y después el pleno mediodía —etapa en la que la criatura ya no se siente separada de la Divina Voluntad, sino que participa plenamente en lo que ella obra. Cada nuevo conocimiento, precisa Jesús, es como una mano que hace subir al alma de una categoría a otra, no por acumulación de saber abstracto, sino porque el conocimiento mismo es «la vida misma de la plenitud» de la Divina Voluntad en el alma que lo recibe.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 8 de diciembre de 1926:

> «Hija mía, si el sol tuviera razón y viera una planta o un ser que quisiera llegar a ser sol, el sol aumentaría toda su luz, su calor y todos sus efectos sobre este ser para hacerlo llegar a ser sol […]. El alma, con vivir en nuestro Fiat, no hace otra cosa que imitar a su Creador, y el Sol eterno concentra sobre ella todos sus reflejos, de modo que llegue a ser el pequeño sol a semejanza del Sol divino. ¿No fue propiamente esta nuestra finalidad y nuestro dicho: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”?»
>
> *« Figlia mia, se il sole, avesse ragione e vedesse una pianta o un essere che volesse diventare sole, il sole aumenterebbe tutta la sua luce, il suo calore e tutti i suoi effetti su quest'essere per farlo diventare sole […] L'anima col vivere nel nostro Fiat non fa altro che imitare il suo Creatore ed il sole eterno accentra su di essa tutti i suoi riflessi in modo da farla diventare il piccolo sole a somiglianza del sole Divino. Non fu proprio questo il nostro scopo ed il nostro detto: facciamo l'uomo a nostra immagine e somiglianza? »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 7 de noviembre de 1937:

«Estas verdades sobre mi Voluntad Divina formarán el día de mi Fiat en medio de las criaturas; conforme las conozcan, así se irá formando el día. En cuanto comiencen a conocer las primeras verdades que te he manifestado, con tal de que tengan buena voluntad y disposición de hacer de ellas su propia vida, se formará una aurora esplendidísima […]. Surgida la aurora, se sentirán investidas por una paz celestial, más afirmadas en el bien, y ellas mismas suspirarán entonces por conocer otras verdades, las cuales formarán el principio del día de mi Querer Divino. Este principio del día aumentará la luz y el amor […]. En este pleno día sentirán vivamente en ellas la vida de mi Voluntad, su alegría y felicidad, su virtud operante y creadora en ellas […]. El pleno día les dará tales ansias de conocer las otras verdades que, una vez conocidas, formarán el pleno mediodía; en él la criatura ya no se sentirá sola, entre ella y mi Querer no habrá más separación. …»

« Queste verità sulla mia Volontà Divina formeranno il giorno del mio Fiat in mezzo alle creature, a seconda che conosceranno, così si andrà formando il giorno. Sicché, come incominceranno a conoscere le prime verità che ti ho manifestato, purché abbiano buona volontà e disposizione di farne vita propria, così si formerà una splendidissima aurora […] Onde, sorta l'aurora, si sentiranno investiti da una pace celeste, più raffermati nel bene e quindi loro stessi sospireranno di conoscere altre verità, le quali formeranno il principio del giorno del mio Voler Divino, questo principio del giorno aumenterà la luce, l'amore […] In questo pieno giorno sentiranno al vivo la Vita della mia Volontà in essi, la sua gioia e felicità, la sua virtù operante e creatrice in loro […] Il pieno giorno darà loro tali ansie di conoscere le altre verità che, conosciute, formeranno il pieno meriggio, in questo la creatura non si sentirà più sola, tra essa ed il mio Volere non ci sarà più separazione … »

Articulación católica. La Escritura describe la Palabra de Dios no como una simple transmisión de informaciones, sino como una realidad viva y operante: «la palabra de Dios es viva y eficaz» (Heb 4,12); en otro lugar, san Pablo describe a los fieles que, al reflejar la gloria del Señor, «nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente» (2 Co 3,18) —precisamente el movimiento de transformación progresiva que describe la imagen del pequeño sol. El Catecismo distingue cuidadosamente el conocimiento de la fe como adhesión viva, no como simple saber teórico: «la fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios» y «es, pues, ya el comienzo de la vida eterna» (CIC 150, 163) —participación, no simple información, exactamente lo que traduce aquí el vocabulario de los «conocimientos» en Luisa.

Fórmula para recordar. Un conocimiento de la Divina Voluntad no informa solamente la inteligencia: como la luz del sol sobre una planta que se vuelve hacia ella, transforma poco a poco a quien lo recibe a imagen de su fuente.

Pregunta 7 — ¿Por qué el Reino está fundado sobre las verdades reveladas y por qué espera Dios que sean conocidas?

Respuesta breve. El Reino de la Divina Voluntad será tanto más rico cuanto más numerosas sean las verdades reveladas y recibidas acerca de este Reino, porque cada verdad desempeña en él un oficio distinto —maestro, padre, madre— y lleva consigo una parte de vida que ninguna otra puede suplir; estas verdades son, por tanto, los heraldos necesarios de este Reino, y dar el Don sin ellas equivaldría a darlo a ciegos, incapaces de servirse de él.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado qué es un conocimiento de la Divina

Voluntad. Queda por comprender por qué estos conocimientos no son un simple ornamento pedagógico añadido al Don mismo, sino la condición misma de su recepción, hasta el punto de que puede afirmarse sin exageración que todo el Reino está «fundado» sobre ellos.

Jesús lo dice con una precisión casi arquitectónica: el Reino de su Voluntad estará fundado sobre las verdades que ha manifestado, y cuantas más manifieste, tanto más «suntuoso, bello, majestuoso y sobreabundante de bienes y de alegrías» será este Reino. Cada verdad desempeña en él un oficio distinto —una hará de maestro, otra de padre amorosísimo, otra de madre ternísima que lleva a su hija en su seno para alimentarla con su amor. Poseer un bien sin conocerlo, añade Jesús, sería casi imposible: sería como no tener ojos para mirar, ni inteligencia para comprender, ni manos para obrar —el conocimiento da precisamente los ojos sin los cuales el Don seguiría siendo un bien inutilizable.

Un texto anterior da a este mismo principio una imagen narrativa que fija duraderamente su recuerdo. Incluso los santos que hicieron siempre la Voluntad de Dios, precisa Jesús, no tomaron de ella sino «por cuanto la conocían» —por tanto, la fidelidad sola, sin el conocimiento, no basta para introducir en la inmensidad del don. Porque su Divina Voluntad, dice, obró como un gran señor que muestra su palacio inmenso y suntuoso: a unos les indica solamente el camino para llegar hasta él, a otros la puerta, a otros la escalera, a otros las primeras estancias y, finalmente, a los últimos les abre todas las estancias, haciéndolos dueños de ellas y dándoles todos los bienes que contienen. Cada uno recibe entonces exactamente lo que ha visto: los bienes del camino los primeros, los de la puerta —superiores— los segundos, los de la escalera los terceros, los de las primeras estancias, más ricos y seguros, los cuartos, y todo el palacio entero los últimos.

Un segundo texto presenta estas verdades como «mensajeros», «heraldos» que anunciarán el Reino: unas veces soles, otras truenos, otras vientos impetuosos, se adaptarán a cada alma —pacificadoras para atraer mediante el beso de la reconciliación, guerreras para vencer las resistencias, suplicantes para no cesar de implorar hasta la victoria— porque, dice Jesús, «si un bien no se conoce, ni se quiere ni se ama». Un tercer texto, finalmente, saca la consecuencia práctica de todo esto, con palabras que deben regir toda pedagogía de esta obra: Jesús no puede dar este Don mientras las almas, que aún ignoran las verdades que lo conciernen, no hayan «formado la vista» necesaria para recibirlo y comprenderlo —pues darlo a almas sin esta preparación equivaldría, dice en sustancia, a darlo a ciegos.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 36, 13 de noviembre de 1938:

> «Hija mía bendita, no te maravilles; mi Voluntad tiene poder para hacer llegar a la criatura adonde quiere, con tal de que permanezca junto con Ella. Ahora, tú debes saber que su Reino será formado, fundado sobre las verdades que he manifestado; cuantas más verdades manifiesta, tanto más suntuoso, bello, majestuoso y sobreabundante de bienes y de alegrías será este Reino. Mis verdades formarán el régimen, las leyes, el alimento, el ejército aguerrido, la defensa y la misma vida de quien vivirá en él. Cada una de mis verdades tomará su oficio distinto: una hará de maestro, una de padre amorosísimo, otra de madre ternísima que, para no exponer al peligro a su hija, la lleva en su regazo, la mece en sus brazos, la alimenta con su amor y la viste de luz; en suma, cada verdad será portadora de un bien especial. Mira cuán rico será el Reino de mi Voluntad, del cual te estoy hablando tanto; y me disgusta cuando no estás atenta a escribirlo todo, porque harás faltar un bien que podría estar de más, pues gozarán según lo que conozcan: el conocimiento llevará la vida, la luz y el bien que posee. Poseer un bien sin conocerlo es casi imposible; sería como si no tuvieran ojos para mirar, inteligencia para comprender, manos para obrar, pies para caminar y corazón para amar. …»

« Figlia mia benedetta, non ti meravigliare, la mia Volontà ha potere di far giungere la creatura dove vuole, purché stia insieme con Essa. Ora, tu devi sapere che il suo regno sarà formato, fondato sulle verità che ha manifestato, quante più verità manifesta, tanto più questo regno sarà sontuoso, bello, maestoso e più sovrabbondante di beni e di gioie. Le mie verità formeranno il regime, le leggi, il cibo, l'esercito agguerrito, la difesa e la stessa vita di chi vivrà in Esso. Ciascuna mia verità prenderà il suo ufficio distinto: una farà da maestro, una da padre amorosissimo, un altro da madre tenerissima che per non esporre a pericolo la figlia sua, la porta nel suo grembo, la culla nelle sue braccia, la alimenta col suo amore, la veste di luce, insomma, ogni verità sarà portatrice d'un bene speciale. Vedi come sarà ricco il regno della mia Volontà che sto dicendo tanto e mi dispiace quando tu non sei attenta a scrivere tutto, perché farai mancare un bene che potrebbe essere in più; perché godranno a seconda che conosceranno, la conoscenza porterà la vita, la luce, il bene che possiede. Possedere un bene senza conoscerlo è quasi impossibile, sarebbe come se non si avesse occhi per guardare, intelligenza per comprendere, mani per operare, piedi per camminare, cuore per amare … »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 6 de noviembre de 1922:

«¡Ah, hija mía! ¿No quieres persuadirte aún de que tanto se toma de luz, de gracia, de variedad y de valor cuanto se conoce? Cierto que ha habido santos que han hecho siempre mi Querer, pero han tomado de mi Voluntad cuanto conocían de Ella. Ellos conocían que hacer mi Voluntad era el acto más grande, el que más me honraba y que llevaba la santificación; con esta intención la hacían y esto tomaban, porque no hay santidad sin mi Voluntad, y no puede salir ningún bien, ni santidad pequeña ni grande, sin Ella. Tú debes saber que mi Voluntad, lo que era, es y será, no ha cambiado en nada; pero, según se manifiesta, así hace conocer la variedad de sus colores, de los efectos y valores que contiene; y no sólo se hace conocer, sino que da al alma la variedad de sus colores, efectos y valores; de otro modo, ¿para qué hacerlos conocer? Mi Voluntad ha hecho como un gran señor que mostró un palacio suyo extensísimo y suntuoso: a los primeros les señaló el camino para ir a su palacio, a los segundos la puerta, a los terceros la escalera, a los cuartos las primeras estancias, y a los últimos les abrió todas las estancias, haciéndolos dueños y dándoles todos los bienes que había en él. Entonces, los primeros tomaron los bienes que había en el camino; los segundos, los bienes que había en la puerta, superiores a los que había en el camino; los terceros, los de la escalera; los cuartos, los de las primeras estancias, donde había más bienes y estaban más seguros; los últimos, los bienes de todo el palacio entero. Así hizo mi Voluntad: debía hacer conocer el camino, la puerta, la escalera, las primeras estancias, para poder pasar a toda la inmensidad de mi Querer y hacer ver los grandes bienes que hay en él. …»

« Ah! figlia mia, non vuoi persuaderti ancora che tanto si prende di luce, di grazia, di varietà, di valore, per quanto si conosce? Certo che ci sono stati dei santi che hanno fatto sempre il mio Volere, ma hanno preso della mia Volontà per quanto ne conoscevano. Essi conoscevano che il fare la mia Volontà era l'atto più grande, ciò che più mi onorava e che portava la santificazione e con questa intenzione la facevano e questo prendevano, perché non c'è santità senza la mia Volontà e non può uscire alcun bene, né santità piccola né grande senza di Essa. Tu devi sapere che la mia Volontà, quel che era, è e sarà, non è cambiata in nulla, ma a seconda che si manifesta, così fa conoscere la varietà dei suoi colori, degli effetti e dei valori che contiene e non solo si fa conoscere, ma dà all'anima la varietà dei suoi colori, effetti e valori, altrimenti a che pro farli conoscere? La mia Volontà ha fatto come un gran signore, il quale ha fatto vedere un suo palazzo estesissimo e sontuoso; ai primi ha additato la via per andare al suo palazzo, ai secondi la porta, ai terzi la scala, ai quarti le prime stanze ed agli ultimi ha aperto tutte le stanze

facendoli padroni e dando loro tutti i beni che ci sono in esso. Ora, i primi hanno preso i beni che ci sono nella via; i secondi, i beni che ci sono alla porta, superiori a quelli che ci sono nella via; i terzi, quelli della scala; i quarti, quelli delle prime stanze, dove ci sono più beni e stanno più al sicuro; gli ultimi i beni di tutto il palazzo intero. Così ha fatto la mia Volontà, doveva far conoscere la via, la porta, la scala, le prime stanze per poter passare in tutta l'immensità del mio Volere e far vedere i grandi beni che ci sono … »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 30 de octubre de 1927:

«He aquí, por tanto, la necesidad de sus conocimientos, si un bien no se conoce, ni se quiere ni se ama; por eso estos conocimientos serán los mensajeros, los heraldos que anunciarán mi Reino.»

« Ecco perciò la necessità delle sue conoscenze, se un bene non si conosce, né si vuole, né si ama; perciò esse saranno i messaggeri, i forieri che annunzieranno il regno mio »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 15 de mayo de 1932:

«Hija mía, tú debes saber que si bien ardo por el deseo de ver reinar mi Divina Voluntad, sin embargo no puedo dar este don, si antes con las verdades que he manifestado, conociéndolas las criaturas, tendrán el gran bien de formar la vista para ser capaces de comprenderlo, y por lo tanto disponerse para recibir un don tan grande. Se puede decir que ahora les falta el ojo para ver y la capacidad para comprenderlo. …»

« Figlia mia, tu devi sapere che sebbene bruci dal desiderio di vedere regnare la mia Divina Volontà, pure non posso dare questo dono, se prima le creature, conoscendo le verità che ho manifestato, non avranno il gran bene di formare la vista per essere capaci di comprenderlo e quindi disporsi per ricevere un dono così grande. Si può dire che adesso manca loro l'occhio per vedere e la capacità per comprenderlo … »

Articulación católica. La Escritura afirma con fuerza esta necesidad del conocimiento para que el bien dé fruto: «Perece mi pueblo por falta de conocimiento» (Os 4,6) —versículo severo que encuentra un eco directo en la insistencia de Jesús sobre los «ojos» que da el conocimiento. San Pablo recuerda igualmente: «¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar? […] la fe nace del mensaje que se escucha» (Rom 10,14.17). El Catecismo cita a san Ireneo: «la gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios» (CIC 294) —una visión que, como los «ojos» de los que habla Jesús a Luisa, supone siempre un conocimiento previo para poder ejercerse.

Fórmula para recordar. Un Reino ignorado no puede ser ni querido ni habitado: por eso sus verdades son sus heraldos necesarios, no un simple ornamento añadido después.

Pregunta 8 — ¿Cómo reproducen los conocimientos, la gracia y las virtudes, en el alma, la obra misma de la Creación?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que lo que obra en el alma que vive en su Voluntad supera lo que hizo en la Creación misma: cada conocimiento que manifiesta de sus perfecciones despliega en ella un nuevo cielo; a medida que el alma se eleva en estas verdades, forma en ella nuevos soles; cada gracia derramada, cada unión renovada, se convierte en un nuevo mar; y hasta en el ejercicio de las virtudes por medio del cuerpo, se complace en hacer florecer en ella un jardín siempre nuevo.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado que los conocimientos sobre la Divina Voluntad no son jamás simples informaciones, sino que transforman poco a poco al alma

que los recibe a imagen de su fuente (V.6), y que son, por ello, los heraldos necesarios del Reino (V.7). Es preciso ahora precisar qué construyen concretamente en el alma estos conocimientos, una vez recibidos y vividos, junto con la gracia y la práctica de las virtudes que los acompañan: no una simple intensidad de valor, sino una verdadera re-creación, obrada por Dios mismo en el alma que la recibe —jamás una segunda creación rival de la primera, exterior y paralela a ella, punto que esta obra precisará más adelante a propósito de las Vidas Divinas multiplicadas (VIII.5), sino la intensidad enteramente particular de un mismo don recibido interiormente, en un lugar donde puede dar fruto personalmente, allí donde la Creación exterior, por vasta que sea, seguirá siendo común a todos y muda (VIII.14).

Jesús comienza con una afirmación que podría sorprender si no procediera de Él mismo: «todo lo que hago en el alma […] ¡cuánto supera a todo lo que hice en la Creación!». Detalla después cuatro efectos distintos. Cada nuevo conocimiento de sus perfecciones, dice, «es un nuevo cielo» que extiende en el alma. A medida que el alma se eleva en esas mismas verdades para asemejarse a su Creador, viene a «formar nuevos soles» en ella. Cada gracia derramada, cada unión renovada con Él, se convierte a su vez en un nuevo mar, cuyo amor y correspondencia del alma forman el murmullo y las olas que suben «hasta los pies del trono divino». Y hasta en el ejercicio más humilde de las virtudes, en el que el cuerpo mismo presta su concurso, Jesús se complace en hacer del cuerpo «el pequeño terreno del alma», donde extiende prados floridos y crea sin cesar «nuevas flores, plantas y frutos».

Este texto prolonga, sin repetirlo, lo que la Decimocuarta parte contemplará acerca de los «nuevos cielos» que cada acto forma sobre el alma (XIV.8): allí donde este último texto insiste en la luz y la gloria desplegadas, aquel añade los soles, los mares y el jardín —un inventario más completo de la Creación misma, reproducida en el espacio interior de una sola alma.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 4 de abril de 1926:

> «Hija mía, todo lo que hago en el alma, ¡oh, cuánto supera a todo lo que hice en la Creación! Mira, cada conocimiento que manifiesto sobre mis perfecciones, cada verdad que pertenece a la Divinidad, es un nuevo cielo que extiendo en el alma, y conforme el alma se eleva en las verdades conocidas para semejarse a su Creador, son nuevos soles que vengo a formar en el espacio de estos cielos; cada gracia que Yo vierto y cada vez que renuevo la unión Conmigo, son mares que se extienden en el alma, y su amor y su correspondencia forman el dulce murmullo en estos mares y las olas impetuosas que se elevan hasta el Cielo, que van a descargarse a los pies del trono divino. En cuanto el alma practica sus virtudes, como el cuerpo contribuye junto al ejercicio de ellas, éste se puede llamar el pequeño terreno del alma, donde Yo extiendo los más bellos prados floridos, donde Yo me deleito en crear siempre nuevas flores, plantas y frutos.»
>
> *« Figlia mia, tutto ciò che faccio nell'anima, oh quanto supera tutto ciò che feci nella Creazione! Vedi, ogni conoscenza delle mie perfezioni che manifesto, ogni verità che appartiene alla Divinità, è un nuovo cielo che distendo nell'anima e come l'anima si eleva nelle verità conosciute per assomigliare al suo Creatore, così nuovi soli vengo a formare nello spazio di questi cieli; ogni grazia che Io verso ed ogniqualvolta rinnovo l'unione con Me, sono mari che si distendono nell'anima ed il suo amore e la sua corrispondenza formano il dolce mormorio in questi mari e le onde impetuose che si elevano fino al Cielo e che vanno a scaricarsi ai piedi del trono divino. Come l'anima pratica le sue virtù, siccome il corpo contribuisce all'esercizio di esse, si può chiamare il corpo il piccolo terreno dell'anima, dove Io stendo i più bei prati fioriti, dove Io mi diletto di creare sempre nuovi fiori, piante e frutti. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que el bautismo hace ya del creyente «una

criatura nueva» (2 Co 5,17; CIC 1265) —no una metáfora vacía, sino una transformación real cuya intensidad interior prolonga este texto, conocimiento tras conocimiento y gracia tras gracia. San Pablo emplea una imagen agrícola comparable para la fecundidad de la caridad: «el que siembra tacañamente, tacañamente cosechará; el que siembra abundantemente, abundantemente cosechará» (2 Co 9,6). Lo que añade el *Libro de Cielo* no es jamás una creación distinta de la ya profesada por la fe, sino la imagen concreta, en cuatro cuadros, de su fecundidad continuamente renovada en el alma que vive del Fiat.

Fórmula para recordar. Lo que Dios hizo una vez en el universo, lo vuelve a hacer en el alma que vive de su Voluntad, conocimiento tras conocimiento y gracia tras gracia: cielos, soles, mares y jardín —una Creación entera reproducida en ella.

Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre la santidad de las virtudes y la santidad de la vida en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. La santidad de las virtudes se adquiere mediante actos repetidos de paciencia, obediencia y caridad, en el orden humano, por heroicos que sean; la santidad de la vida en la Divina Voluntad, en cambio, hace obrar al alma «a la manera divina», escondida bajo la apariencia de la sencillez, pero alcanzando en realidad, en el orden de la Voluntad que posee, todo el bien que pueden producir conjuntamente todos los demás santos.

Desarrollo. Después de haber mostrado la necesidad de los conocimientos (V.6-7), es preciso determinar en qué consiste la cumbre misma de esta vida —su santidad propia— sin dejar jamás entender que las virtudes heroicas de los santos canonizados serían superadas o convertidas en secundarias por este nuevo modo de santidad.

Jesús emplea aquí una fórmula densa: «Mi Voluntad es la Santidad de las santidades». El alma que hace su Voluntad, por pequeña, ignorante y desconocida que sea, «deja atrás a todos los demás santos» —no por una superioridad de mérito personal, sino porque, permaneciendo en esta Voluntad, obra «a lo divino», escondida y, sin embargo, eficaz de modo sorprendente: se convierte, dice Jesús, en «el pie del misionero, la lengua de los predicadores, la fuerza de los débiles, la paciencia de los enfermos»—, es decir, participa, en la unidad de la Voluntad que posee, en todo el bien realizado conjuntamente por todos los demás santos, sin tener ella misma que realizar por separado cada uno de sus actos.

Jesús extrae de esta unión una consecuencia eucarística que la Séptima parte desarrollará más adelante (VII.6): estas almas, dice, son sus «verdaderas hostias, pero hostias vivas, no muertas» —porque las especies que forman la hostia sacramental no están, en sí mismas, llenas de vida, mientras que el alma que hace su Voluntad está plenamente viva y concurre realmente a todo lo que Jesús mismo hace. Esta diferencia no disminuye en nada la santidad ordinaria, fruto auténtico de la gracia santificante común a todos los bautizados: sitúa solamente, en un orden distinto, una participación todavía más inmediata en el obrar mismo de Dios, ofrecida sin exclusión a quien acepte depositar su voluntad propia.

Un texto recibido once años más tarde precisa esta misma diferencia desde un ángulo temporal. La santidad de las virtudes, dice Jesús, «es a tiempo y a circunstancia, cuando se presenta la ocasión» de ejercitar ahora la paciencia, ahora la obediencia, ahora alguna otra virtud —y, si la ocasión no se presenta, las virtudes «quedan interrumpidas y sin crecimiento». La santidad de su propio Querer, en cambio, no conoce «pausas ni interrupciones»: puede recibirse a cada instante, ya respire el alma, piense, hable o duerma. Lo que la santidad de las virtudes espera de una circunstancia exterior, la santidad del Fiat lo recibe continuamente, con independencia de toda ocasión.

Otro texto, recibido el mismo año, da a esta misma diferencia una imagen tomada de la Creación misma. Cada cosa creada —estrella, flor, mar— lleva su naturaleza y su color propios, y se convierte así, dice Jesús, en «símbolo de la santidad de las virtudes»: según las virtudes que haya practicado, cada alma se desarrolla en un color que solo a ella pertenece. La santidad de quien vive en la unidad de la luz del Querer Divino, en cambio, «es parto de aquel acto único» del Creador: no un color entre otros, sino la luz que, como un sol, encierra y eclipsa en sí toda la Creación con sus variadas bellezas. Cómo pasa efectivamente el alma de una de estas santidades a la otra lo precisará la pregunta siguiente (V.10).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 15 de marzo de 1912:

> «Hija mía, mi Voluntad es la Santidad de las santidades; así que el alma que hace mi Voluntad, por pequeña, ignorante y desconocida que sea, deja atrás a los demás santos, a pesar de sus portentos, de sus conversiones estrepitosas y de sus milagros; más aún, comparadas con ella, las almas que hacen mi Voluntad son reinas, y todas las demás están como a su servicio. El alma que hace mi Voluntad parece no hacer nada y lo hace todo, porque, estando en mi Voluntad, obra a lo divino, ocultamente y de modo sorprendente; así que es luz que ilumina, viento que purifica, fuego que quema, milagro que hace obrar los milagros. Quienes los hacen son los canales; en ella, en cambio, reside la potencia. Así que es el pie del misionero, la lengua de los predicadores, la fuerza de los débiles, la paciencia de los enfermos, el régimen de los superiores, la obediencia de los súbditos, la tolerancia de los calumniados, la firmeza en los peligros, el heroísmo de los héroes, el valor de los mártires, la santidad de los santos, y así de todo lo demás, porque, estando en mi Voluntad, concurre a todo el bien que puede haber en el Cielo y en la tierra. He aquí cómo puedo decir que estas almas son mis verdaderas hostias, pero hostias vivas, no muertas, porque los accidentes que forman la hostia no están llenos de vida ni influyen sobre mi Vida; en cambio, el alma está llena de vida y, haciendo mi Voluntad, influye y concurre a todo lo que hago Yo…»
>
> *« Figlia mia, la mia Volontà è la Santità delle santità, sicché l'anima che fa la mia Volontà, per quanto piccola, ignorante, ignota, lascia dietro gli altri santi, nonostante i loro portenti, le conversioni strepitose e i miracoli, anzi confrontandole, le anime che fanno la mia Volontà sono regine e tutte le altre le stanno come a servizio. L'anima che fa la mia Volontà pare che faccia niente e fa tutto, perché stando nella mia Volontà agisce alla divina, nascostamente ed in modo sorprendente, sicché è luce che illumina, è vento che purifica, è fuoco che brucia, è miracolo che fa fare i miracoli, quelli che li fanno sono i canali, in questa, invece, risiede la potenza, sicché è il piede del missionario, la lingua dei predicatori, la forza dei deboli, la pazienza degli infermi, il regime dei superiori, l'ubbidienza dei sudditi, la tolleranza dei calunniati, la fermezza nei pericoli, l'eroismo degli eroi, il coraggio dei martiri, la santità dei santi e così di tutto il resto, perché stando nella mia Volontà concorre a tutto il bene che ci può essere in Cielo ed in terra. Ecco come posso ben dire che queste anime sono le mie vere ostie, ma ostie vive, non morte, perché gli accidenti che formano l'ostia non sono pieni di vita, né influiscono sulla mia vita, ma l'anima è piena di vita e facendo la mia Volontà influisce e concorre a tutto ciò che faccio Io … »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 6 de diciembre de 1923, sobre la ocasión y la continuidad:

> «Mira la gran diferencia que hay entre la santidad en mi Querer y la santidad de las otras virtudes, la primera es recibir a cada instante corrientes de gracia, de luz, de amor, y estar la criatura en cada acto suyo en orden con su Creador, por eso es la santidad que más se acerca a su Creador. La segunda, la de las otras virtudes, es a tiempo y a circunstancia, cuando se presenta la ocasión de ejercitar ahora la

paciencia, ahora la obediencia, ahora la caridad y otras, y si no se presentan ocasiones, las virtudes quedan interrumpidas y sin crecimiento, y no pueden recibir el bien que contiene la virtud en acto. En cambio en la santidad de mi Querer no hay pausas ni interrupciones, mi Querer está siempre fijo en dardear a la criatura, ella lo puede recibir a cada instante, si respira, si piensa, si habla, si late, si se alimenta, si duerme, todo entra en mi Querer, y a cada instante puede llenarse de mi Voluntad con todos los bienes que Ella contiene.»

« Vedi che gran differenza c'è tra la santità nel mio Volere e quella delle altre virtù, la prima è ricevere in ogni istante correnti di grazia, di luce, d'amore e stare in ogni atto in ordine col suo Creatore, perciò è la santità che più si avvicina al suo Creatore. La seconda, quella delle altre virtù, è a tempo, a circostanza, quando si presenta l'occasione di esercitare, ora la pazienza, ora l'ubbidienza, ora la carità e altro e se occasioni non si presentano, le virtù restano interrotte e senza crescita e non possono ricevere il bene che contiene la virtù in atto. Invece nella santità del mio Volere non ci sono fermate, né interruzioni, il mio Volere è sempre fisso a dardeggiare la creatura, lei lo può ricevere in ogni istante, se respira, se pensa, se parla, se palpita, se si ciba, se dorme, tutto entra nel mio Volere ed in ogni istante può riempirsi della mia Volontà con tutti i beni che Essa contiene. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 2 de julio de 1926, sobre la diversidad y la unidad:

«Hija mía, mira el cielo, las estrellas, el sol, la luna, las plantas, las flores, el mar, mira todo: cada cosa tiene su naturaleza distinta, su colorido, su pequeñez y su altura; cada una tiene su oficio distinto, y una no puede hacer lo que hace la otra ni producir los mismos efectos. Así que cada cosa creada es símbolo de la santidad de las virtudes, de la sumisión y resignación a mi Voluntad; según las virtudes que han practicado, las almas han tomado en sí un color distinto; por eso se puede decir que una es flor roja, otra violeta, otra blanca, que una es planta, otra árbol, otra estrella; y según se han sometido a los reflejos del Querer Supremo, así se han desarrollado en fecundidad, en altura y en belleza. Pero uno es su colorido, porque mi Querer, como rayo de sol, les ha dado el color de aquella semilla que ellas mismas habían puesto en sus almas. En cambio, la santidad de quien vive en la unidad de la luz de mi Voluntad es parto de aquel acto único de su Creador, que, mientras es uno en las manos creadoras, los rayos de su Voluntad, saliendo de Dios, invaden todo y producen obras y efectos tan innumerables que el hombre no puede llegar a contarlos todos. Así que esta santidad, siendo parto de aquel acto único, será cuidado y celo del Querer Supremo, que encierra en sí todos los colores, todas las variadas bellezas, todos los bienes posibles e imaginables; de modo que, más que sol resplandeciente, encerrará y eclipsará en sí toda la Creación con sus variadas bellezas. …»

« Figlia mia, guarda il cielo, le stelle, il sole, la luna, le piante, i fiori, il mare, guarda tutto, ciascuna cosa ha la sua natura distinta, il suo colorito, la sua piccolezza e la sua altezza, ognuna ha il suo ufficio distinto e una non può fare ciò che fa l'altra, né produrre gli stessi effetti. Sicché ciascuna cosa creata è simbolo della santità delle virtù, della sottomissione e rassegnazione alla mia Volontà; a seconda delle virtù che hanno praticato, hanno attinto in loro un colore distinto, perciò si può dire chi è fiore rosso, chi viola, chi bianco, chi è pianta, chi è albero, chi è stella e a seconda che si sono sottomessi ai riflessi del Supremo Volere, così si sono sviluppati nella fecondità, nell'altezza, nella bellezza, ma uno è il loro colorito, perché il mio Volere, come raggio di sole, ha dato loro il colore di quel seme che loro stessi avevano messo nelle anime loro. Invece la santità di chi vive nell'unità della luce della mia Volontà è parto di quell'atto solo del suo Creatore, che mentre è uno nelle mani creatrici, i raggi della sua Volontà, uscendo da

Dio, invadono tutto e producono opere ed effetti, tanto innumerevoli che l'uomo non può giungere a contarli tutti, sicché questa santità, essendo parto di quell'atto solo, sarà cura e gelosia del Voler Supremo che racchiude in sé tutti i colori, tutte le svariate bellezze, tutti i beni possibili ed immaginabili, sicché più che sole sfolgorante racchiuderà ed eclisserà in sé tutta la Creazione con le sue svariate bellezze … »

Articulación católica. El Concilio Vaticano II enseña que «todos los fieles, de cualquier condición o estado, son llamados por el Señor […] a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 40) —llamada universal a la santidad que sigue siendo el marco común en el que se inscribe lo que el *Libro de Cielo* llama la santidad del Fiat, sin sustituir jamás ese marco común. San Pablo describe una participación comparable en el único cuerpo de Cristo, donde cada miembro, según su función propia, contribuye al bien de todos (1 Co 12,12-27) —imagen que ilumina cómo un alma unida a la Divina Voluntad puede «concurrir» a lo que otros realizan visiblemente, sin usurpar su mérito propio ni disminuir su santidad. El Catecismo recuerda, finalmente, que la propia gracia santificante es ya participación en la vida divina (CIC 1997) —fundamento común sobre el que este grado más interior no construye nada extraño, sino una intensidad de participación cada vez mayor en esa misma vida.

Fórmula para recordar. La santidad de las virtudes imita a Dios mediante actos semejantes a los suyos; la santidad del Fiat deja que Dios mismo obre, escondido bajo la apariencia de la nada.

Pregunta 10 — ¿La santidad de las virtudes debe ser superada o llevada a cumplimiento?

Respuesta breve. Jesús revela que la santidad de las virtudes nunca es rechazada por la del Fiat, sino concentrada, consumada y llevada a su término para servirle de escabel: esto es lo que hizo primero en la propia Luisa, antes de darle a conocer la santidad del vivir en su Querer. Sin embargo, esta santidad ordinaria lleva consigo un riesgo que no puede, por sí misma, apartar enteramente: rara vez exenta de motivos mezclados —estima propia, deseo de agradar, búsqueda de una gloria propia—, expone al alma a obrar más por el gusto que encuentra en ello que por el bien que contiene la virtud. La Divina Voluntad, abatiendo primero la voluntad propia, purifica lo que la sola práctica de las virtudes no podía purificar por sí misma.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado en qué difieren ambas santidades en su forma misma; ahora es preciso preguntar cómo pasa el alma de una a otra y si este paso supone un abandono o un cumplimiento.

Un texto da a esta secuencia su sentido más claro. Jesús explica a Luisa por qué comenzó acumulando en ella tantos sufrimientos y ejercicios de virtud, antes de revelarle la santidad de la vida en su Querer: «era necesario que concentrara en ti toda la santidad humana para consumarla en ti, para dar principio a la verdadera santidad del vivir en mi Querer Divino. La santidad en el orden humano debía ser el escabel, el trono de la santidad en el orden de mi Divina Voluntad». Nada de cuanto fue pedido a Luisa en los primeros años —el sufrimiento voluntario, la obediencia, la paciencia— se perdió ni fue eludido: fue la materia misma sobre la cual debía establecerse después la santidad más alta, como un trono no se concibe sin el escabel que conduce a él.

Pero esta misma santidad de las virtudes, mientras permanece sola, lleva consigo una fragilidad que Jesús no oculta. Las virtudes practicadas en la tierra, dice, «raramente están excluidas de fines humanos, de estima propia, de propia gloria, amor por exhibirse ante las

personas y de agradar a éstas» —y sucede que se obra «más por estos gustos que por el bien que contiene la virtud». Por eso, añade, las virtudes «hacen más impresión» en el alma: la voluntad humana encuentra siempre algo que ganar para sí misma. La Divina Voluntad, en cambio, no tolera ningún fin humano; lo primero que echa por tierra es precisamente esa voluntad propia en la que se alojaban los motivos mezclados, purificando así desde dentro lo que el solo ejercicio de las virtudes, por heroico que fuese, no podía purificar por sí mismo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 9 de mayo de 1929:

> «Hija mía, tú te equivocas, no hay contradicciones. Tú debes saber que debiéndote llamar en modo todo especial a vivir en mi Divina Voluntad, para hacértela conocer, y por medio tuyo hacer conocer a los demás la santidad del vivir en Ella, para hacerla reinar sobre la tierra, era necesario que concentrara en ti toda la santidad humana para consumarla en ti, para dar principio a la verdadera santidad del vivir en mi Querer Divino. La santidad en el orden humano debía ser el escabel, el trono de la santidad en el orden de mi Divina Voluntad.»
>
> *« Figlia mia, tu ti sbagli, né ci sono contraddizioni. Tu devi sapere che dovendoti chiamare in modo tutto speciale a vivere nella mia Divina Volontà, per fartela conoscere e per mezzo tuo far conoscere agli altri la santità del vivere in Essa, per farla regnare sulla terra, era necessario che accentrassi in te tutta la santità umana per consumarla in te, per dar principio alla vera santità del vivere nel mio Volere Divino. La santità nell'ordine umano doveva essere lo sgabello, il trono, della santità nell'ordine della mia Divina Volontà. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 9 de abril de 1926:

> «Hija mía, ¿quieres saber el por qué? Porque no tienen el paladar purgado, y están habituados a los alimentos ordinarios de este bajo mundo, como son las virtudes, y no a los alimentos celestiales y divinos como es mi Querer. […] Las virtudes que se pueden practicar sobre la tierra raramente están excluidas de fines humanos, de estima propia, de propia gloria, amor por exhibirse ante las personas y de agradar a éstas, y todos estos fines son como tantos gustos al paladar ordinario del alma, y muchas veces se obra más por estos gustos que por el bien que contiene la virtud. He aquí por qué hacen más impresión las virtudes, porque la voluntad humana gana siempre alguna cosa; en cambio mi Voluntad, la primera cosa que echa por tierra es la voluntad humana, y no tolera ningún fin que sea humano. …»
>
> *« Figlia mia, vuoi sapere il perché? Perché non hanno il palato purgato e sono abituate ai cibi ordinari di questo basso mondo, quali sono le virtù e non ai cibi celesti e divini, qual è il mio Volere […]. Le virtù che si possono praticare sulla terra, di rado sono escluse da fini umani, da stima propria, da propria gloria, amore di comparire e di piacere a persone e tutti questi fini sono come tanti gusti al palato ordinario dell'anima e molte volte si opera più per questi gusti, che per il bene che contiene la virtù; ecco perciò fanno più breccia le virtù, perché la volontà umana guadagna sempre qualcosa. Invece la mia Volontà, la prima cosa che atterra è la volontà umana e non tollera alcun fine che dia d'umano … »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que la gracia «prepara al hombre para acoger esta iniciativa» divina y «dispone la voluntad del hombre a colaborar» (CIC 2001-2002) —una preparación que nunca se opone a aquello que hace posible, sino que lo llama y lo sostiene. San Juan de la Cruz, en un registro próximo, enseña que el alma debe pasar por la noche de los sentidos y del espíritu, donde los motivos más sutiles del amor propio quedan purificados antes de la unión más alta —no porque las virtudes practicadas anteriormente fueran vanas, sino porque permanecen, mientras la voluntad propia no sea despojada,

mezcladas con lo que no es Dios solo. El *Libro de Cielo* no hace así sino nombrar, con su vocabulario propio, un camino ya reconocido por la tradición espiritual católica: nada de la santidad verdaderamente adquirida se pierde, pero todo debe ser conducido, mediante un despojo más profundo, hasta su fuente.

Fórmula para recordar. La santidad de las virtudes nunca es una escalera que se abandona, sino un escabel que solo se deja para subir al trono hacia el que ya conducía.

Pregunta 11 — ¿Cómo recibió la Iglesia a Luisa y sus escritos?

Respuesta breve. La historia de la recepción eclesial de los escritos de Luisa Piccarreta está hecha de alternancias que un trabajo serio debe exponer sin ocultarlas: aprobación inicial e *Imprimatur* durante su vida, inclusión en el Índice de tres obras publicadas en 1938, abolición del Índice en 1966, apertura de la causa de beatificación por Trani en 1994, estructuración canónica de la asociación oficial en 2010, comunicación de Mons. Pichierri en 2012 —favorable a una lectura seria de los escritos, aunque manteniendo entonces la prohibición de publicarlos—, señalamiento de ambigüedades por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe en 2019, que ocasionó una suspensión temporal del proceso, y, finalmente, en junio de 2024, conclusión de que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia» y *nihil obstat* para la reanudación del itinerario canónico. El Postulador hizo pública esta decisión el 10 de agosto de 2024 y precisó que la continuación de la causa debía ir necesariamente acompañada de una edición típica y crítica oficial de los escritos.

Desarrollo. Es preciso reconstruir esta historia con exactitud, sin ocultar sus dificultades, apoyándose exclusivamente en las fuentes que tienen autoridad en la materia —las comunicaciones de la archidiócesis de Trani-Barletta-Bisceglie, de la que depende canónicamente la causa, las de los dicasterios romanos competentes y las de la asociación pública de fieles encargada oficialmente de promoverla—, sin polémica en uno u otro sentido y dejando a la Santa Sede el juicio definitivo que solo a ella corresponde.

Durante la vida de Luisa (1865-1947), sus escritos recibieron primero una acogida favorable: san Aníbal María di Francia, nombrado censor por el arzobispo de Trani, examinó durante largos años el original italiano sin encontrar error en él, y el arzobispo Giuseppe Maria Leo puso en 1926 su *Imprimatur* a los primeros dieciocho volúmenes manuscritos. Pero en 1938 el Santo Oficio incluyó en el Índice tres obras publicadas extraídas de sus escritos — *L'Orologio della Passione* (las *Veinticuatro Horas*), *Nel Regno della Divina Volontà. Storia di un'anima. Prima parte. Alba che sorge*, que reproducía los volúmenes I a III y casi todo el IV, y *La Regina del Cielo*. Los manuscritos de los volúmenes 1 a 34 del *Libro de Cielo* fueron igualmente entregados a las autoridades romanas ese mismo año; nunca fueron, por su parte, incluidos en el Índice. Sus originales se encuentran hoy en posesión del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, mientras que la archidiócesis de Trani conserva copias conformes; de los volúmenes 35 y 36 conserva copias fotostáticas.

Luisa respondió a esta condena mediante un acto de sumisión total, que es preciso citar por su alcance ejemplar. El 19 de septiembre de 1938 escribió:

> «Espontánea y prontamente, cumplo el deber de alma cristiana de presentar humildemente mi sumisión incondicional, pronta, plena y absoluta al juicio de la Santa Iglesia Romana; por lo cual, sin restricción alguna, repruebo y condeno cuanto la Suprema Congregación del Santo Oficio reprueba y condena en mis escritos publicados antes mencionados, en el sentido que la misma Suprema Congregación entiende.»

« Spontaneamente e prontamente compio il dovere di anima cristiana di umiliare la mia incondizionata, pronta, piena ed assoluta sottomissione al giudizio della S. Romana Chiesa, per cui, senza restrizione alcuna, riprovo e condanno quanto la Suprema Congregazione del S. Uffizio riprova e condanna nei sopracitati miei scritti pubblicati, nel senso che la medesima Suprema Congregazione intende. »

Dirigió esta declaración a su arzobispo, Mons. Giuseppe M. Leo, rogándole que la hiciera llegar al Santo Oficio.

Debe señalarse la precisión de esta fórmula, no menos notable que su firmeza: Luisa no hace ninguna retractación doctrinal detallada ni reconoce en parte alguna haber enseñado personalmente errores determinados; se somete «en el mismo sentido y con la misma intención» que el Santo Oficio y limita explícitamente su declaración a cuanto este reprueba y condena «en los libros arriba mencionados». Su sumisión no deja por ello de ser entera y «sin restricción alguna» —modelo acabado de esa obediencia filial que esta obra no ha cesado de proponer como condición de toda vida auténtica en la Divina Voluntad.

Después de la abolición del Índice en 1966 y de un renovado interés por sus escritos, el arzobispo de Trani, Mons. Carmelo Cassati, abrió en 1994, en la solemnidad de Cristo Rey, la causa de beatificación. Su sucesor, Mons. Giovanni Battista Pichierri, concluyó la investigación diocesana en 2005; el expediente fue entonces transmitido al Dicasterio para las Causas de los Santos en Roma, y Luisa recibió el título de Sierva de Dios. En 2010, Mons. Pichierri erigió la Pía Asociación ya existente en asociación pública de fieles con el nombre de «Asociación Luisa Piccarreta — Pequeños Hijos de la Divina Voluntad», dándole así la estructura canónica oficial que sigue siendo hoy la referencia reconocida para la difusión de su espiritualidad. El 1 de noviembre de 2012, Mons. Pichierri publicó una comunicación más matizada que una simple autorización de difusión: indicaba que la afirmación según la cual los escritos contendrían errores doctrinales no había sido entonces avalada ni por la Santa Sede ni por él mismo, e invitaba a una lectura seria y profunda a la luz de la Escritura, de la Tradición y del Magisterio. En el mismo documento recordaba que la publicación de los escritos seguía entonces prohibida durante aquella fase de la causa, precisando al mismo tiempo que su lectura, la recomendación de su lectura y la difusión del conocimiento de la santidad de Luisa no estaban prohibidas y eran incluso deseables, en comunión con la autoridad eclesial.

Por su parte, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe señaló en 2019 que los escritos presentaban ciertas «ambigüedades de naturaleza teológica, cristológica y antropológica» —no errores doctrinales comprobados, sino formulaciones que exigían un examen más profundo, especialmente acerca del riesgo de entender que vivir en la Divina Voluntad haría perder al alma su propia voluntad humana —riesgo descartado y recordado como infundado ya en III.3—, y acerca del riesgo de presentar sus revelaciones como si la Redención quedara «incompleta» sin ellas, algo que III.10 y III.12 se han cuidado de excluir y que V.13 excluirá nuevamente. El Dicasterio para las Causas de los Santos suspendió entonces temporalmente el proceso canónico a la espera de este examen.

Después de un estudio profundo realizado por la Postulación con el concurso de un teólogo especialista en mística, las respuestas aportadas permitieron al Dicasterio para la Doctrina de la Fe concluir que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia». En junio de 2024 concedió, por tanto, su *nihil obstat* para la reanudación del itinerario canónico; el Dicasterio para las Causas de los Santos notificó formalmente este resultado a la Postulación el 8 de julio de 2024, y el Postulador, Mons. Paolo Rizzi, lo hizo público el 10 de agosto. Al mismo tiempo precisó que, conforme a las prescripciones del Dicasterio para las Causas de los Santos, la continuación del itinerario canónico debía ir necesariamente acompañada

de la publicación de una edición típica y crítica de los escritos por la asociación pública de fieles de Corato, bajo la supervisión del arzobispo de Trani-Barletta-Bisceglie, con una introducción y notas destinadas a prevenir interpretaciones erróneas y a poner de relieve el amor misericordioso y gratuito de Dios.

Fórmula editorial de prudencia. Reserva tradicionalmente colocada al comienzo de *Las Veinticuatro Horas de la Pasión* y retomada aquí como regla de lectura católica:

> «Con toda la reserva necesaria, en la más perfecta sumisión al juicio de la Santa Iglesia, sin apelar a otra fe que la fe humana y conforme al decreto del papa Urbano VIII…»

Esta fórmula es asumida por la presente obra para el conjunto de sus catorce partes.

Comunicación del Postulador, 10 de agosto de 2024, que refiere la conclusión del Dicasterio para la Doctrina de la Fe y la notificación del Dicasterio para las Causas de los Santos a la Postulación del 8 de julio de 2024 *(fuente: comunicación oficial de la Postulación)*:

> Las respuestas aclaratorias proporcionadas por la Postulación permitieron al Dicasterio para la Doctrina de la Fe concluir que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se advierten afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia». En junio de 2024 concedió, por tanto, su *nulla osta* a la reanudación de la causa, resultado comunicado formalmente a la Postulación por el Dicasterio para las Causas de los Santos el 8 de julio de 2024. La continuación de la causa debe ir necesariamente acompañada de la publicación de la edición típica y crítica de los escritos de Luisa Piccarreta por la asociación pública de fieles de Corato, bajo la supervisión del arzobispo de Trani-Barletta-Bisceglie.

Articulación católica. La Iglesia siempre ha distinguido, en el juicio sobre los escritos místicos, la valoración doctrinal de su contenido y la oportunidad pastoral de su difusión sin un acompañamiento adecuado —distinción que permite comprender por qué la conclusión de 2024 de que no se observan en ellos afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia puede ir unida a la exigencia de una edición típica y crítica oficial antes de su plena promoción. El caso de santa Faustina Kowalska, para quien la difusión de los escritos y de la devoción a la Divina Misericordia bajo las formas propuestas por ella fue prohibida en 1959, antes de que esta prohibición fuera levantada en 1978 y de que ella misma fuera canonizada en 2000, ofrece un precedente histórico cercano que esta obra puede mencionar sin extraer de él una conclusión anticipada sobre el desenlace propio de la causa de Luisa, que permanece, a día de hoy, abierta y no resuelta.

Fórmula para recordar. La historia de esta recepción no es ni un largo río tranquilo ni una condena definitiva: es la historia, ordinaria en la Iglesia, de un discernimiento conducido por etapas entre Trani y Roma, llegado a una clarificación doctrinal decisiva sin que la causa esté aún concluida.

Pregunta 12 — ¿Por qué el Don no es una espiritualidad privada entre otras y cómo evitar toda lectura orgullosa, sectaria o separada de la Iglesia?

Respuesta breve. La vida en la Divina Voluntad no es una espiritualidad opcional reservada a un círculo de iniciados separado del resto de la Iglesia: es, según el propio *Libro de Cielo*, el cumplimiento mismo del designio de toda la Creación y de la petición central del Padrenuestro. Toda lectura que hiciera de ella una élite espiritual, un grupo replegado sobre sí mismo o una fuente de autoridad concurrente con la de los obispos

traiciona, por tanto, por el solo hecho de este encerramiento, el espíritu mismo del texto que pretende seguir.

Desarrollo. La historia trazada en la pregunta anterior muestra concretamente por qué esta cuestión no es teórica: entre las dificultades señaladas en 2019 figuraban ambigüedades de formulación susceptibles de alimentar lecturas erróneas; la exigencia de una edición típica y crítica manifiesta precisamente la voluntad de encuadrar su recepción sin confundir estas dificultades de interpretación con una condena doctrinal de los escritos.

El *Libro de Cielo* ofrece, sin embargo, en su propio seno, el antídoto contra esta desviación: Luisa nunca presenta la vida en la Divina Voluntad como un camino reservado, sino como el retorno de toda la humanidad a su condición originaria y al designio mismo de la Creación (I.14), aquella que Adán poseía antes de la Caída y por la cual cada bautizado reza ya, sin saberlo siempre plenamente, cada vez que recita «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo». Una espiritualidad que se replegara sobre un pequeño número de elegidos, que cultivara un sentimiento de superioridad sobre los demás fieles o que intentara fundar su propio magisterio al margen de los obispos diocesanos contradiría, por tanto, el contenido mismo de lo que pretende transmitir: porque el Fiat, por definición, nunca divide, sino que unifica —«una sea la Voluntad de todos, una la santidad, una la vida, uno tu reino» (véase V.7, vol. 23, 30 de octubre de 1927).

Por eso, las instrucciones más recientes de la autoridad eclesial, ya mencionadas en V.11, precisan que los obispos solo deben reconocer en sus circunscripciones a los grupos de la Divina Voluntad que respondan a las exigencias indicadas y permanezcan en comunión explícita con su obispo; una vez aprobados por él, estos grupos pueden obtener la afiliación a la Familia de la Divina Voluntad, estructura oficial establecida bajo la supervisión del arzobispo de Trani-Barletta-Bisceglie. Lejos de ser una restricción exterior impuesta a una espiritualidad que podría prescindir de ella, esta exigencia de eclesialidad es la traducción institucional exacta de lo que el propio texto enseña: un don dado para toda la Iglesia solo puede vivirse auténticamente dentro de ella, nunca a su lado ni por encima de ella.

Cita de referencia. Mons. Leonardo D'Ascenzo, arzobispo de Trani-Barletta-Bisceglie, Comunicado n.º 4 sobre la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, 4 de marzo de 2020:

> «Es indispensable y obligatorio que quienes todavía no lo hayan hecho se esfuercen por anclar la lectura de los escritos de Luisa en la doctrina de la Iglesia y en una conducta de vida digna, haciendo surgir del mensaje de la Divina Voluntad un anuncio misionero equilibrado y respetuoso, insertado armónicamente en los itinerarios pastorales de las Iglesias locales.»

Articulación católica. El Catecismo recuerda que todo carisma auténtico en la Iglesia, por extraordinario que sea, debe someterse al discernimiento de los pastores y cooperar al «bien común» y a «la edificación de la comunidad» (CIC 801; 1 Co 14,12) —nunca fundar una autoridad paralela. San Pablo advierte explícitamente contra las divisiones fundadas en la adhesión a una u otra figura espiritual: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo» […]. «¿Está dividido Cristo?» (1 Co 1,12-13) —advertencia directamente aplicable a toda tentación de hacer de Luisa la cabeza de una escuela separada, en vez de una sierva del único Evangelio. La misma oración que este Reino viene a cumplir, el Padrenuestro, es por naturaleza una oración de toda la Iglesia reunida, nunca una oración de secta.

Fórmula para recordar. Un Reino cuyo nombre mismo es «Fiat» nunca puede engendrar división: allí donde una lectura de estos escritos separa, aísla o eleva por encima de los demás, ya no es el Fiat quien habla.

Pregunta 13 — ¿Cómo acoger las revelaciones sobre el Don con humildad, obediencia y fidelidad católica?

Respuesta breve. El Don de la vida en la Divina Voluntad se recibe como toda revelación privada auténtica: con confianza y gratitud, pero sin concederle jamás la autoridad propia de la Revelación pública, culminada de una vez para siempre en Cristo y transmitida por la Iglesia; se trata de una ayuda para vivir mejor esta misma fe en un tiempo determinado, nunca de un complemento que, sin él, la haría incompleta.

Desarrollo. El Catecismo de la Iglesia Católica enseña con precisión el estatuto de toda revelación privada, aunque haya sido reconocida por la Iglesia: «A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas "privadas", algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Estas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de "mejorar" o "completar" la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia» (CIC 67). Esta fórmula debe regir absolutamente la manera de recibir cada enseñanza referida en esta obra: la vida en la Divina Voluntad, por luminosa y profunda que sea, no convierte en modo alguno en incompleta la obra de la Redención ya plenamente realizada por Cristo (véase III.12); solamente ofrece a ciertas almas, en un tiempo que Dios elige libremente (V.1), una ayuda para vivir más intensamente lo que el Evangelio enseña desde siempre.

Recibir este Don con humildad significa, por tanto, aceptar ante todo esta jerarquía de las verdades sin invertir su orden: no preferir jamás una fórmula de Luisa a una enseñanza cierta de la Escritura o del Magisterio en caso de tensión aparente entre ambas, sino buscar siempre, como esta obra se ha esforzado por hacer en cada pregunta, la articulación que haga justicia a las dos sin sacrificar jamás la doctrina común. Recibirlo en la obediencia significa mantenerse, como se mostró en V.12, dentro de las estructuras que la Iglesia reconoce, y acoger sin reserva las futuras aclaraciones que la edición crítica anunciada en V.11 aportará necesariamente a ciertas formulaciones históricas de los escritos. Recibirlo, finalmente, en la fidelidad católica significa no olvidar jamás que la palabra definitiva sobre la santidad de Luisa Piccarreta y el valor definitivo de su misión pertenece únicamente al juicio de la Iglesia, no a la convicción, por sincera que sea, de quienes la aman.

Articulación católica. El Catecismo precisa además que el criterio del discernimiento, en esta materia, es siempre la conformidad con Cristo y con su Evangelio: «Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (*sensus fidelium*) sabe discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia» (CIC 67). San Pablo da la misma regla práctica para todo carisma en la comunidad: «No apaguéis el espíritu […]. Examinadlo todo; quedaos con lo bueno» (1 Tes 5,19-21) —discernimiento que nunca opone confianza y prudencia, sino que las mantiene unidas, exactamente como esta obra se esfuerza por hacer desde su introducción. La humildad de esta recepción se une, finalmente, a aquella misma que María, modelo consumado de toda recepción del Verbo, mostró la primera: acoger sin reserva lo que Dios da, permaneciendo, como ella lo fue durante toda su vida, hija fidelísima de la única Iglesia de su Hijo.

Fórmula para recordar. Nunca se recibe una revelación privada como si igualara al Evangelio —aun cuando anuncie, como aquí, un don de alcance universal—: se la recibe dejándola, humildemente, servir para vivir mejor el Evangelio que ya se conoce.

Pregunta 14 — ¿Qué función confía el Señor a los sacerdotes en la proclamación misionera del Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús llama a los sacerdotes, en repetidas ocasiones y a lo largo de varios años de revelaciones, a convertirse en heraldos del conocimiento de su Fiat Divino, como los profetas lo fueron para su primera venida y los Apóstoles para su Redención. Es al sacerdocio mismo de su Iglesia al que confía esta misión, y Él mismo da su medida.

Desarrollo. Esta cuestión había quedado dispersa en tres momentos distintos de las revelaciones recibidas por Luisa, que es preciso leer ahora conjuntamente para captar su plena coherencia.

Ya en 1921, Jesús anuncia que el tercer Fiat seguirá el mismo camino discreto que los dos primeros: así como Adán y Eva fueron los únicos testigos del Fiat de la Creación, y María sola —con san José en un segundo momento— lo fue del de la Redención, así «sólo el sacerdote tendrá conocimiento, luego pocas almas, y después se difundirá». El sacerdote queda, por tanto, designado desde el origen de la revelación confiada a Luisa como el primer destinatario llamado a asegurar su difusión.

En 1928, Jesús da a esta función todo su alcance histórico, trazando una línea continua a través de tres edades: formó antaño, en el pueblo elegido, un sacerdocio encargado de instruirlo y prepararlo para la Redención futura; con la Iglesia naciente, formó el sacerdocio cristiano, encargado de confirmar y anunciar al mundo entero el Evangelio ya cumplido; del mismo modo, dice, «tendré el sacerdocio del reino de mi Voluntad». Llama entonces expresamente a los sacerdotes a leer lo que denomina «el evangelio todo de Cielo del reino de mi Fiat Divino» y a predicarlo, como dijo a los Apóstoles, «por todo el mundo» —hasta llamar a quienes publiquen estos escritos «los nuevos evangelistas del reino de mi Suprema Voluntad».

En 1929, finalmente, Jesús establece el paralelo más explícito y exigente: así como los profetas de la Antigua Alianza fueron las «trompetas» encargadas de anunciar su venida antes de la Encarnación, bajo pena de un «delito» si la hubieran callado, así «a los sacerdotes, como nuevos profetas les toca el trabajo […] hacer de heraldos para hacer conocer lo que concierne a mi Fiat Divino». Y en este mismo pasaje revela Jesús, por fin y sin rodeos, por qué permitió que sacerdotes acudieran con tanta regularidad junto a Luisa: «a fin de que tú pusieras en ellos como sagrado depósito todas las verdades que te he dicho acerca de mi Fiat Divino» —retomando, para terminar, la imagen de María dejada en medio de los Apóstoles después de la Resurrección, no para actuar en su lugar, sino para instruirlos y fortalecerlos en la fundación de la Iglesia naciente.

Es preciso señalar aquí, con la mayor nitidez, la salvaguarda teológica que se impone cada vez que se evoca el «tercer Fiat»: este «sacerdocio del reino de mi Voluntad» no es en modo alguno un cuarto sacerdocio, que se añadiera al sacerdocio único de Cristo, al sacerdocio común de todos los bautizados y al sacerdocio ministerial de los sacerdotes y los obispos —las tres únicas realidades que la fe católica reconoce bajo este nombre, sin que ninguna cuarta venga jamás a duplicarlas. Se trata, muy precisamente, del mismo y único sacerdocio ministerial de la Iglesia, llamado —como ya lo fue para anunciar la Redención cumplida— a una nueva misión de proclamación. Nada en este texto funda una jerarquía paralela ni un poder sacramental distinto: las preguntas décima y decimotercera de la Novena parte establecerán igualmente que este poder permanece vinculado, por institución divina, únicamente al sacramento del Orden ya recibido.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 25, 13 de enero de 1929:

«Ahora bien, hija mía, el reino de la Redención y el reino de mi Fiat Divino se dan la

mano y, siendo también éste un bien universal, porque todos pueden entrar en él si lo quieren, es necesario que muchos conozcan su noticia […]. A los sacerdotes, como nuevos profetas, les toca la tarea de hacer de heraldos, con la palabra, con lo escrito y con las obras, para hacer conocer lo que concierne a mi Fiat Divino; su delito no será menor que el que habrían cometido los profetas si hubiesen escondido mi Redención, si no se ocupan, por cuanto puedan, de lo que respecta a mi Divina Voluntad. […] Hija mía, ésta era la finalidad por la cual permitía la necesidad de la venida del sacerdote, a fin de que tú pusieras en ellos, como sagrado depósito, todas las verdades que te he dicho acerca de mi Fiat Divino, y ellos fuesen atentos y fieles ejecutores de lo que Yo quiero, esto es, que hagan conocer el reino de mi Divina Voluntad…»

« Ora, figlia mia, il regno della Redenzione ed il regno del mio Fiat Divino si danno la mano ed essendo anch'Esso un bene universale, perché volendo tutti possono entrare in Esso, è necessario che la sua notizia la sappiano molti […] Ai Sacerdoti, come novelli Profeti, tocca il compito e con la parola e con lo scritto e con le opere di fare da trombettieri per far conoscere ciò che riguarda il mio Fiat Divino, né il loro delitto sarà minore di quello che avrebbero commesso i Profeti se avessero nascosto la mia Redenzione, col non occuparsi, per quanto possono, di ciò che riguarda la mia Divina Volontà […] Figlia mia, era questo lo scopo per cui permettevo la necessità della venuta del Sacerdote, affinché tu deponessi in loro, come sacro deposito, tutte le verità che ti ho detto sul mio Fiat Divino e loro fossero attenti ed esecutori fedeli di ciò che io voglio, cioè che facciano conoscere il regno della mia Divina Volontà … »

Articulación católica. El Catecismo enseña que los ministros ordenados ejercen su servicio en el pueblo de Dios mediante tres funciones inseparables, recibidas conjuntamente en el mismo sacramento: la enseñanza (*munus docendi*), el culto divino (*munus liturgicum*) y el gobierno pastoral (*munus regendi*) (CIC 1592). Pedir a los sacerdotes que «anuncien» no les confía, por tanto, nada extraño a su sacerdocio: solicita la función de enseñar que este comprende desde siempre, tan constitutiva de su identidad como la función de santificar mediante el sacrificio. El profeta Ezequiel recibe una misión de centinela encargado de tocar la trompeta para alertar al pueblo, con esta exigente precisión: si «no toca la trompeta» y sobreviene el mal, «yo pediré cuenta de su sangre al centinela» (Ez 33,6) —figura de responsabilidad que el texto de Luisa aplica explícitamente a los sacerdotes llamados a «hacer de heraldos». San Pablo plantea la pregunta que funda toda misión de predicación: «¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?» (Rom 10,14), texto que el Catecismo cita al comienzo de su exposición sobre la razón del ministerio eclesial (CIC 875); y, al tratar el mandato misionero, recuerda que la Iglesia, «enviada por Dios a las gentes», se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres (CIC 849).

Fórmula para recordar. El sacerdocio sigue siendo el mismo, pero su misión de proclamación se amplía: Jesús llama hoy a los sacerdotes, «nuevos profetas», a ser las trompetas del «Evangelio todo de Cielo» del Reino de su Fiat.

Pregunta 15 — ¿Está reservado el Don de la Divina Voluntad a las almas que reciben fenómenos místicos extraordinarios?

Respuesta breve. No. El camino extraordinario por el que Luisa recibió y transmitió los conocimientos sobre la Divina Voluntad —visiones, dictados, fenómenos corporales— pertenece a su misión propia e irremplazable, no a la naturaleza misma del Don. Dios, dice el texto, busca almas que *quieran* vivir en su Voluntad; es esta voluntad de hacerlo, no la

experiencia mística extraordinaria, la que abre el acceso al Don tal como lo describe la Sexta parte.

Desarrollo. Luisa recibió visiones, dictados y fenómenos corporales; la cuestión es, por tanto, saber qué pide Dios a quien no recibe ninguno. La respuesta es constante, y la Sexta parte la expondrá en detalle: las disposiciones requeridas para recibir el Don —humildad, obediencia, fidelidad, actos repetidos (VI.4, VI.8, VI.18)— no suponen en ningún momento ni visión, ni locución, ni fenómeno corporal alguno.

El título que la propia Luisa da a una de sus entradas lo dice: «la santidad en el Querer Divino debe ser un acto continuado»; lo que Dios busca son almas que *quieran* vivir en su Voluntad, para recibirlas a todas en sus brazos —no almas elegidas por su aptitud para recibir fenómenos extraordinarios. La misión de Luisa fue necesaria para que estas verdades fueran manifestadas a la Iglesia (V.1-2); no es en modo alguno la condición para que un alma, hoy, las reciba y las viva. Carismas, éxtasis, locuciones o sufrimientos místicos pueden acompañar determinadas vocaciones particulares en la historia de la Iglesia, pero nunca miden la santidad misma, que se verifica en la caridad y en la fidelidad ordinarias mucho más que en lo extraordinario.

Cita de referencia. *Libro de Cielo*, vol. 17, encabezamiento del 25 de julio de 1924:

> «La santidad en el Querer Divino debe ser un acto continuado. Dios va buscando almas que quieran vivir en la Divina Voluntad para poner en sus brazos a todas las almas.»
>
> *« La santità nel Voler Divino deve essere un atto continuato. Dio va in cerca di anime che vogliano vivere nella Divina Volontà, per mettere nelle sue braccia tutte le anime. »*

Articulación católica. El Catecismo recuerda que «todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (CIC 2013, LG 40) —llamada universal, nunca reservada a una élite mística. San Pablo, al enumerar los carismas más espectaculares, advierte inmediatamente que nada valen sin el amor (1 Co 13,1-3): criterio que protege, también aquí, contra toda confusión entre lo extraordinario de los fenómenos y el camino ordinario, pero real, de la santidad.

Fórmula para recordar. No se vive en la Divina Voluntad por haber recibido fenómenos extraordinarios: Dios va en busca de almas que quieren vivir en ella y renuevan este querer en un acto continuado.

Pregunta 16 — ¿Cómo comprender que Jesús asocie la misión de Luisa a las de María, sin quitar nunca nada a las prerrogativas propias e incomparables de la Reina del Cielo?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que su misión de dar a conocer la Divina Voluntad, unida a la de María como Madre del Redentor, refleja en la tierra la vida misma de las tres Personas divinas, sin sustituirla jamás ni igualarse a ella: la maternidad de María refleja la Paternidad, la Humanidad de Jesús manifiesta al Verbo, y la misión de Luisa refleja la obra propia del Espíritu Santo, que manifiesta los secretos escondidos de Dios. Él mismo precisa que esta misión, como la de María, no se repite jamás; y Luisa, en el mismo movimiento, no cesa de reconocerse ante Dios como «una pequeña niña», nunca como una privilegiada dispensada de la pequeñez común debida a toda criatura.

Desarrollo. Es preciso abordar este texto con la mayor precisión, porque su vocabulario, tomado aisladamente, podría hacer pensar que Luisa sería elevada a un rango comparable al de una Persona divina, o asociada a María de una manera que disminuyera las

prerrogativas propias e incomparables de la Reina del Cielo, ya largamente establecidas en la Cuarta parte de esta obra. Nada es más ajeno a la intención del propio texto, que cuida de precisar, desde su comienzo, que los dones vinculados a una misión nunca son dados para la grandeza de quien los recibe, sino únicamente para el ejercicio del encargo confiado: «en ciertas misiones u oficios van encerrados juntos tales dones, gracias, riquezas y prerrogativas, los cuales, si no fuera por la misión o por ocupación de oficio, no sería necesario que se poseyeran».

Jesús explica entonces que la misión de su Voluntad «reflejará a la Santísima Trinidad en la tierra» —formulación con la que la edición española vierte el italiano *adombrerà*, eco deliberado de la palabra misma que el Evangelio emplea para la Anunciación: «la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35). Así como en el Cielo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son inseparables, permaneciendo distintos, así tres misiones distintas e inseparables reflejarán esa misma vida en la tierra. La Virgen, por su maternidad, refleja la Paternidad del Padre Celestial, en su misión de Madre del Verbo Eterno; la Humanidad de Jesús, por su misión de Redentor, encerró la Divinidad y al Verbo sin separarse jamás del Padre ni del Espíritu; a Luisa, finalmente, por la misión de esta Voluntad, el Espíritu Santo hará «desahogo de su amor», manifestándole los secretos y los prodigios de este Querer Supremo, para el bien de todos aquellos que quieran hacerlo reinar en ellos. Jesús añade inmediatamente la precisión que protege este texto de toda lectura presuntuosa: «estas misiones no se repiten» —no son ni un título de gloria personal ni un modelo que alguien pudiera reivindicar a su vez, sino encargos únicos, dados una sola vez para el cumplimiento de una obra que supera infinitamente a quienes fueron sus instrumentos.

Es preciso aclarar después exactamente lo que esta imagen nunca dice. Nunca hace de Luisa una persona divina, ni una asociada en igualdad con María, cuya maternidad divina, Inmaculada Concepción y realeza universal permanecen, como ha mostrado toda la Cuarta parte, incomparables y sin medida común alguna con la misión de cualquier otra criatura. En otro lugar, el texto llega a trazar un paralelismo sorprendente entre ambas misiones —hasta mostrar a Jesús uniendo sus dos manos ante el Trono de la Trinidad (V.17)—; pero este paralelismo se refiere siempre a la estructura de las dos misiones confiadas, nunca al rango de las dos personas: la misión de Luisa nunca es presentada como concurrente de la de María, sino como posterior a ella y llegada por medio de ella. El texto dice explícitamente que estas tres misiones están unidas por un mismo «vínculo de inseparabilidad», cuyas dos primeras —la de María y la de la Humanidad de Jesús— prepararon, mediante sus propias gracias y sus propias penas, el camino a la tercera.

Este mismo texto contiene, además, la mejor garantía contra toda exageración: apenas unos días más tarde, en una visión que prolonga directamente esta revelación, Luisa se ve a sí misma ante las Tres Personas divinas bajo los rasgos de «una pequeña niña» que avanza temerosa por un vacío inmenso de luz, sin atreverse a reivindicar nada para sí, y que viene solamente a «atar al trono» de la Trinidad todas las voluntades humanas de todas las generaciones, suplicando: «es una pequeña niña la que esto os pide, y a los pequeños yo sé que Vosotros no sabéis negar nada». Esta imagen de la pequeña niña, y no la de una gloria personal, permanece como la verdad más profunda de toda la misión de Luisa — exactamente la misma pequeñez ya establecida como condición constante de su función (V.5, V.12-13).

Un segundo texto, recibido algunos años más tarde, designa a Luisa con un título distinto, pero convergente: Jesús le explica que la estableció en aquella casa rodeada de jardines para que fuera «la nueva Eva —no la Eva tentadora que mereció ser puesta fuera del Edén feliz, sino la Eva reformadora y restablecedora, que llamará de nuevo el reino de mi Divina Voluntad sobre la tierra». Este título nunca designa a una rival de María, de quien la Iglesia

profesa desde los Padres que ella es la nueva Eva por excelencia, en el orden mismo de la maternidad divina y de la victoria sobre el pecado (CIC 411); designa únicamente el instrumento mediante el cual, en el orden del conocimiento y de la manifestación, el Reino perdido por la primera Eva es anunciado nuevamente a los hombres. Jesús lo confirma Él mismo mediante la imagen que sigue inmediatamente: «tú serás el germen» —nunca la fuente, nunca la dueña, sino la humilde semilla de la que podrá crecer, por la sola potencia de Dios, el árbol del Reino venidero.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 4 de mayo de 1925:

> «La misión de mi Voluntad reflejará a la Santísima Trinidad en la tierra; y como en el Cielo están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, inseparables entre Ellos, pero distintos entre Ellos, los cuales forman toda la bienaventuranza del Cielo, así en la tierra habrá tres personas que por su misión serán distintas e inseparables entre ellas: la Virgen, con su Maternidad, que refleja la Paternidad del Padre Celestial y encierra su potencia para cumplir su misión de Madre del Verbo Eterno y Corredentora del género humano; mi Humanidad, para la misión de Redentor, encerró la Divinidad y el Verbo, sin separarse jamás del Padre y del Espíritu Santo, manifestó mi sabiduría celestial, añadiendo el vínculo que me hacía inseparable de mi Mamá; tú, para la misión de mi Voluntad, el Espíritu Santo hará desahogo de su amor manifestándote los secretos, los prodigios de mi Querer, los bienes que contiene para hacer felices a quienes se dispongan a conocer cuánto bien contiene esta Voluntad Suprema, para amarla y hacerla reinar entre ellos, ofreciendo sus almas para dejarla habitar en sus propios corazones, a fin de que pueda formar su Vida en ellos, añadiendo el vínculo de inseparabilidad entre ti, la Madre y el Verbo Eterno. Estas tres misiones son distintas e inseparables, y las dos primeras han preparado las gracias, la luz, el trabajo y las penas inauditas para la tercera misión de mi Voluntad, para fundirse todas en Ella, sin dejar su oficio, para encontrar descanso, porque sólo mi Voluntad es descanso celestial. Estas misiones no se repiten …»

> *« La missione della mia Volontà adombrerà la Santissima Trinità sulla terra e come in Cielo ci sono il Padre, il Figlio e lo Spirito Santo, inseparabili tra loro, ma distinti tra loro, i quali formano tutta la beatitudine del Cielo, così in terra ci saranno tre persone che per la loro missione saranno distinte ed inseparabili tra loro: La Vergine con la sua Maternità, che adombra la Paternità del Padre Celeste e rinchiude la sua potenza per compiere la sua missione di Madre del Verbo Eterno e Corredentrice del genere umano; la mia Umanità, per la missione di Redentore, racchiuse la Divinità ed il Verbo, senza separarsi giammai dal Padre e dallo Spirito Santo manifestò la mia sapienza celeste, aggiungendo il vincolo di rendermi inseparabile dalla mia Mamma; a te, per missione della mia Volontà, lo Spirito Santo farà sfoggio del suo amore manifestandoti i segreti, i prodigi del mio Volere, i beni che contiene per felicitare coloro che si daranno a conoscere quanto bene contiene questa Volontà Suprema, per amarla e farla regnare tra loro, esibendo le loro anime per farla abitare nei propri cuori, per poter formare la sua Vita in essi, aggiungendo il vincolo dell'inseparabilità tra te, la Madre ed il Verbo Eterno. Queste tre missioni sono distinte e inseparabili e le prime due hanno preparato le grazie, la luce, il lavoro e le pene inaudite per la terza missione della mia Volontà, per fondersi tutte in Essa, senza lasciare il loro ufficio per trovare riposo, perché solo la mia Volontà è riposo celeste. Queste missioni non si ripetono … »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 10 de mayo de 1925 — sobre la «pequeña niña» ante las Tres Personas divinas:

> «Vengo a adoraros, a bendeciros, a agradeceros por todos; vengo a atar a vuestro trono todas las voluntades humanas de todas las generaciones, desde el primero hasta el

último hombre, para que todos reconozcan vuestra Voluntad Suprema, la adoren, la amen y le den vida en sus almas. Majestad Suprema, en este vacío inmenso están todas las criaturas y yo quiero tomarlas a todas para ponerlas en vuestro Santo Querer, a fin de que todas vuelvan al principio de donde salieron, es decir, a vuestra Voluntad. Por eso he venido a vuestros brazos paternos, para traeros a todos vuestros hijos y hermanos míos y ligarlos a todos con vuestra Voluntad; y yo, en nombre de todos y por todos, quiero repararos y daros el homenaje, la gloria, como si todos hubieran hecho vuestra Santísima Voluntad. Pero ¡ah! os ruego que ya no haya más separación entre Voluntad Divina y humana; es una pequeña niña la que esto os pide, y a los pequeños yo sé que Vosotros no sabéis negar nada.»

« Vengo ad adorarvi, a benedirvi, a ringraziarvi per tutti, vengo a legare al vostro trono tutte le volontà umane di tutte le generazioni, dal primo all'ultimo uomo, affinché tutti riconoscano la vostra Volontà Suprema, l'adorino, l'amino e le diano vita nelle anime loro. Maestà Suprema, in questo vuoto immenso ci sono tutte le creature ed io voglio prenderle tutte per metterle nel vostro Santo Volere, affinché tutte ritornino al principio da dove sono uscite, cioè dalla vostra Volontà, perciò sono venuta nelle vostre braccia paterne, per portarvi tutti i vostri figli e miei fratelli e legarli tutti con la vostra Volontà ed io a nome di tutti e per tutti, voglio ripararti e darti l'omaggio, la gloria, come se tutti avessero fatto la vostra Santissima Volontà. Ma, deh! vi prego che non ci sia più separazione tra Volontà Divina e umana, è una piccola bambina che vi chiede ciò e ai piccoli so che Voi non sapete negar nulla. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 7 de abril de 1929 — sobre el título de «nueva Eva»:

«Ahora bien, sabe que he permitido que vinieras a esta casa, que está circundada por un jardín, para que fueras la nueva Eva —no la Eva tentadora, que mereció ser puesta fuera del Edén feliz, sino la Eva reformadora y restablecedora, que llamará de nuevo el reino de mi Divina Voluntad sobre la tierra—. ¡Ah, sí! Tú serás el germen, el cemento contra la carcoma que es el querer humano; tú serás el principio de la era feliz […].»

« Or sappi che ho permesso di far venir te in questa casa, che è circondata da giardino, perché tu fossi la nuova Eva, non l'Eva tentatrice, che meritò d'essere messa fuori dall'Eden felice, ma l'Eva riformatrice e ripristinatrice, che chiamerà di nuovo il regno della mia Divina Volontà sulla terra. Ah! sì, tu sarai il germe, il cemento al tarlo che ha l'umano volere, tu sarai il principio dell'era felice […] »

Articulación católica. La Iglesia profesa que solo María, ya desde los Padres, merece el título de nueva Eva, asociado al de nuevo Adán, que corresponde únicamente a Cristo (CIC 411; cf. san Ireneo, san Justino): este título le pertenece en el orden de la maternidad divina y de la victoria definitiva sobre el pecado, orden en el que ninguna otra criatura podría jamás ser asociada a ella en igualdad. El vol. 17 emplea, a propósito de María, el término «Corredentora» —vocabulario que varios papas han empleado también en ocasiones para designar la cooperación real, pero siempre enteramente segunda y derivada, de María en la obra única de Cristo (cf. CIC 968-970; LG 61-62); es preciso recordar, sin embargo, que este título nunca ha sido definido como dogma por el Magisterio, y que toda lectura que diera a entender una necesidad de la cooperación mariana junto a la suficiencia perfecta del sacrificio de Cristo sería ajena a la fe católica. San Pablo enseña que Dios distribuye sus dones «como él quiere» y «para el bien común» (1 Co 12,7.11) —nunca para la exaltación personal de quien los recibe—; y Cristo mismo advierte: «los últimos serán primeros y los primeros, últimos» (Mt 20,16), principio que la pequeña niña del vacío inmenso ilustra literalmente.

Fórmula para recordar. Jesús no compara ni las personas ni su dignidad, sino tres

misiones distintas e inseparables: la maternidad de María toma bajo su sombra la Paternidad, la Humanidad de Cristo manifiesta al Verbo, y la misión de Luisa recibe del Espíritu Santo la manifestación de los secretos del Fiat —mientras ella misma no permanece sino como una niña pequeñísima.

Pregunta 17 — ¿Por qué une Jesús, en una visión, la mano de Luisa a la de María ante el Trono de la Trinidad?

Respuesta breve. Porque Luisa recibe, en el orden de este tercer Fiat por el cual Dios quiere llevar a cumplimiento su designio sobre la humanidad (Introducción, P.2), un papel estructuralmente comparable al que María recibió para la Redención: es su origen y depositaria en la historia. Jesús lo dice sin rodeos, mediante la imagen del inventor: otros después de ella propagarán, difundirán, harán fructificar este bien, pero siempre se dirá que el origen del reino de su Fiat, la depositaria, fue la Pequeña Hija de su Voluntad. Esta función de origen común a María y a Luisa —nunca su rango ni su dignidad personal— es la que la visión de las «dos alas» representa, colocándolas a una a la derecha y a la otra a la izquierda de Cristo.

Desarrollo. La misión de Luisa, sin precedente en la historia de la Iglesia, ya ha sido establecida (V.4). Un texto recibido algunos años más tarde precisa su alcance exacto mediante una comparación de una sencillez desarmante. Como Luisa se preocupa por saber si, después de su muerte, otras almas recibirán a su vez los conocimientos sobre el Fiat, y si esto no disminuirá la importancia de su propio papel, Jesús responde: «Supón a alguien que haya hecho una invención importante, tal vez los demás la propaguen, la difundan más, la imiten, la engrandezcan, pero ninguno podrá decir: "Yo soy el inventor de esta obra." Siempre se dirá, el inventor fue tal. Así será de ti, se dirá que el origen del reino de mi Fiat, la depositaria ha sido la pequeña hija de mi Voluntad». Este es exactamente el papel que la Cuarta parte ya ha reconocido a María para la Redención: no ser nunca la fuente misma, sino el punto por el cual la fuente elige entrar en la historia (IV.5-6). María fue este origen para el Verbo encarnado; Luisa lo es, en un orden enteramente segundo y derivado, para el conocimiento del Fiat que debe reinar.

Esta función común —nunca un rango común— es la que representan las visiones de 1923. El 24 de enero, Luisa pregunta a Jesús quiénes serán la Madre, el Hijo y la Esposa cuya unión debe reflejar a la Trinidad en la tierra (V.16). Jesús responde sin rodeos: «Yo estoy en medio, mi Mamá a la derecha y la Esposa a la izquierda; conforme mi Voluntad obra en Mí, hace el eco a la derecha y a la izquierda, y forma una sola Voluntad». Algunos meses más tarde, el 10 de noviembre de 1923, una visión más desarrollada retoma y prolonga esta imagen: Luisa se ve transportada a una luz purísima en la que todas las generaciones están divididas «como en dos alas», una a la derecha y otra a la izquierda del Trono de Dios. A la cabeza de un ala está la «Augusta Reina Mamá», de la cual descienden todos los bienes de la Redención; a la cabeza de la otra está, dice el texto, «otra pequeña» —la propia Luisa—. Jesús, colocándose en medio de las dos alas, toma con una mano la de Luisa y con la otra la de la Reina Madre, y las une diciendo: «Mis pequeñas hijas, daos la mano ante nuestro Trono […] y si la primera pequeña arrancó al amor del Eterno la Redención, así la segunda, dando la mano a la primera, sea por Ella ayudada para arrancar al Eterno Amor el Fiat Voluntas Tua como en el Cielo así en la tierra».

Que Dios confíe a una criatura ser, en la historia, el origen y la depositaria de un bien tan grande es, por tanto, una afirmación fuerte, que no hay razón alguna para atenuar: se trata verdaderamente del cumplimiento pleno del designio de Dios sobre toda la humanidad, y Luisa es, en el orden del conocimiento y de la manifestación, el punto de origen querido

por Dios mismo. Pero el texto lleva, en la frase que sigue inmediatamente a la visión de las dos alas, su propia medida de esta grandeza —no por una prudencia exterior, sino porque la propia Luisa hace de ella la experiencia—: «¿Quién puede decir lo que sucedió? Yo no tengo palabras para saberme explicar, sólo sé decir que he quedado más humillada y confundida, y casi como una niña caprichosa quería a mi Jesús para decirle mis temores, mis dudas, y oraba para que alejase de mí todas estas cosas, que el sólo pensarlas temía que fuera una refinada soberbia». Este temor no debilita la grandeza del texto: es, por el contrario, su mejor verificación. Un alma que se atribuyera a sí misma semejante dignidad no experimentaría confusión alguna; precisamente porque Luisa recibe esta elevación como un peso y un peligro, y no como algo debido, puede ser recibida como auténtica.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 28 de febrero de 1928:

> «No, no hija mía, así como del padre Di Francia se dirá que ha sido el primer propagador, de tus confesores que han sido cooperadores, así se dirá que la pequeña hija de mi Voluntad ha sido la primera y la depositaria de un bien tan grande, a la cual le venía confiado, y que fue escogida con misión especial. Supón a alguien que haya hecho una invención importante, tal vez los demás la propaguen, la difundan más, la imiten, la engrandezcan, pero ninguno podrá decir: "Yo soy el inventor de esta obra." Siempre se dirá, el inventor fue tal. Así será de ti, se dirá que el origen del reino de mi Fiat, la depositaria ha sido la pequeña hija de mi Voluntad.»
>
> *« No, no figlia mia, come del Padre di Francia si dirà ch'è stato il primo propagatore, i tuoi Confessori cooperatori, così si dirà che la piccola figlia della mia Volontà è stata la prima e la depositaria d'un tanto bene, a cui veniva affidata e scelta con missione speciale. Supponi un tale che abbia fatto una invenzione importante, forse gli altri la propagano, la diffondono di più, la imitano, la ingrandiscono, ma nessuno potrà dire: io sono l'inventore di questa opera; si dirà sempre l'inventore fu il tale. Così sarà di te, si dirà che l'origine del regno del mio Fiat, la depositaria è stata la Piccola Figlia della mia Volontà. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 10 de noviembre de 1923 — la visión de las dos alas:

> « … Me he sentido como transportar fuera de mí misma en una luz purísima, en la cual se veían todas las generaciones divididas como en dos alas, una a la derecha y otra a la izquierda del trono de Dios. A la cabeza de una ala estaba la Augusta Reina Mamá, de la cual descendían todos los bienes de la Redención […]. En la otra ala se veía a la cabeza a otra pequeña, – lo digo temblando y sólo por obedecer – era aquélla que Jesús había llamado su pequeña hija del Divino Querer, y mi dulce Jesús poniéndose en medio de estas dos alas, entre las dos pequeñas que estaban a la cabeza, ha tomado con una de sus manos la mía y con la otra la de la Reina Madre, y las ha unido juntas una y otra diciendo: "Mis pequeñas hijas, daos la mano ante nuestro Trono, abrazad entre vuestros pequeños brazos a la Eterna y Divina Majestad, solamente a vosotras es dado, por ser pequeñas, abrazar al Eterno, al Infinito y entrar dentro de Él, y si la primera pequeña arrancó al amor del Eterno la Redención, así la segunda, dando la mano a la primera, sea por Ella ayudada para arrancar al Eterno Amor el Fiat Voluntas Tua como en el Cielo así en la tierra". ¿Quién puede decir lo que sucedió? Yo no tengo palabras para saberme explicar, sólo sé decir que he quedado más humillada y confundida, y casi como una niña caprichosa quería a mi Jesús para decirle mis temores, mis dudas, y oraba para que alejase de mí todas estas cosas, que el sólo pensarlas temía que fuera una refinada soberbia. …»
>
> *« … mi son sentita come trasportare fuori di me stessa, in una luce purissima in cui si vedevano tutte le generazioni divise come in due ali, una a destra e l'altra a sinistra*

del trono di Dio. A capo d'un ala stava l'Augusta Regina Mamma, da cui scendevano tutti i beni della Redenzione […] All'altra ala si vedeva a capo un'altra piccola, lo dico tremante e per ubbidire, era colei che Gesù aveva chiamato la sua piccola figlia del Divin Volere ed il mio dolce Gesù, mettendosi in mezzo a queste due ali, tra le due piccole che stavano a capo, ha preso con una sua mano la mia e con l'altra quella della Regina Madre e ha unito l'una all'altra dicendo: "Mie piccole figlie, datevi la mano innanzi al nostro Trono, abbracciate tra le vostre piccole braccia l'Eterna Divina Maestà, a voi solo è dato, perché piccole, abbracciare l'Eterno, l'Infinito ed entrarci e se la prima piccola strappò all'amore dell'Eterno la Redenzione, così la seconda, dando la mano alla prima, venga da Lei aiutata a strappare dall'Eterno Amore il Fiat Voluntas tua come in Cielo così in terra." Ora, chi può dire quello che successe? Io non ho parole per sapermi esprimere, so solo dire che sono rimasta più umiliata e confusa e quasi come una bimba capricciosa volevo il mio Gesù per dirgli i miei timori, i miei dubbi e pregavo che allontanasse da me tutte queste cose, perché al solo pensarle temevo che fosse una fine superbia … »

Articulación católica. La Iglesia enseña que la única mediación del Redentor «no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente» (LG 62); san Pablo ofrece su principio general: «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común […] El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Co 12,7.11). Que María y Luisa sean cada una, en el orden de su misión propia, el origen por el cual un bien divino entra en la historia nunca las sitúa, por tanto, en un mismo rango: la maternidad divina, la Inmaculada Concepción y la realeza universal de María permanecen, como ha establecido la Cuarta parte, en un orden de dignidad sin medida común alguna con el de una misión de conocimiento confiada a otra criatura. Lo que el texto muestra no es una elevación de persona a persona, sino dos funciones de origen, ordenadas entre sí en un único designio divino —y la Escritura enseña precisamente que «Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes» (Sant 4,6; 1 Pe 5,5), lo que el temor mismo de Luisa ante esta visión verifica literalmente.

Fórmula para recordar. Al unir la mano de Luisa a la de María ante la Trinidad, Jesús representa las dos alas de su designio: María arrancó la Redención al Amor eterno; Luisa, ayudada por ella, debe arrancarle el «Fiat Voluntas tua» —como primera y depositaria de este bien, nunca como su igual.

Pregunta 18 — ¿En qué sentido Luisa, hija primogénita de la Divina Voluntad, encierra en sí los bienes de los demás hijos del Reino?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que su rango de primogénita en el orden de este tercer Fiat no se limita a hacer de ella la primera amada y la primera colmada: como hija primogénita de la Divina Voluntad, encierra en sí todos los bienes que los demás hijos del Reino poseerán cada uno por su parte —por derecho y por justicia, puesto que el Padre le ha confiado todo y le ha dado todo en esta condición de primogénita. De estos bienes ella es así el origen: parten de ella y a ella regresan. Un texto anterior precisa el mecanismo concreto de esta función: Luisa es el segundo eslabón que une a la Humanidad de Cristo —primer eslabón de esta vida en el Fiat— todos los eslabones futuros de las almas que vendrán, después de ella, a vivir a su vez en él.

Desarrollo. La Pregunta anterior ha establecido a Luisa como origen y depositaria del conocimiento del Fiat. Un texto recibido algunos meses más tarde lleva todavía más lejos esta función de origen, en el orden de los bienes mismos y ya no solamente del conocimiento.

Jesús explica allí a Luisa qué significa ser «hija primogénita» de su Voluntad: no solamente ser primera en el amor y en todas las cosas de su Creador, sino «encerrar en sí todo el amor y todos los bienes de los demás hijos» —de modo que, si los demás poseen cada uno su parte, ella, como primogénita, posee conjuntamente todos los bienes de los demás. Jesús funda explícitamente esta afirmación en un derecho —el de primogenitura— y no en un privilegio arbitrario: «como primogénita, mi Voluntad a ella todo le confió, todo donó». Es el mismo derecho de primogenitura que la Escritura reconoce al primogénito de una familia, aplicado aquí, en el orden de la gracia, a la primera alma llamada a vivir plenamente en el Fiat.

Este texto prolonga y precisa lo que la visión de las dos alas (V.17) ya había mostrado sin formularlo explícitamente respecto de Luisa: así como «descendían todos los bienes de la Redención» de la cabeza en la que se encontraba la Reina Madre, así derivan ahora, dice Jesús, todos los bienes del Reino del Fiat de aquella que se encuentra a la cabeza de la otra ala. La primacía perdida por Adán —primer hijo de la Divina Voluntad antes de la Caída (I.9, I.15)— pasa así a Luisa: «el primado que perdió Adán como hijo primogénito de mi Voluntad ha pasado a ti, y Yo debo encerrar en ti todos los bienes que debía encerrar en él si no se hubiese sustraído de mi Voluntad».

Un segundo texto, recibido varios años antes, revela el mecanismo por el cual esta función de origen se vuelve concretamente operante para las almas venideras. Jesús explica allí que el primer eslabón que unió el verdadero vivir en su Voluntad fue su propia Humanidad, que iba encontrando, en la inmensidad del Querer Eterno, todos los actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron, para rehacerlos Ella misma. «Por eso —dice a Luisa— te he escogido a ti como segundo eslabón de conjunción con mi Humanidad» —y a este eslabón serán unidos después, añade inmediatamente, todos los eslabones futuros de las almas que vendrán a vivir a su vez en el Fiat. Luisa no es, por tanto, solamente el origen histórico de un conocimiento destinado a difundirse: es el punto de unión por el cual cada alma futura se une, en esta vida, a la Humanidad misma de Cristo.

La propia Luisa se inquieta inmediatamente por lo que este rango podría dar a entender: relegar a su Mamá Celestial a un lugar secundario, siendo ella quien ocupa el primer lugar en todo y sobre todo. Jesús la desengaña sin rodeos, algunos días más tarde: su Mamá no entra nunca en la parte secundaria de su amor ni de su Querer, sino que forma con Él un solo y mismo anillo. El cómputo de los eslabones no opone, por tanto, jamás a María y a Luisa como dos grados de una misma cadena: María, unida a su Hijo, queda fuera de ese cómputo más bien que en su cima; Luisa recibe solamente, como segundo eslabón, la misión de unirse a la Humanidad de Cristo que María le dio.

Esta función de origen se acompaña de un título materno que el *Libro de Cielo* emplea, él, sin rodeos. El Evangelio enseña ya que quien hace la voluntad del Padre recibe, en un sentido real, un título de madre: «El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mt 12,50). Es esta misma palabra la que Jesús parece retomar por su cuenta, con ternura de niño, en un texto recibido algunas semanas más tarde: haciéndose ver como un niño pequeñísimo que le echa los brazos al cuello, repite a Luisa «Mamá mía, mamá mía» y le explica que quien hace su Divina Voluntad se vuelve madre; después, mostrándole una multitud de niños pequeños a su alrededor —«el primer grupo de hijos de mi Querer Divino»—, da su propia madre como madre a estos pequeños y hace de Luisa, la primera llamada a vivir en esta Voluntad, «la pequeña mamita de los pequeños niños». En esta maternidad espiritual, participada de la de María a un título enteramente segundo, encuentra su justa medida lo que el texto anterior llamaba encerrar en sí los bienes de los demás hijos: una madre no posee la herencia de sus hijos contra ellos, sino para ellos, y es de ella de quien la reciben.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 12 de octubre de 1926:

«Hija primogénita de mi Voluntad, ¿por qué estás tan oprimida? Si piensas en tu gran fortuna, tu opresión se apartará de ti. ¿Sabes qué significa ser hija primogénita de mi Voluntad? Significa ser la primera hija en el amor de nuestro Padre Celestial y la primera de todas en ser amada; significa primera hija de las gracias, de la luz, primera hija de la gloria, primera hija poseedora de las riquezas de su Divino Padre, primera hija de la Creación. Como hija primogénita del Querer Supremo, contiene todos los vínculos, todas las relaciones, todos los derechos que convienen a una hija primogénita: vínculos de filiación, relaciones de comunicación con todas las disposiciones de su Padre Celestial, derechos de posesión de todos sus bienes. Pero todo esto no es todo: ¿sabes qué significa ser la primera hija salida de mi Voluntad? Significa no sólo ser la primera en el amor y en todas las cosas de su Creador, sino encerrar en sí todo el amor y todos los bienes de los demás hijos; de modo que si los demás poseerán cada uno su parte, ella, como primogénita, poseerá todos juntos los bienes de los demás, y esto con derecho y con justicia, porque, como primogénita, mi Voluntad le confió todo, le dio todo; por eso en ella se encuentra el origen de todas las cosas, la causa por la cual fue creada la Creación, la finalidad por la cual entraron en acción la obra y el amor divinos. La causa primera de todo lo obrado por un Dios fue quien debía ser la hija primogénita de nuestra Voluntad; por consiguiente, de ella derivan todos los bienes, de ella parten y a ella regresan. Mira, pues, cuán afortunada eres; tú no puedes comprender del todo qué significa tener el primado en el amor y en todas las cosas de tu Creador. […] Ahora bien, ¿no sabes que el primado que perdió Adán como hijo primogénito de mi Voluntad ha pasado a ti y que debo encerrar en ti todos los bienes que habría encerrado en él si no se hubiera sustraído a mi Voluntad?»

« Figlia primogenita della mia Volontà, perché sei così oppressa? Se tu pensi alla tua grande fortuna, la tua oppressione partirà da te. Sai tu che significa figlia primogenita della mia Volontà? Significa prima figlia dell'amore del nostro Padre Celeste e prima di tutto a essere amata. Significa prima figlia della grazie, della luce, prima figlia della gloria, prima figlia posseditrice delle ricchezze del suo Divin Padre, prima figlia della Creazione. Come primogenita figlia del Supremo Volere contiene tutti i vincoli, tutti i rapporti, tutti i diritti che conviene ad una figlia primogenita, i vincoli di figliolanza, i rapporti di comunicazione a tutte le disposizioni del suo Celeste Padre, i diritti di possedimento di tutti i suoi beni. Ma tutto ciò non è tutto, sai tu che significa prima figlia uscita dalla mia Volontà? Significa non solo essere prima nell'amore ed in tutte le cose del suo Creatore, ma racchiudere in sé tutto l'amore e tutti i beni degli altri figli, sicché se gli altri possederanno ciascuno la sua parte, essa come primogenita possederà tutto insieme i beni degli altri e ciò con diritto e con giustizia, perché come primogenita la mia Volontà a lei tutto affidò, tutto donò, perciò in essa si trova l'origine di tutte le cose, la causa per cui fu creata la Creazione, lo scopo per cui uscì in campo l'azione e l'amore Divino. Causa primaria di tutto l'operato d'un Dio fu per chi doveva essere figlia primogenita della nostra Volontà, quindi da essa, come conseguenza, derivano tutti i beni. Da lei partono ed a lei ritornano. Vedi dunque come sei fortunata, tu non puoi comprendere del tutto che significa avere il primato nell'amore ed in tutte le cose del tuo Creatore […] Ora non sai tu che il primato che perdette Adamo, come figlio primogenito della mia Volontà è passato a te ed io devo racchiudere in te tutti i beni che avrei racchiuso in lui, se non si fosse sottratto alla mia Volontà? »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 29 de enero de 1919:

«Ahora bien, el primer eslabón que conjuntó el verdadero vivir en mi Querer fue mi Humanidad, mi Humanidad fundida con mi Divinidad nadaba en el Querer Eterno e iba encontrando todos los actos de las criaturas para hacerlos suyos […]. Por eso te he escogido a ti como segundo eslabón de conjunción con mi Humanidad, haciéndose uno

solo con el mío, viviendo en mi Querer, repitiendo mis mismos actos […]. Después, a tu eslabón de conjunción Conmigo serán unidos los demás eslabones de las criaturas, y tendré una multitud de almas, que viviendo en mi Querer reharán todos los actos de las criaturas. …»

« Ora, il primo anello che congiunse il vero vivere nel mio Volere fu la mia Umanità, la mia Umanità immedesimata con la mia Divinità nuotava nel Voler Eterno ed andava rintracciando tutti gli atti delle creature per farli suoi e dare al Padre da parte delle creature una gloria divina e portare a tutti gli atti delle creature il valore, l'amore, il bacio del Voler Eterno. In questo ambiente del Voler Eterno Io vedevo tutti gli atti delle creature possibili a farsi e non fatti, gli stessi atti buoni malamente fatti ed Io facevo i non fatti e rifacevo i malamente fatti. Ora, questi atti non fatti e fatti solo da Me, stanno tutti sospesi nel mio Volere ed aspetto che le creature vengano a vivere nel mio Volere e che ripetano nella mia Volontà ciò che feci Io […] Sarebbe come se avessi sparso tutto il mio sangue, sofferto tanto e nessuno lo avesse saputo; chi mi avrebbe amato? Quale cuore sarebbe rimasto scosso? Nessuno e quindi in nessuno avrei avuto i miei frutti, la gloria della Redenzione […] Poi dal tuo anello di congiunzione con Me saranno congiunti gli altri anelli delle creature e avrò stuoli di anime che, vivendo nel mio Volere, rifaranno tutti gli atti delle creature … »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 9 de febrero de 1919:

Le decía a mi dulce Jesús: «¿Será posible que yo sea el segundo anillo de conjunción con tu Humanidad? Hay almas tan queridas para Ti, ante las cuales yo no merezco ni estar bajo sus pies, y además está tu indivisible Mamá, la cual ocupa el primer lugar en todo y sobre todo, me parece dulce amor mío que quieres decirme mentiras, no obstante me veo obligada por la obediencia, con el más grande desgarro de mi alma, a ponerlo por escrito; Jesús mío, ten piedad de mi duro martirio». Mientras esto decía, mi siempre amable Jesús, acariciándome me ha dicho: «Hija mía, ¿por qué te inquietas? ¿No es acaso mi costumbre elegir de entre el polvo y formar de él grandes portentos, prodigios de Gracia? Todo el honor es mío, y cuanto más débil e ínfimo el sujeto, tanto más quedo en él glorificado. Y además, mi Mamá no entra en la parte secundaria de mi amor, de mi Querer, sino que forma un solo anillo Conmigo, y también es cierto que tengo muchas almas queridísimas por Mí, pero esto no excluye que pueda elegir a una en vez de otra a la altura de un oficio, y no sólo de oficio, sino altura tal de santidad, cual conviene para vivir en mi Querer […] ¿no puedo acaso hacer lo que quiero? ¿Acaso puede atarme alguien? No, no, por eso tranquilízate y seme fiel.»

« Stavo dicendo al mio dolce Gesù: "Possibile che io sia il secondo anello di congiunzione con la tua Umanità? Ci sono anime tanto a Te care, in confronto alle quali io non merito di stare sotto i loro piedi; e poi c'è la tua indivisibile Mamma, che occupa il primo posto in tutto e su tutto; mi pare dolce amor mio, che tu voglia dirmi proprio delle bugie, eppure sono costretta col più crudo strazio dell'anima mia, dall'ubbidienza, a mettere ciò su carta; mio Gesù, abbi pietà del mio duro martirio." Mentre dicevo ciò, il mio sempre amabile Gesù, carezzandomi, mi ha detto: "Figlia mia, perché ti affanni? Non è mio solito forse eleggere dalla polvere e formarne dei grandi portenti? Dei prodigi di grazia? Tutto l'onore è mio e quanto più debole ed infimo è il soggetto, più ne resto glorificato. E poi, la mia Mamma non entra nella parte secondaria del mio amore, del mio Volere, ma forma un solo anello con Me ed è anche certo che ho le anime a Me carissime, ma ciò non esclude che Io possa eleggere l'una anziché un'altra ad un'altezza di ufficio e non solo d'ufficio, ma di altezza tale di santità, quale si conviene vivere nel mio Volere […] non posso fare forse ciò che voglio? Può forse legarmi qualcuno? No, no, perciò chetati e siimi fedele »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 25, 14 de noviembre de 1928:

> «Mamá mía, mamá mía; quien hace mi Divina Voluntad se vuelve madre, mi Fiat Divino me la embellece, la transforma y la vuelve fecunda, de tal modo de darle todas las cualidades para ser verdadera madre; y Yo me voy formando esta madre con los reflejos del Sol del Querer Divino, y me glorío y tomo tanto gusto con llamarla mamá mía, mamá mía. Y no sólo la escojo por madre mía, sino que llamo a tantos otros pequeñitos y les doy a mi madre por madre de ellos». […] «Estos pequeños que tú ves no son otra cosa que el primer grupo de hijos de mi Querer Divino, en Él todos serán pequeños, porque mi Divina Voluntad tiene virtud de conservarlos frescos y bellos como han salido de nuestras manos creadoras, y como ha llamado a tu pequeñez a vivir en Ella, es justo que como primera seas la pequeña mamita de los pequeños niños.»
>
> *« Mamma mia, mamma mia; chi fa la mia Divina Volontà diventa madre, il mio Fiat Divino me l'abbellisce, la trasforma e la rende feconda, in modo da darle tutte le qualità per essere vera madre. Ed io mi vado formando questa madre coi riflessi del Sole del mio Voler Divino e mi glorio e prendo tanto gusto nel chiamarla "Mamma mia, mamma mia". E non solo la scelgo per madre mia, ma chiamo tanti altri piccoli piccini e do la madre mia per Madre loro […] Questi piccini che tu vedi non sono altri che la prima schiera dei figli del mio Voler Divino, in Esso tutti saranno piccoli, perché la mia Divina Volontà ha virtù di conservarli freschi e belli, come sono usciti dalle nostre mani creatrici e siccome ha chiamato la tua piccolezza a vivere in Essa, è giusto che come prima sia la piccola mammina dei piccoli bambini »*

Articulación católica. La idea de un primogénito del que dependen, en cierto sentido, los bienes de quienes vienen después de él no es extraña a la Escritura: Cristo mismo es llamado «primogénito de toda criatura» y «primogénito de entre los muertos, para que sea el primero en todo» (Col 1,15.18), y san Pablo enseña que los creyentes están predestinados a hacerse «conformes a la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29). El título de madre que el *Libro de Cielo* da a Luisa encuentra, por su parte, su fuente directa en la palabra de Cristo sobre la maternidad espiritual ofrecida a quien hace la voluntad del Padre (Mt 12,50; Mc 3,35) —una maternidad que la Iglesia reconoce ya, en un sentido verdadero aunque analógico, a toda alma santa. Ninguno de estos dos títulos afecta a la maternidad divina y física de María, única y sin medida común alguna (IV): Luisa recibe el derecho de primogenitura y la maternidad de la primogénita en una familia de gracia, nunca el de ser la Madre de Dios.

Fórmula para recordar. El derecho de primogenitura que la Escritura reconoce al primogénito de una familia, Dios se lo concede a Luisa en el orden de la gracia: lo que los demás hijos del Reino poseerán cada uno por su parte, ella lo encierra, la primera, todo junto —no para guardarlo, sino, como madre, para transmitírselo.

Pregunta 19 — ¿Cómo entró Luisa, por etapas, en la posesión de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Luisa no recibe el Don en un único instante: el testimonio recibido por la Iglesia refiere una serie de etapas decisivas —un matrimonio místico en la tierra a los 23 años, su renovación en el Cielo a los 25 años en presencia de toda la Santísima Trinidad, con el don de percibir sensiblemente su inhabitación, el matrimonio místico de la Cruz y, finalmente, un intercambio de corazones mediante el cual Jesús le retira el corazón y le da su propio amor en su lugar.

Desarrollo. El testimonio recibido por la Iglesia sitúa el primer matrimonio místico de

Luisa el 21 de octubre de 1888, en presencia de la Virgen María y de santa Catalina de Siena —Luisa tiene entonces 23 años. Se renueva el 7 de septiembre de 1890, esta vez en el mismo Cielo y en presencia de toda la Santísima Trinidad, que le concede percibir sensiblemente su inhabitación en ella —Luisa tiene entonces 25 años. Se renueva por tercera vez nueve años más tarde: el *Libro de Cielo* fecha esta etapa en el «día de la exaltación de la cruz, 14 de septiembre de 1899», cuando Jesús transporta a Luisa en espíritu a los lugares santos y le enseña la virtud de la cruz.

Dos meses más tarde sobreviene un episodio de una intensidad poco común, que el *Libro de Cielo* fecha el 16 de noviembre de 1900. Una mañana, después de la comunión, Luisa pregunta a Jesús cuándo tomará su corazón para hacerlo conforme al suyo. Jesús toma entonces una lanza, le abre el costado, le saca el corazón con sus propias manos y lo examina para ver si está lo bastante despojado como para reposar en el suyo: Luisa ve impresas en él la cruz, la esponja y la corona de espinas. Jesús le impide, sin embargo, ver más —«Quiero mortificarte no dejándote ver todo lo que he derramado en este corazón»—, después lo encierra en su propio Corazón santísimo, dándole a cambio, mediante tres respiros de luz, su propio amor en lugar de corazón.

Considerada en su conjunto, esta iniciación por etapas no encuentra equivalente completo en la historia conocida de la mística cristiana —y el matrimonio renovado en el Cielo, ante toda la Trinidad, constituye probablemente su cumbre.

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 4, 16 de noviembre de 1900:

> «Esta mañana, habiendo recibido la comunión, mi adorable Jesús hacía ver todo mi interior lleno de flores, como si fuera una cabaña, y a Él que estaba dentro recreándose y complaciéndose todo. Yo, viéndolo en esa actitud le he dicho: "Mi dulcísimo Jesús, ¿cuándo será que tomes este corazón mío para uniformarlo todo al tuyo, de modo que pueda vivir de la vida de tu corazón?" Mientras esto decía, mi sumo y único bien ha tomado una lanza y me ha abierto la parte que corresponde al corazón; después con sus manos lo ha sacado y lo miraba todo para ver si estaba despojado, y tuviese las cualidades para poder estar en su santísimo corazón. También yo lo he mirado, y con mi sorpresa he visto impresa en una parte la cruz, la esponja y la corona de espinas, pero queriendo verlo por la otra parte y por dentro porque parecía hinchado, como si pudiera abrirse, mi amado Jesús me lo ha impedido diciéndome: "Quiero mortificarte no dejándote ver todo lo que he derramado en este corazón. Ah, sí, aquí, dentro de este corazón están todos los tesoros de mis gracias, que humana naturaleza puede llegar a contener". En ese momento lo encerró en su santísimo corazón, agregando: "Tu corazón ha tomado posesión en mi corazón, y Yo por corazón te doy mi amor, que te dará vida". Y acercándose a esa parte ha mandado tres respiros conteniendo luz, que tomaban el lugar del corazón, y después ha cerrado la herida diciéndome: "Ahora más que nunca te conviene fijarte en el centro de mi Querer, teniendo por corazón sólo mi amor; ni siquiera por un solo instante debes salir de Él, y mi amor sólo encontrará en ti su verdadero alimento, si encuentra en ti, en todo y por todo, mi Voluntad, en Ella encontrará su contento y la verdadera y fiel correspondencia".»
>
> *« Questa mattina, avendo fatto la comunione, il mio adorabile Gesù ha fatto vedere il mio interno tutto cosparso di fiori, a forma d'una capanna e Lui che se ne stava dentro tutto ricreandosi e compiacendosi. Io, vedendolo in quell'atteggiamento, ho detto: "Mio dolcissimo Gesù, quando sarà che ti prenderai questo mio cuore per uniformarlo tutto al tuo in modo da poter vivere della vita del tuo cuore?" Mentre dicevo ciò, il mio sommo ed unico bene ha preso una lancia e mi ha aperto dalla parte dove corrisponde il cuore; poi con le sue mani l'ha tirato fuori e tutto l'ha guardato per vedere se fosse spogliato e avesse quelle qualità per potere stare nel suo santissimo cuore. Anch'io l'ho guardato e,*

con mia sorpresa, ho visto impresso su una parte la croce, la spugna e la corona di spine; ma volendo vederlo dall'altra parte e dentro, ché pareva gonfio come se si potesse aprire, il mio diletto Gesù me l'ha impedito dicendomi: "Voglio mortificarti col non farti vedere tutto ciò che ho versato in questo cuore. Ah! sì, qui dentro questo cuore ci sono tutti i tesori delle mie grazie che umana natura può giungere a contenere." In questo mentre l'ha rinchiuso nel suo santissimo cuore, soggiungendo: "Il tuo cuore ha preso possesso nel mio cuore ed Io per cuore ti do il mio amore che ti darà vita." Ed avvicinandosi alla parte ha mandato tre aliti contenenti luce, che prendevano il posto del cuore e poi ha chiuso la ferita dicendomi: "Ora, più che mai ti conviene fissarti nel centro del mio Volere, avendo per cuore il solo mio amore; neppure per un solo istante devi uscire da Esso e solo il mio amore troverà in te il suo vero alimento, se troverà in te in tutto e per tutto la mia Volontà, in quella troverà il suo contento e la vera e fedele corrispondenza." »

Articulación católica. El intercambio de los corazones no es una imagen propia de Luisa: es un episodio reconocido de la vida mística de santa Catalina de Siena, ya presente en el primer matrimonio místico de Luisa, en el que Cristo intercambió su corazón por el de ella. El propio Benedicto XVI lo recuerda en una audiencia general dedicada a la santa: «Ilustra esta unión profunda con el Señor otro episodio de la vida de esta insigne mística: el intercambio del corazón». Lo que Luisa recibe prolonga, por tanto, un motivo místico ya reconocido por la Iglesia, sin que haya que aislarlo como una novedad sin precedentes —salvo en la precisión propia de este Don: ya no es solamente el amor de Cristo el que sustituye al corazón, sino su misma Voluntad la que debe reinar ahora en él sin compartirlo, «en todo y por todo».

Fórmula para recordar. Luisa no entra de golpe en la Divina Voluntad: es conducida a ella por grados —hasta que su propio corazón, retirado por la lanza, cede el lugar al solo amor de Jesús.

Pregunta 20 — ¿Qué es la ciencia infusa, prometida a quien vive en la Divina Voluntad y perdida por Adán en la Caída?

Respuesta breve. Adán, antes de la Caída, poseía con la Divina Voluntad un don que Jesús llama ciencia infusa —una luz interior, «como un ojo divino», que le hacía conocer sin esfuerzo nuestras verdades divinas y hasta la virtud profunda de la más pequeña criatura. Al rechazar esta Voluntad para seguir la suya, perdió este don junto con la vida misma que lo llevaba, y quedó, dice Jesús, «a obscuras». Este mismo don, inseparable de la Divina Voluntad como la luz lo es del calor, se promete a quien vive plenamente en el Fiat: no un saber aprendido mediante el estudio, sino una mirada que ve y comprende, sin esfuerzo, las verdades más difíciles.

Desarrollo. La Quinta parte ha mostrado que los conocimientos de la Divina Voluntad son verdades reveladas, dadas progresivamente a medida que el alma se dispone a recibirlas (V.6-8). Es preciso nombrar aquí un don distinto, que el *Libro de Cielo* llama ciencia infusa: no un conjunto de verdades que deban recibirse una por una, sino la facultad misma de conocer, restituida al alma como un sentido interior.

Jesús revela ante todo que este don se remonta al origen: Adán, unido a la Divina Voluntad desde su creación, poseía con ella no solamente un conocimiento claro de las verdades divinas, sino también la ciencia de las «virtudes benéficas» que encierra cada cosa creada, «desde la cosa más grande hasta el más pequeño hilo de hierba» —conocimiento ya en germen en los tres soles que esta obra ha mostrado que formaban su alma (I.5). Al rechazar

esta Voluntad para seguir la suya, Adán no perdió solamente la inocencia: el Fiat retiró de él su Vida y, con ella, este don del que había sido portador, dejándolo «a obscuras, sin la verdadera y pura luz del conocimiento de todas las cosas».

Este mismo texto anuncia entonces la restitución: «con regresar la Vida de mi Voluntad en la criatura, regresará su don de la ciencia infusa» —palabra que concuerda exactamente con lo que la Sexta parte establecerá acerca de la misma Vida obrante, perdida por Adán y devuelta poco a poco a la humanidad mediante cada conocimiento dado a Luisa (VI.11). La ciencia infusa nunca es, por tanto, una doctrina suplementaria que venga a añadirse a las verdades ya reveladas: es esa misma capacidad de recibirlas sin esfuerzo la que, perdida en la Caída, se encuentra poco a poco restituida a quien vive en el Fiat.

Jesús precisa finalmente la naturaleza de este don mediante una doble imagen. Este don, dice, es inseparable de la Divina Voluntad como la luz lo es del calor. Allí donde Ella reina, forma en el fondo del alma «el ojo lleno de luz», mediante el cual el alma conoce a Dios y las cosas creadas por cuanto es posible a una criatura; pero si esta Voluntad se retira, el ojo queda ciego —no por accidente, sino porque la vida misma que animaba aquella mirada se retiró con ella. Una segunda imagen, tomada del sol, cierra el texto: así como el sol, al retirarse, se lleva consigo toda su luz, sin dejar ni siquiera una gota para la noche —pues no puede separar de sí la menor partícula de lo que le es inseparable—, así la Divina Voluntad nunca deja tras de sí un fragmento de este don cuando se retira: se lo lleva enteramente y lo devuelve enteramente.

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 30, 22 de mayo de 1932 — encabezamiento editorial de la entrada, seguido de palabras de Jesús a Luisa:

> «Ahora bien, tú debes saber que quien vive en la Divina Voluntad readquirirá, entre tantas prerrogativas, el don de la ciencia infusa, don que le servirá de guía para conocer nuestro Ser Divino, que le facilitará el desarrollo del reino del Fiat Divino en su alma, le servirá de guía en el orden de las cosas naturales, será como la mano que la guía en todo y hará conocer la vida palpitante del Querer Divino en todas las cosas creadas y el bien que continuamente le ofrece. Este don fue dado a Adán en el principio de su creación; en efecto, junto con nuestra Divina Voluntad no sólo poseía el don de la ciencia infusa, de modo que conocía con claridad nuestras verdades divinas, sino también todas las virtudes benéficas que poseían todas las cosas creadas para bien de la criatura, desde la cosa más grande hasta el más pequeño hilo de hierba. Ahora, en cuanto rechazó nuestra Divina Voluntad haciendo la suya, nuestro Fiat retiró su Vida y el don del cual había sido portador; por lo tanto, Adán quedó a oscuras, sin la verdadera y pura luz del conocimiento de todas las cosas. Así, cuando la Vida de mi Voluntad regrese en la criatura, regresará también el don de la ciencia infusa. Este don es inseparable de mi Divina Voluntad, como es inseparable la luz del calor, y donde Ella reina forma el ojo lleno de luz en el fondo del alma, la cual, mirando con este ojo divino, adquiere el conocimiento de Dios y de las cosas creadas por cuanto a criatura es posible. Ahora bien, si mi Voluntad se retira, el ojo queda ciego, porque Aquélla que animaba la vista ha partido, es decir, ya no es Vida obrante de la criatura. Sucede como al cuerpo: mientras el ojo está sano, la persona ve y distingue los colores, los objetos y las personas; pero si la pupila se oscurece y pierde la luz, permanece ciega y ya no sabe distinguir nada; a lo más se ayudará por medio del oído para saber y comprender alguna cosa, pero su luz se habrá apagado y habrá terminado. Quizá tendrá el ojo, pero ya no lleno de vida de luz, sino de densas tinieblas que son portadoras de dolor por la vista perdida. Así es mi Voluntad: donde Ella reina concentra en el alma este don de la ciencia infusa, que más que ojo ve y comprende, sin esfuerzo, las verdades divinas, los conocimientos más difíciles de nuestro Ente Supremo, con una facilidad

maravillosa, sin artificio y sin estudio. Mucho más las cosas naturales: ninguno puede conocer la sustancia y el bien que hay dentro, sino quien las ha creado. Por eso no es ninguna maravilla si nuestro Querer Divino se hace revelador, en el alma donde reina, de nuestro Ser Divino y de las cosas que Él mismo ha creado; mientras que, no reinando, todo es tinieblas para la pobre criatura: nuestros hijos son ciegos y no conocen ni aman a Aquél que los ha creado, que más que padre los ama y suspira por el amor de sus hijos. Mi Voluntad Divina, donde reina, no va con las manos vacías, sino que lleva todos los bienes que posee; pero si los hombres son ingratos y la obligan a retirarse, todo se lleva Consigo, porque es inseparable de sus bienes. Ella hace como el sol: cuando surge por la mañana hace don de su luz y de sus benéficos efectos a la tierra, y por la tarde, cuando se retira, se lleva consigo toda la luz; no deja nada, ni siquiera una gota de luz para la noche. ¿Y por qué? Porque no puede ni se le permite separar de sí una sola partícula de luz, porque es inseparable de su luz; y donde va, con la plenitud de luz que posee, forma el pleno día.»

« Ora, tu devi sapere che chi vive nella Divina Volontà, riacquisterà, tra tante prerogative, il dono della scienza infusa, dono che le sarà di guida per conoscere il nostro Essere Divino, che le faciliterà lo svolgimento del regno del Fiat Divino nell'anima sua, le sarà di guida nell'ordine delle cose naturali, sarà come la mano che la guida in tutto e farà conoscere la vita palpitante del Voler Divino in tutte le cose create ed il bene che continuamente le porge. Questo dono fu dato ad Adamo nel principio della sua creazione, infatti insieme con la nostra Divina Volontà non solo possedeva il dono della scienza infusa, in modo che conosceva con chiarezza le nostre verità divine, ma tutte le virtù benefiche che possedevano tutte le cose create a bene della creatura, dalla cosa più grande, fino al più piccolo filo di erba. Ora come respinse la nostra Divina Volontà facendo la sua, il nostro Fiat ritirò la sua vita ed il dono di cui era stato portatore, quindi Adamo rimase all'oscuro senza la vera e pura luce della conoscenza di tutte le cose. Onde quando la vita della mia Volontà ritornerà nella creatura, ritornerà anche il dono della scienza infusa. Questo dono è inseparabile dalla mia Divina Volontà, com'è inseparabile la luce dal calore e, dove Essa regna, forma l'occhio pieno di luce nel fondo dell'anima, la quale, guardando con quest'occhio divino, acquista la conoscenza di Dio e delle cose create per quanto a creatura è possibile. Ora, se la mia Volontà si ritira l'occhio resta cieco, perché Colei che animava la vista è partita, cioè non è più vita operante della creatura. Succede come al corpo, fino a tanto che l'occhio è sano essa vede, distingue i colori, gli oggetti, le persone, ma se la pupilla si oscura e perde la luce, rimane cieco, quindi non sa distinguere più nulla, tutt'al più si aiuterà per mezzo dell'udito per sapere e comprendere qualcosa, ma la sua luce si sarà spenta e sarà finita. Forse avrà l'occhio, ma non più pieno di vita di luce, ma di dense tenebre che sono portatrici di dolore alla vista perduta. Tale è la mia Volontà, dove Essa regna accentra nell'anima questo dono della scienza infusa che, più che occhio, vede e comprende, senza sforzo, le verità divine, le conoscenze più difficili del nostro Ente Supremo, ma con una facilità meravigliosa, senza artifizio e senza studio, molto più le cose naturali, nessuno può conoscere la sostanza, il bene che c'è dentro, se non chi le ha create, quindi nessuna meraviglia se il nostro Voler Divino si fa rivelatore, nell'anima dove regna, del nostro Essere Divino e delle cose che Lui stesso ha creato mentre, non regnando, tutto è tenebre per la povera creatura, i nostri figli sono ciechi e non conoscono, né amano Colui che li ha creati che, più che padre, li ama e sospira l'amore dei figli suoi. La mia Volontà Divina, dove regna, non va con le mani vuote, ma porta tutti i beni che possiede ma se gli uomini sono ingrati, la costringono a ritirarsi ed Essa tutto si porta con Sé, perché è inseparabile dai beni suoi. Essa fa come il sole, come sorge il mattino così fa dono della sua luce e dei suoi benefici effetti alla terra e a sera come si ritira, porta con sé tutta la luce, non lascia

nulla, neppure una stilla di luce per la notte e perché? Perché non può, né gli vien dato di poter distaccare una sola particella di luce, perché è inseparabile dalla sua luce e dove va, con la pienezza di luce che possiede forma il pieno giorno »

Articulación católica. La teología escolástica, con santo Tomás, enseñaba ya que Adán, en el estado de justicia original, poseía un conocimiento infuso de todas las cosas, proporcionado a su misión de maestro de sus descendientes —capaz de dar nombre a cada animal (Gn 2,19-20) precisamente porque conocía de inmediato su naturaleza (*Suma teológica*, I, q. 94, a. 3). Esta misma tradición cuenta la ignorancia entre las heridas que el pecado original dejó en la naturaleza humana, junto con la malicia, la debilidad y la concupiscencia —la herida infligida precisamente a la inteligencia. Lo que el *Libro de Cielo* llama aquí ciencia infusa concuerda, por tanto, en un vocabulario místico más directo, con lo que la teología ha sabido siempre acerca del don perdido en la Caída. San Pablo recuerda finalmente que el conocimiento pleno y sin velo sigue siendo una promesa escatológica: «Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios» (1 Co 13,12) —promesa de la que este don, ofrecido ya en esta tierra a quien vive en el Fiat, es una anticipación real, no su término.

Fórmula para recordar. Lo que la Caída apagó primero no es solamente la inocencia, sino una mirada: el ojo interior que veía sin esfuerzo aquello que el estudio más prolongado nunca basta para aprender por sí solo. La Divina Voluntad devuelve este ojo a quien la deja reinar en sí.

Sexta parte — Recibir y vivir el Don de la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Qué es el Don de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. El Don de la Divina Voluntad es un intercambio continuo y recíproco entre Dios y el alma: en cada acto que realiza, Jesús le ofrece primero el don de su propia Voluntad y espera, a cambio, el don de la suya; de este intercambio nace, acto tras acto, un acto nuevo de vida divina en el alma, en un vínculo de inseparabilidad que Jesús no duda en comparar con un matrimonio siempre renovado.

Desarrollo. Después de haber mostrado cómo Dios escogió un tiempo para manifestar este Don y lo confió a Luisa (Quinta parte), es preciso entrar ahora en el Don mismo: ya no en su historia, sino en su naturaleza y en el modo en que un alma, hoy, puede recibirlo en su propia vida.

Jesús describe este Don como un movimiento que nunca cesa, un don que llama a un don recíproco sin el cual quedaría incompleto. No se contenta con proponer su Voluntad de una vez para siempre: se mantiene, dice, «al acecho» para ver cuándo la criatura está por realizar un acto, a fin de ofrecerle entonces el don de su Voluntad en ese mismo acto y recibir, a cambio, el pequeño don del querer de ella. No se trata, por tanto, de un don estático, como un capital recibido una vez y poseído después pasivamente: es un intercambio vivo, renovado acto tras acto, en el que Dios da primero y espera una respuesta.

Jesús llega a emplear la imagen más fuerte que puede ofrecer el amor humano para describir este intercambio: «Se puede decir que en este intercambio de voluntad, en estos dones recíprocos de ambas partes, sucede un esponsalicio entre el alma y Dios, esponsalicio repetido, siempre nuevo». Este matrimonio no es un puro símbolo: Jesús precisa que, mediante este don, no da solamente algo que proceda de Él, sino su Vida misma, lo que forma un «vínculo de inseparabilidad» —sustancia misma del verdadero matrimonio entre lo humano y lo Divino. Comprender así el Don, como un intercambio de amor continuamente ofrecido y continuamente retomado, protege desde el principio de una falsa imagen que volverá más adelante (VI.7): la de un Don recibido una vez y que dispensaría después al alma de toda respuesta activa.

En otro lugar, interrogado directamente sobre qué es esta Divina Voluntad, Jesús retoma este mismo intercambio en una fórmula todavía más densa: «Voluntad Divina significa: dar Dios a Dios». Lo que el alma recibe en este intercambio no es, por tanto, un bien creado entre otros, sino Dios mismo comunicado a ella; y lo que devuelve, mediante su respuesta, no es finalmente otra cosa que este mismo don restituido a su fuente —no para empobrecerla, sino para que este don circule, como circula desde toda la eternidad entre las Personas divinas. Lo que la Octava parte desarrollará plenamente (VIII.13) encuentra aquí su raíz más densa.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 21 de diciembre de 1932:

> «Mi pequeña hija, mi amor es tanto, que estoy siempre en acto de hacer don de mi Voluntad en todos los actos que hace la criatura para recibir el don de la suya, Yo soy el primero en cederle el don de la mía […]. Ahora, con este mi don de mi Querer que voy dando en todos los actos de la criatura, recibe un acto nuevo de Vida Divina, y la hago renacer en aquel acto nuevo que le doy […]. Se puede decir que en este intercambio de

voluntad, en estos dones recíprocos de ambas partes, sucede un esponsalicio entre el alma y Dios, esponsalicio repetido, siempre nuevo […] porque con este don de mi Fiat no es sólo un don que hago, sino que junto con el don doy mi Vida, que forma el vínculo de la inseparabilidad, en el cual consiste la sustancia del verdadero esponsalicio entre lo humano y lo Divino. […] Por eso sé atenta, no quiero otra cosa sino que en tus pequeños actos, en todo lo que haces, si oras, si sufres, si trabajas, en todo, que el intercambio sea continuo, que tomes el don de mi Voluntad y me des la tuya. ¡Oh! cómo me volverás feliz, Yo seré todo ojos sobre tu acto, a fin de que tenga todos los requisitos de un acto digno de mi Divina Voluntad.»

« Mia piccola figlia, il mio amore è tanto, che sto sempre in atto di far dono della mia Volontà in tutti gli atti che fa la creatura, per ricevere il dono della sua, Io sono il primo a cedergli il dono della mia, […] Ora, con questo mio dono del mio Volere che vado dando in tutti gli atti della creatura, essa riceve un atto nuovo di vita divina, la faccio rinascere in quell'atto nuovo che le do […] Si può dire che in questo scambio di volontà, in questi doni reciproci d'ambo le parti, succede uno sposalizio tra l'anima e Dio, sposalizio ripetuto, sempre nuovo […] perché con questo dono del mio Fiat non è solo un dono che faccio, ma insieme col dono do la mia Vita, che forma il vincolo dell'inseparabilità, in cui consiste la sostanza del vero sposalizio tra l'umano ed il Divino. […] Perciò sii attenta, non voglio altro, nei tuoi piccoli atti, in tutto ciò che fai, se preghi, se soffri, se lavori, in tutto, che lo scambio continuo, che tu prenda il dono della mia Volontà e mi dia la tua. Oh! come mi renderai felice, Io sarò tutt'occhi sull'atto tuo, affinché abbia tutti i requisiti di un atto degno della mia Divina Volontà. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 22 de mayo de 1927:

«Hija mía, Voluntad Divina significa: dar Dios a Dios, desahogo divino y transformación de naturaleza humana en Divina, comunicación de virtud creadora, abrazar el infinito, elevarse en el Eterno y tomar como en un puño la eternidad para decir a Dios: 'Desde la eternidad yo te amaba, tu Voluntad no tiene principio, es eterna Contigo, y yo en Ella te amaba con amor sin principio y sin fin'. ¿Qué cosa es mi Voluntad? Es todo.»

« Figlia mia, Volontà Divina significa dare Dio a Dio, sbocco divino e trasformazione di natura umana in Divina, comunicazione di virtù creatrice, abbracciare l'infinito, elevarsi nell'Eterno e prendere come in pugno l'eternità, per dire a Dio: "fin dall'eternità io ti amavo, la tua Volontà non ha principio, è eterna con Te ed io in Essa ti amavo con amore senza principio e senza fine. Che cosa è la mia Volontà? E' tutto." »

Articulación católica. La Escritura describe de buen grado la alianza de Dios con su pueblo mediante la imagen de los desposorios: «Me desposaré contigo para siempre» (Os 2,21). El Apocalipsis, al término de toda la historia de la salvación, anuncia «las bodas del Cordero» (Ap 19,7) —imagen que Jesús aplica aquí, con sobriedad, a la unión cotidiana del alma con su Voluntad. El Catecismo define la oración cristiana misma como «una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Cristo» (CIC 2564) —una relación de doble sentido, en la que Dios toma siempre la iniciativa sin suprimir jamás la respuesta libre de la criatura. Este mismo principio protege la formulación aquí adoptada: Dios da primero, pero espera verdaderamente una respuesta, sin la cual el intercambio quedaría incompleto.

Fórmula para recordar. El Don de la Divina Voluntad no es un capital recibido una vez: es un matrimonio renovado en cada acto, en el que Dios da siempre primero.

Pregunta 2 — ¿Es el Don una gracia creada o la Vida increada de Dios?

Respuesta breve. La Divina Voluntad es increada, y lo que la criatura recibe de ella, Jesús mismo lo nombra con exactitud: su potencia le suministra «continuamente la participación de la Vida Divina». Participación, y no esencia: el alma recibe sin cesar, por gracia, la vida misma de Dios, que sólo en Dios permanece increada; y la recibe permaneciendo ella misma, libre, una persona ante su Creador.

Desarrollo. El vocabulario más elevado de esta espiritualidad —«vivir de la Divina Voluntad», «poseer la Vida de Dios», «no formar más que un solo acto con su Creador»— pide una precisión, y Jesús no deja a nadie el cuidado de darla: la da Él mismo a Luisa, con una exactitud notable.

Jesús explica que quien permanece siempre en su Voluntad «conserva en ella a [su] misma Persona» —expresión fuerte, pero que se cuida inmediatamente de precisar: esta alma permanece libre, podría salir de esta Voluntad, puesto que fue creada libre; y precisamente porque sigue siendo libre, lo que Dios obra en ella merece el nombre de prodigio. Jesús nombra este prodigio con exactitud: su potencia le suministra «continuamente la participación de la Vida Divina». La palabra está escogida con cuidado —participación, no identidad—, y esta participación, recibida sin cesar, produce en el alma una atracción tan fuerte hacia la unión que, en la práctica, ya no querría separarse de ella, sin que por ello quede suprimida su libertad (punto que VI.7 desarrollará plenamente).

Este texto permite formular con precisión lo que significa cada expresión fuerte empleada aquí acerca de la vida divina recibida por el alma: nunca una comunicación de la esencia divina misma, siempre una participación real y continuamente renovada en su vida, que sólo en Dios permanece propiamente increada.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 5, 24 de marzo de 1903:

> «Hija mía, quien quiere estar siempre en mi Voluntad conserva en ella a mi misma Persona, y si bien puede salir de mi Voluntad, habiéndola creado libre de voluntad, mi potencia obra un prodigio suministrándole continuamente la participación de la Vida Divina, y por esta participación que recibe siente tal fuerza y atracción de unión con la Voluntad Divina, que aunque lo quisiera hacer no lo puede hacer, y ésta es la continua virtud de la que te hablé el otro día, que sale de Mí hacia quien hace siempre mi Voluntad.»
>
> *« Figlia mia, chi vuol stare sempre nella mia Volontà conserva in sé la mia stessa persona e sebbene possa uscire dalla mia Volontà, avendola creato libera di volontà, la mia potenza opera un prodigio somministrandole continuamente la partecipazione della vita divina ed a questa partecipazione che riceve, sente tale forza ed attrazione d'unione con la Volontà Divina, che anche se lo volesse fare, non lo potrebbe fare e questa è la continua virtù che esce da Me verso chi fa sempre la mia Volontà di cui ti parlai l'altro giorno »*

Articulación católica. San Pedro enseña que los cristianos están llamados a llegar a ser, por la gracia, «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4) —la preposición misma excluye toda identidad de esencia. El Catecismo retoma esta doctrina constante de la Iglesia al enseñar que el Hijo de Dios se hizo hombre «para hacernos "partícipes de la naturaleza divina"» (CIC 460): la divinización prometida al cristiano es siempre participación, nunca fusión. Esta es exactamente la distinción, ya clásica en la teología de la gracia, que el vocabulario de Luisa recoge e ilustra, sin pretender jamás superarla.

Fórmula para recordar. Vivir de la Divina Voluntad no es convertirse en Dios: es recibir sin cesar, por puro don, la participación real en esta vida que, sólo en Dios, permanece

increada.

Pregunta 3 — ¿Cómo se recibe y se renueva el Don acto tras acto?

Respuesta breve. Vivir en el Querer Divino significa un intercambio continuo de voluntad humana y Divina, acto tras acto, y no un don recibido de una vez para siempre: allí donde este intercambio falta, aunque sólo sea en un acto, se forma un vacío que las debilidades ordinarias vienen inmediatamente a llenar.

Desarrollo. VI.1 ha mostrado que el Don consiste en un intercambio recíproco de voluntades. Es preciso ahora determinar cómo se recibe concretamente este intercambio, en la trama misma de una vida humana ordinaria, hecha de múltiples actos separados.

Jesús resume este modo de recepción en una fórmula densa, ya encontrada en germen a propósito de la misión de Luisa (V.4): «Vivir en el Divino Querer significa un intercambio continuo de voluntad humana y Divina». La palabra «continuo» no debe debilitarse: no se trata de un intercambio concluido una vez, como un contrato firmado que ya no necesitara renovarse, sino de un gesto que debe retomarse acto tras acto, a lo largo de toda la jornada.

Jesús da su razón profunda en un texto que prolonga el de VI.1: si quiere que la criatura reciba el don de su Voluntad en todos sus actos y le dé, cada vez, el suyo, es porque la ausencia de este intercambio, aun en un solo acto, deja un vacío real en el alma —un vacío que nunca queda desocupado, sino que «es llenado de miserias, de debilidades, de pasiones». La Vida Divina queda entonces «despedazada y como separada» en el alma, por falta del alimento que sólo este intercambio continuo puede proporcionar. Recibir el Don no es, por tanto, un acto puntual de adhesión inicial, por sincero que sea: es una disposición que debe retomarse sin cesar, acto tras acto, sabiendo que cada interrupción del intercambio abre inmediatamente una brecha que otras fuerzas, menos buenas, no dejarán de llenar. Es preciso aclarar que este vacío nace del acto verdaderamente sustraído al intercambio —dado en un acto, rechazado en otro—, no de la deficiencia involuntaria: al alma que ha decidido firmemente vivir en el Fiat y hace cuanto puede, Jesús se compromete Él mismo a suplir lo que le falta por debilidad, a fin de que no quede ningún vacío (VI.18).

Un texto de 1932 prolonga esta misma verdad mediante una imagen más amplia: la luz de la Divina Voluntad, dice Jesús, existe y se ofrece a todos, como el sol que se levanta para cada uno; pero para quien no vive en ella, esta luz permanece como el sol para los ociosos —presente, envolvente y, sin embargo, estéril, porque no encuentra en ellos trabajo alguno que la vuelva obrante, de modo que, a fuerza de no recibir nada de ella, terminan cansándose y buscando la oscuridad como reposo. Para quien acepta, por el contrario, este intercambio, la luz se vuelve obrante: la pequeña luz del alma se pone de acuerdo con la del Fiat eterno «para volverlo obrante en sus actos», y esta unión, una vez formada, «hace y forma trabajos y obras prodigiosas, capaces de hacer maravillar Cielos y tierra».

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 20 de febrero de 1924:

> «… significa un intercambio continuo de voluntad humana y Divina, y el alma, temiendo la suya, vive de la Mía, mientras que la Mía llena el alma de gozos, de amor y de bienes infinitos.»
>
> *« … significa uno scambio continuo di volontà umana e Divina e l'anima, temendo la sua, vive la mia e questa mia riempie l'anima di gioie, di amore e di beni infiniti. »*

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 21 de diciembre de 1932:

«Hija bendita, quiero decirte la razón por la que quiero que la criatura reciba el don de mi Voluntad en todos sus actos y me dé, cada vez, la suya, porque si en un acto se da este intercambio y en otro no, en el acto donde no hay intercambio se forma el vacío en el alma, y este vacío se llena de miserias, de debilidades, de pasiones; con esto, la Vida Divina queda despedazada y como separada en ella, de modo que los verdaderos renacimientos no pueden suceder, porque faltaría el alimento, la materia prima del acto continuo de mi Fiat, que forma estos nuevos renacimientos en Dios; tanto más que sólo Ella posee y forma el acto continuo, y que sin su acto continuo es imposible recibir un don tan grande y bienes capaces de asombrar Cielos y tierra.»

« Figlia benedetta, voglio dirti la ragione per cui voglio che la creatura riceva il dono della mia Volontà in tutti gli atti suoi e mi dia volta per volta la sua, perché se in un atto c'è questo scambio e in un altro no, nell'atto dove non c'è lo scambio si forma il vuoto nell'anima e questo vuoto viene riempito di miserie, di debolezze, di passioni, con ciò la vita divina resta spezzata e come distaccata in essa, quindi le vere rinascite non possono succedere, perché mancherebbe l'alimento, la materia prima dell'atto continuo del mio Fiat, che forma queste nuove rinascite in Dio, molto più che solo Essa possiede e forma l'atto continuo, quindi senza il suo atto continuo è impossibile ricevere un così gran dono e beni da far stupire Cieli e terra »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 14 de agosto de 1932:

«Hija bendita, la diferencia entre una y otra es grande e incalculable; para quien no vive en mi Voluntad, Ella es como el sol para los ociosos, por cuanto los inviste con su luz y los saetea con su calor, ellos no hacen nada, nada aprenden y nada ganan, y vuelven estéril para ellos la luz del sol, y como están sin hacer nada, se cansan, se aburren de la misma luz y buscan la oscuridad como reposo de su infeliz ociosidad. En cambio para quien trabaja, la luz es obrante […]. Ahora, tal es la luz de mi Voluntad para quien no vive en Ella, Ella inviste y existe para todos, más no es obrante ni dominante en el acto de la criatura, ésta, con toda su luz permanece ociosa, no aprende nada de divino, ni hace ninguna conquista, y las cosas más bellas la cansan y la fastidian. La voluntad que quiere vivir en la mía es como el ojo lleno de luz, que se vuelve capaz de unificarse con la luz de mi Voluntad, que poniéndose de acuerdo entre ellas, hacen y forman trabajos y obras prodigiosas, capaces de hacer maravillar Cielos y tierra. Ve entonces qué significa vivir en mi Voluntad: No estar ocioso, ponerse de acuerdo la pequeña luz del alma con la luz del Fiat eterno, para volverlo obrante en sus actos, y así formar la inseparabilidad entre uno y otro.»

« Figlia benedetta, la differenza tra l'una e l'altra è grande ed incalcolabile. Per chi non vive nella mia Volontà, Essa è come il sole per gli oziosi, per quanto li investa con la sua luce e li dardeggi col suo calore, essi nulla fanno, nulla imparano e nulla guadagnano e rendono per loro sterile la luce del sole e siccome stanno senza far nulla, si stancano, s'annoiano della stessa luce e cercano l'oscurità come riposo del loro ozio infelice. Invece per chi lavora, la luce è operante, […] Ora tale è la luce della mia Volontà, per chi non vive in Essa, Essa investe ed esiste per tutti, ma non è operante né dominante nell'atto della creatura e questa, nonostante la sua luce, resta oziosa, non impara nulla di Divino, né fa alcuna conquista e le cose più belle la stancano e l'annoiano. La volontà umana che vuol vivere nella mia è come l'occhio pieno di luce, che si rende capace di unificarsi con la luce della mia Volontà, tanto che, mettendosi d'accordo tra loro, fanno e formano lavori ed opere prodigiose, da fare strabiliare Cieli e terra. Vedi dunque che significa vivere nella mia Volontà? Non stare oziosa, la piccola luce dell'anima si accorda con la luce del Fiat eterno, per renderlo operante negli atti suoi e così formare l'inseparabilità tra l'uno e l'altro. »

Articulación católica. Jesús mismo anuncia a la Samaritana, con una fórmula que la tradición espiritual católica no ha dejado de meditar: «Si conocieras el don de Dios» (Jn 4,10) —un don que debe reconocerse y recibirse, no conquistarse. En otro lugar enseña la necesidad de una unión continua y no puntual: «Permaneced en mí, y yo en vosotros […]; porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,4-5) —imagen de la vid y los sarmientos que expresa exactamente lo que Jesús explica aquí mediante la imagen del vacío y del verdadero matrimonio: una unión que debe rehacerse a cada instante, no un estado adquirido de una vez para siempre.

Fórmula para recordar. Recibir el Don no es un acto concluido de una vez para siempre: es el intercambio continuo de la voluntad humana y la Divina Voluntad, que ha de retomarse acto por acto; donde falta el intercambio, se forma un vacío y la vida divina queda como quebrada.

Pregunta 4 — ¿Qué disposiciones son necesarias?

Respuesta breve. Dos disposiciones abren el alma a este Don: el verdadero reconocimiento de su propia nada —no la constatación de un fracaso, sino la verdad misma de su condición de criatura sacada de la nada, que deja al Todo llenarla de Sí mismo sin barrera—, y el deseo, que la mantiene tendida hacia un bien que sabe no poder producir por sí misma; ambas alimentadas por el conocimiento cada vez más amplio de las verdades sobre la Divina Voluntad ya presentadas en la Quinta parte.

Desarrollo. Después de haber definido el Don (VI.1-3), es preciso determinar mediante qué disposiciones interiores un alma se abre efectivamente a recibirlo —no unas técnicas ni unos ejercicios, sino una disposición del corazón que el *Libro de Cielo* describe con particular insistencia.

Jesús pone al alma en guardia contra un riesgo paradójico: dejar que el desaliento se instale precisamente allí donde ha realizado progresos reales, replegándose sobre sus propias fuerzas en lugar de permanecer en la verdad de su condición. La disposición fundamental, dice, consiste en permanecer «sin salir jamás, en el círculo de la verdad, que es el conocimiento de la propia nada». Este conocimiento no es un sentimiento de fracaso ni un desprecio de sí misma: es la verdad más objetiva que existe, la misma que refleja toda la Segunda parte de esta obra —el hombre caído no puede, por sus propias fuerzas, recuperar la posesión del Reino perdido por Adán (II.9). Reconocer esta nada, lejos de desalentar al alma, la libera, por el contrario, de la ilusión de merecer por sí misma lo que sólo puede recibirse.

Esta humildad fundamental nunca se da, en el *Libro de Cielo*, sin su complemento necesario: el deseo. Un alma que reconociera su nada sin desear nada permanecería encerrada en sí misma; es el deseo, tendido hacia un bien que sabe no poder producir por sí misma, el que la abre efectivamente a recibirlo. Estas dos disposiciones se alimentan finalmente, como mostró la Quinta parte, del conocimiento cada vez más amplio de las verdades de la Divina Voluntad (V.6-7): sólo se desea plenamente lo que se conoce, y sólo se conoce verdaderamente aquello que, al ahondar el sentimiento del don recibido, profundiza al mismo tiempo la conciencia de la propia nada.

Un texto posterior lleva esta misma verdad hasta su raíz. La nada que el alma reconoce no es una simple carencia, una casilla vacía que deba llenarse: es la realidad exacta de su condición de criatura, sacada de la nada por un puro don de amor. Ver esta nada con claridad, dice Jesús, es sentir al mismo tiempo la necesidad del Todo —de Aquel mismo que la sacó de la nada para hacerla vivir—, y este reconocimiento deja que el Todo la llene de

Sí mismo, sin que barrera alguna se le oponga ya: nada tiene esto en común, por tanto, con un sentimiento de fracaso, puesto que es ahí, precisamente, donde el alma toca «el contacto inmediato de la santidad, de la bondad, potencia, amor y sabiduría Divina». Este aliento que Dios infunde en la nada, precisa todavía Jesús, nunca es un acto puntual: debe renovarse sin cesar para mantener siempre encendida en el alma la Vida Divina y hacerla crecer como una obra digna de sus manos creadoras.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 3, 5 de febrero de 1900:

> «Hija mía, a veces el alma siente una lucha en alguna virtud, y el alma esforzándose supera aquel combate; entonces la virtud queda más resplandeciente y más radicada en el alma. Pero el alma debe estar atenta para evitar que ella misma no suministre la cuerda para hacerse atar por la desconfianza, y esto lo hará al restringirse siempre, sin salir jamás, en el círculo de la verdad, que es el conocimiento de la propia nada.»
>
> *« Figlia mia, a volte l'anima sente un incontro in qualche virtù e l'anima, facendosi forza, supera quell'incontro. Allora la virtù resta più risplendente e più radicata nell'anima. Ma l'anima deve stare attenta per evitare che essa stessa non somministri la funicella per farsi legare dalla sconfidenza e questo lo farà col restringersi sempre senza mai uscire dal circolo della verità, che è la conoscenza del proprio nulla. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 8 de mayo de 1932:

> «Hija mía, por lo tanto, sólo siente la verdadera vida en sí cuando entra en mi Divina Voluntad, porque en Ella la criatura ve con claridad su nada, y como esta nada siente la necesidad del Todo, es decir de Aquél que la trae de la nada para vivir, y conforme se reconoce, el Todo la llena de Sí. Esta nada siente la verdadera vida, se encuentra en contacto inmediato de la santidad, de la bondad, potencia, amor y sabiduría Divina, reconoce en sí la potencia de la obra creadora, su vida palpitante y la necesidad extrema de esta Vida Divina. De otra manera siente como si en sí no hubiera vida. Es sólo mi Voluntad que hace reconocer su verdadera nada a la criatura, y a esta nada le va infundiendo su aliento continuamente para mantener siempre encendida la Vida Divina en ella, para hacerla crecer como obra digna de nuestras manos creadoras»
>
> *« Figlia mia, solo allora sente la vera vita in sé, quando entra nella mia divina Volontà, perché in Essa la creatura vede con chiarezza il suo nulla e come questo nulla sente il bisogno del Tutto, cioè di Colui che la trasse dal nulla per vivere e, come si riconosce, il Tutto la riempie di Sé. Questo nulla sente la vera vita, si trova al contatto immediato della santità, della bontà, potenza, amore e sapienza divina, riconosce in sé la potenza dell'opera creatrice, la sua vita palpitante ed il bisogno estremo di questa vita divina. Altrimenti sente come se in sé non ci fosse vita. E' la sola mia Volontà che fa riconoscere il suo vero nulla alla creatura e questo nulla lo va soffiando continuamente per mantenere sempre accesa la vita divina in essa, per farla crescere come opera degna delle nostre mani creatrici. »*

Articulación católica. Jesús proclama bienaventurados a «los pobres en el espíritu» (Mt 5,3) —una pobreza que no es indigencia, sino verdad sobre uno mismo ante Dios. La parábola del fariseo y el publicano ilustra exactamente esta disposición requerida: es el publicano quien, reconociendo su miseria, «bajó a su casa justificado», y no el fariseo seguro de sus propios méritos (Lc 18,9-14). El Catecismo recuerda que «la humildad es la base de la oración», porque «nosotros no sabemos pedir como conviene» y debemos recibirlo todo como un don (CIC 2559; cf. Rom 8,26) —condición que vale, con mayor razón aún, para recibir el Don más grande que Dios puede hacer a un alma.

Fórmula para recordar. La nada reconocida nunca apaga el deseo, sino que, por el

contrario, le da todo su lugar: ver con claridad que uno fue sacado de la nada es ya dejar que el Todo venga a colmar esa misma nada, sin que la ilusión de bastarse a sí mismo vuelva jamás a levantar en ella una barrera.

Pregunta 5 — ¿Por qué entrar en la Divina Voluntad no requiere ni camino, ni puerta, ni llave?

Respuesta breve. Jesús revela que, para entrar en su Voluntad, no existe ningún camino, ninguna puerta ni ninguna llave, porque esta Voluntad se encuentra ya por todas partes, como un agua que corre sin cesar bajo los pasos del alma: el único obstáculo es la «piedrecilla» de la voluntad propia, que bloquea este flujo como una piedra bloquea el agua en la orilla. Basta que el alma la quite para encontrarse, en ese mismo instante, enteramente en este Querer —a diferencia de las demás virtudes, que exigen esfuerzo, combate y un largo camino que siempre hay que volver a recorrer; el primer paso dado en el Fiat, por el contrario, llama por sí mismo a un segundo, sin perderse jamás.

Desarrollo. VI.4 acaba de establecer que ninguna técnica abre el acceso a este Don, sino únicamente una disposición del corazón —la nada reconocida, el deseo tendido. Un texto del *Libro de Cielo* dice con una claridad sorprendente lo que esto significa concretamente, mediante una imagen de gran sencillez: la del agua y la piedra.

Jesús explica que, para entrar en su Querer, no hay «caminos, ni puertas, ni llaves», porque este Querer no conoce frontera alguna: «corre bajo los pies, a derecha, a izquierda y sobre la cabeza, por todas partes». Un alma puede, por tanto, sin saberlo, encontrarse ya enteramente envuelta por esta Voluntad sin tomar parte en ella ni gozar de sus efectos, como una extraña en medio de sí misma —no porque este Querer le esté cerrado, sino porque la «piedrecilla» de su propia voluntad bloquea su paso, exactamente como una piedra impide que el agua corra libremente desde la orilla. Que quite esta única piedra, y en ese mismo instante ella «corre» en Dios y Dios en ella: toda la fuerza, la luz y la ayuda de este Querer se encuentran entonces a su disposición, sin que haya tenido que recorrer camino alguno ni vencer obstáculo alguno.

Jesús opone después esta sencillez al camino ordinario de las virtudes: «¡cuántos esfuerzos se necesitan, cuántos combates, cuántos caminos largos!». Allí, una pasión un poco violenta, una tentación o un encuentro inesperado pueden arrojar al alma hacia atrás y obligarla a recorrer de nuevo todo el camino. Un texto mucho más tardío, entre los últimos del *Libro de Cielo*, muestra que sucede de modo muy distinto con quien quita la piedrecilla de su voluntad: el primer paso dado en el Fiat circunda inmediatamente al alma «de luz y de tales atractivos, que la criatura pierde el deseo de hacer su voluntad»; la noche de las pasiones se cambia en día, y este primer paso llama por sí mismo a un segundo, luego a un tercero, en un movimiento de atracción creciente, hasta que el alma siente esta vida «como vida propia, de la cual no puede desunirse». Lo que Jesús pide no tiene, por tanto, jamás la dificultad de la virtud conquistada paso a paso: «tu Jesús no enseña jamás cosas difíciles». Un último texto, de la misma noche de Navidad de 1938, dice lo mismo bajo la imagen de su propio nacimiento: hacer nacer a Jesús en el alma es, dice, «la cosa más fácil», porque Dios no sabe «hacer cosas difíciles» y su Potencia lo facilita todo —basta que la criatura quiera vivir de su Voluntad y realice su acto para que, inmediatamente, lo conciba y lo haga nacer en ella.

Esta sencillez radical no dispensa al alma de querer sin cesar —lo que VI.3 ya ha establecido como condición permanente, no puntual, de la recepción del Don—, sino que, por el contrario, revela todo su alcance: no se pide nada que supere las fuerzas de la criatura, puesto que Dios mismo se encarga de todo lo demás. La pregunta siguiente precisará lo que significa

concretamente este primer paso: deponer la voluntad propia (VI.6).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 16 de febrero de 1921:

> «Hija mía, para entrar en mi Querer no hay caminos, ni puertas, ni llaves, porque mi Querer se encuentra por todas partes, corre bajo los pies, a derecha, a izquierda y sobre la cabeza, por todas partes; para entrar, la criatura no debe hacer otra cosa que quitar la piedrecilla de su voluntad, pues si bien está en mi Querer, no toma parte ni goza de sus efectos, volviéndose como extraña en mi Querer, porque la piedrecilla de su voluntad impide a mi Querer correr en ella, igual que las aguas son impedidas por las piedras de las playas para correr por doquier. Pero si el alma quita la piedra de su voluntad, en ese mismísimo instante ella corre en Mí y Yo en ella, y encuentra todos mis bienes a su disposición, fuerza, luz, ayuda, lo que quiera. He aquí por qué no hay caminos, ni puertas, ni llaves, basta que quiera y todo está hecho, mi Querer toma el empeño de todo y de darle lo que le falta, y la hace extenderse en los confines interminables de mi Voluntad. Todo lo contrario para las otras virtudes, cuántos esfuerzos se necesitan, cuántos combates, cuántos caminos largos, y mientras parece que la virtud le sonríe, una pasión un poco violenta, una tentación, un encuentro inesperado, la arrojan hacia atrás y la ponen de nuevo a empezar el camino.»
>
> *« Figlia mia, per entrare nel mio Volere non ci sono vie, né porte, né chiavi, perché il mio Volere si trova dappertutto, scorre sotto i piedi, a destra ed a sinistra e sopra il capo, dovunque; la creatura non deve fare altro che togliere la pietruzza della sua volontà; anche se sta nel mio volere, non prende parte, né gode dei suoi effetti, rendendosi come estranea nel mio Volere, perché la pietruzza della sua volontà impedisce, come le pietre impediscono all'acqua di scorrere dal lido per correre altrove. Ma se l'anima toglie la pietruzza della sua volontà, nel medesimo istante lei scorre in Me ed Io in lei; trova tutti i miei beni a sua disposizione, forza, luce, aiuto, ciò che vuole. Ecco perciò non ci sono vie, né porte, né chiavi, basta che si voglia e tutto è fatto, il mio Volere prende l'impegno di tutto, di darle ciò che le manca e la fa spaziare nei confini interminabili della mia Volontà. Tutto il contrario per le altre virtù, quanti sforzi ci vogliono, quanti combattimenti, quante vie lunghe! Ementre pare che la virtù le sorrida, una passione un po' violenta, una tentazione, un incontro inaspettato, la sbalzano indietro e costringono di nuovo a rifare la via. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 36, 6 de mayo de 1938:

> «Hija mía buena, para entrar en mi Voluntad el modo es simplísimo, porque tu Jesús no enseña jamás cosas difíciles, mi amor me hace adaptarme mucho a la capacidad humana, a fin de que la criatura sin dificultad pueda hacer lo que Yo le enseño y quiero. Ahora, tú debes saber que para entrar en mi Fiat, la primera cosa indispensable es querer, suspirar con toda firmeza el querer vivir en Él. La segunda cosa es hacer el primer paso; hecho el primero, mi Divina Voluntad la circunda de luz y de tales atractivos, que la criatura pierde el deseo de hacer su voluntad, porque apenas ha dado un paso y se siente dominadora, la noche de las pasiones, de las debilidades, de las miserias, se ha cambiado en día, en fuerza divina, por lo tanto siente la extrema necesidad de hacer el segundo paso, el cual llama al tercer paso, luego al cuarto, al quinto, y así paso a paso. Estos pasos son pasos de luz, la cual embellece a la criatura, la santifica, la felicita, le facilita el camino y le participa la semejanza de su Creador, pero tanto, que no sólo siente la extrema necesidad de vivir en mi Querer, sino que se lo siente como vida propia, de la cual no puede desunirse. Ve entonces cómo es fácil, pero es necesario quererlo como lo quiere mi paterna bondad. Yo rodeo a aquella voluntad de gracia, de amor, de bondad, y como también Yo lo quiero, pongo de lo mío, y si es necesario, mi misma Vida para darle todas las ayudas, los medios, y también mi Vida

como vida suya para hacerla vivir en mi Querer Divino, Yo no escatimo nada cuando se trata de hacer vivir a la criatura en mi Querer.»

« Figlia mia buona, per entrare nella mia Volontà, il modo è semplicissimo, perché il tuo Gesù non insegna mai cose difficili, il mio Amore mi fa adattare molto alla capacità umana, affinché la creatura, senza difficoltà, possa fare ciò che Io le insegno e voglio. Ora, tu devi sapere che per entrare nel mio Fiat, la prima cosa indispensabile è voler, sospirare con tutta fermezza di voler vivere in Esso. La seconda cosa, fare il primo passo; fatto il primo, la mia Divina Volontà la circonda di luce e di tali attrattive, che la creatura perde la voglia di fare la sua volontà, perché appena fa un passo e si sente dominatrice, la notte delle passioni, delle debolezze, delle miserie, si cambia in giorno, in Forza Divina, quindi sente l'estremo bisogno di fare il secondo passo, il quale chiama il terzo passo, il quarto, il quinto e così via via. Questi passi sono passi di luce, la quale l'abbellisce, la santifica, la felicita, le segna la via e le partecipa la somiglianza del suo Creatore, ma tanto, che non solo sente l'estremo bisogno di vivere nel mio Volere, ma lo sente come vita propria, che non può disgiungersi. Vedi dunque com'è facile, ma è necessario volerlo come lo vuole la mia Paterna Bontà. Corredo quella volontà di grazia, d'amore, di bontà e siccome anch'Io lo voglio, ci metto del mio e, se occorre, la mia stessa Vita per darle tutti gli aiuti, i mezzi e anche la mia Vita come vita sua per farla vivere nel mio Voler Divino, Io non risparmio nulla quando si tratta di far vivere la creatura nel mio Volere. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 36, 25 de diciembre de 1938:

«Hija mía, el hacerme nacer es la cosa más fácil, mucho más que Nosotros no sabemos hacer cosas difíciles, nuestra potencia facilita todo; con tal que la criatura viva en nuestro Querer, todo está hecho. En cuanto quiere vivir de Él, forma la habitación a tu pequeño Jesús; conforme quiere dar principio a hacer sus actos, así me concibe, y conforme cumple su acto me hace nacer; […]. Mira entonces hija mía cómo es fácil por parte de tu pequeño Jesús, porque cuando encontramos nuestra Voluntad en la criatura podemos hacer todo.»

« Figlia mia, il farmi nascere è la cosa più facile, molto più che Noi non sappiamo fare cose difficili, la nostra Potenza facilita tutto; purché la creatura viva nel nostro Volere, tutto è fatto. Come la creatura vuol vivere di Esso, così già forma l'abitazione al tuo piccolo Gesù; come vuole dar principio a fare i suoi atti, così mi concepisce e come compie il suo atto mi fa nascere; […] Vedi dunque, figlia mia, com'è facile da parte del tuo piccolo Gesù, perché quando troviamo la nostra Volontà nella creatura possiamo far tutto. »

Articulación católica. La Escritura atestigua esta proximidad inmediata de Dios, siempre más ofrecida que buscada: «el reino de Dios está en medio de vosotros» (Lc 17,21), y san Pablo enseña que Dios «no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,27-28). La tradición teológica más clásica tiene por cierto que Dios nunca niega su gracia a quien, por su parte, hace cuanto está en su poder (*facienti quod in se est Deus non denegat gratiam*) —no porque el alma merezca así la gracia, sino porque nada, por parte de Dios, pone obstáculo a quien se dispone libremente a recibirla.

Jesús enseña, además, a velar sin cesar «para no caer en la tentación» (Mt 26,41) —una regla que VI.3 ya ha aplicado a la recepción misma del Don, nunca adquirido de una vez para siempre, sino retomado acto tras acto.

Fórmula para recordar. Ninguna escalera que subir para entrar en la Divina Voluntad, a diferencia de la virtud penosamente conquistada: una sola piedra que quitar, un solo paso que dar —y este primer paso, lejos de ser frágil, llama por sí mismo a un segundo y después

a todos los demás, hasta que vivir en este Querer llegue a ser para el alma tan necesario como la vida misma.

Pregunta 6 — ¿Por qué es necesario deponer la voluntad humana, y qué significa vivir sin darle vida?

Respuesta breve. En cuanto el alma se decide a vivir en la Divina Voluntad sin dar ya vida a la suya, Jesús la ata con «cadenas de luz» que invisten cada uno de sus actos, a fin de hacer segura y estable esta decisión —no para suprimir su voluntad humana, sino para que esta deje de obrar primero y ceda siempre el paso a la Divina Voluntad.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado qué es el Don y mediante qué disposiciones se acoge. Ahora es necesario precisar el gesto central que requiere, ya anunciado en María (IV.3): deponer la voluntad humana, es decir, dejar de permitirle obrar en primer lugar, sin por ello destruirla ni aniquilarla —matiz capital que VI.7 desarrollará plenamente.

Jesús describe este momento de decisión con una precisión casi jurídica: en cuanto el alma «se decide a vivir en [su] Divina Voluntad, sin dar más vida a la suya», Él responde con un gesto de seguridad recíproca —la «ata con cadenas de luz». Esta imagen, que a primera vista podría sorprender, no expresa coacción alguna: expresa la fidelidad de Dios que viene a responder a la decisión del alma mediante un don que la vuelve estable, como unos esponsales sellados por una prenda.

Vivir «sin dar vida a la voluntad propia» no significa, por tanto, dejar de querer ni caer en una pasividad que lo esperara todo sin hacer nada por sí misma: significa que la voluntad humana, en cada acto, cede el paso y ya no se anima primero, dejando que la Divina Voluntad invista el acto antes que ella. Es un desplazamiento del centro de iniciativa, no una supresión de la facultad misma —el alma sigue queriendo plenamente, pero ya no quiere darse a sí misma la vida de sus actos: la recibe, cada vez, de la Voluntad que ha elegido dejar reinar en ella.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 8 de marzo de 1928:

> «Hija mía, en cuanto el alma se decide a vivir en mi Voluntad Divina, sin dar más vida a la suya, Yo, para estar seguro y para dar seguridad a ella, la ato con cadenas de luz…»
>
> *« Figlia mia, come l'anima si decide a vivere nella mia Volontà Divina, senza più dar vita alla sua, io per essere sicuro e per dare sicurezza ad essa, la lego con catene di luce … »*

Jesús continúa este mismo texto para explicar por qué elige esta imagen en vez de una coacción, y no para quitar el libre albedrío: véase VI.7.

Articulación católica. San Pablo formula esta misma disposición en una frase que se ha hecho clásica en la espiritualidad cristiana: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20) —no la abolición de su propio «yo», como muestra la continuación inmediata del versículo («Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios»), sino el desplazamiento del centro vital de su existencia. El Catecismo, al tratar del mérito, recuerda que «la acción paternal de Dios es lo primero» en el orden de la gracia, permaneciendo, sin embargo, necesaria y real la respuesta libre del hombre (CIC 2008, 2011) —articulación que protege exactamente, en el vocabulario propio de la teología de la gracia, lo que Luisa describe aquí mediante la imagen de las cadenas de luz.

Fórmula para recordar. Deponer la voluntad no es dejar de querer: es dejar de querer primero, para dejar siempre que la Voluntad de Dios abra la marcha.

Pregunta 7 — ¿El Don suprime la voluntad humana?

Respuesta breve. Jesús responde Él mismo: «Yo no le quitaré jamás el libre albedrío a la voluntad humana, gran don dado a las criaturas al crearlas». La Divina Voluntad no destruye la voluntad humana, sino que la «eclipsa» —como el sol del día vuelve invisibles las estrellas sin aniquilarlas: permanecen en su sitio y reaparecen en cuanto declina la luz.

Desarrollo. Después de haber mostrado, en VI.6, que deponer la propia voluntad no significa dejar de querer, es preciso ir hasta el fondo de la cuestión que suscita el vocabulario más fuerte de esta espiritualidad —«no dar más vida a la propia voluntad», «cadenas de luz»—: ¿haría el Don desaparecer la voluntad humana misma, como si el alma dejara, pura y simplemente, de ser libre?

Jesús responde sin ambigüedad a esta cuestión, en la continuación misma de una enseñanza sobre los conocimientos de su Voluntad: «Yo no le quitaré jamás el libre albedrío a la voluntad humana, don grande dado a las criaturas al crearlas». Para explicar cómo estas dos verdades —ninguna supresión del libre albedrío y, sin embargo, primacía total concedida a la Divina Voluntad— se mantienen juntas sin contradecirse, Jesús propone una imagen: la del cielo estrellado. Por la noche, el cielo está tachonado de estrellas; durante el día, el ojo humano ya no las ve, pues la luz del sol las ha como borrado. Pero el sol, precisa Jesús, «las ha eclipsado, pero no las ha destruido»: en cuanto el sol comienza su ocaso, las estrellas vuelven a mostrarse, exactamente en su sitio.

Así sucede con la voluntad humana en el alma que vive del Fiat: nunca es aniquilada, sino solamente vuelta, por la fuerza misma de la luz divina que la inviste, como invisible y sin iniciativa propia. Un texto paralelo precisa que el alma permanece entonces «libre y atada, pero no forzada, sino espontánea en su libre voluntad», hasta el punto de que, si quisiera salir de esta unión, podría hacerlo, pero a costa de un esfuerzo cuya oposición a su propia felicidad mide ella misma en la luz recibida. Presentar el Don como si suprimiera la voluntad humana sería, por tanto, traicionar doblemente el texto: haciendo del alma unida a Dios una cosa pasiva y sin mérito, y volviendo imposible, en caso de una falta futura, todo retorno libre —retorno que VI.11 mostrará, por el contrario, siempre posible y siempre acogido. ¿Por qué se impone Dios a sí mismo semejante respeto, hasta no retirar jamás un don que podría legítimamente quitar ante tanto mal cometido? XII.3 ofrece la razón más profunda.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 13 de octubre de 1926:

> «Yo no le quitaré jamás el libre albedrío a la voluntad humana, don grande dado a las criaturas al crearlas y que permite distinguir si quieren ser mis verdaderos hijos o no. Más bien, con la luz de los conocimientos de mi Voluntad formaré más que rayos solares, y quien quiera conocerlos y mirarlos quedará investido por esta luz, de modo que la voluntad humana, eclipsada, sentirá deleite y amor al mirar la luz, y se sentirá afortunada de que la acción de la luz ocupe el lugar de la suya […]. Mira el cielo, es imagen de esto. Si lo miras de noche, lo ves tachonado de estrellas; pero si lo miras de día, las estrellas ya no existen para el ojo humano, aunque siguen estando en el cielo, en su lugar, como durante la noche […]. El sol, con la fuerza de su luz, las ha eclipsado, pero no las ha destruido; tan cierto es que, cuando el sol empieza su ocaso, vuelven a hacerse ver en la bóveda del cielo…»
>
> *« Io non toglierò mai il libero arbitrio alla volontà umana, dono grande dato alle*

creature nel crearle e che le fanno distinguere se vogliono essere veri figli miei oppure no. Ma piuttosto con la luce delle conoscenze della mia Volontà formerò più che raggi solari e chiunque vorrà conoscerli e guardarli resterà investito da questa luce in modo che la volontà umana, eclissata, prenderà diletto ed amore a guardare la luce e si sentirà fortunata per il fatto che l'azione della luce prende posto invece della sua […] Guarda il cielo, è immagine di ciò. Se tu lo guardi di notte lo vedi tempestato di stelle, ma se lo guardi di giorno, le stelle non esistono più per l'occhio umano, ma esse sono in cielo al loro posto come di notte. […] Il sole con la forza della sua luce le ha eclissate, ma non le ha distrutte, tanto è vero che come il sole incomincia il suo tramonto così ritornano a farsi vedere nella volta dei cieli … »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 8 de marzo de 1928:

«… hago esto para no quitar el libre albedrío, don dado a la criatura en la Creación. Lo que Yo doy una vez no lo quito, a menos que la misma criatura rechace mis dones; por eso la ato con la luz, de modo que, si quiere, puede salir cuando quiera, pero para salir debe hacer un esfuerzo increíble […]. Así se sentirá libre y atada, pero no forzada, sino espontánea en su libre voluntad…»

« … faccio ciò per non togliere il libero arbitrio, dono datole nella Creazione, ciò che io do una volta non tolgo, a meno che la stessa creatura non rigetti i doni miei, perciò la lego di luce per cui, volendo, se ne può uscire quando vuole, ma per uscire deve fare uno sforzo incredibile, […] Sicché si sentirà libera e legata ma non forzata, ma spontanea di sua libera volontà … »

Articulación católica. El Catecismo enseña con gran firmeza que la libertad humana nunca es destruida por la acción de la gracia, sino, por el contrario, llevada a su perfección: «Quiso Dios "dejar al hombre en manos de su propia decisión" (Si 15,14), de modo que busque a su Creador sin coacciones» (CIC 1730), y «en la medida en que el hombre hace más el bien, se va haciendo también más libre» (CIC 1733). San Pablo mantiene unidas, sin oponerlas, la gracia que obra y el esfuerzo libre: «trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor» (Flp 2,12-13) —Dios obra, y sin embargo el hombre trabaja verdaderamente: exactamente la tensión que preserva la imagen del eclipse, en la que la luz domina sin hacer desaparecer jamás aquello que eclipsa.

Fórmula para recordar. La Divina Voluntad no borra jamás la voluntad humana: la eclipsa, como el sol del día eclipsa las estrellas sin destruirlas —y el alma más unida a Dios nunca ha sido tan libre.

Pregunta 8 — ¿Qué es el acto preveniente? ¿Qué es el acto actual?

Respuesta breve. El acto preveniente es aquel por el cual el alma, desde la mañana, fija su voluntad en la de Dios y decide no vivir ni obrar sino en su Querer: hace «correr» de antemano todos los actos del día en la Divina Voluntad. El acto actual es la atención efectivamente renovada en cada acto particular. Ambos son necesarios y se complementan: el preveniente dispone y traza el plan, el actual lo conserva y lo ensancha —el primero puede ser oscurecido por el descuido, el segundo disipa siempre esas sombras cuando se produce.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado la necesidad de un intercambio continuo (VI.3) y de una voluntad depuesta sin ser suprimida (VI.6-7). Queda por precisar un punto práctico esencial, sin el cual esta vida podría parecer exigir una vigilancia de cada

instante, imposible de sostener humanamente: ¿cómo se concilia la continuidad requerida con la debilidad y la distracción inevitables de un día ordinario?

Jesús responde distinguiendo dos actos complementarios. El acto preveniente es el que el alma realiza «desde el primer surgir del día»: fija entonces su voluntad en la de Dios, se decide y se confirma en la intención de no vivir ni obrar sino en su Querer, y mediante este acto único hace correr de antemano todos sus actos futuros en ese mismo Querer. Por esta voluntad preveniente, dice Jesús, su Sol surge y su Vida queda como duplicada en todos los actos del día, como dentro de un solo acto —lo cual «suple al acto actual» cuando este, por debilidad humana, llegara a faltar.

Pero Jesús no deja creer que este acto de la mañana dispense después de toda atención: el acto preveniente, precisa, «puede ser opacado, oscurecido por los modos humanos, por la voluntad propia, por la propia estima, por el descuido» —como nubes delante del sol, que atenúan su luz sin apagarla. El acto actual, en cambio, cada vez que se produce, nunca está sujeto a esas nubes: tiene, por el contrario, la virtud de disiparlas y de hacer surgir, dice Jesús, «tantos otros soles». Ambos actos son, pues, necesarios y se sostienen mutuamente, sin que uno dispense jamás del otro: el preveniente «da la mano, dispone y forma el plano» para el actual; el actual «conserva y ensancha el plano» del preveniente. Un alma puede así atravesar un día cargado de distracciones u olvidos sin quedar nunca separada de la Divina Voluntad, gracias a este acto de la mañana que sigue dando fruto —pero nunca debe servirse de él como de una dispensa para dejar de volver a ella, acto tras acto, cada vez que lo recuerda.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 27 de mayo de 1922:

> «Hija mía, existe el acto preventivo y el acto actual. El preventivo es aquel cuando el alma, desde el primer surgir del día fija su voluntad en la mía, y se decide y se confirma de querer vivir y obrar sólo en mi Querer, previene todos sus actos y los hace correr todos en mi Querer. Con la voluntad preventiva mi Sol surge, mi Vida queda duplicada en todos tus actos como dentro de un solo acto, y esto suple al acto actual. Sin embargo, el acto preventivo puede ser opacado, oscurecido por los modos humanos, por la voluntad propia, por la propia estima, por el descuido y otras cosas, que son como nubes delante al sol, que vuelven menos vívida su luz sobre la faz de la tierra. En cambio el acto actual no está sujeto a nubes, sino que tiene virtud de despejar las nubes, si es que las hay, y hace surgir tantos otros soles en los cuales queda duplicada mi Vida, con tal intensidad de luz y calor, de formar otros tantos nuevos soles, el uno más bello que el otro. Sin embargo los dos actos son necesarios, el preventivo da la mano, dispone y forma el plano al actual, y el actual conserva y ensancha el plano del preventivo.»
>
> *« Figlia mia, c'è l'atto preventivo e l'atto attuale. Il preventivo è quando l'anima, dal primo sorgere del giorno, fissa la sua volontà nella mia e si decide e si conferma di voler vivere ed operare solo nel mio Volere, previene tutti i suoi atti e li fa scorrere tutti nel mio Volere. Con la volontà preventiva il mio Sole sorge, la mia Vita resta duplicata in tutti i tuoi atti come in un solo atto e questo supplisce all'atto attuale. Ma, l'atto preventivo può essere ombrato, oscurato dai modi umani, dalla volontà propria, dalla stima, dalla trascuratezza e da altre cose, che sono come nubi innanzi al sole e rendono meno vivida la sua luce sulla faccia della terra. Invece l'atto attuale non è soggetto a nubi, ma ha virtù di diradare le nubi se ci sono e fa sorgere tanti altri soli in cui resta duplicata la mia Vita, con tale vivezza di luce e calore, da formare altrettanti nuovi soli, l'uno più bello dell'altro. Però tutti e due sono necessari, il preventivo dà la mano, dispone e forma il piano all'attuale; l'attuale conserva ed allarga il piano del preventivo. »*

Articulación católica. El Catecismo distingue asimismo los tiempos fuertes de la oración y la disposición permanente que debe prolongarlos: «La oración es la vida del corazón nuevo. Debe animarnos en todo momento»; pero «no se puede orar "en todo tiempo" si no se ora, con particular dedicación, en algunos momentos» (CIC 2697). Añade que «la Tradición de la Iglesia propone a los fieles unos ritmos de oración destinados a alimentar la oración continua» (CIC 2698). San Pablo pide a los tesalonicenses: «Sed constantes en orar» (1 Tes 5,17) —exhortación que no puede significar una recitación ininterrumpida de fórmulas, sino esta doble disposición, preveniente y sin cesar actualizada, que el *Libro de Cielo* designa aquí con dos términos precisos.

Fórmula para recordar. El acto de la mañana traza el camino de todo el día; pero solo la atención retomada a cada instante disipa las nubes que, tarde o temprano, vienen a oscurecerlo.

Pregunta 9 — ¿Qué es la Voluntad «querida», «mandada», «obrante» y «cumplida» de Dios?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que su Divina Voluntad actúa según cuatro grados progresivos, no yuxtapuestos: querida, cuando da a conocer su deseo sin forzarlo jamás; mandada, cuando añade el precepto obligatorio para todo cristiano; obrante, cuando —habiéndose habituado el alma a los dos primeros grados— desciende ella misma al acto de la criatura para obrarlo como suyo propio, poniendo en él su vida y su santidad; cumplida, finalmente, el acto más santo que la Divina Voluntad puede producir, en el que se encuentran encerrados, dice Jesús, «el cielo, el sol, las estrellas, el mar, las bienaventuranzas celestiales, todo y todos». El grado obrante es el propio de la vida en el Fiat: es el que el alma llama mediante el acto actual.

Desarrollo. La pregunta anterior distinguió el acto preveniente, que dispone, del acto actual, que llama y renueva. Queda por nombrar lo que esta llamada obtiene con toda exactitud, y hasta dónde puede conducir: un texto da todo su relieve a esta progresión, distinguiendo cuatro grados mediante los cuales la Divina Voluntad puede actuar en un alma.

Jesús explica primero dos grados que todo cristiano conoce ya, sin nombrarlos siempre de este modo. La Voluntad querida es aquella por la cual Dios da a conocer lo que desea, pero deja a la libre disposición de la criatura hacerlo o no —un consejo, una inspiración, nunca una coacción. La Voluntad mandada añade el precepto: son los propios mandamientos, acompañados de una gracia doble para cumplirlos, y «no hacer esto significa no ser ni siquiera cristiano» —un deber estricto, común a todos los bautizados, sin el cual ya no se puede hablar de vida cristiana y, con mayor razón, de vida en el Fiat.

Un tercer grado va más lejos: la Voluntad obrante. «Desciende en el acto de la criatura», dice Jesús, y obra como si el acto de la criatura fuera su propio acto —poniendo en él su vida, su santidad y su virtud operativa. Pero no se llega de inmediato a este grado: el alma debe haberse habituado primero a los dos anteriores, que «preparan el vacío» en el acto humano para que pueda descender en él el acto obrante del Fiat Divino. Esto es exactamente lo que la pregunta anterior llamó la invocación del acto actual, y lo que la Octava parte desarrollará como la vida misma de un acto hecho en la Divina Voluntad, cuando el alma llama a esta Voluntad «como vida de su inteligencia, como latido de su corazón, como acción de sus manos».

Un cuarto grado, finalmente, corona los tres anteriores sin sustituirlos nunca: el acto cumplido, que Jesús dice ser «el acto más santo, más potente, más bello, más refulgente

de luz» que su Voluntad puede producir —un acto en el que se encuentran encerrados el cielo, el sol, las estrellas, el mar, las bienaventuranzas celestiales, todo y todos. Este grado no debe confundirse con el acto único de la Divina Voluntad, nombrado en la Octava parte (VIII.7): este designa el acto incesante de Dios mismo, en el cual toda alma que vive en el Fiat se encuentra fundida sin primero ni último; el acto cumplido designa más bien el término, en un alma determinada, de la progresión que comienza por la simple docilidad a un deseo de Dios y culmina en la plenitud de un acto en el que ya nada falta.

Estos cuatro grados no son, por tanto, nunca rivales ni sustituibles unos por otros: nadie puede saltarse la Voluntad mandada para pretender alcanzar directamente la obrante — la obediencia a los mandamientos permanece, en toda etapa de la vida espiritual, como el suelo sobre el cual pueden elevarse los grados siguientes.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 7 de enero de 1932:

> «Hija mía, mi Voluntad tiene modos sorprendentes y diferentes de obrar, y obra según las disposiciones de las criaturas. Muchas veces hace conocer lo que Ella quiere, pero deja a decisión de las criaturas el hacerlo o no hacerlo, y ésta se llama Voluntad querida. Otras veces, al querer agrega la orden, y da gracias duplicadas para hacer que se cumpla dicha orden, y esto es de todos los cristianos, el no hacer esto significa no ser ni siquiera cristianos. El otro modo es obrante, en éste, desciende en el acto de la criatura y obra como si el acto de la criatura fuera acto suyo, y por eso como acto suyo pone en él su Vida, su santidad, su virtud operativa; pero para llegar a esto, el alma debe estar habituada a la Voluntad querida y ordenada, éstas preparan el vacío en el acto humano para recibir el acto obrante del Fiat Divino, pero no se detiene ahí, el acto obrante llama al acto cumplido y completo, y éste es el acto más santo, más potente, más bello, más refulgente de luz que puede hacer mi Divina Voluntad, y siendo su acto completo, todo lo que ha hecho viene encerrado en este acto, de modo que se ve correr y encerrado en él: El cielo, el sol, las estrellas, el mar, las bienaventuranzas celestiales, todo y todos.»
>
> *« Figlia mia, la mia Volontà ha modi d'agire sorprendenti e differenti ed agisce a seconda le disposizioni delle creature. Molte volte fa conoscere ciò che Essa vuole, ma lascia a disposizione delle creature il fare e non fare e questa si chiama Volontà voluta. Altre volte, al volere aggiunge il comando e dà doppie grazie per fare seguire il comando e questo è di tutti i cristiani; il non far ciò significa non essere neppure cristiani. L'altro modo è operativo, scende nell'atto della creatura ed opera come se l'atto della creatura fosse atto suo e perciò come atto suo vi mette la sua vita, la sua santità, la sua virtù operatrice; ma per giungere a questo, l'anima dev'essere abituata alla Volontà voluta e comandata, questa prepara il vuoto nell'atto umano per ricevere l'atto operante del Fiat Divino, ma non si arresta; l'atto operante chiama l'atto compiuto e l'atto compiuto è l'atto più santo, più potente, più bello, più fulgido di luce che la mia Volontà Divina può fare ed essendo compiuto il suo atto, tutto ciò che ha fatto, viene racchiuso in quest'atto, in modo che si vede scorrere e racchiudere in esso: il cielo, il sole, le stelle, il mare, le beatitudine celesti, tutto e tutti. »*

Articulación católica. La teología clásica de la gracia, desde san Agustín retomado por santo Tomás, distingue ya la gracia «operante», que mueve la voluntad antes incluso de que esta coopere, y la gracia «cooperante», que actúa con ella una vez movida (*Suma teológica*, I-II, q. 111, a. 2) —distinción que alcanza, en su vocabulario propio, lo que el *Libro de Cielo* llama aquí Voluntad querida, mandada y obrante. San Pablo lo expresa con la misma densidad que el propio término italiano: «es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor» (Flp 2,13) —el verbo griego es precisamente el que traduce el adjetivo «obrante». En cuanto al carácter obligatorio de la Voluntad mandada, el

Catecismo lo recuerda sin rodeos: «El Decálogo es un camino de vida» que ningún discípulo puede eludir (CIC 2057).

Fórmula para recordar. La Voluntad querida invita, la mandada obliga; la operativa desciende ella misma en el acto del alma, y la cumplida lo llena hasta encerrar en él el cielo, el sol, las estrellas, todo y a todos.

Pregunta 10 — ¿Cómo habita concretamente la Voluntad obrante las facultades del alma?

Respuesta breve. Cuando el alma ha dejado descender la Voluntad obrante en sus actos, Jesús revela que esta viene a poseer distintamente cada una de sus facultades —la mente animada por su ciencia, la voz que habla, las manos que obran, los pies que caminan con paso divino, el corazón que ama— sin imponerse jamás por la fuerza: siempre quiere ser llamada, nunca entrar como intrusa. Esta misma Voluntad que obra así en la criatura no es otra que la que obra desde toda la eternidad entre las propias Personas divinas.

Desarrollo. La pregunta anterior ha nombrado los cuatro grados según los cuales la Divina Voluntad actúa en el alma, y particularmente el tercero, el operativo, que desciende al acto de la criatura para obrarlo como suyo propio. Queda por ver, más concretamente, cómo habita efectivamente esta Voluntad obrante en un alma —y lo que Jesús revela además a Luisa, a través de varios textos del *Libro de Cielo* que vuelven sin cesar sobre este mismo prodigio.

Un día, Jesús describe a Luisa lo que esta posesión tiene de distinto en cada facultad. Allí llama a esta misma realidad «Voluntad obrante» —el adjetivo que el *Libro de Cielo* emplea con muchísima mayor frecuencia para ella, mucho más que el término técnico «operativa» de la pregunta anterior; un texto de algunas semanas antes emplea incluso uno y otro en la misma frase para designar el mismo acto de Dios (vol. 30, 9 de noviembre de 1931). Cuando el alma se deja dominar por su Divina Voluntad, dice, «cada partecita de su ser, tanto en el alma como en el cuerpo», posee esta Voluntad: la mente la posee animada por su ciencia, la voz la posee hablante, las manos la poseen obrante, los pies poseen sus pasos divinos, el corazón la posee amando. Nunca se trata, por tanto, de una presencia difusa e indistinta: es una inhabitación que toma, en cada facultad, la forma misma de esa facultad, sin suprimirla ni confundirla jamás consigo.

Pero esta inhabitación no se impone nunca por la fuerza. Un texto posterior precisa, en la prolongación directa de lo que la Sexta parte ya ha establecido acerca del eclipse y del libre albedrío, que esta Voluntad «quiere ser llamada por la criatura, no quiere ser intrusa, ni entrar por la fuerza, sino que quiere que lo sepa» —uniéndose así, bajo una nueva luz, a la llamada del acto actual ya nombrado anteriormente en esta misma parte. Lejos de ser un mecanismo que se desencadenaría por sí solo una vez reunidas las disposiciones requeridas, este grado sigue siendo hasta el final un don que espera ser pedido.

Esta Voluntad obrante en la criatura no es, finalmente, nada extraño a la propia vida divina: Jesús la nombra como la continuación, en el alma, del «Querer obrante entre las Personas Divinas» —la misma Voluntad que actúa desde toda la eternidad en el seno de la Trinidad viene, mediante este don, a obrar también en el acto más humilde de la criatura. Esto explica que semejante prodigio pueda, dice Jesús en otro lugar, «desarmar la Justicia Divina» misma y formar, alrededor del alma que lo vive, un encanto ante los ojos de todo el Cielo —hasta el punto de que el propio Jesús invita a «ángeles, santos, viadores, todas las generaciones» a venir a contemplar este «milagro más grande jamás visto».

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 24 de julio de 1932:

> «Hija mía, cuando el alma se hace dominar, investir, sojuzgar por mi Divina Voluntad, de modo que cada partecita de su ser, tanto en el alma como en el cuerpo, todas poseen mi Voluntad obrante, de modo que la mente la posee animada por su ciencia, la voz la posee hablante, las manos la poseen obrante, los pies poseen sus pasos divinos, el corazón la posee amando, y como sabe amar mi Voluntad, ahora, todo esto unido forma la santidad divina en la criatura…»
>
> *« Figlia mia, quando l'anima si fa dominare, investire, soggiogare dalla mia Divina Volontà, in modo che ciascuna particella del suo essere, tanto nell'anima quanto nel corpo, possiede la mia Volontà operante, sicché la mente la possiede in quanto animata dalla sua scienza, la voce la possiede parlante, le mani la posseggono operante, i piedi posseggono i suoi passi divini, il cuore la possiede amando e come sa amare la mia Volontà, tutte queste qualità unite insieme formano la santità divina nella creatura … »*

Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 27 de octubre de 1935:

> «Siento en mí la potencia del Querer Supremo, tanto que quiere que yo sufra, en mis pequeños actos, la potencia de su acto Divino; y mientras lo quiere, quiere ser llamado por la criatura: no quiere ser un intruso ni entrar por la fuerza, sino que quiere que ella lo sepa…»
>
> *« Sento in me la potenza del Volere Supremo, ma tanto che vuole che io subisca nei piccoli atti miei la potenza del suo atto Divino e mentre lo vuole, vuol essere chiamato dalla creatura, non vuole essere un intruso, né entrare per forza, ma vuole che lo sappia … »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que el Padre y el Hijo vienen, por el Espíritu Santo, a «habitar» en quien los ama y guarda su palabra, haciendo en él su morada (CIC 260; cf. Jn 14,23) —inhabitación real que nunca dispensa de las facultades naturales del alma, sino que las inviste a cada una según lo que es. El propio Cristo resucitado, a la puerta de su Iglesia, nunca fuerza la entrada: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20) —imagen que coincide exactamente con lo que el *Libro de Cielo* dice aquí de la Voluntad obrante: nunca intrusa, siempre llamada. Este mismo respeto de la libertad, ya establecido por esta obra a propósito del libre albedrío, gobierna, por tanto, tanto el don inicial como su grado más interior.

Fórmula para recordar. La Voluntad obrante nunca invade: habita, facultad por facultad, el alma que se lo pide —y esta misma Voluntad que se da así en el gesto más humilde de una criatura es la misma que, desde toda la eternidad, obra entre las Personas divinas.

Pregunta 11 — ¿Qué sucedió con la vida obrante de la Divina Voluntad desde la Caída, y cómo es devuelta a la humanidad?

Respuesta breve. Cuando Adán se retiró del Fiat, Dios retiró de las criaturas, no su autoridad ni sus mandamientos —dejados por pura bondad al alcance de todos—, sino la misma vida obrante de su Voluntad. Pues sin la Divina Voluntad, precisa Jesús, no puede haber ni salvación ni santidad verdaderas. Desde entonces, en un amor paciente que suspiraba por el retorno de esta vida obrante, Dios da hoy «sus primeros pasos en medio de las criaturas» a través de cada verdad manifestada a Luisa sobre su Querer Divino: cada

conocimiento dado es en sí mismo un paso mediante el cual esta vida vuelve, poco a poco, a reinar sobre la familia humana.

Desarrollo. Las dos preguntas anteriores han nombrado los grados según los cuales actúa la Divina Voluntad, y descrito cómo su grado obrante habita concretamente las facultades del alma. Ahora es preciso remontarse al origen de esta misma vida obrante en la historia de la salvación: ¿por qué tuvo que ser revelada a Luisa, mientras que los grados de Voluntad querida y mandada parecen accesibles desde siempre a todo cristiano fiel?

La Segunda parte mostró cómo Adán, al olvidar primero el amor de Dios, se retiró del Fiat y perdió con él el dominio y el orden de sus propias facultades. Un texto revela ahora la consecuencia exacta para la propia Voluntad: Dios retiró de las criaturas, dice Jesús, no su autoridad ni sus mandamientos —estos permanecieron, por pura bondad, accesibles a todos, formando lo que esta obra acaba de llamar la Voluntad mandada—, sino la vida obrante de su Querer. Y Jesús precisa que sin la Divina Voluntad misma no puede haber ni salvación ni santidad: permanecían, por tanto, las órdenes de su Querer, mientras que su vida obrante, rechazada por el hombre, ya no fluía en él como antes.

Pero esta Bondad Paterna, este Querer y este amor deseaban, suspiraban y anhelaban intensamente el retorno de esta vida en medio de las criaturas. La Quinta parte ya mostró que Dios elige su tiempo para manifestar un don, mediante una pedagogía paciente que espera a que la humanidad esté dispuesta a recibirlo. Este texto precisa ahora su mecanismo más concreto: cada verdad que Jesús manifiesta a Luisa sobre su Querer Divino es en sí misma un paso que el Fiat da «en medio de las criaturas» —no una simple información transmitida, sino un movimiento real de retorno, en el que el Cielo y la tierra se llenan poco a poco «de los pasos de los conocimientos» de este Querer.

Este texto ilumina así, retrospectivamente, la naturaleza misma del Don hecho a Luisa: nunca es una doctrina suplementaria que se añadiría a las riquezas ya conocidas de la Iglesia, sino la propia vida obrante, perdida por Adán, que cada verdad conocida hace volver progresivamente. Estas tres preguntas dedicadas a nombrar, describir y situar históricamente esta vida obrante no hacen, por tanto, sino seguir el movimiento mismo que Jesús dice querer realizar.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 25 de marzo de 1928:

> «Hija mía, tú debes saber que nuestra paterna bondad en cuanto el hombre se separó de nuestra Voluntad, retiró la vida obrante de Ella de en medio de las criaturas, por eso poquísimo han sabido decir de Ella, porque no corría en ellos, como vida, el mar de la luz obrante de mi Fiat Divino, porque ellos mismos, ingratamente lo habían rechazado, y por suma bondad nuestra les dejamos el bien de poder seguir las ordenes de nuestro Querer, no la Vida, con lo cual podían esperar su salvación, porque sin Ella no hay ni salvación ni santidad; pero nuestra paterna bondad, nuestro Querer y nuestro amor deseaban, suspiraban, anhelaban fuertemente el regreso como Vida obrante en medio de las criaturas […]. Y en cuanto Yo comencé a manifestarte las primeras verdades sobre mi Querer Divino, así lo atraía a hacer los primeros pasos en medio de las criaturas […]. Así que por cuantas verdades te he dicho acerca de mi Voluntad, tantos pasos he hecho hacer a mi Fiat para hacerlo regresar como vida obrante en medio de las criaturas.»
>
> *« Figlia mia, tu devi sapere che, la nostra Paterna Bontà, come l'uomo si sottrasse alla nostra Volontà, così ritirò la vita operante di Essa dalle creature. Perciò pochissimo hanno saputo dire di Essa, perché non scorreva in loro, come vita, il mare della luce operante del mio Fiat Divino, perché essi stessi, ingratamente, lo avevano respinto. E, per somma nostra Bontà, lasciammo loro il bene di poter seguire gli ordini del nostro*

Volere, non la vita, in cui potevano sperare la loro salvezza, perché senza di Essa non c'è né salvezza, né santità. Ma la nostra Paterna Bontà, il nostro Volere ed il nostro amore vagheggiavano, sospiravano, anelavano forte il ritorno come vita operante in mezzo alle creature, […] e come io incominciai a manifestarti le prime verità sul mio Volere Divino, così lo spinsi a fare i primi passi in mezzo alle creature […] Sicché quante verità ti ho detto sulla mia Volontà, tanti passi ho fatto fare al mio Fiat, per farlo ritornare come vita operante in mezzo alle creature. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que el pecado original destruyó «la armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original» y quebró el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo (CIC 400) —esta ruptura precisa es la que el *Libro de Cielo* llama aquí la retirada de la «vida obrante». Pero la propia Escritura anuncia, en boca de san Pedro, «el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas» (Hch 3,21): este texto da a esa restauración esperada un mecanismo concreto, el de un conocimiento pacientemente dado, más que el de una restitución repentina.

Fórmula para recordar. Adán no perdió solamente un orden que seguir: perdió una vida que obraba en él. Lo que el Fiat reconquista hoy, paso a paso, mediante cada verdad conocida, no es nada menos que esta misma vida, devuelta finalmente a la familia humana.

Pregunta 12 — ¿En qué sentido la Divina Voluntad es, incluso en el cuerpo, el latido del corazón y el aliento del alma que vive en ella?

Respuesta breve. Jesús lleva hasta su raíz corporal lo que las dos preguntas anteriores han mostrado acerca de las facultades del alma: se llama a sí mismo «latido sin corazón» y «respiro sin cuerpo» —unión tan estrecha que ninguno de los dos términos subsiste sin el otro, pues el corazón nada vale sin el latido que le da vida, y el latido no puede palpitar sin un corazón en el que alojarse. Este mismo latido, reencontrado en el fundamento mismo del aliento que dio vida a Adán (I.2) y animó las tres potencias, imagen de la Trinidad (I.4), se perdió en la Caída —no porque la criatura dejara de existir, sino porque dejó de sentir su presencia—, y Dios lo restaura hoy soplando de nuevo, con más fuerza, hasta sanar lo que encuentra herido.

Desarrollo. Las dos preguntas anteriores han mostrado cómo la Voluntad obrante habita distintamente cada facultad del alma —la mente, la voz, las manos, los pies, el corazón—, y después qué sucedió con esta vida obrante en la Caída y cómo vuelve hoy mediante los conocimientos dados a Luisa. Un conjunto de textos del *Libro de Cielo* lleva esta misma doctrina hasta su raíz más elemental: ya no solamente las facultades mediante las cuales el alma piensa, habla y obra, sino las funciones más involuntarias del propio cuerpo —el latido del corazón, el respiro, la circulación de la sangre—, donde comienza esta misma unión, antes de todo acto deliberado.

Jesús lo dice en los términos más radicales: «Mi Divina Voluntad es latido sin corazón, la criatura es corazón, Ella es el latido». El corazón, precisa, nada vale sin el latido que le da vida; pero el latido, a su vez, no puede palpitar sin un corazón en el que alojarse —al no tener corazón propio, la Divina Voluntad formó el suyo en la criatura, para tener en ella dónde formar su latido de vida. Lo mismo sucede con el respiro: «Mi Divina Voluntad es respiro sin cuerpo, la criatura es el cuerpo, Ella es el respiro» —un cuerpo sin respiro es un cuerpo muerto. La lista continúa: palabra sin boca, luz sin ojo, oído sin orejas, obra sin manos, paso sin pies —el alma que vive en el Fiat le presta aquello que, en sí misma, le faltaría para ejercerse.

Un texto anterior ofrece el mecanismo más concreto. Vivir en el Querer de Jesús, dice Él a Luisa cuando ella busca dónde alojarse en Él, no consiste en habitar «un apartamento» de su cuerpo, sino en vivir «en el latido de [su] corazón»: «el latido es el centro y la vida del cuerpo humano; si cesa el latido, cesa la vida; el latido mantiene la circulación de la sangre, el calor, la respiración, por consiguiente la fuerza y la actividad de los miembros». Lo que el cuerpo muestra a simple vista, la Divina Voluntad lo obra invisiblemente en el alma que se abandona a ella.

Un texto posterior cierra este mismo motivo sobre su origen y su pérdida. Para dar vida al hombre, recuerda Jesús, no fue necesario más que «nuestro aliento omnipotente» (I.2) —y este mismo aliento, al formar el alma dotada de sus tres potencias, imagen de la Trinidad (I.4), le dio también «el latido, el respiro, la circulación de la sangre, el movimiento, el calor, la palabra, la vista». Al retirarse del Fiat, el hombre no perdió estas cosas: dejó de sentirlas —«ha perdido el primer latido de amor de Dios en el suyo, el respiro divino en su respiro humano […] no siente la circulación de la Vida Divina». La restauración prometida sigue el mismo camino: «Volveremos a infundirle nuestro aliento […] le infundiremos el aliento en el fondo del alma», a imagen de una madre que sopla sobre su hijo deforme hasta sanarlo.

Un último texto vincula este latido con lo que la Octava parte llamará el acto único (VIII.7): el corazón, dice Jesús, no sabe hacer «más que un solo acto», siempre el mismo, y sin embargo sus efectos —circulación, calor, fuerza, hasta la claridad de la inteligencia— son innumerables; así, en el fondo del alma, la Divina Voluntad «late continuamente, pero con un solo latido», sin que en ese acto existan ni pasado ni futuro.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 27, 17 de febrero de 1930:

> «Hija mía, mi Divina Voluntad es latido sin corazón, la criatura es corazón, Ella es el latido. Mira que unión inseparable hay entre mi Fiat y la criatura: el corazón es nada, no tiene ningún valor sin el latido, con el latido se constituye vida de la criatura, pero el latido no puede palpitar sin el corazón. Tal es mi Divina Voluntad, si no tiene la nada del corazón de la criatura, no tiene donde formar su latido de vida para desarrollar y formar su Vida Divina. Entonces mira, mi Divina Voluntad no teniendo corazón, lo ha creado en la criatura para tener su corazón dónde poder formar su latido. Además de esto mi Divina Voluntad es respiro sin cuerpo, la criatura es el cuerpo, Ella es el respiro; el cuerpo sin el respiro está muerto, así que quien forma el respiro de la criatura es mi Divina Voluntad, por eso se puede decir: "El cuerpo de Ella es el de la criatura, y el respiro de ella es el de mi Querer Divino". Mira qué gran unión hay entre una y la otra, unión que no puede separarse, porque si cesa el respiro cesa la vida. Por eso mi Divina Voluntad es todo para la criatura: es palabra sin boca, es luz sin ojo, es oído sin orejas, es obra sin manos, es paso sin pies, y por eso el alma que vive en mi Querer Divino le sirve de boca, de ojo, de orejas, de manos y de pies. Ella se restringe para encerrase en la criatura, mientras permanece inmensa, y victoriosa forma en ella su reino, sirviéndose de ella como si fuese su cuerpo, donde late, respira, habla, obra y camina.»
>
> *« Figlia mia, la mia Divina Volontà è palpito senza cuore, la creatura è cuore, Essa è il palpito. Vedi che unione inseparabile passa tra il mio Fiat e la creatura; il cuore è nulla, non ha alcun valore senza il palpito, col palpito si costituisce vita della creatura, ma il palpito non può palpitare senza del cuore. Tale è la mia Divina Volontà, se non ha il nulla del cuore della creatura, non ha dove formare il suo palpito di vita per svolgere e formare la sua vita Divina. Vedi dunque, la mia Divina Volontà non avendo cuore, lo ha formato nella creatura, per avere il suo cuore dove poter formare il suo palpito. Oltre a ciò la mia Divina Volontà è respiro senza corpo, la creatura è il corpo, Essa è il respiro; il corpo senza il respiro è morto, sicché chi forma il respiro della creatura (è)*

la mia Divina Volontà, perciò si può dire: il corpo di Essa è quello della creatura ed il respiro di lei è quello del mio Voler Divino. Vedi che altra unione passa tra l'una e l'altra, unione che non può separarsi, perché se cessa il respiro cessa la vita. Perciò la mia Divina Volontà è tutto per la creatura, è parola senza bocca, è luce senza occhio, è udito senza orecchie, è opera senza mani, è passo senza piedi; e perciò l'anima che vive nel mio Voler Divino le serve di bocca, di occhio, di orecchie, di mani e di piedi. Essa si restringe per chiudersi nella creatura, mentre rimane immensa; e vittoriosa, vi forma il suo regno servendosi di lei come se fosse suo corpo, dove palpita, respira, parla, opera e cammina. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 21 de diciembre de 1937:

«Hija mía buena, […] debes saber que, en la Creación, para infundir la vida al hombre, no se necesitó más que nuestro aliento omnipotente; ¡pero cuántos prodigios en aquel aliento! Creamos el alma dotándola con las tres potencias, verdadera imagen de nuestra Trinidad adorable. Con el alma recibió el latido, la respiración, la circulación de la sangre, el movimiento, el calor, la palabra, la vista. […] Ahora, hija mía, por no haber vivido el hombre en nuestro Querer Divino, sus tres potencias se han oscurecido y nuestra Imagen adorable se ha deformado en él, de modo que ha perdido el primer latido del Amor de Dios en el suyo, el aliento divino en su aliento humano; o mejor, no lo ha perdido, no lo siente, y por eso no siente la circulación de la Vida Divina, […] Ahora bien, ¿qué se necesita para restaurar a este hombre? Volveremos de nuevo a soplar sobre él con un amor más fuerte y creciente; soplaremos en el fondo de su alma, […] haremos como una madre ternísima que, teniendo a su hijo deforme, por medio del aliento, de respiraciones y de soplos, se derrama sobre su hijo y no deja de soplar sobre él hasta que lo ha sanado y lo ha vuelto bello como ella lo quería.»

« Figlia mia buona, […] Tu devi sapere che nella Creazione, per infondere la vita all'uomo, non ci volle che il nostro alito onnipotente; ma quanti prodigi in quell'alito! Creammo l'anima dotandola con le tre potenze, vera immagine della nostra Trinità adorabile. Con l'anima ebbe il palpito, il respiro, la circolazione del sangue, il moto, il calore, la parola, la vista. […] Ora figlia mia, per l'uomo, col non vivere nel nostro Voler Divino, le tre potenze sono state oscurate e la nostra Immagine adorabile è stata deformata in lui, in modo che ha perduto il primo palpito d'Amore di Dio nel suo, il respiro divino nel suo respiro umano, o meglio, non l'ha perduto, non lo sente, quindi non sente la circolazione della Vita Divina, […] Ora, che cosa ci vuole per ripristinare quest'uomo? Ritorneremo di nuovo ad alitarlo con più forte e crescente amore, lo aliteremo nel fondo dell'anima, […] faremo come una madre tenerissima, che avendo il suo figlio storpio, per mezzo di alito, di fiati, di soffio, si versa sul figlio suo e allora smette di fiatarlo quando lo ha risanato e reso bello come lei lo voleva. »

Articulación católica. San Pablo, predicando en el Areópago, dice de Dios que «a todos da la vida y el aliento, y todo» y que «en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,25.28) —el latido, el respiro y la circulación de los que habla aquí el *Libro de Cielo* no dicen nada ajeno a esta dependencia ya profesada por la Escritura. El Catecismo enseña en el mismo sentido que, una vez realizada la creación, Dios nunca abandona a su criatura: no solamente le da el ser y el existir, sino que «la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar» (CIC 301). En cuanto a la unión tan estrecha entre la Divina Voluntad y el propio cuerpo de la criatura, se une a lo que la Iglesia profesa de la unión del alma y del cuerpo, «tan profunda» que el alma debe ser considerada como «la "forma" del cuerpo» (CIC 365, citando el Concilio de Vienne).

Fórmula para recordar. El corazón que late, el aliento que respira, no hablan de un mecanismo ciego: en el alma que vive en el Fiat, es la propia Divina Voluntad la que late y

respira —hasta que la criatura le presta uno y otro.

Pregunta 13 — ¿Qué significa «fundirse» en la Divina Voluntad y por qué esta palabra no implica ninguna confusión de las dos voluntades?

Respuesta breve. Jesús llama él mismo «el acto más solemne, más grande, más importante» de toda la vida del alma a un gesto que denomina «fundirse» en su Voluntad —gesto que el texto no reserva a ningún momento preciso del día, sino que el alma puede renovar en todo instante, como la prolongación más interior del acto actual. Esta palabra no designa jamás la desaparición de la voluntad humana en la Divina Voluntad como si fueran una sola y misma voluntad: nombra el don total, libremente renovado, por el que la criatura deja de actuar primero para permitir que la Voluntad de Dios obre enteramente en ella.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado cómo el alma traza, desde la mañana, el plan de toda su jornada mediante el acto preveniente y lo mantiene vivo, a cada instante, mediante el acto actual. Un texto del mismo volumen, fechado en una tarde particular en la que Luisa, transcurrida toda una jornada, se pregunta qué le queda todavía por hacer, muestra lo que este acto actual puede encerrar de más interior: oye que le responden que le queda «la cosa más importante», su acto de «fundirse en la Divina Voluntad». Nada en el texto reserva este gesto a esa hora: Jesús retomará, veintitrés días más tarde, exactamente el mismo verbo para decir «cada vez que tú te fundes en mi Voluntad» —señal de que este *fondersi* se repite en todo momento, como el propio acto actual, y no una sola vez al anochecer. Esta tarde no es, por tanto, más que la ocasión en la que Jesús elige nombrar, con una solemnidad inusual, un gesto que el alma puede realizar a cualquier hora.

Jesús califica inmediatamente este gesto con un triple superlativo que solo raramente emplea en otros lugares: fundirse en su Voluntad es «entrar en el ámbito de la eternidad», recibir el depósito de los bienes que contiene —y, en cuanto el alma se funde en ella, todos salen a su encuentro para depositar en ella cuanto poseen: los ángeles, los santos, la propia Divinidad, sabiendo que todo lo que allí se deposita permanece seguro. Más aún, el alma no se limita a recibir: mediante sus actos multiplica esos bienes y devuelve a todo el Cielo «doble gloria y doble honor». Nunca es, por tanto, un gesto de absorción pasiva, sino un acto fecundo, que se une a la fecundidad colectiva que las Preguntas 23-24 desarrollarán para todo el cuerpo de la Iglesia.

El mismo contexto va todavía más lejos, con un vocabulario que exige una aclaración inmediata: Jesús dice que vivir —fundirse— en su Voluntad «sobrepasa en mérito al mismo martirio», pues el martirio solo mata el cuerpo, mientras que «vivir en mi Voluntad es hacer que una mano divina mate la propia voluntad»; añade que «voluntad humana y Voluntad Divina no hacen alianza juntas: una debe ceder el puesto a la otra». Aislado, este vocabulario podría hacer creer que la voluntad humana, como facultad, desaparecería —lo que esta obra ha excluido precisamente en VI.7. No es así: lo que «muere» aquí, como ya mostró la imagen del sol y de las estrellas, es la iniciativa propia de la voluntad, su pretensión de actuar primero —nunca su naturaleza ni su libertad, que permanecen, según el propio modelo de Cristo, «dos voluntades distintas, unidas sin confusión» (III.3). Este trabajo ya ha hablado de la «fusión» de los dos Fiat respecto de María en la Anunciación (IV.6): se trata siempre del don libre y mutuo de dos voluntades realmente distintas, nunca de su reducción a una sola.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 4 de enero de 1925:

«Hija mía, el fundirte en mi Voluntad es el acto más solemne, más grande, más

importante de toda tu vida. Fundirte en mi Voluntad es entrar en el ámbito de la eternidad, abrazarla, besarla y recibir el depósito de los bienes que contiene la Voluntad Eterna; es más, en cuanto el alma se funde en el Supremo Querer todos van a su encuentro para depositar en ella todo lo que tienen. Los ángeles, los santos, la misma Divinidad, todos depositan, sabiendo que depositan en aquella misma Voluntad en la cual todo está seguro. Es más, al recibir estos bienes, el alma, con sus actos en la Divina Voluntad, los multiplica y devuelve a todo el Cielo doble gloria y honor […]. Si tú supieras qué haces y qué sucede al fundirte en mi Voluntad, te consumirías por el deseo de fundirte continuamente.»

« Figlia mia, il fonderti nella mia Volontà è l'atto più solenne, più grande, più importante di tutta la tua vita. Fonderti nella mia Volontà è entrare nell'ambito dell'eternità, abbracciarla, baciarla e ricevere il deposito dei beni che contiene la Volontà Eterna; anzi, come l'anima si fonde nel Supremo Volere tutti le vanno incontro, per deporre in lei tutto ciò che hanno. Gli angeli, i santi, la stessa Divinità, tutti depongono, sapendo che depongono in quella stessa Volontà in cui tutto è al sicuro; anzi, l'anima col ricevere questi beni, coi suoi atti nella Volontà Divina li moltiplica e ridona a tutto il Cielo doppia gloria ed onore, […] Se tu sapessi che fai e che succede col fonderti nella mia Volontà, spasimeresti di desiderio di fonderti continuamente. »

Jesús a Luisa, el mismo día:

«Escucha, hija mía, vivir en mi Voluntad sobrepasa en mérito al mismo martirio; es más, el martirio mata al cuerpo, mientras que vivir en mi Voluntad es hacer que una mano divina mate la propia voluntad y le dé la nobleza de un martirio divino […] porque voluntad humana y Voluntad Divina no hacen alianza juntas: una debe ceder el puesto a la otra, y la voluntad humana debe contentarse con permanecer extinguida bajo la potencia de la Voluntad Divina…»

« Senti, figlia mia, il vivere nella mia Volontà sorpassa in merito lo stesso martirio; anzi il martirio uccide il corpo, il vivere nella mia Volontà è far sì ché una mano divina uccida la propria volontà e le dia la nobiltà d'un martirio divino. […] perché volontà umana e Volontà Divina non fanno lega insieme, una deve cedere il posto all'altra e la volontà umana deve contentarsi di rimanere estinta sotto la potenza della Volontà Divina … »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 27 de enero de 1925 —veintitrés días más tarde:

«Hija mía, debes saber que, me veas o no me veas, cada vez que te fundes en mi Voluntad, Yo, desde tu interior, te tomo una mano para empujarte hacia lo alto, y desde el Cielo te doy mi otra mano para tomar tu otra mano y jalarte hacia arriba, en medio de Nosotros, en nuestra Voluntad interminable; así estás en medio de mis manos, entre mis brazos.»

« Figlia mia, tu devi sapere che o mi vedi o non mi vedi, ogniqualvolta tu ti fondi nella mia Volontà, Io, dal tuo interno ti prendo una mano per spingerti in alto e dal Cielo ti do l'altra mia mano per prenderti l'altra e tirarti su, in mezzo a Noi, nell'interminabile nostra Volontà, sicché stai in mezzo alle mie mani, fra le mie braccia. »

Articulación católica. El tercer Concilio de Constantinopla definió que las dos voluntades de Cristo obran «sin confusión ni separación» (CIC 475; cf. III.3) —modelo único al que esta obra vincula, por gracia y a la manera de una criatura, toda unión de la voluntad humana con la Divina Voluntad (cf. Anexo E). Santo Tomás de Aquino formula el principio que rige exactamente lo que este texto afirma mediante una imagen más áspera: *gratia non tollit naturam, sed perficit* —«la gracia no destruye la naturaleza, sino que la lleva a su perfección»

(*Suma teológica*, I, q. 1, a. 8, ad 2). «Matar la propia voluntad», en este vocabulario, no dice, por tanto, nada distinto de lo que VI.7 ya ha nombrado mediante la imagen del eclipse: la desaparición de la iniciativa propia, no de la facultad misma.

Fórmula para recordar. Fundirse en la Divina Voluntad no es disolverse en ella: es el acto más interior que el alma puede renovar en todo momento, por el cual la voluntad humana, sin dejar de ser ella misma, se entrega enteramente a Aquel que solo puede hacerla solemne, fecunda y eterna.

Pregunta 14 — ¿Cómo dan fruto en el alma los actos de Jesús que permanecieron suspendidos en su Voluntad?

Respuesta breve. Todo lo que Jesús hizo, dijo, oró y sufrió durante su vida terrena permanece, según sus propias palabras, «en suspenso» en su Voluntad, como un fruto del que las criaturas todavía no han recogido el fruto completo; el alma que vive en este Querer deja de mantener estos bienes en suspenso, entrando ella misma en cada uno de estos actos para hacerlos vivir de nuevo, realmente, en ella.

Desarrollo. La Tercera parte ha mostrado que Jesús rehízo en su Humanidad todos los actos que cada criatura debía cumplir (III.6), y la Quinta que estos actos interiores esperaban desde hacía siglos ser conocidos (V.1). Ahora es preciso aclarar lo que sucede concretamente cuando un alma, hoy, entra en la Divina Voluntad: ¿cómo se convierten en ella estos antiguos actos de Jesús en algo realmente vivido, y no en un simple recuerdo piadoso?

Un día, Jesús conduce a Luisa, en espíritu, por todos los lugares donde, estando en la tierra, había «obrado, sufrido, orado y también llorado»: todo cuanto había hecho allí, dice Él, «estaba en acto» —sus oraciones nocturnas, cubiertas de lágrimas amargas, sus obras, sus palabras, hasta las penas más escondidas de su Pasión; todo permanece así reunido en su Voluntad, a la espera de darse a las criaturas. El fruto completo de estos actos, precisa, «no ha sido tomado por las criaturas», y Él espera a quien viva en su Querer, a fin de que estos bienes ya no permanezcan suspendidos, sino que se derramen finalmente sobre él.

Esta es la espera que el alma viene a colmar cuando vive en la Divina Voluntad: «entra» en cada uno de estos actos de Jesús —sus oraciones, sus lágrimas, sus sufrimientos— no mediante un simple recuerdo mental, sino haciéndolos pasar realmente por ella, como un vaso que recibe por fin aquello que, desde hacía siglos, buscaba darse. Este misterio anuncia ya, sin desarrollarlo todavía plenamente, lo que la Novena parte llamará las hostias vivientes: así como el pan y el vino se convierten, en la misa, en el lugar real de la presencia de Jesús, así el alma que vive en su Querer se convierte en el lugar donde sus antiguos actos, mantenidos en suspenso, encuentran por fin dónde dar su fruto completo. Este desarrollo eucarístico, apenas esbozado aquí, será retomado y profundizado en su lugar propio (IX.5).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 4 de octubre de 1925:

> «Mira, aquí están mis oraciones que de noche hacía, cubiertas de lágrimas amargas y de suspiros ardientes por la salvación de todos, están todas en espera para darse a las criaturas, para darles los frutos que contienen […]. Mi Voluntad tiene como alineadas en Sí las penas de mi infancia, todos mis actos internos de mi Vida oculta, que son prodigios de gracia y de santidad, todas las humillaciones, gloria y penas de mi Vida pública, las penas más escondidas de mi Pasión, todo está suspendido, el fruto completo no ha sido tomado por las criaturas y espero a quien debe vivir en mi Querer a fin de

que no estén más suspendidos, sino que se viertan sobre ellos para darles el fruto completo. Sólo quien debe vivir en mi Voluntad hará que no continúen suspendidos mis bienes…»

« Vedi, qui ci sono le mie preghiere che facevo di notte, coperte di lacrime amare e di sospiri ardenti per la salvezza di tutti, stanno tutte in attesa di darsi alle creature, per dar loro i frutti che contengono. […] La mia Volontà tiene come schierate in Sé le pene della mia infanzia, tutti i miei atti interni della mia vita nascosta, che sono prodigi di grazia e di santità, tutte le umiliazioni e gloria e pene della mia vita pubblica, le pene più nascoste della mia Passione, tutto sta sospeso, il frutto completo non è stato preso dalle creature e aspetto chi deve vivere nel mio Volere, affinché non siano più sospese, ma si riversino su di essi per dar loro il frutto completo. Solo chi vivrà nella mia Volontà non farà stare più sospesi i miei beni … »

Articulación católica. El Catecismo enseña, siguiendo la línea de la escuela francesa de espiritualidad, que «todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros», y precisa, siguiendo a san Juan Eudes, que «debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y misterios de Jesús» (CIC 521) —es esta misma actualización, real y no simplemente rememorativa, la que describe aquí el *Libro de Cielo*. Este mismo movimiento se encuentra en la Eucaristía, que hace «presente» el sacrificio único de Cristo para que los fieles se unan realmente a él (CIC 1364, 1391) —principio que ilumina de antemano el misterio eucarístico retomado en la Novena parte.

Fórmula para recordar. Nada de lo que Jesús vivió se ha perdido: todo permanece a la espera en su Voluntad, y el alma que vive en ella se convierte en el lugar donde estos actos dan, por fin, su fruto completo.

Pregunta 15 — ¿Qué son los bienes que la Divina Voluntad ha destinado a cada criatura en particular?

Respuesta breve. Más allá del tesoro personal de sus propios actos, que Jesús ofrece a quien entra en ellos (VI.14), el *Libro de Cielo* revela que la Voluntad Suprema también ha destinado a cada criatura, desde el origen de la Creación, sus propios actos: un recorrido que le es propio, capaz de hacerla feliz y santa. Estos actos permanecen también «suspendidos», no por una carencia por parte de Dios, sino porque las generaciones, al rechazar su Voluntad, no se dispusieron a recibirlos ni a cumplirlos; esperan un alma que se ofrezca a recogerlos en nombre de todas, para que la Divina Voluntad encuentre por fin, en una sola criatura, el homenaje que la multitud le rehúsa.

Desarrollo. La Pregunta anterior (VI.14) mostró cómo el alma, al entrar en los actos que Jesús vivió Él mismo en la tierra, recibe de ellos el fruto que permanecía en suspenso. Un texto recibido algunos años más tarde revela que la suspensión no concierne solamente a los actos propios de Jesús: alcanza también a los actos que la Voluntad Suprema, desde que puso fuera de Sí la Creación, destinó en particular a cada criatura —un recorrido que le es propio, cuyo fruto de felicidad y santidad solo ella podía producir.

Jesús explica a Luisa que su Voluntad, rechazada por las generaciones, busca un alma lo bastante pequeña para ofrecerse a recibir, en nombre de todas, esos actos rechazados —a la manera en que María, antes que ella, recibió en sí «todos los actos de nuestra Voluntad rechazados por las criaturas», los hizo suyos, los amó, los reparó, hasta colmar toda su medida. Lo que María realizó para la Redención, dice Jesús, espera que otra criatura lo realice a su vez para este tercer Fiat: recibir en ella los actos destinados a todas las

generaciones, a fin de que su Voluntad encuentre por fin, en una sola alma, el homenaje que la multitud continúa rehusándole.

Un segundo texto, recibido algunos meses más tarde, resume este mismo misterio en una frase densa: el Señor mismo tiene suspendidos los bienes que había establecido en la Creación, para darlos precisamente a las almas que viven en su Voluntad —no por un decreto arbitrario, sino porque el don de un bien supone siempre que haya alguien que lo reciba.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 15 de noviembre de 1923:

> «Para venir a reinar, quiere encontrar un alma pequeña que se ofrezca a recibir todos los actos que la Suprema Voluntad había destinado para cada criatura, para hacerlas felices y santas y para darles los bienes que Ella contiene. Ahora bien, esta felicidad, esta santidad y los bienes que la Voluntad Eterna puso fuera para comunicarlos a la criatura cuando puso fuera toda la Creación permanecen fuera y suspendidos; y si no encuentra a quien los reciba, para rendirle todos los homenajes, honores y cortejos que las demás criaturas no le han dado, no puede venir a reinar sobre la tierra. Por tanto, tu tarea es abrazar a todas las generaciones para recibir todos los actos de la Suprema Voluntad que ellas rechazaron, junto con todos los bienes que Ella contiene…»
>
> *« Per venire a regnare vuol trovare un'anima piccola che si offra a ricevere tutti quegli atti che la Suprema Volontà aveva destinato per ciascuna creatura, per renderle felici e sante e per dare loro quei beni che Essa contiene. Ora, questa felicità, santità e i beni che l'Eterna Volontà mise fuori per comunicarli alla creatura quando mise fuori tutta la Creazione, stanno fuori e sospesi e se non trova chi li riceva, per avere tutti quegli omaggi, onori, corteggi, che le altre creature non gli hanno dato, non può venire a regnare sulla terra. Quindi, il tuo compito è di abbracciare tutte le generazioni per ricevere tutti gli atti della Suprema Volontà che esse respinsero, con tutti i beni che Essa contiene … »*

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 28 de febrero de 1924:

> «Ahora bien, como el hombre se sustrajo a la Voluntad Suprema, rechazó todos estos dones; pero la Divinidad no los retiró en Sí misma: los dejó suspendidos en su Voluntad, esperando que la voluntad humana se vincule con la suya y entre en el orden primero creado por Ella, para poner en comunicación con la naturaleza humana los dones que Ella había establecido…»
>
> *« Ora, come l'uomo si sottrasse alla Volontà Suprema, respinse tutti questi doni, ma la Divinità non li ritirò in Se stessa, ma li lasciò sospesi nella sua Volontà, aspettando che la volontà umana si vincolasse con la sua ed entrasse nel primo ordine da Lei creato, per mettere in corrente con l'umana natura i doni da Lei stabiliti … »*

Articulación católica. San Pablo ofrece la expresión más exacta de este misterio: «Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos» (Ef 2,10) —obras ya preparadas, que solo esperan ser retomadas por quien se dispone a ello. La Escritura atestigua, por otra parte, que Dios conoce y forma cada existencia antes incluso de que comience: «tus ojos veían mi ser aún informe, todos mis días estaban escritos en tu libro, estaban calculados antes que llegase el primero» (Sal 139,16). El Concilio Vaticano II enseña que «todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado […] son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (LG 11) —siendo cada vocación, en este sentido, un recorrido propio que Dios destina a quien la recibe, nunca una parte intercambiable de un lote común.

Fórmula para recordar. Dios no tiene solamente un tesoro que dar: tiene, para cada alma, unos actos que le son propios, un recorrido que nadie más podía cumplir en su lugar —y que permanece suspendido mientras nadie se disponga a vivirlo.

Pregunta 16 — ¿Por qué llama Jesús al alma a continuar, en su Voluntad, la obra de reparación ya cumplida?

Respuesta breve. La reparación que Jesús realizó en su Humanidad es ya, en sí misma, perfecta y acabada: objetivamente nada le falta. Pero Jesús no quiere permanecer solo en este acto; por un amor que nunca se contenta con la sola suficiencia de su obra, desea una compañía, y llama al alma que vive en su Voluntad a venir, en modo divino, a sustituir los actos no hechos o mal hechos por los demás —rehaciéndose Él mismo en ella, para formar, dice, «otro Jesús en la criatura».

Desarrollo. La Pregunta VI.14 mostró cómo el alma que vive en la Divina Voluntad entra realmente en los actos que Jesús vivió, para recibir de ellos el fruto que permanecía en suspenso. La Tercera parte mostró, por su lado, por qué Jesús había reparado ya, en su Humanidad, los actos no hechos o mal hechos de cada criatura (III.7) —reparación ya, en sí misma, perfecta y acabada, a la que objetivamente nada le falta.

Se plantea entonces una pregunta: si esta obra está ya cumplida y es suficiente, ¿por qué llama Jesús sin cesar a nuevas almas a continuarla? El *Libro de Cielo* responde que la repetición nunca es requerida por una carencia en la obra de Cristo, sino por un deseo de compañía que Jesús confía a Luisa en términos de gran sencillez. Cuando ella se preguntaba un día para qué servía repetir siempre los mismos actos, Jesús responde que su repetición «rompe el aislamiento» de su Divina Voluntad y le da «a quién puede decirle sus penas, sus alegrías y a quién confiar sus secretos». Lo que Jesús busca no es, pues, cubrir una deuda, sino una compañía amante en el acto mismo que Él continúa realizando.

Esta misma lógica ilumina por qué Jesús llama a Luisa —y, a través de ella, a toda alma dispuesta— a venir personalmente a continuar esta obra: «Hija amada de mi Querer, ¿quieres venir en mi Voluntad a sustituir en modo divino a tantos actos no hechos por todos nuestros hermanos? ¿A tantos otros hechos humanamente, y a otros actos santos, sí, pero humanos y no en orden divino?» Un texto posterior del corpus dice aún más explícitamente qué mueve a Jesús en esta llamada: al alma que se dispone a hacer su Voluntad, le da, por decirlo así, un pasaporte para entrar en los confines interminables del Reino del Fiat, y Él mismo se hace su firmante; por un amor celoso de esta alma, de la que no quiere perder ni un respiro ni un latido, declara querer «rehacerse» en ella: «quiero rehacerme en ella, y para rehacerme me expongo Yo mismo para formar otro Jesús en la criatura». La llamada de Luisa a «sustituir en modo divino» los actos no hechos o mal hechos por los demás no es, por tanto, una tarea anexa añadida a la Redención ya perfecta (III.7): es la continuación, en una criatura que consiente libremente, del mismo gesto mediante el cual Jesús quiso, por primera vez, rehacer toda la naturaleza humana. No es, pues, una reparación que se detenga en la Cruz: se prolonga, por invitación de Jesús, en la vida de quienquiera que acepte obrar «en modo divino» en vez de hacerlo de modo simplemente humano.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 13 de febrero de 1919:

> «Hija amada de mi Querer, ¿quieres venir en mi Voluntad a sustituir en modo divino a tantos actos no hechos por todos nuestros hermanos? ¿A tantos otros hechos humanamente, y a otros actos santos, sí, pero humanos y no en orden divino? Yo todo lo he hecho en el orden divino, pero no estoy contento aún, quiero que la criatura

entre en mi Voluntad y en modo divino venga a besar mis actos, sustituyéndose a todo como hice Yo…»

« Figlia diletta del mio Volere, vuoi venire nella mia Volontà a sostituire in modo divino tanti atti non fatti dagli altri nostri fratelli, tanti altri fatti umanamente e altri atti santi, sì, ma umani e non in ordine divino? Io tutto ho fatto nell'ordine divino, ma non sono contento ancora, voglio che la creatura entri nella mia Volontà ed in modo divino venga a baciare i miei atti, sostituendosi a tutto come feci Io … »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 15 de septiembre de 1929:

«Hija mía, la repetición de tus actos en mi Fiat Divino rompe el aislamiento de Él, y genera la compañía a todos los actos que hace la Divina Voluntad. Así que Ella no se siente más sola, sino que tiene a quién puede decirle sus penas, sus alegrías y a quién confiar sus secretos.»

« Figlia mia, la ripetizione dei tuoi atti nel Fiat Divino spezza l'isolamento di Esso e genera la compagnia a tutti gli atti che fa la Divina Volontà. Quindi Essa non si sente più sola, ma ha qualcuno a cui poter ridire le sue pene, le sue gioie ed affidare i suoi segreti. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 19 de noviembre de 1933:

«Mi buena hija, tú debes saber que en cuanto el alma se dispone a hacer mi Divina Voluntad, forma el pasaporte para entrar en los interminables confines del reino del Fiat; pero, ¿sabes tú quién te presta lo necesario para formarlo, y quién se presta a firmarlo y darle el valor de pasaje en mi reino? Hija, es tan grande el acto de disponerse a hacer mi Voluntad, que mi misma Vida, mis méritos, forman el papel, la escritura, y tu Jesús es el firmante para hacerla conocer y darle libre entrada; se puede decir que todo el Cielo corre en ayuda de quien quiere hacer mi Voluntad, y Yo siento tanto amor que tomo lugar en la afortunada criatura y me siento amado por ella por mi misma Voluntad. Ahora, viéndome amado por ella por mi misma Voluntad, mi amor se hace celoso y no quiere perder ni siquiera un respiro, un latido de amor de esta criatura. Imagina tú misma mis premuras, las defensas que tomo, las ayudas que doy, las estratagemas amorosas que uso, en una palabra quiero rehacerme en ella, y para rehacerme me expongo Yo mismo para formar otro Jesús en la criatura, por eso pongo todo mi arte divino para obtener mi intento, no ahorro nada, hago todo, doy todo, donde reina mi Voluntad no puedo negar nada, porque me lo negaría a Mí mismo.»

« Figlia, è tanto grande l'atto di disporsi a fare la mia Volontà, che la mia stessa vita, i miei meriti, formano la carta e i caratteri ed il tuo Gesù fa il firmatario per farla conoscere e darle libera l'entrata. Si può dire che tutto il Cielo corre in aiuto di chi vuol fare la mia Volontà ed Io sento tanto amore che prendo posto nella fortunata creatura e mi sento amato da essa, dalla mia stessa Volontà. Ora vedendomi amato da essa, dalla mia stessa Volontà, il mio amore si fa geloso e non vuol perdere neppure un respiro, un palpito d'amore di questa creatura. Immagina tu stessa la mia premura, le difese che prendo, gli aiuti che do, gli stratagemmi amorosi verso chi li usa, in una parola voglio rifarmi di essa e, per rifarmi, espongo Me stesso, per formare un altro Gesù nella creatura, perciò metto tutta la mia arte Divina, per ottenere l'intento; non risparmio nulla, faccio tutto, do tutto, dove regna la mia Volontà, non posso negare nulla, perché lo negherei a Me stesso. »

Articulación católica. Este deseo de Jesús de «rehacerse» en el alma que se asocia a Él se une a lo que san Pablo dice de su propia vida apostólica: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20) —no porque Cristo necesite a la criatura para

ser Él mismo perfecto, sino porque su amor, por naturaleza, no quiere permanecer sin eco. San Pablo llega incluso a situar en su propia carne la continuación de esta obra: «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24) —no porque la Pasión sea insuficiente en sí misma, sino porque Cristo quiere que su fruto siga aplicándose, hasta el fin de los tiempos, por medio de quienes se asocian a ella libremente. El Catecismo enseña igualmente que, en la comunión de los santos, «ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo» y que el menor acto realizado con caridad repercute en beneficio de todos, mientras que la unión de la Iglesia peregrina con quienes murieron en Cristo «se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales» (CIC 953, 955) —marco exacto en el que se inscribe esta invitación a «sustituir en modo divino» lo que otros no han hecho.

Fórmula para recordar. Lo que Jesús no tiene necesidad alguna de recibir para ser perfecto, lo confía sin embargo al alma que lo ama: retomar, con Él, en su Voluntad, ese mismo gesto mediante el cual rehízo toda la naturaleza humana —no por carencia, sino por deseo de compañía.

Pregunta 17 — ¿Cómo se convierten los actos ordinarios en actos en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Como la levadura hace fermentar toda la harina sin cambiar su naturaleza aparente, la Divina Voluntad, presente como germen en un acto por lo demás completamente ordinario, arroja en él una fermentación divina que transforma ese acto humano en acto divino —sin que deje exteriormente de ser lo que era.

Desarrollo. Después de haber definido los dos actos fundamentales de esta vida (VI.8) y mostrado cómo Jesús vive en ella sus propios actos (VI.14), hay que precisar un punto de gran alcance práctico: ¿exige esta vida multiplicar actos extraordinarios, reservados a algunas almas contemplativas, o puede transformar los gestos más ordinarios de una jornada —trabajar, comer, desplazarse, hablar?

Jesús responde mediante la imagen misma que el Evangelio ha hecho familiar, la de la levadura. Así como la levadura, añadida a la harina, tiene la virtud de hacerla fermentar, sin que el pan deje de ser pan —pero sin la levadura, precisa Jesús, «a pesar de que sea la misma harina, el pan no será jamás fermentado, sino ácimo»—, así la Divina Voluntad, presente como un germen minúsculo en un acto, arroja en él una fermentación que lo transforma interiormente: «el acto humano se vuelve acto divino». El acto permanece exteriormente idéntico —el mismo trabajo, la misma comida, la misma palabra—, pero su sustancia profunda queda transformada por la presencia de este germen.

Esta imagen enseña una verdad preciosa para toda vida cristiana ordinaria: no se trata de buscar ocasiones extraordinarias para vivir en la Divina Voluntad, sino de dejar que este germen actúe en los actos más cotidianos. Este germen, precisa Jesús en otro lugar, produce un fruto proporcionado a la frecuencia con la que es alimentado: un acto aislado, como una semilla no regada, queda raquítico y sin fruto verdadero; los actos repetidos, en cambio, forman poco a poco, en el corazón, el árbol ya plantado por el primer don recibido.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 15 de septiembre de 1929:

> «Sucede como a la levadura que tiene virtud de fermentar la harina, con tal de que al hacer el pan se ponga una pequeña parte de levadura como germen de fermentación. En cambio si no se pone la levadura, a pesar de que sea la misma harina, el pan no

será jamás fermentado, sino ácimo. Así es mi Divina Voluntad, más que levadura pone la fermentación divina en el acto humano, y el acto humano se vuelve acto divino.»

« Succede come al lievito, che ha virtù di fermentare la farina, purché nel formare il pane vi si metta il piccolo lievito, come germe di fermentazione. Invece se non si mette il lievito, anche se c'è la stessa farina, il pane non sarà mai fermentato ma azzimo. Così è la mia Divina Volontà, più che lievito che getta la fermentazione Divina nell'atto umano e l'atto umano diventa atto Divino. »

Articulación católica. Jesús mismo compara el Reino de los Cielos con «la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta» (Mt 13,33) —parábola que Luisa aplica aquí, con gran fidelidad a la imagen evangélica, a la transformación íntima de los actos ordinarios. San Pablo extrae de ella la consecuencia práctica más amplia que pueda haber: «ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10,31); y también: «todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,17). El Catecismo enseña igualmente que el trabajo humano puede ser «un medio de santificación y de animación de las realidades terrenas en el espíritu de Cristo» (CIC 2427) —exactamente lo que dice aquí, mediante una imagen concreta y elocuente, la pequeña levadura escondida en la harina.

Fórmula para recordar. No hay que buscar actos extraordinarios para vivir en la Divina Voluntad: basta depositar, en el acto más ordinario, el germen que lo hace fermentar por entero.

Pregunta 18 — ¿Cómo perseverar en esta vida?

Respuesta breve. Un solo acto, por hermoso que sea, nunca forma la santidad: es la continuidad de los actos la que une más a Dios con la criatura y forma la fuerza del alma, porque el verdadero amor, dice Jesús, «jamás dice basta». Las inevitables salidas de la voluntad propia, por su parte, nunca deben convertirse en motivo de escrúpulo: el retorno, siempre posible, es siempre acogido sin demora ni reproche —y, al alma firmemente decidida a vivir en el Fiat, Jesús mismo se compromete a suplir lo que le falta por simple debilidad.

Desarrollo. Es preciso responder aquí a una inquietud muy real: una vida hecha de un intercambio que debe retomarse acto tras acto (VI.3) parece exigir una constancia que la experiencia común de la debilidad humana hace difícil imaginar a lo largo del tiempo. VI.8 ya ha dado un primer elemento de respuesta, mostrando que el acto preveniente de la mañana suple la atención actual cuando esta llega a faltar por debilidad humana; queda, sin embargo, responder más directamente a la pregunta planteada aquí: ¿qué hace que esta continuidad sea no solamente posible, sino deseable, y qué hacer con los inevitables momentos en que se sale de ella?

Jesús insiste primero en la necesidad absoluta de la continuidad: «un solo acto jamás ha formado santidad»; los actos repetidos y continuos, por el contrario, «atan más a Dios a la criatura y forman la fuerza del alma». Esta insistencia podría parecer excesivamente exigente si no estuviera iluminada por su propia razón de ser, que Jesús da inmediatamente: «el verdadero amor jamás dice basta, no se detiene jamás, y si dice basta se siente morir». No es, por tanto, la ley de un rendimiento que deba sostenerse sin falla la que ordena esta continuidad, sino la naturaleza misma del amor, que por esencia no conoce punto de detención.

Esta exigencia de continuidad, sin embargo, nunca debe volverse escrúpulo ansioso ante las salidas involuntarias de esta vida: la verdadera perseverancia no consiste en no salir

jamás —cosa fuera del alcance de toda criatura todavía en camino—, sino en volver sin cesar, apenas se advierte que se ha salido, con la misma sencillez y la misma confianza que requiere el acto preveniente de la mañana (VI.8): no un rendimiento sin falla, sino una fidelidad que se levanta sin desalentarse.

Esta fidelidad que se levanta, por lo demás, nunca descansa únicamente en las fuerzas del alma. A aquella que ha tomado la decisión firme y constante de vivir en su Querer, y hace cuanto puede, Jesús mismo se compromete a suplirla: cuando falta no por voluntad, sino por debilidad, impotencia o por la necesidad misma de las penas que Él le envía, su amor «hace Ella lo que debería hacer la criatura, la suple en todo», llama en ella su disposición, su orden y su amor, para que el alma se sacuda y reemprenda su vida junto con Él —a fin de que la vida humana no quede nunca dividida ni separada de la suya y no subsista vacío alguno. Lo que VI.3 decía del acto sustraído al intercambio encuentra aquí su justa medida: el vacío amenaza al acto que el alma retira deliberadamente, no a la deficiencia que padece contra su voluntad y que Jesús viene a colmar.

Un texto de 1923 precisa lo que esta continuidad exige concretamente, sin reducirse jamás a un sentimiento: «No basta el poseer, sino saber poseer», dice Jesús, como un hombre que poseyera un campo sin sembrarlo ni cultivarlo jamás no sacaría de él fruto alguno. Por eso las penas, las mortificaciones, la vigilancia y la paciencia nunca quedan al margen de esta vida: son, por el contrario, el trabajo mismo mediante el cual el alma y la Divina Voluntad, la una junto con la otra, ensanchan sin cesar las fronteras de este don ya recibido.

Esta misma confianza, sin embargo, nunca excluye un temor más fino, el de la propia fidelidad: Luisa misma confía un día a Jesús el miedo de que sus propias infidelidades le hagan perder este don. Jesús no la tranquiliza diciéndole que temer sería ya faltar a la confianza; le responde, por el contrario, que «el temor de perder un bien significa poseerlo, conocerlo y amarlo» —y la invita inmediatamente a no dejar jamás que ese mismo temor se vuelva tristeza, pues esta amargaría las alegrías más puras de esta vida. Perseverar no significa, por tanto, volverse indiferente al riesgo de la propia infidelidad: significa, por el contrario, temerla por amor, sin permitir jamás que ese amor se vuelva contra la paz que, al contrario, debería conservar intacta.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 36, 27 de mayo de 1938:

> «Hija mía bendita, aquí te quiero, aprisionada en mi Querer, a fin de que todas las otras cosas no tengan vida en ti. Debes saber que toda la armonía de la criatura está en la continuación de sus actos buenos hechos en mi Querer, un acto no forma armonía ni variedad de bellezas, en cambio muchos actos continuos unidos juntos, llaman la atención de Dios […]. Los actos repetidos, en la criatura forman la fuerza del alma, atan más a Dios a la criatura, forman el Cielo en el fondo del alma […]. Y además, un solo acto jamás ha formado santidad; los actos cuando no son continuos no tienen fuerza, no poseen la vida del amor, porque el verdadero amor jamás dice basta, no se detiene jamás, y si dice basta se siente morir.»
>
> *« Figlia mia benedetta, qui ti voglio, imprigionata nel mio Volere, affinché tutte le altre cose non abbiano vita in te. Or, tu devi sapere che tutta l'armonia della creatura sta nella continuazione dei suoi atti buoni fatti nel mio Volere. Un atto non forma armonia né varietà di bellezza, invece tanti atti continui uniti insieme, chiamano l'attenzione di Dio, […] Gli atti ripetuti, nella creatura formano la forza dell'anima, legano di più Dio alla creatura, formano il Cielo nel fondo dell'anima […] E poi, un atto solo non ha formato mai santità; gli atti quando non sono continui, non hanno forza, non posseggono la vita dell'amore, perché il vero amore non dice mai basta, non si arresta mai e, se dice basta, si sente morire. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 28 de agosto de 1923:

«Hija mía, habiendo puesto en ti la propiedad de mi Querer, quiero que no sólo sea poseído por ti, sino que lo sepas conservar bien, cultivar, agrandar, de manera de multiplicarlo; así que las penas, las mortificaciones, la vigilancia, la paciencia, y hasta mi misma privación sirven para agrandar y custodiar los confines de mi Voluntad en tu alma. No basta el poseer, sino saber poseer; ¿de qué le sirve al hombre poseer una propiedad si no se toma el cuidado de sembrarla, cultivarla, custodiarla, para después recoger los frutos de sus fatigas? Si no trabaja su terreno, a pesar de que lo posee se puede decir que no tendrá con qué quitarse el hambre, así que no es el poseer lo que hace rico y feliz al hombre, sino el saber cultivar bien lo que posee. Así son mis gracias, mis dones, especialmente mi Voluntad que cual Reina he puesto en ti, quiere el alimento de ti, quiere el trabajo de tus penas, de tus actos […]. Y así tú por una parte y mi Voluntad por la otra, alargaréis los confines de mi Suprema Voluntad en ti.»

« Figlia mia, avendo messo in te la proprietà del mio Volere, voglio che non solo sia posseduto da te, ma che lo sappia bene conservare, coltivare, allargare, in modo da moltiplicarlo; sicché le pene, le mortificazioni, la vigilanza, la pazienza e anche la mia stessa privazione, servono ad allargare e a custodire i confini della mia Volontà nell'anima tua. Non basta possedere, ma saper possedere; che giova all'uomo possedere un podere, se non si prende la cura di seminarlo, coltivarlo, custodirlo, per poi raccogliere i frutti delle sue fatiche? Se non lavora il suo terreno, anche se lo possiede si può dire che non ha di che sfamarsi, sicché non è il possedere che rende ricco e felice l'uomo, ma il sapere ben coltivare ciò che possiede. Così sono le mie grazie, i miei doni, specie la mia Volontà che qual Regina ho messo in te, vuole da te il cibo, vuole il lavorio delle tue pene, dei tuoi atti, […] E così tu da una parte e la mia Volontà dall'altra, allargherete i confini della mia Suprema Volontà in te. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 34, 18 de marzo de 1937:

«Tú debes saber que es tanto el amor de mi Fiat hacia quien vive en Él, que si la criatura, no por voluntad, sino por debilidad e impotencia, no sigue todos los actos de mi Querer, o si, por necesidad de sufrimientos o de otra cosa, su vida no corre en Él, es tanto su amor que hace Él mismo lo que debería hacer la criatura: la suple en todo, llama de nuevo en ella su disposición, su orden, su amor, a fin de que el alma se sacuda y retome su vida junto con Él, y esto para hacer que la vida humana no quede ni dividida ni separada de la suya; si no hiciera esto, quedaría el vacío divino, pero su amor no lo tolera y hace de suplidor de lo que le falta a la criatura, porque quiere que su Vida Divina no falte jamás en ella, sino que sea continua.»

« Tu devi sapere che è tanto l'amore del mio Fiat verso chi vive in Esso, che se la creatura non per volontà, ma per debolezza ed impotenza, non segue tutti gli atti del mio Volere, oppure se per necessità di sofferenze o di altro, non scorre la sua vita in Esso, è tanto il suo amore che fa Essa ciò che dovrebbe fare la creatura, la supplisce in tutto, richiama la sua attitudine, l'ordine suo, il suo amore, affinché l'anima si scuota e riprenda la sua vita insieme e questo per fare che la vita umana non resti né divisa, né separata dalla sua; se ciò non facesse, resterebbe il vuoto Divino, ma il suo amore non lo tollera e fa da supplitrice a ciò che manca alla creatura, perché vuole che la sua vita Divina, non debba mai mancare in essa, ma sia continua. »

Sin embargo, pone una condición, en un texto del mismo volumen, fechado el 28 de mayo de 1937:

«Hija mía, tu temor me desagrada; debes saber que es tanto mi interés, el amor que me

quema porque quiero que el alma viva en mi Voluntad, que Yo tomo el compromiso de todo y la suplo en todo. Pero hago esto cuando ha habido una decisión firme y constante de querer vivir en Ella y, por parte suya, no falta: hace cuanto puede.»

« Figlia mia, il tuo timore mi dispiace, tu devi sapere che è tanto il mio interesse, l'amore che mi brucia che voglio che l'anima viva nella mia Volontà, che prendo Io l'impegno di tutto, la supplisco in tutto, però faccio questo quando c'è stata una decisione ferma e costante di voler vivere in Essa e da parte sua non manca, fa quanto più può. »

Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 28, 20 de noviembre de 1930:

«Mi abandono en el Querer Divino continúa, si bien con el temor de que por mi infidelidad pudiese tener la gran desventura de ser rechazada de vivir dentro del bello cielo del Fiat Supremo. […]»

«Hija mía, ánimo, el temor de perder un bien significa poseerlo, conocerlo y amarlo, y poseerlo no por usurpación sino con derecho de propiedad […]. Por eso no temas, porque el temor vuelve infeliz el bien que se posee y amarga las alegrías más puras, más santas y divinas que hay en mi Fiat.»

« Il mio abbandono nel Volere Divino continua, sebbene col timore che per le mie infedeltà possa avere la grande sventura di essere respinta dal vivere dentro il bel Cielo del Fiat Supremo. […] »

« Figlia mia, coraggio, il timore di perdere un bene, significa possederlo, conoscerlo ed amarlo e possederlo non con usurpazione, ma con diritto di proprietà […] Perciò non temere, perché il timore rende infelice il bene che si possiede ed amareggia le gioie più pure, più sante e divine che ci sono nel mio Fiat. »

Articulación católica. La parábola del hijo pródigo enseña exactamente esta confianza en el retorno: el padre no pide al hijo que regresa ni una justificación prolongada ni una penitencia previa; corre a su encuentro y lo reviste inmediatamente con el mejor traje (Lc 15,20-24) —el Catecismo ve en esta parábola la imagen misma de la misericordia de Dios, siempre pronta a acoger sin demora (CIC 1439). San Pablo, por su parte, exhorta a perseverar en los mismos términos empleados aquí para la continuidad de los actos: «No nos cansemos de hacer el bien» (Gál 6,9). Perseverar, en la vida cristiana como en la del Fiat, nunca ha significado, por tanto, no caer jamás, sino no dejar nunca de levantarse y de recomenzar.

Este temor que Luisa confía a Jesús no tiene nada de servil: el Catecismo distingue precisamente el temor del esclavo, vuelto hacia el castigo, del propio del hijo que «responde al amor del que nos amó primero» (CIC 1828) —este temor filial figura, además, entre los siete dones del Espíritu Santo (CIC 1831). Lo que Jesús confirma aquí a Luisa no es, por tanto, sino este don ya reconocido por toda la tradición católica.

Fórmula para recordar. El verdadero amor nunca dice basta; y cuando la debilidad lo hace caer, se levanta sin detenerse en el escrúpulo, mientras Jesús mismo suple lo que falta al alma firmemente decidida a vivir en su Fiat.

Séptima parte — Propiedades, frutos y fecundidad de la vida en el Fiat

---

Pregunta 1 — ¿Existen grados en la vida de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús distingue cuatro grados de vida en su Voluntad, a imagen de cuatro personas expuestas de manera diversa a la luz y al calor del sol: la que permanece fuera del Reino y no recibe más que una luz difusa a pesar de sus propias debilidades; la que ha entrado en los primeros pasos de sus confines y siente ya morir sus pasiones; la que ha avanzado en él hasta el punto de olvidar casi todo de sí misma; aquella, finalmente, que lo ha adquirido y se encuentra totalmente consumida en ese mismo sol. Estos grados nunca son impuestos desde el exterior: miden solamente hasta dónde consiente cada uno en exponerse a una luz que, por su parte, se ofrece sin restricción alguna.

Desarrollo. La parte anterior ha mostrado cómo se recibe el Don (VI.3), cómo se depone la voluntad humana sin suprimirla (VI.6-7), cómo se persevera en esta vida (VI.18). Queda por precisar algo que este recorrido ha dejado implícito: no todos los que viven en la Divina Voluntad viven en ella en el mismo grado, y el propio Jesús ofrece una imagen de gran precisión.

Jesús compara su Voluntad con el sol, cuya luz y calor nunca son medidos por él, sino recibidos de manera diversa según la posición de quien se expone a ellos. Una primera persona permanece en su habitación: no conoce más que una luz suave, sin calor —es el alma que permanece fuera de las fronteras del Reino, viviendo todavía de sus propias debilidades y pasiones como de un aire viciado, pero a la que la luz, por débil que sea, nunca deja de visitar y bendecir en su resignación. Una segunda sale de su morada: siente el calor además de la luz, respira un aire purificado, siente morir sus pasiones —es el alma que ha entrado en los primeros pasos del Reino, constante en el bien, pero que todavía mira la tierra y siente el peso de la naturaleza humana. Una tercera se coloca donde los rayos golpean directamente: la luz es tal que le hace olvidar virtudes y cruces, que se transforman en naturaleza —es el alma avanzada hasta el corazón del Reino. Una cuarta, finalmente, emprende el vuelo hasta el centro mismo de la esfera solar: allí queda totalmente consumida, sin poder ver ni sentir ya nada más que luz y fuego —es el alma que ha adquirido el Reino mismo.

Este último grado comporta un signo propio que Jesús precisa en otro lugar: a medida que el alma se sumerge cada vez más en su Voluntad y hace de ella su propia vida, llega a absorber en sí algo de su misma inmutabilidad e impasibilidad —no porque el alma deje de sufrir o de poder decaer, sino porque su vida adquiere, en esta Voluntad eterna, una estabilidad que ya no es la del frágil esfuerzo humano por sí solo.

Jesús concluye indicando que estos grados nunca son una fatalidad impuesta, sino la medida exacta de lo que cada uno quiera tomar de los bienes de su Reino —sirviendo los primeros grados de impulso y de camino hacia el último. Y a Luisa, encargada de dar a conocer este Reino, le pide expresamente vivir en el grado más elevado.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 26 de julio de 1926:

> «Hija mía, la luz del sol no es gozada por todos en la misma medida, esto no por parte del sol, […] sino por parte de las criaturas […]. Ahora, el sol es la imagen de

mi Voluntad […]. La imagen de estas personas son los cuatro grados del vivir en mi Voluntad: […] Así que habrá diferencia de grados en el reino de mi Voluntad según que las criaturas querrán tomar de sus bienes, pero los primeros grados serán empujones y caminos para llegar al último. Ahora, para ti que lo debes hacer conocer, es totalmente necesario que vivas en el último grado.»

« Figlia mia, come la luce del sole non viene goduta da tutti egualmente, non da parte del sole, […] ma da parte delle creature. […] il sole è l'immagine della mia Volontà, […] L'immagine di queste persone sono i quattro gradi di vivere nella mia Volontà. […] Quindi ci sarà differenza di gradi nel Regno della mia Volontà a seconda che le creature vorranno prendere dei suoi beni, ma i primi gradi saranno spinte e vie per giungere all'ultimo. Per te poi, che devi far conoscere il Regno c'è tutta la necessità che viva nell'ultimo grado. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 13, 21 de octubre de 1921:

«Amada hija de mi Querer, como sol te inunda mi Querer […] y como mi Querer es eterno, por cuanto más tratas de estar en Él, y hacer de Él más que vida propia, vienes a absorber en ti mi inmutabilidad e impasibilidad.»

« Figlia diletta del mio Volere, il mio Volere t'inonda come sole. […] e siccome il mio Volere è eterno, quanto più cerchi di stare in Esso e fartene più che vita propria, vieni ad assorbire in te la mia immutabilità ed impassibilità. »

Articulación católica. San Pablo enseña que «a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo» (Ef 4,7), y sucede lo mismo con la gloria prometida: «uno es el resplandor del sol y otro el resplandor de la luna, y otro el resplandor de las estrellas; pues una estrella se distingue de otra por su brillo» (1 Co 15,41). El Catecismo enseña que todos los fieles están llamados a la misma plenitud de la caridad, pero que cada uno progresa en ella según su propio camino y los dones recibidos (CIC 2013-2014, ya citado en V.15 y IX.1) —de modo que la misma vocación universal admite, en su único impulso, una diversidad real de grados alcanzados.

Este lenguaje no significa que el alma peregrina adquiera, ya aquí abajo, la impasibilidad propia de los bienaventurados del Cielo, que ya no pueden ni sufrir ni fallar —el relato mismo de la vida de Luisa, con sus fidelidades y sus momentos de debilidad (cf. V.19), muestra que sigue siendo una criatura libre, capaz de vacilar. Lo que Jesús nombra aquí es una participación, no una identidad: una estabilidad creciente que refleja, sin igualarla, la inmutabilidad propia únicamente de Dios.

Fórmula para recordar. La luz de la Divina Voluntad nunca se mide; es la criatura la que, según se expone a ella, recibe poco o queda un día totalmente consumida en ella.

Pregunta 2 — ¿Cómo se convierte Dios, a su vez, en el Templo del alma que vive en su Voluntad?

Respuesta breve. Jesús conduce este misterio en dos movimientos. Primero, la imagen clásica: el alma en estado de gracia es el Templo de Dios, que viene a habitar en ella y a desplegar cada vez más los efectos de su Vida, a la manera de un niño que crece en el seno de su madre. Después Jesús revela una superación: cuando el alma vive plenamente en su Voluntad, es ella, a su vez, la que encuentra refugio en Dios como en su propio Templo —ya no solamente anfitriona, sino acogida. Los dos movimientos, lejos de contradecirse, cierran un mismo círculo: Dios en el alma, el alma en Dios.

Desarrollo. Jesús comienza con una queja que prepara todo lo demás: el alma que no vive en su Voluntad lo deja «en la soledad» y lo «reduce al silencio» —no por indiferencia de su parte, sino porque, sin la luz de su Querer vivo en ella, ya no comprende su lenguaje celestial, y Él no encuentra a nadie a quien decírselo. Esta soledad es la que rompe, en primer lugar, el alma que vive en el Fiat.

El primer movimiento es el que toda la tradición espiritual conoce ya: el alma en gracia es el Templo de Dios, que viene a habitar en ella. Un texto del 28 de septiembre de 1935, citado más adelante como complemento, precisa sus condiciones concretas, a imagen misma de la concepción de Jesús en el seno de María: el aliento, el calor, el alimento. Lo que entonces recibió de su Madre, dice Jesús, lo espera ahora de toda alma que lo lleva —la oración, el sufrimiento ofrecido, la adoración, la alabanza—, hasta poder decir de ella: «camino en sus pies, obro en sus manos, hablo en su voz, pienso en su mente, amo en su corazón». Este primer Templo crece o se debilita según que el alma continúe o no dándole este alimento.

Pero Jesús va más lejos, en un segundo movimiento que revela en una sola frase: «el alma en gracia es el templo de Dios, pero cuando el alma vive en nuestra Voluntad, Dios se hace templo del alma». El primer templo, dice, permanece expuesto a los peligros, a los enemigos, sujeto a las pasiones; sucede incluso que Dios se encuentra en él «no cuidado, no amado como conviene», y que la pequeña lámpara del amor continuo, por falta de aceite, se apaga; si el alma cae en pecado grave, este templo se derrumba y queda ocupado por ladrones que lo profanan. El segundo templo, en cambio, no está expuesto a ningún peligro: los enemigos no pueden acercarse, las pasiones pierden en él la vida. El alma se convierte allí como en una «pequeña hostia» que tiene consagrado en ella a su Jesús; este templo, dice Jesús, «ocupa su puesto real, su Querer completo y es nuestra gloria y nuestro triunfo».

Este segundo Templo nunca es, por tanto, una simple duplicación del primero: es su inversión exacta, que cierra el círculo en vez de romperlo. Allí donde el alma en gracia acoge a Dios como a un huésped al que debe guardar y defender contra el pecado, aquí es el alma misma la que, encontrando en Dios una morada sin peligro, se establece y habita ya en Él —ya no anfitriona, sino resguardada. Los dos movimientos coexisten sin contradecirse: Dios continúa creciendo en el alma como lo ha mostrado el primer texto, mientras que el alma, simultáneamente, encuentra en Él su propio refugio —una inhabitación recíproca que ninguna de las dos imágenes, tomada por sí sola, bastaría para expresar enteramente.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 11 de marzo de 1934:

> «Ahora, tú debes saber que el alma en gracia es el templo de Dios, pero cuando el alma vive en nuestra Voluntad, Dios se hace templo del alma, y ¡oh! la gran diferencia entre la criatura templo de Dios, y entre Dios templo del alma; el primero es un templo expuesto a los peligros, a los enemigos, sujeto a pasiones, muchas veces nuestro Ente Supremo se encuentra en estos templos como en los templos de piedra, no cuidado, no amado como conviene, y la pequeña lamparita de su amor continuo que debía tener como homenaje a su Dios que reside en ella, sin el aceite puro está apagada, y si jamás sea, cae en pecado grave, nuestro templo se derrumba y queda ocupado por ladrones, nuestros enemigos y suyos, que lo profanan y de él hacen masacre. El segundo templo, es decir Dios templo del alma, no está expuesto a peligros, los enemigos no pueden acercarse, las pasiones pierden la vida, el alma en este nuestro templo divino es como la pequeña hostia que tiene consagrado en ella a su Jesús, la cual con el amor perenne que toma, recibe y se alimenta, forma la lámpara viva que siempre arde, sin que jamás se apague; este nuestro templo ocupa su puesto real, su Querer completo y es nuestra gloria y nuestro triunfo.»
>
> *« Ora tu devi sapere che l'anima in grazia è il Tempio di Dio. Però quando l'anima*

vive nella nostra Volontà, Dio si fa Tempio dell'anima e oh, la gran differenza tra la creatura Tempio di Dio e Dio Tempio dell'anima; il primo è un tempio esposto a pericoli, a nemici, soggetto a passioni, molte volte il nostro Ente Supremo, si trova in questi templi come nei templi di pietra, non curato, non amato come si conviene e la piccola lampadina dell'amore continuo che la creatura avrebbe dovuto avere come omaggio al suo Dio che risiede in essa, senza il puro olio è spenta e se caso mai cade in peccato grave, il nostro tempio crolla e viene occupato dai ladri nostri e suoi nemici che lo profanano e ne fanno scempio. Il secondo Tempio, cioè Dio Tempio dell'anima, non è esposto a pericoli, i nemici non possono avvicinarsi, le passioni perdono la vita, l'anima in questo nostro Tempio Divino è come la piccola Ostia che tiene consacrato in Essa il suo Gesù, la quale coll'amore perenne che attinge, riceve e si alimenta, forma la lampadina viva che sempre arde, senza che mai si spenga, questo nostro Tempio occupa il suo posto regio, il suo Volere compiuto ed è la nostra gloria ed il nostro trionfo. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 28 de septiembre de 1935:

«… así como en el seno de la Virgen Santa respiraba a través de su respiración, era calentado por su calor y alimentado por su Sangre, así espero de la criatura que me posee la respiración, el calor, el crecimiento para desarrollar mi Vida. […] Cuando la criatura me ama, me da la respiración, me da el calor; cada bien que hace —si ruega, si sufre por Mí, si me adora y glorifica— me hace crecer, me da el movimiento, contribuye a formarme en su alma, […] entonces desarrollo mi Vida en ella, camino en sus pies, obro en sus manos, hablo en su voz, pienso en su mente, amo en su corazón…»

« … come nel seno della Vergine Santa respiravo attraverso il suo respiro, riscaldato dal suo calore, alimentato dal suo Sangue, così aspetto dalla creatura che Mi possiede il respiro, il calore, la crescita per sviluppare la mia Vita. […] Quando la creatura Mi ama, Mi dà il respiro, Mi dà il calore, ogni bene che fa, se prega, se soffre per Me, se Mi adora e glorifica, Mi fa crescere, Mi dà il moto, contribuisce a formarmi nell'anima sua, […] allora svolgo la mia Vita in essa, cammino nei suoi piedi, opero nelle sue mani, parlo nella sua voce, penso nella sua mente, amo nel suo cuore… »

Articulación católica. San Pablo enseña: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Co 3,16) —doctrina común que esta inversión no contradice jamás, sino cuya intensificación posible revela: la misma inhabitación, vivida ya no como simple habitación recibida por el alma, sino como la morada en la que el alma misma, a su vez, se encuentra por fin segura, al abrigo de lo que amenazaba a la primera. El Catecismo enseña que el alma del justo se convierte, por la gracia santificante, en «templo del Espíritu Santo» (CIC 1695, cf. 1 Co 6,19) —verdad que este texto nunca supera, sino que invierte, en el vocabulario propio de esta espiritualidad, para expresar su otra cara: lo que el alma recibe de Dios como morada, puede también, en cierto sentido, devolvérselo. Que esta morada pueda crecer pertenece, por lo demás, a la doctrina común de la gracia misma: el Catecismo define la gracia santificante como «una disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios» (CIC 2000), y la tradición teológica enseña, desde el Concilio de Trento, que puede aumentar mediante las buenas obras y los sacramentos recibidos dignamente —crecimiento que el *Libro de Cielo* permite ver aquí bajo una imagen de una precisión concreta poco común.

Fórmula para recordar. Dios habita el alma como su Templo y despliega en ella cada vez más su Vida; el alma que vive en el Fiat habita, a su vez, en Dios como en su propio Templo: los dos movimientos, lejos de contradecirse, cierran un mismo círculo de inhabitación recíproca.

Pregunta 3 — ¿Cómo se convierte el alma que vive en la Divina Voluntad en el Cielo y el descanso de Dios?

Respuesta breve. El descanso que Dios buscaba en el séptimo día era la alegría contemplativa de una obra buena y acabada, en un mundo que todavía no le oponía ninguna resistencia —y el Génesis marca este día con un rasgo propio: a diferencia de los otros seis, no lo cierra con tarde ni mañana alguna. Adán se lo ofreció primero; la Caída se lo arrebató inmediatamente. Lo que Jesús revela después a Luisa es la forma que adopta este mismo descanso en un mundo ya herido por el pecado: el alma que vive plenamente en su Voluntad le presta su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor, como una pantalla interpuesta entre Él y la resistencia del mundo. Este descanso protector anticipa el descanso pleno y ya sin necesidad de defensa prometido para el día en que el Reinado del Fiat reine sobre toda la tierra.

Desarrollo. La Primera parte ha mostrado que toda la Creación permanece en el Fiat por naturaleza, y que solamente el hombre permanece en él mediante una elección libre (I.12). Lo que Jesús revela aquí a Luisa sigue el hilo mismo del relato del Génesis, sin añadirle nada: después de la Creación viene, en este relato, el descanso del séptimo día —este es el descanso que el texto viene a nombrar y profundizar.

Este descanso, en sí mismo, es la alegría que Dios encuentra en una obra buena y acabada, en un mundo que todavía no le opone ninguna resistencia. El texto bíblico lo marca con un rasgo propio: cada uno de los seis primeros días se cierra con la misma fórmula, «hubo tarde y hubo mañana»; solamente el séptimo carece de ella (Gn 2,1-3) —la tradición leyó muy pronto en él un descanso que no se cierra, abierto a la eternidad más que limitado como los otros días.

Nunca es cualquier criatura la que puede procurar este descanso: es el alma que vive en la Divina Voluntad y que, por esta misma vida, ha recibido la capacidad de devolver a Dios a Dios mismo —no sus propios pensamientos, sus propias palabras, sus propias obras, sino los mismos de Dios, que lleva ya en sí por esta Voluntad que obra en ella como en Él. El texto muestra su escena concreta, y es importante no separarla de lo que la precede inmediatamente: aquel día, Jesús acaba de revelar a Luisa la carrera vertiginosa de las generaciones hacia el mal, y le confía que está asociada, mediante esta misma vida en el Fiat, a «preparar el acto opuesto a los muchos males que inundan la tierra». Es en este estado, no de simple cansancio sino de aflicción ante el mal del mundo, cuando viene a ella y le pide, sin rodeos: «dame un poco de reposo, porque no puedo más». Luisa responde entonces mediante un acto en cuatro gestos que ella misma describe: extiende su inteligencia en la inteligencia increada de Dios, su palabra en su Fiat, sus obras en las suyas, su amor en su amor inmenso —para que esta misma inteligencia, esta palabra, estas obras y este amor, ya suyos, se interpongan como una sombra entre Él y todo aquello que, en el mundo creado, se le resiste o se le escapa: las inteligencias, las voces, las obras, los corazones. Nunca es, por tanto, ella quien consuela a Dios con sus propias fuerzas: es Dios quien, al reencontrar en ella y por medio de ella su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor mismos, encuentra por fin, en ella, dónde descansar —no de un cansancio, sino de la resistencia misma que encuentra en todas partes fuera de ella.

Jesús revela, en efecto, a Luisa que este descanso nunca fue una simple detención de la actividad, sino la espera de un lugar preciso donde reposar: «he podido reposar porque me has circundado con la sombra de mis obras, de mi Fiat y de mi amor […]». Este descanso, precisa Jesús, depende enteramente de su Voluntad obrante en el alma; y mientras nadie consienta en vivir de esta Voluntad, este descanso le sigue siendo negado, a pesar incluso del cumplimiento de todas sus obras. Jesús llega a vincular explícitamente esta negativa al estado del mundo mismo: al no encontrar su sombra en un alma, dice, no puede

«cumplir [sus] obras y dar la última pincelada divina a toda la Creación» —y es esta misma imposibilidad la que hace necesarias las purificaciones más rigurosas. El descanso que Luisa le procura no es, por tanto, un simple alivio afectivo: es lo que, en germen, retiene un mal mayor.

Otros dos textos expresan este mismo descanso bajo la imagen del Cielo. Uno compara el alma que hace la Voluntad de Dios con un cielo «sin sol y sin estrellas» distintos de Él: «el Sol soy Yo, y las estrellas que embellecen este cielo son mis mismas virtudes» —y Jesús concluye: «este cielo es mi contento, mi reposo, mi amor, mi paraíso» (vol. 11, 28 de junio de 1912). El otro describe este mismo misterio bajo la imagen de un arpa interior, cada una de cuyas cuerdas lleva un atributo divino —el amor, la bondad, la potencia, la misericordia, la fortaleza, la sabiduría, la pureza, la justicia— que Jesús viene a tocar y afinar en el alma que vive en su Querer. Jesús mismo precisa allí lo que este descanso hace posible: «este sonido es tan melodioso que me hace tolerar todo y soportar los graves males del pobre mundo» —antes de poder decir finalmente: «aquí es mi Cielo» (vol. 20, 11 de febrero de 1927).

Este descanso que Luisa le procura, a su vez, nunca es, por tanto, el descanso del Jardín mismo vuelto tal cual: es la forma que adopta este mismo descanso en un mundo donde la Divina Voluntad encuentra ahora una resistencia que es preciso cubrir con una sombra para que deje de herir. Un texto anterior ya había anunciado aquello en lo que se convertiría, al término, este mismo descanso: Dios, dice Jesús, «tomará su perpetuo reposo en el último Fiat» (vol. 12, 22 de febrero de 1921) —el día en que, viviendo finalmente toda la tierra de esta Voluntad, ninguna sombra tendrá ya que interponerse.

Estos tres textos convergen, por tanto, hacia una misma conclusión, que es preciso enunciar sin rodeos: el descanso que Dios busca desde el séptimo día nunca es un descanso del cansancio, sino un descanso de la resistencia —la que oponen a su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor las inteligencias, las voces, las obras y los corazones abandonados a sí mismos. El alma que vive en la Divina Voluntad no le aporta, por tanto, solamente una consolación: al convertirse, mediante esta misma Voluntad, en sombra interpuesta entre Él y el mundo, le ofrece un lugar donde ya no es contradicho ni retenido, y donde, al menos por un tiempo, el mal del mundo ya no le impide obrar plenamente. Luisa retomará esta misma dinámica algunas semanas más tarde, bajo la imagen de un dique opuesto a la Justicia divina (vol. 16, 8 de abril y 9 de mayo de 1924) —materia que la Décima parte desarrollará plenamente (X.13).

Cita de Luisa. Luisa a Jesús, *Libro de Cielo*, vol. 16, 22 de marzo de 1924:

> «Amor mío, extiendo mi inteligencia en tu Voluntad para poder encontrar tu inteligencia increada, de manera que extendiendo la mía en la tuya hago sombra a todas las inteligencias creadas, de modo que sentirás tu sombra interpuesta a todas las mentes creadas, y así podrás encontrar reposo a la santidad de tu inteligencia; extiendo mis palabras en tu Fiat para poder interponer entre las voces humanas la sombra de aquel Fiat Omnipotente, y así podrá reposar tu respiro, tu boca; extiendo mis obras en las tuyas para interponer entre las obras de las criaturas la sombra y la santidad de las tuyas, para dar reposo a tus manos; extiendo en tu Voluntad mi pequeño amor para hacerte la sombra de tu inmenso amor, que interpongo entre todos los corazones para dar reposo a tu corazón acongojado.»
>
> *« Amor mio, stendo la mia intelligenza nella tua Volontà per poter trovare la tua intelligenza increata, in modo che stendendo la mia nella tua faccia ombra a tutte le intelligenze create, in modo che sentirai la tua ombra frapposta a tutte le menti create e così potrai trovare riposo alla santità della tua intelligenza; stendo la mia parola nel tuo Fiat per poter frapporre tra le voci umane l'ombra di quel Fiat onnipotente e così*

potrà riposare il tuo respiro, la tua bocca; stendo le mie opere nelle tue per frapporre tra le opere delle creature l'ombra e la santità delle tue, per dar riposo alle tue mani; stendo nella tua Volontà il mio piccolo amore per farti l'ombra del tuo immenso amore, che frappongo fra tutti i cuori per dar riposo al tuo cuore affannato. »

Jesús a Luisa, el mismo día:

«Hija mía, he podido reposar porque me has circundado con la sombra de mis obras, de mi Fiat y de mi amor; este es el reposo que Yo dije después de haber creado todas las cosas, y como el hombre fue el último que fue creado quería reposarme en él, esto es, en virtud de mi Voluntad obrante en él, que formando en él mi sombra, debía hacerme encontrar mi reposo y el cumplimiento de mis obras. Pero esto me fue negado pues no quiso hacer mi Voluntad, y hasta en tanto que no encuentre quién quiera vivir de mi Voluntad, que forma en el alma la sombra de mi imagen, no encontrando mi sombra no puedo reposar, porque no puedo cumplir mis obras y dar la última pincelada divina a toda la Creación. Por eso la tierra tiene necesidad de ser purgada y renovada, pero con purgas fuertes, tanto que muchos dejarán la vida. Tú ten paciencia y sigue siempre mi Voluntad.»

« Figlia mia, ho potuto riposare perché mi hai circondato con le ombre delle mie opere, del mio Fiat e del mio amore. Questo è il riposo di cui Io ti ho parlato dopo aver creato tutte le cose e siccome l'uomo fu l'ultimo ad essere creato, volevo riposarmi in lui, cioè in virtù della mia Volontà agente in lui e che formava in lui l'ombra mia, avrei dovuto trovare il mio riposo ed il compimento delle mie opere. Ma questo mi venne negato perché non volle fare la mia Volontà e finché non trovo chi vuol vivere della mia Volontà, che adombra nell'anima la mia immagine, non trovando la mia ombra non posso riposare, perché non posso compiere le opere mie e dare l'ultima pennellata divina a tutta la Creazione. Perciò la terra ha bisogno d'essere purgata e rinnovata, ma con purghe forti, tanto che molti lasceranno la vita e tu abbi pazienza e segui sempre la mia Volontà. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 28 de junio de 1912 —sobre el cielo sin sol ni estrellas:

«Hija mía, el alma que hace mi Voluntad es cielo, pero cielo sin sol y sin estrellas, porque el Sol soy Yo y las estrellas que embellecen este cielo son mis mismas virtudes. ¡Qué bello es este cielo, de hacer enamorar a cualquiera que lo pueda conocer! Y mucho más quedo Yo enamorado, porque como Sol me pongo en el centro de este cielo […] Bello este cielo al verse si resplandece el Sol, esto es cuando me manifiesto y acaricio al alma […] y tocado por su amor desfallezco y me reposo en ella […] Bello en todos modos, este cielo es mi contento, mi reposo, mi amor, mi paraíso.»

« Figlia mia, l'anima che fa la mia Volontà è cielo, ma cielo senza sole e senza stelle, perché il Sole sono Io e le stelle che abbelliscono questo cielo, le mie stesse virtù. Bello questo cielo, da innamorare chiunque lo può conoscere e molto più ne resto innamorato Io, che, come Sole, mi metto nel centro di questo cielo […] Bello questo cielo a vedersi se splende il Sole, cioè quando mi manifesto e carezzo l'anima […] e, toccato dal suo amore, vengo meno e mi riposo in lei, […] Bello in tutti i modi, questo cielo è il mio contento, il mio riposo, il mio amore, il mio paradiso. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 11 de febrero de 1927 —sobre el arpa interior de los atributos divinos:

«Hija mía, estas cuerdas son símbolo del alma en la cual reina mi Voluntad, Yo mismo me deleito de formarlas y de ponerlas todas ordenadas; míralas cómo son bellas, cada cuerda tiene su color distinto, investidas de luz, de modo que todas juntas forman el más bello arco iris, todo deslumbrante de luz. ¿Pero quieres saber por qué cada

cuerda tiene su color distinto? Porque cada una de ellas simboliza todas mis cualidades divinas, esto es, mis atributos, así que he puesto todo en orden, la cuerda del amor, la cuerda de la bondad, la cuerda de la potencia, de la misericordia, de la fortaleza, de la sabiduría, de la pureza, en suma, todo, no he excluido ni siquiera la cuerda de la justicia, de modo que cuando quiero amar y ser amado, toco la cuerda del amor, ¡oh! cómo es dulce su sonido, suave, penetrante, deleitable, de modo que sacude Cielos y tierra, inviste las fibras más íntimas de todos los seres donde reina mi Querer, y Yo amo y soy amado, porque el sonido atrae y rapta a todos a amarme, y Yo quedo raptado por mi mismo amor, amo y hago salir océanos de amor; este sonido es tan melodioso que me hace tolerar todo y soportar los graves males del pobre mundo. Este sonido me hace pasar a tocar la cuerda de la bondad, y este sonido llama la atención de todos para recibir los bienes que mi bondad quiere hacer salir, que quiere dar a las criaturas […]. Por tanto cada vez que quiero poner en oficio un atributo mío, toco la cuerda que le pertenece y lo pongo en actitud de sonar. ¿Pero sabes por qué he dispuesto en ti todas estas cuerdas? Porque en donde reina mi Divina Voluntad quiero encontrarme a todo Yo mismo y todas las cosas que me pertenecen, de modo que lo que hago en el Cielo debo poder hacerlo en el alma donde domina y reina mi Fiat Supremo, debo tener mi trono, mis músicas, de modo de poder hacer vibrar el sonido de la misericordia para convertir a las almas, el sonido de la sabiduría para hacerme conocer, el sonido de mi potencia y justicia para hacerme temer, debo poder decir, aquí es mi Cielo.»

« Figlia mia, queste corde sono simbolo dell'anima in cui regna la mia Volontà, Io stesso mi diletto di formarle e di metterle tutte ordinate. Guardale come sono belle, ogni corda ha il suo colore distinto, investito di luce, in modo che tutte insieme formano la più bella iride, tutta smagliante di luce. Ma vuoi sapere perché ogni corda ha il suo colore distinto? Perché ognuna di essa simboleggia tutte le mie qualità Divine cioè i miei attributi. Sicché ho messo tutto in ordine, la corda dell'amore, la corda della bontà, la corda della potenza, della misericordia, della fortezza, della sapienza, della purità, insomma tutto, non ho escluso neppure la corda della giustizia, in modo che quando voglio amare ed essere amato tocco la corda dell'amore. Oh! Com'è dolce il suo suono soave, penetrante, dilettevole, in modo che scuote cieli e terra, investe le fibre più intime di tutti gli esseri dove regna il mio Volere ed Io amo e sono amato perché il suo suono attira e rapisce tutti ad amarmi ed Io stesso, rapito dal mio stesso amore, amo e metto fuori oceani d'amore. Questo suono è tanto melodioso che mi fa tollerare tutto e sopportare i gravi mali del povero mondo. Questo suono mi fa passare a toccare la corda della bontà. Questo suono chiama l'attenzione di tutti per ricevere i beni che la mia bontà vuol mettere fuori e vuol dare alle creature. […] Quindi ogni qualvolta voglio mettere in ufficio un mio attributo tocco la corda che gli appartiene e lo metto in attitudine. Ma sai perché ho disposto in te tutte queste corde? Perché dove regna la mia Divina Volontà voglio trovare tutto Me stesso e tutte le cose che mi appartengono, in modo che quello che faccio in Cielo devo poterlo fare nell'anima dove domina e regna il mio Fiat Supremo, devo avere il mio trono, le mie musiche, in modo da poter vibrare il suono della misericordia per convertire le anime, il suono della Sapienza per farmi conoscere, il suono della mia potenza e giustizia per farmi temere, devo poter dire: "qui è il mio cielo". »

Articulación católica. El Génesis marca la singularidad de este séptimo día: a diferencia de los seis primeros, no queda cerrado por ninguna fórmula conclusiva, silencio en el que san Agustín leía ya un descanso que no termina (*Confesiones*, XIII, 36). El Génesis refiere que «el séptimo día concluyó Dios la obra que había hecho y descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho» (Gn 2,1-2) —descanso que la Carta a los Hebreos anuncia como todavía por cumplirse: «por tanto, queda un descanso sabático para el pueblo de Dios; pues el que

entra en su descanso, también él descansa de sus obras, como Dios de las suyas» (Heb 4,9-10). Jesús promete igualmente a quien guarda su palabra: «vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23, ya citado en VI.9) —morada que, según el *Libro de Cielo*, se convierte en algo más que una visita pasajera: un descanso verdadero, buscado desde el origen y encontrado por fin.

Fórmula para recordar. El alma que vive en el Fiat no consuela a Dios con sus propias fuerzas: le devuelve, mediante la Voluntad que obra en ella, su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor mismos —y así se convierte para Él en el Cielo y en el descanso que busca desde el séptimo día de la Creación.

Pregunta 4 — ¿Cómo se distingue vivir en la Divina Voluntad de la filiación adoptiva común a todo bautizado, sin disminuir jamás su realidad ni su dignidad?

Respuesta breve. Todo bautizado se convierte realmente en hijo de Dios por adopción, partícipe de la naturaleza divina (2 Pe 1,4): filiación entera y plenamente real. El *Libro de Cielo* precisa, sin embargo, que solo Jesús y María poseyeron desde su origen una cooperación perfecta e ininterrumpida con la Divina Voluntad, que les daba parte en prerrogativas que la adopción bautismal, aunque plenamente real, no confiere automáticamente: vivir en la Divina Voluntad es el camino por el cual el bautizado es invitado a hacer fructificar plenamente esta misma adopción, no una filiación de orden superior que la reemplazaría.

Desarrollo. Es preciso abordar esta pregunta con extrema precisión, pues, mal comprendida, podría hacer creer que la filiación divina recibida en el bautismo sería de segundo rango con respecto a la de Jesús y María. Nada es más ajeno a la fe católica, profesada sin reserva desde la Introducción (P.9): el bautizado es verdaderamente hijo de Dios, coheredero con Cristo (Rom 8,17), y Dios le tiene el mismo amor que a su Hijo unigénito.

El *Libro de Cielo* introduce, sin embargo, una distinción que es preciso saber situar correctamente. Solo Jesús es el Hijo de Dios por naturaleza, engendrado del seno eterno del Padre, y solo María, concebida sin pecado, vivió desde su primer instante en una cooperación continua y jamás interrumpida con la Divina Voluntad. Los bautizados, en virtud de la Redención, reciben una filiación verdadera, pero calificada por el propio san Pablo de «adopción» (Rom 8,15; Gál 4,5) —distinta, no por su realidad, sino por su modo: una naturaleza herida por el pecado original recibe esta filiación por gracia, mientras que Jesús la posee por naturaleza y María, preservada de la herida original, la vivió sin interrumpirla jamás. Por eso Jesús mismo dice a Luisa: «Todo el bien hecho hasta ahora por las criaturas, ha sido hecho en virtud de los efectos de mi Voluntad Divina, porque no hay bien sin Ella, pero que hayan vivido totalmente y plenamente en su unidad, ninguno hasta ahora, solamente mi Mamá Reina» (vol. 23, 2 de febrero de 1928, ya citado en II.7) —don ahora abierto a toda alma que lo desee.

Este texto no quita, pues, nada a la filiación bautismal; solamente precisa su alcance: la adopción filial hace de todo bautizado un verdadero hijo de Dios, pero esta filiación, herida en su ejercicio por las consecuencias del pecado original, permanece como frenada, según muestra ya II.7, mientras el alma no elija vivir plenamente en la unidad de esta misma Voluntad que la ha adoptado. Vivir en la Divina Voluntad no añade, por tanto, un título nuevo a la filiación ya recibida: es su pleno ejercicio, ofrecido a quienquiera que desee recibirlo.

El *Libro de Cielo* llega a nombrar esta diferencia en términos de derechos de posesión. Jesús revela que un alma que no vive en su Voluntad permanece, en cierto modo, «hija ilegítima» —no porque su adopción sea falsa, sino porque no ejerce los plenos derechos sobre los bienes de la casa paterna que podría ejercer; solo su Voluntad, dice, «da el derecho de filiación y la libertad de tomar lo que quiere de la casa de su Padre Celestial». Esta imagen no quita nada a la legitimidad de la adopción bautismal —la palabra «ilegítima» describe un ejercicio impedido, no un título inválido—, pero muestra que vivir en la Divina Voluntad no es un suplemento facultativo: es la entrada en posesión efectiva de lo que la adopción ya da en derecho.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 22 de febrero de 1925:

> «Pero la voluntad humana, ingrata, no quiso gozar de los derechos que Nosotros le dimos sobre nuestros bienes y, no queriendo hacer nuestra Voluntad, hizo la suya; y haciendo la suya, puso barreras y verjas en estos caminos y se encerró en el miserable círculo de su voluntad […]. Mi Humanidad, compadeciéndose del hombre y amándolo con amor infinito, al hacer en todo la Voluntad de mi Padre, mantuvo íntegros estos caminos…»
>
> *« Ma la volontà umana, ingrata, non volle godere dei diritti che Noi gli demmo sui nostri beni e, non volendo fare la nostra Volontà, fece la sua e facendo la sua, mise le sbarre, i cancelli a queste vie e si restrinse nel misero cerchio della sua volontà, […] La mia Umanità, compassionando ed amando con amore infinito l'uomo, col fare in tutto la Volontà del Padre mio, mantenne integralmente queste vie… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 24 de enero de 1932:

> «Entonces, quien no hace y no vive en nuestra Voluntad Divina se vuelve extraña de la familia celestial […] ella misma se vuelve hija ilegítima que no tiene plenos derechos en las posesiones de su Padre Divino. Sólo mi Voluntad da el derecho de filiación, y la libertad de tomar lo que quiere de la casa de su Padre Celestial.»
>
> *« Onde chi non fa e non vive nella nostra Volontà Divina, si rende estranea alla famiglia celeste, […] essa stessa si rende figlia illegittima che non ha pieni diritti nei possedimenti del suo Padre Divino. Solo la mia Volontà dà il diritto di figliolanza e la libertà di prendere ciò che vuole dalla casa del suo Padre Celeste. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 2 de febrero de 1928 — sobre los efectos y la unidad de la Divina Voluntad:

> «Hija mía, todo el bien hecho hasta ahora por las criaturas ha sido hecho en virtud de los efectos de mi Divina Voluntad, porque no hay bien sin Ella; pero nadie hasta ahora ha vivido total y plenamente en su Unidad, sino sólo mi Mamá Reina…»
>
> *« Figlia mia, tutto il bene fatto finora dalle creature è stato fatto in virtù degli effetti della mia Volontà Divina, perché non c'è bene senza di Essa, ma nessuno finora è vissuto totalmente e pienamente nella sua Unità, solo la mia Mamma Regina… »*

Articulación católica. San Pablo enseña que «habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: "¡Abba, Padre!"» (Rom 8,15) y que somos así «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Rom 8,17) —la Iglesia profesa sin reserva la plena realidad de esta adopción. El Catecismo enseña que, por el bautismo, el hombre se hace partícipe de la «naturaleza divina» (CIC 1265; cf. 2 Pe 1,4). Santo Tomás de Aquino define esta adopción como la asunción gratuita de una persona extraña como hijo y heredero (*Suma teológica*, III, q. 23) —asunción real, pero asunción, precisamente, y no generación: distinción que el *Libro de Cielo* no hace sino reencontrar, sin inventarla jamás.

El propio san Pablo conoce esta distinción entre título legal y ejercicio pleno: «mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo siendo como es dueño de todo […] Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo […] para que recibiéramos la adopción filial. […] Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios» (Gál 4,1-7). El heredero menor de edad ya posee todo en derecho sin gozar todavía plenamente de ello: esta es exactamente la distinción que el *Libro de Cielo* reencuentra, en su vocabulario propio, entre la adopción recibida y su plena posesión vivida.

Fórmula para recordar. El bautismo hace de nosotros hijos de Dios; vivir en la Divina Voluntad es la manera de ejercer esta filiación en toda su amplitud, no un segundo bautismo reservado a unos pocos.

Pregunta 5 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad no vuelve superfluas las virtudes, sino que las diviniza desde dentro?

Respuesta breve. Vivir en la Divina Voluntad no dispensa de ninguna virtud, de ningún mandamiento ni de ningún deber de estado: lejos de volverlos superfluos, este Don se convierte en el principio interior que los corona y los unifica, haciendo pasar el ejercicio, incluso heroico, de la virtud humana a un modo de obrar propiamente divino.

Desarrollo. El lector que acaba de descubrir, en la Sexta parte, qué es el Don y el intercambio continuo de voluntades podría temer que tal Don vuelva secundario el esfuerzo ordinario de las virtudes, de los mandamientos y de los deberes de estado ya enseñados por toda la tradición católica. No es así, y es importante decirlo aquí mismo, antes de abordar los actos concretos de la Octava parte, en lugar de esperar a la Duodécima parte (XII.7) para tranquilizar al lector sobre este punto.

María misma da a Luisa la clave de esta articulación al contar su entrada en el Templo: habiendo entregado su voluntad a Dios, recibió inmediatamente todas las virtudes, no como abolidas o vueltas inútiles, sino como «nobles princesas» que permanecían bajo su dominio perfecto. El texto precisa incluso la condición de esta recepción: «no se abaja a reinar en un alma donde hay una naturaleza rebelde, no, no, Ella es santidad, y donde debe reinar quiere la naturaleza ordenada y santa». Así, lejos de dispensar de las virtudes, el Don de la Divina Voluntad las supone ya en acción, practicadas humilde y ordinariamente, para coronarlas después y unificarlas mediante un único principio interior.

Dos textos precisan en qué se convierte concretamente esta corona. El primero muestra que las virtudes practicadas «en el orden humano» permanecen divididas entre sí —la paciencia se distingue de la obediencia, la obediencia de la caridad, y cada una conserva su propio signo distintivo, sin poder jamás fundirse en un único acto que abrace lo Eterno y lo Infinito—; mientras que, practicadas «en el orden divino» de la Voluntad, esas mismas virtudes se funden en un solo acto, a imagen del sol que, permaneciendo uno, comunica sin embargo su luz a todas las cosas. El segundo, más antiguo en el orden de las revelaciones, muestra adónde conduce esta fusión: a medida que el alma se acerca al amor de Dios, las virtudes mismas «desaparecen, absorbidas en el amor» —no porque dejen de haber sido practicadas ni porque se pierda su mérito, sino porque, al término del camino, solo permanece el amor, quedando sumergido en él todo lo que, durante el camino, había tenido que distinguirse para ser ejercitado.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 30 de julio de 1929:

«Hija mía, qué diferencia entre quien obra las virtudes santamente, pero en el orden

humano, y entre quien obra las virtudes en el orden divino de mi Divina Voluntad. Los primeros, conforme practican las virtudes, así quedan divididas entre ellas, de modo que se ve la diversidad de sus actos, una virtud se ve paciencia, otra se ve obediencia, una tercera se ve caridad, cada una tiene su distintivo, sin poder fundirse juntas para poder formar un acto solo, que da de divino y abraza lo eterno y lo infinito. En cambio quien obra en mi Divina Voluntad, su luz tiene la virtud comunicativa y unitiva, que fundiéndose juntas, porque todas son hechas en la fuente de su luz, forman un acto solo, con efectos innumerables, de abrazar con lo infinito de su luz al mismo Creador. Símbolo del sol, porque es uno, porque posee la fuente de la luz que jamás se apaga, abraza la tierra y con sus innumerables efectos da todas las tintas y comunica la vida de su luz a todos y a todo.»

« Figlia mia, che differenza tra chi opera le virtù santamente, ma nell'ordine umano e chi opera le virtù nell'ordine divino della mia Divina Volontà, le prime come praticano le virtù così restano divise tra loro, in modo che si vede la diversità dei loro atti, una virtù si vede pazienza, un'altra obbedienza, una terza carità, ognuna ha il suo distintivo, senza potersi fondere insieme da poter formare un atto solo, che dà di Divino ed abbraccia l'Eterno e l'Infinito. Invece in chi opera nella mia Divina Volontà, la sua luce ha la virtù comunicativa ed unitiva, che fondendo insieme tutte le opere, perché tutte fatte nella sorgente della sua luce, formano un atto solo, con effetti innumerevoli tanto da abbracciare con l'infinità della sua luce lo stesso Creatore. Simbolo del Sole, siccome è uno e possiede la sorgente della luce che mai si spegne, abbraccia la terra e coi suoi innumerevoli effetti dà tutte le tinte e comunica la vita della sua luce a tutti ed a tutto. »

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 6, 16 de octubre de 1905 — encabezamiento editorial de la entrada, seguido de palabras de Jesús a Luisa:

«Cuanto más el alma se acerca al amor de Dios, más perderá las virtudes. […] Hija mía, cuanto más el alma llega al término, para acercarse a la fuente de todo bien, cual es el verdadero y perfecto amor de Dios, donde todo quedará sumergido y sólo el amor existirá para ser el motor de todo, así el alma perderá todas las virtudes que ha practicado en el viaje, para encerrar todo en el amor y reposarse de todo para sólo amar…»

« Quanto più l'anima si avvicina all'amore di Dio, tanto più le virtù scompaiono assorbite nell'amore. […] Figlia mia, quanto più l'anima giunge al termine, per avvicinarsi alla fonte di ogni bene, qual è il vero e perfetto amore di Dio, dove tutto resterà sommerso e solo l'amore galleggerà per essere il motore di tutto, così l'anima smarrirà tutte le virtù che ha praticato per il viaggio, per rinchiudere tutto nell'amore e riposarsi di tutto per solo amare… »

Cita de referencia. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, decimotercer día — desarrollada plenamente en XII.7:

«… Cuando entregué mi voluntad al Ente Divino y el Fiat Supremo tomó posesión de todo mi ser, adquirí todas las virtudes como naturaleza. Yo era dueña de mí misma; todas las virtudes estaban en mí como otras tantas nobles princesas […] Mira, pues, querida hija, qué significa vivir de Voluntad Divina. Su luz, su santidad y su potencia convierten en naturaleza todas las virtudes; ni se abaja a reinar en un alma donde hay una naturaleza rebelde, no, no. Ella es santidad y quiere la naturaleza ordenada y santa donde debe reinar.»

« … come consegnai la mia volontà all'Ente Divino e il FIAT Supremo prese possesso di tutto l'essere mio, Io acquistai tutte le virtù in natura. Io ero dominatrice di me stessa,

tutte le virtù stavano in me come tante nobili principesse […] Vedi dunque, cara figlia, che significa vivere di Volontà Divina. La sua luce, la sua santità e potenza converte in natura tutte le virtù, né si abbassa a regnare in un'anima dove c'è la natura ribelle, no, no. Essa è santità e vuole la natura ordinata e santa dove deve regnare. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que las virtudes humanas son adquiridas «mediante la educación, mediante actos deliberados, y una perseverancia, mantenida siempre en el esfuerzo», al tiempo que son «purificadas y elevadas por la gracia divina» (CIC 1804, 1810) —esta doble verdad, esfuerzo humano y elevación divina, es exactamente lo que esta obra mantiene unido desde su Introducción (P.9: la Divina Voluntad no dispensa ni de los sacramentos, ni de la moral, ni de la Cruz). Que las virtudes se fundan y culminen finalmente en la sola caridad no dice nada extraño a esta misma doctrina: el Catecismo enseña que la caridad «es la forma de las virtudes» (CIC 1827), y san Pablo canta ya que la fe y la esperanza pasarán, pero que «el amor no pasa nunca» (1 Co 13,8.13) —verdad que este texto del *Libro de Cielo* no hace sino anticipar, en el orden de la experiencia espiritual, lo que la eternidad manifestará para todos.

Fórmula para recordar. El Fiat nunca reemplaza la virtud: la acoge, la ordena y la hace suya —hasta que se funde, con todas las demás, en la única caridad que no pasará jamás.

Pregunta 6 — ¿Qué significa que el alma que vive en la Divina Voluntad se convierte en una «hostia viviente» donde se repite la «Vida real» de Jesús?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que el alma que vive plenamente en su Querer no recibe solamente su gracia a la manera común de los santos: se convierte en el lugar de una «Vida real» —distinta de la vida mística— donde Jesús continúa viviendo como vive en la hostia consagrada, hasta el punto de llamar a esta alma una «hostia viviente» y de afirmar que este prodigio supera el milagro mismo de la Eucaristía.

Desarrollo. La propia Luisa se asombra de lo que Jesús le revela y le plantea directamente la pregunta que todo lector prudente plantearía: «¿No es más bien esa Vida mística que Tú haces en los corazones que poseen tu gracia?» Jesús responde sin rodeos, y su respuesta es la clave de todo el misterio: «No, no, no es Vida mística […] Así me encuentro en los corazones, que mientras pueden poseer mi Gracia, pero no viven del todo en mi Querer, estoy en ellos por Gracia, pero no realmente» (vol. 16, 5 de noviembre de 1923). Lo que distingue, por tanto, su «Vida real» de su presencia por gracia es la ausencia de toda voluntad que se le resista. En la hostia consagrada, Él está realmente presente —«en alma, cuerpo, sangre y Divinidad»— precisamente porque el pan no tiene voluntad ni deseo capaz de oponérsele; por eso también las especies sacramentales se consumen cuando se lo recibe, por falta de una voluntad humana lo bastante unida como para prolongar esta presencia. Ahora bien, el alma que vive en la Divina Voluntad, haciendo morir su voluntad propia para dejar reinar la de Jesús, ofrece lo que el pan no puede ofrecer: una voluntad viva, libre, que ya no se opone. En ella, dice Jesús, encuentra su verdadera correspondencia de amor.

Un segundo texto va todavía más lejos: Jesús afirma en él que vivir continuamente en su Querer «sobrepasa al mismo milagro de la Eucaristía», porque el alma debe «absorber a todo un Dios» sin cesar para devolvérselo íntegro y después absorberlo de nuevo —un movimiento libre y repetido, allí donde la hostia no realiza más que un solo acto, puramente pasivo, en el que «nada pone la hostia».

Finalmente, Jesús enseña cómo el alma «puede formar también la hostia»: así como el sacerdote prepara el pan, el alma debe hacer morir su voluntad propia —«cocerla bien, bien, para hacer que no renazca más»— y dejar que el Querer divino ocupe todo el lugar. Cada

vez que renueva este don, Jesús renueva en ella su consagración y continúa su vida en ella, «como en hostia viviente, no muerta como son las hostias sin Mí».

Lo que une estos tres textos es, por tanto, más profundo que una simple diferencia de grado en la gracia recibida: es la ausencia misma de toda oposición entre la voluntad de la criatura y la de Dios. La hostia no se opone porque no tiene voluntad ni deseo; el alma que vive en el Fiat no se opone porque libremente ha hecho morir su voluntad propia para dejar reinar la de Jesús —fusión querida y renovada sin cesar, allí donde la hostia no ofrece más que una pasividad de materia. Esta ausencia de oposición, esta fusión de las voluntades, más que cualquier aumento de gracia, es lo que hace posible la Vida real de la que habla Jesús.

Cita de Luisa. Luisa a Jesús, *Libro de Cielo*, vol. 16, 5 de noviembre de 1923:

> «Mi amado Jesús, ¿no es una cosa nueva y singular lo que Tú dices, que en quien vive en tu Voluntad Tú haces Vida real en él? ¿No es más bien esa Vida mística que Tú haces en los corazones que poseen tu gracia?»
>
> *« Mio amato Gesù, non è una cosa nuova e singolare ciò che tu dici, che in chi vive nella tua Volontà Tu fai Vita reale in essa. Non è piuttosto quella Vita mistica che tu fai nei cuori che posseggono la tua Grazia? »*

Jesús a Luisa, el mismo día:

> «No, no, no es Vida mística como para aquellos que poseen mi Gracia pero no viven con sus actos fundidos en mi Querer, y por eso no tienen materia suficiente para formarme los accidentes para aprisionarme; sería como si faltara la hostia al sacerdote y quisiera pronunciar las palabras de la consagración, las podría decir, pero las diría en el vacío y ciertamente mi Vida Sacramental no tendría existencia. Así me encuentro en los corazones, que mientras pueden poseer mi Gracia, pero no viven del todo en mi Querer, estoy en ellos por Gracia, pero no realmente.»
>
> *« No, no, non è Vita mistica, come per quelli che posseggono la mia Grazia, ma non vivono coi loro atti immedesimati nel mio Volere, non hanno materia sufficiente per formarmi gli accidenti per imprigionarmi; sarebbe come se al sacerdote mancasse l'ostia e volesse pronunziare le parole della consacrazione, che potrebbe dire, ma che direbbe nel vuoto, quindi la mia Vita Sacramentale non avrebbe certo esistenza. Così mi trovo nei cuori, che mentre possono possedere la mia Grazia, non vivono però del tutto nel mio Volere, per cui sto in loro per Grazia, ma non realmente. »*

Jesús a Luisa, el mismo día:

> «Hija mía, ¿no vivo acaso en la hostia sacramental, vivo y verdadero, en alma, cuerpo, sangre y Divinidad? ¿Y por qué vivo en la hostia, en alma, cuerpo, sangre y Divinidad? Porque no hay una voluntad que se oponga a la mía; si Yo encontrara en la hostia una voluntad que se opusiera a la mía, no haría en ella ni Vida real ni vida perenne. Esta es también la causa por la que los accidentes sacramentales se consumen cuando me reciben: porque no encuentro una voluntad humana unida a Mí de tal modo que quiera perder la suya para adquirir la mía, sino que encuentro una voluntad que quiere obrar, que quiere hacer por sí misma, y Yo hago mi breve visita y parto.»
>
> *« Figlia mia, non vivo forse nell'ostia sacramentale vivo e vero, in anima, corpo, sangue e Divinità? E perché vivo nell'ostia, in anima, corpo, sangue e Divinità? Perché non c'è una volontà che si opponga alla mia; se Io trovassi nell'ostia una volontà che si opponesse alla mia, Io non farei in essa né Vita reale, né vita perenne ed è anche questa la causa per cui gli accidenti sacramentali si consumano quando mi ricevono, perché non trovo una volontà umana unita a Me in modo tale che vuol perdere la sua per fare*

acquisto della mia, ma trovo una volontà che vuole agire, vuol fare da sé ed Io faccio la mia visitina e parto. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 13, 26 de noviembre de 1921:

«… Yo sabía que muchas gracias se necesitaban, debiendo hacer el más grande milagro que existe en el mundo, como es el vivir continuado en mi Querer, en que el alma debe absorber a todo un Dios en su acto para darlo de nuevo íntegro como lo ha absorbido, y luego absorberlo de nuevo, por eso sobrepasa al mismo milagro de la Eucaristía, donde los accidentes no tienen razón, ni voluntad, ni deseos que puedan oponerse a mi Vida Sacramental, así que nada pone la hostia, todo el obrar es mío…»

« … lo sapevo Io che ci volevano molte grazie, dovendo operare il più gran miracolo che esiste nel mondo, qual è il vivere continuato nel mio Volere, l'anima deve assorbire tutto un Dio nel suo atto per ridarlo di nuovo integro come lo ha assorbito e poi assorbirlo di nuovo, perciò oltrepassa lo stesso miracolo dell'Eucarestia, dove gli accidenti non hanno ragione, né volontà, né desideri che possano opporsi alla mia Vita Sacramentale, sicché niente ci mette l'ostia, tutto l'operato è mio… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 17 de diciembre de 1914:

«Y he aquí cómo también tú puedes formar la hostia: la hostia es material y toda obra humana; también tú tienes un cuerpo material y una voluntad humana. Este cuerpo tuyo y esta voluntad tuya, si los mantienes puros, rectos, alejados de toda sombra de pecado, son los accidentes, los velos para poder consagrarme y vivir escondido en ti. Pero no basta; esto sería como la hostia sin la consagración, por lo que se necesita mi Vida. Mi Vida está compuesta de santidad, de amor, de sabiduría, de poder, etc., pero el motor de todo es mi Voluntad. Por tanto, después de que hayas preparado la hostia, debes hacer morir tu voluntad en la hostia, debes cocerla muy bien para que no vuelva a renacer, y debes hacer entrar en todo tu ser mi Voluntad; y Esta, que contiene toda mi Vida, formará la verdadera y perfecta consagración. Así, ya no tendrá vida el pensamiento humano, sino el pensamiento de mi Querer, y esta consagración creará mi sabiduría en tu mente; ya no habrá vida de lo humano, de la debilidad, de la inconstancia, porque mi Voluntad formará la consagración de la Vida Divina, de la fortaleza, de la firmeza y de todo lo que Yo soy. Por tanto, cada vez que hagas correr tu voluntad en la mía, tus deseos y todo lo que eres y puedes hacer, Yo renovaré la consagración y, como hostia viviente, no muerta, como son las hostias sin Mí, Yo continuaré mi Vida en ti.»

« Ed ecco come anche tu puoi formare l'ostia: l'ostia è materiale e tutta opera umana, anche tu hai un corpo materiale ed una volontà umana, questo tuo corpo e questa tua volontà, se li manterrai puri, retti, lontani da qualunque ombra di peccato, sono gli accidenti, i veli per potermi consacrare e vivere nascosto in te. Ma non basta, ciò sarebbe come all'ostia senza la consacrazione, onde ci vuole la mia vita; la mia vita è composta di santità, di amore, di sapienza, di potenza, ecc., ma il motore di tutto è la mia Volontà, quindi, dopo che hai preparato l'ostia, devi far morire la tua volontà nell'ostia, la devi cuocere ben bene per fare che più non rinasca e devi far sottentrare in tutto l'essere tuo la mia Volontà e Questa, che contiene tutta la mia vita, formerà la vera e perfetta consacrazione. Sicché non avrà più vita il pensiero umano, ma il pensiero del mio Volere e questa consacrazione creerà la mia sapienza nella tua mente, non più vita dell'umano, la debolezza, l'incostanza, perché la mia Volontà formerà la consacrazione della vita divina, della fortezza, della fermezza e di tutto ciò che Io sono. Onde, ogniqualvolta farai scorrere la tua volontà nella mia, i tuoi desideri e tutto ciò che sei e potrai fare, Io rinnoverò la consacrazione e come ostia vivente, non morta, quali sono le ostie senza

me, Io continuerò la mia vita in te. »

Articulación católica. Este texto puede sorprender: ¿cómo podría la unión con la Divina Voluntad «sobrepasar» un sacramento cuya absoluta unicidad enseña la Iglesia? La teología sacramental clásica permite situar exactamente esta superación, sin tocar jamás dicha unicidad.

Lo que Jesús llama aquí «Vida real» no es una nueva presencia sustancial que compita con la que Él obra en la hostia consagrada: es un modo de presencia personal, hecho posible por el don libre y renovado sin cesar de la voluntad humana —un don que la especie eucarística, privada de toda voluntad, no puede ofrecer por naturaleza. Allí donde la hostia recibe sin poder responder, el alma que vive en la Divina Voluntad puede renovar este don a cada instante y devolverle amor por amor.

Santo Tomás distingue, en todo sacramento, tres grados: el sacramento solo (las especies), la realidad-y-sacramento (el Cuerpo y la Sangre de Cristo realmente presentes, cualquiera que sea la disposición de quien los recibe), y la realidad sola —el fin último que el sacramento busca producir, que para la Eucaristía es la unión en la caridad (*Suma teológica*, III, q. 73). Lo que Trento afirma de la presencia real y sustancial (Dz 1642) concierne al segundo grado, que nunca varía, ya sea recibida con fervor o por un alma indiferente: el pan mismo no tiene disposición ni voluntad alguna que haga variar esta presencia. Pero el tercer grado —la caridad que este sacramento existe para producir— solo puede, por naturaleza, realizarse en un sujeto libre capaz de amar; nunca en la materia inerte.

Precisamente este tercer grado, y solo él, es el que Jesús designa cuando dice encontrar en el alma que vive en su Voluntad lo que la hostia no puede darle. En ningún momento pretende poseer, en esta alma, una presencia más real o más sustancial que en el Santísimo Sacramento —la doctrina lo excluye absolutamente. Dice encontrar, en una criatura libre, el fruto mismo que la Eucaristía tiene por fin producir: la caridad viva, la respuesta de amor. El Catecismo enseña que la comunión «acrecienta nuestra unión con Cristo» y que la Eucaristía «fortalece la caridad» (CIC 1391, 1394) —fruto propio del sacramento, que la teología asigna desde siempre a su fin más íntimo. Lo que Jesús revela a Luisa nombra, con un lenguaje nuevo, la plenitud de este fruto ya conocido por la teología sacramental; y esta preferencia por la respuesta viva del corazón tampoco es una novedad doctrinal: es la misma palabra de Oseas que Jesús retoma: «Misericordia quiero y no sacrificio» (Os 6,6; Mt 9,13).

Fórmula para recordar. En la hostia sacramental, Jesús está realmente presente todo entero, pero las especies, privadas de voluntad, no pueden responderle; en el alma que vive en el Fiat, una voluntad libre le responde amor por amor y le permite continuar y multiplicar su Vida en sus actos: por eso la llama «hostia viviente».

Pregunta 7 — ¿Cómo se hace presente el alma que vive en la Divina Voluntad en toda cosa creada y en todo tiempo?

Respuesta breve. Lo que el *Libro de Cielo* revela acerca de Adán antes de su caída —un alma hecha presente, por la potencia del Fiat, en todas las cosas creadas— vuelve a abrirse para quienquiera que viva hoy plenamente en este acto único y eterno: el alma «hace salir de Ella su virtud bilocadora», que aletea sobre toda la Creación y extiende en ella su Vida Divina, alcanzando los pensamientos, las miradas, las palabras, los pasos y hasta los latidos de cada criatura. Esta presencia no es solamente espacial: puesto que el acto en el que el alma se encuentra fundida es eterno, sin sucesión ni división, abraza también todo el tiempo sin distinción de primero ni de último —las criaturas presentes, pasadas y futuras.

Desarrollo. VIII.7 ha establecido que el acto único de la Divina Voluntad escapa a la sucesión del tiempo; I.7, antes incluso de la Sexta parte, había mostrado que Adán, antes de su caída, «se bilocaba en todas las cosas creadas». Lo que estas dos preguntas dejaron implícito, un conjunto de textos del *Libro de Cielo* lo hace explícito: este privilegio no quedó encerrado ni en el pasado de Adán ni en la sola eternidad de Dios —vuelve a abrirse, todavía hoy, a toda alma que vive plenamente en el Fiat.

Jesús lo dice sin rodeos: el alma que vive en su Voluntad «es el triunfo de Ella»; a medida que realiza en Ella sus actos, «hace salir de Ella su virtud bilocadora, que aleteando en toda la Creación distiende su Vida Divina» —hasta el punto de que el mismo Jesús, bilocándose en ella, «llena toda la Creación con los actos que hace el alma en su Voluntad». Un texto próximo, recibido algunas semanas más tarde, precisa el mecanismo: la Divina Voluntad, salida una en la Creación, se difundió y multiplicó en cada cosa creada; el alma que gira en la Creación para seguir sus actos —gesto que la Octava parte llamará rondas (VIII.10-12)— la recoge, la reúne en un solo acto de alabanza y, difundiéndola de nuevo, da a Dios la gloria de su Voluntad «multiplicada y bilocada en tantas cosas».

Lo que esto significa concretamente, otro texto lo muestra en el detalle más íntimo. Luisa cuenta cómo, fundida en el Divino Querer, gira «por cada pensamiento de criatura» para imprimir en él su «te amo», por cada mirada, cada palabra, cada latido y cada paso —descendiendo hasta el fondo del océano, hasta el menor serpenteo de pez y la menor gota de agua. Este movimiento nunca es de un solo sentido: un texto recibido tres años más tarde hace decir a Luisa que quiere dejar todo su ser en el Fiat para encontrarse a sí misma en todas las cosas creadas, poner su corazón en el centro de la tierra como un latido para abrazar a todos sus habitantes —y Jesús confirma, cosa por cosa, que nada queda fuera: la luz del sol, el aire que se respira, el cielo, las estrellas, hasta las piedras y las gotas de agua llevan realmente su huella, para alegría de los mismos bienaventurados que, desde el Cielo, son testigos de ello.

Esta presencia, finalmente, ignora la sucesión de los días como la de los lugares. Jesús lo enseña sin rodeos: para quien vive en su Voluntad, «todos los tiempos y todos los lugares son los suyos»; encuentra en Ella el orden de todos los actos de Dios como si, en aquel mismo instante, Él todavía los estuviera realizando, y su alma, uniéndose a Él, hace con Él lo que su Voluntad está haciendo. Belén, Nazaret y el Calvario no le son, por tanto, lejanos: para ella, dice Jesús, «no existe el pasado, la distancia, sino que todo está presente y cercano» —alcanzando exactamente lo que VIII.7 ha establecido acerca del acto único: nadie, en el Fiat, es primero ni último en llegar. El alma que se funde en Él no irradia, pues, solamente a través del espacio de toda la Creación; alcanza, en el mismo acto, todo el tiempo que Dios ha creado.

Un texto posterior confirma esta misma doctrina en los términos más directos: para quien vive en el Fiat, dice Jesús, el pasado y el futuro simplemente no existen, todo está presente, todo está en acto. Da inmediatamente su razón más profunda, en el mismo Dios: tampoco en Él existen pasado ni futuro, y por eso nunca da al alma un amor solamente pasado, que no le parecería dirigido propiamente a ella, ni un amor solamente futuro, que sería un bien que esperar en vez de poseer ya. Este mismo texto extiende esta presencia continua más allá de la sola Creación: la Redención misma «está siempre en acto», de modo que el alma que vive en el Fiat siente, todavía hoy, el acto continuo del descendimiento de Jesús del Cielo a la tierra —su Concepción, su Nacimiento, su Pasión y su Muerte—, no como un recuerdo que visita desde lejos, sino como un acontecimiento en el que toma parte con Él: lo recibe, se concibe en Él, renace con Él, hace vida con Él y muere con Él, para resurgir con Él.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 31 de marzo de 1927:

«Hija mía, el alma que vive en mi Voluntad Divina es el triunfo de Ella, en cuanto el alma hace sus actos en mi Voluntad, hace salir de Ella su virtud bilocadora, que aleteando en toda la Creación distiende su Vida Divina […] y bilocándose en ella llena toda la Creación con los actos que hace el alma en su Voluntad […]. Por eso quien vive en Ella se pone en relación con todas las cosas creadas…»

« Figlia mia, l'anima che vive nella mia Volontà Divina è il trionfo di Essa, come l'anima fa i suoi atti in Essa, così mette fuori la sua virtù bilocatrice che, aleggiando in tutta la Creazione, vi stende la sua Vita Divina. […] e, bilocandosi in essa, riempie tutta la Creazione degli atti che fa l'anima nella sua Volontà, […] Onde chi vive in Essa si mette in rapporto con tutte le cose create… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 10 de mayo de 1925:

«… giro por cada pensamiento de criatura e imprimo en ellos mi 'te amo', por cada mirada y dejo en ellas mi 'te amo', por cada boca, y en cada palabra sello en ella mi 'te amo', por cada latido, obra y paso y los cubro con mi 'te amo' a mi Dios, desciendo hasta allá abajo, en el mar, en el fondo del océano, y en cada serpenteo de pez, en cada gota de agua, los quiero llenar de mi 'te amo'.»

« … giro per ogni pensiero di creatura e v'imprimo il mio "Ti amo", per ogni sguardo e vi lascio il mio "Ti amo", per ogni bocca e ad ogni parola vi suggello il mio "Ti amo", giro per ogni palpito, opera e passo e li copro col mio "Ti amo" al mio Dio, scendo fin laggiù, nel mare, nel fondo dell'oceano e in ogni guizzo di pesce, in ogni goccia d'acqua, metto il mio "Ti amo". »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 22, 8 de junio de 1927:

«Hija mía, quien hace y vive en mi Voluntad, todos los tiempos y todos los lugares son los suyos. Mi Voluntad Suprema no pierde nada de lo que hace, y con su potencia hace el acto y lo conserva en sí íntegro y bello como lo ha hecho. Así que para quien vive en mi Supremo Querer, encuentra en Él el orden de todos sus actos, como si en aquel instante los estuviera haciendo, y el alma uniéndose junto con Él, hace lo que mi Querer está haciendo […]. Por lo tanto, a su disposición están los tiempos de la Creación, como el lugar del Edén terrenal, tiene los tiempos de mi Encarnación, de mi Pasión, y Belén, Nazaret, el Calvario, no están lejanos de ella; para ella no existe el pasado, la distancia, sino que todo está presente y cercano.»

« Figlia mia, per chi fa e vive nella mia Volontà, tutti i tempi e tutti i luoghi sono i suoi. La mia Volontà Suprema non sperde nulla di ciò che fa e con una potenza tutta sua, fa l'atto e lo conserva in sé integro e bello come l'ha fatto. Sicché per chi vive nel mio Supremo Volere trova in Esso l'ordine di tutti gli atti suoi, come se in quell'istante lo stesse facendo e l'anima, unendosi, fa insieme ciò che il mio Volere sta facendo. […] Quindi a sua disposizione ci sono i tempi della Creazione, come il luogo dell'Eden terrestre, tiene i tempi della mia Incarnazione, della mia Passione e, Betlem, Nazareth e il Calvario non sono lontani da lei; per lei non esiste il passato, la distanza, ma tutto è presente e vicino. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 12 de junio de 1932:

«Hija mía bendita, para quien vive en mi Divina Voluntad todo es presente, el pasado y el futuro no existen para ella, todo está en acto, Y como entra en el orden divino, nuestra paterna bondad no quiere dar un amor pasado que tuvo en la Creación, ni un amor que debe venir, esto no haría camino en el corazón de la criatura, porque a ella le parecería que el amor que salió de nuestro seno en la Creación, sería como un amor y obra no directa para ella, y aquellos por venir, como amores y obras de esperar,

mucho más que en Nosotros tampoco existe pasado y futuro. Pasado y futuro es para quien vive fuera de nuestra Voluntad, porque mira sólo lo externo de nuestras obras, no dentro de ellas, mientras quien vive en Ella ve nuestras obras dentro de Nosotros, y ve nuestra creación continua y para cada criatura. Así que a la feliz criatura que vive en nuestro Querer, le hacemos ver y tocar con la mano nuestro acto de extender el cielo, de crear el sol, el viento, el aire, el mar, y así de lo demás, todo para ella, la cual ve y comprende con claridad nuestro intenso amor en cada cosa creada para ella […] Y no sólo la Creación está siempre en acto, sino también la Redención está siempre en acto, y quien vive en mi Voluntad Divina siente el acto continuo de mi descendimiento del Cielo a la tierra, y propiamente para ella, por amor suyo, desciendo, me concibo, nazco, sufro y muero, todo es por ella, y para no quedarse atrás Yo desciendo y ella me recibe, se concibe en Mí, renace Conmigo, hace vida junto Conmigo y muere Conmigo para resurgir Conmigo.»

« Figlia mia benedetta, per chi vive nella mia Divina Volontà tutto è presente, il passato ed il futuro non esiste per essa, tutto è in atto. Siccome entra nell'ordine divino, la nostra paterna bontà non vuol dare un amore passato che tenne nella Creazione, né un amore che deve avvenire, questo non farebbe breccia nel cuore della creatura, perché a lei sembrerebbe che l'amore che sprigionò dal nostro seno nella Creazione, sarebbe come un amore ed un'opera non diretta per lei e quella dell'avvenire, come amore ed opere da sperare, molto più che in Noi neppure esiste passato e futuro. Passato e futuro è per chi vive fuori della nostra Volontà, perché guarda solo l'esteriorità delle nostre opere, non dentro di esse, mentre chi vive in Essa guarda le nostre opere dentro di Noi e guarda la nostra Creazione continua e per ciascuna creatura. Sicché alla felice creatura che vive nel nostro Volere facciamo vedere e toccare con mano il nostro atto di stendere il cielo, di creare il sole, il vento, l'aria, il mare e così di seguito, tutto è per lei, che vede e comprende con chiarezza il nostro intenso amore in ciascuna cosa creata per essa, […] E non solo la Creazione sta sempre in atto, ma pure la Redenzione sta sempre in atto e chi vive nella mia Volontà Divina sente l'atto continuo della mia discesa dal Cielo in terra ed Io proprio per lei, per amor suo, scendo, concepisco, nasco, patisco e muoio, tutto è per essa e per rendermi la pariglia quando Io scendo essa mi riceve, concepisce in Me, rinasce con Me, fa vita insieme con Me e muore con Me, per risorgere con Me. »

Articulación católica. ¿No es atribuir a la criatura un atributo reservado solamente a Dios, la omnipresencia, decir que se hace presente a toda cosa y a todo tiempo? Sin embargo, la Iglesia profesa, sin confundir jamás las naturalezas, una solidaridad real que atraviesa el espacio y el tiempo: «Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (1 Co 12,26), y el Catecismo enseña que, en la comunión de los santos, «el menor de nuestros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos», pues «la caridad no busca su interés» (CIC 953, citando 1 Co 13,5). En cuanto al tiempo, la Iglesia lo profesa ya vencido en la propia liturgia: Cristo vivió su misterio pascual «una vez por todas» y, sin embargo, este misterio «no puede permanecer solamente en el pasado», pues todo lo que Cristo hizo y padeció «participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente» (CIC 1085). Lo que el *Libro de Cielo* desvela aquí no inventa, por tanto, nada: lleva hasta su plena medida concreta —un «te amo» en cada pensamiento de criatura, en cada instante del tiempo— una solidaridad y una presencia que la Iglesia profesa ya, bajo formas más veladas, como el tejido mismo del Cuerpo místico.

Fórmula para recordar. El alma que vive en el Fiat no gobierna la Creación desde lejos ni limita su amor a un solo día: por el mismo acto único, se hace presente a cada pensamiento de criatura, a cada instante del tiempo —ayer, hoy y mañana confundidos en un solo «te amo».

Pregunta 8 — Una vez que ha entrado en la vida de la Divina Voluntad, ¿puede el alma salir de ella?

Respuesta breve. De derecho, sí: la libertad del alma nunca es suprimida, y el propio Adán, después de haber poseído plenamente la Divina Voluntad, se retiró de ella. Pero Dios no da este Don de una sola vez: prepara al alma mediante el conocimiento, después se lo presta, acto tras acto, antes de dárselo finalmente como suyo para siempre —y, una vez franqueada esta última etapa, los vínculos que forman tantos actos ya realizados en el Fiat hacen que la salida, sin anularla jamás de derecho, sea casi imposible de hecho.

Desarrollo. La Introducción (P.5) ya ha distinguido entre hacer la Voluntad de Dios y vivir en la Divina Voluntad. Un texto del *Libro de Cielo* permite medir exactamente la distancia entre ambas, mediante las propias palabras de Jesús: entre quien *hace* su Voluntad y quien la *posee* como un bien propio existe exactamente la distancia que separa a Adán inocente de Adán después del pecado. Adán, antes de pecar, *poseía* la Divina Voluntad; después de su culpa pudo todavía, por la gracia, *hacerla*, pero ya no poseerla —y el Don hecho a Luisa supera precisamente este segundo estado, común a tantas almas fieles, elevando al alma hasta el estado mismo de Adán antes de la Caída.

Este paso de un régimen al otro nunca se realiza de una sola vez. Un texto del mismo volumen, fechado cinco días más tarde, precisa su mecanismo mediante dos imágenes que Luisa medita primero por sí misma, antes de que Jesús las retome y las precise. Quien hace la Voluntad de Dios sin poseerla todavía es como quien «recibe este don en préstamo por una hora, o para realizar una acción, para devolverlo inmediatamente» —mientras que otro lo poseería como un bien propio, semejante a «una moneda de oro que tuviera la virtud de hacer surgir cuantas monedas quisiera». Es también quien debe ir cada vez a mendigar una luz, por no llevar en sí, como don propio, «una luz que no se apaga jamás». Jesús retoma entonces esta meditación para precisar su verdadero mecanismo: este préstamo no se concede a cualquiera que haga su Voluntad en general, sino al alma que, en todo cuanto realiza, le pide precisamente —no otro bien, sino el Don mismo de su Querer— «aun como préstamo»: lo recibe, obra y después parece devolverlo, hasta que esta petición repetida forma en ella un espacio suficientemente amplio para acogerlo definitivamente. No se trata, por tanto, de dos dones distintos, uno menor y prestado, el otro pleno y propio: es el mismo Don del Querer divino, recibido primero mediante solicitudes reiteradas y, finalmente, poseído sin tener ya que pedirlo de nuevo.

Pero, una vez franqueada esta última etapa —una vez que el alma ha entregado su voluntad «con decisión firme», dice Jesús, «ya ha tomado lugar en la mía»—, este Don se convierte en el vínculo más fuerte que pueda existir entre el Creador y la criatura. Jesús llega a decir que entonces *amuralla* a la criatura con tres muros, por así decirlo, para hacer casi inencontrable su salida: un muro de luz, que la eclipsaría y le quitaría todo punto de referencia si quisiera alejarse; un muro formado por todo cuanto hizo su Humanidad sobre la tierra —sus lágrimas, sus obras, sus llagas, su sangre—; un muro, finalmente, formado por toda la Creación, cada una de cuyas cosas creadas se estrecha en torno al alma para rendirle homenaje. Nunca significa esto que se le quite la libertad: significa que, habiendo participado, mediante tantos actos acumulados, en el régimen mismo donde «no hay ni primero ni segundo» (VIII.7), el alma ya no encontraría, al alejarse de él, un lugar donde reconocerse a sí misma.

Y si, a pesar de todo, saliera —cosa que Jesús nunca presenta como rigurosamente imposible, puesto que sucedió a Adán—, un texto anterior precisa lo que permanece: los actos ya realizados en la Divina Voluntad siguen siendo «imperecederos e inseparables

de Dios», vínculos eternos que nada puede romper. Adán, expulsado del Edén, «estuvo vagando toda su vida», dice Jesús, pero nunca se perdió, porque sentía continuamente sobre sí el ojo de su Creador, que lo llamaba dulcemente a volver.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 25 de diciembre de 1925:

> «Hija mía, es verdad que vivir en mi Querer es un don y que es poseer el don más grande; pero este don, que contiene un valor infinito, que es moneda que se multiplica a cada instante, luz que nunca se apaga, sol que nunca se pone, que coloca al alma en el lugar establecido por Dios en el orden divino y, por tanto, le hace ocupar su puesto de honor y de soberanía en la Creación, no se da sino a quien está dispuesto, a quien no debe desperdiciarlo, a quien debe estimarlo y amarlo más que su propia vida; más aún, está pronto a sacrificar la propia vida para que este don de mi Querer tenga la supremacía sobre todo y sea tenido en mayor estima que la misma vida, considerando incluso su vida como nada en comparación con él. Por eso, primero quiero ver que el alma quiere hacer verdaderamente mi Voluntad y nunca la suya, pronta a cualquier sacrificio para hacer la mía; en todo lo que hace debe pedirme siempre, aun como préstamo, el don de mi Querer. Entonces, cuando veo que nada hace sino con mi Querer, se lo doy en préstamo como don, porque al pedirlo y volverlo a pedir ha formado el vacío en su alma donde poner este don celestial; y, habiéndose acostumbrado a vivir con este alimento divino recibido en préstamo, ha perdido el gusto del propio querer, su paladar se ha ennoblecido y no se adaptará a los alimentos viles del propio yo. Por tanto, viéndose en posesión de aquel don que tanto suspiraba, anhelaba y amaba, vivirá de la Vida de aquel don, lo amará y lo tendrá en la estima que merece.»
>
> *« Figlia mia, è vero che il vivere nel mio Volere è un dono ed è possedere il dono più grande; ma questo dono che contiene valore infinito, che è moneta che sorge ad ogni istante, che è luce che mai si smorza, che è sole che mai tramonta, che mette l'anima al suo posto stabilito da Dio nell'ordine divino e quindi prende il suo posto d'onore e di sovranità nella Creazione, non si dà se non a chi è disposto, a chi non deve farne sciupio, a chi deve tanto stimarlo ed amarlo più che la vita propria, anzi è pronto a sacrificare la propria vita per fare che questo dono del mio Volere abbia la supremazia su tutto e sia tenuto in conto più della stessa vita, anzi consideri la sua vita un nulla in confronto ad Esso. Perciò, prima voglio vedere che l'anima vuol fare davvero la mia Volontà e mai la sua, pronta a qualunque sacrificio per fare la mia; in tutto ciò che fa deve chiedermi sempre, anche come in prestito, il dono del mio Volere. Ond'Io, quando vedo che nulla fa se non con il mio Volere, in prestito lo do come dono, perché col chiederlo e richiederlo ha formato il vuoto nell'anima sua dove mettere questo dono celeste e con l'essersi abituata a vivere con questo cibo divino in prestito, ha perduto il gusto del proprio volere, il suo palato si è nobilitato e non si adatterà ai cibi vili del proprio io; quindi, vedendosi in possesso di quel dono che lei tanto sospirava, agognava ed amava, vivrà della Vita di quel dono, lo amerà e ne farà la stima che merita. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 34, 4 de abril de 1937:

> «Ahora debes saber que cuando el alma me da su voluntad con decisión firme y con conocimiento cierto de lo que hace, sin querer saber ya más de ella, esta toma ya su lugar en la mía; Yo, con derecho, soy su Dueño, y ella, con derecho, pertenece a la mía. ¿Crees entonces que Yo sería fácil en ceder estos derechos? De ningún modo: usaré todas las artes, pondré en campo mi misma potencia, para que no se me quite lo que tanto me interesa; debes saber que la cesión de su voluntad es el vínculo más fuerte entre el Creador y la criatura, que queda inseparable sin poder ya separarse de Nosotros; sentimos su vida como nuestra, porque una es la Voluntad que nos anima. ¿Crees ahora que con un pensamiento, con un sentir, se pueden romper estos

vínculos, se puede perder nuestra inseparabilidad y Nosotros podemos ceder lo que es nuestro sin los actos decididos y repetidos que quiere su voluntad? Hija mía, te engañas. Mucho más porque es tan grande nuestro amor por ella que, apenas nos da su querer, amurallamos a la criatura: primero con un muro de luz, de modo que si quisiera salir, la luz la eclipsaría y no sabría dónde mover el paso […]. El segundo muro es todo lo que hizo mi Humanidad estando en la tierra: mis lágrimas, mis obras, pasos y palabras, mis penas, mis llagas, mi sangre, se amurallan alrededor de la feliz criatura para impedirle la salida […] pero quien me ha dado su voluntad ha tomado su puesto en el orden divino, quiere y hace lo que hacemos Nosotros, se siente reina; por eso le es casi imposible salir de nuestro Fiat, ni se adaptaría a ser sierva, esclava, si saliera de nuestro Querer. El tercer muro es toda la Creación, en la que las cosas creadas sienten la virtud obrante del Querer Divino, del que todas poseen la vida; y, para rendirle homenaje, el sol con su luz, el viento con su imperio, en suma todas las cosas creadas se amurallan a su alrededor: sienten la fuerza creadora, la virtud obrante y siempre nueva que obra en la criatura, mientras ellas no pueden hacer más de lo que hacen, y corren a su alrededor para gozar de las obras de aquel Fiat del que están animadas. Por eso no te preocupes; goza de la paz de aquel Querer que te posee, y tu Jesús pensará en todo.»

« Ora tu devi sapere che quando l'anima mi dà la sua volontà con decisione ferma e con conoscenza certa di ciò che fa, senza volerla più conoscere, già prende posto nella mia ed io, con diritto, ne sono il Padrone ed essa, con diritto, è della mia. Onde credi tu che io sia facile a cedere questi diritti? Affatto, userò tutte le arti, metterò in campo la mia stessa potenza, perché non mi venga tolto ciò che tanto mi interessa; tu devi sapere che la cessione della sua volontà è il vincolo più forte tra il Creatore e la creatura, che resta inseparabile da non potersi più disgiungere da Noi, sentiamo la sua vita come nostra, perché una è la Volontà che ci anima. Ora credi tu che con un pensiero, con un sentire si possono spezzare questi vincoli, si può perdere la nostra inseparabilità e noi possiamo cedere ciò che è nostro senza atti decisi ripetuti che vuole la sua volontà? Figlia mia, ti inganni. Molto più che è tanto il nostro amore per essa, che appena ci dà il suo volere, noi muriamo la creatura, prima con muro di luce, in modo che se volesse uscire, la luce la eclisserebbe e non saprebbe dove muovere il passo, […] Il secondo muro è tutto ciò che fece la mia Umanità stando sulla terra, le mie lacrime, le mie opere, passi e parole, le mie pene, le mie piaghe, il mio sangue, si murano intorno alla felice creatura, per impedirle l'uscita, […] ma chi mi ha dato la sua volontà, ha preso posto nell'ordine divino, vuole e fa ciò che facciamo Noi, si sente regina quindi è quasi impossibile uscire dal nostro Fiat, né si adatterebbe a fare la serva, la schiava, se uscisse dal nostro Volere. Il terzo muro è tutta la Creazione, nella quale sentono la virtù operante del Voler Divino, di cui tutte posseggono la vita e, per farle omaggio, si murano intorno il sole con la sua luce, il vento col suo impero, insomma tutte le cose create sentono la forza creatrice, la virtù operante e sempre nuova che opera nella creatura, mentre loro non possono far più di quello che fanno e corrono intorno per godersi le opere di quel Fiat di cui sono animati. Perciò non ti dar pensiero, godi la pace di quel Volere che ti possiede ed il tuo Gesù penserà a tutto. »

Cita de referencia. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 16 de abril de 1931:

«Hija mía, tú debes saber que los actos hechos en mi Divina Voluntad son imperecederos e inseparables de Dios, y permanecen como continuo recuerdo de que el alma ha tenido el bien de obrar junto con una Voluntad Divina, y que Dios ha tenido junto con Él a la criatura para hacerla obrar con su misma Divina Voluntad. Este recuerdo feliz, obrante y santo, nos hace tener siempre ante la vista a Dios y al alma, de modo que quedamos inolvidables el uno y el otro, tanto, que si la criatura

tuviera la desventura de salir de nuestra Voluntad, irá vagando, girará lejana, pero sentirá el ojo de su Dios sobre sí que la llama dulcemente, y su ojo mirará hacia Aquél que la mira continuamente; y si bien va vagando, siente la irresistible necesidad, las fuertes cadenas que la atraen a los brazos de su Creador. Esto le sucedió a Adán, porque el principio de su vida fue hecho en mi Voluntad Divina; a pesar de que pecó y fue expulsado del Edén, que estuvo vagando toda su vida, pero ¿acaso él se perdió? ¡Ah no! Porque sentía sobre de sí la potencia de nuestra Voluntad en la cual él había obrado, sentía nuestro ojo que lo miraba y que atraía su ojo a vernos, y el amado recuerdo que las primicias que sus actos habían tenido vida en nuestra Voluntad. Tú no puedes comprender todo el bien y qué significa obrar en nuestra Voluntad; con obrar en Ella el alma adquiere tantas prendas de valor infinito por cuantos actos hace en nuestro Fiat, y estas prendas quedan en Dios mismo, porque la criatura no tiene capacidad ni lugar dónde tenerlas, tanto es el valor que contienen, y además ¿puedes tú creer que mientras tenemos estas prendas de valor infinito de la criatura, debemos permitir que se pierda aquél a quien pertenecen estas prendas tan preciosas? ¡Ah no! ¡No!… Por eso no temas, los actos hechos en nuestro Querer son vínculos eternos, cadenas no sujetas a romperse, y supón que tú salieras de nuestro Querer Divino, lo que no será, tú puedes salir, pero tus actos quedan, no pueden salir, porque han sido hechos en nuestra casa, y la criatura tiene derechos sobre ellos hasta en tanto está en nuestra casa, esto es en nuestra Voluntad, en cuanto sale pierde sus derechos, pero estos actos tendrán tal potencia de hacer volver a aquella que era poseedora de ellos. Por eso no quieras estropear la paz de tu corazón, abandónate en Mí y no temas.»

« Figlia mia, tu devi sapere che gli atti fatti nella mia Divina Volontà sono imperituri ed inseparabili da Dio e restano il continuo ricordo che l'anima ha avuto il bene d'operare insieme con una Volontà Divina e Dio che ha tenuto insieme con Lui la creatura per farla operare con la sua stessa Divina Volontà. Questo ricordo felice, operativo e santo ci fa tenere sempre di mira Dio e l'anima, in modo che restiamo indimenticabili l'uno e l'altro, tanto che se la creatura ha la sventura di uscire dalla nostra Volontà, andrà vagando, girerà lontana, ma sentirà l'occhio del suo Dio sopra di sè che la chiama dolcemente ed il suo occhio verso Colui che la guarda continuamente. E sebbene la creatura vada vagando sente l'irresistibile bisogno, le forti catene che la tirano fra le braccia del suo Creatore. Ciò successe ad Adamo, perché il principio della sua vita fu fatto nella mia Volontà Divina, anche se peccò, fu cacciato dall'Eden, andò vagando tutta la sua vita, ma si perdette egli forse? Ah no! Perché sentiva sopra di sè la potenza della nostra Volontà in cui egli aveva operato, sentiva il nostro occhio che lo guardava e che spingeva l'occhio suo a guardarci ed il caro ricordo che le primizie degli atti suoi avevano avuto vita nella nostra Volontà. Tu non puoi comprendere tutto il bene e che significa operare nella nostra Volontà; coll'operare in Essa l'anima acquista tanti pegni di valore infinito per quanti atti fa nel nostro Fiat e questi pegni restano in Dio stesso, perché la creatura non ha capacità né posto dove tenerli, tanto è il valore che contengono e puoi mai tu credere che mentre abbiamo questi pegni di valore infinito della creatura, dobbiamo permettere che vada perduta colei a cui appartengono questi pegni sì preziosi? Ah no! no!… Perciò non temere, gli atti fatti nel nostro Volere sono vincoli eterni, catene non soggette a spezzarsi e supponi che tu esca dal nostro Volere Divino, ciò che non sarà, tu potrai uscire, ma i tuoi atti restano, né possono uscire, perché sono stati fatti in casa nostra e la creatura ha i suoi diritti fino a tanto che sta in casa nostra cioè nella nostra Volontà, appena esce perde i suoi diritti, ma questi atti avranno tale potenza da richiamare colei che n'era posseditrice. Quindi non voler funestare la pace del tuo cuore, abbandonati in me e non temere. »

Articulación católica. La Iglesia nunca ha enseñado que un alma, por avanzada que

esté en la gracia, pierda en esta vida la libertad radical de apartarse de Dios: por eso la perseverancia final misma debe pedirse como una gracia, nunca presumirse como algo adquirido (CIC 2016, 2849). Nada en este texto contradice esta doctrina: Jesús dice «casi imposible», no «imposible», y el recuerdo de Adán —que *salió* realmente— lo atestigua sin ambigüedad. Lo que este texto da a comprender, en el vocabulario propio del *Libro de Cielo*, coincide más bien con lo que enseña ya la experiencia común de la vida espiritual: cuanto más se arraiga un alma en la caridad y la gracia, menos se convierte el pecado para ella en una posibilidad que todavía contemple como deseable —no por coacción, sino porque el amor, al crecer, transforma aquello mismo que la voluntad encuentra deseable (cf. CIC 1804: las virtudes «proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena»).

Fórmula para recordar. Dios solo presta su Querer a quien primero ha hecho desearlo; pero, una vez que lo ha dado de verdad, rodea al alma de tanto amor que ella misma ya no querría marcharse, aunque, como Adán, todavía pudiera hacerlo.

Pregunta 9 — ¿Cómo explicar que los milagros y la santidad de los santos encuentren su fuente en las almas que viven en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Si el acto de la Divina Voluntad es único y no se divide según el tiempo, tampoco se divide según el número de almas que lo tocan: María, Jesús y toda alma que vive plenamente en el Fiat reciben cada uno, sin división, ese mismo acto entero. Jesús revela así que los milagros visibles y la santidad misma de los santos no son, en último análisis, más que canales: la potencia que los atraviesa encuentra su fuente en el acto único de la Divina Voluntad tal como se da, sin reserva, a quien vive en él.

Desarrollo. Como mostrará VIII.7, el acto primero de Dios, al bilocarse, puede habitar entero en una criatura sin dividirse ni dejar de ser uno. De ello se sigue una consecuencia directa, que Jesús revela a Luisa según un principio que Él mismo enuncia: «quien debe ser portador de un bien debe concentrar en sí toda la plenitud de aquel bien» —no una parte, no un reflejo, sino la plenitud entera, sin la cual ese bien no encontraría camino para difundirse.

Jesús aplica primero este principio a María: porque debía ser la depositaria del Verbo encarnado, Dios concentró en Ella «todos los bienes de los redimidos», de modo que se convirtió en el canal de todo pensamiento santo, de toda obra santa realizada por una criatura —«no hay bien que se haga que no descienda de Ella». Después Jesús se lo aplica a Sí mismo en el mismo aliento, como una evidencia que no necesita ser demostrada de nuevo: «Esto sucedió también de Mí, que debiendo ser el Redentor de todos, debía contener en Mí todos los bienes de la Redención, Yo soy el canal, la fuente, el mar de donde parten todos los bienes de los redimidos». Ni María ni Jesús son aquí canales en el sentido de un simple paso neutro: cada uno, en su grado propio —Ella por gracia y a causa de su maternidad divina, Él por naturaleza y en virtud de su única mediación redentora—, concentra en sí lo que comunica. El alma que vive en el Fiat entra en este mismo régimen en su propio grado, no en el régimen opuesto: porque posee ya la Divina Voluntad como un bien realmente suyo (VII.8), y no solamente como un efecto recibido por intervalos, la potencia que obra por medio de ella reside verdaderamente en ella, y no solamente pasa a través de ella —como el mismo Jesús dice del alma que hace su Voluntad: «en ellas es donde reside la potencia». Sin embargo, nunca es, como Jesús, la fuente por naturaleza, ni, como María, la depositaria por un privilegio de maternidad divina; pero, porque posee lo que comunica en vez de recibirlo solamente por ecos, entra, en su orden propio, en este mismo régimen de concentración real.

Un texto anterior precisa la estructura exacta de este régimen a través de las tres edades

de la historia de la salvación y deja ver un doble movimiento. Por una parte, tanto para la Creación como para la Redención, la misma Divina Voluntad fue la depositaria que conserva estas obras siempre en acto (VIII.6), nunca fijadas en un pasado concluido; para este tercer Fiat, mantiene el depósito del mismo modo —y por eso pide a Luisa que deposite en Ella todo lo que es, hasta sus actos más ínfimos: Luisa deposita sus actos en la Divina Voluntad. Por otra parte, un segundo texto revela el movimiento inverso: esta misma Voluntad, permaneciendo plenamente en Luisa, deposita a su vez en ella todos sus propios actos —«mi Voluntad está en ti como depositaria de todos sus actos», le dice Jesús, a falta de otro lugar digno de recibirlos. Luisa recibe así, además de lo que da, lo que la Divina Voluntad le confía: posee como propios, como un bien realmente suyo, los actos mismos de esta Voluntad depositados en ella.

Este mismo movimiento, ya reconocido para Adán antes de la Caída (I.7), alcanza su punto más concreto en un texto en el que Jesús llega a tocar la santidad de los santos mismos: sus milagros, sus conversiones estrepitosas, sus prodigios no tienen su fuente en los santos considerados en sí mismos. Jesús llega a decir que el alma que hace su Voluntad, aunque sea «pequeña, ignorante, ignorada», deja en realidad detrás de sí a los santos más resplandecientes, porque en ella reside aquello de lo que los milagros visibles no son más que el instrumento exterior: «son milagros que hacen hacer los milagros, y quienes los hacen son sólo los canales». El texto llega a nombrar, uno por uno, todo el bien que la Iglesia reconoce en los santos —el heroísmo de los héroes, el valor de los mártires, la santidad de los santos— para decir de cada uno que «concurre» a este bien sin ser nunca, por sí solo, su causa primera.

Este mismo texto llama ya a estas almas «hostias vivas» —la misma expresión reconocida en VII.6 como signo de una «Vida real» distinta de la vida mística común. Este acercamiento no es fortuito: porque Jesús continúa viviendo en ellas con una Vida real, no por una simple gracia concedida desde lejos, se convierten en el lugar donde su potencia, y no la de ellas, produce lo que los santos mismos realizan exteriormente.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 20 de febrero de 1928:

> «Ahora debes saber que quien debe ser portador de un bien debe concentrar en sí toda la plenitud de aquel bien; de otro modo, el bien no encontraría la vía por donde salir. […] Esto sucedió con la Reina del Cielo: debiendo ser Ella la depositaria del Verbo encarnado, que debía darme a las generaciones humanas, concentré en Ella todos los bienes de los redimidos y todo lo que convenía para poder recibir la vida de un Dios. Por tanto, la Altura de mi Mamá posee la Soberanía sobre todas las criaturas y sobre cada uno de los actos y bienes que pueden hacer, de modo que, si piensan santamente, Ella es como canal de los santos pensamientos y tiene por ello la Soberanía sobre ellos; si hablan, obran o caminan santamente, el principio de todo esto desciende de la Virgen, y por eso tiene el derecho y la Soberanía sobre las palabras, los pasos y las obras. No hay bien que se haga que no descienda de Ella, porque, si Ella fue la causa primaria de la Encarnación del Verbo, era justo que fuera el canal de todos los bienes y tuviera los derechos de Soberanía sobre todo. Esto sucedió también conmigo: debiendo ser el Redentor de todos, debía contener en Mí todos los bienes de la Redención; Yo soy el canal, la fuente, el mar; de Mí parten todos los bienes de los redimidos…»
>
> *« Or tu devi sapere che chi deve essere portatore d'un bene, deve accentrare in sé tutta la pienezza di quel bene, altrimenti il bene non troverebbe la via da dove uscire. […] Ciò successe nella Regina del Cielo, dovendo essere Lei la depositaria del Verbo incarnato, che doveva darmi alle umane generazioni, accentrai in Lei tutti i beni dei redenti e tutto ciò che conveniva per poter ricevere la vita d'un Dio. Quindi l'Altezza della Mamma mia possiede la Sovranità su tutte le creature e su ciascuno degli atti e beni che possono fare,*

in modo che se esse pensano santamente, Lei è come canale dei santi pensieri e quindi ha la Sovranità su di esse, se parlano, se operano, se camminano santamente, il principio di tutto ciò scende dalla Vergine e perciò ha il diritto e la Sovranità sulle parole, passi, opere, non c'è bene che si faccia che da Lei non discenda, perché se Lei fu causa primaria dell'incarnazione del Verbo, era giusto che fosse il canale di tutti i beni e avesse i diritti di Sovranità su tutto. Ciò successe anche di me, che dovendo essere il Redentore di tutti, dovevo contenere in me tutti i beni della Redenzione, io sono il canale, la fonte, il mare, da me partono tutti i beni dei redenti… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 15 de marzo de 1912:

«Hija mía, mi Voluntad es la Santidad de las santidades, de modo que el alma que hace mi Voluntad, por pequeña, ignorante y desconocida que sea, deja atrás a los demás santos, a pesar de sus portentos, de las conversiones estrepitosas y de los milagros […] es el milagro que hace hacer los milagros; quienes los hacen son los canales, mientras que en ella reside la potencia: por eso es el pie del misionero, la lengua de los predicadores, la fuerza de los débiles, la paciencia de los enfermos, el gobierno de los superiores, la obediencia de los súbditos, la tolerancia de los calumniados, la firmeza en los peligros, el heroísmo de los héroes, el valor de los mártires, la santidad de los santos, y así de todo lo demás, porque, estando en mi Voluntad, concurre a todo el bien que puede haber en el Cielo y en la tierra. He aquí por qué puedo decir bien que estas almas son mis verdaderas hostias, pero hostias vivientes…»

« Figlia mia, la mia Volontà è la Santità delle santità, sicché l'anima che fa la mia Volontà, per quanto piccola, ignorante, ignota, lascia dietro gli altri santi, nonostante i loro portenti, le conversioni strepitose e i miracoli, […] è miracolo che fa fare i miracoli, quelli che li fanno sono i canali, in questa, invece, risiede la potenza, sicché è il piede del missionario, la lingua dei predicatori, la forza dei deboli, la pazienza degli infermi, il regime dei superiori, l'ubbidienza dei sudditi, la tolleranza dei calunniati, la fermezza nei pericoli, l'eroismo degli eroi, il coraggio dei martiri, la santità dei santi e così di tutto il resto, perché stando nella mia Volontà concorre a tutto il bene che ci può essere in Cielo ed in terra. Ecco come posso ben dire che queste anime sono le mie vere ostie, ma ostie vive… »

Libro de Cielo, vol. 19, 18 de abril de 1926 — encabezamiento editorial de la entrada, seguido de palabras de Jesús a Luisa:

«La Divina Voluntad es la depositaria de las obras divinas, y debe ser la depositaria de las obras de las criaturas. […] Mira, nuestra Voluntad es tan grande, que Nosotros mismos la hacemos depositaria de nuestras obras: La Creación, para hacer que se mantuviese siempre bella, fresca, íntegra, nueva, tal como la sacamos de nuestras manos creadoras, la depositamos en nuestra Voluntad; la Redención, para hacer que estuviese siempre en acto de redimir, y mi nacimiento, mi Vida, mi Pasión y Muerte, estuviesen siempre en acto de nacer, de vivir, de sufrir y de morir para la criatura, las depositamos en nuestra Voluntad, porque sólo Ella tiene la virtud y la potencia de mantener siempre en acto la obra que se hace […] Ahora, si para la Creación y para la Redención la depositaria fue nuestra Voluntad, también para el Fiat como en el Cielo así en la tierra, debe tener el depósito mi misma Voluntad.»

« La Divina Volontà è la depositaria delle opere divine e dev'essere la depositaria delle opere delle creature. […] Vedi, la nostra Volontà è tanta, che Noi stessi la facciamo depositaria delle opere nostre: per fare che la Creazione si mantenesse sempre bella, fresca, integra, nuova, come la uscimmo dalle nostre mani creatrici, la depositammo nella nostra Volontà; per fare che la Redenzione, stesse sempre in atto di redimere e la

mia nascita, la mia Vita e la mia Passione e Morte stessero sempre in atto di nascere, di vivere e di patire e morire per la creatura, le depositammo nella nostra Volontà, perché Essa sola ha la virtù, la potenza di mantenere sempre in atto l'opera che si fa […] Ora, se per la Creazione e per la Redenzione la depositaria fu la nostra Volontà, anche per il Fiat come in Cielo così in terra la mia stessa Volontà deve tenere il deposito. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 22, 25 de agosto de 1927:

«Hija mía, mi Voluntad está en ti como depositaria de todos sus actos, porque mi Voluntad cuando hace un acto no lo pone fuera de Ella, faltaría el espacio, la decencia, la santidad y todo lo que conviene para conservar sus actos, por eso no puede ponerlos en otra parte sino en Sí misma. […] Por eso para poder depositar sus actos se necesita mi misma Voluntad Divina. Ahora, estando Ella en ti, de todos sus actos hace el depósito en ti, porque en su Fiat encuentra espacio, santidad digna de Ella. […] Por eso donde está mi Voluntad está todo: Está el cielo, el sol, el mar y todo.»

« Figlia mia, la mia Volontà sta in te come depositaria di tutti gli atti suoi, perché la mia Volontà, quando fa un atto, non lo depone fuori di Essa, mancherebbe lo spazio, la decenza, la santità e tutto ciò che si conviene per conservare i suoi atti, perciò non può deporli altrove, se non che in Se stessa. […] Quindi per poter deporre gli atti suoi necessita la mia stessa Volontà Divina. Ora stando Essa in te, fa il deposito in te di tutti gli atti suoi, perché nel suo Fiat trova larghezza, santità, degna di Essa. […] Ecco perciò dove sta la mia Volontà sta tutto: sta il Cielo, il sole, il mare e tutto. »

Articulación católica. La Escritura enseña que Cristo es «la cabeza» y que de Él «todo el cuerpo […] se procura el crecimiento del cuerpo» (Ef 4,15-16; Col 1,18) —fuente única de la que depende, por naturaleza, todo crecimiento de los miembros. Este texto del *Libro de Cielo* nunca desplaza esta fuente: muestra más bien cómo el alma unida sin reserva a la Voluntad que es Cristo mismo se convierte, por participación y nunca por sustitución, en un canal viviente de esta única fuente —así como la Iglesia profesa que María, sin restar nada a la mediación única de Cristo (1 Tim 2,5), coopera en la distribución de sus gracias como Mediadora subordinada (LG 60-62). El Catecismo recuerda finalmente que, en la comunión de los santos, «ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo» (CIC 953, citando Rom 14,7): el bien realizado por uno aprovecha realmente a todos —verdad que este texto lleva hasta su raíz más interior.

Fórmula para recordar. Los santos hacen los milagros; pero el milagro que hace hacer los milagros es el alma en la que la Voluntad de Dios, sin división, obra Ella misma.

Pregunta 10 — ¿Cómo recibe, a su vez, toda alma que vive en la Divina Voluntad una fecundidad espiritual que engendra el bien en los demás?

Respuesta breve. La Divina Voluntad, por naturaleza, no cesa jamás de engendrar —como el sol engendra la luz, como la flor engendra la flor. Quien se deja dominar por ella recibe en sí esta misma virtud generativa y puede, a su vez, engendrar en los demás el bien que posee. María es el caso supremo y sin igual, pues engendró al Verbo no solo en sí misma sino, dice Jesús, «en todas las criaturas»; pero lo que ella realiza en la cumbre, toda alma que vive en el Fiat lo recibe en su grado propio.

Desarrollo. La Cuarta parte ha mostrado cómo la maternidad de María, lejos de agotarse en Jesús, se extiende a todo hijo del Reino que ella engendra en Él (IV.7). Aquí es preciso aclarar un mecanismo distinto, aunque emparentado: no es solo María quien engendra las almas —es la ley misma de esta fecundidad, propia de la Divina Voluntad misma, en la que

toda alma que vive en el Fiat llega ella misma a participar y a convertirse, a su vez, en generadora.

Jesús revela a Luisa que la fecundidad no es jamás un privilegio aislado, reservado únicamente a María, sino una propiedad de su Voluntad misma, tan natural a ella como la generación lo es a toda la Creación: el sol engendra la luz, la flor engendra otra flor enteramente semejante a ella, la semilla otra semilla, el hombre otro hombre —«todas las cosas creadas por Nosotros llevan consigo la virtud de generar». Por eso «quien se hace dominar por mi Querer Divino, en virtud de Él recibe […] la fecundidad divina, y […] puede generar en los demás lo que ella posee». María no es, pues, la fuente exclusiva e incomunicable de esta fecundidad: es su realización más alta y más pura, porque, al no dar jamás vida a su voluntad propia, dio todo el lugar a la Divina Voluntad y pudo así engendrar al Verbo «no sólo […] en Sí, en su seno materno, sino […] en todas las criaturas». Lo que María hizo de una vez para siempre en la cumbre, cada alma que vive en el Fiat lo continúa en su grado propio —no engendrando al Verbo mismo, lo cual sigue siendo la prerrogativa incomunicable de la Madre de Dios (IV.1-2), sino engendrando, en las almas que encuentra, la luz, la santidad y la vida misma del Reino que lleva.

Un texto anterior muestra cómo la misma Luisa recibió esta misma gracia, en su grado propio de «primogénita» (V.5): Jesús la hace entrar «en el seno de nuestra Divinidad a fin de que tu querer […] genere junto con Nosotros santidad, luz, amor, y […] genere en los demás lo que ha recibido de Nosotros». Lo que Luisa recibió entonces como misión singular —dar a conocer el Reino a las generaciones futuras— no es, pues, una excepción a la ley común, sino su aplicación más visible: la misma fecundidad que se da, en plenitud, a María, después en misión particular a Luisa, se da también, en su medida propia, a toda alma que acepta dejar que la Divina Voluntad domine en ella.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 27 de noviembre de 1927:

> «Hija mía, quien se hace dominar por mi Querer Divino, en virtud de Él recibe la virtud de la fecundidad divina, y con esta fecundidad puede generar en los demás lo que ella posee, con esta fecundidad divina el alma forma la más bella y larga generación, que le llevará la gloria, el cortejo de tener tantos partos generados en sus mismos actos, verá salir de dentro de ella la generación de los hijos de la luz, de la felicidad, de la santidad divina. […] Fue así como la alteza de la Soberana Reina pudo generar al Verbo Eterno sin obra de otros, porque no dando vida a su querer humano, sólo dio vida al Querer Divino, y con esto adquirió la plenitud del germen de la fecundidad divina y pudo generar a Aquél que Cielo y tierra no podían contener, y no sólo lo pudo generar en Sí, en su seno materno, sino lo pudo generar en todas las criaturas. […] Así que mi Divina Voluntad eleva a la criatura y la vuelve partícipe de la fecundidad de la Paternidad Celeste…»
>
> *« Figlia mia, chi si fa dominare dal mio Voler Divino, in virtù di Esso riceve la virtù della fecondità Divina e con questa fecondità può generare negli altri ciò che essa possiede, con questa fecondità Divina l'anima forma la più bella e lunga generazione, che le porterà la gloria, il corteggio d'aver generato tanti parti nei suoi stessi atti, vedrà uscire da lei la generazione dei figli della luce, della felicità, della santità Divina. […] Fu così che, l'Altezza della Sovrana Regina potette generare il Verbo Eterno senza opera altrui, perché non dando vita al suo volere umano, diede solo vita al Voler Divino e, con ciò, acquistò la pienezza del germe della fecondità Divina e poté generare Colui che Cielo e terra non potevano contenere e non solo lo poté generare in sé, nel suo seno materno, ma lo poté generare in tutte le creature; […] Sicché la mia Divina Volontà innalza la creatura e la rende partecipe della fecondità della Paternità Celeste… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 14 de julio de 1922:

> «Hija amada de nuestra Voluntad, te he traído al seno de nuestra Divinidad a fin de que tu querer se extienda mayormente en el nuestro y tome parte en nuestro modo de obrar. Nuestra Divinidad es llevada naturalmente a la generación, no hace otra cosa que generar continuamente, y todas las cosas creadas por Nosotros llevan consigo la virtud de generar: El sol genera la luz en cada ojo humano, en cada obra y paso, parece que se multiplica por cada hombre, por cada planta y por cada punto de la tierra, si no tuviera la virtud, la conexión con su Creador generador, el sol jamás podría dar luz a todos ni estar a disposición de cada uno; la flor genera otra flor toda igual a ella; la semilla genera otra semilla; el hombre genera otro hombre; así que todas las cosas llevan consigo la virtud de su Creador de generar, así que somos llevados naturalmente a generar y a reproducir seres semejantes a Nosotros, por eso te he llamado en nuestro seno, a fin de que viviendo con Nosotros, tu querer, difundiéndose en el nuestro se agrande, genere junto con Nosotros santidad, luz, amor, y multiplicándose junto con Nosotros en todos, genere en los demás lo que ha recibido de Nosotros.»
>
> *« Figlia diletta della nostra Volontà, ti ho portato nel seno della nostra Divinità affinché il tuo volere si stenda maggiormente nel nostro e prenda parte al nostro modo di agire. La nostra Divinità è portata naturalmente alla generazione, non fa altro che generare continuamente e tutte le cose da Noi create portano con sé la virtù di generare. Il sole genera la luce in ogni occhio umano, in ogni opera e passo, pare che si moltiplichi per ciascun uomo, per ciascuna pianta e per ciascun punto della terra, se non avesse la virtù, il connesso col suo Creatore generatore, mai il sole potrebbe dare luce a tutti ed essere per ciascuno a sua disposizione; il fiore genera l'altro fiore tutto simile a lui; il seme genera l'altro seme; l'uomo genera l'altro uomo; sicché tutte le cose portano con sé la virtù del loro Creatore di generare, sicché siamo portati tanto naturalmente a generare ed a riprodurre da Noi esseri simili a Noi, perciò ti ho chiamato nel nostro seno, affinché vivendo con Noi, il tuo volere, diffondendosi nel nostro si allarghi, generi insieme con Noi santità, luce, amore e, moltiplicandosi insieme con Noi in tutti, generi negli altri ciò che ha ricevuto da Noi. »*

Articulación católica. Jesús enseña Él mismo esta misma ley de fecundidad mediante el abandono y la unión: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5) —fruto que nunca es producto de un esfuerzo autónomo, sino de una morada, exactamente como lo describe aquí el *Libro de Cielo*. El mismo san Pablo emplea el vocabulario de la generación espiritual para expresar su propia paternidad respecto de los corintios: «por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús» (1 Co 4,15) —prueba de que este lenguaje nunca es extraño a la Escritura misma. El Concilio Vaticano II enseña que María es nuestra Madre «en el orden de la gracia» (LG 61, ya citado en IV.7); lo que este texto del *Libro de Cielo* añade es que esta fecundidad materna, recibida en plenitud únicamente por María, se comunica realmente, en su medida propia, a toda alma unida a la Divina Voluntad —nunca dispensando de los medios ordinarios del apostolado y de la evangelización, sino dándoles su raíz más profunda.

Fórmula para recordar. María engendró al Verbo en toda criatura, de una vez para siempre; toda alma que vive en el Fiat continúa, en su propia medida, engendrando lo que María engendró la primera.

Octava parte — Los actos en la Divina Voluntad: rondas, reparación y vida cotidiana

---

Pregunta 1 — ¿Qué es un acto hecho en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Un acto hecho en la Divina Voluntad es un acto cuya intención —no el gesto exterior— está formada por el Querer de Dios, llamado a ser la vida de dicho acto: así como el alma da vida al cuerpo sin confundirse con él, así la Divina Voluntad, llamada en la intención, se convierte en la vida escondida de un acto que, visto desde fuera, permanece perfectamente ordinario.

Desarrollo. La Sexta parte definió el Don como un intercambio continuo de voluntades (VI.1, VI.3), distinguió el acto preveniente del acto actual (VI.8) y nombró los grados querida, mandada y obrante mediante los cuales esta Voluntad desciende al acto de la criatura (VI.9-10). Es preciso entrar ahora más profundamente en la textura misma de tal acto: ¿qué es, con toda exactitud, lo que hace que un acto —un gesto, una palabra, un pensamiento— se convierta en un acto hecho en la Divina Voluntad, en lugar de un acto simplemente humano, aunque sea bueno?

Jesús responde señalando el lugar preciso donde se decide esta diferencia: no la acción exterior de la criatura, sino la intención que forma su vida. «Yo no miro la acción externa de la criatura —dice—, sino la intención que forma la vida de la acción; ella es como el alma de la acción, esta se vuelve como el velo de la intención.» Elige una imagen precisa: sucede como con el alma y el cuerpo —no es el cuerpo el que piensa, habla, palpita, obra y camina, sino el alma la que da vida al pensamiento, a la palabra y al movimiento, de modo que el cuerpo es el velo del alma, su portador visible, mientras que la parte vital, la acción verdadera, pertenece al alma.

Así sucede con la intención en el acto hecho en el Fiat: si el alma llama a la Divina Voluntad como vida de su inteligencia, como latido de su corazón, como acción de sus manos, forma, en lo íntimo de cada uno de sus actos, la vida de la inteligencia, de las acciones y del paso de esta misma Voluntad —y todo lo que haga después servirá de velo a esta Vida Divina así formada. Este texto ofrece el vocabulario más preciso para nombrar lo que significa «hacer un acto en la Divina Voluntad»: nunca es cuestión de la grandeza o de la naturaleza del acto exterior, sino únicamente de la intención que, en su centro invisible, constituye su verdadera vida.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 32, 15 de junio de 1933:

> «Ahora, tú debes saber que Yo no miro la acción externa de la criatura, sino la intención que forma la vida de la acción, ella es como el alma de la acción, ésta se vuelve como el velo de la intención. Sucede como el alma al cuerpo, que no es el cuerpo el que piensa, el que habla, palpita, obra y camina, sino que el alma da vida al pensamiento, a la palabra, al movimiento, así que el cuerpo es velo del alma, la cubre y se hace portador de ella, pero la parte vital, la acción, el paso, es del alma. Tal es la intención, verdadera vida de las acciones. Ahora, si tú llamas a mi Divina Voluntad como vida de tu mente, como latido de tu corazón, como acción de tus manos y así de todo lo demás, tú formarás la vida de la inteligencia de mi Voluntad en tu mente, la vida de sus acciones en tus

manos, su paso divino en tus pies, de modo que todo lo que hagas servirá de velo a la Vida Divina que con tu intención has formado en el interior de tus actos.»

« Ora tu devi sapere che io non guardo l'azione esterna della creatura, ma l'intenzione che forma la vita dell'azione, essa è come l'anima dell'azione, questa diventa come il velo dell'intenzione. Succede come l'anima al corpo, non è il corpo che pensa, che parla, che palpita, che opera e cammina, ma l'anima dà vita al pensiero, alla parola, al moto, sicché il corpo è velo dell'anima, che mentre la copre e si fa portatore di essa, la parte vitale, l'azione, il passo è dell'anima. Tale è l'intenzione, vera vita delle azioni. Ora se tu chiami la mia Divina Volontà come vita della tua mente, come palpito del tuo cuore, come azione delle tue mani e così di seguito, tu formerai la vita dell'intelligenza della mia Volontà nella tua mente, la vita delle sue azioni nelle tue mani, il suo passo divino nei tuoi piedi, in modo che tutto ciò che farai, servirà di velo alla vita Divina, che con la tua intenzione hai formato nell'interno degli atti tuoi. »

Articulación católica. La Escritura recuerda sin cesar que Dios juzga el corazón allí donde el hombre solo ve la apariencia: «el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón» (1 Sam 16,7); y Jesús enseña que un simple vaso de agua dado porque pertenecemos a Cristo nunca quedará sin recompensa (Mc 9,41) —signo de que la grandeza de un acto ante Dios nunca se mide por su brillo exterior. El Catecismo recuerda que el corazón, en su sentido bíblico, es «lo más profundo del ser», donde la persona se decide o no por Dios (CIC 368), y que «de dentro del corazón salen las intenciones malas» (CIC 2517, citando Mt 15,19); la doctrina clásica sobre el mérito enseña, además, que la caridad, fuente interior del acto, constituye su verdadero valor ante Dios, mucho más que su dimensión aparente (CIC 1822, 2011).

Fórmula para recordar. Nunca es la grandeza visible de un acto lo que lo hace divino, sino la Voluntad que, invisible, forma su vida —como el alma forma la vida de un cuerpo que no es más que su velo.

Pregunta 2 — ¿Por qué los actos en la Divina Voluntad tienen un valor divino?

Respuesta breve. Un solo acto hecho en la Divina Voluntad es más grande que el Cielo y la tierra, porque su Potencia y su Amor, sin límites, se despliegan en él sin reserva; y este valor no deja de crecer a medida que el alma conoce mejor lo que posee —como una joya cuyo valor real nunca cambia, pero cuyo precio revelado aumenta con el conocimiento de quien la examina.

Desarrollo. La pregunta anterior mostró que el valor de un acto reside en la intención que forma su vida. Queda por medir, en toda su desmesura, la amplitud de este valor cuando la intención llamada es la misma de Dios.

Jesús lo afirma sin rodeos, en un texto en el que parece casi sumergido por la amplitud de lo que revela: «un solo acto de mi Voluntad es más grande que el cielo y que la tierra, su inmensidad no tiene confines, su potencia no tiene límites». Tal acto, precisa, contiene en su único movimiento el amor, la adoración y la gloria de toda criatura, hasta hacer decir al sol, al cielo, a las estrellas y a toda la Creación: «te amamos, te adoramos, te glorificamos». No es, por tanto, una imagen poética: es una afirmación precisa sobre el alcance real de un solo acto verdaderamente hecho en el Fiat.

Pero este valor, aunque nunca cambia en sí mismo, se revela progresivamente a medida que el alma lo conoce mejor —y es aquí donde Jesús introduce una imagen pedagógica, ya

en germen en las enseñanzas de la Quinta parte sobre los conocimientos (V.6). Compara la Divina Voluntad con una joya cuyo poseedor ignora al principio su valor: cree que vale un centavo, hasta que un primer experto le revela que vale cinco mil liras, y después otro, todavía más experto, que vale cien mil. La joya, observa Jesús, nunca ha cambiado: «el cambio se ha realizado en él con saber el valor que la joya contiene». Así sucede con un acto hecho en la Divina Voluntad: su valor objetivo es ya infinito desde el primer instante, pero el alma que crece en el conocimiento de lo que posee llega a amarlo, estimarlo y custodiarlo con una intensidad cada vez mayor —no porque el acto se vuelva objetivamente más precioso, sino porque el alma comienza por fin a ver lo que contenía desde el primer día.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 12 de noviembre de 1937:

> «Hija mía, no te maravilles, un solo acto de mi Voluntad es más grande que el cielo y que la tierra, su inmensidad no tiene confines, su potencia no tiene límites, tiene en su propio puño a todo y a todos, en su obrar tiene un acto de amor infinito que puede decir por todos: 'Amor'. Y después de que ha amado por todos, ¡oh, cuánto avanza!»
>
> *« Figlia mia, non ti meravigliare, un atto solo della mia Volontà è più grande del Cielo e della terra, la sua immensità non ha confini, la sua Potenza non ha limiti, ha nel suo proprio pugno tutto e tutti, quindi, nel suo operare ha un atto d'amore infinito, che può dire per tutti: "amore" e dopo che ha amato per tutti, oh quanto ne avanza! »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 13, 25 de agosto de 1921:

> «Cada vez que te hablo de mi Querer y tú adquieres nuevos conocimientos, tanto más valor tiene tu acto en mi Querer y más riquezas inmensas adquieres. Sucede como con alguno que tiene una joya y sabe que ésta tiene un valor de un centavo; él es rico en un centavo. Ahora, sucede que hace ver su joya por un experto, y éste le dice que su joya tiene un valor de cinco mil liras; entonces ya no posee un centavo, sino que es rico en cinco mil liras. Después de algún tiempo tiene ocasión de hacer ver su joya por otro perito más experto, y él le asegura que su joya tiene un valor de cien mil liras y que está dispuesto a comprarla si es que la quiere vender; ahora es rico en cien mil liras. Según conoce el valor de su joya, así se hace más rico y siente mayor amor y estima por su joya; la tiene guardada con mayor cuidado sabiendo que es toda su fortuna, mientras que antes la tenía como una cosa de nada. No obstante la joya no ha cambiado, ha quedado tal como era, el cambio se ha realizado en él con saber el valor que la joya contiene. Así sucede de mi Voluntad, como también de las virtudes, según el alma comprende su valor, adquiere mayor conocimiento sobre ella, así viene a adquirir nuevos valores y nuevas riquezas en sus actos.»
>
> *« Ogniqualvolta ti parlo del mio Volere e tu acquisti nuove cognizioni e conoscenze, tanto più valore ha il tuo atto nel mio Volere e più immense ricchezze tu acquisti. Succede come ad un tale che ha una gemma e sa che quella gemma ha il valore di un soldo; lui è ricco d'un soldo. Ora avviene che fa vedere la sua gemma ad un esperto perito e quello gli dice che la sua gemma ha il valore di cinquemila lire; quel tale non possiede più un soldo, ma è ricco di cinquemila lire. Or dopo qualche tempo, ha l'occasione di far vedere la sua gemma ad un perito più esperto ancora e quello lo assicura che la sua gemma contiene il valore di centomila ed è pronto a comprarla se la vuol vendere; ora costui è ricco di centomila lire. A seconda che conosce il valore della sua gemma, così si fa più ricco e sente maggior amore e stima della gemma; la tiene con più gelosia custodita, sapendo che è tutta la sua fortuna, mentre prima la considerava un nonnulla. Eppure la gemma non è cambiata, era ed è tale quale, il cambiamento l'ha fatto lui col capire il valore che la gemma contiene. Ora, così avviene della mia Volontà, come pure delle virtù; a seconda che l'anima capisce il valore, acquista la conoscenza, così viene nei suoi*

atti ad acquistare nuovi valori e nuove ricchezze »

Articulación católica. Jesús enseña que incluso los actos más modestos, realizados en su nombre, poseen un valor que supera toda proporción humana: «Y el que os dé a beber un vaso de agua porque sois de Cristo, en verdad os digo que no se quedará sin recompensa» (Mc 9,41). San Pablo va más lejos al afirmar: «los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará» (Rom 8,18) —desproporción radical entre la pequeñez del acto humano y la inmensidad del fruto que lleva cuando está unido a Dios. El Catecismo recuerda que la caridad, más que la grandeza material de la obra, constituye su verdadero peso ante Dios: sin ella, incluso el privilegio, el servicio o la virtud «nada me aprovecha» (CIC 1826, cf. 1 Co 13) —principio que coincide exactamente, en su vocabulario propio, con lo que expresa aquí la imagen de la joya.

Fórmula para recordar. Un solo acto hecho en la Divina Voluntad es más grande que el Cielo y la tierra, porque su Poder y su Amor sin límites se despliegan enteramente en él; los conocimientos no aumentan su valor, sino que lo revelan como el de una gema ya poseída.

Pregunta 3 — ¿Qué diferencia hay entre un acto humano bueno y un acto en el Querer Divino?

Respuesta breve. Un acto humano bueno sigue siendo, incluso cuando es virtuoso, obra de la sola voluntad de la criatura; un acto en el Querer Divino es un acto en el que la intención se vacía de sí misma para dar lugar a la acción de Dios, de modo que, visto desde fuera, sigue siendo una acción ordinaria y natural, pero recubre, bajo ese velo común, la virtud obrante de una acción divina.

Desarrollo. VIII.1 mostró que la intención es la verdadera vida del acto; ahora es preciso determinar qué distingue, en esta misma intención, el acto simplemente bueno del acto verdaderamente divino —distinción capital para no confundir la virtud ordinaria, real y meritoria, con este grado más interior que la presente obra describe desde la Sexta parte.

Jesús prosigue la enseñanza de VIII.1 precisando la naturaleza exacta de esta intención que llama a la Divina Voluntad: «¿pero qué cosa es esta intención? Es tu voluntad que haciendo una llamada a la mía se vacía de sí misma, y forma el vacío en su acto para dar el puesto a la acción de mi Voluntad». La expresión es contundente: «se vacía de sí misma». Un acto humano bueno conserva la iniciativa plena y entera de la voluntad que lo realiza —es ella la que elige, decide y merece, sin que se requiera nada más para que el acto sea virtuoso. Un acto en el Querer Divino supone este mismo querer libre, pero que elige precisamente retirarse del primer lugar, para dejar ese lugar a una acción distinta de la suya.

Este vacío así formado nunca permanece vacío en realidad: Jesús explica que, al hacerse «velo», la intención «esconde en las acciones, aun en las más ordinarias y naturales, la acción extraordinaria de un Dios, tanto, que de fuera se ven acciones comunes, pero si se quita el velo del querer humano se encuentra encerrada la Virtud obrante de la acción divina». Esta es, por tanto, la diferencia exacta: no una diferencia de materia —el mismo trabajo, el mismo gesto y la misma palabra pueden servir igualmente de soporte al uno o al otro—, sino una diferencia de aquello que, invisiblemente, anima esa materia. Nada permite distinguir a simple vista, exteriormente, un acto simplemente bueno de un acto hecho en el Querer Divino; solo Dios, que mira el vacío o la plenitud de la intención, conoce su verdadera naturaleza.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 32, 15 de junio de 1933:

«¿pero qué cosa es esta intención? Es tu voluntad que haciendo una llamada a la mía se vacía de sí misma, y forma el vacío en su acto para dar el puesto a la acción de mi Voluntad, y ella haciéndose velo esconde en las acciones, aun en las más ordinarias y naturales, la acción extraordinaria de un Dios, tanto, que de fuera se ven acciones comunes, pero si se quita el velo del querer humano se encuentra encerrada la Virtud obrante de la acción divina…»

« Ma che cosa è questa intenzione? E' la tua volontà che facendo appello alla mia, si svuota di se stessa e forma il vuoto nell'atto suo, per dare il posto all'azione della mia Volontà ed essa, facendosi velo, nasconde nelle azioni anche più ordinarie e naturali, l'azione straordinaria d'un Dio, tanto che da fuori si vedono azioni comuni, ma se si toglie il velo dell'umano volere si trova rinchiusa la virtù operatrice dell'azione divina… »

Articulación católica. El Catecismo distingue cuidadosamente la gracia santificante, habitual, que hace al alma capaz de vivir con Dios, de las gracias actuales, que «designan las intervenciones divinas que están en el origen de la conversión o en el curso de la obra de la santificación» (CIC 2000) —distinción que permite comprender un acto elevado sin confundir jamás la virtud natural con la acción propiamente divina que viene a añadírsele por gracia. San Pablo, por su parte, describe precisamente esta dinámica del vacío dejado a Dios: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20) —versículo ya citado en VI.6, que encuentra aquí su complemento exacto: no la aniquilación de la voluntad, sino su vaciamiento voluntario para dejar lugar a una acción mayor.

Fórmula para recordar. El mismo gesto puede ser un acto simplemente bueno o un acto divino: la diferencia nunca se ve desde fuera; radica enteramente en el vacío que la voluntad propia acepta, o no, dejar a Dios.

Pregunta 4 — ¿En qué consiste el triple acto que Dios forma con el alma en cada acto hecho en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús revela que en todo acto de la criatura que vive en el Fiat se distinguen tres actos en uno solo: la fuerza creadora de Dios, que da el primero, antes incluso de que el alma actúe; el amor operante del alma, alimentado por esa misma fuerza, que lo continúa; y el amor de complacencia y de reconocimiento, que solo lo lleva a término, devolviendo a Dios, con un amor mayor, lo que en Él había tenido su comienzo. Sin este tercer acto, dice Jesús, ningún acto podría llamarse completo ni recibir su justo valor.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han establecido qué es un acto hecho en la Divina Voluntad (VIII.1), por qué tiene un valor divino (VIII.2) y en qué se diferencia de un acto humano simplemente bueno (VIII.3). Es preciso ahora precisar su estructura íntima: ¿cómo, concretamente, llega a formarse este valor divino en el acto mismo que realiza la criatura?

Jesús distingue tres actos en uno solo. El primero pertenece únicamente a Dios: es la fuerza creadora que, antes incluso de que el alma actúe, deposita en ella el acto que dará vida a su actividad —uniéndose a lo que la Sexta parte ha llamado la Voluntad obrante (VI.9-10). El segundo es el del alma misma: sobre este acto recibido, forma el de su propio amor operante, continuamente alimentado por esa misma fuerza creadora; y Jesús precisa que la medida de este alimento recibido a cambio depende directamente de la intensidad de este amor, de su amplitud y del bien que contiene. El tercero, finalmente, no es ni el de Dios solo ni el del alma sola: es el amor de complacencia y de reconocimiento, mediante el cual el alma devuelve a Dios, con un amor todavía mayor que aquel con el que lo recibió, lo que en Él había tenido su comienzo.

Este tercer acto no es un suplemento facultativo: Jesús lo declara necesario para la conclusión misma del acto. Así como un trabajo al que le faltara una coma o un matiz no podría recibir todo su honor, un acto que se detuviera en el solo amor operante, sin volver a Dios en el reconocimiento, quedaría inacabado y no recibiría su justo valor. Esta restitución final es la que da al acto su perfección.

Un texto posterior revela un segundo triple acto, que no debe confundirse con el primero, aunque lleve su eco: este ya no describe la génesis de un acto aislado, sino la postura continua del alma que vive en el Fiat a través de la multitud de sus actos. Jesús distingue en él el acto concurrente, el acto asistente y el acto receptor. Esta palabra «concurrir» no es propia únicamente de este texto tardío: veintiséis años antes, Jesús había establecido ya su fundamento más general, incluso fuera de toda cuestión de vida plenamente entregada a su Voluntad. «Yo estoy continuamente concurriendo —decía entonces— en cada mínima acción humana, aunque fuese un pensamiento, un respiro, un movimiento» —lamentando que las criaturas, ignorando esta presencia, se atribuyan lo que hacen, cuando reciben de Él la vida misma de su obrar. Pero el texto de 1932 va más lejos que una simple toma de conciencia de este mismo concurso: dice que el alma misma «realiza» el acto concurrente, como un gesto verdaderamente realizado y unido al de su Creador —y esto sin restricción alguna, puesto que «esta Divina Voluntad no hay cosa que haga» en la que no ponga a la criatura a concurrir. Por tanto, el alma nunca se encuentra asociada únicamente a los actos que la afectan a ella misma: pasa, por decirlo así, al lado del Creador, concurriendo con Él en lo que obra en toda criatura, y ya no solamente en lo que obra en ella. La Séptima parte había vislumbrado ya este mismo privilegio bajo otro aspecto, cuando el alma que vive en el Fiat «se hace presente en toda cosa creada» (VII.7); aquí, ya no es solamente su presencia la que se extiende a todo, sino su mismo concurso en la operación divina —«siendo una la Voluntad de uno con la del otro»—, hasta el punto de que «adquiere los derechos» de este Querer para hacer lo que Él mismo hace. Lo que el alma recibe no es, por tanto, solamente la luz sobre una presencia ya existente: es una elevación real, en la que el concurso universal y casi siempre ignorado se convierte, en ella, en un concurso querido, recíproco y verdaderamente operante —ya no solamente en sus propios actos, sino en la operación misma de Dios sobre toda cosa creada.

De ello deriva el acto asistente: nada de lo que Dios hace permanece oculto a quien vive ya con Él —privilegio de amistad más que de simple presencia, cercano al que Jesús promete a sus discípulos cuando deja de llamarlos siervos para llamarlos amigos, porque les ha dado a conocer todo lo que ha oído de su Padre (Jn 15,15). El acto receptor, finalmente, se une a un motivo encontrado ya dos veces en esta obra bajo una forma más insigne: Adán mismo fue llamado «depositario del capital de una Voluntad Divina» (I.3), y Luisa, en un orden enteramente singular, «depositaria» de todos los bienes de los futuros hijos del Reino (V.17-18). Lo que este texto de 1932 extiende a toda alma que vive plenamente en el Fiat nunca es, por tanto, el rango único de estas dos figuras, sino la estructura misma del don que ellas ilustran en su cumbre: recibir, como un bien propio y con un derecho real, lo que, sin embargo, procede enteramente de Otro.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 23 de marzo de 1931:

> «Hija mía, en cada acto de criatura hay un triple acto: Primero forma el acto la fuerza creadora; la criatura sobre el acto de la fuerza creadora forma el acto de su amor obrante, que viene alimentado por la fuerza creadora, y según la intensidad del amor de la criatura, su prolijidad, el bien, el valor, que contiene su acto, así recibe más o menos alimento del acto de la fuerza creadora […]. Ahora, al acto de la fuerza creadora y al acto del amor obrante de la criatura, sigue el acto del amor de cumplimiento; cada acto no se podría decir completo, ni dársele el justo valor, si faltara una coma, un punto, una pincelada cualquiera […] la criatura ha recibido de Dios el acto primero de

su obrar, lo ha seguido con su amor obrante, pero alimentada por Dios lo completa con un amor más grande, con dar a Dios lo que de Dios ha tenido principio.»

« Figlia mia, in ogni atto di creatura vi è un triplice atto, la forza creatrice forma il primo atto, la creatura sull'atto della forza creatrice forma l'atto del suo amore operante, che viene alimentato dalla forza creatrice ed a seconda l'intensità dell'amore della creatura, la sua prolissità, il bene, il valore, che contiene il suo atto, così riceve più o meno alimento dall'atto della forza creatrice […]. Ora all'atto della forza creatrice ed all'atto dell'amore operante della creatura segue l'atto dell'amore di compiacimento; ogni atto non si potrebbe dire compiuto, né si potrebbe dare il giusto valore se mancasse una virgola, un punto, una sfumatura qualsiasi […]. La creatura ha ricevuto da Dio l'atto primo del suo operare, l'ha continuato col suo amore operante ma alimentato da Dio, lo compie con un amore più grande, col dare a Dio ciò che da Dio ha avuto principio. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 7, 10 de octubre de 1906:

«Hija mía, Yo estoy continuamente concurriendo en cada mínima acción humana, aunque fuese un pensamiento, un respiro, un movimiento; pero las criaturas no piensan en esta mi actitud hacia ellas, y además de que no hacen para Mí sus obras, que soy de quien reciben la vida de su mismo obrar, se atribuyen a ellas lo que hacen. ¡Oh! Si pensaran en ésta mi continua actitud hacia ellas, no usurparían lo que es mío, con detrimento de mi gloria y de su bien; mientras que deberían hacer todo para Mí, y dármelo a Mí, porque todo lo que es hecho para Mí puede entrar en Mí, y Yo lo tengo en Mí en depósito para darlo todo a ella en la otra vida, mientras que lo que no es hecho para Mí no puede entrar en Mí, porque no son obras dignas de Mí, más bien siento náuseas y las rechazo, a pesar de que ha concurrido mi actitud.»

« Figlia mia, Io sto continuamente concorrendo in ogni minima azione umana, fosse anche un pensiero, un respiro, un movimento e le creature non pensando a questa mia attitudine per loro, oltre a non fare per Me tutte le loro opere, attribuiscono a loro ciò che fanno, mentre ricevono la vita del loro operare medesimo da Me. Oh! se pensassero a questa mia continua attitudine per loro, non usurperebbero ciò che è mio, con detrimento della mia gloria e del loro bene; mentre dovrebbero far tutto per Me e darlo a Me. Tutto ciò che è fatto per Me può entrare in Me ed Io lo tengo in Me in deposito per darlo tutto a loro nell'altra vita; mentre ciò che non è fatto per Me non può entrare in Me, perché non sono opere degne di Me; anzi ne sento nausea e le rigetto, anche se è stata l'attitudine mia. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 30 de octubre de 1932:

«Hija mía bendita, tu pequeñez en el mar interminable de nuestro Querer es nuestra alegría más grande, tú debes saber que quien vive en Él realiza tres actos: Concurrente, asistente y receptor. En el primero concurre con los mismos actos de su Creador, siendo una la Voluntad de uno con la del otro, esta Divina Voluntad no hay cosa que haga, en la que no ponga a la criatura a concurrir juntamente en su obrar, y he aquí que mi Querer no está más solo, siente la inseparabilidad de quien vive en Él, en sus actos siente una voluntad finita en la Infinita, que ama juntamente y concurre en la multiplicidad y acto incesante de nuestras obras, así que quien vive en nuestra Voluntad rompe nuestra soledad, y como connatural nos la sentimos concurrir en nuestro mar divino, y con el derramarse continuo de su pequeñez en Nosotros, adquiere los derechos de nuestro Querer para hacer lo que Él hace. ¡Ah! tú no puedes comprender cuál es nuestro contento, nuestra alegría al sentir a la criatura concurrir con Nosotros para no hacer otra cosa, sino sólo lo que Nosotros hacemos. Del acto concurrente surge el acto asistente, concurre y asiste, no hay cosa que Nosotros hagamos que ella no conozca

y asista, así que ¿cómo escondernos de quien ya está con Nosotros, concurre y tiene su lugar en nuestro Querer? ¿Pero concurrirá y asistirá solamente? ¡Ah, no! Otro acto surge, y es aquél de recibir como suyo, y como nuestro, la infinitud de nuestro amor y de nuestras obras, tanto, que su pequeñez no tiene donde poner un amor y un obrar tan grande, y por eso ella se queda en nuestro Querer con todo el depósito de los bienes que ha recibido, y esto con derecho, porque tiene de lo suyo.»

« Figlia mia benedetta, la tua piccolezza nel mare interminabile del nostro Volere è la nostra gioia più grande; tu devi sapere che chi vive in Esso emette atti concorrenti, assistenti e riceventi. Nel primo concorre con gli stessi atti del suo Creatore, essendo l'una la volontà dell'altro, non vi è cosa che questa Divina Volontà faccia, in cui non metta la creatura a concorrere insieme nel suo operato ed ecco che il mio Volere non è più solo, sente l'inseparabilità di chi vive in Esso, negli atti suoi sente una volontà finita nell'infinita, che ama insieme e concorre alla molteplicità dell'operato incessante delle nostre opere, sicché chi vive nella nostra Volontà spezza la nostra solitudine e Noi, come connaturale, la sentiamo concorrente nel nostro mare Divino e con un riversamento continuo della sua piccolezza in Noi, acquista i diritti del nostro Volere per fare ciò che Esso fa. Ah tu non puoi comprendere qual è il nostro contento, la nostra gioia nel sentire la creatura concorrere insieme per fare non altro, ma solo quello che Noi facciamo! Dall'atto concorrente sorge l'atto assistente, la creatura concorre ed assiste, non vi è cosa che Noi facciamo che essa non conosca ed assista. Come nasconderci da chi già è con Noi, concorre e ha il suo posto nel nostro Volere? Ma concorrerà ed assisterà solamente? Ah! no, un altro atto sorge ed è quello di ricevere come suo e come nostro, l'infinità del nostro amore e delle nostre opere, tanto che la sua piccolezza non sa dove mettere un amore ed un operato così grande e perciò essa rimane nel nostro Volere con tutto il deposito dei beni che ha ricevuto e questo con diritto, perché ha del suo. »

Articulación católica. San Agustín, y después santo Tomás siguiendo sus pasos, distinguen en la obra de la gracia una «gracia operante», en la que Dios solo actúa para disponer la voluntad, y una «gracia cooperante», en la que Dios y la voluntad actúan juntos —el Catecismo retoma esta misma intuición cuando enseña que «La preparación del hombre para acoger la gracia es ya una obra de la gracia» (CIC 2001). Los dos primeros actos que Jesús distingue aquí son casi una traducción término por término. En cuanto al tercero, el amor de reconocimiento que devuelve a Dios lo que Él dio primero, se une al sentido mismo de la palabra Eucaristía —acción de gracias— y a la advertencia de san Pablo: «¿Tienes algo que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?» (1 Co 4,7).

Fórmula para recordar. Ningún acto está hecho jamás de una sola pieza: Dios lo comienza, el alma lo continúa mediante su amor, y nada queda concluido hasta que este mismo amor es devuelto a quien lo dio primero.

Pregunta 5 — ¿Cómo forman los actos hechos en la Divina Voluntad «Vidas Divinas» multiplicadas?

Respuesta breve. Cada acto que la Divina Voluntad, unida al alma, realiza en ella forma realmente una Vida Divina —no por una potencia propia de la criatura, que nunca podría multiplicar a Dios mismo, sino porque la Divina Voluntad, siendo Divina, no puede producir otro efecto allí donde reina sin obstáculo. El *Libro de Cielo* llama «bilocación» a este misterio: la misma y única Voluntad que reina plenamente en Dios reina también, sin división alguna,

con toda plenitud en el alma —como un rey que, sin perder nada de su realeza, elige habitar una pobre cabaña en vez de su palacio.

Desarrollo. El *Libro de Cielo* vuelve, sobre todo en sus últimos volúmenes, a un tema central: cada acto realizado en la Divina Voluntad «forma» en el alma una Vida Divina, de modo que el alma se convierte, según la expresión misma de Jesús, en «la reproductora, la bilocadora» de esta Vida —llenando, mediante todos sus actos, el Cielo y la tierra de otras tantas imágenes de Vidas Divinas. Es un lenguaje que hay que guardarse de interpretar torcidamente: nunca se trata de una multiplicación de la esencia divina por la criatura misma, lo cual sería un puro sinsentido y una confusión panteísta. Es precisamente lo que Luisa objeta espontáneamente a Jesús, con un sano reflejo de pequeñez: ¿no es Él, presente en todas partes por su propia inmensidad, quien «surge» en cada acto —y no ella? Jesús confirma plenamente esta objeción antes de superarla: no son ni la potencia ni el obrar propio de la criatura los que multiplican a Dios —solo Dios está en todas partes por Sí mismo—, sino que, cuando el alma entra en su Voluntad, son el amor del alma y sus actos llenos de virtud divina los que hacen *surgir* esta Vida, sin que ella misma sea su causa.

Dos visiones concedidas a Luisa dan a este misterio un rostro concreto. La primera es la escena misma que precede, en aquel día, a su objeción: abandonada en el Querer Supremo y haciendo correr en cada inteligencia creada sus pensamientos, sus palabras y sus reparaciones, ve que, a medida que realiza sus actos, Jesús «quedaba formado» —«¡cómo era bello y encantador ver tantos Jesús por doquiera que pasaba el pasaporte de la luz de la eterna Voluntad!» Su objeción no es, por tanto, una reserva abstracta: es la reacción inmediata de un alma que acaba de ver con sus propios ojos lo que este texto afirma.

Una segunda visión, recibida cinco años antes, da a la misma verdad un rostro eucarístico. Jesús, declarándose hambriento, toma del corazón de Luisa lo que el texto llama sus «hostias», formadas cada vez que el alma, sufriendo y reparando en su Voluntad, lo encierra allí por amor. Luisa cuida, como siempre, de no confundir nada: sus hostias, dice a Jesús, son «tus mismas cosas», mientras que las de Él, en el Santísimo Sacramento, son «cosas tuyas» —ella permanece, por tanto, siempre «por debajo» de Él. Jesús no niega esta jerarquía; la desborda por amor y, para mostrárselo, toma de su corazón una pequeña bolita blanca, la rompe —y de dentro sale otro Jesús.

El mecanismo por el que esto sigue siendo posible sin división de la única Divina Voluntad es lo que el *Libro de Cielo* llama la bilocación: «mi Voluntad, bilocándose, mientras reina en Dios, reina al mismo tiempo en el alma». La imagen ofrecida es la de un rey que, por amor, elige habitar una pobre cabaña sin cambiar nada de cuanto conviene a su persona real: la voz del rey se deja oír allí, sus órdenes salen de ella, sus obras se realizan en ella —solo ha cambiado de morada, no de naturaleza ni de dignidad. Del mismo modo, la Divina Voluntad, al reinar en el alma, no abandona nada de su realeza en el seno de la Trinidad: añade allí una segunda morada, sin dividirse ni repartirse jamás.

Este misterio ilumina de un modo nuevo lo que esta obra ha establecido sobre la gracia en VI.2: esta «participación real» en la vida divina, el *Libro de Cielo* la llama en otro lugar, con los mismos términos, «la Vida bilocada de Dios que se da a las criaturas» (vol. 22, 14 de septiembre de 1927). Cada acto fiel del alma recibe así, no un suplemento exterior, sino un verdadero grado de esta Vida bilocada. El círculo se cierra finalmente sobre los conocimientos ya expuestos en la Quinta parte (V.6-7): cada verdad revelada acerca de la Divina Voluntad es una «semilla divina» que el alma recibe; cada acto acompañado por este conocimiento produce una nueva Vida Divina, posesión real y propia del alma, a la que será proporcionada su gloria en el Cielo. Ignorar estas verdades significa, por tanto, dejar que estas Vidas Divinas permanezcan sin efecto; recibirlas y corresponderles significa multiplicar sin cesar su número —nunca la esencia de Dios, siempre sus imágenes vivientes.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 24 de mayo de 1927:

«Hija mía, cada acto que hace mi Voluntad unida al alma forma en ella una Vida Divina, porque, siendo Ella Divina, no puede dejar de formar Vidas Divinas en sus actos […]. Así, en todo lo que hace el alma, libera de Sí tantas Vidas Divinas que llena el Cielo y la tierra de otras tantas imágenes de Vidas Divinas; Ella se convierte en la reproductora, la bilocadora de la Vida Divina. Mi Voluntad no es menos poderosa en el alma donde reina con la plenitud de su dominio que en el seno de las Tres Divinas Personas […]. Y Nosotros llamamos a esta criatura donde reina nuestro Fiat Supremo nuestra gloria, nuestro amor, nuestra Vida. Sólo con nuestro Querer puede el alma llegar a tanto; sin Él hay una gran distancia entre el Creador y la criatura. Por eso amo tanto que el Querer Divino reine en la criatura, para dar a nuestra Voluntad un amplio campo de acción en el que bilocar nuestras obras, nuestra Vida, y elevar a la criatura al fin perfecto para el que fue creada.»

« Figlia mia, ogni atto che fa la mia Volontà unita coll'anima, vi forma una Vita Divina, perché essendo Essa Divina non può fare a meno di formare Vite Divine negli atti suoi […]. Sicché in tutto ciò che l'anima fa, sprigiona da Sé tante Vite Divine, in modo che riempie Cielo e terra di tante immagini di Vite Divine, Essa diventa la riproduttrice, la bilocatrice della Vita Divina. La mia Volontà non è meno potente nell'anima dove regna con la pienezza del suo dominio, di quello che è nel seno delle Tre Divine Persone […] e Noi chiamamo questa creatura dove regna il nostro Fiat Supremo, la gloria nostra, l'amore nostro, la Vita nostra. Solo col nostro Volere l'anima può giungere a tanto, senza di Esso c'è grande distanza tra Creatore e creatura, perciò amo tanto che il Voler Divino regni nella creatura, per dare il largo campo d'azione alla nostra Volontà di bilocare le nostre opere, la nostra Vita e di elevare la creatura allo scopo perfetto per cui fu creata. »

Cita de referencia (salvaguarda). Jesús, después la visión que concede a Luisa, luego su objeción y la respuesta de Jesús, *Libro de Cielo*, vol. 16, 19 de marzo de 1924:

«Hija mía, bendigo tu corazón, tus latidos, tus afectos, tus palabras, tus pensamientos y hasta tu más pequeño movimiento, para que todos, con mi bendición, queden investidos de una virtud divina […]. Por tanto, pon en circulación en mi Voluntad tus pensamientos, tus palabras, tus latidos, tus penas, todo tu ser; no dejes nada en ti misma, para que con el pasaporte de la luz de mi Voluntad y con mi virtud divina entres en cada acto de criatura y multipliques mi Vida en cada una de ellas. […] Entonces me abandoné en el Querer Supremo y, girando en Él, hice correr mis pensamientos, mis palabras, mis reparaciones, etc., por cada inteligencia creada y por todo el resto del obrar humano; y mientras hacía mis actos, Jesús quedaba formado. ¡Oh, qué bello y encantador era ver tantos Jesús dondequiera que pasaba el pasaporte de la luz de la Voluntad eterna! Después me encontré en mí misma y hallé a Jesús abrazado a mi cuello; estrechándome toda, parecía hacer fiesta, como si yo fuera la causa de multiplicar su Vida, de darle el honor y la gloria de otras tantas Vidas Divinas. "Amor mío, no me parece verdad que yo pueda multiplicar tu Vida […] es en virtud de Ti mismo como surge en cada acto esta Vida, no de mí; yo permanezco siempre la pequeña niña que no sirve para nada." Y Jesús: "Hija mía, todo lo que dices es verdad […] no es el amor y el obrar de la criatura en mi Voluntad lo que hace que me encuentre y me multiplique; sino que, cuando el alma entra en mi Querer, es su amor, son sus actos los que, llenándose de virtud divina, hacen surgir mi Vida, según que sus actos se extiendan más o menos y sean realizados…"»

« Figlia mia, ti benedico il tuo cuore, i tuoi palpiti, i tuoi affetti, le tue parole, i tuoi pensieri, ed anche il tuo più piccolo moto, affinché tutti, con la mia benedizione restino

investiti d'una virtù divina […]. Onde metti in giro nella mia Volontà i tuoi pensieri, le tue parole, i tuoi palpiti, le tue pene, tutto il tuo essere, non lasciare nulla in te stessa, affinché col passaporto della luce della mia Volontà e con la mia virtù divina entri in ogni atto di creatura e moltiplichi la mia Vita in ciascuna di esse. […] Ond'io mi sono abbandonata nel Volere Supremo e, girando in Esso, ho fatto scorrere i miei pensieri, le mie parole, le mie riparazioni, ecc., per ciascuna intelligenza creata ed in tutto il resto dell'operato umano e come facevo i miei atti, restava formato Gesù, oh! come era bello ed incantevole vedere tanti Gesù dovunque passava il passaporto della luce dell'eterna Volontà! Onde dopo mi sono trovata in me stessa e ho trovato Gesù che stava avvinto al mio collo e, stringendomi tutta, mi sembrava che facesse festa, come se io fossi causa per moltiplicare la sua Vita, per dargli l'onore e la gloria di altrettante Vite Divine. Ond'io gli ho detto: "Amor mio, non mi sembra vero che io possa moltiplicare la tua Vita […] è in virtù di Te stesso che sorge ad ogni atto questa Vita, non mia, io resto sempre la piccola bimba che non è buona a nulla." E Gesù: "Figlia mia, tutto ciò che tu dici è vero […] non è l'amore e l'agire della creatura nella mia Volontà che mi fa trovare e mi moltiplica; invece quando l'anima entra nel mio Volere, è il suo l'amore, sono i suoi atti che riempiendosi di virtù divina fanno sorgere la mia Vita, a seconda che i suoi atti più o meno si stendono e vengono fatti…" »

Una segunda visión, recibida cinco años antes, *Libro de Cielo*, vol. 12, 6 de febrero de 1919, bajo el título mismo que le da el corpus, «El alma en la Divina Voluntad puede formar las hostias para alimentar a Jesús»:

« "Hija mía, tengo mucha hambre." Y parecía que tomaba de dentro de mi boca muchas pequeñas bolitas blancas y se las comía […]. "Hija mía, conforme el alma va encerrando mi Querer y me ama, en mi Querer me encierra a Mí y, amándome, forma en torno a Mí los accidentes para aprisionarme dentro y forma una hostia para Mí […]. Apenas veo formadas estas hostias en el alma, voy a tomarlas para alimentarme, para saciar el hambre insaciable que tengo de que la criatura me corresponda amor por amor […]." Y yo: "Jesús, mis hostias son cosa tuya, mientras que las tuyas son tuyas; por tanto, yo permanezco siempre por debajo de Ti." Y Jesús: "Para quien ama de verdad, Yo no sé ni quiero llevar cuentas; además, en mis hostias es Jesús lo que te doy, y en las tuyas es todo Jesús lo que me das; ¿quieres verlo?" Y yo: "Sí." Extendió su mano en mi corazón, tomó una pequeña bolita blanca, la rompió y de dentro salió otro Jesús. Y Él: "¿Has visto? ¡Qué contento estoy cuando la criatura llega a poder darme a Mí mismo en comunión! Por eso, hazme muchas hostias y Yo vendré a alimentarme en ti; me renovarás el contento, la gloria y el amor de cuando, al instituirme Sacramentado, me di a Mí mismo en comunión." »

« "Figlia mia, ho gran fame." E pareva che prendesse da dentro la mia bocca tante piccole pallottoline bianche e se le mangiasse. […] "Figlia mia, come l'anima va racchiudendo il mio Volere e mi ama, nel mio Volere racchiude Me ed amandomi, forma intorno a Me gli accidenti per imprigionarmi dentro e vi forma un'ostia per Me […]. Io non appena vedo formate queste ostie nell'anima, vado a prenderle per nutrirmi, per saziare la mia insaziabile fame che ho che la creatura mi renda amore per amore […]." Ed io: "Gesù, le mie ostie sono roba tua stessa, invece le tue sono roba tua; quindi io rimango sempre al disotto di Te." E Gesù: "Per chi ama davvero, Io non so, né voglio far conto e poi, nelle mie ostie è Gesù che ti do e nelle tue è tutto Gesù che mi dai; vuoi vederlo?" Ed io: "Sì." Ha steso la sua mano nel mio cuore ed ha preso una piccola pallottolina bianca, l'ha spezzato e dall'interno è uscito un altro Gesù. E Lui: "Hai visto? Come sono contento quando la creatura giunge a poter comunicare Me stesso! Perciò fammi molte ostie ed Io verrò a nutrirmi in te; mi rinnoverai il contento, la gloria, l'amore di quando, nell'istituirmi Sacramentato, comunicai Me stesso." »

Articulación católica. El Magisterio posee una formulación propia acerca de este mismo mecanismo de multiplicación sin división, y se aproxima mucho a la visión que Luisa acaba de recibir: Cristo, enseña el Concilio de Trento, está presente todo entero en cada especie eucarística y todo entero en cada una de sus partes, «de modo que la fracción del pan no divide a Cristo» (CIC 1377) —multiplicar las hostias consagradas o partir una en dos nunca fracciona al propio Cristo: cada fragmento lo contiene sin división. Es exactamente lo que Luisa ve realizarse en el alma, con el mismo rechazo de toda fracción y de toda porción: cada vez, la totalidad. Este lenguaje se une finalmente al más amplio de la divinización, que la Iglesia conserva desde los Padres: «el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios» (CIC 460, citando a san Atanasio); y san Pablo no dice menos cuando afirma que los creyentes, «con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente» (2 Co 3,18). Lo que este texto llama «multiplicación» de imágenes de Vida Divina no añade, por tanto, nada nuevo: lleva este vocabulario ya recibido por la Iglesia hasta su término más concreto —tantas imágenes vivientes como actos realizados en el Fiat, cada una realmente participada, nunca confundida con su único origen.

Fórmula para recordar. Dios no se multiplica —pero el alma que lo deja reinar se convierte, dice Jesús, en su reproductora y bilocadora: una sola y misma Vida, llenando el Cielo y la tierra de tantas imágenes vivientes como hace nacer mediante sus actos.

Pregunta 6 — ¿Por qué la Divina Voluntad es un acto incesante y por qué la Vida Divina que forma en el alma no cesa jamás?

Respuesta breve. Cada acto hecho en la Divina Voluntad forma realmente en ella una Vida Divina. Ahora bien, la Divina Voluntad, dice Jesús a Luisa, tiene dos características: una firmeza inquebrantable y un acto incesante —porque la vida misma, precisa en otro lugar, reside enteramente en ese movimiento continuo que nunca se detiene. Un acto realizado en esta Voluntad nunca forma, por tanto, una obra ordinaria, que se cumple y después se deja de lado: puesto que la Vida que forma es divina, y no simplemente humana, hereda de su única fuente esa misma firmeza y esa misma continuidad incesante. Sigue repitiéndose, sin cesar jamás, como un sol que nunca deja de resplandecer.

Desarrollo. VIII.5 acaba de mostrar este misterio: cada acto hecho en la Divina Voluntad forma realmente en ella una Vida Divina, no por un poder propio de la criatura, sino porque la Divina Voluntad, al ser divina, no puede sino producir tal efecto dondequiera que reine sin obstáculo. Queda por comprender por qué esta Vida, una vez formada, no conoce ni descanso ni interrupción.

Jesús responde revelando primero lo que ocurre en su propia vida. «Mi Voluntad Divina tiene dos características: firmeza inmutable y acto incesante», dice a Luisa el 26 de julio de 1927 —y cuatro días después da la razón más profunda: «la vida está en el movimiento continuo», y nada de cuanto sale de Él escapa a esta ley; que las cosas se detengan, y la vida cesa con ellas.

Un texto más antiguo precisa lo que esta continuidad incesante significa para el acto mismo. En su propia vida terrena, dice Jesús, su Voluntad eterna «me precedió, me acompañó […] y me siguió, encerrando mi acto en el ámbito eterno de mi Querer, del cual no encontraba la salida» —y esta misma Voluntad, añade, «no ha cambiado: tal cual era, es y será». La continuidad incesante no se limita, por tanto, a una repetición que siguiera al acto después de realizado: lo envuelve por todos sus lados, antes de que sea puesto y después de él.

Un texto de 1929 permite ir más lejos y nombrar precisamente de qué vida se trata. Jesús

explica en él lo que no quiere formar en el alma: no «simples actos y obras», sino una vida —y quien debe formar una vida necesita actos continuos; si cesa el acto continuo, la vida no puede crecer, ni formarse, ni tener su verdadera existencia. Nombra entonces, en la frase siguiente, de qué vida habla: «mi Voluntad Divina queriendo formar su Vida Divina en ti». La continuidad que esta vida exige no es, por tanto, la de los actos naturales, que conocen interrupciones. Puesto que esta vida es divina, participación real en lo que la Divina Voluntad es en sí misma (VI.1-2), lleva, al igual que su fuente, firmeza inquebrantable y acto incesante; y como nunca se reduce a una obra que se realiza y después se abandona, tampoco puede dejarse de lado: si cesa el acto continuo, muere.

Un texto de 1928 ilustra concretamente esta misma verdad mediante el primer acto de María: realizado en el Querer Divino, conserva desde entonces «la continuidad, como si en acto estuviese siempre amando y obrando» —su amor nunca termina, sus obras se convierten en repetidoras continuas. Jesús generaliza inmediatamente: quien obra en su Divina Voluntad ve cómo sus propios actos adquieren esa misma continuidad, siempre repetidos sin cesar jamás; cada uno se convierte como en su propio sol, todos distintos, pero fundidos en una misma luz, en una misma gloria rendida al Creador.

Hay que distinguir esta verdad de la, cercana, de los actos repetidos (VI.18): allí, es la multiplicación de los actos del alma, día tras día, la que forma y hace crecer una vida. Aquí, es un solo acto el que, una vez realizado, nunca se extingue —no por el esfuerzo renovado del alma, sino porque ha dejado de ser una simple obra para convertirse en Vida Divina, y tal Vida, por naturaleza, no conoce interrupción.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 22, 26 de julio de 1927:

> «Mi Voluntad Divina tiene dos características: firmeza inquebrantable y acto incesante; y por eso, cuando el alma se ha dado a Ella, su labor es incesante. ¿No sientes en ti su movimiento continuo?»
>
> *« La mia Volontà Divina ha due caratteri: fermezza incrollabile ed atto incessante e perciò quando l'anima si è data ad Essa, il suo lavoro è incessante, non senti in te il suo moto continuo? »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 22, 30 de julio de 1927:

> «Hija mía, la vida está en el movimiento continuo. Todo lo que sale de Dios debe poseer un movimiento, de modo que no hay cosa creada por Nosotros que no se mueva […]; si se detuvieran, cesaría la vida y cesaría el bien que hacen.»
>
> *« Figlia mia, la vita sta nel moto continuo. Tutto ciò che esce da Dio deve possedere un moto, sicché non c'è cosa da Noi creata che non si muova […] se si fermassero cesserebbe la vita e cesserebbe il bene che fanno. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 15 de junio de 1922:

> «Hija mía, mi Voluntad eterna fue el punto central de mi Vida, desde el primer acto de mi concepción hasta mi último suspiro; me precedió, me acompañó, haciéndose vida de aquel mismo acto, y me siguió, encerrando mi acto en el ámbito eterno de mi Querer, del que no encontraba salida […]. Ahora bien, mi Voluntad no ha cambiado: lo que era, es y será…»
>
> *« Figlia mia, la mia Volontà eterna fu il punto centrale della mia Vita, dal primo atto del mio concepimento fino all'ultimo anelito; mi precedette, mi accompagnò facendosi vita dello stesso atto e mi seguì, chiudendo il mio atto nell'ambito eterno del mio Volere, da cui non trovavo l'uscita […] Ora, la mia Volontà non è cambiata, quel che era è e sarà… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 14 de julio de 1929:

> «Hija mía, no te maravilles si mi Divina Voluntad no te deja libre en nada, porque Ella no quiere formar actos simples y obras, sino vida; y quien debe formar una vida necesita actos continuos, y si cesa el acto continuo, la vida no puede crecer, ni formarse, ni tener su verdadera existencia. Por eso mi Divina Voluntad, queriendo formar su Vida Divina en ti, quiere ser libre, quiere libertad absoluta, y con su acto incesante que posee por naturaleza se derrama sobre la criatura […]. Las obras se hacen y se ponen a un lado; no es necesario tenerlas siempre entre las manos para que sean obras, pero la vida no se puede poner a un lado: si cesa el acto continuo, muere.»
>
> *« Figlia mia, non ti meravigliare se la mia Divina Volontà non ti lascia libera in nulla, perché Essa non vuole formare atti semplici ed opere, ma vita e chi deve formare una vita, ha bisogno di atti continui e se cessa l'atto continuo, la vita non può crescere, né formarsi, né avere la sua vera esistenza. Ecco perciò la mia Volontà Divina, volendo formare la sua Vita Divina in te, vuole essere libera, vuole libertà assoluta e col suo atto incessante che possiede in natura, si riversa sulla creatura […]. Le opere si fanno e si mettono da parte, non c'è bisogno che si tengano sempre fra le mani per essere opere, ma la vita non si può mettere da parte, se cessa l'atto continuo, muore. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 25 de junio de 1928:

> «Hija mía, mi Mamá hizo su primer amor y su primer acto en el Querer Divino, y como fue hecho en Él, posee la continuidad, como si estuviera siempre en acto de amar y obrar. Su amor no termina jamás, sus obras se repiten continuamente, de modo que quien quiere tomar su amor lo encuentra siempre en acto […]. Así es quien obra en mi Voluntad: sus actos adquieren la continuidad, se repiten siempre sin cesar jamás; son el verdadero sol que, desde que fue creado por Dios, dio su primer acto de luz, tan grande que llenó con un solo acto el Cielo y la tierra, y repite siempre este acto sin cesar […]. Pero lo que no hace el sol lo hizo la Soberana Reina, y lo hace quien obra en mi Voluntad: tantos actos, tantos soles; y estos soles, fundidos juntos pero distintos entre sí por belleza, por luz, por la gloria que dan a su Creador y por el bien universal que hacen descender sobre todas las criaturas.»
>
> *« Figlia mia, la mia Mamma fece il primo amore ed il primo suo atto nel Voler Divino e siccome fu fatto in Esso, ha la continuità come se in atto stesse sempre amando ed operando, il suo amore non finisce mai, le sue opere fanno le ripetitrici continue, in modo che chi vuol prendere il suo amore lo trova sempre in atto […]. Tale è chi opera nella mia Volontà, i suoi atti acquistano la continuità, vengono sempre ripetuti senza mai cessare, sono il vero Sole che da che fu creato da Dio diede il suo primo atto di luce, ma tanto grande che riempì con un sol atto Cielo e terra e ripete quest'atto sempre, senza mai cessare […]. Ma ciò che non fa il Sole lo fece la Sovrana Regina e lo fa chi opera nella mia Volontà, tanti atti, tanti Soli e questi Soli fusi insieme ma distinti tra loro per bellezza, per luce, per gloria che danno al loro Creatore e per bene universale che fanno scendere su tutte le creature. »*

Articulación católica. Tal lenguaje de «movimiento» aplicado a Dios parece, a primera vista, chocar con su inmutabilidad. Sin embargo, el Catecismo aplica él mismo a Dios un lenguaje muy próximo, tomado de la Escritura: citando a san Pablo ante el Areópago —«En él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28)—, enseña que Dios, aun siendo infinitamente más grande que todas sus obras, está presente en lo más íntimo de cada una de ellas (CIC 300), y que «la mantiene a cada instante en el ser» (CIC 301). Lo que el *Libro de Cielo* llama movimiento continuo de la Divina Voluntad se une así, sin rebasarlo jamás, a lo que la Iglesia ya profesa acerca de la conservación creadora.

Fórmula para recordar. En la Divina Voluntad, el acto se convierte en una Vida Divina, en un sol que repite sin cesar su primer acto de luz: firme, incesante, jamás interrumpido.

Pregunta 7 — ¿Qué es el acto único de la Divina Voluntad y cómo escapa a la sucesión del tiempo?

Respuesta breve. La Divina Voluntad no es una suma de actos yuxtapuestos en el tiempo, sino un acto único, incesante, jamás fraccionado, que contiene juntamente Creación, Redención y Santificación —el acto primero del que procede todo movimiento en la Creación. Quien vive plenamente en ella, en cualquier momento de la historia en que venga, no alcanza un acto entre otros: se encuentra fundido en ese mismo acto único, sin que haya ante Dios ni primero ni último en llegar.

Desarrollo. Esta misma verdad ha aparecido ya cuatro veces sin ser nombrada por sí misma: en la unión bilocadora de Adán reinando sobre toda la Creación (I.7), en la concentración de todos los bienes de la Redención en María (IV.6-7), en el misterio de las «Vidas Divinas» que el acto hecho en el Fiat multiplica sin dividir jamás la única Voluntad (VIII.5), y en el carácter incesante que acompaña a esa misma Vida (VIII.6). Es preciso ahora remontarse a su raíz común —entendiéndose desde el principio que la «Divina Voluntad» de la que habla este texto no es una realidad distinta de Dios, una facultad que Él poseería junto a su ser: es Dios mismo, en acto. Jesús mismo la enuncia: «Sólo mi Voluntad es un acto único, que no tiene sucesión de actos»; y precisa que la Creación, la Redención y la Santificación son «un acto único para la Divinidad». Hablar del acto único de la Divina Voluntad nunca es, por tanto, hablar de un intermediario entre Dios y la criatura; es hablar de Dios mismo, como acto primero, en quien las tres grandes obras nunca están separadas.

Jesús lo confirma llamándose directamente «acto primero»: sin su primer movimiento, dice, toda la Creación quedaría paralizada, sin fuerza, incapaz del menor movimiento —la vida está en el movimiento; sin él, todo está muerto. Un texto posterior revela cómo se ejerce concretamente este primer movimiento: puesto que su Fiat tiene su acto primero en la Divinidad, en la Creación, en la Redención y en todas las cosas, tiene, dice Jesús, «el justo derecho […] de ser la primera rueda, que moviéndose, todo mueve en torno a sí» —como en una máquina en la que todas las ruedas secundarias giran por el solo hecho de que la primera gira, y permanecen inmóviles si ella se detiene. No es, por tanto, una imagen entre otras: es la manera en que el acto primero, al moverse, arrastra todo lo demás en su movimiento.

Quien obra en la Divina Voluntad no recibe solamente un efecto de este movimiento: viene, dice Jesús, a moverse y obrar *en* él, del mismo modo que toda cosa creada depende de él —y lo que esto significa concretamente, ese mismo texto de 1925 lo precisa: en ese acto único el alma encuentra en acto la Redención, la hace enteramente suya, sufre las penas de Cristo como si fueran suyas, recorre todo lo que Él hizo —sus oraciones, sus obras, sus palabras—, poniendo en todo una nota de reparación, de compadecimiento, de amor y de sustitución a su Vida. Por eso puede Jesús decir que vivir en su Voluntad es «el prodigio de los prodigios»: nunca una fusión abstracta en un principio, sino la apropiación real de los actos mismos de Cristo —la misma lógica, condensada aquí una vez más en su raíz, que la Octava parte desarrollará mediante las rondas por las que el alma hace suyas, una por una, las obras de Dios.

Surge entonces una pregunta inevitable: ¿cómo puede una criatura limitada por el tiempo y el lugar encontrarse, sin metáfora, al nivel mismo de ese acto primero que es Dios, sin que esto quede en una simple manera de hablar? La respuesta se encuentra en el mecanismo ya establecido para Adán: nunca es la criatura la que se extiende hasta el acto primero por

algún esfuerzo o dilatación propios. Es el acto primero mismo el que, permaneciendo uno e indivisible en Dios, se biloca para habitar enteramente en una criatura que permanece, ella, plenamente limitada. Jesús emplea Él mismo este verbo para su propia Voluntad: ella «se biloca», dice, reinando a la vez en Dios y en el alma, sin dejar de ser una. De esta primera bilocación nace en Adán una segunda, que esta vez es la suya propia: puesto que la Divina Voluntad se había bilocado en él sin reserva, su alma se encontraba, a su vez, capacitada para alcanzar y abrazar toda cosa creada (I.7) —una bilocación derivada, que solo existe por aquella de la que procede. Luisa recibe esta misma primera bilocación: no porque alcanzara por algún esfuerzo el acto primero, sino porque este desciende enteramente en ella sin dividirse, viniendo, por ese mismo acto y no por un movimiento propio de ella, a obrar ya en el movimiento de toda criatura. Ahora bien, obrar así en el movimiento de todas significa también encontrarse allí donde tantas criaturas, por indiferencia, dejan ese movimiento sin respuesta: por eso puede Jesús decir que el alma que vive en su Querer «me sustituye por todos, me defiende de todos y pone a salvo mi movimiento, es decir, mi misma Vida» —no un segundo movimiento que se añadiría al primero, sino ese mismo movimiento, allí donde encuentra el vacío que una criatura indiferente habría debido colmar.

Ese mismo texto aplica entonces al alma lo que la Tercera y la Cuarta parte han mostrado acerca de María: así como Dios concentró en ella, para la Encarnación, todos los bienes destinados a las generaciones redimidas, así Jesús revela que concentra en el alma que vive en su Querer «todas las gracias pasadas, presentes y futuras» hechas a todas las generaciones —no por adición sucesiva, sino porque su Querer, al no tener principio ni fin, no puede depositarse en una criatura sin depositar en ella su plenitud entera.

Lo que I.7 había mostrado ya acerca de la realeza bilocadora de Adán, un segundo texto revela ahora su fundamento más interior: Jesús explica en él que la unidad no es otra cosa que «concentración y principio de todos los actos de las criaturas, pasados, presentes y futuros» —y que Adán, mientras permaneció fiel, encerraba en su único pensamiento la unidad de todos los pensamientos, de todas las palabras y de todas las obras de la familia humana entera. Lo que Adán perdió al retirarse del Fiat (II.2-3), Luisa lo recibe de nuevo al elevarse a esa misma unidad: Jesús dice que ella «toma su puesto», encontrándose, como él antes de la culpa, «en el principio de todo».

De esta doble revelación se desprende una última consecuencia: puesto que la Divina Voluntad no tiene más que un solo acto incesante, quienes vivan en ella en los siglos venideros nunca entrarán tarde. Jesús lo dice sin rodeos: en su Querer «no habrá ni primero ni después, sino todos fundidos juntos en un solo acto» —de modo que la última alma que viva en ella, en el último día del mundo, se encontrará allí tan realmente como se encontraron Adán y María.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 24 de octubre de 1925:

> «Sólo mi Voluntad es un acto único, que no tiene sucesión de actos; este acto único está como fijado en un punto que nunca se desplaza, y este punto es la Eternidad. Y mientras es un acto único, es acto primero, acto interminable; sin embargo, su circunferencia es tan inmensa que nada puede escapársele: abraza todo y a todos con un solo abrazo, partiendo todo de aquel acto primero como un solo acto. Así, la Creación, la Redención y la Santificación son un acto único para la Divinidad; y sólo porque es un acto único tiene la potencia de hacer suyos todos los actos, como si fueran uno solo. Ahora bien, quien vive en mi Voluntad posee este acto único, y no es de extrañar que tome parte en las penas de mi Pasión como en acto. En este acto único encuentra como en acto a su Creador que crea la Creación, y ella, formando un acto único con su Dios, crea juntamente, recorriendo como un solo acto todas las cosas creadas, y forma para su Creador la gloria de la Creación. Su amor resplandece sobre todas las cosas

creadas, goza y se complace en ellas, las ama como cosas suyas y de su Dios. En aquel acto único posee una nota que hace eco a todo el obrar divino y dice, en su énfasis de amor: "Lo que es tuyo es mío, y lo que es mío es tuyo; sean gloria, honor y amor a mi Creador." En este acto único encuentra en acto la Redención, la hace toda suya, sufre mis penas como si fueran suyas, recorre todo lo que Yo hice: mis oraciones, mis obras, mis palabras, todo; posee una nota de reparación, de compasión, de amor y de sustitución a mi Vida. En este acto único encuentra todo, lo hace todo suyo y pone en todas partes su correspondencia de amor; por eso vivir en mi Voluntad es el prodigio de los prodigios…»

« Solo la mia Volontà è un atto solo, che non ha successione d'atti; quest'atto solo è come fissato ad un punto che mai si sposta, questo punto è la Eternità e mentre è un atto solo, è atto primo, atto interminabile, però la sua circonferenza è tanto immensa che nulla le può sfuggire, abbraccia tutto e tutti con un solo amplesso, partendo tutto da quell'atto primo come un solo atto; sicché la Creazione, la Redenzione e Santificazione sono un atto solo per la Divinità e solo perché è un atto solo, ha la potenza di fare suoi tutti gli atti, come se fossero uno solo. Ora, chi vive nella mia Volontà possiede quest'atto solo e non è meraviglia che prenda parte alle pene della mia Passione come in atto; in quest'atto solo trova come in atto il suo Creatore che crea la Creazione e lei, formando un atto solo col suo Dio, crea insieme, scorrendo come un solo atto in tutte le cose create e forma la gloria della Creazione al suo Creatore; il suo amore brilla su tutte le cose create, gode e prende piacere di esse, le ama come cose sue e del suo Dio. In quell'atto solo lei ha una nota che fa eco a tutto l'operato divino e dice nella sua enfasi d'amore: "Ciò che è tuo è mio e ciò che è mio è tuo; sia gloria, onore e amore al mio Creatore." In quest'atto solo trova in atto la Redenzione, la fa tutta sua, soffre le mie pene come se fossero sue, scorre in tutto ciò che Io feci: nelle mie preghiere, nelle mie opere, nelle mie parole, in tutto; ha una nota di riparazione, di compatimento, d'amore e di sostituzione alla mia Vita. In quest'atto solo trova tutto, fa tutto suo e dovunque mette il suo ricambio d'amore, perciò il vivere nella mia Volontà è il prodigio dei prodigi… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 9 de abril de 1923:

«…Yo soy el acto primero de toda la Creación; sin mi primer movimiento, todas las cosas creadas quedarían paralizadas, sin fuerza e incapaces del menor movimiento. La vida está en el movimiento; sin él todo está muerto. Por tanto, Yo soy el primer movimiento, que da vida y aptitud a todos los demás movimientos, de modo que a mi primer movimiento la Creación se pone en marcha; sucede como en una máquina: al primer toque del movimiento de la primera rueda, todas las demás ruedecillas se ponen en movimiento. Mira, pues, cómo es casi natural que quien obra en mi Voluntad se mueva en mi primer movimiento y, obrando en el mío, llegue a encontrarse y a obrar en el movimiento de todas las criaturas […] por eso digo que quien vive en mi Querer me sustituye por todos, me defiende de todos y pone a salvo mi movimiento, es decir, mi misma Vida.»

« …Io sono l'atto primo di tutta la Creazione, onde senza il mio primo moto tutte le cose create resterebbero paralizzate, senza forza ed impotenti al minimo moto; la vita sta nel moto, senza di esso tutto è morto, quindi Io sono il primo moto, che do vita ed attitudine a tutti gli altri moti, sicché al mio primo moto la Creazione si mette in giro, succede come ad una macchina, al tocco primo del moto della prima ruota, tutte le altre rotelle si mettono in giro. Vedi dunque come è quasi naturale che chi opera nella mia Volontà si muova nel mio primo moto ed operando nel mio venga a trovarsi ed operi nel moto di tutte le creature […] perciò dico che chi vive nel mio Volere mi sostituisce per tutti, mi difende da tutti e mette in salvo il mio moto, cioè la mia stessa Vita. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 28 de mayo de 1929:

> «Hija mía, mi Fiat tiene su acto primero en nuestra Divinidad, su acto primero en la Creación, en la Redención y en todas las cosas; por eso tiene el justo derecho de dominarlo todo, de envolver a todos y de ser la primera rueda que, moviéndose, mueve todo en torno a sí y alrededor de la cual todo gira […]. Sucede como en una máquina: si se mueve la primera rueda del centro, todas las ruedas secundarias giran; pero si no se mueve la primera rueda, todas quedan inmóviles…»
>
> *« Figlia mia, il mio Fiat ha il suo atto primo nella nostra Divinità, il suo atto primo nella Creazione, nella Redenzione ed in tutte le cose e perciò ha il giusto diritto di dominare tutto e di coinvolgere tutti e di essere la prima ruota, che movendosi, muove tutto intorno a sé e tutto le gira intorno […]. Succede come ad una macchina, se si muove la prima ruota del centro di essa, tutte le ruote secondarie girano, ma se non si muove la prima ruota, tutte restano ferme… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 6 de noviembre de 1927:

> «Hija mía, para quienes viven o vivirán en mi Querer, todos serán como acto primero ante Dios, porque Él tiene un solo acto, un acto incesante, que parte siempre del primer acto […] de modo que todos los que vivirán en mi Querer se encontrarán en su acto único, y todos como primeros ante la Majestad adorable. Por tanto, en mi Divina Voluntad no habrá ni primero ni después, sino que todos estarán fundidos juntos en un solo acto. ¡Qué honor, qué gloria para la criatura poder ocupar un lugar en este acto único de la Voluntad de su Creador, del cual, como de una fuente, brotan todos los bienes y todas las felicidades posibles e imaginables!»
>
> *« Figlia mia, per chi vive o vivrà nel mio Volere, tutti saranno come atto primo innanzi a Dio, perché Esso ha un atto solo, un atto incessante, che parte sempre dal primo atto […] in modo che tutti coloro che vivranno nel mio Volere si troveranno nel suo atto solo e tutti come primo innanzi alla Maestà adorabile. Quindi nella mia Volontà Divina non ci sarà né primo né dopo, ma tutti fusi insieme in un atto solo; che onore, che gloria per la creatura poter tenere il posto in quest'atto solo della Volontà del suo Creatore, da cui, come sorgente, scaturiscono tutti i beni, tutte le felicità possibili ed immaginabili! »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 3 de mayo de 1926:

> «Hija mía, no te maravilles: es mi Voluntad la que, bilocándose, mientras reina en Dios, reina al mismo tiempo en el alma y, con sus modos divinos, reza, ama y obra en ella; por eso nos resulta imposible no agradarnos, no amar, no escuchar nuestra Voluntad bilocada en la criatura […]. ¿Cómo no amar a quien nos da la ocasión de bilocar nuestra Voluntad, haciéndola reinar en ella, para darnos amor, adoraciones y gloria divina?»
>
> *« Figlia mia, non ti meravigliare, è la mia Volontà che, bilocandosi, mentre regna in Dio, nel medesimo tempo regna nell'anima e coi suoi modi divini prega, ama e opera in essa, perciò ci riesce impossibile non gradire, non amare, non ascoltare la nostra Volontà bilocata nella creatura […]. Come non amare colei che ci dà l'occasione di bilocare la nostra Volontà col farla regnare in essa, per darci amore, adorazioni, gloria divina? »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que Dios es «la plenitud del Ser y de toda perfección» (CIC 213), sin composición ni partes, de modo que en Él, a diferencia de las criaturas, la voluntad no se añade a la esencia como una facultad distinta: Dios no *posee* una voluntad, Él *es* Voluntad viviente, como es vida, amor y verdad. Esto es lo que expresa, en el vocabulario propio del *Libro de Cielo*, la fórmula «acto único». En cuanto a la participación misma, san Pedro la anuncia sin rodeos: el cristiano está llamado a ser «partícipe de la naturaleza divina» (2 P 1,4) —nunca por confusión de sustancia, sino mediante un don real

que solo Dios puede obrar, del modo en que VIII.5 ha llamado ya a la bilocación (véase también I.7): la criatura permanece plenamente criatura y Dios, sin dividirse, viene sin embargo a habitar y obrar enteramente en ella.

Fórmula para recordar. Nunca es la criatura la que se eleva hasta el acto primero de Dios: es ese acto, uno e indivisible, el que se biloca para descender enteramente en ella —por eso, en la Divina Voluntad, solo hay almas que se encuentran juntas en el comienzo.

Pregunta 8 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento, en la Divina Voluntad, en un acto unido al de Jesús?

Respuesta breve. Nunca es Jesús mismo quien hace sufrir al alma unida a su Voluntad: es la luz purísima de su Querer la que, habiendo hecho llevar a su misma Humanidad las ofensas de todas las criaturas a cada respiro y a cada latido —haciéndolo así «continuamente crucificado» mucho más allá de su Pasión visible—, lleva hoy esas mismas penas al corazón de quien no forma ya más que un solo querer con el suyo. El sufrimiento se convierte así, como cualquier otro acto, en un lugar donde la intención se vacía para dejar sitio a la acción divina —ya no la voluntad del alma que sufre, sino la de Jesús que, en ella, continúa llevando lo que Él llevó primero.

Desarrollo. Las Preguntas 1 a 3 han establecido que la intención, no el gesto exterior, forma la vida de un acto hecho en la Divina Voluntad (VIII.1), y que tal acto supone un vacío dejado voluntariamente por la criatura a la acción de Dios (VIII.3). Es preciso ahora aplicar este mismo principio al sufrimiento mismo —y Jesús elige, para enseñárselo a Luisa, no comenzar por ella, sino por un misterio todavía más oculto de su propia vida terrena.

Jesús tranquiliza un día a Luisa, asustada por un sufrimiento que no comprende: no es Él quien la hace sufrir directamente, sino la misma luz de su Voluntad que, penetrando en ella como una luz purísima, le lleva sus propias penas «hasta las fibras más íntimas del corazón». Esta Voluntad, más penetrante que el hierro, los clavos o las espinas, ve y recoge todo en su inmensidad, y lleva así las penas que quiere, allí donde quiere. «Entonces, tu voluntad y la mía, siendo una sola —dice Jesús—, la corriente de su luz te llevaba mis penas.» El sufrimiento del alma unida al Fiat no es, por tanto, una herida nueva que Jesús le infligiría: es, literalmente, la misma herida, transportada por la misma corriente de luz que, en Jesús, ya la llevaba.

Es entonces cuando Jesús revela el fundamento mismo de esta posibilidad, en un texto que toca lo más íntimo de su propia vida terrena: esta misma Divina Voluntad «así obraba […] en mi Humanidad, su luz purísima me llevaba penas a cada respiro, a cada latido, a cada movimiento, en toda mi persona». Nada le quedaba oculto de cuanto era necesario para reintegrar la gloria del Padre en nombre de las criaturas, ni de las ofensas que ellas cometían, ni de cuanto era preciso para ponerlas a salvo; su Voluntad, en su luz purísima, lo crucificaba así hasta en sus fibras más íntimas, haciendo de Él «el continuo crucificado» —mucho antes y mucho más allá de las horas visibles del Calvario. Este texto no ofrece, por tanto, solamente un mecanismo para el alma: abre al misterio interior de Jesús mismo, cuya Pasión visible nunca fue sino la manifestación extrema de una crucifixión interior y continua, ya obrada en Él por su propia Divina Voluntad desde el primer instante de su vida terrena.

Unir el propio sufrimiento al de Jesús no consiste, por tanto, en imitarlo desde fuera, ni siquiera solamente en entrar, como ya muestra VI.14, en los actos que Él mantiene en suspenso en su Voluntad: consiste en dejar que esta misma Divina Voluntad, que penetraba su Humanidad a cada respiro, penetre hoy el alma de la misma manera —de modo que la

corriente de luz que llevaba entonces las penas de Jesús en su propio cuerpo las lleve ahora, realmente, en el cuerpo y el corazón de quien vive unido a esta Voluntad. Esta misma dinámica será retomada por la Décima parte bajo el ángulo de la reparación y de las 24 Horas (X.5-7); VIII.15 extraerá, por su parte, las consecuencias para la reparación ofrecida en nombre de todos.

Catorce años más tarde, en uno de los últimos textos que nos dejó, Luisa recibe de Jesús una confirmación de esta misma verdad, pero bajo una imagen todavía más íntima: ya no se trata solamente de penas «llevadas» por una luz, sino de penas que «se abrazan» y «se identifican» unas con otras, hasta que Jesús llega a decir que ya no siente que sea la criatura la que sufre, sino Él mismo quien se forma esas penas.

Este texto de 1938 no se detiene en esta identificación: revela también su destino. Una vez «abrazadas» y hechas suyas, Jesús coloca estas penas, dice, «entre el Cielo y la tierra» bajo cinco formas distintas: gloria y amor perpetuos ofrecidos al Padre, defensa y refugio para las criaturas, remordimiento para quien lo ofende, grito de amor para quien no lo ama, luz para quien no lo conoce. El sufrimiento del alma unida a su Voluntad nunca se encierra, por tanto, en la sola relación del alma con Jesús: transformado por Él, se convierte en un bien colocado entre el Cielo y la tierra, que actúa sobre destinatarios que tal vez el alma misma ignore —el pecador al que no conoce, el indiferente al que nunca encontrará. Es la misma lógica que VIII.15 desarrollará para la reparación ofrecida en nombre de todos y X.5 para la reparación universal de Jesús mismo: lo que el alma deposita en la Voluntad de Jesús, no domina ni limita su alcance.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 13 de marzo de 1924:

> «No temas, hija mía: donde está mi Voluntad no puede haber separación en el amor. En efecto, Yo no te he hecho nada; fue la luz de mi Voluntad la que te hizo sufrir. Penetrando en ti como luz purísima, te llevó mis penas hasta las fibras más íntimas de tu corazón. Mi Voluntad es más penetrante que cualquier hierro, que los clavos, las espinas y los flagelos. Como luz purísima, en su inmensidad ve y recoge todo; por tanto, contiene la potencia de todos los dolores y, cuando hace penetrar su luz en el alma, lleva las penas que quiere. Así, puesto que tu voluntad y la mía son una sola, la corriente de su luz te llevó mis penas. Así obraba mi Divina Voluntad en mi Humanidad: su luz purísima me llevaba penas a cada respiración, a cada latido, a cada movimiento, en toda mi persona. Nada le estaba oculto: ni lo que se necesitaba para reintegrar la gloria del Padre por parte de las criaturas, ni las ofensas de éstas, ni lo que se necesitaba para ponerlas a salvo. Por tanto, nada me ahorraba; su luz purísima crucificaba mis fibras más íntimas, mis latidos de fuego, de modo que me hacía el crucificado continuo; no sólo las manos y los pies, sino que su luz, escudriñándome por entero, crucificaba las partes más pequeñas de mi persona.»
>
> *« Non temere figlia mia, dove c'è la mia Volontà non ci può essere separazione nell'amore, difatti, Io non ti ho fatto nulla, è stata la luce della mia Volontà che ti ha fatto soffrire, Essa, penetrando in te come luce purissima, ti ha portato le mie pene fin nelle più intime fibre del tuo cuore, la mia Volontà è più penetrante di qualunque ferro, dei chiodi, delle spine e dei flagelli, Essa, qual luce purissima, nella sua immensità vede e raccoglie tutto, quindi contiene la potenza di tutti i dolori e come fa penetrare la sua luce nell'anima, porta le pene che vuole. Onde, siccome la tua volontà e la mia sono una sola, la corrente della sua luce ti ha portato le mie pene; così operava la mia Volontà Divina nella mia Umanità, la sua luce purissima mi portava pene ad ogni respiro, ad ogni palpito, ad ogni moto, in tutta la mia persona. Ad Essa nulla era nascosto, né di ciò che ci voleva per reintegrare la gloria del Padre da parte delle creature, né le offese di queste, né quello che ci voleva per metterle in salvo, quindi nulla mi risparmiava, la sua luce*

purissima mi crocifiggeva le più intime fibre, i miei palpiti di fuoco, sicché mi rendeva il continuato crocifisso, non le sole mani ed i piedi, ma la sua luce, squadrandomi tutto mi crocifiggeva le più piccole particelle della mia persona. »

Catorce años más tarde, Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 16 de marzo de 1938:

«Hija mía, mis penas besan las tuyas, las abrazan, las alientan con su amor, las identifican con las mías y les hacen tomar vida en mis mismas penas; así reciben el valor infinito y el bien que producen mis propias penas. En mi Voluntad, las cosas, las penas, se cambian: de humanas se vuelven divinas. Siento que no es la criatura la que sufre, sino Yo mismo quien me las formo; creé esas penas para sufrirlas en mi amada criatura. Es mi Vida la que se repite en ella con el cortejo de mis penas, y por eso las llamo penas mías. ¡Y si supieras qué hago con estas penas! Las pongo entre el Cielo y la tierra como gloria y amor perennes a mi Padre Celestial, como defensa y refugio de las criaturas, como remordimiento para quien me ofende, como grito de amor para quien no me ama, como luz para quien no me conoce; en suma, les hago desempeñar todos los oficios de bien necesarios para las criaturas.»

« Figlia mia, le mie pene baciano le tue, le abbracciano, le soffiano col loro amore, le immedesimano con le mie e le fanno prendere vita nelle stesse mie pene e ricevono il valore infinito ed il bene che fanno le mie stesse pene. Nella mia Volontà, le cose, le pene, si cambiano, da umane diventano divine, sento che non è la creatura che soffre, ma Io stesso me le formo, creai quelle pene per soffrirle nella mia amata creatura, è la mia Vita che si ripete in essa col corteggio delle mie pene e perciò le chiamo pene mie e se tu sapessi che faccio di queste pene! Le metto tra il Cielo e la terra come Gloria e Amore perenne al mio Celeste Padre, come difesa e rifugio delle creature, come rimorso a chi mi offende, come grido d'amore a chi non mi ama, come luce a chi non mi conosce; insomma, le faccio fare tutti gli uffici di bene che ci vogliono presso le creature. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que Jesús, «durante su vida, su agonía y su pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros», y que «nos ha amado a todos con un corazón humano» (CIC 478) —afirmación que nunca se limita solamente al Calvario, sino que se extiende a toda su existencia terrena. Enseña también que este conocimiento humano del Hijo de Dios, por su unión con el Verbo, mostraba «la penetración divina que tenía de los pensamientos secretos del corazón de los hombres» (CIC 473): un conocimiento que, por tanto, nunca era exterior, sino una penetración real hasta el secreto de cada corazón. Es este mismo conocimiento, continuo e íntimo, el que el *Libro de Cielo* precisa con un realismo inaudito: una luz que, a cada respiro y a cada latido, le hacía presentes las ofensas de todos —no un saber, sino una herida. Y es esta misma luz la que, dándose al alma unida a su Voluntad, transforma en participación real lo que sigue siendo, para cualquier otro, un misterio contemplado desde fuera: san Pablo la describe como una verdadera concrucifixión, «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,19-20) —versículo ya central en VI.6 y VIII.3, que encuentra aquí su sentido más concreto. La Carta a los Colosenses añade: «así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24) —versículo ya citado en VI.16, que encuentra aquí su fundamento: porque la misma Voluntad que animaba a Jesús anima hoy al alma unida a Él, esta compleción se hace posible.

Fórmula para recordar. La misma luz que hacía de Jesús «el continuo crucificado» en su propia Humanidad lleva hoy sus penas al corazón que no forma ya más que un solo querer con el suyo —no una herida más, sino la misma herida, finalmente compartida.

Pregunta 9 — ¿Qué es orar en la Divina Voluntad y cuál es el alcance real de tal oración?

Respuesta breve. Orar en el Fiat nunca es solamente encontrarse envuelto por una Voluntad que, por su naturaleza, está ya en todas partes: es entrar voluntariamente en ella, con conocimiento de causa, deponiendo la propia voluntad para dejar resplandecer sin sombra la luz que esta velaba en otros lugares. Tal oración nunca es un acto aislado ni encerrado en el instante en que se realiza: como esta misma Voluntad no tiene ningún punto en el que no exista, se difunde sobre toda la Creación, alcanza a los bienaventurados del Cielo con una alegría nueva y desciende hasta las almas del purgatorio.

Desarrollo. Las preguntas precedentes han mostrado qué es un acto hecho en la Divina Voluntad, su valor y su alcance hasta en el sufrimiento compartido (VIII.1-8). Antes de entrar en el detalle de las rondas mediante las cuales el alma se apropia de las obras de Dios (VIII.10-12), es preciso nombrar lo que hace que tal acto, cuando es oración, sea diferente de la simple presencia de Dios difundida por todas partes.

Puesto que esta Voluntad, por naturaleza, se encuentra ya en todo lugar, estar envuelto por ella sin saberlo nunca es lo mismo que entrar uno mismo en ella, voluntariamente, con conocimiento de causa. Jesús lo explica mediante la imagen del sol: su luz llena toda la tierra, pero no igualmente en cada punto —algunos lugares permanecen en la sombra, otros reciben el sol directamente, donde el rayo inviste y penetra más. No se dice que donde hay sombra la luz esté ausente; pero donde no está velada es más viva, hasta absorber a quien se expone a ella. Así sucede con la Divina Voluntad: está en todas partes, pero la sombra de la voluntad propia atenúa siempre su vivacidad —mientras que entrar voluntariamente en esta Voluntad, deponiendo la propia, disipa esa misma sombra y hace resplandecer toda su luz. Esta misma sombra, si permanece sin ser depuesta, «enfría el alma», produce el ocio, el sueño, el entorpecimiento —mientras que la vida en la plena luz del Fiat es exactamente lo contrario.

Un texto anterior revela finalmente su alcance, más allá de quien ora. Una mañana en que Luisa ora con Jesús en su Querer, cuenta su sorpresa: una sola palabra, pero que la Divina Voluntad difunde sobre todas las cosas creadas, dejando en ellas su marca; alcanza el Reino de los Cielos, donde todos los bienaventurados reciben a su vez dicha marca, fuente de una nueva bienaventuranza; desciende hasta el purgatorio, donde todos reciben igualmente sus efectos. Jesús da inmediatamente la razón: su Voluntad, al no haber ningún punto en el que no exista, circula en todo y en todos —y los actos hechos en ella se convierten ellos mismos en vida, actores y espectadores de todo, hasta de la alegría de los mismos santos. Esta misma oración, aprendida aquí en su modo y en su alcance, es la que las tres rondas siguientes van ahora a desplegar en los tres escenarios de la Creación, de la Redención y de la Santificación.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 21 de junio de 1923:

> «Hija mía, sin embargo hay gran diferencia entre quien reza u obra porque mi Voluntad lo envuelve y por su naturaleza se encuentra en todas partes, y entre quien por su propia voluntad, teniendo en sí conocimiento de lo que hace, entra en el ambiente divino de mi Voluntad para obrar y rezar. ¿Sabes tú qué sucede? Sucede como cuando el sol llena la tierra de su luz, pero no en todos los puntos la luz y el calor son iguales; en algunos puntos hay sombras, en otros puntos hay luz directa y el calor es más intenso […] Ahora bien, es verdad que mi Voluntad está en todas partes, pero la sombra de la voluntad humana no deja sentir la vivacidad de la luz, el calor y todo el bien que contiene; en cambio, con querer entrar en mi Voluntad, el alma depone la suya y quita la sombra de su querer, y mi Voluntad hace resplandecer su vívida luz, la inviste, la

transforma en la misma luz […]. Hija mía, cuántos males hace la sombra de la propia voluntad: Enfría el alma, produce el ocio, el sueño, el entorpecimiento. Diversamente es quien vive en la luz de mi Querer.»

« Figlia mia, eppure c'è gran differenza tra chi prega, agisce perché la mia Volontà lo involge e di sua natura si trova dappertutto e chi di sua volontà, avendo in sé conoscenza di ciò che fa, entra nell'ambiente divino della mia Volontà per operare e pregare. Sai tu come succede? Come quando il sole riempie la terra della sua luce, ma non in tutti i punti la luce ed il calore sono uguali; in alcuni punti c'è l'ombra, in altri punti c'è luce scoperta ed il calore è più intenso […] Ora, è vero che la mia Volontà sta dappertutto, ma l'ombra della volontà umana non fa sentire la vivezza della luce, il calore e tutto il bene che contiene; invece, col voler entrare nella mia Volontà, l'anima depone la sua e toglie l'ombra del suo volere e la mia Volontà fa splendere la sua vivida luce, la investe, la trasforma nella stessa luce […] Figlia mia, quanti mali fa l'ombra della propria volontà: raffredda l'anima, produce l'ozio, il sonno, l'intorpidimento. Diversamente è chi vive nella luce del mio Volere. »

Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 21 de abril de 1922:

«Entonces he pasado una mañana rezando junto con Jesús en su Querer, pero, ¡oh sorpresa! Mientras rezábamos, una era la palabra, pero el Querer Divino la difundía sobre todas las cosas creadas y en todas quedaba su marca; la llevaba al empíreo y todos los bienaventurados no sólo recibían la marca, sino les era causa de nueva bienaventuranza; descendía en lo bajo de la tierra y hasta al Purgatorio, y todos recibían los efectos…»

« Onde ho passato una mattinata pregando insieme con Gesù nel suo Volere, ma, oh sorpresa! come pregavamo, una era la parola, ma il Volere Divino la diffondeva su tutte le cose create e ne restava l'impronta, la portava nell'empireo e tutti i beati non solo ne ricevevano l'impronta, ma era per loro causa di nuova beatitudine, scendeva nel basso della terra e perfino nel purgatorio e tutti ne ricevevano gli effetti… »

Jesús a Luisa, el mismo día:

«Hija mía, ¿has visto qué significa rezar en mi Querer? Cómo no hay punto en el cual mi Querer no exista, Él circula en todo y en todos, es vida, actor y espectador de todo; así los actos hechos en mi Querer se vuelven vida, actores y espectadores de todo, hasta de la misma alegría, bienaventuranza y felicidad de los santos…»

« Figlia mia, hai visto che significa pregare nel mio Volere? Come non c'è punto in cui il mio Volere non esista, Lui circola in tutto ed in tutti, è vita, attore e spettatore di tutto, così gli atti fatti nel mio Volere si rendono vita, attori e spettatori di tutto, perfino della stessa gioia, beatitudine e felicità dei santi… »

Articulación católica. La Escritura atestigua desde siempre la potencia de una oración verdaderamente unida a Dios: «mucho puede la oración insistente del justo» (Sant 5,16). El Catecismo enseña que la Iglesia, en su caridad, intercede por las almas del purgatorio y las ayuda a purificarse (CIC 1032; cf. 2 Mac 12,46), y que la comunión de los santos establece entre la Iglesia del Cielo, la del purgatorio y la de la tierra «un constante vínculo de amor y un abundante intercambio de todos los bienes» (CIC 1475); la unión con quienes descansan en Cristo «se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales» (CIC 955; ambos pasajes se retomarán en VIII.16 y XIV.9) —lo que el *Libro de Cielo* describe aquí con un realismo concreto.

Fórmula para recordar. Orar en el Fiat es entrar libremente en él deponiendo la propia voluntad; entonces la oración se difunde sobre toda la Creación, da a los bienaventurados

una nueva bienaventuranza y desciende hasta el purgatorio.

Pregunta 10 — ¿Qué es una ronda en la Divina Voluntad y cómo hacerla en la Creación?

Respuesta breve. Jesús llama a este modo de oración «un derecho divino» y «el primer deber de la criatura»: la ronda es el acto por el cual el alma, entrada en la Divina Voluntad, recorre las obras del Fiat para alcanzar esta Voluntad en cada uno de sus actos, hacerle compañía y rendir a Dios, en nombre de todos, el amor, la adoración, la acción de gracias y la gloria que espera de sus criaturas. En la ronda de la Creación, el alma puede volver a recorrer los días del Génesis y los dones hechos a Adán, pero también partir de cualquier cosa creada —el cielo, el sol, el mar, una flor o un pájaro— para reconocer el acto distinto que la Divina Voluntad cumple continuamente en ella, unirse a ese acto, depositar en él su «te amo» y pedir que el Reino del Fiat venga a la tierra como en el Cielo.

Desarrollo. Antes de distinguir las tres rondas que esta obra considera —en la Creación, la Redención y la Santificación (VIII.10-12)—, es preciso comprender qué es una ronda en sí misma. Un día, cuando Luisa se pregunta si este modo de orar no será una invención de su mente, Jesús la reprende firmemente: corresponder a Dios en amor por todo lo que ha creado no es una devoción secundaria, sino «un derecho divino» y «el primer deber de la criatura». Este deber fue cumplido con perfección por la Virgen María y después por la Humanidad de Jesús; Luisa es llamada a entrar en esta misma oración y a asociar a ella a todas las criaturas.

La ronda restaura así en el alma lo que Adán poseía antes de la Caída: el poder de hacerse presente, por medio de la Divina Voluntad, en todas las obras de la Creación, para depositar en ellas su amor y rendir al Creador la gloria que le es debida (I.7). El hombre había sido puesto a la cabeza de la Creación para recibir los dones de Dios, conocerlos, amarlos y devolverlos libremente a su origen. Después de la Caída, las cosas creadas continuaron cumpliendo fielmente el acto recibido del Fiat, pero faltó la voz consciente que debía recoger su homenaje y presentarlo a Dios. En la ronda, el alma retoma esta primera función: presta su inteligencia, su voluntad, su palabra y su amor a una Creación que glorifica a Dios por lo que es, pero no puede conocer ni amar libremente a Aquel a quien glorifica.

Luisa describe el conjunto de este movimiento como un «giro» que realiza en los actos de la Divina Voluntad. En ella y con ella puede «abrazar todo, mirar todo, recordar todo» lo que el Fiat ha realizado. Un «teatro infinito» se presenta entonces a su inteligencia: las innumerables escenas de la Creación, de la Redención y de la Santificación. La ronda no es, por tanto, una sucesión de oraciones extrañas unas a otras, sino un movimiento único en el que el alma sigue los actos del Fiat a través de todas las obras en las que Dios se ha dado.

La ronda en la Creación puede seguir los días del Génesis, como hace el *Pío Peregrinaje del alma en la obra de la Divina Voluntad*. Puede volver a recorrer la creación del cielo y de los astros, de la tierra, de las plantas y de los animales, y después la formación de Adán y todos los dones que Dios le concedió. Pero esta estructura cronológica no agota la ronda. El alma también puede comenzar por una sola cosa creada que se le presenta: el cielo que contempla, la luz que la ilumina, el viento que siente, el mar que oye, la flor que ve abrirse o el canto de un pájaro. En cada una busca alcanzar no solo una obra realizada en otro tiempo, sino el acto que la Divina Voluntad continúa ejerciendo ahora en ella.

El Fiat creador no se retiró después de llamar las cosas a la existencia. Las llena, les da la vida que les es propia, las conserva y mantiene continuamente su actividad. La luz del sol, el movimiento del mar, el crecimiento de las plantas y el vuelo de los pájaros están siempre

sostenidos por la Divina Voluntad. La ronda no busca, por tanto, solamente lo que Dios hizo al principio; busca lo que hace actualmente en lo que ha creado. Cada rayo de luz, cada ola, cada flor y cada movimiento de una criatura llevan todavía el acto del Fiat que los conserva.

Esta Divina Voluntad es una, pero realiza en cada cosa creada un **acto distinto**. En el cielo extiende; en el sol ilumina, calienta, fecunda y embellece; en el mar pone en movimiento las aguas y forma su murmullo; en el viento sopla y corre; en la flor colorea y perfuma; en el pájaro forma el vuelo y el canto. Hacer una ronda consiste en buscar este acto distinto: ¿qué hace aquí la Divina Voluntad? ¿Qué cualidad de Dios manifiesta? ¿Qué gloria rinde a su Creador? ¿Qué bien comunica al hombre? ¿Qué lección le dirige?

Cada obra lleva, en efecto, una imagen o un símbolo de las cualidades divinas. La extensión del cielo manifiesta la eternidad y la inmensidad de Dios; su estabilidad, su inmutabilidad; las estrellas, la multiplicidad de las obras salidas de su acto único. El sol glorifica su luz interminable, su amor, su dulzura, su fecundidad y los matices incomprensibles de su belleza. El mar manifiesta su pureza, su inmensidad, su potencia, su movimiento incesante, su justicia y su paz, que la tempestad no puede turbar. Las montañas representan su firmeza; el trueno y el relámpago, su potencia y su justicia; el canto del pájaro, su alegría; el gemido de la tórtola, su amor que llama; el balido del cordero, su invitación continua: «Ven a mí».

El alma no permanece fuera de estos actos. La Divina Voluntad quiere transmitir a quien vive en su unidad la misión que ejerce en la Creación. Jesús pide a Luisa que se identifique con los actos del Fiat supremo y los reproduzca en cada cosa creada. Esto significa que el alma alcanza interiormente el acto divino que sostiene cada obra, lo hace suyo en la Divina Voluntad y le da una respuesta consciente y libre. El sol ilumina sin saber que ilumina; el alma entra en su luz y dice: «Amo y glorifico con esta luz». El mar murmura sin poder ofrecer conscientemente su murmullo; el alma le presta su voz y hace resonar, en todas sus aguas, su murmullo de amor. El pájaro canta según la naturaleza que ha recibido; el alma hace de su canto una adoración voluntaria.

La estructura interior de la ronda aparece con especial fuerza cuando Luisa se funde en el Querer Divino y entra en su inmenso vacío de luz. Se presenta entonces ante las tres Personas divinas en nombre de todas las generaciones, desde el primer hombre hasta el último. Viene a adorar, bendecir y dar gracias por todos; reúne todas las voluntades humanas, las presenta ante el Trono divino, repara como si todas hubieran cumplido la Santísima Voluntad de Dios y pide que cese la separación entre la Divina Voluntad y las voluntades humanas. De esta entrada universal nace después el recorrido concreto de las estrellas, del sol, de los pájaros, de las flores, de las montañas y de los valles, en los que deposita su «te amo» y su «gloria al Creador».

Una ronda en la Creación puede así desplegarse en cuatro movimientos sencillos. El alma comienza por **reconocer** la obra actual del Fiat: «Te doy gracias por este cielo que extiendes, por este sol que haces brillar, por este mar que pones en movimiento». Busca después **descubrir** el acto distinto y la cualidad divina manifestada: la eternidad en el cielo, la luz y el amor en el sol, la potencia y la paz en el mar. Luego viene a **unirse y devolver**: entra en este acto, deposita en él su «te amo», su agradecimiento y su adoración, y devuelve a Dios su propio don acompañado por el amor libre de su criatura. Finalmente viene a **universalizar e interceder**: realiza este acto en nombre de todos y por todos, llama a todas las criaturas a recibir el bien que contiene y pide que la Divina Voluntad reine en la tierra como en el Cielo.

No existe, sin embargo, ninguna fórmula obligatoria. La ronda no es una exhibición intelectual ni una acumulación de muchas palabras. Los textos pueden enseñar su

movimiento y proporcionar al alma las luces dadas por Jesús, pero la ronda está destinada a convertirse en una oración interior sencilla y viva. Un solo «te amo», depositado con atención en la luz del sol o en el movimiento del mar, puede contener toda una ronda: reconoce el acto del Fiat, le hace compañía, lo recibe, lo devuelve a Dios y pide que extienda su reino a todas las almas.

La ronda no solo da a Dios la correspondencia de amor y de gloria contenida en sus obras: abre también en el alma un campo de acción a las cualidades divinas. Cuando Luisa recorre la Creación y llama al amor, la luz, la dulzura, la belleza, la firmeza o la potencia de Dios, Jesús le explica que todos sus atributos oyen esta llamada, «entran en función» y vienen a formar en la pequeñez del alma pequeños mares de sus cualidades. El amor divino forma allí su pequeño mar de amor; la luz, su pequeño mar de luz; la dulzura, la belleza, la ternura, la firmeza y la potencia realizan allí cada una su trabajo. Siguiendo los actos del Fiat, el alma se deja así armonizar con las cualidades que contempla y llama.

La Creación no es, por tanto, solamente el lugar de un homenaje rendido por el alma; es también el medio por el que la Divina Voluntad le comunica sus bienes. Jesús la presenta como una madre más que tierna que ha dispuesto las cosas creadas como otros tantos pechos en los que se esconde para dejarse mamar por el hombre. Se hace sol para hacerle mamar su luz; cielo para hacerle mamar el amor vital de su inmutabilidad; estrellas para hacerle absorber la variedad de sus bienes; agua, plantas y flores para hacerle mamar el agua de la gracia que purifica y apaga la sed, su dulzura y sus castos perfumes; pájaro, cordero o paloma para hacerle recibir, bajo cada una de estas formas, el bien que contiene. Hacer una ronda es levantar el velo de la cosa creada, reconocer la Divina Voluntad que se esconde en ella, mamar su leche y devolverla a Dios con reconocimiento y amor.

Este movimiento pertenece al gran retorno de las obras al seno de su Creador. Dios hizo salir de sí la Creación como un desbordamiento de su amor; espera que sus hijos se la devuelvan intacta y cargada con su respuesta libre. La ronda reúne los dones esparcidos en el universo y los reconduce hacia el Padre: le devuelve su luz en el sol, su inmensidad en el cielo, su potencia en el mar, su alegría en los pájaros, su dulzura en las flores; pero se los devuelve acompañados de algo que la Creación material no podía darle por sí misma: el «te amo» consciente de su hijo. Este movimiento se profundizará en VIII.13 bajo la fórmula: «dar Dios a Dios».

Jesús revela finalmente por qué este sencillo «te amo», repetido en las cosas animadas e inanimadas, le es tan precioso. Él mismo deposita en el fondo del alma una parte de su amor para oír que se lo devuelve por el cauce de su voluntad y de su voz. Cada «te amo» se convierte entonces en un triunfo que la criatura le hace obtener y en un desahogo ofrecido a su amor, que busca continuamente derramarse. La ronda responde a esta necesidad del Amor divino: «Te veo en lo que realizas; reconozco lo que me das; voy contigo, te amo y te devuelvo tu amor en nombre de todos».

Así comprendida, la ronda en la Creación es a la vez contemplación, compañía dada al Fiat, recepción de sus bienes, restitución, reparación e intercesión universal. El alma alcanza la Divina Voluntad en sus actos, reconoce las cualidades divinas que glorifica en cada obra, se une a ellas, les presta su voz y pide que estas mismas cualidades sean comunicadas a las criaturas, para que todas las cosas vuelvan al orden primero y el Reino del Fiat venga a la tierra como en el Cielo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 9 de agosto de 1925:

> «Hija mía, tú debes saber que este modo de orar, esto es, corresponder a Dios en amor por todas las cosas creadas por Él, es un derecho divino y entra en el primer deber de la criatura.»

« Figlia mia, tu devi sapere che questo modo di pregare, cioè ricambiare Iddio in amore per tutte le cose da Lui create, è un diritto divino ed è il primo dovere della creatura. »

Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 12 de enero de 1932:

«Estaba según mi costumbre haciendo mi giro en los actos de la Divina Voluntad, sentía que en Ella y con Ella podía abrazar todo, recordar todo, admirar todo lo que había hecho la Divina Voluntad. Era el teatro infinito que se presentaba ante mi pequeña mente, que con escenas divinas e innumerables, hacía gustar dulzuras indecibles y las escenas más bellas y encantadoras que la potencia del Fiat Divino ha puesto fuera, en el giro de la Creación, Redención y Santificación. Parece que es un giro que ha hecho en el curso de los siglos, y en este giro ha hecho tantas cosas bellas, maravillosas, de hacer estremecer Cielo y tierra, y este giro lo ha hecho para hacernos girar a nosotros alrededor, para hacernos conocer cuánto puede hacer, y sabe hacer por amor nuestro.»

« Stavo secondo il mio solito, facendo il giro negli atti fatti dalla Divina Volontà, sentivo che in Essa e con Essa potevo abbracciare tutto, guardare tutto ricordare tutto, di ciò che aveva fatto la Divina Volontà. Era il teatro infinito che si presentava innanzi alla mia piccola mente, che con scene divine ed innumerevoli faceva gustare dolcezze indicibili e le scene più belle ed incantevoli che la potenza del Fiat Divino ha messo fuori nel giro della Creazione, della Redenzione e della Santificazione. Sembra che abbia fatto un giro nel corso dei secoli ed in questo giro ha fatto tante cose belle, meravigliose, da far strabiliare Cielo e terra e questo giro lo ha fatto per far girare Noi intorno, per farci conoscere quanto può fare e sa fare per amor nostro. »

Dos textos cercanos, del 10 y del 17 de mayo de 1925, desarrollan esta misma ronda en dos niveles distintos. El primero muestra su estructura interior: fusión en el Querer Divino, entrada en el inmenso vacío de la Divina Voluntad, adoración, bendición y acción de gracias rendidas a la Trinidad en nombre de todas las generaciones y por ellas, presentación de todas las criaturas ante su trono, reparación ofrecida como si todas hubieran hecho ellas mismas su Santísima Voluntad, y petición de que la Divina Voluntad descienda a la tierra. El segundo ofrece su despliegue en la propia Creación: estrellas, sol, pájaros, hierba, flores, montañas y valles se convierten en otros tantos lugares donde el alma imprime su «te amo» y su «gloria a mi Creador», antes de volver al trono para restituir los vínculos de amor que la voluntad humana había roto.

Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 10 de mayo de 1925:

«Mientras me fundo en Él, frente a mi mente se hace presente un vacío inmenso, todo de luz, en el cual no se encuentra hasta dónde llega la altura, ni dónde llega la profundidad, ni los confines a la derecha ni a la izquierda […]. En medio de esta inmensidad, en un punto altísimo me parece ver a la Divinidad, o bien las Tres Divinas Personas que me esperan […] y yo, no sé cómo, pero una pequeña niña sale de mí, pero soy yo misma; quizá sea mi pequeña alma. Pero es conmovedor ver a esta pequeña niña ponerse en camino en este vacío inmenso, toda sola, caminando tímidamente de puntillas, con los ojos siempre vueltos hacia donde divisa a las Tres Divinas Personas, porque teme que, si baja la mirada en aquel vacío inmenso, ya no sepa dónde irá a parar. Toda su fuerza está en aquella mirada fija en lo alto que, siéndole devuelta por la mirada de la Altura Suprema, cobra fuerza en el camino. Ahora bien, al llegar ante Ellas, hunde el rostro en el vacío para adorar a la Divina Majestad; pero una mano de las Divinas Personas levanta a la pequeña niña, y le dicen:

“La hija nuestra, la pequeña hija de nuestra Voluntad, ven a nuestros brazos.”

Y ella, al oír esto, se pone de fiesta y pone de fiesta a las Tres Divinas Personas, que

esperan el desempeño del oficio que le confiaron; y ella, con una gracia propia de niña, dice:

"Vengo a adoraros, a bendeciros, a agradeceros por todos, vengo a atar a vuestro trono todas las voluntades humanas de todas las generaciones, desde el primero hasta el último hombre, a fin de que todos reconozcan vuestra Voluntad Suprema, la adoren, la amen y le den vida en sus almas […] quiero tomarlas todas para ponerlas en vuestro Santo Querer, a fin de que todas regresen al principio del cual salieron […] y yo a nombre de todos y por todos, quiero repararte y darte el homenaje y la gloria, como si todos hubieran hecho vuestra Santísima Voluntad. Pero ¡ah! os ruego que ya no haya más separación entre Voluntad Divina y humana…"»

« Mentre mi fondo, innanzi alla mia mente si fa presente un vuoto immenso, tutto di luce, che non si trova né dove giunge l'altezza né dove arriva la profondità, né i confini di destra né di sinistra […]. In mezzo a questa immensità, ad un punto altissimo mi sembra di vedere la Divinità, oppure le tre Divine Persone che mi aspettano […] ed io, noto che non so come, una piccola bambina esce da me, ma sono io stessa, forse è la piccola anima mia, ma è commovente vedere questa piccola bambina mettersi in via in questo vuoto immenso, tutta sola, cammina timida in punta di piedi, con gli occhi sempre rivolti dove scorge le Tre Divine Persone, perché teme che se abbassa lo sguardo in quel vuoto immenso, non sa a qual punto deve andare a finire. Tutta la sua forza è in quello sguardo fisso in alto, che essendo ricambiato con lo sguardo dell'Altezza Suprema, prende forza nel cammino. Ora, mentre giunge innanzi a loro, sprofonda con la faccia nel vuoto per adorare la Maestà Divina, ma una mano delle Divine Persone rialza la piccola bambina e le dicono:

"La figlia nostra, la piccola figlia della nostra Volontà, vieni nelle nostre braccia."

Ed essa, nel sentire ciò si mette in festa e mette in festa le Tre Divine Persone, che aspettano il disimpegno del suo ufficio da loro affidatole ed essa, con una grazia propria di bambina, dice:

Vengo ad adorarvi, a benedirvi, a ringraziarvi per tutti, vengo a legare al vostro trono tutte le volontà umane di tutte le generazioni, dal primo all'ultimo uomo, affinché tutti riconoscano la vostra Volontà Suprema, l'adorino, l'amino e le diano vita nelle anime loro […] voglio prenderle tutte per metterle nel vostro Santo Volere, affinché tutte ritornino al principio da dove sono uscite […] ed io a nome di tutti e per tutti, voglio ripararti e darti l'omaggio, la gloria, come se tutti avessero fatto la vostra Santissima Volontà. Ma, deh! vi prego che non ci sia più separazione tra Volontà Divina e umana… »

Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 17 de mayo de 1925:

«… la pequeña niña continúa su giro, y elevándose en alto quiere corresponder a su Dios por todo el amor que tuvo por todas las criaturas en la Creación […] por eso gira por las estrellas y en cada centelleo de luz imprime mi "te amo y gloria a mi Creador"; en cada átomo de luz del sol que desciende a lo bajo, "te amo y gloria" […]; en el trinar del pájaro, en el movimiento de sus alas […]; en el hilo de hierba que despunta de la tierra, en la flor que se abre […]; en la altura de los montes y en la profundidad de los valles […]. Giro por cada corazón de criatura, como si quisiera encerrarme dentro y gritar en el interior de cada corazón mi "te amo y gloria a mi Creador"; quisiera que uno solo fuese el grito, una sola la voluntad, una sola la armonía de todas las cosas: "gloria y amor a mi Creador"; y después, como si lo hubiera reunido todo junto, de modo que todo diga correspondencia de amor y atestación de gloria por todo lo que Dios ha hecho en la Creación, me llevo ante su trono y le digo:

"Majestad Suprema y Creador de todas las cosas, esta pequeña niña viene en vuestros brazos para deciros que toda la Creación, a nombre de todas las criaturas, os da no sólo la correspondencia del amor, sino la de la justa gloria por tantas cosas creadas por Vosotros por amor nuestro. En vuestra Voluntad, en este vacío inmenso, he girado por todas partes, a fin de que todas las cosas os glorifiquen, os amen y os bendigan; y puesto que he puesto en relación el amor entre Creador y criatura, que la voluntad humana había roto, y la gloria que todos os debían, haced descender vuestra Voluntad a la tierra, a fin de que vincule, reafirme todas las relaciones entre Creador y criatura, y así todas las cosas retornarán al orden primero, establecido por Vosotros. Por eso, daos prisa, no tardéis más: ¿no veis cuán llena de males está la tierra? Sólo vuestra Voluntad puede detener esta corriente, sólo Ella puede ponerla a salvo, pero vuestra Voluntad conocida y dominadora."»

« … la piccola bambina riprende il suo giro ed elevandosi in alto vuole ricambiare il suo Dio di tutto l'amore che ebbe per tutte le creature nella Creazione […] gira per le stelle ed in ogni scintillio di luce imprime il mio "ti amo e gloria al mio Creatore"; in ogni atomo di luce del sole che scende nel basso […]; nel gorgheggio dell'uccello, nel battere delle sue ali […]; nel filo dell'erba che spunta dalla terra, nel fiore che sboccia […]; sull'altezza dei monti e nella profondità delle valli […]. Giro per ogni cuore di creatura, come se mi volessi chiudere dentro e gridare dentro ad ogni cuore, il mio "ti amo e gloria al mio Creatore"; vorrei che uno fosse il grido, una la volontà, una l'armonia di tutte le cose: "gloria ed amore al mio Creatore"; e dopo, come se avessi riunito tutto insieme, in modo che tutto dice ricambio d'amore ed attestato di gloria per tutto ciò che Iddio ha fatto nella Creazione, mi porto al suo trono e gli dico:

Maestà Suprema e Creatore di tutte le cose, questa piccola bambina viene nelle Tue braccia per dirTi che tutta la Creazione, a nome di tutte le creature, Ti dà non solo il ricambio dell'amore, ma della giusta gloria per tante cose da Te create per amor nostro. Nella Tua Volontà, in questo vuoto immenso, ho girato dappertutto, affinché tutte le cose Ti glorifichino, Ti amino e Ti benedicano; e giacché ho messo in rapporto l'amore tra Creatore e creatura, che la volontà umana aveva spezzato e la gloria che tutti Ti dovevano, fa' scendere la Tua Volontà sulla terra, affinché vincoli, raffermi tutti i rapporti tra Creatore e creatura; tutte le cose ritorneranno nell'ordine primiero, da Te stabilito; perciò fa' presto, non più indugiare, non vedi com'è piena di mali la terra? Solo la Tua Volontà può arrestare questa corrente, può metterla in salvo, ma la Tua Volontà conosciuta e dominatrice. »

Cuatro pasajes de los volúmenes 19 y 20 precisan el acto distinto del Fiat en cada cosa creada, las cualidades divinas que manifiesta y pone en acción en el alma, y el alimento que le comunica bajo los velos de la Creación.

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 29 de junio de 1926:

« Hija mía, recorramos toda la Creación, donde el Querer supremo contiene su Vida y realiza en cada cosa creada su acto distinto; triunfante de sí mismo, magnifica y glorifica perfectamente todas las cualidades supremas.

Si miras el cielo, tu ojo no sabe divisar sus confines: dondequiera que mire, es cielo, y no sabes decir dónde termina ni dónde comienza; imagen de nuestro Ser, que no tiene principio ni fin; y nuestra Voluntad alaba y glorifica, en el cielo azul, nuestro Ser Eterno que no tiene principio ni fin. Este cielo está tachonado de estrellas, imagen de nuestro Ser: mientras el cielo es uno, como la Divinidad es un solo acto, la multiplicidad de las estrellas figura nuestras obras ad extra, que descienden de este solo acto; y los efectos y las obras de este solo acto son innumerables; y nuestra Voluntad, en las

estrellas, magnifica y glorifica los efectos y la multiplicidad de nuestras obras, en las cuales encierra a los ángeles, al hombre y a todas las cosas creadas. Mira qué hermoso es vivir en mi Querer, en la unidad de esta luz suprema, y estar al corriente de lo que significan todas las cosas creadas, y alabar, magnificar y glorificar al Supremo Creador con su misma Voluntad, en todas nuestras imágenes que cada cosa creada contiene. Pero pasa a mirar el sol: bajo la bóveda del cielo se ve una circunferencia de luz limitada que contiene luz y calor y que, descendiendo a lo bajo, inviste toda la tierra; imagen de la luz y del amor del Supremo Hacedor, que ama a todos, hace bien a todos y, desde la altura de su Majestad, desciende a lo bajo, hasta en los corazones y hasta en el infierno, pero tácitamente, sin estrépito, dondequiera que se encuentre. ¡Oh, cómo nuestra Voluntad glorifica y magnifica nuestra luz eterna, nuestro amor inextinguible y nuestra omnividencia!

Nuestra Voluntad murmura en el mar y en la inmensidad de las aguas que esconden innumerables peces de toda especie y color; glorifica nuestra inmensidad, que todo lo envuelve y tiene como empuñadas todas las cosas. Nuestra Voluntad glorifica la imagen de nuestra inmutabilidad en la firmeza de los montes; la imagen de nuestra justicia en el retumbar del trueno y en el estallido del relámpago; la imagen de nuestra alegría en el pajarillo que canta, trina y gorjea; la imagen de nuestro amor gimiente en la tórtola que gime; la imagen de la llamada continua que hacemos al hombre en el cordero que bala, diciendo en cada balido: «A Mí, a Mí, ven a Mí, ven a Mí»; y nuestra Voluntad nos glorifica en la llamada continua que hacemos a la criatura.

Todas las cosas creadas tienen un símbolo nuestro, una imagen nuestra, y nuestra Voluntad tiene el cometido de magnificarnos y glorificarnos en todas nuestras obras; siendo la obra de la Creación obra del Fiat supremo, convenía que Él nos conservara en todas las cosas creadas la gloria íntegra y permanente. Ahora bien, nuestro Querer supremo quiere dar este cometido como herencia a quien debe vivir en la unidad de su luz, porque no sería conveniente vivir en su luz y no identificarse con los actos del Fiat supremo. Por eso, hija mía, todas las cosas creadas y mi Voluntad te esperan en cada una de ellas para que repitas sus mismos actos y glorifiques y magnifiques a tu Creador con la misma Divina Voluntad. »

« Mia piccola figlia, giriamo per tutta la Creazione dove il Voler Supremo contiene la sua Vita ed in ciascuna cosa creata fa il suo atto distinto e, trionfatore di Se stesso, magnifica e glorifica in modo perfetto tutte le supreme qualità.

Se guardi il cielo, il tuo occhio non sa scorgere i confini, dovunque guarda è cielo, né sai dire dove finisce né dove incomincia; immagine del nostro Essere che non ha principio né fine e la nostra Volontà loda, glorifica nel cielo azzurro il nostro Essere Eterno che non ha principio né fine; questo cielo è tempestato di stelle, immagine del nostro Essere, che mentre il cielo è uno, come la Divinità è un atto solo, ma nella molteplicità delle stelle le nostre opere ad extra, che scendono da quest'atto solo e gli effetti e le opere di quest'atto solo sono innumerevoli e la nostra Volontà nelle stelle magnifica e glorifica gli effetti e la molteplicità delle opere nostre, nelle quali racchiude gli angeli, l'uomo e tutte le cose create. Vedi com'è bello vivere nel mio Volere, nell'unità di questa luce suprema e stare a giorno di ciò che significano tutte le cose create e lodare, magnificare, glorificare il Supremo Creatore con la sua stessa Volontà in tutte le immagini nostre che ciascuna cosa creata contiene. Ma passa a guardare il sole, sotto la volta del cielo si vede una circonferenza di luce limitata che contiene luce e calore, che scendendo nel basso investe tutta la terra, immagine della luce e dell'amore del Supremo Fattore che ama tutti, fa bene a tutti, dall'altezza della sua Maestà scende nel basso, persino nei cuori e nell'inferno, ma tacitamente, senza strepito, dovunque si trova, oh! come la nostra

Volontà glorifica e magnifica la nostra eterna luce, il nostro amore inestinguibile e la nostra onniveggenza!

La nostra Volontà mormora nel mare e nell'immensità delle acque che nascondono innumerevoli pesci di ogni specie e colore, glorifica la nostra immensità che tutto involge e ha come in pugno tutte le cose. La nostra Volontà glorifica l'immagine della nostra immutabilità nella fermezza dei monti; l'immagine della nostra giustizia nel rumoreggiare del tuono e nello scoppio della folgore; l'immagine della nostra gioia nell'uccellino che canta, che trilla e gorgheggia; l'immagine del nostro amore gemente nella tortora che geme; l'immagine del continuo richiamo che facciamo all'uomo, nell'agnello che bela dicendo in ogni belato: "Me, Me, vieni a Me, vieni a Me"; e la nostra Volontà ci glorifica nel continuo richiamo che facciamo alla creatura.

Tutte le cose create hanno un nostro simbolo, un'immagine nostra e la nostra Volontà ha l'impegno di magnificarci e glorificarci in tutte le opere nostre, perché essendo l'opera della Creazione opera del Fiat Supremo, conveniva ad Essa conservarci in tutte le cose create la gloria integra e permanente. Ora, il nostro Voler Supremo vuol dare, questo impegno, come eredità a chi deve vivere nell'unità della sua luce, perché non sarebbe conveniente vivere nella sua luce e non immedesimarsi negli atti del Fiat Supremo, perciò mia piccola figlia, tutte le cose create e la mia Volontà, ti aspettano in ciascuna cosa a ripetere i suoi stessi atti, per glorificare e magnificare con la stessa Volontà Divina il tuo Creatore. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 1 de noviembre de 1926:

« Estaba haciendo mi giro habitual por toda la Creación para poder amar y glorificar como el mismo Fiat divino ama y glorifica en todas las cosas creadas; pero, mientras lo hacía, pensaba para mí: «Mi dulce Jesús me hace recorrer toda la Creación para alcanzar su Voluntad en todos sus actos, hacerle compañía, darle uno de mis "te amo", un gracias y un "te adoro", y pedirle que venga pronto su Reino; pero no sé todo lo que hace este Querer Divino en cada cosa creada. Quisiera saberlo, para que mi acto sea uno con el suyo».

Debes saber que mi Fiat eterno no solo llena toda la Creación y es la vida de cada cosa creada, sino que ha esparcido todas nuestras cualidades por todo lo creado, porque la Creación debía servir de paraíso terrestre a la familia humana y, por tanto, debía ser el eco de las bienaventuranzas y de la felicidad del Cielo; si no contenía las alegrías y los contentos de la Patria celestial, ¿cómo podía formar la felicidad de la patria terrestre? Tanto más cuanto que una era la Voluntad: la que beatificaba el Empíreo y la que debía hacer feliz la tierra.

Por eso, si quieres saber qué hace mi Voluntad en toda la Creación, recórrela; y mi Fiat, al encontrar a su hija en todas las cosas creadas, se revelará y te dirá lo que hace ante la Divina Majestad, así como la llamada y las lecciones que quiere dar a las criaturas. »

« Stavo facendo il mio solito giro in tutta la creazione per poter amare e glorificare come ama e glorifica lo stesso Fiat Divino in tutte le cose create, ma mentre facevo ciò, pensavo tra me: "il mio dolce Gesù mi fa girare per tutta la Creazione per raggiungere la sua Volontà in tutti gli atti suoi, tenere la compagnia, dargli un mio ti amo, un grazie ed un mio ti adoro e chiedergli che presto venga il suo regno; ma io non so tutto ciò che fa questo Voler Divino in ciascuna cosa creata, vorrei saperlo, affinché uno sia l'atto col suo".

Tu devi sapere che il mio Fiat Eterno non solo riempie tutta la Creazione ed è vita

di ciascuna cosa creata, ma ha sparso tutte le nostre qualità in tutto il creato, perché la Creazione doveva servire da Paradiso terrestre all'umana famiglia e quindi doveva essere l'eco delle beatitudini e della felicità del Cielo; se non conteneva le gioie e i contenti della Patria Celeste, come poteva formare la felicità della patria terrestre? Molto più che una era la volontà, tanto quella che beatificava l'Empireo, quanto quella che doveva felicitare la terra.

Perciò se vuoi sapere che cosa fa la mia Volontà in tutta la Creazione, gira in essa ed il mio Fiat, trovando la figlia sua in tutte le cose create, si svelerà e dirà a te, ciò che fa verso la Divina Maestà ed il richiamo e le lezioni che vuol dare alle creature »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 20 de noviembre de 1926:

« ¿Quién llama a mi amor para hacer que mi amor descienda en ella, o que el suyo suba al mío para fundirse juntos y formar un solo amor, y dar a mi amor su campo de acción, hasta hacer surgir en el alma el nuevo pequeño mar de su amor? Mi amor triunfa y festeja porque se le da su desahogo y su campo de acción.

¿Quién llama a mi Luz eterna, a mi dulzura infinita, a mi incomparable belleza, a mi firmeza inconmovible, a mi inmensidad, para formarles corte y darles su campo de acción, a fin de que desarrollen en la criatura otros tantos mares de luz, de dulzura, de belleza, de firmeza y de otras cualidades, dándoles el contento de no dejarlas inactivas y sirviéndose de la pequeñez de la criatura para encerrar en ella sus cualidades? ¿Quién es, pues, esta? ¡Ah! Es la pequeña hija de nuestro Querer.

Hija mía, a medida que recorres mi Voluntad para seguirla en cada cosa creada, todos mis Atributos oyen tu llamada y salen al campo para formar cada uno el pequeño mar de sus cualidades. ¡Oh, cómo triunfan al verse operantes y poder formar cada uno su pequeño mar! Pero su sumo gusto y deleite aumentan al poder formar en la pequeña criatura sus mares de amor, de luz, de belleza, de ternura, de potencia y de otras cualidades. Mi sabiduría actúa como hábil Artífice y con ingenio maravilloso al poner en la pequeñez sus cualidades inmensas e infinitas. ¡Oh, cómo armoniza el alma que vive en mi Querer con mis Atributos! Cada uno de ellos se pone en movimiento para establecer sus cualidades divinas. Si supieras el gran bien que te viene de seguir mi Voluntad en todos sus actos y el trabajo que realiza en ti, también tú sentirías la alegría de una fiesta continua.

Así, sigue mi Voluntad en su movimiento que nunca se detiene, en sus actos que nunca cesan, y harás volver tu movimiento al seno de tu Creador, que con tanto amor espera el retorno de sus obras, de su amor y de su murmullo.

Y precisamente esto es el Reino del Fiat supremo: el retorno de nuestros hijos a nuestros brazos paternos; por eso lo anhelo tanto. »

« Chi chiama il mio amore per fare che il mio amore scenda in lei, o che il suo salga nel mio per fondersi insieme e formare un solo amore e dare il campo d'azione al mio amore, tanto da far sorgere nell'anima il nuovo maricello del suo amore? Il mio amore trionfa e festeggia perché le vien dato il suo sfogo ed il suo campo d'azione

Chi chiama la mia Luce eterna, la mia dolcezza infinita, la mia impareggiabile bellezza, la mia fermezza irremovibile, la mia immensità, per corteggiarla e darle il campo d'azione per fare svolgere nella creatura altrettanti mari di luce, di dolcezza, di bellezza, di fermezza ed altro per darle il contento di non farla stare inoperosa e servirsi della piccolezza della creatura per racchiudere in essa le sue qualità? Chi è dunque costei? Ah! E' la piccola figlia del nostro Volere

Figlia mia, come giri nella mia Volontà per seguirla in ciascuna cosa creata, così tutti i miei Attributi sentono la tua chiamata ed escono in campo per formare ciascuno il maricello delle loro qualità. Oh come trionfano nel vedersi operosi di poter formare ciascuno il suo maricello, ma cresce il loro sommo gusto e diletto di poter formare nella piccola creatura i loro mari di amore, di luce, di bellezza, di tenerezza, di potenza ed altro. La mia sapienza fa di Artefice valente ed ingegno meraviglioso nel mettere nella piccolezza le sue qualità immense ed infinite, oh come armonizza l'anima che vive nel mio Volere coi miei Attributi! Ciascuno di essi si mette in moto per stabilire le sue qualità Divine, se tu sapessi il gran bene che ti viene nel seguire la mia Volontà in tutti gli atti suoi ed il lavorio che svolge in te, anche tu sentiresti la gioia di una festa continua.

Così segui la mia Volontà nel suo moto che mai si arresta, nei suoi atti che mai cessano e farai ritornare il tuo moto nel seno del tuo Creatore, che con tanto amore aspetta il ritorno delle opere sue, del suo amore e del suo mormorio.

Ed è proprio questo il regno del Fiat Supremo, il ritorno dei nostri figli nelle nostre braccia Paterne, perciò lo sospiro tanto »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 3 de febrero de 1927:

« Continuaba, pues, mis actos en el Querer supremo y, encontrándome fuera de mí misma, recorría toda la Creación para seguir a la Divina Voluntad en cada cosa creada; pero, mientras lo hacía, se rasgaba el velo y en cada cosa se veía al Santo Querer realizar cada acto que contiene toda cosa creada, siempre operante, sin detenerse jamás.

Hija mía, mira el amor desbordante de mi Voluntad, siempre estable, siempre operante, siempre en acto de dar, sin retroceder jamás ante lo que estableció hacer cuando el Fiat supremo resonó en la Creación. Ella tomó el empeño de ejercer todas las artes, desempeñar todos los oficios, prestar todos los servicios y asumir cualquier forma para hacer feliz al hombre. Hizo incluso más que una madre tiernísima, disponiendo todas las cosas creadas como otros tantos pechos en los que se escondía para dejarse mamar por el hombre. Así se hizo sol para hacerle mamar su luz; se hizo cielo para hacerle mamar el amor vital de la inmutabilidad; se hizo estrellas para hacerle absorber la variedad de los bienes que contienen sus obras; se hizo agua, plantas y flores para hacerle mamar el agua de la gracia y apagar su sed, y para hacerle mamar su dulzura y sus castos perfumes. Mi Voluntad tomó todas las formas divinas: de pájaro, de cordero, de paloma, en suma, de todo, para alimentar al hombre y dejarse mamar por él, a fin de darle el bien que cada cosa creada contenía.

Con paciencia divina e invencible espera, pues, a sus hijos para que, conociéndola, rasguen el velo de las cosas creadas que la esconden, reconozcan el pecho de su Madre y mamen esos pechos divinos, agradecidos y como verdaderos hijos suyos. Por eso, la gloria de toda la Creación, de toda la Redención, de tu Jesús y del Fiat eterno será completa cuando los hijos de su Reino se adhieran a su pecho para mamar de sus pechos y, reconociéndola, no se aparten de su seno. Ella dará todos los bienes y tendrá la gloria y el contento de ver felices a todos sus hijos; y estos hijos tendrán el honor y la gloria de reproducir en sí mismos a la Madre que, con tanto amor, los tiene en su seno para alimentarlos con su leche divina. »

« Onde stavo seguendo i miei atti nel Supremo Volere e, trovandomi fuori di me stessa, giravo per tutta la Creazione per seguire la Divina Volontà in ciascuna cosa creata, ma mentre facevo ciò si squarciava il velo e in ciascuna cosa si vedeva il Santo Volere che faceva ciascun atto che ogni cosa creata contiene, sempre operante senza mai fermarsi.

Figlia mia, guarda l'amore esuberante della mia Volontà, sempre stabile, sempre operante, sempre in atto di dare, senza mai indietreggiare, ciò che stabilì di fare quando il Fiat Supremo echeggiò nella Creazione. Essa prese l'impegno di fare tutte le arti, di disimpegnare tutti gli uffici, di fare tutte le servitù, di prendere qualunque forma per rendere felice l'uomo. Anzi fece più che madre tenerissima, disponendo tutte le cose create, quasi come tante mammelle in cui essa si nascondeva per farsi poppare dall'uomo. Sicché si fece sole per fargli poppare la sua luce, si fece cielo per fargli poppare l'amore vitale dell'immutabilità, si fece stelle per fargli succhiare la varietà dei beni che contengono le sue opere, si fece acqua, piante e fiori per fargli poppare l'acqua della grazia e dissetarlo per fargli poppare la sua dolcezza ed i suoi casti profumi, la mia Volontà prese tutte le forme Divine: d'uccello, d'agnello, di colomba, insomma di tutto, per imboccare l'uomo e farsi poppare da lui, per dargli il bene che ciascuna cosa creata conteneva.

Quindi con pazienza Divina ed invincibile aspetta i figli suoi che, conoscendola, strappino il velo alle cose create che la nascondono e riconoscano il petto della mamma loro e poppino quelle mammelle Divine riconoscenti e da veri figli suoi. Ecco perciò la gloria di tutta la Creazione, di tutta la Redenzione, del tuo Gesù e dell'Eterno Fiat allora sarà completa quando i figli del suo regno si attaccheranno al suo petto per poppare le sue mammelle e, riconoscendola, non si distaccheranno dal suo seno ed essa darà tutti i beni ed avrà la gloria, il contento di vedere tutti i suoi figli felici e questi figli avranno l'onore, la gloria, di copiare in loro stessi la Madre che con tanto amore li tiene nel suo seno per nutrirli col suo latte Divino. »

Luisa dedica a esta misma ronda una obra distinta, el *Pío Peregrinaje del alma en la obra de la Divina Voluntad*, estructurado en veinticuatro horas; la hora que vuelve a visitar la creación de Adán enlaza directamente con la gracia de bilocación ya expuesta en I.7:

Luisa, *Pío Peregrinaje*, Cuarta Hora:

«Jesús, Vida mía, siento que tu Amor me impulsa hacia Ti […]. Y heme aquí en el Edén: allí te contemplo, Amor mío, mientras con el Padre y con el Espíritu Santo estás formando tu querida joya, tu obra maestra, la bella estatua del hombre. ¡Con cuánto amor la formas, cuánta belleza le infundes, de cuántos matices divinos la revistes! […] ¡Tu Amor entonces palpita fuerte, hasta desbordarse! No pudiendo ya contenerlo, al infundirlo en ella con tu aliento, le das la vida y tu semejanza, y así creas al hombre.»

« Gesù, Vita mia, sento che il tuo Amore mi spinge a Te […]. Ed eccomi nell'Eden: ivi Ti contemplo, Amor mio, mentre col Padre e con lo Spirito Santo stai formando il tuo caro gioiello, il tuo capolavoro, la bella statua dell'uomo. Con quanto amore la formi, quanta bellezza le infondi, di quali divine sfumature la investi! […] Il tuo Amore allora palpita forte, sino a traboccare! Non potendolo più contenere, alitandolo in lei, le doni la vita e la tua somiglianza e così crei l'uomo. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 16 de diciembre de 1932:

«Mi pequeña hija de mi Querer, tú debes saber que es tanto el afán, el delirio de amar y ser amado por las criaturas, que a escondidas, sin hacerme advertir, pongo en el fondo de sus almas una dosis de mi amor; según sus disposiciones, así aumento la dosis, y ellas, sintiendo en sí mismas mi amor, me dicen con el corazón: «te amo, te amo». Yo, al sentirme amado, triunfo en el amor de la criatura. Así, en cada «te amo» suyo, es un triunfo que obtengo; y aunque Yo mismo lo haya puesto a escondidas, no me fijo en que haya sido un artificio mío para hacerme amar, sino más bien en que ha pasado por el canal de la criatura, es decir, por su voluntad y por su voz; y, sintiéndome herido, lo considero como amor que me viene de la criatura. Por eso, cada «te amo» tuyo es un

triunfo más que haces obtener a tu Jesús, y como tú buscas cubrir Cielo y tierra, las cosas animadas e inanimadas, con tu «te amo», Yo miro todo cubierto por la belleza del amor de la criatura y, quedando raptado, digo con todo el énfasis de mi amor: "¡Ah, sí! ¡Qué contento estoy, ya soy amado, y mientras Yo triunfo en su amor, ella triunfa en mi amor!"»

Dicho esto, guardó silencio; y era tanto el ímpetu de su amor que, como desvanecido, buscaba reposo en mis brazos. Y después, como reanimado, repitió con más fuerte énfasis:

«Hija mía queridísima, debes saber que lo que quiero y lo que más me interesa es hacer saber que Yo amo a la criatura, decir al oído de cada corazón: «Hijo, te amo». Y estaría contento si oyera que me responden con mi mismo estribillo: «Jesús, te amo». Siento la irresistible necesidad de amar y de ser amado; ¡oh, cuántas veces quedo sofocado en mi amor!, porque mientras Yo amo, al no oír que me aman, mi amor no encuentra desahogo y quedo ahogado en mi mismo amor. Por eso amo tanto tu «te amo»; cuando lo dices, toma la forma de una llamita restauradora que, entrando en mi gran fuego de amor, me trae alivio y, esparciéndose como rocío benéfico sobre las llamas que me queman, lleva la calma a mi amor, a mis delirios, a mis ansias amorosas; porque si he sido amado, puedo dar lo mío y, pudiendo dar lo mío, mi amor se desahoga. Hija mía, Cielos y tierra están llenos y colmados de mi amor; no hay punto donde mi amor no sienta la necesidad de desbordarse, de desahogarse y de correr y correr en busca de corazones para decir su palabrita: «Hijo, te amo, te amo tanto; y tú, dime que me amas». Y está todo oídos para escuchar si la criatura le dice que lo ama; si se lo afirma, su amor se siente asegurado en ella y toma allí su dulce reposo. En cambio, si no se lo afirma, corre, recorre cielo y tierra y no se detiene hasta encontrar a quien le diga que lo ama. Ahora bien, cada «te amo» de la criatura es un desahogo para mi amor, el cual, entrando en el mío, se incorpora a mi mismo amor y tiene la virtud de abrirlo, mientras permanece íntegro tal como es; y, formando como hendiduras, abre los caminos para que mi amor se desahogue. Pero este amor es puro sólo cuando está animado por mi Voluntad. Mira, pues, qué es la larga cantinela de tu «te amo»: son tantos desahogos que das a tu Jesús y que me llaman al reposo en tu alma. Por eso quiero que me digas siempre tu «te amo»; quiero verlo en todas las cosas que he hecho por ti; amo escucharlo siempre, siempre, y cuando no me lo dices, suspirando digo: «¡Ay de Mí! Ni siquiera la pequeña hija de mi Querer me da el continuo desahogo para poder desahogarme en su pequeño amor». Y quedo todo afligido, esperando tu querido estribillo: «te amo, te amo». Ámame, hija mía, ámame; ten piedad de mi Corazón herido que sufre, se agita y delira. Sufriendo, te pido amor y, anhelante, te abrazo, te estrecho fuerte, fuerte contra mi Corazón para hacerte sentir cómo ardo de amor, a fin de que, sintiendo mis llamas, te muevas a compasión de Mí y me ames. ¡Ea!, hazme feliz, ámame. Cuando no soy amado me siento desdichado en mi amor y por eso llego a los delirios; y cuando un corazón piadoso se mueve a compasión de Mí y me ama, siento que la desdicha se cambia en felicidad. Y además, cada «te amo» tuyo no es otra cosa que un pequeño leño que arrojas en el océano inmenso de mi amor y que se convierte en una llamita, con la cual aumentas un grado más de amor por tu Jesús, que desfallece de amor. »

« Mia piccola figlia del mio Volere, tu devi sapere che è tanta la smania, il delirio di amare ed essere amato dalle creature, che di nascosto, senza farmi avvertire, metto nel fondo delle loro anime una dose del mio amore; a seconda le loro disposizioni, così aggiungo la dose ed esse, sentendo in loro il mio amore, mi dicono col cuore, "ti amo, ti amo". Io, nel sentirmi amato, trionfo nell'amore della creatura. Sicché, in ogni suo ti amo, è un trionfo che faccio e sebbene l'abbia messo Io di nascosto, non bado che è stato un mio artifizio per farmi amare, bado piuttosto che è passato dal canale della creatura,

cioè dalla sua volontà, dalla sua voce e, sentendomi ferire, lo guardo come amore che mi viene dalla creatura. Onde ogni tuo ti amo è un trionfo di più che fai fare al tuo Gesù e siccome tu cerchi di coprire col tuo ti amo Cielo e terra, cose animate ed inanimate, Io guardo tutto cosparso dalla bellezza dell'amore della creatura e, rimanendo rapito, dico con tutta l'enfasi del mio amore: «Ah sì! come son contento, già sono amato e mentre Io trionfo nel suo amore, essa trionfa nell'amor mio.»

Detto ciò ha fatto silenzio ed era tanta la foga del suo amore che, come svenuto, cercava riposo nelle mie braccia. E dopo, come rinfrancato, ha ripetuto con enfasi più forte:

« Figlia mia carissima, tu devi sapere che quello che voglio e che più m'interessa, è che voglio far sapere che Io amo la creatura, voglio dire all'orecchio di ogni cuore: «Figlio, ti amo.» E sarei contento se mi sentissi rispondere col mio stesso ritornello: «Gesù, ti amo.» Sento l'irresistibile bisogno d'amare e d'essere amato, oh! quante volte resto soffocato nel mio amore, perché mentre Io amo, non sentendo che mi amano, il mio amore non trova sfoga e resto affogato nel mio stesso amore. Ecco perciò amo tanto il tuo "ti amo"; come tu lo dici, prende la forma d'una fiammella ristoratrice che, venendo nel mio gran fuoco d'amore, mi porta il ristoro e spargendosi come rugiada benefica sulle fiamme che mi bruciano, porta la quieta al mio amore, ai miei deliri, alle mie smanie amorose, perché se sono stato amato, posso dare il mio e potendo dare il mio, il mio amore si sfoga. Figlia mia, Cieli e terra sono pieni e gonfi del mio amore, non vi è punto dove il mio amore non senta il bisogno di straripare, per sgonfiarsi e correre e correre in cerca di cuori per dire la sua parolina: «Figlio, ti amo, ti amo tanto e tu, dimmi che mi ami.» E sta tutto orecchio per sentire se la creatura gli dice che l'ama, se ciò gli viene affermato, si sente rassicurato il suo amore in essa e vi prende il suo dolce riposo. Invece se non gli viene affermato, corre, gira cielo e terra, né si ferma se non trova chi gli dice che l'ama. Ora, ogni "ti amo" della creatura è uno sfogo al mio amore, il quale, entrando nel mio, s'incorpora nel mio stesso amore e ha virtù di fenderlo, mentre resta tutto intero qual è e formando come delle fessure, forma le vie per far sfogare il mio amore; ma questo amore allora è puro, quando è animato dalla mia Volontà. Vedi dunque che cosa è la lunga cantilena del tuo ti amo? Sono tanti sfoghi che dai al tuo Gesù e che mi chiamano al riposo nell'anima tua, perciò voglio che mi dica sempre il tuo "ti amo", lo voglio vedere in tutte le cose che ho fatto per te, amo sentirlo sempre, sempre e quando non me lo dici, sospirando dico: «Ahimè, neppure la piccola figlia del mio Volere mi dà il continuo sfogo di potermi sfogare nel suo piccolo amore!" E resto tutto afflitto ed aspetto il tuo caro ritornello, "ti amo, ti amo".» Amami figlia mia, amami, abbi pietà del mio cuore ferito che spasima, smania, delira e, spasimante, ti chiedo amore e, smaniando, ti abbraccio, ti stringo forte, forte al mio cuore per farti sentire come brucio d'amore, affinché sentendo le mie fiamme, ti muova a pietà di me e mi ami. Deh! rendimi contento, amami, quando non sono amato mi sento sventurato nel mio amore e perciò giungo ai deliri e quando un cuore pietoso si muove a pietà di me e mi ama, mi sento cambiare la sventura in felicità. E poi, ogni tuo "ti amo" non è altro che un piccolo legnetto che getti nell'oceano immenso del mio amore e che si converte in fiammella, col quale accresci un grado di più d'amore per il tuo spasimante Gesù. »

Articulación católica. El salmista no cesa de «proclamar las maravillas del Señor» como un deber constante de alabanza: «Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas» (Sal 9,2; cf. Sal 105) —práctica que la ronda retoma e intensifica, haciéndola sistemática en vez de ocasional. La Escritura enseña ya que la Creación entera proclama a su Creador sin necesitar palabras humanas: «El cielo proclama la gloria de Dios» (Sal 19,2) —alabanza que la ronda en la Creación hace consciente y voluntaria mediante la voz de la criatura que se asocia a ella. San Pablo enseña además que la Creación misma, «expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» y «sería liberada de la esclavitud de

la corrupción» (Rom 8,19-21): la ronda en la Creación anticipa y apresura, en la medida del alma que la hace, esta misma liberación que canta ya como adquirida. En cuanto a esa dosis de amor que Jesús dice depositar secretamente en el fondo de cada alma, antes incluso de su respuesta, para llamar después su «te amo» en correspondencia, coincide con lo que la Iglesia profesa acerca del Don por excelencia: «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5), pues el Amor es «el primer don» y «contiene todos los demás» (CIC 733). Pero Jesús va aquí más lejos que esta sola doctrina del origen escondido del don: revela su propia necesidad de ser amado en correspondencia, hasta decirse «sofocado» y «ahogado» en su propio amor mientras no encuentra, en el «te amo» de la criatura, el desahogo que espera — lo que la teología recibida confiesa de Dios sin darle siempre, como aquí, el rostro y la voz.

Fórmula para recordar. Hacer la ronda en la Creación, «derecho divino» y «primer deber» de la criatura, es alcanzar la Divina Voluntad en el acto distinto que realiza en cada cosa creada, hacerle compañía y rendir a Dios, en nombre de todos, amor, adoración, gratitud y gloria, pidiendo su Reino.

Pregunta 11 — ¿Cómo hacer la ronda en la Redención?

Respuesta breve. Hacer la ronda en la Redención es volver a recorrer los misterios de la vida, de la Pasión y de la muerte de Jesús ya expuestos en la Tercera parte, no como una simple espectadora distante, sino entrando realmente en ellos, como desarrollará más plenamente la Décima parte.

Desarrollo. Esta segunda ronda aplica al Fiat de la Redención el mismo movimiento contemplativo ya descrito en VIII.10 para el Fiat de la Creación: el mismo «giro» que Luisa dice realizar en los actos de la Divina Voluntad abarca tanto la Creación como la Redención, como un solo teatro con actos distintos —hasta el punto de que, el 17 de mayo de 1925, Luisa pasa de una a otra en el mismo éxtasis, sintiendo simplemente que su «oficio no está todavía completo». Volver a recorrer la Redención en esta ronda es retomar uno a uno los misterios ya establecidos en III —la Encarnación, las dos voluntades de Cristo, Getsemaní, la reparación de los actos no hechos o mal hechos—, no para meditarlos desde lejos, sino para apropiárselos como actos que el alma puede, en un sentido real, rehacer con Jesús. Esta diferencia entre meditar y entrar realmente en las reparaciones de Jesús será retomada y profundizada en X.9.

Cita de Luisa. Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 17 de mayo de 1925 — inmediatamente después de la ronda en la Creación (VIII.10):

> «Entonces, después de esto siento que mi oficio no está completo, por eso desciendo a lo bajo de ese vacío para corresponder a mi Jesús por la obra de la Redención, y como si encontrase en acto todo lo que Él hizo, quiero darle mi correspondencia de todos los actos que deberían haber hecho todas las criaturas si lo hubieran esperado y recibido en la tierra […]. Te amo en el acto de descender del Cielo e imprimo mi “te amo” en el acto en que fuiste concebido, “te amo” en la primera gota de sangre que se formó en tu Humanidad, “te amo” en el primer latido de tu corazón, para sellar todos tus latidos con mi “te amo” […]. Quiero corresponder tus oraciones, tus reparaciones, tus ofrecimientos con mi “te amo”, cada instante de tu Vida lo quiero sellar con mi “te amo” […]. “Te amo” en el trabajo que hiciste con tus manos; “te amo” en todos los actos que hiciste en tu vida oculta […]. Por eso mi “te amo” te sigue en todas las penas de tu Pasión, en todos los escupitajos, desprecios e insultos que te hicieron; mi “te amo” sella cada gota de tu sangre que derramaste, cada golpe que recibiste, en cada llaga que se

formó en tu cuerpo, en cada espina que traspasó tu cabeza, en los dolores acerbos de la crucifixión, en las palabras que pronunciaste sobre la cruz, hasta en tu último respiro intento imprimir mi "te amo"…»

« Onde dopo ciò sento che il mio ufficio non è completo, perciò scendo nel basso di quel vuoto per ricambiare il mio Gesù dell'opera della Redenzione e come se trovassi in atto tutto ciò che Lui fece, voglio dargli il mio ricambio di tutti gli atti che avrebbero dovuto fargli tutte le creature nell'aspettarlo e riceverlo sulla terra […]. Ti amo nell'atto di scendere dal Cielo, imprimo il mio "Ti amo" nell'atto che fosti concepito, ti amo nella prima goccia di sangue che si formò nella tua Umanità; ti amo nel primo palpito del tuo cuore, per segnare tutti i tuoi palpiti col mio "Ti amo" […] voglio ricambiare le tue preghiere, le tue riparazioni, le tue offerte col mio "Ti amo", ogni istante della tua vita voglio suggellare col mio "Ti amo" […] ti amo nel lavoro che facesti con le tue mani; ti amo in tutti gli atti che facesti nella tua vita nascosta […]. E perciò il mio "Ti amo" ti segue in tutte le pene della tua Passione, in tutti gli sputi, disprezzi ed insulti che ti fecero; il mio "Ti amo" suggella ogni goccia del sangue che versasti, ogni colpo che ricevesti, in ogni piaga che si formò nel Tuo corpo, in ogni spina che trafisse la Tua testa, nei dolori acerbi della crocifissione, nelle parole che pronunziasti sulla croce, perfino nell'ultimo tuo respiro intendo imprimere il mio "Ti amo"… »

El *Pío Peregrinaje* (VIII.10) da a esta misma ronda su despliegue más extenso, en dieciséis etapas que van de la Encarnación a la Ascensión. Tres de ellas completan lo que la cita anterior no hace sino evocar:

Luisa, *Pío Peregrinaje*, Decimoquinta Hora — el Bautismo y el desierto:

«Bien mío celestial y supremo, quiero seguirte a todas partes […]. Mientras llegas al Jordán, sumerjo en aquellas aguas mi te amo; así, apenas san Juan las derrame sobre tu Cabeza para bautizarte, Tú sentirás correr en ellas la plenitud de mi amor […]. Jesús mío, dulce Amor, permite que te siga al desierto: allí mi te amo nunca te dejará solo; permaneceré cerca de Ti noche y día.»

« Mio Celeste e Sommo Bene, Ti voglio seguire dovunque […]. Mentre giungi al Giordano immergo in quelle acque il mio Ti amo; così, non appena S. Giovanni le verserà sul tuo Capo per battezzarti, Tu sentirai scorrere in esse la piena del mio amore […]. Mio Gesù, dolce Amore, permetti che io Ti segua nel deserto: ivi il mio Ti amo non Ti lascerà mai solo; io rimarrò vicino a Te notte e giorno. »

Luisa, *Pío Peregrinaje*, Vigésima Hora — Getsemaní:

«Jesús mío afligido […] Ya veo que tus pasos se dirigen hacia el Huerto de Getsemaní y que Tú te postras en tierra y rezas; mientras tanto tu respiración se vuelve pesada: ¡Tú te afanas, suspiras, agonizas y sudas Sangre!»

« Mio afflitto Gesù […] Già vedo che i tuoi passi s'indirizzano verso l'Orto del Getsemani e che Tu Ti prostri a terra e preghi; nel frattempo il tuo respiro diviene grave: Tu Ti affanni, sospiri, agonizzi e sudi Sangue! »

Luisa, *Pío Peregrinaje*, Vigésima cuarta Hora — la Ascensión:

«Mientras Tú, con tu entrada triunfante en el Paraíso, abres las puertas cerradas desde hace tantos siglos a la pobre humanidad, yo pongo mi te amo sobre aquellas puertas eternas […]. ¡Ah!, deja siempre abiertas las puertas de la Morada Celestial, para que yo pueda venir incesantemente a tus pies, subir entre tus brazos, para repetirte sin cesar mi canto de amor: "Mándanos el Reino de tu Santo Querer y que tu Divina Voluntad se haga sobre la tierra como se cumple en el Cielo".»

« Mentre Tu, con la tua entrata trionfante in Paradiso apri i battenti chiusi da tanti secoli alla povera umanità, io metto il mio Ti amo su quelle porte eternali […]. Deh, lascia sempre aperte le porte della Celeste Dimora, affinché io possa incessantemente venire ai tuoi piedi, salire fra le tue braccia, per ripeterti senza posa il mio canto d'amore: "Mandaci il Regno del tuo Santo Volere e la tua Volontà Divina si faccia sulla terra così come si compie in Cielo!" »

Articulación católica. El Catecismo enseña que todo cristiano está llamado a unir sus propios sufrimientos a los de Cristo, completando así «lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24; CIC 1521) —unión real, no simple contemplación exterior. San Pablo expresa este mismo deseo de entrar realmente en los misterios de Cristo: «Todo para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos» (Flp 3,10).

Fórmula para recordar. No se hace la ronda en la Redención como espectador: se entra en ella como se entra en una casa ya abierta para nosotros, a fin de rehacer allí, con Jesús, lo que Él mismo hizo allí por nosotros.

Pregunta 12 — ¿Cómo hacer la ronda en la Santificación?

Respuesta breve. Hacer la ronda en la Santificación es volver a recorrer los dones hechos a María y el Don manifestado por Luisa, para apropiárselos a su vez —no como un tercer ejercicio separado, sino como la culminación del mismo movimiento único ya iniciado en las dos rondas anteriores.

Desarrollo. Esta tercera ronda aplica al Fiat de la Santificación lo que VIII.10 y VIII.11 ya han establecido para los dos primeros Fiat. El mismo día 17 de mayo de 1925 ofrece su formulación más densa: después de haber vuelto a recorrer la Creación y la Redención, Jesús mismo explica a Luisa que otro llamamiento viene a completar los dos primeros —el de fundirse «en el orden de la gracia», en todo lo que el Espíritu Santo Santificador ha hecho y hará a quienes santifica. A diferencia de las dos primeras, esta tercera ronda nunca recibió una forma fija comparable al *Pío Peregrinaje* (VIII.10-11): Jesús la pide expresamente, pero Luisa solo la consigna en esta página de su diario, sin desarrollarla nunca en una recopilación estructurada —signo, quizá, de que la obra del Santificador, a diferencia de las del Creador y del Redentor, nunca termina y no se deja encerrar en etapas fijadas de antemano. Volver a recorrer la Santificación es volver a visitar cuanto la Cuarta parte ha mostrado de María, plenitud ininterrumpida del Don, y después cuanto las Partes Quinta, Sexta y Séptima han establecido acerca del tiempo del Don manifestado por Luisa y de la vida del alma que lo recibe. Las tres rondas así distinguidas (VIII.10-12) nunca son, por tanto, tres ejercicios que haya que multiplicar mecánicamente: forman un único movimiento del alma que, espectadora maravillada ante la inmensidad de este teatro, se convierte también, como mostrará VIII.14, en su narradora activa —la que vuelve a decir a la Trinidad misma, mediante su ronda, todo lo que este amor ha sabido y podido hacer por ella.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 17 de mayo de 1925 — tercer llamamiento, a continuación de las rondas en la Creación y la Redención (VIII.10-11):

«Hija mía, a lo que has dicho sobre el fundirte en mi Querer se le necesita dar otro nombre, cual es el de fundirte en el orden de la gracia, en todo lo que ha hecho y hará el Santificador a los santificantes, el Cual es el Espíritu Santo […]. Tú lo haces cuando viniendo ante la Suprema Majestad dices: 'Vengo a corresponder en amor a todo lo que hace el Santificador a los santificantes, vengo a entrar en el orden de la gracia para

poderos dar la gloria y la correspondencia del amor como si todos se hubiesen hecho santos, y a repararos por todas las oposiciones, las incorrespondencias a la gracia'. Y por cuanto está en ti, buscas en nuestra Voluntad los actos de la gracia del Espíritu Santificador, para hacer tuyo su dolor, sus gemidos secretos, sus suspiros angustiosos en el fondo de los corazones al verse tan mal acogido…»

« Figlia mia, a ciò che hai detto sul fonderti nel mio Volere ci vuole un altro appello, che è quello di fonderti nell'ordine della grazia, in tutto ciò che ha fatto e farà il Santificatore ai santificanti, qual è lo Spirito Santo […]. Tu lo fai quando venendo innanzi alla Maestà Suprema dici: "Vengo a ricambiare in amore tutto ciò che fa il Santificatore ai santificanti; vengo per entrare nell'ordine della grazia e per poterTi dare la gloria ed il ricambio dell'amore, come se tutti si fossero fatti santi ed a ripararti tutte le opposizioni, le incorrispondenze alla grazia." E per quanto è da te, cerchi nella nostra Volontà gli atti della grazia dello Spirito Santificatore, per fare tuo il suo dolore, i suoi gemiti segreti, i suoi sospiri angosciosi nel fondo dei cuori, nel vedersi sì male accolto… »

Jesús mismo precisa, algunos meses más tarde, lo que esta ronda tiene de propio: no recorre escenas acabadas, como las de la Creación o de la Redención, sino los sacramentos mismos, en los que el Espíritu continúa dándose y gimiendo por no ser recibido:

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

«Hija mía, con tu vuelo en mi Voluntad ponte en todos los Sacramentos instituidos por Mí, desciende en el fondo de ellos para darme tu pequeña correspondencia de amor. ¡Oh! Cuántas lágrimas mías secretas encontrarás en ellos, cuántos suspiros amargos, cuántos gemidos ahogados del Espíritu Santo, su gemido es continuo por las tantas desilusiones de nuestro amor.»

« Figlia mia, con il tuo volo nella mia Volontà giungi in tutti i sacramenti da Me istituiti, scendi nel fondo di essi per darmi il tuo piccolo ricambio d'amore. Oh! quante mie lacrime segrete troverai, quanti sospiri amari, quanti gemiti soffocati dello Spirito Santo, il suo gemito è continuo alle tanti disillusioni del nostro amore. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 22, 12 de junio de 1927:

«Y quien quiere conocer y recibir todas las relaciones y todos los vínculos de la santidad debe amar al Santificador; el Espíritu Santo pone en camino sus llamas hacia quien ama de verdad y lo vincula con las relaciones de su santidad; sin amor no hay santidad, porque los vínculos de la verdadera santidad ya están rotos.»

« E per chi vuole conoscere e ricevere tutti i rapporti e i vincoli della santità, deve amare il Santificatore, lo Spirito Santo mette in via le sue fiamme verso chi ama davvero e lo vincola coi rapporti della sua santità; senza amore non c'è santità, perché i vincoli della vera santità sono già spezzati. »

Articulación católica. El Catecismo enseña, a propósito de la ofrenda espiritual de los laicos —sus obras, sus oraciones, su vida familiar, incluso su descanso—, que «todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo» (CIC 901; cf. 1 P 2,5); las rondas encuentran en este sacerdocio bautismal ya recibido por todo fiel su fundamento más inmediato, del que constituyen el ejercicio consciente y voluntario. Pero, aplicadas a la obra de santificación, no se limitan a la ofrenda simbólica: como muestra el Desarrollo, el alma entra realmente en el orden de la gracia, hasta hacer suyo el dolor mismo del Santificador.

Fórmula para recordar. Las tres rondas no son tres caminos entre los que elegir: es un solo camino, recorrido tres veces bajo tres luces, que siempre vuelve a conducir a la misma

Voluntad única.

Pregunta 13 — ¿Qué significa que el alma pueda «dar Dios a Dios»?

Respuesta breve. Interrogado directamente sobre qué es la Divina Voluntad, Jesús responde primero con esta fórmula densa: «Voluntad Divina significa dar Dios a Dios». En un primer sentido, ya radical, lo muestran las tres rondas: recorriendo las obras de su Creador, el alma toma toda la Creación, como en su propio puño, y se la devuelve íntegra para su gloria —y puesto que esta Creación no es sino un desahogo de amor del Fiat creador, devolvérsela equivale, literalmente, a dar Dios a Dios. Pero Jesús va más lejos: explica que el amor mismo del alma, una vez purificado en el Fiat, es un «parto divino» que se eleva hasta Dios y encuentra allí a Dios mismo; y acoge sin corregirlas las palabras de Luisa cuando pide unirse al amor recíproco y a la gloria mutua de las tres Personas divinas. Nunca es por naturaleza —la criatura no entra en las procesiones eternas—, sino por la filiación que el Fiat le da en el Hijo, asociándola realmente a lo que el Hijo recibe y devuelve al Padre.

Desarrollo. Las preguntas precedentes han mostrado cómo el alma se apropia, mediante las rondas, de las obras de Dios en la Creación, la Redención y la Santificación (VIII.10-12). Un texto posterior revela lo que este movimiento realiza en su última profundidad, más allá incluso de la apropiación y del recuerdo.

Un día en que Luisa hace, según su costumbre, su giro en la Creación, Jesús le explica qué significa este gesto: «cuando la criatura recorre las obras de su Creador, significa que quiere reconocer, apreciar, amar lo que Dios ha hecho por amor suyo; y no teniendo qué dar como correspondencia, mientras recorre sus obras toma toda la Creación como en su propio puño y la da nuevamente a Dios, íntegra y bella, para su gloria y honor». Nunca es, por tanto, un ejercicio de memoria piadosa: es un acto real de restitución, en el que la criatura devuelve a Dios lo que, sin ella, permanecería como en suspenso —el reconocimiento que estas obras esperan de quien puede ofrecérselo.

Jesús extrae entonces de este gesto su consecuencia más audaz. Puesto que la Creación no es otra cosa que un desahogo de amor del Fiat creador, todo lo que contiene es todavía, de cierta manera, Dios mismo dado hacia fuera; y el alma que la devuelve íntegra a su Creador no le devuelve, por tanto, un bien extraño a Él, sino su propio don, cerrado de nuevo sobre su fuente. Por eso, concluye Jesús, «el Todo en la pequeñez humana es la maravilla de las maravillas […] y por eso la pequeñez humana puede decir: “Doy Dios a Dios”». Esta misma expresión la emplea Jesús en otro lugar como primera respuesta a la pregunta más directa que se le pueda formular —¿qué es la Divina Voluntad?—, signo de que esta fórmula no es una imagen entre otras, sino uno de los nombres más densos de lo que esta obra procura dar a conocer desde su Introducción (VI.1).

Esta misma entrada, ya citada en VI.1, no se detiene ahí. Dar Dios a Dios, precisa Jesús, es «elevarse en el Eterno y tomar como en un puño la eternidad», hasta poder decir a Dios: «Desde la eternidad yo te amaba […] y yo en [tu Voluntad] te amaba con amor sin principio y sin fin». Dos días más tarde, en un nuevo éxtasis, Luisa va aún más lejos en su oración, sin que Jesús la reprenda: pide unirse a Él «cuando Tú, Verbo del Padre, desde la eternidad obrabas junto con Él con sus mismas obras, amabas con amor recíproco y con perfecta igualdad», y glorificar a las tres Personas divinas «con la misma gloria con la que se glorificaban Ustedes mismos, entre la Tres Divinas Personas». Jesús responde confirmando, no corrigiendo: «Mi Voluntad no es menos potente en el alma donde reina con la plenitud de su dominio, que lo que es en su seno de la Tres Divinas Personas […]. Por eso, donde Ella

reina se deleita en ponerla a la par con Nosotros».

Un texto aún posterior ofrece el mecanismo más desnudo. A la pregunta de qué da realmente a Dios el «te amo» del alma, Jesús responde que el amor puro, santo y recto es él mismo «un parto divino»: sale de Dios y tiene después la virtud de elevarse y entrar en Dios, llevando en sí las mismas cualidades de las que ha nacido. Así, en el más pequeño «te amo» de la criatura, Dios no encuentra nada extraño a Él: se encuentra a Sí mismo, «como parto suyo» —lo que permite a Jesús concluir: «He aquí qué cosa me das con tus tantos "te amo": me das tantas veces a Mí mismo».

Un texto anterior da a este misterio su imagen más concreta, casi palpable. Un día en que Luisa duda de la utilidad de orar así —preguntándose si no son «desatinos en vez de oraciones»—, Jesús responde revelando lo que esta oración produce realmente. Si la voluntad humana quiere amar o adorar en la Divina Voluntad, dice, actúa como una piedrecita arrojada en el mar inmenso de uno de sus atributos: el mar se agita, se encrespa, y la onda así provocada hace subir hasta Él el perfume mismo de ese atributo —su amor, su santidad. Jesús prolonga entonces esta imagen mediante una parábola entera: se compara con el dueño de una casa riquísima, donde ya se encuentran todas las fuentes posibles —fresquísimas, perfumadas, calientes—, y donde el visitante, no sabiendo qué dar a quien ya lo posee todo, toma sin embargo una piedrecita y la arroja en la fuente fresca; las aguas agitadas exhalan entonces una frescura más intensa, y el dueño de la casa saborea el placer de sus propios bienes, no porque los reciba por primera vez, sino porque el gesto del visitante los ha hecho resplandecer más. «Esto es lo que significa entrar en mi Voluntad —concluye Jesús—: agitar, remover mi Ser». Nada se añade, por tanto, a este mar sin orillas; pero lo que ya contenía queda agitado, reavivado, como ofrecido una segunda vez —quizá la más concreta de todas las imágenes de lo que significa dar Dios a Dios.

Este don devuelto no añade, pues, nada a Dios, que nada necesita: cierra de nuevo, en el tiempo, lo que en Dios se da desde toda la eternidad. Y si Jesús deja que Luisa emplee, para expresarlo, el lenguaje mismo de la vida trinitaria —amor recíproco, gloria mutua, igualdad—, es con una sola condición: la criatura nunca entra, por naturaleza, en las procesiones eternas que constituyen a las propias Personas divinas —engendrar al Hijo y espirar al Espíritu no pertenecen a ninguna criatura. Pero, por el Fiat, es realmente incorporada al Hijo, hecha partícipe, como hija adoptiva y no por naturaleza, de lo que el Hijo recibe eternamente del Padre y le devuelve. Esto es lo que la Pregunta siguiente nombrará a su vez bajo otro aspecto, el de la narración: devolver a Dios sus obras es ya devolverle su gloria (VIII.14).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 27, 23 de septiembre de 1929:

> «Hija mía, cuando la criatura recorre las obras de su Creador, significa que quiere reconocer, apreciar, amar, lo que Dios ha hecho por amor suyo, y no teniendo qué dar como correspondencia, mientras recorre sus obras toma toda la Creación como en su propio puño, y la da nuevamente a Dios, íntegra y bella para su gloria y honor diciéndole: "Te reconozco, te glorifico por medio de tus mismas obras, pues sólo ellas son dignas de Ti". Ahora, es tal y tanta nuestra complacencia al vernos reconocidos por la criatura en nuestras obras, que nos sentimos como si la Creación se repitiese de nuevo para darnos doble gloria […]. La criatura con reconocer nuestro don encierra en el cielo de su alma el Todo, y Nosotros vemos en la pequeñez de ella a nuestro Ser Divino con todas nuestras obras […]. Que el Todo de nuestro Ser Supremo sea el Todo, no es para maravillarse, porque tal es nuestra naturaleza divina: "Ser Todo". Pero el Todo en la pequeñez humana es la maravilla de las maravillas […] y por eso la pequeñez humana puede decir: "Doy Dios a Dios".»

« Figlia mia, quando la creatura percorre le opere del suo Creatore, significa che vuole riconoscere, apprezzare, amare ciò che Dio ha fatto per amor suo e non avendo niente da dare per contraccambio, mentre percorre le sue opere, prende tutta la Creazione come nel suo proprio pugno e la ridà a Dio, integra e bella per sua gloria ed onore e Gli dice: Ti riconosco, Ti glorifico per mezzo delle tue stesse opere che sono solo degne di Te. Ora è tale e tanto il nostro compiacimento nel vederci riconosciuti dalla creatura nelle opere nostre, che ci sentiamo come se la Creazione si ripetesse di nuovo per darci doppia gloria […]. La creatura, col riconoscere il nostro dono, racchiude nel Cielo dell'anima sua il Tutto e noi vediamo nella piccolezza di essa il nostro Essere Divino, con tutte le nostre opere […]. Che il Tutto del nostro Essere Supremo sia il Tutto, non è da meravigliarsi, perché tale è la natura nostra divina: essere tutto; ma il Tutto nella piccolezza umana è la meraviglia delle meraviglie […] e perciò la piccolezza umana può dire: do Dio a Dio. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 22 de mayo de 1927 — sobre el significado de la Divina Voluntad:

«Hija mía, Voluntad Divina significa: dar Dios a Dios, desahogo divino y transformación de naturaleza humana en Divina, comunicación de virtud creadora, abrazar el infinito, elevarse en el Eterno y tomar como en un puño la eternidad para decir a Dios: "Desde la eternidad yo te amaba, tu Voluntad no tiene principio, es eterna Contigo, y yo en Ella te amaba con amor sin principio y sin fin". ¿Qué cosa es mi Voluntad? Es todo.»

« Figlia mia, Volontà Divina significa dare Dio a Dio, sbocco divino e trasformazione di natura umana in Divina, comunicazione di virtù creatrice, abbracciare l'infinito, elevarsi nell'Eterno e prendere come in pugno l'eternità, per dire a Dio: "fin dall'eternità io ti amavo, la tua Volontà non ha principio, è eterna con Te ed io in Essa ti amavo con amore senza principio e senza fine. Che cosa è la mia Volontà? E' tutto." »

Dos días más tarde, el 24 de mayo de 1927 —Luisa pide unirse al amor recíproco de las Personas divinas, y Jesús le responde sin reprenderla:

«… quiero unirme contigo cuando Tú, Verbo del Padre, desde la eternidad obrabas junto con Él con sus mismas obras, amabas con amor recíproco y con perfecta igualdad, y quiero glorificaros con aquella misma gloria con la que os glorificasteis vosotros mismos entre las tres Divinas Personas. […] Hija mía […] mi Voluntad no es menos potente en el alma donde reina con la plenitud de su dominio que en el seno de las Tres Divinas Personas […]. Por eso, donde Ella reina se complace en ponerla a la par con Nosotros, tanto más cuanto sabe que esta es nuestra Voluntad: querer a la criatura semejante a nuestra imagen.»

« … voglio unirmi con Te quando Tu, Verbo del Padre fin dall'eternità operavi insieme con Lui con le stesse sue opere, amavi con amore reciproco e con perfetta eguaglianza e voglio glorificarvi con quella stessa gloria con cui vi glorificaste Voi stessi, tra le tre Divine Persone. […] Figlia mia […] La mia Volontà non è meno potente nell'anima dove regna con la pienezza del suo dominio, di quello che è nel seno delle Tre Divine Persone […] E perciò dov'Essa regna si diletta di metterla alla pari con Noi, molto più che sa che quella è la nostra Volontà, di volere la creatura simile alla nostra immagine. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 26 de abril de 1928 — sobre lo que el «te amo» del alma da realmente a Dios:

«Hija mía, el puro, santo y recto amor es parto divino, sale de Dios y tiene la virtud de elevarse y entrar en Dios, para multiplicar sus partos y llevar a Dios mismo a cada criatura que suspira por amarlo […]. Aquel pequeño "te amo" tiene un prodigioso

secreto, el que en su pequeñez encierra el infinito, lo inmenso, la potencia, tanto que puede decir: "Doy Dios a Dios". Y el Ser infinito siente darse en aquel pequeño "te amo" de la criatura todas sus cualidades divinas, porque como parto suyo, se encuentra a todo Sí mismo. He aquí qué cosa me das con tus tantos "te amo", me das tantas veces a Mí mismo.»

« Figlia mia, il puro, santo, retto amore è parto Divino, esce da Dio e ha virtù di salire ed entrare in Dio, per moltiplicare i suoi parti e portare Dio stesso a ciascuna creatura che sospira d'amarlo […]. quel piccolo "ti amo" ha un prodigioso segreto, nella sua piccolezza racchiude l'infinito, l'immenso, la potenza, tanto che può dire: do Dio a Dio e l'Essere infinito si sente sfiorare in quel piccolo "ti amo" della creatura tutte le sue qualità Divine, perché, come parto suo, trova tutto se stesso. Ecco che cosa mi dai con tanti tuoi "ti amo", mi dai tante volte me stesso. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 1 de julio de 1923:

«Hija mía, ¿quieres saber de qué sirve y cuál es el efecto de ello? La criatura que viene a arrojar en el mar inmenso de mi Divinidad la piedrita de su voluntad, en cuanto la arroja, si su voluntad quiere amar, el mar infinito de las aguas de mi amor se encrespa, se agita, y Yo siento las olas de mi amor que exhalan su celestial perfume, y Yo siento el placer, las alegrías de mi amor agitadas por la piedrita de la voluntad de la criatura; si adora mi santidad, la piedrita de la voluntad humana agita el mar de mi santidad, y Yo me siento recrear por las auras purísimas de mi santidad; en suma, cualquier cosa que quiere hacer la voluntad humana en la mía, como piedrita se arroja en el mar de cada uno de mis atributos, y agitándolos y encrespándolos, Yo siento darme mis mismas cosas y los honores, la gloria, el amor que en modo divino puede darme la criatura. Sucede como a una persona que siendo muy rica tiene todos los bienes en su casa, fuentes fresquísimas, fuentes perfumadas, fuentes calientes, y una persona que entra en esta casa no tiene qué darle, porque aquélla posee todo, pero quiere agradarla, quiere amarla, entonces, ¿qué hace? Toma una piedrita y la arroja en la fuente fresca, las aguas agitadas exhalan una delicadísima frescura, y el señor de esa casa goza el placer de la frescura de su fuente, goza de sus mismos bienes que posee, ¿pero por qué? Porque aquella otra persona ha tenido el pensamiento de agitar esa fuente, porque las cosas agitadas exhalan más intenso el perfume, la frescura o el calor que contienen. Esto es lo que significa entrar en mi Voluntad, agitar, remover mi Ser y decirme: "Mira cómo eres bueno, amable, amante, santo, inmenso, potente, eres el Todo, y yo quiero moverte todo para amarte y darte placer". ¿Y a ti te parece poco?»

« Figlia mia, vuoi sapere a che giova e quale ne è l'effetto? La creatura che viene a gettare nel mare immenso della mia Divinità la pietruzza della sua volontà, come la getta, se la sua volontà vuole amare, il mare infinito delle acque del mio amore s'increspa, si agita ed Io sento le onde del mio amore che esalano il loro celeste profumo e sento il piacere, le gioie del mio amore agitate dalla pietruzza della volontà della creatura. Se adora la mia santità, la pietruzza della volontà umana agita il mare della mia santità ed Io sento ricrearmi dalle aure purissime della mia santità, insomma, quando la volontà umana vuol operare nella mia, come pietruzza si getta in ciascun mare dei miei attributi agitandoli ed increspandoli, Io sento darmi le stesse cose mie e gli onori, la gloria, l'amore che in modo divino può darmi la creatura. Succede come ad una persona che essendo molto ricca contiene tutti i beni in casa sua, fonti freschissime, fonti profumate, fonti calde; ed una persona che entra in questa casa non sa cosa darle, perché quella possiede tutto, ma vuole comunque farle piacere, vuole amarla, quindi che fa? Prende una pietruzza e la getta nella fonte fresca, le acque agitate esalano una delicatissima freschezza ed il signore di quella casa gode il piacere della freschezza della sua fonte,

gode dei suoi stessi beni che possiede, ma perché? Perché quella persona si è preso il pensiero di agitare quella fonte, perché le cose quando sono agitate esalano più intenso il profumo, la freschezza o il calore che contengono. Ecco che significa entrare nella mia Volontà, agitare, smuovere il mio Essere e dirmi: "Vedi quanto sei buono, amabile, amante, santo, immenso, potente, sei il Tutto ed io voglio muoverti tutto per amarti e darti piacere." Ed a te par poco? »

Articulación católica. Nada en esta fórmula sugiere que la criatura añada algo a un Dios que, por naturaleza, nada necesita ni recibe nada que lo acreciente (CIC 300; cf. Hch 17,25). Lo que este texto llama «dar Dios a Dios» pertenece al mismo movimiento que la doxología cristiana más común: «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria» —ofrenda en la que el fiel nunca presenta al Padre otra cosa que al mismo Hijo ya recibido de Él. San Pablo ofrece su principio más desnudo: «¿Tienes algo que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?» (1 Co 4,7): la criatura nunca devuelve a Dios sino un don que ya era suyo.

Que este don pueda llegar hasta unir al alma con el amor recíproco de las mismas Personas divinas no carece de precedentes en la tradición mística más segura. Al describir el grado más alto de la unión transformante, san Juan de la Cruz habla de «una aspiración que Dios hace al alma», en la que «la aspira el Espíritu Santo» y «la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo», llenándola de bien y de gloria (*Llama de amor viva*, cuarta estrofa, primera redacción, §17). Lo que Jesús revela aquí a Luisa con un lenguaje más directo —la Voluntad «no menos potente en el alma que en el seno de las Tres Personas divinas»—, la teología mística carmelitana ya lo había reconocido posible, sin ver jamás en ello una confusión de las naturalezas: no se trata de entrar en las procesiones eternas, que no conocen otro Hijo que el Hijo único ni otro Espíritu que el que procede del Padre y del Hijo, sino de llegar a ser, por gracia de adopción en el Hijo encarnado, «partícipes de la naturaleza divina» (2 P 1,4). Jesús mismo ruega: «para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17,21) —no por naturaleza, sino por esta misma incorporación filial que el Fiat, según Luisa, lleva a su cumplimiento más radical.

Fórmula para recordar. Nada se añade a Dios cuando el alma le devuelve, mediante sus rondas, toda la Creación: pero lo que le devuelve es ya Dios mismo, dado hacia fuera —hasta ese amor que, purificado en el Fiat, se eleva hasta Dios, encuentra allí a Dios, y al que Jesús puede llamar, sin corregirse, igual al suyo: no por naturaleza, que ninguna criatura comparte, sino por esa filiación en el Hijo que hace real lo que la más pequeña de las criaturas puede decir: doy Dios a Dios.

Pregunta 14 — ¿Cómo se convierte el alma en narradora de las obras de Dios y le devuelve toda la gloria que contienen?

Respuesta breve. Quien vive en la Divina Voluntad y sigue sus actos se convierte en el narrador de todas las obras de Dios: al volver a recorrer, por ejemplo, la historia del sol que Dios creó, el alma se hace narradora de su luz, y Dios, al oír que ella le cuenta su propia obra, siente que se le devuelve toda la gloria de esa luz —convirtiéndose así la criatura, para cada cosa creada, en el eco que devuelve a su Creador la gloria que esa cosa no tiene voz para devolverle por sí misma.

Desarrollo. Las rondas (VIII.10-12) han mostrado cómo el alma se apropia, gesto tras gesto, de las mismas obras de Dios; la pregunta anterior ha nombrado su cumbre —dar Dios a Dios (VIII.13). Queda por nombrar el mecanismo concreto mediante el cual este don se realiza

en cada acto: ¿cómo este mismo recorrido de las obras divinas devuelve a Dios, literalmente, su propia gloria?

Jesús revela a Luisa una función central para comprender todo el alcance de las rondas: «quien vive en mi Divina Voluntad y sigue sus actos, es la narradora de todas nuestras obras». Así, explica, cuando el alma gira en torno al sol para repetir con la Divina Voluntad lo que Dios hizo al crearlo, se convierte en la narradora de la historia de su luz —y el Ser Supremo, al oír que ella le cuenta toda la historia del sol, cuanto encierra y el bien que produce, «siente darse toda la gloria de su luz». Como la luz del sol invade todas las cosas y llena el aire, así el eco de esta alma se deja oír, cercano y lejano, en lo bajo como en las alturas de los Cielos.

Esta imagen del eco y de la narración dice algo muy preciso sobre la naturaleza de la gloria que Dios espera de su Creación: las cosas creadas, por bellas que sean, no tienen voz propia para volver a decir a Dios la gloria que contienen —el sol brilla, pero no cuenta su propia historia; el mar murmura, pero no dice por sí mismo su gloria al Creador. Es el alma que vive en el Fiat la que presta su voz a toda la Creación para devolverle, en su nombre, esta gloria muda: narradora de la inmensidad del cielo, narradora de la historia del mar, narradora de la tierra florida y de cada flor que eleva su perfume, narradora, finalmente, del viento, del aire y del pajarillo que canta. Ofrecer a Dios la gloria de todos los actos creados consiste, por tanto, en asumir conscientemente esta función de narrador universal, volviendo a decir a Dios, acto tras acto y criatura tras criatura, la belleza de cuanto ha hecho —no mediante un ejercicio de imaginación piadosa, sino porque Dios mismo espera y recibe realmente, a través de esta narración, la gloria de sus propias obras.

Un texto anterior, en el que Jesús confía a Luisa toda la historia de la Creación antes que la de la Redención, ilumina por qué esta función no tiene nada de accesorio: «todos están a la expectativa de la narración del gran poema de la Divina Voluntad», dice, porque la Creación, primer acto exterior de su Fiat, contiene ya el principio de su historia; y un bien que permanece desconocido, precisa, no lleva en sí ni vida ni los bienes que posee. La Divina Voluntad permanece así, según sus propias palabras, «como estéril en medio a las criaturas» mientras no es conocida —no por una carencia en Ella misma, sino por faltar la voz que la haría pasar de riqueza escondida a fecundidad recibida.

Un texto posterior retoma esta misma espera bajo una imagen todavía más íntima. Luisa cuenta haber visto, al volver a recorrer la Creación, que cada cosa creada parecía tener que decirle «su pequeña historia» sobre el Fiat que le había dado vida y que, al salir a la luz del día, debía narrarla para dar a conocer lo que sabía de la Divina Voluntad. Jesús confirma esta intuición con una imagen materna: todas las cosas creadas están como otros tantos hijos que quieren contar la historia de su Madre, porque, sintiendo su Vida en ellas, experimentan la necesidad de decir quién es Ella, cuán buena y bella es, y cuán felices son ellas mismas por haber nacido de tal Madre. Narrar no consiste, por tanto, en proyectar sobre una Creación indiferente un ejercicio extraño a ella: es colmar un deseo ya inscrito en las propias cosas.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 12 de mayo de 1929:

> «Hija mía, quien vive en mi Divina Voluntad y sigue sus actos, es la narradora de todas nuestras obras. Así que conforme tú giras en el sol para repetir junto con mi Voluntad lo que hice al crear al sol, nos haces la narración de la historia de su luz, y el Ente Supremo al oír repetir por ti toda la historia del sol, lo que encierra, el bien que hace, siente darse toda la gloria de su luz, y como la luz brilla sobre todas las cosas, inviste todo, llena el aire, así oye tu eco cercano y lejano, en lo bajo y en la altura de los cielos, y susurrando a nuestro oído nos haces la narración de la luz, y nos glorifica tanto, que

nos das un sol de gloria.»

« Figlia mia, chi vive nella mia Divina Volontà e segue gli atti suoi è il narratore di tutte le opere nostre. Sicché come tu giri nel Sole, per ripetere insieme con la mia Volontà ciò che feci nel creare il Sole, diventi la narratrice della storia della sua luce e l'Ente Supremo, nel sentirsi ripetere da te tutta la storia del Sole, ciò che racchiude, il bene che fa, si sente ridare tutta la gloria della sua luce e, come la luce brilla sopra tutte le cose, investe tutto, riempie l'aria, così si sente il tuo eco, vicino e lontano, nel basso e nell'altezza dei Cieli e, sussurrando al nostro orecchio, sei la narratrice della luce e ci glorifichi tanto che ci dai un Sole di gloria. »

Un texto posterior aplica esta misma espera a cada cosa creada, mediante una imagen materna. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 27, 16 de enero de 1930:

«Ahora, como tú ves todo es obra de nuestro Fiat Divino, y por eso todas las cosas creadas están como tantos hijos que quieren decir la historia de su Mamá, porque sintiendo su Vida en ellas, y conociendo el origen de donde vienen, sienten la necesidad de decir cada una de ellas quién es su Mamá, cuán buena es, cómo es bella y cómo ellas son felices y bellas porque han sido dadas a luz por una Madre como Ella. ¡Oh! si las criaturas poseyeran como vida a mi Divina Voluntad, conocerían tantas bellas cosas de Ella, y conocerla y no hablar de Ella les resultaría imposible, así que no harían otra cosa que hablar de Ella, amarla, y exponer su vida para no perderla.»

« Ora come tu vedi, tutto è opera del nostro Fiat Divino e perciò tutte le cose create stanno come tanti figli che vogliono dire la storia della loro mamma, perché sentendo la Sua vita in essi e conoscendo l'origine donde vengono, sentono tutte il bisogno di dire chi è la propria Mamma, quanto è buona, com'è bella e come loro sono felici e belli perché partoriti da una tale Madre. Oh se le creature possedessero come vita la mia Divina Volontà! Conoscerebbero tante belle cose di Essa e siccome conoscerla e non parlarne sarebbe impossibile, quindi non farebbero altro che parlare di Essa, amarla e mettere la vita per non perderla. »

Un texto más tardío remonta hasta la fuente misma de esta función: Jesús, Verbo del Padre, se designa en él como el primer narrador —y precisa, en la misma frase, que esta narración nunca queda reservada únicamente a la Creación: se extiende igualmente a su propia Redención, enlazando así con lo que VIII.11 ya ha llamado la ronda en la Redención. Narrar no consiste, por tanto, solamente en prestar la propia voz a lo que no la tiene: es también volver a contar, como lo hace el mismo Jesús, la historia de la salvación. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 16 de enero de 1938:

«Hija de mi Querer, tú debes saber que solamente tu Jesús conoce todos los secretos de mi Fiat, porque siendo Yo el Verbo del Padre me glorío de hacerme narrador de lo que ha hecho por la criatura. Ahora, por esto te digo que su amor es exuberante: En cada cosa que hacía te llamaba, tanto en las obras de la Creación como en las obras de mi Redención…»

« Figlia del mio Volere, tu devi sapere che solo il tuo Gesù conosce tutti i segreti del mio Fiat, perché essendo Io il Verbo del Padre, mi glorio di farmi narratore di ciò che ha fatto per la creatura. Perciò il suo Amore è esuberante; in ogni cosa che faceva ti chiamava, tanto nelle opere della Creazione, quanto nelle opere della mia Redenzione… »

Articulación católica. Los salmos asignan precisamente esta función de narración a la criatura razonable en nombre de toda la Creación muda: «El cielo proclama la gloria de Dios» (Sal 19,2), pero es el hombre, hecho a su imagen, quien presta su voz para decir explícitamente esta gloria que el cielo solo «proclama» silenciosamente. El Catecismo

recuerda que, de todas las criaturas visibles, solo el hombre es «capaz de conocer y amar a su Creador» (CIC 356) y que está llamado a ofrecerle «una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar» (CIC 357) —incluido, como explicita el texto de Luisa, el convertirse en la voz consciente de una Creación que, sin él, permanecería muda ante su Creador.

Otros salmos retoman el mismo movimiento extendiéndolo a toda la Creación visible: «Alabadlo, sol y luna; alabadlo, estrellas lucientes» (Sal 148,3), y hasta a los elementos más indómitos —«aplaudan los ríos, aclamen los montes» (Sal 98 [97],8). El cántico de los tres jóvenes en el horno lleva esta invitación hasta su término más sistemático, llamando sucesivamente a los ángeles, los cielos, los astros, las estaciones, la tierra, los mares y los seres vivientes a «bendecir al Señor», cada uno por su nombre (Dn 3,57-81) —como si ninguna obra creada pudiera permanecer sin voz ante Aquel que la hizo. El mismo Jesús lleva esta lógica hasta su límite: si sus discípulos callasen, advierte a quienes le piden que los haga callar, «gritarán las piedras» (Lc 19,40) —signo de que el silencio de la criatura razonable nunca dejaría silenciosa a la Creación misma, sino que solo haría pasar a una voz más humilde el deber de alabanza que ella no hubiera sabido llevar. El *Libro de Cielo* no hace así sino nombrar, con un realismo todavía más concreto, un movimiento ya inscrito en toda la Escritura: la Creación entera requiere una voz, y esta voz le es debida por la criatura capaz de prestársela.

Lo que Jesús dice aquí de Sí mismo encuentra su fuente en la palabra más densa de todo el prólogo joánico: «A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,18) —verbo que la Vulgata traduce por *enarravit*, literalmente «lo narró, lo contó detalladamente»: el Verbo es, desde toda la eternidad, el narrador del Padre. Lo que el *Libro de Cielo* pide al alma nunca es, por tanto, una función extraña a lo que realiza el mismo Hijo: es una participación, en el orden de la gracia, en esta misma narración eterna mediante la cual el Hijo dice al Padre.

Fórmula para recordar. El sol brilla, el mar murmura, pero ni uno ni otro sabe decir su propia gloria a Dios: es el alma que vive en el Fiat la que presta su voz a toda la Creación silenciosa —retomando, a su medida, la función misma del Verbo que narra eternamente al Padre.

Pregunta 15 — ¿Cómo reparar por todos y ofrecer el tesoro de los actos de Jesús en beneficio de cada uno en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Reparar por todos en la Divina Voluntad es extraer del tesoro infinito de los actos de Jesús para devolver a Dios, en nombre de toda criatura que falta a este deber, el honor, el amor y la gratitud que le son debidos. Este mismo tesoro, ofrecido después en beneficio de un alma determinada, produce según su estado frutos distintos: aumento de gloria accidental para el bienaventurado ya fijado en su gloria esencial, socorro y alivio para el alma del purgatorio, gracia de luz y llamada a la conversión para el pecador.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado cómo el alma se apropia, mediante las rondas, de las obras mismas de Dios (VIII.10-12), hasta convertirse en su narradora, que vuelve a decir a Dios la gloria de sus propias obras (VIII.14). Sin embargo, este tesoro común, una vez recibido y vuelto a decir, nunca permanece cerrado sobre quien lo lleva: puede y debe ser devuelto a Dios mismo por lo que le falta y, después, ofrecido en favor de otros, en un doble gesto de reparación y de intercesión que anticipa ya lo que la Décima parte desarrollará plenamente a propósito de la Pasión.

El *Libro de Cielo* designa primero esta reparación mediante la imagen del «vacío» que

espera ser colmado —unas veces en la propia Divina Voluntad, por falta de una cooperación humana suficiente; otras, en torno al trono de Dios, por falta de los homenajes que le son debidos. Jesús revela a Luisa que corresponde a quien vive en el Fiat venir a suplir lo que otros, por negligencia o infidelidad, dejan incumplido; un texto más antiguo precisa su modo más concreto: honrándolo cuando otros lo desprecian, amándolo cuando otros no lo aman y agradeciéndole cuando otros son ingratos, el alma hace «renacer» en este vacío los homenajes que faltan a Dios —esto es, propiamente hablando, reparar por todos: no añadir un mérito personal, sino restituir a Dios, en nombre de quienquiera que falte a ello, lo que le es debido.

Sin embargo, este mismo tesoro conoce una segunda aplicación, distinta aunque cercana: ofrecido ya no directamente a Dios, sino en beneficio de un alma determinada, produce un fruto diferente según el estado de esta. Luisa cuenta así haber ofrecido su comunión, un día de fiesta, «para la gloria accidental» de san Luis Gonzaga —expresión técnica de la teología clásica, que distingue la gloria esencial del bienaventurado, fijada ya para siempre por la visión de Dios, y su gloria accidental, aquella que los méritos y las oraciones de los vivos pueden todavía acrecentar. Junto con su comunión, Luisa ofreció también todo lo que Jesús había realizado en su Divina Voluntad —su pensamiento, sus palabras, sus obras y sus pasos— como regalo al santo en el día de su fiesta; Jesús confirma el alcance real de este gesto: sus actos, así ofrecidos, «se formaban tantos soles» que invistieron a san Luis de una gloria accidental tal que ya no podía recibir más. Tres años antes, en la misma fiesta, Luisa había realizado el mismo gesto; Jesús añadía entonces una imagen complementaria sobre el origen mismo de la santidad de san Luis: «una flor brotada de [su] Humanidad», plantada no fuera de Él, sino en el interior de un Sol inmenso que lleva en su propio pecho —permaneciendo siempre la santidad de los santos, cualquiera que sea, enraizada en esta misma Humanidad.

Este tesoro común, dejado por Jesús en suspenso (VI.14), se presta así a la ofrenda libre según el orden mismo que Dios ha querido para cada estado: a Él mismo en primer lugar, como reparación por lo que le falta; a los santos ya fijados en su gloria esencial, como aumento de gloria accidental —la única que todavía pueden recibir, como muestra el ejemplo de san Luis Gonzaga—; a las almas del purgatorio, como ayuda y alivio; a los pecadores más alejados, no como un efecto recibido contra su voluntad, sino como reparación ofrecida por ellos y como gracia de luz que solicita, sin forzarla jamás, su propia conversión.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 6, 22 de diciembre de 1903, sobre el vacío «en torno al trono»:

> «Hija mía, en torno a mi trono hay un vacío, y este vacío debe ser llenado por la gloria que me debe la Creación; por eso, quien me ve despreciado por las otras criaturas y me honra, no sólo por sí, sino por los demás, hace renacer los honores en este vacío; cuando no me ve amado y me ama, me hace renacer el amor…»
>
> *« Figlia mia, intorno al mio trono c'è un vuoto e questo vuoto dev'essere riempito dalla gloria che mi deve la Creazione; onde, chi mi vede disprezzato dalle altre creature e mi onora, non solo per sé, ma per gli altri, fa rinascere gli onori in questo vuoto; quando non mi vede amato e mi ama, mi fa rinascere l'amore… »*

Un texto anterior nombra la otra vertiente del mismo vacío, la del obrar humano en el propio Divino. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 2 de abril de 1923:

> «Hija mía, en mi Voluntad está el vacío del obrar humano en el Divino, y este vacío debe ser llenado por quien vive en mi Querer; cuanto más atenta estés a vivir en mi Querer y a darlo a conocer a los demás, tanto más pronto se llenará este vacío […] pero siempre es una voluntad humana la que debe venir a la mía para llenar todo lo que

los demás no hacen…»

« Figlia mia, nella mia Volontà c'è il vuoto dell'operato umano nel Divino e questo vuoto dev'essere riempito da chi vive nel mio Volere, quanto più starai attenta a vivere nel mio Volere e a farlo conoscere agli altri, tanto più subito sarà riempito questo vuoto […] ma è sempre una volontà umana che deve venire nella mia a riempire tutto ciò che gli altri non fanno… »

Un tercer texto aplica este mismo tesoro a un alma ya bienaventurada, cuya gloria accidental acrecienta. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 26, 27 de junio de 1929, sobre la gloria accidental ofrecida a san Luis Gonzaga:

«Hija mía, regalo más bello no podías hacerle en el día de la fiesta del querido San Luis, conforme tú ofrecías tu comunión y todos mis actos hechos en mi Divina Voluntad, se formaban tantos soles por cuantos actos hice Yo en Ella estando sobre la tierra… y estos soles han investido a San Luis, de modo que ha recibido tal gloria accidental de la tierra, que más no podía recibir. El solo ofrecimiento de los actos hechos en mi Divina Voluntad, tiene virtud de formar soles, porque conteniendo Ella la plenitud de la luz, no es maravilla que convierta los actos humanos hechos en Ella en soles.»

« Figlia mia, regalo più bello non potevi fare nel giorno della festa del caro San Luigi, come tu offrivi la tua Comunione e tutti gli atti miei fatti nella mia Divina Volontà, si formavano tanti soli per quanti atti io feci in Essa, stando sulla terra… e questi soli hanno investito San Luigi, in modo che ha ricevuto tal gloria accidentale dalla terra, che più non poteva riceverne. Le sole offerte degli atti fatti nella mia Divina Volontà hanno virtù di diventare Soli, perché contenendo pienezza di luce, non è meraviglia che converta gli atti umani fatti in Essa in Soli. »

Tres años antes, el mismo día de fiesta, vol. 19, 21 de junio de 1926:

«Hija mía, Luis es una flor y un santo brotado de la tierra de mi Humanidad y abrillantado a los reflejos de los rayos del Sol de mi Voluntad, porque mi Humanidad, si bien santa, pura, noble y unida hipostáticamente al Verbo, pero era tierra, y Luis, más que flor brotó de mi Humanidad puro, santo, noble, poseyendo la raíz del puro amor, de modo que se puede ver escrito en cada hoja de su flor, 'Amor'; pero lo que lo vuelve más bello y deslumbrante son los rayos de mi Querer, a los cuales estaba siempre expuesto, estos rayos daban tanto desarrollo a esta flor, de volverla singular en la tierra y en el Cielo.»

« Figlia mia, Luigi è un fiore ed un santo sbocciato dalla terra della mia Umanità e brillantato ai riverberi dei raggi del Sole della mia Volontà; perché la mia Umanità, sebbene santa, pura, nobile e unita ipostaticamente al Verbo, era terra e Luigi, più che fiore sbocciò dalla mia Umanità puro, santo, nobile, possedendo la radice del puro amore, in modo che si può vedere scritto in ogni foglia del suo fiore "amore"; ma quello che lo rende più bello e smagliante sono i raggi del mio Volere, ai quali era sempre sottoposto, i quali raggi fecero tanto sviluppare questo fiore, da renderlo singolare in terra ed in Cielo. »

Articulación católica. La doctrina de la comunión de los santos enseña que la Iglesia reúne en una sola comunión a quienes «peregrinan en la tierra», a quienes, «ya difuntos, se purifican», y a quienes «están glorificados» (CIC 954, citando LG 49), de modo que «la unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales» (CIC 955, citando LG 49). San Pablo describe precisamente el mecanismo de esta reparación vicaria: «Ahora me alegro de

mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24), ya citado en VI.16 y VIII.8 —versículo que encuentra aquí su aplicación más explícita, tanto cuando se dirige a Dios en nombre de todos como cuando se personaliza en beneficio de un alma determinada.

Fórmula para recordar. Reparar por todos es, ante todo, devolver a Dios lo que toda criatura le debe y no le devuelve; es también, según el estado de cada uno, extraer del tesoro ya infinito de los actos de Jesús para ofrecerlo libremente a quien se quiera —al bienaventurado, al alma del purgatorio o al pecador.

Pregunta 16 — ¿Cómo unen vitalmente los actos hechos en la Divina Voluntad al alma con todo el cuerpo místico de la Iglesia?

Respuesta breve. La inseparabilidad ya reconocida entre el alma y Dios tiene una vertiente horizontal: Jesús revela que las almas que viven en su Querer se convierten, para su cuerpo místico que es la Iglesia, en lo que la piel es para el cuerpo —el lugar mismo donde circula la vida que hace crecer a los miembros débiles y sana a los miembros heridos. Vivir en la Divina Voluntad nunca es, por tanto, un bien privado: es llevar, literalmente, el crecimiento de todos los demás miembros —y esta circulación nunca se produce en un solo sentido: el propio Cielo, en sus bienaventurados, toma parte en lo que así se vive en la tierra.

Desarrollo. VII.8 mostró cómo los actos hechos en el Fiat vinculan el alma a Dios con un vínculo casi indisoluble. Un texto anterior en el orden de las revelaciones permite comprender por qué este vínculo nunca se detiene en el alma misma: Jesús, dirigiéndose a Luisa, que le pregunta por el lugar de las almas que viven en la Divina Voluntad dentro del cuerpo místico, elige una imagen orgánica y no solamente jurídica o meritoria. No habla ante todo de méritos intercambiados, como en VIII.15, sino de una función vital y continua: la piel, que contiene la circulación de la sangre que irriga todo el cuerpo. Sin ella, dice Jesús, «el cuerpo humano sería horrible a la vista y los miembros no crecerían a debida proporción».

VIII.5 mostró cómo cada acto hecho en el Fiat engendra en el alma misma una «Vida Divina»; VII.9 mostró cómo el alma se convierte en el canal por el que obran la santidad y los milagros ya vividos por otros. El texto del 11 de enero de 1922 añade una tercera figura, esta vez orgánica: el alma ya no es solamente el lugar donde se multiplica la Vida Divina, ni el canal por el que pasa un don ya constituido —es la piel que hace crecer literalmente y sana a miembros que ella no conoce, incluidos los más «putrefactos» y los menos formados. No se trata, por tanto, de una intercesión puntual dirigida a una intención precisa, como en VIII.15, sino de una función continua y vital, ejercida por el solo hecho de vivir en el Fiat, de la que depende la estatura misma de todo el cuerpo místico.

Jesús llega hasta vincular esta función con la consumación misma de la historia: «no podrá llegar el fin de los días si no tengo estas almas que vivan como perdidas en mi Querer». Es que el cuerpo místico, para alcanzar su plena estatura en la Jerusalén celestial, necesita realmente esta circulación continua —necesidad que ninguna otra cosa puede colmar de la misma manera.

Un segundo texto, del 24 de septiembre de 1934, muestra que esta solidaridad nunca se produce en un solo sentido. Jesús explica en él que «así como el cuerpo posee la inseparabilidad de sus miembros, y lo que hace un miembro, todos los otros miembros se concentran en el miembro que obra, están al día de todo, y todos toman parte», así quien vive en su Voluntad «se vuelve miembro de Ella»: el propio Cielo, los bienaventurados,

toman parte en la Vida obrante que la Divina Voluntad despliega en la tierra en estas almas y, recíprocamente, el alma en la tierra siente «correr en sus miembros la vida del Cielo, más que sangre en sus venas». La circulación descrita mediante la imagen de la piel (vol. 13) no es, por tanto, solamente descendente, desde el alma hacia los miembros sufrientes del cuerpo místico: asciende también hasta el Cielo ya glorificado, en un intercambio real de alegrías entre la Iglesia todavía peregrina y la Iglesia ya triunfante.

Dos textos anteriores iluminan, cada uno a su manera, el resorte íntimo de esta circulación. El primero muestra su movimiento más sencillo, todavía replegado sobre el alma misma: todo acto bueno que ella realiza en el Fiat se eleva hasta Dios, que tiene el poder de llevarlo hasta la Patria celestial y hacerlo descender «como lluvia benéfica» —pero sobre la propia criatura, en un intercambio directo: si ama, bendice, adora, agradece, Dios la corresponde con una nueva lluvia de amor, de bendiciones y de agradecimientos. El segundo revela su extensión a todo el cuerpo místico. Jesús invita en él al alma a formar, mediante sus actos unidos a los suyos, lo que llama su «vientecillo» (*venticello*): las obras divinas, dice, se hallan todas en orden en el Fiat, inmóviles, y esperan este soplo de la criatura para ponerse en camino hacia los demás, llevando a cada uno el bien que poseen. Cuando el alma forma así este viento, Dios forma la lluvia y se derrama primero sobre ella, la afortunada criatura, y después sobre todos —el soplo de una sola criatura llama la lluvia que Dios destina a todos los demás miembros, como un viento favorable llama la lluvia del cielo. A la inversa, la voluntad propia, ejercida fuera del Fiat, forma un viento contrario que aleja esta misma lluvia y deja a almas enteras como tierras áridas, sin floración ni frutos. Lo que en el primer texto no era todavía sino un intercambio replegado sobre una sola alma se convierte así, por el solo hecho de vivir en el Fiat, en el canal de una lluvia que alcanza a todo el cuerpo místico —la misma circulación que la imagen de la piel designa de otro modo, pero aquí devuelta a su fuente y a su movimiento.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 13, 11 de enero de 1922:

> «Hija mía, la Iglesia es mi cuerpo místico, del cual Yo me glorío de ser la cabeza, pero para poder entrar en este cuerpo místico los miembros deben crecer a debida estatura, de otra manera deformarían mi cuerpo; pero ¡ay! cuántos no sólo no tienen la debida proporción, sino que están putrefactos, llagados, tanto que dan asco a mi cabeza y a los otros miembros sanos. Ahora, las almas que viven en mi Querer o vivirán, serán al cuerpo de mi Iglesia como la piel al cuerpo; el cuerpo contiene piel interna y piel externa, y como en la piel está la circulación de la sangre que da vida a todo el cuerpo, y es en virtud de esta circulación que los miembros llegan a debida estatura, si no fuera por la piel y por la circulación de la sangre, el cuerpo humano sería horrible a la vista y los miembros no crecerían a debida proporción. Ve entonces cuánto me son necesarias estas almas que viven en mi Querer, habiéndolas destinado como piel al cuerpo de mi Iglesia y como circulación de vida a todos los miembros, serán ellas las que darán el debido crecimiento a los miembros no crecidos, las que sanarán los miembros llagados y las que con su continuo vivir en mi Querer restituirán la frescura, la belleza, el esplendor a todo el cuerpo místico, haciéndolo todo igual a la cabeza, que reinará con toda majestad sobre estos miembros. He aquí por qué no podrá llegar el fin de los días si no tengo estas almas que vivan como perdidas en mi Querer, ellas me interesan más que todo. ¿Qué ridículo haría este cuerpo místico en la Jerusalén celestial sin ellas? Y si esto es lo que me interesa más que todo a Mí, también debe interesarte más que todo a ti, si me amas, y Yo, de ahora en adelante daré a todos tus actos hechos en mi Querer virtud de circulación de vida a todo el cuerpo místico de la Iglesia, como circulación de sangre al cuerpo humano, tus actos extendidos en la inmensidad de mi Querer se extenderán sobre todos, y como piel cubrirán estos miembros, dándoles el debido crecimiento, por eso sé atenta y fiel.»

« Figlia mia, la Chiesa è il mio corpo mistico, di cui Io mi glorio d'essere il capo, ma per poter entrare in questo corpo mistico, le membra devono crescere a debita statura, altrimenti deformerebbero il mio corpo, ma ahi! quanti non solo non hanno la debita proporzione, ma sono marciosi, piagati, tanto da far schifo al mio capo ed alle altre membra sane. Ora, le anime che vivono o vivranno nel mio Volere, saranno al corpo della mia Chiesa come pelle al corpo; il corpo contiene pelle interna e pelle esterna e siccome nella pelle c'è la circolazione del sangue che dà vita a tutto il corpo, è in virtù di questa circolazione che le membra giungono a debita statura, se non fosse per la pelle e per la circolazione del sangue, il corpo umano sarebbe orrido a vedersi e le membra non crescerebbero a debita proporzione. Ora vedi come mi sono necessarie queste anime che vivono nel mio Volere, avendo destinato loro come pelle al corpo della mia Chiesa e come circolazione di vita a tutte le membra, saranno esse che daranno la debita crescita alle membra non cresciute, che saneranno le membra piagate e che col continuo vivere nel mio Volere restituiranno la freschezza, la bellezza, lo splendore a tutto il corpo mistico, facendolo in tutto simile al mio capo, che sederà con tutta maestà su tutte queste membra. Ecco perciò non potrà venire la fine dei giorni se non ho queste anime che vivono come sperdute nel mio Volere, esse m'interessano più di tutto. Quale figura farà questo corpo mistico nella Celeste Gerusalemme senza di esse? E se questo interessa più di tutto Me, deve interessare più di tutto anche te se mi ami ed Io d'ora in poi darò a tutti i tuoi atti fatti nel mio Volere, virtù di circolazione di vita a tutto il corpo mistico della Chiesa, come circolazione di sangue al corpo umano, i tuoi atti, stesi nell'immensità del mio Volere, si stenderanno su tutti e come pelle copriranno queste membra, dando loro la debita crescenza, perciò sii attenta e fedele. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 24 de septiembre de 1934:

«Mi pequeña hija de mi Querer, tú debes saber que es tal y tanta la inseparabilidad de quien vive en mi Voluntad de Ella, que no hay cosa que haga en el Cielo y en toda la Creación, en que no le dé parte a quien vive en Ella. Así como el cuerpo posee la inseparabilidad de sus miembros, y lo que hace un miembro, todos los otros miembros se concentran en el miembro que obra, están al día de todo, y todos toman parte, así quien vive en mi Voluntad se vuelve miembro de Ella […]. Ahora en el Cielo, los bienaventurados sienten y toman parte en la Vida obrante y conquistante que hace mi Voluntad sobre la tierra en las almas que viven en Ella […]. Y he aquí que el Cielo se siente inseparable hasta de los respiros de la criatura que vive en mi Voluntad sobre la tierra, y la criatura siente en virtud de Ella la inseparabilidad de las alegrías y felicidad del Cielo, la paz de los santos es suya […] la vida del Cielo la siente correr en sus miembros, más que sangre en sus venas.»

« Mia piccola figlia del mio Volere, tu devi sapere che per chi vive nella mia Volontà è tale e tanta l'inseparabilità da Essa, che non vi è cosa che fa e in Cielo ed in tutta la Creazione che non renda parte a chi vive in Essa. Come il corpo possiede l'inseparabilità delle sue membra e quando un membro opera, tutte le altre membra si accentrano nel membro che opera, sono a giorno di tutto e tutte prendono parte, così chi vive nella mia Volontà diventa membro di Essa […]. Ora il Cielo, i beati sentono e prendono parte alla vita operante e conquistatrice che la mia Volontà fa sulla terra nelle anime che vivono in Essa […]. Ed ecco che il Cielo si sente inseparabile perfino dai respiri della creatura che vive nella mia Volontà sulla terra e la creatura sente, in virtù di Essa, l'inseparabilità delle gioie e la felicità del Cielo, la pace dei Santi è sua […] sente scorrere nelle sue membra la vita del Cielo, più che sangue nelle sue vene. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 17 de julio de 1931:

«Hija mía, todos los actos buenos que hace la criatura en mi Divina Voluntad se elevan

a Dios, porque Ella tiene la potencia divina para atraer arriba, a la patria celestial lo que se hace en su Querer, y después con su misma potencia lo hace descender como lluvia benéfica sobre la misma criatura, de manera que si la criatura ama, bendice, adora, agradece, alaba, Dios la corresponde con nueva lluvia de amor, de bendiciones, lluvia de agradecimientos, porque se ha sentido amar y agradecer por la criatura, y prorrumpiendo en lluvia de alabanzas, la alaba frente a toda la corte celestial. ¡Oh! cómo nuestra bondad divina está esperando las adoraciones, el agradable te amo de la criatura, para poder dar a nuestro amor el desahogo de poder decirle: 'Hija, te amo'. Por eso no hay acto que la criatura haga por Nosotros, en que nuestra ternura toda paterna no le dé la correspondencia multiplicada.»

« Figlia mia, tutti gli atti buoni che la creatura fa nella mia Divina Volontà, si elevano a Dio, perché Essa ha la potenza Divina per tirare su nella Patria Celeste ciò che si fa nel suo Volere e poi con la sua stessa potenza li fa ricadere come pioggia benefica sulla stessa creatura, in modo che se la creatura ama, benedice, adora, ringrazia, loda, Dio la ricambia con nuova pioggia d'amore, di benedizioni, di ringraziamenti, perché si è sentito amare e ringraziare dalla creatura ed, erompendo in pioggia di lodi, la loda innanzi a tutta la corte Celeste. Oh! come la nostra bontà Divina sta aspettando l'adorazione, il gradito "ti amo" della creatura, per poter dare al nostro amore lo sfogo di poter dire: "figlia, ti amo". Quindi non c'è atto che la creatura fa per noi, che la nostra tenerezza tutta Paterna, non le dia il ricambio moltiplicato. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 12 de junio de 1932:

«Mi hija buena, ánimo, no temas, porque el ánimo es el arma potente que mata la timidez y pone en fuga todo temor, haz todo, todo a un lado y ven en mi Divina Voluntad a formar tu vientecillo a todas nuestras obras, ellas están todas en orden en nuestro Fiat, pero no se mueven, quieren el vientecillo de la criatura para dirigirse hacia ellas, y si el vientecillo es fuerte corren, vuelan para ser portadores del bien que cada obra nuestra posee. Así que el alma que entra en nuestra Voluntad, en cuanto entra se une con nuestros actos para hacer los suyos en los nuestros, y en cuanto se une, así forma el vientecillo y con la misma fuerza de nuestra Voluntad mueve, llama, rapta, fuerza con su dulce y penetrante vientecillo todas nuestras obras y las pone en camino hacia las criaturas […]. Ahora hija mía, tú debes saber que nuestro Ser Divino, en cuanto creó al hombre, se quedó sobre él en acto de llover de Nosotros santidad, luz, amor, bondad, belleza, y así de lo demás, entonces con sustraerse de nuestra Voluntad Divina se sustrajo de debajo de nuestra lluvia. Por eso el alma que está en nuestra Voluntad, así como con sus actos en los nuestros nos forma el vientecillo y mueve todas nuestras obras, Nosotros formamos la lluvia y nos derramamos primero sobre la afortunada criatura, y después sobre todos. Y así como el vientecillo favorable en nuestro Fiat llama la lluvia, la invoca, la suspira de nuestro Ser Supremo, así el obrar de la voluntad humana fuera de la nuestra forma el viento contrario y aleja nuestra lluvia benéfica, y nos la hace quedar en el aire, he aquí por qué se ven muchas criaturas como tierras áridas, sin flores y sin frutos. Pero esto no daña a quien vive en nuestro Querer Divino, ella se aparta de todos y viene a vivir con su familia divina, y siente sobre de sí nuestra continua lluvia que forma sobre de ella nuestra Divinidad.»

« Mia figlia buona, coraggio, non temere, perché il coraggio è l'arma potente che uccide la timidezza e mette in fuga ogni timore, metti tutto, tutto da parte e vieni nella mia Divina Volontà a formare il tuo venticello a tutte le opere nostre, esse stanno tutte in ordine nel nostro Fiat, non si muovono, vogliono il venticello della creatura per muovere il passo verso di esse e se il venticello è forte, corrono, volano, per essere portatrici del bene che ciascuna opera nostra possiede. Sicché l'anima che entra nella nostra Volontà,

come entra si unisce ai nostri atti per fare i suoi nei nostri e come si unisce, così forma il venticello e con la stessa forza della nostra Volontà, muove, chiama, rapisce, forza col suo dolce e penetrante venticello tutte le opere nostre e le mette in via verso le creature. […] Ora figlia mia, tu devi sapere che il nostro Essere Divino, come creò l'uomo così restò sopra di lui in atto di piovere da Noi santità, luce, amore, bontà, bellezza e così di seguito, onde col sottrarsi alla nostra Volontà Divina, si sottrasse alla nostra pioggia. Quindi quando l'anima viene nella nostra Volontà, siccome coi suoi atti nei nostri ci forma il venticello e muove tutte le nostre opere, Noi formiamo la pioggia e ci riversiamo prima sulla fortunata creatura e poi su tutti. E come il venticello favorevole nel nostro Fiat chiama la pioggia, la invoca, la sospira dal nostro Essere Supremo, così l'operato della volontà umana, fuori della nostra, forma il vento contrario ed allontana la nostra pioggia benefica e ce la fa rimanere in aria, ecco perciò si vedono molte creature come terre aride, senza fioritura e senza frutti. Ma questo non nuoce la creatura che vive nel nostro Voler Divino, essa si apparta da tutti e viene a vivere con la sua famiglia divina e sente sopra di sé la nostra continua pioggia che forma su di essa la nostra Divinità. »

Articulación católica. San Pablo describe a la Iglesia en estos mismos términos: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Co 12,27), y añade: «Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él» (1 Co 12,26) —lógica orgánica, no solamente jurídica, que este texto del *Libro de Cielo* lleva hasta la imagen precisa de la circulación vital. El Catecismo enseña que la Iglesia reúne a «unos» de sus discípulos que «peregrinan en la tierra», a «otros, ya difuntos», que «se purifican», y a «otros» que «están glorificados» (CIC 954, citando LG 49) —los tres estados cuyo intercambio recíproco de alegrías entre la Iglesia todavía peregrina y la Iglesia ya triunfante describe precisamente este segundo texto del *Libro de Cielo*. El Catecismo enseña también que, en la comunión de los santos, «el bien de los unos se comunica a los otros» y que «ninguno de nosotros vive para sí mismo» (CIC 947, 953); la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII (1943) desarrolla ampliamente esta misma imagen del cuerpo donde cada miembro recibe y transmite la vida que recibe de la Cabeza. Este texto del *Libro de Cielo* no dice, por tanto, nada extraño a la fe de la Iglesia; solamente ofrece de ella, en el vocabulario propio de Luisa, la imagen más concreta y fisiológica.

Fórmula para recordar. Vivir en la Divina Voluntad nunca es vivir solamente para uno mismo: es convertirse, en el cuerpo místico de Cristo, en la piel que lleva a cada miembro la vida que le falta.

Pregunta 17 — ¿Cómo vivir el trabajo, la palabra, el sufrimiento, la alegría y los gestos ordinarios en el Fiat?

Respuesta breve. Nada, en una vida humana, es por naturaleza demasiado pequeño o demasiado material para llevar la impronta del Fiat: así como Dios dice «Fiat» para crear, el hombre está llamado a no dejar en cada una de sus acciones —trabajo, palabra, sufrimiento o alegría— sino el eco de ese mismo Fiat, su impronta, sus obras, para que nada de su vida ordinaria escape a esta única ley.

Desarrollo. Esta pregunta desciende deliberadamente de las cumbres contempladas —el teatro infinito de las rondas (VIII.10-12), la narración de toda la Creación (VIII.14)— hacia la materia más concreta y cotidiana de una existencia humana: el trabajo que se realiza, las palabras que se pronuncian, los sufrimientos que se soportan, las alegrías que se gustan, los gestos más repetitivos de una jornada ordinaria. Nada de todo esto es ajeno al Fiat; nada de todo esto está dispensado de él.

Jesús formula el principio que debe regir esta pregunta, después de haber enseñado largamente a Luisa las riquezas de su Voluntad: «todo lo que te he dicho sobre mi Voluntad, ésta ha sido mi finalidad: "Que mi Voluntad sea conocida y que venga a reinar sobre la tierra" […]. Fiat dijo Dios, Fiat debe decir el hombre; en todas sus cosas no tendrá más que el eco de mi Fiat, el sello de mi Fiat, las obras de mi Fiat». Esta exigencia no conoce excepción alguna de materia: el trabajo más manual como la palabra más sencilla, el sufrimiento más oculto como la alegría más ligera, todo está llamado a llevar, no un suplemento piadoso añadido después, sino la impronta misma de aquel Fiat originario.

Esta exigencia, lejos de aplastar la vida ordinaria bajo un peso de perfección inaccesible, la alcanza, por el contrario, en lo que tiene de más humilde: no pide multiplicar los actos extraordinarios, sino dejar que el germen ya depositado (VI.17) fermente hasta en el trabajo de las manos, hasta en la palabra intercambiada, hasta en el sufrimiento soportado y la alegría recibida. El trabajo se convierte entonces en una manera de volver a decir, como el sol y el mar (VIII.14), la gloria del Creador en la materia misma que modela por las manos del hombre; la palabra se convierte en un eco del Fiat que, al principio, hizo todas las cosas mediante una palabra; el sufrimiento, unido al de Jesús (VIII.8), lleva sus mismos frutos de reparación; la alegría, finalmente, vuelve a decir sin palabras lo que el propio Corazón de Dios experimenta al ver feliz en Él a su criatura. Para vivir así no se necesitan, por tanto, ni circunstancias extraordinarias ni dones místicos reservados a unos pocos: basta, en toda cosa, con no querer dejar otra impronta que la del Fiat.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 24 de mayo de 1924:

> «Entonces, todo lo que te he dicho sobre mi Voluntad, ésta ha sido mi finalidad: "Que mi Voluntad sea conocida y que venga a reinar sobre la tierra". Y lo que he dicho, será; arrollaré todo para obtener esto, pero el todo me debe regresar en esa palabra Fiat. Fiat dijo Dios, Fiat debe decir el hombre; en todas sus cosas no tendrá más que el eco de mi Fiat, el sello de mi Fiat, las obras de mi Fiat para poder darle los bienes que contiene mi Voluntad y así obtendré la finalidad completa de toda la Creación…»
>
> *« Onde, lo scopo di tutto ciò che ti ho detto sulla mia Volontà, è stato questo: che la mia Volontà sia conosciuta e che venga a regnare sulla terra. E ciò che ho detto, sarà; travolgerò tutto per ottenere questo, ma il tutto mi deve ritornare in quella parola Fiat. Fiat disse Iddio, Fiat deve dire l'uomo; in tutte le sue cose non avrà altro che l'eco del mio Fiat, l'impronta del mio Fiat, le opere del mio Fiat, per poter dare i beni che contiene la mia Volontà e così completerò lo scopo completo di tutta la Creazione… »*

Articulación católica. San Pablo da a esta exigencia su formulación más universal: «todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,17), y también: «ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10,31) —versículos ya citados en VI.17 a propósito de la levadura, y que encuentran aquí su extensión más amplia, abarcando sin excepción el trabajo, la palabra, el sufrimiento y la alegría. El Catecismo enseña que el trabajo humano prolonga la obra de la creación y que, al soportar su peso en unión con Jesús, el hombre colabora «en cierta manera con el Hijo de Dios en su obra redentora» (CIC 2427) —fundamento doctrinal sólido para lo que el *Libro de Cielo* expresa mediante una fórmula todavía más densa: que el eco del Fiat originario resuene en cada gesto, sin que ninguno quede excluido por su pequeñez.

Fórmula para recordar. Nada es demasiado pequeño para llevar la impronta del Fiat: ni el trabajo de las manos, ni la palabra intercambiada, ni el sufrimiento soportado, ni la alegría recibida.

Novena parte — Los sacramentos, la Iglesia y la obediencia en la Divina Voluntad

---

Pregunta 1 — ¿Qué relación existe entre el bautismo y la Divina Voluntad?

Respuesta breve. El bautismo borra la culpa original y da la vida nueva de los hijos de Dios, pero deja subsistir las pasiones y las debilidades, que después habrá que vencer a lo largo de toda una vida de combate espiritual. Vivir plenamente en la Divina Voluntad nunca repite este sacramento ni lo sustituye: es la plenitud hacia la que tiende la propia gracia bautismal desde el primer día, cuando el alma le permite producir, sin resistencia, todo el fruto que ya contenía.

Desarrollo. Es preciso abordar esta primera pregunta con particular prudencia, pues el texto central que la ilumina emplea un lenguaje cuya formulación, tomada aisladamente, podría dar a entender que la Divina Voluntad constituiría una especie de segundo bautismo, superior al primero o que dispensara de él. Nada es más ajeno a la enseñanza de conjunto del *Libro de Cielo*, que afirma, por el contrario, como se verá en IX.4, que nada dispensa jamás de los sacramentos. Es preciso, por tanto, leer este texto con la atención que exige todo lenguaje místico fuerte.

Jesús dice a Luisa que su Voluntad «contiene tal potencia, que es un nuevo bautismo para el alma, es más, más que el mismo bautismo», precisando la razón de esta comparación: en los sacramentos hay una parte de su Gracia, mientras que en su Voluntad está toda la plenitud; el bautismo quita la mancha del pecado original, pero permanecen las pasiones y las debilidades, mientras que la Divina Voluntad, al destruir la voluntad propia del alma, llega a destruir esas mismas pasiones y debilidades.

Este texto nunca debe entenderse como si sugiriera que el bautismo pudiera repetirse, superarse o volverse inútil: el bautismo sigue siendo un sacramento único, no reiterable, que imprime en el alma un carácter indeleble y realiza, por la sola acción de Dios, una transformación ontológica real que ninguna disposición interior, por elevada que sea, podría igualar ni rehacer. Lo que Jesús describe aquí pertenece a un orden diferente: no al de la validez objetiva del sacramento, sino al de su fruto subjetivo, es decir, al grado en que la gracia ya y válidamente recibida en el bautismo viene efectivamente a transformar la vida concreta del alma. El bautismo da desde el primer instante todo lo necesario para vencer las pasiones; pero esta victoria sigue siendo, para la mayoría de los bautizados, un combate de toda la vida, jamás concluido en la tierra (véanse CIC 978 y 1264 más abajo). Vivir en la Divina Voluntad no repite, por tanto, el bautismo: es dejar que ese mismo don bautismal produzca, sin que la voluntad propia le oponga ya resistencia alguna, todo el fruto que ya contenía en germen.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 9, 23 de marzo de 1910:

> «Hija mía, te recomiendo que no salgas de dentro de mi Voluntad, porque mi Voluntad contiene tal potencia, que es un nuevo bautismo para el alma, es más, más que el mismo bautismo, porque en los sacramentos hay parte de mi Gracia, en cambio en mi Voluntad está toda la plenitud; en el bautismo se quita la mancha del pecado original pero quedan las pasiones, las debilidades; en mi Voluntad, destruyendo el alma el

propio querer, destruye las pasiones, las debilidades y todo lo que es humano, y vive de las virtudes, de la fortaleza y de todas las cualidades divinas.»

« Figlia mia, ti raccomando, non uscire dalla mia Volontà, perché la mia Volontà contiene tale potenza da essere un nuovo battesimo per l'anima, anzi più dello stesso battesimo, perché nei sacramenti c'è parte della mia Grazia, nella mia Volontà c'è tutta la pienezza; nel battesimo si toglie la macchia del peccato originale, ma rimangono le passioni, le debolezze, nella mia Volontà invece, distruggendo l'anima il proprio volere, distrugge le passioni, le debolezze e tutto ciò che è umano e vive delle virtù, della fortezza e di tutte le qualità divine. »

Un segundo texto, tomado del pasaje del 5 de noviembre de 1925 que recorre el conjunto de los sacramentos —y que continúa, en su secuencia inmediata, con el pasaje sobre la Confirmación citado en IX.2—, muestra a Jesús llorando, en cada bautismo, por la distancia entre el don recibido y el fruto que producirá realmente en la vida del alma. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925, sobre las lágrimas secretas del bautismo:

«…por eso hija mía ve como gime mi amor en los Sacramentos: Si veo bautizar al recién nacido lloro de dolor, porque mientras con el bautismo le restituyo la inocencia, reencuentro de nuevo a mi hijo, le restituyo los derechos perdidos sobre la Creación, le sonrío de amor y complacencia, le pongo en fuga al enemigo, a fin de que no tenga más derecho sobre él, lo confío a los ángeles, todo el Cielo le hace fiesta, pero rápidamente la sonrisa se me cambia en dolor, la fiesta en luto, veo que aquel bautizado será un enemigo mío, un nuevo Adán, y quizá también un alma perdida. ¡Oh! Cómo gime mi amor en cada bautismo, especialmente si se agrega que el ministro que bautiza no lo hace con el respeto, dignidad y decoro que conviene a un Sacramento que contiene la nueva regeneración. ¡Ay! Muchas veces se está más atento a una bagatela, a una escena cualquiera que a administrar un Sacramento, así que mi amor se siente herir por el bautizante y por el bautizado y gime con gemidos inenarrables. ¿No quisieras tú darme por cada bautismo una correspondencia de amor, un gemido amoroso para hacer compañía a mis dolientes gemidos?»

« …perciò, figlia mia, vedi come geme il mio amore nei sacramenti: se vedo battezzare il neonato, piango di dolore, perché mentre col battesimo gli restituisco l'innocenza, ritrovo di nuovo il figlio mio, gli restituisco i diritti perduti sulla Creazione, gli sorrido d'amore e compiacenza, gli metto in fuga il nemico, affinché non abbia più diritto su di lui, lo affido agli angeli, tutto il Cielo gli fa festa, subito il sorriso mi si cambia in dolore, la festa in lutto, vedo che quel battezzato sarà un mio nemico, un novello Adamo, forse pure un'anima perduta. Oh! come geme il mio amore in ogni battesimo, specie poi se si aggiunge che il ministro che battezza non lo fa con quel rispetto, dignità e decoro che si conviene ad un sacramento che contiene la nuova rigenerazione. Ahi! molte volte si sta più attento ad una bagattella, ad una scena qualsiasi che ad amministrare un sacramento, sicché il mio amore si sente pungere dal battezzante e dal battezzato e geme con gemiti inenarrabili. Non vorresti tu dunque darmi per ogni battesimo un ricambio d'amore, un gemito amoroso per far compagnia ai miei gemiti dolenti? »

Articulación católica. El Catecismo enseña que el bautismo perdona ciertamente el pecado original, pero que «en el bautizado permanecen ciertas consecuencias temporales del pecado», entre ellas la concupiscencia, «dejada para el combate», y que «el que legítimamente luchare, será coronado» (CIC 1264; cf. Concilio de Trento). Esta lucha se presenta como la condición ordinaria de toda vida cristiana, no como un fracaso de la gracia bautismal. El mismo Catecismo recuerda, por otra parte, que el bautismo es «el sacramento de la fe» y que la fe bautismal es «un comienzo que está llamado a desarrollarse» (CIC 1253), estando todos llamados, sin excepción, «a la plenitud de la vida cristiana y a la

perfección de la caridad» (CIC 2013, ya citado en V.15; LG 40, ya citado en V.9) —es esta misma perfección, nunca un don distinto del ya recibido en el bautismo, la que el *Libro de Cielo* llama aquí la plenitud de la vida en la Divina Voluntad.

Fórmula para recordar. La Divina Voluntad es, dice Jesús, «como un nuevo bautismo, más aún que el mismo bautismo»: no en el orden sacramental, sino en el cumplimiento de sus frutos, hasta destruir pasiones y debilidades y hacer vivir las cualidades divinas.

Pregunta 2 — ¿Cómo vivir la Confirmación en la Divina Voluntad y responder al don del Espíritu Santo?

Respuesta breve. La Confirmación vuelve al alma invencible ante los enemigos y las pasiones y la alista en la milicia de su Creador para la conquista de la patria celestial. Vivir plenamente en la Divina Voluntad nunca sustituye esta fuerza recibida de una vez para siempre: consiste, por el contrario, en corresponderle sin resistencia, devolviendo finalmente al beso del Espíritu Santo el beso de amor que espera en correspondencia.

Desarrollo. El texto que sostiene esta pregunta forma la continuación inmediata del citado en IX.1 a propósito del bautismo: después de haber llorado sobre el recién nacido al que acaba de bautizar, Jesús prosigue su recorrido por los sacramentos y «pasa» a la Confirmación. El vocabulario empleado es a la vez militar y filial: el confirmado recibe el ánimo, se le restituyen las fuerzas perdidas, se vuelve «invencible ante todos los enemigos», es admitido «en las filas de las milicias de su Creador» para combatir con vistas a la patria celestial. Este mismo Espíritu que fortalece al alma le da también, dice el texto, «su beso amoroso» y le prodiga mil caricias, ofreciéndose Él mismo como compañero de toda su vida de bautizado confirmado.

Pero el texto no se detiene en celebrar el don: llora enseguida su abandono. Cuántos reciben este beso para devolverlo después, dice Jesús, como un «beso de traidor», despreciando las caricias del Espíritu y huyendo de su compañía. Es precisamente aquí donde la vida en la Divina Voluntad aporta lo que le es propio: no una fuerza nueva añadida a la ya recibida en la Confirmación, sino el fin de esta huida, y la «correspondencia de amor» devuelta día tras día al Espíritu que la espera en vano desde el día de la celebración. La fuerza del soldado de Cristo, una vez plenamente acogida y ya no rehuida, se convierte en el combate mismo del que tratará la Decimotercera parte.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> «Pasa al Sacramento de la confirmación, ¡ay, cuántos suspiros amargos! Mientras que con la confirmación le devuelvo el ánimo, le restituyo las fuerzas perdidas volviéndolo invencible ante todos los enemigos, ante sus pasiones, viene admitido en las filas de las milicias de su Creador a fin de que milite para adquirir la patria celestial, el Espíritu Santo le vuelve a dar su beso amoroso, le prodiga mil caricias y se ofrece como compañero de su vida, pero muchas veces se siente restituir el beso del traidor, despreciar sus caricias y huir de su compañía. Cuántos gemidos, cuántos suspiros para que vuelva, cuántas voces secretas al corazón a quien huye de Él, hasta cansarse por su hablar; pero qué, en vano. Por eso, ¿no quieres tú poner tu correspondencia de amor, el beso amoroso, tu compañía al Espíritu Santo que gime por tanto desconocimiento que le hacen?»
>
> *« Passo al sacramento della cresima. Ahi quanti sospiri amari! Mentre con la cresima gli ridono il coraggio, gli restituisco le forze perdute rendendolo invincibile di fronte a tutti i nemici, alle sue passioni, viene ammesso nelle file delle milizie del suo Creatore affinché*

militi per l'acquisto della patria celeste, lo Spirito Santo gli ridona il suo bacio amoroso, gli prodiga mille carezze e si esibisce per compagno della sua carriera, ma molte volte si sente restituire il bacio del traditore, disprezzare le sue carezze e fuggire dalla sua compagnia. Quanti gemiti, quanti sospiri per il suo ritorno, quante voci segrete al cuore di chi fugge da Lui, fino a stancarsi per il suo dire; macché, invano. Perciò, non vuoi tu mettere il tuo ricambio d'amore, il bacio amoroso, la tua compagnia allo Spirito Santo che geme per tanta ingratitudine? »

Articulación católica. El Catecismo enseña que la Confirmación confiere «crecimiento y profundidad a la gracia bautismal», nos une «más firmemente a Cristo» y nos concede «una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la fe mediante la palabra y las obras como verdaderos testigos de Cristo, para confesar valientemente el nombre de Cristo y para no sentir jamás vergüenza de la cruz» (CIC 1303; cf. CIC 1316) —descripción que recubre casi palabra por palabra el vocabulario de fuerza, combate y testimonio empleado por el texto de Luisa. El libro de los Hechos muestra a los apóstoles recibiendo esta misma fuerza prometida: «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros» (Hch 1,8), fuerza que reciben efectivamente mediante la imposición de las manos (Hch 8,14-17).

Fórmula para recordar. El Espíritu Santo da el beso una sola vez en la Confirmación; toda una vida hace falta después para devolvérselo.

Pregunta 3 — ¿Cómo prepara la gracia santificante el alma para el Don?

Respuesta breve. Del mismo modo que una vida necesita alimento para crecer, la vida divina que Dios forma poco a poco en el alma necesita ser alimentada continuamente: la gracia santificante, recibida y fielmente cultivada mediante los sacramentos y las virtudes, es ese alimento sin el cual la vida del Fiat, ya depositada en germen, no podría ni crecer ni dar fruto.

Desarrollo. IX.1 ha mostrado que el bautismo da desde el primer instante todo lo necesario para la santidad. Es preciso ahora determinar cómo la gracia ordinaria de la vida cristiana —la que los sacramentos y las virtudes mantienen día tras día— se relaciona con ese germen y lo prepara para dar su fruto pleno en la vida de la Divina Voluntad.

Jesús emplea aquí una imagen ya encontrada a propósito de la perseverancia (VI.18): la vida que forma en el alma necesita, como toda vida, un alimento para crecer. «Mi Vida en Mí mismo no tiene necesidad de nada —dice—, ni de crecer, ni está sujeta a decrecer; pero mi Vida que voy formando en la criatura, para hacerla crecer, tiene necesidad de alimentos divinos, de modo que poco a poco mi Vida Divina llene toda la criatura.» Por eso, añade, incluso cuando parece retirarse, vuelve incesantemente «a su pequeña hija para ponerle en la boca el alimento de su Voluntad».

Esta imagen del alimento da a la gracia santificante —la misma que confieren los sacramentos y que las virtudes teologales y morales hacen fructificar en la existencia cotidiana— su justo lugar en la economía de esta obra: nunca es un simple requisito previo superado una vez recibido el Don, sino el alimento continuo y necesario sin el cual la vida divina ya depositada en el alma no podría ni crecer ni mantenerse. Lejos de oponer la gracia santificante ordinaria y la vida en la Divina Voluntad como dos etapas separadas, la segunda de las cuales volvería caduca la primera, este texto las mantiene unidas en una continuidad orgánica: es la misma vida, recibida en el bautismo, alimentada por los sacramentos y las virtudes, la que crece hasta convertirse, en quien se presta a ello sin resistencia, en la vida misma del Fiat.

Una precisión merece acompañar esta continuidad, sin debilitar jamás su alcance. La justificación misma —el paso del estado de pecado al estado de gracia— procede

enteramente de la gracia de Cristo, recibida mediante el bautismo y restaurada mediante la reconciliación (IX.1, IX.7): el Don nunca la sustituye, sino que la supone y la corona, exactamente como III.10 ya lo estableció para toda la Redención. En cuanto al mérito, el texto citado aquí invierte su cálculo habitual: Jesús nunca presenta en él un salario proporcionado a la magnitud de la obra, sino un intercambio continuo en el que cada don de la voluntad humana recibe, a cambio, el mérito mismo como don —hasta invertir los papeles esperados: «A ti el mérito, y a Mí la ganancia», como si la criatura, al darle su voluntad, se convirtiera en acreedora más que en deudora. Esta lógica del don total permanece, sin embargo, en su raíz, tal como siempre ha sido en la fe común: un mérito recibido antes de ser una obra ofrecida en correspondencia.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 15 de febrero de 1931:

> «Hija mía buena, ánimo, no temas que Yo te pueda abandonar, siento mi Vida en ti, y si Yo te abandonara, esta Vida mía en ti permanecería sin alimento para hacerla crecer, sin luz para hacerla feliz, faltaría el cortejo real a mi Vida Divina que Yo mismo he formado en ti; porque tú debes saber que mi Vida en Mí mismo no tiene necesidad de nada, ni de crecer, ni está sujeta a decrecer, pero mi Vida que voy formando en la criatura, para hacerla crecer tiene necesidad de alimentos divinos, de modo que poco a poco mi Vida Divina llene toda la criatura. Por eso no puedo dejarte, y mientras parece que te dejo y parece que todo ha terminado entre tú y Yo, de improviso regreso a mi pequeña hija para ponerte en la boca el alimento de mi Voluntad…»
>
> *« Figlia mia buona, coraggio, né temere che Io ti possa abbandonare, sento la mia vita in te e se Io ti abbandonassi, questa mia Vita in te rimarrebbe senza cibo per farla crescere, senza luce per felicitarla, mancherebbe il reale corteggio alla mia Vita Divina che Io stesso ho formato in te. Perché tu devi sapere che la mia Vita in me stesso non ha bisogno di nulla, né di crescere, né soggetta a decrescere; ma la mia vita che vado formando nella creatura per farla crescere, ha bisogno di alimenti divini per crescere in modo che a poco a poco la mia Vita Divina riempie tutta la creatura. Perciò non posso lasciarti e mentre sembra che ti lasci e che tutto sia finito tra me e te, improvvisamente ritorno alla piccola figlia mia, per imboccarti il cibo della mia Volontà… »*

Un texto posterior aplica este mismo principio hasta al mérito mismo, en un diálogo en el que Luisa lo recibe de Jesús como un don renovado sin cesar:

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 16 de enero de 1938:

> «Hija mía, son tantos nuestros suspiros, nuestras ansias por querer que la criatura esté siempre con Nosotros, que queremos darle siempre de lo nuestro, ¿pero sabes qué queremos darle? ¡Nuestra Voluntad! Porque dándole Ésta, no hay bien que no le demos, por eso, teniéndola como ahogada de nuestro amor, de nuestra belleza, santidad, y de todo lo demás, le decimos: "Nosotros te hemos dado tanto, y tú, ¿nada nos das?" Y la criatura, como confundida porque no tiene nada que darnos, y si tiene alguna cosa es nuestra, por eso mira su voluntad y nos la da como el más bello homenaje a su Creador; y Nosotros, ¿sabes qué hacemos? Si su voluntad nos la diera a cada instante, tantas veces le damos el mérito como si tuviera tantas voluntades por cuantas veces nos la ha dado, y tantas veces le damos la nuestra por cuantas veces nos ha dado la suya, duplicando tantas veces en ella nuestra santidad, nuestro amor, etc." Al oír esto he dicho: "Mi amado Jesús, yo gano mucho al recibir tantas veces el mérito por cuantas veces te doy mi voluntad, y tener por correspondencia la tuya es la más grande ganancia para mí; y tu ganancia, ¿cuál es?" Y Él, sonriendo me ha dicho: "A ti el mérito, y a Mí la ganancia de recibir toda la gloria de mi Divina Voluntad; y por cuantas veces te la doy, tantas veces se duplica, se multiplica, se centuplica mi gloria divina que

recibo por medio de la criatura, así que puedo decir: Me da todo, y le doy todo."»

« Figlia mia, sono tanti i nostri sospiri, le nostre ansie, perché vogliamo che la creatura stia sempre con Noi, che vogliamo darle sempre del nostro. Ma sai che vogliamo darle? La nostra Volontà. Dandole questa, non vi è bene che non le diamo, quindi, avendola come affogata col nostro Amore, con la nostra Bellezza, Santità e così di seguito, le diciamo: "Noi ti abbiamo dato tanto e tu, niente ci dai?" E la creatura, come confusa perché non ha nulla da darci e se ha qualcosa è nostra, quindi guarda la sua volontà e ce la dà come il più bell'omaggio al suo Creatore. E Noi, sai che facciamo? Se ci dà la sua volontà in ogni istante, tante volte le diamo il merito, come se avesse tante volontà per quante volte ce l'ha data; e tante volte le diamo la nostra, per quante volte ci ha dato la sua, raddoppiando tante volte in essa la nostra Santità, il nostro Amore, ecc." Nel sentire ciò ho detto: "Mio caro Gesù, io guadagno molto nel ricevere tante volte il merito per quante volte ti do la mia volontà e avere per scambio la tua, è il guadagno più grande per me; ed il tuo guadagno, qual è?" E Lui, atteggiandosi a sorriso: "A te il merito e a Me il guadagno di ricevere tutta la gloria della mia Divina Volontà; e quante volte te la do, tante volte si duplica, si moltiplica, si centuplica la mia gloria divina che ricevo per mezzo della creatura. Sicché posso dire: Mi dà tutto e le do tutto." »

Articulación católica. El Catecismo define la gracia santificante como «un don habitual, una disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios, de obrar por su amor», distinguiéndola de las gracias actuales, que designan las intervenciones divinas en el origen de la conversión o a lo largo de la obra de santificación (CIC 2000). Enseña asimismo que la gracia es necesaria para suscitar y sostener nuestra colaboración a la justificación mediante la fe y a la santificación mediante la caridad (CIC 2001), y que la comunión eucarística «conserva, acrecienta y renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo»; este crecimiento «necesita ser alimentado por la comunión eucarística, pan de nuestra peregrinación» (CIC 1392). Jesús mismo emplea la imagen de la vid: «permaneced en mí, y yo en vosotros» (Jn 15,4), ya citada en VI.3, que coincide exactamente con la imagen del alimento continuo empleada aquí —sin alimento continuo, el sarmiento se seca, cualquiera que haya sido el primer don de la vid.

El Catecismo profesa esta misma filiación en su propio vocabulario para la justificación y el mérito: «La justificación no es solo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del interior del hombre» (CIC 1989); y el mérito que hace posible nunca queda separado de esta filiación: «La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace "coherederos" de Cristo» (CIC 2009). Esta misma inversión —la criatura recibida no como sierva, sino como heredera— recuerda la palabra del padre al hijo mayor: «todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31): una aproximación que este texto de Luisa autoriza sin nombrarla él mismo, pero que ayuda a situar, en el vocabulario común de la Escritura, la audacia propia de lo que revela.

Fórmula para recordar. La gracia santificante nunca queda superada por la vida en la Divina Voluntad: es su alimento continuo, sin el cual la vida divina ya depositada en el alma no podría ni crecer ni mantenerse.

Pregunta 4 — ¿Cómo consagra y multiplica Jesús su Vida Sacramental en los actos del alma, y qué relación guarda esta multiplicación con los sacramentos?

Respuesta breve. Los actos del alma que vive en la Divina Voluntad multiplican y prolongan la Vida Sacramental de Jesús, como cada hostia consagrada lo multiplica sacramentalmente. Pero, mientras que la consagración sacramental exige la hostia y al sacerdote que la consagra, esta multiplicación solo requiere el acto de la criatura —porque es Jesús mismo, sumo sacerdote eterno, quien consagra este acto en Persona. Allí donde las comuniones y los sacerdotes llegan a faltar, Él declara encontrar en estos actos hasta «la misma multiplicación» de su Vida Sacramental que, sin ellos, quedaría sin existencia —vía que Él mismo abre y cuyo efecto garantiza.

Desarrollo. Esta pregunta exige una lectura atenta, porque el vocabulario más elevado de esta espiritualidad —«hostias vivientes», «consagración del alma», «multiplicación de la Vida de Jesús»— podría, mal comprendido, hacer creer que la vida en la Divina Voluntad volvería superflua la propia mediación sacramental. Sin embargo, el texto, leído en su integridad, no dice esto: llega, por el contrario, hasta afirmaciones de una audacia notable, que es preciso recibir sin atenuarlas, situando al mismo tiempo exactamente su alcance.

Jesús explica que, así como cada hostia consagrada lo multiplica sacramentalmente, cada acto que el alma realiza en su Voluntad lo «multiplica» de manera análoga —diez actos, diez veces; cien actos, cien veces. Él mismo nombra la diferencia entre los dos registros, y en un sentido que conduce a una ampliación, no a una restricción: «en la Consagración Sacramental tengo necesidad de las hostias para multiplicarme y del sacerdote que me consagre. En mi Voluntad, para quedar multiplicado, tengo necesidad de los actos de la criatura». Precisa enseguida quién, en este segundo registro, desempeña el papel del sacerdote —jamás el alma misma: «mi Voluntad me Consagra», dice en primera persona. El alma solo aporta la materia, el equivalente viviente de la hostia —imagen que IX.5 desarrollará plenamente; quien consagra permanece, aquí como en el sacramento, Jesús solo, ya no mediante la mediación de un ministro ordenado, sino inmediatamente, en Persona.

Las almas que viven en el Fiat, precisa Jesús, «suplen no sólo a todos los actos que me deben las criaturas, sino a mi misma Vida Sacramental». Describe entonces el dolor que le causa la insuficiencia real de los sacramentos en el mundo: demasiado pocos comulgantes, sacerdotes ausentes, de modo que su Vida Sacramental «queda sin existencia». Pero —y aquí el texto supera toda lectura puramente restrictiva— Jesús no se detiene en esta dolorosa constatación: extrae de ella la razón misma de su recurso a las almas del Fiat. «Tomo otro camino —dice— y me multiplico en cada acto de la criatura hecho en mi Querer, para hacerme suplir a la multiplicación de las Vidas Sacramentales»; promete que solo estas almas «suplirán a todas las comuniones que no reciben las criaturas, a todas las consagraciones que no son hechas por los sacerdotes», añadiendo: «en ellas encontraré todo, aun la misma multiplicación de mi Vida Sacramental».

Es preciso nombrar aquí la objeción implícita que esta promesa podría suscitar: ¿significa que un alma podría, por su sola disposición interior, producir una consagración eucarística válida o suplir la ausencia de un ministro ordenado? Tal lectura quedaría excluida por la fe católica, que enseña que los sacramentos obran *ex opere operato*, en virtud del acto objetivamente realizado —materia, forma y ministro legítimo—, jamás por la sola santidad de un alma (CIC 1128, 1131). Pero el texto descarta ya por sí mismo esta lectura, antes incluso de que sea necesario corregirla desde fuera: nunca es el alma quien consagra —«mi Voluntad me Consagra», dice expresamente Jesús, es decir, Él mismo, en Persona, actuando como el sumo sacerdote eterno, de cuyo único sacerdocio participan el sacerdocio común y el

ministerial (Heb 7,24-25; CIC 1547-1548). El alma solo aporta el acto, la materia viviente; quien consagra permanece únicamente Cristo. Lo que el texto afirma pertenece, por tanto, a un orden distinto de la validez sacramental objetiva, pero no por ello menos real: Jesús encuentra, en el acto que Él mismo consagra de este modo, el lugar donde su propia Vida alcanza, a pesar de todo, su finalidad, cuando la vía sacramental ordinaria, por la pobreza de los hombres, no se lo permite.

Este texto no relativiza, por tanto, jamás la necesidad de los sacramentos realmente recibidos, cuyo lugar objetivo e irremplazable permanece íntegro. Pero hay que guardarse, en sentido inverso, de disminuir su alcance mediante una prudencia que el propio texto no reclama: Jesús no describe en él un recurso imperfecto que hubiera quedado sin respuesta, sino un camino que elige deliberadamente y cuya eficacia real promete, en Persona, como sumo sacerdote de esta ofrenda.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 24 de marzo de 1922:

> «Hija mía, conforme el alma hace sus actos en mi Querer, así multiplica mi Vida, de manera que si hace diez actos en mi Voluntad, diez veces me multiplica; si hace veinte, cien, mil, o aún más, tantas veces de más quedo multiplicado. Sucede como en la Consagración Sacramental, cuantas hostias ponen, tantas veces quedo multiplicado, la diferencia que hay es que en la Consagración Sacramental tengo necesidad de las hostias para multiplicarme y del sacerdote que me consagre. En mi Voluntad para quedar multiplicado, tengo necesidad de los actos de la criatura, donde más que hostia viva, no muerta como las hostias antes de Consagrarme, mi Voluntad me Consagra y me encierra en el acto de la criatura, y Yo quedo multiplicado en cada acto suyo hecho en mi Voluntad, por eso mi amor tiene su desahogo completo con las almas que hacen mi Voluntad y viven en mi Querer, son siempre ellas las que suplen no sólo a todos los actos que me deben las criaturas, sino a mi misma Vida Sacramental. Cuántas veces queda obstaculizada mi Vida Sacramental en las pocas hostias en las que Yo quedo consagrado, porque son pocos los que comulgan, otras veces faltan sacerdotes que me consagren, y mi Vida Sacramental no sólo no queda multiplicada cuanto quisiera, sino que queda sin existencia. ¡Oh! cómo sufre por ello mi amor, quisiera multiplicar mi Vida todos los días en tantas hostias por cuantas criaturas existen para darme a ellas, pero en vano espero, mi Voluntad queda sin efecto. Pero lo que he decidido, todo tendrá cumplimiento, por eso tomo otro camino y me multiplico en cada acto de la criatura hecho en mi Querer, para hacerme suplir a la multiplicación de las Vidas Sacramentales. Ah, sí, sólo las almas que vivan en mi Querer suplirán a todas las comuniones que no reciben las criaturas, a todas las consagraciones que no son hechas por los sacerdotes; en ellas encontraré todo, aun la misma multiplicación de mi Vida Sacramental.»
>
> *« Figlia mia, come l'anima emette i suoi atti nel mio Volere, così moltiplica la mia Vita, sicché se fa dieci atti nella mia Volontà, per dieci volte mi moltiplica; se ne fa venti, cento, mille e più ancora, tante volte di più resto moltiplicato. Succede come nella consacrazione sacramentale, quante ostie mettono, tante volte di più resto moltiplicato, la differenza che c'è, è che nella consacrazione sacramentale ho bisogno delle ostie per moltiplicarmi e del sacerdote che mi consacri. Nella mia Volontà per restare moltiplicato, ho bisogno degli atti della creatura, ove più che ostia viva, non morta come quelle ostie prima di consacrarmi, la mia Volontà mi consacra e mi chiude nell'atto della creatura ed Io resto moltiplicato ad ogni loro atto fatto nella mia Volontà, perciò il mio amore ha il suo sfogo completo con le anime che fanno la mia Volontà e vivono nel mio Volere, sono loro sempre quelle che suppliscono non solo a tutti gli atti che mi dovrebbero le creature, ma alla stessa mia Vita Sacramentale. Quante volte*

resta inceppata la mia Vita Sacramentale nelle poche ostie in cui Io resto consacrato, perché pochi sono i comunicandi, altre volte mancano sacerdoti che mi consacrino e la mia Vita Sacramentale non solo non resta moltiplicata quanto vorrei, ma resta senza esistenza. Oh! come il mio amore soffre, vorrei moltiplicare la mia Vita tutti i giorni in tante ostie per quante creature esistono, per darmi a loro, ma invano aspetto, la mia Volontà resta senza effetto, ma ciò che ho deciso, tutto avrà compimento, perciò prendo un'altra piega e mi moltiplico in ogni atto vivo della creatura fatto nel mio Volere, per farmi supplire alla moltiplicazione delle Vite Sacramentali. Ah! sì, solo le anime che vivono nel mio Volere suppliranno a tutte le comunioni che non fanno le creature, a tutte le consacrazioni che non sono fatte dai sacerdoti; in loro troverò tutto, anche la stessa moltiplicazione della mia Vita Sacramentale. »

Articulación católica. El Catecismo recuerda que «para los creyentes los sacramentos de la Nueva Alianza son necesarios para la salvación», que Cristo los instituyó y los confió a su Iglesia (CIC 1129, 1131), y que obran *ex opere operato*, «por el hecho mismo de que la acción es realizada», en virtud de la obra salvífica de Cristo cumplida de una vez para siempre —jamás por la sola disposición interior de un alma (CIC 1128). La carta a los Hebreos enseña que Cristo es el único y eterno sumo sacerdote: «como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos» (Heb 7,24-25); el Catecismo precisa que el sacerdocio ministerial solo existe como participación en este único sacerdocio, hasta el punto de que el sacerdote, en la celebración de los sacramentos, actúa *in persona Christi Capitis* —es Cristo mismo quien, por medio de él, consagra (CIC 1545, 1547-1548). Lo que el *Libro de Cielo* afirma aquí no hace, por tanto, sino volver inmediato lo que, sacramentalmente, sigue siendo siempre verdadero en el fondo: nunca es el sacerdote, por su sola persona, quien consagra, sino Cristo actuando en él; en la Divina Voluntad, este mismo Cristo, sumo sacerdote eterno, consagra directamente el acto de la criatura, sin instituir un sacerdocio nuevo o concurrente. Debe descartarse, por consiguiente, toda especulación que hiciera de la vida en la Divina Voluntad una fuente paralela de validez sacramental: el *Libro de Cielo* enseña que se apoya en los sacramentos y viene a colmar, por un camino distinto, lo que su escasez impide, sin sustituirlos jamás en su orden propio.

Fórmula para recordar. En la Divina Voluntad, nunca es el alma quien consagra: es Jesús mismo, sumo sacerdote eterno, quien consagra el acto de la criatura —encontrando en él, allí donde faltan los sacramentos, hasta «la misma multiplicación» de su propia Vida Sacramental.

Pregunta 5 — ¿Cómo se convierte el alma en una hostia viviente a imagen de la Eucaristía?

Respuesta breve. Así como la hostia sacramental está formada por los accidentes del pan consagrados por la palabra del sacerdote, el alma puede ofrecer su cuerpo y su voluntad humana como los «accidentes» de una hostia viviente: haciendo morir su propia voluntad para dejar entrar en ella la de Dios, se deja consagrar de nuevo en cada acto, convirtiéndose, a diferencia de la hostia sacramental que permanece silenciosa en el sagrario, en una hostia viviente que ama a Jesús en correspondencia y responde a su amor.

Desarrollo. El pasaje del 5 de noviembre de 1925, ya encontrado en IX.1-2, muestra a Luisa visitando en espíritu cada uno de los sacramentos para hacer compañía a las lágrimas de Jesús, y IX.4 ya ha introducido, a propósito de la multiplicación de la Vida Sacramental, la imagen del acto como materia que Jesús mismo consagra. Ahora es preciso detenerse en el sacramento donde esta consagración adquiere su forma más radical y personal: la

Eucaristía, en la que Jesús mismo enseña a Luisa cómo su alma puede convertirse, según una imagen que volverá plenamente en la Décima parte, en una hostia viviente.

Jesús establece una analogía precisa, término por término, con la consagración sacramental: la hostia es materia, obra enteramente humana; el alma, del mismo modo, tiene un cuerpo material y una voluntad humana. Si los mantiene puros, rectos, alejados de toda sombra de pecado, se convierten en los accidentes, los velos bajo los cuales Jesús puede consagrarse y vivir escondido en ella. Pero esto no basta todavía, precisa: así como una hostia sin la palabra de la consagración no sería más que pan ordinario, el alma debe «hacer morir su voluntad» en la hostia que ha preparado, «cocerla bien, bien, para hacer que no renazca más» y dejar que su Voluntad ocupe todo el lugar. Cada vez que el alma hace correr así su voluntad en la de Jesús, Él renueva la consagración, y el alma se convierte, dice, en «hostia viviente, no muerta como son las hostias sin Mí».

Jesús dice entonces lo que distingue esta hostia viviente de la hostia sacramental: «en las hostias consagradas, en los copones, en los sagrarios, todo está muerto, mudo; no hay sensiblemente un latido, un ímpetu de amor que pueda responder a tanto amor mío». La palabra que elige dice exactamente dónde recae la diferencia: *sensiblemente*. Lo que allí falta no es la presencia —el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad están allí enteros—, sino la respuesta; y el pan, por naturaleza, no puede responder. Esa respuesta la espera Jesús y la encuentra en la hostia viviente que es el alma unida a su Voluntad. Quiere ser alimentado, dice, con su mismo alimento: que el alma haga suyos su Voluntad, su amor, sus oraciones, sus reparaciones, y se los devuelva como cosas propias. Es allí, insiste, donde encuentra «la compensación de la soledad, del ayuno y de lo que sufro en los tabernáculos» —pues el amor espera siempre una respuesta que solo un corazón viviente puede dar.

Esta reciprocidad llega hasta un punto que Jesús formula en otro lugar sin atenuación alguna: la criatura, con su amor, «forma en Dios otra Vida Divina», y «Nosotros sentimos en Nosotros mismos nuestra Vida formada por la criatura». En el mismo texto Él da la distinción que permite recibirlo tal cual, y esa distinción es suya: «mi Vida en Mí mismo no tiene necesidad de nada, ni de crecer, ni está sujeta a decrecer; pero mi vida que voy formando en la criatura, para hacerla crecer, tiene necesidad de alimentos divinos para crecer, de modo que poco a poco mi Vida Divina llene toda la criatura». Dos vidas, pues, y no una sola: la que Él es desde toda la eternidad, que nada acrecienta; y la que forma en la criatura, que crece realmente, y cuyo verdadero alimento es el amor de la criatura. Es de esta segunda vida de la que Jesús dice que es formada por la criatura —y lo dice sin retirar nada (véase IX.3).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 17 de diciembre de 1914:

> «Hija mía, también tú puedes formar hostias y consagrarlas. ¿Ves la vestidura que me cubre en el Sacramento? Son los accidentes del pan con los cuales es formada la hostia, la Vida que existe en esta hostia es mi cuerpo, mi sangre y mi Divinidad, la actitud que contiene esta Vida es mi Suprema Voluntad, y esta Voluntad desarrolla el amor, la reparación, la inmolación y todo lo demás que hago en el Sacramento […]. Y he aquí cómo también tú puedes formar la hostia: La hostia es material y hechura del todo humana; también tú tienes un cuerpo material y una voluntad humana, este cuerpo tuyo y esta tu voluntad, si los mantienes puros, rectos, alejados de cualquier sombra de pecado, son los accidentes, los velos para poderme consagrar y vivir escondido en ti. Pero esto no basta, sería como en la hostia sin la consagración, por eso se necesita mi Vida; mi Vida está compuesta de santidad, de amor, de sabiduría, de potencia, etc., pero el motor de todo es mi Voluntad, por eso después de que has preparado la hostia, debes hacer morir tu voluntad en esa hostia, la debes cocer bien, bien, para hacer que no renazca más, y debes hacer entrar en todo tu ser a mi Voluntad, y Ésta, que

contiene toda mi Vida, formará la verdadera y perfecta consagración […]. Entonces, cada vez que hagas correr tu voluntad en la mía, en tus deseos y en todo lo que eres y puedes hacer, Yo renovaré la consagración, y como en hostia viviente, no muerta como son las hostias sin Mí, Yo continuaré mi Vida en ti. Pero esto no es todo, en las hostias consagradas, en los copones, en los sagrarios, todo está muerto, mudo, no hay sensiblemente un latido, un ímpetu de amor que pueda responder a tanto amor mío. Si no fuera porque espero a los corazones para darme a ellos, Yo sería bien infeliz, quedaría defraudado en mi Amor y sin finalidad mi Vida Sacramental; y si esto lo tolero en los tabernáculos, no lo toleraré en las hostias vivientes.»

« Figlia mia, anche tu puoi formare delle ostie e consacrarle. Vedi la veste che mi copre nel sacramento? Sono gli accidenti del pane con cui viene formata l'ostia, la vita che esiste in quest'ostia è il mio corpo, il mio sangue e la mia Divinità, l'attitudine che contiene questa vita è la mia Suprema Volontà e questa Volontà svolge l'amore, la riparazione, l'immolazione e tutto il resto che faccio nel sacramento […]. Ed ecco come anche tu puoi formare l'ostia: l'ostia è materiale e tutta opera umana, anche tu hai un corpo materiale ed una volontà umana, questo tuo corpo e questa tua volontà, se li manterrai puri, retti, lontani da qualunque ombra di peccato, sono gli accidenti, i veli per potermi consacrare e vivere nascosto in te. Ma non basta, ciò sarebbe come all'ostia senza la consacrazione, onde ci vuole la mia vita; la mia vita è composta di santità, di amore, di sapienza, di potenza, ecc., ma il motore di tutto è la mia Volontà, quindi, dopo che hai preparato l'ostia, devi far morire la tua volontà nell'ostia, la devi cuocere ben bene per fare che più non rinasca e devi far sottentrare in tutto l'essere tuo la mia Volontà e Questa, che contiene tutta la mia vita, formerà la vera e perfetta consacrazione […]. Onde, ogniqualvolta farai scorrere la tua volontà nella mia, i tuoi desideri e tutto ciò che sei e potrai fare, Io rinnoverò la consacrazione e come ostia vivente, non morta, quali sono le ostie senza me, Io continuerò la mia vita in te. Ma non è tutto, nelle ostie consacrate, nelle pissidi, nei tabernacoli, tutto è morto, muto, non vi è sensibilmente un palpito, uno slancio d'amore che possa rispondere a tanto mio amore. Se non fosse ché Io aspetto i cuori per darmi a loro, Io sarei ben infelice e resterei defraudato nel mio amore e la mia vita sacramentale sarebbe senza scopo; e se ciò tollero nei tabernacoli, non lo tollererei nelle ostie viventi. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 15 de febrero de 1931:

«Hija mía, el amor es vida, y cuando este amor sale del alma que vive en mi Voluntad, tiene virtud de formar en Dios mismo la Vida de amor, y como la sustancia de la Vida Divina es el amor, por eso la criatura con su amor forma en Dios otra Vida Divina, y Nosotros sentimos en Nosotros mismos nuestra Vida formada por la criatura.»

« Figlia mia, l'amore è vita e quando questo amore esce dall'anima che vive nella mia Volontà, ha virtù di formare in Dio stesso la vita d'amore e siccome la sostanza della Vita Divina è l'amore, quindi la creatura, col suo amore, forma in Dio un'altra vita Divina e noi sentiamo in noi stessi la nostra vita formata dalla creatura. »

Y las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, en el propio texto de la contemplación de la Cuarta Hora —«El lavatorio de los pies, la Cena eucarística» (20:00-21:00)—, ponen en labios de Jesús en el Cenáculo:

«…permíteme que me encarne en cada hostia para continuar su salvación y ser vida de cada uno de mis hijos. […] Nuestras obras son eternas, mi amor es irresistible; no puedo ni quiero dejar a mis hijos.»

« …ora permettimi che m'incarni in ciascun'ostia per continuare la loro salvezza ed essere vita di ciascuno dei miei figli. […] Le nostre opere sono eterne, il mio amore è

irresistibile; non posso, né voglio lasciare i miei figli. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que la Eucaristía contiene «verdadera, real y substancialmente» el Cuerpo y la Sangre de Cristo (CIC 1374) —verdad que nada en el vocabulario de las hostias vivientes relativiza: al contrario, esta presencia real es la que funda la posibilidad misma de la unión descrita aquí. San Pablo enseña que «vosotros sois el cuerpo de Cristo» (1 Co 12,27) y que la comunión en el único pan hace de nosotros «un solo cuerpo» (1 Co 10,17) —la Eucaristía no permanece jamás exterior a quien comulga, sino que lo asimila a sí misma. El Catecismo precisa, finalmente, que la Eucaristía es «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (CIC 1324): este culmen nunca es superado por la vida en la Divina Voluntad; al contrario, es su hogar permanente, cuyo fuego la hostia viviente no hace sino recoger y prolongar.

Fórmula para recordar. La hostia sacramental da a Jesús todo, salvo una respuesta sensible de amor; la hostia viviente no le da nada que Él no tenga ya, salvo esa misma respuesta que espera.

Pregunta 6 — ¿Cómo vivir la celebración de la misa en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. En cada misa, Jesús renueva ante el Padre el mismo gesto que en la tarde del Cenáculo, encarnándose de nuevo en cada hostia para ser la vida de cada uno; vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que toda la propia vida —pensamientos, miradas, palabras, deseos— permanezca en esa misma intención, de modo que toda la vida de Jesús se encuentre, realmente, repetida en quien participa en ella.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado cómo el alma puede convertirse, mediante el don de su voluntad, en una hostia viviente. Ahora es preciso mostrar cómo la propia misa, culmen de toda vida cristiana (CIC 1324, ya citado en IX.5), puede ser vivida en esa misma luz, no como un rito al que se asiste desde fuera, sino como el lugar donde toda la vida de Jesús viene, realmente, a repetirse en el alma que participa en ella.

Las *Veinticuatro Horas de la Pasión* permiten contemplar, en el propio texto de esta Cuarta Hora ya citado en IX.5, la oración que Jesús dirige al Padre en el momento de la institución de la Eucaristía: «Ahora permíteme que me encarne en cada una de las hostias para continuar su salvación y ser vida de cada uno de mis hijos» —revelando que cada misa no es solamente un memorial del Cenáculo, sino el lugar donde ese mismo don se actualiza de nuevo para cada generación. Las «Reflexiones y prácticas» de esta misma Hora enseñan después, en un registro más directamente práctico, cómo debe disponerse el alma a esta actualización: «nuestra vida […] debe estar enteramente uniformada a la suya […] para poder repetir en nosotros su misma vida». Precisan que Jesús, presente en el Sacramento, ejercita en él todas las virtudes, y que el alma toma de Él «la fortaleza, la mansedumbre, la paciencia, la tolerancia, la humildad, la obediencia»; a cambio, le da, como alimento, su amor, su voluntad, sus deseos, sus pensamientos y sus afectos.

Vivir así la misa es, por tanto, reconocer que nunca es un momento aislado del resto del día, sino el hogar desde el que irradia toda la vida cristiana ordinaria, llamada ella misma a convertirse, como mostró la Octava parte (VIII.14 y VIII.17), en un eco continuo de lo que sucedió sobre el altar. «Nuestra facultad de pensar debe alimentar el Pensamiento divino […] nuestras palabras, nuestras emociones, nuestros afectos, nuestros deseos, nuestros pasos, nuestras obras, todo debe servir para alimentar a Jesús»: este mismo movimiento de alimento recíproco ya descrito para la hostia viviente (IX.5) encuentra, en la participación consciente en la misa, su lugar más denso y fecundo, puesto que es allí donde Jesús

mismo, realmente presente, viene a buscar esta respuesta de amor que ninguna especie sacramental inerte puede darle por sí misma.

Cita. Las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, en las «Reflexiones y prácticas» de la Cuarta Hora —«El lavatorio de los pies, la Cena eucarística» (20:00-21:00):

> «Nuestra vida, para corresponder a la de Jesús, debe estar enteramente uniformada a la suya. […] Identificándose casi con nuestra voz, con nuestros afectos y con todo nuestro corazón, hace que nuestra oración sea una sola con la suya. […] para poder repetir en nosotros su misma vida. […] Jesús amante, en el Sacramento, ejercita todas las virtudes, y nosotros tomaremos de él la fortaleza, la mansedumbre, la paciencia, la tolerancia, la humildad y la obediencia. El buen Jesús nos da sus carnes como alimento, y nosotros le daremos como alimento el amor, la voluntad, los deseos, los pensamientos y los afectos.»
>
> *« La vita nostra, per corrispondere a quella di Gesù, dev'essere tutta uniformata alla sua. […] quasi immedesimandosi con la nostra voce, coi nostri affetti, con tutto il nostro cuore, per fare che la nostra preghiera sia una sola con la sua. […] per poter ripetere in noi la sua stessa vita. […] L'amante Gesù, nel Sacramento, esercita tutte le virtù, e noi da lui attingeremo la fortezza, la mansuetudine, la pazienza, la tolleranza, l'umiltà, l'ubbidienza. Il buon Gesù, dà a noi le sue carni in cibo, e noi per alimento gli daremo l'amore, la volontà, i desideri, i pensieri, gli affetti. »*

Articulación católica. El Concilio Vaticano II enseña que la liturgia es «la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza» (*Sacrosanctum Concilium* 10; cf. CIC 1324) —fórmula que este trabajo puede legítimamente iluminar mediante la imagen del hogar desde el que irradia, sobre toda la vida ordinaria, el fuego de la propia misa. San Pablo resume la intención requerida de todo fiel: «haced esto en memoria mía» (1 Co 11,24-25) —un memorial que, según la doctrina constante de la Iglesia, hace realmente presente el sacrificio único del Calvario (CIC 1364, ya citado en VI.14), no una simple conmemoración psicológica.

Fórmula para recordar. Vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que la Vida de Jesús se repita en nosotros: él nos da su Carne como alimento, y nosotros le damos nuestro amor, nuestra voluntad, nuestros deseos, nuestros pensamientos y nuestros afectos.

Pregunta 7 — ¿Cómo vivir la confesión en esta luz?

Respuesta breve. La confesión sacramental es el lugar donde la voluntad propia, salida de la Divina Voluntad por el pecado, es realmente absuelta y reintegrada en la gracia; vivida a la luz del Fiat, se convierte también en la ocasión de renovar, sin escrúpulo ni demora, el gesto mismo de deponer la propia voluntad ya aprendido en la Sexta parte —no una simple restauración del orden moral, sino un retorno concreto al movimiento mismo del intercambio continuo con Dios. Sin embargo, Jesús mismo pone en guardia, en el *Libro de Cielo*, contra la confesión reducida a la costumbre y vaciada de todo verdadero dolor, que priva al alma del fruto mismo que este sacramento debería producir.

Desarrollo. La doctrina católica de la confesión, iluminada por lo que las partes anteriores ya han establecido acerca de la naturaleza del Don, basta para sentar las bases de esta pregunta.

La Sexta parte ha mostrado que salir de la Divina Voluntad sigue siendo siempre posible, pues la libertad nunca queda suprimida (VI.7), y que el retorno, lejos de exigir un esfuerzo laborioso o una vergüenza prolongada, debe realizarse con la mayor sencillez y rapidez

posibles (VI.18). El sacramento de la confesión es precisamente el lugar instituido por Jesús mismo para que este retorno, cuando se trata de un verdadero pecado y no de una simple debilidad pasajera, quede objetiva y sacramentalmente asegurado, y no solamente sentido como interiormente probable. Vivir la confesión a la luz de la Divina Voluntad consiste, por tanto, ante todo, en no tratarla jamás como una formalidad exterior a esta vida: cada vez que la voluntad propia ha vuelto realmente a cobrar vida, en el sentido en que la Sexta parte lo entiende (VI.6), la confesión es el lugar donde Dios mismo viene a sellar, mediante una palabra de absolución dotada de eficacia propia y objetiva, el retorno que el alma desea.

Vivida así, la confesión se convierte ella misma en un acto hecho en la Divina Voluntad, en el sentido de la Octava parte (VIII.1): la intención que la anima puede ser, no el solo temor del pecado, sino el deseo positivo de recobrar, sin demora, el intercambio continuo descrito en VI.3. El examen de conciencia que la precede se convierte entonces menos en un inventario de faltas que en una relectura de los momentos en que el acto preveniente de la mañana (VI.8) fue «opacado, oscurecido por los modos humanos, por la voluntad propia, por la propia estima, por el descuido»; y la acción de gracias que la sigue se convierte en la ocasión de reformular, con confianza renovada, ese mismo acto preveniente para la continuación del camino.

Sin embargo, esta rapidez nunca es una invitación a la ligereza, y el *Libro de Cielo* lo confirma con particular fuerza. El mismo texto del 5 de noviembre de 1925, ya encontrado a propósito del bautismo (IX.1) y después de la Confirmación (IX.2), continúa su recorrido por los sacramentos hasta la penitencia: Jesús describe en él cómo su sangre se pone en acto sobre el pecador arrepentido para lavar, embellecer, sanar y fortalecer su alma, restituirle la gracia perdida y sellar sobre su frente «el beso pacífico del perdón» —pero llora también las confesiones hechas por costumbre, sin verdadero dolor, en las que su sangre, en vez de descender como un baño purificador, «desciende como fuego que las esteriliza mayormente» sobre el alma que se presenta sin contrición. Vivir la confesión a la luz de la Divina Voluntad consiste, por tanto, también en responder a este gemido preciso: no dejar jamás que la costumbre vacíe este sacramento del verdadero dolor que, por sí solo, le permite producir su fruto.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> «Pero no te detengas, vuela aún y escucharás los gemidos angustiosos del Espíritu Santo en el Sacramento de la penitencia. ¡Cuánta ingratitud, cuántos abusos y profanaciones por parte de quien lo administra y por parte de quien lo recibe! En este Sacramento mi sangre se pone en acto sobre el pecador arrepentido para descender a su alma para lavarlo, para embellecerlo, sanarlo y fortificarlo, para restituirle la gracia perdida, para ponerle en las manos las llaves del Cielo que el pecado le había arrancado, para sellar sobre su frente el beso pacífico del perdón; pero, ¡ay! cuántos gemidos desgarradores al ver acercarse a las almas a este Sacramento de la penitencia sin dolor, por costumbre, casi por un desahogo del corazón humano; otras, horrible es decirlo, en vez de ir a encontrar la vida del alma, de la gracia, van a encontrar la muerte, a desahogar sus pasiones, así que el Sacramento se reduce a una burla, a una buena charla, y mi sangre en vez de descender en ellas como lavado, desciende como fuego que las esteriliza mayormente. Así que en cada confesión nuestro amor llora inconsolablemente, y sollozando repite: "Ingratitud humana, cómo eres grande, por todas partes buscas ofenderme, y mientras te ofrezco la vida tú cambias en muerte la misma vida que te ofrezco". Ve entonces cómo nuestros gemidos esperan tu correspondencia de amor en el Sacramento de la penitencia.»
>
> *« Ma non ti fermare, vola ancora e sentirai i gemiti angosciosi dello Spirito Santo nel sacramento della penitenza. Quanta ingratitudine, quanti abusi e profanazioni da*

parte di chi lo amministra e da parte di chi lo riceve, in questo sacramento il mio sangue si mette in atto sopra il peccatore pentito per scendere sull'anima sua per lavarlo, per abbellirlo, sanarlo e fortificarlo, per restituirgli la grazia perduta, per mettergli nelle mani le chiavi del Cielo che il peccato gli aveva strappato, per suggellare sulla sua fronte il bacio pacifico del perdono. Ma, ahi quanti gemiti strazianti nel vedere avvicinarsi le anime a questo sacramento di penitenza senza dolore, per abitudine, quasi per uno sfogo del cuore umano! Altri, orribile a dirsi, invece d'andare a trovare la vita dell'anima, della grazia, vanno a trovare la morte, a sfogare le loro passioni. Sicché il sacramento si riduce ad una burla, una buona chiacchierata ed il mio sangue, invece di scendere come lavacro, scende come fuoco che li sterilisce maggiormente. Sicché in ogni confessione il nostro amore piange inconsolabilmente e singhiozzando ripete: Ingratitudine umana, quanto sei grande, dovunque cerchi d'offendermi e mentre ti offro la vita tu cambi in morte la stessa vita che ti offro. Vedi dunque come i nostri gemiti aspettano il tuo ricambio d'amore nel sacramento della penitenza? »

Articulación católica. El Catecismo enseña que «los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra Él» y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia (CIC 1422, 1446); precisa que la confesión frecuente, incluso de los pecados veniales, ayuda a «formar la conciencia, a luchar contra las malas inclinaciones, a dejarse curar por Cristo, a progresar en la vida del Espíritu» (CIC 1458) —formulación que coincide exactamente con el uso que esta obra hace de la confesión como lugar de renovación del acto preveniente. El Catecismo coloca la contrición —«un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar»— en primer lugar entre los actos del penitente (CIC 1451): exigencia fundamental que el *Libro de Cielo* no hace sino retomar a su manera, al llorar las confesiones hechas «por costumbre», sin dolor. La parábola del hijo pródigo, ya citada en VI.18, encuentra aquí su aplicación sacramental más concreta: el padre que corre al encuentro del hijo y lo reviste con la mejor túnica (Lc 15,20-22) prefigura exactamente lo que el sacerdote realiza, en nombre de Cristo, en el secreto del confesionario.

Fórmula para recordar. La confesión nunca interrumpe el intercambio continuo con Dios: cada vez que una falta real lo ha roto, es el lugar instituido y seguro de su reanudación —con la condición, advierte Jesús mismo, de no presentarse jamás en ella por costumbre, sin el verdadero dolor que, por sí solo, permite a este sacramento producir su fruto.

Pregunta 8 — ¿Cómo vivir la unción de los enfermos, el sufrimiento y el paso de la muerte en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. La unción de los enfermos es, dice Jesús, «el último desahogo de nuestro amor»: confirma la santidad de los buenos, purifica el alma por los méritos del Redentor y la reviste para comparecer ante su Creador. Vivir este sacramento en la Divina Voluntad es dejar que este último rocío del Cielo lleve a término, sin resistencia, lo que toda una vida de actos hechos en el Fiat haya preparado.

Desarrollo. Este texto cierra, en la misma entrada en la que Luisa recibe la visita de todos los sacramentos, el recorrido iniciado por el Bautismo: es significativo que el primero y el último sacramento de esta lista enmarquen así toda una vida cristiana, desde la primera hasta la última hora. Jesús describe la unción de los enfermos como el sacramento que pone «a salvo a cualquier costo» al pecador agonizante, que confirma la santidad de los buenos y de los santos, que sella «el último vínculo» entre la criatura y Dios mediante su unción, y que imprime en el alma redimida el sello del Cielo. La llama «la última pincelada que da el Espíritu Santo» para disponer al alma a partir de la tierra y comparecer ante su Creador.

Este sacramento, quizá más que ningún otro, enlaza directamente con lo que la Décima parte enseñará sobre la Pasión y con lo que la futura Decimocuarta parte desarrollará sobre la muerte transformada: el alma que ya ha aprendido, a lo largo de su vida, a dejar que la Divina Voluntad se convierta en el principio de sus actos no descubre, en la hora de la unción, una gracia extraña a su vida pasada, sino la última y más dulce confirmación de lo que ya ha comenzado a vivir. El texto llora, como en cada sacramento, la negligencia y la indisposición halladas con demasiada frecuencia en ese momento último; pero es aquí, más que en ningún otro lugar, donde esta obra quiere repetir la esperanza que gobierna todo su movimiento: nada de lo vivido en el Fiat se pierde en la hora de la muerte, sino que todo, por el contrario, se encuentra allí reunido y llevado a cumplimiento.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> « Nuestros gemidos no han terminado todavía; por eso tu correspondencia de amor llegue al lecho del moribundo cuando le es administrado el Sacramento de la extrema unción. Pero, ¡ay! cuántos gemidos, cuántas lágrimas nuestras secretas, este Sacramento contiene la virtud de poner a salvo a cualquier costo al pecador agonizante, es la confirmación de la santidad a los buenos y a los santos, es el último vínculo que pone, con su unción, entre la criatura y Dios, es el sello del Cielo que imprime en el alma redimida, es la infusión de los méritos del Redentor para enriquecerla, purificarla y embellecerla, es la última pincelada que da el Espíritu Santo para disponerla a partir de la tierra para hacerla comparecer ante su Creador.»
>
> *« I nostri gemiti non sono finiti ancora, perciò il tuo ricambio d'amore giunga sul letto del morente quando viene amministrato il sacramento della estrema unzione. Ma ahi! quanti gemiti, quante nostre lacrime segrete! Questo sacramento contiene la virtù di mettere in salvo a qualunque costo il peccatore morente, è la conferma della santità ai buoni e ai santi, è l'ultimo vincolo che mette, con la sua unzione, tra la creatura e Dio, è il suggello del Cielo che imprime nell'anima redenta, è l'infusione dei meriti del Redentore per arricchirla, purificarla e abbellirla, è l'ultima pennellata che dà lo Spirito Santo per disporla a partire dalla terra per farla comparire innanzi al suo Creatore. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que la gracia propia de este sacramento une al enfermo «más íntimamente a la Pasión de Cristo», le da «consuelo, paz y ánimo» y, si es necesario, perdona los pecados, preparando el alma «para el paso a la vida eterna» (CIC 1520-1523, 1532). La carta de Santiago ofrece su fundamento escriturístico más directo: «¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que recen por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo y el Señor lo restablecerá» (Sant 5,14-15).

Fórmula para recordar. El Bautismo abría la vida cristiana borrando la culpa; la unción de los enfermos la cierra coronándola —entre ambos, toda una vida hecha para dejarse asir, cada día un poco más, por el mismo y único Fiat.

Pregunta 9 — ¿Cómo refleja el matrimonio vivido en la Divina Voluntad a la Santísima Trinidad?

Respuesta breve. El matrimonio fue elevado por Dios al rango de sacramento para depositar en él un vínculo sagrado que simboliza a la Santísima Trinidad misma: el amor que debe reinar entre el padre, la madre y los hijos debía hacer visible, en la tierra, la concordia y la paz de la Familia Celestial. Vivir este sacramento en la Divina Voluntad es dejar que esta semejanza trinitaria vuelva a hacerse realmente visible en una familia concreta, en vez de traicionarla mediante la discordia.

Desarrollo. El texto que lleva esta pregunta completa, a su manera, todo lo que la cuarta pregunta de esta parte ya estableció sobre el principio de no sustitución: aquí también, nunca se trata de superar el sacramento del matrimonio, sino de revelar su alcance más alto. Jesús dice que elevó el matrimonio al rango de sacramento precisamente para poner en él «el símbolo de la Santísima Trinidad»: la concordia que debe reinar entre el padre, la madre y los hijos debía, en la tierra, simbolizar a la Familia Celestial misma, de manera que Dios habría debido tener, en la tierra, «otras tantas familias semejantes a la Familia del Creador», destinadas a poblar la tierra como otros tantos ángeles terrestres llamados después a poblar las regiones celestiales.

Pero el texto llora enseguida, como por cada sacramento visitado en esta entrada, lo contrario de este designio: cuántos matrimonios forman «familias de pecado» que simbolizan el infierno más bien que el Cielo, por la discordia, el desamor y el odio. Es esta misma imagen, invertida, la que da a esta obra su justa medida para este sacramento: el matrimonio vivido en la Divina Voluntad nunca es un matrimonio místico separado del matrimonio real entre un hombre y una mujer, sino este mismo matrimonio real, llegado por fin a ser aquello para lo que fue instituido —espejo visible, en una familia concreta, de la comunión trinitaria misma.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> «Pon atento el oído de tu corazón y escucha nuestros profundos gemidos en el Sacramento del matrimonio. ¡Cuántos desórdenes en él! El matrimonio fue elevado por Mí a Sacramento para poner en él un vínculo sagrado, el símbolo de la Trinidad Sacrosanta, el amor divino que Ella encierra, así que el amor que debía reinar en el padre, en la madre y en los hijos, la concordia, la paz, debía simbolizar a la Familia Celestial. Así que debía tener sobre la tierra tantas otras familias semejantes a la Familia del Creador, destinadas a poblar la tierra como otros tantos ángeles terrestres, para conducirlos a poblar las regiones Celestes. Pero, ¡ay! cuántos gemidos al ver formar en el matrimonio familias de pecado, que simbolizan el infierno con la discordia, con el desamor, con el odio, que pueblan la tierra como tantos ángeles rebeldes que servirán para poblar el infierno.»
>
> *« Presta l'orecchio del tuo cuore e ascolta i nostri profondi gemiti nel sacramento del matrimonio. Quanti disordini in esso. Il Matrimonio fu elevato da Me come sacramento per mettervi in esso un vincolo sacro, il simbolo della Trinità Sacrosanta, l'amore divino che Essa racchiude, sicché l'amore che dovrebbe regnare nel padre, nella madre e nei figli, la concordia, la pace, avrebbe dovuto simboleggiare la Famiglia Celeste. Onde avrei dovuto avere sulla terra tante altre famiglie simili alla Famiglia del Creatore, destinate a popolare la terra come altrettanti angeli terrestri, da ricondurli a popolare le regioni Celesti. Ma, ahi! quanti gemiti nel vedere formare nel matrimonio famiglie di peccato, che simboleggiano l'inferno con la discordia, col disamore, coll'odio, che popolano la terra come tanti angeli ribelli che serviranno a popolare l'inferno. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que «la familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo» (CIC 2205) —fórmula que coincide casi literalmente con el texto de Luisa sobre el símbolo trinitario. San Pablo llama a este vínculo «un gran misterio» referido a Cristo y a la Iglesia (Ef 5,31-32), y el libro del Génesis funda ya, en la diferencia del hombre y de la mujer unidos en una sola carne, la semejanza de Dios que ha de imprimirse en la tierra (Gn 1,27; 2,24).

Fórmula para recordar. Cada familia estaba llamada a ser un pequeño espejo puesto en la tierra para reflejar a la Trinidad; el pecado rompe el espejo, la Divina Voluntad lo restaura.

Pregunta 10 — ¿Cómo sirve el sacerdocio ministerial al Fiat Divino en la Iglesia?

Respuesta breve. El Orden es, dice el propio Jesús, «el Sacramento que encierra todos los demás Sacramentos juntos»: eleva al hombre a una altura suprema, le da un carácter divino y hace de él el custodio de todos los demás sacramentos. Servir al Fiat Divino en la Iglesia, para el sacerdote, consiste en conservar intacto ese carácter recibido, pues de su fidelidad depende, en un sentido muy real, la salvaguardia de toda la vida sacramental de la Iglesia.

Desarrollo. Esta pregunta abre, en esta parte, el tema del sacerdocio ministerial mismo —IX.12 volverá sobre él desde un ángulo distinto, el de la consagración mística que Jesús reserva a las almas que viven en su Voluntad, sin competir jamás con el poder sacerdotal. Aquí se trata, ante todo, de la naturaleza misma del carácter sacramental que el sacerdote recibe en su ordenación. El texto subraya la preeminencia de este carácter: el ordenado se convierte en «el repetidor» de la Vida de Jesús, «el administrador de los Sacramentos», «el revelador» de sus secretos y de su Evangelio, «el pacificador entre el Cielo y la tierra», aquel que «lleva a Jesús a las almas». Y el Orden, precisa el texto, es el Sacramento que contiene juntos todos los demás: si el ordenado conserva intacto el carácter recibido, pone en cierto modo a salvo todos los demás Sacramentos; se convierte en «el defensor y el salvador del mismo Jesús».

Por eso el texto llora, quizá más que por cualquier otro sacramento, la posible traición de este carácter: cuántos ordenados se convertirán, dice Jesús, en «un nuevo Judas», usurpando el carácter que les fue impreso. Esta obra extrae de ello una consecuencia clara para la vida en la Divina Voluntad: esta nunca añade un poder sacramental que el sacerdote no haya recibido ya por su ordenación —ese poder permanece propio e incomunicable, como mostrará la duodécima pregunta—, pero es el lugar donde toda alma, sacerdote o no, puede hacer subir hacia Dios un amor reparador por la fidelidad de quienes llevan este carácter, en unión con los gemidos mismos del Espíritu Santo por dicha fidelidad.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> «Desciende en el Sacramento del orden, aquí sí, encontrarás nuestros más íntimos dolores escondidos, las lágrimas más amargas, los gemidos más desgarradores. El orden constituye al hombre a una altura suprema, de un carácter divino, lo hace el repetidor de mi Vida, el administrador de los Sacramentos, el revelador de mis secretos, de mi Evangelio, de la ciencia más sagrada, el pacificador entre el Cielo y la tierra, el portador de Jesús a las almas; pero, ¡ay de Mí! Cuántas veces vemos en el ordenado que será un nuevo Judas, un usurpador del carácter que le ha sido impreso. […] El orden es el Sacramento que encierra todos los demás Sacramentos juntos, por eso si el ordenado sabe conservar en sí, íntegro el carácter recibido, pondrá casi a salvo todos los otros Sacramentos, será él el defensor y el salvador del mismo Jesús.»
>
> *« Scendi nel Sacramento dell'ordine, qui sì, troverai i nostri più intimi dolori nascosti, le lacrime più amare, i gemiti più strazianti. L'ordine porta l'uomo ad un'altezza suprema, gli dà un carattere divino, diventa il ripetitore della mia Vita, l'amministratore dei sacramenti, il rivelatore dei miei segreti, del mio Vangelo, della scienza più sacra, il paciere tra il Cielo e la terra, il portatore di Gesù alle anime; ma ahimè! quante volte vediamo nell'ordinato che sarà un nostro Giuda, un usurpatore del carattere che gli viene impresso. […] L'ordine è il sacramento che racchiude tutti gli altri sacramenti insieme, perciò se l'ordinato saprà conservare in sé integro il carattere ricevuto, metterà quasi in salvo tutti gli altri sacramenti; sarà lui il difensore ed il salvatore dello stesso*

Gesù. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que el sacramento del Orden imprime un «carácter espiritual indeleble», configura al sacerdote con Cristo Sacerdote y le permite actuar *in persona Christi Capitis* (CIC 1548, 1581-1583) —precisión doctrinal que IX.12 retomará para un caso todavía más delicado y que IX.10 establece aquí primero bajo el ángulo de la responsabilidad que de ella se deriva. La carta a los Hebreos recuerda que «todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios» (Heb 5,1), papel de mediación que el texto de Luisa llama, a su manera, «pacificador entre el Cielo y la tierra».

Fórmula para recordar. El Orden «encierra juntos todos los demás sacramentos»: el sacerdote se convierte en repetidor de la Vida de Jesús, administrador de los sacramentos, pacificador entre el Cielo y la tierra y portador de Jesús a las almas.

Pregunta 11 — ¿Cómo vivir la obediencia a la Iglesia en la Divina Voluntad, siguiendo el ejemplo de Luisa?

Respuesta breve. La obediencia a la Iglesia —representada concretamente, para Luisa, por sus sucesivos confesores y por la autoridad del Santo Oficio— no es jamás una imposición exterior a la vida en la Divina Voluntad: es el vínculo mismo por el que esta vida permanece fiel y segura, como muestra el hecho de que Luisa no escribió nunca una sola línea de sus treinta y seis volúmenes sin una orden explícita de sus confesores y que se sometió sin vacilar, en 1938, a la decisión del Santo Oficio de incluir tres de sus obras en el Índice.

Desarrollo. Después de haber mostrado cómo la vida en la Divina Voluntad se vincula con los sacramentos (IX.1-10), es preciso ahora determinar su relación con la autoridad viva de la Iglesia misma —cuestión tanto más importante cuanto que la Quinta parte ya expuso la agitada historia de la recepción de Luisa por esta misma autoridad (V.11).

Un testimonio de esta obediencia se encuentra desde la primera página del diario que Luisa comienza a llevar, por orden de su confesor, el 28 de febrero de 1899: «Por orden del confesor empiezo a escribir lo que pasa entre Nuestro Señor y yo día por día […]. Pero, ¡oh santa obediencia, qué atadura tan potente eres! Sólo tú podías vencerme y superar todas mis repugnancias, que son como montes insuperables, y me atas a la Voluntad de Dios y del confesor». Este testimonio no es aislado: fue verdaderamente por obediencia, y nunca por iniciativa propia, como Luisa redactó la totalidad de sus treinta y seis volúmenes durante cerca de cuarenta años, entregando cada cuaderno para que fuera examinado por los sucesivos confesores delegados por el arzobispo de Trani.

Esta obediencia nunca fue desmentida, ni siquiera en el momento más doloroso: cuando, en 1938, el Santo Oficio incluyó en el Índice tres obras extraídas de sus escritos —hecho ya expuesto sin rodeos en V.11—, Luisa, por orden de su propio confesor, entregó inmediatamente sus cuadernos manuscritos al enviado de Roma, se sometió sin reservas al juicio de la autoridad eclesiástica y dirigió a su arzobispo la declaración de total sumisión citada a continuación. Este gesto, en la hora misma en que más le costaba la obediencia, ofrece a esta obra su criterio más seguro: la vida en la Divina Voluntad, tal como la vivió la propia Luisa, nunca se construyó contra la autoridad de la Iglesia ni al margen de ella, sino enteramente bajo ella, incluso en sus decisiones más difíciles de recibir.

Cita de Luisa. Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 2, 28 de febrero de 1899:

> «Por orden del confesor empiezo a escribir lo que pasa entre Nuestro Señor y yo día por día […]. Confieso la verdad, siento una gran repugnancia, es tanto el esfuerzo que

debo hacer para vencerme, que sólo el Señor puede saber el desgarro de mi alma. Pero, ¡oh santa obediencia, qué atadura tan potente eres! Sólo tú podías vencerme y superar todas mis repugnancias, que son como montes insuperables, y me atas a la Voluntad de Dios y del confesor.»

« Per ordine del confessore incomincio a scrivere ciò che passa tra me e Nostro Signore giorno per giorno. […] Confesso la verità, gran ripugnanza io provo, è tanto lo sforzo che devo fare per vincermi, che solo il Signore può sapere lo strazio dell'anima mia. Ma, oh santa obbedienza, che legame potente tu sei! Tu sola potevi vincermi e superare tutte le mie ripugnanze, quasi monti insuperabili, mi leghi alla Volontà di Dio e del confessore. »

Un segundo texto, escrito cerca de cuarenta años más tarde en las circunstancias más dolorosas de toda su vida, lleva esta misma obediencia a su punto culminante. Luisa, carta a Mons. Giuseppe M. Leo, arzobispo de Trani, 19 de septiembre de 1938 —ya citada en V.11:

«Espontánea y prontamente, cumplo el deber de alma cristiana de presentar humildemente mi sumisión incondicional, pronta, plena y absoluta al juicio de la Santa Iglesia Romana; por lo cual, sin restricción alguna, repruebo y condeno cuanto la Suprema Congregación del Santo Oficio reprueba y condena en mis escritos publicados antes mencionados, en el sentido que la misma Suprema Congregación entiende.»

« Spontaneamente e prontamente compio il dovere di anima cristiana di umiliare la mia incondizionata, pronta, piena ed assoluta sottomissione al giudizio della S. Romana Chiesa, per cui, senza restrizione alcuna, riprovo e condanno quanto la Suprema Congregazione del S. Uffizio riprova e condanna nei sopracitati miei scritti pubblicati, nel senso che la medesima Suprema Congregazione intende. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que ningún carisma, ni siquiera el más extraordinario, dispensa «de la referencia y de la sumisión a los Pastores de la Iglesia» y que siempre es necesario su discernimiento (CIC 801); *Lumen gentium* precisa que «el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia» (LG 12, ya citado en V.12). El caso de santa Teresa de Ávila, que escribió toda su obra por obediencia y bajo el examen constante de sus confesores y de la Inquisición, ofrece un precedente cercano al de Luisa. San Pablo pide: «Obedeced y someteos a vuestros guías, pues ellos se desvelan por vuestro bien, sabiéndose responsables» (Heb 13,17) —obediencia que nunca humilla a quien la vive, sino que se convierte, como muestra el caso de Luisa, en el vínculo mismo que garantiza la seguridad de su camino.

Fórmula para recordar. La obediencia nunca fue, para Luisa, un obstáculo para su misión: fue su vínculo mismo, incluso en la hora más dolorosa de 1938.

Pregunta 12 — ¿Cómo consagra Jesús directamente a las almas que viven en su Voluntad?

Respuesta breve. A las almas que viven en su Voluntad, Jesús se reserva para Sí mismo el privilegio de consagrarlas directamente cada vez que repiten sus actos en Él: «lo que hace el sacerdote sobre la hostia lo hago Yo con ellas». No una presencia solamente mística, sino una unión real, de un orden propio, que Jesús obra en Persona —mientras el sacerdote ejerce el poder que ningún otro puede ejercer: solo por sus manos el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Dos consagraciones, cada una fundando lo que la otra no puede fundar.

Desarrollo. Este mismo registro de «Vida real», ya nombrado en VII.6, ilumina aquí bajo una luz particular el lugar del sacerdote. Jesús se muestra, respecto de las almas que viven en su Voluntad, en una especie de «celos de amor» que lo impulsa a querer darles Él mismo todo —«ayuda, dirección, socorros inesperados, gracias imprevistas». Llega hasta esta declaración de una audacia radical: «si doy la potestad a los sacerdotes de consagrarme en las hostias sacramentales para hacerme dar a las almas, en cambio a estas almas, conforme van repitiendo sus actos en mi Voluntad […], Yo mismo me reservo el privilegio de consagrar a estas almas, y lo que hace el sacerdote sobre la hostia lo hago Yo con ellas» —no una vez para siempre, precisa inmediatamente, sino «cada vez que repite sus actos en mi Voluntad»: es, por tanto, verdaderamente el alma la que Él consagra, pero nunca como un estado adquirido de una vez para siempre —esta consagración se renueva y se da en cada acto repetido.

Jesús va todavía más lejos, en un texto que esta obra aún no había citado íntegramente: «como imán potente me llama, y Yo, cual hostia privilegiada la consagro, le voy repitiendo las palabras de la Consagración, y esto lo hago con justicia, porque el alma con hacer mi Voluntad se sacrifica de más que las que comulgan y no hacen mi Voluntad […]. Mi amor no resiste para darme en comunión a ellas hasta que el sacerdote quiera darles una hostia sacramental, por eso hago todo por Mí. ¡Oh! cuántas veces me doy en comunión antes de que el sacerdote quiera darme él». Concluye: «Yo soy libre, los sacramentos los tengo en mi corazón, Yo soy el dueño y puedo ejercitarlos cuando quiero».

Lo que Jesús llama aquí «darme en comunión a ellas» o «consagrar a estas almas» no es jamás una manera debilitada de hablar ni, a la inversa, una comunión eucarística paralela: es el mismo registro que la Séptima parte ya ha llamado, a propósito de la hostia viviente, una «Vida real» y no una simple «vida mística» —presencia real de Jesús en el alma cuya voluntad propia ya no le opone nada, exactamente como Él está realmente presente en la hostia porque el pan no puede oponerle voluntad alguna (VII.6). «Darse en comunión al alma», en este texto, designa este don real de su Vida, no el acto sacramental de la Comunión eucarística propiamente dicha.

Es preciso nombrar aquí, sin atenuarla, la objeción que este texto podría suscitar con particular fuerza: decir que Jesús «se da en comunión al alma» antes incluso de que el sacerdote le dé la hostia, ¿significa que el alma unida a la Divina Voluntad recibe una comunión sacramental sin el ministerio del sacerdote, o que este ministerio se volvería superfluo para ella? Tal lectura queda absolutamente excluida por la fe católica: sólo los sacerdotes válidamente ordenados pueden consagrar el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor, y sólo mediante esta consagración se realiza la transubstanciación (CIC 1411, 1413). Nada en este texto afirma lo contrario: Jesús nunca habla aquí de transformar el pan, sino de venir Él mismo, realmente, a habitar una voluntad que ya no le opone resistencia —don verdadero, pero de un orden distinto del que sólo el sacramento puede conferir, y que deja intacta para el alma la necesidad de recibir la Eucaristía sacramental cada vez que pueda.

El sacerdote conserva, por tanto, para la Eucaristía, un lugar que nada sustituye jamás: ningún alma, aunque sea la más unida a la Divina Voluntad, recibe por esta unión el poder de transubstanciar el pan y el vino —poder que sólo ejerce un sacerdote válidamente ordenado, cualquiera que sea su grado personal de santidad, y que Jesús quiso confiar a la Iglesia mediante el único sacramento del Orden. Pero, junto a este poder sacramental, Jesús consagra Él mismo, en unión real de voluntad, al alma que se le entrega sin reserva —sin que las dos consagraciones rivalicen jamás, edificando cada una lo que la otra no puede fundar.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 20 de junio de 1918:

«…Para quien hace mi Voluntad y vive en Ella, mi amor no encuentra obstáculo, y Yo lo amo y lo prefiero tanto que reservo para Mí solo el hacer todo lo que se necesita para ellos, y ayuda, dirección, socorros inesperados, gracias imprevistas. Más bien soy celoso de que otros le hagan alguna cosa; quiero hacerlo todo Yo, y llega a tanto mi celo de amor, que si doy la potestad a los sacerdotes de consagrarme en las hostias sacramentales para hacerme dar a las almas, en cambio a estas almas, conforme van repitiendo sus actos en mi Voluntad, conforme se resignan, conforme hacen salir el querer humano para hacer entrar al Querer Divino, Yo mismo me reservo el privilegio de consagrar a estas almas, y lo que hace el sacerdote sobre la hostia lo hago Yo con ellas, y no una sola vez, sino cada vez que repite sus actos en mi Voluntad, como imán potente me llama, y Yo, cual hostia privilegiada la consagro, le voy repitiendo las palabras de la Consagración, y esto lo hago con justicia, porque el alma con hacer mi Voluntad se sacrifica de más que las que comulgan y no hacen mi Voluntad, aquellas se vacían de sí mismas para ponerme a Mí, me dan pleno dominio, y si es necesario están dispuestas a sufrir cualquier pena para hacer mi Voluntad, y Yo no puedo esperar, mi amor no resiste para darme en comunión a ellas hasta que el sacerdote quiera darles una hostia sacramental, por eso hago todo por Mí. ¡Oh! cuántas veces me doy en comunión antes de que el sacerdote quiera darme él, si esto no fuera así, mi amor quedaría como obstaculizado y atado en los sacramentos. No, no, Yo soy libre, los sacramentos los tengo en mi corazón, Yo soy el dueño y puedo ejercitarlos cuando quiero.»

« …Per chi fa la mia Volontà e vive in Essa, il mio amore non trova inceppo ed Io lo amo e prediligo tanto da riservare a Me solo il compito di dare tutto ciò che ci vuole per loro: aiuti, direzione, soccorsi inaspettati e grazie impreviste. Anzi sono geloso che altri facciano qualche cosa per loro; voglio fare tutto Io e giungo a tanta gelosia d'amore, che se do la potestà ai sacerdoti di consacrarmi nelle ostie sacramentali per farmi dare alle anime, invece a queste, come vanno ripetendo gli atti nella mia Volontà, come si rassegnano, come fanno uscire il volere umano per farvi entrare il Voler Divino, Io stesso mi riservo il privilegio di consacrare queste anime e ciò che fa il sacerdote sull'ostia, Io faccio con loro e non una volta, ma ogniqualvolta ripete gli atti nella mia Volontà, come calamita potente mi chiama, ed Io, qual ostia privilegiata la consacro, le vado ripetendo le parole della Consacrazione e questo, lo faccio con giustizia, perché l'anima col fare la mia Volontà, si sacrifica di più di quelle anime che fanno la comunione e non fanno la mia Volontà, esse si vuotano di se stesse per mettere Me, mi danno pieno dominio, se occorre, sono pronte a soffrire qualunque pena per fare la mia Volontà il mio amore non resiste per comunicarmi loro ed Io non posso aspettare, quando è comodo al sacerdote dare un'ostia sacramentale, perciò faccio tutto da Me. Oh! quante volte mi comunico all'anima prima che il sacerdote si senta comodo di comunicarla lui, se ciò non fosse, il mio amore resterebbe come inceppato e legato nei sacramenti. No, no, Io sono libero; i sacramenti li ho nel mio cuore, ne sono il padrone e posso esercitarli quando voglio. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que el sacerdocio ministerial «aunque su diferencia es esencial y no sólo en grado» respecto del sacerdocio común de los fieles, está ordenado a éste, y que el sacerdote actúa *in persona Christi Capitis* de manera propia del sacramento del Orden (CIC 1547-1548) —distinción que ninguna unión de voluntad con Dios, por real y elevada que sea, puede jamás colmar ni sustituir, precisamente porque procede de un don sacramental objetivo y no de un grado de santidad personal. El Concilio de Trento condenó solemnemente la idea de que todos los cristianos fueran igualmente sacerdotes (Dz 1767-1770) —condena que establece el límite absoluto de toda lectura del texto aquí citado. Por consiguiente, es preciso recordar, como ya se hizo en IX.4, que la vida en la Divina Voluntad honra el sacerdocio ministerial mucho más de lo que compite con él,

al interceder sin cesar por las vocaciones sacerdotales de las que depende, literalmente, la existencia misma de la Vida sacramental de Jesús sobre la tierra.

Fórmula para recordar. Jesús consagra Él mismo, en unión real, al alma que se entrega enteramente a su Voluntad —hasta darse en comunión a ella antes incluso de que el sacerdote le dé la hostia; pero ningún alma, aunque sea la más unida a Él, consagra jamás por sí misma una hostia sin sacerdote.

Pregunta 13 — ¿Cómo une la vida en la Divina Voluntad la oración del alma a la liturgia y a los sacramentos de la Iglesia?

Respuesta breve. La misa, enseña Jesús a Luisa desde los primerísimos tiempos de su camino, contiene por sí sola «todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión»: resume la Redención, anuncia la resurrección de los cuerpos y hace «casi tocar con la mano», por el ritmo mismo de la consagración, de la consunción de las especies y de la nueva consagración, el misterio pascual entero. Vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que esta contemplación cierre también el movimiento propio de esta parte: el vuelo del alma que desciende hasta el fondo de cada sacramento para ofrecer allí por fin la correspondencia de amor que este espera.

Desarrollo. Si IX.6 mostró cómo vivir existencialmente la misa como intercambio recíproco con Jesús, este texto más antiguo descubre su sentido mismo, como resumen de toda la fe cristiana. Un texto de los primerísimos comienzos del *Libro de Cielo* —anterior a la primera entrada fechada del corpus (28 de febrero de 1899), y que pertenece a esos recuerdos de su vida espiritual más antigua que Luisa redactó por orden de su confesor— ofrece sobre la misa una meditación de una riqueza raramente igualada, bajo el título que ella misma le da: «Reflexiones sobre la Santa Misa». Jesús hace comprender en ella a Luisa que la misa contiene «todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión»: recuerda la Redención, detalla los sufrimientos padecidos por amor y revela que este amor no se contentó con la cruz, sino que quiso prolongarse, como víctima, en la Santísima Eucaristía.

Este mismo texto anuncia también uno de los misterios más consoladores de la fe cristiana: la resurrección de los cuerpos —cuestión que la Decimocuarta parte desarrollará plenamente (XIV.6). Jesús ofrece aquí una figura sorprendente, tomada del ritmo mismo de la Eucaristía: primero, su Resurrección; después, su estado de aniquilamiento bajo las especies, donde permanece, sin embargo, «vivo y verdadero»; luego, consumidas las especies, la cesación de su presencia real; y, finalmente, en la consagración siguiente, su retorno al estado sacramental. Este ciclo —presencia, aniquilamiento aparente, ausencia, retorno glorioso— nunca se presenta como un puro símbolo: es la figura exacta de lo que espera al cuerpo de cada cristiano, deshecho por la muerte y después devuelto, «por un prodigio de la Omnipotencia de Dios», a una vida nueva e imperecedera.

Jesús concluye esta meditación con una imagen de absorción que nunca borra aquello que transfigura: en el gran día del juicio, dice, sucederá como cuando el sol sale sobre un cielo estrellado —las estrellas desaparecen ante nuestros ojos, absorbidas por la luz, pero no por ello dejan de existir. «El sol es Dios y todas las almas bienaventuradas son estrellas»: este mismo Dios, mediante su luz inmensa, absorberá un día en Sí a todas las almas, sin aniquilarlas jamás —la criatura continuará existiendo, pero ya enteramente bañada en el mar inmenso de Dios.

Esta contemplación cierra el movimiento recorrido a lo largo de toda esta parte: lejos de abrir un espacio de oración paralelo al de la Iglesia, la vida en la Divina Voluntad hace al alma más íntimamente presente en la misma oración litúrgica y sacramental, en su fondo

más escondido —lo cual confirma, en un texto mucho más tardío, la misma invitación que Jesús dirige a Luisa respecto de todos los sacramentos: «con tu vuelo en mi Voluntad ponte en todos los Sacramentos instituidos por Mí, desciende en el fondo de ellos para darme tu pequeña correspondencia de amor […]. ¡Oh! Cuántas lágrimas mías secretas encontrarás en ellos, cuántos suspiros amargos, cuántos gemidos ahogados del Espíritu Santo». Unir la propia oración a la de la Iglesia, bajo esta luz, nunca significa añadir una devoción personal junto a la liturgia común: es prestar la propia atención y el propio amor a lo que la Iglesia, en cada una de sus celebraciones, lleva ya silenciosamente —desde el sentido más total de la misa hasta las lágrimas secretas de cada sacramento particular.

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 1, «Reflexiones sobre la Santa Misa» — texto no fechado, anterior a la primera entrada fechada del corpus (28 de febrero de 1899):

> «…Jesús me hacía entender que en la misa está todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión. ¡Ah! Sí, la misa nos dice todo y nos habla de todo. La misa nos recuerda nuestra Redención, nos habla detalladamente de las penas que Jesús sufrió por nosotros, nos manifiesta también su Amor inmenso que no estuvo contento con morir sobre la cruz, sino que quiso continuar el estado de víctima en la Santísima Eucaristía. […] Son misterios profundos que los comprenderemos sólo más allá de las estrellas. Pero Jesús en el Sacramento nos lo hace casi tocar con la mano en varios modos: En primer lugar su Resurrección, en segundo su estado de aniquilamiento bajo de aquellas especies, pero también es cierto que está en ellas vivo y verdadero, pero consumidas esas especies su real presencia no existe más; después, consagradas las especies de nuevo, Jesús adquiere nuevamente su estado Sacramental. […] A mí me parece que en aquel gran día sucederá como cuando el cielo está estrellado y sale el sol, ¿qué sucede? El sol, con su inmensa luz absorbe las estrellas y las hace desaparecer, pero las estrellas existen. El sol es Dios y todas las almas bienaventuradas son estrellas, Dios con su inmensa luz nos absorberá a todos en Sí, de modo que existiremos en Dios y nadaremos en el mar inmenso de Dios.»
>
> *« …Gesù mi fece capire che nella messa c'è tutto il fondo della nostra sacrosanta religione. Ah! sì, la messa ci dice tutto e ci parla di tutto. La messa ci ricorda la nostra redenzione, ci parla a parte a parte delle pene che Gesù patì per noi, ci manifesta ancora l'amore immenso perché non fu contento di morire sulla croce, ma volle continuare lo stato di vittima nella Santissima Eucarestia. […] Sono misteri profondi che comprenderemo solo al di là delle stelle, ma Gesù in sacramento ce li fa quasi toccare con mano in più modi. In primo, la sua Resurrezione; in secondo il suo stato di annientamento sotto quelle specie, ma pure è certo che Gesù sta vivo e vero. Poi, consumate quelle specie, la sua reale presenza non esiste più. Di poi consacrate quelle specie, di nuovo viene ad acquistare il suo stato sacramentato. […] A me sembra che in quel gran giorno succederà come quando il cielo è stellato ed esce il sole, che avviene? Il sole, con la sua immensa luce assorbe le stelle e le fa scomparire, ma le stelle esistono. Il sole è Dio e tutte le anime beate sono stelle, Iddio con la sua immensa luce ci assorbirà tutti in Sé, in modo che esisteremo in Dio e nuoteremo nel mare immenso di Dio. »*

Un segundo texto, mucho más tardío, cierra este mismo movimiento para el conjunto de los sacramentos. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> «Hija mía, con tu vuelo en mi Voluntad ponte en todos los Sacramentos instituidos por Mí, desciende en el fondo de ellos para darme tu pequeña correspondencia de amor. ¡Oh! Cuántas lágrimas mías secretas encontrarás en ellos, cuántos suspiros amargos, cuántos gemidos ahogados del Espíritu Santo, su gemido es continuo por las tantas desilusiones de nuestro amor. Los Sacramentos fueron instituidos para continuar mi Vida sobre la tierra en medio de mis hijos, pero, ¡ay de Mí, cuántos dolores! Por eso

siento la necesidad de tu pequeño amor, será pequeño, pero mi Voluntad me lo hará grande…»

« Figlia mia, con il tuo volo nella mia Volontà giungi in tutti i sacramenti da Me istituiti, scendi nel fondo di essi per darmi il tuo piccolo ricambio d'amore. Oh! quante mie lacrime segrete troverai, quanti sospiri amari, quanti gemiti soffocati dello Spirito Santo, il suo gemito è continuo alle tanti disillusioni del nostro amore. I sacramenti furono istituiti per continuare la mia Vita sulla terra in mezzo ai figli miei, ma ahimè! quanti dolori! Perciò sento la necessità del tuo piccolo amore, sarà piccolo, ma la mia Volontà me lo farà grande… »

Articulación católica. El Catecismo enseña que la Eucaristía es «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (CIC 1324, ya citado en IX.6) —afirmación que este texto de los primerísimos comienzos del *Libro de Cielo* anticipa a su manera, al encontrar en ella «todo el fundamento» de la fe cristiana. Una antigua oración que el propio Catecismo recoge une expresamente este misterio a la esperanza de la resurrección: «se nos da la prenda de la gloria futura» (CIC 1402, antífona *O Sacrum Convivium*); citando a san Ireneo, el Catecismo precisa que nuestros cuerpos, al participar en la Eucaristía, tienen ya «la esperanza de la resurrección» (CIC 1000). San Pablo, finalmente, pide: «Siempre en oración y súplica, orad en toda ocasión en el Espíritu» (Ef 6,18), y recuerda que el Espíritu mismo «intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rom 8,26) —versículo que se une a los «gemidos ahogados del Espíritu Santo» que Jesús revela a Luisa en el segundo texto aquí citado.

Fórmula para recordar. La misa nunca dice una sola cosa: dice toda la fe —Redención, presencia real, resurrección prometida— y cierra, en su propio ritmo de consagración y consunción, el movimiento mismo por el cual el alma, a través de todos los sacramentos, desciende finalmente para ofrecer a Dios la correspondencia de amor que espera.

Pregunta 14 — ¿Cómo vivir en comunión y obediencia con la jerarquía de la Iglesia?

Respuesta breve. Jesús enseña a Luisa, en una regla de vida en cuatro puntos, que la obediencia a los superiores legítimos dados en la tierra y la obediencia a su Voluntad no son jamás dos virtudes jerarquizadas, sino «dos virtudes de obediencia» del mismo valor, una de las cuales no puede existir sin la otra: vivir en comunión con la jerarquía de la Iglesia no es, por tanto, jamás un servicio prestado desde fuera, sino el ejercicio concreto y visible de la misma obediencia que el alma debe a Dios.

Desarrollo. El 18 de noviembre de 1900, Jesús une su corazón al de Luisa y la hace entrar en un «estado de consumación perfecta»; dos días más tarde, al explicarle que desde entonces debe «vivir de [su] corazón», le da, para este nuevo modo de vida, una regla en cuatro puntos: uniformidad perfecta a su Voluntad, humildad profunda, pureza en todo —y, en cuarto lugar, la obediencia. Este cuarto punto merece ser leído con la mayor atención, porque se niega explícitamente a separar lo que la imaginación tiende a separar: la obediencia prestada a los superiores visibles y la obediencia prestada a Dios mismo.

En este texto, Jesús no establece ni jerarquía ni anterioridad entre las dos obediencias: las llama «dos virtudes de obediencia» rigurosamente del mismo valor, unidas hasta el punto de que «la una no puede existir sin la otra». Este texto, dado como regla general de vida y no en razón de la misión extraordinaria de Luisa, funda, por tanto, un principio que vale para todo fiel: la comunión con la jerarquía legítima de la Iglesia no es jamás una opción paralela ni un servicio que se escogería prestarle desde fuera, sino el ejercicio concreto, visible y cotidiano de la misma obediencia que el alma debe a la Voluntad de Dios.

La propia Luisa ofrece, en su vida, la ilustración más acabada: sin escribir jamás una línea sin la orden de su confesor, sometiéndose sin resistencia, en 1938, a la decisión del Santo Oficio (IX.11) —pero este texto del 20 de noviembre de 1900 muestra que esta obediencia no era, para ella, un privilegio propio de su misión: era ya, mucho antes de que esta misión se precisara, la regla misma de toda vida entregada a la Divina Voluntad.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 20 de noviembre de 1900:

> «La obediencia va unida con mi Voluntad, porque si esta virtud se refiere a los superiores que te he dado en la tierra, mi Voluntad es obediencia que se refiere a Mí directamente, tanto que se puede decir que la una y la otra, ambas son virtud de obediencia, con esta sola diferencia, que una se refiere a Dios y la otra se refiere a los hombres, las dos tienen el mismo valor y no puede estar la una sin la otra, por lo que a las dos las debes amar de una misma manera.»
>
> *« L'ubbidienza va connessa con la mia Volontà, perché se questa virtù riguarda i superiori, che ti ho dato in terra, la mia Volontà è ubbidienza che riguarda Me direttamente, tanto che si può dire che l'una e l'altra sono tutte e due virtù d'ubbidienza, con questa sola differenza, che l'una riguarda Dio e l'altra riguarda gli uomini; tutte e due hanno lo stesso valore e non ci può stare l'una senza dell'altra, quindi devi amare tutte e due allo stesso modo. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que los fieles «tienen el deber de observar las constituciones y los decretos promulgados por la autoridad legítima de la Iglesia», y que «aunque sean disciplinares, estas determinaciones requieren la docilidad en la caridad» (CIC 2037) —fórmula que coincide casi palabra por palabra con el principio enunciado aquí: la obediencia a la autoridad legítima no es jamás una carga distinta del amor debido a Dios, sino una expresión concreta de él. El propio Jesús había establecido el fundamento de esta continuidad al enviar a sus discípulos: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha» (Lc 10,16) —versículo que impide separar la obediencia prestada a los sucesores legítimos de los Apóstoles de la prestada al mismo Cristo.

Fórmula para recordar. Obedecer a Dios y obedecer a los superiores legítimos que Él ha dado en la tierra no son jamás dos obediencias rivales ni sucesivas: son, dice Jesús, «dos virtudes de obediencia» del mismo peso, y el alma no puede amar una sin la otra.

Décima parte — La Pasión, la reparación y las 24 Horas

Pregunta 1 — ¿Por qué la Pasión es central en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús quiso sufrir en su Humanidad precisamente para «rehacer» la naturaleza humana corrompida y sin esperanza: por tanto, nunca es un episodio que la vida en la Divina Voluntad dejaría atrás como superado, sino el acto mismo por el cual esta naturaleza llegó a ser capaz, un día, de recibir el Reino del que esta obra habla desde su origen.

Desarrollo. Después de haber contemplado el Don mismo (Sexta y Séptima partes), sus actos (Octava parte) y su inserción en los sacramentos y en la Iglesia (Novena parte), este trabajo debe ahora volver sobre sus pasos, hacia la fuente misma de la que todo procede: la Pasión de Jesús. Este retorno no es un simple recuerdo piadoso: es preciso mostrar por qué nada, en el Reino de la Divina Voluntad, puede jamás dejar atrás la Cruz como una etapa superada.

Jesús se lo dice a Luisa sin rodeos: la naturaleza humana estaba corrompida, humillada, sin esperanza de gloria ni de resurrección, y quiso sufrir todas las humillaciones en su Humanidad —ser desnudado, flagelado, dejar que sus carnes cayeran en pedazos bajo los azotes, deshaciendo casi su Humanidad— para «rehacer la humanidad de las criaturas» y hacerla resurgir llena de vida, de honor y de gloria para la vida eterna. «¿Qué otra cosa podía hacer y que no haya hecho?»

Esta pregunta retórica de Jesús confiere a la Pasión su estatuto exacto en la economía de esta obra: no es ni un prólogo superado por el posterior desarrollo de la Redención (ya establecido en III.1-11), ni un simple ejemplo moral que contemplar desde lejos, sino el acto fundador y permanente por el cual la naturaleza humana, literalmente deshecha en el cuerpo de Jesús, fue rehecha capaz de recibir un día este Reino. Por eso esta obra, después de haber expuesto la vida ya recibida por el alma (Partes VI-VIII), debe mostrar ahora cómo esta misma vida permanece, en cada instante, enraizada en esta Pasión sin la cual sencillamente no existiría.

El *Libro de Cielo* precisa incluso que esta Pasión nunca se limitó a las últimas horas de la vida terrena de Jesús: comenzó desde el instante de su Concepción y prosiguió sin interrupción hasta su último aliento (X.4) —lo que da a la fórmula «nunca un episodio superado» todo su alcance temporal, y no solamente doctrinal.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 7, 13 de enero de 1907:

> «Hija mía, cuánto amo a las almas, mira: La naturaleza humana estaba corrompida, humillada, sin esperanza de gloria y de resurgimiento, y Yo quise sufrir todas las humillaciones en mi Humanidad, especialmente quise ser desnudado, flagelado y que a pedazos cayeran mis carnes bajo los azotes, casi deshaciendo mi Humanidad para rehacer la humanidad de las criaturas, y hacerla resurgir llena de vida, de honor y de gloria a la vida eterna. ¿Qué otra cosa podía hacer y que no haya hecho?»
>
> *« Figlia mia, quanto amo le anime! Senti: la natura umana era corrotta, umiliata, senza speranza di gloria e di risorgimento ed Io volli subire tutte le umiliazioni nella mia Umanità, specialmente volli essere spogliato, flagellato e volli far cadere a brandelli le*

mie carni sotto i flagelli, quasi disfacendo la mia Umanità per rifare l'umanità delle creature e farla risorgere piena di vita, d'onore e di gloria alla vita eterna. Che più potevo fare e non ho fatto? »

Articulación católica. San Pedro resume esta misma verdad en una fórmula que se ha vuelto clásica: «Con sus heridas fuisteis curados» (1 Pe 2,24) —una curación que supone una herida realmente llevada. El Catecismo llama «Encarnación» al hecho de que el Hijo de Dios asumiera una naturaleza humana «para llevar a cabo por ella nuestra salvación» (CIC 461), y recuerda que «la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida» (CIC 470); san Gregorio Nacianceno formula el principio patrístico clásico que expresa su alcance salvífico: «Lo que no ha sido asumido no ha sido curado» (*Ep.* 101, 32) —principio que ilumina exactamente por qué Jesús tuvo que sufrir en su propia carne para rehacer la de los hombres. San Pablo añade que Dios «al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él» (2 Co 5,21) —el intercambio mismo que describe aquí el *Libro de Cielo*.

Fórmula para recordar. La Pasión no es un capítulo cerrado de la historia de la salvación: es el taller permanente donde la naturaleza humana, una vez deshecha, continúa siendo rehecha en quien se une a ella.

Pregunta 2 — ¿Qué son las tres Pasiones de Jesús según el Libro de Cielo?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que su Pasión en el Huerto de los Olivos encierra en realidad tres Pasiones distintas, correspondientes a los tres efectos del pecado: la Pasión del amor, para reparar la falta de amor que es la raíz de toda culpa; la Pasión del pecado, para restituir al Padre la gloria que cada culpa le sustrae; y la Pasión por manos de los judíos, para rehacer la fuerza que el pecado hizo perder al hombre.

Desarrollo. III.5 ya presentó el cáliz de Getsemaní como el de toda voluntad humana separada de Dios; ahora es preciso concretar, siguiendo directamente aquel mismo texto, la estructura interior de este sufrimiento tal como Jesús la revela a Luisa algunos años más tarde, bajo un título que es el mismo que lleva esta revelación en el *Libro de Cielo*: «Las tres Pasiones de Jesús».

Jesús explica que el primer paso de todo pecado es la falta de amor: para reparar esta falta, el Amor mismo lo hizo sufrir «más que todos», dándole tantas muertes cuantas son las criaturas que reciben la vida —primera Pasión. El segundo paso del pecado es defraudar la gloria debida a Dios: para restituir esta gloria, el Padre le hizo sufrir la Pasión del pecado propiamente dicha, dando cada culpa «una pasión especial» —de modo que, si la Pasión fue una en el tiempo, el pecado produjo tantas pasiones cuantas culpas se cometerán hasta el fin del mundo. El tercer efecto del pecado es la debilidad dejada en el hombre: para repararla, Jesús quiso sufrir la Pasión por manos de los judíos, su tercera Pasión. «Así que con la Pasión del amor se rehizo y se puso en justo nivel el Amor, con la Pasión del pecado se rehizo y se puso a nivel la gloria del Padre, con la Pasión de los judíos se puso a nivel y se rehizo la fuerza de las criaturas.»

Este triple esquema enlaza con un texto de nuestras *Veinticuatro Horas de la Pasión* y lo profundiza (Segunda Hora de Agonía en el Huerto), donde Luisa contempla en el Corazón de Jesús «la lanza del amor, la lanza del pecado, y […] la lanza de los judíos» como tres sufrimientos concentrados, no siendo la tercera sino «la representación de la doble amarguísima Pasión» que le hacen sufrir el amor y el pecado —confirmación, en registro meditativo, de lo que el *Libro de Cielo* revela aquí en registro doctrinal.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 22 de enero de 1913:

> «Hija mía, mi primera Pasión fue el amor, porque el hombre al pecar, el primer paso que da en el mal es la falta de amor, por lo tanto, faltando el amor se precipita en la culpa; por eso, el Amor para rehacerse en Mí de esta falta de amor de las criaturas, me hizo sufrir más que todos, casi me trituró más que bajo una prensa, me dio tantas muertes por cuantas criaturas reciben la vida. El segundo paso que sucede en la culpa es defraudar la gloria de Dios, y el Padre para rehacerse de la gloria quitada por las criaturas me hizo sufrir la Pasión del pecado, esto es, que cada culpa me daba una pasión especial; […] El tercer efecto que produce la culpa es la debilidad en el hombre, y por eso quise sufrir la Pasión por manos de los judíos, esta es mi tercera Pasión, para rehacer al hombre de la fuerza perdida.»
>
> *« Figlia mia, la mia prima Passione fu l'amore, perché l'uomo nel peccare, il primo passo che dà nel male è per la mancanza d'amore, quindi, mancando l'amore precipita nella colpa; onde l'Amore per rifarsi in Me di questa mancanza d'amore delle creature, mi fece soffrire più di tutti, quasi mi stritolò più che sotto un torchio, mi dette tante morti per quante creature ricevono la vita. Il secondo passo che succede nella colpa è defraudare la gloria di Dio, ed il Padre per rifarsi della gloria tolta dalle creature, mi fece soffrire la Passione del peccato, cioè, ogni colpa mi dava una Passione speciale; […] Il terzo effetto che produce la colpa è la debolezza nell'uomo e perciò volli soffrire la Passione per mano dei giudei, cioè la mia terza Passione, per rifare nell'uomo la forza perduta. »*

Articulación católica. San Juan enseña que «quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4,8), situando así, como hace aquí Jesús, la falta de amor en la raíz de todo pecado. El Catecismo enseña que el pecado «hiere la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana» (CIC 1849) y que «es una ofensa a Dios» (CIC 1850) —tres dimensiones que corresponden exactamente a los tres efectos identificados por este texto: ofensa al amor, a la gloria y debilitamiento de la fuerza humana.

Fórmula para recordar. En el Huerto, Jesús llevó tres Pasiones: la del amor, que rehízo el amor; la del pecado, que rehízo la gloria del Padre; y la de los judíos, que rehízo la fuerza de las criaturas.

Pregunta 3 — ¿Qué es la Pasión interior que la Divinidad hizo sufrir a la Humanidad de Jesús durante toda su vida?

Respuesta breve. El *Libro de Cielo* distingue, bajo un título que le es propio, dos Pasiones muy diferentes de Jesús: la que las criaturas le infligieron con sus manos, fijada y concluida en pocos días, y la mucho más dura que su propia Divinidad hizo sufrir a su Humanidad durante toda su vida. La primera no se multiplicaba —tantos clavos, tantas espinas, no más—; la segunda crecía con cada ofensa cometida por cada criatura, en todo tiempo, de modo que Jesús puede decir: «Delante a la Pasión que me dio la Divinidad, la Pasión que me dieron las criaturas el último de mis días no fue otra cosa que sombra». Incapaz ella misma de sufrir, la Divinidad dejaba a la Humanidad sola para afrontar esta pena, manteniéndose ella misma como juez y exigiéndole el precio de la culpa de cada alma.

Desarrollo. X.2 mostró que la Pasión vivida en el Huerto de los Olivos encerraba tres Pasiones distintas, correspondientes a los tres efectos del pecado. Un texto recibido algunos años antes, y que lleva él mismo este título en el *Libro de Cielo* —«La Pasión interna que la Divinidad hizo sufrir a la Humanidad de Jesús en el transcurso de toda su Vida»—, revela

una distinción todavía más radical: ya no entre tres heridas de una misma Pasión, sino entre dos Pasiones de naturaleza enteramente diferente, según quién fue su autor.

Jesús mismo lo explica: su Divinidad fue «celosa de no confiar a las criaturas el trabajo de la Redención haciéndome sufrir la Pasión», y quiso Ella misma hacerle sufrir la Pasión —pues ninguna criatura habría tenido la fuerza de hacerlo morir tantas veces cuantas almas fueron llamadas a la vida, ni tantas veces cuantos pecados mortales cometería el mundo hasta su fin. Este trabajo no comenzó tardíamente: desde el instante de su Concepción, la Divinidad tomó, dice Jesús, «el empeño de verdugo amoroso» —amoroso, y por eso mismo más exigente e inflexible que cualquier verdugo humano, de modo que ni una sola espina fue dispensada a su Humanidad gimiente. Pero, a diferencia de las espinas, los clavos y los flagelos que le dieron las criaturas durante su Pasión —en número fijo, que no se multiplicaba cualquiera que fuese su uso—, los de la Divinidad se multiplicaban con cada ofensa: tantas espinas cuantos pensamientos malos, tantos clavos cuantas obras indignas, tantos golpes cuantos placeres culpables. «Delante a la Pasión que me dio la Divinidad —concluye Jesús—, la Pasión que me dieron las criaturas el último de mis días no fue otra cosa que sombra, imagen de lo que me hizo sufrir mi Divinidad en el curso de mi Vida.»

Otro texto precisa el papel exacto de esta Divinidad en semejante sufrimiento. Aunque inseparable de su Humanidad, permanecía ella misma «intangible» en las penas, incapaz de sufrir ni siquiera la sombra de una pena; por eso, la Humanidad de Jesús se encontraba sola sufriendo, mientras su Divinidad era solamente «espectadora» —más aún, «juez inexorable», que exigía por cada alma el precio de cada culpa. Esta separación sentida en el corazón mismo de su inseparabilidad fue, dice Jesús, «la pena más grande» de toda su vida.

La pregunta siguiente precisará la duración de este sufrimiento, comenzado desde la Concepción y jamás interrumpido hasta el último aliento; basta aquí con haber reconocido su causa propia: no solamente la acumulación de los pecados del mundo, sino la Divinidad misma, cuyo amor, haciéndose «verdugo», exigió de su Humanidad una reparación sin comparación posible con lo que unas manos humanas habrían podido, por sí solas, infligirle.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 4 de febrero de 1919:

> «Mira hija mía con qué exceso de amor amé a la criatura, mi Divinidad fue celosa de no confiar a las criaturas el trabajo de la Redención haciéndome sufrir la Pasión. La criatura era impotente para hacerme morir tantas veces por cuantas criaturas habían salido y deberían salir a la luz de lo creado, y por cuantos pecados mortales habrían tenido la desgracia de cometer. La Divinidad quería vida por cada vida de criatura, y vida por cada muerte que con el pecado mortal se daba. ¿Quién podría ser tan potente sobre Mí, para darme tantas muertes, sino mi Divinidad? ¿Quién habría tenido la fuerza, el amor, la constancia de verme morir tantas veces, sino mi Divinidad? La criatura se habría cansado y habría desfallecido. Y no creas que este trabajo de mi Divinidad empezó tarde, por el contrario, empezó en cuanto fue cumplida mi concepción, desde el seno de mi Mamá, la cual muchas veces tenía conocimiento de mis penas y quedaba martirizada y sentía la muerte junto Conmigo. Así que desde el seno materno mi Divinidad tomó el empeño de verdugo amoroso, pero precisamente por amoroso más exigente e inflexible, tanto, que ni siquiera una espina fue dispensada a mi gimiente Humanidad, ni un clavo, pero no como las espinas, los clavos, los flagelos que sufrí en la Pasión que me dieron las criaturas, que no se multiplicaban, cuantos me ponían, tantos quedaban; en cambio, los de mi Divinidad se multiplicaban por cada ofensa, así que tantas espinas por cuantos pensamientos malos, tantos clavos por cuantas obras indignas, tantos golpes por cuantos placeres, tantas penas por cuantas fueron las ofensas; por eso eran mares de penas, de espinas, de clavos, de golpes innumerables. Delante a la Pasión que me dio la Divinidad, la Pasión que me dieron

las criaturas el último de mis días no fue otra cosa que sombra, imagen de lo que me hizo sufrir mi Divinidad en el curso de mi Vida, por eso amo tanto a las almas, son vidas que me cuestan, son penas inconcebibles a mente creada, por eso entra dentro de mi Divinidad y mira y toca con la mano lo que sufrí.»

« Vedi, figlia mia, con quale eccesso d'amore amai la creatura, la mia Divinità fu gelosa di affidare alla creatura il compito della Redenzione facendomi soffrire la Passione. La creatura era impotente a farmi morire tante volte per quante creature erano uscite e dovevano uscire alla luce del creato e per quanti peccati mortali avrebbe avuto la disgrazia di commettere. La Divinità voleva vita per ciascuna vita di creatura e vita per ciascuna morte che si potesse dare col peccato mortale. Chi avrebbe potuto essere così potente su di Me, a darmi tante morti, se non che la mia Divinità? Chi avrebbe avuto la forza, l'amore, la costanza di vedermi tante volte morire, se non che la mia Divinità? La creatura si sarebbe stancata e sarebbe venuta meno. E non credere che questo lavorio della mia Divinità incominciò tardi, ma non appena fu compiuto il mio concepimento, fin nel seno della mia Mamma, che molte volte era a giorno delle mie pene e restava martirizzata e sentiva la morte insieme a Me. Sicché fin dal seno materno la mia Divinità prese l'impegno di carnefice amoroso, ma perché amoroso più esigente ed inflessibile, tanto, che neppure una spina fu risparmiata alla mia gemente Umanità, né un chiodo, ma non come le spine, i chiodi, i flagelli che soffrii nella Passione che mi diedero le creature e che non si moltiplicavano, ma quanti me ne mettevano, tanti ne restavano; invece, quelli della mia Divinità si moltiplicavano ad ogni offesa, sicché tante spine per quanti pensieri cattivi, tanti chiodi per quante opere indegne, tanti colpi per quanti piaceri, tante pene per quanta diversità di offese; perciò erano mari di pene, spine, chiodi e colpi innumerevoli. Innanzi alla Passione che mi diede la Divinità, la Passione che mi diedero le creature negli ultimi miei giorni non fu altro che ombra, immagine di ciò che mi fece soffrire la mia Divinità nel corso della mia Vita, perciò amo tanto le anime, sono vite che mi costano, sono pene inconcepibili a mente creata, perciò entra dentro la mia Divinità e vedi e tocca con mano ciò che soffrii. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 2 de agosto de 1922:

«Hija mía, cómo te engañas, esto sucede porque tú has aceptado, y Yo he marcado en ti las muertes y las penas que Yo sufrí por cada criatura. También mi Humanidad se encontraba en estas dolorosas condiciones, Ella era inseparable de mi Divinidad, sin embargo, siendo mi Divinidad intangible en las penas, y no capaz de poder sufrir sombra de penas, mi Humanidad se encontraba sola en el sufrir, y mi Divinidad era sólo espectadora de las penas y muertes que Yo sufría, más bien me era juez inexorable que quería el pago de cada pena de cada criatura. ¡Oh, cómo mi Humanidad temblaba, quedaba aplastada ante aquella luz y Majestad Suprema al verme cubierto por las culpas de todos, y de las penas y muertes que cada uno merecía! Fue la pena más grande de mi Vida, que mientras era una sola cosa con la Divinidad e inseparable, en las penas permanecía solo y como apartado.»

« Figlia mia, quanto t'inganni, questo avviene perché tu hai accettato ed Io ho segnato le morti e le pene che Io subii per ciascuna creatura. Anche la mia Umanità si trovava in queste dolorose condizioni, Essa era inseparabile dalla mia Divinità, eppure, essendo la mia Divinità intangibile nelle pene, né capace di poter soffrire ombra di pene, la mia Umanità si trovava sola nel patire e la mia Divinità era solo spettatrice delle pene e delle morti che Io subivo, anzi mi era giudice inesorabile, che voleva il fio di ogni pena di ciascuna creatura. Oh! come la mia Umanità tremava, restava schiacciata innanzi a quella luce e Maestà Suprema nel vedermi coperto delle colpe di tutti e delle pene e morti che ciascuno meritava! Fu la pena più grande della mia Vita, che mentre ero una

sol cosa con la Divinità ed inseparabile, nelle pene rimanevo solo e come appartato. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que «la muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias», sino que «pertenece al misterio del designio de Dios» (CIC 599, citando Hch 2,23). El profeta Isaías lo anunciaba ya: «El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento» (Is 53,10) —versículo que el Catecismo aplica él mismo a la misión expiatoria del Siervo doliente (CIC 623). Lo que el *Libro de Cielo* añade, en un registro místico que le es propio, nunca es extraño a esta doctrina común: solamente da de ella la medida más concreta —la de un trabajo continuo de la Divinidad, no la de un solo instante en la Cruz.

Fórmula para recordar. La Pasión que narran los Evangelios no fue, dice el propio Jesús, sino una sombra: el sufrimiento más duro, su propia Divinidad se lo hizo llevar en secreto durante toda su vida.

Pregunta 4 — ¿Por qué comenzó la Pasión de Jesús desde su Concepción, y no solamente en Getsemaní?

Respuesta breve. El *Libro de Cielo* revela que la Pasión de Jesús no comenzó ni con su arresto ni en el Huerto de los Olivos, sino en el primer instante de su Concepción en el seno de María: «mi Pasión fue concebida junto Conmigo». Los nueve meses de gestación fueron ya, dice Jesús, una verdadera crucifixión, inmóvil y silenciosa; y este sufrimiento, lejos de detenerse con su nacimiento, prosiguió sin interrupción hasta su último aliento. Las horas de la Pasión que meditan nuestras *Veinticuatro Horas* son, por tanto, su último acto, visible y transmitido por el Evangelio —no el único momento en que Jesús sufrió para rehacer la humanidad.

Desarrollo. X.2 mostró que la Pasión vivida en el Huerto de los Olivos encerraba tres Pasiones distintas. Ahora es preciso remontarse todavía más en el tiempo: este sufrimiento no surgió de repente en Getsemaní, sino que allí encontró solamente su momento más intenso y mejor documentado por el Evangelio.

La propia Luisa lo relata desde el comienzo del primer volumen del *Libro de Cielo*: aproximadamente a los diecisiete años, mientras hacía una novena de Navidad, contempla hora tras hora lo que Jesús llama los nueve «excesos» de su amor durante los nueve meses de su vida escondida en el seno materno. Él le revela que, en el mismo instante en que María lo concebía en su seno, Él mismo concebía todas las almas y todas las culpas que un día tendría que redimir —de modo que, dice, «mi Pasión fue concebida junto Conmigo». El propio vocabulario de la crucifixión se emplea sin rodeos: corona de espinas ya formada por los malos pensamientos de los hombres, inmovilidad total de nueve meses comparada con un prolongado enclavamiento, agonía repetida hasta el extremo, de la que solamente su Divinidad, inseparable de Él, lo devolvía cada vez a la vida para que pudiera nacer.

Lo que esta novena de juventud ofrece todavía bajo una forma mística y meditativa, el *Libro de Cielo* lo confirma, décadas más tarde, en un registro propiamente doctrinal: en el momento mismo de su Concepción, Jesús «concibe junto consigo» todas las almas de todos los tiempos, así como las penas y las muertes que deberá sufrir por cada una (vol. 12, 18 de marzo de 1919); y precisa en otro lugar que estas muertes fueron el dolor más cruel de toda su vida, hasta su último aliento (vol. 11, 10 de agosto de 1916, citado a continuación). Entendida así, la Pasión que el resto de esta Décima parte contempla hora tras hora (X.5 y siguientes) nunca queda aislada como el único momento en que Jesús «rehízo» la naturaleza humana deshecha (X.1): es su acto final y público, no su único acto.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1, Novena de Navidad — texto sin fecha, relato retrospectivo de una novena vivida por Luisa aproximadamente a los diecisiete años, anterior a la primera entrada fechada del corpus:

> «Hija mía, del amor devorador pasa a contemplar mi amor operante. Cada alma concebida me llevó el fardo de sus pecados, de sus debilidades y pasiones, y mi amor me ordenó tomar el fardo de cada una; y no sólo concibió a las almas, sino las penas de cada una, las satisfacciones que cada una debía dar a mi Padre Celestial. Así, mi Pasión fue concebida junto Conmigo. Mírame bien en el seno de mi Madre Celestial. ¡Oh, cómo estaba desgarrada mi pequeña Humanidad! Mira bien cómo mi pequeña cabeza estaba rodeada por una corona de espinas que, ciñéndome fuertemente las sienes, me hacía derramar ríos de lágrimas de los ojos, y no podía moverme para secarlas. ¡Ah, muévete a compasión de Mí; seca mis ojos mojados por tanto llorar, tú que tienes los brazos libres para poder hacerlo! Estas espinas son la corona de tantos pensamientos malos que se agolpan en las mentes humanas; ¡oh, cómo me punzan más que las espinas que hace germinar la tierra! Pero mira también qué larga crucifixión de nueve meses: no podía mover ni un dedo, ni una mano, ni un pie; estaba siempre inmóvil, no había espacio para poder moverme ni siquiera un poco. ¡Qué larga y dura crucifixión, a la que se añadía que todas las obras malas, tomando forma de clavos, me traspasaban repetidamente las manos y los pies!»
>
> *« Figlia mia, dall'amore divorante passa a guardare il mio amore operante. Ogni anima concepita mi portò il fardello dei suoi peccati, delle sue debolezze e passioni ed il mio amore mi comandò di prendere il fardello di ciascuno e non solo concepì le anime, ma le pene di ciascuna, le soddisfazioni che ognuna doveva dare al mio Celeste Padre. Sicché la mia passione fu concepita insieme con Me. Guardami bene nel seno della mia Celeste Mamma. Oh! come la mia piccola Umanità era straziata, guarda bene come la mia piccola testolina era circondata da un serto di spine, che cingendomi forte le tempie mi facevano mandare fiumi di lacrime dagli occhi, né potevo muovermi per asciugarle. Deh! muoviti a compassione di Me, asciugami gli occhi bagnati dal tanto piangere, tu che hai le braccia libere per poterlo fare, queste spine sono il serto dei tanti pensieri cattivi che si affollano nelle menti umane, oh! come mi pungono più delle spine che germoglia la terra, ma guarda ancora che lunga crocifissione di nove mesi, non potevo muovere né un dito, né una mano, né un piede, ero qui sempre immobile, non c'era posto per potermi muovere un tantino, che lunga e dura crocifissione coll'aggiunta che tutte le opere cattive, prendendo forma di chiodi, mi trafiggevano mani e piedi ripetutamente. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 10 de agosto de 1916 — confirmación, en un registro doctrinal, de que este sufrimiento no cesó nunca durante toda su vida terrena:

> «Hija mía, no te desalientes: mi Humanidad, mientras estuvo en la tierra, contenía todas las vidas de las criaturas, y todas estas vidas salían de Mí; pero ¡cuántas no regresaban a Mí, porque morían y se sepultaban en el infierno!, y Yo sentía la muerte de cada una, que desgarraba mi Humanidad. Estas muertes fueron la pena más dolorosa y cruel de toda mi vida, hasta mi último respiro.»
>
> *« Figlia mia, non ti abbattere, la mia Umanità stando sulla terra conteneva tutte le vite delle creature e queste vite uscivano tutte da Me, ma quante non ritornavano in Me perché morivano e si seppellivano nell'inferno ed Io sentivo la morte di ciascuno che straziava la mia Umanità. Queste morti furono la pena più dolorosa e crudele di tutta la mia vita, fino all'ultimo respiro. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que «toda la vida de Cristo es misterio de

Redención» (CIC 517): no solamente sus últimas horas, sino también su infancia, su vida oculta y todo su ministerio participan ya en la obra de la salvación. La Carta a los Hebreos sitúa la ofrenda de sí mismo desde el instante de la Encarnación: «al entrar en el mundo, Cristo dice […] he aquí que vengo […] para hacer tu voluntad» (Heb 10,5-7, ya citado en III.7) —palabra puesta en labios del Verbo en el momento en que toma carne, no solamente durante las horas de su proceso. San Pablo describe igualmente el abajamiento redentor como continuo desde la Encarnación: Cristo, «siendo de condición divina […] se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo» (Flp 2,6-7), antes incluso de descender «hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,8) —siendo así la Cruz solamente el último grado de un abajamiento comenzado mucho antes que ella.

Fórmula para recordar. La Pasión de Jesús no duró veinticuatro horas: duró una vida entera, comenzada en su Concepción y sellada en la Cruz.

Pregunta 5 — ¿Cómo repara Jesús por todos?

Respuesta breve. Jesús no repara por la humanidad como quien saldara una deuda exterior: quiere literalmente «rehacerse» a Sí mismo en cada criatura, formando en ella, mediante su propia Vida ofrecida como garantía, un pasaporte que da a quien se dispone a hacer su Voluntad un derecho de entrada reconocido en su Reino.

Desarrollo. La pregunta anterior mostró por qué Jesús quiso sufrir en su propia carne para rehacer la naturaleza humana. Ahora es preciso precisar el mecanismo íntimo de esta reparación: ¿cómo lo que tuvo lugar una vez, históricamente, en el cuerpo de Jesús continúa reparando cada alma, todavía hoy?

Jesús emplea aquí una imagen jurídica inesperada, la del pasaporte: cuando un alma se dispone a hacer su Divina Voluntad, dice, «forma el pasaporte para entrar en los interminables confines del reino del Fiat» —pero jamás podría reunir por sus solas fuerzas lo necesario para establecer semejante documento. Es el propio Jesús quien proporciona su materia: «mi misma Vida, mis méritos, forman el papel, la escritura, y tu Jesús es el firmante para hacerla conocer y darle libre entrada». Reparar por todos, entendido así, no significa solamente borrar una culpa pasada: significa proporcionar, de su propia sustancia, todo cuanto falta a la criatura para obtener un derecho de entrada que ella no podría producir por sí misma.

Jesús va todavía más lejos, en una fórmula que debe recibirse con el mismo cuidado ya requerido en III.1 a propósito de la primacía de Cristo: «quiero rehacerme en ella, y para rehacerme me expongo Yo mismo para formar otro Jesús en la criatura». La expresión no es aislada: Jesús la emplea en otro lugar sin acotarla Él mismo —«quien ama a Jesús es otro Jesús» (vol. 6, 8 de agosto de 1904). Lo que describe aquí es lo que la Sexta parte llamó la Vida Divina formada en el alma (VI.1): no un parecido de superficie, sino Jesús rehaciéndose realmente en la criatura, por participación en su Vida. Reparar por todos es, por tanto, de parte de Jesús, esta voluntad insistente y generosa de rehacer en cada alma, mediante su sola Vida ofrecida en prenda, lo que esa alma jamás podría reparar por sí misma.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 19 de noviembre de 1933:

> «…Mi buena hija, tú debes saber que en cuanto el alma se dispone a hacer mi Divina Voluntad, forma el pasaporte para entrar en los interminables confines del reino del Fiat; pero, ¿sabes tú quién te presta lo necesario para formarlo, y quién se presta a firmarlo y darle el valor de pasaje en mi reino? Hija, es tan grande el acto de disponerse a hacer mi Voluntad, que mi misma Vida, mis méritos, forman el papel, la escritura, y

> tu Jesús es el firmante para hacerla conocer y darle libre entrada; se puede decir que todo el Cielo corre en ayuda de quien quiere hacer mi Voluntad […]. Imagina tú misma mis premuras, las defensas que tomo, las ayudas que doy, las estratagemas amorosas que uso, en una palabra quiero rehacerme en ella, y para rehacerme me expongo Yo mismo para formar otro Jesús en la criatura, por eso pongo todo mi arte divino para obtener mi intento, no ahorro nada, hago todo, doy todo, donde reina mi Voluntad no puedo negar nada, porque me lo negaría a Mí mismo.»
>
> *« …Mia buona figlia, tu devi sapere, che come l'anima si dispone a fare la mia D. Volontà, forma il passaporto per entrare negli interminabili confini del regno del Fiat; ma sai tu, chi ti presta l'occorrente per formarlo e chi si presta a firmarlo e dargli il valore di passaggio nel mio regno? Figlia, è tanto grande l'atto di disporsi a fare la mia Volontà, che la mia stessa vita, i miei meriti, formano la carta e i caratteri ed il tuo Gesù fa il firmatario per farla conoscere e darle libera l'entrata. Si può dire che tutto il Cielo corre in aiuto di chi vuol fare la mia Volontà […] Immagina tu stessa la mia premura, le difese che prendo, gli aiuti che do, gli stratagemmi amorosi verso chi li usa, in una parola voglio rifarmi di essa e, per rifarmi, espongo Me stesso, per formare un altro Gesù nella creatura, perciò metto tutta la mia arte Divina, per ottenere l'intento; non risparmio nulla, faccio tutto, do tutto, dove regna la mia Volontà, non posso negare nulla, perché lo negherei a Me stesso. »*

Articulación católica. La Carta a los Colosenses describe a Cristo como aquel que «borró el protocolo que nos condenaba con sus cláusulas y era contrario a nosotros; lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz» (Col 2,14) —el lenguaje jurídico de la deuda borrada se aproxima aquí casi literalmente al del pasaporte firmado. San Pablo enseña también que Dios «nos ha sellado y ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu» (2 Co 1,22) —una garantía dada de antemano, como el pasaporte firmado por anticipado en esta imagen. El Catecismo recuerda que Cristo es el único Mediador, el único que puede dar acceso al Padre (CIC 480; 1 Tim 2,5) —fundamento doctrinal exacto de lo que expresa, en un lenguaje concreto y elocuente, esta imagen del pasaporte firmado.

Fórmula para recordar. Nadie entra en el Reino del Fiat con un pasaporte de su propia fabricación: es Jesús mismo quien proporciona el papel, las palabras y la firma.

Pregunta 6 — ¿Cómo acompaña el alma a Jesús en sus sufrimientos?

Respuesta breve. Las 24 Horas de la Pasión enseñan un movimiento en cuatro tiempos que el alma puede retomar en cada instante del día: contemplar lo que Jesús sufre en esa hora precisa, compadecer realmente ese sufrimiento, reparar las ofensas que lo causaron y entrar en la misma intención de Jesús para hacerla suya —no mediante una sucesión de ejercicios separados, sino como las cuatro caras de un único movimiento del corazón.

Desarrollo. Después de haber mostrado el sentido más profundo de la reparación (X.1-5), es preciso concretar la pedagogía que la propia Luisa recibió y transmitió para vivir este acompañamiento hora tras hora —pues las 24 Horas de la Pasión, fuente principal de esta parte junto con el *Libro de Cielo*, no son una simple recopilación de meditaciones: enseñan un método.

Cada hora de este libro sigue el mismo movimiento en cuatro tiempos. Primero, la contemplación: el alma mira lo que sucede en esa hora precisa de la Pasión, con un realismo que no retrocede ante ningún detalle —así, en la hora del encarcelamiento en casa de Caifás: «Te veo atado a una columna, con las manos atrás, atados los pies, tu santísimo rostro golpeado, hinchado y ensangrentado […] tus cabellos todos en desorden,

tu santísima persona toda golpeada». Viene después la compasión, nunca distante ni espectadora: «¡Ay de mí, cómo te han dejado, oh Jesús!». El tercer tiempo es la reparación propiamente dicha, en la que el alma se ofrece explícitamente a compensar una ofensa particular —así, ante la negación de Pedro: «Quiero hacer pasar los latidos de mi corazón en los tuyos para endulzar tus torturas […] y juren mil veces que te conocen». El cuarto tiempo, finalmente, es la entrada en la misma intención de Jesús, donde el alma ya no se limita a compadecer desde fuera, sino que abraza lo que Jesús quiere hacer de ese sufrimiento: al amanecer de su Pasión, Jesús mismo ruega: «Yo quiero responderte por todas, por sus pensamientos, palabras, obras, pasos, a costa de mi sangre y de mi muerte» —y el alma se une entonces a esa misma oración, ya no como simple testigo, sino como asociada.

Este movimiento en cuatro tiempos nunca es un encadenamiento mecánico de fórmulas: es un único impulso del corazón, que contempla, sufre con Jesús, repara y quiere con Él, y que la propia Luisa invita a retomar no una vez al año con ocasión de la Cuaresma, sino hora tras hora, día tras día, en una oración continuada que da su mismo título al libro.

Cita de Luisa. *Las 24 Horas de la Pasión*, en la hora del encarcelamiento en casa de Caifás:

> «Te veo con las manos atadas detrás a una columna, los pies apretados y atados; tu santísimo Rostro golpeado, hinchado y ensangrentado por las horribles bofetadas recibidas. Tus santísimos ojos están lívidos, tu pupila cansada y triste por la vigilia, tus cabellos todos en desorden, tu santísima Persona toda golpeada y, por añadidura, no puedes valerte por Ti mismo ni limpiarte porque estás atado. Y yo, oh mi Jesús, entre sollozos de llanto, abrazándome a tus pies, te digo: "¡Ay de mí, cómo has quedado, oh Jesús!". Y Jesús, mirándome, me responde: "Ven, oh hija mía, y pon atención a todo lo que ves que hago Yo, para hacerlo junto conmigo, a fin de que pueda continuar mi Vida en ti". […] Y Yo quiero responderte por todos, por sus pensamientos, palabras, obras y pasos, a costa de Sangre y de muerte.»
>
> *« Ti vedo con le mani legate all'indietro ad una colonna, stretti e legati i piedi; il volto santissimo contuso, gonfio e sanguinante per gli orribili schiaffi ricevuti. I tuoi santissimi occhi sono lividi, la tua pupilla è stanca e mesta per la veglia, i tuoi capelli sono tutti in disordine, la tua santissima persona è tutta pesta e, per giunta, tu non puoi aiutarti e pulirti perché sei legato. Ed io, o mio Gesù, in un singhiozzo di pianto, abbracciandomi ai tuoi piedi, ti dico: "Ahimè, come sei ridotto, o Gesù!". E Gesù, guardandomi, mi risponde: "Vieni, o figlia mia, e stai attenta a tutto ciò che vedi fare da me, per farlo insieme con me, onde poter continuare la mia vita in te". […] Ed Io voglio risponderti per tutti, per i loro pensieri, parole, opere e passi, a costo di sangue e di morte. »*

Articulación católica. Jesús mismo, en Getsemaní, pide a sus discípulos esta misma compasión vigilante: «Quedaos aquí y velad conmigo» (Mt 26,38) —petición a la que los apóstoles, vencidos por el sueño, no supieron responder y que las 24 Horas invitan precisamente a colmar. El Catecismo enseña que la meditación moviliza «el pensamiento, la imaginación, la emoción y el deseo» para profundizar las convicciones de fe, suscitar la conversión del corazón y fortalecer la voluntad de seguir a Cristo (CIC 2708; cf. CIC 2705-2707) —exactamente lo que buscan, sin separarlos jamás artificialmente, los cuatro tiempos descritos aquí.

Fórmula para recordar. Contemplar, compadecer, reparar y querer con Jesús no son cuatro ejercicios que haya que multiplicar: son un único movimiento del corazón, que debe retomarse hora tras hora.

Pregunta 7 — ¿Qué significa rehacer con Jesús los actos de reparación?

Respuesta breve. Jesús ya lo ha reparado todo por todos en el orden divino, pero no se da por satisfecho: desea ardientemente que el alma entre ella misma en su Voluntad para venir a «besar» sus actos y sustituir, en modo divino, tantos actos no realizados o realizados solamente de manera humana por los demás —no para añadir nada a una reparación ya perfecta, sino para que este mismo oficio, que Él ejerció primero, se continúe y se multiplique en una criatura asociada a su obra.

Desarrollo. X.5 ha mostrado cómo Jesús quiere «rehacerse» en cada alma mediante el don de su propia Vida. Es preciso ahora precisar en qué consiste, de manera muy concreta, el acto que esta alma está llamada a realizar después de Él —retomando y profundizando lo que la Tercera parte ya había comenzado a establecer sobre este mismo texto (III.7).

Jesús invita a Luisa a venir, en su Voluntad, a «sustituir en modo divino a tantos actos no hechos por todos nuestros hermanos, a tantos otros hechos humanamente, y a otros actos santos, sí, pero humanos y no en orden divino». Precisa inmediatamente que esta invitación nunca procede de una carencia por su parte: «Yo todo lo he hecho en el orden divino» —su reparación, en sí misma, no carece de nada ni espera complemento alguno. Pero añade: «no estoy contento aún»; desea que la criatura entre ella misma en esta Voluntad y venga, en modo divino, a «besar mis actos, sustituyéndose a todo como hice Yo».

Este deseo nace, revela Jesús, de una alegría que quiere compartir en vez de guardarla para Él solo: cuando un alma entra en este oficio, Él se multiplica en ella y, por medio de ella, en todos; los propios santos, en el Cielo, se alegran y esperan con ardor que un alma de la tierra venga a sustituir sus mismos actos, santos en el orden humano, pero todavía no en el orden divino. Rehacer con Jesús los actos de reparación nunca consiste, por tanto, en suplir una insuficiencia de su Pasión —ya excluida firmemente en V.13 y III.10, III.12—, sino en entrar, mediante un don libre y voluntario, en el mismo oficio que Jesús ejerce desde siempre, para que este oficio siga dando fruto, acto tras acto, hasta el fin de los tiempos.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 13 de febrero de 1919:

> «…Es cierto que Yo solo basto por todos; ¿y no soy Yo libre de elegir a una criatura, y junto Conmigo darle el oficio y hacerla bastar por todos? Y además, ¿qué te importa a ti que sea cosa mía? ¿Tal vez lo que es mío no puedo dártelo a ti? Éste es todo mi contento, darte todo, y si tú no me correspondes y no lo aceptas me dejarás descontento, y toda la cadena de gracias que te he hecho para hacerte llegar a este punto de llamarte a este oficio, me la dejas defraudada.»
>
> *« …Certo che Io solo basto per tutti; e non sono Io il padrone di eleggere una creatura e di darle l'ufficio insieme a Me e farla bastare per tutti? E poi, che importa a te che sia roba mia? Forse non posso dare a te ciò che è mio? Questo è tutto il mio contento, darti tutto e se tu non mi corrispondi e non lo accetti mi rendi scontento e tutta quella catena di grazie che ti ho fatto per farti giungere a questo punto e chiamarti a questo ufficio, me la rendi defraudata. »*

Articulación católica. San Pablo se alegra de «completar en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24) —versículo ya citado en VI.16, VIII.8 y VIII.15, que encuentra aquí su formulación más explícita: lo que «falta» nunca pertenece a la Pasión misma, perfecta y sobreabundante, sino a su aplicación y actualización en cada generación de creyentes, miembro tras miembro del Cuerpo de Cristo. El Catecismo enseña que los méritos de Cristo pueden ser ofrecidos por los fieles por sí mismos y por los demás, en la comunión de los santos, sin que esto añada nunca nada a su perfección ya adquirida (CIC 1476, 618) —marco exacto en el que se inscribe esta sustitución

en modo divino que Jesús pide a Luisa.

Fórmula para recordar. Jesús no necesita de nadie para reparar; pero desea a alguien con quien compartir la alegría de hacerlo.

Pregunta 8 — ¿Cómo nos introducen las 24 Horas en los actos interiores de Jesús?

Respuesta breve. Escritas por Luisa a petición de Jesús mismo, entregadas después a su confesor y difundidas desde 1915 gracias a san Aníbal María di Francia, las 24 Horas de la Pasión hacen recorrer, hora tras hora, no sólo los acontecimientos exteriores bien conocidos del Evangelio, sino los movimientos más íntimos del Corazón de Jesús en cada uno de esos instantes —introduciendo así al alma en esos mismos actos interiores que la Sexta parte mostró mantenidos «en suspenso» en su Voluntad.

Desarrollo. Es útil, antes de avanzar más en esta parte, situar el origen y la naturaleza del libro que constituye, junto con el *Libro de Cielo*, su fuente principal.

Las 24 Horas de la Pasión fueron escritas por Luisa a petición de Jesús mismo —como ella escribe de su puño y letra al canónigo Di Francia al entregarle el manuscrito terminado: «Haga Ud., reverendo Padre un llamado a todos, y cumpla así la obra que mi amable Jesús me ha hecho hacer». Una vez terminado el texto, lo entregó, como acostumbraba, a su confesor para que lo examinara y difundiera, dejándole el cuidado de escribir su introducción —aquella misma sumisión a la mediación eclesial que gobernó el conjunto de sus cuadernos (IX.11), pero aplicada aquí a una obra cuyo impulso inicial, según su propio testimonio, procedió de Jesús y no de una orden previa del confesor. El libro fue difundido después, desde 1915, gracias a san Aníbal María di Francia, censor de los escritos de Luisa antes incluso del *Imprimatur* concedido en 1926 (V.11): es, por tanto, uno de los primeros textos de Luisa que circularon públicamente, anterior en varios años al vocabulario técnico del Fiat que caracteriza los volúmenes posteriores del *Libro de Cielo*. Esta anterioridad merece ser subrayada: muestra que la espiritualidad de la reparación y de la víctima de amor, ya clásica en la tradición católica, constituye el sustrato más antiguo de toda la obra de Luisa, y no una novedad añadida posteriormente al vocabulario más tardío del Reino de la Divina Voluntad.

Lo que este libro aporta de propio, sin embargo, supera la sola meditación piadosa de los acontecimientos exteriores de la Pasión, ya bien conocidos por el propio Evangelio: hora tras hora, hace oír lo que Jesús vive interiormente en aquel instante preciso —sus pensamientos, sus intenciones de reparación, lo que ofrece al Padre con cada golpe recibido. Esta es exactamente la dimensión interior que la Sexta parte mostró «mantenida en suspenso» en la Voluntad de Jesús, esperando al alma que la hiciera vivir en sí (VI.14): las 24 Horas permiten descender, hora tras hora, a este tesoro interior preciso, en vez de limitarse a contemplar desde fuera solamente los hechos exteriores ya conocidos.

Poco más de un año después, como Luisa se lamentaba de que pocas almas hicieran estas mismas Horas, a pesar del sacrificio que había costado su redacción, Jesús lleva aún más lejos esta identificación: ya no afirma solamente que estas Horas son sus propias oraciones, sino que, al oírlas en el alma que las hace, se siente «transportado a morar» en ella, para hacer Él mismo lo que el alma hace —repitiendo así, en este ejercicio, lo que hizo durante su vida mortal y lo que continúa haciendo en el Santísimo Sacramento, y reencontrando aquí, bajo una luz nueva, lo que IX.6 ya estableció acerca del intercambio recíproco de la misa.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 6 de septiembre de 1913:

«Hija mía, con las oraciones indulgenciadas se gana alguna cosa, en cambio las horas de mi Pasión, que son mis mismas oraciones, mis reparaciones y todo amor, han salido propiamente del fondo de mi corazón. ¿Has acaso olvidado cuántas veces me he unido contigo para hacerlas juntos y he cambiado los flagelos en gracias para toda la tierra? Por eso es tal y tanta mi complacencia, que en lugar de la indulgencia le doy al alma un puñado de amor, que contiene precio incalculable de infinito valor; y además, cuando las cosas son hechas por puro amor, mi Amor encuentra en eso su desahogo, y no es indiferente que la criatura dé alivio y desahogo al Amor de su Creador.»

« Figlia mia, con le preghiere indulgenziate si guadagna qualcosa, invece le ore della mia Passione, che sono le stesse mie preghiere, le mie riparazioni e tutto amore, sono proprie uscite proprio dal fondo del mio cuore, hai tu forse dimenticato quante volte mi sono unito a te per farle insieme e ho cambiato i flagelli in grazie su tutta la terra? Quindi è tale e tanto il mio compiacimento, che invece dell'indulgenza do una manata d'amore, che contiene prezzi incalcolabili d'infinito valore. Poi, quando le cose sono fatte per puro amore, il mio amore vi trova lo sfogo e non è indifferente che la creatura dia sollievo e sfogo all'amore del Creatore. »

Poco más de un año después, vol. 11, octubre de 1914:

«…estas horas son las más preciosas de todas, porque no son otra cosa que repetir lo que Yo hice en el curso de mi vida mortal y lo que continúo en el Santísimo Sacramento. Cuando escucho estas horas de mi Pasión, escucho mi misma voz, mis mismas oraciones; veo mi Voluntad en esa alma, que es querer el bien de todos y reparar por todos, y Yo me siento transportado a morar en ella para poder hacer en ella lo que ella misma hace.»

« …queste ore sono le più preziose di tutte, perché non è altro che ripetere ciò che feci nel corso della mia vita mortale e ciò che continuo nel santissimo sacramento. Quando sento queste ore della mia Passione, sento la mia stessa voce, le mie stesse preghiere, vedo la mia Volontà in quell'anima, qual è di volere il bene di tutti e di riparare per tutti ed Io mi sento trasportato a dimorare in essa per poter fare in lei ciò che fa lei stessa. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que la contemplación de los misterios de Cristo nunca se limita a los solos hechos exteriores, sino que busca penetrar las disposiciones interiores del propio Salvador: «Toda la vida de Cristo es Misterio de Recapitulación», y «Todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros» (CIC 518, 521, ya citados en III.4 y III.6). San Pablo invita precisamente a esta misma penetración interior: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5) —no solamente imitar sus actos exteriores, sino compartir sus disposiciones más íntimas.

Fórmula para recordar. El Evangelio narra lo que Jesús hizo; las 24 Horas nos hacen descender, hora tras hora, hasta lo que quiso y ofreció al hacerlo.

Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre recitar las *24 Horas* y hacerlas en la Voluntad de Jesús?

Respuesta breve. Meditar la Pasión es recitar las 24 Horas como un ejercicio piadoso pero exterior; entrar en sus reparaciones es hacerlas «con» la Voluntad de Jesús mismo —pues sólo esta unión, dice Él a Luisa, da al ejercicio toda su eficacia, hasta hacer que el alma, al hacerlas así, «se esconda» en su Querer y actúe con su propia potencia.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado la pedagogía de las 24 Horas (X.6, X.8); ahora es preciso determinar qué distingue su simple recitación —útil y piadosa, pero que puede permanecer exterior al alma que la realiza— de la entrada real en las reparaciones que contienen.

Luisa, después de haber terminado de escribir estas páginas al precio, dice ella, de grandes sacrificios, pregunta un día a Jesús qué recompensa recibirán quienes las hagan después de ella. La respuesta de Jesús desplaza enteramente la cuestión planteada: nunca es la simple recitación la que da su valor a las Horas, sino la unión con su Voluntad con la que se hacen. «Toda la mayor o menor eficacia de estas horas de mi Pasión está en la mayor o menor unión que tienen Conmigo»: haciéndolas así, el alma «se esconde» en su Querer, y es este Querer, actuando en ella, el que puede entonces realizar todo el bien que quiere, incluso mediante una sola palabra recitada.

Esta unión nunca es, por tanto, cuestión de intensidad afectiva ni de esfuerzo de memoria: es cuestión de voluntad depositada, exactamente como esta obra ya lo ha establecido para todo acto hecho en el Fiat (VI.6, VIII.1), y como acaba de mostrarlo, para estas mismas Horas, el texto citado en X.8 —Jesús que viene a «morar» en el alma para hacer Él mismo en ella lo que ella hace. Ésta es toda la diferencia entre meditar la Pasión y entrar en sus reparaciones: la primera sigue siendo un ejercicio, por fervoroso que sea; la segunda deja actuar a la Voluntad de Jesús, en el alma, con su propia potencia.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, octubre de 1914:

> «“Hija mía, en recompensa por haber escrito las horas de mi Pasión, por cada palabra que has escrito te daré un beso, un alma.” Y yo: “Amor mío, esto es para mí; ¿y a quienes las hagan, qué les darás?” Y Jesús: “Si las hacen junto Conmigo y con mi misma Voluntad, por cada palabra que reciten les daré también un alma, porque toda la mayor o menor eficacia de estas horas de mi Pasión está en la mayor o menor unión que tienen Conmigo; y haciéndolas con mi Voluntad, la criatura se esconde en mi Querer, y actuando mi Querer puedo hacer todos los bienes que quiero, aun por una sola palabra, y esto cada vez que las hagan.”»
>
> *« “Figlia mia, per compenso che hai scritto le ore della mia Passione, ad ogni parola che hai scritto ti darò un bacio, un’anima.” Ed io: “Amor mio, questo a me, ed a quelle che le faranno che darai?” E Gesù: “Se le faranno insieme con Me e con la mia stessa Volontà, ad ogni parola che reciteranno darò anche un’anima, perché tutta la maggiore o minore efficacia di queste ore della mia Passione sta nella maggiore o minore unione che hanno con Me e, facendole con la mia Volontà, la creatura si nasconde nel mio Volere ed agendo il mio Volere posso fare tutti i beni che voglio, anche per una sola parola e questo ogni volta che le faranno.” »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que «lo más importante es la presencia del corazón ante Aquél a quien hablamos en la oración», y que ésta «no depende de la cantidad de palabras, sino del fervor de nuestras almas» (CIC 2700) —exigencia que Jesús mismo ya había planteado al citar a Isaías contra todo culto que permaneciera exterior: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15,8). La diferencia que este texto establece entre recitar y «esconderse» en la Voluntad de Jesús no hace, por tanto, sino prolongar, con un realismo nuevo, esta misma exigencia evangélica.

Fórmula para recordar. Recitar las 24 Horas es un ejercicio, por fervoroso que sea; hacerlas «con su Voluntad» es dejar que Jesús mismo actúe, en el alma, con toda su potencia.

Pregunta 10 — ¿Cómo hacer suyos la Sangre, las Llagas, los sufrimientos y el amor de Jesús?

Respuesta breve. Las 24 Horas no invitan ante todo a presentar a Jesús, desde fuera, la Sangre, las Llagas o los sufrimientos de su Pasión: enseñan al alma a hacerlos suyos, hora tras hora —a tomar, dice Jesús, «mis pensamientos y [hacerlos] suyos, mis reparaciones, las oraciones, los deseos»—, hasta el punto de que Él mismo declara hacer con ella, hora tras hora, lo que ella hace, y recibir de este contacto un alivio real de su propia Pasión.

Desarrollo. Después de haber mostrado cómo el sufrimiento del alma puede unirse al de Jesús (VIII.8) y cómo las propias 24 Horas sólo dan su fruto cuando se hacen «con su Voluntad» (X.9), es preciso determinar la naturaleza exacta del gesto que estas Horas piden —y disipar desde el principio un posible equívoco—: no se trata nunca, ante todo, de «ofrecer» a Jesús, como desde fuera, lo que sufrió, sino de hacer suyo lo que Él vive, hasta que su Pasión se prolongue y se cure realmente en el alma que hace estas Horas.

Jesús mismo se lo dice a Luisa con una claridad poco común, en noviembre de 1914, cuando acaba de hacer estas mismas Horas: los santos, antes que ella, meditaron su Pasión y «comprendieron cuánto sufrí», hasta deshacerse en lágrimas de compasión —pero lo que ella hace difiere de esta compasión, por sincera que sea—: al rehacer, hora tras hora, la misma vida y el mismo sufrimiento, lo mueve a hacer con ella lo que ella misma hace: «hora por hora te voy dando el alimento y como contigo el mismo alimento, y hago junto contigo lo que haces tú». Nunca es, por tanto, un objeto exterior lo que ella le presenta: es su propia vida la que ella retoma en sí, y que Él mismo retoma, a su vez, con ella.

Dos días más tarde, Jesús precisa este mismo mecanismo mediante una imagen todavía más dura: el mundo entero, por el pecado continuado de todas las generaciones, mantiene su Pasión en un estado de renovación perpetua —clavos, espinas, flagelos y salivazos que su inmensidad, al tocar a cada criatura en todo tiempo, continúa recibiendo—. Pero el alma que hace estas mismas Horas produce, por este mismo contacto, el efecto inverso: le «saca los clavos», «rompe las espinas», «endulza las llagas», «quita los salivazos» —de modo que Jesús se declara literalmente aliviado, y no solamente agradecido, por este ejercicio. Ese mismo día añade que hacer estas Horas es tomar «mis pensamientos» y «[hacerlos] suyos», sus reparaciones, sus oraciones, sus deseos, hasta las fibras más íntimas de sí mismo —hasta que el alma, elevada entre el Cielo y la tierra, ejerce su «mismo oficio» y dice con Él, como corredentora: «Ecce ego mitte me» —«Aquí estoy, envíame»— (ya citado, *Guía práctica*, IV).

Este modo de apropiación culmina en la escena misma de la institución de la Eucaristía, ya citada en IX.5 y IX.6: Jesús, en el Cenáculo, pide al Padre permiso para que «me encarne en cada una de las hostias […] y ser vida de cada uno de mis hijos», revelando que la Sangre que pronto será derramada en el Calvario y el Cuerpo que pronto será entregado en la Eucaristía nunca son dos realidades separadas, sino un único y mismo don continuado. Hacer suyos la Sangre, las Llagas, los sufrimientos y el amor de Jesús es, por tanto, retomar, acto tras acto, este mismo movimiento que Jesús inauguró en el Cenáculo y llevó a término en la Cruz —no para añadir un mérito que faltara a su sacrificio, ya perfecto (X.7), sino para que esta misma vida siga siendo vivida, recibida y devuelta por corazones vivos, exactamente como ya lo exigía la lógica de las hostias vivientes (IX.5). El texto de las 24 Horas traduce este mismo movimiento en un diálogo concreto, hora tras hora: ante la negación de Pedro, el alma no se limita a compadecer a Jesús desde lejos, sino que hace correr, dice, «mi latido en el tuyo» —gesto que nada tiene de ofrenda exterior, sino que es, con toda exactitud, la identificación que Jesús acaba de enseñar a Luisa.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 4 de noviembre de 1914:

«Hija mía, si tú supieras la gran complacencia que siento al verte repetir estas horas de mi Pasión, y siempre repetirlas, y de nuevo repetirlas, quedarías feliz. Es verdad que mis santos han meditado mi Pasión y han comprendido cuánto sufrí, y se han deshecho en lágrimas de compasión, hasta sentirse consumir de amor por mis penas, pero no de manera tan continuada ni tantas veces repetida con este orden; por eso puedo decir que tú eres la primera que me da este gusto tan grande y especial, y vas desmenuzando en ti, hora por hora, mi vida y lo que sufrí; y Yo me siento tan atraído que, hora por hora, te doy el alimento, como contigo el mismo alimento y hago junto contigo lo que haces tú. Pero sabe que te recompensaré abundantemente con nueva luz y nuevas gracias; y aun después de tu muerte, cada vez que estas horas de mi Pasión sean hechas por las almas en esta tierra, Yo en el Cielo te revestiré siempre de nueva luz y gloria.»

« Figlia mia, se tu sapessi il grande compiacimento che provo nel vederti ripetere queste ore della mia Passione e sempre ripeterle e di nuovo ripeterle, tu resteresti felice. E' vero che i miei santi hanno meditato la mia Passione ed hanno compreso quanto ho sofferto e si sono sciolti in lacrime di compassione, tanto, da sentirsi consumare per amore delle mie pene, ma non così continuato e tante volte ripetute con quest'ordine, sicché posso dire che tu sei la prima che mi dai questo gusto sì grande e speciale e vai sminuzzando in te ora per ora la mia vita e ciò che soffrii ed Io mi sento tanto tirato, che ora per ora ti dò il cibo e mangio teco lo stesso cibo e faccio insieme con te ciò che fai tu. Sappi però che ti compenserò abbondantemente di nuova luce e nuove grazie ed anche dopo la tua morte, ogniqualvolta queste ore della mia Passione saranno fatte dalle anime su questa terra, Io in Cielo ti ammanterò sempre di nuova luce e gloria. »

Dos días más tarde, vol. 11, 6 de noviembre de 1914:

«"Hija mía, el mundo está en acto continuo de renovar mi Pasión y, como mi inmensidad envuelve a todos, por dentro y por fuera de las criaturas, me veo obligado, por su contacto, a recibir clavos, espinas, azotes, desprecios, salivazos y todo lo demás que sufrí en la Pasión, y aún más. Ahora bien, si algunas criaturas hacen estas horas de mi Pasión, por su contacto siento que me quitan los clavos, que rompen las espinas, que suavizan las llagas, que me quitan los salivazos; siento que me devuelven en bien el mal que me hacen los demás; y Yo, sintiendo que su contacto no me hace mal, sino bien, me apoyo cada vez más en ellas." Además, volviendo Jesús bendito a hablar de estas horas de la Pasión, dijo: "Hija mía, sabe que al hacer estas horas, el alma toma mis pensamientos y los hace suyos, mis reparaciones, mis oraciones, mis deseos, mis afectos, hasta mis fibras más íntimas, y los hace suyos; y elevándose entre el Cielo y la tierra, desempeña mi mismo oficio y, como corredentora, dice junto Conmigo: "Ecce ego mitte me, aquí estoy, envíame; quiero repararte por todos, responderte por todos e impetrar el bien para todos."»

« "Figlia mia, il mondo sta in continuo atto di rinnovare la mia Passione e siccome la mia immensità involge tutti, dentro e fuori le creature, così sono costretto dal loro contatto a ricevere chiodi, spine, flagelli, disprezzi, sputi e tutto il resto che soffrii nella Passione ed anche più. Ora, se certe creature fanno queste ore della mia Passione, dal contatto di queste mi sento togliere i chiodi, frantumare le spine, raddolcire le piaghe, togliere gli sputi, mi sento contraccambiare in bene il male che mi fanno gli altri, ed Io, sentendo che il loro contatto non mi fa male, ma bene, mi poggio sempre più su loro." Oltre a ciò, tornando il benedetto Gesù a parlare di queste ore della Passione ha detto: "Figlia mia, sappi che col fare queste ore, l'anima prende i miei pensieri e li fa suoi, le mie riparazioni, le preghiere, i desideri, gli affetti, anche le più intime mie fibre e le fa sue ed elevandosi su, tra il Cielo e la terra fa il mio stesso ufficio e come corredentrice

dice insieme a Me: "Ecce ego mitte me, voglio ripararti per tutti, risponderti per tutti ed impetrare il bene a tutti." »

Cita. *Las 24 Horas de la Pasión*, en la hora de la negación de Pedro:

«…tu Corazón repara con toda calma las calumnias, los odios, los falsos testimonios, el mal que se hace a los inocentes con premeditación; y repara por quienes te ofenden por instigación de sus jefes y por las ofensas de los eclesiásticos. […] Quiero hacer correr mi latido en el tuyo, para endulzar el espasmo atroz que sufres; y este latido mío te jura fidelidad, amor, y repite y jura mil y mil veces que te conoce.»

« …il tuo cuore ripara con tutta calma le calunnie, gli odi, le false testimonianze, il male che si fa agli innocenti con premeditazione; e ripara per quelli che ti offendono per istigazione dei capi e le offese degli ecclesiastici. […] Voglio far scorrere il mio palpito nel tuo, per raddolcire lo spasimo atroce che soffri, e questo mio palpito ti giura fedeltà, amore, e ripete e giura le mille e mille volte di conoscerti. »

Articulación católica. La Carta a los Hebreos enseña que la Sangre de Cristo, derramada una vez para siempre, «podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo» (Heb 9,14) —Sangre realmente derramada, nunca un simple símbolo—. El Apocalipsis canta a los redimidos que «han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero» (Ap 7,14), mientras que la devoción a la Preciosísima Sangre, aprobada y alentada por numerosos papas, invita precisamente a los fieles a esta apropiación concreta y repetida. San Pablo resume, mejor que ninguna fórmula, esta misma identificación: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20, ya citado en VI.6, VIII.3, VIII.8) —versículo que impide precisamente reducir este gesto a una ofrenda exterior—. El Catecismo recuerda, finalmente, que Cristo «quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios» (CIC 618; cf. Col 1,24, ya citado en X.7) —fundamento doctrinal exacto de esta apropiación hora tras hora.

El texto del 6 de noviembre de 1914 llega a hacer decir al alma, con Jesús, «como corredentora» —palabra cuyos contornos exactos el propio Magisterio nunca ha circunscrito (cf. V.16), y que esta obra recibe, por tanto, sin pretender fijar de antemano su medida—. La doctrina de la Divina Voluntad no conoce aquí más que un acto único, continuamente repetido, por el que Dios rehace en el alma, sin rivalidad alguna ni segunda creación, lo que hizo en el universo (V.8) y lo que Cristo hizo en su propia Pasión (X.7, X.11): es este mismo acto, y ningún otro, el que el alma alcanza cuando, unida a Él, «hace mi mismo oficio» y dice con Él, como corredentora, «Ecce ego mitte me».

Fórmula para recordar. No se presenta nunca la Pasión a Jesús desde fuera: se la hace propia, hora tras hora, hasta que Él mismo, por este contacto, hace con el alma lo que ella hace.

Pregunta 11 — ¿Cómo ilumina la Pasión los actos no hechos, mal hechos o hechos humanamente?

Respuesta breve. En su Pasión, Jesús ve y reúne todos los actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron, y aquellos que realizaron solamente de manera humana; llama al alma a venir, en esa misma Voluntad en la que Él sufre, a «besar» esos actos no realizados y rehacerlos en modo divino —convirtiéndose así la Pasión, de manera muy concreta, en la escuela donde se aprende esta sustitución.

Desarrollo. X.7 ha mostrado qué significa, en general, rehacer con Jesús los actos de reparación. Ahora es preciso aclarar un punto más específico: por qué es en estas horas últimas de su Pasión donde Jesús enseña y hace más visible esta sustitución de los actos no hechos, mal hechos o hechos solamente de manera humana.

El mismo texto ya citado en X.7 lo muestra con precisión: al invitar a Luisa a entrar en su Voluntad, Jesús le pide que «sustituya en modo divino a tantos actos no hechos por todos nuestros hermanos, a tantos otros hechos humanamente, y a otros actos santos, sí, pero humanos y no en orden divino». Ahora bien, este texto pertenece al mismo registro que el ya citado en III.6-7 acerca de los actos que Jesús rehízo a lo largo de toda su vida terrena —registro que esta obra ya ha situado, desde la Concepción, como continuo durante toda esa vida (X.4): las últimas horas de la Pasión constituyen su último acto, visible y transmitido por el Evangelio, no el único momento en el que se concentró cuanto Jesús tuvo que «rehacer» de la naturaleza humana deshecha (X.1).

Por eso estas horas últimas, en las que se completa y se sella públicamente todo cuanto Jesús soportó silenciosamente desde su Concepción (X.4), iluminan, mejor que cualquier otro momento accesible a nuestra contemplación, esta doctrina de los actos no hechos o mal hechos: cada llaga, cada humillación, cada instante de esta Pasión condensa en sí mismo la reparación de innumerables actos omitidos a lo largo de los siglos —las oraciones no pronunciadas, los perdones no concedidos, las virtudes practicadas solamente a medias—. El alma que entra, hora tras hora, en las *24 Horas de la Pasión* (X.6, X.8) no hace, por tanto, solamente memoria de un acontecimiento pasado: viene, en cada hora contemplada, a «besar» un acto que ha quedado pendiente en algún lugar de la historia humana y a rehacerlo, con Jesús, en modo divino.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 13 de febrero de 1919:

> «Hija amada de mi Querer, ¿quieres venir en mi Voluntad a sustituir en modo divino a tantos actos no hechos por todos nuestros hermanos? ¿A tantos otros hechos humanamente, y a otros actos santos, sí, pero humanos y no en orden divino? Yo todo lo he hecho en el orden divino, pero no estoy contento aún, quiero que la criatura entre en mi Voluntad y en modo divino venga a besar mis actos, sustituyéndose a todo como hice Yo; por eso ven, ven, lo suspiro, lo deseo tanto, que hago fiesta cuando veo que la criatura entra en este ambiente divino…»
>
> *« Figlia diletta del mio Volere, vuoi venire nella mia Volontà a sostituire in modo divino tanti atti non fatti dagli altri nostri fratelli, tanti altri fatti umanamente e altri atti santi, sì, ma umani e non in ordine divino? Io tutto ho fatto nell'ordine divino, ma non sono contento ancora, voglio che la creatura entri nella mia Volontà ed in modo divino venga a baciare i miei atti, sostituendosi a tutto come feci Io; perciò vieni, vieni, lo sospiro, lo desidero tanto, che mi metto come in festa quando vedo che la creatura entra in questo ambiente divino… »*

Articulación católica. La Carta a los Hebreos describe a Cristo entrando en el mundo y diciendo: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas […]. Entonces yo dije: He aquí que vengo […] para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad» (Heb 10,5-7, ya citado en III.7, X.4) —obediencia perfecta que suple precisamente todas las ofrendas imperfectas o no realizadas de la antigua Alianza—. San Pablo enseña igualmente que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5,20) —sobreabundancia que cubre, en la Pasión, hasta los actos más omitidos de la historia humana.

Fórmula para recordar. La Pasión no es solamente el lugar donde el pecado fue perdonado: es el lugar donde cada acto omitido de la historia encuentra todavía, hoy, a alguien que venga a rehacerlo.

Pregunta 12 — ¿Qué alegría y qué seguridad encuentran Jesús y el alma en la reparación compartida?

Respuesta breve. Reparar con Jesús no es ante todo ni una carga ni una simple protección: es una alegría que Jesús dice sentir el primero —hasta el punto de sentirse «debilitado» por el amor del alma que repara y retenido, como encadenado, en su justicia para con las criaturas. Esta alegría compartida se convierte después, muy concretamente, en un refugio contra la Justicia divina que el pecado del mundo llama sin cesar —no porque el sufrimiento se busque por sí mismo, sino porque la reparación retiene la mano misma de esta Justicia y pone así a cubierto, por este solo gesto, mucho más allá de quien la practica, a todos aquellos a quienes su reparación «por todos» viene a alcanzar.

Desarrollo. Después de haber mostrado la profundidad y la amplitud de la reparación (X.1-11), es preciso decir ahora su fruto más íntimo: lo que produce, ante todo, en el corazón mismo de Jesús, incluso antes de llegar a lo que produce en el alma que la practica.

Jesús revela a Luisa que oírla repetir sus propias palabras, sus propias oraciones, le procura una alegría real y no una simple satisfacción de justicia: «querer como quiero Yo […] como por tantos imanes me siento atraer hacia ti […] puedo decir que es una fiesta para Mí». Va aún más lejos, con una imagen de rara audacia: esta alegría lo «debilita» hasta el punto de quitarle «la fuerza de castigar a las criaturas» —reconoce en Luisa «las mismas cadenas» que Él mismo ponía en otro tiempo al Padre para reconciliar al género humano. La reparación nunca es, por tanto, solamente recibida por Jesús como un consuelo exterior: actúa verdaderamente sobre Él, retiene su mano, exactamente como su propia Pasión retenía en otro tiempo la Justicia del Padre.

Jesús explica después, mediante una imagen doméstica, por qué esta reparación sigue siendo necesaria sin convertirse jamás en búsqueda del sufrimiento por sí mismo: «donde hay reparaciones el alma está como bajo techo […]»; en cambio, «donde no hay reparación, es como quien se encuentra en medio de la calle, expuesta a los rayos, al granizo y a todos los males». Jesús añade inmediatamente, con apremiante urgencia: «Los tiempos son tristísimos, y si el cerco de las reparaciones no se ensancha, hay peligro de que los que están al descubierto queden fulminados por los rayos de la Divina Justicia» —precisión que muestra que este refugio no tiene nada de comodidad espiritual facultativa, sino que responde a un peligro real que solamente la reparación puede contener.

Nada, en esta doble enseñanza, invita, sin embargo, a buscar el sufrimiento por sí mismo ni a cultivar una tristeza permanente como signo de fidelidad: lo que Jesús revela aquí como alegría y como refugio excluye por naturaleza toda complacencia en el dolor. Vivir así la reparación nunca consiste, por tanto, en buscar un refugio solamente para sí: consiste en ensanchar, acto tras acto, el cerco bajo el cual otros quedan también a cubierto —por una necesidad real de refugio y con la alegría sincera de saber que Jesús mismo, como lo ha dicho, encuentra allí un verdadero consuelo, hasta sentirse retenido por amor.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 4 de junio de 1918:

> «Hija mía, cuando te oigo repetir mis palabras, mis oraciones, siento que quieres como quiero Yo; como por tantos imanes me siento atraer hacia ti y, conforme te oigo repetir mis palabras, tantas alegrías distintas siente mi corazón, y puedo decir que es una fiesta para Mí; y mientras gozo, me siento debilitado por el amor de tu alma y no tengo la fuerza de castigar a las criaturas; siento en ti las mismas cadenas que Yo ponía al Padre para reconciliar al género humano. ¡Ah, sí!, repite lo que hice Yo, repítelo

siempre si quieres que tu Jesús, en tantas amarguras, encuentre una alegría por parte de las criaturas.»

« Figlia mia, quando ti sento ripetere le mie parole, le mie preghiere, sento che vuoi come voglio Io, come da tante calamite mi sento tirare verso di te e come ti sento ripetere le mie parole, tante gioie distinte sente il mio cuore e posso dire che è una festa per Me e mentre godo, mi sento debilitato dall'amore dell'anima tua e non ho la forza di colpire le creature; sento in te le stesse catene che Io mettevo al Padre per riconciliare il genere umano. Ah! si, ripeti ciò che feci Io, ripetilo sempre se vuoi, perchè il tuo Gesù, in tante amarezze, trovi una gioia da parte delle creature. »

Después añadió:

«…Si quieres estar al seguro, repara siempre y repara junto Conmigo; identifícate tanto Conmigo que formes un solo eco de reparaciones entre tú y Yo; donde hay reparación, el alma está como bajo techo, donde queda defendida del frío, del granizo y de todo; en cambio, donde no hay reparación, es como quien se encuentra en medio de la calle, expuesto a los rayos, al granizo y a todos los males. Los tiempos son tristísimos, y si el cerco de las reparaciones no se ensancha, existe el peligro de que quienes están al descubierto queden fulminados por los rayos de la Divina Justicia.»

« …Se vuoi stare al sicuro, ripara sempre e ripara insieme con Me, immedesimati tanto in Me, da formare un solo eco di riparazioni tra Me e te; dove c'è riparazione, l'anima è come al coperto, dove sta difesa dal freddo, dalla grandine e da tutto; invece dove non c'è riparazione, è come chi si trova in mezzo alla strada, esposto ai fulmini, alla grandine ed a tutti i mali. I tempi sono tristissimi e se il cerchio delle riparazioni non si allarga, passa pericolo che quelli che sono scoperti, restino fulminati dai fulmini della Divina Giustizia. »

Articulación católica. El Catecismo no presenta el sufrimiento como un bien buscado por sí mismo: enseña que, por su Pasión y su muerte en la Cruz, Cristo le dio un sentido nuevo, de modo que desde entonces nos configura con Él y nos une a su Pasión redentora (CIC 1505); y que, por la gracia de la unción, el enfermo puede unirse más íntimamente a esta Pasión y dar fruto mediante esa configuración (CIC 1521). La imagen de una justicia divina retenida por la intercesión no es propia del *Libro de Cielo*: Moisés, después del becerro de oro, obtiene del Señor que renuncie al mal con el que amenazaba a su pueblo (Éx 32,11-14), y Abrahán negocia, grado por grado, la clemencia divina para con Sodoma (Gén 18,22-33) —la reparación en el Fiat no hace, por tanto, sino llevar a su grado más íntimo una intercesión ya conocida por toda la Escritura—. San Pablo, ya citado en X.7 y X.10, se alegra en sus sufrimientos (Col 1,24) sin buscarlos jamás por sí mismos —son el fruto y el sentido del sufrimiento ya presente los que constituyen su alegría, no el sufrimiento en cuanto tal—.

Fórmula para recordar. No se repara ante todo porque se ame sufrir, sino porque Jesús mismo encuentra en ello una alegría real, hasta sentirse encadenado por amor —y porque este mismo refugio protege del peligro muy real sobre el que Él advierte.

Pregunta 13 — ¿Qué sentido dar, en la Divina Voluntad, al estado de víctima y a los sufrimientos ofrecidos por los demás?

Respuesta breve. El *Libro de Cielo* llama «verdaderas víctimas» no a quienes sufren por necesidad, enfermedad o accidente —suerte común de toda la humanidad—, sino a quienes piden libremente sufrir lo que Dios quiere y como Él lo quiere, a imagen de la Pasión de Cristo, enteramente voluntaria. Este estado, tal como Jesús lo vivió con Luisa, supone

siempre el consentimiento del alma y su entera sumisión a la obediencia eclesial; nunca es un fin buscado por sí mismo, ni una vía que deba imitarse materialmente, sino un fruto de la unión con Jesús, de la obediencia y de la caridad —en la línea exacta de lo que X.12 ya ha establecido contra todo dolorismo—.

Desarrollo. Este tema, presente desde los primeros volúmenes del *Libro de Cielo*, merece abordarse con especial prudencia: no se trata ni de dolorismo, ni de una espiritualidad del sufrimiento buscado por sí mismo, sino de una doctrina precisa, delimitada por salvaguardas que el propio texto establece.

Jesús explica a Luisa lo que distingue verdaderamente a una «verdadera víctima»: no el sufrimiento mismo, que el mundo entero conoce bajo forma de enfermedad, necesidad o accidente, sino el sufrimiento libremente pedido y aceptado, a imagen del suyo —«mi sufrir fue todo voluntario; ninguna pena, incluso mínima, podían darme, si Yo no lo quisiera». Por eso, precisa, preguntaba casi siempre a Luisa, antes de cada prueba, si la aceptaba voluntariamente: jamás una coacción impuesta sin consentimiento. Segunda salvaguarda, todavía más llamativa: la propia Luisa reconoce que lo que hacía de ella una «verdadera víctima» no era solamente el sufrimiento ofrecido, sino el hecho de que no podía salir de él mientras su confesor —«mi ministro», dice Jesús— no viniera a llamarla a la obediencia; un privilegio de sumisión que ni siquiera la enfermedad o la prisión más dura imponen ordinariamente. En otros lugares del corpus, Jesús llega incluso a suspender Él mismo este estado, por «Voluntad permisiva, no querida», cuando la autoridad legítima de la Iglesia lo exige —signo de que la obediencia prevalece siempre sobre el atractivo, por grande que sea, de la propia víctima—.

Este marco descarta desde el principio dos posibles desviaciones: hacer del sufrimiento buscado por sí mismo un ideal espiritual, o hacer de la experiencia propia de Luisa un modelo que toda alma debería reproducir materialmente. Ni una ni otra encuentran apoyo en este texto: solo la unión con Jesús, vivida en la obediencia y animada por la caridad, da sentido y fecundidad a lo que Dios permite a veces llevar por los demás.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 17 de febrero de 1931:

> «…no hay cosa que aplaque más mi Justicia […] que el sufrir voluntario, y se pueden llamar verdaderas víctimas no aquéllas que sufren por necesidad, por enfermedad, por infortunio, […], sino aquéllas que voluntariamente se exponen a sufrir lo que Yo quiero y en el modo como quiero; éstas son las víctimas que me semejan, mi sufrir fue todo voluntario, […] Es por eso que casi siempre te preguntaba […] si tú voluntariamente aceptabas, […] el nudo más fuerte era que tú no podías salir de aquel estado de penas […] si no venía mi ministro a llamarte a la obediencia; era esto lo que te constituía verdadera víctima…»
>
> *« …non vi è cosa che più placa la mia giustizia […] che il patire volontario e si possono chiamare vere vittime, non quelli che soffrono per necessità, per malattia, per infortunio, […], ma quelli che volontariamente chiedono di patire quello che Io voglio e nel modo in cui voglio; queste sono le vittime che mi rassomigliano, il mio patire fu tutto volontario, […] Ecco perciò quasi sempre ti chiedevo […] se tu volontariamente accettavi, […] il nodo più forte era che tu non potevi uscire da quello stato di pene […] se prima non veniva il mio Ministro a chiamarti all'ubbidienza: era questo che ti costituiva vera vittima… »*

Articulación católica. San Pablo escribe: «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24; X.15 volverá sobre ello) —no porque la Redención esté incompleta, sino porque Cristo asocia libremente a miembros de su Cuerpo a la aplicación de su único sacrificio—. El Catecismo recuerda que «todos los fieles, de cualquier estado

o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (CIC 2013), y que, en Cristo, la Cruz fue libremente aceptada por amor: su humanidad fue «el instrumento libre y perfecto de su amor divino» y Él «aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres» (CIC 609) —exactamente lo que este texto del *Libro de Cielo* verifica y detalla—.

Fórmula para recordar. Lo que hace a una víctima no es la pena recibida, sino el «sí» libremente dado, mantenido hasta el «sí» de la obediencia, que es el único que puede ponerle fin.

Pregunta 14 — ¿Por qué la Pasión prepara el triunfo del Reino?

Respuesta breve. Lejos de quedar como un episodio cerrado, la Pasión sigue siendo una espera viva y activa del propio Jesús, que «cuenta los respiros y los minutos» con la esperanza de ver finalmente reinar su Reino sobre la tierra; en su nombre, y por el mérito de esa misma Sangre ya presentada como pasaporte, este Reino, todavía esperado, vendrá un día a llevar a plenitud lo que la Pasión preparó sin haberlo realizado aún plenamente en la historia.

Desarrollo. Todo lo que acaba de exponerse acerca de la Pasión y de la reparación nunca se encierra en sí mismo: esta obra tiende activamente hacia el triunfo del Reino, que la Undécima parte de esta obra, dedicada a la esperanza y al cumplimiento, desarrollará plenamente.

Jesús revela a Luisa que la espera de este Reino constituye una de sus mayores penas: «la espera es una de nuestras penas más grandes, nos tiene como centinelas, llegamos a contar los respiros, los latidos, los minutos». Esta espera nunca es pasiva ni resignada: ya está anunciada, en su principio, por la imagen del pasaporte encontrada en III.10 —la Sangre de la Pasión como pasaporte para entrar en el Reino de la Voluntad— y retomada en X.5 de esta misma parte —la disposición a hacer la Voluntad de Dios como pasaporte firmado por el propio Jesús—: estos dos pasaportes, uno obtenido por la Pasión histórica y el otro ofrecido hoy a cada alma, son un solo y mismo documento, cuyo valor nunca se agota.

Por eso la Pasión prepara el triunfo del Reino sin realizarlo nunca, por sí sola, plenamente en la historia: constituye su mérito adquirido de una vez para siempre, el pasaporte ya firmado, la espera ardiente del propio Jesús, que no deja de «llamar a todas las puertas» —al sol, al viento, al cielo, a las estrellas, a su propia Divinidad, a los ángeles y a los santos— para que venga finalmente este Reinado. Esta última imagen, en la que el propio Jesús se hace suplicante ante toda la Creación y todo el Cielo para apresurar su propio Reino, abre ya, anticipadamente, las últimas preguntas de esta obra: las de la esperanza, de los frutos ya dados y del cumplimiento todavía esperado del Fiat en la tierra como en el Cielo —antes de que esta misma Décima parte se cierre, más adelante, con la Cruz de la Voluntad (X.18)—.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 16 de marzo de 1938:

> «Hija mía buena de mi Querer, la espera es una de nuestras penas más grandes; nos tiene como centinelas, llegamos a contar las respiraciones, los latidos, los minutos en que no la sentimos con Nosotros […] Mucho más, porque en cuanto entra en nuestro Querer y nos pide que nuestra Voluntad venga a reinar sobre la tierra, hacemos fiesta, porque quiere lo que queremos Nosotros, […] Ahora, conforme pide que nuestro Querer venga a reinar, llama a todas las cosas creadas, al sol, al viento, al cielo, a las estrellas, a todo. Yo, que gobierno dominante en ellas, en cuanto oigo llamar, abro todas las

puertas y me pongo en camino para venir a reinar. Pero no se detiene; sube más alto y llama a nuestra Divinidad, a todos los ángeles y santos, y por todos me hace pedir que venga mi Fiat. ¡Qué dulce es su llamada penetrante, imperante, tanto que todos abren, todos se ponen en guardia; da trabajo a todos y todos piden lo que ella quiere! Por eso, vivir en nuestro Querer mueve Cielo y tierra, y pone nuestras obras en disposición para una causa tan santa.»

« Figlia mia buona del mio Volere, l'attesa è una delle nostre pene più grandi, ci tiene come in sentinella, giungiamo a contare i respiri, i palpiti, i minuti in cui non la sentiamo con Noi […] Molto più, che come entra nel nostro Volere e ci chiede che la nostra Volontà venga a regnare sulla terra, facciamo festa, perché vuole ciò che vogliamo Noi, […] Ora, come chiede che il nostro Volere venga a regnare, essa bussa a tutte le cose create, al sole, al vento, al cielo, alle stelle, a tutto. Io, che sono dominante in esse, come sento picchiare apro tutte le porte e mi metto in via per venire a regnare. Ma non si arresta, sale più su e picchia alla nostra Divinità, a tutti gli angeli e santi e da tutti mi fa chiedere che venga il mio Fiat. Come è dolce il suo picchio penetrante, imperante, tanto che tutti aprono, si mettono tutti sull'attenti, dà da fare a tutti e tutti chiedono ciò che essa vuole. Perciò il vivere nel nostro Volere muove Cielo e terra, mette in attitudine le nostre opere per una causa così santa. »

Articulación católica. El Apocalipsis hace resonar esta misma espera ardiente al término de la Revelación: «El Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!" […] Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,17.20) —una espera que, lejos de ser pasiva, moviliza a la propia Esposa, es decir, a la Iglesia, en una súplica activa—. El Catecismo enseña que los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía, que se apresure el retorno de Cristo cuando suplican «Ven, Señor Jesús» (CIC 671), y llama a esta petición «el Marana Tha, el grito del Espíritu y de la Esposa» (CIC 2817) —espera que la Undécima parte de esta obra desarrollará plenamente, con toda la prudencia escatológica requerida—.

Fórmula para recordar. La Pasión nunca es un punto final: es un pasaporte ya firmado, que el propio Jesús espera ver por fin utilizado por un Reino todavía por venir.

Pregunta 15 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento ofrecido con Jesús en ornamento y joyas para el alma?

Respuesta breve. Al unirse al dolor de Cristo crucificado, el alma deja que Jesús haga de ella su esposa, a la que Él mismo adorna —no con joyas terrenas, sino con las «gemas» que hace salir del dolor consentido en su Fiat. La Cruz, su tesoro más querido, se convierte así en la dote que Jesús da a cada una de sus esposas; lo que el sufrimiento deteriora en apariencia, su Fiat lo transfigura en belleza.

Desarrollo. El *Libro de Cielo* une, en dos textos que se responden, la Cruz como tesoro nupcial y el sufrimiento como materia misma del ornamento del alma. Jesús revela primero por qué abraza la Cruz como su bien más querido: en ella «dotó» a las almas y las «desposó» consigo, pues la Cruz contiene, en su longitud y anchura, la dote suficiente para cada una de sus esposas. Este primer texto excluye de entrada todo dolorismo: no es el sufrimiento en sí mismo lo que se ama por sí mismo, sino la Cruz como lugar y signo de una alianza nupcial ya sellada.

El segundo texto, todavía más íntimo, muestra cómo esta dote se distribuye concretamente en la vida de cada alma. Jesús se compara allí con un esposo que no confía a nadie, ni siquiera a su esposa, el cuidado de lavarla, peinarla, vestirla y adornarla Él mismo con sus propias manos. Las gemas con las que quiere adornarla no son las que produce la tierra, sino

las que hace salir «del fondo del alma, de las partes más íntimas», al contacto mismo del dolor que permite: «del dolor salen las joyas». La voluntad del alma, tocada así, se convierte en oro, y este oro hace salir al exterior los colores, las coronas, los vestidos, los perfumes y las músicas más bellas. Como en la propia reparación, el sufrimiento nunca se busca ni se valora aquí por sí mismo: es aquel, real y ya presente en la vida del alma, el que queda transfigurado desde el momento en que es consentido y unido, en el Fiat, al del propio Jesús.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 9, 1 de abril de 1909:

> «Yo no hago otra cosa que como un esposo que, debiendo desposar a su esposa y hacerla salir en público, para hacerla lucir bellamente y hacerla digna de sí, no se fía de nadie, ni siquiera de su misma esposa, sino que él mismo quiere lavarla, peinarla, vestirla, adornarla con gemas, con brillantes, […] Y ahora le doy un lavado, ahora una peinada; ahora me dispongo a vestirla un poco más bella, ahora a enjoyarla, pero no con las gemas que procura la tierra, cosas todas superficiales, sino con las gemas que hago salir del fondo del alma, de las partes más íntimas, que se forman con el toque de mis dedos que crea el dolor, y del dolor salen las gemas; convierte la voluntad en oro, y esta voluntad convertida en oro por mis propias manos hará salir todos los colores y las coronas más bellas, los vestidos más magníficos, las flores más olorosas y las músicas más agradables…»

> *« Io non faccio altro che come uno sposo, che dovendo sposare la sua sposa e farla uscire in pubblico, per farle fare una bella comparsa e per farla degna di sé, non si fida di nessuno, neppure della sua stessa sposa, ma lui stesso la vuole lavare, pettinare, vestire, ornare con le gemme, coi brillanti, […] Ed ora le faccio una lavata, or una pettinata, ora mi accingo a vestirla un po' più bella, ora ad ingemmarla, ma non con le gemme che procura la terra, cose tutte superficiali, ma con le gemme che faccio uscire dal fondo dell'anima, dalle parti più intime, che si formano col tocco delle mie dita che crea il dolore e dal dolore escono le gemme; converte la volontà in oro e questa volontà convertita in oro dalle mie stesse mani, manderà fuori tutti i colori e le corone più belle, le vesti più magnifiche, i fiori più odorosi e le musiche più gradite… »*

Cita de referencia. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 7, 27 de julio de 1906:

> «…Hija mía, cuando recibí la cruz, la abracé como mi tesoro más querido, porque en la cruz doté a las almas y las desposé Conmigo. Ahora bien, mirando la cruz, su longitud y su anchura, Yo me regocijé, porque veía en ella las dotes suficientes para todas mis esposas, y ninguna podía temer no poder desposarse Conmigo, teniendo Yo en mi propio puño, en la cruz, el precio de su dote; pero con esta sola condición: que si el alma acepta los pequeños dones que Yo le envío, que son las cruces, como prenda de que me acepta por Esposo, se forman los esponsales y le hago donación de la dote. Si después no acepta los dones, es decir, no se resigna a mi Voluntad, todo queda deshecho; y aunque Yo quiera dotarla, no puedo, porque para formar unos esponsales se necesita siempre la voluntad de ambas partes; y si el alma no acepta los dones, significa que no quiere aceptar los esponsales.»

> *« …Figlia mia, quando ricevetti la croce, l'abbracciai come il mio più caro tesoro, perché nella croce dotai le anime e le sposai a Me. Or, guardando la croce, la sua lunghezza e larghezza, Io giubilai, perché vedevo in essa le doti sufficienti a tutte le mie spose e nessuna poteva temere di non potersi sposare con Me, tenendo Io in proprio pugno, nella croce, il prezzo della loro dote, però con questa sola condizione, che se l'anima accetta i piccoli donativi che Io le invio, quali sono le croci, come pegno che mi accetta per Sposo, lo sposalizio viene formato e le faccio la donazione della dote. Se poi non accetta i donativi, cioè, non si rassegna alla mia Volontà, resta sciolta ogni cosa e anche se Io*

voglio dotarla, non posso, perché per formare uno sposalizio ci vuole sempre la volontà d'ambo le parti e l'anima, se non accetta i donativi, significa che non vuole accettare lo sposalizio. »

Articulación católica. San Pablo escribe: «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24) —versículo que resume, mucho antes del *Libro de Cielo*, esta misma doctrina de un sufrimiento asociado, nunca autónomo, siempre fecundo porque está unido al del Cabeza—. Jesús proclama bienaventurados a «los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5,4): bienaventuranza que nunca exalta el sufrimiento en sí mismo, sino la consolación y la transformación prometidas a quien lo atraviesa en la fe.

Fórmula para recordar. Jesús nunca suprime el dolor consentido en su Fiat: lo transforma en joyas y hace de la Cruz la dote de cada una de sus esposas.

Pregunta 16 — ¿Por qué la Cruz es un tesoro deseable y no solamente una carga que llevar?

Respuesta breve. El mismo día de la fiesta de su Exaltación, Jesús revela a Luisa que la Cruz nunca es ante todo un peso que habría que consentir en llevar por deber: es belleza («te dará los rasgos más bellos»), riqueza inagotable, y contiene «todos los triunfos, todas las victorias y las más grandes adquisiciones» —hasta el punto de que Jesús dice no querer para el alma otra mira que la propia Cruz. Es también, dice en otro lugar, lo que lo reveló como Dios más que sus obras, su predicación o sus milagros: elevado sobre ella como sobre su propio trono, solo entonces fue reconocido.

Desarrollo. Las preguntas anteriores han mostrado la reparación, la identificación y la alegría que Jesús encuentra en el sufrimiento compartido (X.1-12), y después su transfiguración en ornamento nupcial (X.15). Ahora es preciso remontarse a la fuente de todo ello: por qué la propia Cruz, antes incluso de ser llevada u ofrecida, merece ser deseada.

El 14 de septiembre de 1899 —día de la Exaltación de la Cruz— Jesús transporta a Luisa «a los lugares santos» y le habla largamente de la virtud de la cruz, de la que, dice ella, no recuerda sino algunos fragmentos. El primero de estos fragmentos basta para invertir toda lectura reductora: «¿Quieres ser bella? La cruz te dará los rasgos más bellos que se puedan encontrar tanto en el Cielo como en la tierra, tanto, de enamorar a Dios que contiene en Sí todas las bellezas». Sigue una promesa de riqueza: «la cruz te suministrará todas las especies de riquezas, desde los más pequeños centavos, como son las pequeñas cruces, hasta las sumas más grandes, que son las cruces más pesadas» —y Jesús se asombra de que los hombres, tan ávidos de una ganancia temporal que pronto deberán dejar, no se preocupen jamás por adquirir esta ganancia eterna. Viene entonces la afirmación más densa: «en la cruz están todos los triunfos, todas las victorias y las más grandes adquisiciones, para ti no debe haber otra mira más que la cruz, y esta te bastará por todo».

Ese mismo día, Jesús hace vivir a Luisa una crucifixión mística —María, san Juan y los ángeles asisten a ella, y una cruz más grande desciende del Cielo para ella—, de la que ella misma dice: «¡qué día memorable fue para mí, de dolores, sí, pero también de contentos, de penas indecibles, pero también de alegrías!». Lejos de oponer sufrimiento y alegría como dos realidades que se excluyeran, el texto los mantiene juntos, sin confundirlos ni debilitar el uno mediante la otra. Jesús añade entonces una doctrina del discernimiento fundada en esa misma cruz: «la cruz hace distinguir a los réprobos de los predestinados» —el alma que la abraza, la lleva con resignación y paciencia, besa y agradece a la mano que la envía,

lleva en sí el signo de su salvación; la que se irrita contra ella o llega a ofender a Dios lleva el signo contrario. «La cruz es un libro que sin engaño y a claras notas te dice y te hace distinguir al santo del pecador, al perfecto del imperfecto, al fervoroso del tibio» —y «todas las otras virtudes están humildes y reverentes ante la virtud de la cruz, e injertándose con ella reciben mayor lustre y esplendor».

Un segundo texto, de 1901, explica por qué la Cruz, más que todo el resto de la vida de Jesús, lo revela como Dios: «no las obras, ni la predicación, ni la misma potencia de los milagros me hicieron conocer con claridad como el Dios que soy, sino cuando fui puesto en la cruz y levantado sobre ella como sobre mi propio trono, entonces fui reconocido como Dios» —solo la cruz, dice, «reveló al mundo y a todo el infierno quién era Yo verdaderamente». Ella «revela a Dios al alma» y hace conocer si el alma es verdaderamente de Dios, pues «descubre todas las partes íntimas del alma y revela a Dios y a los hombres quién es esta alma» —en dos registros distintos, precisa Jesús, el dolor y el amor, cada uno con su función propia, como cada coro angélico tiene su oficio.

Un tercer texto, de 1902, da a esta riqueza un nombre escriturístico preciso. Jesús muestra a Luisa un árbol plantado en su propio Corazón, como si compartiera la naturaleza misma de ese Corazón: sus raíces parecían brotar de su punta, y su belleza, su esplendor y su altura tocaban el cielo, extendiéndose sus ramas hasta los confines más remotos. «Este árbol —le dice— fue concebido junto Conmigo, dentro del centro de mi corazón»: lo llama «árbol de Redención, llamado árbol de vida» —las almas que permanecen unidas a él reciben de él la vida de la gracia en el tiempo y, una vez plenamente formadas, la vida de la gloria en la eternidad.

Un cuarto texto, finalmente, muestra la Cruz como lugar de acceso universal: por estar clavado de manos y pies, Jesús «no puede oponerse a nada de lo que quieren» —quien lo quiere maestro lo encuentra maestro, quien gime en el abandono lo encuentra padre, el enfermo lo encuentra médico y quien está oprimido por calumnias lo encuentra defensor; «y así de todo lo demás, así que quien me quiere juez me encuentra juez, quién amigo, quién esposo, quién abogado, quién sacerdote, así me encuentran». La Cruz nunca es, por tanto, solamente el lugar donde Jesús sufre: es el lugar donde, por su misma impotencia para resistirse, se pone a disposición de todo cuanto cada alma necesita.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1, 14 de septiembre de 1899 —día de la Exaltación de la Cruz—:

> «…Amada mía, ¿quieres ser bella? La cruz te dará los rasgos más bellos que se puedan encontrar tanto en el Cielo como en la tierra, hasta enamorar a Dios, que contiene en Sí todas las bellezas. […] ¿Quieres estar llena de inmensas riquezas, no por breve tiempo sino por toda la eternidad? Pues bien, la cruz te suministrará toda clase de riquezas, desde los centavos más pequeños, que son las pequeñas cruces, hasta las sumas más grandes, que son las cruces más pesadas; y, sin embargo, los hombres son tan ávidos de ganar una moneda temporal, que pronto deberán dejar, que no se preocupan en absoluto por adquirir un centavo eterno […]. Amada mía, en la cruz están todos los triunfos, todas las victorias y las mayores adquisiciones; no debes tener otra mira que la cruz, y esta te bastará para todo esto.»
>
> *« …Diletta mia, vuoi tu essere bella? La croce ti darà i lineamenti più belli che si possano trovar e nel Cielo e nella terra, tanto da innamorare Iddio che contiene in Sé tutte le bellezze. […] Vuoi tu essere piena d'immense ricchezze, non per breve tempo ma per tutta l'eternità? Ebbene, la croce ti somministrerà tutte le specie di ricchezze, dai centesimi più piccoli, qual sono le piccole croci, alle somme più grandi, quali sono le croci più pesanti, eppure gli uomini sono tanto avidi per guadagnare un soldo temporale che*

dovranno presto lasciare e nessun pensiero si danno per acquistare un centesimo eterno […]. Diletta mia, nella croce ci sono tutti i trionfi, tutte le vittorie ed i più grandi acquisti, tu non devi aver altra mira che la croce e questa ti basterà per tutto questo. »

Ese mismo día, después de una crucifixión mística vivida con María y san Juan:

«Amada mía, la cruz hace distinguir a los réprobos de los predestinados […]. La cruz lo dice todo; la cruz es un libro que, sin engaño y con notas claras, te dice y te hace distinguir al santo del pecador, al perfecto del imperfecto, al fervoroso del tibio […]. Todas las demás virtudes permanecen humildes y reverentes ante la virtud de la cruz, e injertándose en ella reciben mayor lustre y esplendor.»

« Diletta mia, la croce fa distinguere i reprobi dai predestinati. […] Tutto dice la croce, la croce è un libro che senza inganno ed a chiare note ti dice e fa distinguere il santo dal peccatore, il perfetto dall'imperfetto, il fervoroso dal tiepido. […] Tutte le altre virtù stanno umili e riverenti innanzi alla virtù della croce ed innestandosi con essa ne ricevono maggior lustro e splendore. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 8 de marzo de 1901:

«Hija mía, no las obras, ni la predicación, ni la misma potencia de los milagros me hicieron conocer con claridad como el Dios que soy, sino cuando fui puesto en la cruz y levantado sobre ella como sobre mi propio trono; entonces fui reconocido como Dios. Así que sólo la cruz me reveló al mundo y a todo el infierno quién era Yo verdaderamente; todos quedaron sacudidos y reconocieron a su Creador. Por tanto, es la cruz la que revela a Dios al alma y hace conocer si el alma es verdaderamente de Dios; se puede decir que la cruz descubre todas las partes íntimas del alma y revela a Dios y a los hombres quién es ella.»

« Figlia mia, non le opere, né la predicazione, né la stessa potenza dei miracoli, mi fecero conoscere con chiarezza Dio qual sono, ma quando fui messo sulla croce ed innalzato su di essa come sul mio proprio trono, allora fui riconosciuto per Dio; sicché la sola croce mi rivelò al mondo ed a tutto l'inferno, chi Io veramente ero; onde tutti restarono scossi e riconobbero il loro Creatore. Quindi è la croce che rivela Dio all'anima e fa conoscere se l'anima è veramente di Dio, si può dire che la croce scopre tutte le intime parti dell'anima e rivela a Dio ed agli uomini chi essa sia. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 5 de noviembre de 1902 —Luisa ve un árbol plantado en el Corazón de Jesús—:

«Hija mía, este árbol fue concebido junto Conmigo, dentro del centro de mi corazón, y desde entonces Yo sentí en lo más profundo del corazón todo lo que de bien y de mal haría el hombre por medio de este árbol de Redención, llamado árbol de vida, de modo que todas aquellas almas que se mantienen unidas a este árbol recibirán vida de gracia en el tiempo y, cuando estén bien crecidas, les suministrará vida de gloria en la eternidad. Sin embargo, ¿cuál no es mi dolor? Aunque no puedan arrancar el árbol ni tocar el tronco, muchos tratan de cortarme ramas para hacer que las almas no reciban la vida, quitándome toda la gloria y el placer que este árbol de vida me habría producido.»

« Figlia mia, quest'albero fu concepito insieme a Me, dentro il centro del cuore e fin d'allora Io sentii nel più profondo del cuore tutto ciò che di bene e di male avrebbe fatto l'uomo, mercé quest'albero di redenzione, chiamato albero di vita, tanto che tutte quelle anime che si tengono unite a quest'albero riceveranno vita di grazia nel tempo e quando saranno ben cresciute somministrerà loro vita di gloria nell'eternità. Eppure quale non è il mio dolore? Sebbene non possano svellere l'albero, non passono toccare il

tronco; molti cercano di tagliarmi dei rami per fare che le anime non ricevano la vita per togliermi tutta la gloria ed il piacere che quest'albero di vita mi avrebbe prodotto. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 6, 15 de diciembre de 1905:

«Hija mía, quise ser crucificado y levantado en la cruz para hacer que las almas, según me quieran, me encuentren. Así que uno me quiere como maestro, porque siente la necesidad de ser enseñado, y Yo me abajo a enseñarle tanto las cosas pequeñas como las más altas y sublimes, […] Otro gime en el abandono, en el olvido, quisiera encontrar un padre, viene a los pies de mi cruz, y Yo me hago padre […] Aquel otro está enfermo y ya me encuentra médico, […] Este otro está oprimido por calumnias, por desprecios, y a los pies de mi cruz encuentra a su defensor, […] y así en todo lo demás: quien me quiere juez me encuentra juez; quien amigo, quien esposo, quien abogado, quien sacerdote, así me encuentran. Por eso quise ser clavado de manos y pies, para no oponerme a nada de lo que quieren, para hacerme como me quieren…»

« Figlia mia, volli essere crocifisso ed innalzato in croce, per fare che le anime, a seconda che mi vogliano, mi trovino. Sicché, uno mi vuole maestro, ché sente la necessità di essere ammaestrato ed Io mi abbasso ad insegnargli tanto le cose piccole quanto le più alte e sublimi, […] Un altro geme nell'abbandono, nell'oblio, vorrebbe trovare un padre, viene ai piedi della mia croce ed Io mi faccio padre […] Quell'altro è infermo e già mi trova medico, […] Quest'altro è oppresso da calunnie, da disprezzi, ai piedi della mia croce trova il suo difensore, […] così di tutto il resto sicché, chi mi vuole giudice mi trova giudice, chi amico, chi sposo, chi avvocato, chi sacerdote, tale mi trovano. Perciò volli essere inchiodato mani e piedi, per non oppormi a nulla di ciò che vogliono, per farmi come mi vogliono… »

Articulación católica. San Pablo se niega absolutamente a conocer «cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado» (1 Cor 2,2), y en otro lugar proclama: «Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál 6,14) —no por gusto del sufrimiento, sino porque esta cruz se ha convertido para él en el único tesoro—. La propia liturgia canta, el Viernes Santo, la Cruz como árbol sin igual, único en nobleza entre todos los árboles (himno *Crux fidelis*): la tradición católica nunca ha reducido, por tanto, la Cruz a un puro instrumento de suplicio, sino que siempre la ha celebrado también como trofeo y tesoro. El mismo nombre que Jesús da al árbol plantado en su Corazón —«árbol de vida»— se une, por analogía, a esta misma vena litúrgica y a la tipología que la tradición patrística aplica desde antiguo a la Cruz como nuevo Árbol de la Vida, opuesto al que el hombre perdió en el Edén (Gn 2-3). La Escritura da a este nombre todo su alcance: Cristo «destruyó la muerte e hizo brillar la vida» (2 Tim 1,10) —esa misma vida, victoriosa sobre la muerte, que el árbol promete a quien permanece unido a él—.

Fórmula para recordar. La Cruz nunca es ante todo aquello que hay que consentir en llevar: es el tesoro más deseable que existe, el trono donde Dios se revela y el lugar donde cada uno, sin excepción, encuentra cuanto necesita.

Pregunta 17 — ¿En qué sentido la Cruz puede ser llamada «encarnación» y «sacramento»?

Respuesta breve. Jesús emplea, a propósito de la Cruz, dos palabras de una audacia poco común. Revela primero que la Cruz fue «encarnada» en Él en el mismo instante que su propia Encarnación en el seno de María —concebida junto con Él, como su propia Pasión—, y que desde entonces «encarna», del mismo modo, a Dios en el seno de cada alma que la recibe: no una simple unión, siempre susceptible de romperse, sino una encarnación tan

estable como la que une en Él las dos naturalezas. La llama también «sacramento», porque reúne ella sola todos los efectos propios de cada sacramento —la remisión de la culpa, la gracia, la unión con Dios, la fuerza—.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado por qué la Cruz merece ser deseada; ahora es preciso decir lo que obra realmente en el alma que la recibe —pues el *Libro de Cielo* emplea aquí un vocabulario que esta obra todavía no ha utilizado para ningún otro acto hecho en el Fiat—.

El 25 de abril de 1902, Jesús se muestra a Luisa en un estado que le destroza el corazón: sus manos están tan llagadas, tan contraídas por la aspereza del dolor, que no se pueden tocar. Luisa le suplica que le haga partícipe de sus penas para aliviarlas; entonces un ángel traspasa sus propias manos y pies con un clavo, y conforme el clavo penetra en ella, las llagas de Jesús se cierran. En este intercambio tan concreto Jesús pronuncia su palabra: «la cruz es sacramento; cada uno de los sacramentos contiene sus efectos especiales —uno quita la culpa, otro confiere la gracia, otro une con Dios, otro dona la fuerza, y tantos otros efectos—; ahora, solo la cruz contiene todos juntos estos efectos, produciéndolos en el alma con tal eficacia que la vuelve, en poquísimo tiempo, semejante al original de donde salió». La Cruz no añade, por tanto, nada a los siete sacramentos instituidos por Cristo; pero lo que cada uno de ellos confiere separadamente, ella lo concentra y lo produce por sí sola, con una rapidez que el texto nunca trata de atenuar.

Un año más tarde, el 22 de diciembre de 1903, Jesús va todavía más lejos y cierra un círculo abierto ya en X.4: lo que allí revelaba acerca de su propia Concepción —que su Pasión fue concebida junto con Él en el seno de María— lo completa aquí revelando que la propia Cruz fue «encarnada» allí, en el mismo instante que su propia Encarnación. Después de una nueva aparición dolorosa en la que le comunica sus penas, revela a Luisa: «en la Creación Yo di al alma mi imagen, en la Encarnación di mi Divinidad, divinizando a la humanidad. Y en el mismo acto en que se encarnó la Divinidad en la humanidad, en aquel mismo instante se encarnó en la cruz, así que desde que fui concebido me concebí unido con la cruz, y se puede decir que así como la cruz fue unida Conmigo en la encarnación en el seno de mi Madre, así la cruz forma otras tantas encarnaciones mías en el seno de las almas; y así como forma mi encarnación en las almas, así la cruz es la encarnación del alma en Dios, destruyéndole todo lo que es de naturaleza, y llenándose tanto de la Divinidad, de formar una especie de encarnación: Dios en el alma y el alma en Dios». Luisa, extasiada al oír que la Cruz es la encarnación del alma en Dios, le oye repetir, como para prevenir toda atenuación: «No digo unión, sino encarnación, porque la cruz se entromete tanto en la naturaleza, de llegar a transformar la misma naturaleza en dolor, y donde está el dolor ahí está Dios, sin poder estar separados Dios y el dolor; y la cruz formando esta especie de encarnación vuelve la unión más estable, y muy difícil la separación de Dios con el alma, así como es difícil separar el dolor de la naturaleza. Mientras que con la unión, fácilmente puede ocurrir la separación. Se entiende que no son encarnaciones, sino semejanzas de encarnaciones».

Este texto articula, por tanto, dos encarnaciones, nunca confundidas pero rigurosamente paralelas: la del Verbo en el seno de María, única y cumplida de una vez para siempre —a la cual la Cruz estuvo unida desde aquel primer instante (X.4)—, y la repetida en tantas almas como existen, por la cual esa misma Cruz introduce a Dios en el seno de cada alma que la recibe. No hay que debilitar este texto mediante una prudencia que no pide: el propio Jesús insiste dos veces en la palabra más fuerte —no por imprecisión, sino porque ninguna palabra más débil, a sus ojos, haría justicia a lo que quiere decir—. Sin embargo, este mismo texto, bien leído, nunca pretende que la segunda de estas encarnaciones iguale o repita la primera: Jesús habla Él mismo de una «especie» de encarnación, y llega a llamar «semejanzas de encarnaciones» a lo que, sin ella, seguiría siendo una simple unión

—reconociendo así la analogía en las propias palabras que escoge, sin reducirla jamás por ello a una pura metáfora—.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 25 de abril de 1902:

> «Hija mía, la cruz es sacramento; cada uno de los sacramentos contiene sus efectos especiales: uno quita la culpa, otro confiere la gracia, otro une con Dios, otro dona la fuerza, y tantos otros efectos; sólo la cruz reúne todos estos efectos, produciéndolos en el alma con tal eficacia que la vuelve, en poquísimo tiempo, semejante al original de donde salió.»
>
> *« Figlia mia, la croce è sacramento; ognuno dei sacramenti contiene i suoi effetti speciali: uno toglie la colpa, un altro conferisce la grazia, un altro unisce a Dio, un'altra ancora dona la forza e tanti altri effetti; la sola croce unisce tutti questi effetti producendoli nell'anima con tale efficacia, da renderla in pochissimo tempo simile all'originale donde uscì. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 6, 22 de diciembre de 1903:

> «Hija mía, en la Creación Yo di al alma mi imagen; en la Encarnación di mi Divinidad, divinizando a la humanidad. Y puesto que, en el mismo acto en que la Divinidad se encarnó en la humanidad, en aquel mismo instante se encarnó en la cruz, de modo que desde que fui concebido concebí también la cruz, se puede decir que, así como la cruz estuvo unida Conmigo en la Encarnación que realicé en el seno de mi Madre, así la cruz forma otras tantas encarnaciones mías en el seno de las almas; y así como forma la mía en las almas, así la cruz es la encarnación del alma en Dios, destruyendo en ella todo lo que tiene de naturaleza y llenándola tanto de la Divinidad que forma una especie de encarnación: Dios en el alma y el alma en Dios." Yo quedé como encantada al oír que la cruz es la encarnación del alma en Dios, y Él repitió: " No digo unión, sino encarnación, porque la cruz se entromete tanto en la naturaleza que hace que la misma naturaleza se convierta en dolor; y donde está el dolor, allí está Dios, porque Dios y el dolor no pueden estar separados. La cruz, formando esta especie de encarnación, vuelve más estable la unión y hace casi difícil la separación de Dios y del alma, como es difícil separar el dolor de la naturaleza. Mientras que con la unión puede ocurrir fácilmente la separación, porque no se entiende encarnación, sino semejanza de encarnación."»
>
> *« Figlia mia, nella Creazione Io diedi all'anima la mia immagine, nell'incarnazione diedi la mia Divinità, divinizzando l'umanità. E siccome nell'atto stesso in cui la Divinità s'incarnò nell'umanità, in quel medesimo istante s'incarnò nella croce, sicché da che fui concepito, concepii anche la croce, sicché si può dire che siccome la croce fu unita con Me nell'incarnazione che feci nel seno di mia Madre, così la croce forma altrettante mie incarnazioni nel seno delle anime e siccome forma la mia nelle anime, così la croce è l'incarnazione dell'anima in Dio, distruggendo in essa tutto ciò che dà di natura e riempiendola tanto della Divinità, da formare una specie d'incarnazione: Dio nell'anima e l'anima in Dio." Io sono rimasta come incantata nel sentire che la croce è l'incarnazione dell'anima in Dio e Lui ha ripetuto: " Non dico unione, ma incarnazione, perché la croce s'intromette tanto nella natura, da far diventare la stessa natura: dolore e dove c'è il dolore là vi è Dio, perché Dio e il dolore non possono stare separati; la croce, formando questa specie d'incarnazione, rende l'unione più stabile e rende quasi difficile la separazione di Dio dall'anima, com'è difficile separare il dolore dalla natura. Mentre con l'unione, facilmente può avvenire la separazione, perché non s'intende incarnazione, ma similitudine d'incarnazione." »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que «El Verbo se encarnó para hacernos "partícipes de la naturaleza divina"» (CIC 460, citando 2 Pe 1,4), y retoma a los Padres:

«Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios». Este vocabulario de la divinización, constante en la Tradición, permite recibir sin edulcorarla la palabra fuerte de Luisa y confirma, desde la otra vertiente, la misma distinción que el propio texto establece entre sus dos encarnaciones: lo que el *Libro de Cielo* llama aquí «encarnación» del alma en Dios nunca es la Encarnación del Verbo, única y no reiterable, sino su prolongación analógica más intensa —la propia «participación en la naturaleza divina», llevada hasta el vocabulario de la divinización más total—. En cuanto a la palabra «sacramento», el Catecismo enseña que en la liturgia «Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual» (CIC 1085), y que los sacramentos son las «fuerzas que brotan» del Cuerpo de Cristo siempre vivo (CIC 1116): la Cruz no es, por tanto, un octavo sacramento añadido a los siete, sino la fuente única de la que estos reciben, cada uno según su modo propio, lo que Luisa ve aquí reunido en ella.

Fórmula para recordar. La Cruz es «sacramento» porque reúne los efectos de los sacramentos, y «encarnación» porque forma, en el dolor consentido, «a Dios en el alma y al alma en Dios».

Pregunta 18 — ¿Qué es la Cruz de la Voluntad, que Jesús da más allá de la cruz de madera?

Respuesta breve. Un día de gran prueba, Jesús anuncia a Luisa que va a retirarle su cruz de madera para darle otra todavía más noble: la Cruz de su Voluntad, que no tiene «ni altura ni anchura», sino que es interminable —no de madera, sino de luz, más abrasadora que cualquier fuego, en la que quiere sufrir con ella, en cada criatura, para ser «la vida de todos».

Desarrollo. Las tres preguntas precedentes han mostrado el sufrimiento transfigurado en ornamento (X.15), la Cruz deseable (X.16) y, después, encarnación y sacramento (X.17). Para cerrar esta Décima parte, es preciso decir en qué se convierte la propia Cruz cuando un alma vive plenamente en el Fiat —pues el *Libro de Cielo* no se detiene en la cruz de madera, común a todos los santos: revela una Cruz todavía más íntima, propia de quienes viven en la Divina Voluntad.

El 17 de junio de 1915, en un tiempo de guerra y de prueba que Jesús anuncia que se agravará todavía, dice a Luisa: «Yo y tú en estos tristes tiempos pasaremos un periodo demasiado doloroso, las cosas empeorarán más, pero debes saber que si te quito mi cruz de madera, te doy la cruz de mi Voluntad, que no tiene altura ni anchura, sino que es interminable, cruz más noble no podría darte, no es de madera sino de luz, y en esta luz, quemante más que cualquier fuego, sufriremos juntos en cada criatura, en sus agonías y torturas, y buscaremos ser vida de todas». Este texto nunca reemplaza la cruz de madera por una cruz menos real o puramente espiritual: la supera mediante una cruz todavía más abrasadora, precisamente porque ya no tiene medida —ni altura ni anchura que la limitarían a un solo cuerpo, a un solo instante, a un solo dolor.

Ese mismo día, Jesús ya había explicado a Luisa por qué «todo debe terminar en mi Voluntad»: lo que el alma deposita en ella nunca se pierde ni se dispersa, sino que llega a ese punto único donde toda cosa encuentra su fin, «como el sol tiene un solo punto, que su luz invada toda la tierra; el agricultor siembra, palea, trabaja la tierra, sufre frío y calor, pero todo eso no es su punto final, no, sino su punto es el de recoger los frutos para hacer de ellos su alimento». La Cruz de la Voluntad no es, por tanto, una cruz suplementaria añadida a la de madera: es aquello en lo que se convierte toda cruz, pequeña o grande, una vez que ya no termina en la sola naturaleza que la lleva, sino en la propia Voluntad de Dios,

que hace su alimento de toda pena así depositada.

Esta obra vuelve a encontrar aquí, al término de toda esta Décima parte, lo que no ha cesado de anunciar desde la Octava (VIII.1, VIII.8): que nada de lo vivido en el Fiat se mide jamás a la escala de una sola vida ni de un solo dolor. La Cruz de madera pertenece al tiempo de una vida; la Cruz de la Voluntad no pertenece a tiempo alguno, porque es de la misma naturaleza que ese Querer «interminable» en el que arde —y por eso, sobre ella, Jesús nunca promete solamente consolar a un alma, sino hacerse, con ella, «la vida de todos».

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 17 de junio de 1915:

> «…Yo y tú en estos tristes tiempos pasaremos un periodo demasiado doloroso, las cosas empeorarán más, pero debes saber que si te quito mi cruz de madera, te doy la cruz de mi Voluntad, que no tiene altura ni anchura, sino que es interminable, cruz más noble no podría darte, no es de madera sino de luz, y en esta luz, quemante más que cualquier fuego, sufriremos juntos en cada criatura, en sus agonías y torturas, y buscaremos ser vida de todas».
>
> *« …Io e te in questi tempi tristi passeremo un periodo troppo doloroso, le cose imperverseranno di più, ma sappi che se ti tolgo la mia croce di legno, ti dò la croce della mia Volontà, che non ha né altezza né larghezza, ma è interminabile, croce più nobile non potrei darti, non è di legno ma di luce, ed in questa luce, scottante più di ogni fuoco, soffriremo insieme in ciascuna creatura e nelle loro agonie e torture cercheremo di essere vita di tutti. »*

Articulación católica. San Pablo enseña que los cristianos son «herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él» (Rom 8,17) —condición de coherederos que supone un sufrimiento compartido sin límite asignable, como el que revela aquí el *Libro de Cielo*. San Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, enseña asimismo que el alma llegada a la unión transformante ya no lleva su cruz como un peso exterior, sino que la vive desde el interior mismo de la voluntad unida a Dios —intuición que este texto del Fiat lleva aquí hasta su término más concreto: una Cruz convertida en luz en vez de madera.

Fórmula para recordar. Hay dos cruces: la de madera, que se lleva; y la de la Voluntad, sin altura ni anchura, en la que ya no se lleva nada, sino que se arde, con Jesús, para ser la vida de todos.

Undécima parte — El Reino de la Divina Voluntad: esperanza, frutos y cumplimiento

---

Pregunta 1 — ¿Cuáles son los frutos de la Divina Voluntad en el alma?

Respuesta breve. El alma que vive en la Divina Voluntad recibe, ya desde esta vida, una corona de efectos reales y ya sensibles —alegría, paz, fortaleza, bondad, amor, santidad, belleza indescriptible— que nunca son simples promesas diferidas, sino las primicias efectivas, ya dadas, del Reino todavía esperado en su plenitud.

Desarrollo. Después de haber recorrido el Don mismo (Sexta y Séptima partes), sus actos (Octava), su inserción eclesial (Novena) y su raíz en la Pasión (Décima), esta obra debe volverse ahora hacia el horizonte final al que conduce todo lo precedente: el Reino de la Divina Voluntad en su plenitud esperada. Es preciso comenzar por lo que ya ha sido dado, antes de abordar lo que todavía sigue siendo esperado.

La propia Luisa describe la experiencia de estos frutos con una precisión que merece ser citada casi íntegramente, tan densa es: su inteligencia, absorbida en la luz de la Divina Voluntad, sentía en sí la fuerza única de esta Voluntad y «la variedad de sus innumerables efectos haciéndome corona e invistiéndome eran portadores de alegría, de paz, de fortaleza, de bondad, de amor, de santidad, de belleza indescriptible». Estos efectos, precisa, eran «como tantos besos de vida» que esta Voluntad daba a su alma, y de ellos quedaba, dice, «poseedora».

Esta enumeración —alegría, paz, fortaleza, bondad, amor, santidad, belleza— recibe un sello divino que la vuelve inmutable: Jesús explica, en la continuación de este mismo texto, que estos efectos quedan sellados como los cielos, las estrellas y el sol no cambian jamás desde su creación. Estos frutos no son, por tanto, consolaciones frágiles, destinadas a desaparecer al primer viento contrario, sino dones ya confirmados por la misma fuerza creadora que sostiene el cielo y las estrellas desde el origen —prenda segura y ya dada de que el Reino, en su plenitud, no hará sino amplificarlos sin contradecirlos jamás.

Cita de Luisa. Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 16 de mayo de 1931:

> «Ahora, mi pequeña y pobre inteligencia me la sentía absorbida en la luz de la Voluntad Divina, sentía en mí la fuerza única y potente de Ella, y la variedad de sus innumerables efectos haciéndome corona e invistiéndome eran portadores de alegría, de paz, de fortaleza, de bondad, de amor, de santidad, de belleza indescriptible; estos efectos eran como tantos besos de vida que daban a mi alma, de los cuales quedaba poseedora…»
>
> *« Ora sentivo la mia piccola e povera intelligenza assorbita nella luce della Volontà Divina e sentivo in me la forza unica e potente di Essa e gli innumerevoli e vari suoi effetti, facendomi corona ed investendomi, erano portatori di gioia, di pace, di fortezza, di bontà, d'amore, di santità, di bellezza indescrivibile; questi effetti erano come tanti baci di vita che davano all'anima mia e ne restavo posseditrice… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 16 de mayo de 1931:

> «Hija mía, todos los actos hechos por la criatura en la Divina Voluntad son confirmados por Dios como actos divinos, y esta confirmación forma la vida de los mismos actos, que son sellados con el sello divino como actos imperecederos, siempre nuevos, frescos y de una belleza encantadora. […] Mira, pues, qué significa hacer y vivir en mi Divina Voluntad: estar bajo el imperio de una fuerza creadora y confirmadora, que pone al seguro todos los actos de la criatura, volviéndolos inmutables.»
>
> *« Figlia mia, tutti gli atti fatti dalla creatura nella Divina Volontà sono confermati da Dio come atti divini e questa confermazione forma la vita degli stessi atti che vengono suggellati col suggello divino, come atti imperituri sempre nuovi, freschi e d'una beltà incantevole. […] Vedi dunque che significa fare e vivere nella mia Divina Volontà: stare sotto l'impero d'una forza creatrice e confermatrice, che mette al sicuro tutti gli atti della creatura, rendendoli immutabili. »*

Articulación católica. San Pablo describe el fruto del Espíritu en términos muy cercanos: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad […]», frutos ya dados al cristiano desde esta vida (Gál 5,22-23) —la convergencia de vocabulario con la enumeración de Luisa no es fortuita, sino que señala la continuidad entre el fruto ordinario del Espíritu Santo y su florecimiento más intenso en la vida del Fiat. El Catecismo enseña que la Iglesia es el Reino de Cristo «presente ya en misterio» (CIC 763), que el Reino de Dios «por la Eucaristía está entre nosotros» (CIC 2816), y que la gracia santificante es la vida de Dios infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma (CIC 1999): estos frutos ya gustados son las arras, no la ilusión, de la plenitud prometida.

Fórmula para recordar. Alegría, paz, fortaleza, bondad, amor, santidad y belleza: tales son los «besos de vida» con los que la Divina Voluntad corona ya al alma que vive en ella.

Pregunta 2 — ¿Cómo restaura la Divina Voluntad el orden perdido por Adán?

Respuesta breve. Allí donde el Reino de la Redención sana después de que el mal ya ha golpeado —devolviendo la vista a un ciego, enderezando a un cojo—, el Reino de la Divina Voluntad obra mediante un «milagro preservativo» continuo que aparta el mal antes de que sobrevenga: restaura así, en su principio, el mismo orden que Adán poseía antes de la Caída, el de una naturaleza protegida desde dentro más que sanada después.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado los frutos ya dados al alma que vive en el Fiat. Es preciso ahora precisar en qué este Reino, una vez plenamente recibido por la humanidad, restauraría el orden mismo que la Primera parte mostró perdido por la desobediencia de Adán (I.7-8, II.3-4) —no mediante un simple retorno hacia atrás, sino mediante el cumplimiento de lo que la Creación esperaba desde el origen.

Jesús explica a Luisa la diferencia de naturaleza entre los dos Reinos ya distinguidos en III.10: el Reino de la Redención obra mediante milagros puntuales, concedidos después de que el mal ya ha golpeado —dar la vista a un ciego, enderezar a un cojo, sanar a un enfermo, resucitar a un muerto—. El Reino de su Voluntad, en cambio, contendrá lo que Él llama un «alimento preservativo», de modo que quienquiera que se encuentre en él ya no correrá el peligro de quedar ciego, cojo o enfermo: «El Reino del Fiat Divino hará el gran milagro de desterrar todos los males, todas las miserias, todos los temores, porque Él no hará el milagro a tiempo y a circunstancia, sino que se mantendrá sobre sus hijos de su Reino con un acto de milagro continuado para preservarlos de cualquier mal».

Este mismo texto va todavía más lejos. Jesús añade que, si la muerte conserva un poder

sobre el cuerpo en este Reino, «no será muerte, sino paso»; y precisa inmediatamente: al faltar el alimento de la culpa, los propios cuerpos ya no estarán sujetos a corromperse tan horriblemente como hoy, sino que «quedarán compuestos en sus sepulcros esperando el día de la resurrección de todos». Esta promesa no dice jamás que la muerte y la sepultura serían abolidas en la historia antes del retorno definitivo de Cristo: la espera de la resurrección permanece íntegra. Lo que cambia es su rostro. Para el alma unida sin reserva a la Voluntad de Dios, la muerte pierde su aguijón de terror y se convierte realmente en lo que ya es, en la fe católica más común, para todo santo que muere en la gracia —un paso hacia la vida, no un aniquilamiento—; y el propio cuerpo, preservado de esa corrupción que hoy inspira espanto, participa anticipadamente de algo de la dignidad que ya conocen, en la Iglesia, los cuerpos de algunos santos que han permanecido incorruptos. Entendida así, esta restauración coincide exactamente con lo que Adán poseía antes de la Caída (I.8): no la ausencia de todo límite creatural, sino una naturaleza enteramente protegida desde dentro por la unión con la Divina Voluntad, donde el mal moral, causa última de todo desorden (II.3-4), ya no encuentra asidero.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 22 de octubre de 1926:

> «…Hija mía, ¿cuál será el gran bien? ¿Cuál será el gran bien? El Reino de mi Fiat encerrará todos los bienes, todos los milagros, los portentos más estrepitosos, más bien los sobrepasará a todos juntos, y si milagro significa dar la vista a un ciego, enderezar a un cojo, sanar un enfermo, resucitar un muerto, etc., el Reino de mi Voluntad tendrá el alimento preservativo, y cualquiera que entrará en Él, no habrá ningún peligro de que pueda permanecer ciego, cojo y enfermo, la muerte en el alma no tendrá más poder, y si lo tendrá sobre el cuerpo no será muerte, sino paso, y faltando el alimento de la culpa y la voluntad humana degradada que produce la corrupción en los cuerpos, y estando el alimento preservativo de mi Voluntad, tampoco los cuerpos estarán sujetos a descomponerse y a corromperse tan horriblemente de infundir temor aun a los más fuertes, como es ahora, sino que quedarán compuestos en sus sepulcros esperando el día de la resurrección de todos. […] El Reino del Fiat Divino hará el gran milagro de desterrar todos los males, todas las miserias, todos los temores, porque Él no hará el milagro a tiempo y a circunstancia, sino que se mantendrá sobre sus hijos de su Reino con un acto de milagro continuado para preservarlos de cualquier mal…»
>
> *« …Figlia mia, quale sarà il gran bene? Quale sarà il gran bene? Il Regno del mio Fiat racchiuderà tutti i beni, anzi sorpasserà tutti i miracoli e i portenti più strepitosi uniti insieme e, se miracolo significa dare la vista ad un cieco, raddrizzare uno zoppo, sanare un infermo, risuscitare un morto, eccetera, il regno della mia Volontà avrà l'alimento preservativo e per chiunque entrerà in esso non ci sarà alcun pericolo che possa rimanere cieco, zoppo ed infermo, la morte nell'anima non avrà più potere, e se l'avrà sul corpo, non sarà morte ma passaggio e mancando l'alimento della colpa e la volontà umana degradata che produsse la corruzione nei corpi e stando invece l'alimento preservativo della mia Volontà, anche i corpi non saranno soggetti a scomporsi ed a corrompersi così orribilmente, da incutere paura anche ai più forti come lo è tuttora, ma rimarranno composti nei loro sepolcri aspettando il dì della risurrezione di tutti. […] Il regno del Fiat Divino farà il gran miracolo di allontanare tutti i mali, tutte le miserie, tutti i timori perché essa non farà il miracolo a tempo ed a circostanze, ma starà con i suoi figli del suo regno con un atto di miracolo continuato, per preservarli da qualunque male… »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que la justicia original de Adán implicaba una armonía interior que protegía al hombre de la concupiscencia y de la muerte antes incluso de que estas sobrevinieran (CIC 375-376) —es exactamente este modelo «preservativo»

más que «curativo» el que el texto de Luisa aplica al Reino esperado—. San Pablo canta la esperanza de la creación misma, «expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios», con la certeza de que «será liberada de la esclavitud de la corrupción» (Rom 8,19-21) —texto que autoriza a esperar una transformación real de la condición creada, sin precisar jamás ni su modo ni su momento, prudencia que XI.6 desarrollará plenamente.

Fórmula para recordar. El Reino de la Redención sana el mal una vez que ha llegado; el Reino de la Voluntad restaura, en su principio, el mismo orden que Adán poseía antes de la Caída —una naturaleza protegida desde dentro más que sanada después.

Pregunta 3 — ¿Cómo alcanza su plenitud la inhabitación trinitaria en el alma que vive en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Toda alma en estado de gracia recibe ya la inhabitación de las tres Personas divinas, que hacen de ella su morada por la gracia. Jesús revela a Luisa un registro aún más intenso, al que Él mismo llama «Vida real»: cuando el alma ya no les opone resistencia alguna, la Trinidad entera toma posesión de su corazón para establecer en él su «morada perpetua», tomando, dice, «las riendas» de su inteligencia, de su corazón y de todo su ser.

Desarrollo. Después de haber mostrado cómo el Reino restaura el orden de la Creación (XI.2), es preciso aclarar el vínculo de este mismo Reino con el misterio más central de la fe cristiana: la vida íntima de Dios Uno y Trino. Toda alma en estado de gracia posee ya esta inhabitación; lo que Jesús revela aquí a Luisa lleva su registro a la intensidad más alta.

Jesús revela a Luisa, en términos íntimos, cómo esta inhabitación trinitaria toma, en la vida de su Voluntad, la forma más intensa que puede revestir: las tres Personas divinas toman posesión de su corazón y hacen de él su «morada perpetua», tomando, dice, «las riendas» de su inteligencia, de su corazón y de todo su ser.

Jesús mismo llama a este registro una «Vida real» (VII.6), que distingue de la vida mística común a los corazones que poseen su gracia sin estar unidos a Él en todo mediante sus actos: «Yo estoy en ellos por Gracia, pero no realmente», dice entonces: lo que falta no está del lado de la gracia, sino del de la voluntad, que aún puede resistírsele —incluso sin pecar jamás. Lo que revela aquí a Luisa es, por tanto, la misma Trinidad, el mismo don recibido por gracia desde el bautismo —llevado, por la ausencia de toda resistencia, a este registro de presencia plena y sin obstáculo.

La misma Trinidad, nunca otra, habita así en los dos corazones: el que vive en la gracia común y el que vive enteramente en el Fiat. Lo que cambia no es ni su identidad ni la verdad de su primer don, sino el espacio que encuentra allí: donde una voluntad propia conserva la posibilidad de resistirle, permanece por gracia; donde esta voluntad ha dejado libremente de resistirle, toma ella misma, dice Jesús, «las riendas» y se convierte, en el vocabulario propio de este texto, en presencia real más que mística. Un alma puede, por tanto, poseer válidamente la inhabitación trinitaria sin que esta presencia encuentre todavía en ella todo el espacio que busca ocupar; la vida en el Fiat es precisamente lo que le abre, dentro de ella, todo ese espacio.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 13, 5 de diciembre de 1921:

> «Tu familia es la Trinidad. ¿No te acuerdas que en los primeros años de cama te llevé al Cielo, y ante la Trinidad Sacrosanta nos unimos? […] Y además, después de pocos días descendimos del Cielo y las Tres Divinas Personas tomamos posesión de tu corazón y formamos nuestra perpetua morada; Nosotros tomamos el gobierno de tu

inteligencia, de tu corazón, de toda tú, y cada cosa que tú hacías era un desahogo de nuestra Voluntad Creadora en ti…»

« La tua famiglia è la Trinità. Non ti ricordi nei primi anni di letto che ti condussi in Cielo e dinanzi alla Trinità Sacrosanta facemmo la nostra unione? […] E poi, dopo pochi giorni scendemmo dal Cielo e tutte e tre le Divine Persone prendemmo possesso del tuo cuore e formammo la nostra perpetua dimora; Noi prendemmo le redini della tua intelligenza, del tuo cuore, di tutta te ed ogni cosa che tu facevi era uno sbocco della nostra Volontà Creatrice su di te… »

Articulación católica. Jesús mismo promete esta inhabitación a quien guarda su palabra: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23) —promesa dirigida a todo discípulo fiel, no a una élite mística— . El Catecismo enseña que «el fin último de toda la economía divina es la entrada de las criaturas en la unidad perfecta […] de la Bienaventurada Trinidad» y que, «desde ahora, somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad» (CIC 260; cf. 1 Cor 3,16) — el mismo Padre, el mismo Hijo y el mismo Espíritu para toda alma que ama y guarda su palabra, cualquiera que sea la medida en que ese amor, en ella, deje finalmente todo el lugar a Aquel a quien acoge.

Fórmula para recordar. La Trinidad habita ya por gracia en toda alma fiel; en la que ya no le opone resistencia, toma las riendas de todo el ser y establece en ella su morada perpetua.

Pregunta 4 — ¿Cuál es el papel propio del Espíritu Santo en el tercer Fiat?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa una distribución trinitaria: si la Creación se refiere al Padre y la Redención al Hijo —permaneciendo siempre unidas las Tres Personas en la operación—, el Fiat Voluntas Tua se refiere al Espíritu Santo, Santificador, que despliega en él toda su obra propia. Vivir en la Divina Voluntad no introduce, por tanto, ninguna economía nueva después de Cristo: es el mismo Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien lleva a cumplimiento en las almas y en la Iglesia los frutos ya contenidos en la Creación y en la Redención.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado cómo la Trinidad entera habita el alma que ya no le opone resistencia (XI.3). Trece días después de haber revelado a Luisa que su propia misión refleja, en el orden del conocimiento, la obra del Espíritu Santo en el seno de las tres misiones terrenas de la Trinidad (V.16), Jesús nombra todavía más directamente a la Persona a la que corresponde el tercer Fiat, en un texto ya citado en parte para la ronda de la Santificación (VIII.12), pero del cual quedan por ofrecer aquí dos pasajes en toda su fuerza propia.

El primero precisa la apropiación misma: si la Creación se atribuye al Padre y la Redención al Hijo —permaneciendo, sin embargo, siempre unidas las Tres Personas en la operación—, el Fiat Voluntas Tua se atribuirá al Espíritu Santo, y es precisamente en él donde el Divino Espíritu desplegará su obra. El segundo es la oración que Jesús pone entonces en labios de Luisa, dirigida directamente a esta Persona: «Espíritu Santificador, hazlo pronto… haced conocer a todos vuestra Voluntad, a fin de que conociéndola la amen y acojan… la Santa Voluntad vuestra».

Luisa no pide en ella solamente que venga la Voluntad de Dios: pide que sea conocida por todos, a fin de que este mismo conocimiento haga nacer su amor y su acogida. Es el mismo principio que la Quinta parte ha establecido ya acerca de la misión entera de Luisa

(V.1, V.4): Dios elige un tiempo para manifestar lo que espera de la criatura, porque la voluntad humana nunca se adhiere sino a lo que conoce. Los conocimientos que Luisa recibe y transmite sirven así a lo que esta misma oración pide: que una Persona divina ya presente por gracia encuentre, en un alma que la conoce mejor, una acogida más libre y más entera.

La Escritura y la Tradición reconocen desde siempre al Espíritu Santo esta misma misión de enseñar y recordar las palabras de Cristo (Jn 14,26), de guiar hasta la verdad plena (Jn 16,13): lo que Jesús confía aquí a Luisa se inscribe en esta misión ya conocida de la fe, dándola a conocer con una precisión y una insistencia nuevas para la hora presente.

Esta acción del Espíritu Santo no reemplaza jamás la libertad del alma: la mueve desde dentro, como la ley nueva inscrita en los corazones (XII.9), sin sustituirla jamás. Sus dones y sus frutos siguen siendo su criterio más concreto (XII.8). Se despliega, finalmente, en toda la Iglesia —en su liturgia y en sus sacramentos, donde el Espíritu Santo continúa, dice Jesús a Luisa, gimiendo por ser tan mal acogido (VIII.12)— y en la Confirmación, donde el alma recibe precisamente «como misión» este Espíritu del que IX.2 ya ha hablado.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 17 de mayo de 1925 — completando la cita ya ofrecida en VIII.12:

> «…Mucho más, pues si la Creación se atribuye al Padre, mientras estamos siempre unidas las Tres Divinas Personas en el obrar, la Redención al Hijo, el Fiat Voluntas Tua se atribuirá al Espíritu Santo; y es propiamente en el Fiat Voluntas Tua que el Divino Espíritu hará desahogo de su obra. […] Y tú en tu infantil sencillez le dices: 'Espíritu Santificador, hazlo pronto, os suplico, os imploro, haced conocer a todos vuestra Voluntad, a fin de que conociéndola la amen y acojan vuestro primer acto de su santificación completa, el cual es la Santa Voluntad vuestra'. Hija mía, las Tres Divinas Personas somos inseparables y distintas, así queremos manifestar a las generaciones humanas nuestras obras hacia ellas, que mientras estamos unidos entre Nosotros, cada uno de Nosotros quiere manifestar distintamente su amor y su obra hacia las criaturas».
>
> *« …molto più che se la Creazione si addice al Padre, nonostante siamo sempre unite le Tre Divine Persone nell'operare, la Redenzione al Figlio, il Fiat Voluntas Tua si additerà allo Spirito Santo ed è proprio nel Fiat Voluntas Tua che il Divino Spirito farà sfoggio della sua opera. […] E tu, nella tua infantile semplicità gli dici: "Spirito Santificatore, fa' presto, Ti supplico, Ti riprego, fa' conoscere a tutti la Tua Volontà, affinché, conoscendola, l'amino e accolgano il vostro primo atto della loro santificazione completa, qual è la Santa Tua Volontà. Figlia mia, le Tre Divine Persone siamo inseparabili e distinte, così vogliamo manifestare alle umane generazioni le nostre opere verso di loro, che mentre siamo uniti tra Noi, ognuno di Noi vuole manifestare distintamente il suo amore e la sua opera verso le creature." »*

Articulación católica. Podría temerse que atribuir así el tercer Fiat a una Persona divina distinta fragmentara la acción de Dios en tres economías sucesivas, cada una gobernada por una Persona separada con exclusión de las otras dos —precisamente la lectura que este corpus descarta en otros lugares con la mayor claridad (cf. Anexo E)—. El Catecismo elimina este temor mediante la doctrina misma de la apropiación: «la Trinidad, del mismo modo que tiene una sola y misma naturaleza, así también tiene una sola y misma operación», no siendo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo «tres principios de las criaturas, sino un solo principio»; «sin embargo, cada Persona divina realiza la obra común según su propiedad personal» (CIC 258). Lo que Jesús revela así a Luisa no añade, por tanto, ni Persona ni misión a las que profesa ya la fe común; precisa solamente, para la hora presente, su manera de obrar en las almas.

El día de Pentecostés, la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo, «que se manifiesta, da y comunica como Persona divina», y en este día «se revela plenamente la Santísima Trinidad» (CIC 731-732): el tercer Fiat no pide nada que Pentecostés no haya ya inaugurado para toda la Iglesia.

Una última precisión distingue dos cosas que podrían confundirse: las visiones, los dictados y los fenómenos que acompañaron la misión de Luisa le pertenecen de manera propia e irreemplazable (V.15); los conocimientos mismos que recibió y transmitió no pertenecen a nadie en particular, sino que son dados a toda alma que quiera recibirlos.

Fórmula para recordar. El mismo Espíritu Santo dado a toda la Iglesia el día de Pentecostés no espera, para desplegarse plenamente en un alma, sino ser conocido, deseado y libremente acogido.

Pregunta 5 — ¿Qué vínculo existe entre Divina Voluntad y santidad nueva?

Respuesta breve. La santidad de la vida en la Divina Voluntad, ya descrita como «la Santidad de las santidades», no introduce ninguna categoría de santidad extraña a la que la Iglesia enseña desde siempre: es su forma más intensa y radical, ofrecida, como recordó el Concilio Vaticano II, a todo bautizado sin excepción.

Desarrollo. La Quinta parte ya estableció la diferencia entre la santidad de las virtudes y la santidad de la vida en la Divina Voluntad (V.9), mostrando que un alma fiel a esta Voluntad «deja atrás a todos los demás santos», no por un mayor mérito personal, sino porque obra «a lo divino» en lugar de hacerlo solamente a lo humano. Es preciso precisar aquí, para cerrar esta cuestión en la Undécima parte, cómo se articula esta santidad singular con la llamada universal a la santidad que la Iglesia dirige a todos sus miembros, sin acepción de vocación ni de estado de vida.

Nada de cuanto el *Libro de Cielo* enseña sobre esta santidad del Fiat la reserva a una élite espiritual separada del resto de los bautizados: muy al contrario, la Quinta parte mostró que permanece accesible al alma «más pequeña, ignorante y desconocida» (V.9), con tal de que consienta en deponer su voluntad propia. Esto es exactamente lo que el Concilio Vaticano II quiso recordar con fuerza a toda la Iglesia al enseñar que «todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados […] a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» —no un ideal reservado a los religiosos o a los místicos, sino la exigencia común de todo bautizado. La santidad del Fiat no hace, por tanto, sino llevar esta llamada universal hasta su forma más radical e interior, nunca fuera de ella ni por encima de ella.

La santidad del Fiat es, por tanto, la llamada común de todos los bautizados llevada a su grado más interior, nunca un camino paralelo reservado a unos pocos. Jesús hace depender su acceso de la pequeñez y de la humildad, no de un privilegio de excepción —es lo que la Quinta parte ha mostrado a lo largo de todo su recorrido.

Cita de referencia. Recordatorio de V.9, Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 15 de marzo de 1912:

> «Hija mía, mi Voluntad es la Santidad de las santidades, así que el alma que hace mi Voluntad, por pequeña, ignorante y desconocida que sea, deja atrás a los demás santos, a pesar de sus prodigios, las conversiones estrepitosas y los milagros…»
>
> *« Figlia mia, la mia Volontà è la Santità delle santità, sicché l'anima che fa la mia Volontà, per quanto piccola, ignorante, ignota, lascia dietro gli altri santi, nonostante i loro portenti, le conversioni strepitose e i miracoli… »*

Articulación católica. El Concilio Vaticano II enseña que «todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad», sin que esta llamada a la santidad admita excepción alguna de vocación (LG 40, ya citado en V.9 y IX.1). San Pablo formula la misma llamada universal desde el comienzo de sus cartas, dirigidas a los «santos», es decir, a todos los bautizados sin distinción (1 Cor 1,2; Ef 1,1) —la santidad no es nunca, en el Nuevo Testamento, privilegio de una categoría restringida de cristianos.

Fórmula para recordar. La santidad del Fiat no es un camino junto a la llamada universal a la santidad: es esta misma llamada, llevada a su grado más interior y radical.

Pregunta 6 — ¿Qué es el Reino en la tierra — y qué no es?

Respuesta breve. El Reino de la Divina Voluntad esperado por esta obra no es ni el retorno visible de Cristo para reinar sobre la historia antes del juicio, ni una nueva revelación pública, ni una superación de la Iglesia o de los sacramentos, ni el fin de todo sufrimiento o de toda muerte antes del ésjaton: es el triunfo intrahistórico de la gracia ya dada, la Iglesia llegada a su pleno vigor, el cumplimiento finalmente visible de la petición más central del Padrenuestro.

Desarrollo. Esta cuestión toca uno de los puntos más importantes de toda esta obra: aquí es donde el vocabulario más entusiasta del *Libro de Cielo* —un reino que vendrá, milagros preservativos, una naturaleza transformada (XI.2)— pide ser recibido dentro de sus justos límites, los que la Iglesia ha trazado siempre frente a lo que denomina milenarismo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña con gran claridad: «El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia […] en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal» —la propia Iglesia debe pasar por una prueba final antes de la venida gloriosa de Cristo, y no por una instalación gradual y pacífica de su reinado en la historia (CIC 675-677). El mismo Catecismo precisa que la esperanza mesiánica aguardada por la Iglesia «no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico»; toda pretensión de realizarla ya en la historia, «incluso en su forma mitigada», también bajo el nombre de milenarismo, es explícitamente rechazada por la Iglesia como una falsificación del Reino (CIC 676). El Santo Oficio ya había condenado nominalmente en 1944 la idea de una venida *visible* de Cristo para reinar sobre este mundo antes del juicio final, incluso bajo una forma atenuada.

El Reino de la Divina Voluntad puede, por tanto, expresarse sencillamente a la luz de estos puntos de referencia: no una venida visible y anticipada de Cristo en la historia, ni una nueva revelación pública que se añada a la ya cerrada y perfecta, transmitida por Cristo y los Apóstoles (ya establecido en V.13), ni una superación de la Iglesia, de sus sacramentos o de su Magisterio (ya establecido a lo largo de la Novena parte), ni la abolición anticipada de todo sufrimiento y de toda muerte antes del juicio final —la fórmula ya encontrada en XI.2, donde la muerte «no será muerte, sino paso», se recibe como una transformación del sentido de la muerte para el alma unida a Dios, no como la promesa de una inmortalidad corporal adquirida en la historia. Lo que anuncia el Reino de la Divina Voluntad, en cambio, sigue siendo plenamente admisible dentro de la fe católica: un triunfo intrahistórico y real de la gracia ya dada por Cristo, una Iglesia que llega a un vigor y una fecundidad mayores, el cumplimiento finalmente visible, durante un tiempo de la historia, de la petición que toda la Iglesia dirige desde siempre en el Padrenuestro —sin que ello anticipe ni sustituya jamás el cumplimiento definitivo que solo tendrá lugar más allá de la historia misma.

Articulación católica. El Catecismo enseña que el Reino de Cristo, «presente ya en

su Iglesia», «sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" […] con el advenimiento del Rey a la tierra», y que este Reino «aún es objeto de los ataques de los poderes del mal», aunque estos hayan sido ya vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo (CIC 671). La Congregación del Santo Oficio, en una respuesta del 21 de julio de 1944, condenó explícitamente la enseñanza de un «milenarismo mitigado», definido como la espera de un reinado visible de Cristo sobre esta tierra, incluso sin los excesos groseros de las formas antiguas de este error (Dz 3839). Esta doctrina se recibe aquí plenamente: el Reino del que se trata desde el origen no comporta, por tanto, ni cronología, ni venida visible, ni supresión de la condición mortal del hombre antes del juicio final.

Fórmula para recordar. El Reino de la Divina Voluntad no es nunca Cristo que vuelve a reinar visiblemente en la historia: es su gracia, ya dada de una vez para siempre, que triunfa por fin, durante un tiempo, sobre el rechazo que los hombres siguen oponiéndole.

Pregunta 7 — ¿Cómo esperar la venida del Reino sin tratar de prever cuándo llegará?

Respuesta breve. Jesús asegura que su palabra no pasará jamás, sean cuales sean los siglos que a su vez pasen; esta certeza absoluta sobre el cumplimiento final de su Voluntad va acompañada, a lo sumo, del gran ritmo providencial que confía a Luisa —nunca de una fecha ni de un cálculo preciso, sino de un modo de crecimiento muy real y ya en marcha: cada alma que llega a conocer y querer esta Voluntad se convierte ella misma en una «pequeña casa de Nazaret», y es mediante su multiplicación, de una casa a otra, como este Reino se extiende.

Desarrollo. Después de haber trazado, en XI.6, los límites estrictos de lo que es y no es el Reino esperado, es preciso determinar la actitud justa ante esta esperanza: ni duda sobre su realidad futura, ni curiosidad malsana acerca del momento de su cumplimiento.

Jesús afirma a Luisa, a propósito de cada verdad que le revela sobre su Fiat, una permanencia que atraviesa los siglos sin extinguirse jamás: «pasarán los siglos en los cuales todos: Hombres y cosas serán arrollados y desaparecerán, pero mi palabra no pasará jamás, porque contiene la vida, la fuerza milagrosa de Aquél que la hizo salir». Esta certeza se refiere a la palabra misma, no a una fecha: Jesús nunca dice cuándo vendrá su Reino, sino solamente que ninguna palabra pronunciada por Él sobre este Reino puede quedar sin efecto, sea cual sea el número de siglos que aún haya que esperar.

Este mismo *Libro de Cielo* confía, sin embargo, a Luisa un ritmo más amplio de la providencia, ya encontrado en V.3: al término de cada período de dos mil años, Dios ha renovado el mundo —una primera vez mediante el diluvio, una segunda mediante la venida de Cristo en la carne— y ahora nos encontramos, dice Jesús, cerca del final de un tercer período de dos mil años, ante la proximidad de una nueva renovación. Este ritmo no equivale a cálculo alguno: no fija ni año ni siglo preciso, y Jesús lo da como huella de su providencia más que como horario que haya que comprobar. Reconocerlo consiste sencillamente en recibir, con la misma medida que el resto del *Libro de Cielo*, lo que Jesús elige mostrar y lo que elige reservarse para Él solo.

El *Libro de Cielo* indica también, sin que esto se convierta tampoco en un cálculo, por qué vía concreta crece este Reino. Jesús revela que cada alma que llega a conocer su Voluntad y a hacerla reinar en ella se convierte ella misma en «una pequeña casita de Nazaret»; su designio nunca consiste en suscitar de golpe un pueblo entero, sino en comenzar, dice, «primero solos, al tú por tú con una sola criatura», para ampliar después poco a poco —dos o tres almas, luego un pequeño núcleo— hasta que estas casas, multiplicadas, se fundan en un solo reino y un gran pueblo. Todo el que llega a conocer y querer esta Voluntad, leyendo

estas páginas o las del propio *Libro de Cielo*, entra así, desde ahora, en este crecimiento de casa en casa —una casa de Nazaret más, no un hito fechado en un calendario.

La actitud justa mantiene, pues, unidas tres certezas que en nada se oponen: la certeza absoluta, fundada en la fidelidad misma de la palabra de Dios, de que este Reino llegará un día; el conocimiento, no de una fecha, sino de un ritmo —el de los dos mil años— que sitúa esta espera sin calcularla jamás; y la experiencia, ya accesible hoy, de un crecimiento de casa en casa, en el que participa sin demora toda alma que conoce esta Voluntad.

Un último texto del *Libro de Cielo* preserva esta esperanza de todo desaliento: nada, ni siquiera la prolongada resistencia de la voluntad humana, puede impedir indefinidamente que este designio de Dios produzca su fruto. Quien se niega a hacer la Voluntad de Dios, dice Jesús, «impide mi camino» y querría, si fuese posible, «atarme las manos» para que no obrara más —pero este bloqueo, por real y doloroso que sea para el amor de Dios que espera, nunca tiene poder sobre la propia palabra divina, que permanece y espera su hora sin sustraerse ni agotarse jamás.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 22 de octubre de 1926:

> «Mi palabra es como viento impetuoso que corre, golpea el oído, entra en los corazones, calienta, purifica, ilumina, gira, vuelve a girar de nación en nación, recorre todo el mundo, gira por todos los siglos; ¿quién puede dar muerte y sepultar una palabra mía? Ninguno. Y si alguna vez parece que mi palabra calla y está como escondida, ella no pierde jamás la vida, cuando menos se crea, sale y gira por todas partes; pasarán los siglos en los cuales todos: Hombres y cosas serán arrollados y desaparecerán, pero mi palabra no pasará jamás, porque contiene la vida, la fuerza milagrosa de Aquél que la hizo salir.»
>
> *« La mia parola è come vento impetuoso che corre, percuote l'udito, entra nei cuori, riscalda, purifica, illumina, gira, rigira da nazione in nazione, percorre tutto il mondo, gira per tutti i secoli. Chi mai può dar morte e seppellire una mia parola? Nessuno. E se qualche volta sembra che la mia parola tace, è come nascosta, essa non perde mai la vita, quando meno si crede, esce e gira dappertutto. Passeranno i secoli nei quali tutti gli uomini e le cose saranno travolti e scompariranno, ma la mia parola non passerà mai perché contiene la vita, la forza miracolosa di Colui che l'ha messa fuori. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 29 de enero de 1919 — ya citado en V.3, sobre el ritmo de los dos mil años:

> «Hija amada mía, quiero hacerte saber el orden de mi providencia. En cada período de dos mil años he renovado al mundo, en los primeros lo renové con el diluvio; en los segundos dos mil lo renové con mi venida a la tierra, en la que manifesté mi Humanidad, de la cual como de tantas fisuras se traslucía mi Divinidad, y los buenos y los mismos santos de estos terceros dos mil años han vivido de los frutos de mi Humanidad, y como a gotas han gozado de mi Divinidad. Ahora estamos cerca del final de los terceros dos mil años y habrá una tercera renovación…»
>
> *« Figlia diletta mia, voglio farti sapere l'ordine della mia provvidenza, dopo il corso di ogni duemila anni ho rinnovato il mondo, nei primi lo rinnovai col diluvio; nei secondi duemila lo rinnovai con la mia venuta sulla terra, in cui manifestai la mia Umanità, da cui, come da tante fessure, traluceva la mia Divinità ed i buoni e gli stessi santi dei secondi duemila anni son vissuti dei frutti della mia Umanità, ed in parte hanno goduto della mia Divinità. Ora siamo verso la fine del terzo periodo di duemila anni e ci sarà una terza rinnovazione… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 31 de mayo de 1931 — sobre las pequeñas casas de

Nazaret y el crecimiento del Reino:

> «Hija mía, es cierto que el reino de mi Divina Voluntad existió sobre la tierra, y por eso existe la esperanza cierta de que vuelva de nuevo en su pleno vigor; nuestra casa de Nazaret era su verdadero reino, pero estábamos sin pueblos. Ahora debes saber que cada criatura es un reino; por eso, quien hace reinar mi Voluntad en ella se puede llamar un pequeño reino del Fiat Supremo. Así que es una pequeña casita de Nazaret que tenemos sobre la tierra. […] Ahora, para formar el gran reino de nuestra Voluntad sobre la tierra, haremos primero las muchas casitas de Nazaret, es decir, las almas que querrán conocerla para hacerla reinar en ellas. […] Entonces, con estas pequeñas casitas, repetidoras de nuestra casa de Nazaret, formaremos tantos pequeños estados nuestros, tantas provincias, que, después de haberse formado bien y ordenado como tantos pequeños reinos de nuestra Voluntad, se fundirán juntos y formarán un solo reino y un gran pueblo. Por eso, para realizar nuestras obras más grandes, nuestro modo de actuar es comenzar primero solos, de tú a tú con una sola criatura; después de haberla formado, la haremos canal para encerrar en nuestras obras a otras dos o tres criaturas; luego ampliaremos el número formando un pequeño núcleo y, por último, lo ampliaremos hasta abarcar el mundo entero. Nuestras obras comienzan en el aislamiento de Dios y el alma, y terminan continuando su vida en medio de pueblos enteros.»
>
> *« Figlia mia, certo che il regno della mia Divina Volontà è esistito sulla terra e perciò c'è la speranza certa che ritorni di nuovo nel suo pieno vigore; la nostra casa di Nazaret era il vero suo regno, però eravamo senza popoli. Ora tu devi sapere che ogni creatura è un regno, quindi chi fa regnare la mia Volontà in essa, si può chiamare un piccolo regno del Fiat Supremo. Onde è una piccola casetta di Nazaret che abbiamo sulla terra. […] Ora per formare il gran regno della nostra Volontà sulla terra, faremo prima le tante piccole casette di Nazaret, cioè le anime che vorranno conoscerla per farla regnare in loro. […] Onde con queste piccole casette, ripetitrici della nostra casa di Nazaret, formeremo tanti piccoli stati nostri, tante provincie, che dopo che si saranno ben formate ed ordinate come tanti piccoli regni della nostra Volontà, si fonderanno insieme e formeranno un sol regno ed un gran popolo. Perciò per avere le nostre opere più grandi, il nostro modo di agire è d'incominciare prima solo, a tu per tu, con una sola creatura; dopo aver formato questa, la faremo canale per racchiudere nelle opere nostre altre due, tre creature, poi allargheremo il numero formando un piccolo nucleo e infine lo allargheremo tanto da prendere tutto il mondo intero; le nostre opere incominciano nell'isolamento di Dio e l'anima e finiscono continuando la lor vita in mezzo a popoli interi. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 31, 16 de octubre de 1932 — sobre la resistencia humana, que nunca dispone de la palabra divina:

> «…quien impide mi camino quisiera impedirme la continuación de mi Creación, obstaculizar mis pasos, atarme las manos a fin de que no obre.»
>
> *« …chi impedisce il mio cammino vorrebbe impedirmi la continuazione della mia Creazione, inceppare i miei passi e legarmi le mani, affinché non operi. »*

Articulación católica. Jesús proclama Él mismo, a propósito del final de los tiempos: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35) —versículo del que la cita anterior, palabra por palabra, parece no ser más que una paráfrasis fiel. El mismo pasaje evangélico prosigue inmediatamente: «En cuanto al día y la hora, nadie lo conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre» (Mt 24,36) —rechazo explícito de toda datación. El Catecismo enseña asimismo que no nos «toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad», y que este advenimiento, aunque inminente desde la Ascensión,

«se puede cumplir en cualquier momento», sin que pueda fijarse fecha alguna (CIC 673). En cuanto al crecimiento de una casa a otra que este texto describe, el Evangelio ofrece su figura exacta: «El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno toma y siembra en su campo; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol» (Mt 13,31-32) —un crecimiento que no se calcula más de lo que se ve venir.

Fórmula para recordar. Ninguna palabra de Dios sobre su Reino quedará sin efecto; ninguna criatura ha recibido jamás la fecha en que ese efecto se producirá; pero quien conoce y quiere esta Voluntad es, desde ahora, una casa de Nazaret más, por medio de la cual este Reino crece.

Pregunta 8 — ¿Por qué no puede calcularse ninguna fecha para la venida del Reino, y qué papel desempeñan nuestros actos en ella?

Respuesta breve. El *Libro de Cielo* enseña que la venida del Reino no depende de calendario alguno, sino de un número de actos fijado por Dios mismo, que las almas han de realizar libremente en su Voluntad —de modo que la ignorancia de la fecha no es un misterio arbitrario: ese número solo Dios lo conoce, y el ritmo con que se cumple depende de una cooperación libre que nadie puede medir. Un segundo texto confirma esta misma verdad desde otro ángulo: el número mayor de fieles de hoy abrevia, con respecto a la Redención, el tiempo de la espera. Lejos de invitar al cálculo, esta doble revelación es una llamada apremiante a multiplicar, desde ahora, nuestros actos en el Fiat.

Desarrollo. XI.7 ha mostrado cómo este Reino crece de una casa a otra, como otras tantas «pequeñas casas de Nazaret» multiplicadas. Es preciso precisar ahora el mecanismo mismo de este crecimiento: Jesús revela a Luisa que «todo está establecido por el Ente Supremo» —oraciones, actos, penas, suspiros—, un número fijado de antemano, cuyo cumplimiento es lo único que hace «despuntar el Sol» del Reinado. Nunca se trata de un último acto mágico que, por sí solo, obtendría la gracia: es la cadena entera de los actos la que la obtiene, y el último solo tiene valor por todos los que lo precedieron —«si las otras horas no la hubieran precedido, jamás hubiera podido decir el alba: "Yo soy aquélla que llamo al día"». Jesús aplica esta misma ley a la propia Redención: los patriarcas y los profetas fueron, mediante sus actos, como las horas nocturnas; María, al venir, fue su alba, y entonces pudo despuntar el día del Verbo. Jesús añade una imagen complementaria, la de una larga cadena de actos que debe subir hasta el Trono de Dios: renunciar antes de tiempo expone, advierte, a no obtener lo que, sin embargo, ya era querido y prometido —advertencia que repite al concluir este mismo texto, como para subrayar su urgencia.

Un segundo texto, posterior, formula la misma verdad con un vocabulario más doctrinal: «Dios tiene establecidos todos los actos de las criaturas y el número de los actos de ellas». Este compromiso, precisa Jesús, es asumido por la propia Divina Voluntad, que los ordena y deposita en ellos su Vida —pero su cumplimiento requiere la cooperación libre de la criatura. Rechazar esta cooperación, hacer la propia voluntad en vez de la suya, no deja las cosas sin cambio: esto «forma en el alma un vacío para lo divino», un vacío que solo Dios podría llenar y que los actos, en su número fijado, estaban destinados a colmar.

Un tercer texto, finalmente, responde directamente a la pregunta que toda alma acaba formulando: «Mi amado Jesús, ¿quién sabe cuándo vendrá este Reino?» Jesús no da fecha alguna, sino una comparación: la Redención esperó cuatro mil años porque el pueblo que oraba y suspiraba por ella era pequeño y de número restringido; la Iglesia de hoy, mucho más numerosa, abrevia en la misma medida el tiempo de la espera. Este texto no dice, pues,

nada distinto, desde otro ángulo, de lo que los dos primeros ya han establecido: nunca es el calendario el que rige la venida del Reino, sino la medida —en actos, en almas, en suspiros— de lo que las criaturas mismas le hayan aportado.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 20 de mayo de 1928:

«Hija mía, adelante, no quieras detenerte; debes saber que todo está establecido por el Ente Supremo: oraciones, actos, penas y suspiros que debe hacer la criatura para obtener lo que Nosotros mismos queremos darle y ella suspira por recibir. Así que, si estos actos no son cumplidos, no despunta de Nosotros el suspirado Sol en medio de la larga noche de la voluntad humana para formar el día del reino del Fiat Divino. Por eso muchas veces sucede que se hacen tantos actos y oraciones y no se obtiene nada; después, por otro pequeño suspiro y una oración, se obtiene lo que tanto se suspiraba. ¿Acaso ha sido el último acto el que obtuvo el rescripto de la gracia? ¡Ah, no! Fue la continuación de todos los actos y de todas las oraciones; y si se ve que se obtiene con aquel último acto, es porque ese último era necesario para completar el número establecido por Nosotros. Por eso, si quieres recibir el reino del Querer Divino, no te detengas; de lo contrario, si falta la larga cadena de los actos que llega hasta el Trono de Dios, no obtendrás lo que tú quieres y Nosotros queremos dar. Los actos son como las horas que forman el día o la noche; cada hora tiene su puesto […] y, si es la hora de medianoche, es vano querer ver despuntar el Sol: es necesario que venga al menos el alba […]. Ahora bien, ¿es acaso el alba la que tiene todo el honor de hacer despuntar el Sol? ¡Ah, no! Ella fue la última hora; pero, si las otras horas no la hubieran precedido, jamás habría podido decir el alba: «Yo soy la que llamó al día.» […] Así sucedió en la Redención: durante tantos siglos la Redención no vino, porque los Patriarcas y los Profetas se encontraron con sus actos como en las horas nocturnas, y desde lejos suspiraban por el día. Cuando vino la Virgen Reina, formó el alba y, abrazando juntas todas las horas nocturnas, hizo despuntar el día del Verbo sobre la tierra, y la Redención fue cumplida. Por eso no te detengas: es tan necesaria la serie de los actos, que existe el peligro de que, si no se cumplen todos, no se obtenga el bien deseado.»

« Figlia mia, avanti, non volerti fermare, tu devi sapere che tutto è stabilito dall'Ente Supremo, preghiere, atti, pene, sospiri che deve fare la creatura per ottenere ciò che noi stessi vogliamo darle ed essa sospira di ricevere, sicché se questi atti non vengono compiuti, non spunta da noi il sospirato Sole in mezzo alla lunga notte dell'umana volontà, per formare il giorno del regno del Fiat Divino. Perciò molte volte succede che si fanno tanti atti e preghiere e non si ottiene nulla, poi per un altro piccolo sospiro e preghiera si ottiene ciò che tanto si sospirava, forse è stato l'ultimo atto che ha ottenuto il rescritto della grazia? ah no! è stata la continuazione di tutti gli atti e le preghiere e se si vede che si ottiene con quell'ultimo atto, è perché quell'ultimo era necessario per completare il numero da noi stabilito. Onde se tu vuoi ricevere il regno del Voler Divino non ti arrestare, altrimenti mancando la lunga catena degli atti che giunge fino al Trono di Dio, non otterrai ciò che tu vuoi e noi vogliamo dare. Gli atti sono come le ore che formano il giorno o la notte, ogni ora ha il suo posto […] e se è l'ora di mezza notte invano è voler vedere che spunti il Sole, è necessario che venga l'alba almeno […]. Ora è forse l'alba che ha tutto l'onore di fare spuntare il Sole? ah no! essa è stata l'ultima ora, ma se le altre ore non l'avessero preceduta mai avrebbe potuto dire l'alba: io sono colei che chiamò il giorno. […] Così successe nella Redenzione, per tanti secoli la Redenzione non venne, perché i Patriarchi ed i Profeti si trovarono coi loro atti come nelle ore notturne e da lontano sospiravano il giorno. Come venne la Vergine Regina formò l'alba ed abbracciando insieme tutte le ore notturne, fece spuntare il giorno del Verbo sulla terra e la Redenzione venne compiuta. Perciò non ti arrestare, è

tanto necessaria la serie degli atti, che passa pericolo che se non vengono tutti compiuti non si ottiene il bene desiderato. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 9 de noviembre de 1931:

«Ahora, Dios tiene establecidos todos los actos de las criaturas y el número de los actos de ellas; por eso el empeño de estos actos, porque establecidos por Dios vienen tomados por mi Divina Voluntad, los ordena y pone su Vida dentro de ellos, pero, ¿quién da el cumplimiento a estos actos establecidos por el Ser Supremo? Quien coopera y se hace dominar por la Voluntad Divina […] siente correr su Vida Divina en sus actos. Mientras que cuando no coopera […] cada acto de voluntad humana forma un vacío para lo divino en el alma. […] porque los actos, cuyo número está establecido, debían servir para llenarla del Ser Divino.»

« Ora, Dio ha stabilito tutti gli atti delle creature ed il numero degli atti di esse. Onde l'impegno di questi atti, perché stabiliti da Dio vengono presi dalla mia Divina Volontà, che li ordina e vi mette dentro la sua vita, ma chi dà il compimento a questi atti stabiliti dall'Ente Supremo? Chi coopera e si fa dominare dalla Volontà Divina […] sente scorrere la sua vita divina negli atti suoi. Mentre quando la creatura non coopera […] ogni atto di umana volontà forma nell'anima un vuoto per il divino […] perché gli atti, stabiliti nel loro numero, dovevano servire a riempirla dell'Essere Divino. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 26 de mayo de 1928:

«…Hija mía, para venir la Redención se necesitaron cuatro mil años, porque el pueblo que rogaba y suspiraba al futuro Redentor era el más pequeño, de número restringido; en cambio los que pertenecen a mi Iglesia son más pueblos y de número, ¡oh! cuánto más grande que aquél, por eso el número abreviará el tiempo, mucho más que la religión se está abriendo camino dondequiera, lo cual no es otra cosa que la preparación al reino de mi Voluntad Divina.»

« …Figlia mia, per venire la Redenzione ci vollero quattro mila anni, perché il popolo che pregava e sospirava il futuro Redentore era il più piccolo, di numero ristretto; invece quelli che appartengono alla mia Chiesa sono più popoli e di numero oh quanto più esteso di quello, perciò il numero abbrevierà il tempo, molto più che la religione si sta facendo strada ovunque, la quale non è altro che la preparazione al Regno della mia Volontà Divina. »

Articulación católica. La Escritura conoce ya este lenguaje de un número fijado que la espera escatológica debe ver completarse: a las almas de los mártires bajo el altar se les dijo que tuvieran paciencia todavía un poco, «hasta que se completase el número de sus compañeros y hermanos que iban a ser martirizados igual que ellos» (Ap 6,11). La tradición teológica ha meditado largamente, siguiendo a san Agustín, este misterio de un número conocido solo por Dios (*La ciudad de Dios*, XX, 5); santo Tomás de Aquino lo retomó en su cuestión sobre el número de los predestinados, subrayando que este número permanece cierto para Dios sin ser jamás calculable por el hombre (*Suma teológica*, I, q. 23, a. 7). Esto es exactamente lo que el *Libro de Cielo* retoma aquí, aplicado ya no solamente al número de los elegidos, sino al de los actos que, hechos en el Fiat, apresuran la venida de su Reinado.

Esta revelación no hace sino confirmar, sin debilitar jamás, lo que esta obra ya ha establecido contra toda forma de milenarismo (XI.6-7; Dz 3839): no ofrece fecha alguna, ningún cálculo, ningún signo que observar en la historia o en los astros —solo dice por qué ninguna fecha es calculable, a saber, que esta venida depende de una medida conocida únicamente por Dios y alimentada por la libertad de las criaturas. El propio Jesús, interrogado por sus discípulos sobre los tiempos del Reino, había respondido en el mismo

sentido: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad» (Hch 1,7) —pero había añadido inmediatamente la misión que de ello se sigue: «seréis mis testigos» (Hch 1,8). El *Libro de Cielo* no dice nada distinto, en el vocabulario propio del Fiat: la ignorancia de la hora nunca es una invitación a la espera pasiva, sino a la acción multiplicada.

Fórmula para recordar. El Reino no se espera mirando un calendario: lo apresuran, acto tras acto, alma tras alma, quienes viven ya en el Fiat.

Pregunta 9 — ¿Por qué el Libro de Cielo anuncia castigos, y cómo se articulan con la bondad de Dios?

Respuesta breve. El *Libro de Cielo* anuncia, en repetidas ocasiones, castigos destinados a purificar a la humanidad y a preparar el advenimiento del Reino de la Divina Voluntad; estos castigos no son nunca un arrebato de ira, sino el último recurso de un amor que, al no poder vencer por la gracia y la dulzura, busca vencer por el temor saludable —siempre al servicio de una reconstrucción, nunca de una destrucción por sí misma.

Desarrollo. Luisa misma plantea un día la objeción que formularía todo lector atento de estas páginas: ¿cómo podría venir el reino del Fiat Divino si la tierra abunda en el mal y la Justicia Divina arma los elementos contra el hombre? Jesús le responde mostrando que los trastornos anunciados no son nunca un fin en sí mismos, sino un medio ordenado a un fin mucho mayor: «todo lo que tú has visto servirá para purificar y preparar a la familia humana; los trastornos servirán para reordenar, y las destrucciones para edificar cosas más bellas; si un edificio en mal estado no cae por tierra, no se puede formar el nuevo que será más bello sobre aquellas mismas ruinas».

Un segundo texto, recibido algunos años más tarde, revela su motivo más íntimo —nunca la venganza, sino el amor mismo constreñido a un último recurso: «todo servirá para el triunfo de mi Voluntad, si golpeo es porque quiero sanar, mi amor es tanto, que cuando no puedo vencer por vía de amor y de gracias, trato de vencer por vía de terror y de espanto». Jesús añade inmediatamente una garantía materna: aquellos a quienes confía al manto de la Virgen quedan fuera del alcance de estas pruebas —«la misma muerte no tendrá poder sobre aquellos que estarán en custodia de mi Mamá».

Este mismo rechazo de toda curiosidad profética —ya expresado más arriba a propósito del Reino mismo (XI.7), y que la Decimotercera parte retomará plenamente (XIII.6)— se aplica aquí: anunciar el principio de los castigos —su realidad, su sentido, su finalidad purificadora— no invita nunca a buscar sus fechas ni su naturaleza precisa, que el *Libro de Cielo* mismo no da con certeza. Lo que este texto pide, en realidad, es más sencillo y más cercano: la conversión y la confianza filial, mucho más que cualquier previsión de un calendario.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 30 de abril de 1928:

> «Hija mía, todo lo que tú has visto servirá para purificar y preparar a la familia humana; los trastornos servirán para reordenar, y las destrucciones para edificar cosas más bellas; si un edificio en mal estado no cae por tierra, no se puede formar el nuevo que será más bello sobre aquellas mismas ruinas…»
>
> *« Figlia mia, tutto ciò che tu hai visto servirà a purificare ed a preparare l'umana famiglia, gli sconvolgimenti serviranno per riordinare e le distruzioni per edificare cose più belle; se un edificio crollante non si atterra, non si può formare il nuovo più bello su quelle stesse rovine… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 6 de junio de 1935:

> «…Hija mía, ánimo, todo servirá para el triunfo de mi Voluntad; si golpeo es porque quiero sanar. Mi amor es tan grande que, cuando no puedo vencer por vía de amor y de gracias, trato de vencer por vía de terror y de espanto. La debilidad humana es tal que muchas veces no presta atención a mis gracias, […] pero basta tocarle la carne, quitarle las cosas necesarias para la vida natural, para que abaje su altivez; se siente tan humillada que se vuelve un trapo, y Yo hago de ella lo que quiero. Especialmente si las criaturas no tienen una voluntad pérfida y obstinada, basta un castigo, porque se ven al borde del sepulcro, y vuelven a mis brazos. Debes saber que amo siempre a mis hijos, a mis amadas criaturas; me arrancaría las entrañas con tal de no verlos golpeados, tanto que, en los tiempos funestos que vendrán, los he puesto a todos en las manos de mi Mamá Celestial; a Ella los he confiado, para que me los tenga bajo su manto seguro, […] la misma muerte no tendrá poder sobre quienes estén bajo la custodia de mi Mamá»

> *« …Figlia mia, coraggio, tutto servirà al trionfo della mia Volontà, se colpisco è perché voglio risanare, il mio amore è tanto, che quando non posso vincere a via d'amore e di grazie, cerco di vincere a via di terrore e di spavento. La debolezza umana è tanta che molte volte non cura le mie grazie, […] ma basta toccarle la pelle, toglierle le cose necessarie alla vita naturale, che abbassa la sua alterigia, si sente così umiliata che si fa un cencio ed Io ne faccio quello che voglio, specie se le creature non hanno una volontà perfida ed ostinata, basta un castigo, perché si vedono sull'orlo del sepolcro, e ritornino nelle mie braccia. Tu devi sapere che amo sempre i figli miei, le mie amate creature, Mi sviscererei per non vederli colpiti, tanto che nei tempi funesti che verranno, li ho messi tutti nelle mani della mia Mamma Celeste, a Lei li ho affidati, affinché Me li tenga sotto il suo manto sicuro, […] la stessa morte non avrà potere su quelli che saranno in custodia della mia Mamma »*

Articulación católica. La Escritura nunca separa la justicia de Dios de su misericordia paciente: «El Señor no retrasa su promesa, como piensan algunos, sino que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda sino que todos accedan a la conversión» (2 Pe 3,9). Los profetas de la Antigua Alianza anuncian igualmente castigos colectivos siempre ordenados al retorno del pueblo hacia Dios, nunca a su destrucción por sí misma (cf. Am 4,6-12; Jl 2,12-13). El Catecismo enseña que Dios «permite» la prueba respetando la libertad humana y «sabe sacar de ella el bien», sin querer jamás el mal por sí mismo (CIC 311, 313) —esto es exactamente lo que este texto del *Libro de Cielo* aplica a la escala de la historia entera.

Fórmula para recordar. Dios nunca golpea para destruir, sino siempre para reconstruir; y nadie, bajo el manto de su Madre, tiene nada que temer de ese día.

Pregunta 10 — ¿Qué es la Voluntad «querida» y la Voluntad «permisiva» de Dios?

Respuesta breve. El *Libro de Cielo* enseña que la Divina Voluntad obra en la historia según dos modos distintos: en modo querido, cuando cumple directamente sus propios designios y colma al alma dócil de luz, de gracia y de ayuda; en modo permisivo, cuando las criaturas, mediante su libre albedrío, le oponen resistencia hasta obligarla a dejar que sus propias elecciones produzcan sus justas consecuencias —consecuencias que adoptan entonces ellas mismas la forma de la justicia.

Desarrollo. Este texto nace de uno de los episodios más dolorosos de todos: Luisa,

injustamente acusada y calumniada hasta ser llevada ante el Santo Oficio, se encuentra abandonada por todos. Jesús le revela entonces que podría confundir fácilmente a sus acusadores —«Lo puedo, pero no lo quiero»—, porque querer le cuesta más que poder: destruir un acto ya establecido de su Voluntad equivaldría a obrar no como Dios, sino como hombre, cambiando sus designios según las circunstancias. En este contexto preciso da a Luisa la distinción que gobierna toda esta pregunta.

Jesús explica que su Divina Voluntad obra según dos modos. En modo querido, cumple directamente sus designios, forma la santidad, y la criatura que recibe este acto lo recibe «dotado de luz, de gracia, de ayuda»: nada le falta para cumplirlo. En modo permisivo, en cambio —y esto sucede cuando las criaturas, mediante el libre uso de su voluntad, buscan, por así decirlo, «atar las manos al Omnipotente», oponiéndose a lo que Él había dispuesto por amor y para bien de todos—, Dios se ve obligado, por respeto a esa misma libertad que nunca suprime, a obrar de modo permisivo; y esta Voluntad permisiva, precisa Jesús, «es, con justicia y castigo, enceguecedora».

La Voluntad permisiva permanece plenamente voluntaria en su acto de permitir: Dios elige libremente respetar la libertad que Él mismo ha dado. Nunca quiere el mal que de ello resulta como se quiere un bien; lo permite, y extrae de él, mediante su misma justicia, un orden nuevo. Así ilumina este mismo texto directamente la pregunta anterior sobre los castigos: estos pertenecen precisamente a este segundo modo, nunca al primero.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 28, 8 de febrero de 1931:

> «Hija mía buena, ánimo, tú debes saber que mi Voluntad Divina obra en dos modos, en modo querido y en modo permisivo; cuando obra en modo querido son designios que cumple, santidad que forma, y la criatura que recibe este acto querido de mi Voluntad, lo recibe dotado de luz, de gracia, de ayuda, nada debe faltar a esta afortunada criatura para cumplir este acto querido por mi Voluntad. En cambio cuando obra en modo permisivo, y esto sucede cuando las criaturas con el libre albedrío de la voluntad que tienen, buscan atar las manos al Omnipotente […] y me obligan a obrar en modo permisivo, y mi Voluntad permisiva es, con justicia y castigo, enceguecedora, y quién sabe a donde irán a precipitarse.»
>
> *« Figlia buona, coraggio, tu devi sapere che la mia Volontà Divina agisce in due modi, in modo voluto ed in modo permissivo; quando agisce in modo voluto compie disegni, forma santità e la creatura che riceve quest'atto voluto della mia Volontà, lo riceve corredato di luce, di grazia, di aiuto, nulla deve mancare a questa fortunata creatura di compiere quest'atto voluto dalla mia Volontà. Invece quando agisce in modo permissivo, e questo succede quando le creature col libero arbitrio della loro volontà, cercano di legare le mani all'Onnipotente […] e mi costringono ad agire in modo permissivo e la mia Volontà permissiva è con giustizia castigo e accecamento che chissà dove vanno a precipitarsi. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que Dios «no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral». «Sin embargo, lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él el bien» (CIC 311). Esta distinción enlaza con lo que la teología clásica llama la voluntad «antecedente» y la voluntad «consecuente» de Dios, o también la voluntad «de beneplácito» y la voluntad «de signo»: Dios quiere positiva y directamente todo bien; solamente permite, sin quererlo jamás en sí mismo, lo que la libertad creada elige contra Él. San Pablo lo expresa con la misma firmeza: «No os engañéis: de Dios nadie se burla. Lo que uno siembre, eso cosechará» (Gál 6,7) —ley de consecuencia, no de venganza arbitraria.

Fórmula para recordar. Dios nunca cambia los designios que ha querido, sean cuales

sean las resistencias de los hombres; pero permite, sin quererlos jamás en sí mismos, que sus rechazos produzcan sus propios frutos de justicia.

Pregunta 11 — ¿Cómo participa también el alma que vive en la Divina Voluntad en los actos de su justicia?

Respuesta breve. Vivir en la Divina Voluntad no asocia solamente al alma al amor y a la misericordia de Dios: la asocia a todos sus atributos, incluida su justicia —no para juzgar ni golpear a nadie por propia iniciativa, sino para comprender, desde el interior mismo del Fiat, que la justicia divina es en sí misma santidad y amor, sin la cual la perfección de Dios quedaría incompleta.

Desarrollo. Jesús revela un día a Luisa que la santidad propia de su Querer consiste en «no hacer nada propio, sino hacer lo que hace Dios»: el alma que vive en su Voluntad toma parte en todos sus atributos y «corre» con Él en cada uno de sus actos —incluidos, precisa, los actos de su justicia. Espantada ante esta sola idea, Luisa se niega rotundamente, como lo haría toda alma atraída naturalmente por la sola misericordia: «¡No, no, el Cielo me guarde de tocar a mis hermanos! […] En todo quiero hacer lo que Tú haces, pero en esto de castigar a las criaturas, no, jamás».

La respuesta de Jesús no cede en el principio, pero revela enseguida su verdadera naturaleza: «En mi Querer no puedes eximirte de hacer lo que hago Yo […]. Mi justicia es santidad y amor, es equilibrar los derechos divinos; si no tuviese la justicia faltaría toda la plenitud de la perfección a mi Divinidad». Rehusar tomar parte en la justicia mientras se quiere vivir plenamente en el Fiat equivaldría a separar lo que Dios nunca separa en sí mismo: sus atributos no son piezas yuxtapuestas, sino un solo y mismo Ser, cuya justicia y cuyo amor no forman más que una sola y misma agua.

Luisa se abandona entonces por completo, «pero sentía gran repugnancia por la justicia» —confesión de una resistencia interior, real y plenamente asumida. Jesús responde, no con un reproche, sino con una confidencia sobrecogedora acerca del coste que esta misma justicia tiene para Él: «Si supieras cómo me pesa usar la justicia y cuánto amo a las criaturas». Prosigue con una meditación sobre su presencia oculta en toda la Creación —en el fuego que calienta, el agua que quita la sed, el pan que alimenta, el sol que ilumina—, visitando sin cesar al hombre sin recibir nunca de él un solo gesto de reconocimiento.

Es preciso señalar aquí con claridad lo que este texto nunca autoriza: no dice en ningún momento que el alma deba juzgar, condenar o infligir ella misma cosa alguna a nadie en lugar de Dios —tal lectura sería una grave deformación, ajena a la caridad y al perdón que el Evangelio enseña sin reserva. Se trata solamente de no eludir, en la oración y en la unión con Dios, la verdad de su justicia, como tampoco se eludiría su misericordia —recibir una y otra como las dos caras indivisibles de un mismo amor.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 12 de mayo de 1922:

> «…¡Ah, hija mía! La santidad en mi Querer no es conocida todavía; […] el alma que vive en mi Querer toma parte en todos mis atributos y corre junto conmigo en cada acto mío; por eso debe correr conmigo también en los actos de justicia…» Y Luisa: «Amor mío, ¿así que ahora que estás castigando a las criaturas haciendo caer las casas, estoy yo junto Contigo en el hacer eso? ¡No, no, el Cielo me guarde de tocar a mis hermanos! Cuando Tú quieras castigarlos yo me haré pequeña en tu Querer, no me difundiré en Él, para no tomar parte en lo que haces Tú; en todo quiero hacer lo que Tú haces, pero en esto de castigar a las criaturas, no, jamás.» Y Jesús: «¿Por qué te espantas? En mi

> Querer no puedes eximirte de hacer lo que hago Yo […] Mi justicia es santidad y amor, es equilibrar los derechos divinos; si no tuviera la justicia, faltaría toda la plenitud de la perfección a mi Divinidad […] ¡Si supieras cuánto me pesa usar la justicia y cuánto amo a la criatura!»
>
> *« …Ah! figlia, la santità nel mio Volere non è conosciuta ancora; […] Ora, l'anima che vive nel mio Volere prende parte a tutti i miei attributi ed insieme con Me corre ad ogni atto mio, quindi deve correre con Me anche agli atti di giustizia… » « Ed io, nel sentire che concorrevo agli atti di giustizia, spaventata, ho detto: "Sicché amor mio, ora che stai colpendo le creature facendo crollare le abitazioni, sono io insieme con Te nel far ciò? No, no, il Cielo mi guardi dal toccare i miei fratelli. Quando Tu vorrai colpirli io mi farò piccola nel tuo Volere, non mi diffonderò in Esso, affinché non prenda parte a ciò che fai Tu; in tutto voglio fare ciò che fai, ma in questo cioè di colpire le creature, mai." » « E Gesù: "Perché ti spaventi? Nel mio Volere non puoi esimerti dal fare ciò che faccio Io […] E poi, la mia giustizia è santità e amore, è equilibrare i diritti divini; se non avessi la giustizia mancherebbe tutta la pienezza della perfezione alla mia Divinità […] Se sapessi come mi pesa l'usar giustizia e quanto amo la creatura!" »*

Articulación católica. El Catecismo reúne estos atributos proclamando que Dios, «El que es», es verdad y amor (CIC 214-221); todos sus atributos, lejos de yuxtaponerse, pertenecen a la única simplicidad divina. El salmista canta asimismo que «la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan» (Sal 85,11) —nunca dos fuerzas rivales, sino un solo misterio contemplado bajo nombres distintos. San Juan recuerda que «Dios es amor» (1 Jn 4,8) sin quitar nada a las advertencias más firmes del mismo Evangelio acerca del juicio —la caridad auténtica nunca oculta la verdad; es, por el contrario, como recuerda san Pablo, el único modo de expresarla que le conviene: «realizando la verdad en el amor» (Ef 4,15).

Fórmula para recordar. En el Fiat, el alma corre con Dios incluso en sus actos de justicia: no para golpear por su propio impulso, sino porque su justicia es en sí misma santidad, amor y equilibrio de los derechos divinos.

Pregunta 12 — ¿Qué diferencia hay entre la esperanza del Reino en la tierra y la esperanza del Cielo?

Respuesta breve. El Cielo sigue siendo, para todo cristiano, el fin último y el objeto propio de la esperanza teologal, la unión definitiva y sin fin con Dios que nada en la historia puede igualar ni sustituir. Pero el *Libro de Cielo* revela que el alma que vive plenamente en el Fiat recibe ya de él un anticipo tan real que la fe y la esperanza, dice Jesús, llegan «casi» a borrarse ante una posesión ya dada: el amor, único entre las tres virtudes teologales que nunca pasará, ocupa ya en ella todo el lugar. Y es la palabra «casi», escogida por Jesús mismo, la que dice todo lo que aún separa a esa alma de la visión cara a cara.

Desarrollo. Después de haber definido los límites del Reino terrestre (XI.6) y la actitud de esperanza sin curiosidad que requiere (XI.7), es preciso establecer una última y decisiva distinción: la que sitúa el Reino en la tierra respecto de aquello de lo cual es la aurora.

Nada de cuanto se ha dicho acerca del futuro triunfo de la Divina Voluntad en la historia podría sustituir jamás, ni siquiera parcialmente, la esperanza del Cielo tal como la fe católica la ha profesado siempre: la visión de Dios cara a cara, la comunión perfecta y sin fin con la Santísima Trinidad, la resurrección gloriosa de los cuerpos en el último día. El Reino presentado desde la Quinta parte sigue siendo, por naturaleza, un bien histórico y, por tanto, limitado: aun llevado a su más alto grado de gracia y fecundidad, permanece

sujeto, como toda cosa de este mundo, al tiempo, al cambio y, finalmente, a esa misma historia que un día terminará en el juicio final ya evocado en XI.6.

Sin embargo, un texto de 1906 va más lejos que ningún otro acerca de lo que esta vida ya dada puede hacer experimentar al alma. Mientras recita el Credo, Luisa pide a Jesús que le dé la fe que Él mismo tuvo en la tierra; Jesús la corrige de inmediato: «Te equivocas, Yo no tenía ni fe, ni esperanza, ni las podía tener porque Yo era el mismo Dios, Yo era sólo Amor». Aplica entonces esta misma lógica, guardadas todas las proporciones, al alma que vive de su Voluntad: convertida en «toda amor» por este contacto continuo con Él, llega, dice, «casi a perder la fe y la esperanza» —pues ¿qué queda por creer de Aquel a quien se ha encontrado y de quien se alimenta? ¿Qué queda por esperar de Aquel a quien ya se posee, viviendo no fuera de Dios, sino en Dios?

La palabra que elige Jesús merece toda la atención: «casi». Esta posesión nunca es la visión cara a cara ni el fin de la condición peregrina —el alma más unida a la Divina Voluntad sigue caminando en la fe, no en la visión clara, y su cuerpo permanece mortal hasta el día de la resurrección ya evocado en XI.6. Pero este «casi» expresa una verdad que sería lamentable callar por exceso de prudencia: el amor, en el alma fundida en la Divina Voluntad, ocupa ya tanto lugar que la fe y la esperanza, sin desaparecer, dejan de hacerse sentir en ella como una carencia —exactamente lo que san Pablo enseña acerca de la caridad, única de las tres virtudes teologales que nunca pasará (1 Cor 13,8.13).

Vivir desde ahora en el Fiat no es, por tanto, una manera de poseer anticipadamente el Cielo sin tener que esperarlo, sino la mejor preparación para recibirlo plenamente, cuando llegue el día, en toda su plenitud —y este texto de 1906 constituye, a su manera más radical, su mejor ilustración: cuanto más ama el alma, menos necesita creer y esperar para mantenerse firme, y más se asemeja a lo que llegará a ser, sin dejar jamás de tender todavía hacia ello. Confundir las dos esperanzas —creer que esta posesión ya dada dispensaría de esperar el Cielo, o que constituiría por sí misma el fin último— sería recaer precisamente en el error milenarista ya descartado en XI.6, reduciendo a la historia lo que solo pertenece a la eternidad.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 7, 6 de noviembre de 1906:

> «Te equivocas, Yo no tenía ni fe, ni esperanza, ni las podía tener porque Yo era el mismo Dios, Yo era sólo Amor». «Esta es mi idea, por eso te voy hablando frecuentemente de la perfecta resignación, porque viviendo de mi Querer el alma adquiere el amor más heroico, y llega a amarme con mi mismo amor y se vuelve toda amor, y volviéndose toda amor, está continuamente en contacto Conmigo, así que está conmigo, en Mí, y por Mí hace todo lo que quiero, no se mueve, ni desea otra cosa que mi Querer, en el cual está encerrado todo el amor del Eterno, y donde queda ella encerrada; y viviendo de este modo el alma llega casi a perder la fe y la esperanza, porque llegando a vivir del Querer Divino, el alma no se siente más en contacto de la fe y de la esperanza, pues si vive de su Querer, ¿qué cosa debe creer si lo ha encontrado y hace de Él su alimento? ¿Y qué cosa debe esperar si ya lo posee, viviendo no fuera de Dios sino en Dios? Por eso la verdadera y perfecta resignación es el sello de la segura predestinación, y la certeza de la posesión de Dios que el alma adquiere…».
>
> *« Tu sbagli, Io non avevo né fede e né speranza, né ne potevo avere, perché ero lo stesso Dio, Io ero solo amore. » « Questa è la mia mira, perciò ti vado spesso parlando della perfetta rassegnazione, ché vivendo del mio Volere, l'anima acquista l'amore più eroico e giunge ad amarmi col mio stesso amore e diventa tutt'amore e, diventando tutt'amore, sta a mio continuo contatto, sicché sta con Me, in Me e per Me fa tutto ciò che voglio, né si muove, né desidera che il mio Volere, dove è racchiuso tutto l'amore dell'Eterno e*

dove resta essa racchiusa e, vivendo in questo modo, l'anima giunge quasi a sperdere la fede e la speranza, perché giungendo a vivere del Volere Divino, l'anima non si sente più a contatto della fede e della speranza, se vive del suo Volere, che cosa deve credere se l'ha trovato e ne fa suo cibo? E che cosa deve sperare se già lo possiede vivendo non fuori di Dio ma in Dio? Perciò la vera e perfetta rassegnazione è il suggello della sicura predestinazione ed il possesso certo che l'anima ha di Dio… »

Articulación católica. San Pablo enseña que, de las tres virtudes teologales, dos están destinadas a borrarse ante su objeto finalmente alcanzado, mientras que solo la tercera permanece sin fin: «Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara […]. En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor» (1 Cor 13,12-13), porque «el amor no pasa nunca» (1 Cor 13,8). Pablo enuncia aquí el principio escatológico: la jerarquía de las tres virtudes y el desvanecimiento de dos de ellas ante su objeto finalmente alcanzado. El *Libro de Cielo* añade lo que le es propio: para el alma que vive en el Fiat, ese desvanecimiento comienza ya en el tiempo. El Catecismo enseña, por otra parte, que el Cielo es «el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha» —una comunión de vida y de amor con la Trinidad que sobrepasa «toda comprensión y toda representación» (CIC 1024, 1027)—, y que quienes mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados «viven para siempre con Cristo» (CIC 1023). El propio Padrenuestro, al pedir «venga a nosotros tu Reino», se refiere principal y primordialmente, enseña el Catecismo, «a la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo», sin que esta petición deje por ello de llamar también al crecimiento del Reino «en el "hoy" de nuestras vidas» (CIC 2818).

Fórmula para recordar. En el Fiat, el alma llega «casi a perder» la fe y la esperanza, porque ya posee a Dios como alimento; pero solo la visión del Cielo llevará esta posesión a su cumplimiento.

Pregunta 13 — ¿Cuál es la misión de los hijos de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Ser hijo de la Divina Voluntad es seguir fielmente, como una hija sigue a su padre, la multiplicidad de los actos de esta Voluntad, dejándole ocupar un lugar cada vez mayor en los propios actos: una misión que consiste por entero en vivir plenamente el Don ya recibido y en difundir, como la propia Luisa, su conocimiento a su alrededor.

Desarrollo. La Pregunta anterior ha mostrado cómo el alma que vive en el Fiat llega casi a no vivir sino de amor, borrándose la fe y la esperanza ante una posesión ya tan intensa (XI.12). Es preciso ahora determinar lo que este amor, vuelto casi total, pide concretamente al alma mientras permanece en la tierra: ¿cuál es, con toda precisión, la misión propia de un hijo de la Divina Voluntad?

Jesús define esta misión mediante una imagen familiar: así como un padre sería infeliz si su hijo no permaneciera a su lado para ser asociado a sus actos, y el hijo no se sentiría amado si el padre lo mantuviera apartado, así «ser hija de mi Voluntad y recién nacida en Ella significa precisamente esto: seguir como hija fiel todos sus actos». Esta Voluntad, precisa Jesús, obra ya en la Creación mediante los actos humanos, pero quiere, para desplegar plenamente su obrar, que el acto de la criatura venga a unirse al suyo —a fin de poder decir: «Mi Reino está en medio de mis hijos y propiamente en lo íntimo de sus actos». Añade una reciprocidad de medida que da a esta misión todo su alcance: a medida que la criatura toma de su Voluntad, esta extiende su Reino en ella, y ella extiende el suyo en esta Voluntad —creciendo en la misma medida la alegría, la gloria y la felicidad de ambas.

Esta misión de los hijos de la Divina Voluntad enlaza así, en su formulación más amplia, con lo que la Quinta parte ya había denominado de manera más precisa a propósito de los escritos de Luisa: servir para formar a los hijos del Reino mediante la difusión fiel de los conocimientos recibidos (V.9). Es exactamente este movimiento el que XI.7 ya ha descrito a escala del Reino entero: cada alma que llega a conocer esta Voluntad y a hacerla reinar en sí se convierte en una «pequeña casa de Nazaret» más (XI.7) —dar a conocer, en la medida de los propios medios, lo que uno mismo ha recibido es, por tanto, participar ya, muy concretamente, en este crecimiento de uno a otro. Seguir los actos de esta Voluntad, dejarse dominar por ella en los propios actos y transmitir el Don recibido: tal es, en definitiva, la misión propia de todo hijo de la Divina Voluntad.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 15 de octubre de 1926:

> «…Pequeña hija de mi Querer, es justo, es necesario, es de derecho de ambas partes, tanto tuya como de mi Voluntad, que quien es hija suya siga la multiplicidad de los actos de mi Querer, y Él los reciba en los suyos. Un padre sería infeliz si no sintiera a su lado a su hijo para ser seguido en sus actos por él, ni el hijo se sentiría amado por el padre si el padre haciéndolo a un lado no se hiciera seguir por su hijo. Por eso, hija de mi Voluntad y recién nacida en Ella significa precisamente esto: 'Seguir como hija fiel todos sus actos'. […] para poder decir: 'Mi Reino está en medio de mis hijos y propiamente en lo íntimo de sus actos'.»

> *« …Figlia piccola del mio volere, è giusto, è necessario, è di diritto d'ambo le parti tanto tuo quanto della mia Volontà, che, chi è figlia sua, essa segua la molteplicità degli atti del mio Volere ed Esso li riceva nei suoi. Un padre sarebbe infelice se non sentisse suo figlio al suo fianco per essere seguito nei suoi atti da suo figlio, né il figlio si sentirebbe amato dal Padre, se il padre mettendolo da parte, non si facesse seguire da suo figlio. Perciò, figlia della mia Volontà e neonata in Essa significa proprio questo, seguire come figlia fedele tutti gli atti suoi. […] poter dire: il mio regno è in mezzo ai figli miei e proprio nell'intimo dei loro atti. »*

Articulación católica. San Juan recuerda que «ahora somos hijos de Dios», llamados a llegar un día a ser semejantes a Él «porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3,2) —filiación ya real por el bautismo, cuyas consecuencias vividas esta obra no ha hecho sino profundizar en cada parte (véase, en particular, VI.1 y IX.1). Jesús manda a sus discípulos dar fruto y darlo a conocer: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19) —mandato misionero ordinario de todo bautizado, del que la difusión fiel de los conocimientos sobre la Divina Voluntad (V.6-8) no es sino una aplicación particular.

Fórmula para recordar. Ser hijo de la Divina Voluntad no es llevar un título: es seguir, como una hija fiel sigue a su padre, cada uno de los actos de esta Voluntad y dar a conocer a otros lo que uno mismo ha recibido de ella.

Pregunta 14 — ¿Cómo pedir el Reino en el Padrenuestro?

Respuesta breve. Pedir el Reino en el Padrenuestro es orar precisamente con estas palabras: «venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo». No son dos peticiones, sino una sola: el Reino viene precisamente cuando esta Voluntad se cumple en la tierra como ya se cumple en el Cielo. Jesús revela a Luisa que sobre esta única petición reposa todo el resto del Padrenuestro.

Desarrollo. Antes de abordar las tres últimas partes de esta obra, es preciso volver a la petición central del Padrenuestro, que el propio Jesús comenta a Luisa: «venga a nosotros

tu Reino, hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo».

El Catecismo de la Iglesia Católica reúne las tres primeras peticiones del Padrenuestro —«santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad»— en un mismo «primer grupo», enteramente orientado hacia la gloria del Padre, ya escuchado en el sacrificio de Cristo, pero todavía orientado, en la esperanza, hacia su cumplimiento final (CIC 2803-2804); precisa incluso que la petición de santificación del Nombre «las contiene a todas» (CIC 2815). Dentro de este mismo movimiento, las dos últimas de estas tres peticiones se estrechan, según este mismo Catecismo, en una sola y misma súplica: la venida del Reino solo se realiza mediante el cumplimiento de la Voluntad del Padre, y este cumplimiento es precisamente lo que significa, concretamente, la venida de este Reino. Orar «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo» es, por tanto, pedir que la tierra se convierta, en la medida en que Dios lo quiere y en el tiempo que Él ha fijado, en lo que el Cielo ya es perfectamente: un lugar donde nada se opone ya jamás a lo que Dios quiere.

El 2 de mayo de 1923, Jesús mismo confirma esta unidad al comentar todo el Padrenuestro, pero haciéndolo reposar enteramente sobre esta única petición: solo «cuando [el] Fiat Voluntas Tua tenga su cumplimiento como en el Cielo así en la tierra», dice, se cumplirá plenamente todo el resto de la oración. El pan cotidiano, precisa entonces, se pide en realidad bajo tres formas —el de la Voluntad, el de la Vida sacramental, el del cuerpo—, pero ninguno alcanza su plena medida sin el primero, que lleva consigo a los otros dos. Lo mismo sucede con el perdón de las deudas, llamado a la plenitud del heroísmo que el propio Jesús vivió en la cruz, y con la liberación de la tentación, que solo se promete mediante «el pan de [su] Voluntad». Cada petición del Padrenuestro queda así unida, en este comentario, a la única petición central —no como peticiones yuxtapuestas, sino como frutos que solo ella lleva a su cumplimiento.

Jesús concluye con una declaración que da a esta oración todo su lugar en la economía del Fiat: «no tuve otro interés ni enseñé otra oración sino el Padre Nuestro». Añade que, así como la Redención tuvo su comienzo en una sola Virgen antes de extenderse a quien quisiera entrar en ella, la Divina Voluntad debía primero nacer, tomar posesión y crecer en una criatura determinada, antes de que quien lo quiera pueda entrar en los bienes que contiene. Repetir el Padrenuestro con pleno conocimiento de esta explicación es, por tanto, pedir, en una sola frase, todo lo que esta obra ha intentado desplegar desde su origen —y pedirlo activamente para hoy.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 2 de mayo de 1923:

> «…Y cuando mi Fiat Voluntas Tua tenga su cumplimiento como en el Cielo así en la tierra, entonces vendrá el pleno cumplimiento de la segunda parte del Padrenuestro, es decir: danos hoy nuestro pan cotidiano. Yo decía: Padre nuestro, en nombre de todos, tres clases de pan te pido cada día: el pan de tu Voluntad, más aún que pan, porque si el pan es necesario dos o tres veces al día, este es necesario en cada momento, en todas las circunstancias; más aún, debe ser no solo pan, sino como aire balsámico que lleva la vida, la circulación de la Vida Divina en la criatura; Padre, si no es dado este pan de tu Voluntad, jamás podré recibir todos los frutos de mi Vida Sacramental, que es el segundo pan que todos los días te pedimos; […] después pedía el tercer pan, es decir, el material. […] Luego añadí: «Perdona nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Así también la caridad será perfecta, entonces será perfecto el perdón, tendrá la impronta del heroísmo como la tuve Yo en la cruz, cuando el hombre haya comido el pan de mi Voluntad como lo comía mi Humanidad […] Y añadí: «Y no nos dejes caer en la tentación.» […] «Danos el pan de tu Voluntad, para que podamos rechazar todas las tentaciones y, en virtud de este pan, líbranos de todo mal. Así sea.» […] Por eso era y es tan necesario que mi Voluntad se haga como en el Cielo así en la

tierra, que Yo no tuve otro interés ni enseñé otra oración sino el Padrenuestro…»

« …E quando il mio Fiat Voluntas Tua avrà il suo compimento come in Cielo così in terra, allora verrà il pieno compimento della seconda parte del Pater Noster, cioè, dacci oggi il nostro pane quotidiano. Io dicevo: Padre nostro, a nome di tutti, tre specie di pane Ti chiedo ogni giorno: il pane della tua Volontà, anzi più che pane, perché se il pane è necessario due o tre volte al giorno, invece questo è necessario in ogni momento, in tutte le circostanze, anzi dev'essere non solo pane, ma come aria balsamica che porta la vita, la circolazione della Vita Divina nella creatura; Padre, se non è dato questo pane della tua Volontà, non potrò mai ricevere tutti i frutti della mia Vita Sacramentale, che è il secondo pane che tutti i giorni ti chiediamo; […] Poi chiedevo il terzo pane, cioè quello materiale. […] Onde dopo soggiunsi: "Rimetti a noi i nostri debiti, come noi li rimettiamo ai nostri debitori." Sicché anche la carità sarà perfetta, allora sarà perfetto il perdono, avrà l'impronta dell'eroismo come lo ebbi Io sulla croce, quando l'uomo avrà mangiato il pane della mia Volontà come lo mangiava la mia Umanità […] E soggiunsi: "E non c'indurre in tentazione." […] "Dacci il pane della tua Volontà, affinché possiamo respingere tutte le tentazioni ed in virtù di questo pane liberaci da ogni male. Così sia." […] Onde era ed è tanto necessario che la mia Volontà si faccia come in Cielo così in terra, che Io non ebbi altro interesse né insegnai altra preghiera, se non il Pater Noster… »

Articulación católica. El Catecismo enseña explícitamente que «en la segunda petición, la Iglesia tiene principalmente a la vista el retorno de Cristo y la venida final del Reino de Dios», sin que esto la dispense de orar también por el crecimiento del Reino «en el "hoy" de nuestras vidas» (CIC 2859); precisa además que la tercera petición —que se haga la Voluntad del Padre— se vincula a esta misma esperanza del Reino, pues pedimos que su designio se realice plenamente en la tierra como ya ocurre en el Cielo, y Jesús enseña que se entra en el Reino «haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (CIC 2823-2826). El apóstol Juan cierra toda la Escritura con esta misma oración, resumida en un solo grito: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20, ya citado en X.14) —cumplimiento último hacia el cual cada oración del Padrenuestro, día tras día, encamina sin anticiparlo jamás.

Fórmula para recordar. No hay dos peticiones en el Padrenuestro, una por el Reino y otra por la Voluntad: pedir una es ya pedir la otra.

Pregunta 15 — ¿Cómo vivir hoy en la espera activa del Fiat en la tierra como en el Cielo?

Respuesta breve. Vivir en esta espera no significa jamás permanecer indiferente ante ella: significa llamarlo, como lo hace Luisa en cada acto de su ronda, pidiendo sin cesar que venga el reino del Fiat Divino. Esta llamada nunca es una nada, incluso cuando parece silencio: Jesús revela a Luisa que un alma unida a su Voluntad puede parecer que no hace nada mientras lo hace todo, porque es entonces el mismo obrar de Dios el que se despliega en ella.

Desarrollo. Después de haber precisado la esperanza propia de este Reino (XI.6, XI.7, XI.12), es preciso determinar la actitud concreta que exige: ¿se resuelve esta espera en un silencio resignado, o pide algo al alma misma?

Un texto del 24 de octubre de 1926 responde mostrando lo que Luisa hace ya, sin nombrarlo siempre: al rehacer su ronda acostumbrada en el Querer Divino (VIII.10-12), pone en cada cosa su «te amo»; después, al llegar a todos los actos que Jesús realizó en la Redención, pide en cada acto de Jesús que venga su reino: «los mismos actos de Jesús, su Vida, sus lágrimas,

su sangre, sus llagas, dentro de ellos dicen: "Venga nuestro reino a la tierra". Y yo entro en el acto de Jesús y repito junto: "Venga pronto el reino del Fiat Divino"». Jesús le responde dando a este gesto su alcance más amplio: «quien ha nacido en mi Querer siente su Vida correr en ella, y como connatural quiere para todos lo que ella posee. Y como mi Voluntad es inmensa y encierra todo y a todos, por eso quien la posee gira por todas las cosas que Ella encierra, para rogarle y vencerla para que descienda sobre la tierra a formar su reino».

Esta llamada no supone, sin embargo, ninguna agitación exterior. Un texto de 1935 lo precisa con singular claridad: al reanudar su ronda, Luisa se dice a sí misma: «Estoy en mi puesto de honor, hago mi oficio […] puedo decir que soy nada, que hago nada, pero hago todo, porque hago la Divina Voluntad». Jesús mismo confirma esta palabra: «con hacer mi Voluntad, aunque parece que no haga nada, pero no es verdad […] y puede decir: "Lo que hace Dios, hago yo"». Nada, en la espera del Reino, exige por tanto multiplicar las obras visibles; lo que queda excluido no es jamás el reposo, sino la indiferencia: el alma que recibiera la promesa del Reino sin desearlo ni llamarlo nunca.

Vivir en la espera del Fiat no significa, por tanto, esperar una fecha (XI.7) ni apartarse de la esperanza del Cielo (XI.12): significa llamar, en cada ronda retomada, a este reino todavía esperado; y esta llamada, aun silenciosa, es ya la obra de Dios desplegándose en el alma que la forma, hasta que Dios, al término de los tiempos, sea finalmente «todo en todos» (1 Cor 15,28, ya citado en III.12).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 24 de octubre de 1926 — sobre la llamada del Reino durante la ronda:

> «Estaba haciendo mi acostumbrado giro en el Querer Divino y en cada cosa ponía mi te amo y pedía que el reino del Fiat venga y sea conocido sobre la tierra, y llegando a todos los actos que hizo mi dulce Jesús en la Redención, pidiendo en cada uno de ellos que venga su reino […] los mismos actos de Jesús, su Vida, sus lágrimas, su sangre, sus llagas, dentro de ellos dicen: "Venga nuestro reino a la tierra". Y yo entro en el acto de Jesús y repito junto: "Venga pronto el reino del Fiat Divino." […]» «Hija mía, quien ha nacido en mi Querer siente su Vida correr en ella, y como connatural quiere para todos lo que ella posee. Y como mi Voluntad es inmensa y encierra todo y a todos, por eso quien la posee gira por todas las cosas que Ella encierra, para rogarle y vencerla para que descienda sobre la tierra a formar su reino…»
>
> *« Stavo facendo il mio solito giro nel Volere Divino ed in ogni cosa mettevo il mio Ti amo e chiedevo che il regno del Fiat venisse e fosse conosciuto sulla terra, sono giunta a tutti gli atti che fece il mio dolce Gesù nella Redenzione e ho chiesto in ciascun atto che venga il suo regno. […] gli stessi atti di Gesù, la sua vita, le sue lacrime, il suo sangue, le sue piaghe, dicono dentro: "venga il regno nostro sulla terra" ed io entro nell'atto di Gesù e ripeto insieme: venga subito il regno del Fiat Divino. […] » « Figlia mia, l'anima nata nel mio volere sente la sua vita scorrere in essa e, come connaturale, vuole per tutti ciò che essa possiede. E siccome la mia Volontà è immensa e racchiude tutto e tutti perciò chi la possiede gira per tutte le cose che la racchiudono per pregarla e convincerla a scendere sulla terra, a formare il suo regno… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 4 de octubre de 1935 — sobre el acto que parece no ser nada y que lo es todo:

> «Estaba haciendo mi giro en la Divina Voluntad para encontrar todos sus actos hechos en la Creación, para poner en ellos mi pequeño te amo y unirme con todas las cosas creadas, para glorificar a mi Creador y poder decir: "Estoy en mi puesto de honor, hago mi oficio, soy un acto continuo de Voluntad Divina, puedo decir que soy nada, que hago nada, pero hago todo, porque hago la Divina Voluntad"…» «Hija mía bendita, […] Mira

entonces que el todo está en hacer mi Voluntad, no salir jamás de sus recintos divinos e interminables; con hacer mi Voluntad, aunque parece que no haga nada, pero no es verdad, ya se encuentra junto con el obrar divino y puede decir: "Lo que hace Dios, hago yo". ¿Y te parece poco? Dios hace todo y el alma toma parte en todo.»

« Stavo facendo il mio giro nella Divina Volontà per rintracciare tutti i suoi atti fatti nella Creazione, per mettere il mio piccolo "ti amo" ed unirmi con tutte le cose create, per glorificare il mio Creatore e poter dire: "sono al mio posto d'onore, faccio il mio ufficio, sono un atto continuo di Volontà Divina, posso dire che sono nulla, faccio nulla, ma faccio tutto, perché faccio la Divina Volontà"… » « Figlia mia benedetta, […] Vedi dunque che il tutto sta nel fare la mia Volontà, non uscire mai dai suoi recinti Divini ed interminabili! Già col fare la mia Volontà, anche se pare che non si faccia nulla, non è vero, già ci si trova insieme coll'operato Divino e si può dire: "ciò che fa Dio, faccio io". E ti par poco? Dio fa tutto e l'anima prende parte a tutto. »

Articulación católica. San Pablo, al término de su vida, describe su perseverancia como un combate llevado hasta el final, no como una espera resignada: «He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe» (2 Tim 4,7). El Catecismo enseña igualmente que la esperanza cristiana asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres, «las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos» y «sostiene en todo desfallecimiento» (CIC 1818): lejos de debilitar la acción del cristiano en la historia de este mundo, la sostiene en la espera del Reino. El Apocalipsis, ya citado en X.14 y XI.14, lleva esta llamada hasta su grito más despojado: «El Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!" […] Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,17.20) —una oración que nunca deja de llamar a aquello que espera.

Fórmula para recordar. Esperar activamente el Fiat es llamarlo en cada acto y en cada ronda; incluso cuando el alma parece no hacer nada, unida a la Divina Voluntad participa en todo lo que Dios hace.

Pregunta 16 — ¿Hace el Reino prometido superfluos los sacramentos o los mandamientos?

Respuesta breve. No. Lo que el Don debe devolver a la humanidad es ciertamente la plenitud y la continuidad de comunión que Adán poseía antes de la Caída —el *Libro de Cielo* lo enseña sin rodeos—. Pero esta restauración no vuelve nunca más acá de Cristo y de su obra para encontrar de nuevo un Edén sin Él: se realiza a través de los sacramentos que Él instituyó, nunca al margen de ellos ni antes de ellos, y se recibe enteramente de Cristo muerto y resucitado. Lo que este mismo Libro llama «bautismo continuado», «absolución jamás interrumpida», «comunión a cada instante» no designa una fuente de gracia paralela, sino la plenitud interior e ininterrumpida que el fruto de los sacramentos puede producir en un alma que nunca deja de corresponder a él. La misma lógica vale para la ley: Adán, antes de la Caída, no conoció «ni leyes, ni ninguna otra cosa» que la Divina Voluntad misma, sentida desde dentro como su propia vida; pero desde la Caída, esta misma Voluntad nunca dispensa de los mandamientos dados al hombre como sostén: es su cumplimiento más interior, nunca su elusión.

Desarrollo. El *Libro de Cielo* enseña que antes de la Caída Adán no necesitaba ningún sacramento, porque su voluntad, al permanecer unida a la Divina Voluntad, le daba directamente todo lo que los sacramentos darían más tarde como remedios: «bautismo continuado, absolución jamás interrumpida, comunión a cada instante». El Reino prometido restaura precisamente este orden perdido por Adán (XI.2); surge entonces con

toda naturalidad una pregunta: una vez recibido plenamente este Reino, ¿haría a su vez menos necesarios los sacramentos, puesto que restauraría el estado mismo en el que no existían?

La respuesta se encuentra en la estructura misma de la historia de la salvación. El texto citado más abajo explica él mismo *por qué* Adán no necesitaba los sacramentos: porque aún no existía ninguna herida que sanar, ninguna separación que reparar. Pero desde la Caída, el Verbo se hizo carne e instituyó su Iglesia y sus sacramentos como los canales ordinarios y permanentes de su gracia (III, VIII). Volver «más acá» de la Encarnación y de la Redención para recuperar un estado que las ignorase no sería un progreso del Reino, sino su negación: Cristo quedaría entonces como un mediador vuelto inútil, cosa que no afirma una sola línea del *Libro de Cielo*. Como muestra III.13, la Humanidad de Jesús permanece para siempre como la única puerta por la que el alma entra en la Divinidad; lo mismo vale, en otro plano, para los sacramentos que Él instituyó por medio de esa Humanidad.

El mismo texto aplica este principio a la propia ley, con una claridad que exige la misma vigilancia: antes de la Caída, dice Jesús, Adán no recibió «ni leyes, ni ninguna otra cosa», porque la Divina Voluntad, al darle una vida continua, le daba ya en su misma naturaleza esa ley, sentida desde dentro como su propia vida, sin necesidad de que se la mandasen; solo después de la Caída fue dada la ley al hombre caído como sostén. Jesús añade incluso: «donde reina mi Voluntad no hay leyes, ni mandatos, las leyes son para los siervos, para los rebeldes, no para los hijos». Hay que guardarse aquí del contrasentido que un texto así podría sugerir si se tomase aisladamente: nunca se trata de dispensar hoy al alma de la observancia de los mandamientos (XII.4); el texto mismo lo muestra, puesto que aun después de haber recibido la ley el hombre no se rehízo, y Jesús tuvo que instituir los sacramentos. Lo que este texto revela es el modo más interior de la obediencia: no la ausencia de ley, sino una ley tan perfectamente recibida desde dentro que ya no se experimenta como un precepto exterior; exactamente lo que la Escritura anuncia acerca de la ley nueva escrita en los corazones (Jer 31,33), que la Duodécima parte desarrolla para toda la vida cristiana (XII.9).

Un texto de 1934 lo confirma con especial claridad, al mostrar cómo el Reino de la Voluntad y la Redención se articulan entre sí en lugar de competir. Jesús revela allí que Él y su Madre, unidos como la Cabeza de una misma familia que había que reunir, poseyeron los primeros este Reino —María desde su propia plenitud inmaculada, y después su propia Humanidad de Él en toda su plenitud— antes de que viniera la misma Redención: «Fue propiamente de adentro del reino de mi Voluntad que saqué la Redención […] y la Redención servirá como medio potente para comunicar a los miembros el reino que posee la Cabeza, el uno y el otro se dan la mano». Su propia Vida, sus penas y su muerte, añade, «servirán para disponer a las criaturas a un bien tan grande y como preparativo al gran portento del reino de mi Voluntad». Vivir en la Divina Voluntad no es, por tanto, un camino que eluda la Cruz para volver a Adán: es el fruto mismo que esa Cruz, y la Resurrección que la selló, hacen finalmente accesible a quien quiera recibirlo.

El propio texto, leído en su conjunto, confirma esta interpretación. El mismo Jesús que habla de «bautismo continuado» es quien, en otro lugar (IX.4), se queja amargamente de la falta real de sacerdotes y de hostias: «mi Vida Sacramental no sólo no queda multiplicada cuanto quisiera, sino que queda sin existencia». Un Jesús que deseara ver un día los sacramentos convertidos en superfluos no podría, en el mismo Libro, sufrir tan realmente por su falta. Por tanto, «bautismo continuado» y «comunión a cada instante» nunca describen una dispensa, sino una intensidad: la plenitud que alcanza, sin interrupción alguna, la gracia ya recibida por los sacramentos reales, en un alma que nunca deja de corresponder a ella mediante sus actos. Lo que la Séptima parte ya estableció sobre la hostia viviente (VII.6; IX.5) vale

también aquí: los actos hechos en la Divina Voluntad no crean ninguna gracia paralela a los sacramentos, sino que llevan a su más plena madurez la que ya han recibido de ellos.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 30 de mayo de 1932:

«Y luego, los Sacramentos se reciben a tiempo, lugar y circunstancia: El bautismo se da una sola vez y no más […] En cambio mi Divina Voluntad poseyendo el acto primero de vida y de poder dar vida, con su imperio tiene el acto continuo sobre la criatura, a cada instante se da como vida […] especialmente porque debe dar vida y la vida se forma con actos continuos, no a intervalos. Y por eso en el ímpetu de su amor, con su imperio continuo, se puede decir que es bautismo continuado, absolución jamás interrumpida, y comunión a cada instante. […] por eso no era necesario instituir los Sacramentos cuando fue creado el hombre, porque en mi Voluntad poseía el principio y la vida de todos los bienes […] pero cuando el hombre rechazó nuestra Voluntad, retirándose Ella el hombre quedó sin Vida Divina, por lo tanto sin la virtud alimentadora, sin el acto continuo de recibir nueva y creciente vida, y si no moría del todo, eran los efectos que de acuerdo a sus disposiciones, circunstancias y tiempos, le daba mi Divina Voluntad. Ahora viendo nuestra paterna bondad que el hombre iba siempre precipitándose más, para darle un sostén, una ayuda, le dio la ley como norma de su vida, porque en la Creación no le dio ni leyes, ni ninguna otra cosa, sino mi Voluntad Divina, la cual con dar vida continua le daba en naturaleza nuestra ley divina, de modo que debía sentirla en sí mismo como vida propia, sin tener necesidad que Nosotros le dijéramos, ni mandáramos. Mucho más que donde reina mi Voluntad no hay leyes, ni mandatos, las leyes son para los siervos, para los rebeldes, no para los hijos; entre Nosotros y aquellos que viven en nuestro Querer, todo se resuelve en amor. Pero con toda la ley el hombre no se rehizo, y como nuestro ideal de la Creación había sido el hombre, y sólo por él todo fue hecho, por eso quise venir a la tierra en medio a ellos, y para darles apoyos más válidos, medicinas más saludables, medios más seguros, ayudas más potentes, instituí los santos Sacramentos…»

« E poi, i sacramenti si ricevono a tempo, a luoghi ed a circostanze: Il battesimo si dà una sola volta e non più […] Invece la mia Divina Volontà, possedendo l'atto primario di vita e di poter dar vita, col suo impero ha l'atto continuo sulla creatura, in ogni istante si dà come vita […] specie perché deve dar vita e la vita si forma con atti continui, non ad intervalli. E perciò nella foga del suo amore, col suo impero continuo, si può dire che è battesimo continuato, assoluzione mai interrotta e comunione di ogni istante. […] perciò non fu necessario istituire i sacramenti quando fu creato l'uomo, perché nella mia Volontà possedeva il principio e la vita di tutti i beni […] ma quando l'uomo respinse questa nostra Volontà, che si ritirò da lui, restò senza vita divina, quindi senza la virtù alimentatrice, senza l'atto continuo di ricevere nuova e crescente vita e se non morì del tutto, fu grazie agli effetti che a seconda le sue disposizioni, circostanze e tempi gli dava la mia Divina Volontà. Ora la nostra paterna bontà vedendo che l'uomo andava sempre più precipitando, per dargli un sostegno, un aiuto, gli diede la legge come norma della sua vita, nella Creazione invece non gli diede né legge, né altro, se non che la mia Volontà Divina, la quale dandogli vita continua, gli dava in natura la nostra legge divina, in modo che la sentisse in se stesso, come vita propria, senza aver bisogno che Noi gli dicessimo e comandassimo. Molto più che dove regna la mia Volontà non ci sono leggi, né comandi, le leggi sono per i servi, per i ribelli, non per i figli; tra Noi e quelli che vivono nel nostro Volere si risolve tutto in amore. Ma nonostante la legge, l'uomo non si rifece e siccome il nostro ideale della Creazione era stato l'uomo infatti solo per lui tutto fu fatto, perciò volli venire sulla terra in mezzo a loro e per dare appoggi più validi, medicine più salutari, mezzi più sicuri, aiuti più potenti, istituii i santi sacramenti… » Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 6 de mayo de 1934 —sobre el vínculo entre el

Reino de la Voluntad y la Redención—:

«…Por eso mi Redención, mi Vida, mis penas, mi muerte servirán para disponer a las criaturas a un bien tan grande y como preparativo al gran portento del reino de mi Voluntad en las generaciones humanas; y si aún no se ven los frutos, la vida de este reino, eso no dice nada, porque en mi Humanidad está el germen, la Vida de mi Fiat…» «…Puedo decir que primero comenzó el reino de la Voluntad Divina en mi Madre Celestial, después en mi misma Humanidad, la cual poseía toda la plenitud de la Voluntad Suprema, y después vino la Redención; y como Yo y la Reina del Cielo, en virtud de este reino que poseíamos en su pleno vigor, representábamos a toda la familia humana, como cabezas para reunir todos los miembros esparcidos, por eso pudo venir la Redención. Fue propiamente del reino de mi Voluntad que salió la Redención; si Yo y mi Madre no lo hubiéramos poseído, habría sido un sueño y habría quedado en nuestra mente divina. Ahora, siendo Yo la Cabeza, el Rey, el Salvador y el verdadero sacrificador del género humano, lo que hay en la Cabeza es justo que lo tengan los miembros; lo que posee la Madre, los hijos tienen derecho a heredarlo: he aquí la Redención. La Cabeza quiere sanar los miembros y vincularlos por vía de penas y de muerte para hacerles disfrutar las virtudes de la Cabeza. La Madre quiere reunir a los hijos, hacerse conocer, para constituirlos herederos de lo que Ella posee: he aquí la necesidad del tiempo. De este modo, del reino de mi Voluntad salió la Redención como acto primero, y la Redención servirá como medio potente para comunicar a los miembros el reino que posee la Cabeza: el uno y el otro se darán la mano…»

« …Quindi la mia Redenzione, la mia vita, le mie pene, la mia morte, serviranno a disporre le creature ad un tanto bene e come preparativo al grande portento del regno della mia Volontà nelle umane generazioni e se ancora non si vedono i frutti, la vita di Esso, ciò dice nulla, perché nella mia Umanità c'è il germe, la vita del mio Fiat… » « …Posso dire che prima incominciò il regno della Volontà Divina nella mia Madre Celeste, poi nella mia stessa Umanità, che possedeva tutta la pienezza della Volontà Suprema e poi venne la Redenzione e siccome Io e la Regina del Cielo, in virtù di questo regno che possedevamo nel suo pieno vigore, rappresentavamo tutta l'umana famiglia, eravamo come capi per riunire tutte le membra sparse, perciò potette venire la Redenzione. Fu proprio dal regno della mia Volontà che uscì la Redenzione, se Io e mia Madre non l'avessimo posseduto, sarebbe stato un sogno e sarebbe restato nella nostra mente Divina. Ora essendo Io il Capo, il Re, il Salvatore ed il vero sacrificatore del genere umano, ciò che c'è nel Capo, è giusto che abbiano le membra, ciò che possiede la Madre, hanno diritto di ereditare i figli, ecco perciò la Redenzione; il Capo vuol sanare le membra e vincolarle a via di pene e di morte per far fruire ad esse le virtù del Capo. La Madre vuol riunire i figli, farsi conoscere, per costituirli eredi di ciò che essa possiede, ecco la necessità del tempo, in modo che dal regno della mia Volontà uscì la Redenzione, come atto primo e la Redenzione servirà come mezzo potente per comunicare alle membra il regno che possiede il Capo, l'uno e l'altro si daranno la mano… » **Articulación católica.** El Catecismo enseña que «la Iglesia afirma que para los creyentes los sacramentos de la Nueva Alianza son necesarios para la salvación» (CIC 1129), y que «el Señor mismo afirma que el Bautismo es necesario para la salvación» (CIC 1257): una necesidad que nada, en la historia de la salvación aún por venir, está facultado para suspender, puesto que Cristo mismo los instituyó como vía ordinaria y permanente de su gracia hasta su retorno. Este mismo párrafo precisa justamente: «Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo, sin embargo, Él no queda sometido a sus sacramentos» (CIC 1257): flexibilidad que vale para los casos en que el sacramento no puede recibirse materialmente —deseo, martirio—, no para una economía futura que lo hiciera superfluo. Esta misma

exigencia coincide con lo ya establecido en XI.6-7: ninguna esperanza legítima del Reino promete una historia en la que la Iglesia, sus sacramentos y su mediación se vuelvan inútiles.

La misma prudencia se impone respecto de la ley. El Catecismo reconoce él mismo la diferencia entre la ley como precepto exterior y la ley como vida interior: «La Ley nueva es la gracia del Espíritu Santo dada a los fieles mediante la fe en Cristo» (CIC 1966), y es llamada ley de amor porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor (CIC 1972). San Pablo lo enseña en términos muy cercanos a los que el *Libro de Cielo* aplica aquí a Adán: «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8,2), y «si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Gál 5,18): una libertad propia de los hijos, nunca una dispensa de la santidad, que esa misma libertad vuelve, por el contrario, más exigente: «toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gál 5,14).

Fórmula para recordar. El Reino nunca vuelve más acá de la Cruz para recuperar un Edén sin Cristo: es el fruto madurado de su muerte y de su resurrección, nunca su elusión.

Pregunta 17 — ¿Cómo anuncia ya el Antiguo Testamento este Reino?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que las figuras más grandes del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que prefiguraban al Mesías futuro, simbolizaban ya a los mismos hijos de su Reino: Adán fue su verdadera imagen, Abraham el símbolo de sus privilegios, José el de su dominio, Moisés el de su poder y David el de su reinado. Después de todas estas figuras vino María, que ya no era símbolo, sino realidad; después vino la propia Vida de Jesús, en la que quedó establecido este Reino. Así, toda la Escritura converge, incluso antes de quedar cerrada, hacia una única finalidad: formar el Reino de la Divina Voluntad en medio de las criaturas.

Desarrollo. Este texto no relee únicamente el Antiguo Testamento como anuncio de Cristo —lo que toda la Tradición ya recibe—, sino que añade un segundo nivel de prefiguración, orientado hacia quienes vivirían un día en el Fiat. Cada gran figura lleva así un doble sentido: Adán, en su estado original, fue «la verdadera y perfecta imagen» de lo que serían los hijos del Reino —tema ya desarrollado en I.6 y I.10—. Abraham, llamado hacia una tierra prometida «que manaba leche y miel», prefigura los privilegios concedidos a los hijos de la Voluntad; Jacob, padre de las doce tribus de las que nacería el Redentor, prefigura su filiación. José, que salvó del hambre a pueblos enteros, incluso a sus hermanos ingratos, prefigura cómo los hijos del Fiat Divino impedirán que perezcan quienes les pidan «el pan de [la] Voluntad [de Dios]» —eco directo del pan de la Voluntad ya encontrado en XI.14—. Moisés simboliza el poder, Sansón la fuerza, David el reinado; finalmente, todos los profetas simbolizan la gracia y la intimidad con Dios que los hijos del Fiat poseerían más que ellos.

Esta larga cadena de figuras se detiene de pronto en María: sólo Ella, dice Jesús, «no era símbolo ni figura, sino la realidad, la verdadera Vida» —la primera criatura que poseyó íntegramente la Vida de la Voluntad Suprema, y por eso mereció concebir al Verbo—. Después vino la propia Vida de Jesús, en la que quedó establecido el Reino mismo que aquellas figuras anunciaban. Este movimiento —de las sombras bíblicas a la Virgen, y después a Cristo— dibuja así toda la economía de la salvación como una única y larga preparación para este Reino, sin que ninguna de aquellas figuras tuviera jamás valor por sí misma: cada una era, dice Jesús, solamente un símbolo «de lo que habría hecho con los hijos de mi Voluntad».

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 21, 8 de abril de 1927:

«Hija mía, las más grandes figuras del antiguo testamento, mientras eran figuras y figuraban al futuro Mesías, encerraban al mismo tiempo los dones, la figura, y simbolizaban todos los dones que habrían poseído los hijos del Fiat Supremo. Adán fue la verdadera y perfecta imagen, cuando fue creado, de los hijos de mi Reino. Abraham fue símbolo de los privilegios y del heroísmo de los hijos de mi Querer y así como llamé a Abraham a una tierra prometida que manaba leche y miel, haciéndolo dueño de aquella tierra, tierra tan fecunda que era envidiable y ambicionada por todas las otras naciones, era todo símbolo de lo que habría hecho con los hijos de mi Voluntad. Jacob fue otro símbolo de ellos, porque descendiendo de él las doce tribus de Israel, debía nacer en medio de ellos el futuro Redentor que debía reanudar de nuevo el Reino del Fiat Divino a mis hijos. José fue símbolo del dominio que habrían tenido los hijos de mi Voluntad, y así como él no dejó morir de hambre a tantos pueblos y aun a sus ingratos hermanos, así los hijos del Fiat Divino tendrán el dominio y serán causa de no dejar perecer a los pueblos que pedirán de ellos el pan de mi Voluntad. Moisés fue figura de la potencia, Sansón símbolo de la fuerza de los hijos de mi Querer. David simbolizaba el reinar de ellos. Todos los profetas simbolizaban la gracia, las comunicaciones, las intimidades con Dios, que más que ellos habrían poseído los hijos del Fiat Divino. Mira, todos estos no eran más que símbolos, figuras de ellos, ¿qué será cuando sean puestas fuera la vida de estos símbolos? Después de todos aquellos vino la Celestial Señora, la Soberana Emperatriz, la Inmaculada, la sin mancha, mi Madre, Ella no era símbolo ni figura, sino la realidad, la verdadera Vida, la primera hija privilegiada de mi Voluntad […] Después vino mi misma Vida, en la cual venía establecido el Reino que debían poseer estos hijos afortunados. Por todo esto puedes comprender que […] su finalidad principal es de formar el Reino de su Voluntad en medio de las criaturas».

« Figlia mia, le più grandi figure dell'antico testamento, mentre erano figure ed adombravano il futuro Messia, racchiudevano insieme i doni, la figura e simboleggiavano tutti i doni che avrebbero posseduto i figli del Fiat Supremo. Adamo fu la vera e perfetta immagine quando fu creato, dei figli del mio regno; Abramo fu simbolo dei privilegi e dell'eroismo dei figli del mio Volere. Chiamai Abramo ad una terra promessa in cui scorreva latte e miele, facendolo padrone di quella terra tanto feconda ch'era invidiabile ed ambita da tutte le altre nazioni, tutto era simbolo di ciò che avrei fatto coi figli della mia Volontà. Giacobbe fu un altro simbolo di essi, discendendo da lui le dodici tribù di Israele, sarebbe nato da loro il futuro Redentore che avrebbe rannodato di nuovo il regno del Fiat Divino ai figli miei. Giuseppe fu simbolo del dominio che avrebbero tenuto i figli della mia Volontà e come questo non fece perire di fame tanti popoli ed anche i suoi ingrati fratelli, così i figli del Fiat Divino avranno il dominio e saranno causa di non far perire i popoli che chiederanno loro il pane della mia Volontà. Mosé era figura della potenza. Sansone simbolo della fortezza dei figli del mio Volere. Davide simboleggiava il regnare di essi. Tutti i profeti simboleggiavano la grazia, le comunicazioni, le intimità con Dio, che più di loro avrebbero posseduto i figli del Fiat Divino. Vedi, tutti questi non erano che simboli, figure di essi; che sarà quando verranno fuori le vite di questi simboli? Dopo tutti questi venne la Celeste Signora, la Sovrana Imperatrice, l'Immacolata, la senza macchia, la Madre mia, Essa non era simbolo né figura, ma la realtà, la vera vita, la prima figlia privilegiata della mia Volontà […] Poi venne la mia stessa Vita, in cui veniva stabilito il regno che dovevano possedere questi figli fortunati. Da tutto ciò puoi comprendere che […] il suo scopo principale è di formare il regno della sua Volontà in mezzo alle creature. »

Articulación católica. La Iglesia ha leído siempre el Antiguo Testamento como

prefiguración de Cristo: el Catecismo enseña que, ya desde los tiempos apostólicos, la Iglesia discernió en las obras de Dios de la Antigua Alianza «prefiguraciones de lo que Dios realizó en la plenitud de los tiempos en la persona de su Hijo encarnado» (CIC 128-130), sin ver nunca en ello una segunda revelación distinta. Por tanto, lo que este texto añade no rebasa este principio recibido: san Pablo enseña que cuanto aconteció a las figuras del Antiguo Testamento «les sucedía alegóricamente y fue escrito para escarmiento nuestro» (1 Cor 10,11), fórmula que autoriza precisamente este segundo nivel de lectura, orientado hacia la Iglesia misma y no solamente hacia el Mesías. Ver en estas figuras un anuncio de los hijos del Reino no añade, pues, nada a lo que Pablo ya enseña: simplemente lo aplica, como siempre lo ha hecho la tradición tipológica de la Iglesia, a la forma más radical de vida cristiana que el *Libro de Cielo* llama vivir en la Divina Voluntad.

Fórmula para recordar. Cada gran figura del Antiguo Testamento no era más que una sombra proyectada hacia adelante: lo que anunciaba no era solamente al Mesías, sino también a quienes vivirían un día en su Voluntad.

Duodécima parte — La Divina Voluntad y la vida cristiana integral

---

Pregunta 1 — ¿De dónde proceden las tres potencias del alma, y cómo se despliegan en los tres Fiat?

Respuesta breve. Dios creó al hombre con tres potencias —inteligencia, memoria y voluntad— para que pudiera conservar los vínculos de comunicación con las tres Personas de la Trinidad. Jesús revela a Luisa dos dimensiones distintas. En su mismo origen, cada potencia procede del concurso propio de una de las tres Personas: en la voluntad resplandece el Padre, como primer acto; la inteligencia procede del Hijo, como segundo acto; la memoria procede del Espíritu Santo, como tercer acto. En su despliegue a lo largo de la historia, estas mismas potencias son comprometidas, cada una, por un Fiat distinto: la inteligencia por el Fiat de la Creación, que la arrebata ante Dios escondido en las cosas creadas; la memoria por el Fiat de la Redención, que el amor sufriente del Esposo mantiene «como encadenada»; la voluntad, finalmente, por el Fiat de la Santificación, en el que Dios mismo pone su propia Voluntad como apoyo de la voluntad humana.

Desarrollo. Es preciso establecer este doble fundamento antes de abordar la vida moral misma: antropológico, en primer lugar, puesto que todo cuanto seguirá —mandamientos, virtudes, conciencia— se dirige a estas mismas tres potencias; trinitario, después, puesto que su origen y su finalidad solo se comprenden con referencia a la Trinidad cuya imagen son.

Jesús revela a Luisa que estas tres potencias fueron dadas al hombre «para que pudiera conservar los vínculos de comunicación con las Personas Divinas de la Santísima Trinidad» —texto ya citado en la Introducción (P.3). Un texto anterior de algunos años precisa su mismo origen, potencia por potencia: en la agonía de Getsemaní, contemplando anticipadamente el dolor que el pecado infligiría a estos tres dones, Jesús revela a Luisa que cada una procede del concurso propio de una de las tres Personas. En la voluntad, como primer acto, resplandece el Padre, que la inviste de su propia santidad y de su propia potencia, dejando abiertas todas las corrientes entre Él y ella; la inteligencia, como segundo acto, procede del Hijo, que le comunica su sabiduría y la ciencia de todas las cosas; la memoria, como tercer acto, procede del Espíritu Santo, que quería coronarla con un amor que nunca dejase de recordar sus beneficios.

Otro texto, recibido el año anterior, ya no habla del origen de las potencias, sino de su despliegue en la historia: al Fiat de la Creación responde la inteligencia, arrebatada ante todo cuanto comprende de Dios oculto en las cosas creadas; al Fiat de la Redención responde la memoria, que Jesús dice permanecer «como encadenada» por los excesos de su amor, Él que quiso sufrir tanto para ayudar y salvar al hombre en el estado de la culpa; al Fiat de la Santificación, finalmente, responde la voluntad misma, que Dios viene a «sostener» con su propia Voluntad, de modo que la voluntad humana queda no solo arrebatada y encadenada, sino sostenida por una Voluntad Eterna de la que, dice Jesús, casi ya no podrá escapar.

Estos dos textos responden a dos preguntas distintas más que a una sola: uno dice de qué Persona procede, en el origen, cada una de las tres potencias; el otro dice cómo estas mismas potencias quedan comprometidas por cada uno de los tres grandes actos de Dios en

la historia de la salvación. Estos dos registros han de recibirse, pues, uno y otro tal como son, sin fundirse en un esquema único que Luisa misma no presenta en ninguna parte como tal.

El obstáculo y la restauración de este destino común a los dos registros se encuentran en una imagen que Jesús ofrece en otro lugar de estas mismas potencias bajo la figura de tres soles velados por nubes (I.5): lo que estas nubes designan no es otra cosa que la voluntad humana misma —el mismo obstáculo llamado ya la «piedrecilla» que bloquea el agua de la Divina Voluntad (VI.5). Mientras subsiste, la inteligencia, la memoria y la voluntad continúan recibiendo su comunicación con la Trinidad, pero debilitada, como una tierra privada de pleno sol; quitarla es dejar que estas tres potencias sean por fin «dirigidas, animadas» y vivificadas por la Voluntad misma para la cual fueron formadas. Vivir en la Divina Voluntad no añade, por tanto, nada a estas tres potencias: se limita a quitar lo que, en el hombre, les impedía recibir toda la luz para la cual fueron creadas.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 8 de abril de 1922:

> «Hija mía, mi dolor fue grande e incomprensible a la mente creada, especialmente cuando vi la inteligencia humana deformada, mi bella imagen que hice reproducir en ella, no más bella, sino fea, horrible. Yo doté al hombre de voluntad, inteligencia y memoria; en la primera refulgía mi Padre Celestial, el cual como acto primero comunicaba su potencia, su santidad, su altura, por lo cual elevaba a la voluntad humana invistiéndola de su misma santidad, potencia y nobleza, dejando todas las corrientes abiertas entre Él y la voluntad humana […] Después, como acto segundo concurrí Yo, Hijo de Dios, dotando al hombre de inteligencia, comunicándole mi sabiduría, la ciencia de todas las cosas […] Y después, como acto tercero concurrió el Espíritu Santo, dotándolo de memoria, a fin de que recordándose de tantos beneficios, pudiera estar en continuas corrientes de amor […] Mi dolor fue indescriptible al ver la deformidad de las tres potencias del hombre, habíamos formado nuestra morada en él, y él nos había arrojado fuera».
>
> *« Figlia mia, il mio dolore fu grande ed incomprensibile a mente creata, specie quando vidi l'intelligenza umana deformata, la mia bella immagine che feci riprodurre in lei, non più bella, ma brutta, orrida. Io la dotai di volontà, intelletto e memoria. Nella prima rifulgeva il mio Celeste Padre, che, come atto primo, comunicava la sua potenza, la sua santità, la sua altezza, per cui elevava la volontà umana investendola della sua stessa santità, potenza e nobiltà, lasciando tutte le correnti aperte tra Lui e la volontà umana […] Ora, come atto secondo vi concorsi Io, Figlio di Dio, dotandola d'intelletto, comunicandole la mia sapienza, la scienza di tutte le cose […] E poi, come atto terzo vi concorse lo Spirito Santo, dotandola di memoria, affinché ricordandosi di tanti benefici, potesse stare in continue correnti d'amore […] Il mio dolore fu indescrivibile nel vedere la deformità delle tre potenze dell'uomo, avevamo formato la nostra reggia in lui e lui ci aveva cacciati fuori. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 22 de febrero de 1921:

> «Hija mía, estos tres Fiat son el Creante, el Redimiente y el Santificante. Al crear al hombre lo doté con tres potencias, inteligencia, memoria y voluntad. Con tres Fiat cumpliré la obra de santificación en el hombre. Ante el Fiat Creante la inteligencia del hombre queda como raptada, y cuántas cosas comprende de Mí, y de cómo lo amo, estando Yo oculto en todas las cosas creadas para hacerme conocer y darle amor para hacerme amar. En el Fiat de la Redención la memoria queda como encadenada por los excesos de mi amor al sufrir tanto para ayudar y salvar al hombre en el estado de la culpa. En el tercer Fiat mi amor quiere desahogar de más, quiero asaltar la voluntad

humana, quiero poner como sostén de su voluntad mi misma Voluntad, de manera que la voluntad humana quedará no sólo raptada, encadenada, sino sostenida por una Voluntad Eterna, la cual haciéndose apoyo a todo, el hombre casi no le podrá escapar».

« Figlia mia, questi tre Fiat sono il Creante, il Redimente ed il Santificante. Nel creare l'uomo lo dotai di tre potenze: intelletto, memoria e volontà. Con tre Fiat compirò l'opera di santificazione sull'uomo. Al Fiat Creante, l'intelletto dell'uomo resta come rapito e quante cose comprende di Me e come Io lo amo, essendo Io nascosto in tutte le cose create per farmi conoscere e dargli amore per farmi amare. Nel Fiat della Redenzione, la memoria resta come incatenata dagli eccessi del mio amore perché volli patire tanto per aiutare e salvare l'uomo nello stato della colpa. Nel terzo Fiat, il mio amore vuole sfoggiare di più, voglio assalire la volontà umana, voglio mettere a sostegno della sua volontà la mia stessa Volontà, in modo che la volontà umana resti non solo rapita, incatenata, ma sostenuta da una Volontà Eterna, che facendosi poggio a tutto, l'uomo quasi non potrà sfuggire. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que el hombre, único entre todas las criaturas visibles, es «capaz de conocer y amar a su Creador» (CIC 356) —capacidad que se apoya precisamente en la inteligencia y la voluntad, las cuales son en él imagen del Dios tres veces santo. San Agustín, en su tratado sobre la Trinidad, meditó largamente esta misma tríada —memoria, inteligencia y voluntad— como el vestigio trinitario más íntimo del alma humana, sin que Luisa dependa directamente de él: es el texto de su propia experiencia mística el que, independientemente, se encuentra con esta gran tradición. Que toda la Trinidad presida el origen de estas tres potencias, a la vez que cada Persona se apropia una de ellas en su despliegue histórico, no implica contradicción alguna: el Catecismo enseña que las Tres Personas tienen «una sola y misma operación», aunque cada una realiza la obra común «según su propiedad personal» (CIC 258) —esta misma doctrina de la apropiación permite ya, en XI.4, atribuir el tercer Fiat al Espíritu Santo sin dividir la acción divina.

Fórmula para recordar. Dios dotó al hombre de voluntad, inteligencia y memoria: el Padre comunica su potencia a la voluntad, el Hijo su sabiduría a la inteligencia y el Espíritu Santo su amor a la memoria. Los tres Fiat dan a conocer a Dios por la Creación, vinculan la memoria a los excesos de amor de la Redención y sostienen la voluntad humana mediante la Voluntad eterna.

Pregunta 2 — ¿Cómo desordenó el pecado estas tres potencias, y cómo las redimió la Pasión de Jesús?

Respuesta breve. El pecado introdujo un desorden profundo en las tres potencias del alma, quebrando los vínculos de comunicación que debían conservar con la Trinidad —pues no hay culpa, dice Jesús, en la que estas tres potencias no concurran juntas. Jesús las redimió una por una: por los tres clavos de su Cruz, dice Él mismo, «clavó» la inteligencia, la memoria y la voluntad de las almas que desean amarlo, para hacerlas quedar de nuevo enteramente atraídas hacia Él.

Desarrollo. Antes de la Caída, estas tres potencias eran, revela Jesús a Luisa en 1926, «caminos para subir a Dios», «puertas para entrar» y «habitaciones para formar la continua morada», en la que la criatura permanecía en Dios y Dios en la criatura. El pecado cerró estas puertas y bloqueó estos caminos: «¡cuánto desorden reina en las tres potencias del alma humana! Se puede decir que nos han cerrado las puertas en la cara, que han puesto barricadas en los caminos para impedirnos el paso y romper con Nosotros las comunicaciones, mientras que estas tres potencias fueron el don más grande que le hicimos

al crearla». El Querer Divino, precisa Jesús, no puede reinar en el alma mientras estas tres potencias no se den la mano entre ellas para regresar a la finalidad para la cual Dios las creó.

Este desorden no perdona a ninguna de las tres: no hay culpa, revela Jesús en un texto de 1904, en la que la inteligencia, la memoria y la voluntad no concurran juntas, y así la criatura «mancha» y «estropea la bella imagen divina que contiene en sí misma», sirviéndose del don para ofender al Donador. Por eso sus propios sufrimientos, en la Pasión, fueron tantas veces triples —tres horas de agonía en el huerto, triple flagelación, tres caídas bajo la cruz, tres clavos—, no por casualidad, sino porque quiso hacer concurrir también en ellos «toda [su] inteligencia, memoria y voluntad», para rehacer en la criatura esta imagen desfigurada.

Un texto todavía más antiguo, recibido en la Navidad de 1900, revela el remedio ya preparado bajo su forma más concentrada: Jesús dice haber sido concebido, haber nacido y haber muerto en el dolor, y haber «clavado», mediante los tres clavos con los que fue crucificado, las tres potencias —inteligencia, memoria y voluntad— de las almas que desean amarlo, para atraerlas enteramente hacia Él, a ellas que la culpa había dejado enfermas y dispersas lejos de su Creador.

Cita de Luisa. *Título editorial de la entrada:* «El Querer Divino no puede reinar si las tres potencias del alma no están ordenadas con Dios». Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 12 de agosto de 1926:

> «Hija mía, el hombre fue creado por Dios con tres potencias: Memoria, inteligencia y voluntad, y esto para que pudiese tener los vínculos de comunicación con las Divinas Personas de la Trinidad Sacrosanta; éstas eran como caminos para subir a Dios, como puertas para entrar, como habitaciones para formar la continua morada, la criatura a Dios y Dios a la criatura. […] ¡Ah hija mía, cuánto desorden reina en las tres potencias del alma humana! Se puede decir que nos han cerrado las puertas en la cara, que han puesto barricadas en los caminos para impedirnos el paso y romper con Nosotros las comunicaciones, mientras que estas tres potencias fueron el don más grande que le hicimos al crearla. Estas tres potencias debían servir para comprender a Aquél que lo había creado, para hacer crecer su semejanza, y transfundida su voluntad en la de su Creador darle el derecho de hacerla reinar. He aquí el por qué el Supremo Querer no puede reinar en el alma si estas tres potencias, inteligencia, memoria y voluntad, no se dan la mano entre ellas para regresar a la finalidad por la cual Dios las ha creado.»
>
> *« Figlia mia, l'uomo fu creato da Dio con tre potenze: memoria, intelletto e volontà e questo perché potesse tenere i vincoli di comunicazione con le Divine Persone della Trinità Sacrosanta; queste erano come vie per salire a Dio, come porte per entrare, come stanze per formare il continuo soggiorno, la creatura a Dio, Dio alla creatura […] Ah figlia mia, quanto disordine regna nelle tre potenze dell'anima umana! Si può dire che ci hanno serrato le porte in faccia, hanno barricato le vie per impedirci il passo e spezzare con Noi le comunicazioni, mentre fu il dono più grande che le facemmo nel crearla. Queste tre potenze dovevano servire per comprendere Colui che l'aveva creato, per crescere a sua somiglianza e, trasfusa la sua volontà in quella del suo Creatore, darle il diritto di farla regnare. Ecco perciò il Supremo Volere non può regnare nell'anima se queste tre potenze: intelletto, memoria e volontà, non si danno la mano tra loro per ritornare allo scopo per cui Iddio le ha create. »* Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 6, 26 de septiembre de 1904:
>
> «Hija mía, no sólo la coronación de espinas fue triple, sino casi todas las penas que sufrí en mi Pasión fueron triples. Triples fueron las tres horas de la agonía del huerto; triple

fue la flagelación, flagelándome con tres diferentes flagelos; tres veces me desnudaron; por tres veces fui condenado a muerte: de noche, de madrugada, y en pleno día; tres fueron las caídas bajo la cruz; tres los clavos; […] Esto no fue por casualidad, sino que todo fue por el orden divino, y para completar la gloria debida al Padre, la reparación que se le debía por parte de las criaturas, y merecer el bien para las mismas criaturas, porque el don más grande que la criatura ha recibido de Dios, ha sido el crearla a su imagen y semejanza, y dotarla con tres potencias, inteligencia, memoria y voluntad, y no hay culpa que cometa la criatura en que estas tres potencias no concurran, y por eso mancha, estropea la bella imagen divina que contiene en sí misma, sirviéndose del don para ofender al donador; y Yo para rehacer de nuevo esta imagen divina en la criatura, y para dar toda aquella gloria que la criatura le debía a Dios, he concurrido con toda mi inteligencia, memoria y voluntad, y en modo especial en estas cosas triples sufridas por Mí, para volver completa tanto la gloria que se debía al Padre, como el bien que era necesario a las criaturas.»

« Figlia mia, non solo la coronazione di spine fu triplice, ma quasi tutte le pene che soffrii nella mia Passione furono triplici. Triplici furono le tre ore dell'agonia nell'orto; triplice fu la flagellazione, fui flagellato infatti con tre specie di diversi flagelli; per tre volte mi spogliarono; per ben tre volte fui condannato a morte: di notte, di mattino presto e di pieno giorno; triplici furono le cadute sotto la croce; triplici i chiodi […] E questo non fu per caso, ma tutto fu per disposizione divina e per rendere completa la gloria dovuta al Padre, la riparazione che gli si doveva dalle creature ed il bene da meritare alle stesse creature, perché il dono più grande che la creatura ha ricevuto da Dio è stato l'essere creata a sua immagine e somiglianza e l'essere dotata con tre potenze, intelletto, memoria e volontà e non c'è colpa che la creatura commette, che queste tre potenze non vi concorrano e in questo modo la creatura macchia, deturpa la bella immagine divina che contiene in se stessa, servendosi del dono per offendere il donatore; Io per rifare questa immagine divina nella creatura e per dare tutta quella gloria che la creatura doveva a Dio, vi ho concorso con tutto il mio intelletto, memoria e volontà, ed in modo speciale in questi triplici modi da Me sofferti, per rendere completa, tanto la gloria che gli si doveva al Padre, quanto il bene che era necessario alle creature. » Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 25 de diciembre de 1900:

«Amada mía, Yo fui concebido unido al dolor, nací al dolor y morí en el dolor, y con los tres clavos con que me crucificaron clavé las tres potencias: inteligencia, memoria y voluntad de aquellas almas que desean amarme, haciéndolas quedar todas atraídas a Mí, porque la culpa las había vuelto enfermas, dispersas de su Creador y sin ningún freno».

« Diletta mia, Io fui concepito unito al dolore, nacqui al dolore e morii nel dolore e coi tre chiodi che mi crocifissero, inchiodai le tre potenze: Intelletto, memoria e volontà, di quelle anime che bramano amarmi, facendole restare attirate tutte a Me, perché la colpa le aveva rese inferme e disperse dal loro Creatore, senza alcun freno. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que el pecado original dejó la naturaleza humana «herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado» —herida que solo la gracia de Cristo puede sanar (CIC 405, 407). San Pablo describe este mismo combate interior: «no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo» (Rom 7,19), antes de proclamar la liberación obtenida por Cristo: «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom 7,24-25) —liberación que el texto de Luisa denomina, a su manera, el clavamiento reparador de las tres potencias heridas. El Catecismo da a esta imagen su formulación más densa: «En Cristo, redentor y salvador, la

imagen divina alterada en el hombre por el primer pecado ha sido restaurada en su belleza original y ennoblecida con la gracia de Dios» (CIC 1701) —restauración que el *Libro de Cielo* describe aquí hasta en su detalle más concreto, potencia por potencia.

Fórmula para recordar. Lo que el pecado desordenó potencia por potencia, la Cruz lo redimió clavo por clavo.

Pregunta 3 — ¿Qué es el libre albedrío, y por qué Dios no lo destruye jamás?

Respuesta breve. Jesús revela a Luisa que su Humanidad, viendo presentes todos los pecados, todos los castigos y todas las almas perdidas, habría querido aferrarlo todo en un solo instante para destruir el mal y salvar las almas —y que, para ello, habría podido destruir el libre albedrío de las criaturas. Nunca lo hizo: sin él, el hombre no habría tenido voluntad propia al obrar el bien y jamás habría podido ser objeto digno de la Sabiduría creadora de Dios —habría sido un hijo extraño en casa ajena, más que un heredero.

Desarrollo. La Duodécima parte acaba de presentar las tres potencias del alma, entre ellas la voluntad (XII.1-2); ahora es preciso nombrar lo que hace que esta voluntad sea propiamente humana y digna de amor: su libertad. Jesús nunca presenta el libre albedrío como una simple capacidad neutra de elegir: hace de él la condición misma de la dignidad filial del hombre. Ante el espectáculo de todos los pecados y de todas las penas que acarrean, su Humanidad habría querido, dice, aferrarlo todo en un solo instante, sufrir cada día una Pasión entera en vez de una sola, para ahorrar a las criaturas estos cúmulos de males. Para ello habría podido destruir su libre albedrío —y, con él, esos mismos males. Pero plantea entonces la pregunta que lo cambia todo: ¿qué habría sido del hombre sin méritos propios, sin una voluntad suya al obrar el bien? La palabra no expresa nada autónomo: el mérito del que habla aquí Jesús sigue siendo, como todo mérito, un don —pero un don que Dios elige hacer realmente propio de la criatura por el solo hecho de consentir en dejarla libre de recibirlo o rechazarlo. Nunca, dice Jesús, habría podido ser objeto digno de su Sabiduría creadora: habría sido un hijo extraño en casa ajena, que, por no haber trabajado con los demás hijos, no tiene derecho ni herencia y come y bebe siempre cubierto de vergüenza, sabiendo que no ha realizado ningún acto para atestiguar su amor hacia aquel padre.

Este mismo respeto gobierna el modo en que la Divina Voluntad inviste al alma que se entrega a Ella: las «cadenas de luz» con las que Jesús ata al alma en cuanto decide no vivir sino en su Querer (VI.6) nunca suprimen este mismo libre albedrío —«y hago esto para no quitar el libre albedrío, don dado a la criatura en la Creación», precisa Jesús, que llega incluso a denominar esta no supresión un «eclipse»: el alma sigue siendo siempre libre, en derecho, de salir de esta unión, aunque al precio de un esfuerzo que se vuelve casi imposible a medida que la luz inviste cada uno de sus actos (VI.7).

Este mismo don, jamás retirado, hace posibles tanto el pecado como el mérito: la Segunda parte mostró que todo pecado, desde el de Adán hasta el más íntimo de los nuestros, nunca es sino «un acto de la voluntad humana opuesto a la Divina» (II.2, II.10) —y este mismo riesgo, que Dios jamás suprime, es el precio que acepta para que el amor de la criatura sea verdaderamente suyo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 6, 13 de noviembre de 1904:

> «Hija mía, mi Humanidad, siendo Hombre y Dios, veía presentes todos los pecados, los castigos, las almas perdidas; habría querido aferrar en un solo punto todo esto y destruir pecados, castigos y salvar a las almas, así que habría querido sufrir no un día

de Pasión, sino todos los días para poder contener todo en Sí estas penas, y ahorrarlas a las pobres criaturas. Con todo esto que habría querido, y podido, habría podido destruir el libre albedrío de las criaturas y habría destruido este cúmulo de males, ¿pero qué sería del hombre sin méritos propios? ¿Sin su voluntad al obrar el bien? ¿Qué papel haría él? ¿Sería objeto digno de mi Sabiduría creadora? No, ciertamente. ¡Oh! ¿No habría sido como un hijo en una familia extraña, que no habiendo trabajado junto con los hijos propios no tiene ningún derecho y alguna herencia? Y por este motivo, si come, si bebe, está siempre lleno de rubor, porque sabe que no ha hecho ningún acto propicio para atestiguar su amor hacia aquel padre; entonces por eso jamás puede ser digno del amor de aquel padre hacia él, así que la criatura no habría sido jamás digna del Amor Divino sin el libre albedrío».

« Figlia mia, la mia Umanità, essendo uomo e Dio, vedeva presenti tutti i peccati, i castighi, le anime perdute; avrebbe voluto afferrare in un sol punto tutto questo, distruggere peccati, castighi e salvare le anime; sicché avrebbe voluto soffrire non un giorno di Passione, ma tutti i giorni per poter contenere tutte in Sé queste pene e risparmiare le povere creature. Nonostante avessi voluto e potuto tutto, avrei potuto distruggere il libero arbitrio delle creature ed avrei distrutto questi cumuli di mali, ma che sarebbe stato dell'uomo senza meriti propri? Senza volontà sua nell'operare il bene? Qual figura avrebbe fatto egli mai? Sarebbe stato egli mai oggetto degno della mia sapienza creatrice? No, certo. Oh! non sarebbe stato come un figlio straniero nella casa altrui, che non avendo lavorato insieme cogli altri figli non ha alcun diritto ed alcuna eredità? Perciò egli va sempre pieno di rossore se mangia, se beve, perché sa che non ha fatto nessun atto propizio per attestare il suo amore verso quel padre; onde non può essere mai degno dell'amore di quel padre verso di lui, sicché la creatura non sarebbe mai stata degna dell'amor divino senza il libero arbitrio. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que Dios ha creado al hombre «racional confiriéndole la dignidad de una persona dotada de la iniciativa y del dominio de sus actos», y cita a este respecto a san Ireneo: «El hombre es racional, y por ello semejante a Dios; fue creado libre y dueño de sus actos» (CIC 1730, citando a san Ireneo, *Adversus haereses*, IV, 4, 3). Precisa que «la libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad» (CIC 1731), y que «la libertad hace al hombre responsable de sus actos en la medida en que estos son voluntarios» (CIC 1734) —tanto el mérito como la culpa suponen esta misma capacidad. El Concilio Vaticano II lo expresa en el mismo espíritu que este texto: «La orientación del hombre hacia el bien sólo se logra con el uso de la libertad»; «La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección» (*Gaudium et spes*, 17). El mérito del que habla aquí Jesús nunca es una posesión autónoma de la criatura: la Iglesia enseña que «los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina» (CIC 2009). Este texto no lo contradice: es Dios mismo quien, respetando el libre albedrío, elige hacer real la participación libre del hombre en un bien que sigue siendo, de principio a fin, don suyo.

Fórmula para recordar. Dios habría podido suprimir el mal suprimiendo la libertad; prefirió dejar a su hijo el riesgo y el honor de amar libremente.

Pregunta 4 — ¿Qué son los diez mandamientos, y cómo se cumplen, no por coacción sino desde dentro, en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Los diez mandamientos siguen siendo, para toda vida cristiana, la ley que nadie puede pretender superar: Jesús mismo, aunque «Autor de la ley», quiso someterse a ella en todo, hasta en la circuncisión, que no lo obligaba. Vivir en la Divina Voluntad

no dispensa, pues, jamás de observarlos: hace de su observancia, por el contrario, el lugar donde el deber deja de sentirse como una coacción exterior y se convierte en la forma misma de la santidad.

Desarrollo. La Virgen María, en las páginas que le están consagradas, enseña a Luisa una lección recibida en el momento mismo en que el Niño Jesús fue circuncidado, ocho días después de su nacimiento, según la ley de la Antigua Alianza que obligaba a todos los primogénitos: «Él, que es el autor de la ley, obedece la ley». María misma extrae de este gesto la consecuencia para toda vida santa: «la santidad está en el propio deber, en la observancia de las leyes y en cumplir la Divina Voluntad; santidad sin deber no existe, es el deber el que pone el orden, la armonía, el sello a la santidad».

Este texto ofrece a esta obra el principio más seguro para comprender el lugar de los mandamientos en la vida del Fiat: lejos de ser una etapa superada por una espiritualidad más alta, la observancia de los mandamientos sigue siendo la materia misma en la que esta santidad se encarna y se verifica —en continuidad directa con lo ya establecido acerca de la ley misma (XI.16). Un alma que pretendiera vivir «en la Divina Voluntad» mientras se permitiera componendas con la ley de Dios se engañaría doblemente: no habría comprendido ni lo que significa la Divina Voluntad ni lo que exige la santidad más elemental, puesto que, según las palabras mismas de María, la santidad sin deber sencillamente no existe.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 21 de la edición española suministrada —meditación correspondiente al vigesimotercer día en la fuente francesa:

> «Hija mía, ¡qué ejemplo da el celestial Niño! Él, que es el Autor de la ley, obedece a la ley. Con apenas ocho días de nacido, se lo impone como deber y se somete al duro corte de la Circuncisión […] Esto dice que la santidad está en el propio deber, en la observancia de las leyes y en cumplir la Divina Voluntad; santidad sin deber no existe. Es el deber el que pone el orden, la armonía y el sello a la santidad.»
>
> *« Figlia mia, che esempio che dà il Celeste Bambino! Lui, che è Autore della legge, ubbidisce alla legge. Solo appena otto giorni nato e se ne fa un dovere e si sottopone al duro taglio della Circoncisione […] Ciò dice che la santità sta nel proprio dovere e nell'osservanza delle leggi e nel compiere la Divina Volontà; santità senza dovere non esiste. E' il dovere che mette l'ordine, l'armonia, il suggello alla santità. »*

Articulación católica. Jesús mismo declara: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud» (Mt 5,17), recordatorio ya citado en la Introducción (P.9) para establecer el principio general de no sustitución y que aquí debe aplicarse expresamente a los mandamientos. El Catecismo enseña que los diez mandamientos «ponen de relieve los deberes esenciales» y expresan «los deberes fundamentales del hombre hacia Dios y hacia su prójimo» (CIC 2070-2072); siguen siendo hoy el camino ordinario de toda vida de caridad auténtica. Lejos de quedar abolidos por la gracia, la caridad —«fruto del Espíritu y plenitud de la ley»— guarda los mandamientos de Dios y de Cristo: el cristiano no vive ya ante Dios como esclavo en el temor servil, sino como hijo que responde al amor de Aquel que lo amó primero (CIC 1824).

Fórmula para recordar. Nadie se eleva por encima de los mandamientos viviendo en el Fiat; desciende, por el contrario, hasta su raíz, allí donde el deber y el amor ya no forman sino una sola cosa.

Pregunta 5 — ¿Qué son las Bienaventuranzas, y cómo expresan la felicidad propia de la vida en el Fiat?

Respuesta breve. Las Bienaventuranzas, tal como Jesús las proclama en el Evangelio, describen la felicidad paradójica prometida a los pobres, a los afligidos, a los mansos y a los hambrientos de justicia —una felicidad que la vida en el Fiat nunca contradice, sino que, por el contrario, hace plenamente accesible.

Desarrollo. La actitud de pequeñez ya expuesta en la Introducción (P.11) —«quien no piensa en sí mismo, pensando en Mí se engrandece en mi inmensidad»— enlaza sin esfuerzo con la primera Bienaventuranza, «Bienaventurados los pobres en el espíritu»: es el mismo desasimiento interior que abre, en ambos casos, el acceso a la presencia de Dios. La promesa hecha a los afligidos encuentra asimismo un eco profundo en la doctrina del sufrimiento transfigurado, propia de las partes Novena y Duodécima: el consuelo prometido por Cristo a los afligidos nunca es un consuelo aplazado para más tarde, sino que obra ya en el alma que une su pena a la de Jesús.

Así entendidas, las Bienaventuranzas no describen un ideal ajeno a la vida en la Divina Voluntad, sino su rostro más concreto: la pobreza de corazón, el duelo consolado, la mansedumbre y el hambre de justicia encuentran, en el alma que deja que el Fiat se convierta en el principio de sus actos, no un obstáculo, sino su terreno más favorable.

Articulación católica. Las Bienaventuranzas «dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad», en una felicidad que responde al deseo natural de felicidad, a la vez que lo supera y lo purifica (CIC 1716-1718). El texto de san Mateo (Mt 5,3-12) sigue siendo su fuente normativa.

Fórmula para recordar. La felicidad prometida por las Bienaventuranzas nunca queda diferida a un más allá lejano: comienza desde que el alma acepta hacerse tan pobre, tan mansa y tan hambrienta de justicia como lo fue el mismo Cristo.

Pregunta 6 — ¿Cómo se enraízan las virtudes teologales —fe, esperanza y caridad— en las tres potencias restauradas del alma?

Respuesta breve. Jesús mismo enseña a Luisa, en un largo ejercicio contemplativo, que las tres virtudes teologales están como «simbolizadas» unas en otras, a imagen de la Trinidad de las Personas Divinas: la fe hace creer, la esperanza hace esperar, la caridad hace amar, y las tres están tan unidas entre sí que ninguna puede subsistir sin las otras dos.

Desarrollo. Este texto, uno de los más antiguos del corpus, merece ser leído como un verdadero pequeño tratado: Jesús explica en él la fe como la luz sin la cual el alma, semejante a un ciego sin guía, no puede sino tropezar; la esperanza como el alimento que nutre esa misma luz, revistiendo al alma de una fuerza casi inquebrantable, «como aquellos montes altos que no se pueden mover ni un poco»; y la caridad, finalmente, como la sustancia misma de esa luz y de ese alimento, que hace dulce el sufrimiento y llega incluso a hacerlo desear.

La cima de este texto se concentra en una sola frase, en la que Jesús aplica a estas tres virtudes la misma clave trinitaria que rige toda esta parte: «He aquí, oh esposa mía, simbolizada en las tres virtudes teologales a la Trinidad de las Divinas Personas». No es, pues, casualidad que precisamente estas tres virtudes reciban el nombre de teologales: no son simples disposiciones morales adquiridas por repetición, como lo serán las virtudes cardinales (XII.7), sino participaciones directamente infundidas en la vida misma de la

Trinidad, que alcanzan cada una de las tres potencias ya descritas en XII.1: la fe perfecciona la inteligencia, la esperanza fortalece la memoria en la fidelidad y la caridad corona la voluntad en el amor.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «Para obtenerla se necesita creer. […] Ahora, ¿de qué es alimentada esta luz de la fe? Por la esperanza. ¿Y de que sustancia es esta luz de la fe y este alimento de la esperanza? La caridad. Estas tres virtudes están injertadas entre ellas, de modo que una no puede estar sin la otra. […] A la fe y a la esperanza se une la caridad, y ésta une todo lo de las otras dos, de modo de formar una sola mientras que son tres. He aquí, oh esposa mía, simbolizada en las tres virtudes teologales a la Trinidad de las Divinas Personas. […] Si la fe hace creer, la esperanza hace esperar, la caridad hace amar».

> *« Per ottenere bisogna credere. […] Or, da che cosa viene alimentata questa luce della fede? Dalla speranza. Or, di quale sostanza è questa luce della fede e questo alimento della speranza? La carità. Tutte e tre queste virtù sono innestate tra loro, in modo che una non può stare senza l'altra. […] Alla fede ed alla speranza sottentra la carità, e questa si congiunge alle altre due, in modo da formare una sola mentre sono tre. Eccoti, oh sposa mia, adombrata nelle tre virtù teologali, la Trinità delle Divine Persone. […] Se la fede fa credere, la speranza fa sperare, la carità fa amare. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que las virtudes teologales se refieren directamente a Dios, disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad y «tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino»; Dios las infunde en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos (CIC 1812-1813). Esta precisión coincide exactamente con la insistencia del texto de Luisa en su injerto mutuo y su origen trinitario. San Pablo las reúne en la misma tríada bien conocida: «En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor» (1 Cor 13,13).

Fórmula para recordar. Las tres virtudes teologales no son tres virtudes más junto a las demás: son la sombra proyectada de la Trinidad misma en el alma que cree, espera y ama.

Pregunta 7 — ¿Cómo ordena y corona la Divina Voluntad todas las virtudes en el alma que se entrega a Dios?

Respuesta breve. María enseña a Luisa algo más radical que una simple lista de virtudes: cuando el alma entrega enteramente su voluntad a Dios, recibe todas las virtudes «como si le pertenecieran por naturaleza» —no solo por una adquisición progresiva y meritoria, sino como fruto inmediato de esa Divina Voluntad que toma posesión de ella.

Desarrollo. Al relatar su entrada en el Templo, María explica a Luisa que, habiendo entregado su voluntad a Dios, recibió inmediatamente todas las virtudes como «nobles princesas» que permanecían bajo su dominio: «la caridad perfecta, la paciencia invencible, la dulzura raptora, la humildad profunda y todo el ajuar de las otras virtudes». Añade una clave decisiva: «no se abaja a reinar en un alma donde hay una naturaleza rebelde, no, no, Ella es santidad, y donde debe reinar quiere la naturaleza ordenada y santa».

Este texto propone una lectura que profundiza, sin contradecirla, la doctrina clásica de la adquisición progresiva de las virtudes cardinales mediante actos repetidos: en el alma totalmente entregada, esas mismas virtudes, en lugar de ser conquistadas penosamente una a una, se encuentran como coronadas y ordenadas conjuntamente por la misma Divina Voluntad que viene a reinar en ella. El esfuerzo moral ordinario conserva aquí todo su

peso: María misma vivió estas virtudes en las circunstancias más concretas y humildes del Templo. Lo que el Fiat le da es su unidad y su coronamiento.

Cita. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 13:

> «Ahora, debes saber que yo, con valor, me preparaba para ir al Templo, porque conmigo entregué mi voluntad al Ente Divino, y el Fiat Supremo tomó posesión de todo mi ser. Adquirí todas las virtudes como por naturaleza; yo era dueña de mí misma; todas las virtudes estaban en mí como otras tantas nobles princesas […] En vano me habrían llamado Reina si no hubiera tenido la virtud de ser reina de mí misma. Por eso tenía bajo mi dominio la caridad perfecta, la paciencia invicta, la dulzura arrebatadora, la humildad profunda y todo el cortejo de las demás virtudes […] La Divina Voluntad no se rebajaría a reinar en un alma rebelde, no, no. Ella es Santidad y quiere la naturaleza ordenada y santa donde debe reinar.»
>
> *« Ora, tu devi sapere che io, con coraggio, mi preparavo alla mia andata al Tempio, perché con me consegnai la mia volontà all'Ente Divino, ed il Fiat Supremo prese possesso di tutto l'essere mio. Io acquistai tutte le virtù in natura; io ero dominatrice di me stessa; tutte le virtù stavano in me come tante nobili principesse […] Invano mi avrebbero chiamata Regina, se non avessi tenuto virtù di fare la Regina sopra di me stessa. Perciò io tenevo in mio dominio la carità perfetta, la pazienza invitta, la dolcezza rapitrice, l'umiltà profonda e tutto il corredo delle altre virtù […] La Divina Volontà non si abbasserebbe a regnare in un'anima ribelle, no, no. Essa è Santità, e vuole la natura ordinata e santa dove deve regnare. »*

Articulación católica. El Catecismo define las cuatro virtudes cardinales —prudencia, justicia, fortaleza y templanza— como virtudes humanas adquiridas «mediante la educación, mediante actos deliberados, y una perseverancia, mantenida siempre en el esfuerzo», y precisa que son «purificadas y elevadas por la gracia divina» (CIC 1804, 1810): esta última precisión es exactamente lo que el texto mariano ilustra con la mayor fuerza. Isaías anuncia sobre el Mesías: «Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza» (Is 11,2), texto que la tradición ha leído siempre como fundamento de las virtudes y de los dones reunidos en una sola fuente.

Fórmula para recordar. Cuando el alma entrega su voluntad, el Fiat ordena y corona en ella todas las virtudes, que se mantienen como «nobles princesas» bajo su imperio.

Pregunta 8 — ¿Qué son los dones del Espíritu Santo, y cómo perfeccionan la vida en el Fiat?

Respuesta breve. María promete a Luisa hacer descender al Espíritu Santo en su alma, «a fin de que consuma lo que es humano», y confirmarla, mediante su soplo, en la Divina Voluntad —descripción que expresa, a su manera, la acción perfectiva propia de los dones del Espíritu Santo.

Desarrollo. La promesa hecha por María a Luisa, al término de su enseñanza sobre la vida en el Templo, describe el modo de obrar del Espíritu Santo: viene a consumir lo que, en el alma, sigue siendo todavía «humano» —es decir, movido por la sola voluntad propia— para orientar y confirmar el alma entera en el Fiat, mediante un movimiento que María compara con un «soplo refrescante».

Esta imagen del fuego que consume y del soplo que refresca corresponde, en su movimiento de conjunto, a la acción de los dones del Espíritu Santo tal como la tradición los ha comprendido siempre: no son virtudes adquiridas por el esfuerzo humano, sino disposiciones permanentes recibidas del Espíritu mismo, que hacen al alma dócil a sus mociones más delicadas. La vida en la Divina Voluntad, en este sentido, no sustituye jamás estos dones: es, como en el caso de las virtudes teologales, su florecimiento más completo, puesto que el alma totalmente entregada se convierte, por definición, en la más dócil posible a las mociones del Espíritu.

Cita. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 30:

> «Y Yo haré descender al Espíritu Santo en tu alma, a fin de que consuma lo que es humano, y con su soplo refrescante impere sobre ti y te confirme en la Divina Voluntad».
>
> *« Io farò scendere lo Spirito Santo nell'anima tua, affinché ti bruci ciò che è umano e col suo soffio refrigerante imperi sopra di te e ti confermi nella Divina Volontà. »*

Articulación católica. Isaías anuncia los dones del Espíritu en el texto que sirve de fundamento a su lista tradicional: «Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor» (Is 11,2). El Catecismo enseña que estos dones «completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben» y que son «disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo» (CIC 1830-1831): docilidad que la vida en el Fiat, mediante la entrega total de la voluntad propia, realiza en su grado más intenso.

Fórmula para recordar. Los dones hacen al alma dócil a las mociones del Espíritu: su fuego quema lo que permanece humano, y su soplo la dirige y la confirma en la Divina Voluntad.

Pregunta 9 — ¿Qué es la ley nueva, y en qué sentido la vida en la Divina Voluntad constituye su cumplimiento más interior?

Respuesta breve. Jesús dice haber venido a abolir ciertas leyes antiguas y a perfeccionar otras, para establecer una ley nueva, «ley de gracia y de amor», en la que todos los sacrificios antiguos encuentran su único y suficiente cumplimiento en Él mismo. Vivir en la Divina Voluntad no repite esta misma abolición ni funda una ley todavía más nueva: es dejar que esta ley de gracia ya establecida se convierta, en el alma, en una santidad vivida hasta su coronamiento más completo.

Desarrollo. Jesús explica a Luisa, en una entrada de 1923, que vino a observar las leyes antiguas «en el modo más perfecto», precisamente para darles cumplimiento antes de ponerles «el sello de la abolición» y dar así comienzo a la ley nueva, «ley de gracia y de amor», en la que encerró en Sí mismo todos los sacrificios, siendo Él solo, Hombre y Dios, más que suficiente para satisfacer por todos.

Jesús aplica inmediatamente este mismo movimiento a la propia Luisa, en la continuación ininterrumpida de la misma conversación: queriendo formar en ella una imagen más perfecta de Sí, quiere concentrar en ella todos los estados de santidad ya conocidos en la historia de la salvación, para darles, en ella, el cumplimiento, la corona y el sello —no para clausurarlos, sino porque, dice, «donde las otras santidades terminan, la santidad de mi Querer […] las tiene por escabel a todas y da a ella su principio».

Considerada aisladamente, esta aproximación a la abolición de las leyes antiguas podría hacer pensar que la santidad del Fiat inaugura un régimen radicalmente nuevo, que vuelve caduco todo cuanto la precedió. La misma conversación, proseguida dos días después —no para responder a esta cuestión precisa, que entonces había quedado sin eco en Luisa, sino dentro del movimiento más amplio en el que Jesús le revela su propia misión y la tranquiliza ante la magnitud de su elección—, ofrece, no obstante, dos indicaciones decisivas: el segundo canal se abre después del primero, el de la Redención, sin cerrarlo; y esta vida de la Divina Voluntad ya existió en la tierra, de manera fugaz, en María misma. La santidad del Fiat no clausura, por tanto, nada de cuanto la precedió: es, como ya dice la Respuesta breve, su coronamiento más interior, jamás su sustitución.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 16, 8 de noviembre de 1923:

> «…Tú debes saber que cuando vine a la tierra, vine a abolir las leyes antiguas, otras a perfeccionarlas, pero con abolirlas no me exenté de observar aquellas leyes, es más, las observé en el modo más perfecto, como no lo hacían los demás, pero debiendo unir en Mí lo antiguo y lo nuevo, quise observarlas para dar cumplimiento a las leyes antiguas, poniéndoles el sello de la abolición y dar principio a la ley nueva que vine a establecer sobre la tierra, ley de gracia y de amor, en la cual encerraba todos los sacrificios en Mí, debiendo ser Yo el verdadero y el único sacrificado, por tanto todos los demás sacrificios no eran más necesarios, porque siendo Yo Hombre y Dios, era más que suficiente para satisfacer por todos».
>
> *« …Tu devi sapere che quando venni sulla terra, venni ad abolire le leggi antiche e a perfezionarne altre, ma con l'abolirle non mi esentai dall' osservare quelle leggi, anzi le osservai nel modo più perfetto che non facevano gli altri, ma dovendo unire in Me l'antico ed il nuovo, volli osservarle per dare compimento alle leggi antiche, mettendo il suggello dell'abolizione e dar principio alla legge nuova che Io venni a stabilire sulla terra, legge di grazia e d'amore in cui racchiudevo tutti i sacrifici in Me, dovendo essere Io il vero ed il solo sacrificato, quindi tutti gli altri sacrifici non erano più necessari, perché essendo Io uomo e Dio, era più che sufficiente a soddisfare per tutti. »*

El mismo día, en la continuación ininterrumpida de la misma conversación, Jesús aplica este movimiento a Luisa:

> «Ahora querida hija mía, queriendo hacer de ti una imagen más perfecta de Mí y dar principio a una santidad tan noble y Divina, cual es el Fiat Voluntas Tua como en el Cielo así en la tierra, quiero concentrar en ti todos los estados de ánimo que han habido hasta ahora en el camino de la santidad, y a medida que los pasas y los sufres, haciéndolo en mi Querer, Yo les doy el cumplimiento, los corono y embelleciéndolos les pongo el sello. Todo debe terminar en mi Voluntad, y donde las otras santidades terminan, la santidad de mi Querer siendo noble y divina, las tiene por escabel a todas y da a ella su principio…».
>
> *« Ora figlia diletta mia, volendo fare in te un'immagine più perfetta di Me e dar principio ad una santità così nobile e Divina, qual è il Fiat Voluntas tua come in Cielo così in terra, voglio accentrare in te tutti gli stati d'animo che ci sono stati finora nel cammino della santità e come tu li soffri e passi facendo ciò nel mio Volere, Io ne do il compimento, l'incorono e, abbellendoli, ne metto il suggello. Tutto deve finire nella mia Volontà e dove le altre santità finiscono, la santità del mio Volere, essendo nobile e divina, ha per sgabello tutte le altre santità e dà il suo principio… »*

Dos días después, en la continuación de esta misma visión —Jesús acaba de revelar a Luisa que está llamada, junto a María, a abrir este segundo canal—, ella queda sobrecogida de temor: no ante esta doctrina, sino ante la magnitud misma de la elección que acaba de serle

revelada, temiendo ceder en ella a algún orgullo sutil. Al tranquilizarla sobre este punto, Jesús añade esta precisión, que no por ello deja de iluminar la naturaleza del don:

> «…por medio suyo abriremos junto al primer canal de la Redención, el segundo del Fiat Voluntas Tua como en el Cielo así en la tierra. […] Y además, la Vida de mi Voluntad ya ha estado sobre la tierra, no es del todo nueva, si bien fue como de pasada, estuvo en mi inseparable y querida Mamá».
>
> *« …per mezzo suo apriremo dopo il primo canale della Redenzione, il secondo del Fiat Voluntas tua come in Cielo così in terra. […] E poi, la vita della mia Volontà è già stata sulla terra, non è del tutto nuova, anche se fu come di passaggio, ci fu nella mia inseparabile e cara Mamma. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que la ley nueva, o ley evangélica, «"da cumplimiento" […], purifica, supera, y lleva a su perfección la Ley antigua» (CIC 1967) y que «es la gracia del Espíritu Santo dada a los fieles mediante la fe en Cristo» (CIC 1966) —la gracia, no un nuevo código de preceptos exteriores. La Carta a los Hebreos enseña asimismo que Cristo, «con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados» (Heb 10,14), fundamento bíblico exacto del texto de Luisa sobre el sacrificio único y suficiente. En cuanto a la santidad misma del Fiat, nunca pretende suceder a Cristo como una revelación que lo superara: la función de toda revelación privada auténtica nunca es completar la Revelación definitiva de Cristo, sino solamente «ayudar a vivirla más plenamente» (CIC 67), mientras que la Nueva Alianza sigue siendo definitiva y no admite sucesión posible antes de su manifestación gloriosa (CIC 66).

Fórmula para recordar. La ley nueva no es una ley más después de la ley antigua; es la gracia misma que hace por fin posible amar lo que la ley no hacía sino mandar.

Pregunta 10 — ¿Qué es la conciencia moral, y cómo se forma en la luz de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. La vida en la Divina Voluntad supone y exige, en vez de reemplazarla, una conciencia recta y bien formada: ningún alma puede dejar que la Voluntad de Dios se convierta en el principio de sus actos si no ejerce ya, sobre cada uno de ellos, el discernimiento moral ordinario que la Iglesia pide a todo fiel.

Desarrollo. Lejos de adormecer la conciencia mediante una sumisión pasiva, la vida en el Fiat supone, por el contrario, como ya mostró la Sexta parte (VI.7), un alma más activa que nunca en su atención a lo que hace. Entregarse por entero a la Voluntad de Dios nunca es renunciar a juzgar; es, por el contrario, querer juzgar cada acto a la luz más alta que existe, aquella misma que la conciencia recta procura ya alcanzar por sus propios medios.

Articulación católica. El Catecismo define la conciencia moral como «un juicio de la razón» mediante el cual la persona humana reconoce la cualidad moral de un acto concreto, juicio que tiene el deber de seguir y también el deber de formar rectamente, a la luz de la razón y de la ley divina (CIC 1778, 1783-1785). San Pablo da gracias por haber servido siempre a Dios «con conciencia limpia» (2 Tim 1,3).

Fórmula para recordar. Vivir en la Divina Voluntad nunca dispensa de formar la conciencia; supone, por el contrario, una conciencia ya atenta a cada acto que quiere, de ahora en adelante, unir al Fiat.

Pregunta 11 — ¿Cómo se convierten el matrimonio vivido día a día, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social en camino hacia el Fiat?

Respuesta breve. El matrimonio, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social se convierten en camino hacia el Fiat desde el momento en que sus gestos más ordinarios —la fidelidad conyugal, la educación de los hijos, el trabajo cotidiano, el sufrimiento del cuerpo que declina, las relaciones de cada día con los demás— dejan de realizarse para uno mismo solamente y son ofrecidos, uno a uno, como actos hechos en la Divina Voluntad más que en la sola voluntad propia. Ningún estado de vida es demasiado humilde para convertirse en materia de esta unión.

Desarrollo. El matrimonio nunca es un simple marco al que la vida en el Fiat viniera a añadirse desde fuera. Jesús mismo deplora, en una larga meditación sobre los sacramentos, los desórdenes del matrimonio: instituido para llevar en sí «el símbolo de la Trinidad Sacrosanta», debía hacer de cada hogar fiel una familia a imagen de la Familia Celestial, poblando la tierra de «ángeles terrestres» destinados al Cielo —y no, como sucede con demasiada frecuencia, de «familias de pecado» que desfiguran su imagen. La fidelidad conyugal, la paciencia mutua y la educación de los hijos nunca son, por tanto, simples virtudes domésticas: mantienen vivo, en lo más concreto de la vida cotidiana, lo que el sacramento depositó desde el principio.

El trabajo encuentra una luz igualmente propia. Jesús recuerda a Luisa que Él mismo trabajó con sus manos en Nazaret —trabajando la madera, martillando clavos, ayudando a José en sus trabajos de carpintería— y que estos gestos más humildes llevaban ya, antes incluso de la Pasión, un mérito divino. Va todavía más lejos con ella: cuando el alma trabaja porque quiere que sea Él quien trabaje en ella, «mis dedos corren en los tuyos» —una compañía tan concreta que el trabajo deja de ser una ocupación para convertirse en lugar de unión continua con el Creador.

La enfermedad conserva la luz ya encontrada a propósito de la unción de los enfermos (IX.8): esas horas nunca son tiempo perdido, sino aquellas en las que la Divina Voluntad deposita en el alma su «última pincelada». La vejez, en la que las fuerzas y las posibilidades de actuar se reducen poco a poco, encuentra su propia luz en otro lugar del corpus: Jesús explica allí que un pensamiento, incluso un respiro, unidos a Él por la sola intención de agradarle, valen, a los ojos de la Divinidad, tanto como toda obra humana, por grande que sea. Nada, ni siquiera el extremo declinar de las fuerzas, puede hacer que una vida sea demasiado pobre para el Fiat.

La vida social, por último, encuentra su modelo más sencillo en el modo como María misma, en el Templo, permanecía en paz con todos, sometida a los servicios más humildes.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 18, 5 de noviembre de 1925:

> «Pon atento el oído de tu corazón y escucha nuestros profundos gemidos en el Sacramento del matrimonio. ¡Cuántos desórdenes en él! El matrimonio fue elevado por Mí a Sacramento para poner en él un vínculo sagrado, el símbolo de la Trinidad Sacrosanta, el amor divino que Ella encierra, así que el amor que debía reinar en el padre, en la madre y en los hijos, la concordia, la paz, debía simbolizar a la Familia Celestial. Así que debía tener sobre la tierra tantas otras familias semejantes a la Familia del Creador, destinadas a poblar la tierra como otros tantos ángeles terrestres, para conducirlos a poblar las regiones Celestes. Pero, ¡ay! cuántos gemidos al ver formar en el matrimonio familias de pecado, que simbolizan el infierno con la discordia, con el desamor, con el odio, que pueblan la tierra como tantos ángeles rebeldes que servirán para poblar el infierno».

« Presta l'orecchio del tuo cuore e ascolta i nostri profondi gemiti nel sacramento del matrimonio. Quanti disordini in esso. Il Matrimonio fu elevato da Me come sacramento per mettervi in esso un vincolo sacro, il simbolo della Trinità Sacrosanta, l'amore divino che Essa racchiude, sicché l'amore che dovrebbe regnare nel padre, nella madre e nei figli, la concordia, la pace, avrebbe dovuto simboleggiare la Famiglia Celeste. Onde avrei dovuto avere sulla terra tante altre famiglie simili alla Famiglia del Creatore, destinate a popolare la terra come altrettanti angeli terrestri, da ricondurli a popolare le regioni Celesti. Ma, ahi! quanti gemiti nel vedere formare nel matrimonio famiglie di peccato, che simboleggiano l'inferno con la discordia, col disamore, coll'odio, che popolano la terra come tanti angeli ribelli che serviranno a popolare l'inferno. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 14 de agosto de 1912:

«Y Jesús: Precisamente Yo; mis dedos están en los tuyos y trabajan. Hija mía, cuando Yo estuve en la tierra, ¿mis manos no se abajaban a trabajar la madera, a martillar los clavos, a ayudar en los trabajos de carpintería a mi padre putativo José? […] Mira, mientras tú trabajas, trabajando porque Yo quiero trabajar, mis dedos corren en los tuyos, y mientras trabajo en ti, mira, en ese mismo instante, con mis manos creadoras, ¿a cuántos estoy dando a luz en este mundo? ¿A cuántas otras almas llamo? ¿A cuántas otras santifico, a otras corrijo, a otras castigo, etc.? Ahora, tú estás junto Conmigo creando, llamando, corrigiendo y demás, y así como tú no estás sola, tampoco lo estoy Yo en mi obrar. ¿Te podría dar honor más grande?»

« E Gesù: "Io proprio, le mie dita stanno nelle tue e lavorano, figlia mia, quand'Io stavo sulla terra, le mie mani non si abbassavano a lavorare legna, a ribattere i chiodi, ad aiutare nei lavori fabbrili il mio padre putativo Giuseppe? […] Vedi, mentre tu lavori, lavorando perché Io voglio lavorare, le mie dita scorrono nelle tue e mentre lavoro in te, vedi nel medesimo istante con le mie mani creatrici, quanti sto mettendo alla luce di questo mondo? Quante altre anime chiamo? Quante altre santifico, altre correggo, altre castigo, ecc.? Ora, tu stai con Me a creare, a chiamare, a correggere ed altro, sicché come tu non sei sola, neppure lo sono Io nel mio operare; ti potrei dare onore più grande?" »
Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 8 de octubre de 1901:

«Hija mía, cuando el alma se sirve de mi Humanidad como medio para obrar, aunque sea un pensamiento, un respiro, un acto cualquiera, son como tantas gemas que salen de mi Humanidad y se presentan ante la Divinidad; y como salen por medio de mi Humanidad, tienen los mismos efectos que mi obrar cuando estaba en la tierra. […] ¡Ah, hija mía!, vacío es el obrar de la criatura, aunque fuera una obra grande; es la unión conmigo y la simple mira de agradarme lo que lo llena. Y como mi obrar, aunque fuera un respiro, accede de modo infinito a todas las obras de las criaturas juntas, he aquí la causa que lo hace tan grande. Y además, ¿no sabes tú que quien se sirve de mi Humanidad como medio para realizar sus acciones viene a nutrirse de los frutos de mi misma Humanidad y a alimentarse de mi mismo alimento? Además, ¿no es acaso la buena intención la que hace santo al hombre y la mala la que lo hace perverso? No siempre se hacen cosas diferentes, sino que con las mismas acciones uno se santifica y el otro se pervierte.»

« Figlia mia, quando l'anima si serve della mia Umanità come mezzo per operare, fosse anche un pensiero, un respiro, un atto qualunque, sono come tante gemme che escono dalla mia Umanità e si presentano innanzi alla Divinità e siccome escono per mezzo della mia Umanità, hanno gli stessi effetti del mio operare quando stavo sulla terra. […] Ah! figlia mia, vuoto è l'operare della creatura, fosse pure un'opera grande, è la mia unione e la semplice mira di piacere a Me che la riempie e siccome il mio operare, fosse anche un respiro accede in un modo infinito tutte le opere delle creature insieme, ecco

la causa che la rende sì grande e poi, non sai tu che chi si serve come mezzo della mia Umanità, d'operare le sue azioni viene a nutrirsi dei frutti della mia stessa Umanità e ad alimentarsi del mio stesso cibo? Oltre a ciò, non è forse la buona intenzione che fa l'uomo santo e la cattiva che lo fa perverso? Non sempre si fanno cose diverse, ma con le stesse azioni uno si santifica e l'altro si pervertisce. » La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 14 de la edición española suministrada —meditación correspondiente al decimoquinto día en la fuente francesa:

«Yo era atentísima a todos los deberes que se acostumbraba realizar en aquel lugar santo; era pacífica con todos, y jamás di amarguras ni molestias a ninguno; me sometía a los servicios más humildes; no encontraba dificultad en nada, ni en barrer ni en lavar los platos; cualquier sacrificio era para Mí un honor, un triunfo. ¿Pero quieres saber por qué? Yo no miraba nada; todo para Mí era Voluntad de Dios.»

« Io ero attentissima a tutti i doveri che si usavano di fare in quel luogo santo; io ero pacifica con tutti, né diedi mai amarezze e disturbo a nessuno; mi sottoponevo ai servizi più umili; non trovavo difficoltà a nulla, né a scopare né a fare i piatti; qualunque sacrificio era per me un onore, un trionfo. Ma vuoi sapere il perché? Io non guardavo nulla; tutto per me era Volontà di Dio. » **Articulación católica.** El Concilio Vaticano II enseña que los laicos están llamados a contribuir a la santificación del mundo «desde dentro, a modo de fermento», precisamente mediante el ejercicio de sus tareas ordinarias —familia, trabajo, vida social— (*Lumen gentium* 31; CIC 898-901). San Pablo pide que todo, «ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis», se haga «para gloria de Dios» (1 Cor 10,31), fórmula que resume, en su sencillez, todo lo que esta pregunta ha querido mostrar.

Fórmula para recordar. No hay vida demasiado ordinaria para el Fiat; sólo hay actos que aún esperan ser hechos en él.

Pregunta 12 — ¿Cómo se articulan la virginidad y el celibato consagrados por el Reino con la vida en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Cristo mismo invita a algunos a renunciar al matrimonio «por el Reino de los Cielos» (Mt 19,12): lejos de ser un estado disminuido, esta virginidad anticipa ya ahora las bodas eternas del Cordero. María revela haber vivido, con José, este mismo voto mutuo de virginidad perenne, y que la Divina Voluntad encontraba precisamente en él su mayor fecundidad. Vivir en el Fiat no añade, por tanto, ningún estado de vida nuevo junto al matrimonio, la virginidad consagrada o el sacerdocio: cada uno de estos estados encuentra en él, según su forma propia, la misma disponibilidad total del corazón a Dios.

Desarrollo. La pregunta anterior ha mostrado cómo el matrimonio, vivido día a día, se convierte en camino hacia el Fiat (XII.11). La virginidad y el celibato consagrados por el Reino constituyen otro camino, ni menor ni superior, sino total según una forma diferente.

María misma revela su fuente más antigua. Llegada a Nazaret con José, cuenta a Luisa el silencio embarazoso de los primeros días y, después, la alegría del secreto finalmente compartido: cada uno de ellos había hecho a Dios, antes incluso de conocerse, el mismo voto de virginidad perenne. Es en este matrimonio realmente vivido y realmente virginal —no en su abandono— donde María sitúa la fecundidad más alta de su vida en Nazaret: la Divina Voluntad «inviste» sus actos de luz, de belleza, de santidad y de potencia, y es esta misma Voluntad, dice, la que «lleva la fecundidad».

Un segundo texto extiende todavía más esta virginidad más allá del solo estado canónico.

Jesús revela a Luisa que hace sus obras más grandes «en almas vírgenes […] y no sólo vírgenes de naturaleza, sino vírgenes de afectos, de corazón, de pensamientos» —siendo la «verdadera virginidad», dice, la sombra divina en la que sólo su fecundidad puede obrar. Nada impide así a toda alma, cualquiera que sea su estado, tender hacia esta misma pureza de corazón; pero la virginidad y el celibato consagrados siguen siendo su signo más visible y más radical, porque la comprometen hasta en el cuerpo.

Esta virginidad no introduce, por tanto, como tampoco la vida en el Fiat misma, ningún estado de vida paralelo a los que la Iglesia ya conoce (cf. Introducción Q9): puede ser vivida por el religioso como por el sacerdote, por la virgen consagrada como por el célibe que, sin voto ni consagración litúrgica, ofrece a Dios, en la vida ordinaria de una existencia no compartida, esta misma disponibilidad del corazón.

Cita de Luisa. La Virgen María a Luisa, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, Día 16 de la edición española suministrada —meditación correspondiente al día 18 en la fuente francesa:

> «Ahora, tú debes saber que san José y yo nos mirábamos con reserva y sentíamos el corazón henchido, porque cada uno quería hacer saber al otro que estábamos ligados a Dios con el voto de virginidad perpetua. Finalmente se rompió el silencio y ambos manifestamos nuestro voto. ¡Oh, cómo nos sentimos felices […] Ahora escucha, hija mía: en la casa de Nazaret me sentía más encendida que nunca. La Divina Voluntad, que reinaba en mí, no hacía otra cosa que investir todos mis actos de luz, de belleza, de santidad y de potencia […] Así, todas las Cualidades divinas que el Fiat Divino extendía en mí con su reinar me llevaban la fecundidad.»

> *« Onde, tu devi sapere che con San Giuseppe ci guardavamo con ritegno e ci sentivamo il cuore gonfio, ché l'uno voleva far conoscere all'altro che eravamo legati con Dio col voto di verginità perenne. Finalmente si ruppe il silenzio ed ambedue manifestammo il voto. Oh, come ci sentimmo felici […] Ora senti, figlia mia: nella casa di Nazareth io mi sentivo più che mai accesa. La Divina Volontà, che regnava in me, non faceva altro che investire tutti i miei atti di luce, di bellezza, di santità, di potenza […] Sicché tutte le Qualità divine, che il Fiat Divino stendeva in me col suo regnare, mi portavano la fecondità. »*

Cita de referencia. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 15, 20 de abril de 1923:

> «…es mi costumbre hacer mis obras más grandes en almas vírgenes y desconocidas, y no sólo vírgenes de naturaleza, sino vírgenes de afectos, de corazón, de pensamientos, porque la verdadera virginidad es la sombra divina, y Yo sólo a mi sombra puedo fecundar mis obras más grandes…»

> *« …è mio solito fare le mie opere più grandi in anime vergini e sconosciute e non solo vergini di natura, ma vergini d'affetti, di cuore, di pensieri, perché la vera verginità è l'ombra divina ed Io solo alla mia ombra posso fecondare le mie opere più grandi… »*

Articulación católica. Podría temerse que valorar así la virginidad depreciara el matrimonio o, a la inversa, que la fecundidad prometida por María concerniera sólo a las vírgenes consagradas, dejando sin lugar propio al célibe que no ha recibido ni esta llamada ni este carisma. El Catecismo descarta ambos temores a la vez: «Estas dos realidades, el sacramento del Matrimonio y la virginidad por el Reino de Dios, vienen del Señor mismo […]. La estima de la virginidad por el Reino […] y el sentido cristiano del Matrimonio son inseparables y se apoyan mutuamente» (CIC 1620). El decreto que promulgó el *Rito de la consagración de vírgenes* presenta, por su parte, la virginidad consagrada como un don «particularmente noble» dejado por Cristo a su Iglesia, por el cual las vírgenes «contribuyen

a la belleza del Cuerpo místico de Cristo» y «lo enriquecen con una fecundidad admirable» —fecundidad espiritual y no carnal: de ella habla aquí María a Luisa. La virginidad por el Reino de los Cielos sigue siendo así, para la Iglesia, «un signo poderoso de la preeminencia del vínculo con Cristo» y de la ardiente espera de su retorno (CIC 1619). En cuanto al célibe no consagrado, la llamada universal a la santidad no conoce excepción alguna, cualquiera que sea el estado de vida (LG 40, ya citada en V.9 y IX.1): ninguna forma de vida está demasiado desprovista de consagración visible para convertirse también ella en disponibilidad entera a Dios.

Fórmula para recordar. La virginidad y el celibato consagrados entregan el corazón solo a Dios; esta «verdadera virginidad», dice Jesús, se convierte en la «sombra divina» bajo la cual fecunda sus obras más grandes.

Pregunta 13 — ¿Cómo perseverar en esta vida cristiana integral a pesar de la debilidad y las recaídas?

Respuesta breve. La esperanza, enseña Jesús, reviste al alma de una fuerza casi invencible y le da la perseverancia final, hasta que tome posesión del Reino celestial. Perseverar no significa, por tanto, no volver a caer nunca, sino no dejar nunca de levantarse y recomenzar, acto tras acto, sin perder jamás tiempo en excusarse de las propias debilidades. Más allá de este combate perseverante, el alma plenamente establecida en el Fiat entra en un estado en el que la paz, la alegría y la certeza ya no son solamente esperadas, sino ya compartidas, en una comunidad de bienes con su Creador que la teología espiritual clásica no conoce bajo esta forma.

Desarrollo. El mismo texto fundamental sobre las virtudes teologales, ya citado en XII.6, prolonga su enseñanza sobre la esperanza en términos que atañen directamente a la perseverancia: «la esperanza vuelve al alma casi omnipotente, invencible y le suministra la perseverancia final, tanto que sólo cesa de esperar y perseverar cuando ha tomado posesión del reino del Cielo». La perseverancia no es, pues, una virtud separada, añadida a las tres virtudes teologales: es la esperanza misma, desplegada en el tiempo hasta su término.

La Sexta parte ya enseñó, para la vida en el Fiat en general, que «los actos repetidos, en la criatura forman la fuerza del alma» y que «un solo acto jamás ha formado santidad», recordando al mismo tiempo, mediante la imagen del hijo pródigo, que el verdadero amor, si cae, «nunca pierde tiempo excusándose antes de levantarse». Esta misma doctrina vale, sin que sea necesario repetirla íntegramente, para toda la vida cristiana integral desplegada en esta Duodécima parte: los mandamientos, las virtudes, la ley nueva y la conciencia recta nunca se adquieren de una vez para siempre, sino que requieren, como todo acto hecho en el Fiat, una reanudación continua que jamás se desalienta por sus propias debilidades.

Sin embargo, esta perseverancia en el combate no es la última palabra de esta Duodécima parte. Existe, en la Divina Voluntad, un estado de cumplimiento en el que el combate mismo se desvanece: no por cansancio ni por ausencia de prueba exterior, sino porque el alma plenamente establecida en el Fiat entra en una comunidad de bienes con su Creador que supera con mucho lo que la teología espiritual clásica llama habitualmente perseverancia. Jesús se lo dice a Luisa mediante una imagen sobrecogedora: el alma que posee su Voluntad es como si tuviera concentrado en sí misma el Sol divino, y entonces todo se hace común entre ella y su Creador —el amor, la santidad, la luz—, en un intercambio continuo de bienes que sube y baja sin cesar, como certeza y sello de esta comunidad. Esta certeza no suprime jamás el combate que todavía debe librar toda alma en camino; pero, para la que ha llegado a esta comunión plena, marca su verdadero término: la paz, la alegría y la certeza ya no son

allí la esperanza de un bien futuro, sino la posesión ya comenzada de lo que la esperanza aguarda.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «La esperanza vuelve al alma casi omnipotente, invencible y le suministra la perseverancia final, tanto que sólo cesa de esperar y perseverar cuando ha tomado posesión del reino del Cielo, entonces deja la esperanza y toda se arroja en el océano inmenso del Amor Divino».
>
> *« La speranza rende l'anima quasi onnipotente, invincibile e somministra all'anima la perseveranza finale, tanto che allora cessa di sperare e di perseverare quando ha preso possesso del regno del Cielo, allora depone la speranza e tutta si tuffa nell'oceano immenso dell'amore divino. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 6 de febrero de 1927:

> «…Hija mía, quien posee mi Voluntad es como si tuviera concentrado el Sol en sí mismo, pero no el sol que se ve en lo alto de los cielos, sino el Sol Divino, aquel mismo Sol que está concentrado en Dios, y que alargando sus rayos se concentra en el alma, así que ella es dueña de la luz porque posee dentro de ella la vida de la luz y todos los bienes y efectos que ella contiene […] Todo es en común con quien posee mi Voluntad: Común es el amor, común es la santidad, común es la luz, todo es en común con ella […] Así que suben y descienden continuamente estos bienes, como certeza y sello de la comunidad que hay entre Creador y criatura».
>
> *« …Figlia mia, chi possiede la mia Volontà è come se tenesse accentrato il sole in se stesso e non il sole che si vede nell'alto dei cieli, ma il sole Divino, quello stesso sole che sta accentrato in Dio e che divulgando i suoi raggi si accentra nell'anima, sicché lei è padrona della luce perché possiede dentro la vita della luce e tutti i beni e gli effetti che essa contiene […] Tutto è in comune con chi possiede la mia Volontà: in comune è l'amore, in comune è la santità, in comune è la luce, tutto è in comune con lei […] Quindi questi beni salgono e scendono continuamente, come certezza e suggello della comunanza che vi è tra Creatore e creatura. »*

Articulación católica. El Catecismo enseña que la perseverancia final es un don que hay que pedir sin cesar, pues la esperanza cristiana es precisamente la virtud por la cual deseamos y esperamos de Dios «con una firme confianza» la vida eterna y las gracias necesarias para merecerla (CIC 1843, 2016, 2849). San Pablo exhorta a los Gálatas: «No nos cansemos de hacer el bien» (Gál 6,9), ya citado en la Sexta parte; y la carta a los Hebreos propone la imagen clásica de la carrera que hay que correr «con constancia», «fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús» (Heb 12,1-2).

Fórmula para recordar. La esperanza hace al alma casi invencible y la eleva hasta la posesión del Cielo; en el Fiat plenamente establecido, esta posesión comienza ya por la comunión de bienes con Dios.

Pregunta 14 — ¿Qué implica la Divina Voluntad para la justicia social, el uso de los bienes y la responsabilidad hacia la Creación?

Respuesta breve. La realeza que la Primera parte reconoció al hombre sobre la Creación nunca fue una dominación arbitraria, sino un encargo recibido de Dios, que debía ejercer en el Fiat y no en nombre propio. Un alma que vive en la Divina Voluntad no puede, por

tanto, tratar ni los bienes de la tierra ni sus relaciones con los demás de manera puramente posesiva.

Desarrollo. El *Libro de Cielo* fundamenta este principio en una distinción radical entre dos títulos de posesión. El alma que vive en la Divina Voluntad, porque su voluntad se ha hecho una con la de Dios, goza de los bienes creados por un verdadero derecho —«el cielo, el sol, la tierra y todas las otras cosas son mías», puede decir con verdad—; el alma que no vive en ella, cualesquiera que sean los bienes de que dispone, nunca tiene sobre ellos más que un derecho de préstamo: es, dice Jesús, «usurpadora», y no los recibe sino «a título de limosna», no de pleno derecho. La justicia social, en esta perspectiva, nunca es, por tanto, ante todo cuestión de redistribución: comienza por el reconocimiento de que nadie, fuera de la Divina Voluntad, posee nada con plena verdad —lo que prohíbe de antemano toda apropiación que se afirmara absoluta.

La relación con la Creación obedece a la misma lógica. La Divina Voluntad, enseña Jesús, «aletea sobre todo lo creado» y tomó en ello, desde el primer Fiat, un dominio que nunca cedió: ella es la que permanece «vida y conservación de todas las cosas». El dominio confiado al hombre (Gn 1,28) no es, por tanto, jamás una soberanía autónoma, sino un eco llamado a fundirse en aquella Voluntad primera; el obrar humano sobre la Creación sólo honra su origen en la medida en que prolonga, y no contradice, este don inicial.

Lo mismo vale para la autoridad y el servicio: toda autoridad humana legítima sólo es auténtica en la medida en que se despoja de lo arbitrario para convertirse, a su vez, en verdadero servicio —la misma lógica ya encontrada a propósito de la obediencia en la Iglesia (IX.11, IX.14, XIII.7).

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 1 de mayo de 1926:

> «…sólo ella gozará por derecho las cosas creadas por Mí, porque siendo una mi Voluntad con la suya, lo que es mío es suyo, y con derecho puede decir: 'El cielo, el sol, la tierra y todas las otras cosas son mías, por eso quiero gozármelas, y también para dar honor a la Suprema Voluntad que las ha creado y que reina en mí'. En cambio el alma en la cual no reina mi Querer no tiene ningún derecho, y si las goza es un usurpador, porque no son suyas, es un intruso en mis bienes, pero como mi bondad es tanta le dejo gozar a título de limosna, pero no de derecho. […] Así que quien vive en mi Querer es como reina en medio de la Creación, y Yo gozo sumamente al verla reinante en medio de mis bienes».
>
> *« …essa sola godrà per diritto le cose da Me create, perché essendo la mia Volontà una con la sua, ciò che è mio è suo e con diritto può dire: "Il cielo, il sole, la terra e tutte le altre cose sono mie, perciò voglio godermele, anche per fare onore a quella Suprema Volontà che le ha create e che regna in me." Invece l'anima in cui non regna il mio Volere non ha alcun diritto e se le gode è usurpatore, perché non sono sue, è un intruso nei miei beni e siccome la mia bontà è tanta, le faccio godere a titolo di elemosina, ma non di diritto. […] Onde, la creatura che vive nel mio Volere è come regina in mezzo alla Creazione ed Io godo sommamente nel vederla regnante in mezzo ai miei beni. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 21 de marzo de 1922:

> «Sobre todo lo creado aletea mi Voluntad, no hay cosa en la que mi Querer no tenga su sello; en cuanto pronuncié el Fiat al crear las cosas, mi Querer tomó sobre ellas el dominio y se hizo vida y conservación de todas las cosas. […] Esto fue el único fin de la Creación, que las emanaciones de los quereres fueran continuas […] y entonces tendré la finalidad de la Creación, mi Voluntad se reposará en ellas…».
>
> *« Su tutto il creato aleggia la mia Volontà, non c'è cosa in cui il mio Volere non abbia il*

suggello; come pronunziai il Fiat nel creare le cose, così il mio Volere prese il dominio e si fece vita e conservazione di tutte le cose. […] Fu solo questo lo scopo della Creazione, che le emanazioni dei voleri fossero continue […] ed allora avrò lo scopo della Creazione, la mia Volontà si riposerà in loro… »

Articulación católica. El Catecismo enseña que «los bienes de la creación están destinados a todo el género humano», principio que fundamenta toda la doctrina social sin abolir el derecho de propiedad privada, sino subordinándolo a este destino universal (CIC 2402-2406). Recuerda también, a propósito de la Creación, que el dominio concedido al hombre por el Creador «no es absoluto»: «está regulado por el cuidado de la calidad de la vida del prójimo incluyendo la de las generaciones venideras» y «exige un respeto religioso de la integridad de la creación» (CIC 2415; cf. Gn 1,28). En cuanto a la autoridad, el Evangelio invierte el modelo del poder mundano: «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20,26-28).

Fórmula para recordar. La realeza que el hombre recibió sobre la Creación (Primera parte) nunca fue un derecho de posesión: es un encargo de servicio, que la vida en la Divina Voluntad restaura en su verdad en vez de abolirlo.

Pregunta 15 — ¿Existe una jerarquía en el ejercicio de la caridad?

Respuesta breve. Jesús enseña a Luisa que la caridad que le es más agradable nunca es indiferenciada: se dirige primero a quienes están más cerca de Él, y los más cercanos a su corazón son las almas del purgatorio, confirmadas en su gracia y, sin embargo, impotentes para aliviarse a sí mismas. Viene después, en segundo lugar, la caridad hacia las almas que, en esta misma tierra, viven ya cerca de su Voluntad.

Desarrollo. La sexta pregunta de esta parte mostró que las tres virtudes teologales están injertadas unas en otras a imagen de la misma Trinidad (XII.6). Ahora es preciso aclarar un punto concreto que este mismo *Libro de Cielo* enseña sobre el ejercicio de la caridad misma: el corazón de Jesús nunca la recibe de igual manera según aquellos a quienes se dirige, y Él mismo indica su orden.

Jesús toma una imagen muy sencilla para explicárselo a Luisa: supón, dice, que tuvieras una madre y una hermana que vivieran contigo en un estado de dolor, incapaces de ayudarse a sí mismas, y un extraño que viviera fuera de tu casa, sufriendo también, pero capaz de ayudarse solo: ¿no preferirías que alguien se ocupara en aliviar a tu madre o a tu hermana, antes que a ese extraño? Así sucede, dice Jesús, con la caridad que le es más agradable: se dirige primero a las almas del purgatorio, que son las más cercanas a Él —confirmadas en su gracia, sin oposición alguna entre la voluntad de ellas y la suya, viven continuamente en Él, y Él está obligado a verlas sufrir en sí mismo, sin que puedan darse a sí mismas el más mínimo alivio. Esta «obligación» no expresa límite alguno de la omnipotencia divina: Dios quiso libremente asociar a las almas vivientes a la obra de esta purificación, por amor y no por necesidad, del mismo modo que quiso, desde toda la eternidad, asociar a sus criaturas a la realización de su designio, en vez de realizarlo todo Él solo.

En segundo lugar viene la caridad hacia quienes, aun viviendo todavía en esta tierra, se acercan ya a las almas del purgatorio por su manera de vivir: aman a Jesús, hacen siempre su Voluntad y se interesan por lo que es suyo como si fuera su propio bien. Si tales almas se encuentran a su vez oprimidas o necesitadas, y alguien se ocupa en aliviarlas, esto es más agradable al corazón de Jesús que si se hiciera por cualquier otra persona.

Esta jerarquía no disminuye en nada el mandamiento universal de amar a todo hombre sin excepción —ya recordado en XII.4—: indica solamente, en el interior de esta caridad

universal, dónde se siente más alcanzado el corazón de Jesús, siendo siempre la cercanía de la voluntad, y no el rango o el mérito propio, la verdadera medida.

Esta misma caridad, vivida tan intensamente en su relación con las almas del purgatorio, nunca dispensa de su ejercicio más concreto hacia el prójimo que sufre visiblemente en esta misma tierra. Jesús da Él mismo, en un texto anterior, el signo por el cual se reconoce la verdadera caridad: ama a los pobres, los ayuda y los socorre, no por interés ni por simpatía natural, sino porque ve en ellos, a través de su misma pobreza, la imagen de Dios; mientras que una caridad que se dirige sólo a los ricos, a los semejantes, a aquellos de quienes se espera algo a cambio, sigue siendo una virtud que «comienza de la materia y en la materia termina», sin recibir jamás el «toque divino». Estas obras de misericordia nunca son, por tanto, una caridad de segundo rango, distinta de la que acaba de describirse para las almas del purgatorio: son su prueba visible, el lugar donde la universalidad invisible de un corazón unido a la Divina Voluntad se verifica en el gesto concreto hacia el prójimo que se ve.

El *Libro de Cielo* ofrece, en otro pasaje muy distinto del corpus, una ilustración concreta de esta caridad preferencial: la propia Luisa relata cómo varias almas fueron liberadas del purgatorio por sus propios sufrimientos, unidos a los de Cristo, y cómo esas mismas almas, una vez entradas en la gloria, volvían, unidas a los ángeles, a rodear su cama para confortarla con sus cánticos y darle las gracias. Esta caridad preferencial nunca es, por tanto, de sentido único: atrae, a su vez, un reconocimiento y una ternura que superan a la muerte misma.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 16 de enero de 1901:

> «La caridad más aceptable a Mí es la que se hace por aquellos que me están más cercanos, y los más cercanos a Mí son las almas purgantes, porque ya están confirmadas en mi gracia y no hay ninguna oposición entre mi Voluntad y la suya, viven continuamente en Mí, me aman ardientemente, y estoy obligado a verlas sufrir en Mí mismo, impotentes por sí mismas para darse el más mínimo alivio […] La segunda caridad más aceptable a mi corazón, es por aquellas que, si bien viven sobre esta tierra, pero son casi como las almas purgantes, esto es, me aman, hacen siempre mi Voluntad, se interesan de mis cosas como si fueran propias; ahora, si éstas se encuentran oprimidas, necesitadas, en un estado de sufrimientos, y alguien se ocupa en aliviarlas y ayudarlas, a mi corazón le resulta más agradable que si se les hicieran a otros».
>
> *« La carità più accettevole a Me è per quelli che mi sono più vicini, onde i più vicini a Me sono le anime purganti, perché confermate nella mia grazia e non c'è alcuna opposizione tra la mia Volontà e la loro, vivono continuamente in Me, mi amano ardentemente e son costretto a vederle in Me stesso soffrire, impotenti da per se stesse a darsi il minimo sollievo […] La seconda carità più accettevole al mio cuore, è per quelle che sebbene vivano su questa terra, si avvicinano quasi alle anime purganti, cioè, mi amano, fanno sempre la mia Volontà, s'interessano delle cose mie come se fossero proprie, or, se queste tali si trovano oppresse, bisognose, in stato di sofferenze ed una si occupa a sollevarle ed aiutarle, al mio cuore riesce più gradito che se si facesse ad altri. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 6, 8 de septiembre de 1905:

> «Hija mía, la verdadera caridad es cuando, haciendo el bien al prójimo, se lo hace porque es mi imagen. Toda caridad que sale de este ámbito no puede llamarse caridad; si el alma quiere el mérito de la caridad, no debe salir nunca de este ámbito, es decir, mirar en todo mi imagen. Tan cierto es que la verdadera caridad consiste en esto, que mi misma caridad no sale nunca de este ámbito; ama tanto a la criatura porque es mi imagen; y si con el pecado deforma esta imagen mía, ya no siento amarla, más bien la

aborrezco…»

« Figlia mia, la vera carità è quando facendo il bene al prossimo, lo si fa perché è mia immagine. Tutta la carità che esce da questo ambiente non si può dire carità; se l'anima vuole il merito della carità, non deve mai uscire da questo ambiente di riguardare cioè in tutto la mia immagine. Tanto è vero che la vera carità consiste in questo, che la stessa carità mia non esce mai da questo ambiente; ama tanto la creatura perché immagine mia; e se col peccato deforma questa immagine mia, non mi sento più d'amarla, anzi l'aborrisco… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 8, 2 de septiembre de 1908:

«Hija mía, la señal para conocer si uno tiene verdadera caridad es si ama a los pobres, porque si ama a los ricos y se presta a ellos, puede ser porque espera o porque obtiene algo, o porque simpatiza con ellos, por la nobleza, por el ingenio, por el bello hablar, e incluso por temor; pero si ama a los pobres, los ayuda y los socorre, es porque ve en ellos la imagen de Dios. Por eso no mira la rudeza, la ignorancia, la descortesía ni la miseria. A través de estas miserias, como desde dentro de un cristal, ve a Dios, de quien todo lo espera; y los ama, los ayuda y los consuela como si lo hiciera a Dios mismo: he aquí el bello tipo de la verdadera virtud, que comienza en Dios y termina en Dios; pero lo que comienza en la materia produce materia y termina en la materia.»

« Figlia mia, il segno per conoscere se uno ha vera carità è se ama i poveri, perché se ama i ricchi ed a loro si presta, può essere perché spera o perché ottiene, o perché simpatizza con loro, per la nobiltà, per l'ingegno, per il bel dire, ed anche per il timore; ma se ama i poveri, li aiuta, li sovviene, è perché vede in essi l'immagine di Dio, quindi non guarda la rozzezza, l'ignoranza, la sgarbatezza, la miseria. Attraverso queste miserie, come da dentro un vetro, vede Iddio, da Cui tutto spera e li ama, li aiuta, li consola, come se facesse a Dio stesso, ecco il bel tipo della vera virtù, che da Dio incomincia ed in Dio finisce; ma ciò che incomincia dalla materia, materia produce e nella materia finisce. »

Libro de Cielo, vol. 1:

«Muchas almas del purgatorio fueron liberadas emprendiendo el vuelo hacia el Cielo, y algunos pecadores fueron convertidos, porque mi Divino Esposo a todos hizo partícipes del bien de mis sufrimientos. […] Aquellas almas del purgatorio que habían volado al Cielo, descendían junto con los ángeles y rodeaban mi cama recreándome con sus cánticos y agradeciendo afectuosamente que por mis sufrimientos las había liberado de aquellas penas».

« Molte anime dal purgatorio furono liberate prendendo il volo per il Cielo e parecchi peccatori furono convertiti, perché il mio Divin Sposo a tutti partecipò il bene delle mie sofferenze. […] Quelle anime del purgatorio che erano volate al Cielo scendevano unite con gli angeli e circondavano il mio letto, ricreandomi coi loro cantici e ringraziando affettuosamente ché, per le mie sofferenze, le avevo liberate da quelle pene. »

Articulación católica. La Escritura conoce ya este orden del corazón en la caridad: san Pablo pide que «mientras tenemos ocasión, hagamos el bien a todos, especialmente a la familia de la fe» (Gál 6,10), y Jesús mismo se identifica con quienes sufren: «cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). El Catecismo enseña que la oración por los difuntos y el recurso a la comunión de los santos permiten al pecador «estar antes y más eficazmente purificado de las penas del pecado» (CIC 1475, que se retomará en XIV.11): esta caridad hacia las almas del purgatorio nunca es, por tanto, una devoción secundaria, sino el ejercicio más concreto de la misma comunión de los santos. En cuanto a la «obligación» que Jesús dice experimentar, el Catecismo da de

antemano su justa medida: si Dios se sirve del concurso de sus criaturas para la realización de su designio, «esto no es un signo de debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios todopoderoso» (CIC 306).

El Catecismo reúne la exigencia hacia el prójimo que sufre visiblemente bajo el nombre de obras de misericordia, corporales y espirituales (CIC 2447); Jesús hace de ellas el criterio mismo del juicio final, en el versículo ya citado más arriba (Mt 25,40). Manda, aún más arriba, amar incluso al enemigo: «amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian» (Lc 6,27), mandamiento del que la caridad hacia las almas del purgatorio, ya reconciliadas con Dios, nunca podría dispensar de cumplir hacia los vivos que todavía no lo están. Esta misma caridad ordena, finalmente, el anuncio del Evangelio mismo: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19), último grado, y no el menor, de la universalidad que el Fiat despliega ya en el orden invisible.

Fórmula para recordar. La caridad más agradable a Jesús se dirige primero a las almas del purgatorio, incapaces de aliviarse, y después a las almas de la tierra cercanas a su Voluntad; en todo prójimo reconoce su imagen.

Decimotercera parte — El combate espiritual en la Divina Voluntad

---

Pregunta 1 — ¿Quién es el Adversario, y por qué se opone particularmente a la manifestación del Reino de la Divina Voluntad?

Respuesta breve. El Adversario no es un principio del mal igual a Dios ni una simple figura simbólica: es un ángel, pura criatura espiritual creada buena, que se hizo mala por su propia elección, libre e irrevocable, de rechazar a Dios y su Reino. El Adversario teme a un alma valiente apoyada en Dios más que a cualquier otra cosa, porque nada puede contra ella sin permiso divino. Si se opone con tal furia a la manifestación del Fiat, es porque este Reino, una vez establecido, realizaría precisamente lo que su rebelión originaria quiso impedir: que la criatura no forme más que un solo querer con su Creador.

Desarrollo. Antes de comprender por qué el Adversario se opone con tal furia al Reino del Fiat, es preciso saber quién es —un punto que el *Libro de Cielo*, por entero ocupado como está en el combate concreto de Luisa, no desarrolla por sí mismo, y que solo la doctrina recibida de la Iglesia permite precisar aquí—. Satanás y los demás demonios fueron primero ángeles creados buenos por Dios; se hicieron malos por su propia elección, un rechazo libre y radical de Dios y de su Reino. Es el carácter irrevocable de esta elección, y no un defecto de la misericordia divina, lo que hace que su pecado no tenga remisión. Como criatura, aunque sea un espíritu puro, el Adversario no dispone de poder alguno que no sea primeramente permitido por la providencia divina.

Esta rebelión, la tradición espiritual la ha resumido en la fórmula latina *Non serviam*, «No serviré» —tomada del vocabulario del rechazo de Israel (Jer 2,20), pero aplicada desde hace mucho tiempo a la rebelión del propio ángel caído—. Este rechazo es exactamente lo contrario de lo que es, por parte de la criatura fiel, la vida en el Fiat: no servidumbre ante una voluntad ajena, sino fusión libre del querer creado en el Querer creador. La misma lógica gobierna la tentación del paraíso: la serpiente no propone primero un placer, sino una autonomía —«seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal» (Gén 3,5)—, es decir, un juicio propio sustituido a la obediencia sencilla a la Palabra de Dios. El primer pecado del ángel y el primer pecado del hombre son así, uno y otro, el mismo rechazo originario de dejar que el querer creado se pierda en el Querer divino; y es precisamente este rechazo el que la vida en el Fiat viene a deshacer, pregunta tras pregunta, a lo largo de toda esta obra.

Jesús enseña a Luisa, en el corazón mismo de su período de combate más duro, la paradoja fundamental que rige toda esta cuestión: los demonios no temen nada tanto como a un alma que va en medio de ellos no para ser herida, sino resuelta a vencerlos. Su propia furia es el signo de su impotencia: «quedan espantados, aterrados y quisieran huir, pero no pueden, porque atados por mi Voluntad, están obligados a estarse». Este texto debe regir toda lectura de la presente parte: nunca la descripción de los ataques del Maligno debe hacer olvidar su total sujeción al permiso divino.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «Así son los demonios, nada temen más que a un alma valerosa, toda apoyada en Mí, que con ánimo fuerte va en medio a ellos no para ser herida, sino con la resolución

de herirlos y exterminarlos; los demonios quedan espantados, aterrados y quisieran huir, pero no pueden, porque atados por mi Voluntad, están obligados a estarse para su mayor tormento. Así que no temas de ellos, que nada pueden hacerte sin mi Querer».

« Così sono i demoni, nulla più temono che un'anima coraggiosa, tutta appoggiata a Me, con animo forte va in mezzo a loro non per essere ferita, ma con risoluzione di ferirli e di sterminarli; i demoni restano spaventati, atterriti e vorrebbero fuggire, ma non possono, perché legati dalla mia Volontà e sono costretti a starvi per loro maggior tormento. Dunque non temere loro, ché niente possono farti senza il mio Volere. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que «el diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos» (CIC 391, citando el IV Concilio de Letrán); su caída consiste en «la elección libre de estos espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino» (CIC 392), de la que la Escritura conserva el reflejo en la palabra del tentador: «seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal» (Gén 3,5). Siendo solo una criatura, «poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura», Satanás «no puede impedir la edificación del Reino de Dios» (CIC 395). San Pablo enseña que el combate cristiano «no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Ef 6,12); el Evangelio de Juan llama al demonio «el príncipe de este mundo», ya juzgado y vencido de antemano en el misterio pascual (Jn 12,31; 16,11). El Catecismo recuerda que el Maligno nada puede contra quien se confía a Dios, y que la victoria final sobre él ya ha sido adquirida en Cristo, aunque su combate contra las criaturas prosiga hasta el cumplimiento (CIC 2850-2854).

Fórmula para recordar. El demonio teme al alma que, apoyada en Dios, solo teme a Dios; combate el Reino del Fiat porque realiza lo que su rebelión rechazaba: la unión libre del querer creado con el Querer divino.

Pregunta 2 — ¿Qué es la tentación, y cómo se vive de manera diferente para el alma que vive en el Fiat?

Respuesta breve. Dios permite la tentación no para perder al alma, sino para establecerla más sólidamente en las virtudes que cree estar a punto de perder: al término del combate, se encuentra, dice Jesús, «como un rey que regresa vencedor de una ferocísima guerra», más rica por ese mismo combate de lo que era antes. Sin embargo, una vez que el alma está plenamente establecida en el Fiat, la tentación cambia de naturaleza: el demonio, que no tiene poder para entrar en esta Voluntad ni siquiera deseo de hacerlo, huye de ella más bien que asaltarla.

Desarrollo. Jesús mismo anuncia a Luisa, antes incluso de que comience el período más duro de su combate, el sentido teológico de lo que va a atravesar: va a «ponerla en medio de los demonios», dándoles libertad para atormentarla y tentarla, precisamente «a fin de que cuando haya combatido los vicios con las virtudes opuestas, se encuentre ya en posesión de esas mismas virtudes» que creerá perder. Por tanto, la tentación nunca es, desde esta perspectiva, un simple mal que haya que soportar pasivamente: es el terreno mismo en el que la virtud, puesta a prueba por su contrario, echa raíces y se fortalece.

El ejemplo dado más arriba pertenece, sin embargo, a este período de preparación anterior al pleno establecimiento en el Fiat: Jesús pone así en medio de los demonios, para fortalecerla, a un alma que todavía camina hacia la Divina Voluntad. Una vez que el alma está verdaderamente establecida en el Fiat, el *Libro de Cielo* enseña otra cosa, y de manera aún más decisiva: ya no está sujeta a la tentación, no por una exención exterior, sino

porque el demonio mismo no tiene ni el poder ni la voluntad de entrar en esta Voluntad que es luz y ante la cual sus astucias quedarían inmediatamente expuestas y serían objeto de burla —algo que, dice Jesús, teme más que al mismo infierno y de lo que huye con todas sus fuerzas—. La tentación conserva, por tanto, su papel de preparación y fortalecimiento en el camino que conduce al Fiat; pero para el alma que permanece plenamente en él, la victoria ya no se encuentra solamente al término del combate: es ya, en cierto modo, la condición ordinaria de esta morada.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «Debes saber que quiero ponerte en medio de los demonios, les daré libertad de atormentarte y de tentarte a fin de que cuando hayas combatido los vicios con las virtudes opuestas, te encontrarás ya en posesión de esas mismas virtudes que creías perder, y después, tu alma purificada, embellecida, enriquecida, será como un rey que regresa vencedor de una ferocísima guerra, que mientras creía perder lo que tenía, vuelve en cambio más glorioso y lleno de inmensas riquezas».
>
> *« Sappi dunque che voglio metterti in mezzo ai demoni, darò loro libertà di tormentarti e di tentarti, affinché quando avrai combattuto le virtù coi vizi opposti, già tu ti trovi in possesso di quelle stesse virtù che crederai di perdere e dopo l'anima tua purgata, abbellita, arricchita, sarà come un re che viene vincitore da una fierissima guerra, che mentre credeva di perdere quello che aveva, se ne ritorna invece più glorioso e ripieno di immense ricchezze. »*

Más tarde, cuando Luisa se asombra de no conocer ya la tentación desde hace mucho tiempo, Jesús le da la razón:

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 14 de diciembre de 1912:

> «Hija mía, quien está del todo en mi Voluntad no está sujeto a tentaciones, porque el demonio no tiene el poder de entrar en mi Voluntad, y no sólo esto, sino que el demonio mismo no quiere entrar, porque mi Voluntad es luz, y el alma ante esta luz conocería muy bien sus astucias, por lo tanto se burlaría del enemigo, el cual no tolera estas burlas y le son más terribles que el mismo infiero, y con todas sus fuerzas las rehuye. Prueba a salir de mi Voluntad y verás cuantos enemigos te lloverán encima. Quien está en mi Voluntad lleva siempre en alto la bandera de la victoria, y de los enemigos ninguno osa hacer frente a esta bandera inexpugnable».
>
> *« Figlia mia, chi sta del tutto nella mia Volontà non è soggetto a tentazione, perché il demonio non ha il potere d'entrare nella mia Volontà, non solo, ma lui stesso non vuole entrarci perché la mia Volontà è luce e l'anima innanzi a questa luce conoscerebbe benissimo le sue astuzie, quindi si farebbe beffe del nemico, il quale non ama queste beffe che sono per lui più terribili dello stesso inferno e, a tutto potere, le sfugge. Prova ad uscire dalla mia Volontà e vedrai quanti nemici ti piomberanno addosso. Chi sta nella mia Volontà porta sempre in alto la bandiera della vittoria e nessuno dei nemici ardisce far fronte a questa bandiera inespugnabile. »*

Articulación católica. San Pablo asegura: «Dios es fiel, y él no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que con la tentación hará que encontréis también el modo de poder soportarla» (1 Cor 10,13). Santiago va aún más lejos: «Bienaventurado el hombre que aguanta la prueba, porque, si sale airoso, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman» (Sant 1,12) —texto que se acerca casi palabra por palabra a la imagen del rey victorioso empleada por Jesús con Luisa—.

Fórmula para recordar. La tentación atravesada con Dios afianza las virtudes que parece amenazar; pero ante el alma plenamente establecida en el Fiat, es el demonio quien huye.

Pregunta 3 — ¿Qué es el discernimiento de los espíritus, y cuáles son sus criterios, primero los clásicos y después los propios de la vida en el Fiat?

Respuesta breve. Desde las primeras páginas de su diario, la propia Luisa pide a Jesús la luz necesaria para saber si se trata verdaderamente de Él «o bien ilusión del enemigo» —gesto que debe seguir siendo el primer reflejo de toda alma ante una experiencia espiritual extraordinaria—. Jesús le enseña también un arma concreta: declarar ante el Cielo, la tierra y los mismos demonios la resolución de no ofender jamás a Dios, lo cual basta para cortar de raíz toda inquietud y toda tentación de duda paralizante. Más tarde, una vez establecida en el Fiat, Luisa recibe criterios más específicos de esta misma vida: una paz sin sombra de turbación y una constancia de acción que solo produce la presencia de la Divina Voluntad.

Desarrollo. El discernimiento de los espíritus nunca es, en el corpus, una técnica separada de la humildad y de la obediencia ya enseñadas en otros lugares de esta obra (V.13, IX.11): es, más bien, su ejercicio más concreto. La propia Luisa nunca dio por supuesta la autenticidad de sus experiencias; pide sin cesar la luz para distinguir lo verdadero de lo falso, gesto que debe inspirar a toda alma situada ante una experiencia semejante.

Jesús le enseña, además, un medio práctico para quedar libre de toda «vana aprehensión, de toda duda, de todo temor»: declarar, ante el Cielo, la tierra y los mismos demonios, la resolución de no ofender jamás a Dios, aun a costa de la propia vida, y de no consentir nunca a tentación alguna del demonio. En cuanto el alma siente venir la tentación, le basta recordar esta declaración ya hecha para recuperar inmediatamente la calma, sin perder tiempo preguntándose si ha consentido o no; y el demonio, confundido, ve volverse contra él sus propios artificios, pues el alma se sirve de ellos para multiplicar sus actos de reparación y de amor.

Mucho más tarde en el *Libro de Cielo*, cuando Luisa vive ya desde hace largo tiempo en el Fiat, Jesús le da criterios de otra naturaleza, ajustados esta vez a esta misma vida más que a sus comienzos. El primero se refiere a la calidad de la propia paz: la verdadera señal para conocer si el alma vive en su Voluntad es que, suceda lo que suceda, haya paz —una paz tan total que excluya hasta la sombra de la turbación—; el alma que, en la prueba, se siente solamente resignada, pero todavía turbada, puede decir a lo sumo que está «a la sombra» de esta Voluntad, no todavía plenamente dentro de Ella. El segundo, dado treinta años más tarde, se refiere a la constancia: más allá del amor incesante, la inmutabilidad —la firmeza de un carácter que nunca cambia de acción, nunca se cansa y nunca retrocede— se convierte en la señal de que un alma permanece verdaderamente en el Fiat, mientras que quien no vive en Él se parece, dice Jesús, a una caña agitada por el viento de sus propias pasiones.

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «¡Oh! Mi Sol Jesús, manda otro rayo de luz aun sobre mis labios para que pueda decir la pura verdad, con la única finalidad de conocer si eres verdaderamente Tú o bien ilusión del enemigo».
>
> *« Oh! mio Sole Gesù, un altro raggio di luce ancora sulle mie labbra acciocché possa dire la pura verità, a solo scopo di conoscere se sei Tu veramente oppure è illusione del nemico. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «Jesucristo me enseñó que el medio más eficaz para hacer que el alma quede libre de toda vana aprehensión, de toda duda, de todo temor, era el declarar delante al Cielo, a la tierra y ante los mismos demonios, no querer ofender a Dios, aun a costa de la propia

vida, no querer consentir a cualquier tentación del demonio […] Haciendo así, el alma no perderá tiempo en pensar si consintió o no, porque el sólo recordar la promesa le restituirá la calma…»

« M'insegnò Gesù Cristo che il mezzo più efficace per fare che l'anima resti libera da ogni vana apprensione, da ogni dubbio, da ogni timore, era il professare innanzi al Cielo, alla terra ed agli stessi demoni, di non voler offendere Dio, anche a costo della propria vita, di non voler consentire a qualunque tentazione del demonio […] Facendo così, l'anima non perderà tempo a pensare se sia o no consentito, che il solo ricordarsi della professione, già le restituirà la calma… »

Algunos años más tarde, Jesús da a Luisa un primer criterio propio de la vida en el Fiat, relativo a la calidad misma de la paz:

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 8, 17 de julio de 1907:

«Hija mía, la verdadera señal para conocer si el alma vive en mi Voluntad, es que todo lo que le sucede, en cualquier cosa se desenvuelve la paz, porque mi Voluntad es tan perfecta y santa que no puede producir ni siquiera la sombra de la turbación. Así que si en los conflictos, mortificaciones, amarguras, se siente turbada, no puede decir que está dentro de mi Voluntad; a lo más, si se siente resignada y al mismo tiempo turbada, puede decir que está a la sombra de mi Voluntad, porque estando fuera es dueña de sentirse a sí misma, pero adentro no».

« Figlia mia, il vero segno per conoscere se l'anima vive nella mia Volontà, è che tutto ciò che le succede, in qualunque cosa ci sia la pace, perché la mia Volontà è tanto perfetta e santa che non può produrre neppure l'ombra del turbamento. Onde se nei contrasti, nelle mortificazioni, nelle amarezze, si sente turbata, non può dire che sta nella mia Volontà; al più, se si sente rassegnata ed insieme turbata può dire che sta all'ombra della mia Volontà, ché essendo fuori è padrona di sentire se stessa, ma non dentro. »

Treinta años más tarde, casi al término del *Libro de Cielo*, le da un segundo, referido esta vez a la constancia:

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 36, 25 de abril de 1938:

«…Además del amor incesante, hay otra señal que indica si el alma vive en mi Querer y si Éste reina en ella, y esta señal es la inmutabilidad. No cambiarse jamás del bien al mal es sólo de Dios; un carácter firme, constante, no ser fácil para cambiar de acción, que sólo una paciencia divina puede tener, la constancia de hacer siempre un acto sin cansarse jamás, sin jamás sentir fastidio ni desagrado, es sólo de Dios. Ahora, quien vive en nuestro Fiat siente su inmutabilidad […] y ¡oh! cómo se distingue enseguida quien no vive en Ella: hoy quiere hacer una cosa, mañana otra; una vez le agrada hacer un sacrificio, otra vez huye de él; no se puede fiar de ella, parece una caña que se mueve al soplo de los vientos de sus pasiones.»

« …Oltre all'amore incessante vi è un altro segno che indica se l'anima vive nel mio Volere e vi regna in essa e questo è l'immutabilità. Il non mutarsi mai dal bene al male è solo di Dio; un carattere fermo, costante, né essere facile a cambiare azione, che solo una pazienza divina può avere, la costanza di fare sempre un atto senza mai stancarsi, senza mai provare fastidio, rincrescimento, è solo di Dio. Ora, chi vive nel nostro Fiat sente la sua immutabilità […] ed oh! come si riconosce subito chi non vive in Essa, oggi vuol fare una cosa, domani un'altra; una volta le piace fare un sacrificio, un'altra volta lo fugge, non ci si può fidare di essa, sembra una canna che si muove al soffio dei venti delle sue passioni. » **Articulación católica.** San Juan pide: «no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios» (1 Jn 4,1), primer fundamento

escriturístico de todo discernimiento cristiano. El Catecismo recuerda que el juicio sobre la autenticidad de los carismas corresponde a quienes presiden la Iglesia (CIC 801, LG 12, ya citado en V.12 y IX.11); la tradición espiritual siempre ha conservado, con santa Teresa de Ávila y san Ignacio de Loyola, los criterios de una paz duradera, de la humildad producida y de la docilidad a la autoridad legítima como signos ordinarios de un espíritu bueno. Por tanto, los criterios más tardíos dados a Luisa no añaden nada extraño a esta tradición: radicalizan su exigencia, hasta esa paz sin sombra y esa constancia que ya no son, propiamente hablando, virtudes simplemente adquiridas, sino la marca de una Voluntad que ya no es solamente imitada, sino compartida.

Fórmula para recordar. El discernimiento comienza preguntando humildemente si la experiencia viene de Dios; en el Fiat plenamente establecido, sus signos son una paz sin sombra y una constancia que nada hace variar.

Pregunta 4 — ¿Cómo puede el demonio manipular la imaginación, y cómo reconocer una falsa luz?

Respuesta breve. La imaginación, facultad sensible más cercana a la vida interior, es también la que el demonio manipula con mayor facilidad: unas veces hace pasar por un puro «trabajo de la fantasía» lo que viene realmente de Dios; otras, la puebla de imágenes y terrores que nada tienen de divino. Por tanto, el criterio nunca reside en la vivacidad o extrañeza de la imagen recibida, sino en su fruto prolongado: una paz que ni el sueño, ni la fantasía, ni el propio demonio pueden producir ni sostener a lo largo del tiempo.

Desarrollo. El corpus ofrece un ejemplo concreto de esta táctica: en repetidas ocasiones, el demonio ponía ante Luisa las gracias que había recibido de Dios, presentándoselas unas veces como «un trabajo de su fantasía» y otras, por el contrario, como reales, pero para reprochárselas amargamente, como si hubiera correspondido mal a un don tan grande. La imaginación se convierte así, en manos del demonio, en un instrumento de doble filo: puede poblarse de terrores que nada tienen de divino —Luisa cuenta cómo, al anuncio de un próximo combate, su imaginación se llenó de «negros espectros» que parecían querer devorarla— y puede también servir, después, para hacerla dudar de una gracia auténtica, presentándola como una simple producción mental.

El *Libro de Cielo* ofrece, sin embargo, un criterio positivo para salir de esta duda mucho más tarde en el itinerario de Luisa, cuando ella se pregunta si todo no habrá sido «fantasía, sueño o demonio». Jesús le responde que ni la fantasía, ni el sueño, ni el demonio tienen poder para producir y sostener durante veinticinco años la profunda paz que habita en ella: solo Dios, que es Él mismo todo paz, puede obrar semejante fruto y hacerlo durar. Por tanto, el criterio nunca es la intensidad o extrañeza de lo que la imaginación pudo representar en aquel momento, sino la capacidad del fruto resultante para atravesar los años sin agotarse jamás.

Esta misma duda reaparece finalmente bajo una forma aún más dolorosa cuando la propia Luisa, en un momento de gran sequedad, teme que cuanto Jesús le ha dicho y obrado en su alma no haya sido más que una pura ilusión. De estos tres momentos se desprende una enseñanza común: la duda honesta sobre lo que la imaginación haya podido producir, humildemente sometida al juicio del confesor en vez de a la propia evidencia interior, nunca es por sí misma señal de ilusión; es, por el contrario, la presunción de no dudar jamás la que debería inquietar.

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «Muchas veces los demonios me ponían delante las gracias que el Señor me había hecho, unas veces como un trabajo de mi fantasía […] y otras como verdaderas, y me reprochaban diciendo: "¿Éste es el bien que te quería? ¿Ésta es la recompensa?"»
>
> *« Molte volte i demoni mi mettevano innanzi le grazie che il Signore mi aveva fatto, ora come un lavorio della mia fantasia […] ed ora come vere e mi rimproveravano col dire: "Questo è il bene che ti voleva? Questa è la ricompensa?" » Libro de Cielo*, vol. 1:
>
> «Me sentí helar la sangre, erizar los cabellos y mi imaginación quedó llena de negros espectros que parecía que me querían devorar viva».
>
> *« Mi sentivo gelare il sangue, arricciare i capelli, la mia immaginazione era piena di neri spettri che pareva che mi volessero divorare viva. »*

Mucho más tarde, mientras la propia Luisa duda de la naturaleza de lo que vive, Jesús le da el criterio decisivo:

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 9, 14 de julio de 1909:

> «Hija mía, si fueran fantasías, sueños, demonios, no tendrían tanta fuerza de hacerte poseer la aureola de la paz, y no por un día, sino por veinticinco años, ninguno hubiera podido hacerte respirar esa aura de suave paz dentro y fuera de ti, sólo Aquél que es todo paz […] La fantasía, el sueño, mucho menos el demonio, tienen esta virtud, y mucho menos la pueden infundir a los demás…»
>
> *« Figlia mia, se fossero fantasie, sogni, demoni, non avrebbero tanta forza da farti possedere l'aureola della pace e non per un giorno, ma per ben venticinque anni, nessuno avrebbe potuto farti spirare quell'aura di pace soave dentro e fuori di te, solo Colui che è tutto pace […] La fantasia, il sogno, molto meno il demonio, non hanno questa virtù e molto meno la possono dare agli altri… »*

Articulación católica. San Pablo advierte que «el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Co 11,14), texto fundamental para toda teología de la ilusión mística: el mal más peligroso nunca se presenta como mal, sino como un bien aparente. El Catecismo exige que todo carisma, por luminoso que pueda parecer, permanezca sometido a la referencia y a la sumisión a los pastores de la Iglesia (CIC 801, ya citado en XIII.3), y nunca sea abandonado al solo juicio, por sincero que este sea, de quien lo recibe.

Fórmula para recordar. Ni la vivacidad de una imagen ni la extrañeza de una experiencia prueban su origen; lo que viene de Dios deja una paz profunda y duradera que ni la fantasía, ni el sueño, ni el demonio pueden sostener.

Pregunta 5 — ¿Qué es el orgullo espiritual, y cómo acecha particularmente a las almas avanzadas en la vida interior?

Respuesta breve. Jesús dice que ni siquiera puede entrar en los corazones que «apestan de soberbia»: inflados de sí mismos, no dejan lugar alguno donde Él pueda ponerse. El remedio que enseña inmediatamente es la pequeñez del niño envuelto en pañales, incapaz de dar un paso o hacer un gesto por sí mismo, que todo lo espera de su madre.

Desarrollo. Este texto, uno de los primeros del corpus, sitúa el orgullo espiritual no como una falta entre otras, sino como el obstáculo radical para toda vida interior auténtica: allí donde el corazón está «inflado de sí mismo», ya no queda literalmente lugar para Dios. El peligro es tanto mayor para un alma avanzada en la vida espiritual cuanto que las gracias recibidas pueden convertirse, si no son referidas enteramente a Dios, en la materia misma

de ese orgullo —ya no el orgullo grosero de los vicios ordinarios, sino un orgullo refinado que se alimenta de los propios dones espirituales.

El remedio que Jesús enseña inmediatamente después retoma la imagen ya central de la pequeñez, desarrollada en la Introducción (P.11): permanecer como un niño envuelto en pañales que no puede «mover ni un pie para dar un paso, ni una mano para obrar», sino que todo lo espera de su madre, confesando sin cesar su propia nada. Es esta misma pequeñez, no una competencia adquirida cualquiera, la que protege al alma avanzada del orgullo espiritual: cuanto más recibe, tanto más debe saberse pequeña ante Aquel que da.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «Todo lo contrario en los corazones que apestan de soberbia, ni siquiera puedo entrar en su corazón, porque inflado de ellos mismos no hay lugar donde poderme poner […] Por eso quiero que en este día hagas continuos actos de humildad, quiero que tú estés como un niño envuelto en pañales, que no puede mover ni un pie para dar un paso, ni una mano para obrar, sino que todo lo espera de la madre, así tú te estarás junto a Mí como un niño, rogándome siempre que te asista, que te ayude, confesándome siempre tu nada, en suma, esperando todo de Mí».
>
> *« Tutto all'opposto nei cuori che puzzano di superbia, già neppure posso entrare nel loro cuore, perché, gonfio di loro stessi, non c'è luogo dove potermi mettere […] Perciò voglio che in questo giorno faccia continui atti d'umiltà, voglio che tu stia come un bambino legato in fasce che non può muovere né un piede per dare un passo, né una mano per operare, ma aspetta tutto dalla madre, così tu starai vicina a Me come un bambino, pregandomi sempre che ti assista, che ti aiuti, confessando sempre il tuo nulla, insomma, aspettando tutto da Me. »*

Articulación católica. La Escritura afirma sin rodeos que «Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes» (Sant 4,6; 1 Pe 5,5). El Catecismo sitúa igualmente el orgullo, junto con la vanagloria espiritual, entre los obstáculos más sutiles para la oración verdadera, precisamente porque puede alojarse incluso en los progresos espirituales más reales (CIC 2733, 2559).

Fórmula para recordar. Cuanto más recibe un alma de Dios, tanto más debe hacerse pequeña; lo contrario, la hinchazón ante los dones recibidos, es lo que delata el orgullo espiritual.

Pregunta 6 — ¿Por qué la curiosidad profética es una trampa, y cómo protegerse de ella?

Respuesta breve. La curiosidad profética es una trampa porque desvía la atención de lo que se pide realmente —vivir, desde hoy, en el Fiat— hacia una especulación sobre el futuro que no pertenece ni a la fe ni a la caridad, y que los propios demonios saben explotar para extraviar al alma. Protegerse de ella consiste, por tanto, menos en reprimir una curiosidad que en reorientarla: buscar no cuándo vendrá el Reino, sino cómo vivir en él desde ahora.

Desarrollo. El corpus de Luisa no proporciona ninguna fecha precisa para el cumplimiento del Reino de la Divina Voluntad ni anima jamás a buscarla mediante cálculos. Ofrece solamente, como mostró la Quinta parte (V.3), un ritmo amplio de la providencia —los períodos de dos mil años, cada uno sellado por una renovación del mundo—, dado como firma de un Maestro de la historia que no deja nada al azar, no como horario que haya que comprobar. Recibir esta indicación es, por tanto, plenamente legítimo: forma parte de lo que Jesús ha querido mostrar. Lo que no ha dado —el año, el siglo, el cálculo— sigue

siendo sencillamente lo que ha guardado para Sí. La curiosidad profética constituye una trampa precisamente porque desvía la atención de lo que se pide realmente —vivir, desde hoy, en el Fiat— hacia una especulación sobre el futuro que no pertenece ni a la fe ni a la caridad, sino a una avidez que los propios demonios saben explotar, como muestra XIII.4, para extraviar al alma.

Articulación católica. Jesús responde Él mismo a la cuestión del momento del cumplimiento final: «En cuanto al día y la hora, nadie lo conoce» (Mt 24,36); y, cuando los discípulos le preguntan por los tiempos, responde: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad» (Hch 1,7) — rechazo explícito de toda especulación cronológica, plenamente asumido aquí. El Catecismo condena asimismo toda forma de adivinación o de recurso a prácticas que pretenden desvelar el porvenir, contrarias a la actitud de confianza y de respeto exigida hacia Dios, único dueño de los tiempos (CIC 2115-2116).

Fórmula para recordar. Lo que Dios no ha querido revelar no debe convertirse jamás en objeto de curiosidad; lo que ha revelado —vivir desde hoy en su Querer— basta ampliamente para ocupar toda una vida.

Pregunta 7 — ¿Cómo distinguir la opinión de hombres de Iglesia de la autoridad legítima de la Iglesia, y guardarse de toda desconfianza hacia ella?

Respuesta breve. La propia Luisa conoció, desde los comienzos de su vida mística, juicios eclesiásticos severos y contradictorios —unos la consideraban simuladora, otros exigían que se la corrigiera por la fuerza y otros todavía la juzgaban poseída—, sin permitir jamás que esta dureza humana se convirtiera en motivo de desconfianza hacia la autoridad de la Iglesia misma. La misma distinción vale hoy: la opinión, aunque sea severa, de un hombre de Iglesia considerado individualmente —aunque sea sacerdote— nunca compromete la autoridad de la Iglesia como tal, sobre todo cuando va en contra del juicio emitido por aquellos a quienes corresponde juzgar legítimamente; en todo, siguen siendo necesarias la fidelidad, la obediencia y el respeto hacia la Iglesia misma.

Desarrollo. El corpus refiere, ya desde el volumen 1, que se levantó una verdadera «guerra» entre los sacerdotes a propósito de Luisa: unos decían que fingía, otros reclamaban que se la corrigiera mediante castigos corporales, otros querían hacerla pasar por santa y otros, finalmente, decían que estaba poseída. Esta diversidad de juicios, a veces cruel, habría podido proporcionar a cualquier alma menos afianzada un motivo legítimo de desconfianza hacia aquellos mismos que la juzgaban con tanta dureza y de maneras tan diversas. Nada semejante se produce en Luisa, cuya obediencia incondicional, hasta la sumisión silenciosa de 1938, ya mostraron la Quinta parte (V.11) y la Novena (IX.11, IX.14).

Esta obra extrae de ello un principio válido para toda alma que viva un combate espiritual intenso: la dureza, la incomprensión o incluso el posible error de tal o cual representante de la Iglesia nunca dispensan de la obediencia debida a la Iglesia misma como institución querida por Cristo. Es precisamente en este tipo de prueba donde el demonio trata de infundir la desconfianza, haciendo pasar el sufrimiento legítimo de ser mal juzgado por una razón para sustraerse a la autoridad eclesial.

Esta distinción sigue siendo actual en el caso de la propia Luisa: entre quienes, todavía hoy, ponen en duda la autenticidad o el alcance de sus escritos, algunos son sacerdotes —pero su juicio, por sincero que sea, sigue siendo una opinión privada, no un acto de autoridad, sobre todo cuando va en contra del juicio de las autoridades competentes encargadas de examinar

su causa de beatificación y sus escritos. Seguir la opinión de un hombre de Iglesia contra el juicio legítimamente emitido por la autoridad a la que corresponde juzgar nunca es, aunque aquella proceda de un sacerdote, un acto de obediencia eclesial: por el contrario, es el mismo juicio propio sustituido a la autoridad legítima. Con respecto a Luisa, como ante cualquier causa semejante, la fidelidad requerida consiste en seguir el parecer de las autoridades competentes, permaneciendo obediente y respetuoso incluso cuando una opinión individual, aunque sea eclesiástica, va en sentido contrario. El Anexo E retoma y detalla, caso por caso, varias objeciones de este tipo.

Cita de referencia. *Libro de Cielo*, vol. 1:

> «De aquí me vino una guerra por parte de los sacerdotes, quién decía que era fingimiento, quién que se necesitaban los palos, otros que quería pasar por santa, quién agregaba que estaba endemoniada…»
>
> *« Da questo momento ci fu una guerra da parte dei sacerdoti, chi diceva che era finzione, chi che ci volevano le bastonate, altri che volevano farmi credere santa, chi soggiungeva che ero indemoniata… »*

Articulación católica. Jesús promete a Pedro: «el poder del infierno no la derrotará», hablando de la Iglesia que edifica sobre él (Mt 16,18) —promesa que garantiza la institución misma, no la infalibilidad de cada juicio emitido particularmente por sus miembros. El Catecismo recuerda que la obediencia debida a los pastores legítimos sigue siendo un deber incluso cuando su juicio humano parece severo o incompleto, y la caridad pide entonces el diálogo y la paciencia antes que la ruptura (CIC 87, 2037, ya desarrollado en IX.11). La teología católica distingue asimismo el asentimiento religioso debido al Magisterio auténtico de la Iglesia de la deferencia, siempre más limitada, que reclama la opinión personal de un pastor considerado individualmente, aunque sea severa (cf. LG 25).

Fórmula para recordar. Una opinión particular, por severa que sea, no es el juicio de la Iglesia: a ejemplo de Luisa, el alma no se deja turbar ni desorientar, sino que permanece humilde y obediente, confiándose a la autoridad competente, la única encargada de discernir legítimamente.

Pregunta 8 — ¿Qué es el desaliento espiritual, por qué es tan peligroso y cómo remediarlo?

Respuesta breve. Jesús compara el desaliento con un «humor infeccioso» que penetra hasta la raíz del alma y la seca por completo si no se le pone remedio con el humor contrario. Más temible aún: este mal nunca se presenta como un enemigo, sino como un amigo que parece agonizar con el alma misma —por eso hay que aprender a reconocerlo antes de que se instale.

Desarrollo. Atravesando ella misma, el 4 de febrero de 1900, un estado de profundo desaliento relacionado con la privación sentida de la presencia de Jesús, Luisa recibe una enseñanza precisa sobre la vida interior: el desaliento se compara con un humor infeccioso que alcanza «las más bellas flores y los frutos más agradables» del alma, penetrando hasta el fondo de la raíz, de modo que, si no se le pone remedio regándolo con el humor contrario, seca la raíz misma y hace caer todo el árbol.

Jesús va más lejos al identificar la verdadera naturaleza del peligro: no es el desaliento como sentimiento pasajero lo que mata al alma, sino la desconfianza (*sconfidenza*) que engendra, la cual «deja moribunda al alma» —pensando que debe morir, deja de pensar en adquirir, en hacer fructificar, en embellecerse, en poner remedio a sus males, y esta misma desconfianza

pone, dice Jesús, «a todas las virtudes en peligro de expirar». El texto precisa que este espectro nunca se muestra como un enemigo al que se pudiera combatir a rostro descubierto, sino como un amigo fiel que parece agonizar con el alma misma —esta semejanza engañosa con la compasión es lo que hace tan difícil detectar el mal. El remedio enseñado al día siguiente se resume en una fórmula: no salir nunca del «círculo de la verdad, que es el conocimiento de la propia nada» —la misma pequeñez ya enseñada en XIII.5, vuelta aquí contra el desaliento más que contra el orgullo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 3, 4 de febrero de 1900:

> «…El desaliento es un humor infeccioso que infecta las más bellas flores y los más agradables frutos y penetra hasta el fondo de la raíz, de modo que aquel humor infeccioso, invadiendo todo el árbol, lo marchita, lo vuelve escuálido, y si no se le pone remedio regándolo con el humor contrario, como aquel humor malo se ha introducido hasta la raíz, seca la raíz y hace caer por tierra al árbol. […] ¿No sabes tú que la desconfianza deja moribunda al alma? que pensando en que debe morir no piensa más en nada, ni en adquirir, ni en comerciar, ni en embellecerse más, ni en poner remedio a sus males, no piensa otra cosa sino que para ella todo ha terminado. Y no sólo vuelve al alma moribunda, sino que la desconfianza pone a todas las virtudes en peligro de expirar».
>
> *« …Lo scoraggiamento è un umore infettivo, che infetta i più bei fiori e i più graditi frutti e penetra fino al fondo della radice, in modo che invadendo tutto l'albero, lo rende appassito, squallido e se non vi si pone rimedio con l'innaffiarlo con l'umore contrario, siccome quell'umore cattivo si è introdotto fin nella radice, dissecca la radice e fa cadere l'albero per terra […] Non sai tu che la sconfidenza rende l'anima moribonda? Pensando che deve morire, non pensa più a nulla, né ad acquistare, né a mettere a traffico, né ad abbellirsi di più, né a porre rimedio ai suoi malori, non pensa altro che per lei è finito. E la sconfidenza non solo rende l'anima moribonda, ma rende tutte le virtù vicine a spirare. »*

Articulación católica. El Catecismo incluye el desaliento, junto con la sequedad y la acedia, entre las grandes dificultades de la vida de oración, precisando que a estas tentaciones «conviene responder con humildad, confianza y perseverancia», en vez de ceder a la tentación de abandonarlo todo (CIC 2733, 2753). San Pablo exhorta: «No nos cansemos de hacer el bien» (Gál 6,9, ya citado en VI y XII.13).

Fórmula para recordar. El desaliento nunca se presenta como enemigo declarado; por eso hay que aprender a reconocer, bajo sus apariencias compasivas, el humor que seca silenciosamente la raíz.

Pregunta 9 — ¿Por qué permite Jesús la privación sensible de su presencia, y cómo distinguirla de la aridez contraria a una vida plenamente establecida en el Fiat?

Respuesta breve. Hay que distinguir dos realidades que el *Libro de Cielo* no confunde jamás: la privación —la ausencia sensible de la presencia de Jesús, que Luisa vive constantemente como prueba de constancia y ocasión de purificación del amor propio— y la aridez propiamente dicha, que Jesús declara explícitamente excluida de la vida *plenamente* establecida en su Voluntad, pues esta es enteramente luz y paz. La aridez caracteriza a un alma todavía «a la sombra» del Fiat, no a la vida plenamente establecida en él.

Desarrollo. El alma comprometida en este camino puede temer, equivocadamente, que una

vida en el Fiat debería ser constantemente luminosa y sensible, y turbarse ante la primera sequedad que encuentre —temor que esta pregunta debe disipar, en eco directo de lo que XIII.8 ya ha dicho acerca del desaliento.

Por una parte, Jesús corrige Él mismo a Luisa cuando esta sostiene que el alma en su Voluntad puede sentir aridez y permanecer al mismo tiempo en paz: «en mi Voluntad no entran ni arideces, ni tentaciones, ni defectos, ni inquietudes, ni frialdades, porque mi Voluntad es luz». Este texto, poco frecuente pero nítido, muestra que un alma realmente establecida en el Fiat ya no conoce, propiamente hablando, la aridez clásica de la noche espiritual: la Divina Voluntad, siendo en ella toda luz y bienaventuranza, no podría producir en ella la sombra de la turbación. Un alma que se siente solamente resignada pero turbada, precisa la entrada inmediatamente anterior, fechada el 17 de julio de 1907, se encuentra todavía solo «a la sombra» de esta Voluntad, no plenamente en ella.

Por otra parte, y sin contradicción, Luisa vive constantemente lo que ella misma llama «privación»: la ausencia sensible de la presencia de Jesús, experiencia distinta de la aridez en sentido técnico, que Jesús trata como una auténtica escuela de constancia. Él se lo explica así: la constancia en el bien, a pesar de la privación sentida «como una dura prensa», exprime del alma el amor propio y las satisfacciones naturales, dejando un fruto tan puro que Jesús lo recibe con deleite. Esta privación, por tanto, nunca es señal de alejamiento de la Divina Voluntad, sino, al contrario, la ocasión, para el alma fiel, de una purificación más profunda de todo lo que en ella buscaba todavía un consuelo propio en vez de a Dios solo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 8, 19 de julio de 1907:

> «Hija mía, pon mucha atención cuando hablas de mi Voluntad, porque mi Voluntad es tan feliz que forma nuestra misma bienaventuranza, y la voluntad humana es tan infeliz que, si pudiese entrar en la nuestra, destruiría nuestra felicidad y nos haría guerra; por eso en mi Voluntad no entran ni arideces, ni tentaciones, ni defectos, ni inquietudes, ni frialdades, porque mi Voluntad es luz…»
>
> *« Figlia mia, badaci bene quando parli della mia Volontà, perché la mia Volontà è tanto felice, che forma la nostra stessa beatitudine e la volontà umana è tanto infelice, che, se potesse entrare nella nostra, distruggerebbe la nostra felicità e ci farebbe guerra, perciò nella mia Volontà non entrano né aridità, né tentazioni, né difetti, né inquietudini, né freddezze, perché la mia Volontà è luce… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 18 de septiembre de 1917, acerca de la privación ordinaria de Luisa:

> «Hija mía, paciencia, la constancia en el bien pone todo a salvo, más bien te digo que cuando tú, privada de Mí, luchas entre la vida y la muerte por el dolor de estar privada de tu Jesús, y a pesar de todo esto eres constante en el bien y nada descuidas, no haces otra cosa que exprimirte a ti misma, y al exprimirte sale el amor propio, las satisfacciones naturales, la naturaleza queda como deshecha y queda sólo un zumo tan puro y dulce, que Yo con mucho gusto tomo y me endulzo…»
>
> *« Figlia mia, pazienza, la costanza nel bene mette tutto in salvo, anzi ti dico che quando tu, priva di Me, lotti tra la vita e la morte per il dolore di essere priva del tuo Gesù e, nonostante ciò, sei costante nel bene e nulla trascuri, non fai altro che premere te stessa e, nel premere esce l'amor proprio, le naturali soddisfazioni, la natura resta come disfatta e rimane un succo tanto puro e dolce che Io prendo con tanto gusto che mi raddolcisco… »*

Articulación católica. El propio Catecismo define la sequedad como una dificultad de la oración «en la que el corazón está desprendido, sin gusto por los pensamientos, recuerdos y

sentimientos, incluso espirituales» (CIC 2731) —descripción que coincide exactamente con lo que el *Libro de Cielo* excluye de la vida plenamente establecida en el Fiat. La tradición mística conoce bien esta prueba: con santa Teresa del Niño Jesús, el Catecismo enseña que la oración contemplativa sigue siendo «una comunión de amor portadora de vida para la multitud» incluso cuando supone que «se acepta vivir en la noche de la fe» (CIC 2719) — la sequedad misma haciéndose, en esta tradición, fecunda para los demás sin dejar jamás de ser una prueba. El *Libro de Cielo* no ignora, pues, esta tradición; precisa solamente su término: para el alma que alcanza la plena unión en el Fiat, esta noche misma se desvanece ante una paz que ya no se retira. Cristo promete, en efecto: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27), paz que nunca es ausencia de prueba exterior, sino ausencia de turbación interior para el alma plenamente establecida en Él —exactamente lo que confirma el primer texto citado.

Fórmula para recordar. La privación sensible de Jesús pone a prueba la constancia y purifica el amor propio; la aridez, en cambio, señala un alma todavía a la sombra del Fiat, no una vida plenamente establecida en su luz y su paz.

Pregunta 10 — ¿Cómo participa también el alma que vive en el Fiat en el combate final anunciado en la Escritura?

Respuesta breve. El mismo Adversario, constreñido por la Divina Voluntad, es aquel cuya derrota definitiva anuncia la Escritura. Cada victoria obtenida por un alma sobre la tentación, la ilusión o el desaliento participa, por tanto, en el orden más humilde y cotidiano, de ese mismo combate ya ganado en su principio por la Cruz y plenamente manifestado en el último día.

Desarrollo. No existen dos registros de combate separados —uno minúsculo y cotidiano, otro cósmico y final. El mismo Adversario ya descrito en XIII.1, constreñido por la Divina Voluntad, es aquel cuya derrota definitiva anuncia la Escritura: el combate que cada alma libra contra la ilusión, el orgullo o el desaliento (XIII.3-5, XIII.8) es ya, a su escala, una participación real en la victoria obtenida de una vez para siempre en la Cruz y plenamente manifestada en el último día.

El *Libro de Cielo* da a este principio un rostro concreto en la vida misma de Luisa. Después de años de un combate lleno de pruebas —privaciones, sufrimientos, hasta aquella reclusión casi total en su pequeña habitación—, Jesús le revela que este combate nunca estuvo separado del suyo: al ser uno solo el ideal de ambos, también su victoria es una sola. El combate más personal y escondido —el que Luisa libró en el secreto de su habitación— queda así expresamente unido por el propio Jesús a su propia conquista del Reino, en el mismo espíritu que rige la victoria final anunciada por la Escritura.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 20 de junio de 1926:

> «Hija mía, así que mi ideal y el tuyo son uno mismo, y por lo tanto única nuestra finalidad, ¡bravo, bravo a la hija de mi Voluntad! Y como tu ideal y el mío son uno solo, también tú has sostenido la batalla de largos años para conquistar el Reino de mi Voluntad, has debido soportar penas, privaciones y has estado hasta prisionera en tu habitación, atada a tu pequeño lecho para conquistar aquel Reino tan querido y suspirado por Mí y por ti; a los dos nos ha costado mucho y ahora somos los dos triunfadores y conquistadores…»
>
> *« Figlia mia, sicché il mio ideale ed il tuo sono tutt'uno, quindi unico il nostro scopo, brava, brava la figlia della mia Volontà! E siccome l'ideale tuo e il mio sono tutt'uno,*

anche tu hai sostenuto la battaglia di lunghi anni per conquistare il Regno della mia Volontà, hai dovuto sostenere pene, privazioni e sei stata persino prigioniera nella tua stanzetta, legata nel tuo piccolo letto, per conquistare quel Regno da Me e da te tanto voluto e sospirato; a tutti e due è costato assai e ora siamo tutti e due trionfatori e conquistatori… »

Articulación católica. El Apocalipsis canta la victoria de los hermanos sobre el Acusador: «Ellos lo vencieron en virtud de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio que habían dado, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte» (Ap 12,11) —texto que asocia explícitamente el testimonio fiel de cada creyente a la victoria cósmica ya adquirida. El Catecismo enseña que «La victoria sobre el "príncipe de este mundo" (Jn 14,30) se adquirió de una vez por todas en la Hora en que Jesús se entregó libremente a la muerte para darnos su Vida» (CIC 2853), mientras que el Reino de Cristo, «presente ya en su Iglesia», «aún es objeto de los ataques de los poderes del mal», a pesar de que estos poderes «hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo» (CIC 671) —la Iglesia participa desde ahora, en cada uno de sus miembros, en ese combate cuyo desenlace no deja lugar a duda.

Fórmula para recordar. No existen dos combates —uno minúsculo y cotidiano, otro cósmico y final: es el mismo combate, ya ganado en su principio, el que vuelve a librarse cada día en el corazón de quien rechaza la ilusión, el orgullo y el desaliento.

Pregunta 11 — ¿Cómo permanecer en la paz y la confianza en el corazón mismo del combate?

Respuesta breve. «La humildad sin confianza es virtud falsa», enseña el corpus desde sus primeras páginas: la verdadera humildad no se opone jamás a la paz, sino que, por el contrario, es su condición, puesto que nada de cuanto el demonio pueda intentar puede alcanzar al alma sin el permiso de un Dios de quien ella sabe, con certeza, que no quiere sino su bien.

Desarrollo. Esta última pregunta de la presente parte debe extraer, de todo lo que precede, la disposición interior que las reúne a todas. Un aforismo tan breve como denso, recibido tempranamente en el corpus, da su clave: «La humildad sin confianza es virtud falsa». Este texto debe leerse en eco directo con XIII.5 y XIII.8: la humildad auténtica, la del niño envuelto en pañales que todo lo espera de su madre (XIII.5), no cae jamás en la desconfianza que reseca el alma (XIII.8); permanece, por el contrario, llena de esa confianza que sabe, como recuerda XIII.1, que nada puede sucederle al alma sin que la Divina Voluntad lo permita para su verdadero bien.

El combate espiritual descrito en toda esta parte —tentación, ilusión, orgullo, desaliento, desconfianza— no encuentra, pues, jamás su reposo en la ausencia de combate, sino en esa paz particular que Jesús promete a quien permanece fundado únicamente en Él: una paz que no excluye la lucha, sino que la atraviesa sin ser nunca sacudida por ella, sabiendo que la victoria última no depende de la fuerza propia del alma, sino de la fidelidad de Aquel que la conduce al combate.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 2, 3 de abril de 1899:

«La humildad sin confianza es virtud falsa.»

« L'umiltà senza confidenza è virtù falsa. »

Articulación católica. Jesús dice a sus discípulos, en la víspera de su Pasión: «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33) —palabra que une en una misma frase la realidad del combate y la certeza ya adquirida de la victoria. El Catecismo ve en la última petición del Padrenuestro, «líbranos del mal», la recapitulación de todas las peticiones precedentes, ofrecida a la oración confiada de la Iglesia hasta el cumplimiento final (CIC 2854).

Fórmula para recordar. La paz del combatiente cristiano no procede jamás de la ausencia de combate, sino de la certeza de que Aquel por quien combate ya ha vencido.

Decimocuarta parte — La Divina Voluntad y las realidades últimas

---

Pregunta 1 — ¿Qué es la muerte, y cómo se transforma para el alma que vive en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. Jesús dice a Luisa que el temor extravagante a la muerte es una locura, puesto que cada alma posee ya, como pasaporte para entrar en el Cielo, todos sus méritos, virtudes y obras, que Él ha dado a todos como puro don. Para el alma que vive en el Fiat, desear morir para unirse a Dios se convierte incluso en el más bello homenaje que puede ofrecerle y en la disposición más segura para pasar directamente, sin desvío, por el camino del Cielo.

Desarrollo. Este texto trastoca el temor ordinario a la muerte mediante un desplazamiento de la mirada: el alma nunca debe contar, para franquear este paso, con sus propios méritos, necesariamente insuficientes, sino con los méritos del propio Cristo, dados como puro don a quien los recibe —méritos tanto más eficaces cuanto que el alma misma les ha añadido, mediante su vida en el Fiat, sus propios actos unidos a los de Él. Provista de este «pasaporte segurísimo», dice Jesús, el alma puede entrar donde quiera, y todos, por consideración a ese mismo pasaporte, la respetan y le dan paso.

Jesús va aún más lejos para el alma que ya vive en su Voluntad: ya no se trata solamente de no temer la muerte, sino de llegar a desearla como medio de unión definitiva con Él —deseo que se convierte, dice, en «el homenaje más agradable» que un alma puede ofrecerle y en la disposición más perfecta para purificarse y pasar, sin el menor intervalo, directamente por el camino del Cielo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 4, 6 de enero de 1902:

> «…Hija, en verdad ese temor extravagante de morir es locura, ya que cada uno tiene todos mis méritos, virtudes y obras como pasaporte para entrar al Cielo, habiéndoselos dado en donación a todos, y mucho más si aprovechando esta donación mía ha agregado lo suyo, y con todas estas cosas, ¿qué temor se puede tener de la muerte? Mientras que con este segurísimo pasaporte el alma puede entrar donde quiera, y todos por consideración del pasaporte la respetan y le dan el paso. […] Pero debes saber que el homenaje más agradable que se me pueda ofrecer, es desear morir para unirse Conmigo, y es la más bella disposición del alma para purgarse y sin ningún intervalo pasar directamente por el camino al Cielo».
>
> *« …Figlia, in verità quel timore stravagante di morire è sciocchezza, mentre ognuno ha tutti i miei meriti, virtù ed opere, come passaporto per entrare in Cielo, avendone fatto a tutti donazione, molto più si profittano di questa mia donazione chi ha aggiunto il suo e con tutta questa roba, qual timore si può avere della morte? Mentre con questo sicurissimo passaporto l'anima può entrare dove vuole e tutti, per riguardo del passaporto, la rispettano e le fanno il passaggio. […] sappi che il più gradito omaggio che mi si possa offrire, è desiderare di morire per unirsi a Me ed è la più bella disposizione per l'anima per purgarsi e, senza alcuno intervallo, passare addirittura per la via del Cielo. »*

Articulación católica. San Pablo se atreve a escribir: «Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia» (Flp 1,21), deseo de la muerte como unión definitiva que este texto de Luisa recoge exactamente. El Catecismo enseña que, en la muerte, «Dios llama al hombre hacia sí» y que la muerte cristiana tiene «un sentido positivo» como acceso a la vida (CIC 1010-1011), transformándose así el temor natural ante la muerte, no suprimiéndose, por la esperanza recibida de Cristo resucitado. Santa Teresa de Lisieux resume esta misma certeza en una de sus últimas cartas: «No me muero, entro en la vida» (Carta 244, 9 de junio de 1897) —fórmula que podría servir de epígrafe a este mismo texto del *Libro de Cielo*.

Fórmula para recordar. Cristo da a todos sus méritos como pasaporte seguro para el Cielo; en el Fiat, el temor a la muerte se transforma hasta convertirse en deseo de unirse a Él sin intervalo.

Pregunta 2 — ¿Qué es el juicio particular?

Respuesta breve. El juicio particular es el juicio inmediato que cada alma recibe de Dios en el momento mismo de la muerte, por el cual toda su vida es referida a Cristo y recibe su retribución eterna —el Cielo directamente, una purificación que prepara para él, o el infierno para siempre. El *Libro de Cielo* ilumina este momento con una luz sobrecogedora: en el instante mismo en que el alma abandona el cuerpo, Jesús se presenta ante ella con una ternura extrema para arrancarle, en un último impulso, un acto de dolor, de amor y de adhesión a su Voluntad —pues sin al menos un acto semejante, dice, las puertas del Cielo no se abrirían. Esta «última sorpresa de amor» explica por qué tantas almas, excepto las más obstinadas, se salvan; la propia María interviene en él, en virtud de su autoridad de Madre, para obtener su salvación.

Desarrollo. El juicio particular no designa otra cosa que ese juicio inmediato que cada alma recibe de Dios en el instante de su muerte: toda su vida es referida en él a Cristo, y recibe entonces su retribución eterna, ya se trate de entrar directamente en el Cielo, de prepararse para ello mediante una última purificación, o de condenarse para siempre por un rechazo ya plenamente maduro.

El *Libro de Cielo* revela lo que se juega concretamente en ese instante. Jesús explica que cada vez que una criatura se encuentra entre la vida y la muerte, Él mismo se presenta ante ella, con una amabilidad y una dulzura capaces de endulzar las amarguras de ese momento extremo, y la mira con tanto amor que le arranca «un acto de dolor, un acto de amor, una adhesión» a su Voluntad. Este acto, por mínimo que sea, es el que hace posible la salvación: pues si la criatura no realizara ni siquiera un solo acto de la Voluntad de Dios, dice Jesús, «las puertas del Cielo no se abrirían». Sin esta Voluntad, no hay, por tanto, ni verdadera santidad ni salvación; y es en virtud de esta «última sorpresa de amor» como se salvan, dice Jesús, todas las almas excepto las más obstinadas —aunque después deban pasar por la larga purificación del purgatorio. Jesús llega incluso a llamar a este momento su «pesca diaria», el lugar mismo donde vuelve a encontrar, cada día, al hombre extraviado: lejos de ser un mecanismo excepcional reservado a unos pocos, esta última visita se presenta como una abundante cosecha de almas salvadas, de la que solo se excluyen los más perversos y obstinados.

A este último instante se añade, a lo largo de toda la vida, una segunda enseñanza, dada mucho antes en el corpus: «así como en el día del juicio los buenos se alegrarán al ver la cruz, así desde ahora se puede ver si alguno se salvará o se perderá». La cruz se convierte así, en la enseñanza recibida por Luisa, en «un libro que sin engaño y a claras notas te dice y te hace distinguir al santo del pecador, al perfecto del imperfecto, al fervoroso del tibio»

—un examen continuamente ofrecido mucho antes de la hora de la muerte, y no un veredicto brutal e imprevisible que caería sin relación alguna con la vida ya vivida.

Este signo dado por la cruz, por claro que sea, nunca permite al hombre juzgar definitivamente el estado de un alma, ni el suyo propio ni el de los demás: indica una orientación espiritual real y observable, nunca una sentencia anticipada que sustituiría al juicio de Dios solo. Nadie lee en el corazón de otro, y la paciencia ante la prueba puede coexistir, hasta el último instante, con combates y recaídas que solo Dios mide.

El *Libro de Cielo* revela finalmente, algunos meses más tarde en el corpus, que la propia María interviene en ese momento decisivo: en el lecho de los moribundos, usa su autoridad de Madre recibida de Cristo para obtener su salvación, cubriéndolos y ocultándolos en su amor materno, con un acento que el propio Jesús dice no poder negarle jamás. Por tanto, el alma nunca se presenta sola, ante el solo juicio de la justicia divina, en ese momento decisivo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 35, 22 de marzo de 1938:

> «Ahora bien, debes saber que en ese punto se da la última sorpresa de amor que hacemos a la criatura, y la colmamos de gracias, de luz y de bondad; ponemos en ello tales ternuras de amor que ablandan y vencen los corazones más duros; y cuando la criatura se encuentra entre la vida y la muerte, entre el tiempo que termina y la eternidad que está por comenzar, casi en el acto en el que el alma está por salir del cuerpo, Yo, tu Jesús, me hago ver con una amabilidad que rapta, con una dulzura que encadena y endulza las amarguras de la vida, especialmente las de aquel punto extremo; después la miro, pero con tanto amor de arrancarle un acto de dolor, un acto de amor, una adhesión a mi Voluntad. Ahora, en aquel punto de desengaño, al ver, al tocar con la mano cuánto la hemos amado y la amamos, sienten tal dolor que se arrepienten de no habernos amado, y reconocen nuestra Voluntad como principio y cumplimiento de su vida, y como satisfacción aceptan la muerte, para cumplir un acto de nuestra Voluntad. Porque tú debes saber que si la criatura no hiciera ni siquiera un acto de Voluntad de Dios, las puertas del Cielo no son abiertas, ni es reconocida como heredera de la patria celestial, ni los ángeles ni los santos la pueden admitir entre ellos, ni ella quisiera entrar, porque conocería que no le pertenece. Por eso, sin nuestra Voluntad no hay ni santidad verdadera ni salvación, y cuántos son salvados en virtud de esta nuestra última espía toda de amor, excepto los más perversos y obstinados, si bien les convendrá hacer una larga etapa de purgatorio. Por eso el punto de la muerte es nuestra pesca diaria, el reencuentro del hombre extraviado».
>
> *« Or, tu devi sapere che in quel punto è l'ultima spia d'amore che facciamo alla creatura e la corrediamo di grazie, di luce, di bontà; ci mettiamo tali tenerezze d'amore, da ammollire e vincere i cuori più duri e quando la creatura si trova tra la vita e la morte, tra il tempo che finisce e sta per incominciare l'Eternità, quasi nell'atto in cui l'anima sta per uscire dal corpo, Io, il tuo Gesù, mi faccio vedere con una amabilità che rapisce, con una dolcezza che incatena e raddolcisce le amarezze della vita, specie di quel punto estremo; poi, col mio sguardo, la guardo, ma con tanto amore da strapparle un atto di dolore, un atto d'amore, un'adesione alla mia Volontà. Ora, in quel punto di disinganno, le creature nel vedere, nel toccare con mano quanto le abbiamo amate e amiamo, sentono tale dolore che si pentono di non averci amato e riconoscono la nostra Volontà come principio e compimento della loro vita e come soddisfazione accettano la morte, per compiere un atto di nostra Volontà. Perché tu devi sapere che se la creatura non facesse neppure un atto di Volontà di Dio, le porte del Cielo non verrebbero aperte, né sarebbe riconosciuta come erede della patria celeste, né gli angeli e i santi la potrebbero ammettere fra loro, né lei vorrebbe entrarci, perché conoscerebbe che non*

le appartiene. Perciò senza la nostra Volontà non vi è né Santità vera, né salvezza e quanti, tranne i più perversi e ostinati, vengono salvati in virtù di questa nostra spia tutta d'amore, sebbene converrà loro fare la lunga tappa del purgatorio. Perciò il punto della morte è la nostra pesca giornaliera, il ritrovamento dell'uomo smarrito. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 1:

«Así como en el día del juicio los buenos se alegrarán al ver la cruz, así desde ahora se puede ver si alguno se salvará o se perderá, si al presentarse la cruz el alma la abraza, la lleva con resignación, con paciencia y besa y agradece a la mano que la envía, es señal de que es salvo; si al contrario, al presentarse la cruz se irritan, la desprecian y llegan hasta ofenderme, puedes decir que es una señal de que esa alma se encamina por la vía del infierno […] La cruz dice todo, la cruz es un libro que sin engaño y a claras notas te dice y te hace distinguir al santo del pecador, al perfecto del imperfecto, al fervoroso del tibio».

« Come nel giorno del giudizio i buoni si rallegreranno al vedere la croce, così fin d'ora si può vedere se uno dev'essere salvo o perduto, se al presentarsi della croce l'anima l'abbraccia, se la porta con rassegnazione, con pazienza e bacia e ringrazia quella mano che l'invia, eccoti il segno che è salva. Se al contrario al presentarsi della croce s'irrita, la disprezza e giunge fino ad offendermi, puoi dire, è segno che è un'anima che s'incammina per la via dell'inferno […] Tutto dice la croce, la croce è un libro che senza inganno ed a chiare note ti dice e fa distinguere il santo dal peccatore, il perfetto dall'imperfetto, il fervoroso dal tiepido. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 36, 28 de diciembre de 1938:

«… su Maternidad corre en todas partes, cuando la criatura está en peligro de caer en pecado, corre, los cubre con su Maternidad a fin de que no caigan, y si han caído deja su Maternidad como ayuda y defensa para hacerla levantarse. […] Su Maternidad hace alarde sobre el lecho de los moribundos, y valiéndose de los derechos de autoridad de Madre, dados por Mí, me dice con acento tan tierno que Yo no puedo negarle nada: "Hijo mío, soy Madre, y son hijos míos, debo ponerlos a salvo; si no me concedes esto mi Maternidad quedará afligida". Y mientras esto dice, los cubre con su amor, los esconde en su Maternidad para ponerlos a salvo».

« … la sua Maternità corre ovunque, nei pericoli di cadere in peccato corre, copre le creature con la sua Maternità affinché non cadano e, se sono cadute, lascia la sua Maternità come aiuto e difesa per farle rialzare. […] La sua Maternità fa sfoggio sul letto dei morenti e avvalendosi dei diritti di autorità di Madre, dati da Me, mi dice con accento così tenero, che Io non posso negarle: "Figlio mio, sono Madre e sono figli miei, devo metterli in salvo. Se ciò non mi concedi, la mia Maternità ne risente." E mentre dice ciò li copre col suo Amore, li nasconde nella sua Maternità per metterli in salvo. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que cada hombre recibe, en su alma inmortal, su retribución eterna desde su muerte, en un juicio particular que refiere su vida a Cristo: bien mediante una purificación, bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del Cielo, bien para condenarse inmediatamente para siempre (CIC 1021-1022). La Carta a los Hebreos recuerda: «Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez; y después de la muerte, el juicio» (Heb 9,27) —juicio del que esta obra, siguiendo el texto de Luisa, se niega a hacer un acontecimiento exterior a la vida ya vivida. Es importante distinguir cuidadosamente este texto de una hipótesis teológica distinta, llamada a veces «opción final» o «decisión final» —asociada especialmente a los teólogos L. Boros y P. Glorieux—, según la cual la muerte ofrecería a toda alma —incluida la que nunca hubiera oído el Evangelio o lo hubiera rechazado siempre— una lucidez y una libertad

nuevas que le permitirían decidirse a favor o en contra de Dios independientemente de la orientación tomada durante toda su vida. Esta hipótesis, juzgada en tensión con la enseñanza tradicional sobre la unicidad de la vida y la retribución inmediata según el estado en que uno se encuentra al morir, ha sido severamente criticada por la teología católica. Nada semejante hay en el texto de Luisa: el acto que Jesús «arranca» en él al alma nunca se presenta como una decisión inédita, independiente de lo que ha precedido, sino como el último fruto de toda una vida ya orientada —el propio texto dice que las criaturas «reconocen nuestra Voluntad como principio y cumplimiento de su vida»— y precisa explícitamente que «los más perversos y obstinados» no se salvan mediante este último signo de amor: es toda su vida, y no únicamente ese instante, la que sigue siendo decisiva. Esta última gracia se inscribe así en la continuidad de toda una vida de búsqueda divina, no como una excepción que la contradijera. Sin retomar los elementos más discutidos de una u otra hipótesis teológica privada acerca de la naturaleza exacta de ese momento, el propio Magisterio abre un espacio para comprenderlo de otro modo que como un puro instante cronométrico: Benedicto XVI enseña que «el encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio», y que el «momento» transformador de este encuentro «está fuera del alcance del cronometraje terrenal. Es tiempo del corazón, tiempo del "paso" a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo» (*Spe salvi*, 47). Es en este espacio, abierto por el Magisterio sin precisar más su naturaleza, donde puede inscribirse legítimamente el acto que describe el texto de Luisa. La intervención materna de María en esta hora decisiva tampoco es extraña a la fe común: es exactamente lo que toda la Iglesia pide cada día en el Avemaría: «ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte».

Fórmula para recordar. A la hora de la muerte, Jesús ofrece su «última sorpresa de amor» para arrancar al alma un acto de dolor, amor y adhesión a su Voluntad; María misma interviene como Madre.

Pregunta 3 — ¿Qué es el purgatorio, y qué aporta a su comprensión la vida en el Fiat?

Respuesta breve. El purgatorio es ese estado de purificación final, después de la muerte, para las almas que mueren en la gracia de Dios pero todavía imperfectamente purificadas, antes de entrar en la alegría del Cielo. El *Libro de Cielo* enseña que la vida en el Fiat cambia profundamente lo que allí está en juego: el alma que vive verdaderamente en la Divina Voluntad no puede, dice Jesús, ir al purgatorio, porque esta misma Voluntad «anticipa» ya en esta tierra el trabajo de purificación que el purgatorio realizaría después de la muerte —de modo que, al morir, el alma emprende directamente el vuelo hacia el Cielo. Esta misma Voluntad determina también la eficacia de los sufragios ofrecidos por las almas que, habiendo vivido en el Fiat sin haberle sido perfectamente fieles, pasan pese a todo por una purificación abreviada: sus actos les han formado «caminos» por los cuales la oración de los vivos puede alcanzarlas y apresurar su paso al Cielo; y cuanto más vive también quien ora en esta misma Voluntad, más encuentra su oración esos caminos y da fruto.

Desarrollo. El purgatorio nunca es, en la doctrina católica, un lugar de castigo vindicativo, sino el estado de purificación final de quienes mueren en la amistad de Dios, pero todavía imperfectamente purificados, antes de entrar en la alegría del Cielo.

El *Libro de Cielo* aporta a esta doctrina una precisión propia de la vida en el Fiat. Jesús enseña que quien hace verdaderamente su Voluntad no puede absolutamente ir al purgatorio, porque esta Voluntad purifica al alma de todo, habiéndola guardado tan celosamente a lo largo de la vida; a lo sumo subsiste alguna pequeña falta, que la misma

Voluntad purifica instantáneamente con su propia luz antes de revelarse a ella. Más tarde, Jesús precisa el mecanismo de esta gracia: en cuanto el alma decide verdaderamente vivir en su Voluntad, el Fiat forma en ella como un «purgatorio anticipado», purificándola de antemano de todo lo que pudiera impedir que esta vida se formara en ella —pues el pecado y la Divina Voluntad no pueden coexistir. Esta es, dice Jesús, la condición misma para que la petición del Padrenuestro, «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo», se convierta en una realidad y no en una simple manera de hablar: en el Cielo, donde reina esta Voluntad, no hay ni pecado ni purgatorio; lo mismo sucede, por tanto, ya en esta tierra, para el alma en la que reina verdaderamente.

El *Libro de Cielo* enseña además que esta misma Voluntad rige la eficacia de los sufragios ofrecidos por las almas que pasan realmente por esta purificación —y este texto distingue en realidad tres casos, sin contradecir jamás lo que acaba de decirse. El alma que siempre y continuamente ha vivido en el Fiat no tiene, repite Jesús, ningún camino hacia el purgatorio: su vía es directa al Cielo, exactamente como acaba de establecerse. Pero el alma que ha reconocido y seguido esta Voluntad «en gran parte», sin haberle sido fiel en todo y siempre, se forma, mediante cada uno de sus actos hechos en el Fiat, otros tantos «caminos» por los cuales podrá recibir, desde la tierra, el auxilio de la oración —de modo que el purgatorio la envía enseguida al Cielo. El alma que nunca ha vivido en esta Voluntad, finalmente, apenas tiene caminos de este género, y los sufragios que se le ofrecen difícilmente logran alcanzarla. Esta eficacia depende, por lo demás, de los dos extremos del vínculo: la propia oración, si es ofrecida por un alma ajena a la Divina Voluntad, tampoco logra encontrar ese camino para subir. Orar por las almas del purgatorio sigue siendo, por tanto, un deber de caridad siempre vigente; el *Libro de Cielo* añade esta precisión propia del Fiat: es esta misma Voluntad, vivida en ambos lados del intercambio, la que hace realmente practicable este puente —y la que explica, entre la plena fidelidad que evita el purgatorio y la ausencia total de vida en el Fiat, este caso intermedio de una purificación abreviada y ya llena de esperanza.

El corpus ofrece un ejemplo concreto y sobrecogedor de lo que puede ser, para el alma que vive en el Fiat, un sufragio semejante. Un antiguo confesor difunto de Luisa se le aparece un día para recordarle un sufragio que ella le había ofrecido, sin que ella misma lo recordara: se había sumergido en la Divina Voluntad y había «tomado su poder, la inmensidad de su amor, el valor inmenso de las penas del Hijo de Dios y de todas las cualidades divinas», para derramarlas sobre él. El confesor lo recuerda como un baño de luz y de amor que le ahorró años enteros de purificación, y suplica a Luisa: «repítemelo, repítemelo». Orar por un alma del purgatorio, en el Fiat, no consiste nunca en recitar una fórmula: consiste en sumergirse uno mismo en esta Voluntad para dejarle derramar, por medio del alma que ora, lo más rico que contiene.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 8 de marzo de 1914:

> «…Hija mía, quien hace mi Voluntad, absolutamente no puede ir al purgatorio, porque mi Voluntad purga al alma de todo, y habiéndola tenido en vida tan celosamente custodiada en mi Querer, ¿cómo podré permitir que el fuego del purgatorio la toque? Además, a lo más le podrá faltar algún adorno, y mi Voluntad antes de develarle la Divinidad, la va adornando de todo lo que le falta y luego me develo».
>
> *« …Figlia mia, chi fa la mia Volontà, non può assolutamente andare in purgatorio, perché la mia Volontà purga l'anima di tutto ed avendola tenuta sì gelosa in vita, custodita nel mio Volere, come potrò permettere che il fuoco del purgatorio la tocchi? E poi, al più le potrà mancare qualche abbigliamento e la mia Volontà, prima di svelarle la Divinità, l'abbaglia di tutto ciò che le manca e poi mi svelo. »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 33, 27 de octubre de 1935:

«…Hija mía, tú debes saber que en cuanto la criatura se decide verdaderamente a querer vivir en mi Divina Voluntad, y a cualquier costo no hacer jamás la suya, mi Fiat, con un amor indecible forma el germen de su Vida en el fondo del alma, esto tiene tal potencia, tal santidad, que no crece si primero no pone en su lugar al alma, liberándola de sus debilidades, miserias y manchas si las hay, se puede decir que forma el purgatorio anticipado, purgándola de todo lo que pudiera impedir que una Vida de Voluntad Divina se formara en ella, porque Voluntad mía y pecados no pueden coexistir, ni estar juntos […] Por eso la primera cosa que hace mi Voluntad es quitar de enfrente el purgatorio, haciéndolo hacer anticipado para estar más libre de hacerla vivir en Ella […] Por lo que si la criatura muriera después de un acto decidido y querido de vivir en mi Querer, tomará el vuelo hacia el Cielo […] y si esto no fuera, no se podría decir: "Hágase tu Voluntad como en el Cielo así en la tierra", sería un modo de decir, no una realidad; en el Cielo, porque Ella reina, no hay pecados ni purgatorio, así en la tierra, si reina en el alma, no puede haber ni pecado, ni temor de purgatorio».

« …Figlia mia, tu devi sapere che appena la creatura decide veramente di voler vivere nella mia Divina Volontà ed a qualunque costo di non mai fare la sua, il mio Fiat, con un amore indicibile, forma il germe della sua vita nel fondo dell'anima, questo ha tal potenza, ha tale santità, che non cresce se prima non mette a posto l'anima, liberandola dalle sue debolezze, dalle miserie e dalle macchie, se ci sono, si può dire che forma il purgatorio anticipato, purgandola di tutto ciò che possa impedire che una vita di Volontà Divina si formi in essa, perché Volontà mia e peccati non possono esistere, né stare insieme […] Quindi la prima cosa che fa la mia Volontà è di togliere di mezzo il purgatorio, facendolo fare anticipato, per essere più libero di farla vivere in Essa […] Onde se la creatura muore dopo un atto deciso e voluto di vivere nel mio Volere, prenderà il volo verso il Cielo […] e se ciò non fosse, non si potrebbe dire: "sia fatta la tua Volontà come in Cielo così in terra"; sarebbe un modo di dire, non una realtà, in Cielo siccome Essa regna non ci sono né peccati, né purgatorio, così in terra se regna nell'anima, non ci possono essere né peccato, né timore di purgatorio. »

Libro de Cielo, vol. 20, 3 de noviembre de 1926 — título editorial de la entrada, seguido de las palabras de Jesús a Luisa:

«…Hija mía, por cuanto más estuvieron sometidas a mi Voluntad las almas que han pasado a la otra vida, por cuantos más actos hicieron en Ella, tantas más vías se formaron para recibir los sufragios de la tierra. Así que por cuanto más hicieron mi Voluntad, formándose las vías de comunicación de los bienes que hay en mi Iglesia y que me pertenecen, no hay vía que se hayan hecho que no les lleven, a quién un alivio, a quién una oración, a quién una disminución de penas; los sufragios caminan por estas vías reales de mi Querer para llevar a cada una el mérito, el fruto y el capital que se han formado en mi Voluntad, por eso sin Ella no hay vías ni medios para recibir los sufragios. Si bien los sufragios y todo lo que hace la Iglesia descienden siempre al purgatorio, pero van a aquellos que se formaron las vías, para los demás que no hicieron mi Voluntad, las vías están cerradas o bien de hecho no existen, y si se salvaron es porque al menos en el punto de muerte reconocieron el supremo dominio de mi Querer, lo han adorado y se han sometido a Él, y este último acto los ha puesto a salvo, de otra manera no podrían ni siquiera salvarse. Para quien ha hecho siempre mi Voluntad no existen vías para el purgatorio, su vía es directa al Cielo; quien no en todo y siempre, pero en gran parte ha reconocido mi Querer y se ha sometido a Él, se ha formado tantas vías y recibe tanto, que enseguida el purgatorio la envía al Cielo. Ahora, así como las almas purgantes para recibir los sufragios debían haberse

formado las vías, así los vivientes, para mandar los sufragios deben hacer mi Voluntad para formarse las vías y hacer subir los sufragios al purgatorio; si hacen sufragios y de mi Voluntad están alejados, sus sufragios, faltando la comunicación de Ella, que es la única que une y vincula a todos, no encontrarán el camino para llegar, los pies para caminar, la fuerza para dar el alivio, serán sufragios sin vida, porque falta la verdadera Vida de mi Querer, que es el único que tiene virtud de dar vida a todos los bienes.»

« …Figlia mia, quanto più le anime passate all'altra riva sono state sottoposte alla mia Volontà, quanti più atti hanno fatto in Essa, tante più vie si son formate per ricevere i suffragi dalla terra. Sicché quanto più hanno fatto la mia Volontà tanto più hanno formato le vie di comunicazione dei beni che ci sono nella Chiesa e che mi appartengono, non c'è via da loro fatta che non porti a chi un sollievo, a chi una prece, a chi una diminuzione di pene; i suffragi camminano in queste vie regie del mio Volere, per portare a ciascuna il merito, il frutto ed il capitale che s'è formato nella mia Volontà, perciò senza di Essa non ci sono vie e mezzi per ricevere i suffragi. Sebbene i suffragi e tutto ciò che fa la Chiesa scendano sempre nel Purgatorio; ma vanno a coloro che si son formate le vie, per gli altri che non hanno fatto la mia Volontà, le vie son chiuse oppure non esistono affatto. E se si son salvati è perché almeno in punto di morte hanno riconosciuto il Supremo dominio del mio Volere, l'hanno adorato e si son sottoposti ad Esso e quest'ultimo atto li ha messi in salvo, altrimenti non avrebbero potuto neppure salvarsi. Per chi ha fatto sempre la mia Volontà non esistono vie per il purgatorio, la sua via è diritta per il Cielo. E chi non in tutto e per sempre, ma in gran parte ha riconosciuto il mio Volere e si è sottoposto, si è formato tante VIE e riceve tanto che subito il purgatorio lo spedisce al Cielo. Ora come le anime purganti per ricevere i suffragi devono formarsi le vie, così i viventi per mandare i suffragi devono fare la mia Volontà per formare le vie, per fare salire i suffragi nel Purgatorio. Se fanno i suffragi e son lontani dalla mia Volontà, i loro suffragi, mancando la comunicazione di Essa che sola unisce e vincola tutti, non troveranno la via per salire, i piedi per camminare, la forza per dare il sollievo, saranno suffragi senza vita, perché manca la vera vita del mio volere che ha virtù di dar vita a tutti i beni. » Libro de Cielo, vol. 12, 14 de marzo de 1919:

«Mientras me encontraba en mi habitual estado, me he encontrado fuera de mí misma y veía a mi confesor difunto […] Después ha agregado: "Tú una vez me hiciste un bello sufragio, si supieras el bien que me hiciste, el refrigerio que sentí, los años que desconté". Y yo: "No recuerdo, dime cuál fue y te lo repito". Y él: "Entraste en el Querer Divino y tomaste su poder, la inmensidad de su amor, el valor inmenso de las penas del Hijo de Dios y de todas las cualidades divinas, luego viniste y todo lo derramaste sobre mí, y conforme tú me lo derramabas, yo recibía el baño del amor que contiene el poder divino, el baño de la belleza, el baño de la sangre de Jesús y de todas las cualidades divinas; ¿quién te puede decir el bien que me hiciste? Todos eran baños que contenían un poder y una inmensidad divina; repítemelo, repítemelo».

« Mentre mi trovavo nel solito mio stato, mi son trovata fuori di me stessa e ho visto un mio confessore defunto […] Poi ha soggiunto: "Tu una volta mi facesti un bel suffragio, se sapessi il bene che mi facesti, il refrigerio che provai, gli anni che scontai!" Ed io: "Non ricordo, dimmi quale fu, in modo che te lo ripeta." E lui: "T'immergesti nel Voler Divino e prendesti il suo potere, l'immensità del suo amore, il valore immenso delle pene del Figliuolo di Dio e di tutte le qualità divine, venisti su di me e me le versasti e, come tu me le versavi, io ricevevo il bagno dell'amore che contiene il potere divino, il bagno della bellezza, il bagno del sangue di Gesù e di tutte le qualità divine; chi ti può dire il bene che mi facesti? Erano tutti bagni che contenevano un potere ed un'immensità

divina; ripetimelo, ripetimelo.” »

Articulación católica. El Catecismo enseña que «desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor», en particular el sacrificio eucarístico, «para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios» (CIC 1032, 1030-1031). El segundo libro de los Macabeos ofrece el fundamento escriturístico más antiguo de esta práctica: «Por eso, encargó un sacrificio de expiación por los muertos, para que fueran liberados del pecado» (2 Mac 12,46). El vínculo que el *Libro de Cielo* establece entre el purgatorio anticipado y la petición «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo» (Mt 6,10) retoma, sin añadirle una doctrina nueva, el alcance que la propia Iglesia reconoce a esta petición del Padrenuestro.

Fórmula para recordar. El Fiat forma ya en esta tierra un «purgatorio anticipado» y abre el camino recto del Cielo; para las almas aún en purificación, los actos hechos en la Divina Voluntad trazan los caminos por los que les llegan los sufragios.

Pregunta 4 — ¿Qué es el infierno, y por qué su existencia no contradice la bondad de Dios?

Respuesta breve. Jesús enseña que su presencia no cambia jamás: es el estado del alma el que determina si esa misma presencia se recibe como atracción y vida, o se padece como rechazo y sufrimiento. Dios, por tanto, nunca se venga arbitrariamente: en el juicio manifiesta en verdad la elección de la criatura, ya hecha definitiva. El infierno no es una simple impresión subjetiva, sino la separación definitiva de la comunión con Dios, libremente elegida por el rechazo obstinado de su amor; el alma mala experimenta entonces como rechazo aquello que, para el alma buena, es fuente de toda alegría.

Desarrollo. Interrogada por su confesor acerca del terror de ver a Dios «indignado» el día del juicio, Luisa objeta primero que no podría haber en Dios indignación alguna, sino más bien un efecto diferente según el estado del alma que recibe su presencia —intuición teológica que Jesús confirma enseguida y profundiza: «Yo no me cambio, sino que según cambia la criatura así siente los diversos efectos de mi presencia». Quien me ama, dice, no puede temerme, pues siente todo mi Ser correr en el suyo y formar allí su propia vida; pero el alma mala, privada de esa misma vida, siente esa misma presencia divina como un peso que la oprime y la rechaza lejos de sí.

Este texto ofrece una clave preciosa para comprender el infierno sin hacer jamás de Dios un juez vindicativo: el infierno no es un castigo añadido arbitrariamente desde fuera, sino la consecuencia definitiva del rechazo libre y obstinado de la comunión con Dios. La diferencia de experiencia descrita por Jesús manifiesta su dimensión interior, pero no la agota: en el juicio particular, Dios manifiesta y juzga en verdad la elección del alma, que se hace irrevocable con la muerte. La pena del infierno es, por tanto, objetiva —privación definitiva de la comunión con Dios—, a la vez que inseparable de la manera en que una libertad obstinadamente cerrada recibe desde entonces su presencia.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 8, 5 de septiembre de 1908:

> «Hija mía, está bien dicho que Yo no me cambio, sino que según cambia la criatura así siente los diversos efectos de mi presencia. En efecto, ¿cómo puede temer quien me ama, si siente correr todo mi Ser en el suyo y Él forma su misma vida? ¿Puede temer de mi Santidad si ella toma parte de esa misma Santidad?»
>
> *« Figlia mia, sta ben detto, non mi cambio, ma a seconda che si cambia la creatura così sente i diversi effetti della mia presenza. Difatti, come può temere chi mi ama, se si*

sente scorrere tutto il mio Essere nel suo e vi forma la sua stessa vita? Può temere della mia Santità, se alla stessa Santità essa prende parte? »

Articulación católica. El Catecismo enseña que el infierno consiste precisamente en «la autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados», de la que el hombre sigue siendo siempre libre de apartarse mediante el pecado grave no arrepentido (CIC 1033, 1037): nunca es Dios quien condena arbitrariamente, sino la criatura la que, mediante una elección libre y definitiva, se cierra ella misma al amor que nunca deja de ofrecérsele. San Juan lo anuncia ya: «Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz» (Jn 3,19).

Fórmula para recordar. Dios no cambia jamás de rostro; es el corazón el que, al negarse a amarlo, transforma él mismo su presencia en tormento.

Pregunta 5 — ¿Qué es el Cielo, fin último de toda esperanza cristiana?

Respuesta breve. El Cielo es la comunión perfecta y definitiva de vida y de amor con la Santísima Trinidad: el estado de felicidad suprema al que aspira toda vida cristiana y que colma, más allá de toda expectativa, el deseo de felicidad inscrito en el corazón del hombre. Ningún reinado terrestre de la Divina Voluntad, por real y deseado que sea, podría ni reemplazarlo ni anticipársele en el orden de los fines: el Cielo sigue siendo el fin último y absoluto hacia el cual tiende toda esperanza cristiana.

Desarrollo. La Undécima parte (XI.12) ya estableció que el Cielo sigue siendo el fin último de toda esperanza cristiana. Esta primacía nunca entra en rivalidad con la esperanza del Reino terrestre del Fiat que esta obra despliega por otra parte: es, por el contrario, su condición más profunda. Precisamente porque nada en esta tierra, ni siquiera el Reino de la Divina Voluntad ya esperado aquí abajo, puede igualar la comunión perfecta prometida en el Cielo, ese mismo Reino terrestre conserva siempre su verdadero rostro: no un fin en sí mismo, sino un anticipo, una preparación, un camino que conduce a esa comunión sin pretender jamás sustituirla. Vivir en el Fiat desde esta tierra nunca desvía, por tanto, del Cielo; al contrario, prepara para él con mayor seguridad que cualquier otro camino, puesto que ya es, a su manera, vivir de él por anticipado.

Articulación católica. El Catecismo define el Cielo como «esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella» y como «el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha»; recuerda asimismo que solo Dios colma el deseo natural de felicidad inscrito en el corazón del hombre (CIC 1023-1024, 1718). San Pablo confiesa no poder siquiera expresar «lo que Dios ha preparado para los que lo aman», realidades que «ni el ojo vio, ni el oído oyó» (1 Co 2,9).

Fórmula para recordar. El Cielo es la comunión perfecta y definitiva con la Trinidad; ningún Reino esperado en la tierra lo sustituye ni rivaliza con este fin último.

Pregunta 6 — ¿Qué es la resurrección de la carne?

Respuesta breve. La propia misa, enseña Luisa, nos recuerda que nuestros cuerpos, deshechos y reducidos a cenizas por la muerte, resucitarán el día del juicio con Cristo, para una vida inmortal y gloriosa —verdad que Jesús le presenta como uno de los misterios más consoladores y sublimes de toda la religión cristiana, junto con su presencia

eucarística. Esta misma Voluntad da también al alma, ya desde esta tierra, como una anticipación espiritual de esta resurrección: cada acto hecho en el Fiat es ya, dice Jesús, «una resurrección divina» que el alma recibe por adelantado.

Desarrollo. Este texto —tomado de la misma meditación sobre la misa, «Reflexiones sobre la Santa Misa», ya utilizada en IX.13 por lo que dice del sentido mismo de la misa y del ritmo consagración-consunción-nueva consagración— asocia, en una misma contemplación, dos misterios que la fe cristiana une íntimamente: la presencia real de Jesús en la Eucaristía y la resurrección futura de los cuerpos. El propio Jesús designa estas dos realidades como «los misterios más altos y sublimes de nuestra santa religión» y como «la cosa más consoladora para un cristiano» —asociando así estrechamente el sacramento ya recibido aquí abajo con la esperanza corporal que lo llevará a su cumplimiento en el último día.

El *Libro de Cielo* enseña además, en un pasaje completamente distinto del corpus, que esta resurrección futura encuentra ya, para el alma que vive en el Fiat, una anticipación espiritual real. Jesús explica que su propia Resurrección corporal es el símbolo de lo que acontece al alma establecida en su Voluntad: cada acto, cada palabra, cada paso hecho en este Fiat es, dice, «una resurrección divina que el alma recibe», una marca de gloria, una salida de sí misma para entrar en la propia Divinidad. Esta anticipación espiritual nunca reemplaza la resurrección futura de los cuerpos, que, por el contrario, prepara y cuya luz y potencia lleva ya en el alma.

Cita de Luisa. *Libro de Cielo*, vol. 1, «Reflexiones sobre la Santa Misa» — texto ya presentado en IX.13:

> «La misa nos dice también que nuestros cuerpos deshechos, reducidos a cenizas por la muerte, resurgirán en el día del juicio junto con Cristo a vida inmortal y gloriosa. Jesús me hacía comprender que la cosa más consoladora para un cristiano y los misterios más altos y sublimes de nuestra santa religión son: Jesús en el Sacramento y la resurrección de nuestros cuerpos a la gloria.»
>
> *« La messa ci dice pure che i nostri corpi disfatti, inceneriti dalla morte, risorgeranno nel giorno del giudizio insieme con Cristo a vita immortale e gloriosa. Gesù mi faceva comprendere che la cosa più consolante per un cristiano ed i misteri più alti e sublimi della nostra santa religione sono: Gesù in sacramento e la resurrezione dei nostri corpi alla gloria. »* Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 12, 15 de abril de 1919:
>
> «Hija mía, al crear el cielo, primero creé las estrellas como astros menores, y después creé el sol, astro mayor, dotándolo de tal luz, de eclipsar a todas las estrellas, como escondiéndolas en sí, constituyéndolo rey de las estrellas y de toda la naturaleza. Es mi costumbre hacer primero las cosas menores, como preparativo a las cosas mayores, y éstas como corona de las cosas menores. […] Los santos que han vivido al reflejo de mi Humanidad y como a la sombra de mi Voluntad, serán las estrellas; y aquellas, si bien han venido después, serán los soles.
>
> ¡Ah! hija mía, la verdadera felicidad la lleva mi Voluntad, sólo Ella encierra todos los bienes en el alma, y haciéndose corona en torno al alma, la constituye reina de la verdadera felicidad; solamente ellas serán reinas de mi trono, porque son parto de mi Querer. Tan es verdad esto, que aquella gente no fue feliz, muchos me vieron, pero no me conocieron, porque mi Querer no residía en ellos como centro de vida, por tanto, a pesar de que me vieron permanecieron infelices, y sólo aquellos que tuvieron el bien de recibir en sus corazones el germen de mi Querer, se dispusieron a recibir el bien de verme resucitado. Ahora, el portento de mi Redención fue la Resurrección, –que más que refulgente sol coronó mi Humanidad, haciendo resplandecer aún mis más pequeños actos con un esplendor y maravilla tal, que hicieron quedar estupefactos a

Cielo y tierra–, que será principio, fundamento y cumplimiento de todos los bienes, corona y gloria de todos los bienaventurados; mi Resurrección es el verdadero sol que glorifica dignamente a mi Humanidad, es el sol de la Religión Católica, es la verdadera gloria de cada cristiano; sin la Resurrección habría sido como el cielo sin sol, sin calor y sin vida. Ahora, mi Resurrección es símbolo de las almas que formarán la santidad en mi Querer; los santos de los siglos pasados son símbolos de mi Humanidad, que si bien resignados, no han tenido actitud continua en mi Querer, por tanto no han recibido la marca del sol de mi Resurrección, sino la marca de las obras de mi Humanidad antes de la Resurrección, por eso serán muchos, casi como estrellas me formarán un bello ornamento al cielo de mi Humanidad, pero los santos del vivir en mi Querer, que simbolizarán mi Humanidad resucitada, serán pocos; en efecto, mi Humanidad antes de morir, fue vista por muchas turbas y multitudes de gentes, pero mi Humanidad resucitada la vieron pocos, solamente los creyentes, los más dispuestos, y podría decir que sólo aquellos que contenían el germen de mi Querer, porque si no lo hubieran tenido, les habría faltado la vista necesaria para poder ver a mi Humanidad gloriosa y resucitada, y por tanto ser espectadores de mi subida al Cielo.

Ahora, si mi Resurrección simboliza a los santos del vivir en mi Querer, es con razón, porque cada acto, palabra, paso, etc., hecho en mi Querer es una resurrección divina que el alma recibe, es la marca de gloria que recibe, es un salir de sí para entrar en la Divinidad y esconderse en el refulgente sol de mi Querer, y ahí ama, obra, piensa; ¿qué maravilla entonces si el alma queda toda resucitada y fundida en el mismo sol de mi gloria y simboliza mi Humanidad resucitada?»

« Figlia mia, nel creare il cielo, prima creai le stelle come astri minori e poi creai il sole, astro maggiore, dotandolo di tale luce da eclissare tutte le stelle, come nascondendole in sé, costituendolo re delle stelle e di tutta la natura. E' mio solito fare prima le cose minori, come preparativo alle cose maggiori e queste, come corona delle cose minori. […] i santi che sono vissuti allo specchio della mia Umanità e come all'ombra della mia Volontà, saranno le stelle; quelli, che verranno dopo, saranno i soli. »

« Ah! figlia mia, la vera felicità la porta la mia Volontà, solo Essa racchiude tutti i beni nell'anima e, facendosi corona intorno all'anima, la costituisce regina della vera felicità; esse sole saranno regine del mio trono, perché sono parto del mio Volere. E' tanto vero questo, che quella gente non fu felice, molti mi videro, ma non mi conobbero, perché il mio Volere non risiedeva in loro come centro di vita, quindi, anche se mi videro rimasero infelici e solo quelli che ricevettero il bene di ricevere nei loro cuori il germe del mio Volere, si disposero a ricevere il bene di vedermi risorto. Ora, il portento della mia Redenzione fu la Risurrezione, che, più che fulgido sole, coronò la mia Umanità, facendo splendere anche i miei più piccoli atti d'uno splendore e meraviglia tale, da far stupire Cielo e terra. La Risurrezione sarà principio, fondamento e compimento di tutti i beni, corona e gloria di tutti i beati; la mia Risurrezione è il vero sole che glorifica degnamente la mia Umanità, è il sole della religione cattolica, è la vera gloria di ogni cristiano; senza di Essa sarebbe stato come il cielo senza sole, senza calore e senza vita. Ora, la mia Risurrezione è simbolo delle anime che formeranno la santità nel mio Volere; i santi di questi secoli passati sono simboli della mia Umanità, che sebbene rassegnati, non hanno avuto attitudine continua nel mio Volere, quindi non hanno ricevuto l'impronta del sole della mia Risurrezione, ma l'impronta delle opere della mia Umanità prima della Risurrezione, perciò saranno molti, quasi come stelle formeranno un bell'ornamento al cielo della mia Umanità, ma i santi del vivere nel mio Volere, che simboleggeranno la mia Umanità risorta, saranno pochi; difatti, molte turbe e folle di gente videro la mia Umanità prima di morire, ma pochi videro la mia Umanità risorta , i soli credenti, i più disposti e potrei dire, solo quelli che contenevano il germe del mio

Volere, perchè se non avessero avuto ciò, sarebbe mancata loro la vista necessaria per poter vedere la mia Umanità gloriosa e risorta, e quindi per essere spettatori della mia salita al Cielo. »

« Ora se la mia Risurrezione simboleggia i santi del vivere nel mio Volere e questo con ragione, perché ogni atto, parola, passo, ecc., fatto nel mio Volere è una risurrezione divina che l'anima riceve, è un'impronta di gloria che subisce, è un uscire di sé per entrare nella Divinità e nascondersi nel fulgido sole del mio Volere in cui ama, opera, pensa; che meraviglia se l'anima resta tutta risorta ed immedesimata nello stesso sole della mia gloria e simboleggia la mia Umanità risorta? » **Articulación católica.** El Símbolo de los Apóstoles confiesa «la resurrección de la carne», dogma central que el Catecismo recuerda al enseñar que Dios, en su omnipotencia, «dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús» (CIC 988, 997). San Pablo desarrolla ampliamente esta esperanza: «se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible […] se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual» (1 Co 15,42-44).

Fórmula para recordar. La resurrección hará nuestros cuerpos inmortales y gloriosos con Cristo; ya en esta tierra, cada acto hecho en el Fiat es una «resurrección divina», anticipación y no sustitución de la gloria final.

Pregunta 7 — ¿Qué es el juicio final, y qué relación tiene con el Reino esperado en la tierra, ya tratado en XI?

Respuesta breve. En el día del juicio, dice un confesor de Luisa al expresar un temor clásico, los malos exclamarán ante Dios indignado: «¡Montes, sepúltenos, destrúyanos, a fin de que no veamos la cara de Dios indignado!» —imagen severa que la propia Luisa matiza enseguida al recordar que nunca es Dios quien cambia de rostro, sino el alma la que, según su propio estado, siente su presencia como alegría o como terror. Este juicio final, público y universal, no guarda ninguna continuidad cronológica con el Reino terrestre del Fiat: es su clausura definitiva, no una etapa entre otras.

Desarrollo. El juicio final se distingue del juicio particular (XIV.2) por su alcance universal y público: ya no es solamente cada alma tomada por separado la que es juzgada, sino la humanidad entera, en la manifestación pública y definitiva de la justicia y de la misericordia de Dios ante toda la creación. El texto referido por el confesor de Luisa, aunque refleje una sensibilidad de su tiempo, conserva su valor si se lee a la luz de XIV.4: el terror de los réprobos ante «la cara de Dios indignado» nunca es signo de un cambio en Dios mismo, sino la manifestación última y ya sin velo alguno de aquello que su propio rechazo ha vuelto insoportable para ellos.

Este juicio final no mantiene ningún vínculo de continuidad temporal con el Reino terrestre de la Divina Voluntad tal como lo definió la Undécima parte: este Reino, cualquiera que sea la plenitud esperada, permanece enteramente dentro de la historia todavía en curso, mientras que el juicio final marca su clausura absoluta y la entrada en la eternidad definitiva. Confundir ambos registros sería recaer precisamente en el error milenarista que XI.6 ya descartó firmemente.

Cita de referencia. *Libro de Cielo*, vol. 8, 5 de septiembre de 1908:

«Hablando con el confesor, él decía: "¡Qué terrible será ver a Dios indignado! Tan es verdad, que en el día del juicio los malos dirán: '¡Montes, sepúltenos, destrúyanos, a fin de que no veamos la cara de Dios indignado!' "»

« Parlando col confessore, lui diceva: “Quanto sarà terribile vedere Dio sdegnato! Tanto è vero, che nel giorno del giudizio i cattivi diranno: Monti, seppelliteci, distruggeteci, affinché non vediamo la faccia di Dio sdegnato.” »

Articulación católica. El Apocalipsis describe esta misma escena: los hombres dicen «a los montes y a las rocas: “Caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono”» (Ap 6,16), texto que el confesor de Luisa retoma casi literalmente. El Catecismo enseña que el juicio final revelará, hasta en sus últimas consecuencias, el bien que cada uno haya hecho o haya dejado de hacer durante su vida terrena, y manifestará plenamente la justicia de Dios ante toda la creación (CIC 1038-1039).

Fórmula para recordar. El juicio final no prolonga el Reino terrestre esperado: lo clausura, como toda historia encuentra un día su última palabra.

Pregunta 8 — ¿Qué es la creación nueva y la visión beatífica?

Respuesta breve. La Humanidad de Jesús, dice Él a Luisa, gozaba ya durante su vida terrena de la visión beatífica, sin que esta se le separara jamás, ni siquiera en lo más intenso de su Pasión. Para el alma que vive en el Fiat, cada acto hecho en la Divina Voluntad despliega ya aquí abajo, a su medida, como un «nuevo cielo» de santidad, de luz y de gloria —prefiguración real, aún no consumada, de la creación nueva en la que esa misma Voluntad reinará sin compartir su dominio.

Desarrollo. Jesús revela a Luisa un aspecto clásico de la teología cristológica, raras veces desarrollado con esta precisión fuera de los tratados eruditos: su Humanidad, unida hipostáticamente a su Divinidad, gozaba ya en esta tierra de la visión beatífica, «que no se le separaba jamás», mientras sufría simultáneamente, en su carne, todo el horror del pecado que tomaba sobre sí para repararlo —alegría y dolor coexistían sin destruirse mutuamente. Esta paradoja cristológica ilumina, por analogía lejana, lo que vive el alma que se entrega enteramente a la Divina Voluntad: también ella puede experimentar, entremezcladas, la paz profunda de la unión con Dios y las pruebas todavía permitidas de la vida terrena.

Un segundo texto describe cómo cada acto hecho en el Fiat forma ya, aquí abajo, «un nuevo cielo que se extiende sobre la cabeza del alma, uno más bello que el otro» —cielo cuyo aire es «divino» y lleva consigo santidad, amor, luz y fortaleza. Jesús precisa que su Voluntad, en el Cielo, es ya «confirmante, beatificante» y está cumplida en las obras de los santos; pero en la tierra, en el alma que la deja reinar, «mientras obra se deleita en extender nuevos cielos», formando así, acto tras acto, una anticipación real de la creación nueva en la que reinará plenamente y sin obstáculo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 11, 9 de julio de 1915:

> «Yo era Hombre y Dios; como Dios contenía en Mí todas las felicidades, bienaventuranzas, bellezas y todos los bienes que poseo. Mi Humanidad, por una parte, tomaba parte de mi Divinidad y, por lo tanto, era bienaventurada, feliz; su visión beatífica no se le separaba jamás…»
>
> *« Io ero Uomo e Dio, come Dio contenevo in Me tutte le felicità, le beatitudini, le bellezze e tutti i beni che posseggo. La mia Umanità da una parte prendeva parte della mia Divinità e quindi era beata, felice, la sua visione beatifica non le sfuggiva mai… »*

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 17, 15 de febrero de 1925:

«Hija de mi Voluntad, cada acto en mi Voluntad es un nuevo cielo que se extiende sobre la cabeza del alma, uno más bello que el otro. El aire de estos cielos es divino y lleva consigo santidad, amor, luz, fortaleza, y contiene todos los gustos juntos; por eso se lo siente balsámico y dulce. Mi Voluntad, en el Cielo, es confirmante, beatificante, felicitante, penetrante por todas partes, transformante y divinizante todo en Sí misma; en cambio, en el alma que posee en la tierra estos nuevos cielos de mi Voluntad, es obrante y, mientras obra, se deleita en extender nuevos cielos.»

« Figlia della mia Volontà, ogni atto nella mia Volontà è un nuovo cielo che si stende sul capo dell'anima, uno più bello dell'altro. L'aria di questi cieli è divina e porta con sé: santità, amore, luce, fortezza e contiene tutti i gusti insieme, perciò si sente balsamica e dolce. La mia Volontà nel Cielo è confermante, beatificante, felicitante e penetrante ovunque, trasformante, divinizzante tutto in Sé; invece nell'anima che possiede questi nuovi cieli della mia Volontà in terra, è operante e, mentre opera, si diletta di stendere nuovi cieli. »

Articulación católica. San Juan contempla «un cielo nuevo y una tierra nueva» donde Dios «enjugará toda lágrima de sus ojos» (Ap 21,1-4), creación nueva de la que el Catecismo enseña que transformará la humanidad y el mundo, restaurados en su estado definitivo (CIC 1042-1043). La propia visión beatífica consiste en ver a Dios «tal cual es», «cara a cara» (CIC 1023; 1 Jn 3,2) —plenitud de la que la Humanidad de Cristo gozaba ya, según la doctrina clásica, desde su vida terrena.

Fórmula para recordar. Cada acto hecho en el Fiat despliega ya aquí abajo un «nuevo cielo» de santidad, luz y gloria, prefiguración real de la nueva creación y de la visión beatífica.

Pregunta 9 — ¿Cómo une concretamente la comunión de los santos la tierra, el purgatorio y el Cielo?

Respuesta breve. Las almas liberadas del purgatorio por los sufrimientos de Luisa descendían de nuevo para rodearla y darle las gracias con sus cánticos: este intercambio concreto entre un alma todavía en la tierra y almas ya entradas en el Cielo ilustra, mejor que ninguna definición abstracta, lo que es realmente la comunión de los santos —un solo y mismo cuerpo en el que el bien hecho por unos aprovecha realmente a los otros, más allá incluso de la frontera de la muerte.

Desarrollo. El texto ya citado en XIV.3 ofrece una ilustración vivida de lo que es la comunión de los santos: las almas liberadas del purgatorio no se limitan a subir al Cielo sin retorno; vuelven, unidas a los ángeles, a rodear la cama de aquella cuyos sufrimientos las liberaron, para consolarla y darle las gracias. Este movimiento en doble sentido —la tierra que ayuda al purgatorio, el Cielo que desciende de nuevo para consolar a la tierra— expresa, con más fuerza que un tratado, lo que afirma la doctrina común de la Iglesia.

Cita de referencia. Recordatorio de XIV.3, *Libro de Cielo*, vol. 1:

«Aquellas almas del purgatorio que habían volado al Cielo descendían unidas a los ángeles y rodeaban mi cama, recreándome con sus cánticos y agradeciéndome afectuosamente porque, por mis sufrimientos, las había liberado de aquellas penas.»

« Quelle anime del purgatorio che erano volate al Cielo scendevano unite con gli angeli e circondavano il mio letto, ricreandomi coi loro cantici e ringraziando affettuosamente ché, per le mie sofferenze, le avevo liberate da quelle pene. »

Articulación católica. El Catecismo define la comunión de los santos como la unión, en Cristo, de la Iglesia todavía peregrina en la tierra, de las almas que concluyen su purificación y de los bienaventurados ya en la gloria, todos unidos por un mismo amor y un intercambio real de bienes espirituales (CIC 954-957). El Símbolo de los Apóstoles confiesa esta comunión en un solo artículo de fe, inmediatamente después de la Iglesia misma —signo de su vínculo indisociable.

Fórmula para recordar. La muerte nunca rompe el vínculo de caridad entre los miembros del mismo Cuerpo; revela, por el contrario, toda su fecundidad.

Pregunta 10 — ¿Qué valor eterno tienen, ya desde aquí abajo, los actos hechos en la Divina Voluntad?

Respuesta breve. La Undécima parte ya ha establecido que todo acto hecho en la Divina Voluntad recibe de Dios una confirmación que lo hace «imperecedero, siempre nuevo, fresco, de una belleza encantadora» (XI.1): esta misma verdad, ya plenamente enunciada, encuentra aquí su lugar natural de conclusión, puesto que el valor eterno de los actos es precisamente lo que enlaza, sin ruptura, la vida presente con la vida que no termina.

Desarrollo. Como la Undécima parte ya lo estableció con la cita del vol. 29, 16 de mayo de 1931 (XI.1), cada acto hecho en el Fiat, «confirmado por Dios como acto divino», recibe un sello que lo hace inmutable y lo pone definitivamente a salvo de toda corrupción futura. Esta Decimocuarta parte se limita a extraer de ello la consecuencia escatológica más directa: si tales actos son ya, desde ahora, imperecederos, entonces nada de cuanto se haya vivido en el Fiat durante una vida entera se perderá el día del juicio (XIV.7) ni en la eternidad del Cielo (XIV.5) —al contrario, estos mismos actos, ya sellados, formarán la materia misma de la gloria propia de cada alma, lo que XIV.8 ya ha comenzado a mostrar mediante la imagen de los «nuevos cielos» siempre desplegados.

Cita de referencia. Recordatorio de XI.1, Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 16 de mayo de 1931:

> «Hija mía, todos los actos hechos por la criatura en la Divina Voluntad son confirmados por Dios como actos divinos, y esta confirmación forma la vida de los mismos actos, que son sellados con el sello divino como actos imperecederos, siempre nuevos, frescos y de una belleza encantadora. […] Mira, pues, qué significa hacer y vivir en mi Divina Voluntad: estar bajo el imperio de una fuerza creadora y confirmadora, que pone al seguro todos los actos de la criatura, volviéndolos inmutables.»
>
> *« Figlia mia, tutti gli atti fatti dalla creatura nella Divina Volontà sono confermati da Dio come atti divini e questa confermazione forma la vita degli stessi atti che vengono suggellati col suggello divino, come atti imperituri sempre nuovi, freschi e d'una beltà incantevole. […] Vedi dunque che significa fare e vivere nella mia Divina Volontà: stare sotto l'impero d'una forza creatrice e confermatrice, che mette al sicuro tutti gli atti della creatura, rendendoli immutabili. »*

Articulación católica. El Apocalipsis promete: «¡Bienaventurados los muertos, los que mueren en el Señor! Sí —dice el Espíritu—, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan» (Ap 14,13) —el fundamento escriturístico está ahí: nada de lo que se realiza queda encerrado en el tiempo presente. Lo propio del Fiat, anunciado desde la Introducción, es la cualidad divina de esos actos, que atraviesan así la muerte. El Catecismo enseña igualmente que las obras buenas realizadas en estado de gracia llevan un fruto que permanece para la vida eterna (CIC 1038, 2011).

Fórmula para recordar. Confirmado por Dios como acto divino, todo acto hecho en el Fiat se vuelve imperecedero, siempre nuevo y de una belleza que nunca se corrompe.

Pregunta 11 — ¿Cómo conducen al Cielo los actos hechos en la Divina Voluntad y abren vías de auxilio a las almas del purgatorio?

Respuesta breve. Los actos hechos en la Divina Voluntad no permanecen ni siquiera un instante junto al alma que acaba de realizarlos: Jesús revela que, apenas formados, emprenden el vuelo hacia el Cielo, donde los bienaventurados los acogen y los conducen al puesto de honor en torno al trono supremo —un camino que Jesús mismo llama el «camino regio». Los actos solamente buenos, pero no hechos en esta Voluntad, siguen, en cambio, vías tortuosas: esperan al alma en el purgatorio para purificarse allí con ella, antes de llegar al Cielo a un puesto secundario. El alma que lo ha dado todo a la Divina Voluntad no tiene, por tanto, propiamente hablando, vía alguna hacia el purgatorio: también su vía es directa al Cielo —y conserva incluso, desde esta tierra, un acceso directo a las almas que todavía sufren allí.

Desarrollo. La Décima parte mostró cómo la Pasión de Jesús repara por todos (X.5, X.7); esta parte ya ha presentado, en XIV.3, la solidaridad concreta entre un alma en la tierra y las almas del purgatorio, en el episodio en que varias de ellas, liberadas por los sufrimientos de Luisa, descendían de nuevo para confortarla. Ahora es preciso determinar el mecanismo mismo de esta solidaridad, tal como Jesús se lo revela a Luisa: ¿qué papel desempeña, muy precisamente, el hecho de haber vivido o no en la Divina Voluntad?

Un texto del *Libro de Cielo*, en forma de diálogo, da a este destino su nombre mismo. Jesús pregunta a Luisa: «¿quienes son los que van por el camino regio como propiedad de la Patria Celestial, y toman los puestos más honorables y dan gloria divina a su Creador?» —y Él mismo responde: «Los actos hechos en mi Voluntad». Cuando uno de tales actos deja la tierra, precisa, los Cielos se inclinan, todos los bienaventurados le salen al encuentro y lo acompañan hasta el puesto de honor en torno al trono supremo, donde «se sienten todos glorificados» porque la Voluntad eterna ha triunfado en el acto de la criatura. Los actos solamente buenos, pero no hechos en esta Voluntad, siguen un camino completamente distinto: parten por vías tortuosas y hacen una larga parada en el purgatorio, donde —precisa el texto— esperan a la propia criatura para purificarse con ella por vía de fuego, antes de llegar al Cielo a un puesto solamente secundario.

Jesús insiste entonces en la diferencia entre ambos destinos: «¿Ves la gran diferencia?», pregunta a Luisa. Los actos hechos en su Voluntad, apenas formados, ni siquiera permanecen junto a la criatura que acaba de realizarlos: «porque siendo cosa de Cielo no pueden quedar sobre la tierra», y enseguida emprenden el vuelo hacia su patria. Más aún, todos los ángeles y los santos reclaman en el Cielo como suyo lo que ha sido hecho por la Divina Voluntad, «porque todo lo que es hecho por Ella, tanto en la tierra como en el Cielo, todo es propiedad de la Patria Celestial» —cada uno de esos actos, hasta el más pequeño, es fuente de alegrías y bienaventuranzas eternas que pertenecen a todo el Cielo.

Otro texto aplica este mismo principio, ya no al destino de cada acto considerado aisladamente, sino al destino de la propia alma después de su muerte. Jesús explica que cada alma que ha pasado a la otra vida se ha formado, mediante los actos que hizo en la Divina Voluntad durante su vida, unas «vías» por las que pueden llegarle los sufragios de la tierra —como caminos ya trazados entre ella y la Iglesia que reza por ella. Cuanto más ha vivido un alma en el Fiat, más numerosas y abiertas están estas vías; cuanto menos ha vivido en él, menos existen, o incluso no existen en absoluto —salvo que, al menos en el

momento de la muerte, haya reconocido y adorado el soberano dominio de esta Voluntad, bastando entonces este último acto para ponerla a salvo. «Para quien ha hecho siempre mi Voluntad —dice Jesús— no existen vías para el purgatorio, su vía es directa al Cielo.»

Esta misma Voluntad condiciona también, en sentido inverso, la capacidad de prestar auxilio: así como las almas del purgatorio deben haberse formado vías para recibir los sufragios, los vivos deben vivir ellos mismos en esta Voluntad para formar las vías por las que sus sufragios puedan subir. Y el alma que posee esta Voluntad en plenitud ni siquiera necesita vías particulares: poseyendo en sí misma el camino regio, tiene acceso a todos los puntos de aquella «cárcel profunda», para llevar allí directamente alivio y liberación.

Este camino directo no debe entenderse jamás como una garantía automática de salvación ni como una dispensa del temor saludable ante el juicio: designa la potencia purificadora de los actos realizados en la Divina Voluntad, siempre dentro de la gracia, de la perseverancia final y de la misericordia de Dios —nunca un mecanismo que dispensara al alma de permanecer vigilante hasta el final, ni un derecho que pudiera hacer valer por sí misma.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 30, 16 de febrero de 1932:

> «…Hija mía, tú debes saber que cada acto de criatura tiene su puesto en torno a Dios, así como cada estrella tiene su puesto bajo la bóveda del cielo, así los actos de ellas, cada uno tiene su lugar, pero ¿quienes son los que van por el camino regio como propiedad de la Patria Celestial, y toman los puestos más honorables y dan gloria divina a su Creador? Los actos hechos en mi Voluntad. Cuando uno de estos actos parten de la tierra, se inclinan los Cielos, todos los bienaventurados le salen al encuentro y acompañan aquel acto al puesto de honor en torno al trono supremo. En ese acto se sienten todos glorificados, porque la Voluntad eterna ha triunfado en el acto de la criatura, y ahí ha puesto su acto divino. En cambio los actos no hechos en mi Voluntad, y quizá aun buenos, no parten por el camino regio, parten por las vías tortuosas y hacen una larga parada para ir al purgatorio, y ahí esperan a la criatura para purificarse juntos a vía de fuego, y cuando terminan de purificarse, entonces parten para el Cielo para tomar su puesto, pero no en los puestos de primer orden, sino en los puestos secundarios. ¿Ves la gran diferencia? Los primeros actos, no apenas formados, no quedan ni siquiera junto con la criatura, porque siendo cosa de Cielo no pueden quedar sobre la tierra, y por eso rápidamente emprenden el vuelo a su patria, y no sólo eso, sino que todos los ángeles y santos reclaman en el Cielo lo que ha sido hecho por la Divina Voluntad como cosa de ellos, porque todo lo que es hecho por Ella, tanto en la tierra como en el Cielo, todo es propiedad de la Patria Celestial. Por eso cada pequeño acto suyo es reclamado por todo el Cielo, porque todos son fuentes de alegrías y bienaventuranzas eternas, que pertenecen a ellos.»

> *« …Figlia mia, tu devi sapere che ogni atto di creatura ha il suo posto intorno a Dio, come ogni stella ha il suo posto sotto la volta del cielo, così gli atti delle creature, ciascuno ha il suo posto, ma chi sono quelli che partono per la via regia come proprietà della Patria Celeste e prendono i posti più onorifici e danno gloria divina al loro Creatore? Gli atti fatti nella mia Volontà. Quando uno di questi atti parte dalla terra, s'inchinano i Cieli, tutti i beati gli vanno incontro ed accompagnano quell'atto al posto d'onore intorno al trono supremo. In quell'atto si sentono tutti glorificati, perché la Volontà Eterna ha trionfato nell'atto della creatura e ci ha messo il suo atto divino. Invece gli atti non fatti nella mia Volontà e forse anche buoni, non partono per la via regia, partono per le vie tortuose e fanno una lunga tappa per andare nel purgatorio ed ivi aspettano la creatura per purificarsi insieme a vie di fuoco e quando finiscono di purificarsi, allora partono per il Cielo per prendere il loro posto, ma non nei posti di primo ordine, ma nei posti secondari. Vedi la gran differenza? I primi atti, appena formati, non restano neppure*

insieme con la creatura, perché essendo roba di Cielo non possono restare sulla terra e perciò subito prendono il volo nella loro patria, non solo, ma tutti gli angeli e i santi reclamano nel Cielo ciò che è stato fatto dalla Divina Volontà come roba loro, perché tutti gli atti fatti da Essa, tanto in terra quanto in Cielo, sono tutti proprietà della patria celeste. Perciò ogni suo piccolo atto viene reclamato da tutto il Cielo, perché sono tutti fonte di gioie e di beatitudini eterne, che a loro appartengono. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 20, 3 de noviembre de 1926:

«…Hija mía, por cuanto más estuvieron sometidas a mi Voluntad las almas que han pasado a la otra vida, por cuantos más actos hicieron en Ella, tantas más vías se formaron para recibir los sufragios de la tierra. […] Para quien ha hecho siempre mi Voluntad no existen vías para el purgatorio, su vía es directa al Cielo. […] Ahora, así como las almas purgantes para recibir los sufragios debían haberse formado las vías, así los vivientes, para mandar los sufragios deben hacer mi Voluntad para formarse las vías […] Quien en todo posee la Vida de mi Querer […] ésta ni siquiera tiene necesidad de vías, porque poseyendo mi Voluntad tiene derecho a todas las vías, puede ir a todos los puntos […] para llevarles todos los alivios y las liberaciones.»

« …Figlia mia, quanto più le anime passate all'altra riva sono state sottoposte alla mia Volontà, quanti più atti hanno fatto in Essa, tante più vie si son formate per ricevere i suffragi dalla terra. […] Per chi ha fatto sempre la mia Volontà non esistono vie per il purgatorio, la sua via è diritta per il Cielo. […] Ora come le anime purganti per ricevere i suffragi devono formarsi le vie, così i viventi per mandare i suffragi devono fare la mia Volontà per formare le vie […] Chi in tutto possiede la vita del mio Volere […] questa neppure ha bisogno di vie perché, possedendo la mia Volontà, ha diritto a tutte le vie, può andare da tutti i punti […] per portare tutti i sollievi e le liberazioni. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que en la comunión de los santos «existe entre los fieles, tanto entre quienes ya son bienaventurados como entre los que expían en el purgatorio o los que peregrinan todavía en la tierra, un constante vínculo de amor y un abundante intercambio de todos los bienes» (CIC 1475): es este intercambio el que el *Libro de Cielo* describe aquí bajo el nombre de «vías». La práctica de los sufragios por los difuntos, ya atestiguada en la Escritura (2 Mac 12,46; CIC 1032, ya citado en XIV.3), supone desde siempre este mismo vínculo vivo entre los tres estados de la Iglesia; este texto ofrece de él una descripción interior, sin añadir jamás nada ajeno a la doctrina común.

La imagen misma del acto que, apenas formado, emprende el vuelo hacia el Cielo para preceder allí a la propia alma enlaza finalmente con un mandamiento de Cristo que esta obra todavía no había tenido ocasión de citar: «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen […] Haceos tesoros en el cielo […]. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6,19-21). Lo que el *Libro de Cielo* da a ver con tanto realismo no es, por tanto, nada ajeno a la enseñanza del Evangelio: un tesoro verdaderamente puesto a salvo de antemano, en la patria misma hacia la que ya está vuelto el corazón del fiel.

Fórmula para recordar. Los actos hechos en la Divina Voluntad toman enseguida el «camino real» hacia el lugar de honor en el Cielo; ya desde la tierra, esta misma Voluntad abre también caminos de auxilio hacia las almas del purgatorio.

Pregunta 12 — ¿Existe una jerarquía entre las almas que viven en la Divina Voluntad, en el Cielo?

Respuesta breve. Del mismo modo que Dios tiene en el Cielo la jerarquía de los ángeles en nueve coros distintos, así tendrá, dice Jesús, la jerarquía de los hijos de su Reino en otros

nueve coros —diferenciados no por méritos extraños unos a otros, sino por la medida de los conocimientos de la Divina Voluntad que cada uno haya hecho suyos. Y quienes los hayan recibido y vivido ya en la tierra los poseerán de un modo que quienes solo los reciban en el Cielo nunca podrán igualar.

Desarrollo. La Quinta parte ya ha establecido que los conocimientos sobre la Divina Voluntad nunca son simples informaciones, sino que llevan en sí mismos la vida y el valor del bien que dan a conocer (V.6), y que todo el Reino está fundado sobre ellos (V.7). Ahora es preciso sacar de ello la consecuencia escatológica que Jesús mismo revela a Luisa, con ocasión de un pensamiento doloroso suyo por sus confesores difuntos.

Pensando en quienes la habían ayudado a escribir sin haber podido conocer toda la amplitud de lo que Jesús revelaría más tarde sobre su Fiat, Luisa se entristece; Jesús la reprende revelándole el principio mismo que gobierna la gloria de cada uno en su Reino: «así como tengo la jerarquía de los ángeles con nueve coros distintos, así tendré la jerarquía de los hijos del reino de mi Fiat Divino». Este Reino tendrá también sus nueve coros, distinguidos según la medida de los conocimientos de la Divina Voluntad que cada uno haya hecho suyos —pues cada conocimiento de más, precisa Jesús, es una nueva creación que forma en el alma una felicidad y una belleza propias.

Jesús añade una precisión de gran alcance para toda esta obra: habrá una diferencia de naturaleza entre quienes reciban estos conocimientos ya en la tierra y quienes no los reciban sino en el Cielo. Los primeros los tendrán «como dotes propias», participando de la naturaleza misma de las bellezas divinas que contienen; los segundos no los recibirán sino por comunicación exterior, «casi como la tierra recibe los efectos del sol, pero ella no posee la naturaleza del sol». Quienes posean todos los conocimientos formarán así el coro más alto —sin que esta diferencia de grado destruya, en los demás, la nobleza común de su filiación: Jesús la compara con una familia noble en la que algunos hijos se distinguen por el estudio o las artes, sin que los demás dejen por ello de llevar la misma sangre.

Esta jerarquía nunca debe convertirse, en la tierra, en objeto de comparación entre las almas ni en instrumento de juicio sobre el grado de santidad de los demás: nadie puede medir aquí abajo la medida exacta de los conocimientos que un alma ha hecho suyos, y esta misma jerarquía pertenece únicamente al juicio de Dios, para no ser plenamente conocida sino en la luz del Cielo.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 23, 28 de febrero de 1928:

> «Hija mía, así como tengo la jerarquía de los Ángeles, con nueve coros distintos, así tendré la jerarquía de los hijos del reino de mi Fiat Divino. Éste tendrá sus nueve coros, y se distinguirán el uno del otro por la variedad de las bellezas que habrán adquirido al conocer, quién más y quién menos, los conocimientos que pertenecen a mi Fiat […]. Si supieras qué diferencia habrá entre quien lleva mis conocimientos desde la tierra y quien los adquirirá en el Cielo. Los primeros los tendrán como dotes propias […]; en cambio, en los segundos […] los recibirán por efecto de comunicación de los otros, casi como la tierra recibe los efectos del sol, pero no posee la naturaleza del sol. […] Así, tus confesores pasados a la otra vida serán como el preludio de los hijos de mi Voluntad […]. Él será como el primer precursor, como el alba que anuncia el día del reino de mi Voluntad; el segundo y el tercero de tus confesores […] serán como el sol que despunta y que, poniéndose en curso, forma el día pleno de luz. […] ¿Y crees tú que la memoria del padre Di Francia […] será apagada en esta gran obra de mi Fiat Divino? No, no; al contrario, él tendrá el primer puesto…»
>
> *« Figlia mia, come ho la Gerarchia degli Angeli, con nove cori distinti, così avrò la gerarchia dei figli del regno del mio Fiat Divino. Esso avrà i suoi nove cori e si*

distingueranno l'uno all'altro per le varietà delle bellezze, che avranno acquistato col conoscere chi più e chi meno le conoscenze che al mio Fiat appartengono. […] Se sapessi che differenza passerà tra chi porta le mie conoscenze dalla terra e chi le acquisterà nel Cielo! I primi le terranno come doti proprie […] Invece nei secondi […] li riceveranno per effetto di comunicazione degli altri, quasi come la terra che riceve gli effetti del Sole, ma non possiede la natura del Sole. […] Quindi i tuoi Confessori passati all'altra vita saranno come il preludio dei figli della mia Volontà […] Lui sarà come il primo foriero, come l'alba che annunzia il giorno del regno della mia Volontà; il secondo e terzo tuo Confessore […] saranno come Sole che spunta e che, mettendosi in corso, forma il giorno pien di luce. […] E credi tu che la memoria del Padre di Francia […] sarà spenta in questa grand'opera del mio Fiat Divino? No, no, anzi Lui avrà il primo posto… »

Articulación católica. La tradición espiritual de la Iglesia, sin que se trate de un dogma definido, distingue desde los Padres nueve coros angélicos; el Catecismo enseña más sobriamente la existencia de los espíritus celestes y su naturaleza personal e inmortal, sin detallar su distribución tradicional en nueve coros (CIC 328-330). Lo que este texto afirma con certeza, en cambio, pertenece a la fe común: san Pablo enseña que «una estrella se distingue de otra por su brillo» (1 Co 15,41, ya citado en VII.1), y el Catecismo recuerda que cada uno recibe, desde su muerte, una retribución proporcionada a lo que ha vivido de Cristo (CIC 1021-1022, ya citado en XIV.2) —una misma gloria común a todos los salvados, pero nunca uniforme en su grado.

Fórmula para recordar. Como los ángeles en nueve coros, los hijos del Fiat tendrán en el Cielo nueve coros de gloria, según los conocimientos de la Divina Voluntad recibidos y vividos en la tierra.

Pregunta 13 — ¿Qué relación mantienen los Bienaventurados del Cielo con las almas que viven en la Divina Voluntad en la tierra?

Respuesta breve. Los bienaventurados gozan en el Cielo de toda la bienaventuranza que contiene la Divina Voluntad, pero sus méritos están allí ya fijados: ya no pueden, dice Jesús, «multiplicar» esta Vida divina. El alma que todavía vive en el Fiat sobre la tierra conserva por sí sola este poder: en ella la Divina Voluntad permanece «obrante», mientras que en los bienaventurados ya no es sino «beatificante». Sin embargo, cada acto hecho en el Fiat alcanza a los propios bienaventurados, cuya alegría aumenta por este mismo bien que ya no pueden producir por sí mismos.

Desarrollo. La Octava parte mostró cómo un acto hecho en la Divina Voluntad puede aumentar, mediante la gloria accidental, la felicidad de un santo que ya está en el Cielo (VIII.15); la Octava parte mostró también cómo esta misma Voluntad «biloca» su vida entre el Cielo y el alma que la posee en la tierra (VIII.5); y la Sexta parte mostró cómo esta misma Voluntad obrante habita concretamente las facultades del alma que todavía la vive en esta tierra (VI.10). Queda por precisar lo que estas verdades implican conjuntamente para la relación entre los bienaventurados, ya fijados en su gloria, y las almas que, todavía en esta tierra, continúan obrando en este mismo Fiat.

Jesús revela a Luisa una diferencia que podría sorprender al principio, hasta tal punto parece colocar al peregrino de la tierra por encima del bienaventurado del Cielo: «en el Cielo los bienaventurados gozan de toda la beatitud que contiene mi Querer, viven en Él como en su propio centro, pero no lo multiplican, pues en ellos están ya fijos sus méritos; pero tú eres más feliz que ellos pudiendo multiplicar mi Vida, mi Querer, mis bienes; en

ellos mi Querer es felicitante, en ti es obrante». Este texto nunca dice que el estado de los bienaventurados sea inferior al del alma todavía en camino —su bienaventuranza es ya la plenitud misma—, sino que nombra una capacidad propia del estado de viador, que la misma fijación de la gloria hace imposible para quien ya la ha alcanzado: la de seguir haciendo fructificar, mediante actos nuevos, esta misma Voluntad.

Un segundo texto confirma esta misma diferencia mediante la imagen de la bilocación, ya encontrada en VIII.5: la Voluntad «conquistante» que el alma conquista en la tierra mediante sus actos se biloca hacia el Cielo, donde se une a la Voluntad «beatificante y felicitante» que ya reside allí, y ambas se unen para inundar las regiones celestiales con las alegrías de esta nueva conquista. Por eso, lejos de permanecer encerrado en la tierra, un acto hecho en el Fiat alcanza realmente a los propios bienaventurados: Luisa cuenta así que un simple «te amo» dirigido a Jesús, llevado por la luz de su Voluntad, recorre toda la bóveda de los cielos y «se fija en cada uno de los bienaventurados», formando su corona de luz a los pies del trono divino.

Un texto anterior revela por qué Jesús dice tomar más gusto del amor del alma todavía en camino que del de los santos: con ella, a diferencia de los bienaventurados que ya están en el Cielo, puede «dividir [sus] penas» —y el alma peregrina, precisamente porque todavía puede sufrir, conserva el poder de tomar sobre sí las penas ajenas y las suyas propias, hasta poder, en cierta medida, «desarmarlo» ante la justicia que quisiera ejercer; esta arma precisa —el sufrimiento ofrecido—, los bienaventurados ya no la tienen en su poder, sin que por ello disminuya jamás su intercesión, real y viva (CIC 956). Este gusto mayor no disminuye, por tanto, el que Jesús tiene por los santos: nombra solamente aquello que únicamente hace posible la condición peregrina.

Este intercambio, sin embargo, nunca va en un solo sentido. Un texto posterior revela que las propias bienaventuranzas del Cielo «se derraman sobre la tierra» y van a depositarse en el alma que vive y obra en la Divina Voluntad, para no dejarla privada de las alegrías celestiales mientras forma una sola Voluntad con el Cielo. Pero allí donde los bienaventurados, aun «nadando en las alegrías divinas», ya no adquieren ningún mérito nuevo de cuanto reciben, el alma peregrina convierte estas mismas alegrías recibidas en mérito —porque para quien hace la Voluntad de Dios en la tierra, todo se vuelve meritorio, hasta el respiro y la misma alegría. El Cielo da, por tanto, a la tierra aquello que la tierra, a su vez, es la única que sabe hacer fructificar.

Este mismo movimiento se deja ver aún más concretamente en la manera en que el *Libro de Cielo* describe a la propia Corte celestial —ángeles, Virgen y santos— ante los actos hechos en el Fiat: nunca como simples espectadores, sino en espera activa. Jesús llega a decir que «alegrías de conquistas no hay allá arriba», de modo que el Cielo las espera de la tierra; cada acto se convierte así en un «mensajero» portador de una «Circular Divina» que pone a toda la Corte al trabajo, hasta al mismo Creador, para preparar el Reino. Luisa se preocupa entonces por una objeción natural: si el acto parte así para alcanzar el Cielo, ¿no queda el alma privada de él? Jesús responde que no: el acto sigue siendo suyo, propiedad en el fondo de su alma, mientras alegra simultáneamente a toda la Corte celestial —nada se pierde jamás en este doble uso.

Cita de Luisa. Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 14, 19 de mayo de 1922:

> «En el Cielo los bienaventurados gozan de toda la beatitud que contiene mi Querer, viven en Él como en su propio centro, pero no lo multiplican, pues en ellos están ya fijos sus méritos; pero tú eres más feliz que ellos pudiendo multiplicar mi Vida, mi Querer, mis bienes; en ellos mi Querer es felicitante, en ti es obrante y pido tus actos para multiplicarme.»

« E se nel Cielo i beati godono di tutta la beatitudine che contiene il mio Volere, vivono in Esso come nel proprio centro, ma non lo moltiplicano, essendo fissati in loro i loro meriti, tu sei più felice di loro, potendo moltiplicare la mia Vita, il mio Volere, i miei beni; in loro il mio Volere è felicitante, in te è operante e chiedo i tuoi atti per moltiplicarmi. »

Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 19, 4 de agosto de 1926 — sobre el alcance del «te amo»:

«Aquel 'te amo' se cambiaba en caracteres de luz, y la fuerza eléctrica del Supremo Querer lo multiplicaba, de modo que aquel 'te amo' de luz recorría toda la bóveda de los cielos, se fijaba en el sol, en cada estrella, penetraba en los Cielos, se fijaba en cada uno de los bienaventurados, formaba su corona de luz a los pies del trono divino y entraba hasta en el seno de la Majestad Suprema…»

« Quel ti amo si cambiava in caratteri di luce e la forza elettrica del Supremo Volere lo moltiplicava, in modo che quel ti amo di luce percorreva tutta la volta dei cieli, si fissava nel sole, in ogni stella, penetrava nei Cieli, si fissava in ciascun beato, formava la sua corona di luce ai piedi del trono divino ed entrava fin nel seno della Maestà Suprema… »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 10, 17 de octubre de 1911 — sobre el gusto que Jesús toma del amor del alma peregrina:

«…Cuando te tengo dentro de Mí, Yo solo gozo de ti; cuando te pongo fuera, todos gozan de ti, y tú puedes defender a tus hermanos, puedes abogar por ellos, puedes hacer que sean perdonados; tanto es así que los santos dicen que Yo te complazco más a ti que a ellos, que tomo más gusto de tu amor que del suyo. Y Yo les digo que esto lo hago con amor y con justicia, porque contigo puedo dividir mis penas, con ellos no; tú, siendo viadora, puedes tomar sobre ti las penas ajenas y las mías, y con esto tienes la fuerza de desarmarme, a menos que Yo no lo quiera, como ayer, cuando te até tan fuertemente los brazos para impedirte que te opusieras a mi Querer; mientras que ellos ya no tienen estas armas en su poder, tanto que, cuando debo castigar, me escondo de ti, porque tú puedes impedirme algo, pero ellos no.»

« …Quando ti tengo dentro di Me ti godo Io solo, quando ti metto fuori ti godono tutti e tu puoi difendere i tuoi fratelli, puoi perorare, puoi farli risparmiare, tanto è vero, che i santi dicono che Io contento più te che loro, che prendo più gusto del tuo amore che del loro, ed Io dico loro che ciò lo faccio con amore e con giustizia, perché con te posso dividere le mie pene, con loro no; tu, essendo viatrice, puoi prendere le pene altrui e le mie sopra di te e con ciò hai la forza di disarmarmi, a meno che Io non lo voglia, come ieri che ti legai tanto forte le braccia per non farti opporre al mio Volere, mentre loro non hanno più queste armi in loro potere, tanto che quando devo flagellare mi nascondo da te, perché me ne puoi fare qualcuna, da loro no. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 29, 16 de septiembre de 1931 — sobre las bienaventuranzas del Cielo que se derraman sobre la tierra:

«Es más, debes saber que las bienaventuranzas del Cielo se derraman sobre la tierra y van a depositarse en el alma que vive y obra en mi Voluntad, porque no quieren dejarla privada de las alegrías y felicidad celestiales, mientras forma una sola Voluntad con el Cielo; los bienaventurados, mientras nadan en las alegrías divinas nada adquieren de mérito, en cambio para el alma viadora no sólo la felicitan, sino agregan el mérito, porque para quien hace mi Voluntad en la tierra, todo es meritorio, la palabra, la oración, el respiro y las mismas alegrías se convierten en mérito y en nuevas adquisiciones.»

« Anzi tu devi sapere che le beatitudini del Cielo si riversano sulla terra e vanno a

deporsi nell'anima che vive ed opera nella mia Volontà, perché non vogliono lasciarla priva delle gioie e delle felicità Celesti mentre forma una sola Volontà col Cielo, i beati però, mentre nuotano nelle gioie divine, nulla acquistano di merito. Invece non solo felicitano l'anima viatrice, ma aggiungono il merito, perché per chi fa la mia Volontà in terra, tutto è meritorio, la parola, la preghiera, il respiro e le stesse gioie si convertono in merito ed in nuovi acquisti. »

Jesús a Luisa, *Libro de Cielo*, vol. 24, 20 de mayo de 1928 — sobre la Circular Divina:

«Hija mía, cada palabra, obra y sacrificio que se hace en mi Voluntad y para obtener su reino divino, son tantos mensajeros que se envían a la patria celestial, los cuales llevan la circular divina y la hacen llegar a todos los santos, a los ángeles, a la Soberana Reina y al mismo Creador, dando a cada uno el trabajo de preparar las diversas cosas que se necesitan para un reino tan santo […] Así que la circular de la tierra hace su eco a la circular celestial, y Cielo y tierra se mueven, se ocupan de la única finalidad del reino de mi Voluntad Divina…»

« Figlia mia, ogni detto, opera e sacrificio che si fa nella mia Volontà e per ottenere il regno Divino, sono tanti messaggeri che si spediscono per la patria Celeste, i quali portano la Circolare Divina e la fanno girare a tutti i Santi, agli Angeli, alla Sovrana Regina ed allo stesso Creatore, dando a ciascuno l'impegno di preparare le diverse cose che ci vogliono per un regno sì Santo […] Sicché la Circolare della terra fa il suo eco alla Circolare Celeste e Cielo e terra si muovono, si occupano per il solo scopo del regno della mia Volontà Divina… »

Diálogo entre Luisa y Jesús, *Libro de Cielo*, vol. 34, 25 de abril de 1937:

«…Amor mío, si lleva este acto al Cielo, ¿no queda la pobre criatura sin él y como en ayunas de este acto? » Y Jesús añadió: « No, no, hija mía, el acto es siempre suyo, nadie se lo puede quitar; y mientras alegra a la Patria celestial, queda como base, fundamento y propiedad en el fondo del alma; la conquista es suya, y mientras alegra a la Corte celestial, ella nada pierde; al contrario, siente en sí la virtud creadora y continua de mi Fiat, en acto de hacer siempre nuevas conquistas […] Y además, cuando mi Voluntad obra en el alma, el Cielo se pone a la espera, porque, nadando ellos en el Fiat, sienten que está por obrar; por eso se ponen atentos, reclaman y suspiran por recibir las nuevas conquistas y las alegrías de la vida de la Divina Voluntad que poseen. Ella es la vida primera de los santos en el Cielo; por eso, en los actos que realiza, todos concurren y, con derecho, quieren recibir las nuevas alegrías y las bellas conquistas que mi Voluntad sabe hacer. […] Mucho más porque allá arriba no hay alegrías de conquistas, y por eso las esperan de la tierra.»

« …Amor mio, se porta quest'atto in Cielo, la povera creatura resta senza e come digiuna di quest'atto. » E Gesù ha soggiunto: « No, no, figlia mia, l'atto è sempre suo, nessuno lo può togliere e mentre allieta la Patria Celeste, resta come base, fondamento e proprietà nel fondo dell'anima, la conquista è sua e mentre allieta la corte celeste, essa nulla perde, anzi sente in sé la virtù creatrice e continua del mio Fiat in atto di fare sempre nuove conquiste […] E poi come la mia Volontà opera nell'anima, il Cielo si mette in aspettativa, perché nuotando Essi nel Fiat, sentono che sta per operare e perciò si mettono sull'attenti, reclamano, sospirano di ricevere le nuove conquiste e gioie della vita della Divina Volontà che loro posseggono. Essa è vita primaria dei Santi in Cielo, quindi negli atti che Essa fa tutti concorrono, perciò con diritto vogliono ricevere le nuove gioie e le belle conquiste, che la mia Volontà sa fare. […] molto più che gioie di conquiste non ce ne sono lassù e perciò le aspettano dalla terra. »

Articulación católica. El Catecismo enseña que los habitantes del Cielo, «más

íntimamente unidos con Cristo», continúan intercediendo por la Iglesia peregrina, y «presentan […] los méritos que adquirieron en la tierra» (CIC 956; cf. LG 49) — reconociendo así que la gloria ya fijada de los bienaventurados sigue dependiendo, para su propio ejercicio, de lo que fue merecido durante la vida mortal. La doctrina del juicio particular enseña igualmente que la muerte pone fin al «tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia» (CIC 1021-1022, ya citado en XIV.2): lo que el *Libro de Cielo* llama aquí méritos «fijados» no es, por tanto, sino esta verdad común, expresada en el vocabulario propio de esta espiritualidad. El vínculo vivo entre la Iglesia del Cielo y la de la tierra, ya citado para el purgatorio (CIC 1475, XIV.11), vale también aquí: la santidad de uno aprovecha realmente a los demás, cualquiera que sea el estado de cada uno.

Fórmula para recordar. En el Cielo, la Divina Voluntad es beatificante; en el alma todavía en la tierra, permanece operante: cada acto multiplica en ella su Vida y comunica a los bienaventurados una alegría nueva.

Vivir en la Divina Voluntad

Pequeña guía práctica — prolongación de la obra

Lo que sigue no es un suplemento entre otros: es su prolongación directa, desde el punto de vista de la práctica cotidiana. Todas las citas están tomadas del Libro de Cielo y verificadas en el corpus italiano.

Esta obra te ha dado la doctrina: qué es la Divina Voluntad, su Reino, el Don, los tres Fiat, todo lo que es preciso creer y comprender. Queda la pregunta que deja voluntariamente abierta, porque no pertenece a su cometido: **¿cómo se vive esto, concretamente, a lo largo de un día?**

Sin embargo, no es complicado. Un día, mientras Luisa se sentía sobrepasada por todo lo que acababa de aprender acerca de este Reino, Jesús la detuvo:

> «Hija mía buena, para entrar en mi Voluntad el modo es simplísimo, porque tu Jesús no enseña jamás cosas difíciles, mi amor me hace adaptarme mucho a la capacidad humana, a fin de que la criatura sin dificultad pueda hacer lo que Yo le enseño y quiero. Ahora, tú debes saber que para entrar en mi Fiat, la primera cosa indispensable es querer, suspirar con toda firmeza el querer vivir en Él. La segunda cosa es hacer el primer paso; hecho el primero, mi Divina Voluntad la circunda de luz y de tales atractivos, que la criatura pierde el deseo de hacer su voluntad, porque apenas ha dado un paso y se siente dominadora, la noche de las pasiones, de las debilidades, de las miserias, se ha cambiado en día, en fuerza divina, por lo tanto siente la extrema necesidad de hacer el segundo paso, el cual llama al tercer paso, luego al cuarto, al quinto, y así paso a paso. Estos pasos son pasos de luz, la cual embellece a la criatura, la santifica, la felicita, le facilita el camino y le participa la semejanza de su Creador, pero tanto, que no sólo siente la extrema necesidad de vivir en mi Querer, sino que se lo siente como vida propia, de la cual no puede desunirse. Ve entonces cómo es fácil, pero es necesario quererlo como lo quiere mi paterna bondad. Yo rodeo a aquella voluntad de gracia, de amor, de bondad, y como también Yo lo quiero, pongo de lo mío, y si es necesario, mi misma Vida para darle todas las ayudas, los medios, y también mi Vida como vida suya para hacerla vivir en mi Querer Divino, Yo no escatimo nada cuando se trata de hacer vivir a la criatura en mi Querer».
>
> *« Figlia mia buona, per entrare nella mia Volontà, il modo è semplicissimo, perché il tuo Gesù non insegna mai cose difficili, il mio Amore mi fa adattare molto alla capacità umana, affinché la creatura, senza difficoltà, possa fare ciò che Io le insegno e voglio. Ora, tu devi sapere che per entrare nel mio Fiat, la prima cosa indispensabile è voler, sospirare con tutta fermezza di voler vivere in Esso. La seconda cosa, fare il primo passo; fatto il primo, la mia Divina Volontà la circonda di luce e di tali attrattive, che la creatura perde la voglia di fare la sua volontà, perché appena fa un passo e si sente dominatrice, la notte delle passioni, delle debolezze, delle miserie, si cambia in giorno, in Forza Divina, quindi sente l'estremo bisogno di fare il secondo passo, il quale chiama il terzo passo, il quarto, il quinto e così via via. Questi passi sono passi di luce, la quale l'abbellisce, la santifica, la felicita, le segna la via e le partecipa la somiglianza del suo Creatore, ma tanto, che non solo sente l'estremo bisogno di vivere nel mio Volere, ma lo sente come vita propria, che non può disgiungersi. Vedi dunque com'è facile, ma è necessario volerlo come lo vuole la mia Paterna Bontà. Corredo quella volontà di grazia,*

d'amore, di bontà e siccome anch'Io lo voglio, ci metto del mio e, se occorre, la mia stessa Vita per darle tutti gli aiuti, i mezzi e anche la mia Vita come vita sua per farla vivere nel mio Voler Divino, Io non risparmio nulla quando si tratta di far vivere la creatura nel mio Volere. »

(Libro de Cielo, vol. 36, 6 de mayo de 1938)

Querer y dar un primer paso. Lo demás —Jesús mismo lo dice— viene casi por sí solo, como una luz que despierta el deseo de seguir avanzando. Esta guía no propone, por tanto, treinta y seis técnicas: describe ese primer paso y después los que lo siguen, tal como Jesús mismo se los enseñó a Luisa a lo largo de los años —para prolongar en lo concreto lo que la obra ya ha establecido en la doctrina.

Tres movimientos, para resumir todo lo demás

Otro día, Jesús resumió toda la práctica en tres gestos:

«…Quiero enseñarte el modo como debes estar Conmigo: primero, debes entrar en Mí, transformarte en Mí y tomar lo que encuentres en Mí. Segundo, cuando te hayas llenado toda de Mí, sal fuera y obra junto Conmigo, como si Yo y tú fuéramos una sola cosa, de modo que, si me muevo Yo, te mueves tú; si pienso, tú piensas en la misma cosa pensada por Mí; en suma, cualquier cosa que Yo haga, la harás tú. Tercero, con lo que hemos obrado juntos, aléjate por un instante de Mí y ve en medio de las criaturas, dando a todas y a cada una todo lo que hemos obrado juntos, es decir, dando a cada una mi Vida Divina; luego vuelve enseguida a Mí para darme, en nombre de todos, toda la gloria que deberían darme, rogando, excusándolos, reparando, amando; ¡ah, sí!, ámame por todos, sáciame de amor…»

« …Voglio insegnarti il modo come devi stare con Me: primo, devi entrare in Me e trasformarti in Me e prendere ciò che trovi in Me. Secondo, quando ti sei riempita tutta di Me, esci fuori ed opera insieme con Me, come se Io e te fossimo una cosa sola, in modo che se mi muovo Io, ti muovi; se penso, tu pensi alla stessa cosa pensata da Me, insomma, qualunque cosa Io faccia farai tu. Terzo, con questo operato che abbiamo fatto insieme, allontanati per un istante da Me e va' in mezzo alle creature, dando a tutti ed a ciascuno tutto ciò che abbiamo operato insieme, cioè dando a ciascuno la mia vita divina, poi ritorna subito in Me per darmi, a nome di tutti, tutta quella gloria che dovrebbero darmi, pregando, scusandoli, riparando, amando; ah! sì, amami per tutti, saziami d'amore… »

(Libro de Cielo, vol. 8, 9 de febrero de 1908)

Entrar (dejarse llenar de Él), **obrar con Él** (no hacer ya nada sin Él), **devolver** (llevar a los demás lo que se ha recibido y después darle gracias en nombre de ellos). Los capítulos que siguen no hacen sino desplegar estos tres gestos, uno tras otro.

Un camino en cuatro etapas

El teólogo Joseph Iannuzzi, que ha estudiado extensamente estas páginas, propone leer este mismo camino en cuatro etapas que él mismo extrae del conjunto del *Libro de Cielo* —no como una fórmula que Luisa enunciara en cuanto tal, sino como una manera práctica de saber en qué punto del camino se encuentra uno: el deseo, el conocimiento, la virtud, la vida.

El deseo es ya la primera de las «dos cosas» citadas más arriba —suspirar, con toda la firmeza posible, por querer vivir en esta Voluntad. Viene después el conocimiento: leer,

releer, dejar que las verdades sobre la Divina Voluntad alimenten este deseo, porque «el medio más fácil para apresurar la venida de mi Voluntad a la tierra son los conocimientos de Ella» (vol. 20, 1 de enero de 1927). Sigue la virtud: cada bien practicado forma una semilla, que la repetición riega hasta que, por el hábito, se convierte en naturaleza (vol. 18, 4 de octubre de 1925). Y al final, la vida —un último paso de naturaleza distinta de los tres primeros, porque la propia Divina Voluntad, dice Jesús, «no es germen como las virtudes, sino vida»: un niño ya nacido al que ahora es necesario alimentar para que no muera (vol. 24, 29 de abril de 1928).

Estas cuatro palabras no sustituyen los tres gestos anteriores —solo ofrecen otra visión de ellos, más progresiva, para quien desea saber en qué punto del camino se encuentra.

I. Querer y dar el primer paso

Todo comienza, como acabamos de ver, por un querer firme. Pero este querer tiene un precio: pide dejar de lado la propia voluntad, de verdad. Jesús habla de ello sin que haya nada de desgarramiento violento:

> «Has de saber que tu querer debe deshacerse en el mío, como se deshace la nieve bajo los rayos de un sol ardiente.»
>
> *« Sappi che il tuo volere deve disfarsi nel mio, come viene disfatta la neve ai raggi d'un sole cocente. »*
>
> *(Libro de Cielo, vol. 13, 3 de diciembre de 1921)*

La nieve no lucha por desaparecer: cede, sencillamente, ante un calor más fuerte que ella. A esto se parece la renuncia pedida —no un esfuerzo crispado, sino un abandono progresivo a una luz mayor. En otra parte, Luisa escribe que es preciso quitar las «barreras» que la voluntad humana levanta ella misma sin darse cuenta (vol. 17, 18 de junio de 1925), y dejar que esta voluntad «se vacíe» de todo lo que no es recto, para hacer sitio (vol. 16, 16 de octubre de 1923).

Al leer este vocabulario de anonadamiento, podría creerse que se trata de dejar de obrar, de volverse pasivo. El texto dice exactamente lo contrario. La propia Luisa lo precisa en su diario:

> «Siento en mí la continua Potencia del Fiat Divino, que me envuelve con tal imperio que no da tiempo a mi voluntad moribunda de hacer el más mínimo acto, y se gloría de no hacerla morir del todo, porque, si hiciera esto, perdería su prestigio de obrar sobre una voluntad humana que, mientras vive, se somete voluntariamente al acto vital del Fiat Divino sobre sí; y ella se contenta con vivir muriendo, para dar vida y dominio absoluto al Supremo Querer que, victorioso de sus derechos divinos, extiende sus confines y canta victoria sobre la voluntad moribunda de la criatura, la cual, aunque moribunda, sonríe y se siente feliz y honrada de que un Querer Divino tenga su campo de acción en su alma.»
>
> *« Sento in me la continua Potenza del Fiat Divino che mi involge con tale impero, che non dà tempo alla mia morente volontà di fare il minimo atto e si gloria non di farla morire del tutto, perché se facessi ciò, perderebbe il suo prestigio d'operare su una volontà umana che mentre vive, volontariamente subisce l'atto vitale del Fiat Divino su di sé ed essa si contenta di vivere, morendo, per dar vita e dominio assoluto al Supremo Volere, che vittorioso dei suoi diritti divini, stende i suoi confini e canta vittoria sulla morente*

volontà della creatura, la quale sebbene morente, sorride e si sente felice ed onorata che un Voler Divino abbia il suo campo d'azione nell'anima sua. »

(Luisa, Libro de Cielo, vol. 25, 31 de marzo de 1929)

«Muere» permaneciendo viva, voluntaria —e incluso feliz y honrada de serlo. Esta renuncia no es, por tanto, jamás la desaparición de la persona ni de su libertad: es un don que se repite libremente tantas veces como sea necesario. No se realiza de una vez para siempre al despertar; se retoma, acto tras acto, durante todo el día.

¿Para quién se hace esto? La otra vertiente de esta primera disposición es la pureza de intención —menos una virtud más que una manera de reorientarlo todo. Jesús va lejos: la recta intención, dice, «rectifica las mismas virtudes, hasta la misma obediencia» (vol. 5, 11 de mayo de 1903). Una obra realizada sin ella es como un alimento al que se hubiera quitado la sustancia: no alimenta a nadie, solo hincha (vol. 7, 18 de noviembre de 1906). Y, a la inversa, cuando está presente se convierte en luz:

«Hija mía, la recta intención es luz para el alma, la convierte en luz y le da el modo de obrar a la manera divina. El alma no es sino una habitación oscura, y la recta intención es como el sol que entra y la ilumina, con esta diferencia: el sol no convierte las paredes en luz, mientras que el recto obrar lo transforma todo en luz.»

« Figlia mia, la retta intenzione è luce all'anima, la converte in luce e le dà il modo d'operare alla maniera divina. L'anima non è altro che una stanza oscura e la retta intenzione è come sole che entra e la illumina con questa differenza: il sole non converte le mura in luce e il retto operare trasforma tutto in luce. »

(Libro de Cielo, vol. 9, 8 de marzo de 1910)

Concretamente: antes de un acto, basta una pregunta, planteada sin escrúpulo —*¿para quién hago esto?* Y lo demás puede seguir.

II. Entrar en Él, cada mañana

El primero de los tres gestos anunciados en la introducción —entrar en Jesús, dejarse llenar de Él— tiene un momento privilegiado: la mañana, desde el despertar. Jesús llama a esto el **acto preveniente**, y lo distingue de un segundo gesto, el **acto actual**, que se retomará a lo largo del día:

«Hija mía, existe el acto preventivo y el acto actual. El preventivo es aquel cuando el alma, desde el primer surgir del día fija su voluntad en la mía, y se decide y se confirma de querer vivir y obrar sólo en mi Querer, previene todos sus actos y los hace correr todos en mi Querer. Con la voluntad preventiva mi Sol surge, mi Vida queda duplicada en todos tus actos como dentro de un solo acto, y esto suple al acto actual. Sin embargo, el acto preventivo puede ser opacado, oscurecido por los modos humanos, por la voluntad propia, por la propia estima, por el descuido y otras cosas, que son como nubes delante al sol, que vuelven menos vívida su luz sobre la faz de la tierra. En cambio el acto actual no está sujeto a nubes, sino que tiene virtud de despejar las nubes, si es que las hay, y hace surgir tantos otros soles en los cuales queda duplicada mi Vida, con tal intensidad de luz y calor, de formar otros tantos nuevos soles, el uno más bello que el otro. Sin embargo los dos actos son necesarios, el preventivo da la mano, dispone y forma el plano al actual, y el actual conserva y ensancha el plano del preventivo».

« Figlia mia, c'è l'atto preventivo e l'atto attuale. Il preventivo è quando l'anima, dal primo sorgere del giorno, fissa la sua volontà nella mia e si decide e si conferma di voler vivere ed operare solo nel mio Volere, previene tutti i suoi atti e li fa scorrere tutti nel mio Volere. Con la volontà preventiva il mio Sole sorge, la mia Vita resta duplicata in tutti i tuoi atti come in un solo atto e questo supplisce all'atto attuale. Ma, l'atto preventivo può essere ombrato, oscurato dai modi umani, dalla volontà propria, dalla stima, dalla trascuratezza e da altre cose, che sono come nubi innanzi al sole e rendono meno vivida la sua luce sulla faccia della terra. Invece l'atto attuale non è soggetto a nubi, ma ha virtù di diradare le nubi se ci sono e fa sorgere tanti altri soli in cui resta duplicata la mia Vita, con tale vivezza di luce e calore, da formare altrettanti nuovi soli, l'uno più bello dell'altro. Però tutti e due sono necessari, il preventivo dà la mano, dispone e forma il piano all'attuale; l'attuale conserva ed allarga il piano del preventivo. »

(vol. 14, 27 de mayo de 1922)

Lo que esto significa, muy sencillamente: por la mañana, antes de cualquier otro pensamiento, fijar la propia voluntad en la de Jesús —bastan unos segundos, no se impone ninguna fórmula. Es un acto que, por sí solo, ya hace «correr» toda la jornada que comienza en el Fiat. Pero Jesús advierte con franqueza: esta hermosa decisión de la mañana puede borrarse bajo el peso de un día ordinario, sin que uno se dé cuenta. Por eso hace falta todavía otra cosa —la que describirá el capítulo siguiente.

III. Obrar con Él, durante todo el día

Este es el segundo gesto: no hacer ya nada a solas. Jesús llama a las almas que viven en su Voluntad las pequeñas ruedas que giran en la gran rueda de la eternidad —una rueda que toca todo lo que se ha hecho y todo lo que queda por hacer y que, al girar, rehace lo que las criaturas no han hecho:

«¡Oh, qué hermoso es ver entrar a un alma en mi Querer! En cuanto entra, la gran rueda de la eternidad le da la cuerda para hacerla girar en su gran mole, y la pequeña rueda da giros eternos; […] Por eso, tus giros sean continuos en mi Querer; Yo te daré la cuerda y tú te prestarás a recibirla, ¿no es verdad?»

« Oh! com'è bello vedere entrare un'anima nel mio Volere! Come entra, la gran ruota dell'eternità le dà la corda per farla girare nella sua gran mole e la piccola rotella fa dei giri eterni; […] Perciò i tuoi giri siano continui nel mio Volere, Io ti darò la corda e tu ti presterai a riceverla, non è vero? »

(Libro de Cielo, vol. 13, 4 de febrero de 1922)

Jesús llama a esto **hacer sus rondas**. Hacer una ronda no es una técnica sofisticada. Es un movimiento interior, breve —transportarse con el pensamiento a un lugar de la Creación (el cielo, el mar, una casa, un rostro) y depositar allí, en nombre de todos, el amor o la adoración que debería haber estado allí. Esto se hace en unos segundos, varias veces al día, sin cambiar nada de lo que se está haciendo.

Para el trabajo y los gestos ordinarios, Jesús da una fórmula muy sencilla:

«Hija mía, para que el alma pueda olvidarse de sí misma, debería hacer de modo que todo lo que hace y que le es necesario, lo haga como si Yo quisiera hacerlo en ella. Si reza, debería decir: "Es Jesús quien quiere rezar, y yo rezo junto con Él." Si debe trabajar: "Es Jesús quien quiere trabajar; es Jesús quien quiere caminar; es Jesús quien quiere tomar alimento, quien quiere dormir, quien quiere levantarse, quien quiere divertirse", y así de todo el resto de la vida. Solo así el alma puede olvidarse de

sí misma, porque no hará todo únicamente porque Yo lo quiero, sino porque Yo mismo quiero hacerlo, porque precisamente lo necesito.»

« Figlia mia, per potere l'anima dimenticare se stessa, dovrebbe fare in modo che tutto ciò che fa e che le è necessario, lo fa come se Io lo volessi fare in lei; se prega dovrebbe dire, è Gesù che vuol pregare, ed Io prego insieme con lei; se deve lavorare, è Gesù che vuole lavorare, è Gesù che vuole camminare, è Gesù che vuole prendere cibo, che vuole dormire, che vuole alzarsi, che vuole divertirsi e così di tutto il resto della vita. Solo così l'anima può dimenticarsi di se stessa, perché non solo farà tutto perché lo voglio Io, ma perché lo voglio fare Io, necessita a Me proprio. »

(Libro de Cielo, vol. 11, 14 de agosto de 1912)

Y añade que Él mismo trabajó la madera, clavó los clavos y ayudó a José en su taller, con esas mismas manos con las que creaba las almas. Nada es demasiado pequeño: el trabajo, el alimento, el sueño, las penas no son, dice, sino «paja» —pero sin la paja no hay grano; ella lo protege de las heladas y de los rayos abrasantes del sol (vol. 22, 26 de julio de 1927).

Y puntuar todo esto con una palabra. Pocas palabras aparecen tan a menudo en el *Libro de Cielo* como ese «te amo» repetido. Jesús mismo explica su alcance:

«Hija mía bendita, ¿sabes qué cosa es tu "te amo"? Es como la puntuación de un escrito: si un escrito no tiene puntuación, se ve una confusión, sin ideas justas, sin expresiones formadas, […] Así es tu "te amo": es la puntuación del escrito de tu vida, de tus palabras, obras, pasos y hasta de tu corazón…»

« Mia figlia benedetta, sai che cosa è il tuo ti amo? Esso è come la punteggiatura al carattere, se un carattere è senza punteggiatura si vede una confusione, senza idee giuste, senza espressioni formate, […] Tale è il tuo "ti amo", è la punteggiatura al carattere della tua vita, delle tue parole, opere, passi e perfino del tuo cuore… »

(Libro de Cielo, vol. 31, 14 de enero de 1933)

Dicho en la Divina Voluntad, esta palabra nunca se detiene realmente:

«Hija mía, ¿has olvidado que un "te amo" en mi Divina Voluntad tiene la virtud de que, dicho una vez, no deja nunca de decir "te amo, te amo"? El "te amo" en mi Divina Voluntad es vida y, como vida, no puede cesar de vivir; debe tener su acto continuo.»

« Figlia mia, hai dimenticato che un ti amo nella mia Divina Volontà ha virtù che, detto una volta, non finisce di dire mai ti amo, ti amo; il ti amo nella mia Divina Volontà è vita e come vita non può cessare di vivere, deve avere il suo atto continuo. »

(Libro de Cielo, vol. 28, 2 de mayo de 1930)

No es una piedad sentimental que haya que reservar para los momentos de fervor: es la puntuación de toda la jornada, que hay que intercalar entre dos tareas, sin que sea necesario acompañarla de una emoción particular para que dé fruto.

IV. Devolver: reparar y ofrecer en nombre de todos

El tercer gesto, finalmente: no guardar para sí lo que se ha recibido, sino llevarlo a los demás, antes de volver para darle gracias. Es lo que Jesús llama **hacer suyos los actos** —los suyos y los de toda criatura. Acerca de sus propios actos, al hacer las Horas de la Pasión, el alma:

«Hija mía, has de saber que, al hacer estas Horas, el alma toma mis pensamientos y los hace suyos, mis reparaciones, las oraciones, los deseos, los afectos, hasta mis fibras

más íntimas, y los hace suyos; y, elevándose entre el Cielo y la tierra, desempeña mi mismo oficio y, como corredentora, dice junto Conmigo: "Aquí estoy, envíame; quiero repararte por todos, responderte por todos e impetrar el bien para todos."»

« Figlia mia, sappi che col fare queste ore, l'anima prende i miei pensieri e li fa suoi, le mie riparazioni, le preghiere, i desideri, gli affetti, anche le più intime mie fibre e le fa sue ed elevandosi su, tra il Cielo e la terra fa il mio stesso ufficio e come corredentrice dice insieme a Me: "Ecce ego mitte me, voglio ripararti per tutti, risponderti per tutti ed impetrare il bene a tutti." »

(Libro de Cielo, vol. 11, 6 de noviembre de 1914)

Acerca de los actos de todos: quien vive en la Divina Voluntad debe abrazarlo todo y realizar los actos de todos, a imagen de la Virgen que, para concebir al Redentor, abrazó primero todo en Sí misma (vol. 19, 18 de mayo de 1926).

No es una proeza reservada a las almas avanzadas: es un acto de voluntad muy sencillo —«hago mío este acto»—, realizado sobre un bien observado (una sonrisa, un trabajo bien hecho) o sobre su ausencia (una indiferencia, una dureza), para ofrecerlo en lugar de quien no lo hizo.

La reparación no es una oración más que añadir a la lista: es lo que cualifica todo lo demás. Jesús lo dice sin rodeos:

«Hija mía, solo las almas que viven en mi Voluntad pueden darme verdaderas reparaciones y endulzarme espinas tan punzantes, porque, como viven en mi Voluntad y mi Voluntad se encuentra en todas partes, ellas, encontrándose en Mí y en todos, descienden a las criaturas y suben a Mí; me llevan todas las reparaciones, me endulzan y hacen cambiar en las mentes las tinieblas en luz.»

« Figlia mia, solo le anime che vivono nella mia Volontà possono darmi vere riparazioni e raddolcirmi spine sì pungenti, perché siccome vivono nella mia Volontà e la mia Volontà si trova dappertutto, loro, trovandosi in Me ed in tutti, scendono nelle creature e salgono a Me, mi portano tutte le riparazioni, mi raddolciscono e fanno cambiare nelle menti le tenebre in luce. »

(Libro de Cielo, vol. 11, 24 de abril de 1915)

Llega incluso a unir los sufrimientos asiduos, la reparación perpetua y el amor perseverante como tres cuerdas que lo atan al alma:

«Has de saber que tienes ante Mí tres títulos que, como tres pequeñas cuerdas, me atan por todas partes y me estrechan más íntimamente a ti, de modo que no puedo dejarte: los sufrimientos asiduos, la reparación perpetua y el amor perseverante.»

« Sappi che hai tre titoli innanzi a Me che come tre funicelle mi legano dappertutto e mi stringono più intimamente a te, in modo che non posso lasciarti e sono: le sofferenze assidue, la riparazione perpetua, l'amore perseverante. »

(Libro de Cielo, vol. 6, 10 de abril de 1904)

Estas tres cosas no se viven, por tanto, nunca separadamente.

Y este movimiento no es de un solo sentido. Lo que se da así no se pierde:

«Y aunque haya gran diferencia entre los actos de nuestra Vida y los de la criatura, quedamos, sin embargo, glorificados y satisfechos, porque ella Nos da lo que puede darnos; mucho más porque todos los actos hechos por ella para darnos el intercambio

de vida no quedan fuera de Nosotros, sino dentro de Nosotros, como testimonios de la vida perenne de la criatura.»

« E nonostante ci sia gran differenza tra gli atti di vita nostra e quelli della creatura, però restiamo glorificati ed appagati, perché quello ci può dare e quello ci dà, molto più, che tutti gli atti fatti da essa per darci lo scambio di vita, restano non fuori di Noi, ma dentro di Noi, come attestati di vita perenne della creatura. »

(Libro de Cielo, vol. 30, 29 de noviembre de 1931)

Y Jesús añade:

«Mi pequeña hija de mi Querer, tú buscas tu refugio en Mí y Yo busco mi refugio en ti, para gozar de mi criatura y descansar en ella, a fin de que su amor me mantenga defendido de todas las ofensas de las criaturas.»

« Mia piccola figlia del mio Volere, tu cerchi il tuo rifugio in Me ed Io cerco il mio rifugio in te, per godermi la mia creatura e riposarmi in essa, affinché il suo amore mi tenga difeso da tutte le offese delle creature. »

(Libro de Cielo, vol. 36, 6 de agosto de 1938)

No es, por tanto, solamente el alma la que necesita a Dios: es un intercambio en ambos sentidos.

Una última cosa, para terminar este capítulo con prudencia. El *Libro de Cielo* cuenta con frecuencia que Jesús «se hizo ver» interiormente a Luisa —una gracia propia de su experiencia mística, que no se trata de esperar ni de buscar para uno mismo. Lo que, en cambio, todos pueden recibir es la certeza de su presencia realmente obrante en cada acto, reconocida por la fe y no por los sentidos:

«… Quien lleva la luz de la fe tocará con la mano lo que Yo obro en ti; de lo contrario, verá las cosas de modo natural.»

« … Chi porta la luce della credenza toccherà con mano ciò che Io opero in te, se poi no, scorgerà le cose naturalmente. »

(Libro de Cielo, vol. 4, 18 de noviembre de 1900)

Es un acto de fe que se realiza al obrar, no un fenómeno que se espera sentir.

V. Las Veinticuatro Horas de la Pasión

El capítulo anterior mostró lo que Jesús llama «hacer suyos los actos» de reparación. Existe, para vivir concretamente este mismo gesto, un instrumento ya preparado, escrito por la propia Luisa a petición de Jesús y difundido desde 1915: *Las Veinticuatro Horas de la Pasión*. No es una lectura más que añadir a la lista, sino un método, hora tras hora, para aprender a reparar con Él.

Un movimiento en cuatro tiempos. Cada hora de este libro retoma el mismo gesto: contemplar lo que Jesús sufre en ese instante preciso, compadecer realmente —no desde lejos, como espectadora—, reparar la ofensa que lo causó y, finalmente, entrar en la misma intención de Jesús, hasta querer con Él lo que Él quiere. Bastan algunos extractos para mostrar estos cuatro tiempos uno tras otro.

Primero, contemplar, con un realismo que no retrocede ante ningún detalle:

«Te veo atado a una columna, con las manos atrás, atados los pies; tu santísimo Rostro golpeado, hinchado y ensangrentado por las brutales bofetadas recibidas; tus santísimos Ojos lívidos, tu mirada cansada y triste por la vigilia, tus Cabellos todos en desorden, tu santísima Persona toda golpeada…»

« Ti vedo con le mani legate all'indietro ad una colonna, stretti e legati i piedi; il volto santissimo contuso, gonfio e sanguinante per gli orribili schiaffi ricevuti. I tuoi santissimi occhi sono lividi, la tua pupilla è stanca e mesta per la veglia, i tuoi capelli sono tutti in disordine, la tua santissima persona è tutta pesta… »

(Las Veinticuatro Horas de la Pasión, hora del encarcelamiento en casa de Caifás)

Después, compadecer, nunca desde lejos, nunca como espectadora:

«¡Ay de mí, cómo te han dejado, oh Jesús!»

« Ahimè, come sei ridotto, o Gesù! »

(misma hora)

Reparar después, ofreciendo algo preciso en lugar de quien faltó —así, ante las negaciones de Pedro:

«Oh Jesús, quiero hacer correr mi latido en el tuyo para endulzar el dolor atroz que sufres, y este latido mío te jura fidelidad y amor, y repite y jura mil y mil veces que te conozco.»

« O Gesù, voglio far scorrere il mio palpito nel tuo, per raddolcire lo spasimo atroce che soffri, e questo mio palpito ti giura fedeltà, amore, e ripete e giura le mille e mille volte di conoscerti. »

(Las Veinticuatro Horas de la Pasión, hora de las negaciones de Pedro)

Y entrar, finalmente, en la misma intención de Jesús, hasta orar con Él en vez de delante de Él:

«Y Yo quiero responderte por todos, por sus pensamientos, palabras, obras y pasos, a costa de Sangre y de muerte.»

« Ed Io voglio risponderti per tutti, per i loro pensieri, parole, opere e passi, a costo di sangue e di morte. »

(Las Veinticuatro Horas de la Pasión, al amanecer de la Pasión)

Recitar no es entrar. Una precisión, dada por el propio Jesús a Luisa, impide reducir estas Horas a un ejercicio piadoso entre otros: su eficacia nunca depende de la sola recitación, sino de la unión de voluntad con la que se hacen.

«Si las hacen junto Conmigo y con mi misma Voluntad, por cada palabra que reciten les daré también un alma, porque toda la mayor o menor eficacia de estas Horas de mi Pasión está en la mayor o menor unión que tienen Conmigo; y, haciéndolas con mi Voluntad, la criatura se esconde en mi Querer, y actuando mi Querer puedo hacer todos los bienes que quiero, aun por medio de una sola palabra, y esto cada vez que las hagan.»

« Se le faranno insieme con Me e con la mia stessa Volontà, ad ogni parola che reciteranno darò anche un'anima, perché tutta la maggiore o minore efficacia di queste ore della mia Passione sta nella maggiore o minore unione che hanno con Me e, facendole con la mia Volontà, la creatura si nasconde nel mio Volere ed agendo il mio

Volere posso fare tutti i beni che voglio, anche per una sola parola e questo ogni volta che le faranno. »

(Libro de Cielo, vol. 11, octubre de 1914)

Concretamente: no se trata nunca de recitar deprisa un texto para haberlo hecho, sino de retomar, aunque sea una sola frase, queriéndola verdaderamente con Él —una frase rezada así vale más que las veinticuatro horas recitadas mecánicamente.

Cómo comenzar. Nada obliga a recorrer las veinticuatro horas de una sola vez, ni todos los días. Se puede, por ejemplo, tomar una sola hora —la que corresponde al momento en que se lee, sin que esto sea una obligación— y volver al día siguiente a otra. El gesto central, «besar» un acto de Jesús que ha quedado sin respuesta en otros y sustituirse en su lugar, puede realizarse también fuera del propio libro, en cualquier instante, sobre cualquier escena de la Pasión ya conocida por el Evangelio:

«Hija amada de mi Querer, ¿quieres venir en mi Voluntad a sustituir de modo divino tantos actos no hechos por nuestros otros hermanos, tantos otros hechos humanamente y otros actos santos, sí, pero humanos y no en el orden divino? Yo todo lo hice en el orden divino, pero todavía no estoy contento; quiero que la criatura entre en mi Voluntad y, de modo divino, venga a besar mis actos, sustituyéndose a todo como lo hice Yo…»

« Figlia diletta del mio Volere, vuoi venire nella mia Volontà a sostituire in modo divino tanti atti non fatti dagli altri nostri fratelli, tanti altri fatti umanamente e altri atti santi, sì, ma umani e non in ordine divino? Io tutto ho fatto nell'ordine divino, ma non sono contento ancora, voglio che la creatura entri nella mia Volontà ed in modo divino venga a baciare i miei atti, sostituendosi a tutto come feci Io… »

(Libro de Cielo, vol. 12, 13 de febrero de 1919)

VI. Permanecer en el buen camino

Vivir en la Divina Voluntad no es un atajo que dispense del esfuerzo. Tampoco es un simple aumento de virtud: es un paso hacia un orden distinto, en el que el alma deja de imitar a Dios desde fuera para dejarlo actuar a Él mismo en ella —paso que no disminuye en nada la santidad ordinaria, de la que es, por el contrario, el pleno florecimiento.

Jesús distingue, en efecto, dos maneras de ser santo, sin descalificar jamás la primera:

«Mira qué gran diferencia hay entre la santidad en mi Querer y la de las otras virtudes. La primera consiste en recibir a cada instante corrientes de gracia, de luz y de amor, y estar en cada acto en orden con su Creador; por eso es la santidad que más se acerca a su Creador. La segunda, la de las otras virtudes, es a tiempo y a circunstancia: cuando se presenta la ocasión de ejercitar ahora la paciencia, ahora la obediencia, ahora la caridad y otras; y si las ocasiones no se presentan, las virtudes quedan interrumpidas y sin crecimiento, y no pueden recibir el bien que contiene la virtud en acto. En cambio, en la santidad de mi Querer no hay paradas ni interrupciones; mi Querer está siempre fijo en asaetear a la criatura, y ella lo puede recibir a cada instante: si respira, si piensa, si habla, si palpita, si se alimenta, si duerme, todo entra en mi Querer, y a cada instante puede llenarse de mi Voluntad con todos los bienes que Ella contiene.»

« Vedi che gran differenza c'è tra la santità nel mio Volere e quella delle altre virtù, la prima è ricevere in ogni istante correnti di grazia, di luce, d'amore e stare in ogni atto in ordine col suo Creatore, perciò è la santità che più si avvicina al suo Creatore. La

seconda, quella delle altre virtù, è a tempo, a circostanza, quando si presenta l'occasione di esercitare, ora la pazienza, ora l'ubbidienza, ora la carità e altro e se occasioni non si presentano, le virtù restano interrotte e senza crescita e non possono ricevere il bene che contiene la virtù in atto. Invece nella santità del mio Volere non ci sono fermate, né interruzioni, il mio Volere è sempre fisso a dardeggiare la creatura, lei lo può ricevere in ogni istante, se respira, se pensa, se parla, se palpita, se si ciba, se dorme, tutto entra nel mio Volere ed in ogni istante può riempirsi della mia Volontà con tutti i beni che Essa contiene. »

(Libro de Cielo, vol. 16, 6 de diciembre de 1923)

Pero una prepara la otra, como un cortejo precede al rey:

«Ahora bien, vivir en mi Querer no es sólo salvación, sino que es santidad que debe elevarse sobre todas las demás santidades, porque debe llevar la impronta de la santidad de su Creador; por eso debían existir primero las santidades menores, como cortejo, precursoras, mensajeras y preparativos de esta santidad toda divina.»

« Ora, il vivere nel mio Volere non è solo salvezza, ma è santità che si deve innalzare su tutte le altre santità, perché deve portare l'impronta della santità del suo Creatore, perciò dovevano esserci prima le santità minori, come corteggio, forieri, messaggeri, preparativi di questa santità tutta divina. »

(Libro de Cielo, vol. 13, 3 de diciembre de 1921)

Nadie, por tanto, queda dispensado de la paciencia, de la humildad o de la obediencia con el pretexto de aspirar más alto.

¿Cómo saber si se avanza de verdad? No por lo que se siente —Jesús da un criterio más sobrio y más seguro:

«Hija mía, la señal de que un alma posee mi Querer es sentirse dueña de sí misma, de modo que sus pasiones no se atrevan a moverse ante la luz de mi Fiat y se sientan impotentes para obrar, como si no tuvieran vida.»

« Figlia mia, il segno se un'anima possiede il mio Volere è sentirsi dominante di se stessa, in modo che le sue passioni non ardiscano muoversi innanzi alla luce del mio Fiat, si sentano impotenti d'agire, come se non avessero vita. »

(Libro de Cielo, vol. 25, 3 de marzo de 1929)

Un verdadero dominio de sí, verificable desde fuera —no una emoción de luz o de consuelo.

El desaliento nunca se presenta como enemigo. Ahí está su propia trampa. Jesús lo compara con un humor que infecta la raíz misma del alma si se deja que se instale:

«El desaliento es un humor infeccioso que infecta las flores más bellas y los frutos más agradables, y penetra hasta el fondo de la raíz; de modo que, invadiendo todo el árbol, lo vuelve marchito y desolado; y si no se le pone remedio regándolo con el humor contrario, como ese mal humor se ha introducido hasta la raíz, seca la raíz y hace caer el árbol por tierra.»

« Lo scoraggiamento è un umore infettivo, che infetta i più bei fiori e i più graditi frutti e penetra fino al fondo della radice, in modo che invadendo tutto l'albero, lo rende appassito, squallido e se non vi si pone rimedio con l'innaffiarlo con l'umore contrario, siccome quell'umore cattivo si è introdotto fin nella radice, dissecca la radice e fa cadere l'albero per terra. »

(Libro de Cielo, vol. 3, 4 de febrero de 1900)

El remedio que enseña se resume en una fórmula sencilla: no salir jamás «del círculo de la verdad, que es el conocimiento de la propia nada» —reconocer que uno no es nada, no para desalentarse todavía más, sino para dejar que Dios llene ese vacío en vez de añadirle el peso de un desaliento suplementario.

El orgullo espiritual acecha precisamente a las almas que avanzan. Jesús lo dice sin miramientos: ni siquiera puede entrar en un corazón «inflado de sí mismo». El remedio es el mismo que para el desaliento, vuelto en sentido contrario: permanecer como un niño envuelto en pañales, incapaz de dar un paso o de hacer un gesto por sí mismo, esperándolo todo de su madre (vol. 1) —cuanto más se recibe, más pequeño hay que hacerse.

Una sola frase puede resumir todo este capítulo:

> «La humildad sin confianza es virtud falsa.»
>
> *« L'umiltà senza confidenza è virtù falsa. »*
>
> *(Libro de Cielo, vol. 2, 3 de abril de 1899)*

Dudar sinceramente, saberse pequeño, atravesar el desaliento sin ceder a él —todo ello permanece estéril si no está sostenido por la certeza de que Dios no quiere, a través de todo ello, sino nuestro bien. El combate nunca se detiene del todo; la paz, en cambio, puede permanecer en el corazón mismo del combate, porque no depende de su desenlace, sino de Aquel que combate con nosotros.

Y la obediencia sigue siendo, aquí como en todo lo demás, innegociable. Luisa misma, en su propio diario, dudó de que todo aquello no fuera más que ilusión y orgullo disfrazado:

> «Sólo mi soberbia puede sugerírmelo y hasta hacerme llegar a escribir tantas cosas sobre la Voluntad de Dios.»
>
> *« Solo la mia superbia può suggerirmi e perfino farmi giungere a scrivere tante cose sulla Volontà di Dio. »*
>
> *(Luisa, Libro de Cielo, vol. 16, 26 de diciembre de 1923)*

Esa duda no es un accidente: Jesús mismo había establecido, años antes, la condición absoluta de toda autenticidad:

> «Hija mía, apenas el confesor te ha desligado, es decir, al decirte: «Está bien, mañana inténtalo», también se ha desatado el nudo de víctima, porque sólo el adorno de la obediencia es lo que constituye a la víctima, y nunca la aceptaría como tal sin este adorno, aun a costa, si fuese necesario, de hacer un milagro de mi omnipotencia para dar luz a quien dirige y hacer que dé esta obediencia. Yo sufrí, sufrí voluntariamente, pero lo que me constituyó víctima fue la obediencia a mi amado Padre, que quiso adornar todas mis obras, desde la más grande hasta la más pequeña, con el adorno honorífico de la obediencia.»
>
> *« Figlia mia, appena il confessore ti ha sciolto, cioè col dirti: "Va bene, domani provaci." Il nodo di vittima si è pur sciolto, perché il solo fregio dell'ubbidienza è che costituisce la vittima e non mai l'accetterei per tale senza questo fregio, anche a costo, se fosse necessario, di fare un miracolo della mia onnipotenza per dar lume a chi dirige, per far dare questa ubbidienza. Io soffrii, soffrii volontario, ma chi mi costituì vittima fu l'ubbidienza al mio caro Padre, che volle fregiare tutte le mie opere, dalla più grande alla più piccola col fregio onorifico dell'ubbidienza. »*
>
> *(Libro de Cielo, vol. 5, 24 de octubre de 1903)*

Ninguna lectura de esta guía dispensa, por tanto, de un acompañamiento, de una confesión regular, de una verdadera obediencia eclesial —son, por el contrario, su condición.

VII. Los apoyos de siempre

Vivir en la Divina Voluntad no reemplaza ninguno de los medios que la Iglesia ofrece a todos: más bien los intensifica.

La Eucaristía. Un pasaje merece ser bien comprendido antes de citarlo aisladamente, pues, separado de su contexto, podría parecer que dice lo contrario de lo que realmente afirma. Jesús confía a Luisa:

> «Hija mía, no quiero que ninguna cosa te cause molestia. Es verdad que es cosa grande recibir la comunión, pero ¿cuánto dura la unión estrecha con el alma? A lo más un cuarto de hora. Pero lo que más debe importarte es el completo deshacerse de tu voluntad en la mía, porque para quien vive de mi Voluntad la unión estrecha no dura sólo un cuarto de hora, sino siempre, siempre. Así que mi Voluntad es comunión continua con el alma; por tanto, no una vez al día, sino a todas horas, en todo momento, es siempre comunión para quien hace mi Voluntad.»
>
> *« Figlia mia, nessuna cosa voglio che ti procuri fastidio. E' vero che è cosa grande fare la comunione, ma quanto dura l'unione stretta con l'anima? Al più un quarto d'ora, ma la cosa che ti deve stare più a cuore è la completa disfatta della tua volontà nella mia, perché per chi vive della Volontà mia non è solo un quarto d'ora l'unione stretta, ma sempre sempre. Sicché la mia Volontà è continua comunione con l'anima, onde non una volta al giorno ma tutte le ore, i momenti è sempre comunione per chi fa la mia Volontà. »*
>
> *(Libro de Cielo, vol. 8, 8 de abril de 1908)*

No se trata de dos bienes en competencia: la comunión sacramental sigue siendo, como enseña la Iglesia, fuente y culmen de toda la vida cristiana —nada puede ocupar su lugar. Lo que Jesús pide es dejar que el fruto de ese cuarto de hora se prolongue durante todo el día, en vez de dejarlo encerrado en ese instante.

La confesión. Ella «perdona las culpas», recuerda Jesús, añadiendo al mismo tiempo que «la cosa más segura y cierta para exentar el purgatorio es el amor» (vol. 8, 14 de julio de 1907).

Un pequeño examen de la noche, sin convertirlo en un ejercicio pesado, puede ayudar a no perder el hilo:

- ¿He hecho esta mañana el acto preveniente, y lo he retomado con suficiente frecuencia para impedir que se instalaran las nubes?
- ¿Dónde ha vuelto a tomar el mando hoy mi voluntad propia, sin que yo me diera cuenta?
- ¿He hecho al menos una ronda, una reparación —o se ha quedado todo en una buena intención?
- ¿He deslizado mi «te amo» como una respiración, o lo he olvidado durante horas enteras?
- Ante una contrariedad recibida hoy, ¿la he puesto en manos de Jesús, o he reaccionado solo?

Seguir leyendo. Un último apoyo: la propia lectura. Jesús se lo dice sin rodeos a Luisa: *«el medio más fácil para apresurar la venida de mi Voluntad a la tierra son los conocimientos de*

Ella» (vol. 20, 1 de enero de 1927) —retomar el *Libro de Cielo*, volver a él con frecuencia, no es, por tanto, una actividad separada de la práctica: es ella misma una manera de avanzar.

VIII. Una jornada con Jesús

Para terminar, he aquí lo que daría, en la práctica, una jornada vivida con lo que precede —no como una lista de deberes, sino como un mismo hilo, sencillamente desplegado hora tras hora.

Al despertar —el acto preveniente: fijar la propia voluntad en la de Jesús, decidir no querer vivir sino en su Querer. Bastan unos segundos.

Antes de una tarea —la atribución: «eres Tú quien quiere hacer esto en mí».

Durante el día —breves retornos, tan a menudo como uno se acuerde: una ronda de unos segundos, un «te amo» deslizado entre dos ocupaciones.

Ante una contrariedad —recibir primero lo que sucede como procedente de una mano que no hace nada malo, aunque el acontecimiento parezca penoso o incomprensible; nada ha salido de esa mano que no sea bueno, dice Jesús, ni siquiera lo que, en ese momento, parece estiércol —pues el estiércol también sirve a la tierra (vol. 6, 24 de octubre de 1905). Después, si la ocasión se presta a ello, orientar ese acto hacia aquello que, en otras partes, falta a Dios, en vez de detenerse en la sola reacción.

Antes de la comunión o de la misa —pedir que esa gracia recibida en un instante se prolongue durante toda la jornada que sigue.

Por la noche —retomar, sin juzgarse con excesiva severidad, las pocas preguntas del capítulo anterior, para saber dónde retomar mañana el hilo del primer paso.

Esta guía no pretende decirlo todo: es un comienzo, como Jesús mismo lo pide —querer y dar un primer paso. Lo demás, lo ha prometido, viene por añadidura.

Anexo A — Glosario

Acto actual — La atención efectivamente renovada en cada acto particular, mediante la cual el alma llama a la Divina Voluntad a descender en ese acto para obrarlo como suyo propio: «si llamas a mi Divina Voluntad como vida de tu mente, como latido de tu corazón, como acción de tus manos…». Es exactamente la llamada del grado obrante —la Voluntad «obrante» (VI.9-10)—, que viene entonces a poner en él su vida y su santidad, divinizando desde dentro el acto humano sin suprimir a su autor. Este acto nunca conoce la sombra que puede oscurecer el acto preveniente: cada vez que se produce, la disipa y hace surgir, dice Jesús, «otros tantos nuevos soles» (VI.8; véanse también VI.9-10, VIII.1).

Acto creciente — Lo que Dios puso en el hombre al crearlo, a diferencia del resto de la Creación, que recibió un acto determinado, fijado de una vez para siempre: una capacidad de crecer sin alcanzar jamás un término, que Dios vinculó a la libre voluntad del hombre en vez de imponérsela (véase Libre albedrío), y para la cual puso a su disposición su propia Voluntad. «Así como la Creación tiene un acto determinado, la criatura tiene un acto creciente» —Dios nunca dice «basta» al hombre, pues dejaría entonces de ser padre para convertirse en amo. María ofrece su realización más alta: su «acto creante, conservante y creciente» no conoció jamás término. Este crecimiento tampoco se detiene con la muerte: la Vida Divina formada en el alma que vive en el Fiat, dice Jesús, «no muere, es eterna con Nosotros» (I.16).

Acto divino — Un acto humano convertido, mediante una intención que «se vacía de sí misma» para dejar lugar a la acción de Dios, en el velo visible de una vida interior que es la misma Divina Voluntad, recibida por Dios como propia. Nada, en el gesto exterior, lo distingue de un acto simplemente bueno —el mismo trabajo, la misma palabra pueden servir de soporte al uno o al otro—, pero quien levanta el velo encuentra encerrada en él «la virtud obrante de la acción divina»: es exactamente aquello a lo que llama el acto actual y que la Voluntad obrante viene a producir (VI.9-10; VIII.1-3).

Acto incesante — El segundo de los dos caracteres que Jesús revela de su propia Voluntad, junto con la firmeza inmutable: «mi Divina Voluntad tiene dos caracteres: firmeza inmutable y acto incesante» —pues la vida misma, dice también, consiste enteramente en ese movimiento continuo que nunca se detiene. Un acto realizado en esta Voluntad no forma, por tanto, una obra que se cumple y después se deja de lado: forma una Vida Divina (VIII.5) que, por ser divina, hereda de su fuente esa misma incesancia y se repite sin cesar jamás, como un sol que nunca deja de resplandecer (VIII.6). Este movimiento nunca es un devenir en Dios, que no conoce paso alguno de la potencia al acto: es el acto primero mismo, uno e indivisible, que se mueve sin dejar de ser idéntico a sí mismo —a la manera de una primera rueda que mueve a todas las demás sin detenerse jamás (VIII.7). Véanse también Acto creciente y Bilocación (de la Divina Voluntad).

Acto preveniente — El acto que el alma realiza cada mañana, desde el comienzo del día, fijando su voluntad en la de Dios y confirmándose en la intención de no vivir ni obrar sino en su Querer: mediante este solo acto, hace «correr» anticipadamente todos los actos de la jornada que comienza en la Divina Voluntad, de modo que esta los suple incluso cuando la atención llega a faltar. Sin embargo, este acto puede oscurecerse a lo largo del día bajo el efecto de la negligencia, de la voluntad propia o de la propia estima —lo que solo el acto actual disipa (VI.8).

Acto triple — Lo que el *Libro de Cielo* distingue en todo acto de la criatura que vive en el Fiat: un primer acto, en el que la fuerza creadora de Dios da al alma la vida misma de su operación; un segundo, en el que el alma forma, sobre ese acto recibido, el de su propio amor obrante —amor alimentado continuamente por esa misma fuerza creadora, y tanto más alimentado cuanto mayores son su intensidad, su extensión y su valor—; y un tercero, finalmente, el amor de complacencia y de reconocimiento, sin el cual ningún acto podría llamarse cumplido ni recibir su justo valor —en él, el alma devuelve a Dios, con un amor mayor, aquello que había comenzado en Él (VIII.4).

Actos en suspenso (o actos suspendidos) — Los actos que Jesús vivió, hizo y sufrió en la tierra, y los actos propios que la Voluntad Suprema destinó a cada criatura desde el origen: dos tesoros que permanecen «en suspenso» en la Divina Voluntad, como un fruto todavía no recogido, mientras nadie se disponga a recibirlos. El alma que vive en este Querer entra realmente en esos actos y los descuelga uno tras otro, haciendo correr finalmente sobre sí todo su fruto (VI.14-15). Este segundo tesoro —los actos destinados desde el origen a cada criatura— es la misma realidad que el *Libro de Cielo* denomina, vista desde el lado de la criatura, los actos no hechos, mal hechos o hechos solamente de modo humano (véase esta entrada): aquello que Dios había preparado para ella y que ella no recibió.

Actos no hechos, mal hechos, hechos humanamente — Las tres carencias que Jesús, sumergido en el Querer Eterno, colmó anticipadamente: los actos que las criaturas no realizaron, los que realizaron mal, y los actos buenos que permanecieron puramente humanos, sin la impronta del orden divino; el alma está llamada a continuar esta misma obra de sustitución (III.7; X.11). Aquello que Jesús colma primero Él solo en su propia Humanidad, su Pasión se convierte, en la Décima parte, en la escuela concreta donde el alma aprende a su vez ese mismo gesto: «abrazar» esos actos fallidos y rehacerlos en modo divino, en la misma Voluntad en la que Jesús sufre. Esos mismos actos son, vistos desde Dios, que los había preparado desde el origen para cada criatura, los que designa la entrada Actos en suspenso (o actos suspendidos).

Agitar el Ser divino — Lo que el *Libro de Cielo* dice que sucede cuando la criatura ama o adora en la Divina Voluntad: no añadir a Dios un bien que no poseyera ya, sino hacer surgir, como una piedrecita arrojada en una fuente, el perfume mismo de cuanto posee desde toda la eternidad. Jesús lo dice sin rodeos: «He aquí qué significa entrar en mi Voluntad: agitar, remover mi Ser» (VIII.13). Nada aumenta, por tanto, en Dios, cuya plenitud no conoce carencia ni cambio; pero aquello que ya posee queda reavivado, gustado por segunda vez, como nuevamente ofrecido —lenguaje que se une, de modo todavía más concreto, al de la Escritura cuando habla de Dios que «descansa» o «se alegra» sin perder nada de su inmutabilidad. En esta misma línea delicada se comprende el lenguaje, empleado en otro lugar del *Libro de Cielo*, de un Creador «encargado» por los actos de la criatura de preparar su propio Reinado (XIV.13): imagen, no causalidad real ejercida sobre Él.

Alma peregrina (viadora) — El nombre que Jesús da al alma que todavía está en camino sobre la tierra —el italiano y la edición española del *Libro de Cielo* emplean *viatrice* y «viadora»—, por oposición a los bienaventurados ya fijados en la visión de Dios. Lejos de encontrarse en una posición inferior, goza de un privilegio que el propio Cielo ya no posee: los bienaventurados, cuya vida y cuyos méritos están definitivamente fijados, solo pueden ser «hechos felices» sin adquirir nada nuevo; el alma peregrina, en cambio, todavía puede obrar, merecer y —viviendo en la Divina Voluntad— «obrar prodigios de gracia y de luz para el mundo entero». Jesús llega a decir que encuentra mayor gusto en su amor que en el de los santos, porque solo con ella puede compartir sus penas, y porque únicamente ella conserva, mientras todavía puede sufrir, la fuerza de «desarmarlo» ante su propia justicia. Sin embargo, el intercambio no se produce en un solo sentido: las bienaventuranzas del

Cielo «se derraman» también sobre el alma peregrina que vive en el Fiat —pero, mientras los bienaventurados no adquieren al recibirlas mérito alguno, solo ella puede convertirlas todavía en nuevo mérito (XIV.13). Véase también Bienaventurados.

Bienaventurados — Véase Alma peregrina (viadora) para la distinción que los separa de las almas que todavía están en la tierra. El *Libro de Cielo* los muestra plenamente felices, «nadando en las alegrías divinas» de una Voluntad que poseen «como su propio centro» —pero su vida, sus actos y su voluntad han llegado, de una vez para siempre, a su pleno cumplimiento: pueden decir que han «terminado su jornada», sin poder ya añadir nada por sí mismos. La única gloria suya todavía susceptible de crecer es la gloria accidental, que los actos de las almas que viven en la tierra en la Divina Voluntad pueden aportarles como aumento (véase Gloria accidental). Entre ellos, los hijos del Reino forman una jerarquía propia, distinta de la santidad común medida por la caridad y las virtudes (véase Coros).

Bilocación (de la Divina Voluntad) — El misterio por el cual la única Voluntad de Dios, sin dividirse ni perder nada de su pleno ejercicio en el seno de la Trinidad, reina igualmente en plenitud en un alma que la deja obrar —a la manera de un rey que, sin dejar de ser rey, elige habitar en una pobre morada—; fundamento del misterio de las «Vidas Divinas» multiplicadas (VIII.5), expresamente llamado por Jesús «bilocación» a propósito de su propia Voluntad (VIII.7), y de la propia gracia, «vida bilocada de Dios que se da a las criaturas». Este movimiento nunca se produce en un solo sentido: el alma que recibe así la Divina Voluntad «pone fuera» a su vez su propia virtud bilocadora, que se cierne sobre toda la Creación y alcanza en ella cada pensamiento, cada palabra y cada latido de cada criatura —gracia ya concedida a Adán antes de su caída (I.7), nuevamente abierta hoy a toda alma que vive en el Fiat y que abraza tanto todo el tiempo como todo el espacio, sin primero ni último (VII.7).

Camino regio — La imagen mediante la cual Jesús designa el destino de los actos hechos en la Divina Voluntad: apenas formados, sin permanecer siquiera un instante junto a la criatura que acaba de realizarlos, emprenden el vuelo hacia el Cielo, donde los bienaventurados los reciben y los conducen al puesto de honor alrededor del trono supremo. Los actos solamente buenos, pero no hechos en esta Voluntad, siguen por el contrario «vías tortuosas» y esperan a la criatura en el purgatorio para purificarse allí con ella. El alma que vive plenamente en el Fiat ya no tiene camino alguno hacia el purgatorio —el purgatorio anticipado que se formó en esta tierra ya la ha purificado— y posee, incluso durante su vida, un acceso directo a todos los puntos de ese lugar para llevar alivio y liberación (XIV.11; véase también Purgatorio anticipado).

Ciencia infusa — El don que Adán poseía antes de la Caída, unido a la Divina Voluntad: un «ojo lleno de luz» formado en el fondo del alma, que le permitía conocer sin esfuerzo las verdades divinas y la virtud benéfica de cada cosa creada, hasta la más pequeña brizna de hierba. Al rechazar esta Voluntad, Adán perdió ese don junto con la vida misma que lo llevaba. Se promete nuevamente, en los mismos términos, a quien vive plenamente en el Fiat, como guía para conocer a Dios y conducirse incluso en el orden de las cosas naturales —don inseparable de la Divina Voluntad como la luz lo es del calor, que se retira enteramente con ella, a la manera del sol que, al ponerse, no deja a la noche ni una sola gota de su luz (V.20).

Conocimientos (de la Divina Voluntad) — Las verdades reveladas acerca de la Divina Voluntad, cuyo descubrimiento progresivo no solo informa a la inteligencia, sino que transforma poco a poco al alma que las recibe; su difusión es, según el *Libro de Cielo*, la condición necesaria para que el Reino prometido pueda ser efectivamente querido y habitado (V.6-8).

Coros (nueve, de los hijos del Reino) — La jerarquía que formarán en el Cielo los hijos de este Reino, a imagen de los nueve coros angélicos; se mide, no por méritos extraños unos a otros, sino por la parte de los conocimientos del Fiat que cada uno haya hecho propia (XIV.12).

Corredentora — Título aplicado a María en un texto del *Libro de Cielo* (vol. 17) por su cooperación, real pero enteramente segunda y derivada, al único sacrificio de Cristo; término empleado por varios papas, pero nunca definido como dogma por el Magisterio (V.16).

Corte celestial — Los ángeles, la Virgen y los santos, a quienes el *Libro de Cielo* muestra casi siempre en espera activa ante los actos hechos en el Fiat, nunca como meros espectadores. Jesús lo dice sin rodeos: «alegrías de conquistas no hay allá arriba», por lo cual se esperan de la tierra —pues la propia fijación de la gloria de los bienaventurados (véase Bienaventurados) les impide producir por sí mismos esa alegría nueva. Cada acto se convierte así en un «mensajero» portador de una «Circular Divina» que pone a toda la Corte al trabajo para preparar el Reinado, hasta el propio Creador, que la recibe a su vez (vol. 24, 20 de mayo de 1928); y el alma que realiza ese acto se convierte en «la bienvenida, la preferida de toda la Corte celestial» —sin perder nunca nada: el acto sigue siendo suyo, propiedad en el fondo de su alma, mientras alegra simultáneamente a todo el Cielo (vol. 34, 25 de abril de 1937). Véanse también Bienaventurados y Gloria accidental.

Criatura — En el *Libro de Cielo*, esta palabra designa casi siempre al propio ser humano, no a los seres vivos en general: la criatura es el hombre considerado en su condición propia ante su Creador —sacado de la nada (véase Nada), destinado desde el origen a una vida filial más que a una simple obediencia de siervo (I.17), y llamado a ocupar en la Creación el puesto que Dios le asigna. Para Adán, ese puesto fue el de un rey y un padre, conocedor de todos los dominios de la Creación y con derecho a depositar en ellos sus actos como otros tantos soles (I.6). El título mismo querido por Jesús para este Libro lo recuerda: fuera de ese puesto, en la Divina Voluntad, la criatura permanece sin orden, sin finalidad, como una intrusa errante en su propia casa (Introducción, P.7).

Cruz de la Voluntad — Más allá de la cruz de madera, la cruz «sin altura ni anchura», hecha no de madera sino de luz, que Jesús revela querer dar al alma avanzada en el Fiat, para sufrir en ella junto con el alma, en cada criatura, y ser allí «vida de todas» (X.18).

Cuerpo místico — Nombre teológico de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, al que Jesús aplica una imagen orgánica precisa: las almas que viven en la Divina Voluntad son para este Cuerpo lo que la piel es para el cuerpo físico —lugar de una circulación continua de vida que hace crecer a los miembros débiles y sana a los miembros heridos—, imagen todavía más concreta que la del canal (VII.9) y que nunca puede reducirse a una intercesión puntual (VIII.16).

Dar Dios a Dios — Fórmula que el propio Jesús ofrece como primera respuesta a la pregunta «¿qué es la Divina Voluntad?»: puesto que toda la Creación no es más que un desbordamiento de amor del Fiat creador, el alma que se la devuelve intacta mediante sus rondas no le da nada extraño a Él, sino su propio don vuelto a cerrar sobre su fuente; y el menor «te amo» de la criatura, purificado en el Fiat, es él mismo un «parto divino» que asciende hasta Dios y le devuelve, dice Jesús, «a Mí mismo, muchas veces». El mecanismo concreto de este don, en cada acto, es la narración: prestar la propia voz a una Creación que no sabe decir por sí misma su propia gloria, para volvérsela a contar (VI.1; VIII.13; véanse también Narración y Agitar el Ser divino).

Descanso de Dios (en el alma) — El descanso que Dios buscaba desde el séptimo día de la Creación: la alegría contemplativa de una obra buena y cumplida, en un mundo que

todavía no le oponía resistencia alguna —día que el Génesis marca, además, con un rasgo propio, al no cerrarlo con ninguna fórmula de «tarde» y de «mañana» como los otros seis (Gn 2,1-3). Rechazado por la caída de Adán, este descanso pleno solo será devuelto cuando el Reinado del Fiat reine sobre toda la tierra: «Dios tomará su descanso perpetuo en el último Fiat» (vol. 12, 22 de febrero de 1921). Mientras tanto, Dios encuentra en el alma que vive plenamente en su Voluntad un descanso protector y anticipado: ella le presta su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor como una pantalla interpuesta entre Él y la resistencia del mundo (VII.3).

Divina Voluntad — La Voluntad misma de Dios, una y eterna, por la cual crea, redime y santifica; designa también, en el uso propio de esta obra, el Don mediante el cual un alma deja que esta Voluntad se convierta en el principio continuo de sus actos (Introducción, P.1).

Don (de la Divina Voluntad) — La gracia, propia del tiempo abierto por Luisa Piccarreta, mediante la cual un alma puede vivir no solo haciendo la Voluntad de Dios, sino dejándola convertirse en la vida misma de sus actos (Partes VI y VII).

El tiempo de este Don se abre con la misión confiada a Luisa (V); la Sexta parte ofrece su definición más precisa: un intercambio continuo en el que Jesús ofrece primero, en cada acto, el don de su propia Voluntad y espera a cambio el del alma; la Séptima despliega sus propiedades y sus frutos; la Novena muestra su fruto sacramental, multiplicando cada acto la Vida Sacramental de Jesús (IX.4); y la Undécima recoge los frutos ya sensibles en el alma que lo recibe, primicias reales del Reino todavía esperado en su plenitud (XI, síntesis).

Dos mil años (ritmo providencial de los) — El orden según el cual Jesús revela a Luisa que su providencia conduce la historia mediante grandes períodos de dos mil años, cada uno sellado por una renovación del mundo —el diluvio, después la Encarnación—, estando próxima una tercera renovación, más interior. Nunca se ofrece como cálculo o fecha que hubiera que esperar, sino como la firma de una Providencia que conduce todo hacia la plenitud de los tiempos sin dejar nada al azar (V.3).

Este gran ritmo histórico encuentra un contrapunto en la Undécima parte, donde el Reino se mide por un número de actos, de oraciones y de sacrificios que Dios fijó anticipadamente, no por la duración que transcurre: su cumplimiento depende de la libre cooperación de las almas, y es esta dependencia de la libertad, más que del reloj, la que impide todo cálculo de fecha (XI.8; véase también Número de los actos).

Eclipse — La imagen mediante la cual Jesús explica que la Divina Voluntad, al reinar plenamente en el alma, nunca destruye el libre albedrío recibido en la Creación: como el sol del día vuelve invisibles las estrellas sin aniquilarlas, el alma unida al Fiat mantiene su voluntad propia en su lugar, libre de salir de él si quisiera —a costa de un gran esfuerzo—, pero sin iniciativa distinta mientras dura la luz divina que la reviste (VI.7). Véase también Libre albedrío.

Efectos (vivir de los) / Poseer la unidad — La distinción entre recibir de la Divina Voluntad gracias y auxilios puntuales —la condición ordinaria de toda alma fiel desde la Caída— y tenerla a Ella misma como fuente única y permanente de todos los propios actos, como Adán antes del pecado. Jesús lo ilustra mediante la imagen del sol y de la tierra: los efectos de su luz hacen germinar las flores más bellas, sin que la tierra se eleve jamás hasta la esfera del sol (II.7).

Fiat — Palabra latina («hágase») empleada para designar cada uno de los tres grandes actos mediante los cuales Dios crea, redime y santifica; por extensión, designa también la propia Divina Voluntad en su ejercicio concreto.

Fiat de la Creación, de la Redención y de la Santificación (los tres Fiat) — Los tres

grandes actos divinos que estructuran toda esta obra: la Creación, cumplida por Dios solo; la Redención, cumplida con el concurso de María; y la Santificación, todavía en curso de cumplimiento mediante el concurso de las almas (Introducción, P.2).

Los dos primeros, ya cumplidos, no bastan, sin embargo, por sí solos: Jesús mismo los llama «entrelazados» y espera de ellos un tercero, que debe elevarse desde la tierra mediante un acto a la vez humano y divino (III, síntesis). Luisa recibe la misión de abrir su conocimiento a las almas (V), y el Reino que de él resulta cumple en las almas los frutos ya contenidos en los dos primeros Fiat, sin introducir una economía nueva (XI, síntesis).

Fundirse / Fusión (en la Divina Voluntad) — El gesto que Jesús llama «el acto más solemne, más grande, más importante» de toda la vida del alma: el don total, libremente renovado a cada instante, mediante el cual la criatura deja de actuar primero para permitir que la Divina Voluntad obre enteramente en ella. Esta palabra no designa en ningún momento la desaparición de la voluntad humana como facultad: lo que «muere» en este gesto es la iniciativa propia de la criatura, nunca su naturaleza ni su libertad, que permanecen, como en Cristo, como dos voluntades distintas unidas sin confusión (VI.13).

Fusión (en la Divina Voluntad) — Véase Fundirse / Fusión (en la Divina Voluntad).

Gloria accidental — Un aumento de gloria, distinto de la gloria esencial ya plenamente poseída por los bienaventurados, que los actos hechos en la Divina Voluntad pueden aportar todavía a un alma del Cielo (VIII.15).

Grados (cuatro, de la vida en la Divina Voluntad) — Las cuatro medidas de exposición a la luz de la Divina Voluntad, desde el alma que vive fuera de sus fronteras y solo recibe un reflejo hasta aquella que, después de alzar el vuelo dentro de los rayos del sol, se encuentra tan totalmente absorbida por la intensidad de esa luz que ya no puede ver ni sentir nada fuera de ella; nunca una fatalidad impuesta, sino la parte que cada uno consiente primero en recibir de una luz ofrecida sin restricción (VII.1).

Hostia viviente — El nombre que Jesús da al alma que, habiendo hecho morir su voluntad propia para dejar reinar la suya, le ofrece su cuerpo y su voluntad humana como otros tantos accidentes, como velos para su consagración: cada vez que renueva este don, Él continúa en ella su vida, no recibida pasivamente como en la Hostia sacramental, sino respondida libremente y renovada sin cesar —«hostias vivas, no muertas, como son las hostias sin Mí» (VII.6; IX.5). Véanse también Vida real y Vida Sacramental (multiplicación de la).

Libre albedrío — El poder de elegir dado a la criatura en el acto mismo de su creación, que Dios nunca retira, cualquiera que sea el precio: Jesús revela que su Humanidad, viendo todo el mal que este don haría posible, habría podido destruirlo para ahorrar a los hombres sus pecados y sus penas —pero, sin él, dice, el hombre no habría tenido voluntad propia alguna en la realización del bien y nunca habría podido ser un objeto digno de la sabiduría creadora de Dios (XII.3). Es este mismo don, nunca retirado, el que la Divina Voluntad respeta incluso en la unión más estrecha: «eclipsa» la voluntad humana sin aniquilarla, y el alma más unida a Dios permanece siempre libre, de derecho, para apartarse de Él (VI.7). Véanse también Voluntad humana y Eclipse.

Libro de Cielo (título del) — El título en tres partes que Jesús dicta Él mismo, el 27 de agosto de 1926, al sacerdote encargado de imprimir los escritos sobre su Voluntad: *El Reino de mi Divina Voluntad en medio de las criaturas* (nombre de la obra), *Libro de Cielo* (título usual del corpus), *Llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios* (subtítulo explicativo). Este subtítulo, dice Jesús, debe corresponder a la gran obra de su Voluntad: el puesto asignado por Dios a la criatura se encuentra en esa misma Voluntad, y mientras no entre en ella permanece sin puesto, sin orden y sin finalidad

—una intrusa errante en su propia Creación. Jesús lo bendice «de corazón» dos días más tarde (Introducción, P.6-7).

Milagro preservativo — El modo de acción propio del Reino de la Divina Voluntad, que no espera a que el mal sobrevenga para sanarlo, como el Reino de la Redención, sino que lo aparta desde dentro antes de que suceda —restaurando así el orden mismo que Adán poseía antes de la Caída (XI.2).

Modo querido / modo permisivo — Las dos maneras en que la Divina Voluntad actúa en la historia: en modo querido, cuando cumple directamente sus designios y colma de luz y de gracia al alma dócil; en modo permisivo, cuando la resistencia de las criaturas la obliga a dejar que sus elecciones produzcan sus propias consecuencias de justicia (XI.10).

Nada — El verdadero reconocimiento de la propia impotencia radical para producir por sí mismo el bien que solo la Divina Voluntad puede dar: la criatura que ve claramente que fue sacada de la nada para vivir deja, por eso mismo, que el Todo la llene de Sí, sin barrera alguna. Lejos de desalentar al alma, este conocimiento la libera, por el contrario, de toda presunción y la dispone a recibir el Don (VI.4; XIII.8). En el combate espiritual, esta misma verdad se convierte en remedio contra el desaliento —ese «humor infeccioso» que seca el alma hasta la raíz—: reconocer la propia nada nunca es desalentarse de sí mismo, sino consentir en ser llenado; la humildad sin esta confianza, enseña el corpus, es una virtud falsa (XIII.8). Véase también Pequeñez.

Narración (función de narrador) — La función mediante la cual el alma que vive en la Divina Voluntad presta su voz a toda la Creación, muda por naturaleza, para devolver a Dios la gloria de sus propias obras; pero el propio Jesús, presentándose como primer narrador, extiende esta función a su Redención, llamada a ser narrada tanto como la Creación — de modo que narrar nunca es solo prestar la voz a lo que no la tiene, sino también volver a contar la propia historia de la salvación. Participación, en el orden de la gracia, en la función del Verbo, narrador eterno del Padre (Jn 1,18) (VIII.14).

Nueva Eva (título aplicado a Luisa) — Título que Jesús aplica a Luisa en un sentido segundo y derivado —no la Eva tentadora, sino aquella que, mediante su misión propia, vuelve a llamar el reinado de la Divina Voluntad sobre la tierra—, sin rivalizar jamás con María, única digna de este título en el orden de la maternidad divina (V.16).

Número de los actos (establecido por Dios) — El número de oraciones, de actos y de sacrificios que Dios fijó anticipadamente como condición de la venida del Reino de la Divina Voluntad; su cumplimiento depende de la libre cooperación de las almas, lo que explica que nunca pueda calcularse fecha alguna (XI.8).

Pasaporte — El derecho de entrada que el propio Jesús da al alma para franquear las fronteras del Reino de su Voluntad: unas veces su propia Sangre derramada en la Pasión, que permite pasar del Reino de la Redención al del Fiat (III.10); otras, su vida y sus méritos, de los que Él mismo se hace firmante para el alma que se dispone a hacer su Voluntad (X.5), y que da como puro don a toda alma para su entrada en el Cielo (XIV.1). Una imagen distinta emplea la misma palabra para la luz de la Divina Voluntad, que permite al alma fundida en ella entrar realmente en cada acto de criatura, en todo tiempo y lugar (VII.7).

Pequeña hija de la Divina Voluntad (primogénita) — Título dado por Jesús a Luisa Piccarreta en el propio texto que le dicta, y no elegido por ella; une dos rasgos que el *Libro de Cielo* presenta como inseparables: la condición de «primogénita» mediante la cual un bien nuevo entra en el mundo, y la pequeñez radical que es la única capaz de recibir un don sin apropiárselo (V.5).

Pequeñez (*piccolezza*) — La disposición interior de humildad radical, a imagen del niño

que todo lo espera de su madre, requerida para recibir la Divina Voluntad y preservarse del orgullo espiritual (Introducción, P.11; XIII.5).

La propia Luisa es su modelo viviente: «primogénita» de este Fiat, no deja, sin embargo, de ser siempre, en boca de Jesús, «pequeña» —pues la grandeza del don solo tiene por igual la pequeñez de quien lo recibe (V.5; véase también Pequeña hija de la Divina Voluntad). En el combate espiritual, esta misma pequeñez se convierte en el único remedio contra el orgullo espiritual que acecha a las almas avanzadas: Jesús dice no poder siquiera entrar en un corazón que «apesta de soberbia» (XIII.5).

Piedrecita (*pietruzza*) de la voluntad propia — Imagen empleada por Jesús para designar el único obstáculo a la entrada en la Divina Voluntad: como una piedra bloquea el agua en la orilla, la voluntad propia, si no se retira, impide al alma «correr» en ese Querer que ya la envuelve por todas partes (VI.5). Véase también Voluntad propia.

Potencias del alma — La inteligencia, la memoria y la voluntad, dadas por Dios al hombre para que pueda conservar la comunicación con las tres Personas de la Trinidad; estructura antropológica fundamental de esta obra (Introducción, P.3; XII.1-2).

Formadas en Adán como los «tres soles» de su alma, firma discreta de la Trinidad (I.5), se ordenan cada una hacia uno de los tres Fiat: la inteligencia hacia la Creación, arrebatada por cuanto comprende de Dios; la memoria hacia la Redención, cautivada por el don total del Esposo; la voluntad hacia la Santificación, donde Dios la toma como apoyo de la suya. El pecado desordena conjuntamente las tres potencias; los tres clavos de la Cruz las redimen una a una (XII.1-2). Estos mismos soles permanecen hoy velados por las «nubes» de la voluntad propia —ese obstáculo ya llamado la «piedrecita» (VI.5); retirarlo es permitir que estas tres potencias sean finalmente dirigidas, animadas y vivificadas por la Voluntad misma para la cual fueron formadas (I.5; XII.1).

Purgatorio anticipado — La obra mediante la cual el Fiat, desde que el alma decide verdaderamente vivir en la Divina Voluntad, forma en ella el germen de una vida que la purifica anticipadamente de todo cuanto podría impedirle formarse —pues el pecado y la Divina Voluntad no pueden coexistir. Jesús ve en ello la condición concreta para que «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo» sea una realidad y no una manera de hablar: en el Cielo, donde reina esta Voluntad, no existen pecado ni purgatorio; lo mismo sucede, por tanto, ya en esta tierra, para el alma en la que reina verdaderamente (XIV.3).

Re-creación (en el alma) — No una segunda creación rival y exterior a la primera, sino la intensidad enteramente particular de un mismo don recibido interiormente: cada nuevo conocimiento de las perfecciones divinas despliega en ella un cielo nuevo, cada progreso en estas verdades forma un sol, cada gracia y cada unión renovada se convierte en un mar, y el propio ejercicio de las virtudes, incluso en el cuerpo, hace florecer en ella un jardín siempre nuevo —cuatro imágenes mediante las cuales Jesús afirma que cuanto obra en el alma supera lo que hizo en el universo (V.8).

Reino de la Divina Voluntad — El estado, esperado pero todavía no plenamente cumplido sobre la tierra, en el que el querer de Dios circula sin obstáculo en los actos de los hombres; no abole ni reemplaza lo que Cristo ya instauró en su Iglesia, sino que da nombre a su profundización todavía esperada (Introducción, P.4; Parte XI). El *Libro de Cielo* lo distingue también del Reino de la Redención que lo precedió: este sana el mal una vez sobrevenido, mientras el de la Voluntad restaura, en su principio, el mismo orden que Adán poseía antes de la Caída —dos Reinos nunca rivales, unidos entre sí como la curación a la plena salud que prepara (III.10, III.12; XI.2).

Poseerlo, y no solamente conocerlo, es el objetivo que atraviesa toda la obra bajo formas

siempre nuevas. Adán lo posee primero, como un rey en su morada, mientras su voluntad no forma más que una sola con la de Dios (I.10); la Caída no lo destruye, sino que lo retira al hombre (II.3-4); Jesús debe primero volver a formarlo y poseerlo Él mismo, en el centro de su propio Corazón, antes de poder darlo (III.4); María sola, entre los descendientes de Adán, nunca lo perdió (IV, síntesis); Luisa recibe su pleno conocimiento para abrirlo a las almas de su tiempo (V); y el alma que vive hoy en el Fiat recibe ya sus frutos sensibles, antes incluso de su pleno cumplimiento (XI.11), hasta que los actos así realizados siguen, al final, un camino regio que conduce directamente al Cielo (XIV.11).

Reparación — El acto mediante el cual el alma, unida a Jesús, ofrece a Dios aquello que otros no hicieron, o hicieron mal, para reparar su carencia (Partes III, VI.16, VIII y X).

Jesús colma primero la carencia, en su propia Humanidad, mediante los actos no hechos, mal hechos o realizados solo humanamente por las criaturas (III.7) —reparación ya perfecta y cumplida en sí misma. Sin embargo, no quiere permanecer solo en ella: llama al alma que vive en su Voluntad a venir, en modo divino, a continuar esta misma obra de sustitución, rehaciéndose Él mismo en ella para formar «otro Jesús en la criatura» (VI.16). El mecanismo concreto de esta reparación toma del tesoro de los actos de Jesús frutos distintos según cada destinatario —gloria accidental para el bienaventurado, alivio para el alma del purgatorio, luz y llamada para el pecador (VIII.15). Las Veinticuatro Horas de la Pasión le dan su forma más concreta, en cuatro tiempos: contemplar, compadecer, reparar y entrar en la intención misma de Jesús (X).

Ronda — El movimiento contemplativo mediante el cual el alma, fundida en la Divina Voluntad, se presenta ante Dios en nombre de todos y por todos —como si todas las criaturas hubieran hecho ellas mismas su Santísima Voluntad—, y vuelve a recorrer en espíritu el «teatro infinito» de las obras realizadas por esta Voluntad en la Creación, la Redención y la Santificación, para adorar, bendecir, agradecer y glorificar allí a Dios, y devolverle el retorno de amor que se le debe. Jesús la define Él mismo como «un derecho divino» y «el primer deber de la criatura» (vol. 18, 9 de agosto de 1925) —deber cumplido primero por la Virgen María y después por su propia Humanidad, antes de que Luisa fuera asociada a él. Restaura así, en el alma que la realiza, aquello que Adán poseía antes de la Caída: el poder de hacerse presente en cada cosa creada para depositar en ella su amor (I.7; VIII.10-12).

Sacerdocio del reinado de la Voluntad — El nombre que Jesús da, en el *Libro de Cielo*, a la misión de proclamación que confía a los sacerdotes para dar a conocer su Divina Voluntad —como confió antaño a los profetas el anuncio de su venida y después a los Apóstoles el de su Redención. Nunca se trata de un sacerdocio nuevo que se añadiría a los tres únicos reconocidos por la fe católica: es el mismo sacerdocio ministerial de la Iglesia, llamado a una misión inédita de anuncio (V.14).

Santidad de las virtudes / Santidad de las santidades — Distinción tomada del *Libro de Cielo* entre dos caminos de santidad: el primero imita a Dios mediante actos semejantes a los suyos, adquiridos uno a uno por el esfuerzo virtuoso; el segundo, que Jesús llama Él mismo «la Santidad de las santidades» —en el que el alma, dice, «obra a lo divino» y «concurre» a todo cuanto Él mismo hace, encontrando en cada uno de sus actos aquello que llama también «la santidad divina»—, ya no imita a Dios desde fuera, sino que lo deja obrar a Él mismo en ella. Esta obra la designa también, por comodidad, con el nombre de «santidad del Fiat». Esta diferencia no disminuye en nada la santidad ordinaria, fruto auténtico de la gracia común a todos los bautizados, de la que sigue siendo la forma más intensa y radical; pero sitúa, en un orden distinto, una participación más inmediata en el obrar mismo de Dios, ofrecida sin excepción a todo aquel que consiente en depositar su voluntad propia (V.9; XI.5).

Segundo eslabón (Luisa) — Término empleado por Jesús para designar la función propia de Luisa en la cadena de transmisión del tercer Fiat: «segundo eslabón de unión» con la Humanidad de Cristo, al que se enlazarán todos los eslabones futuros de las almas que vendrán, después de ella, a vivir en el Fiat. Como la propia Luisa se inquieta por este rango, temiendo que María quede relegada a un segundo lugar, Jesús la tranquiliza inmediatamente: María nunca pertenece a la parte secundaria de su amor ni de su Querer, sino que forma con Él un solo y mismo eslabón (V.18).

Templo (invertido) — Mientras el alma en gracia es, según la doctrina común, Templo de Dios, el *Libro de Cielo* revela que, a su vez, Dios se convierte en Templo del alma que vive en su Voluntad —templo protegido de los peligros y de las pasiones, donde Él encuentra su gloria y su triunfo, y donde continúa creciendo según el modelo mismo de su gestación en el seno de María (VII.2).

Tres Pasiones — Las tres heridas invisibles que Jesús distingue en la única Pasión vivida en el Huerto de los Olivos, correspondientes a los tres efectos del pecado: la Pasión del amor, que repara la falta de amor; la Pasión del pecado, que restituye al Padre la gloria robada; y la Pasión por manos de los judíos, que rehace la fuerza perdida por el hombre (X.2-4).

Última sorpresa de amor — El nombre dado a lo que el *Libro de Cielo* revela acerca del juicio particular: en el momento mismo de la muerte, Jesús se presenta al alma con extrema ternura —interviniendo también María con su autoridad de Madre— para obtener de ella, sin forzarla jamás, un último acto libre de adhesión a su Voluntad, cuyo centro es el consentimiento mismo a morir, acompañado de un arrepentimiento de amor en el que la criatura mide cuánto fue amada sin haber amado suficientemente en respuesta. Este acto no tiene nada de automático: es el fruto último de una vida ya orientada hacia Dios, sin el cual, dice Jesús, «las puertas del Cielo no se abrirían» —y por eso los más obstinados, que persisten hasta el final en rechazarlo, nunca se benefician de él (XIV.2).

Víctima — Término empleado en los escritos de Luisa para designar al alma víctima, en el sentido propio de la tradición mística: aquella que pide libremente unir su sufrimiento al de Cristo para ofrecerlo con Él. Este sentido restringido no resta nada a la realidad del sufrimiento padecido sin haberlo elegido —enfermedad, accidente, agresión, duelo—, tan real y tan digno de compasión como cualquier otro; solamente nombra una vocación distinta, siempre libre, nunca buscada por sí misma y siempre sometida a la obediencia eclesial (X.12-13).

Vida real — El modo de presencia personal que Jesús dice establecer en el alma que vive en su Voluntad, distinto de la vida mística común a las almas en estado de gracia: allí donde la Hostia consagrada recibe sin poder responder, esta alma ofrece, mediante el don continuamente renovado de su voluntad, una respuesta viva de amor —lo que Jesús llama «superar el milagro mismo de la Eucaristía», no mediante una presencia más real o más sustancial que la presencia sacramental, sino mediante la caridad vivida, que es su fin propio (VII.6). Véase también Hostia viviente.

Vida Sacramental (multiplicación de la) — Cada acto que el alma realiza en la Divina Voluntad multiplica, dice Jesús, su propia Vida Sacramental, como cada Hostia consagrada la multiplica sacramentalmente —un suplemento real que Jesús elige y obra Él mismo, sumo sacerdote eterno, sin que el alma se consagre jamás a sí misma ni reemplace la consagración que únicamente los sacerdotes legítimamente ordenados pueden conferir. Jesús encuentra también en ella con qué suplir aquello que, por la escasez de comuniones y de sacerdotes, queda en otros lugares sin existencia (IX.4). Véase también Hostia viviente.

Vida y obras cumplidas / período de vida — Distinción establecida a propósito de Adán y de María: Adán solo tuvo en el Fiat «un período de vida», interrumpido por la

Caída; únicamente María poseyó «vida y obras cumplidas» en la Divina Voluntad, sin interrumpirlas jamás (I.9; IV.1).

Vivir en la Divina Voluntad / Hacer la Voluntad de Dios — Dos grados distintos, pero no opuestos: hacer la Voluntad de Dios es la obediencia ordinaria pedida a todo cristiano; vivir en la Divina Voluntad es el Don, más completo, mediante el cual esta misma Voluntad se convierte en el principio permanente de los actos del alma (Introducción, P.5).

Voluntad humana — La facultad real de querer dada por Dios a toda persona humana, nunca suprimida ni absorbida, incluso en la unión más perfecta con la Divina Voluntad: Cristo posee una voluntad humana verdaderamente distinta de su Voluntad divina, libremente sometida sin ser aniquilada —misterio definido por la Iglesia contra la herejía monotelita (III.3). La propia María recibió esta misma voluntad humana, real y libre, sin que Dios se la retirara jamás: lo que ofreció desde el primer instante de su razón nunca fue la facultad misma, sino su uso para sí (IV.3-4). Reinando plenamente en un alma, la Divina Voluntad tampoco destruye esta facultad: la «eclipsa», como el sol del día vuelve invisibles las estrellas sin aniquilarlas —permanecen en su lugar, dispuestas a reaparecer (VI.7). Véanse también Voluntad propia y Libre albedrío.

Voluntad obrante (cuatro grados: querida, mandada, obrante, cumplida) — Las cuatro maneras progresivas en que la Divina Voluntad actúa en el alma: querida, cuando da a conocer un deseo sin forzarlo jamás; mandada, cuando añade el precepto obligatorio para todo cristiano; obrante —la edición española del *Libro de Cielo* emplea también, según los pasajes, «Voluntad ordenada» y «acto obrante»—, cuando desciende ella misma al acto de la criatura para obrarlo como suyo propio; y cumplida, finalmente, el acto más santo en el que se encuentran encerrados «el cielo, el sol, las estrellas, el mar, las bienaventuranzas celestiales, todo y todos» (VI.9-10).

Voluntad propia — No la voluntad humana misma, siempre buena y nunca suprimida (véase Voluntad humana), sino su ejercicio independiente de la Divina Voluntad, e incluso opuesto a ella. El *Libro de Cielo* ofrece su definición más general: «un acto de la voluntad humana opuesto a la Divina» —raíz de todo pecado, desde la culpa de Adán hasta la menor resistencia cotidiana (II.2, II.10). Es ella, y solo ella, la que Jesús vio condensada en el cáliz de Getsemaní, amargura de todas las voluntades separadas de Dios a través de los siglos (III.9). Es también ella la que María no dejó vivir ni un solo instante, atándola desde su Concepción «al pie del Trono divino» como sacrificio perpetuo (IV.3-4). Depositarla en las manos de Dios, sin que la voluntad humana misma sea suprimida, es la única condición del Don: como una piedra bloquea el agua en la orilla, ella sola impide al alma «correr» en el Querer que ya la envuelve por todas partes (VI.5-7). Véase también Piedrecita (*pietruzza*).

Anexo B — Claves de lectura: las grandes distinciones de la obra

Este anexo reúne seis distinciones que atraviesan el conjunto de la obra. Cada una nace de una misma situación: dos afirmaciones igualmente verdaderas que parecen chocar mientras no se precisa la relación exacta que las une. Enunciarlas no quita nada a la audacia del Libro de Cielo —al contrario: si no se mantuvieran, se correría el riesgo de atenuar una de las dos afirmaciones para salvar la otra, perdiendo así lo que el texto da realmente. Cada punto nombra primero la tensión aparente y después la relación que permite mantenerlo todo.

1. Adán, María y Luisa: tres primacías que no ocupan el mismo lugar

Adán, María y Luisa son llamados sucesivamente «primero» en el Reino de la Divina Voluntad. Tomadas sin calificativo, estas afirmaciones parecen disputarse un mismo título; en realidad, pertenecen a tres órdenes diferentes.

Adán fue el primer hombre, padre de toda la generación humana, creado para vivir en el Reino: este Don pertenecía a su dote nativa, no a una recompensa merecida. En la primera época de la Creación, vivió y poseyó realmente este Reino y, por ser su cabeza, todas las criaturas recibían en él el derecho a esta posesión. Pero esta posesión esperaba ser sellada mediante una prueba: la prueba no añadía la posesión, sino que debía confirmarla y hacerla inamisible. Adán no fue fiel en ella; a falta de esta confirmación, perdió el Reino —una vida real, pero no afianzada, y después interrumpida.

María no es primera según la cronología terrestre: vino al mundo cuatro mil años después de Adán. Su primacía pertenece a otro orden. Única criatura pura de la descendencia de Adán, vivió esta vida entera y sin defecto, sin dar jamás vida a una voluntad propia separada del Fiat; y su prueba, ella sí, la atravesó victoriosa, de modo que su posesión quedó confirmada desde el principio, inamisible —y no cesa: permanece para siempre Reina del Reino. Ante Dios, por lo demás, precede al propio Adán: llegada al mundo después de cuatro mil años, «delante a Dios fue primero que Adán» (vol. 19, 6 de mayo de 1926), pues sus actos ocupan el primer orden entre los de las criaturas —primera no en el tiempo, sino en el pensamiento eterno de Dios.

Luisa, finalmente, es primera en un tercer sentido, el más cercano a nosotros. En una criatura, la Divina Voluntad solo encontró una acogida total y sin resistencia en Adán antes de la Caída y después únicamente en María; toda la descendencia de Adán nacida después de su culpa —incluida Luisa— hereda la condición común que aquella culpa le legó. Ahora bien, era preciso que el tercer Fiat fuese recibido y sellado primero en una criatura semejante —no en una excepción inmaculada: «te llamé a ti para hacer que todos los actos humanos tengan el primer sello hecho por Mí, el segundo hecho por mi Mamá, y el tercero por una criatura de la estirpe común, mi eterno amor no estaría contento si no hubiera elevado a una de la estirpe común, la cual debía abrir las puertas a quien se dispusiera a entrar por ellas para vivir en nuestro Querer» (vol. 14, 11 de noviembre de 1922). Procedente de esta estirpe común, Luisa tuvo que ser restaurada por gracia en la naturaleza anterior a la Caída —quitados los gérmenes y las pasiones de la naturaleza rebelde, y dejando libre su voluntad—, restauración que Jesús ofrece igualmente a quien se dispone a entrar por esas puertas.

Otro texto esclarece por qué precisamente ella debía ser llamada. Dios fue el primer modelo de la Creación, sobre el cual Adán debía formar todos sus actos; Adán debía convertirse, a su vez, en el segundo modelo, aquel sobre el cual se formarían todos sus descendientes. Pero, al retirarse del Fiat, perdió, dice Jesús, «los pinceles, los colores y la materia prima» para continuar modelando a semejanza divina: comenzó este modelo sin terminarlo y «terminó en el dolor y en la confusión». El tercer modelo, que debía llevar a término lo que Adán había dejado inacabado, tenía que ser realizado por «quien debe hacer regresar el reino de mi Voluntad» (vol. 23, 10 de noviembre de 1927) —Luisa no añadía, por tanto, un rango junto a los dos primeros, sino que retomaba, para cuantos vendrían después de ella, un modelado que Adán había comenzado sin poder llevarlo a término.

Ella es así la primera, procedente de la condición común, admitida a esta vida, escogida para que la humanidad recobre el Don perdido por Adán; en este sentido sucede a Adán, mientras María y Jesús permanecen como excepciones. Decir que Luisa es «primera» nunca significa, por tanto, que haya vivido el Fiat más plenamente que María, sino que inaugura, dentro de la condición común de la humanidad, el tiempo en el que este Don se ofrece a todos.

2. La obra de Cristo: perfecta en sí misma, por desplegarse en la historia y por ser recibida por las criaturas

Jesús lo cumplió y reparó todo (III.7; VI.16; X.7). Y, sin embargo, el *Libro de Cielo* habla de actos que hay que «rehacer», de reparaciones que permanecen «en suspenso», de una obra que la criatura vendría a «completar». La aparente contradicción desaparece en cuanto se distinguen tres planos.

El primero es el cumplimiento objetivo en Cristo: nada falta a su obra, a su reparación ni a sus méritos, realizados de una vez para siempre. El segundo es el despliegue histórico de esta obra: todo cuanto Cristo cumplió todavía no ha sido plenamente conocido, recibido, manifestado ni vivido en la historia. El tercero es la respuesta libre de las criaturas: el amor y el reconocimiento que le debían todavía no le son efectivamente dados por ellas. Cuando el texto habla de «rehacer un acto omitido» o de «completar», nunca quiere decir que Cristo haya reparado de manera imperfecta: designa a la criatura que entra libremente en el acto perfecto ya preparado para ella y da la respuesta todavía debida. Lo que permanece inacabado nunca es la obra del Redentor, sino su despliegue en la historia y su acogida por los hombres (III.7; VI.14-16; Octava parte).

3. Entrar en el Fiat: un solo paso para entrar, una muerte a sí mismo para establecerse en él

No se requieren puerta, camino ni llave para entrar: como la Divina Voluntad corre ya por todas partes, basta quitar la piedrecilla de la voluntad propia para encontrarse inmediatamente en ella (VI.5). El acto inicial es sencillo e inmediato, accesible desde el momento en que el alma entrega sinceramente su voluntad. Y, sin embargo, el alma no queda, por ese solo acto, establecida de manera permanente en el Fiat: entre la entrada y la plena posesión se extiende un largo camino.

Este camino no es, ante todo, cuestión de grados que escalar ni de virtudes que acumular —estas descripciones expresan la amplitud del don, no una condición previa. Es una muerte a sí mismo: el querer propio debe dejar de tener vida, el hombre viejo debe morir. Es «el sacrificio de los sacrificios». Pero esta muerte nunca se obtiene únicamente mediante las fuerzas del alma ni según el esquema ordinario de la santidad de las virtudes: se recibe mediante la perseverancia y la fidelidad en llamar a la Divina Voluntad, desearla y fundirse en ella, con un perfecto abandono a lo que Dios viene a realizar en el alma.

El *Libro de Cielo* da un nombre al régimen propio de esta fase: el préstamo (VII.8). El alma que pide sin cesar este Don lo recibe primero «como en préstamo» —para un acto, mientras la Voluntad obrante viene a divinizarlo— y después parece devolverlo, hasta que esta petición repetida excava en ella el vacío donde el Don podrá finalmente depositarse de manera permanente. Nunca se trata de dos dones diferentes, uno prestado y otro propio, sino de uno solo, recibido primero mediante solicitudes reiteradas y poseído después sin tener ya que pedirlo de nuevo. La fórmula «basta quitarla para encontrarse inmediatamente en ella» vale, por tanto, para la entrada; la posesión plenamente formada es, en cambio, el término de un despojo que solo Dios lleva a término.

4. Salir del Fiat: la debilidad involuntaria, la reanudación de la voluntad propia y el pecado

Una misma palabra —«salir»— abarca realidades muy desiguales, y tres enunciados parecen oponerse: la menor ausencia del intercambio, aun en un solo acto, deja un vacío (VI.3); el acto preveniente de la mañana suple el acto actual cuando falta la atención (VI.8); las salidas son inevitables y el alma regresa sin escrúpulo (VI.18).

Es preciso distinguir cuatro situaciones. La debilidad involuntaria —inadvertencia, distracción, impotencia— no destruye la orientación establecida por el acto preveniente. La omisión de un acto actual empobrece la parte consciente y fecunda de la unión, sin constituir todavía una salida. La reanudación deliberada de la voluntad propia —cuando el alma decide actuar desde sí misma— constituye una verdadera salida, de la que debe volver. La oposición voluntaria o el pecado es una ruptura que debe repararse y, si es grave, llevarse al sacramento.

El «vacío» del que habla VI.3 concierne a las dos últimas situaciones, no a la debilidad involuntaria. Porque Jesús mismo se compromete a suplir al alma que ha tomado la decisión firme y constante de vivir en el Fiat y hace cuanto puede: cuando falta «no por voluntad, sino por debilidad e impotencia», es tanto el amor de su Fiat que «hace Ella lo que debería hacer la criatura, la suple en todo», a fin de que su Vida Divina no quede jamás interrumpida y no permanezca ningún vacío (VI.18; vol. 34, 18 de marzo y 28 de mayo de 1937; vol. 36, 5 de septiembre de 1938). El vacío, por tanto, nunca nace de una distracción padecida: nace de la voluntad propia retomada o de la oposición consentida.

5. El valor de un acto: infinito desde su origen, todavía no formado en vida y creciente mediante el conocimiento

Un solo acto realizado en el Fiat tiene un valor que supera el cielo y la tierra (VIII.2). Y, sin embargo, un acto aislado, por grande que sea, nunca forma por sí solo la santidad (VI.18), y los conocimientos aportan a los actos «nuevos valores y nuevas riquezas» (V.6-7; XIV.12). Aquí tampoco deben confundirse tres cosas.

El valor esencial del acto, que le viene de la Divina Voluntad, está presente desde su origen y no cambia: un solo acto puede recibir un alcance universal, fuera de toda medida creada. La formación estable de la persona —el hábito, la continuidad, una vida— no viene dada por un acto aislado: solo la continuidad establece al alma. La posesión explícita del acto, su fecundidad y su riqueza accidental en el alma sí crecen con los conocimientos. El conocimiento no crea, por tanto, a posteriori el carácter divino del acto; aumenta realmente lo que el alma puede poseer, desplegar y comunicar de él. La grandeza del acto y la formación de una vida pertenecen a dos órdenes distintos.

6. El Reino en la tierra: una época real y duradera, no el Cielo ni un paréntesis

Se dice que el Reino esperado «triunfará por un tiempo» (XI.6) y, sin embargo, será establecido, duradero y distinto tanto del Cielo como del juicio final (XIV.7); y, aunque el crecimiento del alma no se detiene con la muerte (I.16), los méritos de los Bienaventurados quedan, no obstante, fijados en ella (XIV.13). Estos enunciados se mantienen juntos en cuanto se establecen tres precisiones.

El Reino en la tierra es un triunfo intrahistórico y real de la gracia ya dada por Cristo — una «época nueva», un bien «que debe servir a todas las generaciones» (vol. 15, 14 de abril de 1923), el cumplimiento, dentro de la historia, del «en la tierra como en el Cielo» del Padrenuestro. No es ni el Cielo, ni una venida visible de Cristo reinando antes del Juicio, ni una nueva revelación pública, ni una superación de la Iglesia (XI.6-7; XIV.7; Anexo E). La expresión «por un tiempo de la historia» significa *dentro de* la historia —por oposición al cumplimiento definitivo, que solo tendrá lugar más allá de ella—, no «temporalmente»: el corpus habla de una época para todas las generaciones y del vínculo que establece como de un «vínculo eterno» (vol. 19, 12 de septiembre de 1926), prolongándose el Reino terrestre sin ruptura en el Reino celestial; en ninguna parte anuncia que este Reino termine o se pierda antes de la Parusía. En cuanto al crecimiento que no cesa con la muerte: lo que cesa entonces es la adquisición meritoria y todo cambio de estado moral; lo que se despliega sin fin es el conocimiento, la alegría y la capacidad de recibir el bien ya poseído en Dios.

Anexo C — Índice temático

Acto actual — VI.8; véanse también Acto preveniente, Voluntad obrante

Acto creciente — I.16; véase también Libre albedrío

Acto divino — VI.9-10; VIII.1-3; véanse también Voluntad obrante, Acto actual

Acto incesante — VIII.6; VIII.5, VIII.7 (Vidas Divinas multiplicadas, acto único); véanse también Acto creciente, Bilocación (de la Divina Voluntad)

Acto preveniente — VI.8; véase también Acto actual

Acto triple — VIII.4

Acto único (de la Divina Voluntad) / Acto primero — VIII.7; VII.9 (consecuencia: causa instrumental); véanse también Bilocación (de la Divina Voluntad), Tiempo

Actos en suspenso (o actos suspendidos) — VI.14-15; véase también Actos no hechos, mal hechos, hechos humanamente

Actos no hechos, mal hechos, hechos humanamente — III.7; X.11; véanse también Actos en suspenso (o actos suspendidos), Reparación

Adán — I (designio originario, realeza); II (Caída, pérdida del Reino); XII.1-2 (tres potencias, desorden); VIII.7 (unidad que concentra todos los actos); VII.7 (bilocación en toda cosa creada); VII.8 (salida del Fiat y sus consecuencias)

Agitar el Ser divino — VIII.13; véase también Dar Dios a Dios

Alma peregrina (viadora) — XIV.13; véase también Bienaventurados

Ángeles — I.10 (acto primero de los ángeles)

Antropología (tres potencias del alma) — Introducción, P.3; XII.1-2

Bautismo — IX.1; XI.16 (bautismo continuado, nunca una dispensa)

Bienaventurados — XIV.13; véanse también Alma peregrina (viadora), Gloria (rendida a Dios, accidental), Comunión de los santos, Coros (nueve, de los hijos del Reino) / Jerarquía celestial

Bienaventuranzas — XII.5

Bilocación (de la Divina Voluntad) — VIII.5, VIII.7, VII.7; véanse también Don de la Divina Voluntad, Acto único (de la Divina Voluntad) / Acto primero

Camino regio — XIV.11; véase también Purgatorio

Canal (mediación universal de las gracias) — VII.9 (María, Cristo, alma que vive en el Fiat); véanse también Milagros, María

Caridad (jerarquía de la) — XII.15; véanse también Purgatorio, Virtudes

Castigos — XI.9; véanse también Milenarismo, Justicia divina

Cielo — XIV.5; XI.12 (distinguido de la esperanza del Reino en la tierra)

Ciencia infusa — V.20; véase también Voluntad obrante

Combate espiritual — toda la Decimotercera parte; véanse también Demonios / Adversario, Discernimiento de espíritus, Desaliento, Orgullo espiritual

Comunión de los santos — XIV.9; VIII.16 (solidaridad orgánica con el Cuerpo místico); véase también Purgatorio

Conciencia moral — XII.10

Confesión (sacramento de la Reconciliación) — IX.7

Confirmación — IX.2

Conocimientos (de la Divina Voluntad) — V.6-8

Coros (nueve, de los hijos del Reino) / Jerarquía celestial — XIV.12; véase también Gloria (rendida a Dios, accidental)

Corredentora — V.16; véanse también María, Segundo eslabón (Luisa)

Corte celestial — XIV.13; véanse también Bienaventurados, Gloria (rendida a Dios, accidental)

Creación — I (designio originario); V.8 (reproducida en el alma, nuevos cielos/soles/mares); XII.14 (responsabilidad, bienes, ecología)

Criatura — I.6, I.17; Introducción, P.7; véase también Nada

Cristología (dos voluntades de Cristo; Humanidad, puerta hacia la Divinidad) — III.3, III.13; véase también Trinidad

Cruz / Pasión — III (Redención); X (Pasión, 24 Horas; X.15, joyas del sufrimiento; X.16, belleza, riqueza y trono de la Cruz; X.17, Cruz, encarnación y sacramento; X.18, Cruz de madera y Cruz de la Voluntad); XII.2 (rescate de las tres potencias); XIV.2 (juicio particular)

Cruz de la Voluntad — X.18; véase también Cruz / Pasión

Cuerpo místico — VIII.16; véanse también Comunión de los santos, Iglesia

Dar Dios a Dios — VI.1; VIII.13; véanse también Narración (función de narrador), Agitar el Ser divino

Demonios / Adversario — XIII.1-2; XIII.4 (ilusión); XIII.10 (combate final)

Derecho de primogenitura (aplicado a Luisa) — V.18; véanse también Luisa Piccarreta, Maternidad espiritual

Desaliento — XIII.8

Descanso de Dios (en el alma) — VII.3; véase también Creación

Discernimiento de espíritus — XIII.3-4

Don de la Divina Voluntad — Partes VI y VII enteras; V.15 (no reservado a los fenómenos extraordinarios); VIII.5 (Vidas Divinas multiplicadas, bilocación); VII.8 (recibido primero en préstamo y después en plena posesión; pedagogía del conocimiento)

Dos mil años (ritmo providencial) — V.3; XI.8 (número de los actos, no cálculo de una fecha); véanse también Número de los actos, Milenarismo

Eclipse — VI.7; véanse también Libre albedrío, Voluntad humana, Voluntad propia

Efectos (vivir de los) / Poseer la unidad — II.7

Escatología — toda la Decimocuarta parte; XI.6, XI.12 (salvaguardas doctrinales)

Espíritu Santo (función en el tercer Fiat; dones) — XI.4; XII.8; véase también Trinidad

Eucaristía — IX.5, IX.6; X (Pasión); XIV.6 (resurrección); véase también Hostia viviente

Familia — IX.9 (matrimonio, símbolo trinitario); XII.11 (vida cotidiana)

Fecundidad espiritual (generación del bien en los demás) — VII.10; véanse también María, Don de la Divina Voluntad

Fiat (los tres Fiat; los dos primeros ya entrelazados) — Introducción, P.2; III.12 (Creación y Redención ya entrelazadas, espera del tercero); véase también Reino de la Divina Voluntad

Fundirse / Fusión (en la Divina Voluntad) — VI.13

Getsemaní — III.5

Gloria (rendida a Dios, accidental) — VIII.14-15; I.14

Grados (cuatro, de la vida en la Divina Voluntad) — VII.1

Hostia viviente — VII.6; IX.5; véanse también Vida real, Vida Sacramental (multiplicación de la), Eucaristía

Iglesia — IX (sacramentos, obediencia); XIII.7 (desconfianza que debe evitarse); V.11-13 (recepción de Luisa); VIII.16 (Cuerpo místico, solidaridad orgánica)

Infierno — XIV.4; XIII.6 (curiosidad profética)

Inseparabilidad (del don hecho a Dios; vínculos formados por los actos en el Fiat) — VII.8; véase también Perseverancia

Juicio (particular, final) — XIV.2, XIV.7

Justicia divina (participación del alma en la) — XI.11; véanse también Castigos, Muerte

Ley nueva — XII.9

Libre albedrío — XII.3; VI.7 (eclipse); véanse también Voluntad humana, Eclipse

Libro de Cielo (título del) — Introducción, P.6-7

Luisa Piccarreta (misión, recepción) — toda la Quinta parte; V.14 (función de los sacerdotes); V.15 (Don y fenómenos); V.17-18 (origen y depositaria del Reinado, derecho de primogenitura y bienes de los hijos del Reino)

Mandamientos — XII.4

María — toda la Cuarta parte; XII.4, XII.7, XII.8, XII.11 (citas marianas); VII.10 (fecundidad espiritual extendida a toda alma); V.17-18 (visión de las dos alas, paralelo y distinción respecto de Luisa)

Maternidad espiritual (de Luisa; de toda alma en gracia, Mt 12,50) — V.18; véanse también María, Fecundidad espiritual

Matrimonio — IX.9 (sacramento); XII.11 (vida cotidiana)

Milagro preservativo — XI.2; véanse también Reino de la Divina Voluntad, Adán

Milagros (causa instrumental de los; «milagro que hace hacer los milagros») — VII.9; véanse también Canal (mediación universal de las gracias), Santidad (de las virtudes / de las santidades, distinción)

Milenarismo (rechazo del) — XI.6-7; XI.8 (número de los actos, no cálculo de una fecha); XIII.6; XIV.7

Modo querido / modo permisivo — XI.10; véase también Voluntad obrante

Muerte — XIV.1; XI.2, XI.6 (muerte transformada en paso, sin abolición de la condición mortal)

Nada — VI.4; XIII.8; véase también Pequeñez

Narración (función de narrador, eco devuelto a Dios) — VIII.14; véanse también Rondas, Gloria (rendida a Dios, accidental)

Nueva Eva (aplicado a Luisa) — V.16; véanse también María, Luisa Piccarreta

Número de los actos (establecido por Dios) — XI.8; véanse también Reino de la Divina Voluntad, Milenarismo

Obediencia — V.13; IX.11, IX.14; XIII.3, XIII.7

Orden (sacramento) — IX.10

Orgullo espiritual — XIII.5

Padrenuestro — Introducción, P.10; XI.14

Pasaporte — III.10; X.5; XIV.1; VII.7; véase también Cruz / Pasión

Pasión (24 Horas) — toda la Décima parte; III (preparación)

Pequeñez — Introducción, P.11; XIII.5, XIII.8, XIII.11; véase también Nada

Perseverancia — VI.18; XII.13; XIII (combate)

Piedrecita (*pietruzza*) de la voluntad propia — VI.5; véanse también Voluntad propia, Pequeñez

Purgatorio — XIV.3, XIV.9, XIV.11 (caminos, jerarquía de los puestos); véase también Caridad

Re-creación (en el alma) — V.8; véase también Creación

Realidades últimas — toda la Decimocuarta parte

Reino de la Divina Voluntad — Introducción, P.4; toda la Undécima parte; XIV.5, XIV.7; distinto del Reino de la Redención (III.10, III.12; XI.2)

Reparación — III.7 (Jesús repara primero, en su propia Humanidad); VI.16 (el alma llamada a continuar esta obra); VIII.15 (cómo reparar por todos); toda la Décima parte (24 Horas, forma concreta); véanse también Cruz / Pasión, Víctima

Resurrección de la carne — XIV.6; IX.13

Rondas — VIII.10-12; véase también Narración (función de narrador, eco devuelto a Dios)

Sacerdotes (función, sacerdocio) — V.14 (misión de proclamación); IX.10, IX.12 (sacramental); XIII.7 (obediencia)

Sacramentos — toda la Novena parte (14 preguntas); XI.16 (nunca hechos superfluos por el Reino)

Salida (de la Divina Voluntad, posibilidad de la) — VII.8; véanse también Inseparabilidad, Perseverancia

Santidad (de las virtudes / de las santidades, distinción) — V.9; XI.5; VII.9 (fuente instrumental de la santidad de los santos)

Segundo eslabón (Luisa) — V.18; véanse también Luisa Piccarreta, Derecho de primogenitura (aplicado a Luisa)

Templo (invertido) — VII.2; véanse también Trinidad, Bilocación (de la Divina Voluntad)

Tiempo (superación de la sucesión; pasado, presente y futuro fundidos en el acto único) — VIII.7, VII.7; véase también Acto único (de la Divina Voluntad) / Acto primero

Trabajo — VIII.17; XII.11

Tres Pasiones — X.2-4; véase también Cruz / Pasión

Trinidad — Introducción, P.3; XI.3 (vínculo entre Divina Voluntad y vida trinitaria); XII.1, XII.6; IX.9 (matrimonio, símbolo)

Unción de los enfermos — IX.8

Vacío (del alma, que debe colmarse) — I.11; VIII.15 (colmado por la reparación, imagen del vacío «alrededor del trono»)

Víctima — X.13; véase también Cruz / Pasión

Vida cristiana integral — toda la Duodécima parte

Vida real — VII.6; véanse también Hostia viviente, Eucaristía

Vida Sacramental (multiplicación de la) — IX.4; véanse también Eucaristía, Sacramentos

Vida y obras cumplidas / período de vida — I.9; IV.1; véanse también Adán, María

Virtudes (teologales, cardinales) — XII.6-7

Visión beatífica — XIV.8

Voluntad humana — III.3 (dos voluntades de Cristo); IV.3-4 (María); VI.7 (eclipse); véase también Voluntad propia

Voluntad obrante (cuatro grados) — VI.9-10; véanse también Don de la Divina Voluntad, Acto actual

Voluntad propia — II.2, II.10 (raíz del pecado); III.9 (cáliz de Getsemaní); IV.3-4 (María); VI.5-7 (piedrecita, depósito); véanse también Piedrecita (*pietruzza*) de la voluntad propia, Voluntad humana

Anexo D — Bibliografía y recursos

Fuentes primarias

- Luisa PICCARRETA, *El Reino de la Divina Voluntad en medio a las criaturas: Libro de Cielo. La llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios*, 36 volúmenes (texto español íntegro de la edición electrónica de trabajo identificada en la Nota textual y de edición; texto italiano integral como fuente normativa).
- *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, edición española.
- *Las Horas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, edición española para uso privado.

Magisterio y doctrina

- *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC), edición típica.
- Concilio Vaticano II, en particular *Lumen gentium* (constitución dogmática sobre la Iglesia).
- Sagrada Escritura, citada según la traducción oficial de la Conferencia Episcopal Española.
- Henricus DENZINGER, *Enchiridion symbolorum*, para las referencias conciliares y magisteriales puntuales (Dz).

Fuentes documentales sobre la causa de Luisa Piccarreta

- Decreto del Santo Oficio, 1938 (inclusión en el Índice).
- Comunicaciones oficiales de la archidiócesis de Trani-Barletta-Bisceglie relativas a la causa de beatificación (en particular, Mons. D'Ascenzo, Comunicación n.º 4, 4 de marzo de 2020).
- Comunicaciones del Dicasterio para la Doctrina de la Fe y de la Postulación de la causa (2024).

Estudios y biografías de referencia

- Maria Rosaria DEL GENIO, *El sol de mi voluntad. Luisa Piccarreta*, prólogo del cardenal José Saraiva Martins, epílogo de Mons. Giovan Battista Pichierri, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2016, 254 p. (edición española de la obra italiana *Il sole della mia volontà. Luisa Piccarreta*, publicada en 2014; trad. ingl. *The Sun of My Will*, LEV, 2016) — primera biografía oficial documentada de Luisa Piccarreta, publicada por la Libreria Editrice Vaticana con ocasión del 150.º aniversario de su nacimiento.
- P. Bernardino Giuseppe BUCCI, OFM Cap., *Luisa Piccarreta: Raccolta di memorie sulla Serva di Dio*, Trafford Publishing, 2007, 104 p., ISBN 978-1-4251-1298-1 — recuerdos y testimonios biográficos de primera mano de un sacerdote capuchino de Corato, pariente de Rosaria Bucci, que fue cercana a Luisa.
- P. Pablo MARTÍN SANGUIAO, *Luisa Piccarreta, «la Pequeña Hija de la Divina Voluntad». Biografía de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta* — síntesis biográfica de un sacerdote dedicado desde hace décadas al estudio y a la difusión de los escritos de Luisa; obra disponible también en italiano.
- R. P. Joseph Leo IANNUZZI, Ph.B., S.T.B., M.Div., S.T.L., S.T.D., *The Gift of Living in the Divine Will in the Writings of Luisa Piccarreta: An Inquiry into the Early Ecumenical Councils, and into Patristic, Scholastic and Contemporary Theology*,

disertación doctoral, Pontificia Universidad Gregoriana, Facultad de Teología, Roma, 2012.
- Thomas M. FAHY, *Book of Glory: Questions and Answers About the Third Fiat of God*, Center for the Divine Will, 1996 (edición original inglesa).
- Daniel O'CONNOR, *The Crown of Sanctity* (edición original inglesa).
- Daniel O'CONNOR, *The Crown of History* (edición original inglesa, 2019).
- Daniel O'CONNOR, *Thy Will Be Done: The Greatest Prayer, the Christian's Mission, and the World's Penultimate Destiny* (edición original inglesa).

Sitios web

- **Francófonos:**
  - **Association Française Luisa Piccarreta — AFLP** — https://luisapiccarreta.fr/ (sitio de la asociación francesa; enseñanzas, conferencias, retiros, homilías y programas del P. Gabriel Marie Tchonang, grabaciones de audio de los treinta y seis volúmenes del *Libro de Cielo*, de las *Veinticuatro Horas de la Pasión* y del *Mes de María*, oraciones, novenas, eventos, radio y librería especializada);
  - **Association Franco-Canadienne Luisa Piccarreta — AFCLP** — https://www.luisapiccarreta.ca/ (sitio de formación y recursos que presenta a Luisa y sus escritos, cursos para principiantes, meditaciones diarias, extractos leídos o ilustrados del *Libro de Cielo*, resúmenes de cenáculos, oraciones, cantos, rondas y documentos descargables);
  - **Disciples amoureux missionnaires** — https://disciples-amoureux-missionnaires.com/ (sitio de la Association Sainte-Rose-de-Lima y del ministerio de los Padres Dominique y Jean-Jacques Duten; meditaciones del Evangelio y del *Libro de Cielo*, enseñanzas, retiros, formaciones, vídeos y recursos para descubrir y practicar la vida en la Divina Voluntad);
  - **Carrefour de la Divine Volonté** — https://www.carrefourdivinevolonte.com/ (portal multimedia de Quebec dedicado a la difusión de la Divina Voluntad; acceso a los principales escritos, enseñanzas clasificadas por temas, consejos prácticos para comenzar y progresar, oraciones, rondas, cenáculos, recursos para jóvenes, documentos descargables y editorial especializada);
  - **À la source de la Divine Volonté** — https://alasourcedeladivinevolonte.org/ (sitio de una comunidad fraterna nacida en torno al estudio del *Libro de Cielo* y a la oración de las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, acompañada espiritualmente por el P. Philippe Lecocq; itinerarios de descubrimiento, enseñanzas sobre las rondas, recursos espirituales, encuentros y propuestas artísticas o editoriales);
  - **Le Cénacle « Vivant » de la Divine Volonté** — https://sites.google.com/site/cenacledeladivinevolonte/ (sitio personal de Nicole Boulanger, pensado especialmente para ayudar a los principiantes; explicaciones pedagógicas, primeros pasos, cápsulas, boletines temáticos, oraciones, recopilaciones de textos y respuestas a preguntas frecuentes sobre la Divina Voluntad);
  - **Formation Divine Volonté** — https://www.formation-divine-volonte.com/ (itinerario ordenado de formación en vídeo y audio, que comprende un primer anuncio seguido de varios ciclos de profundización; reúne enseñanzas de sacerdotes y formadores francófonos o traducidas al francés, así como las lecturas comentadas del *Libro de Cielo* propuestas por Colombine);
  - **Famille de Saint-Joseph** — https://fsj.fr/ (sitio general de la comunidad católica fundada por el P. Joseph-Marie Verlinde; se incluye aquí por los retiros y enseñanzas que dedica a la vida en la Divina Voluntad, dentro de un conjunto más amplio de formaciones bíblicas, doctrinales y espirituales);
  - **Amen Fiat** — https://amen-fiat.fr/ (sitio francófono de recursos y publicaciones

dedicado a la Divina Voluntad; acceso a los escritos de Luisa, a las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, a vídeos, meditaciones, herramientas de formación y documentos descargables; sitio que dio origen a la presente obra).

- **Anglófonos:**
  - **Living in the Divine Will** — https://ltdw.org/ (sitio del P. Joseph Leo Iannuzzi; presentación de su tesis doctoral dedicada al Don de vivir en la Divina Voluntad, publicaciones teológicas, conferencias, seminarios, pódcast, oraciones y respuestas a cuestiones doctrinales o prácticas);
  - **Coming of the Kingdom — Luisa Piccarreta Center for the Divine Will** — https://comingofthekingdom.org/ (centro fundado en 1994 por Thomas Fahy; enseñanzas progresivas, cenáculos en línea, extractos comentados del *Libro de Cielo*, archivos de las *Letters* y *Messages of Gold*, libros, pódcast, noticias y recursos de estudio);
  - **Benedictine Daughters of Divine Will** — https://benedictinesofdivinewill.org/ (sitio de la comunidad monástica fundada por Madre Gabrielle Marie y reconocida en 2011 como asociación pública de fieles en la diócesis de San Marino-Montefeltro; vida de la comunidad, vocaciones, boletines, amigos espirituales, adoración eucarística y participación en la *School of Mary*);
  - **Being Catholic Media** — https://www.beingcatholicmedia.org/ (apostolado católico laical de orientación mariana, animado por Carol Kelso desde Escocia; entrevistas, testimonios y formación sobre la vida católica, junto con un amplio conjunto de jornadas, mesas redondas y estudios sucesivos de los volúmenes del *Libro de Cielo* dedicados a la Divina Voluntad);
  - **Luisa Piccarreta — Servant of God** — https://luisapiccarreta.com/ (sitio histórico que reúne recursos vinculados al P. Bernardino Bucci, elementos biográficos, oraciones, las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, reflexiones sobre el *Libro de Cielo*, vídeos y un directorio de grupos);
  - **The Sun of My Will** — https://sunofmywill.com/ (sitio centrado en la biografía de Luisa publicada por la Libreria Editrice Vaticana con el título *The Sun of My Will*; recursos introductorios sobre su vida, su misión y el Don de la Divina Voluntad, acompañados de propuestas de lectura y consagración);
  - **Divine Will Missionaries of Mercy** — https://dwmom.org/ (apostolado fundado por Daniel O'Connor, que une la espiritualidad de la Divina Voluntad, la Divina Misericordia y la vida eucarística; caminatas misioneras después de la misa, oración propia del apostolado, tarjetas de evangelización y orientaciones para vivir esta misión en los deberes ordinarios del propio estado);
  - **The Divine Will** — https://divinewill.org/ (sitio histórico de difusión vinculado al trabajo de Thomas L. Osborne; archivos de textos y conferencias, oraciones, meditaciones temáticas, documentos sobre las rondas, noticias relativas a Luisa y comunicaciones sobre su causa de beatificación);
  - **Book of Heaven** — https://bookofheaven.org/ y https://bookofheaven.com/ (portales documentales que ofrecen textos, introducciones, oraciones, calendarios espirituales, documentos históricos, información sobre la causa, enseñanzas de sacerdotes, anuncios de retiros y numerosos recursos descargables dedicados a Luisa y sus escritos);
  - **Little Children in the Divine Will** — https://www.littlechildreninthedivinewill.com/ (portal de introducción y formación que ofrece, en particular, los treinta y seis volúmenes del *Libro de Cielo*, presentaciones de Luisa, recursos de audio, oraciones y rondas, enseñanzas clasificadas por interveniente y documentos sobre la historia de la causa);

  - **Gift of Divine Will — Little Children of the Divine Fiat** — https://www.giftofdivinewill.com/ (sitio de la organización católica estadounidense *Little Children of the Divine Fiat, Inc.*; formación y grupos de oración en línea, enseñanzas de José Luis y Alejandra Acuña y de diversos sacerdotes, retiros, peregrinaciones y congresos internacionales, meditaciones de las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, recursos para niños y contenidos disponibles en varias lenguas, especialmente en inglés y español);
  - **Houses of the Resurrection of the Faith** — https://www.housesoftheresurrectionofthefaith.net/ (plataforma destinada a apoyar la misión de los sacerdotes que estudian y enseñan la Divina Voluntad; enseñanzas del P. B. Thomas Celso, del P. Mark Byrne y de otros sacerdotes, retiros, peregrinaciones, reuniones de formación e iniciativas de las *Mystical Mothers* y los *Mystical Fathers of Priests*);
  - **Frances Hogan** — https://www.franceshogan.com/ (sitio general de la profesora y exegeta irlandesa Frances Hogan, dedicado principalmente a sus cursos de Sagrada Escritura; conserva la información sobre sus enseñanzas, mientras que sus comentarios del *Libro de Cielo* y su apostolado de la Divina Voluntad se reúnen actualmente sobre todo en *Divine Will Family*);
  - **Divine Will Family** — https://www.divinewillfamily.org/ (misión católica internacional y organización benéfica establecida en Irlanda bajo la dirección espiritual de Frances Hogan; grupos estructurados de estudio del *Libro de Cielo*, cenáculos locales, relojes de las *Veinticuatro Horas*, comentarios de audio, oración de intercesión por los sacerdotes, formación y recursos prácticos);
  - **Queen of the Divine Will — Mary's Hill** — https://queenofthedivinewill.org/ (sitio del cenáculo contemplativo en línea Mary's Hill y de la *School of Mary*, coordinados por Peter DePalma; archivos de cenáculos en directo, estudios del *Libro de Cielo*, series temáticas e intervenciones de Frances Hogan, del P. Joseph Iannuzzi, de las Benedictine Daughters y de otros formadores);
  - **Children of the Divine Will of Luisa Piccarreta — Edmonton** — https://divinewilledmonton.ca/ (comunidad situada en la archidiócesis de Edmonton, Canadá; iniciación a Luisa y sus escritos, recursos prácticos, artículos de formación, retiros y cenáculos internacionales mensuales por videoconferencia).

- **Hispanófonos:**
  - **Hijos de la Divina Voluntad** — https://www.divvol.org/ (sitio de la asociación privada de fieles coordinada por el P. Luis Pedro Rubio; presentación de la comunidad y de sus casas, formación de cenáculos, conferencias de audio, publicaciones, oraciones, textos sobre Luisa y recursos destinados a miembros internos o externos);
  - **La Divina Voluntad** — https://ladivinavoluntad.org/ (sitio bajo la responsabilidad del P. Pablo Martín Sanguiao; presentación doctrinal y temática del Don, textos de Luisa organizados por temas, explicaciones sobre la diferencia entre hacer la Voluntad de Dios y vivir en el Divino Querer, oraciones y documentos descargables);
  - **Tercer Fiat** — https://tercerfiat.com/ (portal mexicano asociado a las enseñanzas del Dr. Salvador Thomassiny Frías; presentación de Luisa y del tercer Fiat, textos y documentos descargables, estudios temáticos, programas de radio, formaciones y recursos destinados a grupos de lectura y oración).

- **Italianófonos:**
  - **Associazione Luisa Piccarreta – Piccoli Figli della Divina Volontà** — https://www.luisapiccarretaofficial.org/ (sitio oficial de la asociación establecida en Corato, ciudad natal de Luisa; información sobre su vida, sus escritos y

su causa de beatificación, comunicados eclesiásticos, noticias de la asociación, eventos, testimonios, galería multimedia e información para visitar la casa de Luisa; versiones italiana, inglesa y española);
  - **La Piccola Figlia della Divina Volontà — Scritti originali** — https://www.scrittidiluisapiccarreta.it/ (sitio de la Associazione del Divin Volere, fundada en 1972 por Andrea Magnifico y actualmente establecida junto a la editorial Gamba en Verdello; presentación del archivo histórico, de las copias de los manuscritos y de la transcripción filológica de los treinta y seis volúmenes realizada a partir de los originales);
  - **La Divina Volontà** — https://www.ladivinavolonta.it/ (portal italiano de textos, catequesis y meditaciones dedicado al Don de vivir en la Divina Voluntad; publica, en particular, enseñanzas del P. Pablo Martín Sanguiao, extractos temáticos de los escritos de Luisa, oraciones y recursos de audio y vídeo sobre el *Libro de Cielo* y las *Veinticuatro Horas de la Pasión*).

Canales de YouTube

- **Francófonos:**
  - **Les enfants de la Divine Volonté** — https://www.youtube.com/channel/UCu4iXnz6oYaz7PlndNiC9DQ (canal de la Association Française Luisa Piccarreta — AFLP; lecturas de los escritos de Luisa, enseñanzas, conferencias, retiros, homilías e intervenciones del P. Gabriel Marie Tchonang);
  - **Association Franco-Canadienne Luisa Piccarreta** — https://www.youtube.com/channel/UCIzAXmtCBUAs-B5rjEdibeA (canal de la AFCLP; cenáculos, enseñanzas, lecturas, oraciones, testimonios y formaciones sobre la vida en la Divina Voluntad, con la participación, entre otros, del P. André Nault);
  - **Les petits enfants de la Divine Volonté** — https://www.youtube.com/@lespetitsenfantsdeladivine (canal de Colombine; lectura continuada y comentada del *Libro de Cielo*, explicaciones prácticas sobre las rondas y profundización en la vida en la Divina Voluntad);
  - **Les Dialogues du Ciel** — https://www.youtube.com/@lesdialoguesduciel836 (canal de Rolande Santiago; breves lecturas meditadas del *Libro de Cielo*, pasajes de las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, oraciones y textos destinados a dar a conocer la Divina Voluntad);
  - **La Divine Volonté** — https://www.youtube.com/@LADIVINEVOLONT%C3%89 (canal llevado por los Padres Jean-Jacques y Dominique Duten y su ministerio vinculado a la Association Sainte-Rose-de-Lima; enseñanzas, homilías, retiros, comentarios de los escritos de Luisa y formación práctica para vivir en la Divina Voluntad);
  - **Amen Fiat – La Divine Volonté** — https://www.youtube.com/@Amen_Fiat (canal francófono dedicado al conocimiento y la comprensión de la vida en la Divina Voluntad; reúne lecturas, catequesis, cenáculos, entrevistas, testimonios, oraciones y recursos temáticos, con la contribución de numerosos participantes; canal que dio origen a la presente obra).
- **Anglófonos:**
  - **Divine Will Era** — https://www.youtube.com/@divinewillera (canal animado por el Dr. Michael James; cursos, entrevistas, lecturas, sesiones de preguntas y respuestas y presentaciones de la Divina Voluntad apoyadas especialmente en los trabajos teológicos y enseñanzas del P. Joseph Iannuzzi);
  - **Fiat Luisa** — https://www.youtube.com/@FiatLuisa (canal que ofrece grabaciones con voz humana de los escritos de Luisa, principalmente de los treinta y seis volúmenes del *Libro de Cielo*; las enseñanzas ocasionales son

impartidas por el P. B. Thomas Celso);
  - **Being Catholic Media** — https://www.youtube.com/@BeingCatholicMedia (canal del apostolado Being Catholic Media, animado por Carol Kelso desde Escocia; entrevistas y series católicas, jornadas de formación sobre la Divina Voluntad, estudios sucesivos de los volúmenes del *Libro de Cielo* e intervenciones de sacerdotes y formadores internacionales, entre ellos Sam Khadhouri, OCDS);
  - **Faustina Gorham / Youth on Fire** — https://www.youtube.com/@faustinagorham1891 (canal de Faustina Gorham, joven misionera laica vinculada al ministerio Youth on Fire; enseñanzas introductorias, extractos del *Libro de Cielo*, explicaciones prácticas, oraciones y rondas en la Divina Voluntad);
  - **School of Mary / Mary's Hill** — https://www.youtube.com/@The-School-of-Mary (canal del cenáculo Mary's Hill y del programa *School of Mary*, animado por Peter DePalma con la participación habitual de las Benedictine Daughters of Divine Will; lecturas y reflexiones semanales sobre los escritos de Luisa y puesta en común de su aplicación práctica).
- **Hispanófonos:**
  - **Vivir en la Divina Voluntad** — https://www.youtube.com/@VivirenlaDivinaVoluntad (canal animado por Alejandra Acuña; conferencias y formaciones de Alejandra y de su padre José Luis Acuña Romero para comprender los escritos de Luisa, ponerlos en práctica y progresar en la vida de la Divina Voluntad);
  - **Tercer Fiat** — https://www.youtube.com/c/tercerfiat (canal del proyecto Tercer Fiat, cuyas enseñanzas son presentadas principalmente por el Dr. Salvador Thomassiny Frías; cursos introductorios, retiros, estudios continuados de los escritos, programas de preguntas y respuestas y entrevistas con diversos participantes);
  - **Divina Voluntad TV** — https://www.youtube.com/c/DivinaVoluntadTv (canal presentado públicamente como una obra de la Asociación Nuestra Señora de Loreto; formaciones basadas en los escritos de Luisa y en la doctrina católica, series sobre su vida y sobre la historia del Don, enseñanzas de sacerdotes, oraciones y meditaciones sobre la Pasión).
- **Italianófonos:**
  - **Associazione Luisa Piccarreta – Piccoli Figli della Divina Volontà** — https://www.youtube.com/@associazioneluisapiccarret4677 (canal de la asociación pública de fieles establecida en Corato; celebraciones, conmemoraciones, encuentros internacionales, conferencias, testimonios y actividades oficiales de la asociación y de la casa de Luisa);
  - **Divina Voluntas** — https://www.youtube.com/c/DivinaVoluntas (canal vinculado al portal Divina Voluntas; audiolibros y lecturas de los escritos de Luisa, en particular el *Libro de Cielo* volumen por volumen con la voz de Daniela Giarla, así como las *Veinticuatro Horas de la Pasión*, *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, oraciones y formaciones);
  - **Divina Volontà – Fra Pio Maria Ciampi** — https://www.youtube.com/@divinavolontaDonPioMariaCiampi (canal de Fra Pio Maria Ciampi, vinculado a la comunidad Fiat! Totus Tuus; homilías, catequesis, retiros, oraciones y formaciones dedicadas al Don de vivir en la Divina Voluntad);
  - **Fiat Voluntas Dei** — https://www.youtube.com/@FiatVoluntasDei1 (canal italiano cuyo responsable no aparece nombrado en la presentación pública; lecturas y meditaciones de los escritos de Luisa, oraciones, rondas, adoración eucarística, contenidos marianos y enseñanzas de diversos sacerdotes, entre ellos el P. Pedro Rubio).

* Relación actualizada en agosto de 2026. Las descripciones sintetizan la información

presentada públicamente por los sitios, los canales y sus organismos de referencia.

Anexo E — Los pasajes más duros del Libro de Cielo: comprender en lugar de eludir

Este anexo responde a las familias de objeciones más frecuentemente dirigidas a los escritos de Luisa Piccarreta —no a un autor particular, sino a las acusaciones tal como reaparecen, bajo formas semejantes, en la literatura crítica e incluso en exámenes teológicos procedentes de autoridades episcopales locales. Cada punto sigue el mismo método en tres tiempos: lo que el texto dice realmente; lo que no dice; dentro de qué gramática católica se vuelve inteligible. Ninguna cita se elude en favor de una paráfrasis cuando el texto original está disponible; inversamente, ninguna se toma en un sentido de primer grado sin el contexto que la esclarece.

Sobre el estatuto de estos textos. En junio de 2024, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe concedió su *nihil obstat* para la continuación de la Causa de beatificación, después de haber concluido que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia». La comunicación pública del Postulador del 10 de agosto de 2024 precisa al mismo tiempo que, conforme a las prescripciones del Dicasterio para las Causas de los Santos, la continuación de la causa debe ir necesariamente acompañada de una edición típica y crítica de los escritos, con una introducción y notas destinadas a prevenir interpretaciones erróneas y a poner de relieve el amor misericordioso y gratuito de Dios (cf. Parte V.11 para la historia completa de esta recepción). Este anexo se sitúa explícitamente en este espíritu: no pretende decidir de antemano, en lugar de esa edición crítica, cada formulación hasta el detalle de su letra —pero está escrito desde la convicción, defendida por este libro desde su origen, de la autenticidad y del valor espiritual de estos escritos, y busca ofrecer al lector las claves que esa edición crítica está llamada a proporcionar de manera más formal.

I. Cómo leer los textos duros

1. El estatuto de las revelaciones privadas

Nada de cuanto sigue pretende añadir algo al depósito de la fe. Una revelación privada, aun cuando sea auténtica, permanece siempre sometida al juicio de la Iglesia y nunca se impone por sí misma a la conciencia de los fieles (CIC 67; remisión V.13). La propia Luisa nunca escribió sino bajo la obligación de la obediencia a su confesor, con el tormento de quien teme comprender mal lo que se le confía (vol. 12, 24 de enero de 1921, ya citado en la Introducción, P.8). Esta sumisión constante —no una autonomía profética— es la que debe gobernar la lectura de cada pasaje tratado aquí.

2. El texto fuente y sus límites

Este anexo trabaja sistemáticamente sobre el corpus italiano tal como se conserva en los manuscritos, antes que sobre extractos aislados que circulan sin referencia precisa. Esto no cierra, sin embargo, toda cuestión textual: este italiano es él mismo la puesta por escrito de una palabra y de un pensamiento vividos primero en el habla dialectal de Luisa, y ninguna edición ha recibido hasta hoy la aprobación oficial y definitiva de la autoridad competente —precisamente por eso el Dicasterio pidió la preparación de una edición típica y crítica (remisión V.11). Lo que este anexo puede ofrecer no es, por tanto, un veredicto textual último,

sino una lectura tan fiel como sea posible al mejor estado del texto hoy disponible, a la espera de ese trabajo todavía futuro.

3. Discernimiento de los espíritus

Un criterio clásico de discernimiento místico es la propia duda del alma acerca del origen de lo que recibe. La misma Luisa interroga en varias ocasiones la aparición que se le presenta, pidiéndole que marque su frente con la señal de la cruz antes de proseguir (vol. 2, cf. § relativo a esta prueba, 1899) —gesto clásico de discernimiento, no indicio de sospecha contra ella. Un texto que documenta la duda de su autora es, estructuralmente, menos sospechoso que un texto que no documentara ninguna.

Revelación pública y revelación privada: dos registros nunca confundidos. Una gran parte de las objeciones tratadas en este anexo descansan, en último análisis, sobre la confusión entre estos dos registros —confusión lo bastante recurrente, incluso en exámenes teológicos oficiales de autoridades eclesiales locales, como para que merezca la pena desactivarla de una vez por todas antes de entrar en el detalle de cada punto:

Revelación pública en Jesucristo	Revelación privada a través de Luisa
Dios se revela como tres Personas, no como una sola.	Ninguna revelación nueva de la esencia divina: estas tres Personas solamente quieren compartir más plenamente su vida con nosotros.
Jesús se revela como Dios.	La propia Luisa insiste en su estado de pecadora y en su condición de la más ínfima de las criaturas.
Se establece en la tierra una Iglesia nueva y permanente, necesaria para la salvación.	Se propone una espiritualidad nueva, pero obediente a esta misma Iglesia e insertándose perfectamente en ella.
Se instituyen siete sacramentos.	No se instituye ningún sacramento; los mismos siete sacramentos siguen siendo el único camino necesario hacia la santidad.
Se establece un sacerdocio nuevo.	No se forma ningún sacerdocio nuevo: son los mismos sacerdotes católicos quienes están llamados a ser los primeros heraldos de estas revelaciones.
Se modifica la Ley.	La Ley permanece enteramente inalterada.
Se instituye una liturgia enteramente nueva.	La liturgia es idéntica.
La autoridad pasa del sacerdocio levítico al ministerio petrino.	Toda la autoridad permanece en manos del sucesor de Pedro, de su Magisterio y de toda la jerarquía católica.

Una revelación privada puede, como recuerda el Catecismo, ayudar a vivir «más plenamente» la revelación pública «en una cierta época de la historia» (CIC 67), sin pretender jamás mejorarla, completarla, superarla o corregirla. Esta es la prueba más sencilla y decisiva que debe aplicarse ante toda objeción que afirme que un texto místico invadiría el depósito de la fe.

Sobre el registro afectivo del italiano. Varios de los pasajes tratados más adelante emplean un italiano afectivo, familiar, a veces nupcial o infantil —*giocare* (jugar), *scherzo* (juego, broma), *burla* (broma), *contento* (contento, colmado). Este vocabulario nunca debe

entenderse en un registro fríamente conceptual, ni traducirse en categorías de dominación, crueldad o diversión profana: en este corpus pertenece constantemente al lenguaje de una relación mística íntima, de la cual el Cantar de los Cantares ofrece desde siempre el modelo bíblico más cercano.

II. La gramática del sufrimiento y del amor esponsal

4. ¿Por qué se dice Jesús «contento» al renovar la crucifixión mística?

Lo que dice el texto. Vol. 3, 24 de abril de 1900:

> «Esta mañana, habiendo recibido la comunión, me parecía que el confesor ponía la intención de hacerme sufrir la crucifixión […]. Jesús […] me ha dicho: "Tu refrigerio soy Yo, mi refrigerio es tu sufrir". […] "Como el sacramento de la Eucaristía es fruto de la cruz, por eso me siento más dispuesto a concederte el sufrir cuando recibes mi cuerpo, porque, viéndote sufrir, me parece que, no místicamente, sino realmente, continúo en ti mi Pasión en provecho de las almas". […] "¿Quieres tú que me divierta Yo un poco renovándote de nuevo la crucifixión con mi propia mano?" Y yo […] he dicho: "Señor, estoy en tus manos, haz de mí lo que quieras". Entonces Jesús, todo contento, ha comenzado a clavarme de nuevo los clavos […] estaba contenta porque contentaba a Jesús.»
>
> *« Questa mattina, avendo fatto la comunione, mi pareva che il confessore mettesse l'intenzione di farmi soffrire la crocifissione […]. Gesù […] mi ha detto: "Il tuo refrigerio sono Io, il mio refrigerio è il tuo patire." […] "Siccome il sacramento dell'Eucaristia è frutto della croce, perciò mi sento più disposto a concederti il patire quando ricevi il mio corpo, perché vedendo te patire, mi pare che non misticamente, ma realmente continuo in te la mia passione a pro delle anime." […] "vuoi tu che mi diverta Io un poco col rinnovarti di nuovo la crocifissione di propria mia mano?" Ed io […] ho detto: "Signore, sono nelle tue mani, fa' di me ciò che vuoi." Allora Gesù tutto contento ha incominciato a conficcarmi di nuovo i chiodi […] ero contenta perché contentavo Gesù. »*

Lo que el texto no dice. No dice que Jesús imponga un sufrimiento a una voluntad cautiva, ni que experimente un placer cruel en hacer sufrir por sufrir. El consentimiento de Luisa es explícitamente solicitado de nuevo y libremente renovado cada vez («haz de mí lo que quieras»); la escena está enmarcada por la Eucaristía que acaba de recibir y por una finalidad explícitamente reparadora («en provecho de las almas»).

Articulación católica. La alegría no es aquí la de un verdugo, sino la que toda la tradición reconoce en el don libremente ofrecido por amor: san Lorenzo cantando sobre la parrilla, según la tradición patrística, o, más ampliamente, la «alegría perfecta» que los Padres asocian al martirio abrazado voluntariamente. San Pablo se alegra «en los sufrimientos» que soporta por la Iglesia, en cuanto «completan» lo que falta a los padecimientos de Cristo (Col 1,24) —no porque la Pasión sea insuficiente, sino porque su fruto continúa aplicándose, a través de los miembros del Cuerpo, hasta el final de los tiempos. Este es exactamente el mecanismo teológico ya establecido en X (síntesis sufrimiento/cruz, texto cumbre, vol. 35, 16 de marzo de 1938: «no es la criatura la que sufre, sino Yo mismo»).

Fórmula para recordar. La alegría de Jesús no es la alegría de hacer sufrir: es la alegría de recibir un don libremente ofrecido, como un padre se alegra del sacrificio generoso de su hijo sin haberlo exigido jamás por crueldad.

---

5. La palabra «broma» (*burla*): ¿quién se queja, y de qué?

Lo que dice el texto. Vol. 1, uno de los primeros textos del corpus:

> «Y tenía tal temor que no terminara de crucificarme, que no hacía otra cosa que decirle: "Hazlo pronto, oh Jesús, hazlo pronto, no tardes tanto". Pero qué, cuando tenía que clavar la otra mano, los brazos de la cruz se encontraban cortos […]. Esto se repetía en muchas ocasiones […]. Le decía: "Amado mío, todo termina en burla, me decías que querías llevarme al Cielo, y luego de nuevo me hacías volver a la tierra, me dices que quieres crucificarme, y jamás llegamos a la completa crucifixión".»

> *« Ed avevo tale timore che non terminasse di crocifiggermi, che non facevo altro che dirgli: "Fa' presto, oh Gesù! fa' presto, non la prendere per le lunghe." Ma quando si giungeva a inchiodarmi l'altra mano, i bracci della croce si trovavano corti […]. Questo si ripeteva molte volte […]. Gli dicevo: "Diletto mio, tutto finisce in burla, mi dicevi di dovermi portare nel Cielo e poi di nuovo mi facevi ritornare alla terra, mi dici di dovermi crocifiggere e mai veniamo alla completa crocifissione." »*

Lo que el texto no dice. No dice en ningún momento que Jesús trate la crucifixión de Luisa como una broma cruel a costa de ella. Es exactamente lo contrario: **es Luisa quien se queja**, frustrada porque la experiencia mística nunca llega a su término, impaciente por una configuración más completa con la Cruz.

Articulación católica. Este ardiente deseo de una unión cada vez más completa con la Pasión se une al grito de san Pablo: «Para mí la vida es Cristo […] deseo partir para estar con Cristo» (Flp 1,21-23), o al impulso de santa Teresa de Ávila hacia un martirio que no cesa de desear sin obtenerlo. No es un sufrimiento impuesto lo que la decepciona; es un deseo de amor que todavía no encuentra su plena medida.

Fórmula para recordar. Este texto no muestra a un Dios que juega cruelmente con un alma: muestra a un alma que ama hasta el punto de encontrar todavía demasiado pequeña toda medida de la Cruz.

---

6. El despojamiento antes de la crucifixión mística

Lo que dice el texto. Vol. 4, 24 de diciembre de 1902, bajo el título editorial de la entrada: «Efectos del sufrir. Valor de la soberbia»:

> «"Deja la Cruz y desnúdate, porque debe regresar Nuestro Señor y te debe encontrar preparada para la crucifixión". Yo me he desnudado y he retenido los vestidos en la mano por la vergüenza que la naturaleza sentía […]. "Ni siquiera te has dejado encontrar completamente despojada para poder crucificarte enseguida; entonces lo reservaremos para otro momento". Yo he quedado confundida y afligida, sin poder articular palabra, y Jesús, para consolarme, me ha tomado de la mano y me ha dicho: "Dime, ¿qué quieres que te dé?" Y yo: "Señor, sufrir".»

> *« "Lascia la Croce e spogliati, ché deve ritornare Nostro Signore e ti deve trovare pronta per la crocifissione." Io mi sono spogliata e ho tenuto le vesti in mano per la vergogna che la natura sentiva […]. "Neppure ti sei fatta trovare del tutto spogliata per poterti subito crocifiggere, allora la riserveremo in altro tempo." Io sono rimasta confusa ed afflitta, senza potere articolare parola e Gesù, per consolarmi, mi ha presa per mano e mi ha detto: "Dimmi, che vuoi che ti doni?" Ed io: "Signore, patire." »*

Lo que el texto no dice. Toda la escena se desarrolla mientras Luisa se encuentra, según sus propias palabras que abren esta misma entrada, «fuera de mí misma» (*fuori di me*

stessa) —el estado de rapto o de éxtasis que la teología mística reconoce desde hace mucho tiempo, en el que el alma, suspendida respecto de los sentidos ordinarios, recibe una visión de naturaleza espiritual y no un acontecimiento corporal constatado en la carne, en el sentido ordinario del término. No se trata, por tanto, en ningún momento, de un hecho carnal del que un testigo exterior hubiera podido ser espectador; el texto no contiene, por lo demás, ninguna descripción sensual del cuerpo; es breve, sobrio y respeta explícitamente el pudor de Luisa como un movimiento legítimo de la naturaleza («la vergogna che la natura sentiva»), nunca vuelto objeto de burla.

Articulación católica. El despojamiento total es un tema clásico de la espiritualidad de la Pasión: el propio Cristo fue despojado de sus vestiduras antes de ser crucificado (Mt 27,35), escena conmemorada en la décima estación del Vía Crucis. El vocabulario del «despojamiento» (*spogliamento*) pertenece desde hace mucho tiempo al léxico ascético de la renuncia total a sí mismo —desde el despojamiento de san Francisco de Asís ante el obispo de Asís hasta el despojamiento ritual de los novicios en su profesión religiosa, que simboliza el abandono del mundo—. En este registro, y no en un registro corporal, debe leerse este texto.

Fórmula para recordar. El despojamiento aquí descrito no es una exhibición: es el mismo gesto de Cristo despojado en el Calvario, retomado como símbolo de la renuncia total de la criatura.

---

7. El «juego» después de una visión de sufrimiento

Lo que dice el texto. Vol. 3, 25 de julio de 1900, bajo el título editorial de la entrada: «En Jesús no hay crueldad alguna, sino que todo es amor»:

> «… me ha hecho ver una máquina donde parecía que se trituraban muchos miembros humanos […]. Pero el bendito Jesús, viéndome tan amargada, me ha dicho: "Hija mía, alejemos por un poco lo que tanto nos aflige y reconfortémonos jugando un poco juntos". […] "Hazme oír tus quejas; di, di: ¿soy Yo cruel? ¿Mi amor hacia ti se ha cambiado en crueldad?" Y yo, toda ruborizada, he dicho: "No, Señor, no eres cruel cuando vienes, pero cuando no vienes, entonces diré que eres cruel". […] "No, no, en Mí no puede haber crueldad alguna, sino que todo es amor…"»

> *« … mi ha fatto vedere una macchina dove pareva che si stritolassero tante membra umane […]. Ma il benedetto Gesù, vedendomi così amareggiata mi ha detto: "Figlia mia, allontaniamo per poco ciò che tanto ci affligge e solleviamoci col giocare un poco insieme." […] "Fammi sentire le tue querele, di', di', sono Io crudele? Il mio amore per te si è cambiato in crudeltà?" Ed io, tutta arrossendo, ho detto: "No, Signore, non sei crudele quando vieni, ma quando non vieni, allora dirò che sei crudele." […] "No, no, non ci può essere in Me crudeltà alcuna, ma tutto è amore…" »*

Lo que el texto no dice. Nunca yuxtapone gratuitamente tortura y juego para producir un efecto de choque: el juego es un gesto explícito de consuelo después de una verdadera aflicción, y el texto, en su propio título, desmiente de antemano la acusación de crueldad que pudiera verse en él.

Articulación católica. El vocabulario nupcial del Cantar de los Cantares («Entre mi amado en su jardín», Cant 4,16; las «caricias» y los «besos» del Esposo) proporciona la gramática natural de este pasaje —gramática que toda la tradición mística católica reconoce, desde san Juan de la Cruz hasta santa Teresa de Ávila—. El consuelo sensible

después de la prueba es, asimismo, un lugar común de la teología espiritual: Dios nunca deja al alma únicamente en la desolación.

Fórmula para recordar. El texto no oculta la acusación de crueldad que se le podría hacer: la nombra y responde a ella por sí mismo, antes incluso de que sea formulada.

---

8. La leche y los líquidos intercambiados de boca a boca

Lo que dice el texto. El corpus contiene varias escenas en las que un líquido —amargo o dulce, leche u otro— se da de boca a boca entre Jesús y Luisa, en uno u otro sentido. Tres ejemplos, en fechas distintas, permiten medir con exactitud el fenómeno.

Vol. 1, al comienzo mismo del corpus:

> «Y mientras así decía, acercaba sus labios a los míos y vertía una amargura tal que sentía penas mortales […] después, de sus labios vertía un licor dulcísimo, y así se mitigaban las penas.»
>
> *« E mentre così diceva, avvicinava le sue labbra alle mie e versava un'amarezza tale, da sentirmi pene mortali […] poi, dalle sue labbra versava un liquore dolcissimo e così le pene si mitigavano. »*

Vol. 4, 12 de septiembre de 1900, inmediatamente después de que la propia Luisa hubiera rechazado todo alivio como penitencia, habiendo justificado Jesús primero su gesto («Hija mía, estoy contento de tu sacrificio, pero tienes necesidad de un consuelo, de otro modo desfallecerías»):

> «Pero Él, acercándose a mi boca, casi a la fuerza, ha derramado de su boca unas gotas de leche dulce que han mitigado mi sufrir…»
>
> *« Ma Lui avvicinandosi alla mia bocca, quasi per forza ha versato dalla sua bocca qualche goccia di latte dolce che ha mitigato il mio patire… »*

Vol. 9, 22 de agosto de 1910, donde se produce el movimiento inverso: Jesús, agotado y perseguido por quienes lo rechazan, busca refugio junto a Luisa:

> «"Hija, no puedo más, dame algún alivio". Y se ha puesto a mamar de mi pecho, y después me encontré en mí misma.»
>
> *« "Figlia, non ne posso più, dammi qualche ristoro." E si è messo a succhiare al mio petto e poi mi son trovata in me stessa. »*

Lo que el texto no dice. Las dos escenas extremas se desarrollan explícitamente mientras Luisa se encuentra «fuera de sí misma» o ha perdido los sentidos (véase ya §6); la del 12 de septiembre de 1900 se sitúa en su estado místico habitual y precede inmediatamente al momento en que el relato indica que Jesús la transporta «fuera de mí misma». En ningún caso describe el texto un contacto corporal ordinario entre dos personas físicamente presentes la una ante la otra: imaginarlo así sería abandonar ya el género literario y místico del relato. Ninguna de estas escenas contiene una descripción sensual: el texto es cada vez breve, despojado e inmediatamente precedido o seguido por una explicación doctrinal dada por el propio Jesús —la amargura representa pecados de blasfemia o contra la caridad, mientras que una sustancia pútrida y maloliente representa los pecados de deshonestidad; la leche o el líquido dulce representan la gracia, el amor o el alivio que el alma recibe a cambio.

Articulación católica. La imagen del líquido bebido o recibido de la boca de Dios pertenece a un vocabulario bíblico constante: la copa amarga del sufrimiento asumido por el justo («Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz», Mt 26,39; «la copa de su ira», Is 51,17), y la dulzura de la palabra de Dios saboreada en la boca («¡Qué dulce al paladar tu promesa: más que miel en la boca!», Sal 119,103; el volumen que Ezequiel come: «Lo comí y me supo en la boca dulce como la miel», Ez 3,3). La imagen de la leche recibida como gracia es también directamente escriturística: «Como niños recién nacidos, ansiad la leche espiritual, no adulterada» (1 Pe 2,2), y Dios se compara a sí mismo con una madre que amamanta y consuela (Is 49,15; 66,11-13: «como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo»). En cuanto a la imagen inversa —Jesús que busca refugio y alivio junto a un alma—, pertenece a la misma corriente que lo ya establecido por esta obra en el punto precedente: un Cristo agotado por el rechazo de los hombres que encuentra descanso en las almas que lo acogen, no un gesto equívoco. Esta imaginería posee, además, un precedente católico célebre y venerado: la visión de san Bernardo de Claraval recibiendo la leche de la Virgen María (la *Lactatio Sancti Bernardi*), episodio tradicional ampliamente representado en el arte sacro desde la Edad Media, sin que ningún teólogo haya visto jamás en él otra cosa que una imagen de la gracia recibida.

Fórmula para recordar. Estos intercambios de líquidos nunca describen un contacto de los cuerpos: expresan, en el lenguaje bíblico más antiguo —la copa amarga y la leche dulce—, el intercambio mismo de la reparación y de la gracia entre el alma y su Dios.

---

9. Síntesis: la mística nupcial como clave de lectura

Los textos anteriores pertenecen a un solo y mismo registro: el del matrimonio místico, en el que el alma hace suyos libremente los sufrimientos del Esposo por amor, no por coacción, y recibe de Él, en el lenguaje más corporal posible, la gracia y el consuelo que ella le devuelve en reparación. Este registro atraviesa toda la tradición católica —desde el Cantar de los Cantares hasta san Juan de la Cruz (*Noche oscura*, *Cántico espiritual*), pasando por la transverberación de santa Teresa de Ávila, la lactación de san Bernardo y el intercambio de corazones ya comparado, en el caso de Luisa, con el referido en santa Catalina de Siena (citado por Benedicto XVI en una audiencia general —episodio reconocido, no una novedad sin precedentes)—. El vocabulario es allí necesariamente carnal, porque el amor humano —hasta en sus imágenes más íntimas, incluidas las de la alimentación y la lactancia— sigue siendo, según toda la tradición espiritual occidental, la mejor analogía disponible para expresar la unión con Dios. Lo que distingue este registro de una lectura perversa nunca es la intensidad del vocabulario, sino la estructura del don: consentimiento libre, finalidad reparadora, nunca coacción exterior impuesta contra la voluntad del alma.

III. La exigencia total, la obediencia y el riesgo de contrasentido

10. La amenaza de retirada afectiva

Lo que dice el texto. Vol. 1, al comienzo mismo del corpus:

> «Si durante el día mi mente se ocupaba en pensar en personas a las cuales yo quería, enseguida me reprendía diciéndome: "¿Esto es lo bien que me quieres? ¿Quién te ha amado como Yo? Mira, si tú no terminas con esto Yo te dejo".»
>
> *« Se durante il giorno la mia mente si occupava di pensare a persone a cui io volevo bene, subito mi riprendeva dicendomi: "Questo è il bene che mi vuoi? Chi mai ti ha amato*

come Me? Vedi, se tu non la finisci, Io ti lascio.” »

Lo que el texto no dice. Esta reprensión severa nunca es la última palabra del corpus sobre el amor a los seres queridos: el movimiento que sigue es una enseñanza explícita de amor ordenado —ver a toda persona como imagen de Dios, no perder jamás la estima hacia ella—, hasta que la propia Luisa habla de «una libertad que yo misma no sé explicar». Por tanto, lo que sigue no es una ruptura duradera de las relaciones, sino un reordenamiento del amor, en el que Dios es servido en primer lugar.

Articulación católica. El propio Jesús plantea una exigencia de primacía absoluta: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí» (Mt 10,37) —palabra radical que nunca ha significado, en la tradición, el desprecio de los vínculos naturales, sino su justa subordinación al amor de Dios.

Fórmula para recordar. La exigencia de primacía no es una exigencia de exclusión: reordena el amor a los seres queridos, nunca lo suprime.

---

11. «Nos hemos quedado solos»: soledad interior, no aislamiento social

Lo que dice el texto. Vol. 1, inmediatamente después de una etapa de purificación ya cumplida:

> «Ahora hemos quedado solos, no hay ya quien nos disturbe, ¿no estás ahora más contenta que antes que debías contentar a tantos y tantos? Mira, es más fácil contentar a uno solo, debes hacer de cuenta que Yo y tú estamos solos en el mundo…»
>
> *« Adesso siamo rimasti soli, non c’è più nessuno che ci disturbi; non sei adesso più contenta di prima che dovevi contentare tanti e tanti? Vedi, è più facile contentare uno solo, devi fare conto che Io e tu siamo soli nel mondo… »*

Lo que el texto no dice. Este texto no dice, contrariamente a lo que podría sugerir una lectura aislada, que el aislamiento social sea la *primera* etapa de la vida espiritual de Luisa. Sigue, en el orden mismo del relato, a una etapa anterior en la que sus relaciones con sus seres queridos ya han sido reordenadas —nunca cortadas—, como muestra el apartado precedente.

Articulación católica. El reposo interior exclusivo del alma en Dios («Solo Dios basta», santa Teresa de Ávila) es un lugar común de la teología de la oración, que nunca ha implicado el retiro material de la vida social —la propia Luisa permanece, durante toda su vida, inserta en su familia y en su parroquia, bajo la supervisión constante de sucesivos confesores.

Fórmula para recordar. El «nos hemos quedado solos» designa un estado de oración, no un programa de ruptura con el mundo.

---

12. El niño envuelto en pañales

Lo que dice el texto. Vol. 1:

> «… quiero que estés como un niño envuelto en pañales, que no puede mover ni un pie para dar un paso, ni una mano para obrar, sino que todo lo espera de la madre; así estarás cerca de Mí como un niño, rogándome siempre que te asista, que te ayude, confesándome siempre tu nada; en suma, esperándolo todo de Mí.»

« … voglio che tu stia come un bambino legato in fasce che non può muovere né un piede per dare un passo, né una mano per operare, ma aspetta tutto dalla madre, così tu starai vicina a Me come un bambino, pregandomi sempre che ti assista, che ti aiuti, confessando sempre il tuo nulla, insomma, aspettando tutto da Me. »

Articulación católica. La infancia espiritual que evoca esta imagen es la que enseña el propio Jesús: «En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3) —tema que hallará su expresión clásica, solo algunos años más tarde, en *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux—. No es ni una regresión infantilizante ni una destrucción de la autonomía personal: es el reconocimiento de la dependencia radical de la criatura respecto de su Creador («¿Tienes algo que no hayas recibido?», 1 Cor 4,7), ya documentada en el registro de la *nada* en esta obra (VI.4; XIII.8).

Fórmula para recordar. La imagen del niño dependiente no destruye a la persona: nombra, en el lenguaje bíblico más clásico, la condición de toda criatura ante su Creador.

---

13. Las pequeñas mortificaciones voluntarias

Lo que dice el texto. Vol. 1:

«Enseguida, para contentarlo me sentaba en la mitad de la silla y la otra mitad la dejaba vacía, y algunas veces en broma le decía: “Mira, oh Señor, la mitad de la silla está vacía, ven a sentarte junto a mí”.»

« Subito, per contentarlo mi mettevo sulla metà della sedia e lasciavo vuota l’altra metà e qualche volta, per scherzo, gli dicevo: “Vedi oh Signore, la metà della sedia è vuota, vieni a sederti vicino.” »

Lo que el texto no dice. No se trata en ningún momento de una vigilancia externa impuesta sobre el cuerpo de Luisa: es ella misma quien toma la iniciativa de este gesto, libremente y en broma («per scherzo»).

Articulación católica. La pequeña mortificación voluntaria es un lugar común de toda la tradición ascética occidental, desde la Regla benedictina hasta innumerables institutos religiosos contemporáneos de Luisa —nunca presentada en este texto como una humillación infligida por un tercero—.

Fórmula para recordar. Una mortificación que uno se impone a sí mismo en broma y por amor no es una prueba de control externo.

---

14. Lo que estos textos nunca permiten: salvaguarda contra el abuso espiritual

Los apartados 10 a 13 describen una relación mística única, personal, vivida bajo una obediencia canónica constante a sucesivos confesores, sometidos ellos mismos a la autoridad del arzobispo de Trani. **Nada en estos textos puede servir legítimamente de modelo a un director espiritual, a un responsable de comunidad o a un acompañante para ejercer sobre un tercero un control afectivo, aislar a una persona de sus seres queridos o exigir de ella una sumisión que no pase por las mediaciones normales de la Iglesia (confesor reconocido, discernimiento comunitario, libertad de conciencia).** Una palabra dirigida por el Cielo a un alma determinada, en las condiciones extraordinarias y verificadas de una mística canónicamente reconocida y bajo una obediencia eclesial constante, nunca puede trasladarse tal cual a una relación

humana ordinaria —sobre todo si hubiera de conferir a un acompañante un poder directo sobre la conciencia, los vínculos afectivos o las decisiones concretas de una persona—. Esta obra establece este principio como una salvaguarda por derecho propio, al mismo título que las salvaguardas cristológica, metafísica, antropológica y escatológica ya establecidas: ninguna lectura de estas páginas puede justificar hoy, en persona alguna, un dominio sobre la conciencia ajena.

15. El temor de ser privado de Él

Una sospecha surge a menudo ante las páginas más duras de este corpus: la de una privación infligida como sanción, en particular en torno a la comunión. Lo que el corpus atestigua realmente en este punto es de otra naturaleza: una ausencia sentida de consolación sensible durante o después de la comunión —una aridez espiritual, no una exclusión sacramental—.

Lo que dice el texto. Vol. 1, al comienzo mismo del corpus:

> «Respecto a la Comunión no quiero que te aflijas de que no sabes estar, debes saber que es una sombra de las penas que sufrí en el Getsemaní […]. El pensamiento de las penas mayores te hará sufrir con más ánimo las penas menores, por tanto, cuando en la Comunión te encuentres sola, agonizante, piensa que te quiero un poco en mi compañía en la agonía del huerto […]. no que no sufras, porque la pena más amarga que puedo dar a mis almas queridas es el privarlas de Mí, pero tú, pensando que con tu sufrir me das consuelo, estarás contenta.»
>
> *« Riguardo alla comunione, non voglio che ti affligga che non sai stare, sappi che è un'ombra delle pene che soffrii nel Getsemani […]. Il pensiero delle pene maggiori ti farà soffrire con più coraggio le pene minori; quindi, quando nella comunione ti troverai sola, agonizzante, pensa che ti voglio un poco in compagnia nell'agonia dell'orto […]. non che non soffrirai, perché la pena più amara che possa dare alle anime mie care, è il privarle di Me, ma tu pensando che con quel tuo penare darai sollievo a Me, sarai anche contenta. »*

Lo que el texto no dice. Jesús no pronuncia aquí jamás una sanción, un castigo o una retirada voluntaria de su gracia; nombra un sufrimiento que él mismo relaciona explícitamente con su propia agonía de Getsemaní, donde conoció el abandono de los amigos más fieles y el silencio del Padre.

Articulación católica. Es el registro clásico de la «noche oscura», ya descrito por san Juan de la Cruz: una ausencia de gusto sensible que nunca es una retirada de la gracia misma, sino una purificación de la fe, llamada desde entonces a no apoyarse ya únicamente en el sentimiento.

Fórmula para recordar. Entendida así, esta privación sentida no es ni arbitraria ni punitiva: configura al alma con la experiencia misma de Cristo en Getsemaní y la invita a la unión, no al temor.

IV. Luisa, María, Juan, los sacerdotes y los sacramentos

16. María, Juan y la primacía — no una Iglesia alternativa

Lo que dice el texto. Vol. 15, 11 de julio de 1923:

> «… luego, cuando fui concebido en su seno virginal, siendo Yo el verdadero, la cabeza y el primero de todos los sacerdotes, asumí el compromiso de custodiarla y dirigirla en todo […] y cuando morí, la confié a otro sacerdote, que fue san Juan […]. Yo depositè como en un santuario todas las leyes, los preceptos, las doctrinas que la Iglesia debía poseer, y Ella, fiel como era y celosa incluso de una sola de mis palabras para que no se perdiera, las depositó en mi fiel discípulo Juan, de modo que mi Madre tiene la primacía sobre toda la Iglesia.»
>
> *« … quando poi restai concepito nel suo seno verginale, essendo Io il vero, il capo ed il primo di tutti i sacerdoti, presi Io l'impegno di custodirla e di dirigerla in tutto […] e quando Io morii l'affidai ad un altro sacerdote, qual fu San Giovanni […] Io deposi come in un santuario tutte le leggi, i precetti, le dottrine che la Chiesa doveva possedere e che Lei, fida qual era e gelosa anche d'una mia parola perché non si sperdesse, depose nel mio fido discepolo Giovanni, sicché la mia Mamma ha il primato su tutta la Chiesa. »*

El mismo texto prosigue estableciendo un paralelo explícito con la propia Luisa. Primero precisa que un ministro debe ser «el primer depositario de los bienes que mi Voluntad contiene, y de su regazo hacerlos pasar a todo el cuerpo de la Iglesia»; más adelante añade: «Así he hecho de ti, debiendo servir el Fiat Voluntas Tua a toda la Iglesia, te he confiado a un ministro mío, a fin de que pongas en él todo lo que te manifiesto sobre mi Voluntad […]» (*« un mio ministro ti assistesse e fosse il primo depositario dei beni che la mia Volontà contiene, e dal suo grembo farli passare a tutto il corpo della Chiesa […] Così ho fatto di te, dovendo servire il Fiat Voluntas Tua a tutta la Chiesa, ti ho affidata a un mio ministro, affinché tu deponga in lui tutto ciò che ti manifesto sulla mia Volontà »*).

Lo que el texto no dice. Pedro no aparece en ninguna parte de este pasaje —ni negativamente ni siquiera de modo implícito—. Nunca se trata de una eclesiología sustitutiva destinada a desplazar la primacía petrina, sino de una afirmación mariana (la primacía de María sobre la Iglesia por su maternidad espiritual) y de una función confiada a Juan como **canal histórico de transmisión**, no como fundador rival.

Articulación católica. La afirmación de una primacía de María sobre la Iglesia debe recibirse con la misma prudencia ya aplicada al título de «Corredentora» (V.16): nunca como un dogma definido, sino como una afirmación que encuentra un apoyo real en el título de «Madre de la Iglesia» dado por Pablo VI en 1964 y retomado por el Concilio (LG 61-63). La tradición patrística del cuarto Evangelio asocia desde antiguo a Juan, al pie de la cruz, con la figura del discípulo contemplativo que recibe a María «como algo propio» (Jn 19,26-27) —sin que esta figura compita jamás con la de Pedro, cabeza visible del colegio apostólico—. En cuanto al paralelo con Luisa: que sus revelaciones deban pasar por «un ministro» —un confesor ordenado, bajo la autoridad del obispo— es lo contrario de un rodeo de la jerarquía; es la reafirmación explícita del cauce ordinario de autenticación eclesial (remisión V.11).

Fórmula para recordar. Este texto no funda ninguna Iglesia alternativa sobre Juan: hace de Juan, como del confesor de Luisa, el depositario fiel que garantiza que nada pase a la Iglesia sino por el cauce legítimo de sus ministros.

---

17. «La Voluntad sobrepasa todos los sacramentos»: ¿en qué sentido?

La palabra «sacramento» se emplea aquí de manera analógica, en el sentido amplio de signo eficaz y realidad santificante —no en el sentido estricto de los siete sacramentos instituidos por Cristo y confiados a su Iglesia—. Hecha esta precisión, esto es lo que dice el texto:

Lo que dice el texto. Vol. 12, 26 de diciembre de 1919 — título editorial de la entrada: *Vivir en la Divina Voluntad es sacramento y sobrepasa a todos los demás sacramentos juntos*.

> «Ahora, mi Voluntad es sagrada y santa y contiene toda junta la virtud de todos los sacramentos […] y luego, ¿qué hacen los sacramentos sino unir el alma con Dios? ¿Qué es hacer mi Voluntad? ¿No es acaso unir la voluntad de la criatura con su Creador? Perderse en el Querer eterno, la nada subir al Todo, el Todo descender en la nada; es el acto más noble, más divino, más puro, más bello, más heroico que la criatura puede hacer. ¡Ah, sí!, te lo confirmo, te lo repito: mi Voluntad es Sacramento y sobrepasa todos los sacramentos juntos, pero de modo más admirable, sin intermediario de nadie, sin materia alguna; el Sacramento de mi Voluntad se forma entre mi Voluntad y la del alma, las dos voluntades se anudan juntas y forman el sacramento…»

> *« Ora, la mia Volontà è sacra e santa e contiene tutta insieme la virtù di tutti i sacramenti […] e poi, che fanno i sacramenti se non unire l'anima con Dio? Che cosa è fare la mia Volontà? Non è forse unire la volontà della creatura col suo Creatore? Sperdersi nel Volere eterno, il nulla salire al Tutto, il Tutto discendere nel nulla; è l'atto più nobile, più divino, più puro, più bello, più eroico che la creatura possa fare. Ah! sì, te lo confermo, te lo ripeto, la mia Volontà è Sacramento ed oltrepassa tutti i sacramenti insieme, ma in modo più ammirabile, senza intermedio di nessuno, senza alcuna materia; il Sacramento della mia Volontà si forma tra la Volontà mia e quella dell'anima, le due volontà si annodano insieme e formano il sacramento… »*

Articulación católica. El texto define por sí mismo el sentido de esta «superación»: los sacramentos *unen* el alma a Dios; vivir plenamente en la Divina Voluntad es esta unión *llevada a su cumplimiento más interior*. No se trata de una oposición de naturaleza entre dos realidades concurrentes, sino de una relación de medio a fin —exactamente la misma estructura ya establecida en XI.16 para la Humanidad de Cristo, «puerta que nunca vuelve a cerrarse»—.

Fórmula para recordar. La Divina Voluntad no es un sacramento superior que reemplace los sacramentos: es la vida misma de Dios a la que los sacramentos nos configuran y nos ordenan.

18. ¿Por qué esto nunca disminuye los sacramentos instituidos por Cristo?

Lo que el mismo texto dice, inmediatamente después.:

> «En cambio mis otros sacramentos, cuánto deben trabajar para disponer a las almas, si es que lo logran. […] Si tú supieras los sacrilegios enormes que se hacen en el sacramento de la confesión y los abusos horrendos del sacramento de la Eucaristía, ¡llorarías junto Conmigo por el gran dolor!»

> *« Invece, gli altri miei sacramenti, quanto devono lavorare a disporre le anime, se pure vi riescono! […] se tu sapessi i sacrilegi enormi che si fanno nel sacramento della confessione e gli abusi orrendi del sacramento dell'Eucaristia, piangeresti Meco per il gran dolore! »*

Lo que esto muestra. En el mismo pasaje que afirma la «superación», Jesús deplora los sacrilegios cometidos *contra* los sacramentos —prueba de que continúa atribuyéndoles todo su valor objetivo y toda su necesidad—. Nada sugiere que se pueda prescindir de ellos.

Articulación católica. La Iglesia enseña que los sacramentos son necesarios para la salvación de los creyentes (CIC 1129) y obran *ex opere operato* —por la sola acción de Cristo, independientemente de la santidad del ministro—, pero que su fruto depende de las disposiciones del sujeto que los recibe (CIC 1128). Esto es precisamente lo que afirma el

texto: la Divina Voluntad es la disposición perfecta que permite a los sacramentos producir todo su fruto, no una vía que dispensaría de ellos.

Fórmula para recordar. Lejos de debilitar los sacramentos, este texto defiende su valor deplorando sus abusos: la Divina Voluntad es su fruto más acabado, nunca un sustituto.

---

19. «Bautismo de fuego»: una categoría ya reconocida

Lo que dice el texto. Vol. 11, 13 de marzo de 1912:

> «Hija mía, el bautismo del nacimiento es de agua, por eso tiene virtud de purificar, pero no de quitar las tendencias, las pasiones; en cambio el bautismo de víctima es bautismo de fuego, por eso tiene virtud no sólo de purificar sino de consumir toda pasión y tendencia mala…»
>
> *« Figlia mia, il battesimo della nascita è di acqua, perciò ha virtù di purificare, ma non di togliere le tendenze, le passioni, ma il battesimo di vittima è battesimo di fuoco, perciò ha virtù di purificare, non solo, ma di consumare tutte le passioni e le tendenze cattive… »*

Articulación católica. La tradición católica reconoce desde hace mucho tiempo modos no sacramentales de participación en la gracia bautismal —el bautismo de deseo y el bautismo de sangre de los mártires (CIC 1258-1260)— sin ver nunca en ellos un rito concurrente del bautismo de agua instituido por Cristo. El «bautismo de fuego» descrito aquí se inscribe en esta misma categoría analógica: una intensificación espiritual de lo que el bautismo sacramental ya ha inaugurado, no la institución de un rito nuevo.

Fórmula para recordar. Este «bautismo de fuego» no compite con el bautismo de agua: designa, mediante una analogía ya reconocida por la Iglesia, su consumación espiritual en un alma configurada al estado de víctima.

---

20. «Hostias vivas, no muertas»: la presencia real nunca se pone en cuestión

Lo que dice el texto. Vol. 11, 15 de marzo de 1912:

> «He aquí por qué puedo decir que estas almas son mis verdaderas hostias, pero hostias vivas, no muertas, porque los accidentes que forman la hostia no están llenos de vida […], en cambio el alma está llena de vida […] me son más queridas estas hostias consagradas por mi Voluntad que las mismas hostias sacramentales, y si tengo razón de existir en las hostias sacramentales, es para formar las hostias sacramentales de mi Voluntad.»
>
> *« Ecco come posso ben dire che queste anime sono le mie vere ostie, ma ostie vive, non morte, perché gli accidenti che formano l'ostia non sono pieni di vita […], ma l'anima è piena di vita […] mi sono più care queste ostie consacrate dalla mia Volontà che le stesse ostie sacramentali e, se ho ragione di esistere nelle ostie sacramentali, è per formare le ostie sacramentali della mia Volontà. »*

Lo que el texto no dice. La palabra «muertas» no se refiere nunca a la presencia real de Cristo en la Eucaristía, sino a la materia inerte del pan y del vino en cuanto tal —lo cual es sencillamente verdadero en el sentido más ordinario: el pan, materialmente, no es un organismo vivo—. Por tanto, la fórmula no niega nada de la doctrina de la transubstanciación.

Articulación católica. El texto cierra él mismo la puerta a toda lectura depreciativa: la Eucaristía es presentada como la *causa* y la *escuela* de las «hostias vivas», nunca como aquello que estas vendrían a reemplazar o superar en dignidad objetiva. Hay que distinguir aquí dos órdenes que este texto nunca confunde: la dignidad sacramental y objetiva de la Eucaristía, que permanece absolutamente única y no admite equivalente alguno —nada la supera ni la sustituye—, y el gozo subjetivo que Cristo puede decir que experimenta ante un alma que corresponde libremente al fruto mismo para el cual Él se da en la Hostia. Decir que tal alma le «es más querida» no pertenece, por tanto, jamás al primer orden, sino al segundo: no es la Hostia consagrada la que queda superada en dignidad, sino el fruto que produce el que se manifiesta y alegra a quien la instituyó. Esta fórmula se une directamente a lo que esta obra ya estableció en VII.6 sobre las «hostias vivas»: los actos realizados en el Querer Divino forman como las «especies» en las que Jesús forma su Vida real en el alma —desarrollo, no sustituto, de la teología eucarística—.

Fórmula para recordar. Decir que un alma se convierte en una «hostia viviente» nunca disminuye la Hostia consagrada: significa solamente que el fruto querido por la Eucaristía —una vida transformada— ha alcanzado su pleno efecto.

---

21. El enfermo y las «llagas infligidas a Jesús»: lógica reparadora, no acusadora

Lo que dice el texto. Vol. 2, 3 de octubre de 1899:

> «Después le encomendé a un enfermo, y Jesús me mostraba sus llagas, que le había hecho aquel enfermo. Yo traté de rogarle, aplacarlo y repararlo, y parecía que aquellas llagas se cerraban. Y Jesús, todo bondad, me dijo: "Hija mía, hoy has hecho para Mí el oficio de un médico expertísimo, pues no solo has tratado de medicar, de vendar, sino también de curar las llagas que me hizo aquel enfermo; por eso me siento muy aliviado y aplacado".»
>
> *« Dopo gli raccomandai un infermo e Gesù mi mostrava le sue piaghe, fattegli da quell'infermo. Ed io ho cercato di pregarlo, placarlo e ripararlo e pareva che quelle piaghe si saldassero. E Gesù, tutto benignità, mi ha detto: "Figlia mia, tu oggi mi hai fatto l'uffizio d'un peritissimo medico, ché non solo hai cercato di medicare, di fasciare, ma anche di guarire le mie piaghe fattemi da quell'infermo; perciò mi sento molto ristorato e placato." »*

Lo que el texto no dice. No se trata nunca de una acusación dirigida contra el enfermo en cuanto persona, ni de una inversión de Mateo 25 que convertiría al que sufre en un verdugo al que habría que neutralizar. La oración de Luisa es explícitamente *a favor* del enfermo: ella «cura» las llagas intercediendo por él, no combatiéndolo.

Articulación católica. La idea de que el pecado hiere a Cristo no tiene nada de extraño a la Escritura: la carta a los Hebreos habla de quienes, por la apostasía, están «crucificando de nuevo al Hijo de Dios» (Heb 6,6). Aquí son verosímilmente la impaciencia o la rebelión que la enfermedad puede suscitar —no la enfermedad misma ni la persona del enfermo— las que son designadas como heridas infligidas a Cristo; y la respuesta de Luisa es un gesto de intercesión y de compasión hacia ese enfermo, estructuralmente idéntico a la teología ya establecida en la Décima parte sobre la reparación.

Fórmula para recordar. Este texto no convierte al enfermo en un torturador al que combatir: hace de la oración por el enfermo un acto de curación, a la vez para él y para el Corazón de Cristo al que alcanza todo pecado.

V. Seis objeciones doctrinales mayores: lectura y respuesta

Las objeciones que siguen forman el núcleo de lo que a veces se presenta como un «catálogo de herejías» identificable en este corpus —objeciones que reaparecen, bajo formulaciones muy semejantes, tanto en la literatura crítica más polémica como en exámenes teológicos procedentes de autoridades episcopales locales—. Cada respuesta se apoya en lo que el propio corpus dice y en la doctrina católica que ilumina su sentido exacto.

22. Objeción: Luisa confunde la unión del alma con Dios y la unión hipostática de Cristo

Respuesta. El corpus no dice nunca que el alma reciba, al vivir en la Divina Voluntad, lo que sólo el Verbo recibe en la unión hipostática —la asunción de una naturaleza humana en la única Persona divina del Hijo—. Para describir la unión del alma con Dios utiliza, en cambio, de modo analógico, el modelo que la fe católica reconoce en Cristo mismo: dos voluntades distintas, unidas sin confusión.

El texto lo formula así (vol. 14, 18 de marzo de 1922):

> «Cuando la voluntad humana se une a la Voluntad Divina, las dos voluntades se abrazan y reposan juntas.»
>
> *« Quando la volontà umana si unisce alla Volontà Divina, le due volontà si abbracciano e riposano insieme. »*

Nunca se trata de una voluntad única resultante de la fusión de ambas. Es Cristo mismo, según el corpus, quien da acceso a este modelo y sigue siendo su única puerta (vol. 17, 8 de marzo de 1925):

> «Ahora, mi Humanidad tenía dos voluntades: la humana y la Divina […] Ahora, si quieres recorrer los caminos del Querer eterno, entra por la puerta de mi Humanidad; allí encontrarás mi Divinidad…»
>
> *« Ora, la mia Umanità aveva due volontà: l'umana e la Divina […] Ora, se vuoi percorrere le vie dell'eterno Volere, entra dalla porta della mia Umanità, vi troverai la mia Divinità… »*

El tercer Concilio de Constantinopla (680-681) definió esta estructura precisa —dos voluntades que obran sin confusión ni separación, la humana libremente sometida a la divina (CIC 475)— como el misterio propio e insuperable de Cristo; el corpus nunca la extiende al alma como una nueva unión hipostática, sino como una participación, por gracia y a la manera de una criatura, en este modelo único.

El corpus va más lejos aún: lejos de presentar alguna vez las dos naturalezas de Cristo como separables, afirma, por el contrario, su unidad más estrecha, hasta en el corazón mismo de su Pasión: «Ella [mi Humanidad] estaba fundida con la Divinidad, más bien eran una sola cosa, y mientras eran una sola cosa Yo sentía el desgarro del abismo, de la separación de la Divinidad» (vol. 12, 2 de junio de 1920). Este texto no describe en ningún momento una escisión real entre las dos naturalezas —afirma lo contrario, «una sola cosa»—, sino el sufrimiento vivido, en la conciencia humana de Cristo, del peso del pecado que separa de Dios a la humanidad pecadora. Este sufrimiento se inscribe en el misterio que la teología católica llama la kénosis: el abajamiento voluntario por el cual el Hijo, «siendo de condición divina, […] se despojó de sí mismo» (Flp 2,6-7), hasta el grito de abandono en la cruz —«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46)—, que supone también un sufrimiento real del abandono, sin implicar jamás la menor escisión entre las dos naturalezas de Cristo.

23. Objeción: Luisa anuncia una tercera edad joaquinita

Respuesta. La objeción supone que el «Reino de la Divina Voluntad» anunciado por el corpus corresponde a lo que la Iglesia condenó bajo el nombre de milenarismo —la venida visible de Cristo reinando sobre esta tierra antes del juicio final (Santo Oficio, 1944, Dz 3839)— o a la tercera «era del Espíritu» que el joaquinismo anunciaba como superación incluso del Evangelio de Cristo. Ahora bien, el corpus, examinado en sus propios términos, no afirma ninguno de estos dos elementos: no se describe en él ninguna venida visible y anticipada de Cristo en la historia; ninguna nueva revelación pública se añade a la ya concluida, transmitida por Cristo y los Apóstoles; nunca se contempla superación alguna de la Iglesia, de sus sacramentos ni de su Magisterio —la Sección IV de este anexo documenta, por el contrario, la insistencia constante del texto en la permanencia de la mediación eclesial y sacramental—. Lo que el corpus anuncia es de otra naturaleza: un triunfo intrahistórico de la gracia ya dada de una vez para siempre por Cristo, el cumplimiento, durante un tiempo de la historia, de la petición que toda la Iglesia dirige desde siempre en el Padrenuestro —no una era nueva que sucedería a la de Cristo, sino la profundización de la que Él ya inauguró y que no deja de inaugurar.

Más aún: cuando el propio corpus emplea la expresión «las tres edades del mundo», la define en términos que excluyen explícitamente el esquema joaquinita. Jesús explica en él que, en los treinta años de su vida mortal, dio satisfacción «por las tres edades del mundo, por los tres diferentes estados de ley: La natural, la escrita y la de la gracia» (vol. 4, 22 de febrero de 1903), es decir, el esquema patrístico y escolástico clásico —ley natural, ley mosaica y ley de gracia—, no una sucesión de eras que reemplazaría a la Iglesia por una «edad del Espíritu». La edad de la ley de gracia, inaugurada por la Encarnación y la fundación de la Iglesia, sigue siendo en él la última de la historia —aquella en la que nos encontramos desde hace dos mil años y en la que permaneceremos hasta el fin de los tiempos—. Esta distinción precisa entre profundización y sucesión es la que aleja al corpus de la definición misma del milenarismo condenado por el CIC 676.

Otro texto del corpus, el de las tres renovaciones del mundo por períodos de dos mil años —diluvio, Encarnación y renovación futura (vol. 12, 29 de enero de 1919; véase V.3)— podría parecer, a primera vista, más cercano al esquema joaquinita que el de las «tres edades». Un examen atento muestra lo contrario: este texto no distingue tres edades, sino cuatro períodos —de Adán al diluvio, del diluvio a la Encarnación, de la Encarnación al Reino y del Reino al fin de los tiempos—, y Jesús no atribuye en él ningún período a una Persona divina distinta, contrariamente al esquema trinitario de la historia propio de Joaquín. La «tercera renovación» que anuncia nunca se describe como una era nueva que sucedería a la de Cristo, sino como una profundización del conocimiento de lo que su Divinidad obraba ya en su Humanidad —exactamente la distinción entre profundización y sucesión establecida anteriormente—. En cuanto al uso, por este mismo corpus, de una distribución de los tres Fiat —Creación, Redención y santificación— entre las tres Personas divinas (vol. 17, 17 de mayo de 1925), se trata de una apropiación trinitaria en el sentido teológico recibido: atribuir a una Persona, por razón de una conveniencia particular, lo que en realidad sigue siendo obra común de las Tres —como 1 Co 1,24 atribuye a Cristo la fuerza y la sabiduría de Dios—, nunca de una sucesión cronológica de edades gobernadas cada una por una Persona distinta con exclusión de las otras dos, cosa que el corpus no dice en ningún lugar.

El corpus llega finalmente hasta refutar de antemano, y frontalmente, el punto preciso en que radica el error joaquinita: no la idea de un cumplimiento futuro, sino la de una superación de lo anterior. Jesús declara explícitamente que el Reino no reemplazará ni

abolirá la economía sacramental ya dada por Cristo, sino que le dará su pleno fruto (vol. 20, 2 de noviembre de 1926):

> «Hija mía, mi Redención vino como remedio del hombre […] Por eso suspiro tanto por que venga el reino del Fiat Supremo, porque entonces todo lo que Yo hice al venir a la tierra servirá de alimento a quienes gocen de perfecta salud. […] ¿Cuál no será, pues, mi contento al ver que, en el reino de mi Querer, todo lo que Yo hice ya no servirá de alimento a los enfermos, sino de alimento a los hijos de mi reino, que estarán todos llenos de vigor y de perfecta salud? […] El reino de mi Querer será el verdadero eco de la Patria Celestial, donde los bienaventurados poseen como Vida propia a su Dios y lo reciben también de fuera de ellos mismos. […] En el reino de mi Querer no habrá alimentos ni comuniones interrumpidos, sino perennes, y todo lo que Yo hice en la Redención ya no les servirá de remedio, sino de deleite, de alegría, de felicidad y de belleza siempre creciente. Así, el triunfo del Fiat Supremo dará el fruto completo al reino de la Redención.»
>
> *« Figlia mia, la mia Redenzione venne come rimedio dell'uomo […] Perciò sospiro tanto che venga il regno del Fiat Supremo perché allora tutto ciò che io feci venendo sulla terra, servirà come cibo a quelli che godranno perfetta salute. […] Sicché qual non sarà il mio contento, nel vedere che nel regno del mio Volere tutto ciò che io feci servirà non più come cibo agli infermi, ma come cibo ai figli del regno mio che saranno tutti pieni di vigore e di perfetta salute? […] Il regno del mio Volere sarà il vero eco della Patria Celeste dove i beati posseggono come Vita propria il loro Dio e lo ricevono anche dal di fuori di loro stessi. […] Nel regno del mio Volere non ci saranno né cibi, né comunioni interrotte, ma perenni e tutto ciò che io feci nella Redenzione servirà loro non più di rimedio, ma di diletto, di gioia, di felicità e di bellezza sempre crescente. Sicché il trionfo del Fiat Supremo darà il frutto completo al regno della Redenzione. »*

Lo que hay que descartar no es, pues, la espera de un cumplimiento, sino la idea de una superación de la economía de Cristo y de la Iglesia —idea desarrollada por ciertas posteridades joaquinitas—. En Luisa, el Reino esperado lleva a cumplimiento la Redención y su fruto sacramental; nunca los despide.

Fórmula para recordar. No después de la Iglesia, sino en la Iglesia; no después de los sacramentos, sino mediante su pleno fruto; no después de Cristo, sino mediante la plena extensión de su Reino en las almas.

---

24. Objeción: Luisa destruye o aniquila la voluntad humana

Respuesta. La objeción se apoya casi siempre en un vocabulario real del corpus —«deponer» la propia voluntad, no «darle más vida»— entendido en un sentido de supresión pura y simple. Pero el propio corpus define este vocabulario, y en un sentido contrario a la aniquilación: «el libre albedrío […] es un don que di al hombre, y lo que Yo una vez doy no lo quito jamás […] soy Dios de los hijos, no de los esclavos» (vol. 17, 30 de mayo de 1925). El mismo texto describe a los bienaventurados en el Cielo como permaneciendo plenamente libres —su voluntad nunca es suprimida—, y al mismo tiempo llevados, por el solo conocimiento y el solo amor recibidos, a no querer ya separarse de Dios: libertad intacta, pero cuyo ejercicio ya no encuentra reposo fuera de Él. Es una paradoja real, pero una paradoja que la teología católica conoce también por otra parte: la libertad de los bienaventurados, enseñada unánimemente como intacta en el Cielo (CIC 1721-1722), permanece allí entera, al mismo tiempo que se ha vuelto incapaz de dirigirse hacia el mal. «Deponer» la voluntad humana, en este vocabulario preciso, describe, por tanto, un

ejercicio transformado de la libertad, no su desaparición.

---

25. Objeción: Luisa diviniza al hombre por naturaleza, o hace de él una «parcela de la divinidad»

Respuesta. El corpus emplea un vocabulario de verdadera intensidad para describir la unión del alma con Dios —«Vida divina», «participar en mi propia Vida»—, vocabulario que, aislado de su gramática propia, podría sugerir una identidad de naturaleza entre la criatura y su Creador. Pero esta misma gramática permanece constantemente relacional y participativa, nunca es una gramática de identidad: la imagen más frecuente del corpus para expresar esta relación es la del sol y su órbita, donde Dios «hace reflejar» en el hombre su luz y su felicidad (vol. 16, 14 de septiembre de 1923); el reflejo supone, por su misma naturaleza, la distinción entre la fuente y aquello que la recibe, nunca su confusión. Esta estructura se une exactamente a lo que enseña san Pedro: los creyentes llegan a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4), fórmula que toda la tradición patrística —Atanasio, Basilio, Cirilo, hasta Tomás de Aquino— ha entendido siempre como una divinización *por gracia y por participación*, nunca por identidad de esencia; la distinción Creador/criatura permanece en ella, según esta misma tradición, para siempre infranqueable (CIC 460). Nada en el corpus afirma que el alma deje de ser criatura o reciba una parte de la esencia divina misma: lo que el texto repite sin cesar, por el contrario, es la «pequeñez» radical de la criatura, que nunca hace más que recibir.

---

26. Objeción: Luisa describiría tres dioses distintos, confundiendo las Personas de la Trinidad

Respuesta. Esta objeción nace de una confusión fácil de disipar: el corpus describe en varias ocasiones experiencias místicas en las que Luisa percibe distintamente la acción propia de una u otra Persona de la Trinidad; pero distinguir nunca es separar, y la propia Escritura procede así sin caer jamás en el politeísmo. Cristo distingue su propia misión de la del Espíritu —«os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito» (Jn 16,7)— y habla del pecado contra el Espíritu Santo como distinto del pecado contra el Hijo (Mt 12,31-32), sin que nadie concluya de ello que el Evangelio enseñaría la existencia de varios dioses. El Catecismo recuerda que «Las Personas divinas son realmente distintas entre sí» según sus relaciones de origen, aun permaneciendo un solo Dios (CIC 254).

Lejos de apartarse de esta doctrina, el corpus la ilustra con notable precisión (vol. 24, 7 de junio de 1928):

> «Estos tres soles son las tres potencias: inteligencia, memoria y voluntad; aunque son distintas entre sí, se dan la mano y llegan a formar una sola. Símbolo de nuestra Trinidad adorable: aunque somos distintos en las Personas, formamos una sola potencia, un solo intelecto y una única Voluntad.»
>
> *« Questi tre soli sono le tre potenze: intelletto, memoria e volontà, che mentre son distinte tra loro, si danno la mano e giungono a formare anche una sola. Simbolo della nostra Trinità adorabile, che mentre siamo distinte nelle persone formiamo una sola potenza, un intelletto solo ed un'unica Volontà. »*

Este texto afirma por sí mismo, con las mismas palabras, tanto la distinción de las Personas como la unidad de su Ser, exactamente como lo hace el dogma trinitario.

27. Objeción: la insistencia en el «conocimiento» de la Divina Voluntad pertenecería a un gnosticismo espiritual

Respuesta. El gnosticismo antiguo enseñaba que una doctrina esotérica, reservada a iniciados, era condición necesaria para la salvación. Nada semejante aparece en este corpus, donde el acceso al Don descansa constantemente en la más sencilla de las condiciones, ofrecida sin excepción a toda alma: querer, no saber. Esta obra ya ha establecido (Parte V, pregunta 9) que el Don nunca es una espiritualidad privada reservada a un círculo de iniciados separado del resto de la Iglesia, sino el cumplimiento mismo del designio de toda la Creación; ha establecido igualmente (VI.4; XIII.8) que la disposición requerida para recibirlo es el conocimiento de la propia nada, no la adquisición de un saber reservado a una élite. La insistencia del corpus en el «conocimiento» de las verdades de la Divina Voluntad se une, por otra parte, a un principio bíblico constante —«Perece mi pueblo por falta de conocimiento» (Os 4,6)— y al lugar clásico que la lectura y la meditación ocupan, en toda la tradición espiritual católica, como alimento necesario de la oración. Un conocimiento que alimenta el deseo, en lugar de condicionar la salvación, no es un conocimiento gnóstico.

VI. Conclusión: lo que una lectura católica puede afirmar y lo que no debe afirmar

Este anexo no ha eludido ninguna de las grandes familias de pasajes más duros del *Libro de Cielo* —incluidos los más carnales, como las escenas de leche y líquidos intercambiados de boca a boca (§8) o el despojamiento antes de la crucifixión mística (§6)—: cada una ha sido citada en su contenido real, no mediante una paráfrasis edulcorada. Pero ha mostrado, caso por caso, que el contenido chocante de un primer nivel de lectura no resiste la confrontación con el contexto inmediato, el vocabulario místico clásico y la doctrina católica que ilumina su sentido.

Lo que este anexo no afirma: no pronuncia ni una condena global de los escritos de Luisa Piccarreta ni una aprobación anticipada y definitiva de cada una de sus formulaciones; este juicio corresponde únicamente a la Santa Sede, cuyo *nulla osta* de 2024 pidió explícitamente una edición crítica provista de notas precisamente para pasajes de esta naturaleza. Tampoco propone una lectura entusiasta y sin salvaguardas, que descuidaría las salvaguardas doctrinales expuestas en V o la salvaguarda contra el abuso espiritual formulada en el §14.

Lo que afirma: que los textos más duros del *Libro de Cielo*, leídos en su lengua original, devueltos a su contexto inmediato y medidos según la gramática católica clásica —mística nupcial, teología de la reparación, discernimiento de espíritus, doctrina sacramental y cristológica—, dejan de aparecer como pruebas de un origen ajeno al Espíritu Santo, sin convertirse por ello en formulaciones que convendría proponer, sin acompañamiento ni discernimiento, a un lector no advertido. Este es todo el espíritu de la edición crítica pedida por Roma, y este es el espíritu con el que fue concebido este anexo.

Anexo F — Las 214 preguntas y respuestas: versión condensada

Este anexo reproduce mecánicamente, en el mismo orden, las 214 respuestas breves ya formuladas y validadas en el cuerpo de la obra. No constituye una nueva traducción ni una nueva síntesis independiente.

Introducción general — ¿Por qué una obra de preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad?

Pregunta 1 — ¿Qué es la Divina Voluntad?

La Divina Voluntad es la Voluntad misma de Dios, una y eterna, por la cual crea, redime y santifica. Siguiendo a Luisa Piccarreta, esta obra llama así no solamente a esta Voluntad en sí misma, sino también al don por el cual un alma puede dejar que se convierta, aquí abajo, en el principio continuo de todos sus actos —un milagro de cada instante más que un acontecimiento aislado.

Pregunta 2 — ¿Qué son los tres Fiat de Dios?

Según las revelaciones recibidas por Luisa, la obra de Dios se despliega en tres grandes Fiat, tres «síes» divinos: el Fiat de la Creación, pronunciado por Dios solo; el Fiat de la Redención, pronunciado con el concurso de María; y un tercer Fiat, el de la Santificación, que Dios espera todavía ver plenamente cumplido en la tierra mediante el concurso libre de las almas. Estos tres Fiat forman la estructura misma de esta obra.

Pregunta 3 — ¿Cómo comprender que la Divina Voluntad sea la Voluntad única de las tres Personas divinas?

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no tienen más que una sola y misma Voluntad, puesto que no tienen más que una sola y misma naturaleza divina. Hablar de la «Divina Voluntad» nunca introduce, por tanto, una cuarta realidad junto a la Trinidad: es hablar de la Trinidad misma en la unidad de su querer, aquel querer único por el cual creó al hombre capaz de entrar en comunicación con ella.

Pregunta 4 — ¿Por qué hablar de un Reino de la Divina Voluntad?

Dios mismo dice querer «establecer sobre la tierra el Reino de su Divina Voluntad», para realizar plenamente el único fin para el cual creó al hombre. Este Reino no es, por tanto, una imagen entre otras: es el nombre mismo que Dios da al cumplimiento de su designio creador, tal como lo desarrollará la Primera parte.

Pregunta 5 — ¿Qué diferencia hay entre hacer la Voluntad de Dios y vivir en la Divina Voluntad?

Hacer la Voluntad de Dios es obedecerla acto por acto, como está llamado a hacerlo todo cristiano en todo tiempo. Vivir en la Divina Voluntad va más lejos: es dejar que esta Voluntad se convierta, de manera estable y continua, en el principio mismo del que proceden todos los actos del alma —ya no una obediencia repetida, sino una morada.

Pregunta 6 — ¿Por qué los escritos de Luisa Piccarreta son centrales para esta obra?

Porque Jesús confía en ellos a Luisa una misión que Él mismo presenta como nueva: si otras almas, antes que ella, hubieran vivido ya plenamente en la Divina Voluntad, la Iglesia habría conservado sus huellas, sus normas y su enseñanza. Este silencio de la tradición espiritual recibida es el signo mismo de la novedad del don confiado a Luisa. Pero Jesús va más allá de la sola novedad de la misión: reivindica Él mismo la autoría de la escritura, bendice los volúmenes resultantes con una fórmula sin ambigüedad y muestra anticipadamente a Luisa lo que un día hará la Iglesia con ellos.

Pregunta 7 — ¿Qué título completo da Jesús a los cuadernos de Luisa sobre la Divina Voluntad, hoy reunidos en treinta y seis volúmenes, y qué significa?

El 27 de agosto de 1926, dos días antes de bendecir de corazón este título (Introducción, P.6), Jesús lo había dictado Él mismo —no a Luisa, sino, en una visión que le concede, al sacerdote encargado de la impresión de los escritos sobre su Voluntad—: «El Reino de mi Divina Voluntad en medio a las criaturas. Libro de Cielo. Llamada a las criaturas al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fueron creadas por Dios». Jesús explica Él mismo este último elemento: quiere que la criatura comprenda que el puesto que Dios le ha asignado está en su Voluntad y que, mientras no entre en ella, permanece sin puesto, sin orden y sin finalidad —una intrusa en su propia Creación.

Pregunta 8 — ¿Cómo recibir estos escritos en la fe de la Iglesia?

Recibiéndolos exactamente como la propia Luisa los escribió: no por iniciativa propia, sino bajo la estricta obediencia a un confesor y con la entera sumisión de su juicio al de la autoridad eclesiástica. La Quinta parte reconstruirá el expediente completo de su recepción por la Iglesia; la actitud que debemos adoptar ante ellos se regula ya por la de la propia Luisa ante su confesor.

Pregunta 9 — ¿Dispensa la Divina Voluntad de los sacramentos, de la moral, de la Cruz o de la esperanza del Cielo?

No, nunca, en ninguno de estos cuatro puntos. Vivir en la Divina Voluntad no dispensa de los sacramentos (Parte IX), no aligera en nada las exigencias de la vida moral, sino que constituye, por el contrario, su cumplimiento más interior (Parte XII), nunca suprime la Cruz, sino que la transfigura sin apartarla (Partes III y X), y nunca reemplaza la esperanza del Cielo por un reinado terrestre que se bastaría a sí mismo (Parte XIV). Este principio de no sustitución gobierna la lectura de todo este libro.

Pregunta 10 — ¿Qué vínculo une el Reino de la Divina Voluntad con la oración del Padrenuestro?

Jesús mismo dice a Luisa que el tercer Fiat que espera no es otra cosa que el cumplimiento de la oración que enseñó a toda la Iglesia desde hace siglos: «hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo». Lo que la Iglesia pide así cada día desde hace dos mil años, Jesús anuncia a Luisa que quiere concederlo: el Reino de la Divina Voluntad es el cumplimiento mismo de esa oración.

Pregunta 11 — ¿Qué actitud interior se requiere para entrar en esta luz?

La pequeñez: reconocer la propia nada ante la grandeza de Dios, a imagen de María, elegida en su humildad y pequeñez, enteramente disponible a la gracia recibida. Jesús mismo dice escoger, para sus obras más grandes, a las almas más pobres y desprovistas —no para humillarlas, sino porque solo la pequeñez deja todo el lugar a su grandeza.

Primera parte — El designio originario: el hombre creado para vivir en la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Por qué creó Dios al hombre?

Dios creó al hombre por puro amor y con un único fin: que su Voluntad viviera en él y que él viviera en ella. Toda la Creación tiene un solo fin —que todos cumplan el Querer divino—, y el hombre estaba llamado a ello no como un siervo encargado de producir obras, sino como un hijo destinado a recibir la vida misma de Dios y a devolvérsela en gloria y amor.

Pregunta 2 — ¿Qué revela el soplo mediante el cual Dios dio la vida al hombre?

En el jardín del Edén, Dios formó la bella estatua del hombre y le dio la vida infundiéndole su aliento omnipotente: un soplo que no se limitó a animarlo, sino que vertió en él sus propias cualidades divinas y su propia Vida, haciendo de él, en un sentido real pero siempre analógico, un «pequeño dios» —hasta volverlo inseparable de su Creador. Este soplo, dice Jesús a Luisa, nunca cesó: continúa dándose a cada criatura, como la respiración que se exhala y después vuelve a inspirarse. Pero cuando la voluntad del hombre ya no se vuelve hacia Dios, este soplo deja de encontrar en ella el camino de regreso.

Pregunta 3 — ¿Cómo fue la creación del hombre, desde el origen, un intercambio de amor?

Crear el cielo y la tierra no despertó nada nuevo en el corazón de Dios, dice Jesús a Luisa; crear al hombre, sí, porque en él se formaba una voluntad libre, capaz de devolver el amor recibido. Dios creó al hombre en un verdadero éxtasis de amor, raptado ante su propia obra hasta querer ser amado por ella a su vez; y cuando el hombre, lleno de este don, pronunció su primera palabra, «te amo», la alegría de Dios fue inmensa, como si recibiera ya el interés de todos los bienes que acababa de darle. Lo que Dios esperaba no era un tributo ni una obra, sino un amor que volviera a Él, porque un amor, dice Jesús, llama siempre a otro.

Pregunta 4 — ¿Qué significa haber sido creado a imagen y semejanza de Dios?

El hombre es imagen de Dios porque es una persona, dotada de inteligencia, de voluntad y de amor. Pero la semejanza no es una propiedad adquirida de una vez para siempre: se realiza y se despliega en la Divina Voluntad. Haciéndola suya, la criatura llega a obrar a lo divino y, mediante la repetición de estos actos divinos, llega a convertirse en imagen perfecta de su Creador.

Pregunta 5 — ¿Qué significan los «tres soles» que Dios formó en el alma de Adán?

Jesús revela a Luisa que Dios, al crear a Adán, infundió en su alma «tres soles» formados respectivamente por la potencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo: son las tres potencias del alma —la inteligencia, la memoria y la voluntad—, realmente distintas entre sí, pero unidas en la única vida y en la unidad de acción del alma, a imagen de la misma Trinidad.

Pregunta 6 — ¿Cuál era el lugar de Adán en la Creación?

Adán fue creado rey de toda la Creación. Su realeza no era una dominación exterior, sino la supremacía de un hijo colocado en la cima de las obras de su Padre: conocía todos sus dominios, tenía derecho a depositar en ellos sus actos y debía formar su corona.

Pregunta 7 — ¿Qué es la gracia de «bilocación» de Adán y cómo abrazaba su alma toda la Creación?

El *Libro de Cielo* revela que Adán, antes del pecado, poseía una gracia de «bilocación»: mediante la potencia del Fiat Divino, su alma se hacía presente en todas las cosas creadas,

de modo que cada uno de sus actos de amor, de adoración y de palabra resonaba en el universo entero, haciendo de él, en verdad y no por simple metáfora, el rey de toda la Creación.

Pregunta 8 — ¿Cómo era la vida de Adán antes del pecado?

La vida de Adán al comienzo fue una época de felicidad recíproca entre Dios y su criatura: su voluntad era la de Dios, y la de Dios era la suya. Dotado de todos los bienes, tomaba libremente de su Creador santidad, sabiduría, potencia y felicidad: era su prototipo, su retrato, su hijo feliz.

Pregunta 9 — ¿Qué sucedió en el Cielo con los actos que Adán realizó en la Divina Voluntad antes de su caída?

Nunca fueron borrados. Un acto hecho en la Divina Voluntad es, dice Jesús a Luisa, tan intangible como la Voluntad misma: ni la fragilidad de quien lo realizó, ni siquiera su caída posterior, pueden deshacerlo. Por eso Adán posee en el Cielo una gloria única entre los santos, solo inferior a la de la Virgen María —y esos mismos actos, permanecidos intactos, pasaron como herencia a toda su descendencia, como prenda y derecho al Reino, reverso exacto de la herencia del pecado original.

Pregunta 10 — ¿Qué significa poseer el Reino de la Divina Voluntad?

Poseer el Reino de la Divina Voluntad es tener la Voluntad de Dios no como una ley exterior, sino como la propia vida, herencia y bien: permanecer voluntariamente en el acto primero de la propia creación, encontrar en él todos los bienes y ejercer en el Fiat un verdadero derecho de hijo sobre las obras de Dios.

Pregunta 11 — ¿Qué significa el «vacío» del alma que Adán debía llenar con sus actos?

Jesús revela a Luisa que, así como Dios creó un «vacío visible» —el universo— para desplegar en él sus obras, creó también en el alma humana un «vacío invisible», todavía más vasto, destinado a convertirse en morada de Dios mismo: cuanto más realiza el alma actos en la Divina Voluntad, tanto más deja que este vacío se llene de la presencia divina, la única que puede colmarlo.

Pregunta 12 — ¿Por qué permanece la Creación en el Fiat?

La Creación permanece en el Fiat porque el Fiat es su vida, su orden y su firmeza. Procedentes de la Voluntad de Dios, las criaturas sin inteligencia no tienen voluntad propia que oponerle: permanecen en el acto que las creó, y por eso el cielo, el sol y el mar conservan, desde el origen, su orden, su armonía y su constancia.

Pregunta 13 — ¿Qué relación debía tener el hombre con la Creación?

La Creación fue dada al hombre como su morada y como su espejo. Debía mirarse en ella para copiar en sí mismo el orden, la armonía, la luz y la firmeza de las obras de su Creador —y la Creación, a su vez, debía reflejarse en él, reflejándose el uno en el otro.

Pregunta 14 — ¿Qué gloria debía dar el hombre a Dios en nombre de todos?

El hombre debía ser la voz de la Creación. Todas las criaturas glorifican a Dios por su ser, pero son mudas; el hombre, en cambio, debía hablar, amar, adorar y obrar en nombre de todas, de modo que su voz resonara en toda la Creación y que Dios recibiera, de su primer hijo, el amor y la adoración de todas sus obras.

Pregunta 15 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad es la finalidad primera de la Creación?

Porque Dios lo dijo y nunca se ha retractado: la única finalidad para la cual fue creado el hombre es que la Divina Voluntad viva en él y reine sobre la tierra. Todo lo que Dios ha hecho desde la creación del mundo, y todo lo que hará, conserva este principio: que el hombre vuelva a la herencia del Reino del Fiat.

Pregunta 16 — ¿Por qué Dios no puso en el hombre, al crearlo, un acto determinado, sino un acto siempre creciente?

Jesús revela a Luisa que Dios no trató al hombre como al resto de la Creación, dotada de un acto determinado de una vez para siempre; vinculó a su libertad un acto siempre creciente, negándose a decirle jamás «basta». Un padre digno de este nombre nunca fija un término al alimento de su hijo: eso sería el dominio de un amo, no el amor de un padre. Por eso Dios puso incluso su propia Voluntad a disposición del hombre, para que pudiera sostener, a sus propias expensas, este crecimiento sin fin.

Pregunta 17 — ¿Creó Dios al hombre para una simple obediencia o para una vida filial en su Querer?

Para una vida filial. Dios no quiso un ejecutante que cumpliera órdenes, sino un hijo en el cual formar su propia Vida. A medida que el hombre hace la Voluntad de Dios, Dios completa su Vida en él, acto tras acto, hasta que el Creador vuelve a encontrar en su criatura su propio sol y la lleva, transformada con Él, a las delicias del Cielo.

Segunda parte — La Caída: la pérdida del Reino de la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Qué poseía Adán en la Divina Voluntad antes de la Caída?

Adán tenía la Voluntad de Dios como centro de su vida y de todos sus actos. De ella recibía una fuerza, un dominio y un atractivo enteramente divinos: su mismo aliento y sus gestos más sencillos llevaban algo de Dios, hasta el punto de que el Cielo se sentía como «herido de amor» por cada uno de sus actos.

Pregunta 2 — ¿Cómo llegó Adán a retirarse del Fiat?

Antes incluso de desobedecer, Adán dejó de amar: olvidó que Dios lo amaba y olvidó amarlo en correspondencia —«este fue el primer germen de su culpa». De este olvido nació la seducción de los sentidos ante el fruto prohibido, y después el acto mismo de desobediencia a un mandato que Dios había expresado claramente para probar su fidelidad. Primero cesó el amor; después comenzó el pecado.

Pregunta 3 — ¿Por qué el pecado original es la pérdida del Reino de la Divina Voluntad?

Porque un acto hecho sin la plenitud de la Divina Voluntad, aun siendo idéntico en apariencia a un acto realizado antes de la Caída, queda vaciado interiormente: se vuelve como un alimento sin condimento, un fruto sin madurez, una flor sin perfume. El pecado original no ofendió, por tanto, a Dios una sola vez: cambió, en su raíz, la naturaleza misma de todos los actos que vendrían después.

Pregunta 4 — ¿Qué perdió el hombre junto con este Reino?

El hombre perdió su nobleza, su fuerza y su semejanza con su Creador. La imagen de Dios permanece grabada en él, imborrable; pero la semejanza viva —esa vida divina que hacía sabroso para Dios cada acto de Adán— se retiró juntamente con la Voluntad que era su principio.

Pregunta 5 — ¿Por qué esta pérdida concierne a toda la humanidad?

Porque Adán fue creado como cabeza de toda la familia humana. Al sustraerse del Fiat, no actuó solamente para sí mismo: mediante ese mismo gesto llevó a la infelicidad a todos los que debían nacer de él, como un jefe cuya caída alcanza a todo su pueblo.

Pregunta 6 — ¿Podía el hombre, después de la Caída, seguir viviendo en la Divina Voluntad como Adán?

No. Después del pecado, Adán pudo todavía llorar su culpa y *hacer* la Voluntad de Dios — pero ya nunca pudo *poseerla* como antes, porque faltaba el mismo Dios ofendido, el único capaz de rehacer el injerto roto entre la criatura y el Creador.

Pregunta 7 — ¿Qué diferencia hay entre vivir de los efectos de la Divina Voluntad y poseer su unidad?

Vivir de los efectos es recibir de la Voluntad de Dios gracias, luces y auxilios puntuales; poseer su unidad es tenerla a Ella misma como fuente única y permanente de todos los propios actos. La distancia entre ambas cosas, dice Jesús a Luisa, es la que separa a Adán inocente de Adán después del pecado.

Pregunta 8 — ¿Cómo pudieron los justos y los santos hacer la Voluntad de Dios sin poseer el Don como Adán?

Porque la Divina Voluntad, aun sin ser poseída como centro único de la vida, nunca se retiró totalmente del hombre después de la Caída: se le ofreció como remedio —medicina contra las pasiones, salud para el alma y alimento para crecer en santidad—, según lo que cada uno estaba dispuesto a recibir.

Pregunta 9 — ¿Por qué el hombre no podía recuperar por sí mismo el Edén perdido?

Porque faltaba Dios ofendido en persona. Ninguna lágrima humana, por sincera que fuera, podía reparar una herida hecha a Dios: solo el Verbo Eterno, al descender a la tierra, pudo rehacer el injerto roto entre la criatura y el Creador —y esperó cuatro mil años para hacerlo.

Pregunta 10 — ¿Cómo se inscribe la conciencia del pecado personal en esta pérdida más profunda?

Cada pecado personal repite, a pequeña escala, el mismo gesto de Adán: un acto de la voluntad humana que se opone a la Divina, o que se busca a sí misma incluso en las obras más santas. La conciencia del pecado personal debe, por tanto, leerse a la luz de esta pérdida más amplia, sin lo cual se reduce a una cuenta de faltas aisladas.

Pregunta 11 — ¿Por qué el amor gratuito de Dios, dado sin medida, sufre por la indiferencia o el desprecio del hombre?

Porque Dios quiso, al crear al hombre, un amor de verdadera reciprocidad y no un homenaje mecánico: a diferencia del cielo, del sol y de las estrellas, a los que no dejó libertad alguna, creó al hombre libre, precisamente para que pudiera devolverle un amor verdaderamente suyo. Esta misma libertad, la única que hace posible un amor digno de este nombre, hace posible también su rechazo —y por eso la indiferencia o el desprecio del hombre pueden herir realmente a un amor que, sin ella, quedaría al abrigo de toda herida.

Tercera parte — La Redención: Jesús rehace al hombre y prepara el retorno del Reino

Pregunta 1 — ¿Por qué el Verbo se habría hecho carne aunque el hombre no hubiera pecado?

Según la luz propia del *Libro de Cielo*, el Verbo se habría hecho carne aunque el hombre no hubiera pecado: ya era, desde toda la eternidad, la finalidad primera de la Creación que la Divina Voluntad reinara visiblemente en una criatura coronada como cabeza de la familia humana. El pecado de Adán no hizo necesaria la Encarnación allí donde, de otro modo, no lo habría sido —solo cambió su modo: en vez de venir como rey glorioso escoltado por sus ángeles, el Verbo vino bajo las apariencias más humildes, pobre y sufriente, para sanar al hombre a quien, de otro modo, habría encontrado ya feliz y santo.

Pregunta 2 — ¿Por qué sufre Jesús desde el primer instante de su Encarnación?

Desde el mismo instante de su Concepción en el seno de María, la Humanidad santísima de Jesús, dotada del uso perfecto de la razón, conoció y abrazó todo el dolor de la condición caída que venía a asumir: la Pasión visible del Calvario no hace sino manifestar en el tiempo una Pasión interior ya plenamente llevada desde el primer instante de la Encarnación.

Pregunta 3 — ¿Qué nos enseñan las dos voluntades de Cristo?

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, posee una voluntad divina y una voluntad humana verdaderamente distintas —su voluntad humana no es suprimida ni absorbida por su voluntad divina, sino que le está libre y perfectamente sometida. Este misterio, definido por la Iglesia contra la herejía monotelita, es el modelo exacto e insuperable de lo que la Divina Voluntad pide a cada criatura: no el aniquilamiento de la voluntad humana, sino su unión filial con la Voluntad de Dios.

Pregunta 4 — ¿Por qué debía Jesús poseer en sí el Reino de la Divina Voluntad?

Jesús debía poseer plenamente en su Humanidad el Reino de la Divina Voluntad —es decir, vivir, en su naturaleza humana, la unión perfecta y total con la Voluntad del Padre—, pues nadie puede devolver a otro un bien que no posee él mismo en plenitud. El Reino perdido por Adán debía ser formado de nuevo, intacto, primero en la Humanidad de Cristo, antes de poder ser devuelto a la criatura.

Pregunta 5 — ¿Qué significa el cáliz de Getsemaní a la luz del Fiat?

El cáliz que Jesús pide al Padre que aparte en el Huerto no es ante todo el de los sufrimientos de su Pasión: es el cáliz de la voluntad humana de todas las criaturas, sin la Divina Voluntad —un cáliz de amargura y de vicio tan repugnante que la Humanidad de Jesús, unida a la Divinidad, experimentó ante él un horror y un terror extremos. Al repetir tres veces «non mea voluntas, sed Tua Fiat», Jesús obtuvo para la tierra el futuro establecimiento del Reinado del Fiat.

Pregunta 6 — ¿Cómo rehízo Jesús los actos de todas las criaturas?

A lo largo de toda su vida terrena, Jesús rehízo, en su Humanidad unida a la Divinidad, lo que cada criatura de todos los tiempos estaba obligada a hacer para con Dios: adoró, agradeció, reparó, glorificó y oró por cada uno en particular, yendo a buscar en el Querer Eterno cada acto posible de las criaturas para hacerlo suyo.

Pregunta 7 — ¿Por qué reparó Jesús los actos no realizados, mal realizados o realizados humanamente?

En el Querer Eterno en el que su Humanidad estaba sumergida, Jesús veía todos los

actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron, así como las mismas buenas acciones realizadas solamente de manera humana; Él mismo realizaba los actos no realizados y rehacía los que habían sido mal realizados —obra ya, en sí misma, enteramente perfecta y concluida, a la que objetivamente nada falta.

Pregunta 8 — ¿Cómo devuelve Jesús al Padre la gloria que el hombre ya no podía darle?

Porque el Reino de la Divina Voluntad fue formado en su Humanidad, cada uno de los actos de Jesús —cada pensamiento, cada mirada, cada respiro, cada latido del corazón, cada gota de su sangre— llevó la impronta del Fiat y devolvió así al Padre una gloria perfecta, la gloria misma que la criatura, al retirarse del Fiat, había dejado de ofrecerle.

Pregunta 9 — ¿Por qué la Redención no manifiesta inmediatamente el Don de la vida en la Divina Voluntad?

Jesús reconquistó y formó el Reino de su Voluntad en su Humanidad ya en el tiempo de la Redención, pero no podía darlo inmediatamente a criaturas que aún no habían recibido y hecho fructificar todos los bienes de la Redención misma, destinados a servirles de preparación, de ajuar y de antídoto antes de entrar en el Reino de la Divina Voluntad: dar de entrada un bien tan grande, sin esta preparación, habría expuesto al hombre al riesgo de volver a caer, como Adán, en una segunda caída.

Pregunta 10 — ¿Cómo prepara la Pasión el Reino del Fiat?

El Reino de la Redención, obtenido por la Pasión y la muerte de Jesús, cura y prepara al hombre enfermo y herido por el pecado; esta misma Sangre derramada sirve después de pasaporte para entrar en el Reino más vasto de la Divina Voluntad, en el que solo entran almas ya curadas y restituidas a su plena salud espiritual.

Pregunta 11 — ¿Cómo prosiguen la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés la obra de la Redención?

La Resurrección de Jesús, «primer acto» que restituye a toda criatura el derecho de resucitar en su alma y en su cuerpo, abre cuarenta días durante los cuales Él mismo enseña y confirma el futuro reinado de su Voluntad; su Ascensión, lejos de ser una simple partida, abre una presencia nueva —se va y permanece—, y Pentecostés, al derramar sobre toda la Iglesia el mismo Espíritu, termina de abrir en la historia el espacio donde este reinado podrá un día desplegarse plenamente.

Pregunta 12 — ¿Por qué el retorno del Reino es la corona de la Redención?

El Fiat que creó el universo y el Fiat que realizó la Redención están ya entrelazados uno en otro como un solo y mismo acto divino; pero este entrelazamiento permanece inacabado mientras un tercer Fiat no venga a coronar los dos primeros, uniéndose a ellos mediante un acto humano libremente ofrecido. El retorno del Reino no añade, por tanto, nada extraño a la Creación y a la Redención: es su cumplimiento orgánico, sin el cual la obra divina permanecería incompleta, según las propias palabras de Jesús.

Pregunta 13 — ¿Por qué el alma debe pasar por la Humanidad de Jesús para entrar en el Reino de la Divina Voluntad?

Porque Jesús mismo lo enseña sin rodeos: su Humanidad fue, durante su vida terrena, el «cielo» donde habitaba su Divinidad, y permanece para siempre como la única puerta por la que el alma debe entrar para encontrar esa misma Divinidad y vivir de su Voluntad. Ninguna elevación mística, por alta que sea, permite alcanzar directamente la Divinidad eludiendo esta Humanidad que el Verbo asumió precisamente para dárnosla como camino.

Cuarta parte — María: la criatura que nunca perdió el Reino

Pregunta 1 — ¿Por qué María es el modelo perfecto de la vida en la Divina Voluntad?

De toda la historia del mundo, Jesús —en su Humanidad santísima, inseparablemente unida a la Persona del Verbo— y María, la única pura criatura de toda la descendencia de Adán, son los dos únicos que han vivido de la Divina Voluntad sin dar jamás vida a una voluntad propia separada del Fiat. Allí donde Adán, aun siendo inocente, sólo tuvo un período de vida en el Fiat, interrumpido por la Caída, sólo María posee una vida y unas obras enteramente cumplidas en la Divina Voluntad, sin defecto ni interrupción, desde el primer instante de su Concepción hasta su Asunción.

Pregunta 2 — ¿Qué vínculo existe entre la Inmaculada Concepción y el Reino del Fiat?

La Concepción inmaculada de María no fue solamente una preservación de la culpa original: fue, en el vocabulario propio de *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, el prodigio por el cual el Fiat divino recorrió en ella, en un solo instante, las seis etapas que la Creación entera había necesitado seis días para cumplir —de modo que María tomó posesión del Reino de la Divina Voluntad desde el primer instante de su existencia.

Pregunta 3 — ¿Qué significa que María nunca dio vida a su voluntad humana?

Aunque dotada de una voluntad humana verdadera y libre, María nunca la dejó actuar independientemente de Dios ni en oposición a Él: la ejerció en cada instante en una adhesión perfecta a la Divina Voluntad. En este sentido dice que la tomó y la ató «al pie del Trono divino», en ofrenda perpetua, sin darle nunca una vida autónoma —sacrificio continuado incluso en sus actos más virtuosos, y que ella misma llama «el sacrificio de los sacrificios».

Pregunta 4 — ¿Cuál fue la prueba de María?

Desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, en el momento mismo en que recibió el uso de razón, María fue sometida a una prueba que Dios no pidió a ninguna otra criatura: permanecer fiel a la Divina Voluntad sin hacer jamás uso de su propia voluntad, no por un tiempo limitado, sino durante toda su vida —prueba necesaria para que el Verbo Eterno, al descender en ella, no encontrara voluntad humana alguna que pudiera oponerse a la suya.

Pregunta 5 — ¿Por qué María recibe la posesión del Reino?

Porque triunfó plenamente de la prueba requerida, ofreciendo su voluntad humana sin reserva, María recibió de la Santísima Trinidad la posesión de todas las cualidades divinas en la medida en que una criatura puede recibirlas, y fue constituida Reina y Secretaria del Cielo, encargada de poner a salvo el destino del género humano.

Pregunta 6 — ¿Cómo se convierte María en la Madre del Verbo encarnado en el Reino de la Divina Voluntad?

En la Anunciación, el ángel pidió a María que pronunciara su «fiat» para que el de Dios pudiera cumplirse en ella; cuando lo pronunció, los dos fiat —el suyo y el de Dios— se fusionaron en un solo acto, dando vida, a partir de su propia humanidad, a la pequeña Humanidad del Verbo Divino. Así, el gran Prodigio de la Encarnación no fue obra de Dios solo: requirió y recibió el fiat libre de una criatura ya plenamente establecida en el Reino de su Voluntad.

Pregunta 7 — ¿Cómo se convierte María en Madre de los hijos de la Divina Voluntad?

El mismo amor infinito que se sirvió de María para hacer descender al Verbo Eterno a la tierra le confía después el mandato de formar a los hijos del Reino de la Divina Voluntad: su maternidad no se detiene, por tanto, en Jesús, sino que se extiende, mediante un único movimiento de amor, a toda alma que acepta dejar reinar en ella a la Divina Voluntad como reinó en la propia María.

Pregunta 8 — ¿Cómo forma María al alma para que deposite su voluntad?

María no se limita a exponer una doctrina: enseña, día tras día, en la escuela de una pedagogía materna concreta, a depositar la propia voluntad en sus manos para que ella la purifique, la embellezca y la ate a la suya, a los pies del Trono divino —hasta que el alma pueda decir con ella: «Mi voluntad no tiene ya vida; mi vida es la Divina Voluntad».

Pregunta 9 — ¿Por qué *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad* es una pedagogía de entrada en el Reino?

El libro que María dicta a Luisa no es una exposición doctrinal sobre la Divina Voluntad: es, en su misma forma, una escuela materna de treinta y un días y seis apéndices, en la que cada lección sigue el mismo movimiento —el alma se acerca, la Reina del Cielo enseña, se propone una práctica concreta, una breve oración la sella—, reproduciendo así, en el ritmo mismo de la lectura, el movimiento de acogida progresiva que María pide a quien quiera entrar en el Reino.

Quinta parte — El tiempo del Don: Luisa, los conocimientos y la manifestación del Reino

Pregunta 1 — ¿Por qué elige Dios un tiempo para manifestar el Don?

Jesús guarda en sí, como retenidos en una espera prolongada, todos los actos interiores realizados por su Humanidad en la Divina Voluntad durante su vida terrena: quieren darse y hacerse conocer a las almas, pero Dios, como una madre que lleva a su hijo, espera el momento justo para este gran alumbramiento —un tiempo elegido no por indiferencia, sino por un amor que no quiere precipitar nada ni dejar que nada falte.

Pregunta 2 — ¿Por qué no fue manifestado el Don de la misma manera desde los primeros siglos?

Porque la criatura debía primero conocer y apropiarse de los actos externos de Jesús —su vida pública, su Pasión, todo lo que predica el Evangelio— antes de poder recibir la revelación, mucho más interior y mucho más exigente, de lo que su Voluntad obraba secretamente en su Humanidad. Dios procedió como un maestro que enseña primero las letras antes de hacerles escribir frases completas.

Pregunta 3 — ¿Qué revela el ritmo de los «dos mil años» sobre el orden providencial de la historia?

Jesús revela a Luisa que su providencia conduce la historia por grandes períodos de dos mil años, cada uno sellado por un acto de renovación del mundo —el diluvio, después su propia venida en la carne—, y que se acerca una tercera renovación, más interior: no un nuevo Evangelio, sino la plena manifestación de lo que su Divinidad obraba ya, en secreto, en su Humanidad. Este ritmo no se da a conocer ni como un cálculo que verificar ni como

una fecha que esperar, sino como la firma de un Maestro de la historia que no deja nada al azar y conduce todo hacia la plenitud de los tiempos.

Pregunta 4 — ¿Cuál es la misión propia de Luisa Piccarreta?

Luisa recibe la misión, inédita en la historia de la Iglesia, de vivir plenamente en la Divina Voluntad y de recibir su pleno conocimiento, a fin de abrirla después a otras almas. Jesús mismo atestigua la novedad radical de esta misión mediante un argumento sobrio: si otras almas hubieran vivido así antes que ella, la Iglesia conservaría su huella en su enseñanza —ahora bien, esta huella no existe.

Pregunta 5 — ¿Por qué Luisa es llamada la pequeña hija de la Divina Voluntad?

Jesús llama a Luisa su hija «primogénita» de su Voluntad —la primera en recibir esta vida en plenitud—, pero siempre «pequeña», porque la grandeza de la misión recibida solo encuentra su igual en la pequeñez de quien la recibe: precisamente en esta humildad, y no a pesar de ella, Dios elige depositar un don tan grande.

Pregunta 6 — ¿Qué son los «conocimientos» de la Divina Voluntad?

Los conocimientos son las verdades que Jesús revela progresivamente sobre su Divina Voluntad; nunca son simples informaciones, sino que llevan en sí mismos la vida, el valor y los efectos del bien que dan a conocer, del mismo modo que la luz del sol, al investir a una criatura, puede literalmente transformarla en «pequeño sol» a su imagen.

Pregunta 7 — ¿Por qué el Reino está fundado sobre las verdades reveladas y por qué espera Dios que sean conocidas?

El Reino de la Divina Voluntad será tanto más rico cuanto más numerosas sean las verdades reveladas y recibidas acerca de este Reino, porque cada verdad desempeña en él un oficio distinto —maestro, padre, madre— y lleva consigo una parte de vida que ninguna otra puede suplir; estas verdades son, por tanto, los heraldos necesarios de este Reino, y dar el Don sin ellas equivaldría a darlo a ciegos, incapaces de servirse de él.

Pregunta 8 — ¿Cómo reproducen los conocimientos, la gracia y las virtudes, en el alma, la obra misma de la Creación?

Jesús revela a Luisa que lo que obra en el alma que vive en su Voluntad supera lo que hizo en la Creación misma: cada conocimiento que manifiesta de sus perfecciones despliega en ella un nuevo cielo; a medida que el alma se eleva en estas verdades, forma en ella nuevos soles; cada gracia derramada, cada unión renovada, se convierte en un nuevo mar; y hasta en el ejercicio de las virtudes por medio del cuerpo, se complace en hacer florecer en ella un jardín siempre nuevo.

Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre la santidad de las virtudes y la santidad de la vida en la Divina Voluntad?

La santidad de las virtudes se adquiere mediante actos repetidos de paciencia, obediencia y caridad, en el orden humano, por heroicos que sean; la santidad de la vida en la Divina Voluntad, en cambio, hace obrar al alma «a la manera divina», escondida bajo la apariencia de la sencillez, pero alcanzando en realidad, en el orden de la Voluntad que posee, todo el bien que pueden producir conjuntamente todos los demás santos.

Pregunta 10 — ¿La santidad de las virtudes debe ser superada o llevada a cumplimiento?

Jesús revela que la santidad de las virtudes nunca es rechazada por la del Fiat, sino concentrada, consumada y llevada a su término para servirle de escabel: esto es lo que hizo

primero en la propia Luisa, antes de darle a conocer la santidad del vivir en su Querer. Sin embargo, esta santidad ordinaria lleva consigo un riesgo que no puede, por sí misma, apartar enteramente: rara vez exenta de motivos mezclados —estima propia, deseo de agradar, búsqueda de una gloria propia—, expone al alma a obrar más por el gusto que encuentra en ello que por el bien que contiene la virtud. La Divina Voluntad, abatiendo primero la voluntad propia, purifica lo que la sola práctica de las virtudes no podía purificar por sí misma.

Pregunta 11 — ¿Cómo recibió la Iglesia a Luisa y sus escritos?

La historia de la recepción eclesial de los escritos de Luisa Piccarreta está hecha de alternancias que un trabajo serio debe exponer sin ocultarlas: aprobación inicial e *Imprimatur* durante su vida, inclusión en el Índice de tres obras publicadas en 1938, abolición del Índice en 1966, apertura de la causa de beatificación por Trani en 1994, estructuración canónica de la asociación oficial en 2010, comunicación de Mons. Pichierri en 2012 —favorable a una lectura seria de los escritos, aunque manteniendo entonces la prohibición de publicarlos—, señalamiento de ambigüedades por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe en 2019, que ocasionó una suspensión temporal del proceso, y, finalmente, en junio de 2024, conclusión de que «en los escritos y en el pensamiento de la Sierva de Dios no se observan afirmaciones manifiestamente divergentes de la doctrina de la Iglesia» y *nihil obstat* para la reanudación del itinerario canónico. El Postulador hizo pública esta decisión el 10 de agosto de 2024 y precisó que la continuación de la causa debía ir necesariamente acompañada de una edición típica y crítica oficial de los escritos.

Pregunta 12 — ¿Por qué el Don no es una espiritualidad privada entre otras y cómo evitar toda lectura orgullosa, sectaria o separada de la Iglesia?

La vida en la Divina Voluntad no es una espiritualidad opcional reservada a un círculo de iniciados separado del resto de la Iglesia: es, según el propio *Libro de Cielo*, el cumplimiento mismo del designio de toda la Creación y de la petición central del Padrenuestro. Toda lectura que hiciera de ella una élite espiritual, un grupo replegado sobre sí mismo o una fuente de autoridad concurrente con la de los obispos traiciona, por tanto, por el solo hecho de este encerramiento, el espíritu mismo del texto que pretende seguir.

Pregunta 13 — ¿Cómo acoger las revelaciones sobre el Don con humildad, obediencia y fidelidad católica?

El Don de la vida en la Divina Voluntad se recibe como toda revelación privada auténtica: con confianza y gratitud, pero sin concederle jamás la autoridad propia de la Revelación pública, culminada de una vez para siempre en Cristo y transmitida por la Iglesia; se trata de una ayuda para vivir mejor esta misma fe en un tiempo determinado, nunca de un complemento que, sin él, la haría incompleta.

Pregunta 14 — ¿Qué función confía el Señor a los sacerdotes en la proclamación misionera del Reino de la Divina Voluntad?

Jesús llama a los sacerdotes, en repetidas ocasiones y a lo largo de varios años de revelaciones, a convertirse en heraldos del conocimiento de su Fiat Divino, como los profetas lo fueron para su primera venida y los Apóstoles para su Redención. Es al sacerdocio mismo de su Iglesia al que confía esta misión, y Él mismo da su medida.

Pregunta 15 — ¿Está reservado el Don de la Divina Voluntad a las almas que reciben fenómenos místicos extraordinarios?

No. El camino extraordinario por el que Luisa recibió y transmitió los conocimientos sobre la Divina Voluntad —visiones, dictados, fenómenos corporales— pertenece a su misión

propia e irremplazable, no a la naturaleza misma del Don. Dios, dice el texto, busca almas que *quieran* vivir en su Voluntad; es esta voluntad de hacerlo, no la experiencia mística extraordinaria, la que abre el acceso al Don tal como lo describe la Sexta parte.

Pregunta 16 — ¿Cómo comprender que Jesús asocie la misión de Luisa a las de María, sin quitar nunca nada a las prerrogativas propias e incomparables de la Reina del Cielo?

Jesús revela a Luisa que su misión de dar a conocer la Divina Voluntad, unida a la de María como Madre del Redentor, refleja en la tierra la vida misma de las tres Personas divinas, sin sustituirla jamás ni igualarse a ella: la maternidad de María refleja la Paternidad, la Humanidad de Jesús manifiesta al Verbo, y la misión de Luisa refleja la obra propia del Espíritu Santo, que manifiesta los secretos escondidos de Dios. Él mismo precisa que esta misión, como la de María, no se repite jamás; y Luisa, en el mismo movimiento, no cesa de reconocerse ante Dios como «una pequeña niña», nunca como una privilegiada dispensada de la pequeñez común debida a toda criatura.

Pregunta 17 — ¿Por qué une Jesús, en una visión, la mano de Luisa a la de María ante el Trono de la Trinidad?

Porque Luisa recibe, en el orden de este tercer Fiat por el cual Dios quiere llevar a cumplimiento su designio sobre la humanidad (Introducción, P.2), un papel estructuralmente comparable al que María recibió para la Redención: es su origen y depositaria en la historia. Jesús lo dice sin rodeos, mediante la imagen del inventor: otros después de ella propagarán, difundirán, harán fructificar este bien, pero siempre se dirá que el origen del reino de su Fiat, la depositaria, fue la Pequeña Hija de su Voluntad. Esta función de origen común a María y a Luisa —nunca su rango ni su dignidad personal— es la que la visión de las «dos alas» representa, colocándolas a una a la derecha y a la otra a la izquierda de Cristo.

Pregunta 18 — ¿En qué sentido Luisa, hija primogénita de la Divina Voluntad, encierra en sí los bienes de los demás hijos del Reino?

Jesús revela a Luisa que su rango de primogénita en el orden de este tercer Fiat no se limita a hacer de ella la primera amada y la primera colmada: como hija primogénita de la Divina Voluntad, encierra en sí todos los bienes que los demás hijos del Reino poseerán cada uno por su parte —por derecho y por justicia, puesto que el Padre le ha confiado todo y le ha dado todo en esta condición de primogénita. De estos bienes ella es así el origen: parten de ella y a ella regresan. Un texto anterior precisa el mecanismo concreto de esta función: Luisa es el segundo eslabón que une a la Humanidad de Cristo —primer eslabón de esta vida en el Fiat— todos los eslabones futuros de las almas que vendrán, después de ella, a vivir a su vez en él.

Pregunta 19 — ¿Cómo entró Luisa, por etapas, en la posesión de la Divina Voluntad?

Luisa no recibe el Don en un único instante: el testimonio recibido por la Iglesia refiere una serie de etapas decisivas —un matrimonio místico en la tierra a los 23 años, su renovación en el Cielo a los 25 años en presencia de toda la Santísima Trinidad, con el don de percibir sensiblemente su inhabitación, el matrimonio místico de la Cruz y, finalmente, un intercambio de corazones mediante el cual Jesús le retira el corazón y le da su propio amor en su lugar.

Pregunta 20 — ¿Qué es la ciencia infusa, prometida a quien vive en la Divina Voluntad y perdida por Adán en la Caída?

Adán, antes de la Caída, poseía con la Divina Voluntad un don que Jesús llama ciencia

infusa —una luz interior, «como un ojo divino», que le hacía conocer sin esfuerzo nuestras verdades divinas y hasta la virtud profunda de la más pequeña criatura. Al rechazar esta Voluntad para seguir la suya, perdió este don junto con la vida misma que lo llevaba, y quedó, dice Jesús, «a obscuras». Este mismo don, inseparable de la Divina Voluntad como la luz lo es del calor, se promete a quien vive plenamente en el Fiat: no un saber aprendido mediante el estudio, sino una mirada que ve y comprende, sin esfuerzo, las verdades más difíciles.

Sexta parte — Recibir y vivir el Don de la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Qué es el Don de la Divina Voluntad?

El Don de la Divina Voluntad es un intercambio continuo y recíproco entre Dios y el alma: en cada acto que realiza, Jesús le ofrece primero el don de su propia Voluntad y espera, a cambio, el don de la suya; de este intercambio nace, acto tras acto, un acto nuevo de vida divina en el alma, en un vínculo de inseparabilidad que Jesús no duda en comparar con un matrimonio siempre renovado.

Pregunta 2 — ¿Es el Don una gracia creada o la Vida increada de Dios?

La Divina Voluntad es increada, y lo que la criatura recibe de ella, Jesús mismo lo nombra con exactitud: su potencia le suministra «continuamente la participación de la Vida Divina». Participación, y no esencia: el alma recibe sin cesar, por gracia, la vida misma de Dios, que sólo en Dios permanece increada; y la recibe permaneciendo ella misma, libre, una persona ante su Creador.

Pregunta 3 — ¿Cómo se recibe y se renueva el Don acto tras acto?

Vivir en el Querer Divino significa un intercambio continuo de voluntad humana y Divina, acto tras acto, y no un don recibido de una vez para siempre: allí donde este intercambio falta, aunque sólo sea en un acto, se forma un vacío que las debilidades ordinarias vienen inmediatamente a llenar.

Pregunta 4 — ¿Qué disposiciones son necesarias?

Dos disposiciones abren el alma a este Don: el verdadero reconocimiento de su propia nada —no la constatación de un fracaso, sino la verdad misma de su condición de criatura sacada de la nada, que deja al Todo llenarla de Sí mismo sin barrera—, y el deseo, que la mantiene tendida hacia un bien que sabe no poder producir por sí misma; ambas alimentadas por el conocimiento cada vez más amplio de las verdades sobre la Divina Voluntad ya presentadas en la Quinta parte.

Pregunta 5 — ¿Por qué entrar en la Divina Voluntad no requiere ni camino, ni puerta, ni llave?

Jesús revela que, para entrar en su Voluntad, no existe ningún camino, ninguna puerta ni ninguna llave, porque esta Voluntad se encuentra ya por todas partes, como un agua que corre sin cesar bajo los pasos del alma: el único obstáculo es la «piedrecilla» de la voluntad propia, que bloquea este flujo como una piedra bloquea el agua en la orilla. Basta que el alma la quite para encontrarse, en ese mismo instante, enteramente en este Querer —a diferencia de las demás virtudes, que exigen esfuerzo, combate y un largo camino que siempre hay que volver a recorrer; el primer paso dado en el Fiat, por el contrario, llama por sí mismo a un segundo, sin perderse jamás.

Pregunta 6 — ¿Por qué es necesario deponer la voluntad humana, y qué significa vivir sin darle vida?

En cuanto el alma se decide a vivir en la Divina Voluntad sin dar ya vida a la suya, Jesús la ata con «cadenas de luz» que invisten cada uno de sus actos, a fin de hacer segura y estable esta decisión —no para suprimir su voluntad humana, sino para que esta deje de obrar primero y ceda siempre el paso a la Divina Voluntad.

Pregunta 7 — ¿El Don suprime la voluntad humana?

Jesús responde Él mismo: «Yo no le quitaré jamás el libre albedrío a la voluntad humana, gran don dado a las criaturas al crearlas». La Divina Voluntad no destruye la voluntad humana, sino que la «eclipsa» —como el sol del día vuelve invisibles las estrellas sin aniquilarlas: permanecen en su sitio y reaparecen en cuanto declina la luz.

Pregunta 8 — ¿Qué es el acto preveniente? ¿Qué es el acto actual?

El acto preveniente es aquel por el cual el alma, desde la mañana, fija su voluntad en la de Dios y decide no vivir ni obrar sino en su Querer: hace «correr» de antemano todos los actos del día en la Divina Voluntad. El acto actual es la atención efectivamente renovada en cada acto particular. Ambos son necesarios y se complementan: el preveniente dispone y traza el plan, el actual lo conserva y lo ensancha —el primero puede ser oscurecido por el descuido, el segundo disipa siempre esas sombras cuando se produce.

Pregunta 9 — ¿Qué es la Voluntad «querida», «mandada», «obrante» y «cumplida» de Dios?

Jesús revela a Luisa que su Divina Voluntad actúa según cuatro grados progresivos, no yuxtapuestos: querida, cuando da a conocer su deseo sin forzarlo jamás; mandada, cuando añade el precepto obligatorio para todo cristiano; obrante, cuando —habiéndose habituado el alma a los dos primeros grados— desciende ella misma al acto de la criatura para obrarlo como suyo propio, poniendo en él su vida y su santidad; cumplida, finalmente, el acto más santo que la Divina Voluntad puede producir, en el que se encuentran encerrados, dice Jesús, «el cielo, el sol, las estrellas, el mar, las bienaventuranzas celestiales, todo y todos». El grado obrante es el propio de la vida en el Fiat: es el que el alma llama mediante el acto actual.

Pregunta 10 — ¿Cómo habita concretamente la Voluntad obrante las facultades del alma?

Cuando el alma ha dejado descender la Voluntad obrante en sus actos, Jesús revela que esta viene a poseer distintamente cada una de sus facultades —la mente animada por su ciencia, la voz que habla, las manos que obran, los pies que caminan con paso divino, el corazón que ama— sin imponerse jamás por la fuerza: siempre quiere ser llamada, nunca entrar como intrusa. Esta misma Voluntad que obra así en la criatura no es otra que la que obra desde toda la eternidad entre las propias Personas divinas.

Pregunta 11 — ¿Qué sucedió con la vida obrante de la Divina Voluntad desde la Caída, y cómo es devuelta a la humanidad?

Cuando Adán se retiró del Fiat, Dios retiró de las criaturas, no su autoridad ni sus mandamientos —dejados por pura bondad al alcance de todos—, sino la misma vida obrante de su Voluntad. Pues sin la Divina Voluntad, precisa Jesús, no puede haber ni salvación ni santidad verdaderas. Desde entonces, en un amor paciente que suspiraba por el retorno de esta vida obrante, Dios da hoy «sus primeros pasos en medio de las criaturas» a través de cada verdad manifestada a Luisa sobre su Querer Divino: cada conocimiento

dado es en sí mismo un paso mediante el cual esta vida vuelve, poco a poco, a reinar sobre la familia humana.

Pregunta 12 — ¿En qué sentido la Divina Voluntad es, incluso en el cuerpo, el latido del corazón y el aliento del alma que vive en ella?

Jesús lleva hasta su raíz corporal lo que las dos preguntas anteriores han mostrado acerca de las facultades del alma: se llama a sí mismo «latido sin corazón» y «respiro sin cuerpo» —unión tan estrecha que ninguno de los dos términos subsiste sin el otro, pues el corazón nada vale sin el latido que le da vida, y el latido no puede palpitar sin un corazón en el que alojarse. Este mismo latido, reencontrado en el fundamento mismo del aliento que dio vida a Adán (I.2) y animó las tres potencias, imagen de la Trinidad (I.4), se perdió en la Caída —no porque la criatura dejara de existir, sino porque dejó de sentir su presencia—, y Dios lo restaura hoy soplando de nuevo, con más fuerza, hasta sanar lo que encuentra herido.

Pregunta 13 — ¿Qué significa «fundirse» en la Divina Voluntad y por qué esta palabra no implica ninguna confusión de las dos voluntades?

Jesús llama él mismo «el acto más solemne, más grande, más importante» de toda la vida del alma a un gesto que denomina «fundirse» en su Voluntad —gesto que el texto no reserva a ningún momento preciso del día, sino que el alma puede renovar en todo instante, como la prolongación más interior del acto actual. Esta palabra no designa jamás la desaparición de la voluntad humana en la Divina Voluntad como si fueran una sola y misma voluntad: nombra el don total, libremente renovado, por el que la criatura deja de actuar primero para permitir que la Voluntad de Dios obre enteramente en ella.

Pregunta 14 — ¿Cómo dan fruto en el alma los actos de Jesús que permanecieron suspendidos en su Voluntad?

Todo lo que Jesús hizo, dijo, oró y sufrió durante su vida terrena permanece, según sus propias palabras, «en suspenso» en su Voluntad, como un fruto del que las criaturas todavía no han recogido el fruto completo; el alma que vive en este Querer deja de mantener estos bienes en suspenso, entrando ella misma en cada uno de estos actos para hacerlos vivir de nuevo, realmente, en ella.

Pregunta 15 — ¿Qué son los bienes que la Divina Voluntad ha destinado a cada criatura en particular?

Más allá del tesoro personal de sus propios actos, que Jesús ofrece a quien entra en ellos (VI.14), el *Libro de Cielo* revela que la Voluntad Suprema también ha destinado a cada criatura, desde el origen de la Creación, sus propios actos: un recorrido que le es propio, capaz de hacerla feliz y santa. Estos actos permanecen también «suspendidos», no por una carencia por parte de Dios, sino porque las generaciones, al rechazar su Voluntad, no se dispusieron a recibirlos ni a cumplirlos; esperan un alma que se ofrezca a recogerlos en nombre de todas, para que la Divina Voluntad encuentre por fin, en una sola criatura, el homenaje que la multitud le rehúsa.

Pregunta 16 — ¿Por qué llama Jesús al alma a continuar, en su Voluntad, la obra de reparación ya cumplida?

La reparación que Jesús realizó en su Humanidad es ya, en sí misma, perfecta y acabada: objetivamente nada le falta. Pero Jesús no quiere permanecer solo en este acto; por un amor que nunca se contenta con la sola suficiencia de su obra, desea una compañía, y llama al alma que vive en su Voluntad a venir, en modo divino, a sustituir los actos no hechos o mal hechos por los demás —rehaciéndose Él mismo en ella, para formar, dice, «otro Jesús en la criatura».

Pregunta 17 — ¿Cómo se convierten los actos ordinarios en actos en la Divina Voluntad?

Como la levadura hace fermentar toda la harina sin cambiar su naturaleza aparente, la Divina Voluntad, presente como germen en un acto por lo demás completamente ordinario, arroja en él una fermentación divina que transforma ese acto humano en acto divino —sin que deje exteriormente de ser lo que era.

Pregunta 18 — ¿Cómo perseverar en esta vida?

Un solo acto, por hermoso que sea, nunca forma la santidad: es la continuidad de los actos la que une más a Dios con la criatura y forma la fuerza del alma, porque el verdadero amor, dice Jesús, «jamás dice basta». Las inevitables salidas de la voluntad propia, por su parte, nunca deben convertirse en motivo de escrúpulo: el retorno, siempre posible, es siempre acogido sin demora ni reproche —y, al alma firmemente decidida a vivir en el Fiat, Jesús mismo se compromete a suplir lo que le falta por simple debilidad.

Séptima parte — Propiedades, frutos y fecundidad de la vida en el Fiat

Pregunta 1 — ¿Existen grados en la vida de la Divina Voluntad?

Jesús distingue cuatro grados de vida en su Voluntad, a imagen de cuatro personas expuestas de manera diversa a la luz y al calor del sol: la que permanece fuera del Reino y no recibe más que una luz difusa a pesar de sus propias debilidades; la que ha entrado en los primeros pasos de sus confines y siente ya morir sus pasiones; la que ha avanzado en él hasta el punto de olvidar casi todo de sí misma; aquella, finalmente, que lo ha adquirido y se encuentra totalmente consumida en ese mismo sol. Estos grados nunca son impuestos desde el exterior: miden solamente hasta dónde consiente cada uno en exponerse a una luz que, por su parte, se ofrece sin restricción alguna.

Pregunta 2 — ¿Cómo se convierte Dios, a su vez, en el Templo del alma que vive en su Voluntad?

Jesús conduce este misterio en dos movimientos. Primero, la imagen clásica: el alma en estado de gracia es el Templo de Dios, que viene a habitar en ella y a desplegar cada vez más los efectos de su Vida, a la manera de un niño que crece en el seno de su madre. Después Jesús revela una superación: cuando el alma vive plenamente en su Voluntad, es ella, a su vez, la que encuentra refugio en Dios como en su propio Templo —ya no solamente anfitriona, sino acogida. Los dos movimientos, lejos de contradecirse, cierran un mismo círculo: Dios en el alma, el alma en Dios.

Pregunta 3 — ¿Cómo se convierte el alma que vive en la Divina Voluntad en el Cielo y el descanso de Dios?

El descanso que Dios buscaba en el séptimo día era la alegría contemplativa de una obra buena y acabada, en un mundo que todavía no le oponía ninguna resistencia —y el Génesis marca este día con un rasgo propio: a diferencia de los otros seis, no lo cierra con tarde ni mañana alguna. Adán se lo ofreció primero; la Caída se lo arrebató inmediatamente. Lo que Jesús revela después a Luisa es la forma que adopta este mismo descanso en un mundo ya herido por el pecado: el alma que vive plenamente en su Voluntad le presta su inteligencia, su palabra, sus obras y su amor, como una pantalla interpuesta entre Él y la resistencia del mundo. Este descanso protector anticipa el descanso pleno y ya sin necesidad de defensa prometido para el día en que el Reinado del Fiat reine sobre toda la tierra.

Pregunta 4 — ¿Cómo se distingue vivir en la Divina Voluntad de la filiación adoptiva común a todo bautizado, sin disminuir jamás su realidad ni su dignidad?

Todo bautizado se convierte realmente en hijo de Dios por adopción, partícipe de la naturaleza divina (2 Pe 1,4): filiación entera y plenamente real. El *Libro de Cielo* precisa, sin embargo, que solo Jesús y María poseyeron desde su origen una cooperación perfecta e ininterrumpida con la Divina Voluntad, que les daba parte en prerrogativas que la adopción bautismal, aunque plenamente real, no confiere automáticamente: vivir en la Divina Voluntad es el camino por el cual el bautizado es invitado a hacer fructificar plenamente esta misma adopción, no una filiación de orden superior que la reemplazaría.

Pregunta 5 — ¿Por qué la vida en la Divina Voluntad no vuelve superfluas las virtudes, sino que las diviniza desde dentro?

Vivir en la Divina Voluntad no dispensa de ninguna virtud, de ningún mandamiento ni de ningún deber de estado: lejos de volverlos superfluos, este Don se convierte en el principio interior que los corona y los unifica, haciendo pasar el ejercicio, incluso heroico, de la virtud humana a un modo de obrar propiamente divino.

Pregunta 6 — ¿Qué significa que el alma que vive en la Divina Voluntad se convierte en una «hostia viviente» donde se repite la «Vida real» de Jesús?

Jesús revela a Luisa que el alma que vive plenamente en su Querer no recibe solamente su gracia a la manera común de los santos: se convierte en el lugar de una «Vida real» —distinta de la vida mística— donde Jesús continúa viviendo como vive en la hostia consagrada, hasta el punto de llamar a esta alma una «hostia viviente» y de afirmar que este prodigio supera el milagro mismo de la Eucaristía.

Pregunta 7 — ¿Cómo se hace presente el alma que vive en la Divina Voluntad en toda cosa creada y en todo tiempo?

Lo que el *Libro de Cielo* revela acerca de Adán antes de su caída —un alma hecha presente, por la potencia del Fiat, en todas las cosas creadas— vuelve a abrirse para quienquiera que viva hoy plenamente en este acto único y eterno: el alma «hace salir de Ella su virtud bilocadora», que aletea sobre toda la Creación y extiende en ella su Vida Divina, alcanzando los pensamientos, las miradas, las palabras, los pasos y hasta los latidos de cada criatura. Esta presencia no es solamente espacial: puesto que el acto en el que el alma se encuentra fundida es eterno, sin sucesión ni división, abraza también todo el tiempo sin distinción de primero ni de último —las criaturas presentes, pasadas y futuras.

Pregunta 8 — Una vez que ha entrado en la vida de la Divina Voluntad, ¿puede el alma salir de ella?

De derecho, sí: la libertad del alma nunca es suprimida, y el propio Adán, después de haber poseído plenamente la Divina Voluntad, se retiró de ella. Pero Dios no da este Don de una sola vez: prepara al alma mediante el conocimiento, después se lo presta, acto tras acto, antes de dárselo finalmente como suyo para siempre —y, una vez franqueada esta última etapa, los vínculos que forman tantos actos ya realizados en el Fiat hacen que la salida, sin anularla jamás de derecho, sea casi imposible de hecho.

Pregunta 9 — ¿Cómo explicar que los milagros y la santidad de los santos encuentren su fuente en las almas que viven en la Divina Voluntad?

Si el acto de la Divina Voluntad es único y no se divide según el tiempo, tampoco se divide según el número de almas que lo tocan: María, Jesús y toda alma que vive plenamente en el Fiat reciben cada uno, sin división, ese mismo acto entero. Jesús revela así que los milagros

visibles y la santidad misma de los santos no son, en último análisis, más que canales: la potencia que los atraviesa encuentra su fuente en el acto único de la Divina Voluntad tal como se da, sin reserva, a quien vive en él.

Pregunta 10 — ¿Cómo recibe, a su vez, toda alma que vive en la Divina Voluntad una fecundidad espiritual que engendra el bien en los demás?

La Divina Voluntad, por naturaleza, no cesa jamás de engendrar —como el sol engendra la luz, como la flor engendra la flor. Quien se deja dominar por ella recibe en sí esta misma virtud generativa y puede, a su vez, engendrar en los demás el bien que posee. María es el caso supremo y sin igual, pues engendró al Verbo no solo en sí misma sino, dice Jesús, «en todas las criaturas»; pero lo que ella realiza en la cumbre, toda alma que vive en el Fiat lo recibe en su grado propio.

Octava parte — Los actos en la Divina Voluntad: rondas, reparación y vida cotidiana

Pregunta 1 — ¿Qué es un acto hecho en la Divina Voluntad?

Un acto hecho en la Divina Voluntad es un acto cuya intención —no el gesto exterior— está formada por el Querer de Dios, llamado a ser la vida de dicho acto: así como el alma da vida al cuerpo sin confundirse con él, así la Divina Voluntad, llamada en la intención, se convierte en la vida escondida de un acto que, visto desde fuera, permanece perfectamente ordinario.

Pregunta 2 — ¿Por qué los actos en la Divina Voluntad tienen un valor divino?

Un solo acto hecho en la Divina Voluntad es más grande que el Cielo y la tierra, porque su Potencia y su Amor, sin límites, se despliegan en él sin reserva; y este valor no deja de crecer a medida que el alma conoce mejor lo que posee —como una joya cuyo valor real nunca cambia, pero cuyo precio revelado aumenta con el conocimiento de quien la examina.

Pregunta 3 — ¿Qué diferencia hay entre un acto humano bueno y un acto en el Querer Divino?

Un acto humano bueno sigue siendo, incluso cuando es virtuoso, obra de la sola voluntad de la criatura; un acto en el Querer Divino es un acto en el que la intención se vacía de sí misma para dar lugar a la acción de Dios, de modo que, visto desde fuera, sigue siendo una acción ordinaria y natural, pero recubre, bajo ese velo común, la virtud obrante de una acción divina.

Pregunta 4 — ¿En qué consiste el triple acto que Dios forma con el alma en cada acto hecho en la Divina Voluntad?

Jesús revela que en todo acto de la criatura que vive en el Fiat se distinguen tres actos en uno solo: la fuerza creadora de Dios, que da el primero, antes incluso de que el alma actúe; el amor operante del alma, alimentado por esa misma fuerza, que lo continúa; y el amor de complacencia y de reconocimiento, que solo lo lleva a término, devolviendo a Dios, con un amor mayor, lo que en Él había tenido su comienzo. Sin este tercer acto, dice Jesús, ningún acto podría llamarse completo ni recibir su justo valor.

Pregunta 5 — ¿Cómo forman los actos hechos en la Divina Voluntad «Vidas Divinas» multiplicadas?

Cada acto que la Divina Voluntad, unida al alma, realiza en ella forma realmente una Vida Divina —no por una potencia propia de la criatura, que nunca podría multiplicar a Dios

mismo, sino porque la Divina Voluntad, siendo Divina, no puede producir otro efecto allí donde reina sin obstáculo. El *Libro de Cielo* llama «bilocación» a este misterio: la misma y única Voluntad que reina plenamente en Dios reina también, sin división alguna, con toda plenitud en el alma —como un rey que, sin perder nada de su realeza, elige habitar una pobre cabaña en vez de su palacio.

Pregunta 6 — ¿Por qué la Divina Voluntad es un acto incesante y por qué la Vida Divina que forma en el alma no cesa jamás?

Cada acto hecho en la Divina Voluntad forma realmente en ella una Vida Divina. Ahora bien, la Divina Voluntad, dice Jesús a Luisa, tiene dos características: una firmeza inquebrantable y un acto incesante —porque la vida misma, precisa en otro lugar, reside enteramente en ese movimiento continuo que nunca se detiene. Un acto realizado en esta Voluntad nunca forma, por tanto, una obra ordinaria, que se cumple y después se deja de lado: puesto que la Vida que forma es divina, y no simplemente humana, hereda de su única fuente esa misma firmeza y esa misma continuidad incesante. Sigue repitiéndose, sin cesar jamás, como un sol que nunca deja de resplandecer.

Pregunta 7 — ¿Qué es el acto único de la Divina Voluntad y cómo escapa a la sucesión del tiempo?

La Divina Voluntad no es una suma de actos yuxtapuestos en el tiempo, sino un acto único, incesante, jamás fraccionado, que contiene juntamente Creación, Redención y Santificación —el acto primero del que procede todo movimiento en la Creación. Quien vive plenamente en ella, en cualquier momento de la historia en que venga, no alcanza un acto entre otros: se encuentra fundido en ese mismo acto único, sin que haya ante Dios ni primero ni último en llegar.

Pregunta 8 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento, en la Divina Voluntad, en un acto unido al de Jesús?

Nunca es Jesús mismo quien hace sufrir al alma unida a su Voluntad: es la luz purísima de su Querer la que, habiendo hecho llevar a su misma Humanidad las ofensas de todas las criaturas a cada respiro y a cada latido —haciéndolo así «continuamente crucificado» mucho más allá de su Pasión visible—, lleva hoy esas mismas penas al corazón de quien no forma ya más que un solo querer con el suyo. El sufrimiento se convierte así, como cualquier otro acto, en un lugar donde la intención se vacía para dejar sitio a la acción divina —ya no la voluntad del alma que sufre, sino la de Jesús que, en ella, continúa llevando lo que Él llevó primero.

Pregunta 9 — ¿Qué es orar en la Divina Voluntad y cuál es el alcance real de tal oración?

Orar en el Fiat nunca es solamente encontrarse envuelto por una Voluntad que, por su naturaleza, está ya en todas partes: es entrar voluntariamente en ella, con conocimiento de causa, deponiendo la propia voluntad para dejar resplandecer sin sombra la luz que esta velaba en otros lugares. Tal oración nunca es un acto aislado ni encerrado en el instante en que se realiza: como esta misma Voluntad no tiene ningún punto en el que no exista, se difunde sobre toda la Creación, alcanza a los bienaventurados del Cielo con una alegría nueva y desciende hasta las almas del purgatorio.

Pregunta 10 — ¿Qué es una ronda en la Divina Voluntad y cómo hacerla en la Creación?

Jesús llama a este modo de oración «un derecho divino» y «el primer deber de la criatura»: la ronda es el acto por el cual el alma, entrada en la Divina Voluntad, recorre las obras del

Fiat para alcanzar esta Voluntad en cada uno de sus actos, hacerle compañía y rendir a Dios, en nombre de todos, el amor, la adoración, la acción de gracias y la gloria que espera de sus criaturas. En la ronda de la Creación, el alma puede volver a recorrer los días del Génesis y los dones hechos a Adán, pero también partir de cualquier cosa creada —el cielo, el sol, el mar, una flor o un pájaro— para reconocer el acto distinto que la Divina Voluntad cumple continuamente en ella, unirse a ese acto, depositar en él su «te amo» y pedir que el Reino del Fiat venga a la tierra como en el Cielo.

Pregunta 11 — ¿Cómo hacer la ronda en la Redención?

Hacer la ronda en la Redención es volver a recorrer los misterios de la vida, de la Pasión y de la muerte de Jesús ya expuestos en la Tercera parte, no como una simple espectadora distante, sino entrando realmente en ellos, como desarrollará más plenamente la Décima parte.

Pregunta 12 — ¿Cómo hacer la ronda en la Santificación?

Hacer la ronda en la Santificación es volver a recorrer los dones hechos a María y el Don manifestado por Luisa, para apropiárselos a su vez —no como un tercer ejercicio separado, sino como la culminación del mismo movimiento único ya iniciado en las dos rondas anteriores.

Pregunta 13 — ¿Qué significa que el alma pueda «dar Dios a Dios»?

Interrogado directamente sobre qué es la Divina Voluntad, Jesús responde primero con esta fórmula densa: «Voluntad Divina significa dar Dios a Dios». En un primer sentido, ya radical, lo muestran las tres rondas: recorriendo las obras de su Creador, el alma toma toda la Creación, como en su propio puño, y se la devuelve íntegra para su gloria —y puesto que esta Creación no es sino un desahogo de amor del Fiat creador, devolvérsela equivale, literalmente, a dar Dios a Dios. Pero Jesús va más lejos: explica que el amor mismo del alma, una vez purificado en el Fiat, es un «parto divino» que se eleva hasta Dios y encuentra allí a Dios mismo; y acoge sin corregirlas las palabras de Luisa cuando pide unirse al amor recíproco y a la gloria mutua de las tres Personas divinas. Nunca es por naturaleza —la criatura no entra en las procesiones eternas—, sino por la filiación que el Fiat le da en el Hijo, asociándola realmente a lo que el Hijo recibe y devuelve al Padre.

Pregunta 14 — ¿Cómo se convierte el alma en narradora de las obras de Dios y le devuelve toda la gloria que contienen?

Quien vive en la Divina Voluntad y sigue sus actos se convierte en el narrador de todas las obras de Dios: al volver a recorrer, por ejemplo, la historia del sol que Dios creó, el alma se hace narradora de su luz, y Dios, al oír que ella le cuenta su propia obra, siente que se le devuelve toda la gloria de esa luz —convirtiéndose así la criatura, para cada cosa creada, en el eco que devuelve a su Creador la gloria que esa cosa no tiene voz para devolverle por sí misma.

Pregunta 15 — ¿Cómo reparar por todos y ofrecer el tesoro de los actos de Jesús en beneficio de cada uno en la Divina Voluntad?

Reparar por todos en la Divina Voluntad es extraer del tesoro infinito de los actos de Jesús para devolver a Dios, en nombre de toda criatura que falta a este deber, el honor, el amor y la gratitud que le son debidos. Este mismo tesoro, ofrecido después en beneficio de un alma determinada, produce según su estado frutos distintos: aumento de gloria accidental para el bienaventurado ya fijado en su gloria esencial, socorro y alivio para el alma del purgatorio, gracia de luz y llamada a la conversión para el pecador.

Pregunta 16 — ¿Cómo unen vitalmente los actos hechos en la Divina Voluntad al alma con todo el cuerpo místico de la Iglesia?

La inseparabilidad ya reconocida entre el alma y Dios tiene una vertiente horizontal: Jesús revela que las almas que viven en su Querer se convierten, para su cuerpo místico que es la Iglesia, en lo que la piel es para el cuerpo —el lugar mismo donde circula la vida que hace crecer a los miembros débiles y sana a los miembros heridos. Vivir en la Divina Voluntad nunca es, por tanto, un bien privado: es llevar, literalmente, el crecimiento de todos los demás miembros —y esta circulación nunca se produce en un solo sentido: el propio Cielo, en sus bienaventurados, toma parte en lo que así se vive en la tierra.

Pregunta 17 — ¿Cómo vivir el trabajo, la palabra, el sufrimiento, la alegría y los gestos ordinarios en el Fiat?

Nada, en una vida humana, es por naturaleza demasiado pequeño o demasiado material para llevar la impronta del Fiat: así como Dios dice «Fiat» para crear, el hombre está llamado a no dejar en cada una de sus acciones —trabajo, palabra, sufrimiento o alegría— sino el eco de ese mismo Fiat, su impronta, sus obras, para que nada de su vida ordinaria escape a esta única ley.

Novena parte — Los sacramentos, la Iglesia y la obediencia en la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Qué relación existe entre el bautismo y la Divina Voluntad?

El bautismo borra la culpa original y da la vida nueva de los hijos de Dios, pero deja subsistir las pasiones y las debilidades, que después habrá que vencer a lo largo de toda una vida de combate espiritual. Vivir plenamente en la Divina Voluntad nunca repite este sacramento ni lo sustituye: es la plenitud hacia la que tiende la propia gracia bautismal desde el primer día, cuando el alma le permite producir, sin resistencia, todo el fruto que ya contenía.

Pregunta 2 — ¿Cómo vivir la Confirmación en la Divina Voluntad y responder al don del Espíritu Santo?

La Confirmación vuelve al alma invencible ante los enemigos y las pasiones y la alista en la milicia de su Creador para la conquista de la patria celestial. Vivir plenamente en la Divina Voluntad nunca sustituye esta fuerza recibida de una vez para siempre: consiste, por el contrario, en corresponderle sin resistencia, devolviendo finalmente al beso del Espíritu Santo el beso de amor que espera en correspondencia.

Pregunta 3 — ¿Cómo prepara la gracia santificante el alma para el Don?

Del mismo modo que una vida necesita alimento para crecer, la vida divina que Dios forma poco a poco en el alma necesita ser alimentada continuamente: la gracia santificante, recibida y fielmente cultivada mediante los sacramentos y las virtudes, es ese alimento sin el cual la vida del Fiat, ya depositada en germen, no podría ni crecer ni dar fruto.

Pregunta 4 — ¿Cómo consagra y multiplica Jesús su Vida Sacramental en los actos del alma, y qué relación guarda esta multiplicación con los sacramentos?

Los actos del alma que vive en la Divina Voluntad multiplican y prolongan la Vida Sacramental de Jesús, como cada hostia consagrada lo multiplica sacramentalmente. Pero, mientras que la consagración sacramental exige la hostia y al sacerdote que la consagra, esta multiplicación solo requiere el acto de la criatura —porque es Jesús mismo, sumo sacerdote eterno, quien consagra este acto en Persona. Allí donde las comuniones

y los sacerdotes llegan a faltar, Él declara encontrar en estos actos hasta «la misma multiplicación» de su Vida Sacramental que, sin ellos, quedaría sin existencia —vía que Él mismo abre y cuyo efecto garantiza.

Pregunta 5 — ¿Cómo se convierte el alma en una hostia viviente a imagen de la Eucaristía?

Así como la hostia sacramental está formada por los accidentes del pan consagrados por la palabra del sacerdote, el alma puede ofrecer su cuerpo y su voluntad humana como los «accidentes» de una hostia viviente: haciendo morir su propia voluntad para dejar entrar en ella la de Dios, se deja consagrar de nuevo en cada acto, convirtiéndose, a diferencia de la hostia sacramental que permanece silenciosa en el sagrario, en una hostia viviente que ama a Jesús en correspondencia y responde a su amor.

Pregunta 6 — ¿Cómo vivir la celebración de la misa en la Divina Voluntad?

En cada misa, Jesús renueva ante el Padre el mismo gesto que en la tarde del Cenáculo, encarnándose de nuevo en cada hostia para ser la vida de cada uno; vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que toda la propia vida —pensamientos, miradas, palabras, deseos— permanezca en esa misma intención, de modo que toda la vida de Jesús se encuentre, realmente, repetida en quien participa en ella.

Pregunta 7 — ¿Cómo vivir la confesión en esta luz?

La confesión sacramental es el lugar donde la voluntad propia, salida de la Divina Voluntad por el pecado, es realmente absuelta y reintegrada en la gracia; vivida a la luz del Fiat, se convierte también en la ocasión de renovar, sin escrúpulo ni demora, el gesto mismo de deponer la propia voluntad ya aprendido en la Sexta parte —no una simple restauración del orden moral, sino un retorno concreto al movimiento mismo del intercambio continuo con Dios. Sin embargo, Jesús mismo pone en guardia, en el *Libro de Cielo*, contra la confesión reducida a la costumbre y vaciada de todo verdadero dolor, que priva al alma del fruto mismo que este sacramento debería producir.

Pregunta 8 — ¿Cómo vivir la unción de los enfermos, el sufrimiento y el paso de la muerte en la Divina Voluntad?

La unción de los enfermos es, dice Jesús, «el último desahogo de nuestro amor»: confirma la santidad de los buenos, purifica el alma por los méritos del Redentor y la reviste para comparecer ante su Creador. Vivir este sacramento en la Divina Voluntad es dejar que este último rocío del Cielo lleve a término, sin resistencia, lo que toda una vida de actos hechos en el Fiat haya preparado.

Pregunta 9 — ¿Cómo refleja el matrimonio vivido en la Divina Voluntad a la Santísima Trinidad?

El matrimonio fue elevado por Dios al rango de sacramento para depositar en él un vínculo sagrado que simboliza a la Santísima Trinidad misma: el amor que debe reinar entre el padre, la madre y los hijos debía hacer visible, en la tierra, la concordia y la paz de la Familia Celestial. Vivir este sacramento en la Divina Voluntad es dejar que esta semejanza trinitaria vuelva a hacerse realmente visible en una familia concreta, en vez de traicionarla mediante la discordia.

Pregunta 10 — ¿Cómo sirve el sacerdocio ministerial al Fiat Divino en la Iglesia?

El Orden es, dice el propio Jesús, «el Sacramento que encierra todos los demás Sacramentos juntos»: eleva al hombre a una altura suprema, le da un carácter divino y hace de él el custodio de todos los demás sacramentos. Servir al Fiat Divino en la Iglesia, para el

sacerdote, consiste en conservar intacto ese carácter recibido, pues de su fidelidad depende, en un sentido muy real, la salvaguardia de toda la vida sacramental de la Iglesia.

Pregunta 11 — ¿Cómo vivir la obediencia a la Iglesia en la Divina Voluntad, siguiendo el ejemplo de Luisa?

La obediencia a la Iglesia —representada concretamente, para Luisa, por sus sucesivos confesores y por la autoridad del Santo Oficio— no es jamás una imposición exterior a la vida en la Divina Voluntad: es el vínculo mismo por el que esta vida permanece fiel y segura, como muestra el hecho de que Luisa no escribió nunca una sola línea de sus treinta y seis volúmenes sin una orden explícita de sus confesores y que se sometió sin vacilar, en 1938, a la decisión del Santo Oficio de incluir tres de sus obras en el Índice.

Pregunta 12 — ¿Cómo consagra Jesús directamente a las almas que viven en su Voluntad?

A las almas que viven en su Voluntad, Jesús se reserva para Sí mismo el privilegio de consagrarlas directamente cada vez que repiten sus actos en Él: «lo que hace el sacerdote sobre la hostia lo hago Yo con ellas». No una presencia solamente mística, sino una unión real, de un orden propio, que Jesús obra en Persona —mientras el sacerdote ejerce el poder que ningún otro puede ejercer: solo por sus manos el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Dos consagraciones, cada una fundando lo que la otra no puede fundar.

Pregunta 13 — ¿Cómo une la vida en la Divina Voluntad la oración del alma a la liturgia y a los sacramentos de la Iglesia?

La misa, enseña Jesús a Luisa desde los primerísimos tiempos de su camino, contiene por sí sola «todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión»: resume la Redención, anuncia la resurrección de los cuerpos y hace «casi tocar con la mano», por el ritmo mismo de la consagración, de la consunción de las especies y de la nueva consagración, el misterio pascual entero. Vivir la misa en la Divina Voluntad es dejar que esta contemplación cierre también el movimiento propio de esta parte: el vuelo del alma que desciende hasta el fondo de cada sacramento para ofrecer allí por fin la correspondencia de amor que este espera.

Pregunta 14 — ¿Cómo vivir en comunión y obediencia con la jerarquía de la Iglesia?

Jesús enseña a Luisa, en una regla de vida en cuatro puntos, que la obediencia a los superiores legítimos dados en la tierra y la obediencia a su Voluntad no son jamás dos virtudes jerarquizadas, sino «dos virtudes de obediencia» del mismo valor, una de las cuales no puede existir sin la otra: vivir en comunión con la jerarquía de la Iglesia no es, por tanto, jamás un servicio prestado desde fuera, sino el ejercicio concreto y visible de la misma obediencia que el alma debe a Dios.

Décima parte — La Pasión, la reparación y las 24 Horas

Pregunta 1 — ¿Por qué la Pasión es central en la Divina Voluntad?

Jesús quiso sufrir en su Humanidad precisamente para «rehacer» la naturaleza humana corrompida y sin esperanza: por tanto, nunca es un episodio que la vida en la Divina Voluntad dejaría atrás como superado, sino el acto mismo por el cual esta naturaleza llegó a ser capaz, un día, de recibir el Reino del que esta obra habla desde su origen.

Pregunta 2 — ¿Qué son las tres Pasiones de Jesús según el Libro de Cielo?

Jesús revela a Luisa que su Pasión en el Huerto de los Olivos encierra en realidad tres Pasiones distintas, correspondientes a los tres efectos del pecado: la Pasión del amor, para reparar la falta de amor que es la raíz de toda culpa; la Pasión del pecado, para restituir al Padre la gloria que cada culpa le sustrae; y la Pasión por manos de los judíos, para rehacer la fuerza que el pecado hizo perder al hombre.

Pregunta 3 — ¿Qué es la Pasión interior que la Divinidad hizo sufrir a la Humanidad de Jesús durante toda su vida?

El *Libro de Cielo* distingue, bajo un título que le es propio, dos Pasiones muy diferentes de Jesús: la que las criaturas le infligieron con sus manos, fijada y concluida en pocos días, y la mucho más dura que su propia Divinidad hizo sufrir a su Humanidad durante toda su vida. La primera no se multiplicaba —tantos clavos, tantas espinas, no más—; la segunda crecía con cada ofensa cometida por cada criatura, en todo tiempo, de modo que Jesús puede decir: «Delante a la Pasión que me dio la Divinidad, la Pasión que me dieron las criaturas el último de mis días no fue otra cosa que sombra». Incapaz ella misma de sufrir, la Divinidad dejaba a la Humanidad sola para afrontar esta pena, manteniéndose ella misma como juez y exigiéndole el precio de la culpa de cada alma.

Pregunta 4 — ¿Por qué comenzó la Pasión de Jesús desde su Concepción, y no solamente en Getsemaní?

El *Libro de Cielo* revela que la Pasión de Jesús no comenzó ni con su arresto ni en el Huerto de los Olivos, sino en el primer instante de su Concepción en el seno de María: «mi Pasión fue concebida junto Conmigo». Los nueve meses de gestación fueron ya, dice Jesús, una verdadera crucifixión, inmóvil y silenciosa; y este sufrimiento, lejos de detenerse con su nacimiento, prosiguió sin interrupción hasta su último aliento. Las horas de la Pasión que meditan nuestras *Veinticuatro Horas* son, por tanto, su último acto, visible y transmitido por el Evangelio —no el único momento en que Jesús sufrió para rehacer la humanidad.

Pregunta 5 — ¿Cómo repara Jesús por todos?

Jesús no repara por la humanidad como quien saldara una deuda exterior: quiere literalmente «rehacerse» a Sí mismo en cada criatura, formando en ella, mediante su propia Vida ofrecida como garantía, un pasaporte que da a quien se dispone a hacer su Voluntad un derecho de entrada reconocido en su Reino.

Pregunta 6 — ¿Cómo acompaña el alma a Jesús en sus sufrimientos?

Las 24 Horas de la Pasión enseñan un movimiento en cuatro tiempos que el alma puede retomar en cada instante del día: contemplar lo que Jesús sufre en esa hora precisa, compadecer realmente ese sufrimiento, reparar las ofensas que lo causaron y entrar en la misma intención de Jesús para hacerla suya —no mediante una sucesión de ejercicios separados, sino como las cuatro caras de un único movimiento del corazón.

Pregunta 7 — ¿Qué significa rehacer con Jesús los actos de reparación?

Jesús ya lo ha reparado todo por todos en el orden divino, pero no se da por satisfecho: desea ardientemente que el alma entre ella misma en su Voluntad para venir a «besar» sus actos y sustituir, en modo divino, tantos actos no realizados o realizados solamente de manera humana por los demás —no para añadir nada a una reparación ya perfecta, sino para que este mismo oficio, que Él ejerció primero, se continúe y se multiplique en una criatura asociada a su obra.

Pregunta 8 — ¿Cómo nos introducen las 24 Horas en los actos interiores de Jesús?

Escritas por Luisa a petición de Jesús mismo, entregadas después a su confesor y

difundidas desde 1915 gracias a san Aníbal María di Francia, las 24 Horas de la Pasión hacen recorrer, hora tras hora, no sólo los acontecimientos exteriores bien conocidos del Evangelio, sino los movimientos más íntimos del Corazón de Jesús en cada uno de esos instantes —introduciendo así al alma en esos mismos actos interiores que la Sexta parte mostró mantenidos «en suspenso» en su Voluntad.

Pregunta 9 — ¿Qué diferencia hay entre recitar las *24 Horas* y hacerlas en la Voluntad de Jesús?

Meditar la Pasión es recitar las 24 Horas como un ejercicio piadoso pero exterior; entrar en sus reparaciones es hacerlas «con» la Voluntad de Jesús mismo —pues sólo esta unión, dice Él a Luisa, da al ejercicio toda su eficacia, hasta hacer que el alma, al hacerlas así, «se esconda» en su Querer y actúe con su propia potencia.

Pregunta 10 — ¿Cómo hacer suyos la Sangre, las Llagas, los sufrimientos y el amor de Jesús?

Las 24 Horas no invitan ante todo a presentar a Jesús, desde fuera, la Sangre, las Llagas o los sufrimientos de su Pasión: enseñan al alma a hacerlos suyos, hora tras hora —a tomar, dice Jesús, «mis pensamientos y [hacerlos] suyos, mis reparaciones, las oraciones, los deseos»—, hasta el punto de que Él mismo declara hacer con ella, hora tras hora, lo que ella hace, y recibir de este contacto un alivio real de su propia Pasión.

Pregunta 11 — ¿Cómo ilumina la Pasión los actos no hechos, mal hechos o hechos humanamente?

En su Pasión, Jesús ve y reúne todos los actos que las criaturas habrían debido realizar y no realizaron, y aquellos que realizaron solamente de manera humana; llama al alma a venir, en esa misma Voluntad en la que Él sufre, a «besar» esos actos no realizados y rehacerlos en modo divino —convirtiéndose así la Pasión, de manera muy concreta, en la escuela donde se aprende esta sustitución.

Pregunta 12 — ¿Qué alegría y qué seguridad encuentran Jesús y el alma en la reparación compartida?

Reparar con Jesús no es ante todo ni una carga ni una simple protección: es una alegría que Jesús dice sentir el primero —hasta el punto de sentirse «debilitado» por el amor del alma que repara y retenido, como encadenado, en su justicia para con las criaturas. Esta alegría compartida se convierte después, muy concretamente, en un refugio contra la Justicia divina que el pecado del mundo llama sin cesar —no porque el sufrimiento se busque por sí mismo, sino porque la reparación retiene la mano misma de esta Justicia y pone así a cubierto, por este solo gesto, mucho más allá de quien la practica, a todos aquellos a quienes su reparación «por todos» viene a alcanzar.

Pregunta 13 — ¿Qué sentido dar, en la Divina Voluntad, al estado de víctima y a los sufrimientos ofrecidos por los demás?

El *Libro de Cielo* llama «verdaderas víctimas» no a quienes sufren por necesidad, enfermedad o accidente —suerte común de toda la humanidad—, sino a quienes piden libremente sufrir lo que Dios quiere y como Él lo quiere, a imagen de la Pasión de Cristo, enteramente voluntaria. Este estado, tal como Jesús lo vivió con Luisa, supone siempre el consentimiento del alma y su entera sumisión a la obediencia eclesial; nunca es un fin buscado por sí mismo, ni una vía que deba imitarse materialmente, sino un fruto de la unión con Jesús, de la obediencia y de la caridad —en la línea exacta de lo que X.12 ya ha establecido contra todo dolorismo—.

Pregunta 14 — ¿Por qué la Pasión prepara el triunfo del Reino?

Lejos de quedar como un episodio cerrado, la Pasión sigue siendo una espera viva y activa del propio Jesús, que «cuenta los respiros y los minutos» con la esperanza de ver finalmente reinar su Reino sobre la tierra; en su nombre, y por el mérito de esa misma Sangre ya presentada como pasaporte, este Reino, todavía esperado, vendrá un día a llevar a plenitud lo que la Pasión preparó sin haberlo realizado aún plenamente en la historia.

Pregunta 15 — ¿Cómo se convierte el sufrimiento ofrecido con Jesús en ornamento y joyas para el alma?

Al unirse al dolor de Cristo crucificado, el alma deja que Jesús haga de ella su esposa, a la que Él mismo adorna —no con joyas terrenas, sino con las «gemas» que hace salir del dolor consentido en su Fiat. La Cruz, su tesoro más querido, se convierte así en la dote que Jesús da a cada una de sus esposas; lo que el sufrimiento deteriora en apariencia, su Fiat lo transfigura en belleza.

Pregunta 16 — ¿Por qué la Cruz es un tesoro deseable y no solamente una carga que llevar?

El mismo día de la fiesta de su Exaltación, Jesús revela a Luisa que la Cruz nunca es ante todo un peso que habría que consentir en llevar por deber: es belleza («te dará los rasgos más bellos»), riqueza inagotable, y contiene «todos los triunfos, todas las victorias y las más grandes adquisiciones» —hasta el punto de que Jesús dice no querer para el alma otra mira que la propia Cruz. Es también, dice en otro lugar, lo que lo reveló como Dios más que sus obras, su predicación o sus milagros: elevado sobre ella como sobre su propio trono, solo entonces fue reconocido.

Pregunta 17 — ¿En qué sentido la Cruz puede ser llamada «encarnación» y «sacramento»?

Jesús emplea, a propósito de la Cruz, dos palabras de una audacia poco común. Revela primero que la Cruz fue «encarnada» en Él en el mismo instante que su propia Encarnación en el seno de María —concebida junto con Él, como su propia Pasión—, y que desde entonces «encarna», del mismo modo, a Dios en el seno de cada alma que la recibe: no una simple unión, siempre susceptible de romperse, sino una encarnación tan estable como la que une en Él las dos naturalezas. La llama también «sacramento», porque reúne ella sola todos los efectos propios de cada sacramento —la remisión de la culpa, la gracia, la unión con Dios, la fuerza—.

Pregunta 18 — ¿Qué es la Cruz de la Voluntad, que Jesús da más allá de la cruz de madera?

Un día de gran prueba, Jesús anuncia a Luisa que va a retirarle su cruz de madera para darle otra todavía más noble: la Cruz de su Voluntad, que no tiene «ni altura ni anchura», sino que es interminable —no de madera, sino de luz, más abrasadora que cualquier fuego, en la que quiere sufrir con ella, en cada criatura, para ser «la vida de todos».

Undécima parte — El Reino de la Divina Voluntad: esperanza, frutos y cumplimiento

Pregunta 1 — ¿Cuáles son los frutos de la Divina Voluntad en el alma?

El alma que vive en la Divina Voluntad recibe, ya desde esta vida, una corona de efectos reales y ya sensibles —alegría, paz, fortaleza, bondad, amor, santidad, belleza indescriptible— que nunca son simples promesas diferidas, sino las primicias efectivas, ya dadas, del Reino todavía esperado en su plenitud.

Pregunta 2 — ¿Cómo restaura la Divina Voluntad el orden perdido por Adán?

Allí donde el Reino de la Redención sana después de que el mal ya ha golpeado —devolviendo la vista a un ciego, enderezando a un cojo—, el Reino de la Divina Voluntad obra mediante un «milagro preservativo» continuo que aparta el mal antes de que sobrevenga: restaura así, en su principio, el mismo orden que Adán poseía antes de la Caída, el de una naturaleza protegida desde dentro más que sanada después.

Pregunta 3 — ¿Cómo alcanza su plenitud la inhabitación trinitaria en el alma que vive en la Divina Voluntad?

Toda alma en estado de gracia recibe ya la inhabitación de las tres Personas divinas, que hacen de ella su morada por la gracia. Jesús revela a Luisa un registro aún más intenso, al que Él mismo llama «Vida real»: cuando el alma ya no les opone resistencia alguna, la Trinidad entera toma posesión de su corazón para establecer en él su «morada perpetua», tomando, dice, «las riendas» de su inteligencia, de su corazón y de todo su ser.

Pregunta 4 — ¿Cuál es el papel propio del Espíritu Santo en el tercer Fiat?

Jesús revela a Luisa una distribución trinitaria: si la Creación se refiere al Padre y la Redención al Hijo —permaneciendo siempre unidas las Tres Personas en la operación—, el Fiat Voluntas Tua se refiere al Espíritu Santo, Santificador, que despliega en él toda su obra propia. Vivir en la Divina Voluntad no introduce, por tanto, ninguna economía nueva después de Cristo: es el mismo Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien lleva a cumplimiento en las almas y en la Iglesia los frutos ya contenidos en la Creación y en la Redención.

Pregunta 5 — ¿Qué vínculo existe entre Divina Voluntad y santidad nueva?

La santidad de la vida en la Divina Voluntad, ya descrita como «la Santidad de las santidades», no introduce ninguna categoría de santidad extraña a la que la Iglesia enseña desde siempre: es su forma más intensa y radical, ofrecida, como recordó el Concilio Vaticano II, a todo bautizado sin excepción.

Pregunta 6 — ¿Qué es el Reino en la tierra — y qué no es?

El Reino de la Divina Voluntad esperado por esta obra no es ni el retorno visible de Cristo para reinar sobre la historia antes del juicio, ni una nueva revelación pública, ni una superación de la Iglesia o de los sacramentos, ni el fin de todo sufrimiento o de toda muerte antes del ésjaton: es el triunfo intrahistórico de la gracia ya dada, la Iglesia llegada a su pleno vigor, el cumplimiento finalmente visible de la petición más central del Padrenuestro.

Pregunta 7 — ¿Cómo esperar la venida del Reino sin tratar de prever cuándo llegará?

Jesús asegura que su palabra no pasará jamás, sean cuales sean los siglos que a su vez pasen; esta certeza absoluta sobre el cumplimiento final de su Voluntad va acompañada, a lo sumo, del gran ritmo providencial que confía a Luisa —nunca de una fecha ni de un cálculo preciso, sino de un modo de crecimiento muy real y ya en marcha: cada alma que llega a conocer y querer esta Voluntad se convierte ella misma en una «pequeña casa de Nazaret», y es mediante su multiplicación, de una casa a otra, como este Reino se extiende.

Pregunta 8 — ¿Por qué no puede calcularse ninguna fecha para la venida del Reino, y qué papel desempeñan nuestros actos en ella?

El *Libro de Cielo* enseña que la venida del Reino no depende de calendario alguno, sino de un número de actos fijado por Dios mismo, que las almas han de realizar libremente en su Voluntad —de modo que la ignorancia de la fecha no es un misterio arbitrario: ese número

solo Dios lo conoce, y el ritmo con que se cumple depende de una cooperación libre que nadie puede medir. Un segundo texto confirma esta misma verdad desde otro ángulo: el número mayor de fieles de hoy abrevia, con respecto a la Redención, el tiempo de la espera. Lejos de invitar al cálculo, esta doble revelación es una llamada apremiante a multiplicar, desde ahora, nuestros actos en el Fiat.

Pregunta 9 — ¿Por qué el Libro de Cielo anuncia castigos, y cómo se articulan con la bondad de Dios?

El *Libro de Cielo* anuncia, en repetidas ocasiones, castigos destinados a purificar a la humanidad y a preparar el advenimiento del Reino de la Divina Voluntad; estos castigos no son nunca un arrebato de ira, sino el último recurso de un amor que, al no poder vencer por la gracia y la dulzura, busca vencer por el temor saludable —siempre al servicio de una reconstrucción, nunca de una destrucción por sí misma.

Pregunta 10 — ¿Qué es la Voluntad «querida» y la Voluntad «permisiva» de Dios?

El *Libro de Cielo* enseña que la Divina Voluntad obra en la historia según dos modos distintos: en modo querido, cuando cumple directamente sus propios designios y colma al alma dócil de luz, de gracia y de ayuda; en modo permisivo, cuando las criaturas, mediante su libre albedrío, le oponen resistencia hasta obligarla a dejar que sus propias elecciones produzcan sus justas consecuencias —consecuencias que adoptan entonces ellas mismas la forma de la justicia.

Pregunta 11 — ¿Cómo participa también el alma que vive en la Divina Voluntad en los actos de su justicia?

Vivir en la Divina Voluntad no asocia solamente al alma al amor y a la misericordia de Dios: la asocia a todos sus atributos, incluida su justicia —no para juzgar ni golpear a nadie por propia iniciativa, sino para comprender, desde el interior mismo del Fiat, que la justicia divina es en sí misma santidad y amor, sin la cual la perfección de Dios quedaría incompleta.

Pregunta 12 — ¿Qué diferencia hay entre la esperanza del Reino en la tierra y la esperanza del Cielo?

El Cielo sigue siendo, para todo cristiano, el fin último y el objeto propio de la esperanza teologal, la unión definitiva y sin fin con Dios que nada en la historia puede igualar ni sustituir. Pero el *Libro de Cielo* revela que el alma que vive plenamente en el Fiat recibe ya de él un anticipo tan real que la fe y la esperanza, dice Jesús, llegan «casi» a borrarse ante una posesión ya dada: el amor, único entre las tres virtudes teologales que nunca pasará, ocupa ya en ella todo el lugar. Y es la palabra «casi», escogida por Jesús mismo, la que dice todo lo que aún separa a esa alma de la visión cara a cara.

Pregunta 13 — ¿Cuál es la misión de los hijos de la Divina Voluntad?

Ser hijo de la Divina Voluntad es seguir fielmente, como una hija sigue a su padre, la multiplicidad de los actos de esta Voluntad, dejándole ocupar un lugar cada vez mayor en los propios actos: una misión que consiste por entero en vivir plenamente el Don ya recibido y en difundir, como la propia Luisa, su conocimiento a su alrededor.

Pregunta 14 — ¿Cómo pedir el Reino en el Padrenuestro?

Pedir el Reino en el Padrenuestro es orar precisamente con estas palabras: «venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad en la tierra como en el Cielo». No son dos peticiones, sino una sola: el Reino viene precisamente cuando esta Voluntad se cumple en la tierra como ya se

cumple en el Cielo. Jesús revela a Luisa que sobre esta única petición reposa todo el resto del Padrenuestro.

Pregunta 15 — ¿Cómo vivir hoy en la espera activa del Fiat en la tierra como en el Cielo?

Vivir en esta espera no significa jamás permanecer indiferente ante ella: significa llamarlo, como lo hace Luisa en cada acto de su ronda, pidiendo sin cesar que venga el reino del Fiat Divino. Esta llamada nunca es una nada, incluso cuando parece silencio: Jesús revela a Luisa que un alma unida a su Voluntad puede parecer que no hace nada mientras lo hace todo, porque es entonces el mismo obrar de Dios el que se despliega en ella.

Pregunta 16 — ¿Hace el Reino prometido superfluos los sacramentos o los mandamientos?

No. Lo que el Don debe devolver a la humanidad es ciertamente la plenitud y la continuidad de comunión que Adán poseía antes de la Caída —el *Libro de Cielo* lo enseña sin rodeos—. Pero esta restauración no vuelve nunca más acá de Cristo y de su obra para encontrar de nuevo un Edén sin Él: se realiza a través de los sacramentos que Él instituyó, nunca al margen de ellos ni antes de ellos, y se recibe enteramente de Cristo muerto y resucitado. Lo que este mismo Libro llama «bautismo continuado», «absolución jamás interrumpida», «comunión a cada instante» no designa una fuente de gracia paralela, sino la plenitud interior e ininterrumpida que el fruto de los sacramentos puede producir en un alma que nunca deja de corresponder a él. La misma lógica vale para la ley: Adán, antes de la Caída, no conoció «ni leyes, ni ninguna otra cosa» que la Divina Voluntad misma, sentida desde dentro como su propia vida; pero desde la Caída, esta misma Voluntad nunca dispensa de los mandamientos dados al hombre como sostén: es su cumplimiento más interior, nunca su elusión.

Pregunta 17 — ¿Cómo anuncia ya el Antiguo Testamento este Reino?

Jesús revela a Luisa que las figuras más grandes del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que prefiguraban al Mesías futuro, simbolizaban ya a los mismos hijos de su Reino: Adán fue su verdadera imagen, Abraham el símbolo de sus privilegios, José el de su dominio, Moisés el de su poder y David el de su reinado. Después de todas estas figuras vino María, que ya no era símbolo, sino realidad; después vino la propia Vida de Jesús, en la que quedó establecido este Reino. Así, toda la Escritura converge, incluso antes de quedar cerrada, hacia una única finalidad: formar el Reino de la Divina Voluntad en medio de las criaturas.

Duodécima parte — La Divina Voluntad y la vida cristiana integral

Pregunta 1 — ¿De dónde proceden las tres potencias del alma, y cómo se despliegan en los tres Fiat?

Dios creó al hombre con tres potencias —inteligencia, memoria y voluntad— para que pudiera conservar los vínculos de comunicación con las tres Personas de la Trinidad. Jesús revela a Luisa dos dimensiones distintas. En su mismo origen, cada potencia procede del concurso propio de una de las tres Personas: en la voluntad resplandece el Padre, como primer acto; la inteligencia procede del Hijo, como segundo acto; la memoria procede del Espíritu Santo, como tercer acto. En su despliegue a lo largo de la historia, estas mismas potencias son comprometidas, cada una, por un Fiat distinto: la inteligencia por el Fiat de la Creación, que la arrebata ante Dios escondido en las cosas creadas; la memoria por el Fiat de la Redención, que el amor sufriente del Esposo mantiene «como encadenada»; la

voluntad, finalmente, por el Fiat de la Santificación, en el que Dios mismo pone su propia Voluntad como apoyo de la voluntad humana.

Pregunta 2 — ¿Cómo desordenó el pecado estas tres potencias, y cómo las redimió la Pasión de Jesús?

El pecado introdujo un desorden profundo en las tres potencias del alma, quebrando los vínculos de comunicación que debían conservar con la Trinidad —pues no hay culpa, dice Jesús, en la que estas tres potencias no concurran juntas. Jesús las redimió una por una: por los tres clavos de su Cruz, dice Él mismo, «clavó» la inteligencia, la memoria y la voluntad de las almas que desean amarlo, para hacerlas quedar de nuevo enteramente atraídas hacia Él.

Pregunta 3 — ¿Qué es el libre albedrío, y por qué Dios no lo destruye jamás?

Jesús revela a Luisa que su Humanidad, viendo presentes todos los pecados, todos los castigos y todas las almas perdidas, habría querido aferrarlo todo en un solo instante para destruir el mal y salvar las almas —y que, para ello, habría podido destruir el libre albedrío de las criaturas. Nunca lo hizo: sin él, el hombre no habría tenido voluntad propia al obrar el bien y jamás habría podido ser objeto digno de la Sabiduría creadora de Dios —habría sido un hijo extraño en casa ajena, más que un heredero.

Pregunta 4 — ¿Qué son los diez mandamientos, y cómo se cumplen, no por coacción sino desde dentro, en la Divina Voluntad?

Los diez mandamientos siguen siendo, para toda vida cristiana, la ley que nadie puede pretender superar: Jesús mismo, aunque «Autor de la ley», quiso someterse a ella en todo, hasta en la circuncisión, que no lo obligaba. Vivir en la Divina Voluntad no dispensa, pues, jamás de observarlos: hace de su observancia, por el contrario, el lugar donde el deber deja de sentirse como una coacción exterior y se convierte en la forma misma de la santidad.

Pregunta 5 — ¿Qué son las Bienaventuranzas, y cómo expresan la felicidad propia de la vida en el Fiat?

Las Bienaventuranzas, tal como Jesús las proclama en el Evangelio, describen la felicidad paradójica prometida a los pobres, a los afligidos, a los mansos y a los hambrientos de justicia —una felicidad que la vida en el Fiat nunca contradice, sino que, por el contrario, hace plenamente accesible.

Pregunta 6 — ¿Cómo se enraízan las virtudes teologales —fe, esperanza y caridad— en las tres potencias restauradas del alma?

Jesús mismo enseña a Luisa, en un largo ejercicio contemplativo, que las tres virtudes teologales están como «simbolizadas» unas en otras, a imagen de la Trinidad de las Personas Divinas: la fe hace creer, la esperanza hace esperar, la caridad hace amar, y las tres están tan unidas entre sí que ninguna puede subsistir sin las otras dos.

Pregunta 7 — ¿Cómo ordena y corona la Divina Voluntad todas las virtudes en el alma que se entrega a Dios?

María enseña a Luisa algo más radical que una simple lista de virtudes: cuando el alma entrega enteramente su voluntad a Dios, recibe todas las virtudes «como si le pertenecieran por naturaleza» —no solo por una adquisición progresiva y meritoria, sino como fruto inmediato de esa Divina Voluntad que toma posesión de ella.

Pregunta 8 — ¿Qué son los dones del Espíritu Santo, y cómo perfeccionan la vida en el Fiat?

María promete a Luisa hacer descender al Espíritu Santo en su alma, «a fin de que consuma lo que es humano», y confirmarla, mediante su soplo, en la Divina Voluntad —descripción que expresa, a su manera, la acción perfectiva propia de los dones del Espíritu Santo.

Pregunta 9 — ¿Qué es la ley nueva, y en qué sentido la vida en la Divina Voluntad constituye su cumplimiento más interior?

Jesús dice haber venido a abolir ciertas leyes antiguas y a perfeccionar otras, para establecer una ley nueva, «ley de gracia y de amor», en la que todos los sacrificios antiguos encuentran su único y suficiente cumplimiento en Él mismo. Vivir en la Divina Voluntad no repite esta misma abolición ni funda una ley todavía más nueva: es dejar que esta ley de gracia ya establecida se convierta, en el alma, en una santidad vivida hasta su coronamiento más completo.

Pregunta 10 — ¿Qué es la conciencia moral, y cómo se forma en la luz de la Divina Voluntad?

La vida en la Divina Voluntad supone y exige, en vez de reemplazarla, una conciencia recta y bien formada: ningún alma puede dejar que la Voluntad de Dios se convierta en el principio de sus actos si no ejerce ya, sobre cada uno de ellos, el discernimiento moral ordinario que la Iglesia pide a todo fiel.

Pregunta 11 — ¿Cómo se convierten el matrimonio vivido día a día, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social en camino hacia el Fiat?

El matrimonio, la familia, el trabajo, la enfermedad, la vejez y la vida social se convierten en camino hacia el Fiat desde el momento en que sus gestos más ordinarios —la fidelidad conyugal, la educación de los hijos, el trabajo cotidiano, el sufrimiento del cuerpo que declina, las relaciones de cada día con los demás— dejan de realizarse para uno mismo solamente y son ofrecidos, uno a uno, como actos hechos en la Divina Voluntad más que en la sola voluntad propia. Ningún estado de vida es demasiado humilde para convertirse en materia de esta unión.

Pregunta 12 — ¿Cómo se articulan la virginidad y el celibato consagrados por el Reino con la vida en la Divina Voluntad?

Cristo mismo invita a algunos a renunciar al matrimonio «por el Reino de los Cielos» (Mt 19,12): lejos de ser un estado disminuido, esta virginidad anticipa ya ahora las bodas eternas del Cordero. María revela haber vivido, con José, este mismo voto mutuo de virginidad perenne, y que la Divina Voluntad encontraba precisamente en él su mayor fecundidad. Vivir en el Fiat no añade, por tanto, ningún estado de vida nuevo junto al matrimonio, la virginidad consagrada o el sacerdocio: cada uno de estos estados encuentra en él, según su forma propia, la misma disponibilidad total del corazón a Dios.

Pregunta 13 — ¿Cómo perseverar en esta vida cristiana integral a pesar de la debilidad y las recaídas?

La esperanza, enseña Jesús, reviste al alma de una fuerza casi invencible y le da la perseverancia final, hasta que tome posesión del Reino celestial. Perseverar no significa, por tanto, no volver a caer nunca, sino no dejar nunca de levantarse y recomenzar, acto tras acto, sin perder jamás tiempo en excusarse de las propias debilidades. Más allá de este combate perseverante, el alma plenamente establecida en el Fiat entra en un estado en el que la paz, la alegría y la certeza ya no son solamente esperadas, sino ya compartidas, en una comunidad de bienes con su Creador que la teología espiritual clásica no conoce bajo esta forma.

Pregunta 14 — ¿Qué implica la Divina Voluntad para la justicia social, el uso de los bienes y la responsabilidad hacia la Creación?

La realeza que la Primera parte reconoció al hombre sobre la Creación nunca fue una dominación arbitraria, sino un encargo recibido de Dios, que debía ejercer en el Fiat y no en nombre propio. Un alma que vive en la Divina Voluntad no puede, por tanto, tratar ni los bienes de la tierra ni sus relaciones con los demás de manera puramente posesiva.

Pregunta 15 — ¿Existe una jerarquía en el ejercicio de la caridad?

Jesús enseña a Luisa que la caridad que le es más agradable nunca es indiferenciada: se dirige primero a quienes están más cerca de Él, y los más cercanos a su corazón son las almas del purgatorio, confirmadas en su gracia y, sin embargo, impotentes para aliviarse a sí mismas. Viene después, en segundo lugar, la caridad hacia las almas que, en esta misma tierra, viven ya cerca de su Voluntad.

Decimotercera parte — El combate espiritual en la Divina Voluntad

Pregunta 1 — ¿Quién es el Adversario, y por qué se opone particularmente a la manifestación del Reino de la Divina Voluntad?

El Adversario no es un principio del mal igual a Dios ni una simple figura simbólica: es un ángel, pura criatura espiritual creada buena, que se hizo mala por su propia elección, libre e irrevocable, de rechazar a Dios y su Reino. El Adversario teme a un alma valiente apoyada en Dios más que a cualquier otra cosa, porque nada puede contra ella sin permiso divino. Si se opone con tal furia a la manifestación del Fiat, es porque este Reino, una vez establecido, realizaría precisamente lo que su rebelión originaria quiso impedir: que la criatura no forme más que un solo querer con su Creador.

Pregunta 2 — ¿Qué es la tentación, y cómo se vive de manera diferente para el alma que vive en el Fiat?

Dios permite la tentación no para perder al alma, sino para establecerla más sólidamente en las virtudes que cree estar a punto de perder: al término del combate, se encuentra, dice Jesús, «como un rey que regresa vencedor de una ferocísima guerra», más rica por ese mismo combate de lo que era antes. Sin embargo, una vez que el alma está plenamente establecida en el Fiat, la tentación cambia de naturaleza: el demonio, que no tiene poder para entrar en esta Voluntad ni siquiera deseo de hacerlo, huye de ella más bien que asaltarla.

Pregunta 3 — ¿Qué es el discernimiento de los espíritus, y cuáles son sus criterios, primero los clásicos y después los propios de la vida en el Fiat?

Desde las primeras páginas de su diario, la propia Luisa pide a Jesús la luz necesaria para saber si se trata verdaderamente de Él «o bien ilusión del enemigo» —gesto que debe seguir siendo el primer reflejo de toda alma ante una experiencia espiritual extraordinaria— . Jesús le enseña también un arma concreta: declarar ante el Cielo, la tierra y los mismos demonios la resolución de no ofender jamás a Dios, lo cual basta para cortar de raíz toda inquietud y toda tentación de duda paralizante. Más tarde, una vez establecida en el Fiat, Luisa recibe criterios más específicos de esta misma vida: una paz sin sombra de turbación y una constancia de acción que solo produce la presencia de la Divina Voluntad.

Pregunta 4 — ¿Cómo puede el demonio manipular la imaginación, y cómo reconocer una falsa luz?

La imaginación, facultad sensible más cercana a la vida interior, es también la que el demonio manipula con mayor facilidad: unas veces hace pasar por un puro «trabajo de la fantasía» lo que viene realmente de Dios; otras, la puebla de imágenes y terrores que nada tienen de divino. Por tanto, el criterio nunca reside en la vivacidad o extrañeza de la imagen recibida, sino en su fruto prolongado: una paz que ni el sueño, ni la fantasía, ni el propio demonio pueden producir ni sostener a lo largo del tiempo.

Pregunta 5 — ¿Qué es el orgullo espiritual, y cómo acecha particularmente a las almas avanzadas en la vida interior?

Jesús dice que ni siquiera puede entrar en los corazones que «apestan de soberbia»: inflados de sí mismos, no dejan lugar alguno donde Él pueda ponerse. El remedio que enseña inmediatamente es la pequeñez del niño envuelto en pañales, incapaz de dar un paso o hacer un gesto por sí mismo, que todo lo espera de su madre.

Pregunta 6 — ¿Por qué la curiosidad profética es una trampa, y cómo protegerse de ella?

La curiosidad profética es una trampa porque desvía la atención de lo que se pide realmente —vivir, desde hoy, en el Fiat— hacia una especulación sobre el futuro que no pertenece ni a la fe ni a la caridad, y que los propios demonios saben explotar para extraviar al alma. Protegerse de ella consiste, por tanto, menos en reprimir una curiosidad que en reorientarla: buscar no cuándo vendrá el Reino, sino cómo vivir en él desde ahora.

Pregunta 7 — ¿Cómo distinguir la opinión de hombres de Iglesia de la autoridad legítima de la Iglesia, y guardarse de toda desconfianza hacia ella?

La propia Luisa conoció, desde los comienzos de su vida mística, juicios eclesiásticos severos y contradictorios —unos la consideraban simuladora, otros exigían que se la corrigiera por la fuerza y otros todavía la juzgaban poseída—, sin permitir jamás que esta dureza humana se convirtiera en motivo de desconfianza hacia la autoridad de la Iglesia misma. La misma distinción vale hoy: la opinión, aunque sea severa, de un hombre de Iglesia considerado individualmente —aunque sea sacerdote— nunca compromete la autoridad de la Iglesia como tal, sobre todo cuando va en contra del juicio emitido por aquellos a quienes corresponde juzgar legítimamente; en todo, siguen siendo necesarias la fidelidad, la obediencia y el respeto hacia la Iglesia misma.

Pregunta 8 — ¿Qué es el desaliento espiritual, por qué es tan peligroso y cómo remediarlo?

Jesús compara el desaliento con un «humor infeccioso» que penetra hasta la raíz del alma y la seca por completo si no se le pone remedio con el humor contrario. Más temible aún: este mal nunca se presenta como un enemigo, sino como un amigo que parece agonizar con el alma misma —por eso hay que aprender a reconocerlo antes de que se instale.

Pregunta 9 — ¿Por qué permite Jesús la privación sensible de su presencia, y cómo distinguirla de la aridez contraria a una vida plenamente establecida en el Fiat?

Hay que distinguir dos realidades que el *Libro de Cielo* no confunde jamás: la privación —la ausencia sensible de la presencia de Jesús, que Luisa vive constantemente como prueba de constancia y ocasión de purificación del amor propio— y la aridez propiamente dicha, que Jesús declara explícitamente excluida de la vida *plenamente* establecida en su Voluntad, pues esta es enteramente luz y paz. La aridez caracteriza a un alma todavía «a la sombra» del Fiat, no a la vida plenamente establecida en él.

Pregunta 10 — ¿Cómo participa también el alma que vive en el Fiat en el combate final anunciado en la Escritura?

El mismo Adversario, constreñido por la Divina Voluntad, es aquel cuya derrota definitiva anuncia la Escritura. Cada victoria obtenida por un alma sobre la tentación, la ilusión o el desaliento participa, por tanto, en el orden más humilde y cotidiano, de ese mismo combate ya ganado en su principio por la Cruz y plenamente manifestado en el último día.

Pregunta 11 — ¿Cómo permanecer en la paz y la confianza en el corazón mismo del combate?

«La humildad sin confianza es virtud falsa», enseña el corpus desde sus primeras páginas: la verdadera humildad no se opone jamás a la paz, sino que, por el contrario, es su condición, puesto que nada de cuanto el demonio pueda intentar puede alcanzar al alma sin el permiso de un Dios de quien ella sabe, con certeza, que no quiere sino su bien.

Decimocuarta parte — La Divina Voluntad y las realidades últimas

Pregunta 1 — ¿Qué es la muerte, y cómo se transforma para el alma que vive en la Divina Voluntad?

Jesús dice a Luisa que el temor extravagante a la muerte es una locura, puesto que cada alma posee ya, como pasaporte para entrar en el Cielo, todos sus méritos, virtudes y obras, que Él ha dado a todos como puro don. Para el alma que vive en el Fiat, desear morir para unirse a Dios se convierte incluso en el más bello homenaje que puede ofrecerle y en la disposición más segura para pasar directamente, sin desvío, por el camino del Cielo.

Pregunta 2 — ¿Qué es el juicio particular?

El juicio particular es el juicio inmediato que cada alma recibe de Dios en el momento mismo de la muerte, por el cual toda su vida es referida a Cristo y recibe su retribución eterna — el Cielo directamente, una purificación que prepara para él, o el infierno para siempre. El *Libro de Cielo* ilumina este momento con una luz sobrecogedora: en el instante mismo en que el alma abandona el cuerpo, Jesús se presenta ante ella con una ternura extrema para arrancarle, en un último impulso, un acto de dolor, de amor y de adhesión a su Voluntad —pues sin al menos un acto semejante, dice, las puertas del Cielo no se abrirían. Esta «última sorpresa de amor» explica por qué tantas almas, excepto las más obstinadas, se salvan; la propia María interviene en él, en virtud de su autoridad de Madre, para obtener su salvación.

Pregunta 3 — ¿Qué es el purgatorio, y qué aporta a su comprensión la vida en el Fiat?

El purgatorio es ese estado de purificación final, después de la muerte, para las almas que mueren en la gracia de Dios pero todavía imperfectamente purificadas, antes de entrar en la alegría del Cielo. El *Libro de Cielo* enseña que la vida en el Fiat cambia profundamente lo que allí está en juego: el alma que vive verdaderamente en la Divina Voluntad no puede, dice Jesús, ir al purgatorio, porque esta misma Voluntad «anticipa» ya en esta tierra el trabajo de purificación que el purgatorio realizaría después de la muerte —de modo que, al morir, el alma emprende directamente el vuelo hacia el Cielo. Esta misma Voluntad determina también la eficacia de los sufragios ofrecidos por las almas que, habiendo vivido en el Fiat sin haberle sido perfectamente fieles, pasan pese a todo por una purificación abreviada: sus actos les han formado «caminos» por los cuales la oración de los vivos puede alcanzarlas y

apresurar su paso al Cielo; y cuanto más vive también quien ora en esta misma Voluntad, más encuentra su oración esos caminos y da fruto.

Pregunta 4 — ¿Qué es el infierno, y por qué su existencia no contradice la bondad de Dios?

Jesús enseña que su presencia no cambia jamás: es el estado del alma el que determina si esa misma presencia se recibe como atracción y vida, o se padece como rechazo y sufrimiento. Dios, por tanto, nunca se venga arbitrariamente: en el juicio manifiesta en verdad la elección de la criatura, ya hecha definitiva. El infierno no es una simple impresión subjetiva, sino la separación definitiva de la comunión con Dios, libremente elegida por el rechazo obstinado de su amor; el alma mala experimenta entonces como rechazo aquello que, para el alma buena, es fuente de toda alegría.

Pregunta 5 — ¿Qué es el Cielo, fin último de toda esperanza cristiana?

El Cielo es la comunión perfecta y definitiva de vida y de amor con la Santísima Trinidad: el estado de felicidad suprema al que aspira toda vida cristiana y que colma, más allá de toda expectativa, el deseo de felicidad inscrito en el corazón del hombre. Ningún reinado terrestre de la Divina Voluntad, por real y deseado que sea, podría ni reemplazarlo ni anticipársele en el orden de los fines: el Cielo sigue siendo el fin último y absoluto hacia el cual tiende toda esperanza cristiana.

Pregunta 6 — ¿Qué es la resurrección de la carne?

La propia misa, enseña Luisa, nos recuerda que nuestros cuerpos, deshechos y reducidos a cenizas por la muerte, resucitarán el día del juicio con Cristo, para una vida inmortal y gloriosa —verdad que Jesús le presenta como uno de los misterios más consoladores y sublimes de toda la religión cristiana, junto con su presencia eucarística. Esta misma Voluntad da también al alma, ya desde esta tierra, como una anticipación espiritual de esta resurrección: cada acto hecho en el Fiat es ya, dice Jesús, «una resurrección divina» que el alma recibe por adelantado.

Pregunta 7 — ¿Qué es el juicio final, y qué relación tiene con el Reino esperado en la tierra, ya tratado en XI?

En el día del juicio, dice un confesor de Luisa al expresar un temor clásico, los malos exclamarán ante Dios indignado: «¡Montes, sepúltenos, destrúyanos, a fin de que no veamos la cara de Dios indignado!» —imagen severa que la propia Luisa matiza enseguida al recordar que nunca es Dios quien cambia de rostro, sino el alma la que, según su propio estado, siente su presencia como alegría o como terror. Este juicio final, público y universal, no guarda ninguna continuidad cronológica con el Reino terrestre del Fiat: es su clausura definitiva, no una etapa entre otras.

Pregunta 8 — ¿Qué es la creación nueva y la visión beatífica?

La Humanidad de Jesús, dice Él a Luisa, gozaba ya durante su vida terrena de la visión beatífica, sin que esta se le separara jamás, ni siquiera en lo más intenso de su Pasión. Para el alma que vive en el Fiat, cada acto hecho en la Divina Voluntad despliega ya aquí abajo, a su medida, como un «nuevo cielo» de santidad, de luz y de gloria —prefiguración real, aún no consumada, de la creación nueva en la que esa misma Voluntad reinará sin compartir su dominio.

Pregunta 9 — ¿Cómo une concretamente la comunión de los santos la tierra, el purgatorio y el Cielo?

Las almas liberadas del purgatorio por los sufrimientos de Luisa descendían de nuevo

para rodearla y darle las gracias con sus cánticos: este intercambio concreto entre un alma todavía en la tierra y almas ya entradas en el Cielo ilustra, mejor que ninguna definición abstracta, lo que es realmente la comunión de los santos —un solo y mismo cuerpo en el que el bien hecho por unos aprovecha realmente a los otros, más allá incluso de la frontera de la muerte.

Pregunta 10 — ¿Qué valor eterno tienen, ya desde aquí abajo, los actos hechos en la Divina Voluntad?

La Undécima parte ya ha establecido que todo acto hecho en la Divina Voluntad recibe de Dios una confirmación que lo hace «imperecedero, siempre nuevo, fresco, de una belleza encantadora» (XI.1): esta misma verdad, ya plenamente enunciada, encuentra aquí su lugar natural de conclusión, puesto que el valor eterno de los actos es precisamente lo que enlaza, sin ruptura, la vida presente con la vida que no termina.

Pregunta 11 — ¿Cómo conducen al Cielo los actos hechos en la Divina Voluntad y abren vías de auxilio a las almas del purgatorio?

Los actos hechos en la Divina Voluntad no permanecen ni siquiera un instante junto al alma que acaba de realizarlos: Jesús revela que, apenas formados, emprenden el vuelo hacia el Cielo, donde los bienaventurados los acogen y los conducen al puesto de honor en torno al trono supremo —un camino que Jesús mismo llama el «camino regio». Los actos solamente buenos, pero no hechos en esta Voluntad, siguen, en cambio, vías tortuosas: esperan al alma en el purgatorio para purificarse allí con ella, antes de llegar al Cielo a un puesto secundario. El alma que lo ha dado todo a la Divina Voluntad no tiene, por tanto, propiamente hablando, vía alguna hacia el purgatorio: también su vía es directa al Cielo —y conserva incluso, desde esta tierra, un acceso directo a las almas que todavía sufren allí.

Pregunta 12 — ¿Existe una jerarquía entre las almas que viven en la Divina Voluntad, en el Cielo?

Del mismo modo que Dios tiene en el Cielo la jerarquía de los ángeles en nueve coros distintos, así tendrá, dice Jesús, la jerarquía de los hijos de su Reino en otros nueve coros —diferenciados no por méritos extraños unos a otros, sino por la medida de los conocimientos de la Divina Voluntad que cada uno haya hecho suyos. Y quienes los hayan recibido y vivido ya en la tierra los poseerán de un modo que quienes solo los reciban en el Cielo nunca podrán igualar.

Pregunta 13 — ¿Qué relación mantienen los Bienaventurados del Cielo con las almas que viven en la Divina Voluntad en la tierra?

Los bienaventurados gozan en el Cielo de toda la bienaventuranza que contiene la Divina Voluntad, pero sus méritos están allí ya fijados: ya no pueden, dice Jesús, «multiplicar» esta Vida divina. El alma que todavía vive en el Fiat sobre la tierra conserva por sí sola este poder: en ella la Divina Voluntad permanece «obrante», mientras que en los bienaventurados ya no es sino «beatificante». Sin embargo, cada acto hecho en el Fiat alcanza a los propios bienaventurados, cuya alegría aumenta por este mismo bien que ya no pueden producir por sí mismos.